
EDICIÓN ESPECIAL

HOLLOW HALLOWS

NO HAY OSCURIDAD
Y VEMOS LAS ESTRELLAS



CARLOS J. EGUREN

Lectulandia

¿Has escuchado hablar alguna vez de Hollow Hallows? Claro que no, nadie quiere que se sepa la verdad y lo que ocurriría si la ficción se volviese real.

Dawn es una chica de dieciséis años que vive en un motel junto al pantano. No tiene muchos amigos, salvo Seth, Caroline y el perro vagabundo Huargo. Los cuatro son los seres más odiados de Hollow Hallows, un pueblo maldito en la cima de un islote golpeado por el mar.

Todo parece transcurrir con una oscura normalidad hasta que, con la primera tormenta de verano en siglos, llega un forastero: Garric Odell, que guarda un extraño secreto y un misterioso poder: ¿y si todo lo que escribiese se hiciese realidad?

Pero nada ni nadie escapa a la maldición de Hollow Hallows, el pueblo que desapareció.

Lectulandia

Carlos J. Eguren

Hollow Hallows

ePub r1.0

Titivillus 18.04.16

Carlos J. Eguren, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



de
3^{er}
Aniversario

Más libros, más librerías

Para Tatiana por tener sueños que convertir en pesadillas.
Para mi padre por permitirme ser quien quería ser.
Para todos los que seguís amando las historias;
ahora, todos somos parte de una.

HOLLOW HALLOWS



C. Blackmouth

Olvidamos todo.

No recuerdo la primera vez que respiré, pero sí cuando estuve a punto de dejar de hacerlo. No recuerdo a la última persona a la que mentí ni a la última que le dije un atisbo de verdad. No recuerdo a nadie que significase algo para mí. No recuerdo los sueños esperanzadores ni las pesadillas desoladoras. No recuerdo las veces que he llorado y mucho menos las que he reído. No recuerdo cuándo las cosas dejaron de tener sentido ni si alguna vez lo tuvieron. No recuerdo nada de lo que ocurrió tras aquellos días de 2008.

Solo hay algo que nunca podré olvidar: Hollow Hallows, el lugar que desapareció.

Nadie lo recuerda ya. Yo sí y esta es su historia.

CAPÍTULO 1

En Hollow Hallows no hubo nunca una tormenta en agosto hasta su último año. Fue el temporal más terrible que había vivido nunca el pueblo de aquel islote perdido. Ocurrió el mismo día en que Garric Odell llegó.

En el pueblo ningún forastero era bienvenido. Un credo se había forjado desde hacía siglos, como el poco transitado puente que unía Hallows con el resto del mundo. Esa creencia era firme: nadie de fuera es tan bueno como un habitante de Hollow Hallows. Por eso, los forasteros nunca duraban demasiado tiempo y acababan yéndose. Los que huían nunca contaban nada de aquel pequeño mundo, los motivos por los que sus labios se cosían con hilo negro y agujas invisibles parecían provenir de un secreto entre ellos, los que se marchaban, y los que permanecían para siempre.

La sangre de los habitantes de Hollow Hallows era antigua, rancia, destinada a regar su único camposanto, de lápidas torcidas y santuarios grises frente al acantilado, junto al cementerio de barcos. Nada significaba más para ellos que el valor de su sangre. Desde la supremacía de los años de soledad, todos aprendieron a vivir los unos de los otros, ignorando lo que había más allá. Eran parásitos entre parásitos y estaban orgullosos.

Por tales motivos, los lugareños pensaban que ellos portaban una moral y unas ideas mejores a cualquier otra existente; nadie podía decirles nunca lo contrario, ellos sabían siempre el porqué para hacer una cosa u otra. Portaban altas sus cabezas y orgullosos sus rostros, para siempre poder ver la estatua bajo el campanario, en el centro de Hollow Hallows: el símbolo del pueblo, una imagen de Alfred Hallington, ilustre y adorado fundador. El noble Hallington seguía inspirando respeto, pero también tristeza, pues muchos años atrás, la imagen de bronce había sido decapitada por los confabuladores, los más aborrecidos del pueblo. Pese a su acto atroz y el odio de todos, esos vándalos no se habían marchado y nunca reconocieron su pecado. Como merecido, todos ellos acabaron mal y sus descendientes estaban malditos. Pero, pese a que los traidores habían sufrido y seguían sufriendo, la cabeza de Alfred Hallington nunca fue repuesta en su efigie y Hollow Hallows rendía honor a su nombre de «reliquias ausentes».

Cuando la tormenta de verano de 2008 estalló, muchos de los hijos de las casas de piedra y aceras recubiertas de hierba, como el *sheriff* o la alcaldesa, supieron que la lluvia, los truenos y el viento solo eran una advertencia: se avecinaba un cambio y si algo sabían es que los cambios nunca eran para bien.

El nuevo habitante, Garric Odell, sabía bastante poco de aquel enclave perdido. No tardaría en aprender y, tal vez, arrepentirse al descubrir más. ¿Qué lleva a un muchacho de quince años, con toda la vida por delante, a entrar en tierras golpeadas por el mar como eterno castigo de sus males? Odell estaba atormentado como la

propia Hollow Hallows.

El padre de Garric detuvo el coche para contemplar el cartel. Sobre su símbolo (dos haches entrelazadas en un círculo con una silueta de Hallington), las palabras eran claras, pero el significado puede que fuese más oscuro:

Aquí empieza

HOLLOW HALLOWS

No hay oscuridad y vemos las estrellas

No había ni siquiera un «bienvenidos».

—Que todo vaya bien a partir de ahora —dijo el padre. No era un tono afable—. Por tu propio bien.

Hollow Hallows no era un lugar normal, pero Garric Odell tampoco era alguien corriente y lo que vino después ni un loco podría calificarlo de usual. Él ni siquiera sabía si había hecho bien yendo a aquel lugar, pero cuando se huye cualquier refugio se antoja suficiente.

CAPÍTULO 2

La sonrisa de Dawn Hownland era la misma que poseería alguien que sabe que va a morir, pero no va a llorar o suplicar ante su ejecutor, y la lucía todos los días del año, pasase lo que pasase. Por eso, mucha gente en Hollow Hallows la rehuía. ¿Cómo puedes hacer sufrir a una persona y que esta siga viviendo sin romperse en pedazos?

Dawn despertó con una canción de *rock* decadente; no existía una forma mejor de abrir los ojos para ella. O sí, porque entonces fue cuando vio a través de su ventana la lluvia que amenazaba con destrozar los cristales. La luz azulada iluminaba toda su desordenada habitación, mientras se ponía en pie para observarla. Colocó su mano sobre el cristal, notó el frío y dejó que el vaho que salía de su pequeña boca cubriese el vidrio. Luego, dibujó una curva, añadió algunos pequeños detalles hasta convertirla en una perfecta lápida, como las del cementerio que observaba desde su casa. Escribió la frase de la sepultura:

HOY COMIENZAS A VIVIR

Esa frase debía estar enterrada, de eso iba todo ¿no?

Era el título de la canción que sonaba, escrita e interpretada por Spike Brent y su grupo, *Dead Irony*. Solo así, Dawn podía recordar cosas que nunca había vivido, como conocer a su padre.

Tras ponerse un viejo suéter gris, unos vaqueros raídos y unas zapatillas *All Star Converse* que hacía tiempo perdieron su color, Dawn se dirigió directa a la salida del Caserón Woods, un hotel de corte victoriano donde vivía con tía Emily. La familia Hownland tenía una fama tan sucia que nadie se hospedaba nunca en él, por lo que una fina capa de polvo y dejadez cubría todo el lugar, como un mausoleo que nadie recuerda, como la relación entre Emily y Dawn, tía y sobrina; se odiaban y se querían, por lo que no se solían dar los buenos días ni insultar la una a la otra cada mañana, así no desequilibraban la balanza. Era un buen trato para una adolescente como ella, cuyo desayuno para despejarse cada mañana era un pequeño corte en la muñeca derecha.

Era quince de agosto, siete de la mañana. La oscuridad tenía que retroceder ante un sol abrasador, que haría que los animales muertos de la larga carretera empezasen a apestar.

No era así.

Nubes negras fornicaban y empapaban la tierra con su sudor. Dawn lo describió así mientras se disponía a salir, sin darle importancia. La lluvia solo era una enemiga más y si algo había aprendido de los enemigos es que ninguno de ellos iba a aplastarla. Nunca. Jamás.

Pero las verdades como el sol en verano se estaban transformando en el pútrido Hollow Hallows como puñaladas de agua bajo la oscuridad. Y la metamorfosis no era

tolerada en aquel islote.

No iba a ser tan sencillo ni para Dawn ni para nadie el hecho de sobrevivir a los cambios que se avecinaban.

Tras la verja del jardín, Dawn vio que una figura enclenque le esperaba sacudiendo la puerta; Seth. A su lado, tenía un perro lobo vagabundo: Huargo; en cuanto la vio aparecer, ladró para llamarle la atención. Junto a ellos, Caroline, con su piel de ébano empapada como sus eternos ojos negros; pese a guardar silencio, era la que más ansias tenía de entrar dentro de los confines del Caserón.

—Sí que has dormido hoy... ¡Llevamos un buen rato esperándote! —se quejó Seth sin soltar los barrotes de la puerta—. Pensé que te habías cortado las venas sin avisar para seguir la tradición de tu familia.

Dawn lanzó un poco de cecina a Huargo, que saltó para cazarla al vuelo. Para Caroline abrió la puerta y para Seth le hizo la zancadilla cuando pasaba y lo lanzó contra un charco. Cada uno recibía lo que merecía y los amigos estaban en deuda, porque sí, pese a los insultos constantes, los golpes y los pequeños actos de malevolencia, eran amigos. Con el tiempo, se entendía el porqué.

Seth, Caroline, Huargo y Dawn se encaminaron a la parte trasera del motel. Lo atravesaron con rapidez y llegaron hasta el patio interior, que daba paso a un descampado cubierto por árboles nudosos y alta hierba que les ocultaba el sendero que solo ellos conocían.

Dawn fue la primera en penetrar el pedregoso camino. Sus manos llevaban una rama rota con la que se abría paso de todo aquello que se lo impedía. Huargo siguió a Seth, uno al lado de otro y Caroline solo caminaba esperando encontrar lo que buscaba.

Era una senda estrecha por la cual casi ni se podía andar. Cada planta que se lanzaba contra ellos les dejaba algún rasguño, pero la lluvia hacía que la sangre se diluyese sin más. Las rocas eran traicioneras y resbaladizas, como si quisiesen convencerles de una cosa: no seguir, pero ellos no hacían caso. Alrededor, comenzaba a crecer el aroma pestilente de la ciénaga que les aguardaba.

—Día de tormenta de agosto —dijo Seth—. Sabes lo que significa, ¿no Dawn?

—Claro que sí, capullo.

El último día de agosto en que hubo una tormenta como esa se reunieron los confabuladores y decapitaron la estatua del fundador de Hollow Halls.

—Rindámosles un buen homenaje a los confabuladores —añadió Dawn esbozando su sonrisa maldita.

—¡Somos los nobles y marginales herederos de los confabuladores! ¿A quién le cortaremos la cabeza esta vez? —repetía Seth riendo con tanta fuerza que tuvo que usar su inhalador para el asma. Huargo huyó hacia delante.

—No temas, Huargo —le habló Caroline al perro sin dueño—. Si hay que cortarle la cabeza a alguien, tenemos otros candidatos antes que a ti.

Atravesaron los cañaverales que ocultaban el pantano. Habían llegado al lugar

donde decidirían cómo asesinar a todo el pueblo de Hollow Halls.

CAPÍTULO 3

El destartado Ford Anglia negro de John Odell aparcó fuera del Caserón Woods. En ningún momento, el padre de Garric pareció alarmado por el coche que les siguió desde que atravesaron el puente.

El hijo descendió primero del Ford, dispuesto a ir a por las maletas (a su padre no le gustaría empaparse por la lluvia). Mientras lo hacía, quiso pensar que el vehículo que había ido tras ellos lo había hecho para gastarles una broma pesada. «*O es una de mis paranoias. Nadie te sigue. No él*». Pero como Garric Odell había aprendido en sus dieciséis años de vida, ningún sueño o deseo se cumple.

El automóvil aparcado tras ellos era de la policía. Viejo, como en las típicas películas de los ochenta; tonos negros y blancos además de un escudo con un águila o un buitre posado sobre una hacha, desgastado con el roce o el rasguño de las décadas.

Lo primero que vio Garric del agente fueron unos impolutos zapatos negros que asomaron por la puerta del conductor. Era un hombre alto, con un uniforme que era ejemplo perfecto de «orden»; en cambio, su rostro tenía una falsa mueca de normalidad que le inquietó desde el primer instante. Era como contemplar un palacio de naipes antes de que se venga abajo, en ese pequeño segundo de falsa calma antes de que la brisa o el destino golpeen y todo caiga sin remedio. Era un hombre a punto de hundirse, pero Garric no se imaginaba el motivo. Había pequeños signos eso sí, por ejemplo, en los labios que eran apenas una línea tallada con un machetazo en la madera, el mentón sobresaliente que se removía cada vez que el tipo masticaba y todo el bigote que enmarcaba sus fauces, al igual que las cicatrices de la viruela salpicaban el rostro al que le faltaba algo: los ojos. Solo dos cuencas vacías, inundadas por el agua de la tormenta. El muchacho sintió un escalofrío hasta que su mirada se acostumbró a la cortina de lluvia y pudo ver que el policía llevaba unas gafas de sol. ¿En plena tormenta? Garric no quería saber la razón, no quería saber nada del agente que se quedó junto al coche patrulla, observándolos de arriba abajo, catalogándolos, destripándolos, comiéndolos, vomitándolos...

John Odell salió de su Ford, de una forma mecánica, como un autómatas. Las largas y heladas gotas de lluvia cayeron sobre su pelo blanquecino, que se caía a pedazos. Su traje permanecía impoluto, oscuro como la flema de un pulmón muerto; era lo único entero de aquel individuo. Lo poco que le quedaba era algo innominado de su pasado, de ser un guionista de televisión en horas bajas, un payaso sin gracia; había llegado a borrar tantas de sus obras serias como *All hail the King* que muchos se burlaban del tono pálido que había desarrollado en los últimos años. Según las lenguas de serpiente, se debía a que su cuerpo había empezado a imitar a la tinta correctora o tan solo a la página en blanco. En realidad, tenía una enfermedad que hacía que ponerse cuatro cremas al día fuese el único alivio y apestar con el tono

dulzón de la carne muerta fuera un nuevo perfume. Y estaban sus ojos, que no se discernían si estaban abiertos o cerrados, con un eterno y extraño temblor que perturbaba a cualquiera menos a aquella muestra de la autoridad que les vigilaba.

Garric se sintió como si estuviese en medio de un tiroteo entre Lee Van Cleef y Clint Eastwood, su propio padre y ese hijo de la ley de Hollow Halls. ¿Qué haría él? ¿Podría huir de allí? No, nunca se escapa de nada.

El policía mascó un poco más y luego escupió a un lado algo gris (¿una hoja de tabaco? A saber...). Posó sus manos sobre su cinto, movió la cabeza y habló haciendo gala de unos modales aprendidos de las películas de Charles Bronson:

—Forasteros...

Garric miró a su padre, que le observaba a él. Las pupilas negras de John parecían presas del Parkinson. El muchacho tuvo que hablar por los dos:

—Bue-Buenos... Buen-Buenos dí-dí-días... Yo-yo-yo, Ga-ga-rric y-y-y-y... John O-o-odell... He-he-he-mos ve-ve-ni-nido a pa-pasar u-na-na...

Le acalló el *sheriff*:

—Hijo, cierra el pico. Apesta —ordenó, removiendo su mostacho—. No son «buenos días», para empezar. Y no he preguntado vuestros nombres. No he preguntado qué coño hacéis aquí. Y lo más importante: no te he preguntado a ti. ¿Tu padre tiene lengua o no?

John movió sus labios, pero ninguna palabra escapó por ellos. El agente señaló al muchacho:

—Es uno de esos mudos, ¿no? —Garric asintió con la cabeza—. Dios tiene un raro sentido del humor... Ah, recuerdo a Bartholomew Adams, que vivía más allá del campanario. La rara de su mujer engendró a un chiquillo deforme, con la cabeza de una fruta aplastada y los huesos como espinas de un pescado muerto. Nunca le dejaban salir de casa... Siempre encerrado en el asqueroso sótano, hasta que un día el idiota escapó y se cayó por el acantilado. No se perdió gran cosa, no, pero bueno, seamos positivos, ganamos un chiste. ¿Sabes cuál es el colmo de un Adams? —Garric no contestó. Eso desesperó al policía—. Te he hecho una pregunta. Primer mandamiento, cuando el *sheriff* Caleb Ruth te hace una pregunta, tú respondes. Y sí, yo soy el *sheriff* Caleb Ruth.

El policía disfrutó de ver a Garric temblando. Su padre permanecía inmóvil, sin más, como si ninguna de las palabras le afectase. «*Nacidos para ser domados como ganado*», se dijo Ruth.

—Repito: ¿sabes cuál es el colmo de un Adams?

Puso una de sus manos al lado de su oreja, como si se matase por escuchar la respuesta.

—No... —Garric carraspeó. Notaba la lluvia ahogándole—. No-no-no-no lo-lo sé.

Ruth se echó a reír, grave, como una caverna plagada de hienas.

—¡El mudo y el tartamudo! —exclamó, dando una palmada—. ¡Qué espectáculo!

Oh, sí... —Dejó caer un poco sus gafas de sol y les escudriñó con sus propios ojos. Entonces, concluyó—: No vais a durar nada aquí... —Señaló hacia el motel—. ¿Venís al Caserón Woods? Sí, el único hotel. Ya descubriréis el porqué. —Garric tanteó el maletero—. ¿Traéis equipaje? Claro que lo traéis, pero yo que vosotros no me molestaría en sacarlo.

Ruth se viró y entró en su coche patrulla, sin importarle estar mojado; cada comentario le había hecho sentirse feliz, cálido como si el agua fuese gasolina y cada muestra de maldad una ascua que le prendía.

El *sheriff* arrancó.

Se dirigió contra Garric y su padre.

Iba a atropellarlos.

Odell, padre e hijo, consiguieron esquivar la embestida en el último momento.

El policía se detuvo, abrió la ventanilla y dijo:

—Me gustaría saber dos cosas, forasteros. Primera, saber cómo grita un sordomudo. Segunda, saber cómo súplica un tartamudo. Parece que vamos a ser grandes amigos, así que dejadme ser amable y deciros... Bienvenidos a Hollow Hallows.

Ruth aceleró con el automóvil y se adentró en la mañana gris hasta convertirse en un borrón, como todas las obras destrozadas e inacabadas de John. Garric rezó por jamás volverse a encontrar con el *sheriff*.

Cuando el muchacho fue a recoger sus cosas del maletero, su mirada se desvió al Caserón y vio que una mujer les observaba desde el porche, ante la puerta, junto a la pequeña escalinata de madera. Les estaba esperando, pero ellos no habían llamado ni siquiera para pedir habitación, ¿cómo sabía que iban a llegar?

La desconocida bajó los escalones tras abrir su paraguas negro. Entre la lluvia, los Odell parecieron verle en el rostro algo enigmático y chirriante para Hollow Hallows: una sonrisa. A Garric, aquel gesto, lejos de calmarle, le recordó a algo: era la misma sonrisa burlona con la que alguien cruel se alegra de ver a otro sufrir. La misma.

Un resplandor cegador obligó a Garric a cerrar los ojos. Luego, un trueno le hizo taparse los oídos. Siguió adelante con su padre.

Había ignorado la advertencia.

CAPÍTULO 4

El cieno burbujeante del pantano recibía el cadáver de una rana, mientras árboles nacían pútridos en las aguas oscuras y las sombras de actos incomprensibles se extendían.

En medio de la maleza antigua y los animales del barro, entre lo salvaje y lo horripilante, Dawn lideraba a sus amigos en la elaboración de un pecado a partir de retales de otras bestias. Lo crearon al mismo tiempo que hablaban de cómo matar a cada uno de los habitantes de Hollow Hallows.

—A la anciana Marleen la clavaría en la punta del campanario.

—A los Dawson los envenenaría hasta que vomitasen todo su interior, como una bolsa de la compra que le sacas todo lo que tiene dentro. Así.

—A los Mayers les arrancarían las tripas mientras duermen.

—A Bradley le cortarían las piernas y lo que quedase, mientras esté vivo, se lo daría de comer a sus perros de caza.

—¿Y si empalamos a alguno de las tiendas?

—Eso no se duda, joder.

Todo desembocó en los últimos retoques del ser muerto al que sus manos dieron forma.

—Nos toca hacer de Victor Frankenstein un año más, pero no creo que haga falta resucitarlo... —dijo Dawn con su sonrisa—. Ya es hora. Hablemos por las ratas del mundo y matemos a sus cazadores. Hagamos la ofrenda ya.

No despegaron la mirada del árbol moribundo. Alguna maldición tuvo que caer a aquel fruto de la naturaleza para retorcerse de una manera anómala y seguir vivo, a siempre una respiración de la muerte. De sus ramas, colgaba el hijo de los cuatro, escapado de una pesadilla.

Caroline Jones fue la primera en comenzar la ceremonia: sacó de una pequeña bolsa unos cabellos pálidos y un trozo de tela.

—Le arranqué los suficientes pelos a Allison cuando me pegó la paliza en el patio en mayo del curso pasado. Luego, me quedé con el trozo de tela que me puso como mordaza. Esto es todo, me gustaría dejar un moratón, pero no tengo ya ninguno que se vea ni un cuchillo para arrancarme la piel. Eso es todo.

Dawn asintió con la cabeza, con cierto orgullo. Seth avanzó, abriéndose paso entre la hierba alta, diciendo:

—Sigamos con esta mierda siniestra...

Abrió la boca, mostrando unos dientes torcidos y algo amarillentos. El dedo índice y el gordo de la mano derecha tocaron uno de sus dientes.

Poco a poco, empezó a moverlo, más y más fuerte hasta que cerró los ojos. Su rostro enrojeció, la baba cayó y sonó un pequeño *clac*.

Un segundo después, su mano sostenía un regalo: un diente plagado de espesa sangre y saliva.

Se tapó la boca con un pañuelo, aunque sonrió sin importarle la hemorragia. Estaba acostumbrado a sangrar.

—El cabrón..., de Elliot... Me dejó..., un diente..., bailando. Mi abuela..., se cabrearé por... esto. —Escupió sangre contra el árbol—. Pero..., no iba a perderme..., esta tradición.

Dawn ni se inmutó, se quedó junto a Huargo, que se había echado para observar la escena. Ahora le tocaba a ella.

Se acercó hasta Seth y lo que ocurrió a continuación fue inesperado. La joven se abalanzó sobre él y le quitó el pañuelo de la boca. Una vez liberado de la improvisada gasa, la chica la arrojó ante el árbol. Entonces, le acarició el rostro a Seth y le tiró del pelo hasta que hizo que el muchacho abriese la boca para gritar. Rápida, le introdujo los dedos y ambos cayeron al suelo. Segundos más tarde, le hizo vomitar ante el árbol toda la sangre de la encía.

—Mal..., dita..., bruja... —farfulló Seth.

—¡Tragar sangre es malo!

Dicho eso, Dawn se puso de pie con la mano ensangrentada ante su rostro, fascinada por ver el escarlata cayendo despacio entre sus dedos.

Tras ese instante, se acarició el pelo y, en un arrebato, toda su melena fue extirpada de su cuero cabelludo. Era una peluca castaña sobre un fino cabello rubio oscuro. Ya no parecía el pelo de un hombre, como meses antes, cuando se lo raparon al cero los hermanos Ellis. Arrojó la peluca contra el árbol.

Caroline, Seth y Dawn miraron hacia su obra completa. El arce rojo derramaba algunas ramas mientras moría (o se convertía en otra cosa) por obra y gracia de la ciénaga. Colgando por el cuello, como un ahorcado, un muñeco de paja, vejado, con los cabellos y la tela que Caroline arrebató, la sangre y el diente de Seth, la peluca de Dawn. En su rostro, tenía las fotos de todos los miembros de los impolutos hijos de Hollow Hallows.

Caroline estaba perdida en el falso ídolo, creado a través de la rabia, esa que no les dejaba dormir sin una pesadilla, esa que les consumía a todos. Empezó a hablar, pero ¿lo hacía consigo misma o con todos?

—Que conste que si hubiera encontrado el cadáver de mi hermana lo hubiera traído también para esto. Al menos, un pedazo. Quizás cabellos... O, tal vez, uno de sus dedos. Si ella fuese carne muerta, un trozo de ella. Si ella fuese huesos ya, uno de ellos. Si ella fuese cenizas ya, un puñado de ella. En cambio, solo traigo su recuerdo, que es todo ella. ¿Por qué no?

Dawn y Seth no respondieron, prefirieron el sonido de la fauna y flora de aquel mundo de muerte. El silencio provocó en Huargo algo de pavor cuando los amigos tomaron aire a la vez.

—Hacemos esto para devolver nuestro dolor a aquellos que nos lo causaron —

habló Dawn extendiendo su mano. Seth le entregó una botella de ginebra pequeña que llevaba en su mochila.

—Ma se pondrá como loca cuando vea que le falta esto... A ver cómo duerme esta noche sin su buche de «medicina»...

—Tu abuela se pondría como loca si viese que le faltase un nieto este año —contestó Dawn.

—No lo creo, no conoces tanto a Ma...

—Mi madre se volvió loca cuando mi hermana se fue —murmuró Caroline, como si no estuviese allí.

Dawn cogió la botella, arrancó la tapa con los dientes y tomó un trago antes de añadir:

—Todos nos volvemos locos tarde o temprano, ¿importa el cuándo?

Ninguno de los demás quiso beber y Dawn lanzó el resto contra el muñeco, duchándolo como a un bebé nauseabundo. Después, reventó la botella contra la corteza del árbol y sacó un mechero.

—¿Prenderá con la lluvia? —preguntó Seth mirando hacia las nubes negras. La tormenta no iba a cesar en horas.

—Cada año, prende —contestó Dawn—. Cada año, tenemos fe en devolverles el daño. Todo lo que los Hollow Halls hacen es como esta lluvia, capaz de ahogarnos y matarnos. Ahora, necesitamos un acto de fe. Si la llama prende, ellos prenderán este año y, creedme, no podría pasarnos algo mejor. Así que demos el salto de fe y abracemos el destino. Que el fuego mate al agua.

El Zippo, con el símbolo satánico de *Dead Irony*, dejó escapar una pequeña ascua. Dawn llevó el mechero hasta las raquílicas y deformadas patas de la criatura de trapo que representaba al monstruo, formado por Allison Brooke, Elliot Ruth y los hermanos Donald y Flint Ellis, parte de los impolutos hijos de Hollow Halls, representantes de la gran masa que deseaba verlos dormir por toda la eternidad en el fondo del cenagal. Desde hacía cinco años, Dawn y compañía se dedicaban a recoger toda la basura de cada paliza o abuso que Elliot y compañía les daba. Formaban un monigote con ellas y lo hacían arder. La abuela de Seth creía en ese tipo de rituales; era una mujer docta en las artes oscuras que mueven el mundo sin que lo sepamos.

Todos recordaron las palabras de Dawn sobre el fuego y la lluvia. Si bajo la tormenta atroz, que representaba la monstruosidad de Elliot y compañía, el espantapájaros ardía, querría decir que todo cambiaría, sino deberían prepararse para las consecuencias y serían aciagas, como siempre.

Dieron el salto. Preferían que fuese un salto del ángel y se convirtiesen en papilla contra el suelo si las cosas no cambiaban, si los monstruos no eran iluminados por un fuego que los abrasase, devorase y convirtiese en cenizas.

Tuvieron fe.

Antes de lo esperado, tras dudar y luchar con la lluvia, el fuego devoró al ser hecho de sufrimiento, lágrimas, alcohol, ramas y hojas muertas. Como un candil,

iluminó la mañana gris de la tormenta veraniega.

Los amigos eran testigos. La luz parpadeante de las llamas les iluminaba. Había esperanza para ellos, muerte para otros.

—La lluvia no puede contra el destino —habló Caroline.

—Nuestros enemigos arderán este año —añadió Seth.

—Será algo glorioso de ver.

Dawn acarició al tembloroso Huargo tras hablar. Seth no se reprimió y rio enloquecido. Su amiga Dawn tampoco pudo resistirlo, también rio. Hasta Caroline, que llevaba años sin soltar una carcajada, sonrió. Ante el fuego y el agua negra, hubo felicidad para los herederos de los confabuladores, los descendientes de los que decapitaron la estatua del fundador.

Antes de que la lluvia apagase las cenizas y el árbol se colorease de oscuridad, se escuchó un pequeño tartamudeo y un gemido desde el Caserón.

Dawn, Caroline, Seth y el perro miraron hacia el motel. En la parte alta, desde el balcón de la habitación alquilada por primera vez en un lustro, vieron a la tía de Dawn acompañando a dos sombras que vinieron buscando un lugar para yacer, quizás, para siempre. Eran un muerto y un adolescente, como ellos.

La tía y los nuevos huéspedes vieron el espectáculo del fuego y la tragedia, el augurio de que todo se transformaría. Dawn y sus amigos pensaron en el horror que supondría la hoguera para los estúpidos forasteros que no entenderían nada. Por eso, volvieron a reír y esta vez sus risotadas sonaron como gritos.

Con la brisa mortecina de una tormenta que pugnaba por sobrevivir, las cenizas se dispersaron acribillando el cráneo de una rana muerta, a punto de hundirse por completo en lo más profundo del lodazal. Nunca más regresaría.

CAPÍTULO 5

Garric Odell continuó un instante más en el balcón, hipnotizado por cómo el viento destripaba las cenizas de lo que fue un espantapájaros ahorcado.

El árbol susurraba con el viento y los jóvenes se reían bajo su sombra, enloquecidos. Para Odell fue como ver un aquelarre de los cuentos de terror de su padre.

—Mi sobrina y sus amigos... —dijo la dueña del motel, Emily Hownland—. No puedo decir que os acabaréis acostumbrando a este tipo de cosas, pero al menos cada día se vuelve más..., divertido. —Sopesó lo último que dijo y asintió para ella misma—. Sí, esa podría ser la palabra.

La casera volvió al interior de la habitación que alquiló por un tiempo a John Odell y su hijo. No era grande, pero tenía dos camas, un baño y un par de muebles como un ropero que olía a senectud. El corte clásico y la predominancia de colores oscuros, ayudados por la escasez de luz de ese día tormentoso, convertían la estancia en un lugar solemne y lúgubre.

Garric percibió la fina capa de polvo que cubría los muebles; no pasaba mucha gente por allí y eso también se notaba en el comportamiento de las personas, que trataban a los que venían de otros lugares como algo ingrato, falto de valor o indignos de un mínimo respeto. Un ejemplo de eso es que Emily hablaba a los Odell, aunque daba la sensación de que lo hacía para sí misma, como si fuese alguien que dormía y soñaba sin creerse la fantasía, como si considerase con toda su alma que nada de lo que ocurría era real. O era más simple: no le importaban los huéspedes.

—Seré honrada por una vez, Odell padre e hijo —anunció extinguiendo las llamas de una sonrisa ladina—. Solo les cobraré el primer mes. Si deciden quedarse más allá de ese mes, como tienen previsto, entonces les cobraré los tres meses que querían.

—Mi-mi pa-padre quiere pa-pagar los cin-cinco meses —dijo Garric. Le costaba hablar tanto... Más con desconocidos.

La figura de su padre, que recordaba al Hombre Invisible de las películas clásicas de la Universal, dijo sí con un ademán.

Emily miró a ambos con curiosidad como si intentase captar algo que se le escapaba de sus clientes.

—Na-na-nadie quería ven-ven-vendernos una casa-sa —dijo Garric—. Es-Es-Esta es la me-me-mejor op-op-op-opción. Nos que-que-quadare-mo-mos aquí hasta que... Al-alguien nos-nos-nos venda-da su-su-su casa...

Emily Hownland estalló en una risa tan brusca como la tos en un enfermo de cáncer de garganta y dijo:

—Pero, pequeño Odell, eso es imposible. Nadie os venderá una casa en este lugar.

Quien nace en Hollow Hallows, muere en Hollow Hallows.

Garric no toleró muy bien el tono de madre que utilizó Emily con él. Le recordó tanto al que usaría un inteligente con un idiota...

—Sa-sa-sabremos..., espe-espe-pe-perar.

Emily ladeó la cabeza y miró de reojo un antiguo reloj de cuco.

—¿De cuánto tiempo disponen, familia Odell?

Garric se adelantó a las ideas que creyó que tendría la mujer.

—Tenemos di-dinero para mu-muchos me-meses, seño-señora...

La propietaria se viró y le señaló con una expresión de advertencia:

—Pasaré por alto el «señora», pero no ignoraré que confundes dinero con tiempo. Me refiero a años, meses, días, horas, minutos... ¿Cuánto tiempo disponéis para esperar?

La cuestión estuvo próxima a dejar en jaque a Garric, aunque reaccionó lo más presuroso que pudo:

—Disp-po-po-ponemos de..., todo el-el-el ti-ti-tiem-po-po..., que-que haga falta...

Una sonrisa lacónica se tejió en los labios de la dueña.

—Hasta el juicio final entonces. —Se dirigió hacia la puerta, pero antes tendió un manojito de llaves a Garric, con un desgastado llavero con el número de la habitación—. Pero les convendría saber que nadie normal se queda más de un día en Hollow Hallows, mucho menos un mes.

Emily aguardó un gesto de temor en el muchacho, pero lo que halló fue una contestación escueta.

—Na-nadie ha-ha-ha dicho que-que seamos gente normal.

La señora del Caserón volvió a sonreír, viperina, como si dijera: «sé quién es y quién no es normal con solo verles un segundo. No me engañáis. La gran fulana de Babilonia sabe hasta el infinito». Al menos, Garric imaginó que eso sería lo que ella pensaría.

Garric reflexionó sobre la conversación. ¿Querría decir Emily que toda la gente que vivía en Hollow Hallows, que permanecía allí, lo hacía porque no era normal? Habiendo conocido al *sheriff* Ruth y viendo a aquellos chavales quemando un muñeco en el pantano no quedaba duda.

—Haremos lo que digo entonces —habló Emily de nuevo, observando la estancia que asignó a los desgraciados. Una araña correteó por el techo—. Créanme, les será útil y más si van a pagar trescientos pavos al mes. Y con pavos me refiero a dinero. Una vez vino un capullo que aceptó pagarnos eso y luego trajo un camión de pavos... Maldito loco...

»En fin, les invito a que vayan abajo o den una vuelta por este islote en lo que hago que esta habitación vuelva a parecer habitable. —Ninguno se movió—. ¿Y bien?

Emily puso sus brazos con forma de asa, colocando sus puños en su cintura.

Garric tartamudeó:

—No-no-no se-se preocu-cupe...

La respuesta de la casera prorrumpió antes de la siguiente sílaba del hijo.

—Dije «les invito» por mantener un poco de esa educación de mierda que me enseñó mi madre, pero en realidad estaba diciendo «largo de aquí», ¿vale? —se sinceró Emily Hownland, cogiendo una fregona y varios utensilios de limpieza que guardaba dentro de un pequeño armario del pasillo—. No van a morirse asfixiados de polvo y porquería. No al menos en mi hotel, ya hemos superado el cupo de gente que muere aquí, ¿entendido? Bien, pues fuera... Largo.

Y soltó una risita. No era un auténtico gesto de alegría. En el pasado, Garric escuchó y vio muchas carcajadas falsas de su madre cuando estaba viva. Era casi una constante. Antes, cuando era un crío, sí pensaba que eran veraces, ciertas, desconocía que era una manera de quedarse con él: el mundo se iba al infierno, pero ella sonreía y lo calmaba. Desde que murió, Garric detectaba con facilidad las mentiras en pequeños gestos como el de la señora Hownland.

Si bien no podía negar que era una risita, no era de felicidad, era más bien una mezcla de resignación y burla hacia ellos. Permitía entrever que Emily no mentía cuando hablaba de muertos en el Caserón Woods, pero los Odell no se lo tomaban en serio. De cualquier modo, a Garric no le preocupaba, siempre le asustaron más los vivos que los muertos; estaba acostumbrado a que lo que le rodeaba pereciese. El mundo solo era un camposanto sin muros.

La delgada mujer señaló la entrada de la estancia, indicando que saliesen. No era una sugerencia, era una orden; no fue un gesto cortés, fue como si se lo mandase al ganado. Pocas cosas se podían discutir con la señora Hownland de cuarenta años, aspecto débil, pero que guardaba en sí un cinismo que amenazaba con explotar en cualquier instante, como una bomba. Por ahora, solo filtraba un poco de esa bilis.

Garric obedeció y se dirigió al pasillo, pero entonces recordó a su padre.

Los ojos pardos de Emily estaban clavados en John Odell que se mantenía en el centro del cuarto como una figura de cera, sin moverse, junto a las maletas.

—¿Está bien, señor Odell? —preguntó Emily, arqueando una ceja.

Acto seguido, el padre salió. El hijo estaba nervioso.

La propietaria del Caserón se giró, entornando los ojos, como si estuviera intentando discernir algo respecto a ellos. Fue cerrando la puerta sin prisa, hasta que su piel pálida, sus cabellos rubios desvaídos y su consumido cuerpo, envuelto en ropas vulgares, desaparecieron.

Garric y su padre descendieron por la escalera hacia la sala principal. Si se marchaban, corrían el riesgo de toparse con alguien como el *sheriff* Ruth... ¿Habría gente igual? ¿Peor? ¿Podía haber gente peor? Sí, claro que sí, Garric sabía que el mal siempre está luchando por superarse. «Quizás la dueña nos ha recomendado que salgamos y demos una vuelta precisamente por eso, para que nos topemos con alguien, tengamos más miedo y nos marchemos», razonó.

Al bajar las escaleras, llegaron a la sala de estar principal. Había algunos rancios sillones, una mesa de cristal, una televisión cebada por la edad, un par de cortinas amarillentas...

Y un perro atravesó la estancia.

El animal, que encajaba perfecto con el aspecto del lugar, lucía un pañuelo negro atado en el cuello y con el dibujo de una calavera (¿una señal de advertencia?). Miró a los Odell de una manera que no era bestial, sino más bien humana, pero no de un humano corriente, sino más bien de un ser furioso.

Fue como un tiro, algo fugaz prendido en ruido. El perro lobo cambió su gesto afable, con el que husmeaba por todos lados, para convertirse en una criatura desafiante. Mostró sus colmillos a los Odell, gruñendo, dejando escapar un hilo de baba rojiza.

Garric retrocedió por la escalera, su padre tardó un poco más. El can estaba dispuesto a echarse a correr tras ellos y arrancarles la yugular de una dentada. Sin duda, por su aspecto, el acto de matar no le era ajeno.

—Hurgo, cálmate —pidió un chico de cabellos pelirrojos y con una cara similar a un campo de batalla entre granos y pecas. Era Seth—. Estos extraños no valen la pena... No parecen tener mucha carne. Te quedarías con hambre...

Garric se preguntó si la zanahoria con piernas que hablaba sobre su padre y él sabría que ellos eran capaces de escucharle, que no eran sordos. No obstante, más preocupante era que el perro no escuchó al joven, su cuerpo estaba tenso, preparado para saltar, morder y desgarrar, como los lobos que asaltaban los pueblos en los tiempos antiguos.

—Además, dejaríamos sin clientes a Dawn y su tía —habló una chica de piel negra y mirada distraída, que se puso ante el perro. Y obró el milagro: Hurgo, cuando dejó de ver a los Odell, se convirtió en un perro inofensivo que movió la cola, feliz.

Garric suspiró, pero hubiera agradecido no hacerlo, porque se quedó sin aire mientras ella entraba en la casa, proveniente de la parte de atrás, como el resto: una joven de cabellos cortos y encrespados. Poseía cierto parecido con la dueña, pero no tendría más de quince años y, pese a que vestía con ropa ajada, existía algo en su semblante que encerraba a cualquiera en su enigma. Los ojos de la muchacha quebraron a Garric y le llevaron a recordar muchas cosas que quiso guardar en secreto. Dawn ni siquiera le prestó excesiva atención.

—Vámonos de aquí —dijo la chica yendo a la puerta para marcharse—. Parece que hay una nueva plaga...

Seth fue tras la muchacha:

—Deberíamos interesarnos por esta plaga, Dawn. De lo contrario, ¿cómo sabremos de qué forma hay que exterminarlos?

Caroline intervino:

—Siempre se nos ocurre algo.

El perro siguió adelante con ellos, hacia la entrada principal. Durante un instante vio a los Odell y mostró de nuevo unos afilados colmillos, cultivados en la calle, mellados y torcidos, habituados a comer lo que podían y atacar a quien deseara hacerle daño. Garric no duraría ni un asalto, pero algo le inquietaba mucho más ahora.

—So-soy Ga-Garric O-o-o-odell.

El tartamudeo apenas se escuchó a la vez que los jóvenes y Huargo se iban, pero Garric esperaba con toda su alma que ella lo hubiese escuchado, al menos ella, Dawn Hownland.

El joven tragó saliva y terminó de bajar la escalera, su padre fue tras él, con sus pasos sin vida y mecánicos. Solos en el Caserón de los Woods intentaron encontrar sentido al nuevo e insólito hábitat que tan hostil se les presentaba.

John Odell se sentó en el sofá. No se movió ni un ápice. No dijo nada. Garric se aseguró de que así fuera. «Solo falta un pequeño acto de maldad para convertir a un hombre en esto», se dijo. Porque las cosas no le iban bien ese día, pensó en la vida de alguien peor: su padre, un escritor prometedor que acabó convirtiéndose en el último mono del matadero de neuronas a todo color que era la televisión. Años y años escribiendo series estúpidas y monólogos para un presentador gracioso de *late night* te convierte en escoria. ¿En qué momento el prometedor heredero de J.D. Salinger se transforma en el equivalente a un clínex para alguien con un constipado? ¿En qué instante de la vida se cae tan bajo y uno no nota, durante la caída, que podría haberse agarrado a algo para no llegar hasta el final y reducirse a una bolsa de basura rota, sangrienta, con huesos y carne intentando escapar?

La mente de John viajó por la autopista de la degeneración hasta chocar con la primera salida de la autodestrucción. No le valió eso, sino que también derrapó por la rabia y se lanzó a la vuelta de campana que terminó con sus seres queridos.

Sí, ese párrafo era muy del estilo de John Odell. Su hijo recordaba que a su padre le encantaba conducir el Ford negro y hacer metáforas con él, porque lo tenía desde los dieciocho años, cuando se fue de casa y se internó en el camino al estilo de Jack Kerouac. Ese Ford era su tinta y su felicidad.

Puede que John nunca fuese un gran escritor, solo un fracasado que lo disimulaba hasta que se cansó y su cabeza se pudrió para luego dar paso a su cuerpo. Marcas rojizas en su piel, un picor insano, heridas sangrantes y costras hasta que dejó de haber piel para solo haber sangre. Ninguno de los médicos supo qué hacer con un hombre que padecía algo más lento y más doloroso que la mismísima lepra. La piel se caía como hojas en otoño, las uñas se volvieron amarillas y el pelo se convirtió en trozos que menguaban como los de la madre de Garric durante el tratamiento de quimioterapia. Ataques de dolor, hemorragias, medicamentos inútiles... John Odell se redujo a la sombra silencio de lo que fue.

Tal vez, fue su orgullo herido lo que lo convirtió en un monstruo.

No, según el credo de Garric, eso era tener demasiada confianza en la naturaleza

de los seres humanos. Era darle explicación a por qué alguien elige ser un villano. Puede que nadie elija eso, puede que se nazca siendo un lobo para el hombre, sin más, que cada uno es vil por el acto de ser, y no hay otra puerta, una salida de emergencia. Ante esa realidad tan oscura, lo único que te hace seguir respirando es imponer un falso orden entre el caos, creer que la gente se vuelve malvada por una razón y que no siempre fue así, porque de lo contrario, ¿qué esperanza habría? Ninguna. Para el *bienpensado*, el mal necesita razones, no puede venir de la nada, porque entonces nadie dormiría al ser consciente de que en medio de ese océano que es la vida, una ola o un tiburón (que pueden ser cualquier otro) podían devorarlos para siempre. Era así como el hijo de Odell se engañaba a sí mismo, flotando en la nada, creyendo que su padre no siempre fue lo que era ahora. Servía, ¿no?

Y ahí se mantuvo, Garric, recién llegado a Hollow Hallows, un chico huyendo de su pasado y preguntándose por los que le rodeaban. Y luego estaba su vicio... El peor de los vicios, el que sintió desde que entró por la puerta del Caserón Woods, un deseo que rasgaba su pecho, como si algún demonio que tragó en sueños escapase de su interior con sus garras. Zas, zas, zas...

No tardó ni diez minutos en localizar donde estaban los folios, libretas, notas, lápices, bolígrafos... Escribir. Zas, zas, zas... Su droga. No, no podía. Nunca más, por mucho que lo necesitase para sobrevivir. Zas, zas, zas.

Pero estaba a punto de caer en una crisis si no hacía algo. Sin duda alguna. Hubo un instante, una vibración en el aire, una rareza en el ambiente, un escalofrío en la espalda, algo que le obligó a pensar que otra cosa estaba a punto de ocurrir y no sería buena. Era el cosquilleo antes de caer al abismo. Garric lo conocía, por eso intentó soportarlo, pero solo la escritura le mantendría a salvo... ¿A salvo? No, sería peor.

Y llegó la crisis: Garric quiso morir porque Dawn Hownland no se acordaba de él.

Y cuando quería algo, lo acababa consiguiendo.

CAPÍTULO 6

La lluvia amainó al mismo tiempo que Dawn y sus compañeros se aproximaban a la Academia Hallington, la prisión donde eran adoctrinados desde hacía años. Era un antiguo edificio de madera gris que seguía en pie por obra y gracia de los lores de Hollow Hallows, amenazando con su pequeña torre, simulando al enorme campanario de la iglesia. Si existe algo parecido al infierno era la escuela dirigida por Harriette Ellis (la esposa del pastor Jacob Ellis) y eso que se erguía en unas tierras que de por sí ya se acercaban bastante a la idea de averno en la Tierra, al menos para Dawn, Seth y Caroline. No importaba nada que hicieran contra la escuela, allí seguía la garra de Lucifer, resplandeciendo sobre el bosque de los suicidas.

—Pensé que la academia habría estallado... En serio... En plan que el muñeco fue algo profético —dijo Seth, desanimado, y alzó las manos con un—: ¡BOOM! ¡A tomar viento!

Dawn meneó la cabeza y preguntó:

—¿Te creías que teníamos los poderes de *Carrie* o algo?

—Claro que no, Dawn... Esto no es Maine... —respondió y gruñó—: Qué asco, se me hace cuesta arriba volver ahí tras este fin de semana. Deberíamos disfrutar de este viernes. —Barajó varias ideas sobre lo que hacer—. Hey, ¿qué os parece si volvemos a ver *La Matanza de Texas*? Podemos pillar ideas...

Los tres amigos no dijeron nada durante un rato, Huargo permanecía a su lado, dio un largo bostezo y aguardó a que los humanos decidiesen qué hacer.

—Garric Odell —recordó Caroline—. Se llama Garric Odell, el hijo del nuevo inquilino del Caserón. Eso nos dijo mientras nos íbamos.

—Un nombre horrible, debería haber elegido uno más genuino como, por ejemplo, Seth —dijo el propio Seth. Su chiste malo no hizo gracia a nadie. Ni a él mismo.

Dawn caminó con los brazos abiertos, haciendo equilibrios sobre un pequeño muro derruido frente al colegio.

—¿Por qué creéis que ese tipo puede ser interesante? —preguntó—. ¿Qué puede suponer Garric Odell para nosotros?

—Es alguien nuevo —replicó Seth como si eso significase todo. Al ver que las chicas no le seguían, se explicó—: Tiene que estar muy mal de la cabeza para venir aquí y quedarse. ¡Ya eso lo hace interesante! ¡Podríamos incluso apostar cuánto tardará en largarse por patas!

Dawn saltó hacia la hierba alta.

—Siempre haces trampas, así que paso —dijo, seria. Rascó la barriga de Huargo. Seth fingió el enfado.

—No sé de dónde sacas eso de las trampas, lo mío son... Son solo trucos para

favorecer mi victoria...

Caroline suspiró.

—A veces es inevitable que cualquiera sienta ganas de partirle la cara, Seth —intervino, Seth se regañó—. Aunque no niego que podría ser entretenido buscar algo de información sobre Odell.

Dawn escudriñó a Caroline y Seth, pero prefirió su opción:

—Deberíamos inventarnos su historia —contestó—. ¿Le habéis visto? No tiene cara de guardar una gran aventura a sus espaldas, ni siquiera una mísera tragedia digna de recordar. Cuando sepamos la verdad, podría decepcionarnos.

Seth no estuvo muy convencido con la idea de su amiga y preguntó:

—¿Prefieres que nos inventamos que es un ninja mutante cuya lengua fue amputada por una orden enemiga y que por eso tartamudea y ha terminado aquí?

Caroline se sumó a las posibilidades inverosímiles:

—¿O prefieres que digamos que solo es un alienígena que no se adapta a la carne humana y va a comenzar su invasión por este pequeño antro?

Dawn sonrió y aplaudió, haciendo que Huargo se levantara con un pequeño susto.

—Muy buenas historias. Podríamos pasarnos así las horas muertas...

Pero no lo hicieron.

Un descapotable rojo apareció al final de la carretera. Poco importaba que hasta hacía unos veinte minutos estuviese lloviendo, los que iban en él quitaron la capota y demostraron con gusto el cliché que encarnaban, el de la ostentación vacua y cruel.

El conductor redujo la velocidad cuando vio a Dawn y...

Y solo a Dawn. Caroline y Seth huyeron. La eterna huésped del Caserón Woods y Huargo se quedaron acechando.

Elliot Ruth estaba al volante. No tenía edad para conducir, pero su padre, el *sheriff* Caleb se lo permitía sin problemas; por esa cuestión y otras se creía el amo y señor del Hollow Hallows; se decía que descendía de Philomeno Ruth, el fiel ayudante del fundador Alfred Hallington. Su sangre fue cruel y él era digno merecedor de ella.

El automóvil se detuvo en medio del camino, entre la escuela y el campo donde estaban Dawn y el perro. Desde allí, la chica pudo ver la mirada soberbia de Elliot, la piel blanquecina, los cabellos oscuros, los ojos azules, los músculos de baratillo, la ropa cara, la expresión de comerse al mundo... Todo ello comprado por su padre, del cual dependía como un niño pequeño pese a representar su papel de espléndido ejemplar de Hollow Hallows.

En el asiento del copiloto estaba Allison Brooke, hija de la alcaldesa y jueza Margaret Brooke, primera voz del coro de la iglesia, otra de las portadoras de la sangre más rancia de Hollow Hallows, la del primer juez: Amadeo Brooke. En sus cabellos rubios y su aspecto magnánimo escondía toda la suciedad tras el lujo de la clase alta de Hollow Hallows. No había ni un rasgo que recordase a la serpiente que era, aunque fuese una víbora. Señaló a Dawn y dijo con su voz, melodiosa y dulce:

—Esa está muerta.

—Más que muerta —contestó Elliot.

—¿La atropellamos?

La pareja intercambió una mirada.

—No quiero que joda la pintura del coche y se merece algo más lento.

—Estoy de acuerdo. Sería demasiado dulce.

Allison le dio un beso en la mejilla a Elliot. Los dos señalaron a Dawn con sus dedos índices, como si fueran pistolas, e hicieron que abrían fuego; no fue un juego infantil, fue una amenaza. Acto seguido, Elliot arrancó el descapotable. Atrás, quedó Dawn que no se amedrentó ni un segundo. Desaparecieron, pero no para siempre.

Dawn fue hacia el campo de trigo, mezclado con las hierbas. Huargo corrió y la ayudó en lo que deseaba: no tardó en encontrar, de rodillas, escondidos entre la maleza, a Caroline y Seth.

—Indignos descendientes de los confabuladores —juzgó Dawn y se rio de ellos todo lo que quedó de la mañana de viernes.

Caroline quiso rectificar su actitud, pero ya era tarde:

—Esperé que el coche estallase en pedazos. ¿Se habrá equivocado el muñeco al arder? ¿Habrá sido una falsa profecía?

Su amiga negó con resquemor y algo de ira:

—Será eso o..., que os habéis largado a la primera de cambio... ¡Qué cobardes! ¡Qué desgraciados! ¡Qué escoria! —Mantuvo su odio bajo llave, pese a que daba golpes para escapar—. No sé cómo les venceremos, pero seguro que no es por medio de las llantinas. Solo sin lágrimas se merece la gloria de conquistar el triunfo.

—No te pongas tan lírica, ¿quieres? —soltó Seth, que se raspó las rodillas al lanzarse al suelo para esconderse del descapotable—. Al menos nosotros somos cobardes por el cabronazo de Elliot, no como tú, que lo eres por no querer saber quién es ese Garric Odell.

Dawn le hizo un ademán con sus manos trémulas, como si fuese una advertencia.

—¿Queréis saber la historia de Garric Odell? —Y añadió uno de sus arrebatos de poesía—. Descubrámosla pues, sacudamos las alfombras con las cenizas de los muertos y veamos la verdad en toda su espléndida mugre.

Seth y Caroline dijeron sí. Huargo ladró y se agitó a un lado y otro. Encontró una cría de ratón muerta. Los gusanos salían de las cuencas de sus ojos. Seth, al verlo, dijo:

—Garric Odell nos hará eso cuando descubramos la verdad, seguro. Gusanos saliendo de nuestras cabezas, una y otra vez. Siempre soñé con eso. Bendito sea Garric Odell, hace nuestros sueños realidad...

Y cantó horriblemente un pedazo de su versión de *Mr. Sandman* de *The Chordettes*:

Mr. Odell, bring me a dream,

make him the cutest that I've ever seen...

CAPÍTULO 7

La tarde transcurrió lenta. Garric colocó todas sus cosas en la habitación en menos de una hora, pese a que quiso ir lo más despacio posible. De lo contrario, corría el riesgo de caer en sus auténticos pensamientos, en sus vicios más tórridos.

Deseaba escribir.

Quería escribir.

¡Tenía que escribir!

Escribir.

Escribir.

Escribir.

Escribir.

Escribir.

¡ESCRIBIR!

Pero no, no podía.

No.

Tras lo sucedido la última vez, prometió que jamás volvería a escribir, ni siquiera algo que no fuese ficción. Las letras marcaron su piel. No las quería. Nunca más.

Por eso, durante horas estuvo yendo de un lado a otro del cuarto. Emily Hownland no tardó en limpiarla y él tampoco tardó en darse cuenta que ese lugar nunca sería su hogar. Se preguntó cuánta gente habría dormido en aquellas camas, cómo se llamarían, a qué se dedicaban, cómo eran, si alguien lloró, si otro murió en ellas... Garric inventó las historias de varios de los antiguos inquilinos en poco tiempo.

Una niña llamada Linda se ahorcó con su comba.

Un tal Jeremías se mató al caerse de la cama.

Un tío llamado Bob ardió por combustión espontánea (sus cenizas seguían en el ambiente, podía esnifirlas sin querer).

¡No, no podía inventar!

¡Tenía que parar!

«Si sigues así vas a querer escribir, ¡y no puedes escribir!».

Quiso serenarse, mientras su padre yacía sentado en la mecedora, que se sacudía sin vida. No, eso no le tranquilizaba. Necesitaba pensar en otra cosa. ¿Y Dawn? Sí, ella.

Gastó muchos pensamientos en Dawn, pero ¡ahora estaban juntos!

O no.

Dawn ni siquiera le reconoció, continuó con su vida, ¿y él? Desde que vio por primera vez no fue él mismo, siempre marcado por un recuerdo infantil. ¿Ella fue tan buena con él o solo lo fueron los tiempos que la rodearon? Nada aseguraba que algo

cambiase para bien cuando se reuniese con ella, ahora ese supuesto era más que posible.

La agonía en su pecho le impedía respirar. Se llevó las manos al dolor punzante, como si su interior le apuñalase con sus propios huesos.

¿Persiguió fantasías en vano yendo en pos de Dawn? ¿Cómo una persona puede cambiarte la vida y tú no significar nada para ella? ¿Qué haría?

No quería divagar en esos caminos que desembocaban en respuestas maliciosas, pero era mejor que acordarse de que deseaba escribir o que estaba en un lugar habitado por fantasmas. Dawn Hownland siempre era un consuelo para él.

No la vio durante el almuerzo, que consistió en una *pizza* precocinada, pero esperaba estar ante ella durante la cena. ¿Podría recordarle a Dawn su pasado?

La cena estaba prevista a las ocho de la tarde y se sirvió a esa hora, ni un minuto más ni uno menos. Emily Hownland colocó los cubiertos en la mesa situada al lado de la pequeña cocina del motel. Garric quiso ofrecerse a ayudarla, pero la propietaria zanjó el tema:

—Estoy estafándoos el suficiente dinero como para mover yo sola el culo, ¿vale?

Preparó una sopa sosa y un plato de carne con arroz humeante. En el centro, en una ondilla, pan duro que se reflejaba en los vasos de agua fría sobre las servilletas desechables. Garric se sentó frente a su padre y Emily en un cabezal de la mesa. El muchacho no dejó de fijarse en el asiento vacío.

—Si esperan algún tipo de oración o algo así —dijo Emily—, váyanse a otro sitio, ¿vale? A comer...

Garric deseó mencionar a Dawn. ¿No iban a esperarla? ¿Por qué no cenaba con ellos? ¿Dónde estaba Dawn? Él quería que Dawn estuviese allí, ¿por qué no estaba? ¡Tenía que estarlo!

Antes de que llegase a hablar de ella en voz alta, temiendo el tartamudeo y no saber disimular, la puerta de la cocina se abrió y una figura fugaz entró.

Emily Hownland cerró los ojos, como si se contuviese mientras Dawn daba un ligero portazo, abría la nevera e inspeccionaba si había algo de comer. Se lo pensó y al final cogió de una fuente de cristal, encima de la mesa de la cocina, una manzana rojiza que limpió en su suéter tres tallas más grande. Sin fijarse en los huéspedes y su tía, atravesó la estancia y se dirigió hacia las escaleras que llevaban a su habitación.

—Me gusta mucho tu nuevo peinado —dijo Emily Hownland con cierta malicia. Su sobrina ya no tenía la peluca que intentaba simular el rapado.

Dawn esquivó y disparó:

—En cambio, a mí me gusta más que tú tengas a dos nuevos clientes, pero recuerda que pese a que les hagas un descuento por un completo, nada de besos en la boca... Herpes y —se fijó en John Odell— a saber el qué.

La reacción fue en cadena: Emily golpeó con su puño la mesa, Dawn se desvaneció, John no se escandalizó (solo removía la sopa con la cuchara) y Garric tenía el rostro desencajado.

—Mi sobrina, un primor —musitó la dueña—. Algunas veces me dan ganas de estrangularla y en el resto de veces me dan ganas de estrangularla el doble, pero... Coman, coman. No dejemos que nos amargue una niñata que solo sabe el valor de la vida a través de música estúpida, libros idiotas y palizas de sus amigos. Venga, coman.

Garric tomó un poco de la sopa de ajo. Le supo a ácido, a aceite de coche (sea como sea que supiera eso). Si la guardaba en frascos, podría usarla para matar vampiros. Aun así, debía bebérsela, tomársela, regurgitarla o lo que fuera. No debía causar problemas ni desentonar en el Caserón Woods. Eso no era un buen plan.

Después de unos minutos tensos, Emily se levantó, les quitó los platos de sopa (casi intactos pese a los esfuerzos) y tiró lo que quedaba por el fregadero. Se rio porque John Odell siguió agitando la cuchara en el aire, aunque ya no hubiese sopa ni plato; al final paró y dejó su rostro, con la mirada enfocada en la mesa. No hizo ningún gesto más.

—Pero-ro-ro no-no ha-había ter-ter-termina-ado...

—No te preocupes, pequeño. Esa bazofia no iba a curarte el tartamudeo ni a tu padre el *mudismo*. Sirve si quieres el arroz...

Garric calló, pero una idea le cruzó como un rayo: ¿y si Emily Hownland preparaba esa infusión (o lo que fuese) de ajo para una sola cosa: saber si sus clientes le dirían la verdad o no, si se quejarían o mentirían? Era una forma curiosa de conocer y espantar a sus huéspedes.

El muchacho esperó que el arroz no tuviese pelos o la salsa de la carne de a saber qué (¿dónde estaba el chucho vagabundo?) no estuviese llena de triple guarnición de mocos y escupitajos.

Cuando estuvieron preparados para el siguiente plato, Emily inició una conversación:

—¿Y mamá Odell está en la civilización, descansando de vosotros?

John Odell ni se dio por aludido, siguió excavando en el arroz.

Garric respondió:

—Ma-ma-ma-dre-dre-dre-dre...

Emily levantó una mano, pidiéndole una pausa:

—Se te quiebra tanto la voz que no es difícil imaginar: descansa..., en paz.

Garric asintió.

—Cán-cán-cáncer...

Emily sonrió (por escuchar eso de «cancán») para luego comer un poco de arroz y decir:

—Cáncer, gordos y gente de mierda. Ahí están las grandes epidemias de nuestra época. Damos asco.

Garric se preguntó si darían asco más allá de la mera enfermedad. «Míranos, claro que sí, damos asco. Somos escoria sobre un trono de muerte», dijo una parte de sí.

—Queréis estar cinco meses aquí —susurró la señora Hownland.

—Es-es-estare-remos...

Los ojos de Emily relampaguearon.

—Eso ya se verá, sigo sin creérmelo... Tienes edad de ir al instituto, ¿no, chaval? El joven afirmó con la cabeza, le costó más con las palabras.

—Sí-sí-sí, el lu-lu...

—¿El lunes te inscribirán en el Colegio Hallington?

—Sí, e-e-e-so, yo-yo-yo qui-queie...

—Disculpa que te interrumpa. —Cerró los ojos, pidió perdón con las manos—.

Es insoportable que el motor se te cale cuando hablas.

Garric no dijo nada. ¿Les ponía a prueba? Disimuló las heridas. Ahora le tocaba el turno de verse atacado a su padre, el experto en ignorar a todos.

—¿A qué se dedica, señor Odell? —preguntó Emily.

Para Emily, el padre era un hombre de hielo. No era humano. Respiraba pausado, siempre. No hacía ningún movimiento que guardase cierta vitalidad: tamborilear los dedos, suspirar... Su rostro forjado en piedra estaba muerto. Para estar perdiendo la piel como una serpiente, no se movía ni cambiaba un ápice; solo movimiento en sus ojos, cuyas pupilas vibraban hasta que se colocaba bien las gafas de sol. Por supuesto, no iba replicar, no hizo ningún gesto de que notara que alguien le habló.

—Mi-mi-mi padre no-no tra-tra-tabaja...

—¿Tan vago? ¿Nunca ha trabajado?

—E-era es-escriptor.

El gesto de Emily mutó.

—Vago, como decía —concluyó, aunque algunas ideas más vinieron a su cabeza—. ¿Un *juntaletras*? —Bufó—. Vaya, un escritor... Por estos lares... Qué bien. —Y ese sería el mismo «qué bien» que diría alguien a quien le diagnostican de una enfermedad terminal—. Durante toda mi vida solo he pensado que hay algo más bajo que una sanguijuela de la prensa y esos son los escritores.

John Odell no respondió de ninguna manera. Cero palabras, cero respingos, cero todo.

Garric se sintió obligado a contestar:

—E-era es-escriptor de-de-de tele-vi-visión.

Emily estuvo a punto de aplaudir.

—Y se queda mudo... Es una hermosa metáfora, ¿no crees? Aunque quien dice hermosa, podría decir maléfica.

¿Qué clase de sedante llevaba John Odell en vena? No mostraba ninguna emoción, solo estaba allí, en la mesa, como uno más. ¿La enfermedad le destrozó los músculos del cuerpo, la capacidad de sonreír, fruncir el ceño, apretar los dientes, parecer humano...?

—¿Tie-tiene al-al-algo en con-con-con-contra de los escri-escritores?

La expresión de Hownland relució con cierta oscuridad:

—No más que contra el resto de las personas, aunque he de afirmar que no son mi

debilidad.

—E-e-e-eso parecía...

La carne deshuesada estuvo a punto de ahogar a Garric. La salsa de miel del pollo era un símil de leche cortada bañada en vinagre.

—Pensaba que los escritores iban detrás de las emociones fuertes, ¿no? —continuó el ama del hotel—. Creía que vivían en las calles, se enfrentaban a la miseria y de ahí sacaban material para sus historias. Algo así como buitres. Los *juntalettras* absorben la basura y la transforman en una porquería envuelta de oropel que la gente desea desenvolver, ¿no? —Y fue a lo que pensaba desde el principio—: por eso, no entiendo el motivo, qué traería a un escritor a Hollow Hallows, un lugar que tiene fama de tranquilo, desconocido y mortecino.

Garric actuó rápido. Sería la única manera de sortear el mazazo.

—Mi-mi-mi pa-padre tie-tiene una-una enfer-fermedad...

—No se lo había notado... —ironizó Emily mientras llevaba el agua a sus labios.

—Y ne-ne-ne-necesita des-descan-sar-sar.

La excusa no la convenció.

—Interesante —valoró con falsedad—. ¿No habrá venido a inspirarse? Ya se sabe, esos escritores que se largan a una cabaña en medio de la nada para escribir...

Garric negó.

—No creo que-que-que mi pa-dre-dre quie-quiera es-escri-bir...

—Está bien. Este lugar no es tan tranquilo, desconocido... aunque sí, mortecino.

—Us-us-usted dijo-jo...

—Dije que tenía fama de ser tranquilo, no que lo fuese. Aquí no escribiré ni una frase sin que nadie esté ahí fuera con antorchas en las manos, dispuestos a quemarme vivo por ser considerado un monstruo... Perdón, quería decir, un artista.

Garric calló. ¿Por qué era tan hostil esa mujer? ¿Era por ser un ejemplo perfecto del fracaso, de soportar una vida que no deseaba? Su padre no se preguntaba eso, era como si la conversación no tratase sobre él. Emily se preguntó si el escritor sería también sordo y pasó al ataque directo:

—No me gustan los escritores porque vinieron aquí como un montón de moscas a la mierda. Siguen viniendo de vez en cuando, pero no duran mucho. —Tiró a un lado su tenedor—. Escritores, periodistas y fanáticos, la misma escoria sedienta de este estercolero.

Emily se puso de pie y comenzó a recoger los platos de la cena. Se dio cuenta de que, por mucho que hubiese fingido, John no probó ni un bocado.

—No-no-no entien-entiendo...

La mujer iba del comedor al fregadero, dejando los platos y los cubiertos y, cada vez, daba golpes más fuertes a media que hablaba, por lo que gritaba. Garric sabía que los ruidos eran solo una excusa para disimular un poco los chillidos, pero ¿hacía falta, acaso, disimularlos?

—¿Seguro que no, pequeño Odell? ¡Porque pienso desde que aparecisteis que

veníais a lo que vienen todos! ¡A buscar la tragedia de Spike Brent! ¡Sus orígenes! — Se viró para hablarles cara a cara—. He conocido a locos que querían dormir en su cama, a periodistas que querían saber si se intentó matar antes de conseguirlo y escritores que querían hablar con su única hija. ¡Ellos solo querían, querían y querían! ¡No les importaba lo que quisiésemos los demás! ¡Buitres hambrientos de carroña y, créanme, aquí no la encontrarán! ¡Jamás!

—Spi-Spi-Spi-Spi...

—¡No, no lo intentes con tanta intensidad, querido! —exclamó y se apoyó en la mesa, apuñalando con sus ojos a Garric—. Para mí nunca fue Spike Brent, el cantante de *Dead Irony*, el símbolo de la música *rock* sucia de los '90, drogadicto y decadente. Para mí siempre fue Bobby Hownland, mi hermano pequeño, al que le sonaba los mocos, sensiblero e idiota, pero sangre de mi sangre y cuando digo «mi sangre» eso les debe quedar claro, pues no dejaré que ninguna sanguijuela me la saque, cueste lo que cueste. ¿Entienden?

»Si han venido a jugar a un juego peligroso, a aguantar una comida asquerosa con tal de conseguir una exclusiva, créanme, no van a ganar ninguna partida y desearán nunca haberse embarcado en él. En este juego, nadie gana salvo los Hownland.

La amenaza erizó el vello de Garric, asustado.

—No-no-no he-hemos ve-ve-venido a...

Una expresión de aviso se apoderó del semblante de la tía de Dawn.

—Eso espero... —Sacó un cigarrillo, lo prendió rápido con una cerilla y se envolvió en una capa de humo—. Si queréis que vaya bien, eso espero.

El postre era una advertencia que sabía a rayos.

La cena terminó.

CAPÍTULO 8

Quien crece siendo la sombra de un cementerio sabe que los muertos duermen en su interior.

La ventana de la habitación era solo un ojo donde se reflejaban los cipreses y las tumbas. Tras el cristal, las manos de muñecas cortadas se abrían como si arrancasen a cada muerto de su descanso eterno y los lanzasen de una patada al purgatorio. Ella, la poseedora de las delicadas garras, soñaba con el no muy lejano mar, lo vislumbraba arrasando el hogar de los difuntos, liberando a los muertos; bajo las aguas, los cadáveres buscarían a los vivos para robarles sus vidas, pero ¿envidian los espectros a los que poseían un corazón que aún latía?

Cuando recorría sus pesadillas, la chica que dormía junto al inframundo descubría que el camposanto ya no estaba, ¿quién osó profanar a los desgraciados y vendió sus restos a los mejores restaurantes del mundo? ¿O regresaron los que se fueron? La idea de que ni la muerte acabase con Hollow Hallows era la más perturbadora. Todo tenía que acabar, de lo contrario el dolor sería eterno, nunca pasajero.

En algunos momentos, se preguntaba si los fallecidos se levantarían un día (o mejor, una noche, por el tópico). Irían a por los buques pútridos que formaron su propia necrópolis en lo más profundo del acantilado, entre rocas afiladas y olas aniquiladoras; ¿el infierno está hambriento de barcos, como el Hades? Si eso pasaba, la joven que era la sombra de los cadáveres sabía que se tragaría el alma de cada uno de ellos.

En el segundo en que descubría sus desvaríos, elegía creer en otra cosa: el suelo que sepultó los ataúdes fue una vez naturaleza pura, luego llegó Alfred Hallington y fundó el infierno con el nombre de Hollow Hallows. Durante siglos se enterró a cada generación de habitantes de la isla, con su malicia en cada uno de sus huesos. Con el tiempo, lo que quedaba de naturaleza deseó huir, tomó los restos de los excrementos cerebrales de las calaveras, los unió y forjó una limpia, propia y nueva conciencia. Así, el mundo del Segador, su necrópolis, despertaría un día y se marcharía. ¿Marcharse? ¿O, mejor dicho, se extendió y acabó devorando Hollow Hallows, hundiéndolo en el océano para siempre?

No temía eso. Ella podría castigarlos por esos funerales que la despertaban a las seis de la mañana, por esa risa tonta que le entraba cuando veía a alguien llorar por un difunto, por esos ruidos a medianoche y ese olor que deja un estómago cuando revienta.

En su habitación del Caserón Woods, desordenada como lápidas olvidadas, y oscura como las fauces de los gusanos hambrientos de muerte, Dawn creció con todas esas ideas sobre cómo superar a los fiambres y no las liberó nunca. Eran su credo, su religión. Ella estaba viva, ellos muertos. Ganó el combate, ¿sería una guerra que al

final perdería, como todos?

Dawn sí liberó los ritos de su infancia. Cada año, las cosas cambiaban. Ella lo padecía con esa agonía que nunca se menciona, esa sensación que aplasta a cualquiera en un solo instante. Víctima de ello era que los zapatos de niña yaciesen en el fondo del pantano. Otro estrago fue arrancar las páginas de los cuentos para crear el enorme *collage* de la pared principal, el mismo en el que decía la palabra más enigmática y embriagadora para Dawn: MUERTE. En el mueble bajo el mural, un recuerdo: todas sus muñecas fueron ejecutadas por la dentadura de Huargo salvo las cabezas; Dawn puso cada una en una pica que no era más que un lápiz roto, clavado en una maceta que albergó una planta que pasó a mejor vida (al menos una donde su dueña no la regaba con lejía). Fueron actos liberadores porque le permitieron acceder a otro mundo en que el lema era claro: crecer significa descubrir la gracia del mal, porque el primer acto que cometemos es matar al niño que fuimos.

Si el cementerio de fuera era para humanos, si el camposanto del mar era para barcos, la necrópolis de la habitación de Dawn era para la niña que fue.

Aquella noche de viernes, quiso centrarse en alguien vivo, aunque si la fortuna le sonreía, moriría pronto. Sus pensamientos poseían un nombre y un apellido: Garric Odell.

Dawn abrió un cofre sobre la cómoda. Se miró durante un instante en el espejo roto que colgaba en la pared, parecía una viuda negra disfrutando de su red. ¿Lo era? Bajó su rostro y se fijó en el contenido de la caja.

Las fotos se apilaban: conciertos, fiestas, estudios de grabación, un parque... Imágenes distintas, pero en ellas siempre Spike Brent, su padre. Todos los momentos congelados en el tiempo eran los mismos por él, aportaba el mismo sentimiento estúpido a cada una de ellas, como si fuera un efecto al estilo blanco y negro. «Ponga un Spike Brent en su foto, ¡la hará decrepita y algo degenerada!», pensó Dawn mientras las repasaba.

¿El tipo que se moría en vida era Bobby Hownland, vestido con un pantalón de cuero roto, sin camisa, escuálido, débil, con el rostro siempre compungido, gritando al cielo, sacudiendo los cabellos rubios y sucios? No, Bobby Hownland murió en Hollow Hallows, lo que escapó del islote fue Spike Brent, la bestia del *rock* que quiso representar a los marginados, crear una música que fuera la amargura y la rabia, huir de un sistema que odiaba... Y que acabó siendo fagocitado por la industria. Las ideas desfilaban por la cabeza de Dawn al ver la imagen de su padre, lejos de los *posters* o las camisetas que se compraban los *hipster*, *poseurs* o lo que fueran, aunque nunca hubiesen escuchado a *Dead Irony*. «Luchas por no ser como el resto. Conviertes la rebeldía en tu bandera. Te haces famoso. El *mainstream* te devora la médula. Venden tu mensaje de rebeldía. Te callan con billetes. Y un día te das cuenta de que eres la misma basura que odiabas. Es normal que decidas dar el salto del ángel desde una azotea en la época de Navidad».

Esa era la manera más cercana que tenía de estar con su padre. Dawn no se

acordaba demasiado de él. Ella nació un 31 de diciembre, ese día su progenitor decidió celebrarlo ahorcándose en el ventilador de la cocina de su piso. Era delgado, podría haberlo logrado, pero fue encontrado por Al, el guitarra de *Dead Irony*.

Tras ese «incidente», estuvo en terapia un año, dijo que se curó, pero ¿cómo se salva alguien? Y más cuando el que estuvo en el psiquiatra y declaró aquello fue Al Albany, no Spike, él no quería saber nada de loqueros. Por eso, pillaron a Brent doce meses después con una sobredosis que casi le llevó a la tumba. No lo consiguió. La muerte se burlaba de él.

Al final pidió disculpas, dijo que estaba sano, fuera de peligro, que amaba a su esposa y su hija, que su vida sería distinta. Pidió el divorcio de Joan *Ántrax* Anne, la madre de Dawn, y consiguió dar el mejor salto posible para su carrera. En el instante en que su cabeza se quebró contra el asfalto, la venta de discos de *Dead Irony* subió, Spike Brent se convirtió en un poeta maldito, un mártir del *rock* al que algunos fans creían vivo como Elvis o Jim Morrison. Dawn, con dos años, se quedó sin su padre. «Fama a cambio de muerte, a cambio de abandonarme... Seguro que confió en que era un buen trato».

Joan perdió la custodia de su hija y Dawn acabó con siete años en Hollow Hallows, con una tía que siempre vio más de la madre que del padre en ella. Dawn creció bajo la losa de esa lápida.

Tío Al la comprendió y le envió aquel pequeño baúl con las pertenencias de su padre. Ella ignoró sus recuerdos para centrarse en lo que yacía debajo de las fotos, los dibujos, las postales, las púas de la *Fender Stratocaster* favorita de su viejo... Aquel objeto era lo que Dawn necesitaba: el regalo pesaba en sus manos, el mango de madera tenía las iniciales S.B. No podía ser, pero ¿le olía a sangre? Se deleitó con ello. Era como si su padre le hablase.

Sonó el teléfono, el que era un milagro que todavía funcionase (Dawn lo consiguió en el desván del Caserón un viejo modelo, negro y con rueda; lo más parecido, sin duda, a un móvil que podía tener). La chica descolgó el auricular antes de que se cortase.

—Sé de alguien que le gustaría tener internet ahora... —cantó la voz al otro lado de la línea.

—Seth, no soy como tú, no necesito porno por internet las veinticuatro horas...

—Ugh... Eso es un comentario hiriente. Mi línea da pena, ¿cómo voy a ver porno las veinticuatro horas? Para eso...

—¿Para qué has llamado, salido?

—Gracias, simpática... A ver quién te va a bajar las series de *thepiratebay* ahora, lista...

—Te cuelgo en tres, dos...

—¡*EssobreGarricOdell!*

—No creo que me interese.

—Yo creo que sí, Dawn, si no hubieras colgado.

—No me pongas a prueba...

—Venga, seré claro... Te llamaba porque haciendo acopio de mi basura de línea he encontrado un par de cosas interesantes sobre Garric Odell en internet.

—¿A qué llamas «cosas interesantes»? ¿Un perfil en algún foro de bastardos o un blog para perder el tiempo?

—¡Algo mejor, pequeña! He encontrado a Garric Odell en las noticias de un montón de periódicos y cosas así. Caroline es una muerta en vida, lo sé, pero se sorprendió cuando antes, por teléfono, le conté un poco de la historia de tu nuevo inquilino.

—¿No deberías habérmelo contado antes a mí?

—Lo mejor se reserva para el final.

Dawn resopló.

—Habla rápido. Mi tía podría estar escuchando por el teléfono de su habitación.

—¡Hola, señora Emily! ¡Me encanta imaginármela con un camisón de noche y...!

—Déjate de bromas y escupe.

—No tengo flemas.

—Cuando te pille, te echaré de comer a los cerdos de tu abuela y tú y yo sabemos lo haré. ¿A qué lo sabes?

Seth tragó saliva.

—Eh... Vaya, qué susceptible... En fin, te cuento, en plan cotilla. Para empezar, sobre el amigo Garric Odell, yo que tú tendría algún tipo de arma a mano por si acaso. Y para seguir...

El teléfono se cortó.

Dawn intentó llamar.

No hacía ningún ruido.

Comprobó la línea: intentó llamar.

Ningún tono.

Estaba desconectado.

Abrió la puerta y miró en el pasillo. La luz de la luna, colándose a través de los ventanales, le permitía ver la prolongación de su cable telefónico por la pared. No estaba como siempre. Alguien lo cortó a la mitad. Dawn apostó que no fue su tía. Escuchó cerrarse una puerta. El sonido provenía de la habitación de los inquilinos.

Lo hizo Garric Odell.

CAPÍTULO 9

Desde la muerte de su madre, Garric relacionaba el sonido de los teléfonos con el de las llamadas que avisan de desgracias. Esa noche, al escuchar el *ring-ring*, su corazón se aceleró. No pudo respirar.

Durante mucho tiempo, antes de llegar a Hollow Hallows, un sueño se repetía: alguien le llamaba a medianoche para decirle que Dawn, su Dawn, estaba muerta, que no la volvería a ver nunca más.

Ahora, temía que pudiera ser una profecía, como un *déjà vu*, saber que algo va a ocurrir, pero no recordarlo hasta que pasa.

Desde la cama estiró su mano para coger el auricular del teléfono de su habitación. Se tapó la boca con la otra mano para que no se escuchase su respiración. ¿Quién podía ser a esas horas? ¿Quién llamaba? ¿Qué se dirían?

Se sintió como un *voyeur*, como cuando tenía trece años y su madre le llevaba a la piscina, en esos días de agua y sol donde se quedaba viendo los cuerpos de las chicas en bañador que... Su madre le arrojó contra el agua y amenazó con ahogarlo si le volvía a ver haciendo «algo que solo hacen los cerdos, algo que solo harías tú..., antes te mato».

En el instante en que escuchó a Dawn a través del auricular, el corazón no le dio un vuelco, sino que estalló en pedazos. El tono cortante y frío de la chica era reconfortante para él. Y, de repente, iban... ¡Iban a hablar de él! Tuvo que contenerse para no llorar. ¡Al fin Dawn le hacía caso! Un escalofrío retorció su cuerpo, luego otro. Era consciente del riesgo que corría si algún entrometido como Seth quería saber más de él, pero el hecho de que él fuese un misterio ahora para Dawn era algo que le emocionaba. Se contuvo más de lo que quiso hasta que sacó algo de la mesilla de noche, corrió hacia la puerta, la abrió, tanteó la pared y encontró el cable del teléfono en el pasillo. El cúter funcionó rápido.

Al llegar al Caserón Woods, después de encontrar de forma automática el papel y los bolígrafos del Caserón, buscó también las líneas de teléfono. Podían ser traicioneras. «No eres paranoico, Garric Odell, eres precavido», se dijo para sí en el único sitio donde no tartamudeaba: su cabeza.

Regresó descalzo, cerró la puerta, se tumbó en la cama, guardó el cúter e intentó dormir, ¿podría tras lo que acababa de ocurrir? Todavía sobresaltado, respiró con dificultad e intentó secar el sudor de su rostro con sus manos. Tenía que calmarse y dormir. Si la suerte no era tan asquerosa como la fortuna, la imagen de Dawn aparecería en su mente y conciliaría el sueño. Ya no debía ser la niña de vestido blanco que le señalaba en el patio del colegio, la que recordó durante diez años. Ahora podía ser la joven de dieciséis años que..., le ignoraba. Pero no, en los caminos de Morfeo, él era el protagonista, Dawn no podría rehuirle. Él gobernaba allí

y ella era su esclava.

Bostezó, iba a tener buenos sueños y...

Alguien abrió la puerta del cuarto.

En un gesto automático, heredado de su niñez, Garric se tapó la cara con la manta. La tormenta de aquella mañana se convirtió en un calor sofocante esa noche y notó como sus jadeos, tras golpear la tela, regresaban para hervirle el rostro. Pero debía hacerlo. «Si alguien quiere matarte, una manta se lo impedirá... Claro que sí, imbécil», pero esa era la parte lógica de su ser, no era la que reinaba en esos segundos, la gobernante era la descendiente de los miedos infantiles, donde para enfrentarse a lo que no es posible se recurre a los actos más estúpidos posibles, los más irracionales; debía haber algún consuelo para los niños, debía haber algún consuelo para él. Y no, el consuelo no era la persona que iba hacia su cama, cada vez más y más cerca. Eran pasos largos, pero procuraban ser débiles para no ser escuchados. Si quería ocultarse, era porque no quería hacer nada bueno.

¿Quién podía ser? Su padre estaba... controlado. ¿Emily Hownland? ¿Los mataría mientras dormía para librarse de ellos? De ser así, ella optaría por cobrar los cinco meses y no uno, ¿o es que era una asesina honrada con el tema de las cuentas?

¿Y si era...?

No, ella no.

El miedo, el mayor miedo de su vida. Cayó preso de él. Lo recordó. Fue en una noche de febrero del año pasado. Despertó porque alguien estaba a los pies de su lecho. Abrió los ojos, encendió la luz, parpadeante y tibia. La vio. Sentada, en su cama, su madre. Lo observaba con una sonrisa.

No era posible. Había muerto hacía una semana.

El hijo ahogó un grito, la luz tembló y la imagen se desvaneció.

¿Podía haberles perseguido hasta el motel? Solo fue un sueño (o eso quería creer), pero ¡fue tan claro! En la... ¿Visión? Sophie Odell conservaba su piel morena, no masacrada por la palidez de la muerte, sus ojos brillaban y no por las lágrimas, su larga melena rizada cubría su cabeza, ninguna huella de la quimioterapia... No le dejaron ver a su madre en su funeral, porque decían que no la reconocería, pero él jamás la olvidaría. Deseaba verla en paz; los últimos meses de la enfermedad fueron caos y dolor, quería observar a su madre muerta para saber que por fin descansaba, que la sombra del fin no la perturbaba ya.

El problema es que Garric luchaba por recordar a su madre como era en vida, pero siempre venían a su cabeza los vómitos o los desmayos tras la quimio, no las bromas o los abrazos de la época en la que estaba sana. ¿Cuándo fue la última vez que la vio sin la enfermedad? Hasta los días en que recordaba cómo su madre le echó la bronca en la piscina, la recordaba siendo una enferma terminal, no como la mujer que fue. La única imagen que atisbaba de ella estando sana era la que tuvo una semana después de que muriese, como un fantasma.

Temía volver a encontrarla, ahora en el Caserón.

Movió uno de sus pies esperando que ya no hubiese nada, que fuera una ilusión... Pero tanteó algo.

Sí, alguien más estaba allí.

¿Su madre muerta?

«Podemos enterrar los cadáveres, pero nunca podemos sepultar a los fantasmas», consideró.

Y allí estaba Garric, sudando y temblando como un niño, muerto de miedo, siendo vigilado por la oscuridad... O algo peor.

Un peso sobre el colchón. El joven se acordó de su madre. Si quitaba la manta, la vería con una sonrisa, pero ¿y si ella se enfadaba por verlo aterrorizado? «¿Ya no te acuerdas de tu mami, hijo?», le diría, decepcionada. Él no temía que ella se fuese para siempre tras eso, no le importaba que en el más allá, en el infierno o donde acabase, su madre lo recordara como un mal hijo; lo que no soportaba en realidad era pensar en algo peor: ¿y si su madre decidía quedarse? «Así nunca me olvidarás, hijo», advertía. Y si bien su rostro sano ya sería amenazador, acabaría su sonrisa pudriéndose, los dientes caerían, los cabellos cubrirían la colcha, el rostro se quedaría en la calavera, los ojos estallarían, vomitaría barro a los pies de Garric y...

Debía dejar de imaginar. Eran fantasías, siempre le metían en problemas, a él y los que le rodeaban; por ellas escribía, por ellas ocurrió todo lo malo. No podía dejar que las ilusiones se adueñasen de su cabeza. No otra vez. «Acabarás loco, te encerrarán, te pudrirás, te babarás encima y no morirás. Te consumirás, sudarás hasta convertirse en un agua espesa, en una cera hedionda que cubrirá cualquier celda acolchada. Y vivirás para siempre. Loco», amenazó una parte de su interior.

No podía esconderse más. Si continuaba así, la mentira ganaría. Nadie entró en la habitación. Era la farsa de sí mismo, que siempre le atropellaba, como cuando de pequeño se quedó a dormir en una casa ajena por primera vez; en la oscuridad del cuarto de su primo, creía que las luces rojas e intermitentes que surgían en la oscuridad eran los ojos de un demonio y no los números de un despertador digital. Era esa clase de miedo que lo convirtió en la escoria que con dieciséis años se escondía debajo de una colcha porque creía ver el fantasma de su difunta madre.

Y allí seguía. La presión en la cama no era nada, solo el subconsciente dedicándose a jugar con él. Solo era su miedo, falso y malvado. Tenía que acabar con ese terror, debía descubrir la manta, mirar a la oscuridad y darse cuenta de que los monstruos no existían. De lo contrario, viviría con ellos para siempre.

Lo hizo.

Y en el momento en que Garric destapó su abrigo vio que no estaba solo.

El pánico crepitaba por su cuerpo, ahogándole. Antes de chillar, algo le calló. En su cuello notaba un punto... Gélido, sí, podía decirse eso. No se movió, ni siquiera tragó saliva. ¿Eran los esqueléticos dedos de su madre, congelados por la frialdad de la parca?

La luz de la luna violaba los cristales del pasillo. Su fulgor penetraba por la puerta

entreabierta, iluminando tenue la habitación de los Odell. Fue así por lo que pudo ver a Dawn sobre él.

Estaba confuso, ¿qué podía sentir? ¿Terror? ¿Alegría? Una mezcla de ambos sentimientos; no supo discernir cuál ganaba. Tampoco hubo tiempo.

No la veía toda, pero lo que imaginaba, era de su agrado... Claro que lo era. Dawn se subió a la cama, colocó sus pies a cada lado de la cintura de Garric y descendió para quedarse encima. No notó calidez en ella, sino frialdad; no fue un acto sensual, fue una muestra de violencia, pero él no entendió en qué punto se separaban.

Esa madrugada, mientras Garric contemplaba la silueta pálida, jugando con las sombras, fue la primera vez que entendió el sexo como un acto de muerte. Fue porque la imagen de ella, cubierta con una camisa vieja, con sus piernas desnudas, terminaba en el toque de hielo del cuello de Garric y este pertenecía a un cuchillo. Estaba dispuesta a rajarle el gaznate.

La mano libre de Dawn se colocó sobre la frente del muchacho, él era demasiado inocente y estaba demasiado excitado para notar que lo hacía para impedir que moviese la cabeza, para así poder degollarle mejor (no obstante, ella era una experta en cortarse a sí misma). Incluso sabiéndolo, Odell no se hubiera cambiado por nadie. ¿Qué mejor forma de morir podía existir en un mundo cruel y sin esperanza? Ninguna.

La muchacha aproximó su rostro. Sin amor, solo violencia. Garric se mostró como una gacela que se toma con afecto que un león le arranque el cuello. Los cortos cabellos de ella rozaron su piel. Dejó de verla en la oscuridad, pero escuchó su voz al oído, erizando su piel. En su alma, los sentía, los labios de ella, carnosos, húmedos, moviéndose lentos, rasgando poco a poco el velo de la madrugada:

—Dime qué demonios haces aquí, Garric Odell, o te corto el cuello y doy sangre nueva a la navaja de mi padre.

El aliento fresco de ella le congeló los huesos. Pese al miedo y la amenaza, el chico notaba algo próximo a la comodidad en Hollow Hallows y era entre las piernas y frente al cuchillo de Dawn. Juntó el valor que le quedaba para gemir una respuesta:

—Re-re-cordé nues-tra-tra-tra his-his-to-toria, Da-Dawn. Por-por-por-por es-eso es-toy a-a-aquí.

Dawn apretó el filo de la hoja de la navaja sobre la piel de Garric. El joven notó un cosquilleo. Era una gota de sangre, cayendo por su cuello. Parecía bailar la danza de la muerte. Le gustó.

CAPÍTULO 10

Dawn no sabía que mataría a alguien. No al menos siendo tan joven. No en esa noche, pero la muerte es, a veces, imprevista. El asesinato también.

La yugular de Garric estaba en el filo de la navaja. Solo debía apretar, trazar una línea recta y vería al muchacho desangrarse como uno de los puercos de la abuela de Seth. Podía verse a sí misma, encima del desgraciado, siendo bañada por la sangre cálida que emanaría de él como una fuente escarlata. Poco tardaría el huésped en embadurnar de rojo la cama y el suelo, pero, para entonces, Dawn ya vería todo rojo, pues su cara y su mirada serían ocultadas por su sangre. No sería una tragedia.

No importaba el después, solo el ahora aunque el pasado importunase.

Lo dicho por Garric sobre las historias resonaba en su cabeza. Algunos sucesos de la infancia afloraban como la sangre que saldría de su víctima. Tenía siete u ocho años la última vez que vio al niño que se presentaba ahora en el Caserón Woods como un tartaja insoportable. Era el ayer y si algo aprendió ella es que los viejos tiempos terminan siendo quemados y sus cenizas esparcidas lo más lejos posible. Se le llama crecer.

—No-no-no lo-lo-lo-lo ha-gas-gas...

—No tartamudees y no lo haré.

La malicia insospechada, un breve silencio, luego un intento.

—No...

—Di «no lo hagas». Ni un balbuceo o lo haré.

—No...

Dawn hizo que la punta de la navaja se clavase un poco más.

—No lo... lo-lo-lo ha...

Un estruendo y no un tartamudeo fue lo que detuvo a Dawn. Un ruido fuerte, como un bloque siendo lanzado contra algo. Su vista se dirigió al ropero. Había algo dentro. Notó el olor a tierra marchita y un zumbido creciente (¿*zuuuuu zuuuuu zuuuuuu?*).

—Lo-lo-lo siento...

¿Por qué lo sentía Garric? Dawn lo iba a matar, pero ya lo sentiría sin que hiciera falta pedir perdón. Ah sí, era uno de esos... Existen personas tan débiles en el mundo que ruegan perdón a los fuertes por ponérselo tan fácil.

Colocó el filo del cuchillo sobre los labios de su presa, ordenando silencio. Al chico siempre le dolió que la piel de sus labios se cayese con el invierno, ¿cómo no iba a sufrir que le arrancasen los labios con una navaja? Pero era ella la que iba a hacerlo y ella era lo único importante. «Está bien, está bien», se repetía. Morir no era su mayor preocupación. Prefería tener a Dawn a punto de matarlo que viéndola haciendo lo que se disponía a hacer: apartarse de él, yéndose. Menos aún le agradaba

—No-no-no estoy acos-tumbra-brado a ahor-car a mi-mi pa-pa-padre fuera de-de-de ca-sa.

Dawn no podía apartar su vista de John Odell. Se tambaleaba como una bruja a resorte de una de esas atracciones de la casa encantada. Atado por el cuello, con los pies atrás en la madera del primer cajón, el muerto quería escapar como si un fuera un rottweiler atado a una cadena, pero hambriento, ansioso de probar carne. Los ojos estaban abiertos de par en par, moviéndose como las larvas de su interior. Aguardaba su momento. Vomitaba gusanos y dejaba escapar espesos hilos de baba porque tenía apetito, hacía hueco para que entrañas corroídas probasen algo más...

—Te-te-te-te lo-lo di-dije...

Garric estaba en pie, con la boca cubierta de una sangre que se unía a la del cuello. Dawn siguió caminando sobre sus pasos, huyendo de las docenas de gusanos blancos que se retorcían en el suelo. Esgrimió su navaja.

—¿Todo esto por una historia?!

Con tranquilidad, él contestó:

—Las-las-las histo-torias lo-lo son-son todo. ¿Ya no-no-no te-te acuer-cuer-das?

Abrió la palma de su mano derecha, los mosquitos fueron como si tuviese miel o basura. No le rozaron, sino que formaron un círculo, volando a la perfección, cada vez más pequeño, como si los dedos fuesen un reglón y los insectos (*zuuuuu zuuuuuuuuu zuuuuuuuuuuuuu*) un punto. Eran peludos, con ojos verdes brillantes... Y húmedos por la baba.

El hijo sacudió la mano, indicando que Dawn mirase hacia donde estaban los gusanos, copulando en busca de que su vida penosa prosiguiese generaciones. Aquellas especies de moscas (Dawn nunca había visto ningunas así, ni el día en que encontró de pequeña a un gato muerto) envolvieron a las criaturas pálidas y seseantes para, tras un par de vueltas volando, empezar a reducir las a sangre. Los colmillos debían ser sierras porque al final tanto la negrura de los insectos como la pulcritud rota de los gusanos se convirtió en solo el rojo de la muerte. El grotesco ritual terminó...

El cinturón se rompió. El cuerpo de John golpeó el suelo. ¿Lo mató Garric? No, no... Nadie lo mató ni se suicidó. El padre gateó como un niño pequeño y deforme, ¡estaba vivo!

Sus brazos esqueléticos avanzaron como patas de una araña, aproximándolo hasta la papilla de muerte de las moscas y los gusanos. La boca, siempre cerrada, comenzó a sorberla, con avidez, disfrutando de la escoria procedente de su interior. Era su comida.

Instantáneas y estruendos del horror: el sonido de las mandíbulas moviéndose, tragando sin cesar, como si pudiese comerse así al mundo, la peste, la suciedad... No existía con qué compararlo, los huevos podridos parecían la colonia más dulce a su lado. Dawn apartó la mirada como nunca lo hizo cuando vio las larvas comerse los ojos de los peces podridos de la despensa. Reprimió las arcadas, si se revolvía, no

cabía duda de que John querría otro postre y luego a ella.

—Lo-lo-lo con-con-trolea... Con-con-trola-ré-ré a-a pa-pa-pá... —susurró Garric y suplicó—: ¿po-po-podemos aho-ahora ha-hablar de-de-de la-la his-his-historia?

Dawn apretó tanto el mango de la navaja que las iniciales grabadas de su padre le hicieron sangrar.

John se abalanzó por el suelo, Dawn corrió apartándose de él y vio la larga e inhumana lengua lamiendo su sangre perdida, chupándola con la boca ulcerosa. Continuó haciéndolo, sin fijarse en la joven, que susurró (y no le extraña ahora que el hijo tartamudease al saber la naturaleza de su padre):

—Tenemos... Tenemos mucho de lo que hablar.

CAPÍTULO 11

Seth no durmió esa noche. La llamada cortada de Dawn le enterró en la incertidumbre. ¿Qué ocurrió?

Llamó varias veces por teléfono al Caserón Woods, pero no hubo señal. Se asomó por la ventana de su habitación y miró al lejano motel, una sombra tranquila más allá del bosque. ¿Qué demonios pasaba?

Tenía que hacer algo. Si bien podía ser un cobarde con los hijos de Hollow Hallows, con alguien con el aspecto de Garric Odell era diferente. «Bueno, ir a por un tartaja tampoco quiere decir que sea valeroso... No de una forma excesiva al menos...», se apaciguaba. Pero el historial de Odell demostraba que era mucho más peligroso de lo que aparentaba. «Vale, quizás yo no sea el gran héroe de acción en esto, pero al menos fingiré serlo... Esta vez al menos... Creo».

Su declaración de intenciones fue precisa (al menos para él). Sacó de un cajón la varita del juego de magia que le regalaron de pequeño. Era una inutilidad, pero le daba confianza, y pregonaba que provenía de algún ilusionista innombrable («y no, no es Voldemort... ¿Veis? Lo he nombrado. Por tanto sí es un ilusionista innombrable y soy valiente al decir Voldemort en alto»).

Al adorno de su infancia, añadió una gabardina verde, la que se ponía para las «cosas serias», porque le recordaba al abrigo del Doctor de David Tennant^[1] y un poco a la capa del maléfico Victor Von Doom^[2].

Armado de cosas inservibles, Seth sintió que podía hacer algo.

Quiso ir corriendo a saber si Dawn estaba en peligro, pero su abuela le detuvo los pies. Ma Dagan tenía el mejor oído de Hollow Hallows y los pasos de su nieto, un patoso de nacimiento (salió de su madre tropezando, repetía Ma siempre), no se ignoraron en la granja.

—¿Qué haces despierto a estas horas? No irás a salir...

—En realidad, iba a...

—No vas a salir.

La abuela no le permitía estar por fuera de la granja de noche, bajo ninguna circunstancia. «¿Recuerdas lo que le hicieron a tu padre?», decía. Lo que le pasó a su padre no tenía por qué repetirse, creía Seth, pero no iba a convencer a una mujer como Ma, que creció tras una guerra, quiso hacer algo con su vida y sobrevivió a sus tres hijos, la gota en una de sus piernas, a malas cosechas y varias enfermedades de sus animales. El muchacho terminó bramando:

—¡Van a matar a Dawn! ¡Su nuevo inquilino es un asesino! ¡Yo...!

Ma estaba vacunada. Por aguantar a su nieto, había ganado hacía tiempo un palacete en el cielo.

—Recuerda, *junior*, que no trago tus mentiras.

No era un tono pacífico, sino más bien uno que prefería pedirle «gentilmente» a Seth que se callase antes de tener que romperle los dientes con el golpe de una plancha.

—¡Esto no es mentira! ¡Es una suposición acertada!

Ma levantó una ceja.

—¿Recuerdas el cuento de Pedro y el Lobo? Tantas veces mintió Pedro que el día en que el Lobo vino de verdad...

—¡Que le den al jodido Pedro y su Lobo de los coj...!

La torta impactó en la cara de Seth con una habilidad y un sonido inigualables para una mujer de más de setenta años. Décadas de práctica con sus hijos, nieto, idiotas varios... La cara del joven enrojeció por la bofetada y la vergüenza.

—¡Vuelve a la cama o te arreo con el sartén!

—Pero...

—¡Que te arreo!

Obedeció sin rechistar.

«Qué pedazo de colega soy. Tu abuela te amenaza con el sartén y tú le haces caso aunque Dawn vaya a palmarla. A mi favor podría decir que la abuela arrea muy bien... Pero Dawn también», se dijo Seth; carecía tanto de amigos que hablar consigo mismo era una costumbre.

Durante esa madrugada, aguardó con toda su alma que Dawn no terminase como lo hizo su amiga Rahne.

* * *

A la primera luz del alba del sábado, Seth salió de casa corriendo. Pasó la noche vestido con la ropa de calle en su cama por lo que no tardó demasiado. A esas horas, Ma ya se ocupaba de las gallinas. Lo vio cruzar la cerca.

—¿Adónde te crees que vas?

—¡Vuelvo en un rato, Ma!

—¡Tienes que limpiar el gallinero!

—¡Lo haré después!

—¡Las gallinas están tan viejas que quiero que las mate la edad, no su propia porquería!

—¡Me encanta tu optimismo, Ma!

La abuela se mantenía en su estado natural: furiosa. No hacía falta que lo dijese, pero una mujer como Ma quería decirlo y si quería algo, lo hacía:

—Corre, *junior*, corre. ¡Vuela! ¡Más te vale, comadreja! ¡Gallina sarnosa! ¡Vuela! ¡Porque cuando vuelvas y te pille, te arrancaré las alas con las *estenazas*^[3]!

Seth se dio toda la prisa que un asmático crónico como él se podía permitir y se

internó en el pequeño bosque que separaba su casa del hogar de los Jones. El islote era demasiado pequeño para los descendientes de los Confabuladores, que debían vivir cerca, porque el pueblo los expulsó del centro. Por eso, la casa de Caroline estaba solo a un par de árboles (y animales muertos) de la granja Dagan.

Al llegar a su destino, Seth aporreó la puerta con la misma delicadeza que una bala que atraviesa un pecho a quemarropa. Abrió el padre, Daniel Jones, que le dedicó una de esas miradas dignas de ser fotografiadas y aparecer de ejemplo de «vistazo capaz de producir la muerte» en cualquier navegador de la red. A Seth solo se le ocurrió un modo de romper el hielo de ese muro, aunque tendría el mismo éxito que cortando un árbol con sus manos:

—¿Puede salir Caroline a jugar?

Daniel Jones hizo una mueca de desdén, su barba vibró al suspirar. Sus puños se agitaron, eran tan grandes como para reventarle el cráneo a Seth (uno de los motivos por los que el chico le tenía respeto). Trabajaba como transportista con una pequeña camioneta heredada y vendía los alimentos de la granja Dagan a la ciudad tras atravesar el puente; también dejaba unas cajas de provisiones gratis en el motel Hownland (gratuitas, una especie de regalo de los Jones y los Dagan a la familia de Dawn, pero nadie, ni siquiera Seth, sabía bien el porqué).

Por ser un elemento que se relacionaba con los de fuera, Jones era odiado en Hollow Hallows; por ser heredero de Ezequiel Jones, el confabulador, era una oveja negra (y el juego de palabras era hiriente al poseer la piel de dicho color) todavía más peligrosa para los habitantes de la roca. Nadie en Hollow Hallows vendía o compraba a los confabuladores, así que vivían entre ellos como podían y tendían un lazo a lo que existía lejos.

La pregunta, visto lo visto, que una vez hizo Caroline resonaba siempre en la mente de su padre: ¿por qué los descendientes de los confabuladores no se iban de Hollow Hallows? Por varios motivos, algunos secretos, pero en general, porque se sentían atados. Ma Dagan se fue y volvió con un embarazo de trillizos que hicieron que la apedreasen hasta que su padre la salvó, se sentía en deuda con él y siguió adelante con la granja. Emily Hownland mantuvo el Caserón Woods por algo también oscuro, sufrió tanto en su juventud en ese lugar que, mientras que su hermano consiguió escapar, ella decidió quedarse.

—¿Por qué no te vas? —le preguntó Bobby una vez.

—Porque quiero ver arder este lugar en primera fila.

Daniel Jones siempre quiso irse y todavía quería, pero...

Durante sus viajes, conoció a su esposa, Esther. La llevó a vivir a Hollow Hallows, pero era temporal, hasta que consiguiesen el dinero suficiente para mudarse. Fue un riesgo, porque su mujer era buena y si algo demostró ese pueblo a lo largo de décadas era que destruía todo lo que valía la pena.

Al final los años pasaron, se quedaron con sus dos hijas gemelas, se olvidaron de marcharse y mataron su sueño.

El padre gritaba dormido que si se hubiesen ido en el pasado, Rahne no habría desaparecido. ¿Y si la tragedia era solo el pago por asesinar una ilusión?

Viendo la mirada de odio de alguien que estranguló sus deseos, Seth deseó huir de Daniel Jones (en serio, solo se repetía: «huye, idiota, huye, idiota. ¿Por qué diantres no huyes, pedazo de idiota? ¡Huye!»).

Al final, Caroline apareció tras su padre, llevando un plato de comida a la cocina tras alimentar su madre. Al ver a Seth, se dirigió a la puerta para irse.

—Me voy, papá.

—¿Llevas el móvil?

—Sí.

—Con batería.

—Sí.

Seth se dio cuenta de que podía seguir el ritmo de la persecución del control parental sobre Caroline. Exagerado, aunque tras el tema de Rahne, a lo mejor no lo era. «Si a Caroline está por pasarle lo que le pasó a Rahne, que nadie lo quiera, le pasará igual, no importa lo que te preocupes por ella, porque este lugar esta maldito... Ojalá no le pase».

—¿Estás segura de que está cargado? ¿Puedo comprobarlo?

Caroline le tendió el anticuado móvil, su padre se cercioró.

—Te llamaré dentro de dos horas. Te quiero de vuelta para el almuerzo. ¿Entendido?

—Sí.

«Sí» era la única palabra que le contestaba Caroline a su padre. Apenas recordaba ya a la chica dura que fue. ¿Dónde estaba esa Caroline? ¿Murió con Rahne? ¿Es cierto eso que dicen de los gemelos, que uno sufre cuando a su hermano le golpean? ¿Qué le pasa a una que ha perdido a su hermana? Se desvanecía, la misma que siempre luchaba, la misma que siempre defendía lo que creía, la misma de la pelea con Dawn en el patio del colegio cuando eran niñas (la que las convirtió en amigas... sí, suena ilógico, pero las cosas eran así, los confabuladores se mantenían unidos o morían separados). Tanto tiempo siendo machacada convirtió a Caroline en alguien muy diferente, en trizas ahogadas en el llanto.

Seth hizo un gesto de despedida a Daniel con la cabeza, mientras Caroline salía. El padre no disimuló la mueca de desprecio.

—Me sigue odiando por lo que le pasó a tu hermana... —dijo Seth tras el portazo. Se echaron a andar hacia el Caserón Woods.

—No es tan raro en ti. El mundo te odia por una cosa u otra ¿no?

Seth gruñó mientras sacaba conclusiones:

—Puede que Dawn también me siga odiando... ¡Si no está muerta! Te veo muy tranquila después de lo que te dije anoche sobre Odell...

Caroline ni se resignó a mirarle.

—Tuve que pedirle a mi padre que no te partiese la cara por llamar otra vez de

madrugada —dijo—. Mi madre se despertó y se echó a llorar, pensaba que iban a decirle dónde estaba Rahne...

La hiel recorrió las venas de Seth, ¿cómo se respondía a eso?

—Lo siento por ese tema, no pretendía... En serio, pero... —Era su oportunidad de oro para cambiar de tema—. ¡Te llamé porque el teléfono de Dawn se cortó! ¡Era un estado de emergencia! En los estados de emergencia llamas por teléfono a la hora que te dé la gana. ¿Recuerdas al Batman de Adam West? Nada de *batseñal*, le llamaban a un teléfono rojo que...

La helada mirada de Caroline se posó en Seth.

—Ahora tú eres el que no parece preocupado por Dawn sino por uno de tus superhéroes.

El joven movió las manos, negando lo dicho por su amiga.

—Oh, no, eso sí que no... ¡Eso es juego sucio! Estoy preocupado por saber si Dawn la ha palmado...

—¿Te quedarás más tranquilo cuando lo sepas, aunque esté muerta?

—¡Claro que no!

La chica aceptó la respuesta, aunque le costó, como si tragase veneno.

—Claro, yo tampoco... —E hizo acopio de las palabras que escupió—: ¿Estás inquieto porque no tienes suficiente ropa negra para el entierro de Dawn?

La pregunta impactó en Seth de una manera inesperada.

—¡Eso es descortés y raro hasta para nosotros!

Su compañera se encogió de hombros.

—Te acostumbras.

—¿A lo descortés y raro?

—No, a que se muera la gente a tu alrededor.

La habilidad de Caroline: podía convertir cada conversación en algo macabro. Háblale de arcoíris y recién nacidos, ella veía una sierra multicolor perfecta para cortar a niños en pedazos. Era su don y Seth sabía el motivo.

—Rahne podría seguir viva, Caroline.

—Sé que significaba mucho para ti, Seth.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque te gusta mentirte a ti mismo sobre ella. Nos parecemos en eso. —Silencio roto por el quejido de un pájaro, ¿se habría partido las alas?—. Yo también espero que algún día vuelva.

Seth no dijo nada. No quería. Se fijó solo en la sombra del Caserón Woods, ya estaba cerca.

—Vamos rápido, quizás pillemos a ese cabrón de Odell dándole de comer a Huargo los pedazos de Dawn y su tía... Y aunque parezca una oportunidad única de pillar a un asesino que trocea a sus víctimas para dárselas de comer a los perros vagabundos, créeme que no es una de esas oportunidades únicas que me gustaría vivir...

En silencio avanzaron, tras desviarse más de lo previsto hacia la plaza principal de Hollow Hallows. Corrigieron el rumbo, sin mirar entre los árboles, por donde la sombra de un gigante decapitado se colaba gracias al poderoso sol erguido esa mañana. Era la estatua de Alfred Hallington, el monumento que siempre les helaba la sangre. Tras las cortinas de las casas cercanas, los vecinos les vigilaban por si acaso, no fuera a ser que hicieran algo a la imagen del fundador («Decapitarlo no, eso queda descartado», se dijo Seth aunque temblaba). Esquivando la visión del cadáver de bronce, se dirigieron a la pequeña colina sobre la que se alzaba el Caserón Woods.

Poco después, ante la verja, se toparon con alguien que aguardaba también a que las puertas se abrieran. Huargo corrió hacia ellos moviendo la cola, saltando y abriendo su boca para lamerles las manos como saludo.

—Huargo sabe que algo huele a chamusquina —dijo Seth acariciando al chucho.

—¿Y eso? ¿Un sexto sentido animal?

—Instintos animales más desarrollados que los nuestros...

—¿Lo has leído en un cómic?

—Claro que no lo he leído en un cómic, ¿cómo iba a sacarlo de un cómic? Es que... —Quiso improvisar algo mejor, pero al final cedió a su lado sincero—. Me rindo. Lo he sacado de un libro. ¿No has leído esa novela de Joe Hill, la de los perros que ven los fantasmas?

Caroline suspiró, condescendiente.

—¿Y qué tiene eso que ver? ¿Garric Odell es un fantasma?

Seth sacudió la cabeza, ¿por qué su amiga no veía lo evidente?

—No, pero es un psicópata, eso también lo huele. ¿Por qué olería a la carne despachada y no al charcutero?

Su amiga lo razonó un instante y concluyó:

—Es absurdo.

Seth replicó con el que consideró su mejor argumento:

—Ña, ña, ña...

La joven creía que de haber sido lo que ladraba Seth, Huargo habría ido también tras el que le hizo algo malo a su hermana. Pero ¿alguien tuvo algo que ver? ¿Varias personas estuvieron tras la desgracia de Rahne? ¿Y si se fugó? ¿Y si resbaló por el acantilado? Tal vez, si la mataron, Huargo se dio por vencido buscando el mal en Hollow Hallows, pues la oscuridad estaba en todas partes.

—Internet no miente nunca —afirmó Seth—. Me refiero a Odell y su ola de asesinatos.

Caroline bufó como su padre, apartó su flequillo y desgarró a su amigo con los ojos. Seth adoraba todas las historias que leía en la red, tomaba como ciertas cada una, llegando a ser un aficionado a las leyendas urbanas hasta niveles obsesivos. Si aparecían círculos en los campos de trigo de Estados Unidos, eran alienígenas deseosos de violar vacas. Si un barco llegaba solo a la costa, era capitaneado por enormes ratas mutantes que devoraron a la tripulación. Si acaecía una tragedia, días

antes aparecía una enorme criatura insecto que advertía a todos de la catástrofe y... Así era Seth.

—Si dice la verdad tu internet, Seth, a lo mejor Garric tuvo un motivo para esa «ola de asesinatos».

La respuesta hizo que los pensamientos del granjero quedasen bailando.

—¿Un motivo para matar?

Caroline le miró de reojo.

—No me digas que tú no los tienes...

Seth pateó la hojarasca.

—¿Un motivo para matar a veinte personas quemándolas vivas?

La voz de la chica resonó con cierto toque maléfico:

—Hollow Hallows tiene más de veinte personas...

El muchacho se aproximó, rascándose la cabeza.

—¿Y quieres que ese capullo ayude liquidando a unos cuantos? ¿Empezando por nosotros? ¿Estás loca?

El tono de Caroline se mantuvo calmado:

—Tú siempre imaginas cómo matar a esta gente.

—Una cosa es imaginar, otra cosa bien distinta es ejecutar un crimen —replicó Seth perdiendo los estribos—. ¿Qué motivo puede haber para quemar a veinte personas? Oh, sí, un agradable motivo... Que a saber cuál es. ¡Deberíamos celebrarlo entonces! Si lo vemos, le felicitamos y le regalamos un paquete de cerillas... ¿O mejor algo de gasolina? —Seth hizo un ruidito de disgusto—. ¡Este tipo nos convertirá en el monigote que calcinamos en el pantano!

Caroline no se alteró, el teatro era para Seth.

—También dijiste que mató a alguien más, ¿no?

—También, Caroline, también...

—Pero no en un incendio según me contaste...

Seth se mostró contrariado, ¿adónde quería ir a parar su amiga?

—¿Y qué?

—Queda un consuelo: quizás no nos mate quemándonos.

—¡Oh, fantástico! ¡Vamos a poder elegir si nos mata quemándonos o de otra manera! ¡Es el mejor día de mi vida!

Caroline le señaló.

—Tanta ironía me está dando ganas de matarte yo a ti.

—Sí, encima facilítale el trabajo... Me imagino que Dawn se sentirá satisfecha esperándonos en el Más Allá porque no hicimos nada por salvarla del puñetero Garric Norman Bates Odell...

—No quiero que nadie me salve.

Caroline no fue la que dijo esa última frase.

Seth se giró, Huargo corrió hacia quien acababa de hablar. No estaba dentro del jardín, sino fuera, regresaba del cementerio. Era Dawn.

—Nor-norman Ba-ba-tes ¿en-en se-serio?

Garric acompañaba a la joven. ¿Venían de dar un paseo? ¿Sin más? Tenía la nariz con una tirita y llevaba un pañuelo (¿una hemorragia producida por un golpe?). También tenía otra venda en el cuello. «A lo mejor Odell la intentó matar, pero Dawn le pateó el culo y Odell se puso de llorica y Dawn al final le dijo “tú y yo, amigos” con tal de no verlo babear más», se dijo Seth, pero lo que pronunció en voz alta fue distinto:

—Es patético ver a un asesino soltando una bromita y tartamudeando... Dawn, deberías alejarte de este psicópata. Que venga Ruth y le parta cada uno de sus huesos...

Esas últimas palabras de Seth descolocaron a Caroline, que intervino:

—Si este tipo, Garric, fuera a matar a Dawn, a Ruth le daría igual, sentiría que le estarían haciendo el trabajo sucio, nada más —habló. Tras la marcha de Rahne, Ruth y sus hombres no la buscaron ni permitieron que patrullas de fuera de Hollow Hallows lo intentasen.

—Pues llamaré a mi abuela y su sartén si hace falta.

—Para ya, Seth —rogó Dawn como si ondease la bandera de la paz—. Conozco a Garric.

La revelación dejó anonadado a Seth, incluso un poco a Caroline.

—¿De qué? —Pero Seth no le dejó responder—: ¿vas a completar esa frase con «conozco a Odell y sé que sería incapaz de hacer algo tan monstruoso»? ¡Qué cliché!

—Conozco a Garric de cuando teníamos..., seis o siete años. Tal vez ocho... Lo recuerdo como un sueño neblinoso... En fin, íbamos al mismo colegio... Y no, no iba a decir que crea que sea incapaz de matar a alguien, iba a decir que sé que no nos va a matar a nosotros.

Garric abrió de par en par los ojos, como si lo dicho por Dawn fuera de todo menos tranquilizador.

—Con eso me vale —afirmó Caroline asintiendo, como si diese la bienvenida a Garric.

Huargo gruñía al tartamudo. Era el único que consideraba que Odell no era de fiar junto a Seth. ¿Y Caroline? ¿Qué diantres estaba haciendo?

—Caroline, no sé cómo te pasas de bando tan fácil... —se quejó Seth—. ¡Es un asesino! ¡A-S-E-S-I-N-O!

—Hollow Hallows está plagado de asesinos.

—¿Y qué, Caroline?

—Es hora de que nosotros tengamos uno en nuestras filas.

—Increíble... —dijo Seth dándose por vencido con Caroline. Era hora del contraataque con su otra amiga—. ¡Dawn, este tío cortó tu teléfono mientras hablabas conmigo!

El gesto que se dibujó en el rostro de la adolescente era claro: la afirmación de Seth no tenía sentido alguno.

—Eso es una locura, una maldita paranoia. Mi tía apagó la línea. No quería que la molestase una llamada...

Seth refunfuñó:

—Después de tanto tiempo, ¿le molestó anoche?

—Se cansó.

El muchacho valoró la contestación, pero la encontró absurda.

—No me lo creo —sentenció—. Es que no sé si sois conscientes de lo que estáis haciendo dejando que Hannibal Lecter se pasee con nosotros.

—No creo que estropee nuestra mala fama —contestó Dawn—. Eso nos viene de forma genética.

—No es una fama tan mala... —mintió Seth como un bellaco—. Para mí es buena. —Levantó el rostro, como si quisiera poner un gesto de dignidad—. Yo creo que tenemos un legado respetable.

Caroline arqueó una ceja.

—¿Por eso nos odian entonces, Seth?

—¡El odio solo es una variable de amor! —respondió—. Por favor, somos útiles para Hollow Hallows. ¡Esta gente se mataría entre sí si no tuviesen la oportunidad de odiarnos todos a la vez a nosotros! ¡Les hermanamos!

Dawn no estaba muy convencida.

—Disfrutas de ser la zorrilla del pueblo...

Seth rio con falsedad.

—¡Me da igual! Lo que no deja de importarme es otra cosa —recondujo la conversación, era la única solución—. ¿Creéis que los confabuladores querrían a alguien como ese tipo en la fila de sus descendientes? No, no lo creo, a menos que ese psicópata fuese un vil asesino de las estatuas de bronce, pero las estatuas de bronce no tienen vida así que...

—Sueles ser ridículo, pero hay días en los que te superas, Seth —dijo Dawn—. Queríais saber la historia de Garric Odell ¿no? Eso queríais hasta ayer, ¿no?

—Odell —corrigió Seth—. A partir de ahora, solo lo llamo Odell. Suena más despectivo.

—Seth —insistió Dawn—, querías saber la historia de Odell.

Seth negó con la cabeza.

—Ya sé bien su historia...

Dawn le dedicó una sonrisa tentadora.

—Ahora podrás escucharla en primera persona, Seth. Sé que te gustan las historias. No me negarás esta oportunidad, ¿no? Eres un yonqui de los relatos, quieres tu dosis, quieres escucharla. Estás cansado de que las únicas que escuchas de nosotras sean las que tratan del asesinato de cada uno de los habitantes de este maldito sitio. Aquí tienes la oportunidad de saber la otra, de conocer la verdad tras un misterio... ¿Cuántas veces puedes hacer eso, Seth? ¿Cuántas?

Hurgo se sentó al lado de Seth, mientras Dawn, Caroline y Garric miraban tanto

al perro vagabundo como al chico de los cabellos rojizos. En ese instante, algo llamó la atención a Seth. Miró hacia uno de los ventanales del Caserón Woods. Tras el cristal, estaba John Odell, el que faltaba... Le daba escalofríos. El padre meneó la mano, como un saludo. «Habrás pasado una buena noche abusando de su hijo o algo», se dijo Seth, apartando la mirada. No podía soportar tamaño horror.

Las palabras de su amiga enturbiaban su cabeza como la niebla a la ciénaga. Las historias paseaban, pateaban y arrasaban por su cerebro.

Historias, historias y más historias. Era un fanático de ellas. Las amaba con cada parte de su ser. Ya fuese un cuento narrado alrededor del fuego, una película en casa o un libro en sus manos. Conoció el pasado de Odell por internet, pero ¿y si descubría ahora su versión? No la creería, pero tendría otra más para su colección... Dependía de él, ¿renunciaría a un buen cuento de miedo por no saber nada de un asesino peligroso? Decidió con rapidez (y sabía que cuando hacía eso solía equivocarse) y acabó diciendo que sí con la cabeza.

—Espero al menos que haya un dragón en esa historia. Me gustan los malditos dragones...

CAPÍTULO 12

La luz del sol caía abrasadora sobre Odell y los descendientes de los confabuladores. Caroline se consolaba sabiendo que los tipos a los que se cargó el nuevo amigo de Dawn lo pasaron peor que ellos bajo los rayos de verano, los quemó. Ya no había huellas de la tormenta, ni viento ni humedad, pero sí quedaba lo que vino con ella. Seth no quería, pero Dawn decidió que hablarían sobre el pasado de Garric en su lugar de reunión.

—Es como llevar al enemigo dentro de tus filas... Quizás, porque... ¡Es exactamente lo mismo!

—¿Cómo sabes que es un enemigo? —preguntó Caroline.

—Porque sé que no es mi amigo.

Los confabuladores poseían un cuartel secreto cerca del pantano. La otra gran discusión con Seth a lo largo de años de amistad (o algo semejante) fue que él quería que la «base del mal» se llamase la Fortaleza de la Soledad. Dawn, Rahne y Caroline optaron por un nombre que se ajustaba mejor al lugar: el Hoyo.

La concavidad se hallaba en las tierras fronterizas a la ciénaga. Solía inundarse y convertirse en impracticable, pero su aspecto convenció a Dawn, que dijo la primera vez que lo vio:

—Ahora somos gusanos de verdad.

El Hoyo, como bien indicaba su mote, era un agujero dentro del campo de malas hierbas; hundido en las profundidades más allá del sendero del lodazal. Durante años fue usado como vertedero y de ahí quedaban restos intragables como un fragmento de nevera, un coche destartado, latas de gasolina... El Hoyo se tragaba toda la basura, pero a finales de los ´40, según Emily Hownland y lo que le contó su abuelo, la gente de Hollows Hallows renunció a utilizarlo, porque...

—¡Ya no mascaba más el muy hijo de la gran perra!

Fueron las palabras textuales del abuelo Hownland y no mentía. Las últimas cosas que se tiraron se quedaron a medio enterrar como el sofá en el que ahora solían saltar las ranas o se sentaba el grupo de amigos.

El día en que lo tomaron como «fortaleza», Seth no estaba muy contento, pero Caroline y Dawn pronto contaron leyendas urbanas y se encariñó con ese lugar. Un par de semanas después, Rahne consiguió una pequeña escala para descender sin problemas y Seth le dijo a Ma que iba a tirar por fin el sillón que olía raro (como a alcachofas o a su abuela); al final fue otro asiento más para el club reunido en la garganta encharcada de Hollow Hallows. Cada sábado solían encender una fogata y hablaban de cualquier cosa que se les ocurriera, a menudo de cómo matar a los habitantes del pueblo, pero Dawn se cansó.

—Necesito otras. Quiero otras historias.

Su deseo se iba a cumplir, Dawn hizo lo que pudo: Garric dejaría de ser un misterio. Caroline no discrepaba y Seth se sentía algo solo, por lo que acabó teniendo cerca su inútil varita («puede que para algo sirva... La varita contra el hacha de Odell, seguro que muy útil. Si la pluma puede con la espada, la varita tal vez venza al hacha del psicópata. Aunque ¿por qué me miento? No apostaría por esta mierda que estoy pensando»).

Se desviaron del estrecho sendero, introduciéndose entre la maleza y dejándose la piel en las plantas que recubrían el espacio, amenazantes. Los mosquitos acudían a ellos como chupasangres, salvo en el instante en que alguna de las ranas escondidas sacaban sus lenguas y los atrapaban, comiéndoselos sin compasión. Y Caroline pensaba que era la metáfora perfecta de lo que estaba haciendo aquel lugar con ellos.

Llegaron al Hoyo. Dawn descendió de un salto, ignorando como siempre la escalerilla; le gustaba la sensación de volar y estrellarse contra el suelo aunque sus dos pies parasen la caída. Caroline fue después. Garric esperó a que Seth siguiese, pero no, se quedó en el borde.

—Tú primero, Odell —dijo. «Quiero tenerte vigilado, Jack Torrance...».

Garric acató la orden. Fue a la escalinata, su chaqueta de cuadros, andrajosa como él, se movió en torno al cuello y Seth vio de nuevo que llevaba un pequeño vendaje en él. ¿Drácula deambulaba por Hollow Hallows o qué?

—Quédate aquí como siempre, Huargo —le susurró Seth al perro. Siempre les avisaba si se acercaba alguien raro—. Y si ves que el asesino en serie este saca su motosierra o algo, haz lo que haría un buen perro: huye y cuando el cabrón la palme, mea en su tumba. —Acarició la cabeza del animal—. Gracias, Huargo. Buen chico.

Dejó que Huargo le lamiese la mano.

—¡Seth, baja ya! —gritó Dawn.

—¡Recuérdalo, Huargo!

—¡Seth! —soltaron Caroline y Dawn. El chico obedeció.

Huargo se quedó atento, mirando hacia el Hoyo y caminando en torno al gran círculo, a la boca, como el guardián que aprendió a ser.

Seth se sentó solo en otro de los sofás, mientras que Dawn, Caroline y Garric ocupaban el grande. «Si se las carga a ellas antes, me dará tiempo de huir..., aunque tal vez me caigo saliendo y me arranca la cabeza... Lo segundo tiene más posibilidades de pasar que lo primero».

—Garric me ha contado su historia y no creo que tenga inconveniente en que yo la cuente ahora —anunció Dawn. Garric asintió, dando permiso.

—Menos mal, sabiendo como tar-tar-tamudea, esto duraría más que un maratón de las versiones extendidas de *El Señor de los Anillos*... —apreció Seth. Dawn le tiró una piedra para que se callase, la esquivó de milagro. Refunfuñó. Garric no le prestó atención.

—Tam-tam-poco me gus-gusta con-contar his-his-historias... Las o-o-odio... A-aho-ahora las o-odio.

Para Seth fue como escuchar la confesión de un delito.

—¡Odia las historias! ¿Esperáis alguna prueba más para afirmar que es un jodido lunático? ¡Las historias hacen la vida soportable!

—La-la-la mí-a-a n-no...

—¿Y por qué, Odell? ¡Canta, buitre, canta!

—Eso era lo que iba a contar, Seth —prorrumpió Dawn en ese momento.

Caroline tampoco entendía el cambio en su amiga, ¿cómo pasó Garric de ser indiferente a convertirse de repente en alguien que defender para la chica del Caserón Woods?

—Queríamos una nueva historia, ¿no? —habló Dawn.

Seth gruñó antes de que se desplomase el silencio.

Garric miró a Dawn cuando esta decidió cómo debía empezar la historia.

—No hay dragones en esta historia, pero sí hay monstruos mucho más terribles y reales que un escufo.

La incomodidad reinó en Seth, pero no dijo nada. Miró fijo a Odell. Sabía que en el rostro de ese tipo descubriría si mentía. ¿Cómo reaccionaría a las palabras de Dawn sobre él? ¿Con vergüenza, lástima, orgullo...? Estaba intrigado.

—Las noticias que encontró Seth en internet no son auténticas —Seth gruñó, pero Dawn le obvió—. Ocurrió algo similar, pero no como los cuentan los chupatintas de los periódicos y demás. No es raro, por tanto, que Garric odie las historias.

Seth parecía menos contento aún. ¿Le estaban diciendo que él era un inútil por haber buscado en la red información sobre Garric?

Caroline arqueó una ceja, preguntándose qué vendría a continuación.

El protagonista del cuento tenía la mirada clavada en los trastos semienterrados en la gran tumba.

Dawn prosiguió.

—Veinte personas quemadas... Suena a un macabro asesinato, a víctimas de un crimen. Imaginamos la gasolina cubriéndoles y el fuego terminando con ellos de forma lenta y terrible. Debe ser difícil para un solo pirómano hacer algo así... Y Garric no es la excepción.

»En internet se prefirió la primera versión de la policía: “veinte chavales quemados que aparecen a lo largo del curso de un río”. ¿Cómo veinte personas se ahogan y surgen quemadas? No es un expediente X. Se omitió (o se dejó en un segundo plano) que los veinte iban en un autobús escolar que se salió por una curva y cayó a un precipicio, estallando en llamas y convirtiéndose en un amasijo de hierros que acabó liberando a sus ocupantes. Murieron calcinados o ahogados.

—¿Entonces Odell es un fantasma? —musitó Seth, asqueado.

—No, Seth... Garric no fue ese día a clase. De ahí vinieron las sospechas.

—No me extraña...

—Solo un estudiante no sube a ese autobús —dijo Dawn como si viese la escena en su cabeza—. Solo uno resulta indemne de la tragedia. Los medios de

comunicación lo recogieron como un milagro, aunque parte del público no lo creyó cuando vino..., lo que vino después.

Seth no lo soportó más:

—¡Se le acusó del asesinato de un tipo! ¡Se lo cargó con un hacha! ¿Otro accidente? ¡Es más gafe que yo!

Dagan esperó que las chicas recobrasen la razón, pero no fue así. Dawn tomó la palabra de nuevo.

—Buen apunte, Seth, aunque histérico. Si hubieras leído más las informaciones sobre aquel día, huyendo del sensacionalismo, habrías llegado a lo que Garric me ha contado.

—¿Hubiese llegado a las esquelas?

—Hubieras llegado a que hubo alguien que sobrevivió a las aguas heladas y el fuego.

Seth quiso decir algo, pero se quedó sin palabras.

—Su cuerpo se mantuvo vivo, pero su razón se quebró —continuó Dawn—. Ese alumno creyó que Odell era el culpable de lo que le pasó a él y a los demás estudiantes, el profesor y el conductor del autobús siniestrado.

»Llevado por un impulso de venganza, ese superviviente empuñó un hacha, fue a la casa de los Odell y atacó a Garric, hiriendo a su madre enferma.

»Al final, Garric consiguió huir por el tejado, el lunático le siguió, resbaló, perdió su hacha, cayó y permaneció con vida en el suelo hasta que su arma le siguió como un *boomerang*. La hoja del hacha impactó en su cabeza. Mala suerte.

—Ja... ¿En serio? —regurgitó Seth. Si hubiera estado bebiendo algo, lo hubiese escupido—. ¿Me tengo que creer eso? ¿Su hacha? ¿Así? ¿Sin más? ¿En plan *Tom y Jerry*?

—Ese tipo envió varias notas con sus delirios a la prensa. Decía que si le pasaba algo, sería culpa de Garric. En ellas lo acusaba del accidente del autobús. Los medios se frotaron las pezuñas. Era domingo, no había noticias. No tardaron en transformar a Garric en el sospechoso de la muerte de sus compañeros de clase y la de ese último superviviente, que en el fondo solo era un perturbado. ¿He dicho sospechoso? No, los medios lo llamaron culpable, asesino y demás sin ninguna prueba. La justicia no encontró ninguna, el nauseabundo juicio público sí.

Garric temblaba y el sudor caía por su cara. Sus ojos estaban tan nerviosos como los de su viejo. Seth no dejó de darse cuenta de que Odell estaba horrorizado. Dio su veredicto.

—No es una gran historia, no he suspendido mi credibilidad en ningún momento y...

—Seth —intervino Caroline—, en las historias de ficción se suspende la credibilidad, si no la has suspendido en esta es porque es real.

El chico no estuvo de acuerdo.

—Eso debe ser una falacia o algo así, Caroline. No me lo creo. ¿Por qué la prensa

no quiso saber nada de su versión? Podría haber demostrado su inocencia...

—Mi-mi-mi ma-ma-madre... —susurró Garric.

—Sí, llama a tu mami, porque no te creo y no quiero jugar contigo...

Dawn acarició sus nudillos. No sería la primera vez que le lanzaba un puñetazo a Seth.

—La madre de Garric murió de cáncer poco después. Las heridas del hacha se curaron, pero no la enfermedad. Tenía un tratamiento muy caro y el padre de Garric no pudo pagarlo. Su padre era escritor de una televisión que pujaba por la trágica historia de los Odell, pero Garric y su viejo no quisieron venderla, no querían revivir la pesadilla y John fue despedido. Sin pasta, el padre perdió a su mujer, el hijo a su madre. Garric no se veía capaz, tras todas esas argucias y maldades, de contar la verdad.

Seth ordenó esas ideas y liberó la pregunta:

—¿Crees entonces que a nosotros sí nos ha contado la verdad?

—Sí, lo creo. Lo único que Garric quiso tras eso fue huir.

El joven se quedó pensando un rato.

—Huir... Eso es lo que menos me creo, Dawn. De todos los lugares del mundo, ¿huyen y acaban en Hollow Hallows? ¡Es como escapar de un lobo y dirigirse a una manada de ellos meneado el culo!

—Llegó aquí por algo más, Seth. Huyendo, Garric vino hasta Hollow Hallows buscando un sitio en paz. Recordaba que yo me fui siendo una cría y yo lloriqueaba por venir al lugar más aburrido del mundo. Él se acordó de eso y pensó que lo necesitaba: «el lugar más aburrido del mundo».

Aquello inquietó más a Seth.

—Eh, espera un momento... Ha vivido obsesionado contigo todos estos años desde que tenías siete años o por ahí (paso de esos datos), yo que sé... ¿Te parece de fiar?

Dawn no fue la que contestó, sino el propio Garric:

—Non-nunca he te-te-tenido mu-muchos a-amigos... Da-Da-Dawn es-es a-a-amiga...

—¿Amiga? ¡Ja! —soltó Seth—. ¿De las que quemas o de las que les cortas el cuello con un hacha?

—¡Seth, si no te gusta esto, lárgate de aquí! —exclamó Caroline con todas sus fuerzas—. ¿Qué diantres te pasa? ¡Detén este juego del detective barato! ¡Dawn le cree, yo le creo! ¿Tienes envidia de que haya un tío más en este grupo? ¿Qué te pasa? ¿Te tienes que inventar algo para que te prestemos atención?

Seth se quedó noqueado con los puñetazos verbales de la hermana de Rahne.

—Venga ya, eso es una chorrada... —musitó, queriendo quitarle hierro al asunto.

—No creo que sea una chorrada, Seth —dijo Dawn dándole la razón a Caroline—. Te estás comportando con Garric como Hollow Hallows se comporta con nosotros. Le odias, le insultas, le querrías ver lejos de aquí o muerto..., por algo que

no sabes si hizo.

Seth se sintió traicionado y negó con la cabeza:

—Creo en los confabuladores y en lo que hicieron: decapitar una estatua. Este tipo se emocionó y se cargó a una veintena de personas, ¿qué nos dice eso?

Dawn no perdió la calma, la agarraba. Garric intentaba serenarse, como si escuchar su pasado le hubiese destrozado.

—¿Que qué nos dice eso? Es sencillo. Que este pueblo te ha sorbido el poco seso que tenías, Seth. Eso es lo que ocurre.

Seth se puso en pie y se dirigió a la escalerilla para salir de su refugio.

—No sé, no sé qué me pasa... Quiero meditar sobre esto. ¿Vale? Tal vez, lo que me ocurre es porque es una historia de mierda y no me ha gustado. Puede que sea eso. Donde estén los dragones...

El joven trepó por la escalera. Se marchó, pero dejó a Huargo vigilante. Muchas piezas de ese relato se tambaleaban como un castillo de naipes en un terremoto. ¿Era posible lo que contó Dawn sobre Garric? Sí... ¿Por qué entonces Seth sentía que un cartel invisible de «¡Cuidado!» le impactaba en la cara una y otra vez? Era como una premonición. Sabía que una desgracia estaba por suceder.

Se equivocaba. No era solo una desgracia, eran más de una y se avecinaban sobre ellos como los sangrientos rayos de sol.

CAPÍTULO 13

El desván regurgitaba recuerdos y trastos; a veces diferenciar ambos era complicado. Dawn tuvo la osadía de buscar algo que vio de niña, lo que podía suponer una batalla perdida.

Desde las seis de la mañana del domingo, hurgaba en los baúles de muñecas de porcelana, muebles rotos, álbumes de fotografías, cuadros de antepasados que nunca supo quiénes eran... Ella tenía un objetivo claro, pero estaba entre montones de inutilidad.

Arrojó un libro donde se guardaban unos hilos resecos (¿cordones umbilicales?) y, tras un par de lámparas de araña rotas, una silla de ruedas y un bastón, vislumbró un montón de libretas. Cogió una de ellas, quitó algo de polvo y encontró una letra temblorosa en una pegatina de la portada:

Si no eres yo, jódete y no cojas esto.

Si eres yo, pues que me jodan también. Tal vez me guste.

Una de las manos de Dawn paseó por los cuadernos que empapelaban el suelo. Halló frases demoledoras en cada una de ellas.

Ya estoy muerto.

Nadie recordará esto.

Un punto final es mejor que tres suspensivos...

Su padre le hablaba, pero le ignoró como él, cuando se suicidó, lo hizo con ella. Siguió con el primer diario que encontró. Lo abrió para liberar las páginas amarillentas y la letra ilegible en algunas partes. Ahí estaban los recuerdos de las cenizas de Bobby Hownland.

Muchos periodistas y editores sabían que Spike Brent tenía la costumbre de anotar sus pensamientos en cuadernos que iba dejando atrás. Algunos decían que los quemaba, otros que los guardaba en un lugar secreto... Alcanzaron con facilidad la cota de restos malditos y misteriosos que cualquier coleccionista musical debía tener, pero nunca se encontró ninguno. Un dato desconocido era que el mártir del *rock* los enviaba a Hollow Hallows, para que su hermana Emily los archivase. Ella entendió rápido que para su hermano todo lo oscuro venía del islote y lo horrible que encontraba fuera debía enviarlo de regreso al lugar maldito.

Hollow Hallows es la cuna del mal. Si encuentro fuera de sus putrefactas tierras algo terrible, mi misión es darle una patada en el culo y hacerlo volver al lugar del que procede. Y ya está.

Emily le echaba la culpa por muchas cosas, aquella era solo una. Pero odiaba más

a los buitres que vinieron buscando noticias, los diarios nunca leídos... Incluso insinuaron que si las cosas le iban mal a Dawn un día, vender los recuerdos de su padre le daría dinero... Y a ellos también, pero ese detalle se lo reservaron.

Dawn, aunque lo callase, opinaba como su tía. No debía vender la memoria de su padre. Por mucho que se hubiera comportado de una forma tan egoísta con ella, por mucho que le hubiera negado algo tan importante como poder un día conocerlo.

Apartó su confusión como las telarañas del trastero y miró de arriba abajo lo escrito. Casi al completo en bolígrafo, entre tachones y dudas, hablaba sobre amor, odio, risa, estupideces... Y luego, notas a máquina de escribir, como letras de canciones. ¿Cómo no encontrar allí el germen de temas de Dead Irony del estilo de *The end of the line*, *I am Morpheus*, *All my deaths* o *Circle song*?

La hija de la estrella fugaz leyó muchas veces esos papeles. Los dejó a un lado. Quería lo que estaba debajo, guardado en una caja. Era el artefacto que fue el génesis de Spike Brent. El instrumento que dio el poder a la sangre de su padre, la que corría por sus venas, superando la inutilidad de su madre.

Dawn tocó las iniciales R.H. borradas, en la tapa estaban escritas con rotulador: S.B. Una vez más, Spike Brent erradicó a Bobby Howland.

Ahora, por primera vez en su vida, Dawn esperaba algo de su padre muerto.

* * *

Seth se pasó el sábado limpiando la granja Dagan junto a su abuela. Casi consiguió que se le pasase el cabreo a la vieja mole de pelo cano y ropas negras que le cuidó desde que su madre se largó y su padre la palmó. En el fondo, la quería, pero sentía alivio al poder librarse de los problemas y despertarse tarde al día siguiente, un domingo, y pasar la mañana vagueando delante de un ordenador construido en la Unión Soviética o en algún sitio así.

A menudo, los domingos se despertaba tarde, desayunaba un vaso de leche y volvía a su cuarto para pasarse toda la mañana en el PC. Le importaba poco quedarse sin vista o gastar electricidad del generador traído por Jones, él encontraba allí una ventana lejos del lugar donde vivía. ¿Estaba cabreado? Se metía en un foro e insultaba. ¿Estaba tan idiota que paseaba por un foro? Llamaba hipócritas a los falsos profetas que pululaban por allí. ¿Estaba feliz? Podía bajarse alguna película o libro que jamás llegaría a Hollow Hallows (incluyendo los que formaban parte de la gran lista de libros prohibidos, creada por el consejo). Internet significaba escapar del asco, aunque a cambio de que Ma lo pagase con la cuenta del teléfono, tuviera que firmar un pacto no escrito con ella para mantener siempre limpia su habitación y ayudar en todas las labores de la granja.

Si sobrevivió tantos años de su vida, Seth tenía claro que era por poder ver algo de fuera a través de un ordenador arcaico y una conexión a Internet lamentable. Pocos

en Hollow Hallows disponían de esa ventana y ninguno de ellos, salvo él, sin restricciones. Se decía que las computadoras de algunos de los impolutos hijos de Hollow Hallows ni siquiera podían buscar en un navegador corriente, que estaba siempre supervisado... Seth se alegraba de escapar de esa porquería, aunque se preguntaba en qué punto alguna idiota como Harriette Ellis o algún despojo como Caleb Ruth aprendieron a sabotear ordenadores. «*Misterios estúpidos de hoy* presenta: ¡el informático troceado vivo y escondido tras la pared! ¿O emparedado? ¿Cómo se dice? En fin... Un tipo que fue a Hollow Hallows, enseñó su arte de mierda y fue lapidado por el pueblo tras revelar sus secretos. ¿*El barril de amontillado* de Poe? Pues así, de ese estilo. Los secretos son los secretos. Teclea eso si puedes», pensó Seth con una leve sonrisa. Vería ese programa de televisión si existiese.

Y aquella mañana, más que nunca, agradeció que su Internet no estuviese capado, porque sus incesantes búsquedas dieron ciertos frutos. ¿Lo mejor? Encontró una nota corta publicada en un periódico sensacionalista de las afueras, El Ojo de Monroeville, donde se hablaba de los crímenes del Hijo de Tinta. Ese era el mote que Garric Odell se ganó, la fama de su padre como escritor (John *El Hombre de Tinta* Odell) pasó a su descendiente, ¿cómo entonces acabó odiando las historias?

El Hijo de Tinta comete otro crimen

Firma: EL OJO DE MONROEVILLE

A.L., de 15 años, es la última víctima de Garric Odell Halloran El Hijo de Tinta. A.L. murió por las heridas causadas por un arma blanca a primera hora de esta mañana en la residencia de los Odell.

Un hachazo en la cabeza parece haber sido la causa de la muerte de A.L., otro nombre que se suma a la lista de asesinatos a manos de Garric Odell. Fuentes de EL OJO DE MONROEVILLE aseguran que A.L. asaltó la casa de los Odell para vengarse del Hijo de Tinta y sus anteriores crímenes, ya que uno de ellos le desfiguró de forma monstruosa. Los motivos siguen en la sombra. La señora Sophie Odell ha resultado herida. El padre, John Odell, niega a dar su versión a este periódico. ¿Qué oculta?

La víctima era conocida por esta redacción donde nos envió unos diarios sobre los crímenes del Hijo de Tinta que aparecerán publicados EN EXCLUSIVA en los próximos días en EL OJO DE MONROEVILLE. Les adelantamos un párrafo de la página final del último de sus testamentos: «Garric Odell mató a cada uno de los tipos del Saint Thomas que íbamos en el autobús... Él escribió en una novela que moriríamos en un accidente así excepto yo, que me juzgarían como a un loco, de la misma forma que yo le juzgué a él. Garric Odell me mató y me matará de nuevo».

Recordamos que el Hijo de Tinta es sospechoso de asesinar a dieciocho estudiantes, un profesor y un conductor de autobús del prestigioso Saint Thomas. A

su «favor», aunque jamás seremos abogados del diablo, podemos decir que A.L. estaba en tratamiento psicológico tras el accidente que le quemó un sesenta por ciento de su cuerpo.

La policía niega posibles declaraciones por el momento. EL OJO DE MONROEVILLE es valiente y contará toda la verdad. Por ahora, una advertencia: teman al Hijo de Tinta.

Ignorando las faltas a la ética periodística, ser menos objetivos que el Daily Bugle, los errores de estilo y la falta de presunción en los «actos» de Odell, Seth sintió cierta emoción al ver que El Ojo de Monroeville también dudaba sobre el amigo de Dawn. Vale, era lo que contó ella sobre el tartamudo, pero ¿cuál era la verdad tras aquellos datos sin más? ¿Qué pasó en realidad?

Encontró un nuevo nombre que buscar: Hijo de Tinta. Pudo encontrar más información usando ese mote, algunos detalles más (el día, la forma, las heridas...), pero cesaban con una nota en la que El Ojo de Monroeville pedía disculpas, una rectificación en la que se bajaban los pantalones y suplicaban perdón a los Odell. De pronto, el caso se desvaneció.

El dato que Seth no encontraba en ningún lugar de la red fue cuál era el nombre de A.L., el asesino asesinado. Creía que sabiéndolo, podría hallar alguna información que le llevase a saber más de lo sucedido. El Ojo de Monroeville no firmó las noticias con un redactor por lo que era más complicado encontrar más pistas.

Cuando Seth llamó a las oficinas del diario, le colgaron el teléfono al mencionar el caso. ¿Por qué? Tuvieron que grabar su número, no se lo volvieron a coger en toda la mañana. ¿Era por ser domingo o quizás algo más? Acabó en un callejón sin salida, con el muerto en el anonimato. Para Seth solo le quedaba una solución y la practicó delante del espejo:

—Hey, Odell, jodido psicópata, ¿cuál era el nombre de A.L., el tipo al que le diste un hachazo? Es que yo estaba viendo cómo joderte vivo antes de que tú me jodas a mí y solo se me ocurre seguir ese camino. Pedazo de cabrón.

Sí, desde luego no iba a funcionar.

* * *

Caroline colocó la manta sobre las piernas de su madre. Esther pasaba el día sentada, sin hacer nada. Pese a la medicación, dormía sin cerrar los párpados. Desde la desaparición de su hija Rahne, la persona que fue se marchó y la depresión se la llevó por delante. Su otra hija se tuvo que convertir en una especie de madre.

«De nada importa que yo esté aquí, Rahne se ha marchado. Para ella, yo no soy nada», se dijo Caroline y, tras tanto tiempo, lo aceptó sin más, como todo en la existencia que alguien podría llamar vida, alguien que desde luego no era ella.

Alguien husmeó al lado de la puerta entreabierta de la habitación. Era Huargo, buscando algo de la comida que estaba en la mesa y que Esther casi no probó. Caroline profetizó lo que iba a ocurrir, sintió un escalofrío. Estalló la bomba.

Esther Jones chilló y lloró, tiró el plato hacia Huargo y dio manotazos a discreción.

—Mamá, calma...

—¡ESE LOBO! ¡ESE LOBO SE COMIÓ A RAHNE! ¡SE COMIÓ A MI HIJA! ¿Y NO HACÉIS NADA? ¡HACED ALGO! ¡MATÓ A MI HIJA! ¡MATA A ESE LOBO! ¡MATA!

El perro corrió fuera de la habitación. Daniel Jones gritó por el pasillo:

—¿Qué hace esa cosa aquí? ¡Caroline, maldita sea! ¡Si lo pillo de nuevo, ahorco a ese perro! ¿Me oyes? ¡Lo ahorco! ¡Tu madre no está para esto!

Daniel Jones llegó a la habitación. Caroline retrocedió mirando los arañazos que le hizo su madre en los brazos cuando quiso calmarla. Su padre fue hasta su esposa, que le dio varios puñetazos en el pecho, hasta que la hija llenó un vaso de agua y vertió tres pastillas. Daniel consiguió que su mujer bebiese y después de unos tensos instantes, cayó, durmiendo, sin más.

El padre miró a su hija con un sentimiento peor que el odio, la decepción y el asco.

—Eres una irresponsable.

No hubo un gracias por darle de comer a su madre, por ayudar a bañarla y cuidarla cada día de cada semana de cada mes desde la desaparición de Rahne. Solo hubo un reproche. Caroline también se acostumbró a ese tipo de cosas. Se fue de la sala.

Huargo rasgaba la puerta principal para salir, Caroline la abrió, acompañando su acto con unos susurros huidos de sus labios:

—Márchate, Huargo, sé mejor que yo. Sé como Rahne.

Luego, tras que se marchase el animal, ella fue corriendo al baño. Vomitó hasta que le dolieron las entrañas.

Mañana comenzaban las clases, el miedo la dominaba. Si Garric Odell la mataba, por fuego o hacha, sería más clemente que las puñaladas que preparaban Elliot, Allison y los hermanos Ellis. Deseaba que la matasen.

* * *

Garric veía cómo las manecillas del reloj del salón avanzaban. El Caserón Woods era invadido por el tictac. ¿Era una advertencia de que el tiempo pasaba? ¿Para llegar a qué? «A la muerte, adonde se llega siempre», respondió para sí.

Solo otro sonido le sacaba de sus pensamientos: el roce de un bolígrafo en el papel. Su padre estaba escribiendo con lentitud un documento para solicitar el acceso

de su hijo a la Academia Alfred Hallington, el único colegio del islote. El muchacho tenía miedo por lo que conocía de ese enclave, pero también pánico porque sus manos temblaban y su mirada se deleitaba en el sonido de la tinta en el papel.

Quería escribir.

Escribir.

¡Escribir!

¡ESCRIBIR!

No debía.

No podía...

No.

No.

¡No!

Sonó un timbre.

Emily Hownland, que llevaba una cesta con la colada, se detuvo y fue hacia la puerta. Observó a través de la mirilla y cerró los puños, luego señaló a sus huéspedes.

—Para vosotros.

Emily se marchó de la sala sin dar más explicaciones. El timbre volvió a rugir acompañado de un par de golpes. John no hizo nada, Garric fue a la entrada. ¿Quién podía ser? No creía que Caroline o Seth viniesen a por él, Dawn estaba en su habitación (¿no?). ¿Quién podía era? ¿Quién quería verles? ¿Por qué a ellos? Garric estaba intrigado, por lo que se acercó a la entrada con lentitud. Cada toque le hacía vibrar el corazón. ¿Quién demonios aguardaba fuera?

Garric miró a través de la mirilla. Alguien tocaba con un báculo. No lo conocía. El chico no estaba seguro, pero su mano se colocó en el picaporte y abrió. Se encontró con un hombre mayor, de pelo canoso con sombrero negro como su barba o sus ojos como una sombra que le ocultaba. Su sola presencia hizo temblar al muchacho. El individuo escapó del pasado o esa era su semejanza, porque vestía con un esmoquin escondido por un abrigo azul, como si el mar se derramase sobre la madrugada. Se quitó el sombrero como gesto de educación y luego se apoyó en su bastón con el que golpeaba el suelo.

—Jacob Ellis. Ese es mi nombre, Garric Odell. Y he venido para salvar tu alma.

Garric no contestó. La voz grave, sonaba como un portazo, que hacía que un destino aciago se cerniese sobre el que quedaba encerrado. No sabía cómo Jacob Ellis conocía su nombre, tampoco si quería que se lo dijese. ¿Qué podía hacer?

—No me invites a pasar, hijo. Entraría en el infierno para rescatar a un creyente, pero no sé tanto de ti, solo lo que me ha contado el jefe Ruth. Por eso os pediré a tu padre y a ti que vengáis a la próxima misa. Os he añorado en la de hoy.

Garric hizo un esfuerzo por contestar sin un grito.

—No-no-nosotros no...

Ellis lo acalló.

—La palabra «no» solo se le debe decir al diablo y a sus confabuladores, nunca al

pastor de Hollow Hallows, nunca al único hombre que puede proteger a tu padre y a ti. Habéis huido de Babilonia y habéis llegado a un lugar sagrado, ¿aguardáis que la puerta de Hollow Hallows se abra para vosotros sin más? Pues bien, deberéis confiar en mí y rehuir lugares pecaminosos y malditos como el Caserón Woods.

»Acaso, ¿sabes, alma descarriada, cuántas almas han perecido aquí? No, claro que no. Yo sí, oficié sus funerales y enterré a muchas de ellas... Ni siquiera tocaría los excrementos sobre los que se alza este monumento en honor a Jezabel, he usado mi bastón para golpear la puerta. Ahora espero que pueda servir para guiaros a vosotros, los Odell, hasta la noble comunidad de Hollow Hallows.

Garric tardó en reaccionar. La voz continuaba en sus oídos como una ola que tardaba en regresar al océano, como si su mente fuese arena golpeada una y otra vez. ¿O era ponzoña carcomiendo sus huesos?

Quería decir algo, pero el anciano le tocó las manos con el bastón, él las mostró y clavó su mirada en el predicador. Garric sintió que su alma se consumía. En la mirada de Jacob Ellis descubrió algo, pero no había duda de que el pastor descubrió más en la suya, pero ¿el qué? Era incapaz de contestar o recordar alguna palabra.

El sudor empapaba su cara, su boca permanecía abierta y temblorosa, un dolor punzante le atravesaba. Era como si el sufrimiento viniese de los ojos de hielo del pastor. El cerebro del muchacho era atravesado una y otra vez por la espada de la mirada. Pronto solo quedaría un espeso líquido que caería por sus ojos, su nariz, sus oídos, su boca...

—Pobre muchacho, contemplo en tus ojos y tus manos una vida de maldad—dijo con tono lúgubre—. Arderías por tus terribles actos incluso más allá del final de los tiempos. Formarías parte de la gran hoguera de pecadores que alumbrará el final... —Y algo cambió, como si la oscuridad diera lugar a una amenaza—. Pero te hallas en Hollow Hallows, gánate tu lugar en esta tierra. No querrás estar en otra. ¿Cómo podrías hacerlo? Esta misma noche te enfrentarás al pecado. Sufrirás, tus huesos se harán polvo, tu carne será papilla y suplicarás porque alguien te escuche, e hijo, ten esperanza, porque yo te escucharé. Hollow Hallows te escuchará. —Posó el mango del bastón en el hombro de Garric—. Ven a misa el domingo, olvida a tu padre. Él ya está muerto.

Mostró una sonrisa amable. Nadie se creería que era el mismo que hablaba hasta hacía un instante de la salvación. Se despidió con un ademán, colocándose de nuevo el sombrero. Después levantó su mano derecha, Garric creyó que iba a hacer el símbolo de la cruz, pero no, hizo otro. ¿Fue una hache? ¿Creía en Dios o en Hollow Hallows? El chico no replicó. Para entonces, el sacerdote se dirigía a la puerta del jardín. Se ayudaba de su cayado, sin mostrar ninguna cojera, ¿era un apoyo entonces o más bien un arma? Ni idea.

Garric se abrazó a sí mismo. Le desmembraron con una daga de hielo.

* * *

La búsqueda de Seth fue fútil. No obtuvo nuevos datos sobre el *Hijo de Tinta*, más allá de suposiciones (sus motivos, el *modus operandi*...) o detalles que no ofrecían nada nuevo (Garric era un antisocial, posible escritor como su padre...). Lo más importante era encontrar el significado de A.L., pero no existían nada más que esas iniciales y datos sobre cómo su cuerpo estaba dañado tras el accidente, ser quemado vivo en la explosión del autobús, estar a punto de ahogarse y perder la razón. ¿Por qué cayó el silencio sobre la prensa? ¿Por qué ningún idiota de Internet se dedicó a investigar sobre ese tema? «Hey, quizás tú eres ese idiota, Seth. ¡Eres un pionero!», dijo una voz en su interior.

—¡Niño, ven aquí! ¡Te ha llegado algo! ¡Tienes algo aquí! —gritó Ma Dagan, abajo.

Seth no tenía ganas de ponerse a ordenar y aguantar a su abuela, llamándole tras una excusa. ¡Quería seguir jugando a Sherlock Holmes! «Necesito mi Watson, pero...».

—¡NIÑO, VEN YA!

—¡Dentro de un rato, Ma!

¿Habría aplacado a Ma? No se lo creía ni él.

—¡Que vengas ya o juro que te rompo esta carta!

El cerebro del nieto estalló como una bombilla que se fundía en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Una carta?

Era la primera carta que recibía Seth en su vida. Por eso salió corriendo, esperando que fuese una misiva importante. ¿Vendría con una lechuza? ¿Era de Hogwarts?

Cuando llegó a la sala de estar, su abuela se la tendió, pero se quedó mirando. Seth intentó esconderla, algo que Ma Dagan no tomó muy bien.

—Te reventaré la cabeza como te metas en un lío... Advertido quedas.

Seth no se imaginaba cómo una carta podía meterte en un problema, pero estaba a punto de hacerlo. Su abuela se marchó, mientras su nieto sacaba la única página dentro del sobre amarillento (en él, su nombre estaba escrito de forma brusca). En la página, solo una frase:

A.L.: Alan Lamke
(Connecticut, 10-12-1991 / Nueva Jersey, 10-12-2007)

* * *

Garric regresó al interior del Caserón. Miraba solo a la escalinata, deseoso de ir a su cuarto en el piso superior del motel.

—Pareces un fantasma, pequeño Odell... Se nota con quien acabas de hablar — dijo Emily Hownland mostrando su sonrisa burlona mientras ponía trampas para los ratones. Por muy hábil que fuera, Emily consideraba que Jacob Ellis era más inteligente poniendo trampas para seres humanos—. Por cierto, hablando de fantasmas, ¿crees que fue uno el que cortó la línea de teléfono? La he arreglado, pero vaya, qué misterio. Justamente el día de vuestra llegada. ¿Qué te parece? —El chico mantuvo el silencio—. ¿No respondes? —Garric se alejó—. Vete sí, necesitarás descansar para lo que vendrá.

El joven siguió. A la mitad de la escalera, recordó a su padre. Seguía en el sofá, con la cabeza hacia atrás, ya no escribía. Quizás... ¿Dormía? Quiso pensar que sí y se marchó corriendo por el trecho hasta su habitación. La mirada de Jacob Ellis se grabó en su cabeza y le impidió hacer algo lógico.

¿Puede un ser humano leer los pecados de alguien mirando sus manos y sus ojos? No, no, a menos que estén cubiertos de sangre y horror, pero ¿dejaban los males manchas invisibles e imperecederas? Puede que Jacob Ellis no fuese un ser humano.

«Mi nombre lo sabía por Ruth... Jugó conmigo, es eso, jugó. Invitó a mi padre a ir a misa para luego no mencionarlo... No porque viese pecados o supiera que... Supiera eso que le pasa... Eso... No vio nada, lo hizo porque Ruth le tuvo que decir algo... Algo como que mi padre parecía un muerto en vida. Debe saber algo de mi pasado también, por eso... Me quiere a mí, sí, es eso... Sabe que soy más fácil de manipular. Hace ese truco con los bobalicones. No ve pecados, se los inventa, hace creer que los has cometido y...».

Sus mentiras para calmarse cesaron al toparse con el horror. En algo acertó el pastor Ellis: esa noche, Garric se debería enfrentar al pecado.

Lo que encontró encima de la cama le hizo caer de rodillas de forma literal, al abismo de manera metafórica.

Era una máquina de escribir que perteneció a un tal S.B.

A su lado, docenas de cartuchos de tinta. En su panza mecánica, una página en blanco.

¡Una maldita página en blanco!

No, en blanco no, había una palabra que demostraba que el cacharro funcionaba y que Odell era débil:

ESCRIBE.

Garric gateó hacia una esquina, ladrando de dolor.

No debía escribir por el bien del mundo, pero toda su alma le pedía que crease la primera frase.

Lloró con fuerza, tanto que se tapó la cara con un cojín que apestaba a viejo, deseoso de que nadie lo oyese, aunque ¿sería capaz de asfixiarse?

Si hubiese guardado silencio, tal vez hubiera escuchado una risa no muy lejana. ¿Dawn Hownland era feliz?

* * *

Una camioneta roja se detuvo cerca de Jacob Ellis; le perteneció a él, antes a su padre. Sus hijos estaban dentro del coche, le ayudaron a entrar. Donald y Flint le saludaron al unísono:

—Buenos días, padre.

Los mellizos Donald y Flint, con sus cabellos negros, sus ojos oscuros, sus rostros a un jóvenes, sus gestos formales... Impolutos hijos de Hollow Hallows con la sombra de los Ellis ya sobre ellos. Su padre estaba orgulloso.

El señor Ellis asintió con un gesto de aprobación a la bienvenida. Miró atrás. Después de la misa, sus hijos también estuvieron de caza, porque allí se agolpaban los trajes impermeables y algunos utensilios heredados o construidos por ellos mismos para hacer submarinismo en el cementerio de barcos.

—¿Habéis encontrado algún trofeo? —preguntó Jacob Ellis. Flint le miró con vergüenza y dijo:

—Dos horas y nada... Por primera vez.

—Ninguno, pa —se quejó Donald, a punto de golpear el volante.

—¿Ni un cadáver con algún hueso que tomar?

Los dos hermanos estaban temerosos de su padre. El hombre repuso con parsimonia:

—Ningún trofeo... Vaya, vaya...

—Lo sentimos, pa...

—Lo sentiremos, sí, hijos míos. Éramos conscientes de que este aciago día llegaría. Es una señal. El destino se está escribiendo, pero el final es claro. El signo se alza.

—¿El signo? ¿La señal? ¿Te refieres al Tesoro? Pero ¿la señal? ¿De qué, pa?

—Del apocalipsis... pero Hollow Hallows resiste y resistirá. Más allá del fin. Por supuesto que resistirá. No es la primera vez que sobrevivimos al fin del mundo.

CAPÍTULO 14

Calvin Blackmouth escribía la vida de Hollow Hallows desde hacía incontables décadas. Era el historiador del pueblo, además del único profesor de la academia Hallington, donde los críos de diferentes edades asistían a una misma clase.

Nunca dudó en concebir Hollow Hallows como una joya que escapaba de la inmundicia y que debía ser enseñada a todos los jóvenes para que su brillo permaneciese intacto.

Desde que era un niño de enormes gafas hasta ser ahora lo más parecido a un cerdo humano, viejo y sarnoso, Blackmouth fue testigo de muchas historias, todas ellas dentro de la lógica de su mundo.

Lo que Calvin Blackmouth nunca pensó es que estaba muy cerca de escribir el final de Hollow Hallows.

* * *

Garric Odell sobrevivió al pecado de escribir, pero solo lo logró tras horas de dolor.

Hizo que su padre volviese de noche a la habitación y lo escondió en el armario. Garric no quería que nadie sospechase lo que le pasaba, aunque no fue a cenar esa noche. No podía. Estaba empapado de sudor, su cuerpo temblaba y sus ojos eran rojizos, inyectados en sangre.

Quería escribir, con cada fibra de lo que era y lo que no, pero estaba prohibido. La última vez que lo hizo, el mundo que le envolvía se pudrió.

¿Quién le dejó el arma, la máquina de escribir, en su habitación? ¿Quién la cargó con balas en forma de páginas? ¿Quién trajo el silenciador con la tinta? ¿Quién le puso un gatillo en cada una de las teclas? ¿Por qué solo él comprendía su maldición?

Se sentó en el suelo.

Se tumbó en la cama.

Escondió la máquina de escribir.

Caminó de un lado a otro.

Repitió la jugada: guardó la máquina en otro sitio.

Se cubrió con una manta porque tenía frío.

Se quitó toda la ropa salvo los calzoncillos porque tenía calor.

Volvió a cubrirse al regreso de la gelidez.

Sus manos dejaron de responderle y...

De pronto, sus dedos estaban sobre el teclado de la máquina de escribir. ¡Se

preparaban para descender y perpetrar un crimen en tinta!

Recordó las palabras de Jacob Ellis y el terror del pasado.

Sus manos se dirigieron hacia la lámpara.

Sin pararse a meditarlo, la rompió contra su cabeza y cayó al suelo inconsciente.

Así, no escribiría. No esa noche.

Solo aguardó que en la negrura, la sangre de la brecha de su frente no escribiese sobre sueños quebrados en páginas de máquina de escribir en blanco.

* * *

Alan Lamke.

Seth buscó al tipo en internet hasta la madrugada. Aparecía un estudiante de Saint Thomas en algún listado, pero poco más. No tenía ninguna cuenta en redes sociales, ni siquiera un blog. ¿Usaría un seudónimo?

—Un perturbado sin una página donde colgar su mierda, ¿adónde vamos a llegar? —murmuró Seth en alto.

Al menos tenía el nombre, podría buscar en alguna guía, acaso ponerse en contacto con algunos familiares...

Perdió toda esperanza hasta que llegó a una pequeña referencia. Era una nota del colegio Saint Thomas que, pese a haber sido borrada de la página original, se podía descargar como PDF por obra y gracia de gente que no sabía eliminar del todo las huellas.

Consiguió abrir el archivo, aunque tardó media hora en descargar. Al abrirlo, solamente una página, acompañada del escudo oficial de ese colegio de niños pijos.

¿QUIÉN SERÁ EL ESTUDIANTE DEL SAINT THOMAS QUE RINDA HOMENAJE AL MAYOR DRAMATURGO DE LA HISTORIA?

La Academia Saint Thomas se complace en anunciar que prepara su primera visita a Stratford-upon-Avon, la tierra que vio nacer a William Shakespeare.

Nos congratula informar del hecho de que dos de nuestros distinguidos estudiantes se enfrentarán en una batalla dialéctica para elegir cuál de ellos será el representante oficial de la Academia que lea un discurso preparado por él en aras de presentar nuestros respetos al gran bardo en su lugar de nacimiento.

Los alumnos seleccionados son Alan Lamke y Garric Odell. Ambos demuestran su pasión por las letras y

El texto desapareció del ordenador.

Seth temió algún tipo de virus...

¿Y si su ordenador se sobrecalentó decidiendo irse de vacaciones al terreno de la

desconexión forzosa?

Se le ocurrió otra idea, le dio al interruptor de la lámpara y no encendió. Comprobó que la electricidad desapareció.

Recordó el corte en la llamada a Dawn. No se creía la versión de su amiga...

¿Y si Garric Odell estaba en la oscuridad?

Notó algo cerca de él.

Tanteó por el escritorio, buscando algo con lo que defenderse. Solo estaba la inútil varita. Al menos podría sacarle un ojo.

Se puso de pie y esgrimió su «arma» de un lado a otro, rasgando el aire como el florete de una película clásica de espadachines del estilo de *Scaramouche*, que tanto le gustaban a su abuela a saber por qué diantres.

Entonces, escuchó un grito.

¿Era Ma...?

—¡Te he tenido que cortar la electricidad para que te vayas a dormir! ¡Mañana tienes clase, zoquete! ¿Qué nos harán los Hollow Hallows si no vas? ¿Qué? ¡Vete a la cama! ¡Te vas a quedar ciego delante de esa pantalla!

—¡Ma! ¿Por qué...?

—¡Vete a dormir!

A Seth no le quedó más que cumplir órdenes.

* * *

El día siguiente despertó con luces naranjas y nubes azuladas. En un lugar normal, era el tipo de cielo que se veía durante las vacaciones de verano, en Hollow Hallows era con el que se recibía a los estudiantes que empezaban las clases dos semanas antes que en el resto del país (no solo por mantener costumbres, sino por las dos semanas sin clases de finales de octubre, durante las fiestas en honor a la fundación del pueblo).

Nada de eso consolaba a Caroline. Para ella el firmamento era oscuro, pero más oscuro era asistir a las clases. Hacía años, cuando sus padres aún querían escapar del pueblo, pensaron en enviarlas a una escuela lejos de allí, pero solo fue otro propósito roto.

No durmió y no quería levantarse de la cama. No era la primera vez que deseaba permanecer allí hasta que dejase de vivir, sin más, sumirse en un sueño profundo y eterno..., pero aquella vez tenía que ver con ir a la escuela, como cada año, al inicio de curso.

Su padre la obligó a ponerse en pie cogiéndola de la muñeca y sacándola de la cama, tirándola primero al suelo. No hubo ni un segundo de amabilidad o consuelo, todo eso era para su esposa y su hija desaparecido.

—¿No has visto como está tu madre? ¿Encima me tengo que encargar de ti

también, maldita holgazana?

La frase tuvo su efecto. La muchacha se fue a vestir. Su sufrimiento no importaba. Su madre estaba enferma, ella no, por eso jamás podía estar mal. Debía ser generosa, solo la mujer que la tuvo podía llevar la angustia a sus espaldas, ella no. Caroline debía ser fuerte y no molestar.

Por eso fue al baño, se puso su ropa sin más, cogió lo que necesitaba y salió por la puerta de su casa esperando que, al ir por en medio de la calle, alguien la atropellase antes de llegar a la escuela. Así terminaría con su congoja y dejaría a los demás la amargura que ambicionaban.

* * *

Garric despertó mareado. Su cuerpo le pesaba. Quiso mover una de manos, pero fue un esfuerzo titánico.

Sus ojos observaron la luz de la mañana entrando por la ventana, dándole de lleno. Debía levantarse, pero...

Pasó en ese estado varios minutos hasta que pudo volver a retorcerse. Sus dedos retozaron por su rostro y los miró al notar algo. Ese tono..., rojo oscuro. Posó de nuevo sus dedos y notó la sangre reseca. A un lado pudo contemplar varios trozos de la cerámica. Eran fragmentos de la lámpara rota; manchados de sangre. Recordó, poco a poco, como ligeros destellos, lo que pasó durante la noche.

Si el golpe hubiese sido más fuerte, a lo mejor no se hubiera llegado a despertar (tampoco le hubiese importado). Durante la inconsciencia sintió que lo ocurrido fue un sueño... No, más bien una pesadilla. Consiguió sentarse en el suelo, aunque notó náuseas, y quiso creer que lo que pasó fue una fantasía, que pese a haberse golpeado con la lámpara, la máquina de escribir no era real. «Mi padre escribía la nota de la escuela, de ahí vinieron todas esas... ilusiones», se mintió.

Pero al girar el rostro, intentando abrir bien los ojos pese a que la caspa de la sangre se lo impedía, vio que, sobre su lecho, seguía el monumento a la ficción: la máquina de escribir.

Llorando, gateó queriendo ir a la ducha; estaba sucio y asqueado. Intentaba ignorar lo que le rodeaba como un trozo de carne a punto de ser engullido. Consiguió ponerse en pie a la altura de una ventana. Sus ojos parpadearon, adaptándose a la luz y al mareo, pero no fue difícil ver que alguien estaba en el jardín.

Jacob Ellis, con su bastón, le vigilaba con cierto gesto de... ¿Satisfacción? Asintió con la cabeza, saludó con una mano, se giró y silbó una canción. ¿Terminó su «turno»?

Recordó las palabras del pastor sobre el pecado, Garric resistió, ¿con ayuda de aquel tipo? ¿Ese sacerdote le estuvo observando? Cerró los ojos y, al abrirlos..., ya no estaba. ¿Fue real?

Fue al servicio, pero antes usó todas las energías que le quedaban: ordenó a su padre que saliese de su escondrijo, se liberase de las ataduras y escondiese la máquina de escribir donde él no pudiese encontrarla. A cambio, como café por la mañana, su viejo pudo lamer toda la sangre que había en el suelo.

* * *

Seth fue el primero en llegar al colegio. No le gustaba, pero quería tener tiempo para leer algunos de los hechos que descubrió sobre Lamke y Odell, el Hijo de Tinta o, mejor dicho, el Asesino de Tinta. Tras imprimirlo, esperaba no toparse con ninguna de sus amigas que le acusasen de tener una cruzada particular contra ese idiota. Claro que tenía una cruzada, prefería eso a la puñalada que le podía lanzar ese lunático.

Decidió esperar entre la hierba alta, frente a la escuela, casi oculto, como uno de sus ídolos: Holden Caulfield. No deseaba tampoco toparse con Elliot y compañía, solo quería saber quién demonios era el psicópata que se convirtió en «amigo» del grupo por obra y gracia de Dawn. Seth tenía algún aprecio por su vida. Continuó con la lectura del archivo que se descargó e imprimió:

su pasión por las letras y querer ser elegidos como representantes de esta noble institución, anclada en la enseñanza de valores, demuestra nuestro compromiso.

Alan Lamke (Hartford, Connecticut, 1991) es el mejor estudiante de su promoción. A los servicios al Saint Thomas, se suman medallas en diversos premios de escritura como el Premio D. Yorke a Escritor Revelación en el año 2005, con tan solo catorce años. Esta joven promesa se disputa ahora representar al

No llegó al final del texto. No porque el viento se lo impidiese, sino porque vio varias sombras ante él. Levantó el rostro, allí estaban los impolutos hijos de Hollow Hallows: Elliot, Allison y los hermanos Ellis. Seth suspiró resignado, le vieron, ya no podía hacer otra cosa que decir:

—¿Empezamos ya...?

Así terminarían antes, pero no, duraron más. De nada servía huir o enfrentarse a un puñetazo de Elliot, a las repetidas patadas de Donald y Flint Ellis y los insultos y maldades de Allison Brooke. «Primera somanta de ostias del año, allá vamos...».

Un derechazo tumbó a Seth. Su hija acabó en las aguas de un cercano charco. Una patada en el costado le hizo considerar que existían sucesos peores.

* * *

Garric leía la carta escrita por su padre, acompañada de la documentación que podía hacer falta para inscribirlo en la escuela. Sin embargo, al temor de iniciar las clases, ahora se sumaban otros miedos como lo que le pudiese pasar a su padre en su ausencia o el hecho de que hubiesen colocado la máquina de escribir en su cuarto.

—Te has levantado temprano.

Dawn apareció en las escaleras, con su gesto despreocupado. Tenía unas zapatillas rojizas, unos vaqueros rotos y una camisa negra que colgaba de sus hombros y decía: «*Normal people scare me*». ¿En qué momento una niña alegre que amaba los colores brillantes como la que conoció hacía años se convertía en una adolescente equivalente a un barril de queroseno y una cerilla?

La mandíbula de Garric tembló, pero no se atrevió a decir nada. Dawn fue hasta la cocina y volvió con una manzana en sus manos. Señaló al huésped:

—Tengo una libreta y un bolígrafo para clase. ¿Quieres que te preste alguno?

—No-no-no-no-no, por-por-por-por fa-fa-favor.

No debía escribir. No podía escribir.

—¿Vamos a clase o te quedarás ahí sentado, pudriéndote, como tu padre?

Garric se delató en un par de gestos nerviosos (intentaba que su pelo no mostrase atisbo de la herida que se hizo con la lámpara). Se levantó y siguió a Dawn hasta la salida del Caserón Woods, para algo era su perrito faldero ¿no?

—¿Qué te pasa, Garric? Parece que no has pasado una buena noche...

No respondió. Cada palabra resonaba en su cabeza como el mazazo de las teclas de una máquina de escribir. Resistió el pecado, pero ¿a qué precio?

* * *

Emily Hownland ignoró como siempre a su sobrina, que volvía a clase. Por fin tendría alguna soledad en el Caserón, aunque la interrumpiría el Padre Hielo y el Hijito Tartaja (cuando volviera, llorase y no quisiera volver a clase). Padre Hielo e Hijito Tartaja, qué bueno, debía haber ya una serie de dibujos con ese nombre, seguro.

Ahora tenía preocupaciones más importantes que poder andar por la casa desnuda cuando quisiera; estaba la plaga de ratas que deseaban invadir el motel. Deseaba enviarlas a todas al pantano y darlas de comer a la naturaleza pútrida. Lo hubiera rezado cada noche si creyese en algo.

Esa mañana persiguió a una rata del tamaño de un gato. La bestia de pelaje roído trotaba por el pasillo y ella iba tras ella como su sombra. Corrió con un paño grueso con el que cogerla, envolverla y partirle el cuello. Era un método menos doloroso de morir que frente a algún veneno. «Esa cabrona ha tenido la oportunidad de caer en una trampa y prefiere huir. Ahora no puede elegir una forma fácil de ser aplastada»,

pensó. Sintió que tal vez la frase no se la decía a la rata, sino a sí misma.

Llegando al final del pasaje, la gran rata entró por una grieta de la pared hasta la habitación de los Odell, como un amante deseoso de penetrar a su querida. Ese tipo de actos no eran algo bueno, sin duda, para la fama (ya escasa) del Caserón Woods, pero ¿qué más daba? El pasado del motel era tan pésimo que una rata del tamaño de Mónaco no otorgaría nada peor a lo que ya portaban.

Esperó que John Odell siguiese paralizado como siempre. Tocó la puerta de todos modos. No quería entrar y ver a aquel degenerado haciendo algo extraño.

Aguardó, escuchando unos extraños sonidos antes del silencio. Nadie respondió.

Sus pensamientos estaban bien encauzados en cuanto a Odell.

Sacó la llave maestra y abrió.

Halló al padre en un pijama azul que dejaba entrever un cuerpo marchito, aunque sus piernas estaban tapadas por una sábana. Se hallaba sobre la cama, escudriñando la nada, los ojos temblorosos, sin parpadear ni un ápice. Lo único que movía un poco más era la boca, pero como si pasease su lengua por sus dientes. No se fijó en que la propietaria entró en la estancia.

Emily caminó por la habitación. Ni una huella de la rata. ¿Dónde se habría metido la madre puta de todos los ratones?

En el instante en que estuvo al lado de John, este giró lento su cara, la miró y siguió moviendo su boca, como si royese algo. La mujer se fijó en que algo bajo las sábanas, una mano se movía adelante y atrás, rápido y despacio, y la casera se marchó con un gesto de asco. «Sucio Odell, hijo la gran perra...».

—¡No me pagan lo suficiente para aguantar esta mierda! —soltó con ira, pero, sobre todo, con repugnancia. Dio un portazo.

«Si tantas ganas tiene de un meneo, espero que encuentre y se tire a esa rata... O no, ¡qué asco, híbridos de Odell y rata por todo el Caserón!».

Pero claro que Odell ya había cazado a la rata. Era su cabeza lo que mascaba con suma lentitud. La arrancó del cuerpo, que era lo que escondió bajo la manta para que nadie la viese. No se masturbaba, solo era un cadáver decapitado de una rata que se sacudía.

No mancharía nada de sangre. La sorbió toda cuando la descabezó... Viejas habilidades de depredador, preferibles al sexo y a tantos otros placeres.

Ahora continuaría con las patas, luego la cola, después el cuerpo... Y *mmmm*, tenía regalo: sabía a rata preñada. Era un buen desayuno para él.

* * *

Dawn atravesó con rapidez el campo que precedía a la escuela; acostumbrada al estrecho sendero del pantano, era sencillo. A cada paso, memoraba su pasado, desde el zorro muerto con el que se topó allí hasta la primera bofetada que recibió de

los impolutos hijos de Hollow Hallows.

—¿Cre-cre-cre-crees en el des-des-destino, Da-Da-Dawn?

La muchacha no dijo nada al principio, luego sí:

—Creo en que no deberías iniciar las frases por palabras como «crees». Te cuesta pronunciarlas, incluso más de lo normal.

Garric dejó caer su rostro, como era usual, una demostración más de su desaliento. Movía los dedos de sus manos con inquietud. Allí estaba, ante su adorada Dawn Hownland, y allí se agitaba sobre él el atávico miedo a escribir y que su vida se fuese por la borda.

Cuando se acercaron al final del camino, se escuchó la voz de alguien conocido. Caroline conversaba con alguien. Dawn sabía que solo podía ser con Seth.

—Podrían haberte arrancado la cabeza, no es para tanto...

Dawn se agachó para atarse una zapatilla. Garric vio que estaba atada, pero...

—Sigue, Garric, te espera el bautizo de sangre.

El joven continuó sin entender muy bien qué pasaba. Apartaba la hierba a cada paso sin saber cuál era el horizonte, los cañaverales o la estupidez se lo ocultaban.

—¿Ba-ba-ba-bauti-tizo de-de san...?

Un puñetazo tumbó a Garric. A la herida del cuello, el golpe de la nariz y la brecha en la cabeza se sumaba ahora una mandíbula chorreante de baba y sangre. Se tambaleó y cayó al suelo.

—Vaya, me gusta zurrarle a este hijo de perra —dijo una sonrisa siniestra—. Es como pegarle a un saco lleno de gatitos muertos.

Elliot estaba junto a Allison. Atrás, los hermanos Donald y Flint Ellis se encargaron de levantar y atrapar a Garric por los brazos.

—No te preocupes, forastero, esto solo ha sido la bienvenida —habló Elliot antes de darle dos puñetazos seguidos en el estómago a Garric. Le dejaron caer al suelo, jadeando.

Garric se llevó las manos a las heridas y se colocó en posición fetal, pero eso no le ayudaba.

—Ante cosas así solo te queda rezar, rezar por respirar —le dijo Donald a Garric—. ¿Cómo se te ocurre juntarte con los puñeteros confabuladores, forastero?

—Reza —ordenó Flint a Odell—. Reza a Hollow Hallows. Sabes que te mereces esto. ¿Quién vendría a Hollow Hallows sin rendir pleitesía salvo tú, idiota?

—No deis más explicaciones —dijo Allison Brooke, marchándose. Parecía una princesita para Odell, «¿dónde habrá una guillotina para iniciar la revolución?», pensó—. A la mierda no hay que darle ninguna explicación de porqué se la arroja a la basura.

Los cuatro se marcharon a la escuela. Dawn apareció entre la hierba alta aunque vio lo que pasó. ¿Por qué no le ayudó? Cerca estaba Caroline junto a un Seth con varios morados, él fue la primera víctima de ese curso.

—Eso era el bautizo de sangre —respondió Dawn y sonrió, pero Garric lloraba,

retorciéndose en la tierra.

Caroline no se compadeció, sintió grima por Odell. El daño hacía fuerte, el débil solo era alguien que no apreciaba su sabor.

—Menos llantina, Garric.

—Todos nosotros hemos pasado por eso —dijo Dawn, pero eso no consolaba a Garric. Así que dijo algo más—. Ya eres un confabulador.

—Ahora eres como nosotros —dijo Caroline.

—¡Ni una puta mierda! —ladró Seth y se fue.

Para Dagan, ser un confabulador no se regalaba con una tunda. Ellos eran más importantes que ese capullo, ¿qué les pasaba a Dawn y Caroline?

Al escuchar las palabras de su amiga de la infancia, Garric luchó contra la punzada que recorría sus heridas y entreabrió los ojos. Ideas fugaces volaron por su cabeza hasta que sonrió creyendo una locura: ¿y si Dawn le llevó hasta allí para propiciar el bautizo y por eso se quedó atrás haciendo un nudo a unas zapatillas ya atadas? ¿Y si...?

—¿Hi-hi-hiciste-teis que-que-que me-me die-die-dieran la-la-la-la pa-pa-paliza?
Nadie respondió. Garric temió que el silencio fuese la contestación.

* * *

Desde la pequeña torre saliente del tejado del colegio Hallington, un cerdo sobre dos patas fue testigo del grotesco espectáculo. El maestro e historiador de Hollow Hallows, Calvin Blackmouth, esperaba algún golpazo más para el artífice del fin del mundo, pero no, no hubo más.

Estaba bien. No pasaba nada. Ya estaba él, gran inquisidor, preparando los propios y si por algo le conocían era por su puño de hierro.

—Escribiremos nuestra propia historia —dijo y su sonrisa apareció en la grasa.
Claro que la escribirían, aunque fuese un capítulo final.

* * *

No muy lejos de allí, estaba el mayor misterio: un forastero del que nadie se percató, algo que nunca ocurrió en el pueblo hasta entonces.

Yacía vigilando lo que sucedía, preparando sus próximas acciones, hasta entonces el pantano sería su hogar secreto. Solo fue recibido por Huargo, que se dejó acariciar por una mano reducida a un esqueleto. Para el perro vagabundo, era como si conociese al peregrino de toda la vida. Tal vez, porque así era.

CAPÍTULO 15

Un largo corredor antes de la muerte, así podría describirse la vida o la escuela Hallington. Las paredes grises sangraban cuadros de hombres y mujeres de mirada severa, que vigilaban a los adolescentes que iban hasta el aula. Para Garric, acostumbrado a la falsa modernidad del Saint Thomas, la academia de Hollow Hallows le conducía de una patada al siglo XVIII; los barrotes de las ventanas, solo por dar un apunte de cómo llegó a tal conclusión, le recordaban más bien a una prisión para los treinta alumnos. Sin duda, no querían que escapasen de la lobotomización y es que eso era la educación en ese lugar maldito. El muchacho no tardaría en aprenderlo.

La clase era una amplia estancia adornada con pupitres arcaicos, amparados, a su vez, por estanterías repletas de libros cuyo año de edición hacía décadas que se olvidó. En las paredes, mapas que solo incluían Hollow Hallows.

Tras el cristal de un mueble, una invasión de animales, cada uno de ellos disecados, con ojos de cristal y gestos perdidos, desde gatos hasta lechuzas. Era un culto a las ideas de Hollow Hallows: al linaje conservado en lo antiguo.

Garric le entregó la carta de su padre al profesor Calvin Blackmouth, que la recogió con una mirada inquisitiva, sin dar importancia a los hematomas del novato. Claro que, para entonces, el anciano gordo, que vestía como si hubiese escapado de la época victoriana, ya sabía quién era Garric Odell.

—Mi-mi-mi...

—No hagas escalas musicales, tartamudo. —Revisó la carta—. Bien, aceptado quedas, pero advertencia: esta vez no mates a nadie. Ya sabemos lo que pasó hace un tiempo, ¿no? ¿Eh? Claro que sí, claro que lo sabes.

Blackmouth sonrió de la misma forma en que lo haría una serpiente. Colocó sus lentes de media luna para observar mejor la reacción de su víctima: temblaba, pese a que intentaba que nadie lo notase. Una pequeña hebra de sudor resbaló por su frente. ¿Cómo el profesor sabía lo que ocurrió en el Saint Thomas?

Garric fue en busca de un sitio que ocupar, como si eso fuera a ayudarlo. Miró a su alrededor. Seth tenía un asiento al final, en la esquina derecha, y Dawn en la izquierda. Dilucidaba la posibilidad de quedarse entre ambos (aunque dos escolares se imponían entre ellos), pero de pronto algo le atizó en la cabeza.

Los alumnos se unieron en una risa que para Garric resultó siniestra, incluso Seth pareció sonreír.

El joven estornudó, se giró y observó, entre una pequeña nube de polvo, lo que impactó con él. Era un borrador. El profesor se lo lanzó como forma de llamarle la atención.

—Los confabuladores no perpetrarán traiciones en esta noble academia —dijo el maestro tras leer sus intenciones. Señaló un asiento en primera fila, en la esquina derecha. En la izquierda, estaba Caroline, con un pequeño corte en el labio (¿alguna muestra de violencia de Elliot y compañía?).

Garric se percató con premura de que Dawn, Seth y Caroline estaban separados los uno de los otros, cada uno en un rincón, como ¿medida de seguridad?

Siguiendo las instrucciones de aquel cerdo, Garric tomó asiento frente a una mesa polvorienta. Miró a un lado y otro, con la mancha de tiza todavía en sus cabellos. Quería consolarse creyendo que los estudiantes parecían tener entre catorce y dieciséis años, más o menos, porque eso significaba una ilusión: Hollow Hallows no tenía niños y perecería.

En cambio, el profesor parecía dispuesto a proseguir con su diversión.

—Empezamos un nuevo curso en la enseñanza del único baluarte de la humanidad: Hollow Hallows. Y abrimos la veda con nuestra última adquisición: el tartamudo.

Elliot y los suyos no tardaron en soltar una carcajada, lo que se convirtió en una oleada de risas solo rotas por Dawn y Caroline; Seth no se reía, pero no estaba en contra de que le ajustasen las cuentas al psicópata («aunque a lo mejor solo nos estamos ganando que ese tipo nos mate antes... Qué bien, vaya...», pensaba).

—Comprobemos los conocimientos del tartamudo —dijo Calvin Blackmouth señalando a Garric (estaba claro que su nombre sería a partir de ahora el Tartamudo). El chico se mareó—. En pie.

—Pe-pe-pero...

—En pie, he dicho —recalcó con firmeza. Una gota de saliva resbaló por sus labios hinchados—. Hay muchas verdades en este mundo: Hollow Hallows es grande, Alfred Hallington es nuestro mesías y, cuando digo algo, es una orden y tú obedeces. Aprende eso, burro.

Las piernas del recién llegaron flaquearon mientras se levantaba, tuvo que apoyarse en la mesa. Movi6 la silla hacia atrás, produciendo un estruendo en el suelo de madera, que siempre chillaba (¿o eran recuerdos de los gritos de anteriores estudiantes o, mejor dicho, víctimas?).

—No hagas ruido con tu asiento, ¿quién te crees que eres, Tartamudo? —Y por si no lo tenía claro, el maestro se lo aclaró—: Tartamudo, aquí eres menos que polvo.

Las arcadas treparon por la garganta de Odell. A su alrededor, solo veía las caras demoníacas de los otros alumnos. Caroline permanecía como un destello, pero no parecía real. ¿Y Dawn? No quería girarse, ¿qué le diría Calvin Blackmouth si se atrevía a hacerlo?

—Ahora, responde, Tartamudo —dijo Blackmouth. Su voz reverberaba, como venida del abismo. Añadió—: y por tu bien, responde de la manera correcta.

Odell era inteligente, aprobaba bien en Saint Thomas; incluso erraba alguna respuesta en los exámenes para no destacar tanto, pero a cada frase de esa bola de

grasa marchita dudaba de lo que aprendió durante su vida, ahora se veía como un ignorante. ¿Cómo podría llegar a responder aunque supiese la contestación correcta?

—¿Quién fue Alfred Hallington? Lugar de nacimiento, fecha, biografía breve... Empieza.

Garric no conocía nada de Alfred Hallington salvo que era el nombre de la caverna infernal en la que se hallaba ahora.

—No-no-no lo-lo sé...

Un silencio imperó en ese instante; una mosca cayendo muerta hubiese retumbado como un camión volcando en la carretera. Los muchachos aguardaban con ansiedad lo que diría el profesor, que se limitó a gruñir.

—Es nuevo... —escupió—. Demostremos la célebre amabilidad y cortesía de Hollow Hallows. Démosle otra oportunidad... —Se colocó bien sus anteojos—. ¿Quiénes fueron los confabuladores y qué terrible crimen cometieron, ese por el que aún pagan, como debe ser, sus pútridos descendientes? —preguntó y masacró con su mirada, pequeña y bizca, a las esquinas de la clase: Dawn, Seth y Caroline.

Si bien Garric escuchó hablar de los confabuladores a Dawn, no pensaba que fueran algo más que un simple mote para la pandilla. De todas formas, estaba tan aterrorizado que poco hubiese importado que lo hubiera sabido, pues no tenía ninguna palabra que dejar escapar salvo un:

—No-no-no...

La reacción del alumnado no fue la risa, sino la sorpresa. Muchos de ellos permanecieron boquiabiertos, ¿cómo alguien osaba a no saber nada sobre la magna afrenta de Hollow Hallows? ¿Cómo era posible que aquel desgraciado osase a tal ignorancia y continuase respirando?

—Repite —gruñó Blackmouth—, no te entiendo.

Claro que entendía.

—No-no-no...

Blackmouth no perdió la aparente calma y dijo:

—La ignorancia es más pestilente que una mofeta putrefacta.

«Y, sin duda, por su aliento y su apellido, el maestro comió muchas mofetas putrefactas», se dijo para sí Seth, aunque espantó esas palabras de su mente. No podía defender tampoco a un tipo como Odell.

Garric iba a sentarse, dando por terminada su ejecución pública. Grave error, el profesor aún quería arrancarle la cabeza y enseñarla a toda la plaza, como un trofeo, así que le fulminó con un grito:

—¿QUÉ TE CREES QUE HACES? —Garric se quedó helado—. ¡No te sientas hasta que yo te dé permiso! —Su puño hizo retumbar la mesa—. ¿Vienes aquí portando el estandarte de la soberbia y te crees capaz de hundir su asta en el cuello de cada uno de nosotros? —Sus perdigones acribillaron las sombras—. No, pequeño... No, Tartamudo. —Respiró con profundidad, como un toro que se prepara antes de salir corriendo. Su vista se fijó en algo del piso—. ¡Coge ese borrador y tráemelo! ¡Sé

útil por una vez en tu miserable existencia!

El joven obedeció, ¿le quedaba otra opción? Se agachó para coger el borrador.

Flint Ellis, que estaba cerca, le dio un puntapié en el trasero y lo arrojó de cara contra el borrador.

Odell estornudó y lloriqueó por el polvo de tiza, así el entretenimiento comenzaba de nuevo para los hijos de Hollow Hallows.

Calvin Blackmouth ignoró lo que quiso y solo se centró en un aspecto:

—Te he dicho que me traigas el borrador, Tartamudo. ¿Tardas tanto o eres también sordo o qué te pasa? ¿Has olvidado que alguna vez el mundo tuvo alguna esperanza en ti?

Odell se arrastró por el piso, moqueando por la alergia. Notó pinchazos, algunas astillas del suelo de madera se clavaban en sus manos. Avanzaba, pero creía que incluso Huargo no habría sufrido humillaciones como la que estaba él malviviendo en carnes propias.

Los confabuladores observaban al patético novato, como si fuera un animal asustado, devolviendo un palo a un dueño que le pega; más bien parecía un gusano («porque lo es», pensó alguno de los estudiantes). En cambio, Dawn consideraba que el bautizo de sangre continuaba de la forma prevista («si sigue así, se parecerá más a nosotros») y Caroline sintió algo semejante a la lástima al ver a Garric arrodillándose cuando estuvo a salvo de las patadas.

El nuevo tendió el borrador a Blackmouth, que le miraba sin inclinar el rostro porque era superior al resto. En un gesto de completa sumisión, Odell cogió el borrador por la parte de la esponja pálida, entregándolo por el mango al profesor; para él la porquería y para el mentor lo digno (no debía ensuciarle las manos a Calvin Blackmouth o enfurecería aún más y le castigaría). Temía lo que podía hacerle aquel hombre, pero también sentía pavor a lo que él podía hacerle al profesor si se hallaba fuera de sí. Le recordaba a su padre cuando estaba sano.

El responsable de la academia cogió el borrador e hizo un gesto con la otra mano para que el nuevo se pusiera recto.

—Ponte erguido, no como un mono, bolsa de babas —dijo—. Te voy a enseñar una importante lección: ¿sabes qué poseemos todos los habitantes de Hollow Hallows, Tartamudo?

Para entonces, Odell ya estaba horrorizado ante cualquier pregunta que le formulase Calvin Blackmouth. Si no respondía, ¿sería clemente aquel monstruo? No, sería peor. Debía replicar algo.

—No-no... ¡Agh!

Las palabras se rompieron en una tos y una asfixia terrible. Aprovechando que Garric hablaba, el profesor le cogió por la cabeza, lo empujó y le metió el borrador en la boca. El chico tosía y sangraba, enloquecido, pero Blackmouth no perdió la calma a la vez que retrocedía para admirar su «método de enseñanza». Ahora venía la segunda parte: tomó por las greñas al novato y lo arrastró por el piso, dejándolo

frente a un ropero que acompañaba a la pizarra. Las puertas del mueble eran de cristal y permitían vislumbrar varios objetos iguales, aunque algunos estuviesen en tarros de... ¿Formol? ¿Como abortos desgraciados? ¿Qué...?

—Todos los habitantes de Hollow Hallows poseemos algo: un motivo para ser lo que somos y tú te estás ganando las orejas para ser un burro. —Garric intentaba comprender lo que veía en los botes, pero era incapaz. Las lágrimas hacían arder su rostro. Se ahogaba como su madre en la etapa terminal del cáncer—. ¿Sabes quién era Yocasta Dickson? —No contestó, no podía ni se atrevía—. ¿Lo sabes? —El profesor no le dejaría en paz, pero quizás...—. ¡No olvides la primera lección! ¡Si te pregunto, respondes!

Garric creía que iba a vomitar sus pulmones y escupir los ojos de sus cuencas, que saldrían con el torrente de su llanto. Sus fauces, blancas por el polvo de tiza, liberaron el borrador, adornado de rojo. Los restos de aquella nieve de fuego envolvían su rostro, haciéndole llorar de dolor. No podía respirar, porque la tiza quemaba sus pulmones, como si estuviesen a punto de explotarle. Se mantuvo frente a aquella estantería de cristal donde veía, entre sombras, un monstruo lamentable que..., era él. Entre las lágrimas le pareció ver que el mueble estaba plagado de..., orejas de burro. Reales.

—Nog...

Más vómito, más sufrimiento, espasmos, la garganta sangrante... No contemplaba ninguna manera de escapar.

Calvin Blackmouth habló con parsimonia, como si diese una lección a un niño idiota:

—Yocasta Dickson era estúpida. Hemos tenido auténticos subnormales aquí, hijos de mala raza, vergüenza para Hollow Hallows, pero Dickson era el paradigma de todos ellos: si el retraso y la miseria tienen una hija, ya sabemos su nombre.

»Pese a mis arduos empeños por ilustrarla, erraba muchas preguntas y no mejoraba en absolutamente nada y, cuando quiero decir en nada, es que no podía ni atarse los zapatos o sonarse la nariz cuando las venas de los mocos colgaban por ella. Era como un cachorro de gato malformado. —Y señaló uno, en el frasco verdoso de la esquina. Era un minino con tres rostros en una sola cabeza. Una expresión de horror envolvía las tres bocas de pequeños colmillos y el único ojo, que recordaba al de un cefalópodo. Garric no pudo verlo con claridad, pero imaginarlo fue peor aún—. La naturaleza hubiese tenido más clemencia si la hubiera asfixiado al nacer, pero Hollow Hallows a veces es más amable que la vida y lo fue para Yocasta Dickson. Por eso, decidí, de acuerdo a sus padres, recordarle lo que era y que ella tomase una elección para cambiar, un esfuerzo que la hiciera superarse.

»Su madre y su padre la ataron a una cama, yo llegué con hilo y aguja. Entre los tres y ante la mirada de toda aquella promoción de discípulos, cosí unas orejas de burro en su cabeza. Todo un cuadro. Le causó tal horror que gritó y gritó hasta arrojar sangre por su boca. Vaya, qué espectáculo más pueril, típico de Yocasta Dickson.

Luego, se asfixió y murió.

»Oh, sí, sin duda, mis enseñanzas fueron correctas porque..., se superó. ¿Y sabes qué, Tartamudo? Tú me recuerdas a ella, pero soy viejo y doy más oportunidades: ahora, limpia esto con esa chaqueta que llevas. No eres merecedor de tocar nada nuestro, ni siquiera una escoba, con tus pestilentes manos y deseo que pienses en todo lo que hoy te he enseñado.

»Oh, Tartamudo, no temas, por supuesto que aprenderás la lección o iré a por aguja e hilo.

Aquel monologo resonaba en los oídos de Garric, pese a que sus pulmones renunciaban a funcionar. Cada sílaba amenazaba con hacer que la sangre se derramase por sus orejas. Quiso librarse de aquella sensación, pero su cuerpo no huía de la asfixia.

Llegado el final del discurso, no pudo respirar más. Quiso reponerse, pero una regla, blandida por Calvin Blackmouth, cortó su espalda y le hizo alcanzar el suelo con sus rodillas. A continuación se derrumbó a un lado, ahogándose en un mar invisible. Se quedó sobre la madera, retorciéndose como una rata descabezada.

—Oh, vaya, qué porquería de novato nos ha tocado, no aguanta nada —juzgó Blackmouth con el mismo tono que le dedicaría a una de las criaturas deformes—. Tú, confabuladora —le dijo a Caroline, señalándola con la regla—, limpia el estropicio. —Caroline se puso de pie y fue en busca de un trapo—. Tú, confabulador —ordenó a Seth—, saca a esta bolsa de basura de aquí. —Dagan no parecía de acuerdo en ello, pero fue hacia Garric. No quería acabar como él—. Tú, confabuladora —se dirigió a Dawn—, ve al señor Shaxon, quizás tenga que ir cogiendo medidas para un nuevo ataúd.

Garric no escuchaba nada ya, ni tan solo los pasos de Dawn o alguno de los confabuladores. Nada. Su cabeza parecía que iba a estallar, quemando sus sesos, hirviendo su cráneo... Veía sombras borrosas y su cuerpo se estremecía, pero sus ojos ya no luchaban por mantenerse abiertos.

El polvo blanco cubría su cara, que se volvía rojiza como un cielo infernal, y el aire no entraba ni salía de él. El sudor resbalaba cálido como el ácido, intentaba escapar de aquella sensación abrasadora y monstruosa, quería...

Dejó de luchar.

Cerró los ojos y su cuerpo quedó inerte.

En la penumbra creyó ver una máquina de escribir, luego una hoja de papel llegando a su final y una última frase:

Y así, Garric Odell murió. ¿Fin?

—¡Traaaaaanquilo, equeño burro! Ioiiiiiii, ioiiiiiii, ioiiiiiiiiiiii... Haz como los pequeños burros, ioiiiiiiiiiiii, ioiiiiiiiiiiii, ioiiiiiiiiiiii... A mí me enseñaron a hacerlo muy bien. Ioiiiiiiiiiiii, ioiiiiiiiiiiiiiiiiiiii, ioiiiiiiiiiiii... ¿Por qué tan pálido? ¡Traaaaaaaaaanquilo, asnooooo! ¡No serás el primero que mueras aquí!

La voz era de una niña. Garric creyó verla. Tendría apenas ocho años, un vestido

remendado, un cuerpo que se inclinaba a un lado, un rostro redondo y deforme por la zona de la frente, la misma por donde resbalaba la sangre. Y es que encima de sus cabellos negros crecían dos monstruosas orejas de burro.

Odell contempló un esqueleto en el espacio entre las tablas de madera del suelo de la clase.

Luego, no vio más.

CAPÍTULO 16

Colmada de sueños empeñados en papel, poseedora de una luz pálida y un deseo de yacer allí para siempre, así era la biblioteca de su madre. Pero ¿cómo llegó él hasta ese lugar?

Garric Odell vagó por pasillos que recordaba, aunque faltaban fragmentos. En un momento estaba en la zona de las mesas, en otro en la segunda planta junto a las columnas de corte clásico, pero las escaleras de caracol no existían... La sensación de sueño imperaba, pero no conocía el motivo para no estar allí. Al fin y al cabo, ¿no fue Borges el que dijo que siempre imaginó que el paraíso debía ser algún tipo de biblioteca?

—No deberías tenerle tanto miedo a esa anticuada máquina de escribir.

La frase silbó en Garric.

Estaba sentado ante una silla ante una enorme mesa en la que se encontraba la dichosa tejedora de sueños. Al verla, se puso en pie y cayó a un lado, horrorizado. El terror se apoderaba de él con tan solo ver el artefacto, el mismo que vio sobre la cama de su habitación en el Caserón Woods.

—No eras tan cobarde cuando escribías.

Recordó una película que odiaba: *El desayuno desnudo*, basada en la obra de William Burroughs que adoraba su padre. Trataba sobre un escritor desquiciado que asesina a su mujer y se pierde en insólitos delirios. Cuando miraba a su máquina de escribir, en vez de ver un montón de letras y metal, lo que observaba era..., un putrefacto y enorme insecto similar a un escarabajo, cuya mandíbula se rompía en el teclado. Era asqueroso. Garric vio ese film de niño, de forma accidental, y sintió tal repulsión y fascinación por la bestia que se pasó los siguientes años sin ver películas, pero sí escribiendo sin falta. No quería que su máquina de escribir (o su ordenador) se convirtiesen en un insecto babeante. E incluso sin ser así, la que se encontraba sobre la mesa le producía el mismo asco.

—Puedes escribir en ella. No te va a devorar, al menos no de la forma literal... Sí, la «forma literal» en la que piensas desde hace un tiempo... Las metáforas dan la vida.

Su madre le sonrió. ¿Viva? Imposible. ¿Por qué consideraba que era ella si quiera? Por su voz, pero su rostro... No, no era ella. No como la recordaba, para recordarla como la veía ahora él debería haber sido uno de los gusanos que se comió su cadáver, aunque esa idea se le antojó a algo cercano a lo que es un hijo para su madre.

Las lágrimas de Odell empañaron sus ojos al contemplar solo una calavera gris vomitando muerte, con la peluca que utilizaba cuando el cáncer avanzó, con las ropas de siempre, pero un esqueleto, sin restos de piel, solo advertencias de la putrefacción.

¿Era su madre o solo la Muerte disfrazada de ella, jugando con él (acaso no era eso la vida, el juego de la parca)?

—No-no-no pue-puedo vol-vol-volver a es-esc-escri-bir...

La mandíbula de la calavera se abrió de par en par, como si soltase una carcajada. Una especie de cacareo emanó de ella, como un crujido en una puerta rota.

—¡Tu vida es escribir!

El hijo apretó los dientes y escupió las palabras.

—Mi-mi-mi vi-vida es... res-res-respirar...

—¡Vaya vida más anodina! —replicó sin dejarle reponerse—. Las existencias monótonas e insatisfactorias no merecen la pena de considerarse «existencias». ¿Sabes cómo acabar con ese aburrimiento? Por supuesto que lo sabes, pero te lo recordaré... ¡Las palabras serían la solución!

El muchacho estalló en un aullido:

—¡Hi-hi-hice ac-ac-actos te-terri-bles esc-escribi-en-endo...!

Su madre calló. Permaneció allí, mostrando su cráneo roído, carcomido por el tiempo. Era una visión espeluznante e imposible, pero poder hablar con el cadáver de su madre era algo que para Garric significaba más de lo que podía imaginar.

—Todos cometemos actos terribles, pero solo algunos son maravillosos en su maldad y salvación, y son aquellos creados a través del arte, como lo es el acto milagroso de escribir.

—No-no-no... Por-por fa-fav-favor, no-no...

La angustia conquistó el espíritu de Garric.

—Hijo, estás haciendo perder el tiempo a los lectores con ese tartamudeo. Tú no eres así. Lo sabes.

Su madre no lo dijo. Fue alguien al lado de ella, otro esqueleto aunque este similar al intruso que se hospedaba en ¿Hollow Hallows? (¿qué era Hollow... Hallows?). Garric estaba confuso, pero el otro hombre era... Sí, era él. Su padre, apenas un saco de piel repleto de huesos, poseía un aspecto animado (incluso dejaba escapar algún gusano por su nariz). Su voz atronadora fue como recibir múltiples bofetadas en cada sílaba. El desconcierto se adueñó del joven.

—Desesperas a los lectores con tanta sílaba repetida, ¿lo sabes?

—¿Lec-lec-lectores?

Las garras de John se entrelazaron en un gesto de tranquilidad que abría una fuente de palabras:

—¿No te das cuenta aún de que esto es una historia? Buenos o malos, cada día que vivimos es un capítulo y cada año una nueva parte para una obra completa que es nuestra vida, interconectada con las novelas que son las vidas de los demás y con el gran libro del que cada uno de nosotros formamos parte: la vida y los misterios que encierra.

»Sin duda, ahora mismo un lector recorre estas palabras esperando hallar sentido a los desvaríos de tus días. Existe un creador inmisericorde y un lector esperanzado; a

lo mejor ambos son escritos por otros entes sin que lo sepan. Tal vez, pertenecemos a una gran historia compuesta de muchas otras que se escriben entre sí, sin cesar, hasta el fin del tiempo, más allá del punto final. Puede que todas nuestras historias sean solo puntos y aparte de algo más. Yo lo imagino así, por eso hay días en los que meneo la mano y digo: “hola, lector. Sé que me lees. ¿Alguien te estará leyendo a ti?”. Me gustan las dudas, porque me gusta imaginar las respuestas, por eso escribo. Sé que tú también lo sientes, que tú también deseas, ambicionas con toda tu alma ser un pequeño dios de la pluma que guarda la fantasía en papel.

»Cada vez que alguien nace es un nuevo personaje de un *magnum opus* cuyo final queda lejos. Somos una historia interminable. Desde que respiras por primera vez, eres un relato que espera alguna vez ser contado. Por eso, debemos representar a grandes e inolvidables personajes a la par que concebimos con nuestro arte otros que seguirán aumentando la ficción de la realidad. Créeme, por algo me llamaban Tinta y a ti el Hijo de Tinta. ¿Por qué renegar de nuestra esencia?

—Creo saber por qué lo hace —dijo la cadavérica esposa—. ¿Por manchar las manos con excusas que no llevaban a ningún lado? ¿Por asesinar a algo más que personajes, dejando brotar la tinta más antigua del universo: la sangre?

John Odell acarició los huesos de los dedos de su mujer y dijo con amor:

—Cariño, te quiero tanto, que me gustaría matarte de nuevo, pero deja antes encargarme de mi hijo.

Garric deseó irse de allí, pero no podía. No estaba paralizado por sí mismo, sino por lo que le rodeaba; sus manos no se movían ni un centímetro. Los apoyabrazos extendieron tentáculos de madera que rodearon sus muñecas, apretando cada vez más y más; les romperían las manos si se movía.

El miedo se apoderó del joven ni siquiera la imagen de los libros podía calmarle, debido a que allí estaban sus padres muertos, la máquina de escribir y el terror volver a teclear algo: horror acompañado de sufrimiento, sangrando pánico.

—He-he-he-he hecho mucho-cho mal es-escri...

Su padre le detuvo alzando su mano.

—Escribiendo —completó—. No te avergüences de la palabra que define el acto que comenzó la historia de la humanidad.

El hijo se mostró cabizbajo ante los esqueletos parlantes de sus padres.

—Nos mató con sus palabras —gruñó un hombre gordo.

El inmenso sapo apareció tras sus padres. Estaba acompañado de otro individuo, con anteojos redondos, y docenas de jóvenes, ocultos con uniformes del Saint Thomas, que se identificaron pese a la suciedad. Cada uno de ellos permanecía quemado, mutilado y con restos de las profundidades del río donde cayeron sus cuerpos junto al autobús. Olían a carne podrida, sembraban el suelo con un charco de aguas negras y algunos dejaban ver entre sus costillas pequeños renacuajos deseosos de emerger. «La muerte siempre quiere escapar», pensó Garric, que notaba algo que quería negar: se perdía a sí mismo.

—¿Quién les ha dado vela a esos en este entierro? —preguntó Sophie Odell, rechistando—. No, «entierro» no, esto no es un entierro. ¡Hoy no vamos a enterrar a nadie! Mmmm... Salvo a nuestro hijo si sigue comportándose como un idiota.

Los ojos de Garric estaban iluminados por las lágrimas.

—Ma-ma-ma-ma-madre... Tie-tienen ra-ra-razón...

John emitió un gruñido:

—Dar la razón a los muertos es solo un gesto de debilidad —se pronunció con serenidad—. La vida es para los vivos y no hay nada más vivo que un creador como tú, hijo, o acaso ¿renuncias a tu existencia y tu don?

»Si te unes a los muertos en vida, no impediremos que tus amigos muertos vengan a por ti. Por supuesto, si quieres un dato más, un argumento que se desarrollará inexorable: les complacería desmembrarte de forma lenta, dolorosa y terrible.

—Nos encantaría, en efecto —dijo el hombre de las gafas, el profesor Adolf Whitman. Su cabeza yacía en sus manos, resultó decapitado durante el accidente—. Estamos ansiosos de arrancarle las alas a esa mosca... Ñam, ñam, ñam.

—Disculpa sus modales, hijo —le habló John a Garric—. Matar a seres vivos nos abre el apetito a los muertos. Espero que tú tardes en comprenderlo.

Garric no escuchaba, seguía rezando.

—No-no-no de-debo escri...

Sophie Odell prorrumpió casi en un chillido:

—¿Cuándo fue el aciago día en que parí a un saco de mierda pusilánime en vez de a un hijo con las agallas que hay que tener? —soltó, rasgando la mesa con su puño derecho. Perdió el dedo anular—. Si no me dejé matar antes fue porque esperaba que tú, hijo, cambiases. Naciste siendo un amasijo de huesos y carne que salió de culo. Siempre fuiste débil, pero esperaba que te transformases en un hombre de verdad. No viví lo suficiente para ver ese proceso... Ahora, en mi muerte, ¿no hallaré tal metamorfosis en ti jamás? ¿Tus huesos temblarán cuando la muerte arranque la piel de ellos o te mantendrás de piedra cuando el fin llegue? ¿No habrá metamorfosis?

El chillido ensordeció a Garric, que musitó con fragilidad:

—No-no-no so-soy Gre-Gre-gregor Sam-samsa...

Las manos de Odell se agitaban, incluso estando atadas a los grilletes. ¿Cómo escaparía? No tenía ni la más remota idea. Miraba a los libros a su alrededor, ¿alguno escondería la respuesta? ¿Los que estaban ante su madre? Solo la visión de la literatura le hacía respirar, pero allí se hallaban sus padres muertos y los asesinados del Saint Thomas, excepto... Sintió arcadas, la ausencia de uno le mataba.

Faltaba el más importante.

No podía ser, debía estar muerto. Entonces ¿por qué no se encontraba allí, con el resto de los fallecidos?

Odell negó. Estaba equivocado, quería imponer orden a una fantasía (todos mis muertos están aquí, si él no está es porque se encuentra vivo). No podía llevar a cabo

aquella lógica de la ficción, eso solo se hacía ante..., algo que temía más que al hombre ausente: la máquina de escribir.

—No, no eres Gregor Samsa, no te asemejas a un personaje de Kafka. Pareces más bien uno de esos personajes de los *penny dreadful* y demás basura sensacionalista: el *Asesino de Tinta*, el *Hijo de Tinta*, el *Escritor Asesino*. Qué nobles títulos para un solo libro, digno de ser regalado como hojas del papel higiénico.

No lo dijeron los Odell.

Tampoco los muertos del Saint Thomas.

Lo dijo alguien con una autoridad que les envenenó con escalofríos.

Al verlo, sentado a su lado, Garric no pudo obviar las quemaduras, engalanadas con las huellas de la caída y el hacha que atravesaba la cabeza. Era Alan Lamke. Garric suspiró, al menos sabía que Lamke estaba muerto.

—No sigas por ese camino. Quieto, amigo, tampoco te apacigües tanto —advirtió Alan, sonriendo, aunque el mango del hacha le ocultaba parte la cara, dividiéndola en tres. La boca, pese a las quemaduras, parecía intacta en comparación con la parte derecha e izquierda: separadas, quebradas, por el impacto del hacha. La derecha se hallaba desfigurada al completo, la otra permanecía con varios huesos fuera. Lamke se antojaba como un muñeco con el rostro destrozado y vuelto a construir a partir de un grotesco arte—. Siempre te he leído como un libro bien abierto, Odell, aunque, si me lo permites, debo decir que no eres un libro excelente, eres más bien mezquino y digno de dársele a comer a los cerdos (o lo que es lo mismo, la crítica).

»Desde tus días de mosquita muerta del Saint Thomas hasta tus noches ocultándote en Hollow Hallows, sé todo de ti. Piensas que toda esta porquería que traes entre tus manos te saldrá bien porque estás viendo muertos y en el mundo real ellos no pueden hacerte nada. Sentías cierta inquietud por no verme. Dudabas: “¿y si Alan Lamke está vivo? ¿Y si sobrevivió? ¿Y si...?”. Pensabas tanto en mí que podrías masturbarte con mi cadáver como musa... Vamos, pillín, ambos sabemos la verdad.

—¿Se masturba pensando en muertos? —preguntó Sophie Odell—. ¡Eso es aún más guarro que lo que hiciste en la piscina, Garric! ¡He parido un necrófilo!

—Calma, Sophie —intervino John con tranquilidad—. Solo es un amor incomprendido. Nuestro hijo solo experimenta una fase. Luego ya violará los cadáveres. Cuestión de tiempo. No sintamos vergüenza de...

Si Garric hubiera podido tocarse el pelo, se lo hubiera arrancado con las manos en ese momento, pues tal era su desasosiego.

—No-no-no eres re-re-real... ¡No so-sois rea-reales!

Alan Lamke se echó a reír. Sacó de su chaqueta de cuero un paquete de cigarrillos *Blackest Sun*. Lanzó un poco de aire de su boca y, como si fuese un dragón, el pitillo encendió. Buscaba algo de tiempo para encontrar las palabras más hirientes.

—Los personajes acaban siendo reales, nosotros lo somos, Odell. Todo escritor conjura una arcaica magia a través de las palabras y crea vida para gente que nunca

existió; si los alquimistas de la tinta son buenos, esos personajes no tardan en acabar respirando por ellos mismos. Entonces, estos hijos de Frankenstein ruegan por el soplo de la vida de Prometeo y así nacen ellos y surgen los grandes autores.

»Pequeña sabandija, estamos en tu mente, pero no por eso somos ficción. Aprende esta enseñanza. Puede que no despiertes y te quedas muerto, en cuyo caso te joderemos. Puede que despiertes, en cuyo caso ya morirás y te joderemos. Puede que levantes y sigas tu vida, y créeme, los muertos aun así tenemos muchas formas de joderte. Y para redondear este sentido monologo sobre joder, pequeño Garric Odell, debería decirte que quizás no estamos muertos. Tal vez yo te estoy esperando. Tal vez te vigilo desde ese pantano tan bonito que tienes detrás del motel donde te hospedas. Así que no impongas orden a mi caos de ficción. Esa zorrita de Dawn no te ha dado soluciones, pero yo tengo esta hacha y créeme, amigo, da muchas respuestas.

Una nube de humo negro escapó de los numerosos agujeros del rostro de Lamke. El cigarrillo se convirtió en cenizas que se dispersaron con la brisa.

El muerto acarició con cariño la hoja del hacha, clavada en su cráneo. Oxidada y con sangre reseca, pero incluso así, la arma que le mató era su mejor amiga.

—¿Permitirás que este tipo con la cabeza partida te joda, Garric? ¿Permitirás que te horrorice? —le preguntó su padre, rebosante de rabia—. Has nacido para escribir, idiota. Es tu única arma contra la muerte, ¡el arte otorga la inmortalidad!

Garric lloró con más fuerza, pero Lamke rio.

—Señor Odell, pedazo de cabrón con cara de mierda vomitada —dijo Alan—, permita que le diga con todo el respeto del mundo que yo estoy muerto y escribí varios *best sellers* con mis diarios lunáticos sobre el cabrón de su hijo. ¡Los periódicos se volvieron locos con ellos! Así que la inmortalidad es tan relativa... ¿O estoy vivo siendo esto que soy? —ladró Lamke con su sonrisa maliciosa. Sus ojos brillaban como una antorcha. Cualquiera atisbo del buen estudiante que fue antaño, resultó suplantado por la locura del accidente y su muerte—. Así que dejando de lado toda vuestra verborrea sobre la superación, vuestro hijito se viene con nosotros o nosotros iremos a por él. Creednos, somos capaces de ello. Muy capaces.

—No eres nadie para decir lo que pasará a continuación —dijo John a Alan, que no dejó de reír.

—Yo también soy escritor, yo también tengo algo que decir, o mejor dicho, algo que escribir.

—Pero tu historia ha terminado y no te resucitaremos como a Sherlock Holmes o las novias muertas de Poe —dijo John a Lamke—. Tú te quedarás en esta tumba, porque los muertos solo pueden escribir alucinaciones que no se compararán jamás con el caminar de un vivo. Si tal fuera tu destino, moldear la realidad con ficción, nunca hubieses perecido. Tú no puedes, mi hijo sí. Él recibió ese don y él hará con él lo que nosotros, los buenos muertos, deseamos, lo que los fallecidos como tú solo ambicionan sin jamás poseerlo.

Lamke escupió cenizas y tosió un poco.

tienes que hacer una cosa.

Sophie mostró la máquina de escribir. Garric negó con la cabeza, lo hizo con tal fuerza que se podría haber partido el cuello. La estancia blanca se pintaba de negro, asesinando cualquier atisbo de realidad.

—Hijo, piensas que llevas tiempo sin escribir... —dijo John. Era verdad, no juntaba letras desde hacía... No sabía cuándo, una niebla cayó en su memoria en ese momento—. Te sorprendería cómo el cerebro y el alma (si no la ha vendido) de un escritor es capaz de mentirle con tal de mantener la pasión por la que respira, ese deseo con el cual se le obsequia con su propio nombre: escribir.

Cada vez que escuchaba la palabra «escribir», Garric notaba que su cabeza era un muñeco de vudú donde afiladas y candentes agujas se clavaban hasta hacerlo estallar con un ruido pútrido del que se esparcían los sesos.

—¿Tanto te cuesta aceptar tu destino, hijo mío? —preguntó su madre acariciándole el pelo. Sus dedos eran alargados huesos, pese a que uno de ellos se había perdido—. La muerte no debería detenerte. No tendrías por qué sentir este miedo que te paraliza. Naciste con un poder que muy pocos tienen: haces realidad lo que escribes. ¿Por qué no aprovecharlo? Tienes el poder para transformar el mundo en un lugar diferente con tus palabras. Eres el artista definitivo.

Su hijo continuaba en el piso de piedra, tapándose los ojos. No quería ver nada de lo que acontecía a su alrededor en la biblioteca pálida. La tinta le quemaba la piel, ¿le consumiría hasta convertirse en un charco hediondo?

—No me fijé en esto —dijo John apreciando algo que Garric ignoraba—. Vaya, qué sorpresa. Garric, no lo haces sabiéndolo, pero ¡lo haces! ¡Ese es mi hijo, fuerte y espléndido, escapando de la caperuza de aflicción e indulgencia propia! ¡Ese es! ¡Ahora solo tienes que aceptarlo! Acabarás haciéndolo. Claro que lo harás.

¿A qué se refería su padre? Garric abrió los ojos. Su padre, en sus manos, sostenía varios libros. Eran los que estaban en la mesa, ante su madre. El título de uno de ellos brillaba con letras de plata.

HOLLOW HALLOWS

Un temor resquebrajó el alma de Garric con cada letra que formaba las dos palabras. ¿Y si él escribió eso sin saberlo? ¿Era lo que pretendía decirle su padre? ¿Era la sorpresa que conservaba su madre?

—¿Qui-quién ha-ha-ha escri-cri-cri-crito e-e-eso?

—Tú ya lo sabes —respondieron.

—¿Qui-quién? Lo-lo-lo rue-ruego... ¿Qui-quién?

John y Sophie Odell se apartaron y le observaron como padres orgullosos. Eran la pintura perfecta de la familia: el cadáver pútrido de la madre y la muerte en vida del padre ante su hijo gusano. Iban a ahogarse, sí, iban a perecer bajo la tinta, pero eso no importaba.

No respondieron y él empezó a gritar con una voz rota. Grietas surgieron en las paredes y las estanterías temblaron. La biblioteca se derrumbaba, no soportaba más el

peso de la lluvia negra.

Olas de luz destruyeron el templo de la literatura, que se sacudía como el muchacho que solo entonces comprendió que cada columna, escalón, mesa, silla... Eran de hueso y la tinta debía ser la sangre. Chilló.

Un mar de páginas ahogó a Garric Odell y el calvario desapareció durante un momento, como el aire tras la asfixia.

CAPÍTULO 17

En 1918, Hollow Hallows permanecía en una penumbra digna de una tardía época victoriana, pero Elmer sabía que existía algo mejor que la penumbra: la oscuridad sin nombre y absoluta donde podía sumir su vida.

Su padre y su madre se encargaban del cementerio, aunque se rumoreaba que por su sangre corría importante y añeja sangre. Preferían velar de los cadáveres y encargarse también de los moribundos, pues, en determinados casos, obraban como médicos.

En diciembre, el pequeño Elmer fue testigo de cómo sus padres le trajeron su primer y único regalo de Navidad.

—Estamos malcriando a nuestro hijo con estos presentes, esposo.

—No malcriamos, sembramos un futuro mejor.

Elmer, que tenía seis años, se preguntó qué sería el pequeño bulto que sus padres dejaron sobre la mesa de la morgue. Ellos le hicieron un gesto para que se aproximase y dejase de jugar con el gato disecado, obsequio de los Blackmouth. El hijo obedeció, miró a sus padres pidiendo permiso, ellos asintieron a la vez y él descubrió lo que ocultaba la pequeña manta.

—Es tu regalo de Navidad.

Un rostro flácido y redondo surgió entre la tela. Su nariz, sus labios, sus párpados cerrados..., con la piel azulada y oscura. Elmer acercó un dedo, lo tocó y dio un pequeño salto de sorpresa al notar una gelidez semejante a la nieve. Contempló con parsimonia a la criatura. Era un bebé muerto.

—Ya eres un hombre, Elmer —le dijo al oído su madre—. Enterrarás a este pequeño y aprenderás el oficio. ¿Es lo que más deseas? Sí, lo es.

El hijo, al mismo tiempo que sus ojos desfilaban por el fruto de la muerte, comprendió el secreto que hacía que sus padres se marchasen a medianoche en algunas ocasiones, el misterio que les conducía a llenar de gente muerta la casa para luego enterrarla, la pregunta sin respuesta (ahora contestada) de por qué dejaban morir a los pacientes que poco les podían pagar. Y el niño sonrió de oreja a oreja, ¡sus padres le compartían su magia! ¡Sus padres, los dadores de vida y muerte! ¡Por fin él llevaría a un muerto al más allá! ¡Era el mejor regalo de su vida!

—Sabes que los muertos deben ser quemados o enterrados, porque, de lo contrario, regresan, así que nuestro trabajo es cerrar las puertas del mundo de los vivos y dejar fuera a los que perecieron —dijo su padre—. Escucharás al pastor Herbert Ellis pregonar en misa que en el apocalipsis los muertos saldrán de sus tumbas. Nosotros no lo negamos, sin embargo esperamos ponérselo más difícil aquí, en Hollow Hallows, durante el juicio final, ¿comprendes? Una prueba de valía.

Elmer asintió con la cabeza, siempre manso. Su padre se alejó para mostrarle

algo más que hizo que al crío se le escapase una risita nerviosa.

—Una pala, para ti solo —dijo su madre, feliz y radiante—. ¿Sabrás utilizarla?

Elmer dijo que sí una y otra vez. ¡Cuánto tiempo pasó espiando a sus padres mientras atrancaban la entrada del mundo de los vivos! ¡Él podría ayudarles ahora! Mamá y papá Shaxon estaban orgullosos. El negocio familiar tenía un espléndido horizonte: los humanos continuarían muriendo y su hijo estaría allí para darles una llamarada o un montón de tierra.

—Vamos a buscar leña para preparar el horno —anunció su padre. Sonaba como si fuese a cocinar, aunque en realidad iba a incinerar.

—Parece que las olas están trayendo más muertos de un naufragio —dijo su madre, poniéndose el largo abrigo que le daba aspecto de difunta.

—Ahora sí que le estamos mimando demasiado, mujer, debería ir él a por la leña...

—Ventisca.

—Un riesgo necesario para convertirle en el hombre que debe ser.

—¿Y si muere? ¿Quién heredará el trono de hueso?

El padre removió sus labios, agitando el bigote de morsa, antes de ponerse una bufanda que cubriese parte de su cara. Comprobó la hora en su reloj de bolsillo y habló a su retoño con el tono sereno del que nunca dejaba de hacer gala:

—Regresaremos en breve. Hijo, aguanta la tentación de enterrarlo hasta que vengamos.

Su progenitor le tocó el hombro y le hizo girar para ver los ingentes álbumes de dibujos y fotografías (una brujería reciente que solo poseían sus padres). Algunas de las imágenes estaban en cuadros, como si fuesen exquisitas pinturas o cuadros de familia. Elmer se avergonzaba de esa época en que veía a las mujeres, hombres y niños de las imágenes, con los ojos cerrados y gesto de paz, y pensaba que dormían.

—Siempre fotografiamos a nuestros clientes antes de despedirnos, recuerda eso —le contó su madre.

Los Shaxon eran artistas sentimentales que conservaban cariño por aquellos a los que despidieron para siempre.

—Si te portas bien, te dejaremos hacer la fotografía a ti —murmuró su padre antes de marcharse con su padre.

En cuanto salieron, Elmer dio saltos. ¡Era tan feliz! El pequeño cogió la pala que le regalaron, la blandió de un lado a otro, enterrando la nada, practicando para el ejercicio que obraría con su pequeño amigo: el bebé muerto. Agradeció al cielo porque hubiese fulminado al recién nacido y hubiese enviado su llanto a las tierras de nadie, más allá de los vivos.

Y sonó un gemido.

Elmer miró a la mesa. Era extraño. Nada le asustaba nunca, ni fantasmas ni muertos vivientes, pues vivía en la necrópolis. ¿Qué era entonces lo que le turbaba? ¿La vida?

Fue su regalo de Navidad.

Caminó hacia él. No apartó la mirada ni un ápice.

El bebé permanecía quieto, bajo el peso de la raída manta. Nada, ningún ruido. ¿Cómo se le ocurrió algo tan absurdo? Fue una idiotez, como en la época en la que creía que su madre se moría de noche por los aullidos y jadeos que lanzaba mientras su padre solo creía enterrarla con su propio cuerpo.

No importaba. El bebé continuaba y continuaría muerto por siempre o, al menos, «hasta que salga de su tumba en el Juicio Final», se acordó de las palabras de su padre. Pero ¿cómo saldrían de las tumbas los tullidos sin piernas o los bebés que jamás aprendieron a andar?

Hubo otro ruido. Una ligera tos y, para susto de Elmer, vio que los labios del crío se... movieron. Un poco, pero... No, no era posible, ¡estaba muerto!

Sus padres le solían decir que los muertos se agitaban algunas veces, aunque eran eso: muertos. «Los últimos estertores de vida, que se van...», susurraba su madre cada noche que terminaba su nana y pensaba que él se quedaba dormido (en realidad solo imitaba a los cadáveres). «Mi hijo dormido parece un muerto», canturreaba mamá alguna vez.

Elmer consideró que lo que le sucedía al bebé era que su espíritu aún estaba saliendo de su nimio cuerpo. ¡Era su regalo de Navidad y nadie se lo podía quitar! Nunca. La magia llegó hasta él esa noche, ¿cómo permitir que se la arrebatasen?

Elmer empuñó su pala y se acercó al bebé.

Vinieron a él palabras de su padre. Su tierra muerta no sería tan fácil de abrir en el apocalipsis, sería como decía su madre: «una prueba de valor y orgullo. El día en que prenda de negro el humo de nuestra chimenea, en una madrugada inesperada, estallará el advenimiento y el fin, demostraremos el valor y orgullo de la familia Shaxon».

Elmer le dio la vuelta al crío y, acto seguido, le quebró la cabeza con la pala.

Golpe, golpe, golpe y otro golpe.

Un estallido de sufrimiento, trizas de hueso y sesos.

Sí, eran los últimos gemidos yéndose.

«Es como matar a una cucaracha y se quede moviendo las patas. Por piedad, hay que volver a aplastarla, aplastarla ¡y aplastarla otra vez!», pensó el sonriente Elmer, cuyos labios se pintaron de sangre.

Machacó sin parar la cabeza del pequeño. En el momento en que se escuchó un ligero llanto, prefirió pensar que era un último estertor.

Y se acabó.

Sus padres regresaron con leña e invitados para la cena (cadáveres de los que ocuparse). Encontraron el estropicio de sangre sobre la mesa y la pequeña pala manchada. La madre azotó a su hijo durante horas.

—¡No se ensucia! ¡No se ensucia a los muertos hasta que les hacemos la fotografía! ¡Lo has estropeado! ¿Cómo les homenajearemos ahora? ¿Cómo?

Elmer nunca olvidó el castigo. Su madre le puso el traje de los domingos, el día en que iban a la misa de Herbert Ellis, «el traje con el que te enterraremos si te nos mueres», le decían siempre. Le obligó a sentarse ante la mesa y le pusieron en sus brazos al recién nacido profanado. Su padre consiguió reconstruir parte del rostro del crío, como un puzle (o mejor dicho, rompecabezas), durante la fría madrugada.

El hijo pensó que le matarían (un cadáver perfecto a cambio de un cadáver roto). Acaso, ¿no le iban a hacer una foto con el crío y las fotos en su casa eran solo para los muertos? Pero no lloró, sino que miró adelante, perdido en el fulgor de su brillante pala. La sangre que caía por la hoja se asemejaba a rubíes.

Cuando terminaron la fotografía, con un puñetazo de luz, sus padres se rieron de él durante horas. Le dejaron con vida, pero ¿a qué precio? Papá y mamá bebían de una gran y antigua copa de cristal lo que parecía vino y, en realidad, era la sangre del bebé. No obstante, el escarlata de los inocentes siempre curaba cualquier enfermedad.

Elmer nunca lo olvidaría.

Ni siquiera noventa años después.

Jamás.

* * *

El anciano Elmer Shaxon sonrió. El cuerpo de Garric Odell se sacudió sobre su lecho, yéndose hacia delante y golpeándose la cabeza con la tapa de la caja. El enterrador le eligió un mal ataúd. Los sollozos del joven crecieron desde su encierro.

El viejo fue a la mesa del féretro. Hacía frío, por lo que antes se detuvo frente al fuego del horno crematorio para calentarse un poco (aparte de chimenea improvisada, a veces cocinaba en él o más bien calcinaba: «comer crudo es comer como los animales», sostenía).

Los aullidos de Odell fueron más intensos, con lo cual Elmer abrió la tapa de la caja, pero no toda, solo la parte superior, la que usaban los familiares que deseaban ver el rostro de sus difuntos («una estupidez; un cadáver es un cadáver, no una persona»). Al final, el rostro aturdido del muchacho se deslumbró con la luz pálida de la morgue y empezó a tartamudear:

—¡VI-vi-vi-vivo! ¡Es-es-estoy vi-vivo! ¡No-no-no me en-enti-entierren! ¡A-a-ayuda!

Una risa añeja escapó de la boca de Shaxon que aplaudió como parte de una festividad arcaica (¿cuántos años podría tener? Gran parte de los mayores de Hollow Hallows lo recordaba como un viejo en los días en que ellos eran niños todavía). El enterrador y sepulturero gozaba con Odell intentando escapar de su prisión, con el rostro sudoroso, pálido cual fantasma.

El chico se movió tanto que el receptáculo cayó al suelo, con él boca abajo,

quedando atrapado de nuevo. Elmer dio un par de cortos saltos y agitó los brazos, como uno de los borrachos enclenques de las películas del oeste que bailaba en la cantina.

Minutos después, el lloriqueo de Garric le cansó, por lo que Elmer Shaxon abrió la puerta de la morgue y farfulló con su voz rasposa, como un matusalén que pregonó siglos:

—Pasad ya. Parece que vuestro bebé ha tenido problemas para volver a la vida.

Las carcajadas agónicas de Elmer Shaxon prosiguieron hasta que alcanzó su escritorio.

Garric gritó con toda su alma, ¿llegaron los que le llevarían a la fosa? ¿Acatarían las órdenes del loco chiflado y le meterían bajo tierra vivo? ¿No podía hacer nada? ¿Qué diantres ocurría en Hollow Hallows?

Notó la presión de la caja al moverse con él, ignoraba si luchar para escapar, pero al final notó que le daban la vuelta. Se fue hacia un lado, hiriéndose el hombro cuando el peso de su cuerpo se dirigió violento hacia un lado. La tapa fue quitada de encima. Abrió los ojos, le costó identificar a las sombras, pero pudo tras el esfuerzo: Dawn, Seth y Caroline.

—Debería haber traído la cámara de fotos para retratar esta hermosa escena — juzgó Seth, Caroline refunfuñó—. ¿Qué? Es nuestro «amigo», según vosotras, ¿no? Pues a tratarlo como tal...

Dawn ayudó a salir a Garric, que tosió repetidas veces hasta que pudo recuperar el aire. Al lado de la camilla, Odell observó una pequeña bombona de oxígeno y una mascarilla, ¿la necesitaría?

—Ya has tomado demasiado oxígeno, niño —dijo Elmer Shaxon balanceándose en la mecedora. El fuego y el ladrillo rojo le convertían en un demonio de dibujos animados. A sus espaldas, trofeos del pasado: palas de enterrar quebradas, la primera muy pequeña (¿se la regalaron de crío?)—. Deberías darme las gracias, niñito, te he salvado la vida. Soy lord Elmer Shaxon II.

Garric se quedó observando los delirios del tipo que le torturó en la caja de muerto. El rostro era arrugado, sus ojos negros y un par de cabellos largos, que no desertaron de su calva, caían, retorciéndose a un lado y otro. Portaba un clásico traje negro que hizo que el muchacho se perdiese en su memoria: John Odell poseía una gran colección de revistas *pulp* y cómics clásicos de terror, Garric al ver a Elmer Shaxon sintió que veía la imagen corpórea del *Tío Creepy*, el anfitrión de una de esas revistas de terror.

Sintió un escalofrío y miró a otro lado, pero lo que sus ojos descubrieron tampoco le calmó: docenas de cuadros con dibujos y fotografías antiguas de personas que posaban con los ojos cerrados, pero aspecto natural, como si fingiesen dormir. La imagen de un niño con un bebé deforme le horrorizó. ¿Por qué? Porque estaban muertos. Garric quiso huir, pero ¿cómo era eso de que el monstruo le salvó? No lo entendía, miró a Dawn esperando alguna respuesta o pista.

—Soy el médico y sepulturero de Hollow Hallows, malagradecido. —Shaxon ya no reía—. Y sí, en las malas temporadas de mis negocios, no dudo en traspasar a un cliente de uno a otro. Da gracias además a que todavía tuviese que coger medidas exactas para una caja que te sirviese, ¡esta te quedaba demasiado grande! ¡Bailabas en ella! —Murmuró moviendo sus dedos, como si danzase una canción y gruño una especie de cántico—. *Tititi, tititú, titirú, muerto estás tú, tititi, tititú, titirú...* En fin, ¡tanta expectación por ti, extranjero, para nada! —Rasguñó la madera de la silla al apoyarse en ella—. Eres un aburrimiento, tú y los tuyos, largaros de aquí durante un rato. ¡No volváis a menos que estéis muertos!

Garric no lo tenía claro (el deseo de no ganarse otra enemistad, tal vez), pero antes de marchar con Dawn y compañía, se giró y le dijo a lord Shaxon:

—Gra-gra-gracias... Y-y-y-y a-a-a-adiós.

—De nada, pero ahórrate el adiós. A la morgue solo se le puede decir «hasta pronto, amiga».

Mientras crecía la risa de lord Shaxon, los confabuladores se largaron por la puerta, ascendiendo una escalinata de piedra y acabando ante lo que Garric identificó como el camposanto de Hollow Hallows, con sus enormes lápidas y el estruendo cercano de las olas del mar. A pocos metros, se veían las luces del Caserón Woods. Era ya de noche.

—No nos separamos de detrás de la puerta, hemos estado todo el día en la escalera —dijo Caroline a Garric—. Yo desde que salí de clase, ellos desde que te trajeron por orden de Blackmouth.

El sonido del apellido del profesor hizo temblar a Garric. La asfixia, el dolor, la humillación, el saber que iba a morir..., y los muertos de la biblioteca... Su encuentro con sus padres y..., y los otros. Tuvo que ser algún tipo de alucinación, pero lo que le hizo el profesor fue sin duda real. Le costaba tragar saliva sin sentir el sabor de la sangre.

—Si nos hubiésemos descuidado, no dudes de que ese maldito loco te hubiera enterrado o incinerado —habló Dawn, sin inquietarse.

—Me-me-metió en-en u-una a-a-a-ata-ta-úd...

—Pero te permitió que te sacásemos de él —dijo Seth, que ni le miró—. Sí, como *Lord Larvas* dijo, eres un malagradecido...

—No podemos retar a Hollow Hallows de forma abierta, Garric —habló Dawn—. Sabíamos que, con nuestra presencia, Shaxon no pasaría de una de sus locuras habituales.

—La última persona que desafió Hollow Hallows desapareció —dijo Caroline a Garric. Su tono era severo—. Era mi hermana y hubiese preferido que se hubiera quedado callada.

Garric sabía que caminaba por un terreno como el del pantano cuando se mencionó a la hermana de Caroline. Miró atrás, hacia el cuarto de mármol, enterrado como los muertos en la tierra. ¿El hospital y la morgue de Hollow Hallows? Deseó no

enfermar nunca y acabar allí. En caso de morir, prefería hacerlo lejos.

Pasó sus manos por el cuello, notó que tenía un vendaje tapando la herida de la navaja de Dawn. Aparte, respiraba mejor pese a las magulladuras de la paliza de Elliot y el profesor Blackmouth, aunque sentía algo en su cabellera: un par de puntos donde se quebró la lámpara. Todas sus heridas curadas por *Lord Larvas*, aunque la más profunda, Hollow Hallows, continuaba abriéndose. Notó algo punzante en el brazo, ¿le sacaron sangre?

—Ho-Ho-Hollow Ha-Hallo-llows es un-un-un lu-lugar e-extra-traño — tartamudeó Garric tomando aire. Cada vez que pronunciaba una sílaba, le ardía la garganta.

—¿Todavía no te habías dado cuenta de eso, lumbreras? —preguntó Seth negando con la cabeza y yendo entre las lápidas, tomándoles ventaja.

Dagan no quería estar más de lo necesario allí; no solo por los problemas con Dawn y Caroline a raíz de Garric, sino porque era de noche y su abuela no le permitía estar a esas horas fuera de la granja; ¿qué diría Ma cuando le viese los hematomas de la paliza de los hermanos Ellis, Elliot y Brooke? Seguro que ella añadía uno personal.

—Gra-gra-gracias por-por-por ayuda-dar-darme.

—Díselo a Seth y Dawn, ellos te trajeron rápidos a este sitio —replicó Caroline.

—Gra-gracias a-a to-to-todos.

Dawn respondió con su eterna sonrisa soberbia, Seth no se detuvo:

—Lo hice porque Blackmouth me lo ordenó. Sigo pensando lo mismo de ti, Freddy Krueger, así que no me toques las pelotas demasiado.

Aguardaban un silencio tras el exabrupto de Seth, pero una voz dolida creció como una de las tumbas:

—Si-si-si so-soy un psi-psicópa-pata, no-no-no debe-deberías to-cár-cárme-melas a-a-a m-mí.

Seth rajó por la mitad a Garric con la mirada.

—Mierda, acabo de escuchar el chiste de un jodido tartaja asesino... ¡Perfecto! ¡Mi vida está completa! ¡Por favor, no termines con ella, jodido psicópata!

El muchacho se alejó con una mueca de asco en el rostro. Caroline fue tras él, camino a la salida. Dawn se quedó al lado de Garric.

—Veo que algo ha cambiado en ti durante esta experiencia cercana a la muerte —murmuró Dawn, sin borrar su sonrisa.

—No-no-no-no lo-lo sé...

—Y si lo sabes, puede que sea algo que solo te incumba a ti. Por ahora.

—¿Por-por-por aho-ahora?

—No hay secretos en Hollow Hallows que un confabulador no consiga descubrir.

La advertencia fue clara. Dawn caminó entre la muerte y, bajo la luz de la luna, era aún más hermosa para Garric, era casi como un espectro. Odell fue tras ella, siempre lo hacía, preguntándose por qué él no sentiría miedo de estar en el camposanto. «¡Estás en un cementerio, estúpido! ¿Y si tu madre y los suyos salen de

la tierra y vienen a por ti? ¡No están enterrados aquí, pero las puertas del infierno llegan a todas partes! ¡Huye!», decía su lado oscuro. Esas frases eran acalladas por la presencia de Hownland e incluso de Caroline y Seth, ellos no caían en el horror, pero sí se hundían en misterios que Garric quería desentrañar más allá del acto de pisar sobre huesos y ceniza.

—¿Has-has-has di-dicho con-confa-fabulador?

—Ya lo has escuchado antes, Garric. «Confabuladores», así es como nos llaman en Hollow Hallows.

—¿«Lla-lla-man» o-o-o insul-insultan?

—Definen —contestó Dawn—. Hace un par de siglos, poco después de la fundación de este pueblo sobre este islote perdido en los mares de la inmundicia, hubo una conspiración. En el centro de Hollow Hallows podrás toparte con una gran estatua de Alfred Hallington, quien fundó este vertedero. Si te fijas bien, verás que no podrás atemorizarte de sus rasgos terribles ni temerás que tome vida y vaya a por ti porque te haya visto. ¿Sabes por qué? —Garric negó con la cabeza—. Porque los confabuladores le cortaron la cabeza, se deshicieron de ella y, desde entonces, nuestros antepasados han sufrido el odio de la miseria de Hollow Hallows.

Garric pudo ver imágenes de ese relato, podía ser incluso una novela... «¡No! ¡Nada de novelas! No escritas por ti al menos», pensó con horror. Imaginó el libro que sostuvieron las garras de su padre, con el título de *Hollow Hallows*. «Eso fue un sueño, ¡fue un maldito sueño!». Quiso borrar la visión, por eso preguntó:

—¿Por-por-por qué?

—¿Por qué decapitaron una estatua? ¿Por qué la gente de este sitio nos lleva odiando tanto tiempo? ¿Por qué no nos hemos ido? Hay muchas preguntas en ti, Garric, y en nosotros hay pocas respuestas.

Odell emitió su serie quebradiza de palabras:

—Qui-qui-quizás al-alguna... de-de-de e-esas res-res-respuestas...

Dawn levantó una ceja:

—¿«Quizás alguna de esas pocas respuestas es la que estás buscando»? ¿Eso quieres decir?

—S-sí...

Dawn pasó sus manos por sus cortos cabellos, pensando. Le ayudaba a meditar el hecho de acordarse del odio de los demás. Vislumbró a su tía odiándola por deshacerse de la peluca (¿acaso no era de Emily? ¿No la compró en ese año en que creyó que moriría de cáncer como su padre, el abuelo de Dawn?). Olvidando el cercano Caserón Woods, la chica respondió con teatralidad:

—Empecemos entonces... Si a partir de ahora no puedes volver a dormir en paz y cada vez que camines solo creerás que tu sombra porta un cuchillo con el que apuñalarte, será algo nimio en comparación con lo que nos ha hecho nosotros esta historia. Eso sí, si ocurre, te has vuelto loco. Este cuento causa esos efectos. Es algo razonable.

»¿Por qué los confabuladores le cortaron la cabeza a la estatua del fundador de Hollow Hallows, Alfred Hallington? Bien... No sabemos por qué decapitaron a esa maldita estatua. Ni sabemos si fueron ellos... Solo sabemos que pagaron por ese pecado y varias de las familias de los confabuladores se extinguieron. Solo quedamos los Hownland, los Jones y los Dagan. Hasta hoy.

»¿Por qué nos odian tanto los habitantes de esta aldea, pueblo, islote o excremento flotante? Nuestros familiares (y por extensión nosotros) mancillaron la “majestuosa” obra dedicada a su mesías. Es como si hubiéramos destruido los templos de los faraones, las grandes joyas de la realeza... Por ejemplo, se cuenta que Alfred Hallington contempló su imagen y murió ante ella. Era un lugar de peregrinación y culto desde entonces para los Hollow Hallows. El sacrificio de su cabeza fue un horror. Y nunca se halló ni se forjó otra, pues la primera sería un milagro que no se merecía el pueblo que no pudo impedir el acto atroz y lo segundo..., crear otra era pecado, ¡Alfred Hallington nunca la escudriñó, no fue santificada con su mirada!

»Hay muchas leyendas sobre este tema, pero la más aceptada es que creen que algún día Hallington les guiará hasta la cabeza perdida. Algunos creen que está incluso en el mar. Tal vez es eso lo que gente como los hermanos Ellis buscan sin cesar en el cementerio de barcos.

»Y, por último, ¿por qué entonces no hemos huido como cualquier ser sensato lo hubiera hecho? ¿Por qué no hemos buscado un lugar normal? Porque tal vez nosotros tampoco somos corrientes y porque en cada generación ha sido forjado un eslabón más en la cadena que nos ata a Hollow Hallows. Nadie escapa del purgatorio, ¿no? Al menos, hasta el juicio final.

»Y ahora dime, Garric, ¿has enloquecido? ¿No? Quizás, es porque ya estás majara y no lo sabes, pero ¿te bastan esas contestaciones por ahora?

Garric quiso decir algo, pero solo articuló un roto:

—Fal-fal...

—Faltan hechos, información... Lo sé, pero por ahora es suficiente. Rellena tú los pedazos, inventa lo que quieras, ¿no eras escritor?

Odell tragó saliva, la sonrisa de Dawn se volvió maliciosa (más incluso).

En la puerta de la necrópolis, Seth (de mala gana) y Caroline esperaban a Dawn y Garric. El sonido de un búho, que sobrevolaba unos cipreses, les sorprendió como una especie de alarma. «Escapad ya o moriréis», tal vez se podía traducir así el «hooo-hooo». Hicieron caso, desaparecieron tras él la puerta del alto muro de piedra («¿por qué tan grande si los que están dentro no podían salir y los que estaban fuera no deseaban entrar?», se preguntó Garric cayendo en un viejo cliché).

Poco a poco, la sombra de la urbe de los muertos quedó tras ellos. No se fijaron en cómo se alzó la humareda negra desde las chimeneas de la morgue. ¿Era una señal? ¿De qué?

* * *

Lord Elmer Shaxon II estaba de pie, quemando trozos de metal en el horno crematorio. Siempre guardó todas las hojas de sus palas para esa noche, la madrugada en la que el humo negro se alzaría. Llegó al fin.

Luego, admiró todas sus palas, incluida la que aún utilizaba. La estampó contra la pared, rompiendo su hoja. Abrió la puerta del horno y la lanzó. No había duda de que destrozaría su viejo artefacto, pero ¿qué más daba? El mundo moriría y solo Alfred Hallington podría enterrarlos con su ira. No más hornos crematorios, no más tumbas...

Fue con el mango de la pala hasta la pared y la colocó en el espacio reservado para ella. Ahora todas sus «armas», descabezadas, se asemejaban a cayados de profetas perdidos. Tras despedir su herramienta, llevándose las manos al pecho, se agachó con cierta dificultad y sacó, de entre los baúles antiguos, un regalo que se dieron hacía mucho tiempo: la larga caja negra resplandecía ante la luz del fuego. La abrió, deleitándose, y devorando con sus ojos el interior: la última pala, la que siempre supo que sería gloriosa, con los hermosos adornos de plata. La encargó desde su juventud para la llegada de los días antes del fin del mundo. Si bien no era el primer apocalipsis que afrontaba, podía ser el que terminase con cualquier otro y él llevaría sus mejores galas, sin dudar, porque si vivió tantos años, era para alcanzar ese gran ritual: él daría su pala a Alfred Hallington y terminaría cualquier atisbo de existencia.

Dejó su obsequio para ver que el humo negro que alertaría a los otros miembros del consejo ya ascendía perfecto, capaz de verse ante el resplandor de las luces del pueblo.

Después, fue hasta un estante para observar las fotos: allí estaba él con el bebé, al lado de la foto de su madre y su padre, muertos. Colocó a su lado una imagen reciente y se llevó la copa antigua de sus padres hasta la boca, colmada de la sangre vomitada del protagonista de la imagen: Garric Odell. No eran rubíes líquidos inocentes, le sembrarían de enfermedad, pero en ocasiones, para confrontar al demonio, debías conocerlo y llevarlo en las entrañas. Elmer Shaxon saboreó hasta la última gota del cristal. Sería un digno mártir.

CAPÍTULO 18

Sombras atravesaban Hollow Hallows como cuchilladas en la oscuridad, trazos sanguinolentos que perseguían la estela de humo negro del cielo.

Lord Elmer Shaxon II aporreaba la puerta del campanario de Hollow Hallows. La emoción no le consumía, no hacía más que darle una fuerza renovada y feroz. ¡Vivió para lograr alcanzar ese día! Sí, el gran día, aunque hubiese comenzado con la madrugada.

—¡Ellis, abre! —exclamó Elmer pateando el suelo. Podía derribar la puerta con una patada—. ¡Llegan los tiempos de la sangre!

Gruñó hasta que escuchó el sonido de un vehículo. Giró su rostro y encontró a Caleb Ruth aparcando su coche patrulla.

—Debía empezar de madrugada y conmigo durmiendo, ¿no? —susurró el agente de la ley de Hollow Hallows, descendiendo del automóvil. Cerró los ojos y se pasó los dedos de la mano derecha por los párpados, quitándose las legañas e intentando despertarse.

El médico y enterrador observó con una sonrisa al símbolo de la autoridad, aún dormido; la metáfora perfecta de lo que era Caleb Ruth.

El agente de la ley de Hollow Hallows se acercó a la estatua decapitada de Alfred Hallington, situada en la plazoleta, a un par de metros del campanario. Saludó con parsimonia a la imagen, quitándose el sombrero. La estatua de bronce, pese a que siempre aparentaba moverse por cada pliegue de sus falsos ropajes, permaneció inmóvil, algo lógico en la ilógica Hollow Hallows. Mirar a la efigie del fundador de Hollow Hallows despertaba a cualquiera.

—Los Ruth y su eterna inutilidad en sus funciones como guardianes —dijo Shaxon—. He vislumbrado muchos rostros de vuestro linaje, pero siempre poseían la misma sombra de la incompetencia.

—Lord Shaxon, siempre un placer... Verle respirar me hace apreciar el valor de los milagros.

Estrecharon sus manos, a la vez que Ruth se repetía que no tenía culpa de las acciones de su antepasado, obras que Shaxon no olvidaba. ¿Uno de los Ruth no pudo impedir que le cortasen la cabeza a la estatua de Hallington? Culpa de ese imbécil... Pero debía reconocerlo: la sangre que corría por sus venas seguía teniendo las manchas del fracaso. Por eso miraba a la imagen y pensaba en cómo el pasado marcaba el presente. ¿Alfred Hallington podría decirle algo como consuelo? Cuando el viento de la noche pasó por los cortes irregulares del cuello de bronce, el fundador le habló. Escuchó sus palabras, pero no las comprendió.

Llegó alguien más, aplaudiendo por los eventos venideros, aunque por su profesión apreciaba más los acontecidos.

—¡Oh, qué buena noche! ¡Qué gran noche! No veo la hora de escribir este sagrado momento en la historia de Hollow Hallows —anunció Calvin Blackmouth contoneando su panza con cada paso que daba—. Amigos, ¡somos afortunados! ¡Vamos a conocer el final! ¿Cuántos han vivido sin saber cómo terminaba el libro del mundo?

—¡Eso es! ¡Entusiasmo! —clamó Shaxon saludando a su viejo camarada—. ¡Más entusiasmo! ¡Lo necesitamos! ¡Y el pastor se lo está perdiendo! ¡Su rebaño se desmadra ante la llegada de la oveja negra y él no está para aplastarnos el cráneo con su cayado! ¡Ellis, ven y...!

La puerta de la torre del templo crujió, abriéndose. Jacob Ellis se irguió para observar a los que aguardaban fuera, incluyendo la pasajera del coche que aparcaba cerca de la iglesia, Margaret Brooke, la jueza y alcaldesa de Hollow Hallows. Estaban los cinco, la sexta invitada ya esperaba dentro. Pero antes el pastor miró a la cúpula celeste, donde ya la humareda negra provocada por Shaxon se disipaba.

—Pasad, hermanos —dijo Ellis—. El consejo espera.

Caleb no sabía si lamentarse, ¿obró bien? En su cabeza solo tenían cabida los pensamientos de que él comenzó ese embrollo con sus labores como vigía, informando de la llegada de aquel mudo mugroso y su hijo. No quiso martirizarse en demasía. Dirigió una mirada a Margaret Brooke, que en sus manos llevaba una caja con la mayor posesión de Hollow Hallows. Saludó a ambos (a la mujer y el tesoro) con un ademán.

Poco a poco, los recién llegados se internaron en la vieja iglesia y ninguno de ellos vio que ahora, detrás de la estatua de Hallington, cuatro figuras en la oscuridad los acechaban.

No se encaminaron hacia la sala principal ni ascendieron por el campanario. Condujeron sus pasos al sótano, descendiendo por una escalera que desembocó en una sala circular que almacenaba las reliquias de Hollow Hallows: el mazo de juez de Amadeo Brooke, la pala de Humbert Shaxon, la espada de Philomeno Ruth, los libros de historia de Aldrich Blackmouth, el bastón del pastor Brentan Ellis y los anillos con el B.E. de Barksdale Ermsworth. Presidiendo un lugar especial: la armadura de Alfred Hallington, que relucía pese a las tantas décadas transcurridas desde que se forjó. Esos artilugios del pasado escoltaban una mesa con seis puntas, como una estrella, para que cada uno tuviese una donde sentarse y no se sintiese menor. Allí, las seis grandes familias, los que acompañaron al fundador de Hollow Hallows en vida, poseían su trono.

Tras que Margaret posase el tesoro de Hollow Hallows en el centro de la mesa, se quedó de pie junto a su asiento, el resto lo hizo salvo Harriette Ellis, sentada desde que entraron; ¿cómo podría ella ponerse en pie acaso?

Jacob Ellis hizo los honores, trazando una hache en el aire, con su mano derecha y diciendo:

—¡Hermanos del consejo de Hollow Hallows, mis hijos impolutos, sagrados

apóstoles de Alfred Hallington y únicos portadores de la verdad! En mi nombre, Jacob Ellis, y en mi cargo, pastor de nuestra comunidad y heredero de Brentan Ellis y su linaje, doy por comenzada la reunión.

Ocuparon sus sitios al unísono. Una vez hecho, cada uno esperó que Elmer Shaxon hablase, explicando el inicio de la fumata negra, pero no lo hizo. Permaneció fijándose en Harriette Ellis, heredera de los Ermsworth, antigua directora de la academia Hallington y esposa del pastor. El rostro del anciano se iluminó como si contemplase un juguete del pasado.

La mujer era un cuerpo inerte, con cabellos dorados cepillados por un amante fiel, piel reluciente como la nieve y hermosos labios entreabiertos, esperando siempre la palabra. Sus manos sobre la mesa, el cuello erguido, sus ojos captando todo, incapaces de parpadear... Era semejante a una estatua de cera, tal vez porque era algo muy parecido.

El sepulturero sonrió a la difunta, ¡qué buen trabajo hizo disecando el cadáver!

Fue una buena idea: los hijos de los Ellis no estaban preparados para ocupar aún el asiento, eran niños, por tanto su madre muerta lo tendría hasta el día en que sus gemelos fueran hombres. Y es que no se podía quedar ningún asiento vacío en la mesa de Hollow Hallows, la historia estaba escrita y nadie navegaba a contracorriente en aquellos mares o terminaba en el cementerio de barcos.

—Lord Shaxon —nombró Jacob Ellis, invitándole a hablar.

—Disculpe, pastor —contestó Shaxon. Movi6 su lengua en torno a las comisuras de sus labios, como una especie de serpiente—. Observaba a su esposa y no podía evitar verla como una pista más de lo que está por llegar: ella es la muerta que espera hablarnos. —Nadie reaccionó con su ánimo—. ¿No les parece bueno? Sí, a mí me lo parece... —Sonrió—. ¿Saben, amigos? Debemos hablar, porque este concilio podría ser el último. —Levantó las manos, con teatralidad—. ¡El advenimiento del Perdido y su don están cerca!

Nadie replicó de forma inmediata, aunque se notaba el ovillo de sus ideas confusas alrededor de los miembros del consejo de Hollow Hallows.

Elmer volvió a tomar la palabra y la lanzó contra la mesa para violarla allí mismo:

—¡Ruth nos advirtió de la llegada del Perdido! ¡Ellis vislumbró el pecado en el Perdido! ¡Blackmouth supo en la escuela y me envió al Perdido! ¡Curé y vi sangrar al Perdido! ¡La hija de Margaret seguro que ya le ha contado sobre el Perdido! ¡Harriette está muerta, pero por ella he saboreado la sangre del Perdido! ¡He visto al Perdido! ¡Deliberemos en consecuencia!

Cada vez que pronunciaba la palabra «perdido» era una bofetada a cada uno de los presentes. Shaxon bajó la voz hasta convertirla en un siseo y calló para respirar, sobresaltado, e incluso así sintiéndose invencible. ¡Tan cerca del fin, no podía caer! Nada le derribaría; resistió al mundo y el tiempo con aquel objetivo, ¿quién podría arrojarlo al averno?

Tras sus comentarios, el silencio se contagi6 como una enfermedad mortal. Nadie

dudaba del anciano desdentado, aunque Caleb Ruth consideraba la posibilidad de que él hubiese cometido un error, ¿podía ser el Perdido aquel inútil tartaja que llegó en la tormenta? ¿En serio?

Jacob Ellis terminó asintiendo y habló:

—El Perdido es el símbolo del que carecíamos para completar las antiguas palabras sobre el fin. Haciendo caso de lo que se dijo en el pasado, hemos de decidir qué hacer con él.

Elmer respondió en cuanto Ellis concluyó sus palabras; de pronto, el sepulturero parecía el hombre más joven del consejo:

—Deberemos obrar conforme a maese Hallington. Solo entonces nos salvaremos de tragedias como las que ya sufrimos, como ver el agua inundar nuestras tierras o a nuestros hombres y mujeres marchitándose sin engendrar. La tragedia no vendrá más. Nunca más.

Los presentes dieron la razón, por creencia y por esperanza en lo que vendría en los próximos días.

El pastor contempló a la alcaldesa y ella supo interpretar el ademán. Margaret se puso de pie con permiso del consejo y fue hasta el cofre que trajo, una reliquia que guardaba cada uno de los Brooke desde tiempos inmemoriales. Sus delicadas manos apartaron la tela negra que lo cubría. Los cabellos negros y rizados de la mujer reflejaron las luces de las velas y parecieron prender el frasco. Dentro de él, en un líquido de tonos verdosos, una calavera con trozos de piel y carne: Alfred Hallington yacía en un sueño de cristal.

Viendo su gesto de oscuridad y aun conociendo de los inexpugnables senderos de la muerte, nadie consideraba aquello como unos restos, sino como el mismísimo Hallington; el fundador presidía el consejo, como siempre, y Margaret quería hablar por él:

—Hemos conservado largo tiempo el cráneo del maestro. —Señaló la cabeza del contenedor de cristal. El hueso gris permanecían intacto, los rasgos la sembraban de sombras—. No quiero ser descortés, pero es lo que nuestro dios quiere escuchar: la pregunta, la vieja pregunta: ¿cómo traeremos de la muerte a nuestro mentor?

Nadie contestó de inmediato, aunque Jacob Ellis buscaba las mejores palabras que utilizar:

—Harriette siempre creyó en lo que toda su familia tomó como verdad: «en las olas y la roca negra de los muertos se esconde» —dijo y contempló los ojos de cristal de su marchitada esposa.

Margaret dijo sí con la cabeza, meciendo su larga barbilla. Sus pequeños ojos grises intentaron hallar la verdad en lo que se decía en el consejo. Se distrajo al escuchar la tos de Caleb Ruth, reclamando atención.

—Y lejos de todo eso... Le cortaremos el cuello a ese inútil del Perdido, ¿no? —preguntó Ruth, sin inmutarse.

Durante los últimos días, el agente se pasaba horas decidiendo con que cuchillo le

cortaría el pescuezo a aquel monstruo. Incluso se masturbó pensando en ello.

Jacob Ellis cerró sus manos. Quería concentrarse en los dilemas que se presentaban y no en las ideas de Ruth.

—Antes deberemos conocer las virtudes de ese demonio.

El policía, decepcionado, miró a un lado.

Shaxon ignoró al agente y volvió a hablar:

—No nos olvidemos de algo importante: la semilla de Oniros Hownland podría ser de utilidad. Jones, Dagan y luego Hownland... Fue el último de los confabuladores originales en caer bajo el manto de la muerte.

Margaret, incrédula, soltó lo que pensaba:

—¿En las zorras de las Hownland hallaremos respuesta? ¿Insinúas eso?

La alcaldesa sacudió la cabeza. No podía admitirlo. Emily Hownland y su sobrina siempre representaron la mediocridad de los traidores de Hollow Hallows. ¡Qué fiesta hubo en el pueblo cuando se suicidó Bobby Hownland, aquel desgraciado que tan mal habló del pueblo y lo que representaba! ¿Por qué ahora aparecían en el plan?

Elmer replicó con tono enigmático:

—Solo la niebla del pasado nos guiará en la oscuridad de nuestros últimos días.

Shaxon, Brooke y Blackmouth asintieron con gravedad, pero Ruth se quedó ensimismado:

—Me estoy perdiendo —gruñó. Quería salir de allí.

Algunas palabras fueron intercambiadas con la misma gentileza con la que se inicia una discusión, todas ellas fueron ignoradas por Jacob Ellis. El sacerdote vio a los consejeros reflejados en los grandes y falsos ojos de su mujer. Si bien el cuerpo estaba bien conservado, gracias a las argucias de Elmer, los ojos era el único punto flaco. ¿Por qué? Nadie se daría cuenta, solo él que tantas veces se perdió en la visión de ella cuando estaba viva. No eran los ojos de su esposa, solo una burda reproducción en cristal, pero tampoco los miembros del consejo estaban siendo ellos mientras emergían como formas fantasmales en las pupilas de vidrio. Debía actuar.

—Necesitamos una señal del maestro —advirtió.

De un baúl cerrado con llave, sacó seis cálices de oro con piedras preciosas de diferentes colores, según la pertenencia a cada uno de los miembros: los Ellis tenían el rubí, los Blackmouth la turmalina, los Ruth el zafiro, los Brooke la esmeralda, los Shaxon la piedra de luna y los Ermsworth el ópalo de fuego. De aquellos vasos, si necesitaban respuestas, beberían la sabiduría.

El ritual dio comienzo. Margaret Brooke abrió la guarida de la calavera de Alfred Hallington. Qué lejanos quedaban los días en que sus antepasados rescataron el cráneo de la tumba. Lo hicieron con tal de que no corriese la aciaga suerte de la cabeza de la estatua de bronce. Ahora, significaba más.

El pastor caminó hacia la calavera. Hundió su copa en la baba y el sudor del hueso. Uno tras otro, cada miembro del consejo hizo lo mismo. No se detuvieron hasta que colmaron cada cáliz con el agua que no era agua, sino que tenía los tonos

verde y gris de la muerte y el aroma dulzón y penetrante de la putrefacción.

La primera en beber el líquido de la calavera fue el cadáver disecado de Harriette Ellis. Su marido lo vertió en su boca, un poco abierta. Gran parte terminó cayendo por su mentón y su cuello, pero el rito debía cumplirse. Elmer se deleitó con la escena, hizo bien dejándole la pequeña apertura en la boca de la muerta. «Nada de mortajas para ella, tenemos que escuchar a los muertos», dijo el amo del cementerio.

Cada uno de los vivos alzó su copa, pronunciando las siguientes palabras:

—No hay oscuridad y vemos las estrellas.

Y tomaron de la sangre inmortal derramada por la eternidad pútrida.

Existe la expresión sabe a rayos, pero solo el consejo sabría definir la frase «sabe al odio y el asco de una tormenta de rayos». El licor no refrescaba, sino quemaba más que cualquier copa de alcohol, convirtiendo la garganta en un infierno de putrefactas ascuas y danzantes demonios. El picor se extendía por la lengua y el paladar, como una epidemia que no tuviese cura. Algunos hilillos se colaban entre los dientes, dejando que la encía sangrase, lo que permitía que la mezcla se diluyese. Los ojos de los bebedores se anegaban de lágrimas rojizas y la cabeza se enturbiaba con repiques de campana, viajando en lo que denominaban «el saber de Alfred Hallington». En esa oscuridad, creían ver sombras; en la luz, creían ver estrellas.

Margaret sintió entonces que sus pies se hundían, como si la tierra fuese barro, como si el pantano se abriese bajo ella. Se sintió como en su sueño, solo que esta vez... ¿Era real? No le agradaba, pero nacieron para ello.

Shaxon vio la estatua de Alfred Hallington, coronada por una calavera que vociferaba haciendo temblar el mundo, tiñendo el cielo de rojo y negro, pero ¿qué era lo que decía? ¿Por qué no podía escucharlo? ¿No era digno?

Ellis se abrió paso entre visiones para encontrar la nada, la pura no existencia. ¿Qué ocurría? ¿Qué quería decirle el fundador con esas imágenes sin sentido?

Ruth levantó su revólver y apuntó con él. Giraba sobre sí mismo en el interior del bosque. Alguien le acechaba, lo sabía. No fallaría esa vez a Hollow Halls. Por eso, en cuanto vio a la sombra aparecer, abrió fuego. No entendió por qué cayó al suelo, no comprendió porque la carne le ardía, solo notó que se desangraba por varios agujeros de bala que acribillaban su cuerpo.

Blackmouth arrancó con su boca la carne de sus muñecas y liberó la sangre de sus venas. No fue en ningún afán suicida. Ante él había un libro y Alfred Hallington le dictaba las leyes del nuevo mundo, pero no tenía tinta con la que escribirlas. ¡Debía encontrar otra manera! ¡Debía escribir veloz con su sangre! Solo esperaba resistir hasta que el insigne fundador culminase su discurso y...

Lo que vio el cadáver de Harriette Ellis... Solo ella lo sabía, pero los demás pronto lo descubrieron.

En el susurro del lamento en el que sus almas cayeron al mundo real, se toparon con la definición visual de lo que llaman «imagen dantesca»: el cadáver de Harriette con la boca abierta, como si hubiese huido de los infiernos para solo aullar con el

dolor indecible de estar mil veces muerta en vida. Sin voz, pero gritaba con horror, con furia, con odio. La confusión se apoderaba de los presentes, pero Elmer Shaxon interpretó los signos y chilló, durante unos segundos, su voz pareció un juego de ventriloquía aplicado al cuerpo fallecido de Harriette.

—¡Dice sí! ¡Como todos hemos visto, dice que sí! ¡Sí! ¡Los Hownland y el Perdido! ¡La sombra y la eternidad! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Hubo un estallido.

El estruendo procedía de Harriette Ellis. Todos la vieron entonces. Por su pálido y perfecto rostro caían lágrimas, pero no era un llanto corriente, era fuego. Las llamas envolvieron los globos oculares hasta fundirlos en una grotesca muestra de horror. Su marido corrió hacia ella y la abrazó. Las lágrimas y las manos de Jacob Ellis apagaron el fuego, pero el mensaje, la descripción de lo que vio, ya había sido pronunciado. Otra señal más.

Ahora los componentes del concilio sentían que se ahogaban pero aún podían luchar, porque el cráneo de Alfred Hallington les alentaba a la batalla más grande que nunca libraron. Ese era el futuro de Hollow Hallows y sus Hijos lo aceptaron.

CAPÍTULO 19

La noche avanzaba, pero no era la única que lo hacía. Cuatro personas regresaban a sus casas bajo la humedad de la noche de agosto.

Seth refunfuñaba sobre la hora (llegaría tarde, su abuela le partiría una escoba en la espalda), pero el resto del grupo hablaba de otro tema.

—¿Qué haría el consejo reuniéndose tan tarde? —preguntó Caroline. Los cuatro fueron las sombras que vieron al consejo entrar en la iglesia—. Y el viejo *Lord Larvas* ya estaba por allí, ¿tiene algún túnel secreto o algo? Seguramente, pero... Es muy raro...

—No es nada bueno —contestó Dawn, rascándose una mejilla—. Las consecuencias nos acabarán afectando a todos. Seguro.

—¿Q-q-qué es-es-es el conse-sejo?

—Más bien «quiénes», no «qué», Garric —rectificó Dawn como si aceptase que debía contar un cuento que no le causaba placer—. El consejo está formado por las seis familias más allegadas al fundador de este basurero. Desde hace siglos, gobiernan y los demás somos gobernados.

—B-B-Blackmo-mouth... R-Ruth... E-Ellis... S-Shaxon...

—Blackmouth se ha portado bien contigo, créeme —añadió Caroline y Garric no quiso pensar en qué supondría entonces portarse mal—. ¿De qué conoces a Ruth y Ellis? Si te falta conocer a Harriette Ellis y Margaret Brooke tenemos muchas anécdotas horribles que soltar sobre ellas...

—Ya-ya-ya ten-tengo su-suficientes histo-torias ho-ho-horribles...

—Por ahora —habló Dawn. Su sonrisa se sombreó con un halo de malicia—. Hollow Hallows puede darte unas cuantas más.

—No-no sé-sé si-si-si es-es te-te-terrible, pe-pero... R-R-Ruth re-recibió a-a-a mi pa-padre y..., a-a-a-a mí...

—Vaya bienvenida —juzgó Dawn imaginando la escena—. Nos queda claro lo de Shaxon, pero ¿y el pastor? ¿Cómo te topaste con él? ¿Le cortaste el cuello a una gallina y dibujaste una estrella de seis puntas para invocar al diablo y apareció él?

—M-m-me in-invité a mi-mi-misa...

—En mis tiempos se invitaba al cine y a fornicar, no a misa —masculló Seth, de broma, pero nadie le hizo caso (acto que le hizo enfadarse más)—. Me alegro por ti, psicópata. Michael Myers, un par de pasos más y te estarás codeando con los Ellis y compañía...

—¿Garric con Elliot y los otros? Ni de coña —dijo Caroline.

Garric no supo si ofenderse porque le considerasen poca cosa o halagado porque pensasen que les era leal.

—Le han dado una paliza para recibirle, jamás será uno de ellos —contestó

Dawn, serena, aunque defensiva. Garric se alegraba por escucharla hablar así de él—. Antes acogerían a un saco de mierda...

Fue una buena bofetada para Odell, ni siquiera hizo falta alzar la mano contra él. Su moral se hundía, pese a que las chicas ya le consideraban parte del grupo, pero ¿a qué nivel? Recordó la paliza recibida por Elliot y sus amigos, la humillación a la que le sometió el profesor... Estuvo a punto de morir y, lo peor para él, contempló a sus muertos. Tragó saliva. La idea de que los confabuladores hubieran propiciado que Elliot le destrozase para así «bautizarlo» continuaba presente. ¿Podía confiar en Dawn, Caroline y Seth? ¿Existía otra opción? «Y también debo fiarme de Huarco, pero... ¿dónde está?», pensó Odell.

—¿Y-y-y Huar-huarco?

—Buena pregunta —contestó Caroline, mirando a su alrededor—. No he visto hoy a ese lobo saco de pulgas.

—Se habrá largado, habrá sido inteligente —opinó Seth, cansado.

—Es raro que no lo hayamos visto hoy... —susurró Dawn, preocupada.

—Dawn, hemos pasado toda la jodida mañana, tarde y noche esperando a que Cara de Cuero se pusiese en pie —dijo Dagan—, ¿cómo íbamos a verlo en el cementerio?

—Seth, ¿de dónde crees que saca los huesos?

El muchacho no respondió a la pregunta de su amiga y se limitó a caminar más rápido.

La habitante del Caserón Woods aparentaba cierta preocupación, pese a su sonrisa amargada. Movía sus dedos por sus muñecas como si quisiese cortarse... Garric se dio cuenta de que Dawn tenía cicatrices de cortes; fue como recibir un trago de veneno, le dolió más que lo que le pasó ese día. Cuando la escuchó hablar de nuevo, tuvo ganas de llorar porque ella era buena y el mundo horrible, porque nada tenía sentido y todo podía perderse.

—Han tenido hoy suficiente sangre con Garric, no creo que la apestosa Hollow Hallows haya ido tras Huarco. Hoy no.

—Y si ha ido y está muerto, al menos habrá escapado de esto —contestó Caroline, sin embargo, se entristeció—. Aunque no me gustaría perder a Huarco...

Dawn tocó el hombro de su amiga para tranquilizarla:

—Esta noche estaré atenta por si lo veo.

Siguieron con un par de pasos más hasta que Seth bostezó y les habló con rapidez:

—Mi abuela va a matarme por llegar tan tarde, así que me largo ya a casa. No quiero coger cola en el infierno y tener que quedarme en el círculo de los abogados o la gente que huele raro —soltó, imaginando su averno. Miró a Garric—. Sí, mi abuela es la que va a matarme, no tú, tú no vas a matarme. No te pongas celoso, Jason Voorhees. —Se adelantó—. Buenas noches, menos a ti, psicópata. Una buena noche para ti consistiría en descuartizarnos con los dientes, así que...

—Seth, termina ya esta pantomima —pidió Dawn a su amigo—. Ya sabemos que has visto muchas películas de terror, puedes quedarte con esos nombres de asesinos de ficción y dejar de insultar a Garric.

—Solo le estoy codeando con los asesinos de la ficción más grandes del séptimo arte. En realidad, le estoy halagando al comparar sus pobres asesinatos con los del cine. ¡Debería darme las gracias, pero lo más seguro es que me dé un hachazo así que me largo y os dejo con él! ¡Recordad llamarle Jigsaw o Chucky en mi memoria cuando os vaya a matar!

Vomitada su última barrabasada, Seth salió corriendo hacia la granja, no dejó de hablar, pero apenas le escuchaban ya. Caroline y Dawn se miraron sin saber qué decir, aunque pensasen lo mismo: era complicado ser amigas de Seth Dagan. No le contestaron porque sabían que el bocazas tendría su merecido esa noche. La casa de Ma Dagan no estaba demasiado lejos, pero la abuela le daría una paliza a su nieto por llegar tarde, lo que haría que deseara nunca haber llegado. Acaso ¿no fue una noche cuando el hijo de Ma, el padre de Garric, salió de casa para regresar como un cadáver? De ahí que su colega pensase que su abuela prefería que muriese en casa de una tunda mejor que en la calle. «Así me echará de comer a los cerdos y todo quedará en familia», decía siempre sobre ese tema.

—Tú también deberías irte ya, Caroline —dijo Dawn tras consultar la hora en su reloj—. O tu padre...

—No, no me matará. Ojalá... Buenas noches o lo que sea.

Caroline se dirigió hacia su casa con pesadumbre. Esa tarde y noche, su padre la llamó al móvil varias veces, no lo cogió. Tendría una fuerte discusión, quizás se llevaría una bofetada o una patada, tal vez le tirarían los platos fríos de la cena. Solo aguardaba que toda la incertidumbre terminase algún día. Que su madre muriese, su padre desapareciera, que el cuerpo de Rahne fuese encontrado..., vivo o muerto, no importaba. Quería que esa duda sobre lo que se iba a encontrar esa noche en casa concluyese de alguna manera o que ella misma llegase a su final. Si moría, el mal acabaría. No era algo pésimo. No era un trato en el que saliera perdiendo. Camino a su hogar, se repetía esas ideas. No tardó en ver las luces encendidas de su casa, su padre la esperaba. Temblando, se desvaneció en la oscuridad, ¿fue lo mismo que le pasó a su hermana gemela?

Dawn siguió adelante junto a Garric, que aún tenía presente la imagen de Caroline yéndose.

—¿La-la-la a-co-co-compañamos?

—Si un acontecimiento malo está por pasarle antes de llegar a su casa y no le pasa por nuestra culpa, nos hará daño y desearemos que le hubiera ocurrido ese acontecimiento malo que impedimos. Vaya, qué trabalenguas...

»En resumen, digamos que tras aguantar a una familia destruida por la desaparición de su hermana, Caroline desearía ser Rahne, haber desaparecido y no haber vivido lo que ha vivido en los últimos meses.

Garric no contestó e impuso el silencio. Comprendía lo que le ocurría a Caroline, ¡vaya si lo comprendía! Él también vivió con una familia desolada tras la enfermedad de su madre, la depresión de su padre y el accidente del Saint Thomas. La llegada de Lamke solo fue una herida más para ellos. ¿Qué podía decir si pensaba que el razonamiento al que llegó Caroline era el mismo al que llegó él tiempo atrás? Excepto por alguien: Dawn, el recuerdo de ella fue una luz, como la de un faro, que le condujo entre tormentas hasta Hollow Hallows. Caroline no tenía nadie que la condujese en las sombras. Odell se apiadó de ella.

El resto del viaje de vuelta hasta el Caserón Woods lo hicieron Dawn y Garric sin palabras hasta que estuvieron cerca del Ford de John Odell, al lado del motel.

—Tras el día de hoy, Garric, ¿aún crees en el motivo por el que viniste? —preguntó Dawn apuñalando con sus ojos Garric—. ¿Aún esperas que yo te salve?

Garric se sobresaltó. ¿Dawn le leyó el pensamiento? Tardó en responder, no lo hizo hasta que la brisa mortecina que paseaba entre las estatuas del jardín le llegó. Contemplando las imágenes envejecidas de los ángeles, contestó:

—¿Me..., q-q-q-queda ot-ra-ra cosa en mi-mi-mi vida?

Dawn rio con una maldad que erizó la piel de Odell. Volvía a parecer tan peligrosa como la noche en la que la encontró sobre él, con la navaja en la mano, la locura en sus ojos y la sed de sangre en sus labios. Más incluso, porque ahora no portaba un arma visible, quizás ahora toda ella era un arma, afilada, desoladora, letal.

—Garric, nadie nos salva —habló—. Solo nos salvamos nosotros mismos. Tú tienes el poder de salvarte y lo sabes. ¿Recuerdas la máquina de escribir? Sé que la recuerdas.

—No-no-no...

Dawn no dejaba de reír, a Garric no le hacía gracia.

Llegaron hasta el porche. La chica abrió la puerta del Caserón sacando una llave de la segunda tabla de la pared, junto al pórtico.

—Seguridad, ¿eh? —musitó con ironía—. Llaves y puertas, ¿para qué? Antes teníamos túneles secretos en el motel, en la época en la que Obadiah Hownland atraía a las grandes fortunas, las descuartizaba y se quedaba con su pasta. Cometió el error de conservar algunos huesos como trofeo y lo pillaron antes de echarse a correr por los túneles.

El horror se derramó por la cara de Garric como la sangre.

—¿Es-es-es cier-cierto?

Dawn le miró durante un instante y prorrumpió en un:

—No, joder, ¿estás loco o qué? ¿Te lo has creído? —Garric suspiró—. No, no, joder. En realidad, no le pillaron.

Guiñó un ojo y abrió. Garric la siguió hasta el salón. Su padre no le debía esperar (ya debía estar «controlado») y no creía que Emily Hownland fuese de esa clase de mujer que aguarda a que todos regresen al nido antes de irse a dormir. Como supuso, no había nadie.

Dawn encendió la luz, cogió una manzana del frutero de la mesa de la cocina y le lanzó otra a Garric, que no la pudo coger. El fruto rodó por el suelo y él fue tras ella, agachándose y gateando porque la esfera rojiza seguía su camino hasta la esquina de la estancia, sin detenerse. La atrapó al fin y se dio la vuelta, revolcándose por la alfombra como un perro sin patas. Frente a él, erguida, hermosa e impetuosa, Dawn arrancaba de un mordisco un trozo de su manzana.

—Qué patética es la visión de Adán ante...

—¿E-e-eva?

—Ante mí, ante la serpiente.

—Oh...

—Eso no te lo enseñaría Ellis. Jamás.

—¿Tú-tú-tú... sí me-me en-se-se-señarías?

—Mírate a ese espejo. —Señaló el reflejo de la derecha, frente al antiguo reloj de cuco—. No hay nada más que enseñarte que todo el patetismo y ridículo que ves ahí. Ese eres tú.

—No-no-no hace fal-falta ver-verme en-en-en el espe-pejo para ver e-es-eso.

—Estoy de acuerdo —dijo Dawn masticando otro trozo. Garric la miró, suplicante, como si pidiese que no le dañase más. Ella lo quiso entender de otra forma, como si fuera más bien un interrogante; no era: ¿por qué me haces daño?, sino: ¿por qué comes manzanas?—. Sí... Me gustan las manzanas, ¿sabes por qué?

—¿Por-por el pec-ca-ado?

Dawn se rio.

—¡No, imbécil! Por los gusanos —replicó—. Me rodean tantos que es bueno saber que te comes unos cuantos. Te ayuda a sobrevivir. ¿No lo crees?

El joven tardó en responder, pensaba con detenimiento. Se terminó poniendo de pie de nuevo, aceptando su futuro.

—Nnnn-no sé..., si-si-si sobre-sobrev-vivi-ré.

Dawn se encogió de hombros y susurró:

—Nadie sabe si sobrevivirá. Esa frase, en algunas ocasiones, es un triste destino, en otras suele ser un consuelo. Si el mundo está contra ti, el apocalipsis no es un drama.

Los ojos de Garric se humedecieron.

—Pe-pe-pero... Yo... Nnnno-no-no quie-quiero mo-mo-morir.

Dawn alargó la curva de sus labios y entrecerró sus ojos.

—Cuidado con lo que quieres, Garric Odell. A menudo, lo que más queremos es lo que más daño nos hace.

La chica se fue a un lado, dando por terminada la conversación, pero Odell no estuvo de acuerdo.

—Sé lo..., lo q-q-que qui-que-quiero... No-no-no quie-quiero-ro a-a-a-a..., aca-acabar..., muer-to-to... Blackkk-mouth...

El tartamudeo mutó en pausas dolorosas, sangrantes, como uñas rasgándole la

piel poco a poco. La agonía le conquistó y ondeó su bandera del miedo.

—Y acabarás muerto, pero a saber por qué —concluyó Dawn—. No quieres que Blackmouth te haga daño, pero acabará haciéndotelo. Una vez aceptes eso, ¿por qué temer? Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. Te destruirá si hace falta... Hurm, ¿son cosas mías o suena un poco homosexual ese comentario de que te hará daño? En fin, no lo sé, lo que sí sé es que tienes miedo... Bastante miedo. ¿Y sabes qué pienso? Que cometes un error sucumbiendo al pánico, porque tienes armas para no hacerlo. Puedes aceptar tu muerte o puedes obrar para evitarla, tú eliges.

Garric leyó muchas novelas de misterio en los últimos meses, descubrió al término al que se dirigía su amiga.

—N-n-no-no-no...

Dawn se contuvo para no golpearle.

—¡Garric Odell, sucio cobarde, dices tanto la palabra «no» que ya deberías haber aprendido a pronunciarla! —Respiró hondo—. ¿Quieres saber por qué deberías aterrorizarte de verdad? No porque hoy hayas estado a punto de palmarla, sino por las historias, ¡qué poderosas son las historias! ¡Pueden cambiar el mundo! ¡Tú lo sabes!

»Mi tía me contó una historia el día en que llegué a Hollow Hallows, una que hizo que no pudiese dormir sin tener pesadillas durante años. Era peor incluso que aquella que me soltó sobre la bruja Dagan... Bah... Me importaba poco que mi madre se volviese loca, que mi padre se suicidase, pero esa anécdota tan doliente... Oh, ese cuento de viejas te puedo jurar que sí me importaba.

Garric se fijó en las profundas ojeras de Dawn.

—¿Y e-e-e-eres así por-por e-e-eso? ¿Si-sigues sin-sin po-poder dor-dormir?

—No soy como soy solo por ese cuento y sí, ya puedo dormir. Acaso ¿no parezco una chica dura y terrible? No jodas mi imagen, sabandija... Claro que ya no tengo esas pesadillas. ¿Sabes por qué? Porque el terror en mi vida superó al terror en mis sueños, ¿cómo entonces iba a continuar con esas pesadillas? Cesaron, pero no por ello las he olvidado.

—¿Q-q-qué..., cla-cla-clase de tía cuen...?

—¿Qué clase de tía cuenta relatos de terror a su sobrina hasta aterrorizarla? Vas lento, pero no formulas malas preguntas. ¿La respuesta? Puede que alguien como mi tía, pero al fin y al cabo no era un cuento de miedo sin más. ¿Quieres saber qué me contaba y por qué tiene mucho que ver con lo que me estás diciendo?

—No-no-no sé...

—Sí, claro que quieres. Eres tan adicto a las historias como Seth y no podría dejar de escuchar cómo mi tía descubrió qué era la muerte teniendo solo tres años y estando a merced de Calvin Blackmouth.

Garric calló. Solo el nombre del profesor hacía que desease salir corriendo..., a escribir. Quería destrozarle con cada palabra, convertirlo en una escoria infrahumana más insignificante que una mancha de tinta... Comenzó a escuchar el cuento y, si ya para entonces deseaba acabar con Blackmouth, cuando terminase lo desearía más.

Una pequeña Emily Hownland corría por el patio del colegio, pero no era un juego. Huía del resto de los niños. Los críos poseían una afición: atormentarla. Escupir a Emily Hownland, empujar y golpear a Emily Hownland, arrojarle piedras a Emily Hownland, cavar agujeros y tirarla en ellos para «jugar a enterrar» a Emily Hownland. Siempre Emily Hownland, la más débil de los descendientes de los confabuladores. Pero ya no más tras lo que supo aquel día.

Esa mañana se escondió en el patio, entre la maleza, cerca de una ventana del aula. Escuchó gritos dentro y su mirada vagó por la clase. No estaba vacía. En aquel recreo el profesor Calvin Blackmouth le enseñaba una importante lección a Andrew Excremento de Burro Myerscough, un alumno de siete años que se ganó el apodo por haberse hecho sus necesidades encima tras un castigo del maestro por no saber la tabla de multiplicar del dos.

Andrew estaba de rodillas frente a la mesa de Blackmouth. Sus manos estaban posadas en una esquina del escritorio. Calvin empuñaba su regla de madera y la dejaba caer, una y otra vez, contra los dedos del crío, que estallaba en un fuerte llanto.

—No llores, pequeño. No llores. Es hora de que seas un hombre... ¡No llores, Excremento!

La regla de madera fue de tono castaño un día; tras tantos azotes con ella, se ennegreció, ahora se teñía de rojo. La carne despellejada envolvía las manos del Excremento. Cada reglazo dolía más que el anterior. El niño chillaba. ¿Cómo se atrevía a continuar sin obedecer?

—Excremento, ¿me oyes? ¡Te digo que no grites ni llores! Puede que te escuchen, pero ¿de qué servirá? De nada, porque nadie vendrá a ayudarte. Así que ahorra saliva y lágrimas, mimoso. ¡Y obedece!

Nunca hacía los deberes, jamás acertaba las respuestas a las preguntas..., aunque quería hacerlos y entender. No era un holgazán como le decía todo el mundo, solo era que su mente se quedaba callada y no funcionaba, como el tractor roto de su padre. Deseaba aprender, no para adquirir conocimientos, sino para evitar las clases de recuperación en los recreos con el maestro Blackmouth. No quería más bofetadas, más libros estampándose en su cara, más dientes perdidos por los puntapiés... Pero lo que quería y deseaba no le ayudaba a aprender. Gimió con estruendo.

—¡Te digo que no llores!

Pero Andrew Myerscough lloró y gritó, cayendo a un lado y cubriendo con su cuerpo sus manos, que temblaban, desolladas y ensangrentadas. Calvin Blackmouth se quedó observándolo desde la tarima. Miró con sus pequeños ojos la sangre que cubría su escritorio y su regla. Cogió un trapo, lo pasó por la mesa y lo lanzó sobre la cabeza del crío. El paño se hallaba empapado de rojo.

El pequeño no lo vio, pero Emily sí: el profesor movió sus dedos por la madera de la regla, limpiando la sangre que la salpicaba y acercándolo a sus labios para

lamerla. La niña quiso taparse los ojos, pero quizás así la escucharía el profesor y ella no quería terminar como Excremento , por nada del mundo.

El historiador agarró del cuello a Andrew, arrastrándolo por el suelo de madera, pelando las rodillas del niño, desnudas por culpa del pantalón mil veces remendado. Los llantos fueron la melodía de toda la habitación.

El alumno entró en pánico al ver el pañuelo con su sangre, el que estuvo sobre su cabeza y cayó tras él. ¿Estaba muriéndose?

Andrew no dejó de chillar como un cerdo a punto de pasar por el cuchillo.

Tales fueron los lamentos de Myerscough que los estudiantes de la Academia Hallington abandonaron la búsqueda de la pequeña Hownland. Como llamados por el sonido de la flauta de Hamelín, pequeños y grandes acudieron a la fuente del sufrimiento, volvieron a la clase. Lejos de la lástima o pena hacia Excremento , lo que hicieron fue rodear la escena y observar con absoluta curiosidad. Era un juego más divertido que cualquier otro que pudiesen practicar en el descanso. ¿Se atrevería a hacerlo el profesor Blackmouth? ¿Qué le haría a aquella mierda con piernas? ¿Hasta dónde llegaría? ¿Qué haría Excremento? ¿Se mearía, vomitaría o cagaría encima otra vez? ¿Qué pasaría? Las posibles respuestas eran tan emocionantes para ellos...

Emily ignoraba que el profesor ponía orejas de burro a sus alumnos, tampoco lo descubriría ese día. Esa sería la mañana en la que se revelaría otro secreto: la muerte... Y no fue a través de los libros. Empezó a imaginar qué sería fallecer en el preciso momento en que Calvin Blackmouth puso el pie en el cuello de Excremento.

El pequeño empapaba el suelo con su llanto, estaba boca abajo. Tenía miedo, mucho miedo, más que en toda su vida.

—¿Qué ves, Excremento?

Andrew intentó ver a su alrededor, pero tras la niebla de las lágrimas, solo podía observar sombras que le rodeaban.

La presión en su cuello aumentó, notó un pinchazo cada vez más fuerte, recorriendo toda su espalda.

—¡Debajo de ti, no a tu lado, Excremento ! ¡Dime lo que ves! ¡Abajo! ¡Acierta por una vez en tu vida!

Solo negrura.

¿Qué tenía que ver?

Rezaba por saber la respuesta por primera vez en su vida.

¿Qué le pasaría si no la acertaba?

—Seguro que te acuerdas de lo que te pasó la última vez que pediste que alguien te chivase la respuesta —dijo Blackmouth manteniendo su pie sobre el niño—. Por eso no has querido volver a clase hasta hoy, por eso has fingido que estabas enfermo.

»No olvidas que te cogí de las manos y te até a un poste que pusimos fuera. Estuviste seis horas fuera, seis horas en las lloraste, gritaste, suplicaste hasta quedarte sin voz, te defecaste encima y atrajiste a las moscas. Ahora, no vas a poder

pedir que nadie te chive una respuesta, no solo por lo que te pasará si lo haces, sino porque nadie se atrevería a darte una respuesta, porque saben comportarse (les he enseñado) y porque ellos no pueden ver lo que tus privilegiados ojos ven ahí debajo. Así que... ¿A qué esperas para responder, Excremento? ¿Qué ves?

Los ojos de Andrew combatían por vislumbrar entre las tinieblas, por los huecos de las tablas del suelo. La violencia sobre su cuello hizo que las lágrimas resbalasen por la madera y una astilla se metió en uno de sus ojos. Aulló; la sangre se desprendía por la retina.

—¿Qué es lo que ves en el hueco entre las maderas? ¿Qué es? ¡Dilo, maldita sea!

—¡No... No... No veo!

Andrew estaba más que horrorizado, no existía una palabra que pudiese describirlo. Se asfixiaba contra la madera, sus lágrimas y sus babas se aunaban en una explosión de tormento, y aprendía una realidad terrible: quizás esa era su última lección.

—¡Que lo digas, maldita sea! ¡De nada servirá que les llores a tus padres para no volver a la escuela! ¡No fingirás más estar enfermo! ¡Ellos te ven como una carga! ¡Tu desaparición les agradaría! ¡Estás aquí, así que di! ¡Responde! ¿Qué ves en el hueco entre las maderas? ¡Dilo! ¡Di que ves y sabrás cómo acabarás si prosigues con esa actitud nauseabunda!

El obeso maestro dejó caer el peso de su cuerpo sobre el pie derecho, el que estaba posado en el pequeño.

El crío se empeñaba por mirar en el espacio entre las tablas del suelo, ¡tenía que acertar! ¿Qué pasaría si no?

Los estudiantes esperaban saberlo, ¿ocurriría lo que imaginaban?

—Yo... Agh... Agh... Yo...

—¡Responde bien!

Lo supo y se agitó para gritar:

—¡Ve-veo...! ¡Hue-huesos!

Sonó como ramas de árboles al romperse. Calvin Blackmouth pesaba demasiado para sostenerse sobre un cuello que resistiría lo mismo que una uva bajo la pata de un elefante. Los gemidos y llantos de cesaron el instante.

Andrew Myerscough era muchas cosas: un niño de siete años, un crío de cabellos pálidos, un pequeño de rostro redondo, un muchacho de risa fácil, un enano siempre jugando con los gatos de su casa... Ahora, un muerto.

Los alumnos no dejaron de mirar, fascinados y horrorizados al mismo tiempo. Emily tampoco apartó sus ojos, tras la ventana, escondida, preguntándose si eso le pasaría algún día: no solo enfrentarse a Calvin Blackmouth, sino a la propia muerte, entre gemidos y sollozos que concluirían con un estallido seco.

—Vaya... —dijo Blackmouth—. Para una pregunta que aciertas, Excremento... Vaya suerte —susurró. El cuerpo del niño estaba inerte, la cabeza yacía hacia

delante, con el pescuezo remarcado por pequeños huesos salidos de su lugar natural. Emily creyó que Andrew se asemejaba a un juguete roto—. Bueno, se ha acabado la lección —Blackmouth se dirigió hacia sus estudiantes—. Que alguien me traiga una toalla para limpiarme los zapatos, creo que he pisado un excremento... —Sonrió—. Y que alguien ayude a levantar esas tablas y que otros traigan el saco de cal del porche. Considero que desharemos bastante el cuerpo, aunque siempre quedan huesos. Sí, siempre quedan. Siempre permanece una respuesta bajo la madera. Huesos, respuestas, una lección. —Observó a sus estudiantes y les preguntó—: ¿aprendido queda?

La respuesta fue al unísono, pero la primera que abrió la boca fue Harriette Ellis, con quince años, futura la directora de la academia hasta que enfermó, la que descubrió ese día que la muerte podía excitarla tanto como para unirse siempre a la escuela. Era un placer interminable.

—Aprendido queda, profesor —dijeron.

La contestación de los estudiantes era clara, pero Emily no replicó, no se sumó al coro demoníaco, aunque durante semanas, la persiguieron diciéndole que acabaría como Excremento , que le partirían el cuello y la enterrarían bajo el suelo de la clase. Ella se calló y se quedó fuera porque aprendió algo más que el terror o los cadáveres bajo el piso. Ella supo lo que significaba la muerte y nunca lo olvidaría.

Por eso, años después, al ser ella mayor, le enseñaría aquello a su pequeña sobrina Dawn, porque su hermano Bobby jamás pudo. Mejor aprenderlo con una historia que con el chasquido de tu cuello. Eso era cierto.

Dawn entró en su habitación. Durante el relato, Garric la persiguió incapaz de decir nada.

—Siempre he dudado de que esa historia fuese real —consideró Dawn—. Opinaba que era alguna mierda que me contaba mi tía para joderme viva como venganza porque su hermano (mi padre) la dejase tirada en la puñetera cuneta. —Se quitó las zapatillas para dejarlas en su habitación—. Pero no me extrañaría, los cadáveres de Hollow Hallows se quedan en Hollow Hallows y sus terrores nunca mueren.

Garric se tapó la boca, como si las arcadas fuesen a hacerle reventar. Él sabía la verdad, una certeza que hubiera deseado jamás saber, pero ¿y si no la sabía y acababa como Andrew Myerscough? No, no era ficción: esa mañana, cuando cayó al suelo, creyó ver entre las tablas..., sí, huesos de... ¿Tal vez de Andrew?

Tuvo ganas de chillar y llorar, pero no debía hacerlo o acabaría como él, pero..., las lágrimas derritieron su rostro. Lloraba por Andrew, por el niño de siete años que terminó muerto, rodeado de gente que no le ayudó, con unos padres que se sintieron aliviados de dejarle caer bajo la bota de un asesino. ¿Eso era Hollow Hallows? ¿Era todo lo que podía ser? ¿Podía cambiar? ¿Haría falta un poder inconmensurable para

cambiarlo? ¿Podría pensar transformarlo acaso con sus palabras? ¿Puede el arte destruir el mal?

—Mi regalo debería darte una pista de lo que debes hacer, Garric —dijo Dawn haciendo un gesto para que Garric saliese de su cuarto.

—¿Re-re-rega-galo?

—Ya sabes cuál es. Tu arma para escribir, la encontraste en tu habitación hace poco.

La máquina de escribir vino a la mente de Garric. ¿Ese fue el regalo?

—Yo-yo-yo... No.

Dawn le clavó uno de sus dedos en el pecho, señalándolo con fuertes toques:

—¿Quieres sobrevivir? ¡Sabes cómo! Acabarás como Andrew a menos que te muevas. No hay otra escapatoria, no existe otra solución. No seas una carga sin más. Sé un adulto por una maldita vez en tu vida. Afronta el terror y pártelo el cuello... Escribe si es tu don. Cambia el mundo con tus palabras.

Garric se iba a quedar solo, porque Dawn le echó de su habitación. Ambos se quedaron en el pasillo durante un momento.

Algo pasó.

Dawn se detuvo. Vio una inquietante figura tras la ventana. Caminó sobre sus pasos para ver mejor. ¿Qué era?

Escudriñó con su mirada, el vaho cubrió el cristal, lo limpió y buscó entre las sombras que oscurecían el pantano.

—¿Q-q-qué pa-pa-pa-pasa?

—Muchas cosas.

Dawn apartó su vista y sacudió su cabeza como si no hallase lógica a lo que observó.

—¿En-en-en el pan-panta-pantano?

—Muchas cosas...

—¿El-el-el q-q-q-qué?

—La más importante: creo que alguien está viviendo en la ciénaga, acechando.

El descubrimiento encogió a Garric.

—¿Q-qué? ¿Qui-qui-quién?

Dawn abandonó el pasillo y, como siempre, dejó tras de sí docenas de preguntas sin contestar.

Desde el pantano se escuchó un ladrido. ¿Era Huargo? ¿Estaba en la ciénaga? ¿Con quién? Garric no pudo contestar.

Esa noche, el hijo de John Odell tuvo pesadillas en las que vagaba por el cenagal buscando al perro vagabundo... Y la muerte sacaba sus garras del lodo para arrojarle al barro, destrozarle la cabeza y ahogarle.

No fue su peor pesadilla ni sería lo peor que le sucedería en Hollow Hallows.

CAPÍTULO 20

Garric no durmió esa noche.

Comprobó que su padre estaba controlado en su guarida de madera, con la soga al cuello. A continuación, se tumbó en la cama, atemorizado.

Cada vez que cerraba los ojos, veía al profesor Calvin Blackmouth, los estudiantes riendo, el borrador, los huesos bajo los tablones... Y, en un instante, las imágenes mutaron. Los esqueletos se convirtieron en azulejos pálidos, el borrador en una almohada, los estudiantes en la sombra de su padre y el maestro en su madre moribunda, yaciendo sobre la cama de un motel. La posible muerte de aquel día de Garric se metamorfoseó en la muerte segura de su madre en el pasado, una nueva y oscura pesadilla convertida en una vieja y recurrente, una que Odell no quiso creer durante mucho tiempo.

«Existen sueños que nunca fueron ficción, pero intentamos convencernos de que sí lo son», pensó y se percató con rapidez que uno de sus relatos comenzaba así. Aquella frase era una creencia tras años diciéndose que un suceso de su pasado fue mentira, pero ¿y si era cierto? ¿No fue por lo que aconteció en la última noche de su madre lo que transformó a su padre en..., en..., en algo infrahumano? Su razón vagó por esos días, buscando la verdad incluso sin pretenderlo.

En su espíritu cayó un verso de *Las flores del mal*, que era el favorito de su padre, y eso le hizo pensar en el tiempo en que lo descubrió.

**—¡Oh, dolor!, ¡oh, dolor! El Tiempo se come la vida
y el oscuro Enemigo que nos roe el corazón
crece y se fortalece con la sangre que perdemos.**

Las palabras de Charles Baudelaire se volvieron más importantes en los días que trascurrieron después del ataque de Alan Lamke. La familia Odell terminó en un hospital donde al padre le escayolaron un brazo y al hijo le cosieron algunos cortes. Mientras soportaban la tormenta mediática («asesino contra asesino», «la realidad tras el caso de los Odell»...), los matasanos descubrieron que el tumor cerebral de la madre era ahora metástasis. Durante unas horas, un Garric aturdido creyó que el intento de asesinato de Alan Lamke salvó a su madre: «gracias a que la ha enviado a este hospital, han descubierto los tumores... la han pillado a tiempo, la salvarán». Luego, se dio cuenta de que la metástasis mataría a su madre y pensó en algo atroz, en si no habría sido el mundo más clemente si Alan Lamke la hubiese matado veloz de un hachazo y no la enfermedad con una agonía terrible. En ese tiempo, pese a todo, consideró que se obraría un milagro sin nombre y su madre se curaría, pero como muchas otras veces, se equivocaba.

Las semanas siguientes fueron oscuras y terribles, no solo por los periodistas que se disfrazaban de médicos e intentaban robar una exclusiva, no solo por un padre

que amenazaba día y noche a Garric para que no volviese a ser un monstruo nunca más... Lo fue porque el muchacho aceptó que la mujer marimandona, pero a la que quería tanto, iba a marcharse para siempre.

Lo peor es que no habría una última escena de madre e hijo abrazándose antes de que ella cerrase los ojos. No habría unas últimas palabras que enmarcar. No habría nada digno de recordar sin lágrimas en los ojos. Los escritores como él pensaban que, a veces, la realidad merecía ser escrita de una manera más coherente que la perpetrada por la vida; el problema era cuando lo hacía.

Cuando los médicos recomendaron que la paciente regresase al hogar para descansar, John y Garric Odell leyeron entre líneas: «debe regresar a casa para descansar..., en paz». Poco les importó a los doctores que apestaban a tabaco y sexo con comatosos que su padre les hubiese pagado tanto como para él arruinarse y ellos enriquecerse, menos aún que su casa fuese un hervidero de curiosos y tipos de la prensa que se comportaban como buitres deseosos de seguir la leyenda negra de Alan Lamke y compañía. Para los sanitarios, era el fin de Sophie Odell y no querían un cadáver más en la morgue.

John se llevó a su mujer a un hotel de tres estrellas que consiguió intentando ser lo más discreto posible, dando esquinazo a varios paparazzi de periódicos como *El Ojo de Monroeville*, que querían cubrir un poco más del caso. Era de madrugada, pero los carroñeros deseaban aullar sobre las penurias de los Odell, un poco más de lágrimas y sangre harían flotar el barco de las audiencias.

Garric iba en el asiento de atrás del Ford Anglia negro, sin querer mirar las luces de los vehículos que les perseguían. Su madre apoyaba la cabeza en su hombro, respirando cada vez más débil, apagándose poco a poco, como una cerilla cuyas horas de luz morían para siempre. Cada segundo de respiración a través de la mascarilla, le confirmaba al muchacho que todo era una despedida, que el mundo poseía ahora un sabor a adiós: no habría ninguna oportunidad igual, cada instante era único, final. Quiso consolarla y consolarse.

—Te... pon-pon-pon-pondrás... bi-bi-bien, ma-ma...má.

Su madre no respondió, su batalla estaba en tomar y liberar el aire. El padre miró a su hijo por el espejo retrovisor. Era una mirada de asco, una de esas que se graban como hachazos en la carne de quien las recibe. Habló con el mismo sentimiento de rabia:

—No le mientas a tu madre, monstruo.

En el hotel prepararon la habitación para su madre. Sophie Odell pasaría las siguientes horas en su cama, cubierta con una fina manta blanca, como los azulejos donde se llegaba a reflejar su esquelético cuerpo. Una enorme almohada la hacía permanecer entre sentada y tumbada, como si no supiese qué afrontar: si la vida o la muerte, levantarse o dormir para siempre; la metáfora horripilante y, a su vez, perfecta. A su lado, los utensilios médicos que un enfermero privado, un maleducado de mirada ceñuda, consiguió poner no sin antes exigir cincuenta pavos como

propina.

Garric no quería descubrirlo, pero así lo hizo: a ese estado se resumía la vida, a aguardar el fin, entre últimos suspiros, junto al hedor de la lejía, el brillo de una falsa limpieza, la tos y las flemas que ahogaban pulmones y máquinas que se empeñaban en anunciar un inminente fin.

La última vez que ella le dijo algo, el joven notó que su corazón daba un vuelco.

—Ga-Ga-Garric...

Su madre, en sus últimas horas, se convirtió en un remedo de él: un tartamudo a punto de morir.

Acudió a ella con premura, aguardando unas indicaciones de ánimo, algo con lo que pudiese consolarse cuando todo hubiese terminado, las ambicionaba con cada palmo de su ser.

—Lim-lim-lim-limpia..., las-las..., flem-flem-flemas...

Fue una de las mayores decepciones de la vida de Garric.

En la habitación de al lado, su padre dio un puñetazo a la mesa. Toda la «cháchara» no le dejaba escribir el guion que estaba intentando vender a los tipos de la tele. Se suponía que debía ser una comedia, pero solo le salían chistes sobre el cáncer, la quimioterapia y morirse («¿Su enfermedad? Es su signo del zodiaco. ¡Cáncer!»)... «¿Cuándo se es más inteligente? Cuando se tiene cáncer y se acude a quimioterapia, ¿por qué? ¡Porque no se tiene ni un pelo de tonto!»... Insertemos risas enlatadas a cada mención del cáncer). En fin, ¿a quién le podría vender esa porquería? Eso no pagaría las deudas.

Garric se pasó la noche en que su madre murió como pasaba aquella tanto tiempo después en el Caserón Woods: despierto, con pesadillas ante sus ojos, pese a que nunca llegaba a dormirse.

Su madre se iba para siempre por un sendero por el que nunca se regresaba. Cualquiera cosa de la vida de su hijo cambiaría, ¿y qué podía hacer? ¿Se quedaría con esa frase sobre las flemas, esa súplica, como la última que escucharía de ella? Necesitaba otra, una que le ayudase a no morir él también, una que pudiese enterrar el horror del Saint Thomas, la aparición de Alan Lamke, el comportamiento de su padre... Un desahogo.

Se levantó de la cama. Despacio, fue al cuarto de su madre, no quería sobresaltarla, ¿y si la asustaba en la noche y le provocaba un infarto? No se perdonaría.

La mujer debía estar sola, luchando por respirar. Su padre dormiría en el sofá, ya que no podía yacer junto a ella, no solo por la enfermedad, sino porque no deseaba yacer junto a un cadáver ni quería que el cáncer se le pegase, según sus palabras. «La muerte solo engendra muerte», decía, ignorando su labor de cuidar a su mujer cada cierto par de horas para saber si el suero se terminaba o había que cambiarle una vía... Al menos, no encontrarse con su padre era bueno para Garric.

¿Hallaría muerta a su madre? ¿O durmiendo y se equivocaría y pensaría lo

peor? ¿Su madre abriría los ojos? ¿La vería ahogándose sin remedio? ¿La escucharía llorar? ¿Podría Sophie pronunciar unas últimas palabras que transformasen al niño que engendró? Todas las imágenes y preguntas de los últimos meses azotaron el alma de Garric, una tras otra, incesantes y despiadadas, como los hachazos de Lamke.

Y la escena que encontró fue una distinta, inesperada.

Su padre estaba con su madre, pero no en un gesto de amor incondicional, no siendo presa de un dolor que acabase con él y sostuviera toda la pena que le embargaba por el adiós de su esposa. John Odell tenía en sus manos la almohada y bajo ella el rostro de su mujer. La tuvo hasta que las manos de ella se quedaron quietas, hasta que las máquinas imploraron un pitido que significaba muerte.

Separó la almohada poco a poco, como si temiese que se moviese, en dicho caso debería aplastarle la cara de nuevo hasta asfixiársela. John no encontró un rostro en paz en su esposa, sino una boca y ojos abiertos, clamando a algo que nunca entendió; no hubo huella de esa joven que conoció en el instituto, portadora de una sonrisa mayúscula, pequeños hoyuelos y enormes ojos que iluminaban una cara hermosa, remarcada por tersos labios. Lo que quedó de ella fue una faz desfigurada por la enfermedad, por un quejido de muerte que nunca la abandonaría.

Garric retrocedió, sin poseer una frase de consuelo, solo una imagen que le aterraba. Su padre le observó y le habló:

—¿Qué? ¿Qué quieres? Garric, no te hagas la víctima. Los lamentos de tu madre no me permitían escribir.

¿Quiso decir: «tenía que ahorrarle dolor y acabe con su sufrimiento»? Porque no, sin duda no fue eso lo que contestó.

El muchacho huyó a su habitación, cerró la puerta y durante toda esa noche y cada día desde entonces se convenció de que nada de eso pasó, que nunca su madre se marchó así, que su padre no fue una bestia que le ahorró trabajo a la Parca.

Unas horas después llegaron los tipos de la ambulancia. Uno de los sanitarios, sin dar importancia, certificó el fallecimiento por causas naturales y John habló con los trajos negros de la funeraria; nadie se percató señales de una asfixia y si las vieron prefirieron pensar en un acto de clemencia antes que un asesinato, que Sophie se fue durante la noche, sin más... Pero Garric conocía la verdad; deseaba que no, que nunca eso hubiese pasado, pero hay verdades que son como la muerte: inevitables. Y llegó a tomarlo como una creencia indiscutible pese a todo: su madre murió por un fallo en sus pulmones. Nada más.

Pudo creerlo durante mucho tiempo, salvo esa noche en Hollow Hallows, esa en la que quiso recordar unas palabras que su madre nunca pronunció, unas que sirviesen para ahogar la tristeza, respirar en paz y olvidar el calvario de ese día, un suplicio que comenzó hacía mucho tiempo. ¿De qué otra manera podría sobrevivir no

solo a ese martirio, sino a todos?

Entonces abrió los ojos, húmedos por los sollozos.

Deseaba hallar el sosiego y lo que contempló fue una sombra sentada en su cama, una presencia que le dijo con una voz dulce:

—Garric, nunca has sido un monstruo, solo tienes que aceptar lo que eres. Es la única manera de evitar perderlo todo. Hazme caso: no vivas la vida de otros.

Era ella, su madre.

¿Cómo era posible que su mayor miedo ahora le transmitiese un mensaje así?

Bajo la penumbra, Sophie Odell estaba aún sana, con sus cabellos cayendo, sin ser una peluca, mezclándose por su rostro, portador de sus ojos brillantes, la piel sin ningún atisbo de enfermedad y unos labios que aún permitían sonreírle.

Garric, lloroso, asintió con la cabeza y fue hasta ella para abrazarla; no buscaba ninguna explicación (¿estar muerto unos segundos le permitía ver ahora a los que sí se fueron?), ella se encontraba allí y, de repente, el resto del mundo carecía de sentido, solo quería volver a abrazar a su madre. ¡Por fin tenía las últimas palabras de la mujer que le dio la vida!

Estuvo a punto de saber si también podía tocar a su madre, si podía hundir su rostro entre sus cabellos con aroma a jazmín y sus manos podían sentir el calor de un abrazo. Buscaba aferrarse a ella, que le devolvió la fe entonces, y fue cuando ocurrió: un sonido como el de una fruta podrida aplastándose y la cabeza de ella cayó a un lado, rodando.

Garric contempló como el pescuezo de su madre se convertía en una fuente rojiza.

Sophie Odell, decapitada.

¿Puede morir un fantasma?

Garric deseó que sí, pero no por su madre, sino por el monstruo que se hallaba tras ella, empuñando un hacha cubierta de sangre.

—¡Lo siento por interrumpir esta escenita de mami e hijito!

Alan Lamke movía en sus manos el hacha que decapitó a la señora Odell.

—¡Lo siento tanto..., pero mi hacha quería también cariño! ¿Cómo se lo iba a negar? —continuó con pura maldad—. Eh, ¿por qué me miras así? ¡Deberías darme las gracias, pequeñín, lo he hecho de un solo tajo! ¡Zas! ¿Le das un besito, pequeño?

El cuerpo de la mujer cayó al suelo, donde yacía su cabeza, aún con una sonrisa de paz que no correspondía a lo que le pasó en sus últimos instantes.

Garric se levantó, huyendo de Lamke, una vez más.

—Dicen que a la tercera va la vencida, incluso cuando intentas cargarte a alguien, pero yo lo he conseguido ¡a la segunda! ¿Dónde está mi premio? —preguntó Alan dándole una patada a la cabeza de la madre, esta se levantó por el aire y cayó a los pies de Garric—. ¿Jugamos al fútbol con ella, pequeño? ¿No? Venga ya, ¡qué serio estás! Tu padre duerme, podríamos jugar a otras cositas, pero cuidado con no excitar demasiado mi hacha o, advertido quedas, haré correr la sangre en tu carita... Ven,

aquí, dale un besito a mi hacha, ¡chúpala! ¡Lame sin parar! ¡Es tuya! ¡Ven, monstruito!

Lamke y Odell se persiguieron como un gato y un ratón, sin cesar, sabiendo que la muerte era el único premio por quedarse quieto.

Garric no pudo explicar cómo empezó buscando armas y acabó delante de la máquina de escribir. Intentó ponerle los folios y deseó que no se trabase con ninguna pieza antigua, pero pocas veces se consigue lo que se pretende y tardó en poner el folio cerca de la bobina. Lamke saltó sobre la cama para llegar a él, su cara quebrada lanzaba mordiscos ávidos.

—¿Qué estás haciendo, idiota? ¿Qué cojones estás haciendo? ¡Nada de escribir! ¿No recuerdas lo que nos hiciste, pedazo de hijo de la gran puta decapitada?

Lamke cortaba la yugular del aire, moviendo su hacha de un lado a otro, un poco más y llegaría hasta su enemigo, pero Garric se giró y le dijo:

—Lo recuerdo y, por eso, escribo.

Alan sonrió con su cabeza partida a la mitad, regurgitando muerte y heridas. Lanzó el hacha contra Garric, él no pudo escapar, observó la hoja acercarse e imaginó que cuando su sangre brotase, escribiría en la página en blanco de la...

—¿«Lo recuerdo y, por eso, escribo»? ¿Has dicho eso? ¿En serio? ¿Hablas en sueños y no tartamudeas? Qué sorpresa, Garric.

Algo le dio en el pecho.

* * *

Garric despertó, pero no se encontró con un hacha en él, no con un filo oxidado recubierto de su sangre. Nada de eso.

Se hallaba sentado en la silla, frente al escritorio donde estaba la máquina de escribir, ¿cómo llegó hasta ahí? ¿No se encontraba en la cama?

Miró a su alrededor, ni huella de lo que creyó observar. Tampoco vio a Lamke ni a su madre. Solo cierta oscuridad y una sonrisa, la perteneciente a la chica que le habló: Dawn, cubierta solo con una larga camisa gris con la portada de un disco de Spike Brent: *Viciivius* (donde el hombre de Vitruvio consagraba cada extremidad a un vicio: las drogas, el sexo, el dinero, la muerte...).

Garric no pudo evitar observar las piernas de ellas, iluminada por la luz de la gibosa luna, resplandeciente, de aspecto suave, hermosas, unas piernas donde perderse... Luego, dándose cuenta de que quizás tuviese el hacha de Lamke clavada en el pecho, miró lo que ella le lanzó. Era un enorme libro, *Historia de Hollow Hallows* por la Familia Blackmouth. Escalofríos incesantes recorrieron su espíritu.

—Necesitarás ese libro para mañana.

—Lo-lo-lo...

—¿Ya vuelves a tartamudear? ¿Solo hablas bien en sueños? Seguro que escribes

sin tartamudear...

Dawn miró hacia el folio de la máquina de escribir, ¿tenía algo escrito? La casi completa oscuridad de la habitación, menos por los rayos de la luna, se lo impedía. Garric se mostró nervioso, más de lo habitual. La adolescente caminó sobre sus pasos, descalza; en sus labios, que humedeció durante un instante, su sonrisa eterna.

—No-no-no me-me-me-me lo apren-aprenderé en un...

—Si lo tecleas, sí. Conozco tus secretos. «Sé todo sobre Hollow Hallows», escríbelo y se hará realidad. ¿Recuerdas? El profesor te hará mañana otra pregunta de este lugar, alguna lo suficientemente oscura como para que ni *Lord Larvas* la sepa, tú no sabrás responder y acabarás bajo los tablones, reducido a huesos. El acto de hoy ha sido piadoso por su parte, créeme. Mañana irá tras de ti hasta que pueda quebrarte el cuello o colocarte para siempre unas orejas de burro. No podrás huir de él ni quedándote aquí, tarde o temprano te encontrarás y desearás haber huido. Pero ¿por qué soportar eso? No eres un monstruo, Garric, uno que deba esperar ser acorralado en un molino y quemado vivo por los aldeanos, como el monstruo de Frankenstein en la peli. No vivas la vida de otros...

«No vivas la vida de otros», la frase de su madre, ¿Dawn la escuchó? ¿Cuánto tiempo llevaba ella en la habitación? ¿La pronunció él? Por supuesto, no existía otra solución. No consideraba que ella se la hubiese susurrado en sueños, era demasiado retorcido, incluso para Dawn.

Por enésima vez, Garric buscó por la habitación los restos de lo que parecía una fantasía: su madre y Lamke estaban muertos. ¿Ellos fueron reales? No estaban allí, ni una mancha de sangre ni una cabeza cortada, pero claro ¿qué cadáver dejan atrás los espectros?

Dawn se marchó, cerró la puerta, pero le dio tiempo de ver a Odell encendiendo la luz para poder leer el libro. Eran más de mil páginas, ¿cómo aprendería eso? ¿Y si escribía que conocía cada secreto del libro? ¿Y si...?

Garric suspiró y escuchó un sonido viscoso, ¿era Lamke chupando su hacha? ¿Era su padre comiendo muerte? ¿Era su madre escupiendo flemas? Miró hacia la cerradura del armario. Un pequeño gusano caía por el ojo que ansiaba la llave. ¿Era una metáfora? Y como el ansia de la que era prisionero, ¿cada gusano de sus manos cayó sobre el teclado?

Miró al folio en blanco y sintió que su pulcritud iba hacia él, como una almohada a punto de asfixiarle para ahorrarle sufrimiento o para permitir que alguien pudiese escribir sin soportar sus dilemas, tal vez y de forma ilógica, ¿él mismo?

—**¡Oh, dolor!, ¡oh, dolor! El Tiempo se come la vida
y el oscuro Enemigo que nos roe el corazón
crece y se fortalece con la sangre que perdemos.**

El sonido de una máquina de escribir rasgó la noche.

CAPÍTULO 21

A finales del último agosto de Hollow Hallows, los días se precipitaron como la lluvia en la tormenta: veloces y arduos. En ese tiempo, Seth Dagan apostó sobre cuánto duraría Garric Odell antes de recibir otra paliza, sin embargo lo que ocurrió en el segundo día de clase le obligó a replantearse muchas cuestiones.

—¡Oh, pero si ha vuelto nuestro nuevo estudiante! —exclamó Calvin Blackmouth al ver entrar a Garric, sorprendido porque creía que la siguiente vez que lo viese sería dentro de una caja de madera—. Queridos estudiantes, ¿veis lo que yo veo? —Nadie respondió, pero el teatrillo era todo para Blackmouth—. Sí, os dais cuenta, claro que sí. El Tartamudo tiene un mal nivel, está muy atrasado, hay que ponerle al día y aplicarle otra..., enseñanza. —Miró a una piletta de porcelana en un rincón del aula—. Considero que podríamos probar cuánto aguanta debajo del agua si se equivoca, así que ya que hablamos de hundirse y ahogarse... Responde, pequeño asno tartamudo, y equivócate para que empecemos lo antes posible, ¿cuál fue, según el historiador Archibald Blackmouth, el primer barco en hundirse en las costas de Hollow Hallows?

Los estudiantes dirigieron sus miradas ansiosas hasta Garric Odell. Cada uno de ellos, ya fuera la chica de tez masacrada por el acné o el chico de pelo grasiento, aguardaban el error del novato para empezar con otro grotesco juego. Palpaban el miedo, ¿aceptaría el nuevo más magulladuras? Si no lo hacía, daba igual, las recibiría de todas formas.

Garric se puso de pie y su voz temblorosa apareció:

—El-el-el... —El gesto de Blackmouth pareció el de una bestia que consiguió alimento tras días sin conseguir nada—. Bu-buq-buque... —Pero ¿en serio? ¿Iba a atreverse a responder? ¿Cómo? No debía saberlo, ¿cometería ese error?—. *Es-tre-tre-lla... E-e-eter-na.*

Los alumnos quisieron murmurar entre sí, pero no lo hicieron. Seth entendió por la mueca hastiada del profesor que Garric acertó con su respuesta, ¿era un golpe de suerte? Al fin y al cabo, los barcos se estrellaban contra las rocas y el nombre *Estrella* recordaba a la acción, pudo ser un amago de la fortuna (aunque no terminaba de creérselo). En otra esquina, Caroline esperó la reacción de Dawn, que se antojaba satisfecha, como si los astros se alineasen y, de repente, Odell supiese los secretos de Hollow Hallows. Más allá de los confabuladores, el asombro rodeó a los otros presentes, por ejemplo los hermanos Ellis, que sabían que el patético Odell había estado en lo correcto, pero ¿cómo alguien de fuera podía saberlo? ¿Cómo escapó de la trampa?

—Sí, sí... Buen truco, asno, pero los magos no aciertan para siempre —dijo Calvin Blackmouth y sus manos señalaron a otro estudiante—. ¿O no, Dagan? Tú

deberías saberlo mejor que nadie, o tal vez tu padre...

Seth bajó su rostro, con vergüenza. Garric desconocía el motivo del comentario, pero sí se percató de que buscaba amenazarle a él y hacer que Seth siguiese herido, ya que todos los confabuladores debían sufrir lo indecible. Blackmouth siempre mataba dos pájaros de un tiro y, viendo las aves disecadas en frascos que adornaban el aula, esto era literal.

* * *

A medida que pasaban los últimos días de agosto, Dagan siguió sorprendiéndose. Cada jornada comenzaba siempre con una pregunta de Calvin Blackmouth a Garric, cuestiones cada vez más complicadas, más enrevesadas, y que buscaban desembocar en una lección.

—¿Cómo se llamaba el antepasado más antiguo de Alfred Hallington, según Galvan Blackmouth?

—Da-Da...

—No se llamaba «Da-da».

—Damian... Hallin.

El esfuerzo de Garric por no tartamudear le dejó sin aire, el sudor caía por su frente, llegando a sus ojos, obligándole a entrecerrarlos. Blackmouth le señaló con la regla y, por unos instantes, los demás pensaron que iba a pegarle, incluso el propio Garric lo pensó.

—Otro tartamudeo al responderme y lo tomaré como un error, burro —dijo y sus ojos se perdieron en la ventana, en el horizonte brumoso—. Entonces te mostraré el camino al desfiladero y te haré desaparecer hasta que tu madre se vuelva loca si es que algún vientre engendró alguna vez un excremento como tú.

Garric tembló, pero también supo que ese veneno malicioso volcado por las fauces de Blackmouth se refería a Rahne, la hermana de Caroline. La voz del historiador resultó como una bofetada para la muchacha. Herir a dos era mejor que solo a uno...

* * *

Al día siguiente, nada más entrar en el aula, Blackmouth mostró una sonrisa que se podía describir de dos maneras: siniestra y repugnante. Ambos adjetivos eran correctos, ayudando a la vez a recordar a la maldad que mostraría una serpiente. ¿Se otorgaba a sí mismo los laureles de vencedor en el enfrentamiento contra Odell? ¿Tenía su arma definitiva? Si sus métodos eran sádicos con poco tiempo para pensarlos, ¿cómo sería su enseñanza, ahora que se frustró tantos días por no

«enseñar» a Odell?

—¿Qué puerta de Hollow Hallows lo es y no lo es, Tartamudo?

—Es... un...

Elliot soltó una pequeña risa, el zoquete de Odell no aguantaría sin tartamudear.

Blackmouth hizo un gesto con su mano, pidiendo silencio, mirando hacia Garric y acercándose a él poco a poco, poniéndole cada vez más nervioso.

—¿Es un qué?

—Un... acerrrtiiijooooo...

Garric entrecerró los ojos, su voz se quebraba y le costaba respirar.

—¡No, es una pregunta!

La estocada de Blackmouth fue rauda, Garric no se dejó apuñalar.

—Aaaalfreeeed Haaaaallingggtoooooon... Laaaa... Pueerrrttta..., deee Hoooollow... Haaaaallows...

Garric consiguió decir la frase alargando cada sílaba, disimulando cada dubitación, cada frase que amenazaba con romperse en sus fauces.

—¿Lo es y no lo es?

Esperaban que la segunda pregunta fuese la definitiva antes del castigo.

—Loooo es..., poooooorque noooo..., mueeeere..., en... el recueeeeeeeerdo de..., naaaadieeee... —Hizo una pausa. Muchos pensaron que no seguiría, que su fortuna se había agotado, pero...—. Nooooo loooo eees porqueee mueeeere... Él..., fooorjó laaaaaa puertaaa de este..., muuuundo...

Nadie dijo nada solo esperaron que el profesor hablase.

—Y si añado un verdadero acertijo, ¿cuándo la puerta no es puerta?

Era un último reto que nadie podía superar.

—Cuaaaaaaaando..., eeeeeeeestá..., abieeeeeeeertaaaaa... Y laaaaaas pueeeeeertas que fuuuuuncionan cieeeeeerran... Cuaaaaaaaando se abreeen soooooon engaaaaañoooooooooos...

Blackmouth gruñó, masticando las palabras:

—¿Cómo? ¿Tiene algún sentido?

Garric no supo qué decir, se limitó a dar la contestación más sensata:

—Loooooo dijoooooo... Alffred Haaaaallington.

Los pupilos de Blackmouth se hallaban incrédulos ante tamaña sorpresa. El historiador quiso recomponerse, no podía flaquear ante el asno. Cerró sus puños.

—Al último alumno que le pregunté eso, erró. Le di tal... —Cerró los ojos y soltó con un suspiro—: enseñanza..., que se cambió el nombre y se suicidó con tal de que jamás lo hallase ni aquí ni en el más allá, con tal de no avergonzar a su familia, ya largo tiempo avergonzada...

El secreto se abrió ante Garric: el maestro hablaba de Bobby Hownland, el padre de Dawn, él cometió ese equívoco. Ahora, él desafió esa pregunta y acertó. ¿Cómo se sentiría su amiga al verle triunfar donde su padre falló?

* * *

Después de un par de intentos más, a finales de agosto, ya Blackmouth no le preguntó más a Garric, solo le dejó de lado, como si no existiera, al mismo tiempo que hablaba de viejas y siniestras historias de Hollow Halls: los hombres pájaro encargados de la peste, la forja de la estatua, la creación del campanario... Solo importaba Hollow Halls, no existía más mundo para los desgraciados que habitaban allí. Y sobre el mal llamado Odell, del cual el maestro no se olvidaba, ya se encargaría el resto del consejo.

Y también sus hijos.

Al término de una de las jornadas de clase, el viernes 29 de agosto (la última de ese mes), el sonido de unas ruedas quemándose al tomar un giro fue una advertencia para Dawn, Seth y Caroline. Garric no entendió por qué se echaron a correr sus amigos al salir de clase..., hasta que vio cómo aparecía un coche que no iba a por ellos porque hubiese perdido el control o fuese un accidente, lo hacía porque quería matarlos.

A lo largo de los siguientes días, tras cada día en el colegio, los hermanos Ellis daban la señal del comienzo de una carrera que los alumnos de la escuela se disponían a ver con una morbosidad enfermiza. Elliot y Brooke tripulaban el descapotable que derrapaba desde la academia para ir detrás de los descendientes de los confabuladores.

—¡Corred, corred, corred! —gritaba Elliot para que todos le oyesen y dando volantazos para que ninguno de los confabuladores escapase—. ¡Haced algo de ejercicio antes de que os aplastemos! ¡Haremos que quepáis en los ataúdes para niños de Shaxon! ¡Oh sí!

A su lado, como copiloto, Brooke chillaba con una serie de gemidos que sonaban a orgasmos, porque, tal vez, lo eran:

—¡Las ruedas piden carne y vamos a cazarla! ¡Cazamos! ¡Cazamos, sí, sí, sí! ¡SÍ, CAZAMOS MONSTRUOS!

Los estudiantes aplaudían intentando ser testigos una carrera que se perderían a menos que Elliot pudiese cerrar el camino o atropellar a los confabuladores. Esas dos últimas acciones eran seguras.

—Tenemos que convencer a papá para que nos deje traer un día el coche —dijo Donald Ellis—. Estaría bien jugar con esa escoria y cerrarle el camino.

Flint Ellis asintió con la cabeza, imaginándolo. No pudo retener la risa mientras veía a los confabuladores huir de aquel veloz y salvaje coche. Empezó a aplaudir y silbar para animar la contienda.

—¡No-no-no-no-no-no-no..., pue-pueden...! —gritaba Garric corriendo, horrorizado, junto a Dawn.

—¡Claro que pueden y lo harán peor! ¡Corre! —chillaba Dawn con toda su voz.

El joven temió que le alcanzasen, que las ruedas y los hierros le redujesen a un cuerpo retorcido y sangriento. Temió incluso en el segundo en que Dawn le cogió la mano y le condujo por el camino donde la hierba alta crecía sin control, frente a la escuela, ¿era su última vía de escape?

¿Y el resto dónde estaba? No divisaban a Caroline ni a Seth. Odell se hizo a la idea: se separaron, así no podrían atrapar a los cuatro. Era la única medida de supervivencia que les quedaba ¿no?

El forastero sintió escalofríos, ¿y si Dawn hacía lo mismo? ¿Y si le abandonaba y le atrapaban a él? Apretó sin querer la mano de la chica, a la vez que las plantas rompían su pantalón, golpeaban su rostro y el suelo estaba dispuesto a ser su último lecho. Si miraba atrás, temía que un parachoques le arrollase...

—No-no-no-no me suel-sueltes, Dawn.

Esperó escuchar una respuesta clemente de Hownland, mientras luchaban por no asfixiarse y el estruendo del motor de un coche conducido por unos locos se aproximaba. Sus rostros se ensuciaban de sudor, hojas y tierra, pero Garric quiso ante todo oír de Dawn unas palabras tan reconfortantes como las últimas de su madre, aquellas nunca pronunciadas, unas palabras que lo cambiasen para siempre.

Lo que obtuvo fue un simple:

—No hagas que te tenga que soltar, Garric.

No fue una caricia, sino más bien un puñetazo.

Y pese a que no fue la frase que deseaba, aunque no halló dulzura y esperanza, Garric sí encontró la mano de Dawn junto a la suya y escapar así de la muerte era la mejor vida que podía tener, la única que podía poseer y, por el momento, valía la pena.

Al final, desapareció el sonido del automóvil, pero no los gritos y las amenazas. Por suerte, el Caserón estaba cerca y podían hallar refugio. Era un consuelo.

—Suelta mi mano, no te pertenece —dijo Dawn molesta y fue hasta la puerta de su casa, donde desapareció. Garric se quedó atrás, oliendo la mano que ella le tocó. Era todo para él.

Así terminó el mes de agosto y muchos sucesos más, escondidos en tinieblas, que pronto desvelarían el verdadero horror. Odell lo aceptó con cada tecla de la máquina de escribir que pulsó.

CAPÍTULO 22

En la segunda semana de septiembre, tras una de las persecuciones de rigor en las que Elliot y Brooke amenazaban con atropellarlos, los amigos terminaron dándoles esquinazo y reuniéndose lejos de las miradas de sus enemigos. Estaban ante uno de los acantilados de Hollow Hallows.

Seth se sentó a descansar entre las rocas y miró al precipicio, el resto no se quedó atrás: la imagen del cementerio de barcos era digna de ser contemplada. Era hipnótica: rocas afiladas y oscuras rompiendo olas bravas, que sumergieron innumerables barcos, cuyas popas asomaban como si quisieran regresar del abismo marino al que fueron condenados.

—¿Có-có-cómo es-es-es-es po-posi-posible q-q-q-que nunc-nunca sobre-viviese na-nadie? —preguntó Garric contemplando el reino verde y acuoso que cubría las embarcaciones.

—¿A los naufragios te refieres? —dijo Dawn, Garric asintió.

—Fácil, esos hijos de perra preferían ser penetrados por violentas y sexuales rocas antes que por Hollow Hallows —contestó Seth haciendo un gesto como si presentase a las afiladas rocas negras—. ¿En serio eres ese brillante psicópata que creemos? Deberías saberlo...

Caroline ignoró a Seth y habló con Garric:

—¿Nunca sobrevivió nadie? ¿Cómo lo sabes?

—El li-li-libro de..., his-his-histo-toria de..., Ho-Hollow Ha-ha-llo-llows.

—¿Ese ladrillo inmundo? —preguntó Seth. Algo no le cuadraba—. ¿Ese pedazo de libro enorme que solo dejan consultar en la biblioteca? ¿Era mierda que nadie ha podido terminar de leer? ¿Ese es tu secreto? ¿Por eso aciertas las preguntas de Blackmouth? ¿Dónde coño te haces las chuletas?

Garric negó y miró a Seth, provocándole escalofríos.

—No-no-no... Sin..., chu-chu-chuletas...

Dawn intervino, casi como una defensora:

—Yo se lo di... Recordaba que Garric era un buen estudiante.

Era respuesta tampoco apaciguó Seth:

—¿Un buen estudiante? ¿Recordabas eso tras tanto tiempo desde la última vez que viste a este pelma? —se burló, sin creerse esa respuesta—. Si la última vez que lo viste seguro que lo más complicado que sabía era sumar y decir el abecedario, ¿cómo suponías que era un buen estudiante y cómo este capullo se ha aprendido millones de páginas como si nada en tan poco tiempo?

Dawn chistó, pero Garric intercedió por ella:

—¿Ha-hay... hay... o-o-otra so-solución?

—Pues... Pues... —quiso replicar Seth, pero no halló nada posible y dijo—:

Odell, no te me pongas de listillo, monstruito salido de un cuento de Lovecraft...

Dawn obvió a Seth y le dijo a Odell:

—No le hagas caso, Garric. Es que Seth está leyendo a Lovecraft y quería meter una referencia sin más, para fardar.

Seth se enfadó más de lo esperado por ese comentario.

—¡Sí, Dawn, traidora! —exclamó. Ya no bromeaba—. ¡Tú ríele las gracias e ignóranos a nosotros, tus únicos amigos! —Dio una patada a una piedra—. ¿Cuántas veces hemos necesitado ese libro y no hemos conseguido un ejemplar? ¿Cuántas veces hemos sido castigados por ese gordo nauseabundo y tú teniendo un libro que podría haber evitado eso!

Dawn no se tragó lo que estaba escuchando y lo hizo saber:

—¿Te ibas a poner a estudiar, Seth? ¿Tú? ¿En serio?

—Eh... Eso es otra cuestión —murmuró, a modo de lamentable disimulo—. Contesta a lo mío primero, ¿lo tenías y se lo das a Odell antes que a nosotros?

Dawn sacudió el rostro, como si le costase hacer caso a Dagan, y dijo:

—Yo misma no sabía que lo poseía hasta hace un par de días.

Seth dijo entre dientes:

—Mientes.

La joven quiso aparentar calma y continuó:

—Lo encontré en el desván buscando una máquina de escribir.

—Mientes... —repitió Seth con rabia—. ¿Para qué coño quieres una máquina de escribir? —preguntó y se levantó para remedar a Dawn y hacer que escribía en una imaginaria—. Pensé que las entradas de tu diario las escribías, para hacerlas más personales y únicas, con la sangre de los cortes que te haces en tus muñecas... —Miró los brazos de Dawn, sorprendiéndose—. Eh, eh, eh... Pero bueno, bueno, ¡parece que ya no tienes nuevos cortes! Entonces ¿estás ahorrando o qué? ¿Usas la sangre que te trae ese mierdas de Odell de sus víctimas, tipo *Déjame entrar*, o la sangre de tu propia regla para hacerlo más personal?

Dawn fue hacia Seth. Segundos después, el chico se retorció en el suelo tras llevarse una patada en la entrepierna. No fue el final. La chica lo cogió de una oreja y le intentó arrastrar...

—¡Muévete, Seth!

—¡NO!

—¡Muévete o te arranco tu jodida oreja!

Seth obedeció. Dawn le obligó a gatear por las rocas, que dejaron marcas en el cuerpo del descendiente de los Dagan. La joven soltó la oreja e hizo que la cabeza de Dagan quedase mirando al abismo. Si le daba un toque más, podría tirarlo al vacío. Él no devolvió ningún golpe ni quiso escapar, el puntapié le dejó gimiendo.

Contemplando la patética imagen de su amigo, Dawn se agachó para hablarle al oído, pero todos la escucharon:

—Voy a hacerte una advertencia que más te conviene no olvidar. Nunca —dijo

Dawn. Seth sentía la voz de ella y también las gotas de agua de las olas al romperse debajo, a un par de metros. ¿Se uniría a ellas?—. Seth, escucha bien. Vuelve a pasarte y haré que los hermanos Ellis encuentren tu cadáver entre los restos de los barcos. Intenta herirme y te devolveré cada sardónico comentario transformado en una puñalada. Rasgaré tu pellejo hasta que escupas toda tu sangre, te destrozaré hasta que vomites tu carne, tus pulmones, tus tripas, tus huesos y toda la miseria que guardas dentro. Ni Huargo querrá comer lo que quede de ti. ¿Lo entiendes? —Le dio una leve patada. Un poco más fuerte y lo tiraría abajo—. Por supuesto que lo entiendes, sabes que yo sería capaz de eso, sin ninguna duda. Ninguna, cero. Quedas advertido.

Dagan se quedó en el suelo, intentando recuperar el aire mientras Dawn se levantaba y regresaba con Odell y Caroline. Tenía una sonrisa amplia en su cara, más que de costumbre, y los pequeños mechones de su corto cabello se agitaban al viento como si formasen una corona. Garric la vio así al menos, como la emperatriz del fin del mundo, una fuerza atroz capaz de sonreír tras acabar con todo, con cualquier atisbo de esperanza o desesperación. Destruía y reinaba sobre la nada, ese era su poder. Odell no podía quitarse esa metáfora del pensamiento. ¿Por qué? Volver a escribir estaba haciendo que ideas extrañas brotasen de su razón, sin parar, pero no debía pasarse. Escribió por necesidad, para que Calvin Blackmouth no le matase, no escribía por placer, sin embargo hasta hacía poco no escribía y ahora eso ya no era así, ¿algo más cambiaría?

—Siempre he sentido alegría por la gente que pereció en esos naufragios —dijo Dawn, recuperando la conversación, como si el incidente con Seth no hubiese sucedido—. Morían antes de conocer el horror de Hollow Hallows. Solo por eso hay que envidiarles... Muchas veces me pregunto si alguno no llegó a la costa y algún gusano de esta isla lo arrojó al vacío. A lo mejor, incluso ese superviviente decidía lanzarse de nuevo al mar, sin barco, con tal de no pernoctar en este sitio. ¿No os lo imagináis? Yo sí, de una manera perfecta, cuerpos cayendo al vacío para retorcerse en las garras marinas y desaparecer para siempre bajo el sueño de la agua que inunda los pulmones.

Tomó una bocanada de brisa marina, como si se alimentase del aliento de los muertos de las profundidades.

—Ha-Ha-Halling-ton-ton...

—Cuando pronuncias Hallington y haces ese «ha-ha-ha», parece una risa —dijo Dawn. Garric se sonrojó—. Por no mencionar el «ton-tón»... Deberías ganarte la vida de comediante. Eso sí, parece que solo si tu vida está en riesgo dejas de tartamudear. Lo vi ante Blackmouth, alargaste las sílabas y usaste algún truquito, de repente no parecías el tartaja de siempre. —Garric prefirió el silencio—. ¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Nosotros no te asustamos lo suficiente? ¿Ni un poco?

Garric se sacudió como si sus sentimientos bulleran en su interior.

—Yo..., lo-lo-lo-lo sien-siento...

Dawn levantó la cabeza, en un ademán de clara decepción.

—Ya has respondido con ese tartamudeo... En fin, lamentable. —Tomó aire—. Cambiemos de tema, ¿qué ibas a decir de nuestro ilustrísimo fundador y estatua sin cabeza?

—Lle-llegó a es-esta..., is-isla tras-tras..., un nau-naufragio.

—Más motivos por los que los bastardos no querrían a desconocidos que osasen llegar a la isla como su mesiánico Alfred Hallington —intervino Caroline, que observaba como Seth se ponía en pie, tras gatear lo suficiente para alejarse del borde del acantilado (temía tambalearse y hacer el salto del ángel). Garric recordó entonces que no estaban solos—. No obstante, los que malviven en este sitio solo han obtenido una cosa: han sembrado ese mar de más y más cadáveres y más y más tesoros, a la vez que buscan el resto de trofeos del supuesto barco que trajo a Hallington: el *Estrella Eterna*, un buque que nunca han encontrado pese a sus deseos. Su mesías aún les oculta mucho.

Garric se quedó dando vueltas a la respuesta de Caroline.

—No sé si ese cabrón era mesiánico o no —dijo Seth—, lo que sí sé es que mi cayado mágico se ha ido a la mierda con esa patada ninja de Dawn y eso no lo oculta nadie... ¡Joder, qué dolor! —Señaló su entrepierna entre suspiros y gemidos de la puñalada en sus testículos—. ¡A la mierda mi estirpe de hijos magos! Mi última magia se ha quedado impregnada en el intento de que mis pelotas no se caigan...

Se calló al vislumbrar una mirada de Dawn que no auguraba nada bueno. Garric no entendió bien el comentario sobre la magia del joven que volvió a sentarse, agotado. Hownland se lo explicó a Odell:

—Su padre era un hechicero.

Odell abrió bien los ojos. No dio crédito a lo dicho con tanta seriedad, menos todavía cuando la cara de Seth se transmutó en un gesto de desidia.

—No era hechicero, ¿vale? —aclaró Seth—. Era mago, ¡solo un mago! Un hechicero implica brujería, un mago implica el uso de magia como un truco.

Caroline se encogió de hombros.

—Ya ves, tenemos a Harry Potter en el grupo.

Seth sacudió sus manos, intentando aclarar la situación:

—Ese chiste no es para nada divertido, Caroline. No tengo cicatriz, no voy a un colegio de magos ni a mis padres se los cargó un hechicero malvado. Eso sí, creo que mi madre sigue por ahí desde que se fue, pendoneando y chupando pollas a cambio de cigarros.

—Vaya, me están dando ganas de hacer un brindis por esa gran madre —añadió Caroline.

—Estás tú para quejarte de la madre de otros —soltó Dawn.

Caroline convirtió su rostro en pura rabia.

—Tranqui, Caroline (ya has visto lo que me hizo) —dijo Seth con un murmullo que luego desapareció—. No te lo tomes a mal. Yo pensaba que ibas a decir que te habían dado ganas de chupar pollas por cigarrillos en vez de un brindis por mi madre

así que el comentario de Dawn ha sido mucho mejor, menos ofensivo quizás.

—Sois los dos unos hijos de la gran puta —concluyó Caroline.

Garric pensó que la joven Jones se iría, pero no lo hizo. ¿Adónde podría irse si estaba tan sola?

—Lo gracioso es que si seguimos los chismes de la prensa sobre tu madre, Dawn (espero no ofenderte, lo juro, ¡no quiero ofenderte!), y los comentarios de Ma sobre mi vieja, Caroline, has acertado de lleno —dijo Seth y le dio un toque en el hombro a sus amigas para volver a estar en paz—. Somos unos hijos de la grandísima puta.

Los tres rieron un instante.

Garric quedó desconcertado durante unos segundos, porque entendía que los descendientes de los confabuladores eran diferentes entre sí. Ninguno debería llevarse bien, algunos incluso tendrían que haberse peleado y odiado en otras circunstancias; sin embargo, encerrados en Hollow Hallows, ese islote dejado de la mano de cualquier dios, donde cada uno de sus habitantes les odiaba por crímenes que nunca cometieron ellos sino sus antepasados, llegaron a ser amigos sin poder evitarlo. No existía otra forma de sobrevivir al fin y al cabo, ¿no?

—Entonces, ¿no eran hechiceros? —preguntó Caroline.

Seth rezongó y dijo:

—A menos que mi papis echasen unos *polvazos* mágicos (lo que implicaría mi extraordinaria forma de ser y mi magnético físico de culturista esmirriado), no, no lo creo.

Garric se cansó de sentir que estaba viendo una película desde la mitad y no desde el principio.

—No-no-no-no en-entien-entiendo...

—¿Qué tienes que entender, Jack el Destripador? ¿Cómo se hacen los niños? Tu papi, el Señor Pútrido, te lo puede explicar: es lo que te hace cada noche a ti, pero con una mujer y todas las implicaciones físicas, biológicas y metafísicas que eso implica. Busca en Wikipedia cómo se hace un puto bombo, yo he contribuido bastante en esa página incluyendo palabras como: «Coñón del Colorado», «trompetón del superfalopio» o «superespermatoide de los huevos».

Dawn dio una patada a la hierba, ¿una metáfora de lo que le haría a Seth de nuevo? Más bien una advertencia por la que dijo:

—Seth, para con esa mierda, me estás revolviendo. Garric no sabe lo que le pasó a tu padre, cómo la palmó. Deja de darle vueltas y soltar chistes con tal de no contar la verdad y así hacerte el tío duro cuando en realidad lloras cada noche, encerrado en el baño por no tener un papi que te acurruque en su seno cuando te asustas y una mami que te enseñase a lavarte las manos tras ir a mear, ¿vale?

Seth abrió la boca como si quisiera decir algo ofensivo, pero al final se quedó sin nada que decir que no fuese:

—Joder, eso ha dolido y mucho, aunque más me ha dolido la patada en mis huevazos... En fin... —Miró a todos lados hasta que al final volvió a hablar—. Sí, mi

padre la palmó, fin. Odell no tiene que saber nada más. No quiero darle ideas a este maldito perverso.

—Su padre era un hechicero... —comenzó Dawn el relato de la vida y muerte del progenitor de Seth.

Seth no quería que le quitasen aquella historia, su historia.

—¡No era un puto hechicero! ¡Era un mago! ¡Era *Mr. Dagan el Increíble*, disponible para espectáculos, bodas y cumpleaños! Era un gran ilusionista en una época en que nadie hacía ya magia, en que estaba pasada de moda, ¿vale? —dijo, enfadado—. Ese cabrón, que se pintaba el bigotillo cada noche, llevaba un frac de segunda y tenía un sombrero de copa que parecía el arca de Noé, era mi padre.

»El muy mamón escapó de aquí cinco años antes de que yo naciera. Por supuesto, Ma le echó una bronca la noche en que se largaba: lo parió para que cuidase de la granja, no para que tuviese una vida propia... Mi padre tenía otras ideas y no, convertirse en Merlín no era su objetivo vital.

»Al llegar a la ciudad lo intentó de mil maneras distintas, como humorista o camarero, pero no hacía gracia ni a la gente que le veía sufriendo cada vez que rompía alguna copa o hacía desaparecer la cartera de los impresentables de turno. ¿Tendría razón Ma?

»Fue entonces cuando, tachán, el hijo de perra acabó como mago porque tenía que sustituir a un capullo que iba a dar un numerito de magia y se atragantó metiéndose una espada por la garganta. A mi padre no le salió mal la improvisación. Todo muy bonito, ¿eh? Digno de una puta película de autosuperación.

»Aprendió el oficio durante cuatro años en que dejó impresionado a cada jubilado, niño..., idiota o mafioso en general, que abarrotaba su espectáculo. ¡Era magistral! ¡Tanto que ganó pasta, se casó en Las Vegas con la zorróna de su ayudante (es decir, mi madre, la *Señorita Conejo*) y les iba genial hasta que algún condón se rompió y aparecí yo en escena: *voilà!*

»Por esas fechas, mi padre y su coneja regresaron a la madriguera, a Hollow Hallows. ¿Por qué coño se les ocurrió esa gilipollez? Pues bien, Ma le pidió a papi que volviese porque estaba “enferma y moribunda”. Era solo una puta mentira para que se quedase, chantaje emocional y toda esa porquería. Mi madre, experta en manipulación, lo vio claro, me cagó y se largó lo antes que pudo en busca del primer pene que necesitase algo de calor y que no fuera ninguno de los insignes miembros viriles de Alfred Hallington y sus herederos *pichacortas*.

»Interludio... En serio, ¿nadie quiere aplaudir? Ahora viene la mejor parte (lo sé). Es cuando mi padre se queda cuidando de mí hasta que empieza a beber como un cosaco y una noche decide volver a ser *Mr. Dagan el Increíble*, pero no en Las Vegas, sino en... ¡Hollow Hallows! ¡Tachán! —Hizo una leve pausa—. ¿Nadie aplaude? ¿Nadie? Bien, pues que os jodan. Sois el peor público de la historia.

»Que comience el siguiente acto, el acto final... Mi padre cogió el coche, fue al centro de Hollow Hallows el día 31 de octubre, el Día de Hollow Hallows y anunció

un gran *show* de magia: juego de cartas, conejos saliendo por todas partes, gente cortada en pedazos, desapariciones... Este sitio, acostumbrado al realismo más fehaciente y toda esa mierda, no podía permitir que nadie creyese en algo que no fuese real, por lo que le dieron una paliza a mi padre y lo enviaron de regreso a la granja en la medianoche de mi tercer cumpleaños. ¿Y sabéis qué? Venía con un regalo: iba a convertirme en un huérfano, porque alguien le cortó la jodida garganta y se desangró delante de Ma y de mí, ¿qué os parece? —Más silencio—. Bueno, eso no importa... A la mierda vuestra opinión... Así que como cabía esperar, papá la palmó.

»Lo que viene a continuación no importa mucho, pero... Ma se puso a gritar que un día Hollow Hallows le pagaría todas; luego no se atrevió a nada más, y yo me puse a llorar no porque mi padre ahora tuviese un cuello capaz de estirarse más que el de *Mr. Fantástico*, sino porque su cuerpo se derrumbó sobre mi baúl de juguetes y ahora estaban llenos de sangre.

»Y todo eso con tres añitos de edad... Vale que he adornado un poco con palabrotas, pero es la justificación de que mi padre no era un hechicero, ¿entendido?

Seth tragó saliva y apartó su mirada, no queriendo seguir con la historia que contó tan rápido como hubiese deseado parar por un gran dolor, haciendo las mínimas pausas para respirar. Era como si la hubiera querido arrojarlo lo antes posible para poder así escapar.

Para sorpresa de Odell, Dawn empezó a aplaudir y Seth hizo una leve reverencia; en cambio, Caroline comentó:

—¿Y por qué eso justifica que fuera mago y no hechicero?

Seth puso cara de: «¿en serio, Caroline? ¿En serio?» y, al final, replicó:

—Porque los hechiceros vuelven de la muerte como Gandalf y los magos se quedan enseñándoles trucos de cartas al diablo, ¿vale?

Caroline gruñó:

—Sigo pensando que sería un buen giro para nuestra historia que tu padre fuese un hechicero.

A Seth le recordó en ese instante a Rahne, por hacer una broma en el peor momento. Ese simple gesto le entristeció. Echaba tanto de menos a Rahne. Una voz inesperada le sacó de sus pensamientos:

—No-no-no... Cre-cre-creo que..., no... No lo se-se-sería —contestó Garric. Caroline se fijó en él, ¿se refería al tema de un «buen giro»? ¿Iban a discutir de literatura?—. El lec-lector no-no-no se lo c-cr-creería...

—Nadie se creería muchos sucesos de las que han pasado —corrigió Caroline señalándolo—. La realidad no sigue las pautas de las historias de un tartamudo infeliz.

—Creo que te equivocas sobre eso último —contestó Dawn con una sonrisa—. Al menos, eso es lo que piensa nuestro *juntaletras* asustadizo: el mueve y cambia el mundo. —El corazón de Garric se detuvo, ¿qué demonios estaba haciendo Dawn?—. Por supuesto que su cabecita ya piensa en una historia en la que Seth sea un poderoso

hechicero...

—¿Un poderoso hechicero de manos de este mierdas? —preguntó Seth haciendo un amago de risa. Odell se sentía cada vez más molesto—. ¿Y para qué sería su hechicero? ¿Para que él me tocara la varita como se la toca a su padre? No, no, no... Y además, no tengo una jodida lechuza, daría mucho por una jodida lechuza como *Harry Potter*.

—Pen-pen-pensé que pre-pre-prefe-preferías los dra-dra-drago-dragones...

Seth arqueó una ceja, ¿cuándo Garric descubrió eso?

—¿Cómo sabes...? Ah, vale, creo que ya me acuerdo... ¿Solté algo de eso cuando Dawn contó tu vida y milagros? ¿Y aún te acuerdas? Vaya, todavía estás más enfermo de lo que pensaba, Cesare.

—¿Ce-ce-ce-sare?

—Un asesino de *El gabinete del doctor Caligari*, ¿no la has visto? Pues jódete, un *spoiler*... Ahora aguardo que no me mates por un puñetero *spoiler*.

Odell apartó su mirada, hablar con Seth era perderse.

—Garric, disculpa a Seth, está excitado porque haya convertido sus pequeñas pelotas en tortilla y con el hecho de que vayas a convertirle en un hechicero en una historia —dijo Dawn a su amigo.

—¡No estoy excitado porque me hayas dado un patadón en los huevos y menos aún por ser un puñetero hechicero! Si lo estuviera, ¿qué diría eso de mí aparte de que tengo un miembro viril carente de sentimientos? ¡No tengo tanta brujería para eso!

—Ve-veo que-que-que..., pre-pre-prefiere he-hechicero a ma-ma-mago... ¿Re-re-reniegas de... tu-tu-tu pa-pa-padre?

El tartamudo estaba rebasando los límites (ya de por sí cortos) de Seth.

—¡Deja de hacerte el puñetero Freud conmigo, chalado! Ya lo he dicho, ¿vale? Prefiero hechicero a mago porque los hechiceros vuelven de la muerte y los magos se desangran en los puñeteros pasillos de la granja donde nacieron, junto a su madre, su hijo y el hedor de los cerdos. ¿Entendido, capullo?

Garric reconoció que su estocada había hecho sangre en Seth. Mucha sangre.

—En-en-entendido...

—Qué borde llegas a ser, Garric —dijo Caroline, aburrida.

—Mira la que fue a hablar, ¡doña alegre! Venga, vamos, doña alegre, sonrío y suelta una de tus bromas para que puedas darme ejemplo de cómo ser positivo, joder.

—Caroline le fulminó con la mirada—. ¿Oh, nada? ¿No dices nada? ¡Vaya, qué irónico!

—Relájate, idiota —consiguió decir Caroline—. ¿No eras tú el que querías saber la historia de Odell? ¿Ahora tienes una que pueda crear?

Seth hizo un ademán con las manos, como si quisiera representar que todo había cambiado:

—¡Quería saber su historia el día en que desconocía que era el hijo pequeño de Barba Azul!

—Querías saberla el día en que no era un personaje de un cuento de hadas — tradujo Dawn—. Sí, muy lógico negar el poder de un relato a través de la magia de un cuento que, al fin y al cabo, es otra cara de la ficción.

—¡Ya está, joder! ¡Parad ya! ¡Detened los trabalenguas y los debates filosóficos! ¡Me gustan las historias porque me permiten alejarme de esta mierda de realidad, de este asqueroso sitio! ¿Es eso un delito? —Seth contempló a sus dos amigas, intentando descubrir en qué momento dejaron de serlo—. ¡Cuando la historia contiene asesinos a un palmo de mí prefiero alejarme de esa historia! ¡Bastante mierda tengo en esta realidad, en esta maldita isla! —Guardó un instante antes de que el sufrimiento volviese a brotar como sangre—. La gente de Hollow Hallows es asesina y miserable, le cortaron el pescuezo a mi padre, le dijeron a mi Ma que se lo merecía porque era un delincuente sin oficio ni beneficio, porque su mujer era una zorra y porque en la ciudad alguien dijo que había que cargarse al mayor cerdo que crio mi abuela: mi padre.

»Jamás me creí que mi viejo pudiese conducir desangrándose desde fuera de aquí, atravesando el puente y llegando ante casa, sé que lo mataron aquí y que jamás quisieron descubrir una verdad que en el fondo cualquiera de nosotros terminamos sabiendo o aprendiendo: ¡que Hollow Hallows es el retrete del mal y el lugar más maldito del mundo! ¿Por qué entonces querer historias sórdidas de un asesino llamado Garric Odell, que está a mi lado? Ni de coña. No, ¡quiero historias que me permitan alejarme de este basurero! ¿Vale? Ya está. ¿Fin de la discusión?

Caroline permaneció callada. Miró varias veces a Seth, como si intentase saber algo más de cómo se sentía. Antes de ese estallido de cólera, su amigo era el de siempre, en cambio, ahora revelaba varias verdades, ¿las supo su hermana Rahne en la época en que estaba al lado de él? ¿Seth sufrió tanto por ella porque era la única persona a la que le confió esos trapos sucios que almacenaba en lo más profundo de su ser, tapando las heridas que nunca cicatrizarían?

—Las palabras escritas de Garric podrían salvarnos la vida —dijo Dawn. Seth entendió que era el comienzo de un discurso—. Sí, lo digo en serio. Garric tiene una historia sombría protagonizada por él, lo sé. La muerte de sus compañeros del Saint Thomas, la agresión y el adiós de un psicópata como Lamke, el fallecimiento de su madre, la enfermedad de su padre y el temor a no poder escapar de ese horror pese a lo que escribía hasta entonces.

»Él me lo ha contado, él me dijo cómo esas acusaciones de ser un asesino le hicieron temer a las palabras que conjuraba para escribir historias. ¿Quién era él para desear y poder escapar de ese cuento de terror auténtico en el que estaba involucrado? ¿Por qué él podía huir de esa inmundicia real escribiendo, mientras que los demás se quedaban en este mundo y sufrían? Incluso su padre, otro creador de historias era incapaz de marcharse de la boca del lobo a través de la creación, ¿y él, Garric? Debía recluirse como su padre, abandonar sus sueños, ser aplastado... Renunció a lo más importante de su vida: escribir, con tal de que el gran sufrimiento que le rodeaba se

compartiera, que él también fuera presa de él, como los demás, quizás así el resto tendrían menos agonía bajo la que ser aplastados.

»Así fue hasta ahora. Él piensa por qué no debería escapar de Hollow Hallows, como tú, Seth, como tú, Caroline, como yo misma. ¿Por qué le íbamos a poder negar la clemencia de su mayor sueño? Acaso ¿su sueño no es nuestro sueño? ¿No nos parecemos en algo, en que odiamos este sitio y queremos marcharnos? Puede que la realidad nos arrastre y no nos deje ir, pero él puede contarnos historias que nos hagan vagar fuera del hades. Las historias pueden conseguir que cualquier puerta de la realidad no solo se abra, sino que se quiebre.

»Pese a la que ha vivido Garric, sé que puede concebir otras fantasías, otras que rompan nuestras cadenas y hagan que caminemos senderos lejanos de aquí, respiremos el aire limpio de otros lugares y que nuestro corazón lata sin la ponzoña de Hollow Hallows. No sé si es magia o hechicería, pero es literatura. Las palabras escritas de Garric podrían salvarnos la vida.

Nadie dijo nada más en unos cinco minutos que parecieron horas. Garric sentía que debía dar las gracias. Se puso de espaldas para intentar contener las lágrimas y nadie se diera cuenta. Tras tantas tinieblas, después de tanto mal fuera y dentro de Hollow Hallows, encontraba en la chica un consuelo que valía por todo su mundo.

—¿Podemos volver ya? —Seth tomó la palabra, serenándose. Dio un par de pasos y luego dio la media vuelta para mirar a Odell—. Al fin y al cabo, este cabrón tiene que escribir esa historia donde soy un hechicero ¿no? Si va a salvarnos haciendo que imaginemos estar fuera de aquí, pues que escriba... Sin muertes ni toda esa mierda, al menos en la realidad, ¿vale? Y prohibido las referencias sexuales entre nosotros, ¿ok? Eso es muy de *fan fic*. Hazlo y se te caerá a cachos o te quedarás ciego. ¿Vale? Pero ¿qué importa? Haz que yo sea el mejor, escritorzuelo.

Garric era un símil de la estupefacción, pero contestó lo antes posible para que nadie se diera cuenta:

—Ya-ya-ya... Vere-veremos...

Seth se marchó dejando tras de sí un:

—Qué perturbador ha sonado eso.

Los amigos se fueron del acantilado al pie del cementerio de barcos. Garric intentó no dejarse llevar, no por sus amigos en la realidad, sino por los sueños en sus fantasías. Como los barcos muertos perdidos en la marea tumultuosa, pronto su pensamiento y su alma se ahogaron en un frenesí de magia donde existía un hechicero llamado Dagan, que rendiría pleitesía al gran emperador Odell, al Rey de Tinta, a cambio de lograr más poder del que cualquier otro ser pudiese albergar. No era una mala historia, tenía que pensársela.

¿Cuántos muertos cobraría esta vez el relato? Lo desconocía, lo que sí sabía era que el mundo era repugnante, que Hollow Hallows era la patria de lo maléfico y que, tal vez, unos muertos más no importasen si la vida no era tan terrible para los únicos amigos que había tenido en su vida.

CAPÍTULO 23

Un susto. Lo que Caroline halló al abrir la puerta fue una imagen digna de una película de terror.

Cuando peleaba con su madre para que comiese y se tomase las pastillas, el momento en que tocaron el timbre, no podía esperar que lo que encontrase al abrir fuera tan perturbador. Tuvo ganas de chillar.

—¡Tranquilízate, Caroline! ¡No es mi sangre, no al menos toda! Solo una parte, pequeña. ¡Los moratones sí! ¡Son míos! Pero... ¿Podemos irnos de aquí? ¿Te vienes al Caserón Woods? ¡Venga! ¡Di que sí! ¿Se lo negarías a un encantador moribundo? Bueno, je, he dicho «encantador»... Ya verás qué gracia tiene cuando pilles que es un juego de palabras involuntario. ¡Venga, ven! ¡Ven!

Era Seth. Su camiseta, sus vaqueros, sus tenis... Eran rojos, pero no porque ese fuera el color de sus prendas, sino porque estaban cubiertos de sangre, la misma que resbalaba por sus cabellos, su rostro, sus manos... Y a él no le importaba.

La cara de Seth era un ejemplo de alegría, una enorme sonrisa que solo podría sostener un demente. Le recordaba a Ash en *Evil Dead 2*, una de las películas favoritas de Seth; en una escena, el protagonista enloquecía, troceaba demonios hasta que la sangre acababa cayendo por su rostro y reía sin parar. ¿Qué le ocurría a Dagan? ¿Lo imitó? ¿Se cargó a su abuela y ahora iba a por ella? «Esa mierda de cine es lo que hace», le decía siempre su padre a Caroline. «Ve esa porquería y te acabarás liando a tiros con cualquiera. El problema no es nunca de las pistolas ni quienes de los que las lleven salvo si son unos tarados».

Caroline vislumbró la varita del chico en su mano derecha, como si fuese un arma dispuesta a ser utilizada.

La chica cerró la puerta de un portazo.

—Oh, qué predecible. Te ven cubierto de sangre y se asustan... Venga, ya... ¡Caroline! ¡Maldita sea! ¡No te asustes! ¡Tiene una explicación! O una explicación más o menos, pero... ¡Calma! ¡En serio!

—Largo de aquí, lunático —dijo Caroline sin salir.

—¿Qué? ¿Vas a llamar al policía paleta? Me ayudará a matarte y luego me pegará un tiro de cortesía por haberle facilitado el curro...

—Seth, largo de aquí.

—¿No está tu papi en casa? Si así fuese, ya estaría apuntándome con una escopeta...

—¡Seth!

—¡Caroline! ¡Por favor, calma! ¡Es una buena historia, una historia que merece ser contada! ¡Y sí, por supuesto que quieres escucharla!

Caroline se sorprendió: ¡se lo estaba pensando!

—Prométeme, Seth, que no me matarás.

Seth rio de una manera alarmante.

—¡Te lo prometo! ¡Venga, sal y vamos a ver a Dawn! ¡No os vais a creer lo que me ha pasado! ¡Es genial! ¡Quemar el espantapájaros en el pantano ha funcionado!

Tras unos segundos, Caroline abrió de nuevo la puerta.

* * *

Horas antes, Seth bostezaba y se ponía en pie. No podía vagar un poco. Parte del castigo de Ma por llegar tarde hacía unas semanas, además de desconectarle el ordenador, fue tener que encargarse él de la granja desde primera hora los fines de semana, una labor que le daba tantas ganas de realizar como romperse cada hueso del cuerpo, uno por uno.

Tras lograr embutirse en los vaqueros y unos asquerosos tenis, se puso la camiseta bien (lo hizo al revés dos veces); le quedaba pequeña y enseñaba el ombligo, lo que le provocaba la risa. «Estás tan gordo que enseñas cacho como una pequeña furcia. Seth Dagan, la zorrilla de Hollow Hallows», echó una carcajada tras eso, a la vez que hacía espacio en el armario para meter los calcetines sucios y se topó con un papel tirado. Lo cogió y observó: era una fotografía. En la imagen, el grupo estaba reunido: Dawn, Caroline, Rahne y él. El tiempo pasó, pero de pronto Seth sintió que al salir de casa, se encontraría de nuevo con la pandilla, en especial con Rahne, y el mundo sería como siempre; la desaparición de la gemela y la llegada de Odell fueron solo una mera ilusión... ¿Por qué no podía ser cierto?

—¿Vas a bajar a limpiar la pocilga o vas a continuar sin hacer nada, holgazán? —preguntó Ma tras la puerta.

—Ya voy...

—¡Eso espero, porque te estás haciendo un vago! ¡Y ya sabes lo que le pasa a los vagos aquí! Recuerda a tu padre...

Seth suspiró, escuchando toda la cháchara de fondo. Al mover el largo abrigo que usaba cuando se tomaba las cosas en serio, un objeto cayó al suelo y siguió rodando hasta sus pies. Era la varita, su recuerdo de infancia. La cogió y observó.

—¡Porque no quiero que tú también te acabes desangrando en la entrada de esta casa! ¿Sabes cuánto me costó sacar la sangre del suelo de madera? ¿Y sabes ese sentimiento de «gasté tiempo, dinero e incluso... amor con un crío que nunca fue lo que tuvo de ser»? Pues bien, yo sí lo sé y...

«Ojalá esto fuese mágico y pudiera hacer algo tal que así...», se dijo Seth y agitó la varita hacia la puerta, con una sonrisa en los labios, sabiendo que no iba a pasar nada.

Pero se equivocaba.

Un dardo invisible atravesó el espacio entre la puerta y Seth. El aire pareció

calentarse, volviéndose turbio, mientras una onda golpeaba la entrada, haciendo que la habitación temblase. Antes de percatarse de lo que ocurría, escuchó un crujido en la puerta: cada astilla se iluminó en rojo y, entonces, tuvo lugar una consecuencia inesperada: se prendió fuego.

—Pero ¿qué...?

Seth abrió la boca, horrorizado. El corazón se le detuvo unos segundos. Su rostro se iluminó con el sudor y la luz rojiza de las ascuas, devorando la madera, ascendiendo lentas, como si más que ascuas fuesen algún tipo de bestia masticando, poco a poco, la puerta.

—¡Oh, por todos los dioses! —exclamó Seth sin entender lo que ocurría.

Ma chillaba tanto fuera que su nieto creyó que tenía que taparse los oídos para que no le estallasen los tímpanos.

Sus ojos se detuvieron ante la varita. Asustado, la soltó, ¿no habría cometido un error? «¿Y si ahora se prende fuego al cuarto entero, pedazo de idiota?». Pero eso no pasó.

Ma gritaba e iba a la cocina a llenar cubos de agua que tirar sobre la puerta, en cambio Seth dejó el miedo de lado y una sonrisa temblorosa y nerviosa apareció en su cara. ¿Esa..., magia..., esa puerta quemándose..., eran reales?

Antes de que su abuela volviese, las llamas desaparecieron, devorándose a sí mismas y dejando solo el marco; no quedaron ni cenizas.

—Nada de mago, soy..., un hechicero. ¡Joder!

Cuando Ma llegó y vio que ya no estaba la puerta (ni fuego), le tiró el cubo de agua fría encima y esgrimiendo la escoba, con la que le dio varias veces, le gritó:

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más! ¡Dame el maldito mechero y el alcohol o te arranco los dientes!

Después de un par de palos, Seth tuvo que seguirle la jugada y darle un mechero que tenía en la caja de tesoros (porquería del pueblo que consideraba curiosa: una canica, una piedra que se daba un aire a la cara de su abuela...). Le entregó un bote de alcohol que dijo sacar de debajo de la cama y, en realidad, obtuvo del botiquín tras distraer a su abuela.

—¿Qué te creías que estabas haciendo? ¿Eh? ¡Dime, niño! ¿Qué creías que estabas haciendo...?

Seth necesitaba responder antes de recibir una buena tunda.

—Eh... ¿Un truco de magia?

Ma le dio una bofetada que le hizo girar el rostro, pero él la aceptó. Era un precio que debía pagar: su abuela no podía enterarse de que..., ¿de sus poderes? ¡Más bien de que se volvió loco! ¿Cómo podía tener poderes? ¿Cómo podía pensarlo?

Durante esa mañana, la varita, que estaba en el suelo de su habitación, también estaba en su cabeza.

* * *

Al mismo tiempo que Seth intentaba comprender lo sucedido, en el Caserón Woods, John Odell se sentó en una de las sillas de madera de la cocina, junto al cubo de basura. Emily Hownland tiraba algunos desperdicios, ordenando la estancia y vigilando al forastero, que no decía ni una palabra, solo permanecía allí, en silencio. A veces, solo tenerlo cerca, con el tufillo dulce de animal putrefacto, le daba arcadas.

—Me haces una compañía tan agradable como un grano en el culo, señor John Odell —le dijo su casera. La sobrina apareció para saquear el desayuno—. Quita de en medio, Dawn, estoy limpiando.

—Ya me voy, no te preocupes —contestó Dawn con su aire zalamero que a su tía le obligaba a acordarse tanto de Bobby. «Es una idiota, acabará como él»—. Te dejo intimidad con tu amiguito.

—Antes ardo en el infierno sola que permanecer en el cielo con este insecto —habló Emily, furiosa, lanzando unos tenedores sucios al fregadero.

—No te preocupes, no estamos en el cielo ni en el infierno. Estamos en Hollow Hallows, un lugar peor.

—Vete a fardar de tus tonterías con su hijo. Acaso ¿crees que no me he dado cuenta de adónde vas por las noches? Sí, a su habitación... —Sus ojos relucieron con malicia—. Qué mal gusto. Dime, ¿cómo gime un tartamudo? No, no contestes... Me importa una soberana mierda. Solo espero que si te quedas preñada, te largues de aquí...

Dawn se disponía irse con dos manzanas y un zumo de naranja en *tetrabrik*, pero respondió:

—Al final el roce hace el cariño. No me refiero a mí. Me refiero a ti y al zombi. —Si los ojos de Emily brillaron con maldad, los de Dawn eran dos soles—. Solo ten cuidado con los dientes que le quedan, deben haberse convertido en colmillos al no tener más, seguro que están tan afilados que te destrozarán los pezones cuando te los muerda. —Primera estocada y no la última—. Pero mira el lado positivo, no te preocupes por quedarte preñada, hace tiempo que estás más seca que un desierto.

Desapareció tras la puerta un segundo antes de que un plato lanzado por su tía impactase contra la madera, haciéndose pedazos de porcelana que recubrieron el suelo (encima, más basura que recoger). El objeto iba directo a su sobrina, no era una advertencia. Esa maldita cría la sacaba de sus casillas. «Es como el cabrón de su padre, por supuesto», se dijo.

Un leve ruido hizo que olvidase a su sobrina. Miró a John Odell, que permanecía quieto, salvo por unas cenizas que revoloteaban a su alrededor. Emily se acercó. Pequeños insectos volaban en círculos, emitiendo un leve *zuumum zuuum*. No entendía de dónde salían, ¿no limpió? ¿No echó los esprays malolientes contra los bichos? Su mano derecha se dirigió hacia ellos, pero se detuvo porque vio de dónde salían... De las fosas nasales de John Odell.

Uno tras otro, más y más insectos flotaban en una pequeña espiral, como si en vez de mocos hubiera una colonia de larvas en la nariz del tipo. Emily se asqueó viendo la imagen («voy a tener malos sueños con esta mierda»). ¿Estaba John Odell tan podrido por dentro como creía? John abrió la boca, tomó aire y absorbió todas las pequeñas moscas o mosquitos, lo que fuera, que expulsó. Ninguna salió. Sus labios esbozaron lo que solo alguien muy atrevido habría calificado de sonrisa.

La casera se largó de la cocina, yendo al patio trasero. Necesitaba tomar aire, pero escuchó un ladrido. Huargo se acercaba desde el camino hacia el pantano, pero ¿qué llevaba entre sus colmillos? ¿Era...? ¿Podía ser posible que fuera..., eso?

* * *

Mientras su tía permanecía fuera, Dawn subió por la escalera y atravesó el pasillo en dirección a la habitación de Garric. Llevaba consigo lo que consiguió en la cocina; se lo tiraría a Odell a la cara («disponemos de servicio de desayuno para su habitación», diría).

Palpaba con su mano libre uno de sus bolsillos, buscando la llave del cuarto. Su sorpresa fue al contemplar que la estancia estaba abierta, lo que explicaba que el padre hubiera bajado ya.

La chica se asomó y, debido al sonido del tecleo y el timbre al llegar al final de la línea, vio la imagen que creyó que vería: Garric escribía en la máquina.

—Vaya, te has despertado temprano para escribir.

Garric siguió tecleando durante casi un minuto hasta que Dawn se colocó a su lado. Él no estaba allí. Sus dedos desfilaban rápido sobre el teclado y, si se detenía, era para rascarse la cabeza o mirar hacia la ventana, meditando en alguna fantasía que solo le pertenecía a él (al menos hasta que la pusiera en papel).

Continuó así hasta que la chica fingió tos para llamar su atención; Odell cogió el libro de historia, tapó el montón de folios que mecanografió y la atendió. De pronto, Dawn sentía que no era tan valiosa para Odell, que ya el tartamudo no era su hámster.

—Has madrugado, Garric —repitió Dawn.

Garric sonrió.

—¿Qui-quién te..., ha-ha-ha di-di-dicho que..., haya-ya dormi-mido?

Dawn sonrió también.

—¿Y ese cambio?

—T-t-tú lo..., lo sa-sa-sabes. Mere-recéis al-al-algo mejor..., que aq-q-q-q-quello q-q-q-q-que Ho-llow-llow Ha-hallows os puede..., da-dar.

Dawn buscó la lógica a las palabras de Odell.

—¿Y por eso escribes una historia, para ayudarnos?

—Yo-yo-yo he... po-podido esc-c-c-capar de... Blac-c-c-cckmouth gra-gracias a..., gra-gracias a...

—Gracias a lo que has escrito, ¿no? Y piensas: ¿por qué no ayudaros a vosotros? ¿Por qué?

Garric dijo que sí con la cabeza. Movía sus dedos, como si intentase calmarse, como si estuviera ansioso de volver a teclear.

—So-sois los..., úni-co-co-cos ami-amigos q-q-q-q-qque..., tengo.

—No sé si alegrarme —respondió Dawn con honestidad—. Tus amigos suelen acabar muertos.

—To-to-todos mo-ri-morimos.

Pero la respuesta del escritor no fue una broma, era torva como su mirada.

—Garric, genial por tu nuevo pensamiento positivo de mierda —felicitó Dawn antes de que su mirada recayese sobre el montón de folios—. ¿Puedo leer lo que has escrito?

Dejó el desayuno a un lado de la mesa y sus manos se dirigieron hacia el libro de historia de Blackmouth, para apartarlo y leer las páginas escritas, pero Odell le hizo un gesto para que se detuviera.

—Es-es-espera... —Sonó brusco incluso para él, por lo que quiso matizarlo—. D-D-Dawn, es-es-p-pe-pera a..., q-q-q-que..., acabe...

Dawn refunfuñó, como si después de las innumerables batallas para que Garric volviese a escribir, ahora obtuviese un ataque de divo.

—Deja las manías, Garric.

El muchacho se regañó.

—N-no es..., una...

Dawn no le dejó seguir en sus dubitaciones.

—Sí, sí lo es. ¿Por qué no te comportas de otra forma? Ve contándonos tu historia mientras escribes, sé nuestra Sherezade. Sálvanos mientras caemos, no cuando ya estemos en el suelo, muertos... ¿Te parece?

Era un hermoso arranque bohemio de Dawn, pero Garric no se dejó llevar con facilidad.

—Yo...

Dawn se acercó más.

—O haremos que te parezcas más a Sherezade. ¿Qué tal si vamos a matarte y la única forma de que te mantengamos con vida un día más es recibir nuestra ración de historia?

¿Bromeaba? Garric no podía responder, lo que le pareció perturbador. Valoró las palabras y contestó:

—Lo con-con-considera-dera-raré.

* * *

Seth se pasó la mañana ayudando en lo que su abuela le exigió tras su enfado.

Para comer, solo tuvo un pequeño plato de gachas aguadas (más de lo normal) y un montón de gritos de Ma, pero eso le daba igual. En otra ocasión, hubiera sido suficiente como para hundir su día, pero ahora era diferente.

Las horas pasaban, no despertaba y el recuerdo estaba ahí, cada vez más vivo. Pasó incluso por delante de su habitación un par de veces para ver lo que creía haber hecho: la puerta seguía desaparecida. Sonrió de una forma nerviosa, ¿era..., cierto? No, no podía ser, tal vez la puerta se cayó y él se imaginó el resto, pero...

Seth creció con libros de fantasía de su padre, la imaginación para escapar de Hollow Halls y las películas que podía ver en su frágil internet, donde un film de hora y media tardaba en reproducirse toda una semana. Fue por ese tipo de aficiones, por ese amor a lo fantástico y su deseo de no estar allí para siempre por lo que la idea de que de repente fuese un... ¿Cómo decirlo? ¿Hechicero? ¿En serio? Esa idea latía, no poderosa y firme, pero sí lo suficiente para llegar a aceptarla; aunque significase que estaba fuera de sus cabales.

En cuanto se quedó libre de obligaciones, tras estar limpiando el porche a la vez que su abuela sacaba la basura, pasó por su cuarto para recoger la varita..., pero ni rastro de ella.

Pronto, cierto terror que nunca sintió hasta ese día se apoderó de él. ¿Dónde estaba? ¿Se marchó? ¿Tomó vida? ¡Qué idiotez!

Se fijó en el cuarto. No era el de siempre, estaba diferente: Ma lo ordenó.

—¡Ma!

—¿Qué quieres, incordio?

—¡Ma, has recogido el cuarto!

—¡Sí, tú te encargaste de una pocilga y yo de otra! ¡Y créeme, yo salí perdiendo!

—Pero... ¡Ma! ¿Has visto la..., la varita?

—¿Varita? ¿De qué hablas? ¿Es uno de tus juguetes?

—¡No es..., da igual... Sí, uno de mis juguetes! ¿Dónde está?

—¡Ya eres mayorcito! ¡Es hora de que asumas las consecuencias de tus juguetos!
¡Tus juegos hicieron la locura esa de la puerta!

—¿Dónde está, Ma?

—¡La tiré a la basura!

Fue como recibir un disparo a bocajarro.

—¡Oh, no, joder, me cago en la puta madre que me parió, literal y metafóricamente!

—¿QUÉ HAS DICHO?

—¡Nada, joder!

Seth salió de su habitación, dirigiéndose corriendo hacia su pequeño vertedero: los pesebres de los dos grandes cerdos de la familia, Missy (en honor a la madre de Seth) y Sethie (en honor a..., bueno, a Seth).

Al llegar, vio a las dos insignes moles removiendo sus hocicos, tragando papeles y sobras. Missy era una gran cerda de pelaje negro y marrón, con la cara tan gorda

que sus ojos estaban siempre cerrados y poseía un hocico que, pese a aparentar dibujar una sonrisa, fue lo último que algunas de sus crías vieron antes de que las aplastase y acabase comiéndolas. Nadie sabe si ese acto nacía de una maldad innata o un error bestial al pisotear a uno de sus hijos y luego confiar en que esas masas rotas eran comida.

A su lado estaba Sethie, su último hijo y pretendiente, el único que sobrevivió a malos tiempos y ataques de ira, cuyo pelaje era rojizo como los cabellos del Seth humano. Agitaba unas largas orejas y zampaba emitiendo ruidos asfixiados. No tenía un carácter atroz como su madre (que era además su amante por obra y gracia de los bajos instintos que preñaron a la gran cerda), Sethie solo era un idiota: sus hinchados ojos negros, su hocico baboso, su gesto impávido, la suciedad cayendo por su boca... Esos rasgos eran la suma perfecta de la estupidez para Seth, que se tapó la nariz. Los cerdos emanaban un tufo pestilente que crecía desmesurado.

Seth vivía en una granja y ciertas verdades no se escapaban de su conocimiento, un ejemplo crucial en esa situación es que era imposible arrebatarle el alimento a un cerdo sin que él te quite una mano o media cara, pero estaba dispuesto a recuperar la varita. No solo por ser un recuerdo de su niñez, sino también por lo que le pasó esa mañana. «¡No puedo descubrir que tengo superpoderes y que mi abuela me joda la vida tirando lo que me da esos poderes a la basura! ¡Joder, es como si a Arturo le hubieran tirado Excalibur por ser un trasto!».

El chico pudo ver, entre un montón de rancho pasado y papeles de baño, un fragmento oscuro que se reveló como... ¡La varita! ¡La condenada varita!

Fue hacia ella, agitando las manos, pero se frenó y fue una acción oportuna. Missy y Sethie se quedaron mirándolo, incluso Seth juraría que era la primera vez que veía los ojos de Missy y hubiera deseado no contemplarlos nunca. Los animales no le dedicaron una mirada rabiosa ni colérica, fue una mirada simple, la de un cerdo que te advierte de que te arrancará las manos y se las comerá si osas tocarle su comida. El muchacho la interpretó con claridad.

«Quizás podría tentar a la suerte, coger la varita y perder solamente algún dedo... ¿Solamente algún dedo? ¿Solamente? ¿Qué me pasa? Quizás pierda la mano y ni pueda coger la varita... A lo mejor, si me quedó con un muñón puedo hacer magia para que me salga otra mano, pero ¡no sé si funciona así! ¡Joder, Seth! ¡Piensa, piensa, piensa por una puñetera vez en tu vida!».

Sethie se comió un soldado de juguete y su dueño gritó desesperado. A la varita le sucedería lo mismo.

Los morros de los puercos se removían, acercándose a la varita, y Seth iba de un lado a otro, intentando adivinar qué podía hacer. ¿Y si les traía más comida de casa? Qué va, los cerdos se terminarían primero aquella que ya digerían y luego irían a por la suya, ¡no se les podía distraer ni engañar!

¿Y si intentaba que se moviesen? Nada, eran como Ma, les pesaba tanto el culo que no se irían de delante de un plato de comida ni aunque cayese una bomba

atómica, en especial Missy, que comía con el hambre de los diez cerditos por parir, los que guardaba dentro de su panza como si fuese una hucha.

—¡Cerditos, fuera! ¡Joder, moveos! ¡No, no, esa varita es mala! ¡Fuera! ¡Joder! ¡Fuera! ¿Por qué no me hacéis caso? ¿Qué hago? —Se fue a un lado y a otro, pero no atrapó ninguna idea por el camino—. Seth, piensa, piensa, joder, ¡tu cerebro ha esperado durante este tiempo para servirte ahora!

Dando vueltas, acabó pisando un escobillón y las hebras amarillentas le azotaron la nariz. El calor se extendió abrasador por su cara.

Recuperándose del impacto, pese al hilillo de sangre que caía por su nariz, sus manos fueron hacia el palo dispuesto a destrozarlo en un ataque de rabia, pero entonces...

¡Eureka!

Un pensamiento fugaz articuló un plan en su cabeza.

Missy y Sethie empezaron a ser molestados (no se podía decir más) en sus gigantescas cabezas por el palo. ¡El gran plan!

Pero no funcionaba.

Madre e hijo, incestuosos bajo instinto, cerdos por naturaleza, empezaban a degustar el rancho podrido con tranquilidad y, aunque Missy hiciera alguna pausa para expulsar sus excrementos y continuar comiendo, a dicha velocidad se tragarían la varita en un minuto.

Seth lanzó un aspaviento con la escoba y empujó la varita. Está rodó hacia la valla, casi cayendo fuera...

Pero no lo terminó de hacer para desgracia de Dagan, para buen gusto de los cerdos.

La rama se vino al suelo y, aunque los cerdos estaban entretenidos degustando los desperdicios, la vieja Missy, con su pelaje marrón y negro, vio la varita y, tras dedicarle una mirada a Seth que se podía interpretar como «te jodes, pedazo de gilipollas», su morro se acercó a lo que el joven no deseaba perder.

Lo que ocurrió a continuación fue un grotesco espectáculo que hizo que Seth tuviese pesadillas en los siguientes días.

Missy mordisqueó un poco la varita, pero la soltó tras emitir un quejido que sonó a varios cerditos no natos lamentándose por un fin que no comprendían, un desenlace antes de un principio.

El rechazo de la varita no fue un gesto de buena voluntad ni fue porque no le gustase, la cerda lo hizo por otro motivo: su gran cabeza, redonda y salvaje, explotó en una oleada de sangre, hueso y carne hedionda.

Su enorme y protuberante cuerpo se desplomó abatido.

La varita la destrozó.

Seth se quedó paralizado, cubierto de la sangre de Missy, el animal con el nombre de su madre, y mientras su cerebro farfullaba sobre el complejo de Edipo y todas esas implicaciones, Sethie con completa tranquilidad vio que la reserva de alimento crecía

con un plato más: sesos de su madre y la posibilidad de golosinas con forma de hijos no nacidos que aguardaban dentro de la tripa como si fuese una piñata de cumpleaños.

Aprovechando ese instante, aún sin razonar con claridad, Seth saltó y recuperó la varita, pringosa, cubierta de baba, lengua y dientes, antes de que el otro cochino se alterase.

—¿QUÉ DEMONIOS HA SIDO ESE RUIDO? —gritó su abuela desde el interior de la casa. Se refería a cómo Missy perdió la cabeza.

—Eh..., bueno... ¿Cómo te lo digo? —dijo Seth observando la varita, que aparentaba ser inofensiva. La limpió en su camiseta, aunque también estaba cubierta de sesos. Con cuidado, se apartó un trozo del orejón de Missy de la frente—. Creo que... Bueno, ¿tenías preparada la cena?

—¡AÚN NO!

—Pues creo que sí —dijo—. Creo que vamos a comer cerdo.

—¿Qué?

Seth movió la varita, solo quería saber si aún funcionaba, no de una manera grandilocuente, con una pequeña chispa se confirmaba.

Y entonces, tal y como deseo, una luz surgió de la punta y no fue una fantasía.

Se echó a correr fuera de la granja antes de que fuera demasiado tarde para poder irse sin recibir otra tunda de Ma.

Sus pasos le dirigieron a casa de Caroline, tenían que reunirse con Dawn.

* * *

Al mediodía, la verja del jardín del Caserón Woods vibró varias veces, pero la brisa era casi inexistente, ¿qué ocurría?

Dawn se asomó por la ventana a tiempo de escuchar unos gritos:

—¡Abre, abre, cascanueces! —decía Seth con una gran sonrisa—. ¿Lo pillas? Cascanueces, por la patada en mis huevos y...

Dawn no podía verlo bien con los rayos de luz, pero sí podía ver que a su lado, estaba Caroline, con su cara de muerta de costumbre.

Se apresuró hasta el jardín donde se unió a sus dos amigos. Les abrió la puerta de inmediato.

—¿Qué os pasa?

Si bien Caroline era la muchacha triste de siempre (al menos desde que se fue Rahne), Seth era lo contrario, lucía radiante y feliz, pero ¿se bañó en sangre? Tiras de piel rojiza resbalaban por su cuerpo, las moscas se posaban en él y el hedor se extendía.

—Pregunta a este idiota, ha sido él el que me ha obligado a venir hasta aquí —dijo Caroline, Dawn miró a Seth esperando una respuesta.

—¿Qué te pasa, Seth? —increpó Dawn—. ¿Estás imitando a *Carrie* o Ma te ha zurrado menos de lo normal esta mañana y por eso estás tan feliz? ¿O te ha abofeteado con tal fuerza que te ha reventado alguna vena, quedándote como un majareta?

—¡Qué va! —exclamó sin ofenderse—. ¡Me ha zurrado incluso más de lo normal, pero no creo que me haya roto nada!

Dawn se quedó observando a su amigo, que se apartaba con el brazo un poco de la sangre que le cubría la cara.

—¿Y estás tan..., feliz por...?

—¿Has descubierto que eres masoquista, Seth? —preguntó Caroline con enfado—. Si es eso, te has pasado un poco...

—¡Qué va! —gritó Seth y dio un salto—. ¡He descubierto una cosa mejor! ¡Soy un hechicero!

Hubo un intercambio rápido de miradas entre las amigas y luego volvieron a fijarse en Seth.

—Pero ¿qué...? —dijeron las dos a la vez.

—Lo mismo dije yo, veréis... —comenzó a decir mostrando la varita, pero entonces alguien les interrumpió.

Emily Hownland venía desde la parte de atrás de la casa, perseguida por un Huego alterado. En las manos, la tía de Dawn llevaba algo que consiguió quitarle al perro, que saltaba para intentar recuperarlo. Era un hueso.

—¡Vosotros, niños! —exclamó con fuerza mostrando el resto que traía consigo—. ¿De dónde ha sacado vuestro chuchito este hueso?

Caroline, Seth y Dawn se quedaron mirando lo que se asemejaba a un fémur, pero no de ningún animal ni de los esqueletos de las fosas comunes desenterrados por Huego en el cementerio; era más fresco o quizás lo aparentaba por el barro que lo envolvía...

Antes de que respondiesen, Emily vio a Seth convertido en una réplica de un asesino en serie que no se le daba bien limpiarse tras una masacre. Se acordó de la época en la que era una niña y la llevaron a presenciar la matanza de unos cerdos de Ma Dagan, uno de los niños de la granja (el padre de Seth, quizás) se cubrió de sangre y empezó a decir que era un muerto viviente hasta que Ma le pegó.

La dueña del Caserón sintió un escalofrío al descubrir lo que sucedía. Arrojó el hueso contra el suelo y Huego hubiera ido tras él si no viese tan divertido y succulento el lamer la sangre que llevaba encima Seth.

—¡Ah, ya sé, idiotas! ¿Cómo coño he podido creer que ese hueso era de verdad? ¡Es una puta broma sin gracia! ¡El hueso y luego el idiota al que le ha venido la regla! Muy graciosos los tres... Volved a hacer una gilipollez así y os lanzó al pantano a base de tortas, ¿entendido? —Cogió a Dawn, obligándola a mirarla—. ¿Entendido, maldita sea?

—Entendido —dijeron los tres mientras Huego ladraba, para luego volver a

comer trozos de cerda y mover la cola feliz.

La dueña volvió al Caserón. Algún día, vería a esos niños pagando las consecuencias de sus actos. Lo deseaba con su alma.

En cuanto la señora Hownland desapareció, Caroline comenzó a acariciar a Huargo y Dawn cogió el fémur, para contemplarlo mejor, ¿de dónde salió? Seth movía las manos para llamarles la atención.

—Hey, ¡que soy hechicero! ¡No paséis de mí!

—Sí, ha servido bien ese rollo de la sangre para pasar de la tía de Dawn, pero déjate de bromas, Seth —dijo Caroline y volvió con Huargo—. ¿Dónde te metiste, perro vagabundo? Tienes las patas cubiertas de barro... ¿El pantano? ¿En serio? Qué bestia más valiente...

—¡He dicho que soy un hechicero!

—¿De quién será este hueso? —preguntó Dawn, no se sabía si a los demás o sí misma.

—¡SOY UN HECHICERO!

Harto de repetirlo sin que nadie le hiciera caso, Seth esgrimió la varita y una llamarada surgió en el aire. Tenía la forma de una serpiente. Caroline y Dawn lo vieron. Solo al hallar las caras de sus amigas, presa del aturdimiento, Seth se alegró otra vez.

Y entonces, desde la ventana del piso superior del caserón, alguien que les vio, dijo:

—D-d-d-de na-na-nada.

Garric Odell les saludó.

CAPÍTULO 24

Huargo aulló al fulgor, olfateando el aire, intentando lograr una respuesta. Nunca observó (¿aunque ese término era acertado?) nada semejante hasta entonces, pese a los años salvajes en las calles y el aciago día en que cruzó el puente hasta llegar a Hollow Hallows.

Desconocía de dónde provenía el mundo pálido que le engulló, pero tenía la certeza de que no le gustaba porque le hacía sentir perdido e ignorante.

El perro vagabundo ladró a la nada y la nada guardó silencio.

* * *

Ni una sombra se distinguía en el demonio de hielo, solo una onda que devoró la isla, como una tormenta de arena que engrandece el imperio del desierto.

El rayo fue tan poderoso que hizo que Hollow Hallows cerrase los ojos. En sus cientos de años, nada parecido. ¿Qué podía ser?

Minutos antes, el cielo estaba despejado, el sol brillaba y el aire era cálido, ¿de dónde provino el rayo sin lluvia ni trueno que lo borró todo?

Nadie podía imaginarlo salvo los testigos del culpable.

* * *

El cementerio, desordenado y gris, se tiñó del color de las perlas. Un grito de terror se transformó en un grito de felicidad; el médico y enterrador Elmer Shaxon salió de la antigua cripta.

¡Cuánto tiempo esperó al signo del fin de los tiempos! ¡Cuánto tiempo ansió cumplir con sus sueños! No erró en su pronóstico, en su advertencia al consejo, el fin tal y como rogaban las antiguas palabras se hacía realidad.

Por eso, levantó sus arrugadas manos al cielo, aquellas con las que a tantos sanó, mató, enterró e incineró, y gritó con todas sus fuerzas, con un poder atronador que habría advertido a cualquier autoridad de alguien que estaba sediento por beber la sangre de cualquier moribundo.

—¡No hay oscuridad y vemos las estrellas!

* * *

El lema de Hollow Hallows, esa frase incomprensible que muchos decían que venía de Alfred Hallington y otros de algún escritor oscuro, era la misma que se repetía en las cabezas de Brooke y Elliot.

Como cada mañana, los dos se reunían ante la imagen decapitada de Alfred Hallington. Allí pensaban en el hombre que fundó Hollow Hallows. No olvidaban el grotesco crimen que los confabuladores cometieron contra la estatua y razonaban sobre lo que ellos debieron ser y no eran al haber nacido en esas tierras.

Ante la estatua, entendieron las sombras de sus almas. El odio por no haber elegido su vida se incrementaba, haciéndoles crueles. Los antepasados de los confabuladores sí decidieron hacer un acto oscuro, ellos se vieron involucrados en ese caos de odio en el tiempo. ¿Por qué acaso debían sentirse responsables de lo que les hicieran a los descendientes de los confabuladores? Los impolutos hijos no cometían ningún pecado, pues ellos nunca pudieron discernir si cometerlo o no, tan solo podían llevarlo a cabo ¿y cómo negar la inocencia de los que son esclavizados? Era imposible.

Fueron criados desde pequeños como elegidos, como impolutos de Hollow Hallows. ¿Qué remordimiento podían poseer? ¿Qué miedo destrozarles? Ninguno, pues sus almas fueron fabricadas para no tener dudas, aunque su humanidad les lanzase una que se alejaba de cualquier recompensa o educación: ¿oraban con la suficiente fuerza como para que su dios les escuchase? Y si lo hacían, ¿qué obtenían? Y si no lo hacían, ¿qué perdían? ¿Y cómo saber si hacerlo o no?

La luz blanca les cerró los ojos y pensaron a la vez en lo mismo. No tuvieron que decirse palabras esperanzadoras ni responderse a cuestiones fugaces. Ellos ya lo sabían, Alfred Hallington les enviaba una señal, eran los elegidos para exterminar a los enemigos de su mesías. Ni un atisbo de duda.

Lloraron y rieron bajo el florecimiento de la constelación.

* * *

Los hermanos Flint rieron. Hablaban sobre la exploración de las profundidades del cementerio de barcos. Tal vez fueran tan terribles como un mordisco de Caroline Jones, tan risibles como las lágrimas de Seth Dagan, tan estúpidas como los lamentos de Rahne Jones, tan arduas como los golpes de Dawn Hownland...

Donald conducía despreocupado, acomodando el cinturón de seguridad, y Flint hablaba del lecho marino, agitando sus manos y dando tumbos, sin estar sujeto al coche, como si deseara escapar lo antes posible al llegar a su destino en la costa. Sus incursiones serían cada vez más frecuentes a partir de ahora, el tiempo se aproximaba según su padre y si el minuterero se detenía, habrían fracasado.

—Tal vez cerca de los arrecifes...

—Puede que debajo de algún galeón...

—Puede que... ¿Qué demonios es esa..., luz?

La conversación cambió de manera radical. Flint señalaba hacia delante, donde una estela se aproximaba cubriendo la estatua de Alfred Hallington en la que unas sombras oraban, ¿tal vez Brooke y Elliot? No lo pudieron saber, porque la estrella en explosión se los llevó por delante.

Flint gritó, pero su garganta se apagó como si ya fuese un mudo. Donald movió las manos sobre el volante, pero ¿adónde iba? ¿Derecha? ¿Izquierda? Ya no estaba sentado, flotaba, como si sus manos ya nadasen en la pérdida y sus piernas se hallasen lejos de frenos o aceleradores.

Nada existía.

* * *

Los jóvenes en Hollow Hallows eran una especie en extinción. Una plaga se llevó a muchos niños e hizo estériles por doquier. Elmer Shaxon siempre lo juzgó como el apocalipsis. ¿Quién no lo haría? Un lugar sin niños no tiene futuro.

Perdidos en esa maldición, los muchachos pervivían con el peso de ser los últimos, los marcados para salvar o condenar Hollow Hallows. En sus corazones no existía el consuelo, solo el deseo de que los horrores terminasen y ellos pudiesen encontrar algunos que no fueran impuestos por los demás.

En sus mentes, sumergirse en la luz fue un miedo atroz, que pronto evolucionó en una calma rabiosa. ¡No más pena! ¡No más sufrimiento! ¡No más obligaciones!

Podían empaparse en el delirio.

Eran como suicidas que nunca daban el salto y que pronto eran empujados por el destino.

Eran como moribundos que no se atrevían a dejarse llevar por la negrura y de pronto la muerte les acogía en su seno...

Eran los hijos de Hollow Hallows y el brillo les permitía ser libres y huir de las sombras de la realidad.

La luz lo era todo.

* * *

Margaret Brooke cayó. El destello la dejó sin ver ni escuchar, como si su cerebro ardiese y desapareciese, como un cadáver que podía darse cuenta de que lo era.

En la nada, sus ojos intentaron hallar un consuelo, una prueba de la calma, pero no existía tal esperanza. Quiso creer en alguna mentira que la tranquilizase, pero lo que descubrió fue la visión que siempre la despertaba: cada noche era juzgada. Su

peor pesadilla era real.

¿Quién vigila a los vigilantes? La señora Brooke, jueza y alcaldesa de Hollow Hallows, heredera de los perros fieles de Alfred Hallington, se hallaba en el otro lado del estrado, de rodillas, ante el trono del gran juez. Y cada vez que ella alzaba el rostro, su nariz ardía para fundirse con sus labios y luego sus ojos burbujearon fruto de un fuego que recordaba a las llamas justicieras de los libros sagrados.

El juez soberano no tenía clemencia con ella, no ignoraba sus pecados y dudas, y él no aceptaba a acólitos así. Ella tenía que obedecerlo con fe ciega o acabaría ardiendo ante él. La cabeza de Alfred Hallington, la reliquia sagrada que guardaba, la juzgaba y era su dueño, no podía hacer nada.

Lloró y la luz blanca le quemó la mirada. Recordó las visiones y razonó que solo era una confirmación de su fracaso. Acaso, ¿los globos oculares de Harriette, ardiendo en el consejo, no fueron un augurio de la gran matanza? Ahora le tocaba a ella, sería un símbolo más de la derrota.

Chilló hasta que vomitó fuego, aunque solo era sangre.

* * *

Calvin Blackmouth siempre consideró que el día más terrible de su vida fue cuando se quedó sin la tinta para escribir la insigne historia de Hollow Hallows. Eso fue así hasta ese día, en el que se disponía a desentrañar los secretos de las distinguidas casas familiares del islote y un destello feroz le fulminó la mirada.

¿Estaba ciego?

Parpadeaba, deseaba aclarar su mirada, pero... No podía.

Sus manos palpaban a su alrededor. Quería hallar algún objeto que le ayudase, pero ¿el qué?

Perdió la razón, no tenía ni idea de qué era esa maldición.

Creyó escuchar el tintero volcándose sobre las páginas, cubriéndolas de la tinta que llegaría hasta sus piernas, con el tacto frío de una mujer que nunca había querido. Y entonces, el profesor e historiador se sintió condenado.

Su misión era recoger la historia de Hollow Hallows, aunque se produjera el apocalipsis y no quedase nadie para descubrirla. Fue el cometido de sus ancestros y era el suyo, las leyes y tradiciones eran infinitas, pero ¿y ahora? No tenía hijos a los que confiar la misión, ¿qué podía hacer?

Si hubiera sentido sus manos, hubiera temblado tanto que se habrían mellado cada uno de sus huesos.

La nube pálida no dejaba libre a sus ojos y sus sentidos morían de la misma manera. Cerró la mano una y otra vez hasta que notó que el tacto desaparecía con un cosquilleo, pero, en el último segundo, pudo coger la pluma más cercana y la hundió en su mano derecha, como un clavo en la muñeca de un crucificado. Gritó, pero no se

escuchó a sí mismo y pronto el dolor desapareció. La sangre y la tinta se mezclaban, pero ¿qué ocurría? ¿Por qué la vista no regresaba? Puede que nunca lo hiciera.

* * *

¿De dónde vino el resplandor que les dejó ciegos? Nadie replicaba, ni siquiera Caleb Ruth.

Estaba sentado sobre el capó de su coche, comiéndose un emparedado y observando el inmenso puente que conectaba la isla con la horrenda civilización. Se veía a sí mismo como el guardián de una sociedad antigua y poderosa, baluarte de lo bueno, cuyo deber era mantenerla limpia aunque fuese a través de un par de balazos en la cabeza de los salvajes de allende de los mares. Se veía así porque así era.

Satisfecho, pegó otro mordisco a su comida, como si fuera la yugular de cualquiera de los cadáveres que serviría de roca de la montaña de intrusos que detendría con su propia fuerza.

Y la luz blanca le apuñaló con tamaña brutalidad que le derrumbó.

Rodó por la tierra.

Las salvajes convulsiones se convertían cada vez en un temblor más sangrante.

¿Y si había empezado el fin y no podía hacer nada?

No quería soportar el castigo que Alfred Hallington pudiese darle en el más allá.

Una de sus manos se acercó a su revólver, ¿y si se volaba la tapa de los sesos? «Al menos, así iré al infierno por suicida y no ante la corte de Hallington», pero antes de materializar esa idea, se dio cuenta de que manchas volvían a surgir ante sus ojos, volviéndose azules hasta formar el cielo y dejar que las blancas fuesen las nubes.

Vio los rayos de sol, las retinas le dolieron como si se inundasen de cuchillas y tuvo que cerrar de nuevo los ojos. ¿Veía o soñaba? ¿Por qué se ahogaba en un océano de muertos?

* * *

Cada hombre o mujer que pisaba Hollow Hallows permaneció con la mirada embelesada, gritando con horror al mismo tiempo que conducían, caminaban, luchaban..., como si Alfred Hallington les hubiese negado el don de la vista.

Gente fue derribada como peones de ajedrez, coches chocaron, personas despertaron sin poder saber dónde estaban... La sinfonía de la locura fue interpretada por los gritos y aullidos de seres que eran atrapados por el abrazo de un ser peor que la muerte, por eso algunos escaparon dando saltos al vacío. Algunos cayeron a menos de un metro y fue un esperpento ver cómo se lamentaban por no morir, otros se arrojaron desde más alto y aplastaron al iluso que hallaron debajo. El suicidio no

pareció tan horripilante ante una locura como la que les embargaba.

¿Cómo describir la hecatombe? Los habitantes de Hollow Hallows eran sepultados por la claridad, como si fuesen las primeras letras de una palabra que se abría paso en la página en blanco. Aunque ¿por qué creían en una metáfora tan complicada para muchos de ellos? ¿Sus cerebros alcanzaban el nirvana de la sabiduría para solo perder la razón poco después? ¿Qué broma era esa?

Y tan fugaz como apareció la ceguera, regresó la vista.

Manchas oscuras que tomaron luego formas y, tras lágrimas, volvieron a ser lo que eran minutos antes de que decidieran deformarse bajo el fuego desconocido.

Nadie hizo preguntas, aunque nadie prohibió que las hubiese.

* * *

Los muertos fueron enterrados. Eran fruto del árbol de innumerables ramas que eran accidentes, pues Hollow Hallows encontró justificación por cada adiós. Los accidentes de conducir se produjeron por despistes o fallos en los viejos coches. Las personas que saltaron y solo se rompieron algún huesos dijeron que fue un resbalón idiota. Los que murieron porque se cortaron las venas con los cuchillos de la cocina ya no se debió a ese motivo, jamás, llevaban enfermos largo tiempo aunque esa mañana cualquiera los viera levantarse e ir a regar sus plantas como cualquier otra mañana.

Y es que Elmer Shaxon tuvo tanto que inventar como los habitantes de Hollow Hallows que, en lo más profundo de sus corazones, no obviaban que se toparon con un castigo que escapaba de su entendimiento; pero no lo pronunciaban en voz alta, solo se intercambiaban miradas (porque fue lo único que les quedaba), eran lúgubres y todos se preguntaban lo mismo, pero nadie respondía y cualquiera sabía que la contestación era «sí, la luz de Hallington. Castigados. Condenados. Mediocres. Aplastados. Las estrellas».

Pero ¿por qué?

Debían volver a inventar y no solo Elmer Shaxon, sino cada uno de ellos que pronto fijó sus nuevos ojos en los confabuladores. Ellos eran los culpables, solo por continuar respirando, lo eran.

* * *

El pastor Jacob Ellis tenía una brecha en la cabeza y cuando volvió a ver, fue de rojo sangre el velo al que sus ojos se enfrentaron. Emergió de la iglesia utilizado el cayado y se topó con el coche de la familia, con el capó destrozado, una rueda rodando sola, fuera de su eje, y el humo de un accidente asfixiándole. La estatua

decapitada de Alfred Hallington amaneció junto a la sombra de un coche que impactó contra su pedestal.

—¡No, por la memoria del fundador, no, no, no!

El pastor repetía el no como si fuera una oración que su vacuo dios no estaba dispuesta a tomar. Tosía adornando la súplica y recorría el camino que unos neumáticos dejaron marcados en el suelo como una danza pidiendo misericordia.

Un eco emergió entre los hierros retorcidos, donde los hijos se escondían, con el rostro ensangrentado y la carne deshecha sobre los asientos de cuero.

—Padre, padre, vemos las estrellas... ¡Hemos visto las estrellas!

Corrió hasta el lugar del impacto, sintiendo que su mundo se deshacía, ¿cómo sus hijos se atrevieron a semejante afrenta? ¿Cómo los confabuladores, porque sin duda fueron ellos, convirtieron a sus inocentes hijos en dos atacantes a la gloriosa imagen del fundador de Hollow Hallows?

Jacob Ellis sacudió la nube que escapaba del capó destrozado, caminó sobre los cristales rotos y halló a uno de sus hijos, Donald, arrinconado y atravesado por los hierros. Alzó sus manos hacia su padre, pero estas ya no tenían dedos y eran solo muñones aplastados por el volante y el metal, como sus piernas.

—Padre... Soy..., tan..., feliz... feeeeliz...

El pastor abofeteó a su hijo para impedirle que siguiera repitiendo esa palabra, esa maldita mentira, que resonaba como las campanas de su iglesia, infinitas, eternas, sombrías, porque nadie que descubriera la paz en la muerte podía hacerlo a través de la luz.

—¿Dónde está Flint? ¿Dónde está tu hermano, Donald?

El hijo mencionado tenía los ojos cerrados, hinchados por el impacto contra el volante que serró sus dedos. Amplió su sonrisa, parecía que iba a ver con ella, a través de los dientes rotos y la sangre que emanaba sus órganos.

—Rompió..., el cristal..., no yo... Castígale.

El pastor se apartó de su hijo y observó el hueco de los cristales y vio cómo estos se derramaban sobre la parte delante del vehículo y llegaban hasta la estatua de Alfred Hallington. Fue allí, en una esquina, colgando del soporte, donde contempló un muñeco de trapo retorcido.

Sí, debía ser un muñeco, una persona no podía adaptar esa postura sin que se rompiera en añicos.

Se acercó y lo escuchó farfullar algo.

Cometió un error, era una persona.

Era su hijo.

—¿Flint?

—Es..., tre..., llas...

Jacob Ellis apartó a su heredero del pedestal, acuchillado por la esquina de este. Supuso con premura: Flint atravesó el cristal de la luna del automóvil y su cuerpo se precipitó por el aire hasta chocar contra el podio. Su rostro y abdomen detuvieron el

impacto, pero ¿a qué precio? La cara del joven se reducía a una nariz hundida, unos labios torcidos, unos ojos ausentes y sangre, mucha sangre... Era un amasijo de rasgos mal colocados que luchaban por respirar y sobrevivir. La herida del vientre dejaba ver algún hueso mientras vomitaba cualquier víscera que hubiese dentro.

—Pa..., pa..., dre...

Su hijo tendió una de sus manos hasta su progenitor y rozó con sus dedos quebrados las pulcras ropas de su progenitor, como un ruego silencioso. El pastor se apartó. Sus ropas blancas de oficiar misa estaban manchadas de la sangre de sus descendientes, pero no, los seres deformes que clamaban ser sus hijos no lo eran, los suyos estaban muertos ya, los que contemplaba solo eran mentiras queriendo engañarle.

Por eso, alzó el cayado.

Le aplastaría la cabeza a Flint contra el pedestal... No costaría pues el golpe ya había conseguido eso en gran parte; Donald sería más complicado, pero un fuerte báculo dando al cuello contra el volante podía ser igual que un hacha.

Sí, lo aceptó, aceptó perder a sus herederos, aceptó que sus hijos serían convertidos en seres de cera por Elmer Shaxon, aceptó que les vería arder los ojos como señal del fin... Y aunque era firme en su decisión, unas lágrimas cayeron por su rostro. Se disponía a sacrificar a sus hijos.

Levantó la cabeza, buscando el rostro ausente de Alfred Hallington y se dispuso a caer...

—¡Shaxon! ¡Necesitamos a Shaxon!

La voz angustiada surgió de entre el humo del coche. Era Allison Brooke, con sus ropas sucias por el accidente, algún rasguño, pero viva, intacta, como un milagro. Sus manos señalaban sin parar hacia el lugar donde impactó el coche con la estatua. ¿Por qué necesitarían a Elmer Shaxon? ¿Para sanar el pedestal? No, de eso se encargaría Wilfred, pero...

No, había algo más, algo por lo que Brooke perdió la razón y clamaba por la llegada del doctor y enterrador: sobre el capó, sin ser visto por el vapor y el humo, yacía el cuerpo de Elliot Ruth y el pastor Jacob Ellis hubiese jurado que sin piernas.

* * *

La luz que cegó Hollow Halls se marchó primero del lugar donde apareció: el Caserón Woods.

Durante un segundo, Emily Hownland volvió para saber qué había sucedido, pero al hallar a Dawn y sus amigos, riendo sin parar, solo pudo creer que fue algún juego. «Seguro que reflejaron alguna luz en uno de los espejos del mierda ese de Dagan, el hijo del mago de pacotilla... Alguna gilipollez de esas».

—Puñeteros críos... —ladró la tía ladró antes de entrar de nuevo en el Caserón.

Lo que Emily no entendía era por qué se escuchaban gritos desde lejos, desde el centro del islote. Fue a realizar sus tareas y pronto se olvidó de lo que muchos no podían: la luz cegadora, ¿cómo lo logró? Simple: ver a John Odell escupiendo una cucaracha le bastó para perder cualquier preocupación anterior.

* * *

En el jardín, Dawn y Caroline se quedaron en silencio, observando a un Seth con una sonrisa de oreja a oreja. Ensangrentado y feliz, se asemejaba a que la locura se lo llevaba para siempre, si es que ya no aconteció tal infortunio. Reían, él más que ninguno.

—¡Eso no ha sido un truquito! ¿Veis? ¡NO HA SIDO UN TRUCO! —dijo Seth contemplando su varita.

* * *

Unos minutos antes, la inquietud crecía hasta un punto insoportable para Caroline después de que Garric desapareciese tan raudo como surgió por una de las ventanas del Caserón. ¿Vio a Seth usar su..., truco, hacer la serpiente de fuego? ¿Por qué no se asustó? ¿Por qué le sucedió eso a Seth tras lo que hablaron sobre convertirle en un mago en una historia de Garric? Las cuestiones no hacían más que aparecer, pero pronto la voz de Seth le sacó de sus cuestiones.

—¿Por qué nos saludó ese idiota de Odell? Y sí, quizás ya no le compare con asesinos en serie famosos por la última cháchara que tuvimos, pero seguiré llamándole Odell... Nada de confianzas. Quiero que me trate de usted cuando me dé una puñalada. Por esas libertades de tratarlo como a un ser humano se termina creciendo y saludándonos, pero tenemos una reputación que mantener... —Las chicas le miraron como si quisieran decirle: «¿no te das cuenta?»—. ¿Qué? ¿Qué pasa? No soy Dawn, no tiene por qué fijarse en mí...

—¿No recuerdas nada de lo que hablamos con él? —preguntó Caroline—. ¿Eres tan idiota como aparentas?

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¡Sí, claro que me acuerdo! Recuerdo que hablamos del cementerio de barcos, solté mi mierda lastimera sobre mi padre y estuvimos hablando del valor de las historias para escapar de aquí, todo ese rollo. ¿Qué más? Ah sí, me miró con un gesto de morbo, lascivo, lo sé, pero no le daré la espalda en ninguna situación... ¿No os reís? ¿Ni una carcajada pequeña? Vale, eso era broma por si no lo pilláis, ¿qué pasa? En serio, no lo capto...

»Y tú, Caroline, no deberías defenderle, ese tartamudo te metió un corte cuando dijiste que debía haber un giro de los acontecimientos y que yo debía convertirme en

hechicero. ¡Que se joda! La realidad mola más que sus clases de literatura y... —Se acercó a su amiga y, antes de que lo esperase, la abrazó y la levantó del suelo—. ¡Gracias a ti! ¡Tu sueño se ha hecho realidad!

En cuanto Caroline se zafó de Seth lanzó un:

—¡Eres imbécil! Mis sueños no se han hecho realidad...

—¿Y cómo explicas esto?

—¿Por qué soñaría con darte poderes si mi vida es una mierda? ¿No la arreglaría antes de arreglarte la tuya, capullo? ¿Por qué, lerdo?

—¿Por..., tensión sexual no resuelta?

—Vete a la mierda, Seth...

—¡Ya estoy en la mierda, estoy en Hollow Hallows!

—Cállate y déjame pensar. Aún no sé lo que ha pasado, pero yo no he tenido nada que ver.

—¿Quién entonces? ¿Odell? ¿Insinúas eso? No me jodas...

—¿Piensas que los sueños de Caroline se hacen realidad? ¡Qué poder! —preguntó Dawn, arqueando una ceja—. Vaya, Seth, deberían darle algún tipo de paga a tu abuela por tu discapacidad severa. Naciste en 1991, pero eres tan retrasado que debiste nacer por lo menos en el año uno.

—Ja, eso no tiene gracia... Lo que pasa es que no sé de qué os habéis dado cuenta que yo no... —Dawn miró hacia la ventana donde estuvo Garric hasta hacía menos de un minuto—. ¿Qué? ¿Odell? ¿En serio? ¿Ese friki está relacionado con que me haya convertido en un hechicero de juego de rol? No lo creo... No son unos orígenes interesantes como superhéroe.

—¿Desde cuándo los superhéroes son hechiceros? —preguntó Caroline inclinando la cabeza, sin entender.

—¿No conoces a Constantine? ¿No te has leído La Cosa del Pantano o Hellblazer? ¿Y qué me dices del Doctor Extraño? Resulta que...

—Seth, no me vengas con tus rollos de cómics —interrumpió Caroline suspirando—. En realidad, yo tampoco lo entiendo... ¿Y tú, Dawn?

—¿Por qué Dawn iba a inventarse mis orígenes como Super... Superloquesea o, mejor, el Doctor Mágicoloquesea? —preguntó Seth, riendo—. Por ahora prefiero la teoría de que me picó un hada radiactiva.

—Un hada radiactiva... ¡Premio al comentario más gay de la semana..., otra vez para Seth! —soltó Caroline sin estar muy convencida.

Dawn les dejó discutiendo un poco, yendo de un lado a otro. Tras cansarse de Seth, Huargo se echó en el suelo, con su hueso, y Hownland intentaba averiguar un misterio sobre el animal, ¿dónde estuvo? ¿De dónde sacó el resto óseo?

Poco a poco, incluso Dagan se percató de que ella estaba más interesada por el perro que por el hecho de que él tuviese poderes («poderes... Tengo poderes... Suena rarísimo, pero eso me hace más importante que ese chucho... Oh, qué bien, estoy celoso de un chucho. Sigue así, Seth...»), se decía el granjero convertido en brujo).

—Dawn, ¿tienes alguna opinión que expresar sobre esos trucos de Seth? —preguntó Caroline. Estaba demasiado confusa, quizás su amiga pudiese aportar una visión importante del lío—. ¿Ves alguna luz de la verdad que te conduzca al camino correcto?

—¿Cómo que trucos? —preguntó Seth, ofendido. ¡Trucos! Como si fueran mentiras escondidas bajo la verdad de lo fantástico—. ¡No son trucos, es magia! Acaso, ¿no estáis viendo la luz? ¡VED LA LUZ! ¡QUE HOLLOW HALLOWS LA VEA!

Seth elevó la varita, haciendo que girase un par de veces, y un destello brillante se expandió en todas las direcciones y transformó a Hollow Hallows en la muestra más terrible de demencia del ser humano. Y se produjo con un milagro que Seth nunca diría que fue un truco.

Desde luego, fue más.

Fue el principio de la condenación.

Así nació el rayo de luz.

* * *

Tras que la luz que les dejó ciegos se marchase y volvieran a ver, Seth clamaba que obró una tarea más espléndida que un mero truco. Emily Hownland se quejó antes de marcharse, mientras ellos reían, pero Seth recibió un empujón y perdió su arma. Dawn se apoderó de ella.

—¡Eh, tú! ¡Devuélveme la varita, Dawn!

—Qué sexual ha sonado eso... —habló Dawn alejándose de él. Seth la siguió—. Ten cuidado o te llevas otra patada en los huevos, ¿recuerdas? —El chico tragó saliva—. Nada de volver a cegarnos, ¿cómo se te ha ocurrido esa mierda? ¿Estás loco o qué?

Seth paró sus pies y miró a Caroline suplicante:

—Dile que me haga caso, Caroline...

La hermana de Rahne resopló.

—¿Qué quieres? ¿Le pido que te devuelva tu juguete? ¿Soy una profesora de preescolar o qué?

—¡Pues sí! ¡Pídeselo!

—Prefiero que vea si puede hacer que esa varita funcione —dijo Caroline cruzándose de brazos.

Dawn escudriñaba la varita, como si quisiera descubrir un misterio. Seth no podía ni mirarla, aunque tampoco podía apartar la mirada de ella y deseaba gritar que era una ladrona, una traidora, que le devolviese su arma. Era esclavo de una sensación cuyo nombre desconocía. Deseaba su varita, que nadie la tocase, era toda suya y nadie podía arrebatársela... O sufriría las consecuencias. Suspiró moviendo sus dedos

sin parar, deseoso de recuperarla. Debía parecerse a Gollum ansiando el Anillo. Suspiró e imaginó sus ojos desorbitados, como los de la grimosa criatura o el cerdo Sethie...

El cerdo, los dos cerdos.

Los recordó en esa escena digna de una película gore y se abalanzó sobre Dawn, empujándola con fuerza, quitándole la varita y yéndose al suelo de boca.

—¡NO, DAWN!

La furia de su amiga hizo acto de presencia.

—¿Qué te pasa, idiota?

—¡No lo hagas! —exclamó cubriendo con su cuerpo la varita.

—¿Qué demonios te pasa, Seth?

—¡La varita le voló la cabeza a la cochina de mi abuela!

Las dos amigas se quedaron meditando sobre las palabras de su amigo.

—¿Te cargaste a tu abuela al final? —preguntó Caroline.

—¿De ahí la sangre que llevas encima? —inquirió Dawn.

Las dos chicas estaban de pie, Seth ante los pies de ellas. No podría escapar de aquel callejón sin salida.

—¿A mi abuela? —repitió confuso hasta que lo comprendió—. ¡No, no! No, a la cochina, literal, de mi abuela. Una puerca. Mi abuela no es una cochina. No ofendamos tanto a las cerdas. Es peor, pero no es eso exactamente...

Caroline se cansó de la estupidez de Seth y le hizo un gesto:

—Explícate...

Seth respiró profundamente antes de empezar:

—Mi abuela tiró la varita a la basura porque para ella era un juguete, los cerdos se la iban a comer, y uno de ellos fue a morderla y, de repente... ¡BUM! La cabeza le explotó en mil pedazos, como si metieses un petardo en la cabeza de un pollo... ¡BUM! Sangre y trozos de piel por allí y por allá...

Caroline se dirigió a Dawn:

—No me lo termino de creer, pero sería una explicación para el tema de la sangre...

Dawn asintió con la cabeza y habló con Seth:

—¿Intentabas que yo no reventase como esa cerda?

—Claro que lo intentaba, Dawn, ya reventarás cuando llegues a los cuarenta y empieces a retener líquidos porque seas una vieja que no metaboliza y vengan los niños a verte porque eres la mujer más gorda del mundo...

—Te voy a aplastar la cabeza... —concluyó Dawn yendo hacia él, que gateó intentando escapar, pero, en el último instante, la apuntó con la varita—. ¿Qué? ¿Qué coño estás haciendo, Seth? ¿Estás apuntándome con eso? ¿Estás...?

Seth miró a su mano, ni siquiera fue consciente hasta entonces de lo que estaba haciendo, pero dijo:

—Lo hago por tu bien.

Dawn dijo entre dientes:

—¿Me apuntas con esa mierda por mi bien?

—¡Sí, Dawn! Lo hago por tu bien y si estoy controlado no tengo que apuntarte con esto, ¿vale? Así que dejémoslo. ¡Esto es solo mío!

La muchacha negó con la cabeza, furiosa, y se dio la vuelta en silencio. Caroline siguió mirando a Seth, que se ponía en pie con cuidado.

—No sé cómo no sabes qué pinta Odell en esto, Seth.

—¡Es fácil, Caroline! ¡Porque no pinta una jodida mierda! ¡No sé cómo os habéis encaprichado con ese rollo de que es por su culpa!

—Eres más imbécil de lo que parece —dijo Dawn girándose y contemplándolo como si fuera digno de lástima—. Tienes ojos y no ves, con luz o sin luz. No sabes nada.

La chica volvió a ignorarlo, sentándose junto a Huargo.

—¿Y tú sí? ¿Tú sabes, Dawn? Porque creo que no sabes nada y prefieres aparentar que sí —contestó Seth. La conversación estaba girando, ahora no se lo pasaba bien.

—¿Y tú, Seth? ¿Sabes algo más aparte de lo que te inventas? —preguntó Caroline—. Entiende que nos cuesta creer que tengas..., de repente..., ese rollo de..., joder, ¿cómo decirlo?

—Hechicería, jodida hechicería, ¿vale?

—Eso... Es que suena patético —dijo Caroline—. Esto no pasa en la vida real. No te levantas de la noche a la mañana con poderes.

—Claro que no —replicó Seth admitiendo la realidad—. De la noche a la mañana como mucho te levantas con tres chicarronas llamadas: Ganas de Mear, Resaca y Erección, no con poderes, pero Caroline, ¡ha pasado! ¿Qué quieres que haga? Llevo desde que quemé la puerta de mi cuarto intentando comprender qué ha pasado y no hay ni una jodida respuesta. Solo las hallaré si me arriesgo y pruebo, en plan así —dijo y movió la mano que no sostenía la varita. Lo hizo varias veces. No pasó nada. Luego lo repitió con la varita: una humareda gris, con forma de flecha, se desvaneció—. Vale, acabo de comprobar, por ejemplo, que solo tengo magia con este cacharro, esta varita... Intentaré descubrir todo mi poder, pero vine aquí para saber si me ayudaríais, no para aguantar broncas y tonterías, ¿vale?

—¿Ayudarte? —repitió Caroline poniéndolo en duda.

—¿Eso es una puñetera súplica? —dijo Dawn, mirándole con arrogancia.

—¡Claro que... —Seth lo pensó y al final renunció a su amor propio—: lo es! ¡Tengo unos poderes que descubrir! ¡Os necesito! —Suspiró, resignado—. No existe Hogwarts, no existe una academia tipo Charles Xavier, no veo por aquí a Merlín el Encantador... ¿Cómo puedo hacer lo que me salga con esta varita si es que puedo? Porque si puedo, pienso hacer que Hollow Hallows me pague lo que me ha hecho, una y otra vez, hasta que desaparezca. ¿Os parece mal?

Caroline se quedó ensimismada. ¿Qué haría Seth con aquel poder? ¿Podría

controlarlo? Carecía de respuestas, pero si suponía el hundimiento de Hollow Hallows, ella lo apoyaría.

—¿Ahogarías Hollow Hallows en sangre? —preguntó Dawn acercándose de nuevo—. ¿Harás que cada habitante de este lugar lamente el día en que nació? ¿Harás que los impolutos hijos de Hollow Hallows maldigan el momento en que convirtieron a los confabuladores en sus enemigos? ¿Harás que la memoria de Alfred Hallington sufra por solo haber perdido su cabeza y no haber sido destruida al completo? ¿Lo harás, Seth Dagan? ¿Eres capaz?

Seth sonrió con más fuerza.

—¿Te cabe alguna duda? ¡Descubramos si soy capaz!

Dawn hizo un ademán a Huargo y al resto para que la siguiesen.

—Vayamos al Hoyo —ordenó—. Aprovechemos que estaremos solos y más cerca del pantano, quizás Huargo nos pueda dar alguna pista de ese hueso también. —Señaló al can y luego lo hizo con Seth, como si el granjero también fuera un perro—. Y tú, Seth, que ahora te crees tan jodidamente valiente, pongamos a prueba tu poder, y si hasta ahora planificábamos como mataríamos a cada uno de los miembros de este pueblo de forma ficticia, ahora hagámoslo de verdad.

Seth contuvo su emoción y titubeó:

—En eso estaba pensando...

Caroline se adelantó.

—¿En serio? ¿Destruiremos Hollow Hallows?

Dawn se mostró calmada y respondió:

—Somos los descendientes de los confabuladores.

—Nacimos para eso —añadió Seth y sus dedos apretaron con más fuerza la varita—. Vamos a destruir Hollow Hallows. Quizás ya hayamos empezado.

Detuvieron sus andanzas.

Sonó un estruendo desde el centro de Hollow Hallows, como si la amenaza le hiciera regurgitar su odio.

Un toque, luego otro, una réplica, luego otra y la última.

Pero ¿por quién doblaban las campanas de la iglesia?

CAPÍTULO 25

El desastre regurgitó Hollow Hallows a la vez que los descendientes de los confabuladores huían al pantano para descubrir los secretos de Seth.

Caroline hacía preguntas sin parar a su amigo, caminando sobre las piedras, siendo cortada por las zarzas y árboles aullantes de la ciénaga. En cuanto llegaron al Hoyo, los dos bajaron, pero Dawn, callada, fue tras Huargo, que se detuvo un par de veces para mirar atrás. Desde el centro de la ciudad se escuchaban gritos, llantos, lamentos. ¿Qué ocurría?

—¿Puedes crear lluvia, Seth?

—Pues, Caroline, ni idea... Pero ¡qué idiotez! Ya podrías desear un puñado de dólares o a mí en pelotas, que es más seductor y posible (incluso sin magia) —replicó Seth y movió las cejas. Antes de recibir un codazo de su amiga, agitó la varita y sobre él surgió humo—. Vaya, qué asco...

—Nada de por arte de magia...

Pero la nube negra creció más y más sobre el Hoyo. Como si un rayo la recorriese, se iluminó y una gota de agua cayó sobre Seth, luego varias que también mojaron a Caroline. Dawn, que no descendió, contempló la tormenta sobre el refugio; a su alrededor, hacía el calor del pantano. El perro huyó para esconderse tras la chica. A ninguno de los dos les hizo gracia lo que pasaba. Dawn lo expresó en alto:

—Seguid con eso y acabaréis destrozando el Hoyo...

—Tranquila, Dawn —dijo Seth y esgrimió la varita. La nube fue mutilada y el agua que estaba sobre ellos empezó a secarse con el sol que escapaba de las ramas de los árboles cenagosos—. ¡Ya está, *voilà*, ya lo he hecho! —Nadie le felicitó—. La culpa es de Caroline, su deseo era tan cutre...

—Es que estabas apestando a sangre de cerda, ahora apesta un poco menos —contestó Caroline, Seth sacó la lengua—. Venga, a ver qué más puedes hacer...

—¡Pues creo que puedo hacer lo que quiera más allá de que me obliguen a ducharme, señorita! —exclamó Seth, dando saltos—. Puedo esto, puedo aquello, puedo lo de más allá... ¡Soy un jodido hechicero!

Caroline le hizo una señal para que dejase de soltar tantas chorradas y le dedicó una mirada oscura. No era un buen presagio.

—¿Podrías hacer cualquier cosa, Seth?

—Eso creo...

Seth notó una sensación que le turbaba. ¿Qué era lo que no le gustaba? ¿Qué era? Lo percibía, pero...

—¿Podrías hacer que mi hermana apareciese?

El muchacho se quedó mudo.

Arriba, Dawn no les hacía caso, solo sostenía en una de sus manos el fémur que

encontró Huargo. Acariciándole el pelaje con la mano que tenía libre, le habló al animal:

—¿De dónde sacaste esto, pequeño? Venga, confía en mí, ¿de dónde viene esto, muchacho?

El perro se lanzó hacia ella y cogió con la boca el hueso, luego echó a correr, ¿iba hacia el lugar donde lo halló? Dawn pensó que sí, por eso lo siguió.

—¿Adónde vas, Dawn? —preguntó Seth, subiendo la escalerilla del Hoyo.

Verla marcharse fue la excusa perfecta para no responder de inmediato a Caroline. Se sentía demasiado confundido, atónito, para responderle.

—¡Contesta a mi pregunta, Seth!

—¡Que sí, que sí, Caroline! ¡Después! ¡Dawn se pira la muy maldita! ¡No podemos dejar que Dawn viva una aventura sin nosotros! ¿De qué fardaríamos luego? ¡Tú eres Sam, yo soy Frodo y ella es Gollum! ¿Qué te parece? ¿Eh? ¡Venga, va!

* * *

Un toc, toc en el Caserón Woods hizo que Emily Hownland apartase el cigarrillo de sus labios (quería dejar de fumar, pero tener que soportar a los Odell cambió su perspectiva sobre el asunto). Fue hasta la puerta principal, preguntándose quién demonios habría llamado, pero no hizo falta mirar por la mirilla antes de abrir, porque ya estaba abierta la entrada. Garric se hallaba a un lado, mirando a los recién llegados, con el picaporte aún en sus manos.

—I-i-i-iba a-a-a-a-a..., sa-sa...salir...

El hijo de John Odell pensaba largarse, pero se topó con los de fuera; muy mala suerte aquella coincidencia porque el tartamudo no salía jamás del motel (o no al menos sin Dawn y sus monstruos). Emily le indicó al muchacho que se marchase.

—Lárgate, pero si te vas para siempre, llévate a tu padre de aquí, ¿quieres? Saca la basura por una vez...

Garric asintió y se fue, sonrojado. No parecía que la casera hablase de broma, tal vez porque no lo estaba.

Emily miró de arriba abajo a la anciana del recibidor y al hombre que la acompañaba. Mostró una sonrisa cortés, hizo un amago de reverencia y habló:

—Señora Dagan, señor Jones, ¿a qué debo el..., placer..., si por placer entendemos, claro, una sensación solo comparable a que te arranquen los ojos con unas pinzas y te echen sal en la carne ensangrentada?

Daniel Jones y Ma Dagan intercambiaron una simple mirada. El padre de Caroline cedió la palabra a la abuela de Seth.

—Emily, venimos porque ya no hay calma, esta es la tempestad. Lo que ha acontecido hoy en Hollow Hallows hará que todo este pueblo venga a por nosotros.

Ya no se detendrán. Estamos muertos a menos que hagamos algo. Te necesitamos.

* * *

Huargo trotaba por los trozos de tierra que se adentraban en la ciénaga. Dawn le seguía no sin cierta dificultad, pero sí siendo la más ágil del grupo, saltando cuando hacía falta y comprendiendo que un mal paso podía suponer hundirse en las profundidades y no solo ensuciarse los pies en el barro («Visitar a La Cosa del Pantano», lo llamaba). La ciénaga era traicionera, vil e inclemente, como Hollow Hallows.

El perro se detenía algunas veces, olfateando, buscando el rastro perdido, pero Dawn le tendía el hueso para que volviese a husmearlo y siguiesen el viaje hasta los restos. Parecía que funcionaba eso de:

—Jugar a buscar el tesoro, como John Silver el Largo —murmuró Dawn.

Seth escupió un par de mosquitos que se colaron en su boca y dijo, desesperado:

—¿Y si hago, con algún truco de magia, que lleguemos a ese sitio donde estén los huesos y dejamos esta chorrada? —preguntó Seth levantando su varita. Estaba cansado de matar insectos y sudar sin parar por culpa del lodazal.

Dawn contempló a su amigo (aunque cualquiera hubiera dudado de que esa palabra fuese la más acorde para utilizar en ese instante para definirles). Fue poco amistosa, pero sincera:

—Tú sigue con tus juegucitos de magia, pero esto es serio y no quiero que lo fastidies...

Seth odiaba que Dawn se pusiera de ese modo.

—¡Eh! ¡Eso es injusto! ¿Cuándo he fastidiado algo?

Dawn apretó los dientes y le respondió:

—¿Decimos la lista por orden alfabético o de mayor a peor gilipollez? Hay muchas opciones, demasiadas, y no estoy para perder el tiempo.

Y, acto seguido, dejó de prestarle atención.

Seth negó con la cabeza, incapaz de creer aquella acusación para él injustificada.

—¿Recuerdas cuando fuimos a quemar la casa de las Brooke y, tras tener que cargar con los bidones de gasolina del tractor de tu abuela, te olvidaste de las cerillas? —preguntó Caroline a Seth, que acabó asintiendo no sin resquemor—. Bien, eso es un ejemplo.

Seth hizo un mohín y le quitó importancia.

—Bah, eso fue una nimiedad, una chorrada insignificante...

—¿Recuerdas cuando te olvidaste de avisarnos de que Elliot y los otros vinieron a darnos una paliza, porque te distrajiste con un sapo?

Dagan lo recordó, pero prefirió ironizar un poco.

—Era un sapo enorme. Quizás mi princesa azulada. ¡Compréndeme!

Caroline haría de todo menos comprenderle.

—¿Y cuando se marchó Rahne y no hiciste nada por recuperarla?

Seth se detuvo y la muchacha entendió que su mazazo fue diestro.

El joven tomó aliento, pensando, buscando palabras.

—Caroline... Me lo pensaré. No puedo prometerte otra cosa. ¿Vale?

Pero ese no era un juego que Caroline quisiese practicar.

—No, no vale —sentenció. La ira la carcomió—. Rahne era mi hermana, era nuestra amiga. Su desaparición hizo que el mundo se derrumbase, ¿piensas dejarlo reducido en ruinas? ¿No era Rahne algo para ti? Y si lo era, ¿incluso así tienes que pensártelo?

Seth comprendió que sus recién descubiertos poderes no podían arreglar el mundo, aunque podía probar a echar un hechizo a otra persona y...

—No puedo, no puedo embrujar a nadie.

Esa contestación sacó a Rahne de sus casillas:

—¿Por qué no puedes?

Seth se encogió y clavó su mirada en el suelo, sobre la hojarasca.

—No... Mi magia puede, pero yo..., yo no. No al menos a vosotros. ¿No lo entiendes?

Caroline le siguió, haciendo un amago de cogerle para que se parase y así obligarle a que la mirase.

—¿No a tus amigos? ¿Sí a tus enemigos?

El muchacho ignoró la contrariedad y pretendió explicarla:

—A mis enemigos les haré sufrir, a mis amigos no les haré nada. —Caroline estuvo a punto de golpearle, pero él se alejó—. Te juro que no seré el hado padrino o como coño se diga de Elliot y compañía, ¿vale? Recuerda: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad», *capisci*?

Caroline estuvo a punto de empujarle, aunque Seth la esquivó por poco. No pudo hacer lo mismo en cuanto a los comentarios hirientes de ella:

—Qué generoso... ¿Y se supone que debo darte las gracias por eso, sucia rata traicionera?

—Caroline, no tienes que darme las gracias por nada... —quiso decir Seth con aire conciliador, pero la paz se extinguió como una llama en la tormenta—. ¡Maldita sea! ¡Si lo comprendieras...!

—Si comprendiese ¿el qué? —respondió Caroline. Su rostro se convulsionó por la rabia.

—Siempre... —dijo e hizo una pausa. ¿Le dolía tanto confesar lo que sentía?—. Siempre he pensado una cosa sobre Rahne. Era lo que me permitía dormir cada noche.

Caroline le agarró la mano, clavándole las uñas y parándola.

—Cuéntamela, porque hace mucho que no puedo dormir sin escuchar los gritos de mi padre, sin escuchar el llanto de mi madre, sin notar que mi corazón iba a

estallar de odio y pena... Cuéntamela, porque lo necesito. Te lo juro.

Dagan carraspeó, como si comenzase varias veces la frase, sin llegar a hacerlo. Al final, respondió:

—Siempre he pensado que Rahne está viva, que nunca acabó en este lugar, muerta. Quiero creer que sigue respirando y que..., se marchó. —Escondió un sollozo—. La odié mucho tiempo por no avisarnos, por no despedirse, por no decirnos «me largo, ahí os quedáis».

»Al menos así esto no se habría convertido en este infierno en el que no sabemos nada, pero ¿no querría borrarlos para siempre? A veces pienso en ella como en el padre de Dawn, largándose y renegando de este lugar y todo lo que significó, cambiándose el nombre y siendo tan feliz como se merece...

»A veces me pregunto si no siento rabia, pena..., lo que sea esto, por otro motivo, ¿sabes cuál? Porque ella haya podido largarse y nosotros no, porque ella haya podido alejarse de esta miseria y nosotros..., no. Ella ha roto la maldición, nosotros seguimos cautivos y no sé si es porque queremos o porque es nuestro destino ser eternos prisioneros... No obstante, tu hermana gemela siempre fue mejor que nosotros. No creo que el mundo hubiera permitido que Rahne se marchitase sin más en Hollow Hallows, como las flores del pantano, merecía algo más, dar un poco más de luz a este mundo y no quedarse en esta..., caverna. Lo siento, Caroline. No puedo negarle a Rahne lo que quiere.

Caroline caminó un poco más, sin decir nada, y entonces sucedió.

La hermana de Rahne trastabilló y una de sus piernas se hundió en el barro. Seth corrió con cuidado hacia ella, conteniendo un grito y consiguiendo atrapar la mano derecha de la chica. Con esfuerzo, la sacó de allí. ¿Qué le pasaba? ¿No quería salir?

—¡Venga, Caroline! ¿Por qué no sales y...? ¿QUÉ DEMONIOS TE PASA, CAROLINE?

La chica ya estaba a salvo, pero no en paz.

—¿POR QUÉ DEMONIOS ME HAS SALVADO, SETH? —gritó la chica soltándose—. ¡No quieres hechizar a ninguno de nosotros porque piensas que somos mejores eligiendo nuestra suerte! ¿No? ¿Es eso? ¡No quieres convertirte en nuestro dictador, decidiendo sobre nuestros destinos! —Cerró los ojos, furibunda—. Entonces ¿por qué no me has dejado morir?

—¡No lo entiendes, ni siquiera te haces una idea! —Las palabras emborronaron su pensamiento, pero ¿cómo pronunciarlas con la intensidad de la que era preso?—. La magia..., lo que hago ahora es... No puedo dedicarme a cambiar el mundo con mis actos. ¿Qué haría eso de mí?

Los dilemas morales de Seth, tan fugaces e inesperados incluso para él, eran solo eso: dilemas mortales de Seth. Caroline no los tenía.

—¡Me da igual lo que haga de ti! ¡No seas egoísta! ¡Piensa en lo que haces a los demás!

—¡Precisamente por eso! ¡Porque pienso en lo que haría a los demás, no lo hago!

¡No intervengo!

Caroline le apuntó.

—Si estás vivo —dijo—, cambias el mundo con tus actos, quieras o no, ¿lo pillas?

Seth dijo no con un ademán.

—No con mi magia.

La chica le sepultó con una mueca de asco.

—Es lo mismo al final —habló y perfiló un gesto de repugnancia hacia Seth—. Pero ¿qué vas a saber tú? Tú no comprendes que cada acto que hago yo no sirve para nada, ¿no? —Con cada frase sus ojos se rayaron, pero no llegó a llorar—. Durante un tiempo pensé que haciendo solo buenas acciones el mundo me compensaría. Pensé que lo que le pasó a Rahne era mi culpa.

»¿Recuerdas como era yo antes de que se marchase? Piensa en cualquier insulto y podrías aplicármelo a mi personalidad de entonces. Era superficial, estúpida, siempre con una maldita sonrisa... Ella era lo contrario. Y se fue y nos arrancó algo a nosotros, algo que hacía que la vida fuera soportable, dentro de la desdicha de habitar en este manicomio.

»Cuando ya no estuvo, mi madre perdió la cabeza, mi padre se volvió un cabrón y yo... Yo pensé: “si pasa esta mierda es porque yo la he hecho. He sido una persona de mierda haciendo actos de mierda. Nunca he ayudado a nadie. Nunca salvé a mi hermana. ¿Cómo no sufrir esto?”.

»Creí que, con cada acción buena que hiciera, todo se arreglaría, que cuidar a mi madre cada maldito día haría que Rahne tocara un día a la puerta, que aguantar los insultos de mi padre haría que Rahne pensara en volver, que matarme a mí misma en vida, ¡haría que nada de esta pesadilla hubiese ocurrido! —Calló un segundo y empezó a decir que no con sus manos—. Pero ¿sabes qué, Seth? Al final nada importa, hagas lo que hagas, el mundo es una batalla y solo tiene planeada una cosa: un contraataque para destrozarte y reducirte a cenizas que arrastrar con el viento. Cuando todo termina, solo nos queda el olvido y la muerte; entre esos dos monstruos no hay vida, solo hay dolor.

»Por todo eso, Seth, permíteme que haga una locura y te pida que hagas que Rahne vuelva. —Seth chasqueó la lengua—. Guardas tu poder para los que te odian, guardas tu pereza para los únicos que podrían sentir compasión por ti, ¿te parece tan desconsiderado que alguien que está en el infierno te suplique por escapar de él?

Dagan no contestó, solo balbuceó, porque luchaba por no llorar. Caroline le dejó atrás, persiguiendo la sombra de una chica y su perro en la niebla. Acaso, ¿su vida no se resumía en eso: en perseguir las sombras de los fantasmas?

* * *

Emily Hownland tomó un sorbo de té antes de dejar la taza en la mesa y acomodarse en la silla de la sala. En frente, estaban sentados Daniel Jones y Ma Dagan, esperando para poder comerle la cabeza con su verborrea mil veces ensayada.

—Os prepararía un té pero estoy ahorrando el matarratas —anunció la propietaria del Caserón, tranquila pese a su mensaje.

—Ya empezamos... —susurró Daniel Jones, pero Ma le pidió silencio.

—No necesitamos más discusiones entre nosotros —pidió.

Emily alzó una ceja:

—¿Qué necesitamos entonces, vieja? —preguntó.

Emily Hownland reconoció, con cierto gozo, que ella era el ama de la mazmorra y sus visitantes eran sus prisioneros. No habría piedad con ellos.

—Necesitamos tomar medidas para sobrevivir —contestó la anciana—. Eso es lo que quiere decir Daniel. —Supiró y añadió—: Daniel y yo...

La casera trazó una sonrisa siniestra en su rostro y le dijo directamente al hombre:

—Vaya, Daniel, la vieja parece que es la dueña de tu familia y eso no es nuevo para ti, ¿no?

Jones dio una palmada a la mesa, haciendo vibrar todo. El azucarero tembló al igual que el té, pero Emily Hownland ni parpadeó.

—¡No soy ningún maldito esclavo! —gritó, furioso—. ¡Sueltas esa basura y ofendes a los míos, no voy a permitirlo!

Emily liberó una carcajada que llevaba tiempo reteniendo.

—Acaso ¿los Jones no eráis los nobles esclavos de la familia Hallington? ¿No lo eráis en secreto de los Dagan? Acaso ¿no vinisteis aquí para lamer las pezuñas de un cabrón? Acaso ¿no disfrutabais de cada jodido latigazo? ¡Porque vuestra mierda siempre ha estado ahí, apestando y alzándose hasta dar náuseas!

Daniel Jones se levantó y señaló a Emily.

—No voy a aguantar más gilipolleces de una puta racista.

La tía de Dawn reaccionó y se puso de pie.

—Tendrías mucha suerte si lo único que pudiera llegar a ser con una porquería como vosotros es ser una puta racista. ¡Soy mucho más que eso para vosotros! ¡Soy alguien que os aplastaría sin pensarlo, como a cucarachas, porque sois menos que cucarachas! De poco me importan ya los nexos de mis ancestros con los vuestros. Si Hollow Hallows pretende matarme, antes si hace falta les haré el trabajo sucio matándoos a vosotros.

La estancia quedó en silencio hasta que Ma Dagan, impasible, dijo:

—Hace tiempo, tú quisiste que nos uniéramos. Los Hownland siempre fueron valerosos.

Emily miró por el rabillo del ojo a la anciana, transmitiendo un completo desdén.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Ma concentró su mirada en Emily. Evocó la imagen de aquella mujer oscurecida

por la rabia cuando aún era aquella niña que veía correr por los campos. Y dijo:

—¿Cuál de las dos cosas que he dicho?

La descendiente de los Hownland rio.

—Ambas. Era una cría entonces. Ahora no me uniría al estiércol de Hollow Hallows. Ahora los Hownland somos vengativos para todos.

La abuela Dagan tensó su expresión, como si intentase mantenerse apaciguada cuando dijo:

—¿Hablas por tu sobrina y por ti?

Emily hubiese saltado y ahogado con sus manos a Ma de no ser porque pensaba que una muerte así sería demasiado misericordiosa para la anciana.

—¡Hablo por los míos, por la sangre de mi sangre, vieja arpía!

La anciana asimiló cada una de las palabras con calma. Emily dio un par de pasos y abrió un cajón de una cómoda, sacando un objeto bajo las cortinas amarillentas que almacenaba. Era un dibujo que liberó de un pequeño marco que lo envolvía. Lo mostró a Daniel y Ma, aunque los dos supieron qué era.

—¿Qué quieres mostrarnos, mujer? —preguntó Daniel con rabia—. ¿Esa vieja ilustración de los confabuladores de Hollow Hallows? ¿Qué quieres enseñarnos que no sepamos? —Emily no respondió—. ¿Quieres soltar alguna de tus teorías estúpidas? ¿Cuál es tu favorita? —Emily parpadeó—. ¿Que los Jones nos vengamos de Hallington cuando fuimos libres y no nos dejó marcharnos? Sí, la mejor idea fue cortarle la cabeza a una estatua... A los Dagan, a los Hownland y a los demás, a las familias extintas, os pareció grandioso. Todos los que deseaban vengarse de este pueblo ayudasteis, sin daros cuenta del mal que desencadenaríais contra todos. Fue eso lo que siempre hemos interpretado los Jones desde los tiempos de Ezequiel Jones, una interpretación sobre algo que nunca hemos sabido a ciencia cierta. Entonces ¿qué? ¿Qué tienes que contarnos? ¿Eh? ¿Qué?

Emily Hownland se echó a reír; tamaña fue su brutalidad que pareció una bruja de un cuento de hadas deleitándose con el sufrimiento de los niños inocentes que iba a zamparse.

Sus dedos señalaron a todas las familias de confabuladores del dibujo, empezando por las que ya no existían, y acabando con los Jones, los Dagan y los Hownland. Rompió el dibujo, separando a los Hownland del resto de las familias. El trozo de los otros linajes lo arrugó hasta que el papel se convirtió en menos que ceniza. Solo perduró el pedazo con Oniros Hownland.

—Sois familias extintas, sois historia. Los Hownland sobreviviremos solos. Somos expertos en eso.

Daniel Jones fue a la puerta. Ma Dagan permaneció allí; Emily quería que se fuera, que se largasen los dos de una vez y no se lo guardó:

—Márchate, vieja, antes de que tu cadáver apeste más de lo que ya lo hace.

Ma se puso de pie, pero habló antes de irse:

—Durante este tiempo que los descendientes de los confabuladores nos hemos

rehuido, solo hemos obtenido un logro: hacer que nuestros enemigos se hagan más y más fuertes. Tú eras joven cuando quisiste unirnos una vez, nosotros no lo deseamos entonces, pero...

Lo dicho por Ma fue como ácido hirviendo para Emily que se lanzó contra ella y le chilló con todas sus ganas, hasta que su garganta quedó seca y resentida por el esfuerzo:

—¡VOSOTROS TRAICIONASTEIS A MI FAMILIA! ¡Vosotros y solo vosotros! ¡Podía esperarme cualquier maldad del resto de este maldito pueblo! Pero ¿de vosotros? ¿No existió un maldito pecado que nos unía? ¿No podíamos ayudarnos a sobrevivir? ¡No! ¡Vosotros ignorasteis eso! ¡Rechazasteis mi oferta de unirnos ante la tempestad! ¡Ahora preparaos para ahogaros con la lluvia! ¡Suplicáis que os ayude porque os conviene! ¡Palpáis el peligro! Pero ¿sabéis qué? ¡Os equivocáis! ¿Queréis un ejemplo? ¡Los Hownland hemos aguantado como ratas, he aceptado vuestra comida y vosotros pensasteis que eso servía para congraciaros conmigo, pero no! ¡Solo la aceptaba por un motivo! ¿Sabéis cuál? ¡Seguir viva cuando vosotros ardieseis en la pira! ¿No fue eso lo que le pasó a Lucrecia Dagan, una de tus puñeteras antepasadas, Ma? ¿No la quemaron en la hoguera por ser una jodida bruja? ¡Acabaréis así! ¡Todos! ¡Y yo reiré, reiré sin parar! ¡Al final! ¡Siempre al final!

Ma Dagan se contuvo un momento más.

—El odio de Hollow Hallows hacia los descendientes de los confabuladores se ha acrecentado, el odio entre nosotros también —dijo—. Hemos decidido ser colgados en árboles separados en vez de morir juntos en la batalla, donde al menos había una posibilidad de salvarnos. Queda claro pues y...

Las sentidas frases de Ma eran como patadas en el estómago para Emily.

—¡Cállate de una maldita vez, bruja! ¡Digas lo que digas no valdrá nada! ¿Sabes por qué? —se sinceró Emily Hownland y dejó que una sonrisa se transformase en algo peor—. ¡Porque aunque me cuelguen, me colgarán al final y me reiré! ¡Me reiré viendo vuestros cadáveres colgar antes que yo me convierta en otro! ¡Me reiré!

Daniel tocó el brazo de Ma.

—Ma, vámonos —habló—. Se ha vuelto loca... Enloquecer es lo que siempre se les ha dado mejor a los Hownland.

El comentario hiriente impactó en la dueña del Caserón, pero lo devolvió con contundencia:

—¿Volvemos locos, Daniel? ¿Los Hownland somos genios a la hora de enloquecer? ¿Lo era Oniros Hownland? ¿Lo era mi hermano? ¿Era por eso por lo que nos quitasteis lo que éramos a los Hownland?

»¡Nos despojasteis de nuestro don, desgraciados hijos de la gran perra! No, no, no, mi familia jamás fue diestra en enloquecer, en cualquier caso la muy zorra de tu mujer es la única loca, la que nos lleva ventaja y...

Y Emily sonrió una vez más: Daniel caminó hacia ella furibundo, Ma lo detuvo.

—¡Arderéis antes que los Hownland! —exclamó Emily—. ¡Arderéis!

—¡Esto ya ha empezado a arder! —gritó Daniel y dio un puñetazo a la pared—. ¿No hueles el humo?

—¡No golpees mi propiedad!

—¡Golpeo la propiedad para no golpearte a ti, maldita ignorante! —dijo con todas sus fuerzas—. ¿No sabes lo que ha pasado en el pueblo? ¿No tienes ni idea de lo que fue el rayo de luz?

Emily se acordó de los instantes de ceguera. Dentro de la locura, le causó cierta paz no ver nada; pensó que su cerebro estalló, no que fue una experiencia compartida por cada gusano de Hollow Hallows.

—Todos nos quedamos ciegos durante un instante, Emily —explicó Ma—. Una señal de lo que está por venir, de la destrucción final. Una de mis cerdas ha..., ha explotado de... Es... —No sabía cómo decir tremenda verdad que se antojaba cual patraña—. Es otro aviso, otra advertencia del fin. Dolor, sangre, muerte.

Emily reconoció que aquel comentario la dejó en jaque.

—¿Qué? ¿Qué estás...? ¿Y qué coño me queréis decir con esta mierda?

Daniel cerró sus manos, convirtiéndolas en puños, y replicó:

—¡Algunos de ellos, algunos de los Hollow Hallows, han muerto, idiota! ¡Algunos de sus últimos hijos han quedado lisiados! ¡El caos cayó sobre Hollow Hallows y ahora hay silencio, un silencio solo roto por las campanas! ¿Sabes por qué?

Emily comprendió al término al que querían llegar los otros dos presentes:

—Porque se reúnen, conspiran —replicó—. Para matar a los confabuladores.

La abuela mostró solemnidad cuando continuó con sus pensamientos expresados en alto:

—Nunca supimos si los confabuladores fueron en realidad los que decapitaron la estatua de Hallington. Lo que sí sabemos es que se les culpó. ¿Por qué no hacerlo con este rayo de luz, que les ha causado un sufrimiento que ellos han vivido en sus carnes y no a través de historias contadas de padres a hijos? Si por una mísera estatua, decapitada cuando ellos ni existían, han torturado a cada uno de nosotros, ¿qué no harán en el preciso instante en que crean que hemos dado esa luz que ha matado a tantos de los suyos?

»Somos confabuladores, ellos confabulan ahora cómo matarnos, pero nosotros podemos confabular mejor, mucho mejor. Lo tenemos en la sangre.

Emily volvió a reír con ganas y cogió la taza del té, arrojándola y haciéndola añicos a los pies de la mujer mayor.

—¡Fuera de aquí, malditos condenados! ¡Fuera de aquí, escoria! ¡Fuera, fuera, fuera! —Daniel y Ma retrocedieron. Emily perdió la razón—. ¡Nos vemos en la horca! ¡Id vosotros antes para calentar con vuestro hedor a los árboles hambrientos de cabezas! ¡Los Hownland tardaremos! ¡Los Hownland no necesitamos a nadie!

Daniel Jones abrió la puerta y salió, Ma le siguió, pero antes se paró una vez más.

—Lo siento por lo que os hicimos, Hownland.

Un tic transformó el rostro de Emily en el de un monstruo.

—¡Más habréis de sentirlo!

La tetera salió volando contra Ma Dagan, cuya cabeza hubiera estallado en sangre y té hirviendo si no hubiese sido porque salió y cerró la puerta por la que corrieron las trizas.

La casera suspiró en el silencio solo roto por una mosca. Entonces, recordó a alguien y miró al espectador del encuentro: John Odell estaba sentado a un lado, sin hacer ni decir nada. Estuvo allí en todo momento. Emily lo señaló.

—Ponte tus mejores ropas, Odell. Pon tu mejor sonrisa. Ten lista tu predisposición a caer, porque nos vamos al infierno... Y todos acabaremos muertos tan pronto...

Odell abrió la boca, vomitando una agüilla amarilla entre la que nadaba una enorme cucaracha negra que revoloteó por el suelo. Emily la aplastó con su bota.

—¡Muy pronto!

* * *

Rahne desapareció como desaparece la hermosura, rápida e inesperada, cual estrella fugaz. Seth siempre consideró eso, mientras se decía que era un cursi y recordaba a la única chica que le tomó en serio, la única con la que podía hablar de lo que le gustaba, la única que significó algo para él y (¿por qué no decirlo?) la única a la que quiso.

Ella siempre fue mejor que todos. Seth lo sabía, lo creía con cada fragmento de su ser. Rahne, en su enorme misericordia y amor, era la única que pensaba que el infierno de Hollow Hallows podía terminar sin sucumbir ante la muerte; Rahne, en su gran esperanza, en su infinita desilusión. ¿Cómo tuvo que darse cuenta de que no podía salvar a nadie? ¿Cómo fue descubrir que cada descendiente de los confabuladores estaba maldito, quisiera o no? ¿Cómo fue tener que irse sin decirles nada, dejando tras de sí más miedo y sufrimiento que sumarse al gran martirio?

Seth no lo sabía.

Y, por eso, lo hizo.

En el último momento, levantó la varita atrayendo la mirada estupefacta de Caroline y susurró:

—Rahne, queremos saber dónde estás.

Una onda oscura agitó los árboles, piedras y restos del pantano. La magia se hizo.

Caroline y Seth no pudieron decir nada, pero no muy lejos se escuchó una voz junto a unos ladridos.

—¡Por fin lo hemos encontrado, Huargo! ¡Por fin!

Dawn parecía contenta, el perro también.

Caroline y Seth escudriñaron a su alrededor, esperando vislumbrar a Rahne. ¿Era

la sombra tras los árboles? ¿Era la sensación que imperaba? ¿Era algo que se escondía en la nada?

Solo se escuchaba a Dawn junto a Huargo hasta que Caroline alzó su voz:

—¿Dónde está mi hermana, Seth?

El chico movió un par de matorrales y se perdió en la niebla que rodeaba la frondosidad.

—No... No lo sé, Caroline.

Caroline se aproximó, desesperada.

—¿No ha funcionado tu magia?

El muchacho tembló, se encogió de hombros, dubitativo.

—No... No lo sé. —Miró con más ahínco—. Tal vez no esté cerca. —Se fijó en los árboles—. Tal vez aparezca pero no sea como..., como esperamos. —Se topó con la mirada lúgubre de Caroline. Era una mezcla de inquietud, odio y decepción—. ¿Qué quieres? No sé, no llevo ni un día con estas cosas...

Caroline sollozó, Seth pretendió tocarla para hacerla saber que no estaba sola, pero ella se apartó y salió corriendo hacia donde se oía a Dawn. De poco le importó que una de las ramas de los árboles le rasguñase el brazo izquierdo. Seth fue tras ella.

—¡Chicos, venid! ¡Venid, hemos encontrado algo interesante! ¡Oh, sí, sí, qué interesante! —gritó Dawn, emocionada.

El tono de voz de la chica recordó a la niña que fue hacía mucho tiempo, a la que le encantaba explorar el pantano y ayudar a los pájaros partiéndoles el cuello cuando se caían del nido y se rompían las alas.

Seth llegó poco después de Caroline. La muchacha, cuando vio lo que vio, se derrumbó y lloró como si su cuerpo se hubiese quebrado, gritando como solo se grita cuando se da cuenta de que lo que se ama se ha perdido para siempre. Seth no lo entendió al principio, pero luego tembló y una idea oscura tomó forma en su mente. Dawn y Huargo los miraron, ¿qué les sucedía?

Ante ellos, entre la maleza, vomitados por el barro, huesos de un esqueleto del cual Huargo sacó el fémur.

El hedor era insoportable, adornando un ruido siniestro. Del barro, removiéndose, surgieron unas burbujas espesas y grandes, luego una calavera escupida por las aguas negras. El cráneo no se quedó a un lado para hundirse otra vez, no, sino que se agitó yendo hacia la tierra, junto al montón de huesos. ¿Por qué se movía? ¿Qué era aquel horror? ¿Tal vez conjurado por la magia? De pronto, se detuvo. Todos lo miraron.

Hubo un estallido... ¡*Crank!* Docenas de sapos, ranas, renacuajos y seres del pantano, los cuales trajeron la calavera a la orilla, escaparon por las cuencas de los ojos, vacías, y los agujeros donde hubo una nariz. Un siseo de aquel hueso les avisó del final. Así el ritual maldito culminó.

—Rahne, no, Rahne no... —repetía Caroline tocando la calavera de su hermana.

Nadie vio a Garric Odell entre los árboles nudosos.

Tampoco al ser que habitaba ahora junto a ellos.

CAPÍTULO 26

Dawn no derramó ni una lágrima; no se puede escribir lo mismo de Seth y Caroline, sobre todo en el caso de Caroline.

Los huesos yacían entre el cieno, trozos raídos por las sombras, fragmentos de algo que una vez fueron una persona, que una vez fueron Rahne. ¿A eso se reducían las vivencias, sueños, miedos, deseos y odios de cualquiera? ¿A un montón de huesos que algún día serán cenizas en la nada?

Hurgo fue hasta Seth, arrodillado en el suelo. El perro le lamió la cara para animarlo, intentando jugar, pero era imposible.

Dawn, contemplando ese cuadro titulado *El desconsuelo eterno de los idiotas que me rodean*, decidió preguntar, temiendo como siempre lo peor:

—¿Qué habéis hecho?

Caroline quiso decir algo, pero el querer no fue suficiente. Sus labios temblaron y las palabras murieron antes de nacer. Viendo esto, Dawn fue hasta Seth. No hizo ni falta tocarle para que supiera que ella le haría daño si no respondía.

—Contesta, Seth, ¿qué habéis hecho? O lo que es más jodido, ¿qué gilipollez has hecho tú?

Las lágrimas, los mocos y las babas cubrían el rostro del desconsolado Seth, ocultándose la cara con su gabán.

—¿Cómo..., cómo sabes..., que he sido yo?

Dawn le escuchó entre sollozos y le contestó, cansada:

—Sé lo imbécil que eres para saber que tú tienes la culpa.

El chico lloro más hasta que dijo:

—Yo... Yo... Creo que...

Dawn se acercó más. El chico notó la respiración de la joven. Le puso nervioso, le aterrorizó.

—Habla rápido, Seth —pidió Dawn—. El papel del tartamudo está ya cogido en esta pandilla, ¿sabes?

El heredero de los Dagan respiró, agitado, como si se estuviese asfixiando, a punto de deshacerse y convertirse en otro montón de huesos. Sus ojos eran conducidos una y otra vez para fijarse en la calavera, como si fuera la luz y él un mosquito, no quería hacer otra cosa...

—Seth, responde o juro que acabarás como ese esqueleto mucho antes de lo que crees —advirtió Dawn—. Quedas avisado.

Sonaba convincente, pero él apartó la mirada incapaz de confesar.

Dawn arrastró de una bofetada el rostro de Seth, obligándole a mirarla a los ojos. En estado de conmoción, el chico tardó un poco más en responder, pero al final lo hizo o, al menos, lo intentó:

—He hecho que... —Y señaló a la calavera—. He hecho que...

—¡Contesta o te lanzo al pantano! ¿Has hecho qué, Dagan?

—¡Que Rahne regrese!

Volvió a llorar aquel chico, cuyos héroes de ficción como *Spider-Man* o el Doctor de *Doctor Who* le obligaban a aparentar ser siempre un héroe con algún chiste de por medio, que jamás se rompía y ahora... Era solo él, humano, sin sueños, solo con dolor.

Dawn consideró que su compañero perdió cualquier atisbo de cordura hasta que vislumbró que en sus manos sujetaba la varita.

—No puede ser... —musitó Dawn y los hechos tomaron cierto orden en su cabeza—. Seth, no quiero... No quiero ni pensarlo, pero... Pero deseaste que Rahne volviese con tus truquitos y apareció este esqueleto... Me estás queriendo decir eso, ¿no?

Seth calló. «Me siento como Pippin cuando Gandalf le echaba la bronca en Moria por estar haciendo el idiota y llamar la atención de los trastos... Igual». Incluso peor, porque la vida real solía ser más horrible que cualquier película o libro. Su rostro no se movió, pero sus lágrimas luchando por caer entre las manchas de sangre y barró, fueron la respuesta suficiente para Dawn.

—¡Maldito seas, Seth! —gritó Dawn, empujando a su amigo—. ¡No hagas aparecer a nadie la próxima vez y desaparece tú y líbranos de tu idiotez!

Seth se giró, incapaz de seguir hablando con la que hasta hacía unos días era su amiga, que le preguntó:

—¿Cuándo hiciste el truco, imbécil?

Seth no contestó.

Dawn se puso ante Caroline.

—Caroline, dímelo... —Nada—. Venga... —Silencio—. ¡Joder, que alguno de los dos me responda! Si tan valientes sois para someter la realidad a cosas que no entendéis, ¡más valientes deberías ser para decir lo que habéis hecho!

Ninguno fue capaz de hacer otra cosa que no fuese llorar sin cesar. Dawn caminó hacia ellos y ese mero acto hizo que Seth, deseoso de escapar de mayores problemas, tartamudease:

—Fue... Fue hace un..., hace un..., instante...

Seth odió hablar así. Se recordó a sí mismo a Odell. Eso le obligaba hacer algo terrible y era comprender a ese bicho raro. ¿Fue algún acto atroz el que hizo que Odell siempre temblase cada vez que hablase? ¿Tan terrible que aún le duraba aquel pánico?

Dawn tomó la palabra y le cortó el cuello ante ellos:

—Esa magia... —Procuraba describirlo sin perder la razón (más aún)—. ¿Fue esa brisa extraña..., queapestaba a muerte? ¿Esa especie de oscuridad?

Se perdió en el recuerdo reciente; a punto de llegar hasta donde Huargo les llevó, un viento lúgubre zarandó lo que la rodeaba, envolviendo la atmósfera en el mismo

aroma que desprende cualquier animal muerto, solo que más cerca, más dulzón, más monstruoso. Eran los huesos escupidos por el pantano; hedían a desgracia.

—Dawn, puede que...

Seth calló, pero Dawn descifró lo que faltaba: «puede que sí», que significaba «sí».

—Jodidos idiotas —insultó la muchacha.

Permaneció allí, frente a la oscuridad de la ciénaga. La pestilencia de los árboles la envolvía y el recordatorio del tacto de los huesos en sus manos hacía que sintiera ganas de quebrarlos.

—Hurgo encontró ese fémur antes de que desearas esa chorrada —razonó en alto. Nadie la entendió.

Caroline dio una palmada al barro sobre el que yacía sentada. Las gotas negras salpicaron a los confabuladores.

—¡No era ninguna «chorrada»!

—Permite que mi vocabulario no sea más amplio en este momento.

Las nubes ocultaron el sol, llovió negrura sobre las dos jóvenes.

—¡Quería volver a ver a mi hermana, Dawn! ¿Es eso una «chorrada»?

Dawn hizo un mohín con dirección los restos e increpó:

—Ah, ¿y querías volver a verla así?

Caroline perdió la paciencia y le habló de modo terrible:

—¡Oh, no! No te atrevas, ¡no te atrevas a darme lecciones! ¡No eres nadie!

La sobrina mostró el mismo ímpetu que su tía.

—Sí, soy alguien y te daré una lección que te gustará: al menos, ahora podrás dormir más tranquila sabiendo que este calvario ha terminado. Tu hermana está muerta. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

Caroline se lanzó contra Dawn. No entendía su dolor e iba a intentar que sí lo hiciera, pero sabía que podía matarla y solo sería una leve muesca de su enorme sufrimiento. Incluso así, Caroline quería destrozarla y ambas chocaron la una contra la otra. Rodeándolas, Hurgo ladraba sin parar.

—¡No me vengas con tu porquería de siempre, Dawn! ¡No me vengas con tu prepotencia! ¡Tú no sabes lo que es perder a...!

Dawn no borró su sonrisa, es más, la dibujó más y más. Caroline cayó en la cuenta de la historia de la familia de Dawn, en la célebre muerte de su padre, el gran símbolo de los *rockeros* que mueren con veintisiete años como Kurt Cobain, Jimi Hendrix, Jim Morrison, Janis Joplin, The Stardust Duke...

—Pequeña Caroline —la llamó Dawn—, yo me he criado entre la muerte, como los gusanos que devoran los cadáveres. ¿Sabes cómo te sientes cuando te crías en la muerte? No, no puedes.

»Manipula un poco más a Seth y podrás preguntarle a Rahne cómo se sienten los muertos, porque serás uno de ellos...

Caroline levantó sus manos para abofetearla, pero Dawn la esquivó y la tiró

contra el barro. Huargo gruñía a Caroline, mostrando sus colmillos, como si pensase que ella dio pie a esa batalla..., porque así fue. Seth era solo un testigo, como si no pudiese cambiar esa condición.

—Parad ya, por favor —dijo, lamentándose. La varita se hizo pesada en sus manos—. Si llego a saber que pasaría esto, nunca hubiera aceptado este..., poder...

Dawn pateó el suelo como si fuera lo único que podía hacer tras escuchar la mayor estupidez de su vida. Huargo aulló.

—¿Crees que tú podrías haber aceptado un poder? ¡Seth, piensas que no, pero eres tan iluso como Caroline! ¡Y este mundo no permite ilusiones! ¡Teníais que pagarlo alguna vez!

Huargo se interpuso entre ambos. No parecía el de siempre, se asemejaba a un lobo deseoso de repartir dentelladas.

—¡Dawn, para ya! —pidió Seth, lo rogó como se ruega lo imposible: con completa fe. El can siguió ladrando—. ¡Detén a Huargo!

Dawn entrecerró los ojos.

—No voy a detenerme ni yo gobierno a Huargo...

El perro trotaba de un lado a otro, salvaje, en torno a los tres. Los amigos estaban rotos, como si fuesen el montón de huesos. Pasó un minuto y el animal se quedó más quieto, pero estaba tenso: un grito más y mordería a quien fuese, no se podía decir que los humanos hicieran algo distinto.

—¿Cómo puedes ser..., tan cruel..., Dawn? —preguntó Caroline, la imagen del dolor, embarrada, observando obnubilada los despojos de la que podía ser Rahne.

—¿Cómo puedo ser tan cruel? —repitió la heredera de los Hownland en voz alta. Meditó una respuesta que dejó escapar poco a poco—: Caroline, la vida me ha escrito así.

El crujido de unas ramas obligó a que Dawn, Caroline y Seth mirasen hacia el lugar del que provenía. Alguien se acercaba a ellos, entre la maleza, mostrando unos gestos dubitativos, como si procurase no pisar una mina y que todo explotase. Huargo ladró una vez más, recibiendo al forastero. Era Garric.

—Hablando de escribir... —dijo Seth, furioso—. Este tipo... ¿No lo notáis? ¿No lo veis? Viene ahora, fingiendo dar pasos torpes, pero ¿por qué no le hemos escuchado antes, solo ahora? ¡Finge ser un idiota, pero es el peor de nosotros! ¡Es un psicópata!

Garric conservó la compostura, si es que a su carácter errático y nervioso se le podía denominar de tal manera.

—Hacía... Hacía..., mu-mucho r-r-r-ruido... P-p-pero ha-ha-había mu-mu-mucho más rui-ruido a-a-aq-aquí... La-la-dridos... Gri-gri-gritos... Por-por-por e-e-e-so no..., me escu-escuchas-te...

Garric apartó su mirada de los amigos, fijándose con cierta sorpresa en el hallazgo de los huesos. Sus ojos se sumergieron en las concavidades vacías de los ojos de la calavera.

—¿Q-q-q-q-qué...? —Se dirigió a cada uno de sus amigos—. ¿Q-q-q-q-quié es? Seth levantó la varita y señaló con ella al escritor.

—Voy a...

Garric se quedó ante él ni se apartó. En ese instante, Seth podría haber hecho mil cosas para destruirle, pero deseaba que Odell hiciera algo más que quedarse quieto, ya fuera defenderse o suplicar clemencia.

El escritor notó que, al no reaccionar, la furia de su adversario se transformaba en otra cosa, en una rabia dirigida contra él mismo. Seth cayó, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Q-q-q-q-qué... Se-Se-Seth?

¿Fue la pregunta de Odell un desafío? ¿Escondía otra cosa? «¿Qué? ¿Qué vas a hacerme si te atreves, Seth?», ¿esa frase era lo que guardaba ese tartamudeo, esas palabras incomprensibles? No, no podía ser. Odell era un tipo sin fuerza, alguien mediocre, alguien que jamás retaría a nadie, pero ¿y entonces? Acaso ¿no mató a sus compañeros de clase? Seth descubrió que, como Alan Lamke antes, Garric Odell era capaz de quitarse la máscara...

—No puedo volver a hacer esto... —reconoció. Ni siquiera él creía lo que estaba pasando. Bajó la varita, dejando a Garric en paz—. Esto acabará destrozándonos... —Contempló bien aquel artilugio que perteneció a su padre—. No puedo hacer que nada tan horrible como lo ocurrido con..., los huesos... —Lloró en un estruendo—. Con Rahne... No puedo dejar que pase de nuevo al usar..., la magia.

Cada frase le dolía al ser pronunciada. Levantó su rostro; todos notaron como si pelease consigo mismo. Dawn se percató de la confusión, valoró que era algo forzada, algo artificial, pero ¿por qué? Tal vez, porque Seth no era tan maduro, no era alguien capaz de hacer lo que hizo a continuación: tiró la varita lejos, impactando contra el barro y rodando hasta las aguas profundas, las mismas de las que emergieron los restos óseos, la misma donde la varita se hundió. Renunció a la magia.

El gesto de Seth se transformó, desde el sufrimiento hasta la incomprensión, pasando por la furia y una rara calma en la que sus manos seguían temblando. Al final, cuando la varita desapareció, lo confesó:

—No..., no sé qué he hecho, pero..., lo he hecho.

¿Era el mismo Seth que una hora antes gritaba sobre ser un hechicero? ¿Era el mismo que creía poder destruir Hollow Hallows con su magia?

—¿Qué? ¿Qué diantres has hecho, Seth? ¡Por Dios! ¿Qué has hecho?

Caroline gritó cada palabra como si intentase que fueran cadenas chocando contra Seth.

—Lo..., lo que..., lo que debía hacer.

—¿Cómo, Seth? —dijo Caroline cogiéndole por el cuello de la camisa—. Dime cómo. ¿Cómo me vengaré ahora de lo que le han hecho a Rahne? ¡Has perdido la única arma contra este lugar que teníamos! ¡La única arma y has renunciado a ella! ¡Lo prometiste y has fallado! ¡Has fallado!

Dio varios puñetazos en el pecho a Seth hasta transformarse en meros toques que se perdieron en acciones que no significaban nada. El chico musitó:

—Me estoy acostumbrando a fallar y no..., no quiero equivocarme más. No quiero que... Lo..., lo siento, Rahne...

El rostro de la muchacha pudo ser el rostro del ser que albergaba más odio en el mundo.

—¿Me has llamado Rahne? —preguntó. Sus manos golpearon el pecho de Seth una y otra vez—. ¡Rahne está muerta! ¡Rahne es un montón de huesos! —Seth no pudo ni pedir disculpas, ¿cómo fue tan insensato?—. ¿Y sabes qué? ¡Envidia a Rahne! ¡Desearía estar muerta, desearía ser ese montón de huesos!

Caroline ocultó su cara tras su melena.

—Los..., los..., de-de-deseos son..., pe-pe-peligr-grosos —dijo Garric a la chica. Ella notó que esas palabras se grababan en su alma, ¿por qué?

—¡No te metas en esto, lunático! —le gritó Seth a Odell, que retrocedió—. ¡Ni te atrevas!

—¡Solo estaba hablando, Seth! —prorrumpió Dawn, interponiéndose entre Seth y Garric.

—¡No quiero escucharle, Dawn!

—Seth, lo que tú quieras o dejes de querer tras lo que has hecho importa poco —habló Dawn—. Piénsalo, piensa lo que has hecho: ¿y si has jugado con la suerte? Tal vez Huargo solo debía encontrar los restos de un animal, pero tu deseo, tan inmediato, tan poderoso, podría haber hecho que esos huesos fueran los de Rahne...

Si Seth hubiera sido apuñalado en ese instante, su reacción de angustia hubiera sido menor que aquella que mostró entonces.

—¿Insinúas..., eso? Dawn, ¿en serio? ¿Insinúas eso? ¿Cómo te atreves?

La interpelada no replicó, solo se concentró en Caroline. Pequeñas lágrimas caían borrando los restos del barro donde el cadáver de su gemela se descompuso. Huargo se acercó hasta las dos.

—Quiero..., morirme —susurró Caroline y Seth se le acercó.

—No mueras aún, Caroline...

La desesperación embargó a la joven.

—¿Por qué, Seth? ¿Por qué no debo morir ya, Seth? ¿Por qué?

Seth tomó aire antes de contestar algo que improvisó mientras Huargo le lamía la cara, más tranquilo que antes.

—Porque hay otras maneras de destruir Hollow Halls. Mira, tenemos a Huargo para ayudarnos.

El perro emitió un quejido y se fijó en Seth como si dijera: «eres un pedazo de cretino que solo sirve para ser sacrificado y convertido en comida para perros».

—Olvídame, Seth —pidió Caroline y caminó con rapidez, yéndose del pantano.

El chico fue tras su amiga, no quería que intentase ninguna locura. El perro también se unió en su escapada.

Junto a los huesos solo quedaron Dawn y Garric.

La hija de los Hownland se arrodilló para escudriñar la calavera. La cogió en sus manos, como si estuviese a punto de recitar a Hamlet («Ser o no ser, esa es la cuestión...»).

—Es-es-es-pero que..., t-t-t-todo se..., ar-a-a-a-ar-arreg-gle... Lo..., lo..., siento...

—¿Esperas que todo se arregle? —respondió Dawn con otra cuestión—. Qué frase más esperanzadora para un humano, qué frase más cargada de simbolismo, qué efímera para alguien como tú, Garric. Como si tú no fueses capaz de hacer eso.

—Yo... No... No...

—Detén ya esa mentira bajo la que te enmascaras.

—Yo...

Dawn le señaló y sonrió de la misma manera en la que sonreiría un ser digno de ser el mentor de Mefistófeles.

—Puedo ver quién eres, Odell. Llegaste siendo un tonto inocente, ahora ya no lo eres, pese a que conserves la máscara. Si esa careta se viniese abajo, si el maquillaje se rompiese y se cuartease tu piel de papel maché, ¿qué veríamos debajo sino a alguien que sabe a qué está jugando?

Garric la esquivó, apartando un par de ramas de los árboles del camino, dispuesto a irse, pero no siguió.

—Yo...

—Le diste ese poder a Garric.

—No...

—Sí.

Los dedos de Garric rozaron unas hojas de un roble de los pantanos.

—No..., no..., e-e-e-era..., un p-p-po-der...

—¿Qué era entonces?

El muchacho la observó.

—Una-una pru-prueba...

—¿Una prueba?

Odell tragó saliva.

—P-p-pensé q-q-q-que..., le ayu-ayudaría...

—¿Ayudarle a qué?

Dawn perseguía el misterio, quería respuestas.

—A..., a..., a acep-aceptar..., su..., su..., su..., des..., desti-destino...

—¿Su destino? ¿Cómo sabes cuál es su destino?

Garric irguió el rostro, buscando una respuesta en el cielo.

—Seth..., odia-odiaba a su..., p-p-p-padre... Y yo..., q-q-q-q-quería..., q-q-q-que estu-estuviese en paz... Y... le hice ser..., un... hechicero... Lo q-q-q-que Seth q-q-quería... en-en el fon-fondo..., e-e-e-era solo ser..., su..., p-p-p-pa-dre... ¿Y q-q-qué ha-hacen me-me-mejor los ma-ma-magos?

—¿Magia?

El escritor negó.

—De-de-desap-pa-pa-parecer..., las..., c-c-cosas...

Howland no le seguía en sus cavilaciones.

—¿Qué mierda me estás contando? ¿Qué prueba era esa?

—Acep-p-ptar..., el..., p-p-p-pasado de do-do-dolor de Ho-Ho-Hollow... Ha-Ha-Hallows... El mismo p-pa-pasado que mató a su p-padre..., y..., ha-ha-hacer..., de-de-desapa-pa-parecer el fu-fu-futuro..., de este lugar.

La confesión de Garric era un chiste malo para Dawn.

—Eso es tener demasiada mente fría, demasiada para ti. No me lo creo.

Garric no dejó de mirarla, resultando incluso molesto.

—¿N-n-no?

Dawn disparó otra cuestión que heló la sangre a Garric:

—¿Creíste que le ayudarías también escribiendo una escena donde renunciase a su poder?

El escritor se sorprendió. Dawn era lista y peligrosa, siempre lo fue.

—Yo...

—Seth no hubiese soltado así como así la varita... Tú le obligaste.

Garric clavó su mirada en Dawn, sin ningún parpadeo ni temblor, con completa seguridad, pero desconociendo las palabras que debía emplear a continuación.

—N-n-no..., es-es-escri-cribí nin-nin-ninguna esce-escena...

—Oh, ya... ¡Claro, ya entiendo! ¿Sembraste la duda al menos por si alguna vez iba contra ti? Imagino un «si cometía algún grave error, Seth renunciaría a ese poder que lo causó». No, ya sé. Esa frase no es suficientemente buena, pero seguro que capta la basura que escribes. Pero es la verdad: no le darías una pistola cargada de balas a alguien que podría reventarte la cabeza con un tiro, no le darías a alguien magia sin tomar precauciones...

Garric contuvo el aliento y lo dejó escapar con un pensamiento tímido:

—Eres..., tan..., brillan-llante...

Y asintió.

—Odell —dijo Dawn. Se quitó la chaqueta y cubrió los huesos—, no seas nuestro titiritero de esa manera, no escribas porquerías con nosotros como protagonistas. — Garric se vio contrariado, ¿qué era lo que Dawn quería y lo que no? ¿Por qué no la comprendía?—. Si quieres hacer algo útil con ese poder, haz una gran historia y haz lo único importante que podemos hacer.

—¿Y-y-y eso..., es?

—Destruir Hollow Hallows. ¿Para qué he nacido si no?

La adolescente cerró el improvisado macuto con los huesos y, sin mirar atrás, se dispuso a largarse.

—D-D-Dawn..., he..., he-he-he ve-ve-venido por..., porque te-te-te tengo que ad-ad-advertir...

Ella ni se detuvo.

—¿De qué?

—Le d-d-d-di el po-poder y..., du... du-da, p-pe-pero él so-solo c-c-c-cometió el..., error...

—¿El error de hallar a Rahne? —preguntó Dawn quitando unas ramas nudas de su camino.

—U-uno pe-peor.

—¿Cuál? ¿De qué estás hablando?

—Ho-Ho-Hollow Hallo-Hallows q-q-quiere mata-mataros más..., q-q-q-que nun-ca por..., por Seth...

La hija del Caserón Woods crepitó como un ascua, ¿a qué se refería Garric con ese comentario?

—¿En qué demonios se equivocó, Seth?

—Dan-da-dando la p-r-r-r-primera esto-estocada... To-to-todos ce-cegados... Mu-muchas muer-muertes... Locura... Vie-vie-vienen a por vo-vo-vosotros.

—¿Hemos declarado la guerra sin pretenderlo?

Garric dijo que sí y Dawn corrió hacia su casa, sabiendo que la tormenta iba a estallar y debía preparar su propio campo de batalla.

Atrás se quedó su amigo, como un fantasma aguardando a alguien a quien aterrar, pero sin darse cuenta de que eso mismo, atemorizar, fue lo que hizo con los que le rodeaban.

* * *

Anocheecía cuando Jacob Ellis cruzó el amplio pasillo de la iglesia. Se detuvo ante la capilla principal, donde Allison Brooke rezaba. La chica susurraba sin detenerse, rogando con toda su alma; solo se paró al notar tras ella al pastor.

—Rezar es nuestro único consuelo —dijo. En su rostro, mostraba un cansancio y dolor inconmensurables—. Acudimos a dios en la hora más sombría. Somos como niños que buscan un adulto que les ayude cuando ellos son incapaces de lograrlo, incluso cuando saben que no podrán conseguirlo...

Los ojos de Brooke estaban colmados de lágrimas.

—¿Cómo están?

El sacerdote dejó que su alma se perdiese en los símbolos religiosos de Hollow Hallows antes de responder:

—Sobreviven. —Esa palabra era pesada como una lápida—. A un alto precio, pero sobreviven. Shaxon hace lo que puede. —Su labio tembló. Brooke se preguntó si sería capaz de llorar—. Encomendamos sus almas a Alfred Hallington, rezando porque el viento viaje en nuestra dirección y nuestro barco no se hunda en olas sangrientas...

Allison interpretó bajo toda la poesía del pastor, pero ¿cómo alguien podía hacer metáforas mientras sus hijos estaban moribundos? Ella no podía. No podía hacer metáforas, no podía calmarse, no podía pensar, no podía, no quería, no se le permitía; solo podía recordar cómo fue estar ciega durante un segundo, escuchar el sonido de un choque monstruoso, el murmullo de la estatua, el sonido de la piel quebrándose, la sangre brotando y los huesos rompiéndose. Era demasiado para ella.

—Pusimos en nuestros hijos nuestras mayores esperanzas —se pronunció el pastor con severidad—. ¿Cuándo pasan los hijos de trepar en busca del bote de las galletas a luchar por no asfixiarse tras que sus cuerpos se quiebren y sus almas desaparezcan? ¿Cuándo un muchacho con toda la vida por delante acaba con las piernas destrozadas y cercano a la guadaña inclemente? ¿Cuándo se pierde lo que se posee? —Allison desconocía las respuestas, puede que incluso el pastor lo ignorase, porque dijo—: Allison, solo Alfred Hallington lo sabe.

La muchacha sintió la sangre resbalando por las palmas de sus manos. Cerró con tal fuerza sus manos que las uñas de sus dedos cortaron las palmas.

—Allison, debemos aceptar algo que nuestra propia naturaleza rechazaría. Nuestros seres queridos, los que tanto nos aman, nos han afrentado.

¿Afrentado? La palabra cayó dando tumbos por el cerebro de la chica. ¿Afrentado? ¿A qué se refería?

—Eso solo lo harían los confabuladores...

—Sí, Brooke, solo ellos nos afrentarían y solo ellos harían que nuestros hijos nos afrentasen.

—No... No... —se negó con una fuerza indómita. No dejaría que nadie, ni siquiera el pastor, manchase la memoria de Elliot—. Si me lo permite, señor, debo decirle que... —Pero era el pastor Ellis y ella no podía salirse de su papel—. No le entiendo, pastor.

Los ojos de Ellis relampaguearon mientras decía:

—Hija, chocaron contra la estatua de Hollow Hallows.

Allison dijo no con la cabeza.

—Fue un accidente.

—Fue fruto de los confabuladores —replicó—. Convirtieron a nuestros hijos en armas contra nosotros, pero no dejan de ser armas mancilladas por monstruos.

Brooke ordenó sus ideas, pero no hallaba la manera de desenmarañar ese montón de ruinas.

—Elliot, Donald y Flint nos eran leales, pero fruto de las argucias de los confabuladores se convirtieron en traidores. Ese accidente no lo fue, lo prepararon los monstruos. Nos cegaron hasta hacer que la fe de ellos no fuera lo suficiente. Oh, Brooke, comprende: si ellos hubieran creído más, eso no hubiese pasado...

—¿Elliot y yo rogábamos a Alfred Hallington! —chilló Allison. Su voz resonó por la iglesia, pero es que no soportaba más aquel malestar—. ¿Cómo nos ha hecho esto? ¿Cómo? —El pastor no dejó de mirar el símbolo sagrado del ancla de

Hallington—. ¡No es justo! ¿Por qué los confabuladores nos causan este martirio y no podemos devolvérselo? ¡Ellos se merecen algo peor que la muerte!

Jacob Ellis le hizo un gesto para apaciguarla y luego le habló:

—Allison, estamos muy orgullosos de ti. ¿Sabes por qué, hija y hermana de Hollow Hallows? Porque tú has resistido por ser una fiel creyente. —Le tocó la mano—. Puedes seguir rezando, hija.

El pastor la dejó, pero Allison notó que los pasos del hombre de Hallington no desaparecían a lo lejos, sino que lo hizo cerca, en seco, para añadir algo:

—O puedes hacer otra cosa, hija: ser la mano del consejo y obrar en memoria de tus hermanos hundiendo a los confabuladores, haciendo justicia para siempre —dijo. Allison notó que su corazón daba saltos en su pecho—. Puedes convertir todas tus lágrimas en el océano que ahogue a tus enemigos, convertir tus manos suplicantes en puños que quiebren sus cabezas, convertir tus susurros en gritos que les revienten... Hija, puedo ver los pecados en los demás y en ti no hallo ninguno. Puedo verte como una guía para Hollow Hallows, ¿puedes tú verte así?

La chica se puso de pie y, poco a poco, pues sentía gran respeto, se aproximó al cura, que le daba la espalda, apoyándose en el bastón de Hallington.

—Una guía, pero ¿con qué destino?

—Hija, una guía que nos lleve más allá del fin —replicó. La hija de la alcaldesa se estremeció—. El apocalipsis comenzará y te necesitamos para que nos conduzcas entre la muerte y la llama, pues sabemos que tú, que no has sido mancillada, sientes gran dolor por lo ocurrido al resto de nuestros hijos y que puedes usar la fuerza de ellos para el colosal cometido.

—El colosal cometido es...

—Matar a los confabuladores y erradicarlos para siempre —replicó. Allison liberó su respiración como si muriera—. Alfred Hallington escuchará sus gritos como oraciones para él y nos libraremos de la maldición.

»Hemos aguardado demasiado tiempo, pero ya no más. Encontraremos la reliquia, impartiremos justicia y acabaremos con esta aberración. Te lo prometo.

Brooke caminó adelante, hizo el gesto de la hache como si fuera el símbolo de la cruz cristiana y, despidiéndose de la casa de su señor, dijo:

—Sí, padre. Prevaleceremos.

* * *

Dawn caminaba por la sala de estar del Caserón. Tras guardar los huesos en un saco que colocó bajo los tablones de madera de su habitación, leyó un cuento de fantasmas titulado *Una vuelta de tuerca*. Trataba de una institutriz que creía que los dos niños que cuidaba estaban poseídos por fantasmas pero, entre susto y divagación, flotaba una idea: ¿y si ella estaba loca, imaginó a los espectros y dañó con esa

fantasía a los críos? Esa duda se la formuló Dawn a sí misma, sin creérsela demasiado: ¿y si ella imaginó el tema de la magia de Seth? ¿Y si Garric no jugaba con ellos como personajes? Estupideces. Sabía la verdad.

—¿Sabes dónde está el tartaja? —preguntó Emily Hownland, cargando con un puñado de pelos en las manos—. ¡El asqueroso de su padre está perdiendo piel y pelos por cada maldita y asquerosa esquina de esta casa! ¡Es como tener...! —Se quedó sin palabras—. ¡Ni siquiera sé con qué compararlo! ¿Dónde está?

La sobrina hizo un gesto que la delató ante su tía, no tenía ni idea y no mentía. Dawn creía que Garric regresó del pantano después de que ella llegase al Caserón y se encerrase a leer, pero ¿y si no regresó?

Emily se marchó suspirando y Dawn cayó presa de una pregunta:

—¿Dónde demonios estás, idiota?

* * *

Seth no encendió su ordenador. Esa tarde, tras ducharse, estuvo de un lado a otro, dándole vueltas sin parar a lo sucedido. Por el camino de vuelta, Caroline le esquivó y se fue sin decirle nada más. Él dejó que ella siguiese, rezando a no sabía qué dios para que su amiga estuviese bien.

El atardecer dio paso a una noche profunda en la que no encontraba ni una sola estrella que le consolase. Estaba naufragando en esas tinieblas, caminando por su habitación, cuando la escuchó:

—Pequeño...

Ma estaba tras él, deseosa de hablar, pero eso no le apetecía a su nieto.

—En otro momento, Ma...

Ma quería hablar de la cerda muerta, seguro... Pero ¿con tanta calma? ¿Sin enfado? ¿Sin una paliza? Seth la encontraba tan tranquila que no entendió lo que pasaba, pero sus propias preocupaciones eran mayores.

—Seth es importante que me escuches.

—No creo...

—¡Seth!

Ya volvía a ser la Ma salvaje de siempre.

—¿Qué?

—Necesitas saber algo de nuestro pasado que podría hacer que asegurases tu futuro.

Ma no solía hablar así y Seth lo percibió a la legua.

—¿Qué? ¿De qué diantres...? ¿No será la charla de papá le pone la semillita a mamá y se la empuja con la...?

—¡Seth! ¡Calla y escucha! —pidió y respiró hondo—. Esta es la historia de cómo los confabuladores hicieron algo terrible que ha condenado al fin a Hollow Hallows y

a ellos mismos durante mucho tiempo...

Seth chistó.

—¿En serio? ¿Vas a contarme cómo decapitaron a Alfred Hallington?

—No, eso nadie lo sabe —respondió—. Voy a contarte algo más importante, algo que te explicará por qué ocurrirá lo que va a ocurrir... Te voy a contar cómo nos condenamos.

»Comienza por nuestro mayor pecado: lo que le quitamos a los Hownland, el don que podría habernos salvado.

Seth parpadeó en plena confusión y soltó un:

—¿Qué?

* * *

Caroline volvió a casa, pero por el camino tuvo un encuentro desconcertante.

Se detuvo cerca de hogar, sin atreverse a dar un paso más. Al principio porque no deseaba sufrir el tormento de cada día en su casa, luego porque descubrió que alguien la acechaba y no era Seth.

—Caro-Caroline...

—¿Garric?

El joven salió de las sombras.

—S-Sí.

—¿Qué quieres?

Garric le tendió una mano.

—A-A-A-Ayu-ayudar-ayudarte...

Era lo que menos esperaba Caroline.

—¿Ayudarme? ¿Qué? Oh, no, claro que no... ¡Sé lo que haces! —Apretó la mandíbula—. ¿Quieres convertirme en un monstruo como a Seth?

—No... Ja-ja-jamás —contestó. Parpadeó varias veces, de modo molesto por su rapidez—. Le con-convertí en..., he-he-hechicero, no... no en un..., mons-monstruo. Eso lo-lo-lo eligió..., él.

—¡No sé cómo lo haces ni quiero saberlo! —gritó Caroline y estuvo a punto de golpear a Garric, pero se paró—. ¡Sé que existen los monstruos, pero no quiero saber qué te convierte en uno ni quiero estar cerca de ti! ¡No sé por qué dijiste que los sueños eran peligrosos, pero me lo imagino!

—Dije «de-de-deseos», no «sue-sue-sueños»...

—¿Qué más da?

—Los sue-e-eños son..., más..., p-p-p-eligrosos aún... Yo...lo..., sé.

Caroline lo evitó y quiso marcharse.

—¡No quiero hablar contigo! ¡No quiero saber nada de ti! Todo se ha vuelto peor desde que llegaste...

—¡Y q-q-q-quiero arre-arreglarlo!

Esa frase detuvo la marcha de Caroline.

—¿Cómo?

—Por-porque pue-puedo... Los de-de-deseos..., hacer-hacerlos realidad..., y, a-a-a-a..., veces, la gente..., no-no..., acep-acepta e-e-e-eso.

Caroline hubiera reído con ira, de no ser porque olvidó cómo se reía.

—Ja, ¿y cómo va esto? ¿Elijo una mierda y ya? ¿Qué puedo ser? ¿Una hada? ¿Una princesa? ¿Alguna gilipollez de esas? No, eso no me ayudará en nada. Preferiría tener una familia que no se desintegrara en la nada y una hermana que no hubiera desaparecido.

Garric se puso ante ellas para continuar la conversación.

—Es-eso q-q-q-q-ue pre-pre-pre-preferes se po-pod-d-d-dría log-lograr... No es de-de-demasiado..., r-r-r-ea...lista...

—No, no lo es, no creo que sea realista visto lo visto. ¿Encajaría en tu historia acaso?

—Siem-p-p-p-pre se necesita cier-ciertas dosis de fe-fe-fe-fe-felicidad pa-pa-para con-tro-tro-tro-trolar la fi-c-c-c-c-cción...

—Y un tartamudeo de vez en cuando, ¿no? Venga ya, Garric. No pierdas tinta conmigo. No servirá de nada. Hay cosas que son más difíciles que la magia.

La chica siguió andando.

—¿Y..., y si..., y si-si-si..., te-te-te..., hago..., fe-fe-feliz en mi..., his-his-historia? ¿Y si arreglo..., a tus..., padres?

—Sería fantasía.

Caroline desapareció en la oscuridad, pero Garric dijo:

—Mi his-historia es..., de..., fan-fan-fantasía...

Y sonrió como sonreía Dawn: con esplendor y malicia porque ya sabía cómo continuar su novela sobre los aciagos seres de Hollow Halls. No iba a fracasar. Un paseo siempre ayudaba a los escritores a salir del bloqueo de la página en blanco.

* * *

La criatura del pantano fue testigo de muchas cosas ese sombrío día donde un destello acribilló la realidad.

Conocía todos los sucesos antes que ocurriesen.

No se cegó ante la luz que borró el mundo. Ya lo vio antes y ya lo superó.

Sus manos esqueléticas tendieron hilos umbríos en dirección a Hollow Halls, acompañadas de doce relojes a lo largo de sus brazos, cada uno con diferentes horas, cada uno funcionando.

El ser llevaba mucho tiempo ocultándose allí, pero su hora se acercaba con un tic, tac inaudible salvo para él.

* * *

Caroline llegó a casa. Tocó en la puerta y entró, esperando gritos y lágrimas, como cada noche, pero lo que halló fue muy distinto.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal has pasado el día? —dijo su padre mostrando una amplia sonrisa.

La hija no supo qué responder.

No existía otra opción: su padre fue sustituido por alguien igual en aspecto, pero diferente en carácter. Se comportaba como su viejo, pero hacía años, antes de que Rahne se marchase. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se transformó?

Recordó lo que había pasado esa tarde y temió decirle algo sobre los huesos, ¿derrumbaría esa ilusión? ¿Despertaría tan pronto del sueño?

—¿Te ocurre algo, hija? —preguntó Daniel, tocando el hombro de Caroline, como gesto de apoyo—. Te noto extrañada, ¿ocurre algo?

—Es..., es que...

Caroline cogió una botella de agua de una mesa próxima y tomó un largo sorbo, queriendo conservar un momento para poner en orden lo que estaba pasando. Su padre aguardó una respuesta, pero lo único que se escuchó fueron un par de pasos desde la cocina. Esther, la madre, apareció junto al pórtico, con unas manoplas rosadas con las que sujetaba un caldero que emanaba vapor.

—¿A qué no adivinas qué he cocinado, Caroline? —dijo. Era la cara de la felicidad—. Pista: ¡es tu plato favorito! —Caroline estaba helada—. ¿Ni idea? Mmm... En fin, me da igual, voy a decírtelo... ¡Espaguetis!

Las manos de la hija temblaron tanto que la botella se cayó de sus manos. El agua se derramó por el suelo y sus padres permanecieron ante ella, con una felicidad irreal, porque..., era irreal ¿no? ¿No?

Lloró, porque ¿Garric le escribió una historia feliz?

* * *

Dawn Hownland se percató de una sombra precipitándose por el Caserón hasta llegar a su refugio, perseguido por la muerte que suponía su progenitor. Garric Odell se perdió esa noche ante la máquina de escribir, controlando a su padre y haciendo que Dawn se preguntase qué estaría escribiendo y cómo cambiaría el mundo.

Al final, como siempre, la adolescente sonrió.

Comenzaba un nuevo capítulo.

CAPÍTULO 27

Los aullidos se escuchaban en todo el cementerio. Donde solo debía haber muerte, algunos sufrían como si aún el manto de la noche eterna no les recibiese. Y ese dolor provenía del hogar del sepulturero, enterrador y matasanos de Hollow Hallows, Elmer Shaxon.

Fuera de la añeja estancia gris, con sus columnas carcomidas por la hiedra y sus estatuas de ángeles ciegos, el pastor Ellis esperaba, meditando sobre su propia guerra.

La puerta al fin se abrió y Shaxon apareció, embadurnado de sangre ajena; detrás de él, gritos y llantos. Sonrió y dijo:

—Padre Ellis, pobre padre Ellis, es que usted no aprende... ¿Qué hace aquí esperando a las ovejas moribundas en vez de guiar a su rebaño de vivas hacia lo que está por suceder?

El hombre de la iglesia no contestó porque unos pasos torpes interrumpieron la conversación. El *sheriff* Caleb Ruth iba a por ellos; su aspecto era desmejorado, tal vez incluso arrastrado por la embriaguez o cegado por la locura de la pérdida.

—Mi hijo, ¡mi hijo! —repitió, colérico—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué le habéis hecho?

Ellis le paró y le susurró:

—Caleb, hermano, detente.

Ruth se zafó del sacerdote.

—¡No me vengas con buenos modales, Ellis! —exclamó. Fue directo hacia Elmer Shaxon, tocándolo para, tras unos instantes, soltarlo y observar sus manos, manchadas de rojo—. Esto... Esto es sangre. ¡Es sangre!

La felicidad ponzoñosa de Elmer Shaxon no menguó. Preguntó:

—¿No pensarías que íbamos a quedarnos sin nuestros combatientes?

La cuestión se anquilosó en el pensamiento de Ruth como un arpón en un pez desgraciado.

—¿Nuestros combatientes? —dijo de nuevo Caleb Ruth—. ¿Qué? —Ordenó las ideas, pero el resultado no fue claro—. No, ¿qué...? —Sacudió la cabeza, como si sirviese para pensar con claridad—. ¿Siguen vivos? Mi hijo y los hijos de Ellis, ¿siguen vivos?

Ruth miró al pastor, pero este prefirió que hablase Shaxon y este lo hizo con cierta pomposidad macabra:

—He pasado tanto tiempo entre las estatuas de ángeles y santos, bajo el influjo del recuerdo del gran fundador que, amigo mío, vida y muerte no guardan secretos para mi persona.

El rostro de Ruth se convulsionó, presa de la desazón.

—¿Qué les estás haciendo, Elmer?

—Tranquilo, Caleb, tranquilo o acabarás con un infarto y tendré que enterrarte — contestó Shaxon riendo. Su carcajada sonó como el chirrido de la puerta de la necrópolis—. No me des más trabajo del que ya me da tu hijito, ¿entiendes?

»Tú y cualquiera deberíais saber lo que está pasando. Cada vez que tu abuelo, tu padre o tú me traíais a vuestras mujeres preñadas y daban a luz a sus hijos, como globos que explotaban en sangre y agua, me aprendía su cuerpo, con sus defectos y desgracias. Con el tiempo, mi memoria no ha hecho más que mejorar. —Miró atrás, hacia el hueco donde estuvieron sus palas dentro de su cripta—. Si veo cómo nace y sé cómo muere, ¿qué me impediría cambiar de un estado a otro? De la vida a la muerte es sencillo, de la muerte a la vida... —Dejó la duda flotar antes de cazarla con su voz—. Para mí, también lo es.

Los labios de Ruth temblaron como si se rompiese en pedazos. No sabía qué decir, no sabía qué pensar, no sabía qué hacer... Las palabras de Shaxon le ahogaban con una verdad, siniestra y oscura, que no quería ni siquiera escuchar.

El clérigo posó su mano en el hombro de Caleb.

—Hay unas palabras antiguas de Hallington que cumplir, ¿recuerdas, hermano? —dijo—. No sacrificaremos eso, por mucho que nos duela, por mucho que nos haga sufrir. Es el mandato de nuestro amo. Debemos complacerle.

Ruth miró a Ellis sin entender cómo esas palabras, esas viejas profecías, se relacionaban con sus hijos.

Y entonces...

Un grito.

Un grito desde el interior de la morgue.

El policía intentó esquivar a Shaxon y entrar, Ellis le frenó.

—¡Aguanta, Caleb! —pidió Jacob.

Ruth no aguantó.

—¡Ese es mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo está gritando!

—¡Menos dramatismos! ¡Sé fuerte! —dijo Shaxon, asqueado por esa muestra detestable de cariño. Cerró sus manos ensangrentadas—. ¡Sé fuerte, maldita sea! Si lo hubieras sido siempre, más allá de tu fachada, tu hijo habría aprendido y no estaría gritando como una niña... —Ellis hizo un soberano esfuerzo para que Ruth no le lanzara a un lado y fuese directo contra Shaxon e, incluso así, el emperador siguió—. Tu hijo, Ruth, es de los últimos hijos de Hollow Halls. ¡No vamos a perderlo así como así! ¡No vamos a dejar que los Hownland nos ganen esta batalla!

Ruth se tambaleó, el pastor aprovechó para obligarle a caminar y llevarlo fuera. Cuando el *sheriff* se resistió, el pastor habló:

—¡Somos padres, Caleb, aunque ante todo somos hijos de Hollow Halls! ¡Vámonos!

—¡No puedo!

Agitó sus manos, queriendo liberarse.

—¡Vámonos o esto te destrozará!

—Yo...

—Caleb, ¡estamos a punto de concluir un mal que amaneció hace mucho tiempo! —gritó Ellis—. ¡Nuestros hijos fueron engendrados para ello! —Tomó aire con resignación—. Ahora, hemos de entregarlos a esta batalla. Sé que le tienes cariño a Elliot, como yo se lo tengo a Donald y a Flint, pero más amor sentimos hacia Hollow Hallows y el glorioso destino que vamos a alcanzar. ¿No lo crees? —Ruth dudó—. Sí, claro que lo crees. Lo veo en ti.

El policía dejó de hacer fuerza y se quedó a un lado, Ellis le cogió de un brazo y le ayudó a caminar hacia el exterior. Atrás quedó Elmer Shaxon, contemplando toda la escena como si fuera parte de un teatrillo. Por eso, dijo como gran chiste:

—No te preocupes, Ruth. Ahora sientes amor por tus hijos, pronto sentirás lástima y entonces, como quiso el pastor Ellis, querrás que nos apiademos de él y ¿sabes qué pedirás? Lo mismo que el pastor, sí el pastor para el que la vida debería ser sagrada: rogarás que mate a tu hijo antes de que sobreviva así: deforme y como mugroso atacante a la figura de Hallington.

Caleb Ruth se detuvo para volver, Jacob Ellis le obligó a seguir. Intercambió una mirada con el pastor, una mirada llena de congoja y culpa.

—Eso pasará, Caleb —dijo Shaxon—. Entonces, como a Ellis, tendré que decirte: «estoy creando con ellos nuestra gran esperanza. No temas más». En la desdicha de vuestros hijos encontraremos nuestro triunfo. Y tú, con unas lágrimas en los ojos que recordarán a las del pastor, dirás: «sí, lord Shaxon, sí».

El *sheriff* de Hollow Hallows no deseaba escuchar. Cada palabra le llegaba como cuchilladas.

—Y yo... —continuó Shaxon—. Yo haré lo que hago siempre: sonreír y mancharme las manos de sangre por vosotros. —Sonrió—. ¡Marchad ya, pues como saqué de vuestras mujeres a vuestros hijos y les di vida, pienso ahora hacerlo de nuevo sacándolos de los huesos de la muerte! ¡El tiempo se acerca! ¡Treintaiuno de octubre, el Día del Fundador, el Día de Hollow Hallows! ¡El fin del mundo, el comienzo de nuestra gloria! ¡No lo olvidéis!

Jacob Ellis condujo a Caleb Ruth fuera de la necrópolis y Elmer Shaxon disfrutó de ver al sacerdote hacer su trabajo, al policía de saber que la sangre de su sangre hallaría un triunfo inigualable y que él, como siempre, tras conseguir algo más de hilo y una pequeña sierra, volvería para forjar vida en Hollow Hallows; una vida que precipitaría la muerte, la misma cuyos lamentos y aullidos ya se podían escuchar en todo el camposanto.

* * *

«El dolor te hace débil». Durante toda su vida, Allison Brooke fue guiada por esa orden dictada desde la primera vez que respiró. No sintió nada cuando su madre,

Margaret, le dijo aquella mañana después del accidente de Elliot y los hermanos Ellis:

—¿Estás preparada para morir por Hollow Hallows?

Su respuesta fue automática:

—Desde el día en que nací.

La alcaldesa y jueza de Hollow Hallows, por encima de ser su madre, asintió mientras su hija abría la puerta y salía de su hogar para ir hacia los acantilados del cementerio de barcos. Por el camino encontró la escuela, con el profesor Blackmouth adoctrinando a los alumnos en el pórtico.

—Id a rezar por nuestros hermanos perdidos. Todo lo que habéis aprendido servirá para lo que está por venir...

Allison se fijó en que entre los estudiantes congregados alrededor del historiador faltaban los confabuladores. ¿Cómo no? Se escondían como las ratas que eran. Reconocían así la maldición de luz, la ceguera, el caos...

Tampoco estaba el tartamudo. El maldito tartamudo. Él seguro que era la clave. Mucho tiempo vivieron los confabuladores sin alzarse hasta que llegó el forastero. La joven les haría pagar.

Sus pasos la condujeron hasta el borde del precipicio.

Frente al mar, la brisa de la mañana era fría y el olor a salitre saludaba como un antiguo amigo. Pensaba eso, en los antiguos amigos, en esos niños que se criaron con ella desde pequeños. Las imágenes de Donald, Elliot y Flint surgían como reflejos en el agua. Parecían vivos para luego desaparecer, como les sucedió en la realidad. Brooke apretó sus manos. No quería desvanecerse como ellos.

La joven deambuló por la visión de los barcos abatidos por las tormentas. Allí estaban, entre la espuma y las algas, cientos de personas muertas a lo largo del tiempo por no ser merecedoras de alcanzar Hollow Hallows.

Ante la miseria y el aciago final, se sintió pequeña y sola. Si la tragedia del rayo de luz se hubiera evitado, ella no estaría sola; se hubiera quedado observando junto a Elliot a los gemelos Ellis, que buscarían el Tesoro de Hallington en las profundidades. No, eso no hubiera pasado porque tendrían clase y Blackmouth no las hubiese suspendido por una especie de luto que, en realidad, guardaba algo muy distinto: los preparativos para la batalla.

Allison no quiso embriagarse más en ese mundo donde Elliot, Flint y Donald seguían a su lado, pero una cosa es querer, otra cosa lograr y no pudo resistir la sombra. Las aguas de los recuerdos la sumergieron en el pasado al escuchar las olas chocar contra la costa con la misma parsimonia de cada día...

—¿Qué queréis, mi señor Hallington? —preguntó Allison, casi como una oración.

Las figuras de Donald y Flint emergieron con las manos vacías. Elliot lanzó un puñetazo al aire, plagado de odio y frustración. Allison ya no estaba en el presente.

—¿Nada? —preguntó Allison a los Ellis.

Fue a principios de verano, cuando la tormenta de agosto aún no había estallado, trayendo la desgracia a sus puertas.

—Solo oro y demás baratijas de otros barcos —contestó Donald. Mordisqueó una moneda antigua para comprobar que era de oro.

—Ninguna señal del Estrella Eterna —añadió Flint.

Elliot aulló como si esas palabras le hiriesen y los señaló a todos:

—¡Tenemos que salvar este maldito lugar! —Levantó la cabeza al firmamento, implorando piedad—. ¿Qué le hemos hecho o qué le hemos dejado de hacer al sagrado fundador para no complacerle? —Señaló su pecho, su corazón—. ¿Por qué no nos da algo? ¿Somos tan malos hijos?

Los hijos de Hollow Hallows se quedaron en silencio, pensando en lo que acababa de suceder. ¿Y si no hallaban el Tesoro que diese esperanza tras el apocalipsis?

—Alfred Hallington es nuestro amo. No podemos cuestionarle —dijo Donald Ellis, recitando las frases de su padre.

—El amo no discute sus acciones con sus súbditos —aseveró Flint. Más que dos personas, los gemelos parecían un reflejo en el espejo del mismo individuo.

—¿Quién sabe qué quiere el Señor de Hollow Hallows? —preguntó Allison, también imperturbable.

¿Qué querría su dios de ellos? ¿Querría que luchasen por él? ¿Querría que aplastasen de un manotazo a los confabuladores o debían hacerlo de una manera más lenta? ¿Deberían orar al fundador? ¿Qué respuesta podía obtener?

Elliot Ruth cerró sus puños, ¿podía golpear a alguien que no fuese a sí mismo, a su alma, a su falta de fe? Golpeó una pequeña pared de piedra y se hizo la sangre en los nudillos. Allison acudió a consolarle.

Mientras la joven recordaba las manos de Elliot, un dardo del pasado la devolvió al presente...

La sangre de los gemelos y Elliot ante sus ojos hizo que se viera a sí misma sola a excepción de algo: poseía una respuesta ahora.

—Sangre —dijo—. Es eso... Hallington quiere... Quiere sangre. Esa es su señal.

Y donde otros habrían visto locura, ella supo que era el comienzo de su sendero ya trazado. Solo quedaba emprenderlo. Dio el primer paso y regresó al corazón de Hollow Hallows.

CAPÍTULO 28

Caroline cenó comida hecha por alguien que no era ella por primera vez en muchos meses.

En los días en los que Rahne estaba con la familia, su madre encontraba siempre consuelo a su vida en Hollow Hallows preparando los mejores platos que podía; le encantaba encontrar en la comida y en la felicidad de los comensales algo que la distraía de su realidad. Su engaño a sí misma cambió con la marcha de Rahne: ya no cocinaba, ya no sonreía, ya no hablaba, ya no dormía, ya no se duchaba, ya no quería tomarse su medicación... Esther Jones murió poco a poco... Hasta que una noche cambió de nuevo y fue de una manera distinta a la que Caroline esperó.

Los espaguetis con albóndigas y salsa de tomate fueron para la hija de los Jones como viajar al pasado, a los años en que su familia aún lo era. Sí, vivían en un lugar horrible, pero se tenían los unos a los otros, era lo que importaba o eso es lo que siempre dice el mundo sobre las desgracias y al final terminas creyéndotelo.

En esa cena, tras tanto tiempo, recordó cómo era su vida antes de que su hermana se marchase. Ella siempre estaba feliz. Era superficial, no le importaba el mañana, solo el hoy, y ahora, siendo distinta, a lo mejor pareciéndose más al carácter melancólico de Rahne, olía las cenizas de su pasado. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, pues veía y sentía tras la niebla del padecimiento que le arrebató y ocultó los grandes días del pasado, ahora desaparecidos, pero capaces de ser evocados con el precio de la nostalgia.

—¿Te pasa algo, Caroline? Te notamos distraída... —preguntó su padre con una gigantesca sonrisa, tras limpiarse la boca con la servilleta. ¿Dónde estaban sus gritos? ¿Y su rostro de una rabia que en realidad era pena?

Caroline calló. ¿Cómo decir tantas cosas? ¿Cómo decir que echaba de menos lo que recuperó esa noche? ¿Cómo decir que la realidad (sí, en serio, la realidad) se transformó en..., otra cosa, otra cosa mejor, por obra y gracia de..., un escritor? Y lo más difícil aún, incluso más que reconocer el poder de Odell, ¿cómo decir que, hacía un minuto, estuvo a punto de pedirle a Rahne que le pasase el jarrón de agua hasta que cayó en la cuenta de que el asiento de Rahne seguía vacío?

—Creo que es por Rahne —señaló Esther e hizo el gesto de una madre que no comprende los sueños de su hijo pequeño, como si murmurase «qué ocurrencias más absurdas tiene este crío»—. Caroline, acéptalo pese a que pueda dolerte: Rahne ya volverá, se ha ido, ha desaparecido, no es más que una coma en la historia escrita de esta familia. Ahora estamos nosotros, ¡vivos y felices! ¡La vida continúa!

No podía ser.

¿Era esa su madre, la misma que se pasaba las madrugadas gritando que le devolviesen a Rahne? ¿La misma que cuando vio a Huargo creyó ver a un lobo que

descuartizó a su hija desaparecida? ¿La misma que sufría delirios en los que creía que todavía tenía a Rahne a su lado? ¿La misma?

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Bien dicho! —habló Daniel y aplaudió a su esposa—. ¡La vida continúa! ¡Eso me gusta! —Quiso brindar con agua—. ¿Qué opinas, Caroline?

La hija carecía de la respuesta, pero, visto lo visto, solo repitió lo que los otros decían:

—La vida... La vida continúa... ¿No?

Su padre se regañó y rio antes de decir:

—No, Caroline, no. Me refería a qué opinas sobre los espaguetis. ¿Se puede saber dónde tienes la cabeza hoy?

—¡Nuestra pequeña Caroline! —la regañó su madre con cariño, cogiéndola de la mano—. ¡Siempre tan obnubilada por el pasado y lo que se ha ido para siempre!

* * *

Durante las horas de oscuridad, Huargo se ocultaba en un lugar seguro. Era algo que hacía por su instinto de perro vagabundo. Estar en las calles a la hora en la que no estaban sus únicos compañeros humanos, supondría que alguien le pegase o algo peor.

Desde hacía unos días, se refugiaba en la ciénaga. Se protegía entre el barro y los árboles de largas ramas retorcidas. No le gustaba el lodazal, podía hundirse si se equivocaba al pisar, pero menos le gustaban los pasajes de Hollow Hallows.

Eso fue hasta hacía unos días hasta que encontró a un compañero.

Huargo siempre veía los destellos de los brazos de su nuevo amigo antes que su rostro, porque los relojes emanaban una luz fantasmal.

El individuo era bueno ocultándose, más de una vez asustó al propio perro desde que llegó a esas tierras, el mismo día que Garric Odell. El animal lo conocía, pero no era el de siempre.

Esa noche el Hombre de los Relojes decidió permanecer en las sombras y llamó a Huargo para que le acompañase en su vigilia, porque un peligro emergía de las tinieblas.

El perro aulló como los lobos de los que descendía, pero la fría mano del Hombre de los Relojes le acalló. No debían hacer ruido si apreciaban su vida, al menos un poco.

Algo, ignoto y monstruoso, estaba emergiendo desde las profundidades del pantano, algo que nadie podría creer salvo que ya hubiese tenido la condena de vivirlo.

La ciénaga vomitaba un alma.

* * *

El sonido de las teclas de la máquina de escribir hubiese molestado toda la madrugada a su padre de no ser porque ya se hallaba encerrado tras las puertas del ropero.

Garric escribía sin parar desde hacía horas, con la avidez con la que come el hambriento, con la avidez del que practica sexo tras años de castidad, con la avidez de aquel que puede conceder cualquier deseo.

Demasiado tiempo conteniéndose... Ahora no podía detenerse. Escribía cada frase con más pasión que la anterior y eso le obligaba a ir a la siguiente. Caminaba y danzaba por cada palabra buscando cómo continuar su historia.

Fue inteligente. Eligió el género de la fantasía; los cambios tardarían en verse en el mundo real y podía erigir su destino poco a poco para sus personajes... Mejor dicho, a las personas, pero al final pasaría: ellos serían sus personajes. No podría escapar de aquel final.

Y para ser realistas, seguía tecleando con completas ganas porque no siempre se escribe una historia donde terminarás siendo el rey del mundo.

* * *

La noche dio paso a la mañana en que Seth no despertó porque ni siquiera durmió. La conversación con Ma desordenó cualquiera de sus ideas sobre los confabuladores y los hijos de Hollow Hallows.

Hasta aquellas horas, defendió que tuvo antepasados capaces de desafiar el horror, pero ahora descubría que los Dagan no eran caballeros heroicos, sino ratas intentando sobrevivir. No podía o no quería tragárselo, aunque los hechos eran los hechos. Eso no impedía que sintiese arcadas.

—No sé si es verdad, Ma, ¿vale? Eso es lo que me pasa —dijo Seth levantándose y volviéndose a sentar.

Después de lo que le contó su abuela, estaba más perdido que nunca.

—Debes confiar en mí, pequeño. Sabes como soy, sabes que no me invento cuentos.

No, desde luego, el único que contaba cuentos en Hollow Hallows era Odell y Seth no podía impedir que su pensamiento vagase por la idea de que lo que estaba pasando era por culpa del forastero. Deseó con su alma que aquel psicópata jamás hubiera pisado ese islote. Y que él no hubiese cometido el error de desear algo como la magia.

¿Podía ser cierto esa fantasía que rondó su cabeza? ¿Pudo darle la magia Odell?

¿Pudo hacerle fracasar también con el regreso de Rahne? ¿Y si Odell movía los hilos para controlarles y destrozarles poco a poco? Su rabia crecía a medida que dejaba de ver a los confabuladores como figuras mágicas para convertirlos en seres humanos, demasiado humanos.

—Háblame, Seth —pidió Ma—. Acepta que eres un Dagan y toma una decisión.

Seth se ahogó cuando escuchó el «eres un Dagan».

—Pero Ma, ¡es que es una locura, además de una putada! ¡Lo que hicimos..., lo que hicisteis..., bueno, lo que hizo el maldito Dagan de entonces..., fue una putada!

Ma lo detuvo con sus arrugadas manos.

—Cuida tu lenguaje y que te quede claro que cualquier Dagan, del pasado o el presente, hicimos eso —dijo—. Los Dagan somos los Dagan, nunca podremos dejar de serlo.

—¡Bonita redundancia, pero reconoces que no fuimos honestos, que no fuimos... héroes! —habló Seth y dio un manotazo los reposabrazos del sillón y se fue a la ventana.

La abuela resopló como un fuelle ante una chimenea.

—No existen los héroes en la realidad, más allá de tus seriales, tus libros, tus historietas...

Eso enfureció al nieto.

—¡Pues deberían! ¡Deberían existir y yo debería ser uno! —gritó, dándose toques en el pecho, sin admitir la verdad.

Ma refunfuñó como si hubiese tragado gravilla.

—¿Es esa tu decisión?

Pero Seth miró a los lados, como si esperase una pista que le diera la contestación oportuna.

—No... No lo sé —musitó. Se encogió de hombros—. Creo que sí. —Negó—. ¿Yo qué sé? ¡Les traicionamos para salvarnos! ¿Qué merecemos?

La anciana mostró desilusión ante la reacción del joven. Le recordaba demasiado a su hijo, al padre de Seth: era débil, frágil, estúpido...

—Seth —y se lo dijo como si le considerase alguien adulto, no un niño como al que acostumbraba a tratar—. Si pudieras evitar el dolor que se avecina sobre tu familia y sobre ti, ¿no harías algo para evitarlo por mucho que pudiesen denominarlo traición?

»Piensa: si estás al borde de un precipicio, dos personas caen y tú debes elegir a cuál salvar de los dos, ¿dejarías que los dos muriesen o elegirías? ¿A cuál? ¿Al que se apellida Dagan, como tú, o al que se apellida Hownland?

El dilema de Ma fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Seth.

—No me hagas pensar en eso...

Ma le ignoró y continuó:

—¿Dejarías morir a los dos y te tirarías después?

Seth explotó:

—¡No lo sé, joder!

Seth giró, con violencia, y lanzó la mesilla con la lámpara al otro lado de la habitación. La furia y la confusión se adueñaron de él. Contuvo el grito de horror.

—Seth —dijo su abuela. ¿No le echaría la bronca por su arrebató de ira? ¿De verdad? ¿Era tan serio lo que sucedía para no perder tiempo con algo que, en otra situación, le habría costado una paliza?—. Los confabuladores cometimos un grave error al obedecer a los Hownland y decapitar la estatua de Hallington. Pronto lo padecemos...

Las palabras eran como cenizas para Seth, no valían para nada y lo expresó en alto:

—¿Por eso traicionamos a los Hownland? ¿Por eso los vendimos junto a varias familias más? ¿Por eso casi todas se extinguieron? ¿Entregamos a los Hownland a las pulgas de Hollow Hallows en vez de salvarnos los unos a los otros? ¿Fuimos tan ilusos, los Jones y los Dagan, de creernos que la sed de sangre de esos cabrones de los impolutos hijos se saciaría con los que les dimos, con los que traicionamos? ¡No se terminó esta maldición trayendo la desgracia a los Hownland, solo nos hundimos cada uno por separado! ¡Hollow Hallows no haría pactos con ninguno de nosotros y fuimos tan idiotas de pensar que sí!

Ma se controlaba. La imagen de la simple granjera que lucía hasta entonces luchaba contra la mujer compleja que aceptó un pasado cruel (una imagen desconocida por Seth hasta entonces). Habló:

—La vida no es simple. Esperamos más misericordia de la que jamás recibimos.

—¡Pero joder a la gente sí que es simple! ¡Dormía más tranquilo al saber que éramos mejores que esa mierda de Hollow Hallows, porque nos resistíamos a hacer lo fácil y mezquino, a joder a los únicos que tuvieron huevos de plantarle cara a este maldito lugar, a los confabuladores! ¡Me equivoqué!

Ma se acercó, pero su nieto caminó sobre sus pasos como si no reconociese a su abuela que susurraba:

—Cada vez que jugabas con esa niña...

—¿Con Dawn?

—Sí, con Dawn... Intentaba alejarte de ella.

—¡Sí, lo sé! ¿Por qué? ¿Era una mala influencia? ¿La pequeña Dawn podía ser una mala influencia para el hijo de los hijos de los que traicionaron a su familia?

Ma negó con un aspaviento.

—No, Seth, por remordimientos.

—¿Qué?

La mirada de Ma fue hasta la pared, donde colgaba un tapiz con el árbol genealógico de la familia Dagan.

—Esa niña no merecía que ninguno de nosotros se acercase a ella —se pronunció—. No quería traerles más daño del que ya les dimos...

Seth se quedó paralizado, viendo en su interior los días felices junto a Dawn,

siendo unos malditos niños que correteaban huyendo de las sombras de Hollow Hallows. ¿Adónde se fue eso? Y, al final, dijo:

—La vida es compleja, ¿no? Eso es lo que dices, porque lo sabes. ¡Matamos a los Hownland y me temo que por eso nos merecemos lo que nos pase!

—¡Seth, no digas impertinencias! ¡No matamos a los Hownland!

—¿Entonces qué hicisteis? ¿Cómo fue lo que dijiste antes? ¿Arrebatarnos el qué? Ma cerró los ojos un instante, como si le produjera dolor repetirlo:

—Les quitamos su..., su don.

—¡Les quitamos su don! Vaya, qué mierda más poética... Venga, dime... ¿Qué don era ese?

Seth aguardó escuchar la contestación exacta, pero solo encontró duda en las palabras de la mujer que le crio.

—No... No entendemos lo que dicen los antiguos textos. Son vagas referencias, demasiado metafóricas, demasiado irreales, casi leyendas... No...

Aquel dato fastidió aún más a Seth. ¿Cómo no podían saberlo? ¿Qué clase de locura era esa?

—¡A saber entonces! —exclamó. Se apaciguó como pudo—. Y es que quizás tú también te hayas preguntado lo mismo que yo estoy pensando, Ma.

—¿Si nos merecemos esto por lo que les arrebatamos a los Hownland? —probó suerte Ma. Supo que acertó.

—Sí, nos preguntamos lo mismo —confirmó Seth—. Temo que ya sé la respuesta: nos merecemos esta condena. Una y otra vez. Malditos hasta el infinito dos veces, ¿quién puede escapar de la eternidad?

* * *

Caroline no paró de dar vueltas en la cama.

¿Hizo bien Garric Odell transformando la realidad? ¿De dónde surgió un poder así? ¿Qué podía hacer ahora? ¿Cambiar la verdad de nuevo, abandonar la felicidad de la mentira para regresar al horror de siempre o hacer caso a sus padres, a sus nuevos viejos padres, y su lema de «la vida continúa»? Se apuñalaba con cada dilema. ¿Quería tener unos padres terribles de verdad o quería tener unos padres felices de mentira?

Abrió los ojos. Lo hizo sin querer: durmió durante un instante, un instante en que las aguas la ahogaron. Miró a su alrededor, el barco naufragó no en el mar, sino en la ciénaga y... Despertó. Su recuerdo aún vagaba por la visita al cementerio de hacía unos días y la más reciente, la de la ciénaga, el día en que encontraron los huesos. ¿Las pesadillas así..., eran mensajes? Los enviaba Rahne (¿por qué no?), desde lo más profundo del pantano donde murió. Las gemelas estaban conectadas, según las leyendas estúpidas, ¿no?

Lo cierto era que Rahne y Caroline nunca dijeron nada a la vez, nunca opinaron igual, nunca compartieron nada salvo el nacimiento, los padres, el aspecto..., y ahora, ¿Rahne se comunicaba con su hermana mediante sueños escalofriantes? No tenía sentido, pero en las últimas horas, Caroline aprendió que las cosas sin sentido podían suceder. ¿Qué quería decir esa pesadilla? ¿El cadáver de Rahne se hallaba en el mar, junto a los barcos hundidos, o en la ciénaga donde hallaron los huesos? No se lo podía creer, pero en su corazón existía una mella que crecía, un rasguño que no podía cerrarse, la posibilidad de que si fuera una advertencia y no se lo estuviese tomando en serio. ¿Qué pasaría?

Recordó una frase de una canción «Todo ese sueño / algún día no será de nadie. Todo lo viejo, / algún día será de la calle». No era una gran rima, pero describía su estado como un cuadro clínico. Cualquier ilusión es un sueño efímero.

Mientras se levantaba de la cama y se hacía a la idea de un amanecer más luchando con su madre para que desayunase y con su padre para que la dejase en paz (¡no, eso ya no pasaría! Eso cambió, pero...), encendió un tocadiscos que se aseguró de poner a un volumen muy bajo, que solo ella pudiese escuchar. Pronto, una voz quebradiza y rota sonó como un lamento para presentar a un fúnebre violín, una moribunda guitarra y una tenue batería que sonaba a los latidos de un corazón a punto de detenerse (*Boom, boom-boom, boom, bo...*). La siguiente pista a *Abortar H.H, El devorador de sueños* de Spike Brent, perteneciente a su disco *In Viciouscarnival*, un regalo de Dawn que nunca entendió hasta que Rahne desapareció.

Todo ese sueño
algún día no será de nadie.
Todo lo viejo,
algún día será de la calle.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
Cuando era un crío,
soñaba que mi madre era buena,
que mi hermana no me quería tirar al río,
que mi padre se abrió sus venas.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
Cuando era un adolescente,
soñaba que mi madre no vivía,
que mi hermana no era decadente,
que la pistola de mi cabeza no pervivía.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
Cuando crecí,

soñaba que no soñaba,
pues ¿de qué sirven los sueños que sufrí
si siempre conseguí lo que anhelaba?
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
Lo tuve todo,
¿qué deseo puedo tomar?
Cuando me revuelque en el lodo,
¿recordaré lo que era soñar?
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
Ahora tengo una bella dama,
ahora tengo un recuerdo de mi hermana,
ahora tengo una hija que es mi ama,
ahora tengo una atalaya que una fantasía emana.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
No será increíble descubrir
que cuando salte,
no tendré una pena que ceñir,
pues ya no tendré más sueños en balde.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!
Cuando mi sangre alcance la nieve,
cuando mi cuerpo se rompa como una vasija,
cuando mi alma calle y no resuene,
mis sueños serán de mi hija.
¡Soy el cadáver de los sueños,
alimento mi imperio de gusanos por Morfeo!
Y al final para siempre dormiré,
y ya no habrá nada más que desee,
porque para entonces muerto ya estaré,
y las larvas serán los que me besen y sueñen.
¡Soy todo ese sueño,
que algún día no será de Morfeo!

Un último grito y silencio. Caroline dejó que el sonido del disco roto que completaba el desenlace de la canción resonase en su cabeza. ¿Y si ella pudiera hacer realidad sus sueños? ¿No era lo que hizo o lo que Odell hizo por ella? ¿Sería feliz? ¿Qué pediría?

Y si algún día no le faltase de nada, ¿qué podría hacer? ¿Qué sueña el desgraciado

cuyos sueños se han hecho realidad? ¿Qué anhelo le queda que no sea la muerte?

La confusión era un sendero de mil tentáculos enrollándose en torno a su cuello y con una única salida: la muerte. Tal vez si lo soñase, su sueño se hiciera realidad y no despertaría más.

Esbozó una ligera sonrisa antes de salir por la puerta de la habitación.

* * *

Al amanecer, Garric Odell descendió junto a la marioneta de su padre por la escalera del Caserón Woods. Dawn, sentada en el suelo del salón, devoraba una manzana y organizaba varias pertenencias. En la cocina, Emily Hownland se escondía tras la humareda de sus cigarrillos que escapaba por el marco de la puerta cerrada.

Garric le señaló un sillón a su padre, que obedeció en silencio, sentándose. El inquilino se dirigió a Dawn, deseando poder decirle algo más después de los últimos y extraños momentos, pero al final fue hacia la puerta para marcharse a clase.

—No salgas por esa puerta.

Las palabras de la chica pararon los pies al hacedor de realidades:

—¿Por-por-por... q-q-q-q-q-qué?

—Por un motivo que te importa bastante: da un solo paso ahí fuera y Hollow Hallows te matará.

Fue la primera mañana del luto por la ceguera de Hollow Hallows. Fue la primera mañana de la guerra.

* * *

Hollow Hallows despertaba de su letargo.

La orden pasó por cada uno de los dignos habitantes del pueblo. Se contagió como una enfermedad, tal y como quiso la alcaldesa Margaret Brooke y los miembros del consejo.

El mandato no se recogió por escrito ni se pregonó en voz alta, sino que fue por el contacto de un susurro que cada uno de los portadores debía trasladar a los otros hasta que los únicos ignorantes fuesen los que debían morir.

Y al principio lo único diferente fue que los hijos de Hollow Hallows besaron la abolladura que provocó el choque del vehículo de Elliot Ruth en el pedestal de la estatua decapitada de Alfred Hallington.

* * *

Seth tomó un vaso de leche para despejarse. Era testigo del nacimiento de los rayos de la mañana. Ignoraba qué le depararía ese día. ¿Sería capaz de dirigirle de nuevo la palabra a Dawn? ¿Cómo fueron capaces sus antepasados de..., hacerles tal afrenta a los Hownland? Pero ¿hacerles el qué? Ma no supo contestar, solo farfulló que les «arrebataron un don». ¿Qué tenía que ver con lo que ocurría? Pudo ser una estupidez, pero importaba porque fue una muestra de deslealtad que les separó para siempre.

Ma le dijo que Daniel Jones y ella hablaron con Emily Hownland para unirse ante lo que estaba por venir, pero que la tía de Dawn les echó del Caserón Woods. Ahora morirían por separado, por esa traición, pero ¿qué fue? ¿Qué misterio se escondía tras lo acontecido?

Esperaba que bajo la puerta hubiese una carta con una respuesta, como la que llegó hasta él con el nombre de Alan Lamke y la verdad tras Garric Odell.

¡Odell, siempre él! Dio un manotazo a la pared al evocar al mísero escritor tartamudo...

—Seth...

—Ma, no quiero hablar ahora.

—¿Qué quieres entonces?

Seth reflexionó en una respuesta y la que halló la escupió como pudo:

—Quiero pensar...

—¿Sobre qué?

Sobre tantas cosas, que al final solo pensó en lo que le calmaba: en los días en que las cosas eran más simples, en las noches en que se podía leer algún cómic bajado de su Internet cavernícola, pasando el rato con un Iron Man que viajaba a la corte del Rey Arturo, o viendo alguna serie como *Doctor Who* donde El Doctor cambiaba el futuro de la primera estación humana en Marte, la Bowie. Se revolcó en el pasado como la cerda a la que mató se revolcaba en el barro, en cómo vivía en Hollow Hallows y escapaba a través de las historias, como siempre, y lo dijo:

—Pensaba en cómo puedo ver a héroes en la ficción y nunca encontrarlos en la realidad. Héroes que pueden incluso viajar al pasado o cambiarlo. Ojalá yo pudiese...

«Impediría que Garric Odell pusiera un pie en este maldito lugar».

Ma le puso una mano en el hombro, cosa que nunca hizo salvo al bañarlo en los días en que era un niño, y le respondió:

—Eso escapa de las manos de cualquiera, Seth —dijo—. No seas un héroe. Sé tú. Y evita salir.

La frase inquietó al joven.

—¿Evitar salir? ¿Tú y tus locuras como siempre? ¿Por qué?

La abuela aseveró con un ademán perdido.

—Porque pronto vendrán a por nuestras cabezas y las cabezas de los héroes se codician con un alto precio.

«¿Incluso la de Alfred Hallington?», se preguntó Seth pero nunca lo dijo en alto.

* * *

Caroline encontró en el pasillo a su madre llorando y su padre a su lado, abrazándola.

«Ya está. Se terminó. No existió la noche perfecta, tuvo que ser un sueño... Y si fue real, ya se ha esfumado como cualquier cosa buena, en mi puta cara. Así es. No queda más. ¡La felicidad es un espejismo para encandilar a los idiotas!», se dijo Caroline y se tapó la cara con sus manos.

—¡Hija mía! —exclamó su madre y fue hasta ella, envolviéndola en sus brazos como si temiera perderse—. ¡No llores! ¡No llores por tu tonta madre! ¡No llores por verme llorar! ¡No es...! ¡Lo siento tanto, Caroline, mi Caroline, mi todo!

Los ojos de la madre, enrojecidos y plagados de lágrimas, se inundaron sin parar. «Existen congojas que ningún escritor puede hacer que sufran una metamorfosis a su merced. La tristeza de la pérdida siempre estará ahí para ellos. Siempre», pensó Caroline.

Por piedad, debería apartar a su padre, apuñalándolo.

Por piedad, debería ahogar a su madre con la almohada.

Por piedad consigo misma, debería tirarse por la ventana.

Por piedad, debía acabar con la pena de su familia.

No era la primera vez que lo consideraba, pero ahí estaba su imperio de sueños, ¿no?

—Tranquila, Caroline —intervino su padre acariciándole el pelo, como en su niñez—. Tu madre estaba llorando porque... Esperemos que nos perdone. No sabemos cómo, pero nos hemos olvidado de...

—Entiendo qué es eso de lo que..., os habéis olvidado —habló Caroline y rompió a llorar—. No soy nadie para cambiaros... ¡Es culpa mía! ¡No debí hablar con Odell! ¡No tuve que...!

—¿Odell? —preguntó su padre, extrañándose—. ¿El huésped del Caserón Woods? ¿Le conoces? ¿Es tu amigo? Oh, Caroline, me temo que no tiene nada que ver en esto...

—Pero si piensas en él como algo más que un amigo, podemos tener la charla —dijo su madre como si se empeñase en repetir una y otra vez: «soy una buena madre, soy una buena madre. ¿Sabes qué? ¡Soy una buena madre!».

—No, no, no... Quiero decir, que es culpa..., mía. Toda mía.

—No es culpa tuya, Caroline —le respondió su madre, besándola en la mejilla—. En todo caso... Hoy es el día en que naciste, la culpa es nuestra.

El típico mazazo, el repetido «no deberías haber nacido», la confirmación de todos los malos augurios.

—¿Por... tener..., me?

La sorpresa invadió las caras de sus padres.

—Caroline, ¿cómo dices eso? —preguntó su padre, ofendido—. ¡Tenerte es una bendición! ¡Por el amor de Dios, no vuelvas a decir eso!

—Por eso no entendemos por qué..., nos hemos olvidado de tu regalo.

—¿Mi..., mi qué, mamá? —Caroline dijo «mamá». Hacía tanto tiempo que no pronunciaba esa palabra—. ¿Mi regalo?

—Sí, Caroline, ¿tú también te has olvidado? ¿Cómo es posible? ¿Qué nos pasa? —dijo su madre como si fuera presa de un mal sueño—. No importa, celebraremos tu cumpleaños como te mereces. ¿Qué opinas?

Caroline no recordaba que era el día era su cumpleaños, lo olvidó por completo.

—¡Vamos a la ciudad y te traeremos tu regalo! ¡No hay más que hablar! —propuso su padre y su madre sonrió—. Tú quédate aquí, Caroline.

—Pero tengo clase...

—¡Es tu cumpleaños, Caroline! —exclamó su madre, haciéndole una carantoña—. Este es un lugar horrible, ¡no vayas hoy a ese colegio espantoso! Quédate aquí. Haz lo que quieras. Aprovecharemos para traerte un regalo de la ciudad y...

Esther esperó a su marido, como si le consultase algo.

—Díselo, Esther, no pasa nada.

—¿Se lo digo?

—¡Sí, venga! La cría está impaciente por saberlo y puede ser un buen adelanto de regalo.

—¿Saber el qué, mamá?

—Tu padre y yo lo llevamos hablando desde hace mucho y hemos tomado la decisión... ¡Vamos a marcharnos de Hollow Hallows! ¡Tu padre, tú y yo, para siempre! ¿Qué opinas de ese regalo?

Caroline, muda, abrazó a sus padres y sintió en esa calidez que no era una ilusión.

Su vida cambió, tendría que disfrutarlo. Valía la pena. Era el mejor regalo de todos.

* * *

Margaret Brooke se reunió con el pastor Ellis al borde del puente de Hollow Hallows. Los habitantes iban y venían, como abejas en su colmena.

—Me han dicho que ha habido problemas con Ruth —dijo Margaret al hombre de Hallington, a modo de saludo.

—Sí, pero ya no habrá más problemas. Le he encomendado una misión que ha satisfecho sus deseos. Ya no nos contrariará —contestó el pastor—. Me compadezco por él.

Margaret mostró curiosidad por lo comentado por Jacob Ellis.

—Eres pastor, ¿cómo no te ibas a compadecer de una de las ovejas de tu rebaño?
La brisa acarició un instante el rostro amargado del sacerdote.

—También como persona, Margaret —dijo con inmensa pesadumbre—. Somos como él. Si sufrimos una pérdida y carecemos de objetivo, es normal perder la razón.
—Suspiró. Margaret pensó en si Ellis habría perdido alguna vez el juicio—. Pero ya le hemos otorgado un cometido y va a cumplirlo, así le hemos serenado.

Margaret aceptó lo dicho, pero expresó lo que carcomía su mente:

—Si no es indiscreción, ¿perdiste la cabeza como Ruth el día en que murió Harriette? ¿La has perdido ahora que le ha pasado algo tan terrible a tus hijos?

Ellis fijó su vista en las aguas chocando contra el puente y en los habitantes del islote obrando su misión.

—Sufro —dijo—, pero poseo una misión que no me hace desfallecer ante el mal.
—Varios pueblerinos de Hollow Hallows le saludaban al pasar cerca, Ellis respondió con un ademán tenue—. Confío en el amo, eso hace que no me pierda.

Margaret aceptó las palabras.

La alcaldesa caminó al inicio del puente, donde el resto de los pueblerinos se reunían con las instrucciones claras. Estaban colocando varias bolsas en los pilares que surgían de las aguas. La mayoría era incapaz de nadar y al ser acercados por los botes, temblaban de horror, pero su tarea era más importante que el pánico.

—Hollow Hallows sufrirá una pérdida material ahora —dijo Margaret, que dudó que Ellis la escuchasen, quizás lo dijo para sí misma—. Esperemos que no pierda la cabeza... Aunque claro, ya perdió la cabeza de Hallington hace tiempo... A lo mejor ahí fue cuando nos condenamos, pastor Ellis, cuando enloquecimos. No me había dado cuenta hasta ahora, pero no es demasiado crucial porque ¿sabes? Ya tenemos un propósito que nos une, que nos devolverá la cordura antes del fin.

La vara del cura hizo un ruido apagado al clavarse en la grava del camino.

—No hay que ser tan existencialistas —dijo Ellis—. Lo que vamos a hacer con el puente es parte de nuestra labor. No podemos dejarles escapar. —Señaló con su vara la construcción—. Es antiguo e imponente, pero existe por el fundador y por el fundador debe obrar ahora.

La mujer supervisó a los grupos de Hollow Hallows que iban y venían portando lo que les ordenó: sacos de fertilizante, mechas, gasolina...

—Lo sé, lo sé, no tienes por qué decirme esto, pastor —contestó Margaret después del ruido que hicieron varios sacos de fertilizante al chocar en el suelo. Se tapó la nariz con un pañuelo, por el olor—. En realidad, siendo sincera, nunca me gustó demasiado este puente.

* * *

Garric no se movió. No se atrevía. El mundo se desmoronaba para él.

Dawn permanecía ordenando un par de películas heredadas de su padre, entre ellas una de sus favoritas, *El quimérico inquilino*.

Odell temblaba y se dirigió varias veces hacia la escalera, pero nunca se atrevió a subir.

—Garric, para ya, ¿vale? —le dijo Dawn, cansada—. Si quieres echarte a correr y ponerte a escribir sería lógico...

El muchacho se sacudió con violencia.

—¿Es-es-es eso... lo q-q-q-que q-q-q-quieres, D-D-Dawn?

La mirada oscura de Dawn se focalizó en él durante unos segundos.

—¿Es eso lo que quiero? ¿Qué más da lo que quiera, Garric? —Dejó de mirarle—. ¡No soy tu puñetera ama! Tú quieres escribir más que yo, entonces, hazlo.

—Y-Y-Yo...

—¡Estás jugando! —gritó Dawn y golpeó el suelo con una de sus manos—. Adivino tus pensamientos, Garric, y no me gustan. Piensas que podrías hacerme diferente a mí o a este puto lugar, ¿eh? Escribe algo para cambiarlo si quieres. O deja que te corten la cabeza. Estoy harta de tomar las decisiones difíciles por ti. No soy tu jodida conciencia.

El hijo de John Odell notó cómo sus ojos ardían, a punto de llorar.

—D-D-D-D-Dawn... ¿Es-es-es-es..., cier-cierto?

Dawn se detuvo mientras dejaba un vinilo de su padre a un lado.

—¿El qué? —preguntó—. ¿Que Hollow Hallows va a destruirnos? —Odell asintió—. Garric, joder, ¿andas tan perdido? Eso es algo cierto, no de ahora, ¡de siempre! Desde que acabamos aquí, esto ha estado escrito..., en nuestro futuro si es que alguna vez tuvimos futuro. —La duda se posó en Garric como una garrapata en Huargo—. Y no, ahora no estoy mintiéndote, diciéndote que toda esta porquería se ha acelerado, para que escribas de nuevo. Joder, soy retorcida, pero hasta un punto...

El escritor caminó por el salón, con el rostro convulsionado por la angustia, llevándose uno de sus puños a la boca, mordiéndose los nudillos con nerviosismo. ¿Podía confiar en Dawn Hownland? ¿En quién si no?

Dawn continuó haciendo un montón con sus películas (*The Innocents*, *Sleepy Hollow*, *Psicosis*, *El resplandor...*) y ordenó un par de libros y cómics (*Una vuelta de tuerca*, *Promethea*, *La sombra del viento...* algunos eran suyos, no heredados, conseguidos en la ciudad una de las pocas veces que pudo escapar).

—¿Ha-ha-haces lo q-q-q-que..., cr-cr-creo..., q-q-q-que estás..., hacien-hacien-haciendo c-c-c-con tus..., c-c-c-cosas? —preguntó Garric, atemorizado.

—Sí, Garric —replicó Dawn—. Hago la maleta.

* * *

Regresando del cementerio de barcos, Allison Brooke fue hasta su madre, que

supervisaba junto al resto de Hollow Halls lo que estaban haciendo al puente.

El plan estaba en marcha: los sirvientes de Hallington, dignos y puros, mayores, adultos y jóvenes, estaban allí, mirando los últimos retoques para la gran función. ¡Sí, la gran función! Allison nunca estuvo en el teatro, pero tenía que ser algo así, algo delicado donde la actuación era lo importante. Al menos, con eso soñaba su mente. ¿No fue, tal vez, porque se lo dijo aquel hombre que pensaba, cuando era una niña, que era su padre?

Su madre le sonrió al verla.

* * *

Caroline se asomó por la ventana de su habitación. Su mirada era ilusionada e irradiaba una felicidad que era ajena a ella. No se acordaba de muchas cosas del pasado, pero sentía que la Caroline que dio por muerta con Rahne renacía con otra forma. ¡Milagro!

Aprendió que las vidas felices podían transformarse en un infierno con facilidad, pero dudaba de que pudiera pasar lo contrario, que el horror se abrazase de pronto con una alegría inmensa que lo transformaba todo. Ahora, era la protagonista de esa historia.

¿Cómo darle las gracias a Garric Odell? Lo desconocía. Y dudaba de si pactó con el demonio o algo peor al hablar con él. Podía dudar sobre si era moral o no reescribir su vida, transformar a sus padres en marionetas a su disposición adrede, pero acaso ¿no sufrió tanto hasta ese día porque sus padres la convirtiesen a ella en su muñeca de trapo, dispuestos a hacer que le doliese cada puñalada por el adiós de su hermana? Estaba en su derecho de disfrutar del cambio. Cada vez le gustaba más.

Observó a sus padres subirse al vehículo de la familia. Se despidieron con una sonrisa en la cara. Iban a ir a por su regalo e iban a marcharse de Hollow Halls pronto y su vida no podía ser mejor. El sonido del coche al arrancar y de ellos alejarse para brindarle un futuro mejor hizo que riera Caroline porque su vida era distinta ahora, muy distinta. En unas horas sus padres regresarían a por ella y se irían. Serían felices, más incluso que en ese instante.

—¡Feliz cumpleaños! —dijeron antes de arrancar el motor.

* * *

—Viene alguien, señora Brooke —dijo la vieja Lucinda Wells—. ¡Un coche!

—Dimos la señal a todo Hollow Halls de que nadie tomase su automóvil y se marchase, de que nadie fuera por este puente... —habló Margaret, furibunda. Odiaba que los planes se retrasasen.

—Pero, señora —intervino Wells, con su flaqueza de esqueleto—, es que no son gente que se precie...

La alcaldesa lo comprendió, levantando la cabeza un instante, antes de dejarla caer con una expresión de satisfacción. Hizo un gesto para reunir a sus vecinos y que dejaran de revisar los pilares del puente.

—Abrid paso a ese vehículo —dijo Margaret Brooke. Muchos de sus súbditos se sorprendieron—. Dejad pasar el coche.

Edmund Colton, el último en subir desde la base de la pasarela, posó en las manos de Margaret una especie de cable oscuro y delicado.

La gente se arremolinó para ver cómo el automóvil avanzaba.

—Qué pueblo más..., repulsivo —susurró la copiloto, pero muchos la escucharon—. ¿Qué harán aquí?

Calló.

—Gracias... —dijo el conductor a los vecinos. No sonaba para nada agradecido.

El vehículo, una furgoneta heredada, se encaminó por el puente.

Calvin Blackmouth espantó a la gente a su alrededor y fue hasta la alcaldesa, dispuesto a mostrar su enfado.

—¿Y esta muestra de piedad con los descendientes de los confabuladores? ¿Cómo es posible?

Margaret no perdió un ápice del control que ejercía sobre sí, ni siquiera ante la queja del historiador.

—Gracias por tus clases de ciencias, Blackmouth. Serán muy útiles —replicó la mujer, como un enigma encarnado—. Ahora, necesito más al pastor.

—¿Qué? —preguntó Blackmouth sin entender lo que sucedía, sintiéndose furibundo al ser rechazado—. ¡No me ignores, mujer! ¿Qué está pasando?

Jacob Ellis escuchó a la alcaldesa.

—¿Qué quieres, Margaret? —inquirió.

—Ellis, quiero que perdones este pecado que voy a cometer.

El sacerdote reunió las pistas y supo del crimen que estaba por cometerse, entendió. Blackmouth también, pero no al completo y chilló:

—¡Matar a los confabuladores es nuestro deber, no es un pecado!

Margaret rio con levedad.

—Maese Blackmouth, no pido perdón por matar confabuladores, no soy tan idiota —dijo y sacó una caja de cigarrillos que se cayó. Sus manos estaban ocupadas con el grueso hilo negro que le dieron. El pastor cogió la cajetilla y sacó un pitillo. La alcaldesa hizo un gesto a su hija—. Allison, ven rápido. Coge el mechero que tengo en la chaqueta y enciéndele el cigarrillo a mami, ¿quieres?

El sacerdote le puso el cigarrillo en los labios de la gobernante y su hija lo prendió; Margaret, encantada, dejó caer su rostro hasta el cable negro, permitiendo que el cigarro encendido lo tocara. Hubo un estallido de luz. La mujer soltó la cuerda.

—Blackmouth, pido perdón por un acto tan deplorable como fumar, aunque hay

que aprovechar las cenizas de los pecados, ¿no crees? Cenizas a las cenizas, polvo al polvo...

La mecha, poco a poco, recorrió su camino.

Los habitantes de Hollow Halls se alejaban paso tras paso, pero quedándose cerca para ver el espectáculo.

Allison no estuvo nunca tan orgullosa de su madre como aquel día, el mismo en el que descubrió que adoraba el teatro.

* * *

La última vez que Caroline vio a sus padres se dirigían al puente que unía a Hollow Halls con la civilización. El coche avanzó con firmeza y la hija fue hacia el interior de su cuarto para prepararse para algo que soñó muchas veces: hacer las maletas para siempre.

Un estruendo la apartó de sus ideas.

¿Se cayó algunas de sus cosas?

No, fue otra cosa.

Miró hacia la ventana cuando un misterioso fulgor atrajo su atención. Se asomó y se percató de la fuente del estruendo.

Gritó, perdiéndose a sí misma al ver una rueda y una carcasa de un coche carbonizado, cayendo entre el humo, una rueda idéntica a una de las cuatro del coche de sus padres.

El fuego era una vela de cumpleaños que jamás se apagaría.

El puente de Hollow Halls ya no existía. Fue reducido a nada por una voladura, al igual que los padres de Caroline, sus sueños, esperanzas y el destino de los confabuladores.

No olvidó las últimas palabras que sus padres le dedicaron: «Feliz cumpleaños».

Hollow Halls rio.

CAPÍTULO 29

Dolor y muerte. Dos palabras que podrían resumir lo que ocurrió en Hollow Hallows a finales de su último septiembre, pero ya nadie lo recuerda excepto yo y siempre pensé que el tormento es un mal propio con el que se puede infectar a los demás sin que hagan falta resúmenes. Septiembre terminó con un comienzo, el inicio de la caza de los confabuladores.

El puente de Hollow Hallows cayó bajo las órdenes del consejo. Fertilizante, una mecha, pequeños explosivos... Suficiente para aniquilar a la antigua construcción.

Una extensa masa de cenizas y polvo flotaba sobre un mar embravecido, como si las profundidades no quisiesen nada de Hollow Hallows; las olas bulleron como arcadas de un interminable vómito.

El cielo se resquebrajó en varios cortes ensangrentados; los rayos clamaban por el horror y cada gota de lluvia fue una lágrima. Y todavía así, no era comparable con el mal de Esther y Daniel Jones, que yacían en pedazos como los escombros del puente, como el futuro de los confabuladores.

—Las ratas siempre abandonan primero el barco... —dijo Margaret a los pantanos, a la casa de los Jones, a la granja de los Dagan y al Caserón Woods de los Hownland—. Una pena que las ratas ya no tengan por donde huir...

Pero en sus palabras no albergó ni tristeza ni lástima. Tampoco las hubo en la risa en la que se fundió cada vecino de Hollow Hallows, la misma risa que hizo que los cuervos abandonasen sus nidos y se partiesen el cuello antes de vislumbrar lo que estaba por pasar. Las aves negras presagiaron que pronto la dama calavera haría acto de presencia.

En torno a la plazoleta de la estatua sin cabeza, llovían cuervos muertos y reían los impolutos hijos.

* * *

Emily vomitó el café, convertido en un líquido negro con grumos sanguinolentos. No comía nada que no terminase en un espumarajo cuajado desde la llegada de los forasteros. Su estómago se hallaba tan descompuesto como John Odell, sentado en la silla, sin farfullar nada, sin avisar de que un extraño se hallaba tras la puerta trasera, vigilante.

—Vosotros, los Odell... Vinisteis aquí y trajisteis el final.

John permaneció. Era lo que mejor hacía, era lo que más enfurecía a Emily.

—No lo puedo negar... —dijo la señora Hownland—. Siempre supe que la vida

termina, pero no esperaba que fuese tan pronto. Una espera morir siendo una anciana decrepita de mierda, durmiendo en una mullida cama, rodeada de sus sanguijuelas, pero no siempre es así, uno puede morir atropellado por un coche, calcinado en un incendio o metiéndose una raya de más. Y aquí estoy.

La propietaria podría atacar a Odell y John no haría nada, era como pelear contra una estatua, contra una montaña. «Estuvo, está y estará así», lo definió dentro de su cabeza.

—Siempre supe que moriría aquí, pero ahora sé que no será siendo una vieja, sino que será ahora porque los Odell sois un accidente y sois muerte.

Emily se vio a sí misma en las gafas de sol de Odell. Se mareó como si mirase a un abismo del que nunca escaparía.

—Maldito seas... Dime ahora, Odell, ¿en qué coño piensas? ¿Te divierte, cabronazo? ¿Quién te envió? ¿Por qué vinisteis? ¿Por qué nunca hablas? ¡Responde!

John continuó con su nada hasta que abrió sus fauces, pero...

No dijo nada.

El escritor mudo sacó algo de su boca, algo gris, agujereado, un trozo de tela sucia, como una alfombra en un matadero, sumergida en heces y sangre reseca. Su lengua.

Emily cogió el caldero que estaba en el fuego.

A primera hora de la mañana, lo sacó del mueble de debajo del fregadero para llenarlo de agua y hervirla para hacer una sopa de tomate. No fue lo que hizo al final. El agua caliente, ahora teñida del negro del vómito del café, terminó de otra manera.

Gritando por quemarse al tocar las asas, pero sin importarle nada, Emily lo lanzó con furia hacia John Odell.

Varios tomates rodaron hasta el suelo, explotando en una sangría, como una advertencia.

—¡Responde, maldito! ¡Vienes a mi casa, traes la muerte y sacas la lengua! ¿Es tu mofa? ¿Es tu burla? ¡Jodido monstruo de mierda, habla! ¿Por qué has traído la muerte?

El caldero giró sobre el agua y el vómito caliente, llegando hasta los zapatos de John, tan rotos como su piel, tan apestosos como los que llevase un muerto ahogado en un pantano. Emily no le alcanzó, pero parte de las manos de la casera se abrasaron.

Sin inmutarse, el huésped pasó las uñas de los dedos de su mano derecha por su lengua. Las afiladas garras le hicieron brotar unas manchas negras, sangre, que embadurnaron su lengua antes de esconderse como lo haría la cabeza de una tortuga. Cerró y tragó, como un vampiro de su propia sangre.

—¡ASQUEROSO MONSTRUO! ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ HAS TRAÍDO LA MUERTE?

John Odell se perdió en la visión de las manos quemadas de Emily y...

¡CRAC!

Un estallido.

Emily giró sobre sí y vio caer el cristal de la puerta de atrás. Alguien rompió la pequeña ventana con la culata de su revólver. Apuntó con él a Emily y le pidió silencio (*shhhhh*, un *shhhhh* que sonaba a «habla y te vuelo la tapa de los sesos»). La mujer admitió que estaba muerta, pero obedeció, quedándose tan callada como Odell. La otra mano del pistolero espantaba los trozos de cristal que quedaban en el marco, así no se cortaría al tantear hasta el picaporte, el que hizo vibrar hasta abrir.

El intruso fue el único que habló, con tranquilidad, como si matar fuese una costumbre, como si cavilase lo que haría después para descansar (¿tomar una cerveza? ¿Violar las vísceras calientes de alguno de ellos?). No importaba, una vez vació el cargador de su arma, ya podría optar por lo que quisiera.

—Preguntabas a este desgraciado maniquí: «¿por qué has traído la muerte?» — dijo el pistolero—. Eres tan estúpida como pareces, ¿eh? ¿Cómo no saber que la muerte nos llega a todos, zorra? Déjame, yo te enseñaré...

* * *

Seth consiguió quitar a Ma de delante de la puerta, su abuela luchó porque él permaneciese en la granja, pero pudo salir.

—¿Qué pasa ahí fuera?

Retrocedió. El viento abofeteó el rostro de Seth. Se quedó sin contestación; lo que escuchó al abrir no fue el gruñido de los puercos ni el viento azotando la cosecha. No era el graznido de docenas de bandadas de pájaros ni la rotura de cien mil páginas perdidas. ¿Por qué? ¿Por qué Seth Dagan escuchaba una risa formada de cientos de risas, risas de cada uno de los habitantes puros de Hollow Halls?

«¿Qué es esto? ¿Por qué...? ¿De qué se están riendo? Esto... No», razonaba, aunque ¿se podía llamar a aquello razonar? Era como si balbucease, pero era incapaz de hablar.

Se dirigió a Ma y la encontró de rodillas, haciendo algo que le inquietó más que la gran risa, más que reventar la cabeza de una puerca, más que descubrir la historia tras Odell... Vislumbró a su abuela llorando.

—¿Ma? ¿Qué pasa, Ma? —Solo lloró—. Ma, di algo. ¿Ma? ¿Por qué...? ¿En serio? ¿Estás llorando? No me lo creo, ¿te han caído astillas en los ojos? Eh... ¿Por qué lloras?

Su abuela le devolvió una mirada herida.

—Oh, niño, mi pequeño niño... Lloro por la misma razón por la que ellos ríen... Ya vienen.

Caroline, Dawn y Huargo trotaron por el corazón de Seth. Perderlos era lo último en lo que quería pensar, sin embargo se retorció en imágenes donde veía a Caroline decapitada, Dawn empalada y Huargo transformado en un grotesco guiñol. Escrudiñando esa pesadilla, descubrió que hicieran lo que les hicieran los impolutos

hijos, seguro que sería peor que cualquiera de sus fantasías, por depravadas, sangrientas y terroríficas que fuesen. No se equivocaba.

—Ma, vuelve a la casa, enciértrate...

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Qué estás...? Pero... ¡NO! ¿ADÓNDE VAS?

Seth corría a los límites de la granja.

—¡Caroline está más cerca, irán a por ella, luego irán a por Dawn!

La anciana fue tras su nieto.

—¡NO, SETH! ¡NO! ¡POR EL AMOR DE DIOS!

—¡Tengo que ir a por ellas y volver aquí! ¡En la granja podemos estar más seguros! ¡Resistir más tiempo con la comida y esas cosas! ¡Desde aquí podemos huir antes de que preparen las sogas y las hogueras!

La abuela fue tras su nieto, como fue tras su hijo, el padre de Seth, el que regresó con el cuello cortado. Si hubiese detenido a su niño, no habría muerto. Si detenía a Seth, no moriría... Soñaba eso.

—¡SETH! ¡NO! ¡REGRESA! ¡TE EQUIVOCAS! ¡ELLOS ASEDIARÁN Y HARÁN ARDER ESTA GRANJA! ¡NOS MATARÁN!

Seth se alejó más allá de la piara, pronto llegaría a la altura del granero y abriría la valla de madera. A partir de ahí, podría encontrar una horda de cazadores o un camino por el que llegar a su destino.

—¡Buscaré una solución, Ma!

—¡NO, NIÑO, NO! ¡LA BUSCARÁS, PERO NO LA ENCONTRARÁS!

Ma dio varios manotazos al aire, esperando atrapar a Seth, tocar la camisa de cuadros del muchacho, pero solo la rozó y el muchacho prosiguió su carrera, idealista y fatal.

—¡No venderé a los Jones como nosotros vendimos a los Hownland, Ma!

—¡SETH, POR FAVOR! ¡TE MATARÁN! ¡SETH...!

La abuela Dagan tropezó con uno de los rastrillos y se desplomó, sintiendo que los huesos de sus piernas vibraban con una punzada demasiado espantosa para ser un mero tropiezo.

—¡Lo siento, Ma! ¡Los confabuladores debemos hacer frente a esto! ¡No sé cómo, pero tenemos que hacerlo! ¡Y pagaré la deuda que le debemos a Dawn!

—¡SETH, TE MATARÁN! —La voz de Ma se quebró en un ahogo y un llanto aún mejor—. ¡Oh, Señor! Seth, ¡te matarán!

Seth lo asumió. Si morir era lo que tenía que pasar, pasaría.

—¡Ma, esto se acaba! ¡No hay más! ¡Vuelve a casa, Ma! ¡Vuelve por lo que más quieras!

Pero lo que más quería Ma era a su nieto y lo perdía, atravesando la puerta y sumiéndose en la niebla.

* * *

La tarde se desplomó sobre los dos. Garric Odell se apoyó en la pared hasta sentarse en el suelo. Dawn iba de un lado a otro, continuaba metiendo lo que podía en una mochila de cuero y una maleta llena de pegatinas (*Dead Irony, Joy Division, The Pixies, Nirvana, My Chemical Romance...*) y frases escritas a navaja por alguien que un día se llamaría Spike Brent («la muerte es un viaje», «termina esta frase», «no me salves», «escucha a la dama sin rostro», «sueña conmigo y cómo te follo mientras mueres»...).

—¿C-c-c-cómo has..., sa-sa-sabido q-q-q-q-que..., ha lle-llegado el día?

Una risa. Alejada de dulzura o felicidad, arraigada en el asco y la rabia. Dawn la dejó escapar y dijo:

—¿Y tú fuiste el tío que me advirtió de lo que pasó con la gilipollez de Seth, con el destello? Después de eso, no creas que voy a dejar que me cuelguen. No al menos tan fácilmente.

Las manos de Garric temblaban, sus dedos eran atraídos por brisas que solo ellos captaban, ¿tal vez el hálito de la muerte?

—P-P-Pen-sé-sé q-q-q-que..., esp-perarían...

El comentario del escritor le resultó risible.

—Oh, sí, Garric, esperarán, pero ¿sabes qué harán mientras tanto? Harán que deseemos que no esperen, que nos maten lo antes posible. Y no voy a suplicar ni dejar que me cojan viva.

Garric se rompió, no pudo soportar esa sensación de despedida.

—Y guárdate las lágrimas —exigió Dawn—. Nunca ha habido futuro aquí y no creas que contarme lo que pasó con el resplandor iba a hacer que me quedase y resistiese hasta el final... No, solo me ha dado ideas.

Se levantó para coger una cazadora destrozada que iba a meter en su maleta. Garric, lloroso, farfulló:

—P-Puedo cam-cam-cambiarlo...

La chica se detuvo.

—¿Cambiarlo?

Garric dijo sí una y otra vez.

—S-S-S-S-Sí...

Dawn se acercó.

—¿El destino? ¿El futuro? —Espantó la idea agitando la cabeza—. Garric, ya hemos visto lo bien que funcionó con Seth...

El tartamudo dio una patada a una silla que acabó en el suelo.

—¡Tú..., q-q-querías q-q-q-que..., esc-escribiese!

Dawn sonrió de una manera que no era tan cínica, que era casi ¿cariñosa? No, Garric no creía que lo fuese. ¿Era de misericordia? No, Dawn no tenía piedad hacia nadie. ¿De qué era? ¿De un cambio que avecinaba que el mundo iba a morir?

—Garric, quédate para escribir un epílogo o hallar material para una crónica —

dijo Dawn—, pero ya no creo que puedas reescribir lo que está por pasar.

—D-D-D-Dawn...

—Eso sí, hazme un favor...

Garric no le diría que no. Maldita sea, ¿alguna vez pudo separarse de Dawn?

La muchacha dejó caer su rostro y susurró:

—El favor es que... Cuando escribas, no guardes ni un solo detalle sobre lo que le hiciste a tu padre. Creo que te retrata a la perfección y el mundo necesita conocer a su..., escritor. Sí, he dicho «escritor». Si somos retorcidos, podríamos catalogarte de «escritor», es más educado que «psicópata».

Dawn concluyó la conversación.

¡CRAC!

Otro estruendo en la cocina. Al primero no le hicieron demasiado caso. Tía Emily debía estar lanzándole cosas a John Odell, ocurría dos veces al día por lo menos, pero ahora... Era diferente.

Garric y Dawn contemplaron la puerta que conducía hacia la cocina.

—¿Qué? —se preguntó Dawn en voz alta.

Alguien más, alguien que no era su tía ni John Odell.

Unos pasos rápidos, unos gritos indescifrables, una sacudida...

—¿Cómo te atreves? —gritó Emily «a pleno pulmón, como esa puñetera metáfora, a pleno pulmón», juzgo Dawn—. ¡Esto está maldito para vosotros! ¡Fuera!

Emily fue lanzada de un manotazo, abriendo con su cuerpo la puerta y cayendo en el salón, sobre los libros y películas de su sobrina.

—Me has desordenado mis cosas... —masculló Dawn con malicia hasta que se fijó en el rostro de Emily; sus labios sangraban y apenas abría sus ojos.

¡No, no, jamás! Garric salió corriendo hacia la escalera, directo a su habitación, a por su máquina de escribir. Reescribiría esa escena, cambiaría lo que iba a pasar.

Un disparo voló parte de la barandilla y la rótula de Garric.

El escritor se derrumbó desde los primeros escalones, rodando hasta el piso, empapándose en su sangre y clavándose las astillas de la escalera.

Procedente de la cocina, Caleb Ruth, manchado con la sangre de Emily, apartó el humo de su revólver y dijo:

—Bien.

* * *

En los maizales, Seth Dagan se ocultó como si su vida dependiera de ello. «Y es lo que pasa, mi vida depende de esto». Si bien la risa de Hollow Hallows cesó, eso no le calmó.

Halló algún cuervo muerto por el camino, de una manera extraña («¿qué les ha pasado en el cuello? ¿Qué mierda es esta?»).

Y si se detenía lo suficiente, podía oír a los cazadores:

—Blackmouth habla de cortarles los brazos y las piernas. Dice que Shaxon podría conseguir que siguieran con vida hasta el final del ritual...

—¿Hasta el día de Alfred Hallington?

Silbó, como si lo considerase una considerable distancia, pero luego aplaudió.

—Yo pienso llevarme algo de ellos de todas formas. Los querrán vivos para torturarlos, pero yo quiero un adelanto...

—¡Mi familia lo merece! ¡Seis malas cosechas por culpa de la maldición de los confabuladores!

—¡Eso no es nada! ¡Yo tengo gota en la pierna por culpa de ellos!

Cada frase era pronunciada por un nuevo cazador. Más y más se congregaban, sin pausa.

—¡Sandeces! ¡Le cortaré una oreja a cada uno! ¡Esas alimañas desgraciaron a nuestro fundador, nos condenaron a esta maldición!

—¡Seguro que nos convertimos en santos por atraparlos, en grandes santos por poseer algo de ellos!

—¡Les trocearemos! ¡Cada miembro!

—¡Serán amuletos, como patas de conejo!

—Pero si nos han traído mala suerte...

—Nuestro dios, nuestro Hallington, nos sonreirá si vemos portar pedazos de esos monstruos. Son un símbolo de que cumplimos con su voluntad.

—Me gusta tu forma de pensar, cabezota...

—¡Vamos a afilar los cuchillos!

—¿Cuchillos? ¡Les arrancaré la piel con las manos!

—¡Buena idea! ¡Yo también!

—¡Esto promete!

—¡Sí, sí, promete!

Seth corrió, arañando su piel, nublando la vista con el sudor y la suciedad, deseando escapar más de lo que deseó nunca, incluso cuando Elliot Ruth, Allison Brooke y los hermano Ellis le perseguían con sus coches. Pero ¿corría lo suficiente? ¿Por qué las voces de los cazadores se escuchaban cada vez más y más cerca?

—¿Hay algo moviéndose entre las hierbas altas?

—Eso parece...

—¡Vamos!

* * *

Caroline era una mala persona. Eso se repetía, incesante, hasta ahogarse con sus lágrimas y flemas.

La desaparición de Rahne fue por su culpa, ¿no? Si ella hubiera sido mejor

persona, el mundo hubiera sido mejor con ella. Karma y todas esas porquerías que se inventan desgraciados para encontrar algo de sentido a un mundo que gira como gira la mierda al tirar de la cadena de un retrete. Quizás no, no quedaba justicia en el mundo, pero tenía que consolarse con una gilipollez. E incluso así, por muchas cosas buenas que hiciese tras la marcha de su hermana (su caprichosa y triste hermana) como bañar a su madre o hacer la comida a su padre, no podía negar que ella era diabólica y que por eso el destino se portaba con ella de una forma terrible. «Al destino no se le puede engañar. El destino es el diablo. El destino es peor que el diablo», se decía. Entre sus ideas, intentando ocultarla en momentos que se desvanecían, aceptó que no era buena porque en lo más profundo de su corazón, ese que ahora amenazaba con explotar, deseaba que si no moría pronto, los que debían morir eran sus padres.

«Imagina, solamente eso, imagina. ¿Qué hay de malo en imaginar? Pocas veces lo imaginado se hace real... Bien, tranquila. Imagina, Caroline. Date ese capricho... Imagina una vida sin esos gusanos que te engendraron. Imagina una vida en la que no tengas que despertarte cada noche al oír los chillidos de tu madre. Imagina una vida en la que no tengas que soportar las bofetadas de tu padre por no servirle la comida caliente. Imagina una vida en la que no tengas que ser la esclava de nada ni de nadie. Imagina una vida en la que Rahne no fuese una zorra que se marchase para dejarte a ti como prisionera de este infierno. Imagínalo. ¿A qué es agradable? ¿A qué está bien ser mala?».

Eso lo parloteaba la otra Caroline, la vil y mezquina por la que recibía cualquier castigo del universo, la que escupía veneno al cielo y dejaba que la miseria cayese y cegase a la buena, inundándola y ahogándola en un vertedero hediondo en el fin del mundo. ¡Cuántas veces la intentó silenciar! ¡Cuántas veces gritó a cambio!

«¡Soy buena! ¡No pienso así! ¡Por Dios, que no, no pienso así! Destino, no hagas caso... Es que... No soy yo. ¡Esa no debe contar! ¡No es...! ¡Es una trampa! ¡Yo no soy así! ¡No imagino! No me merezco tanto dolor, yo no pienso así, es una voz... ¡Una maldita voz! ¡No es real! ¡No soy así! ¡Soy buena! ¡No quiero que me pase nada peor! No quiero, lo suplico, no quiero... Me imagino a veces sin sufrirlo y... Oh, no, imagino. Soy... Soy... No...».

Pero el destino no escuchaba a la buena Caroline. ¿Por qué debía hacerlo? ¿La ignoraba porque prefería a la malvada? ¿O se divertía al verla rogar en vano? ¿Quién ha dicho que el destino deba ser un juez justo? ¿Quién ha dicho que haya un destino, una página en blanco donde trazar una historia ya escrita en la cabeza de un ser superior? Las respuestas se esconden en ese motivo por el que las cucarachas huyen de la luz, por el que los bebés lloran en la nada y por el que las almas claman de pena: no hay contestación alguna.

En las últimas horas, maldijo cada vez que deseó que sus padres muriesen porque ellos ya no eran los de siempre. Ahora, su madre era una mujer feliz, capaz de caminar sin tambalearse o estar en la cama sin orinarse encima. Ahora, su padre era

un hombre afable, capaz de ser compasivo o hacer cualquier cosa por su hija, como irse de Hollow Hallows. Ahora, sus padres, anclados a un lugar maldito, decidían marcharse como regalo para ella. ¡Ahora eran tan diferentes! ¡Tanto! ¿Ahora? No, ya no. Ahora estaban muertos. Ahora eran pedazos carbonizados devorados por los peces. Ahora, el destino, comportándose como un vil asesino, se los llevó.

¿El destino? ¿El destino puede hacer que un puente vuele en añicos, llevándose la vida de sus padres, frustrando la vida feliz que les deparaba más allá del puente? ¿El destino o Hollow Hallows? ¿Era el destino tan cruel como Hollow Hallows? De ser así, existía una maldad en el universo que conspiraba contra el ser humano, que lo lanzaba a una enorme fosa común ante una deidad que gozaba del festín de la desgracia. Y he aquí el gran fallo, el error de suponer siempre que los dioses eran amables, seres que crearon vida por amor a esta. No, no eran así. Eran semejantes a niños malcriados que lanzaban azúcar para atraer a hormigas a las que después quemar con una lupa bajo el sol.

¿Y qué podía hacer Caroline si era un cordero más en el matadero? Rhane solo volvió como un esqueleto. Sus padres fueron reducidos a nada. Ella era la siguiente: le cortarían la cabeza, cada miembro y la convertirían en hamburguesas de mierda para los dioses inmisericordes, los únicos, los que tenían múltiples caras que solo eran una: la suya y la de cada una de sus acciones. Por eso estuvo llorando y chillando desde que fue testigo de la muerte de sus padres. Por eso supo que si continuaba así, la encontrarían y la siguiente sería ella. Por eso quería huir y era incapaz de dar un paso. Por eso, no percibió los pasos acelerados por el salón, dirigiéndose a la escalera. Por eso, no escuchó la puerta principal partirse al ser destrozada por un hacha.

Sus gritos y su llanto eran tan escandalosos como para acallar a alguien rompiendo la puerta y el picaporte de cuarto y entrando en su interior.

—¡Caroline! —gritó alguien que no debía estar allí.

* * *

Huargo siempre ladró, siempre aulló y siempre gruñó a cualquier ser insólito con el que se topase. Ese día, no.

De las aguas negras de la ciénaga surgió la bestia espectral, alimentada por la oscuridad de un maleficio. Huargo caminó sobre sus pasos, lloroso, intentando callar, porque si el monstruo le escuchaba, su vida cesaría de inmediato.

El Hombre de los Relojes se deleitó con la criatura de la ciénaga. ¿Tan loco podía estar como para soportar una visión digna de tiempos pretéritos en los que viejos poderes de la oscuridad se enfrentaban por nacer en la bruma y la muerte primigenias?

Humo negro recorrió el cieno, escapando de los dominios del lodazal. Una rana

que no pudo saltar lo suficiente fue alcanzada por el humo y lo que quedó tras ella fue un cascarón vacío, huesos fundiéndose; nada de piel, nada de carne, nada de sangre, nada.

La bestia sin rostro prendía el aire con sus tentáculos, matando lo que estuvo vivo, salvo a los que consiguieron ocultarse como el perro vagabundo y el hombre sin nombre.

Poco a poco, la nube solitaria se alejó con un olor que provocó que Huargo arrojase sus entrañas y la rata que comió para almorzar.

El Hombre de los Relojes conocía el destino del innombrable, hacia el Caserón Woods. De sus ojos brotaron lágrimas que se fundieron por sus afiladas mejillas. Susurró sin abrir los labios:

—Vamos, Huargo. Debemos ser puntuales. No podemos llegar tarde al té del Sombrerero...

* * *

Caroline, al ver al que acababa de entrar en su habitación, imaginó que debía ser un fantasma, que atravesó cada pared hasta llegar a ella, pero ¿por qué demonios...? ¿Qué hacía él allí? No lo supo y continuó llorando, porque daba igual la respuesta, ninguna podría ayudarla, ninguna podría acabar con la pesadilla que la estrangulaba...

—¡Caroline! ¿Qué ha pasado? Caroline, levántate del suelo... Caroline, ¿por qué...? ¿Por qué me miras así? ¡Soy yo!

Pero ¿quién era él salvo una pálida sombra del gris tras las lágrimas?

—¡Soy Seth, el maldito y estúpido Seth al que su abuela va a matar por haber venido aquí antes de quedarme en la granja! —gritó y quiso tranquilizarla, pero era imposible—. Sí, esa es mi prioridad, que Ma no me mate y este jodido lugar tampoco, que pueda vivir lo suficiente para llegar a ver una nueva temporada de *Doctor Who* o poder descargarme algún nuevo cómic de Alan Moore, ¿quién más podría decir una subnormalidad así? ¡Caroline, soy Seth!

Dagan dejó caer el hacha que encontró en el garaje del padre de Caroline (entrar por la ventana de ese maldito cuartucho le costó rasgarse media camiseta y ahora lucía varios arañazos sangrantes, pero nada comparado con huir de los cazadores). Aún se preguntaba por qué nadie le abrió la puerta (ni el padre ni la madre de Caroline), por eso tuvo que romperla él. «Tiempos desesperados, medidas desesperadas... A lo mejor puede que me mate el cabrón de su padre, pero no podía quedarme de brazos cruzados. No podía... ¿Qué ha pasado aquí?».

Su mirada desfiló por la habitación, observando caos, caos y más caos. Dos espejos rotos, trizas que decoraban las mantas cortadas y rotas, el suelo lleno de fotos de la familia Jones convertidas en pedazos, la sangre de los cortes que Caroline se

hizo al destrozar su mundo como el mundo la destrozó a ella.

Seth fue hasta Caroline, agachándose para intentar pararla. El martirio debía cesar.

La joven movía sus manos, arañándolo sin entender, mirándole sin descubrir quién era. La niebla de lágrimas consumió su razón. Balbuceaba algo incomprensible, como si fuera dicho por un ser que jamás supo hablar. Seth recibió arañazos por sus brazos y cara al intentar serenarla y es que «intentar» era la clave, ¿cómo lograrlo?

—¡SOY SETH! ¡Soy Seth, Caroline! ¡Para, Caroline, para! —No le hizo ningún caso—. Aunque... ¡Joder! ¿Qué pasa? ¡Diciéndote que soy Seth me pegas más! —Se percató del motivo por el que su amiga podía haber enloquecido—. ¡Ya está, joder, lo reconozco! ¡Lo reconozco! ¡No debería haber deseado que Rahne volviese! ¡Lo siento! ¡Lo siento por hacerte esto! ¡Nunca debí jugar con cosas que no entendía! Pero yo... ¡Odell tiene la culpa!

La chica se detuvo un instante, el suficiente para que sus ojos oscuros reflejasen a un Seth embargado por miedo. Seth vio su rostro en la mirada de ella y un círculo de fuego estaba avanzando para calcinarlo, el rojo del llanto sin cesar, el fuego de las lágrimas de las mayores penas.

—¡ODELL NO! ¡HOLLOW HALLOWS! ¡ELLOS SON LOS CULPABLES!

Caroline habló, pero tan alto que se ahogó y tosió como si fuese a vomitar.

—¿Hollow Hallows? —repitió Seth esperando que aquel fuera el primer paso de Caroline hasta serenarse—. Eh... Sí, suelen serlo, pero quien deseó el regreso de tu hermana fui yo y yo lo hice por culpa de Odell y su historia y...

La tormenta estalló de nuevo:

—¡ODELL NO! ¡ARREGLÓ A MI FAMILIA ESCRIBIENDO! ¡HIZO QUE TUVIESE UNA FAMILIA FELIZ! ¡MI MADRE Y MI PADRE ERAN PERFECTOS!

No, Caroline seguía enloquecida. Al menos, eso concluyó Seth.

—¿Qué? No me jodas... Lo siento, pero tus padres siempre distaron de la perfección desde lo de..., bueno, desde que Rahne...

—¡MIS PADRES YA NO LES IMPORTABA QUE RAHNE SE HUBIERA IDO!

La respuesta de Caroline envió a Seth a kilómetros de allí.

—¿Qué? ¿Cómo...? No...

—¡MIS PADRES QUERÍAN MARCHARSE HOY DE AQUÍ! ¡Y HOLLOW HALLOWS VOLÓ EL PUENTE CON ELLOS EN ÉL!

La última frase fue como si Seth recibiese un cabezazo repetidas veces. ¡Pum! ¡PUM! ¡¡¡PUM!!! «Hollow Hallows voló el puente con ellos en él». ¿Ese fue el humo negro que vio Seth cuando corría hacia la casa de los Jones, escondiéndose entre los maizales y las hierbas altas? ¿Ese aroma a carne quemada que le dio cierta hambre eran..., los padres de Caroline?

—Lo..., lo..., lo siento, Caroline...

—¡SENTIRLO NO SIRVE DE NADA! ¡YO LO SIENTO CON TODA MI

ALMA! ¡LO SIENTO CON CADA ATISBO DE MI SER! ¿Y SABES PARA QUÉ ME SIRVE? ¡PARA NADA! ¿DE QUÉ VA A SERVIR QUE TÚ LO SIENTAS? ¡YO SOY LA QUE MÁS LO SIENTO! ¡SOY SU HIJA Y SIEMPRE DESEÉ QUE MURIESEN HASTA AYER, CUANDO CAMBIARON, Y ENTONCES... ENTONCES MUEREN! ¿QUÉ DICE ESO DE MÍ? ¿QUÉ DICE ESO DEL MUNDO?

Caroline buscó algo con lo que herirse, pero Seth se interpuso en su camino e improvisó algo que decir:

—¡Eso dice que el mundo es una mierda, pero tenemos que sobrevivir en él! ¡Tenemos que marcharnos o acabaremos igual!

—¡NO VOY A MARCHARME!

—¡Tú has dicho que querían marcharse de Hollow Hallows!

—¡CON MIS PADRES, NO SOLA! ¡NO TENGO MÁS CONSUELO FUERA DE AQUÍ DEL QUE TENGO DENTRO!

Seth negó. Escuchar aquello de la voz de Caroline era tan doloroso...

—¡Te equivocas, joder! ¡Deja toda esa mierda pesimista de Rahne y sé de nuevo la jodida Caroline! ¿Recuerdas cómo eras antes de que Rahne se esfumase? ¿Lo recuerdas?

—¡NO!

Y era verdad, la Caroline que fue se perdió en los días del pasado sin dejar ni una sola huella en el presente...

—¡Te lo recordaré, joder! ¡Querías marcharte de este lugar en cuanto fuera posible! ¡Querías escaparte, buscar una vida ahí fuera, ser modelo o alguna mierda estúpida así, poderte en dinero y olvidar este lugar! ¡Joder, eras una puta superficial, pero estabas viva y créeme, eso es mejor que estar muerto!

Caroline le dio una bofetada que le cruzó la cara.

—¡MIENTES!

—¡No miento y lo sabes! ¡Haz honor a tus puñeteros padres y lárgate de aquí como ellos hubieran querido, como ellos no han podido hacer al final! ¡Hazlo antes de que sea tarde!

—¡NO!

—¡Te he dicho que si no nos marchamos, acabaremos igual que tus padres! ¿Qué parte no entiendes, Caroline?

—¡NO! ¡EL QUE NO ENTIENDES ERES TÚ! ¡NO ME IMPORTA ACABAR COMO ELLOS, SETH!

Caroline le dio en el pecho y se puso de pie, apartándose. Convirtió los nudillos de sus puños en sangre, una y otra vez los llevó contra la pared. Era por la rabia que no se consumía, el hielo que atravesaba sus huesos y su espíritu para nunca menguar, para nunca desaparecer como la saliva vomitada en sus gritos o las lágrimas escapadas de sus ojos.

Su amigo fue hasta ella y la detuvo, lanzándola hacia otro lado. La chica se vino

abajo, haciendo que su labio reventase en sangre al tropezar con la pata de su cama y desplomarse.

—¡Caroline! ¡Perdón, yo...! ¡Joder, Caroline, lo siento! ¿Estás bien? —dijo Seth, apurado por su error—. Joder, no, claro que no estás bien... ¡Caroline, sé por qué nos pasa esto! ¡Es una puta maldición! ¡En serio! ¡No te lo tomes a broma! ¡Ma me lo contó!

—¿DE QUÉ ME PUEDE SERVIR LA MIERDA QUE TE DICE TU ABUELA?

Las manos de la muchacha cogieron la mesilla de noche y la tiraron al suelo, haciendo que la lámpara se hundiese, iluminando la habitación con el fulgor de un averno en miniatura.

—¡Porque creo haber encontrado una solución, Caroline!

—¡NO HAY SOLUCIÓN PARA ESTO!

«Su cara... Parece... Parece otra. Parece un demonio. Caroline no es así. ¿Qué es...? ¿Qué? Por los dioses, por Jack Kirby y por Stan Lee, ¿qué coño puedo hacer para...? Joder, Seth, habla...», farfullaba en su cabeza Seth.

—¡Sí, sí la hay, Caroline, en serio! ¡Escúchame! Los confabuladores decapitaron la estatua de Alfred Hallington, Hollow Hallows puso precio a la cabeza de cada uno de los traidores y ellos hicieron lo que mejor se les daba: se traicionaron. Los Jones y los Dagan nos unimos junto a varias de las familias extintas de confabuladores. ¿Sabes para qué? No para defendernos, no para hacer algo bueno sino... Caroline, los Hownland tenían un don y se lo quitamos.

—¿UN DON? ¿A QUÉ... A QUÉ TE REFIERES?

«Bien, te escucha. Juega con esto. Cuenta la mejor historia de tu vida, Seth. Deja en bragas al cabrón de Odell con su puta mierda de novela. Embauca a Caroline. Haz que viva para luchar».

—¡Un don! No sé cuál era, no sé cómo... Pero los Jones y los Dagan, junto a algunas familias extintas creyeron que arrebatándoselo a los Hownland, Hollow Hallows los perdonaría, pero no fue así. ¡Nunca es así!

«Vale, admito que me ha salido una puta mierda de historia», reconoció Seth para sí, amargado.

—Tu abuela... —murmuró Caroline con los ojos fundidos—. Está loca... Y tú más por hacerle caso.

Se agachó y cogió un trozo grande del cristal del espejo. Se lo llevó a la muñeca.

Seth corrió a ella, pero la joven se acercó más el filo.

—¡JODER, CAROLINE! ¡NO LO HAGAS! ¡NI TE ATREVAS!

—¡NO ERES NADIE PARA IMPEDIRLO, SETH!

«Vaya, tu público te ha salido difícil, Seth», clamó la voz sarcástica del muchacho, la misma que deseó acallar a puñaladas.

—¡Caroline, escúchame!

El cristal acarició la piel de la hermana de Rahne.

—¡NO, CAROLINE! ¡POR DIOS, NO!

Una gota de sangre brotó de su muñeca...

—¡TE OFREZCO VENGARTE DE LOS QUE TE HAN HECHO ESTO!

El cristal se paró.

—¡Rompieron el dique! —gritó Seth como un aullido—. Los confabuladores... Si Hollow Hallows era mezquina con los herederos de los confabuladores aun temiendo el don de los Hownland, cuando el don desapareció, la gentuza de este sitio supo que podían hacer lo que quisieran para matarlos, incluidos Hownland, Jones y Dagan. ¡No perdonaron! ¡Hollow Hallows nunca perdona! ¿Lo entiendes?

¿Habría una respuesta que no fuese el cristal abriendo las venas? ¿Habría una respuesta que no fuese un cuerpo desplomándose? ¿Habría una respuesta que no fuese sangre emergiendo en escupitajos incesables hasta inundar el parque?

La voz de Caroline surgió con lentitud:

—Traicionamos a los Hownland para salvarnos, Seth, y así solo conseguimos entregar nuestras cabezas en bandejas de plata a los buitres de este lugar.

Seth aplaudió y gritó:

—¡Exacto!

No pudo sentirse más emocionado porque Caroline le hablase de una forma que no fuera la misma que cuando la muerte jugaba con ella.

—¿Y de qué me ayuda eso, Seth? —Caroline estaba cabizbaja. La habitación yacía destrozada y cada pedazo de cristal o metal reflejaba su congoja, incluido el que tenía en su mano, el que estaba manchado de escarlata—. Ya... Ya sé... Me cortaré. ¡No me cogerán viva! ¡MORIR! Reunirme con mis padres, con Rahne...

Dagan la zarandéo, quitándole el cristal de las manos. Lucharon como si fuesen enemigos que no quisieran matarse el uno al otro, solo uno quería matarse a sí mismo y el otro quería que ambos viviesen. Lucharon como lo que eran.

—¡NO, JODER, NO! ¡Tenemos que irnos, Caroline, no solo para salvarnos, sino para intentar que Dawn pueda salvarnos y condenarlos a ellos! ¡Si se le arrebató ese don, puede recuperarlo y si lo recupera, podemos hacer arder Hollow Hallows! ¡NADA SE PIERDE PARA SIEMPRE! ¡NADA!

—¡LA VIDA DE MIS PADRES! ¡LA VIDA DE RAHNE! ¡MI VIDA! ¡PERDIDAS PARA SIEMPRE!

—¡Véngate y harás que vivan en cada gota de sangre que derrames en Hollow Hallows! ¿Consideras que tus padres disfrutarían sabiendo que su hija pudo luchar por vengarse de lo que les hicieron a ellos y que prefirió cortarse las venas? ¡Ahora tú eres la única esperanza de que los Jones descansen en paz! ¡Eres una confabuladora y vas a destruirlos tal y como tu primer antepasado, como Ezequiel Jones, lo juró la noche en que decapitaron al puñetero Alfred Hallington! ¿Me escuchas? ¡Responde, Caroline!

Seth pateó el fragmento cortante con el que Caroline quiso suicidarse, lo dejó en trizas. Antes, se lo clavó en una de sus manos durante el forcejeo, pero no era más dolor que el que sentía por la hermana de Rahne.

—¡MALDITO IDIOTA! —gritó Caroline, furiosa—. ¿QUÉ TE RESPONDO SI TÚ NO ERES CAPAZ DE RESPONDERME A LO VERDADERAMENTE IMPORTANTE?

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó Seth, deseando contenerla—. ¿Cómo sabes que no puedo contestar?

—¿CÓMO HARÁS QUE DAWN RECUPERE ESE..., ESE..., LO QUE SEA?

K.O. Era imposible. Ma no le dio más información. Seth ignoraba qué era ese «don», ese algo que le quitaron a la familia de Dawn. Imaginaba que debía ser algún objeto, algo que hacía temblar Hollow Halls. Ni puta idea. ¿La sierra con la que le cortaron la cabeza a la estatua? ¿Algún pañuelo donde escupieron los confabuladores para hacer sellar su pacto? Algún... A saber. Ni idea. Ni siquiera creía que lo que imaginaba pudiera estar acertado. ¿Por qué Hollow Halls temería alguna de esas estupideces?

Lo que Seth no obviaba es que sí, que existía algo que esa maldita tierra temía, algo que tuvieron los Hownland, algo que podían recuperar, pero ¿sabría algo Dawn? ¿Y si no...? Si los hijos impolutos mataron a los padres de Caroline, no tardarían mucho en ir a por ellos. Debían ser rápidos, pero era imposible...

«Imposible. ¿Imposible? Ja...», meditaba Seth antes de saber qué decirle a Caroline. «Y eso pese a que mi concepto de lo imposible es bastante distinto ahora... Creía que la magia era imposible y ahora sé que no. He aprendido que pueden suceder cosas que van más allá de la jodida lógica. Por mucho que encontremos sentido al mundo, deberíamos saber que su verdad solo es una mentira que decidimos creernos todos. No hay lógica, existen los milagros, existe lo imposible y gente como Odell saben manipular como titiriteros lo imposible y...».

—¡Odell! —exclamó Seth como si fuera la palabra que pudiese terminar con su condena.

—¡Ya te he dicho que...!

—¡No, Caroline! ¡Odell! ¡Puede ser imposible encontrar ese don, pero también era imposible la magia, también era imposible que tus padres fueran felices, y él lo cambió! ¡Podemos hacer que escriba que hallamos el don o puede enviarnos lejos de aquí! No sé cómo funciona ese poder o lo que sea, pero...

Segundos que cayeron como arena en un reloj, como cavilaciones ineludibles para Caroline y Seth.

—¿Y si no hace caso, Seth?

—A Dawn siempre le hará caso, Caroline. ¡Acabaremos con este lugar! ¡Boom! ¡Será historia! ¡Nos vengaremos! ¡Tenemos que irnos al Caserón Woods y tenemos que rezar porque no nos atrapen los mortífagos de Hollow Halls! Y sí, permíteme que suelte mis mierdas *frikis* mientras huimos, porque podría no haber tiempo nunca más y...

Seth se calló, Caroline ya no estaba, se desvaneció por la puerta, en dirección a la salida.

El Caserón Woods nunca estuvo tan lejos.

CAPÍTULO 30

Virgil Morgis era un secundario más de Hollow Hallows, uno de esos rostros grises anónimos que poblaban sus calles, que ocupaban un asiento en una de las clases de Calvin Blackmouth y que en sus trece años de vida jamás pretendió lo contrario. Nunca quiso ser protagonista de nada, pero Virgil Morgis iba a aprender que en ocasiones nunca se recibe lo que se quiere y, aunque se reciba, el resultado puede ser muy distinto al deseado.

Ese niño enfermizo miraba el mar con sus enfermos ojos, dos esferas enormes tras sus gruesas gafas. Su mirada naufragaba en las olas de su imaginación. Si los confabuladores no hubiesen existido, él hubiera sido la víctima preferida de Allison Brooke y compañía. En cambio, ahora solo era una sobra de la que abusar de vez en cuando. Por esa razón, cuando se le encomendó vigilar los escombros del puente, muchos lo tomaron como una broma pesada equivalente a seguir a una sombra, interpretar a un árbol en una función de teatro o vaciar la orilla del mar con un cubo.

—Vamos, Virgil, ¡vigila bien! ¡No vayan a salir del agua los Jones!

—¡Atento a ver si salen! ¡Saldrán con sabor a barbacoa!

—¡Carne muy hecha! ¡Demasiado! ¡Muy chamuscados!

—¡Virgil, ríe un poco! ¡No lloriques demasiado cuando vengan a por ti!

Los comentarios jocosos se intercambiaron con rapidez, porque si bien la seriedad era una de las virtudes siempre pretendidas en Hollow Hallows, cuando se era cruel con los confabuladores, eso cambiaba. La risa puede ser tan hiriente como una puñalada.

El crío de cabellos grasientos de paja no dijo nada, solo se quedó allí, esperando no coger una pulmonía mientras veía las olas desplazar los restos por la costa. «Peor sería si me mandasen a cargar con algo...», pensaba. «Sí, eso sería un auténtico rollo. Me quedo aquí, sentado y ya está. Contando las olas...».

Una ola, otra ola, otra... Pronto sus ideas se dispersaron como los trozos del puente y consideró que fue divertido ver estallar el puente, pero limpiar el nuevo estercolero marino costaría tiempo. «Es como cuando lanzas un plato. Es genial ver cómo se rompe en miles de cachitos, pero luego viene mamá y te obliga a limpiarlo con la lengua. Eso no tiene tanta gracia. No, no, no».

Otra ola, otra ola, otra más...

Nadie esperó que la vida de Virgil cambiase en un instante tan simple como el que iba a vivir, ni siquiera él cuando se percató de algo y pregonó:

—Eh... ¿Qué es? ¿Qué es eso? ¡Eh, eh, todos! ¡Escuchadme! ¡Ahí, ahí, hay un...! ¡Escuchadme! ¡Algo brilla en el agua! ¡Algo brilla!

Algunos como Edwin Forman o Cord Hurt rieron por la emoción estúpida mostrada por el más inútil de los centinelas. No rieron demasiado tiempo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Los Jones tenían caja negra?

—Eran negros, así que seguro que sí...

Los Hollow Hallows se miraron los unos a los otros, el gesto sonriente pasó a ser algo dubitativo cuando el sonido de las olas ya no era un rugido feroz, sino más calmado, como si dejase salir algo que tenía su propia música, una melodía siniestra, fúnebre.

Pero Allison Brooke no se tomó la situación como un chiste, en ningún momento. Su madre y parte de las patrullas ya no estaban allí, marcharon hacia el lugar de encuentro. Si no se hubiera detenido tanto, ella ya estaría camino al concilio con los otros, pero en cambio, ahora se hallaba ante Morgis y ni siquiera ante alguien tan cretino podía doblegarse. «¿Y si la estupidez de este cretino me condenase por no tomarle en serio? Ve, Allison», le dijo una voz en su cabeza que sonó parecida a la suya, pero con cierto tono que le recordaba a su madre. Debía mostrar firmeza ante sus lacayos, incluso cuando se disponían a comerse los unos a los otros.

Allison caminó hasta Virgil, que señalaba sin parar una gran parte de la costa, y farfullaba escupiendo:

—¡Una..., sombra! ¡Una sombra sale del agua! ¡Es la sombra más grande que he visto en mi vida! ¡Lo juro!

«¿Una sombra? ¿Qué idiotez estás diciendo, maldito retardado?», pensó Allison. Le hubiera arrancado los ojos a Morgis de no ser porque ella, cuando se puso a la altura de aquel niño, también lo vio. ¡Lo vio!

Las olas se separaban con violencia y el salitre dejaba en el viento un aroma cruel, pero lo más intrigante era la oscuridad, la porción de negrura invencible, que ascendía desde las entrañas de las profundidades, como una fuerza tenebrosa, como un dios primigenio, que tras largos eones dormido, al fin despierta para desencadenar un apocalipsis...

—¿Qué es? —susurró Allison y muchos intentaron responder, pero ella les ignoraba, pues consideraba otra cuestión: «¿Es lo que creo que es? Pero ¿y qué hace aquí?».

Un eco se extendió entre los Hollow Hallows que permanecían escudriñando esa monstruosidad parida por las tinieblas, esa espada que atravesaba el mar. Nadie parecía saber lo que era, algunos fantaseaban con posibilidades grotescas, otros querían creer que solo eran escombros... Pero Virgil, con su tono chillón, se hizo escuchar:

—¡ES UN MILAGRO! ¡HE VISTO UN MILAGRO! ¡LO HE VISTO YO!
¡ES... LO ES! ¡UNA SEÑAL! ¡UNA SEÑAL DEL SEÑOR HALLINGTON!

La voz de Virgil era molesta, como la de un niño que intenta que cualquiera a su alrededor le preste atención aunque sea para estrangularlo; la voz de Virgil era como él. Allison quiso que el desgraciado guardase silencio, pero no, no lo hizo («Virgil, ¿tan difícil es que cierres el pico, pequeño buitre?»).

—¡Es un barco! —clamó—. ¡Un barco sale de las aguas! ¡El mar no ha tragado

más puente y está arrojando fuera un barco! ¡Un barco!

¿Fueron las corrientes la que atrajeron al leviatán hasta esa zona de la costa? ¿Por qué no estaba en el cementerio de buques, junto a los otros? ¿Por qué la caída de la pasarela impulsó al buque de las pesadillas a surgir de las profundidades? ¿Fue un castigo de los mares por recibir los restos del puente? ¿Por qué alguien como Virgil, un simple segundón, alguien que jamás llamaría la atención, lo avistó?

—¡LA... OH, DIOS MÍO... LA... LA... LA BANDERA!

Virgil tenía razón. En una bandera descolgada, cubierta de musgo y animales marinos como cangrejos, se podía ver un bordado que perduró una eternidad bajo las aguas, pese al azote de tormentas y heridas marinas. El dibujo mostraba una estrella acribillada por una hache.

El destino estaba sellado.

—¡Es el *Estrella Eterna*! —exclamó Virgil saltando cada vez más rápido. Se cayó, se levantó y volvió a saltar, casi cojo—. ¡Es el barco del fundador! ¡Oh, Dios mío, es el barco!

Allison Brooke vislumbró la bestia marina, ¿una vez fue un navío? Alguien podía atreverse a decir que sí, que era un antiguo galeón que surcó los mares varios siglos antes hasta que decidió bebérselos, reventar y hundirse en ellos; opulento como el de las pinturas que se hicieron de su dueño, el fundador de Hollow Hallows. Era un engendro a la imagen y semejanza de Alfred Hallington, con su riqueza adornada de oscuridad y su orgullo intacto pese al hundimiento.

Acicalado de oro y muestras de fortuna por doquier, todos se distraían de lo que Allison no pudo dejar de ver: el corazón del navío. En su centro, cuidado por varias y pesadas cadenas teñidas del verde del musgo, se encontraba una enorme caja oscura, un cofre.

«¿Es eso? ¿Es eso, al final del camino, tan simple y tan lógico?», se dijo de una forma que de haber sido pronunciado en alto hubiera sido una ironía, un sarcasmo, un reconocimiento de derrota. «Cuando empezó la tormenta que hundió el *Estrella Eterna*, los marineros de Hallington pusieron cadenas para que el Tesoro no se perdiese. Y lo dejaron fuera para que fuese fácil de encontrar. Así, sin más, tan digno de un Hallington deseoso de congraciarse con aquellos que buscasen su legado. Se arriesgaron a perderlo... y lo creyeron perdido, pero ahí está. El Tesoro, tras tanto tiempo, ahí, esperando». La bilis trepó por la garganta de Allison.

—¡QUÉ MARAVILLA! —gritó Virgil riendo como un cerdo—. ¡El fundador me ha elegido para encontrarlo! ¡El fundador me ha recompensado en la hora más oscura! ¡Es una señal!

Una docena de Hollow Hallows se quedó esperando la respuesta de Allison Brooke, que negaba con la cabeza mientras un tic acribillaba su rostro. Ella era una hija impoluta, ella sabría qué debían hacer todos, mientras que Virgil solo era un tenue idiota, a duras penas un iluminado estúpido, un mesías.

Pero lo que estaba sucediendo carecía de sentido. En un mundo normal, Allison lo

hubiese encontrado, no Virgil. Y es que los hermanos Flint, Elliot y ella misma buscaron cientos de veces el *Estrella Eterna* y nunca encontraron ni rastro del presente de Hallington. En el cementerio de barcos creyeron haber hallado en su día un galeón que podía serlo, pero ahora resultaba que, tras tanto empeño y sufrimiento, no lo localizaron ellos, sino un inútil como Virgil Morgis. ¿Qué broma del azar era esa?

—La caída del puente ha ofendido a Alfred Hallington, sin duda —dijo el muchacho. Hablaba con una seguridad desconocida en él. Era como si la rata hubiese aceptado que ahora era el gato, que ya no tenía que doblegarse, que no era una presa, sino el cazador. Y se sentía orgulloso de ello—. Menos mal que he captado el mensaje de dios. ¿No lo escucháis? ¡Yo sí! ¡Regresa! ¡Regresa con su buque, tanto tiempo perdido! ¡Me ha elegido!

Se señaló varias veces, apartando a los demás y mostrándose como si fuera el profeta de un nuevo tiempo. ¿Dónde estaban las multitudes aclamándole? ¿Dónde estaban sus discípulos dispuestos a rezarle y glorificarle? ¿Dónde estaba ese futuro donde se convertiría en un santo de Hollow Hallows? No lo sabía, pero sí sabía que su rostro era la mejor definición de la euforia.

Allison sintió tanto asco que la historia que se conformó en su cabeza no fue un invento, sino una realidad, una visión de una prueba del fundador de Hollow Hallows ante la hora más oscura.

La suerte de Virgil cambió al gritar al cielo:

—¡SOY EL NUEVO HIJO IMPO...!

No concluyó la palabra «impoluto».

Allison Brooke empujó a Virgil al vacío, arrojándolo por el acantilado.

Y el santo ni siquiera se convirtió en un mártir, pues nadie reconocería jamás su herencia.

A Virgil Morgis le faltó tiempo para gritar, tanto como para vivir. Su cabeza se rompió contra las rocas como una sandía aplastada por un martillo: una explosión de sesos en una orgía de muerte. Aun así luchó un poco antes de ahogarse en la sangre y el agua salada. Una lucha en vano. Al final sus huesos se entregaron al mar y el casco del barco apartó su cadáver, hundiéndolo. Ya no era parte de la historia ni como secundario ni como protagonista.

Allison elevó las manos y tomó la palabra, una palabra de la que dependería que alguien creyese en ella en el tiempo venidero:

—Alfred Hallington habla. ¿Lo escucháis? Habla, pero solo a los auténticos e impolutos hijos de Hollow Hallows —dijo Allison a los presentes. No necesitaba encontrar una excusa, porque todas las piezas formaban parte de una historia perfecta, una que no dejaría de creer—. Si el buque se ha presentado ante alguien como Virgil era porque quería ponernos a prueba. ¿Cómo? Hallington quería saber si aceptaríamos las idioteces de un imbécil con ansias de ser un líder como Virgil o le pondríamos en su lugar y seguiríamos a los auténticos elegidos, como a mis

hermanos y a mí, los hijos impolutos. Acaso, ¿nos dejaríamos gobernar por mediocres y estúpidos?

—¡Jamás! —gritaron algunas voces.

—¡Lo sé! ¡Hollow Hallows lo sabe! ¡Hemos puesto en su lugar a ese mediocre, bajo las profundidades, muerto y sacrificado en nombre de nuestro dios! He demostrado que los impolutos hijos de Hollow Hallows no inclinamos la cerviz y le he dado sangre a nuestro dios para que prepare su apetito antes de la llegada de los confabuladores. ¡A Hollow Hallows servimos y Hollow Hallows nos sirve! ¡No hay oscuridad y vemos las estrellas! ¡Repetid! ¡No hay oscuridad y vemos las estrellas!

—¡No hay oscuridad y vemos las estrellas!

—¡Más alto! ¡Que el fundador os escuche!

—¡NO HAY OSCURIDAD Y VEMOS LAS ESTRELLAS!

La sangre de la familia de Allison era poderosa para los Hollow Hallows, el nombre de su dios era sagrado.

Cuando concluyeron su improvisado ritual, Allison les preguntó:

—Bien, ¿a qué esperáis para iros? ¡Marchad, por la gloria de nuestro dios!

Los Hollow Hallows caminaron, dirigiéndose al punto de encuentro. Sin discutir.

Allison no fue con los demás. El Tesoro encadenado, como la cabeza rota de Virgil a las aguas del mar, se enredaba en su destino. Y no iba a hacerle esperar más.

CAPÍTULO 31

Emily Hownland notó el frío del suelo donde yacía y la calidez de la sangre pegándose a su cara. Pretendió mover las manos, pero las tenía atadas a su espalda. Entreabrió uno de sus ojos, el otro era imposible porque estaba demasiado hinchado por el hematoma. Pudo distinguir una sombra; muchas más después. ¿Qué sentido tenían? Una parecía Garric, retorciéndose de dolor en la escalera (el tiro, claro, le pegaron un maldito tiro en la pierna), mientras que John Odell yacía tumbado, sin moverse, pero ni siquiera estaba amarrado. ¿Y Dawn? La respuesta estuvo en el ruido: se escucharon dos bofetadas y luego un cuerpo fue abatido. La víctima era su sobrina y, pese a estar herida, no dejaba de mirar al revólver que le apuntaba a la cara.

—¿Por qué antes eras una zorra tan obediente para ahora ser simplemente una zorra? —preguntó el pistolero—. Te pedí que los atases a todos menos a ese mierda seca de ahí. ¡Y lo hiciste! —Señaló a John—. Ese no creo que escape y si lo hace no me importa estallarle la cabeza de un disparo. —Acarició el gatillo—. Pero ¿sabes qué es lo que más me ofende de ti? Que tú ahora no quieras que te aten. ¿Quién te crees que eres? Acaso, ¿estás tan jodidamente mal de tu cabeza como para que le hayas perdido el respeto a mi pistola?

—Más bien le he perdido el respeto al hijo de puta que la sujeta —respondió Dawn, escupiendo la sangre que escapaba de sus labios.

Caleb Ruth valoró las palabras, apartó el palillo de su boca tras inclinar la cabeza, sonrió y abrió fuego.

El tiro reventó la mesilla del salón. Al lado de Dawn.

El estruendo hizo vibrar la sala principal del Caserón Woods, dejando el olor a pólvora y una leve humareda gris.

—¡Eh, calma! ¡Escucha, putilla! ¡ESCUCHA! —exclamó Caleb Ruth, acercándose a la muchacha y cogiéndola del brazo mientras la apuntaba en la frente con el cañón del arma—. No te he metido una bala, no, aún no. Sé tratar con zorras como tú. Hay que calentarlas primero, ponerlas bien cachondas para que puedan tragarse bien una bala...

»¿Sabes? No soy un idiota. Que conste que ese tiro no ha sido la suerte abriéndose de piernas ante ti, que conste que eso no ha sido un fallo de puntería... Solo quería saber si te mearías encima antes de lo que vamos a hacerte... ¿Me escuchas? ¿Un poco sorda tras el tiro? Oh, qué pena... Es lo menos que te pasará hoy. Te lo aseguro.

* * *

La lluvia y el viento azotaban los maizales, haciendo más complicado avanzar por el terreno embarrado. Seth se detuvo y le indicó a Caroline que hiciese lo mismo. Delante de ellos, al final del camino, una patrulla de cazadores rastreaba en torno al Caserón de los Woods. Escucharon a dos perros, olfateando. No tardarían en encontrarlos...

Caroline advirtió con una mueca a Seth, pero él prefirió negar y señalar entre el maíz y la hierba alta. El muchacho se encaminaba a la puerta del jardín del Caserón Woods. Estaba cerrada, como siempre. Y, delante, escondido tras la hiedra, un coche de policía con la puerta abierta, ¿qué hacía allí? «Quizás pudiéramos usar esa porquería de cuatro ruedas para escalar y saltar la verja, pero...», Seth dejó de planear sobre ese tema. Le parecía demasiado complicado y...

¡BANG!

Un estruendo simple como una onomatopeya de cómic se repitió en los oídos de Caroline y Seth, asemejándose a una explosión eterna. Provenía de más lejos, al otro lado de su escondite.

Argus Thompson, un peletero de Hollow Hallows, hizo una señal para que todos sus tramperos le siguiesen hasta el lugar del que provenía el escándalo. Nadie le contradijo, ni siquiera los dos rottweiler que llevaban para la caza.

En cuanto los tipos que les buscaban se alejaron lo suficiente, internándose en la niebla y la lluvia, Seth cogió de la mano a su compañera y la hizo salir de entre la maleza. Si se daban prisa, podrían entrar al Caserón sin que les pillasen...

—Golpe de suerte, Caroline, aprovechémosla...

—Pero... ¡La puerta!

Seth no se enteraba bien de lo que quería decirle Caroline.

—Sí, atravesáremos la puerta, ¿qué más pasa?

—¡La puerta sigue cerrada, Seth!

Un grave error.

—Vale, vale, vale, pero no grites o nos pillarán... Pensaré en algo.

Los dos jóvenes corrieron hasta la entrada. Seth tocó el picaporte varias veces.

—Eh... Sí, vale... Está... No está abierta... Un fallo de cálculo.

Caroline tenía miedo de hablar y que le escuchasen, pero no podía contener sus palabras:

—¿Qué haremos ahora?

Seth se encogió de hombros y susurró:

—¿Pensar en algo?

—A buenas horas... Vaya mierda de plan, Seth.

—Joder, es la verdad. Creo que eso de pensar no estaría mal... —El muchacho golpeó la puerta, pero en vez de mantenerse firme, los barrotes vibraron con un chirrido horrendo y la entrada quedó abierta—. Pero ¿qué? No me lo creo... ¡Oh, joder! ¡Por Jack Kirby! ¡La jodida puerta se ha abierto! ¡Vamos, rápido!

—Pero... ¿Qué? ¿En serio?

—Caroline, ¿qué pasa? ¡Vamos!

La joven permaneció quieta.

—Nunca dejan la puerta abierta, Seth.

—Querida, menos escepticismo nos vendría bien...

—Algo no marcha bien...

Seth la cogió del brazo y la obligó a continuar.

—¡Ya está! ¡Golpe de suerte! ¡Aprovéchalo! —habló Seth y trastabilló. Estuvo a punto de caer por culpa de un gancho de metal que había en el césped—. ¿Qué es...? Esto es... Esto nos hubiera servido para forzar la cerradura y... —Se calló. Eso había pasado. La cerradura fue forzada, pero ¿por quién? Ni idea, lo que sí sabía es que si Caroline se daba cuenta de ello, se detendría y tardaría más tiempo en avanzar si es lo que al final hacía. «Dawn nos necesita. Necesitamos a Dawn. Sigamos y ya está»—. Bueno... más suerte para nosotros, menos para el que reciba un buen trazo con este trozo de hierro. —Lo cogió por si acaso. «Puede que haya agotado toda mi puta suerte, al fin y al cabo, eso no avisa...»—. ¡Vamos!

Caroline estuvo de acuerdo con Seth. Corrieron hacia el interior, con destino a la entrada del motel. No podían tardar, aunque reconocían en lo más profundo de sus corazones que ya podía ser demasiado tarde, demasiado tarde.

* * *

—Matar confabuladores es un placer, pero del que por desgracia no se disfruta todos los días —dijo Caleb Ruth limpiando su arma con parsimonia. Disfrutaba de cada instante del ritual—. Recuerdo todavía cuando nos cargamos a aquel fracasado, el mago de los Dagan... —Saboreó sus palabras como si fueran deliciosa carne—. Aaaaah, qué hermoso fue cargarnos a ese idiota. Una paliza coronada por un corte en el cuello. —El *sheriff* tocó su cinto, el mango de un cuchillo asomaba desde su estuche—. Un corte tan bueno como para dejarle vivo más tiempo para arrancarle la piel a tiras, pero vaya, aquel hijo de perra se echó a correr con uno de sus truquitos de magia... —Ensambló su revólver, listo para ser usado de nuevo. Para él, armar y desarmar su pistola era tan excitante como masturbarse pensando en la muerte—. Pero luego nos enteramos de que llegó a la casa de la vieja Dagan y se desangró ante su mami, ¿no os parece algo hermoso? ¿No os parece justicia divina? —Les señaló con su pistola, pero nadie dijo nada, nadie le seguía, nadie era capaz de pensar como él y menos aquella calaña tan sucia y débil según sus ideas—. Nada, ¿qué más da lo que penséis? Solo sé que a vosotros no os dejaremos escapar. Eh, eh, eh... Y algo que acabo de pensar: si hay algo de suerte, hoy me cargaré al hijo de Dagan, ese niñatito que llevó tanto tiempo queriendo...

¡TOC, TOC, TOC, TOC!

La puerta principal.

Alguien tocaba con insistencia, como si su vida dependiese de que abriesen.

Caleb Ruth cesó su verborrea y cogió del cuello a Dawn, arrastrándola por el piso.

—Vaya, alguien te ha salvado la vida... —Rio—. No, no, no te ha «salvado la vida», solo retrasarán lo inevitable —dijo el *sheriff* a Dawn en voz baja, para que el que tocase no le escuchase—. Debe ser uno de tus amigos. Ve, ¿a qué esperas para que se una a la fiesta? Eh, eh, eh, despacio. Intenta algo y sabrás cómo le sienta a tu columna una bala, ¿entiendes?

Dawn tragó saliva y asintió. Caminó hacia la puerta, tras de ella Caleb.

Emily quiso sacar algo de ese leve caos. Intentó liberarse de sus ataduras rasgándolas contra el suelo, pero el *sheriff* la vio al pasar a su lado y le destrozó la mandíbula de un manotazo. La tía de Dawn no se movió más y el agente de Hollow Hallows le dijo a la sobrina:

—¿Para esto se ha despertado tu tía? ¿Para cobrar? Venga, sigue, deben estar impacientes por entrar...

Dawn miró el cristal de la puerta, tan distorsionado que solo vio dos sombras que se difuminaban. La piel oscura, los cabellos rojizos... ¿Eran ellos? ¡¿Ellos?!

—Abre o te mato.

¿Qué demonios hacían allí? ¿Debía abrirles y servirlos en bandeja a Ruth?

—No estoy jugando —dijo Ruth—. Abre o te mato.

El olor al tabaco de mascar del policía provocó náuseas a Dawn, aunque consiguió articular palabra:

—Eso pasará de todas formas.

Un tortazo del policía lanzó a la muchacha contra la pared.

—Vaya, idiota... —dijo—. Si es que... ¡Al final siempre tengo que hacer yo mismo las cosas si quiero que salgan bien! ¡No puedes fiarte de nadie! ¡De nadie!

Abrió la puerta y apuntó con su arma, dispuesto a volarle la cabeza a los visitantes inesperados («a la mierda los rituales», se dijo), pero no aguardaba lo que sucedió.

—¡LO QUE TE DIJE, CAROLINE! ¡LO QUE TE DIJE!

Las palabras chocaron en Caleb Ruth, que careció de tiempo para responder. Caroline le dio un puntapié en la entrepierna y, antes de que cayese de rodillas, Seth le reventó parte de la cara con la barra que encontró en el jardín. El *sheriff* se desplomó, inconsciente, mientras los dos confabuladores pasaban al interior del motel.

—¡Sabía que había escuchado a ese hijo de la gran puta! —exclamó Seth yendo hacia Dawn—. Caroline, vamos a liberarlos mientras hablamos con Dawn de lo que descubrí con Ma...

La descendiente de los Jones recorrió toda la sala de estar, ayudando a Emily Hownland a incorporarse y siguió hasta la escalera donde vio a Odell gimiendo de dolor, aunque lo soltó de las ataduras como a la tía de Dawn, poco podría hacer por la

pierna empantanada en sangre de Garric.

—¿Cómo estás, Dawn? —preguntó Seth valorando las heridas de la joven; una en la frente no cesaba de sangrar.

—He tenido días mejores...

—Eso suena a cliché, pero ¿sabes qué? —dijo el chico, Dawn no luchó por resolverlo—. Esperemos que este día no se haga todavía peor... Tenemos que ir a la granja, estaremos más a salvo allí...

Dawn le dijo que no moviendo las manos.

—Tener conexión a Internet no es estar más a salvo...

—¡Claro que sí! Y hay comida y...

—La costa está más cerca de este Caserón.

—¿Y? ¿Quieres irte a la playa un rato?

—Se puede escapar a través del mar, Seth.

—No es seguro, Dawn...

—Este sitio es más seguro, aunque ya ninguno lo sea...

—Han volado el puente con los padres de Caroline en él. ¡Los han matado! Y lo peor es que tampoco hay barcos ni nada de eso. Todo se fue a la mierda hace años. Casi nadie sabe nadar. No hay pescadores ya... Y en un bote viejo que podamos encontrar no creo que podamos escapar.

—Da igual que podamos o no escapar, pero tenemos que marcharnos del islote —contestó Dawn respirando con complicaciones—. Los lobos nos rodean y decidimos si servir nuestras cabezas o correr lo suficiente como para cansarles y escapar de...

—¡Menos metáforas, Dawn! ¡No necesitamos comparaciones! ¡No necesitamos nada de esa bazofia tipo Odell! ¡Lo que necesitamos es ir a la granja!

Dawn cogió a Seth de los brazos y lo sacudió, como si intentase que reaccionase.

—¡Tu granja debe estar ardiendo!

—¿Qué? —respondió Dagan. Le debían haber dado un golpe en la cabeza a Dawn. No había otra explicación—. Eh, no... Mi abuela se ha quedado en la granja.

La adolescente retrocedió y le soltó en un gesto de piedad que provocó escalofríos en su amigo.

—Sí, se ha..., quedado.

El titubeo en la frase de Dawn hizo que Seth se consumiera en un significado cada vez más sombrío.

—Sí... Eh, ¿a qué te refieres? No... No te atreverás a insinuar que...

Silencio quebrado por un...

—Lo siento, Seth —dijo Dawn.

Caroline sabía que su amigo no estaba bien. El chico caminó de un lado a otro. Sonrió un segundo, como si lo dicho por la joven Hownland fuese tan estúpido que le hiciese gracia.

—¡Eso no tiene sentido! Igual que nos hemos librado de Ruth, podré librarme del que intente joder a Ma... Y ya está. Se acabó.

»Dawn, al grano: necesitamos una cosa de ti.

Dawn hubiera dudado de la postura de Seth sobre su abuela, pero la petición final fue más importante.

—¿El qué? ¿Qué quieres, Seth?

El nieto de Ma Dagan suspiró.

—Es simple. Devolverte tu don.

* * *

Ma Dagan se arrastró hasta el interior de la granja. Quiso poner el pestillo, pero sus piernas no respondían después de la caída al intentar frenar a su nieto. Seth ya se había perdido y Ma creía que ella también. Sus gritos no ahogaron el sollozo al que se entregó inconsolable.

Derribada delante del sillón de la sala de estar, esperó mirando a la puerta entreabierta. Sabía lo que venía a continuación, demasiadas historias tristes en su vida como para saber que no existían los desenlaces felices. Cuando vio llegar a los Hollow Halls, no la cogieron por sorpresa.

—¡Hola, Ma Dagan! —saludó Margaret Brooke, aplaudiendo a la anciana—. Oh, qué sorpresa verla así a usted, una mujer tan fuerte, reducida a..., eso..., a un saco de mierda. ¡Es genial! Y es que si algo aprecio del trabajo de campo son cosas como estas... —A continuación, habló a sus compañeros—. Mirad, un hermoso ejemplar de vieja asquerosa y, además, confabuladora a punto de expirar, ¿no es bonito?

—¡Es precioso, señora Brooke! ¡Lo más precioso que he visto en toda mi vida! ¡Precioso, precioso! —dijo Clarence Merton, que quería demostrar su fidelidad al fundador y avanzó hasta la alcaldesa, quedando a su lado.

Merton apestaba. Era paletudo como un castor y tenía el pelo alborotado como un salvaje. De pronto, también tuvo un agujero en el pecho.

Ma dejó caer el rifle que sacó de debajo del sofá y le reconoció a Margaret, con voz queda:

—Un poco más a la derecha y te hubiera reventado a ti, zorra...

Estaba demasiado cansada y había fallado.

Varios miembros de la batida le arrebataron la escopeta, pisándole las manos hasta que la liberó y las uñas dejaron escapar hilos de sangre.

Asqueada, Margaret se acercó hasta Ma Dagan y, agachándose, le dijo cara a cara:

—¡La violencia, maldita sea! ¡Siempre tanta violencia! ¿Te parece bonito lo que has hecho? ¡No, no lo es! —Los perdigones de saliva impactaron en las arrugas del rostro de la vieja—. Nada de lo que habéis hecho los confabuladores es bonito, absolutamente nada, pero quieta, no te preocupes. Podemos arreglarlo. —Calló un momento. Nadie habló. Solo se escuchó el sonido del picoteo de las gallinas—. Eh, eso... ¿Eso es lo que creo que es? ¿Eso que oigo son tus animales? ¿Qué les pasa?

¿Tienen miedo? ¿Están alterados por tu disparo? O... ¿En serio? ¿Es eso? —Una sonrisa de malicia, incluso mayor que la que solía lucir, se trazó en la faz de la hija impoluta—. Sí, deben tener hambre... ¡Una lástima! ¿Quién les dará de comer ahora? Porque tu nieto está muerto... Sí, sí, sí... Y tú también te morirás... Sí, sí, sí... ¿Qué haremos entonces? *Mmmm...* —Una pausa, una pausa para hacer que el mayor de los horrores devorase a Ma—. Tengo una idea. ¡Una idea maravillosa! Arreglemos tus problemas y arreglaremos los nuestros. ¿Qué te parece?

Ma le escupió a la cara y farfulló:

—Puedes matarme, pero eso jamás te hará mejor que yo.

La señora Brooke se limpió la cara y ordenó a sus adeptos. No sabía lo que contestar a Ma, pero sí sabía lo que hacer con ella.

* * *

Seth procuró contárselo todo, pero Dawn seguía sin entender el destino al que quería llegar su amigo. La joven ponía un torniquete a Garric, casi desmayado, mientras Dagan esperaba una respuesta certera.

—¿Mi don, Seth? ¿Qué es eso que dices todo el rato de un «don»?

—¡Sí, tu don!

Dawn caviló sobre lo escuchado.

—Niña, no le escuches...

La voz provino de Emily Hownland. Fue un murmullo al principio incomprensible, porque derramaba sangre y trozos de dientes.

—¿Por qué no le escucho? —le preguntó la sobrina a su tía. Luego volvió con Seth. Emily se ahogaba tanto como para no responder en breve—. ¿De qué hablas, Seth? ¿De qué hablas que pone tan nerviosa a mi tía?

—No sé por qué pone nerviosa a tu tía, lo que sí sé es que los Dagan y los Jones cometimos un puto error que hemos pagado todo este tiempo —contestó con sinceridad.

—Arrebatamos un don a los Hownland, según la abuela de Seth —explicó Caroline, queriendo que la última estupidez de su amigo no lo pareciese tanto al pronunciarlo en voz alta—. Un don que si lo recuperas, Seth cree que podría ser la llave para acabar con Hollow Hallows. Y sí, esto suena de puta pena...

—¿Un don? —repitió Dawn como pregunta.

—¡Sí, un don, Dawn! ¡Espabila! —replicó Seth queriendo que su amiga no lo tomase por un loco—. No un don tipo «sé tocar muy bien la guitarra o dibujo muy bien penes en el vaho de los cristales», no, ¡un don de verdad! Un don... Un don que... No sé muy bien lo que puede ser, pero debe ser algo poderoso, porque Hollow Hallows lo temía. ¡Lo temía, en serio! No sabemos bien el qué, pero... Vale, lo reconozco, esperaba que tú sí... Alguna historia familiar, alguna cosa así...

Dawn mantuvo su apariencia de ignorancia, algo que mató a Seth por dentro y encendió la rabia de Caroline. ¿Tanto para nada? ¿PARA NADA?

—Dawn, no les escuches, no... —dijo una débil voz.

Procedía de Emily, pero nadie lo creía porque en ella no quedaba ni un atisbo de su fuerza, de su seguridad, pero ¿qué puede haber de poder en aquellos que han sido derrotados una vez y aguardan la pérdida final, las que les conduzca a la muerte?

—¿Quieres callarte, pesada? ¡Calla, calla, calla! Jodida insoportable de los cojones... —le increpó Dawn a Emily—. ¡Acaban de salvarte! Pero viéndolo con perspectiva, no sé si deberían haberte dejado morir para así no tener que escuchar tus tonterías..., como si yo no supiera de qué va todo esto.

La cara de Emily Hownland se transmutó en horror.

—¿QUÉ? ¿EN SERIO? ¿Sabes de qué va todo esto? ¿Lo sabes, Dawn? —preguntó Seth. Se estaba emocionado, «quizás demasiado. Espera a ver...», habló consigo para serenarse.

—Debería ser tan estúpida como tú para ignorar los mensajes —replicó Dawn al joven.

Seth corrió hacia Dawn, como si quisiera abrazarla, pero luego se paró y solo dio un par de saltos emocionado.

—¿Mensajes? ¿Qué tipo de mensajes, Dawn?

—Las letras de las canciones de mi padre, su carta de suicidio, las únicas palabras que recuerdo de él...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ahí debe estar la clave! —le dijo Seth a punto de quedarse sin voz—. ¿Ves, Caroline? ¡Tenía razón! ¡Tenía razón por una puñetera vez en mi vida!

Seth ni siquiera escuchó la respuesta de Caroline, solo notó que la piel de su brazo ardía como si se hubiese arrancado con fuego.

Atrás, la pared soltaba humo después de que surgiese en ella un pequeño agujero, un agujero de bala.

Seth se giró y vio a Caleb Ruth apuntándole con su arma. Le rozó lo suficiente con el disparo, pero no erraría a la segunda oportunidad...

—Caroline, dime: ¿por qué no ataste a ese hijo de perra? —farfulló Seth.

—¡Ese te tocaba a ti! ¡Yo tenía que comprobar cómo estaban los más heridos, Emily y Garric! ¡Joder! ¡Somos estúpidos! ¡Somos jodidamente estúpidos! ¡Te hice caso!

—¿Y por qué coño me haces caso, Caroline?

Caleb Ruth estaba de pie. Por su rostro caía la sangre del mazazo en la cabeza, pero no se tambaleaba ni dudaba. Era como si el ataque hubiera sido una broma, un chiste.

Caroline y Seth cometieron un error y todos iban a pagarlo. Tan cerca de la cima de la victoria, tan próximos a la caída del desastre, Caleb Ruth dijo con la certeza del que se sabe ganador:

—Acabemos con esto, alimañas.

CAPÍTULO 32

—Una fuga de gas —dijo Calvin Blackmouth por la emisora. No quería escuchar al idiota que le hablaba—. Sí. No la pudimos evitar. Ya sabe que nuestras instalaciones son viejas. Sí, por supuesto, un accidente. ¿Qué se cree? Escuche, es simple: una chispa ha volado el puente. ¿Qué? ¿Muertos? ¿Hay muertos? No, por Dios. Nadie. Ningún herido ni si quiera. A lo mejor algún perro que lo pasó cuando no debía, pero no es una persona así que... Recuerde que nadie viene a nosotros, pero nosotros tampoco vamos a nadie. Seguimos los protocolos. Trabajaremos en una conexión secundaria. Sí, sí, puede archivar el expediente. Ya lo sabe... Déjese, olvide... Olvide... Bien, pare. Deje de interrumpirme. Voy a decirle algo muy importante.

»Usted ahorre el fingir, el mentir, el adular con palabras vacías, el perder tanto tiempo con cosas inútiles... Usted desea estar con su mujer, con sus hijos, con su bebida, con su caja tonta... ¿Por qué retrasarse? ¿No es hora de que se marche de ese asiento incómodo, deje de lado ese estúpido teléfono y todas esas pantallas que le informan sobre sitios que le dan igual? Sí, así es.

»Sé que se preguntará cómo demonios sé tanto de usted, pero ¿sabe por qué es? Porque usted no es único. Lleva toda su vida pensando que es especial, que no hay nadie como usted, pero no, no lo es. Incluso su personalidad, moldeada por las gracias y tragedias del mundo, solo es una moneda más con la misma efigie en una gran fortuna. La gente como usted aparece una y otra vez en la historia y se comporta igual, quieran o no. No se puede escapar al destino, no se puede huir de la naturaleza humana. Yo leo la historia, vivo la historia, comprendo y escribo la historia. Sé quién es usted, así que resumamos en que ni ustedes les importamos ni a nosotros nos importan ustedes. No hay más. ¿Le parece bien? ¿Sí? Fenomenal. Se acabó. Fin.

Blackmouth apagó la emisora y la cedió a uno de sus alumnos. Limpió sus manos como si la tecnología, tan grotesca y útil, le ensuciase. Carraspeó, aclarando la garganta; no quería dar más explicaciones al exterior, con esa vaga referencia a lo ocurrido seguro que los de más allá de Hollow Halls se calmarían.

«Hemos volado un puente, los de aquí lo sabemos», argumentó dentro de su cabeza. «Los de allá tienen una solución posible, una que quieren creer, una que les aleja de la verdad que temen en lo profundo de su corazón y que se acerca a lo que jamás creerían: nosotros tenemos un paraíso y ellos tienen un infierno... Se acabó. No se entrometerán más».

Tras terminar de conversar con el pueblo tras la orilla, el historiador y profesor se sintió cansado, pero ya conocía cómo hallar descanso: con la sangre de sus enemigos.

Sin retrasarse demasiado, organizó varias partidas con sus estudiantes. No quería que los confabuladores escapasen. Era el momento de escribir algo de historia, un

relato violento que llevaba tiempo deseando contar, una obra en la que se hiciera justicia al ultrajado maese Hallington. «Hacer honor a nuestro señor, pase lo que pase», esa era su premisa.

—Nos dirigiremos hacia el Caserón Woods —ordenó Blackmouth a los jóvenes organizados en torno al porche de la escuela. Su tono sonaba al de un militar comandando a sus soldados—. Recordad: los queremos vivos, pero si son mutilados o heridos, incluso así, sirven para nuestro propósito.

Los colegiales obedecieron sin mediar palabra, lo hacían con su alma. El ideal era tan claro para Blackmouth como la lectura de sus diarios históricos.

—Recordad que vivimos el inexorable fin del mundo. Solo la sangre de los confabuladores nos abrirá la puerta del cielo. Es lo que quiere Alfred Hallington, es lo que quiere nuestro dios, es lo que quiere Hollow Hallows. ¿Y qué hacemos? Lo que nuestro destino quiere, así que ¡marchad!

Los grupos emprendieron el camino, siguiendo las indicaciones de los cabecillas y sus mapas. Terminarían en el Caserón, pero llegarían por diferentes senderos para que cada uno recorriese los parajes de Hollow Hallows evitando que los confabuladores escapasen.

La claridad del sol apagándose dejó paso a una brisa mortecina. Era un buen momento para cazar.

* * *

Argus Thompson era algo más que un experto cazador. Los que iban tras él eran «expertos cazadores», pero él escapaba de eso; Argus era un depredador.

Su equipo hablaba con meros gestos que significaban mucho. Avanzaron sin ser escuchados, encontrando varias huellas en el cieno y que podían pertenecer a algunas de sus presas. ¿Dónde se produjo el estallido que les atrajo? ¿Qué fue? ¿Una artimaña para distraerles? ¿Para alejarles del Caserón Woods? ¿Fue alguien del Caserón Woods? ¿Qué respuestas se escondían ante sus ojos?

—Es un hombre delgado —dijo, levantando la palma de la mano donde portaba una navaja suiza—. Apenas se hunden sus huellas... Calza más de un cuarenta y cinco medio, por lo que debe ser un hombre.

—¿Entonces...? —habló alguien del grupo, pidiendo una explicación más clara.

—No creo que sea uno de esos confabuladores...

Los cazadores pensaron en las palabras de su capitán. ¿Los confabuladores tenían alguna clase de (no, no querían pensarlo)..., secuaz?

—¿Y el ruido qué pudo ser? —preguntó el hijo de Argus, Jerry, apenas un adulto, pero diestro en la caza; llevaba desde niño cometiendo masacres—. ¿Puede haber tropezado? ¿Está malherido? No veo sangre, pero con la lluvia...

Argus valoró las hipótesis de su chaval. Eran opiniones sensatas, eran las mismas

que recorriesen su instinto, pero ninguna le llevaba a un resultado claro.

—Bah, ¡dejad de comeros la cabeza! —pidió Tobias Philmore. El anciano pateó el suelo, con un claro enfado. Le dolían los pies—. Alguno de nosotros habrá pasado por aquí y habrá dejado ese rastro. Y con «de nosotros» quiero decir cualquier habitante de este islote, alguien de otra partida, ya sabéis...

—Y bueno, ¿qué más da lo del pie? Es lógico, aunque... —farfulló Connor, el zapatero. Él mismo sabía que había tipejos de pies enormes en el pueblo, pero...

—¡Nada, nada importante! —exclamó Philmore para calmarles—. El trastazo que escuchamos habrá sido provocado por algún animal o alguna idiotez así. Estamos tan asustados que..., vaya, mezclamos este tema. ¡Seguro que ha sido una coincidencia, una tontería!

Los Thompson, padre e hijo, hablaron con un par de señas. Odiaban ir de caza con aficionados como Philmore y eso que Philmore dedicó su larga vida a matar, llegando a degollar al mayor ciervo del islote, el *Viejo Cuernos*, pero para los Thompson era solo un aprendiz con una historieta de la que se jactaba, no un cazador con una leyenda. Philmore no pasaba ya suficiente tiempo en la naturaleza ni tenía las suficientes luces como para entender lo que sucedía. Para Thompson, ese cascarrabias no era un auténtico cazador, uno de aquellos que encuentra en cada una de sus respiraciones un motivo por el que matar y lo que era más importante: la habilidad para hacerlo; los Thompson sí, siempre lo hacían.

—Nada es coincidencia o una tontería en la naturaleza —replicó Argus. Algunos de los hombres de la partida rieron, tomándose como un chiste, pero cambiaron de opinión al ver que Argus estaba tan cerca de la risa como de comenzar un baile—. Tonterías, como mucho, las vuestras y las de vuestros patosos actos, Philmore. Aquí estamos ante la verdad. Y creo que... El individuo que dejó estas huellas quiso despistarnos.

Philmore enfureció. «Si tuviese un arma...», pensó, luego notó el peso del rifle en su espalda. La tenía, lo que no tenía era agallas para usarla. «Te salvas por esa, Thompson, te salvas..., por ahora».

—¿Despistarnos? ¿Para qué? ¿Para tocarnos las pelotas? —habló Morley, con su rebosante panza abriéndole paso—. ¿Qué adulto ayudaría a esa escoria de chiquillos o a sus zorritas, la vieja Dagan y la podrida Hownland? Lo dudo tanto...

Algunos relajaron el semblante. Morley era un holgazán que vivía de las rentas y de su granja, de la que se alimentaban los Hollow Halls, pero no dejaba de tener razón a veces.

—Que nadie se atreva a reírse —advirtió Argus y fue eso, una advertencia. Sabían que algo iría mal si se atrevían a sonreír—. ¿Por qué despistarnos? Es lo único que has soltado con cierta sensatez entre ese montón de mierda que has escupido por tu gaznate, Morley. Espero que encontremos una respuesta igual de buena. —Señaló hacia el camino por el que vinieron—. Regresemos al jardín. Allí haremos más que aquí y podríamos asegurarnos de que no nos hayan tendido una trampa, de que nadie

haya pasado mientras escudriñábamos este sitio...

La batida acató el mandato, sabiendo que las bromas o los comentarios jocosos serían bien recibidos si por «bien recibidos» se entendía un balazo en la cabeza del que los pronunciase. No hubo ninguno, no solo por el miedo hacia los Thompson sino porque una peste irritante les hizo marearse. ¿De dónde provenía el fétido aroma? Como un lecho de muertos a pleno sol de verano, las arcadas no tardaron en trepar por las gargantas.

Jerry olisqueó como un animal y notó de dónde venía el azufre. Viró y divisó algo en la distancia, tiñendo la niebla y la lluvia, algo que se acercaba... Pero ¿el qué?

—¿Qué pasa, hijo?

—¡Hay algo ahí, padre!

Si las tinieblas tenían una forma material, una nube capaz de teñir la luz con la más profunda negrura, lo que veían era la madre enferma y malformada de la noche más oscura, pariendo sombras, llorando con el olor de la podredumbre, advirtiendo con los signos de la muerte.

—¿El qué? —preguntó Morley acariciando su barriga—. ¡Bah, solo es un girón de nube!

—¿Tan a ras del suelo? —dijeron los Thompson.

—O niebla, crío...

Pero no, no lo era. La niebla blanquecina retrocedía ante el nubarrón oscuro. Durante un instante, fue solo un poco de vapor azabache, luego creció devorando algo que nadie supo decir qué fue. ¿El aire? ¿Cualquier muestra de vida? ¿El propio espacio ante su avance? El algo, no importaba lo que fuese, proseguía su rumbo hasta los cazadores, tomando la apariencia de una garra. Nadie sabía lo que hacer, ni siquiera los Thompson.

—No es nada de eso —dijo Argus apoyando a su hijo, pero incluso así, no sabía lo que era.

En las largas vigiliadas en los bosques, Argus se topó con muchas cosas extrañas. Luces a medianoche surgidas de la nada, osos devorando a sus crías deformes, bestias sin nombre que surgían para desaparecer en segundos... Pero nunca nada fue tan extraño como aquel... ¿Algo? ¿Se le podía llamar Algo? Si no se podía, tampoco se les ocurría otro nombre que usar.

Morley y Philmore ignoraron la situación y se adentraron en el camino de vuelta, pero miraron atrás un par de veces. ¿Qué veían los demás en aquel humo, en aquel Algo, que hacía que se detuvieran como estatuas? Si Algo existía en realidad, lo más sabio era huir y eso era lo que estaban haciendo ellos dos.

Algo ascendió por el camino, como si fuese una criatura... ¿Una criatura viva? No, tal vez sería una criatura o no, pero lo que era una certeza es que no estaba viva. Su espesura extendía largos tentáculos en los que latía ahora una luz rojiza que aparecía y desaparecía como la luz dentro de una tormenta. Y Algo crecía sin parar.

Argus se serenó. «Es un espejismo. Un puñetero espejismo. Llevamos demasiadas

horas... Madrugamos para los explosivos, para organizar a los cazadores, para... para ver cosas que no existen. Cálmate y sigue adelante. Un ciervo que se tambalea es un ciervo muerto, así que no te tambalees, Argus, no dudes».

—Voy a inspeccionar eso —habló Argus y caminó hacia Algo.

Jerry se percató de una punzada fría recorriendo su espalda, un escalofrío.

No dio ni seis pasos cuando Algo le traicionó haciendo algo inesperado: aceleró su ascenso, como si fuera otro predador, uno que no estaba dispuesto a dejar escapar a su víctima.

Las fauces de Algo se abrieron en torno a Argus.

Las fauces de Algo se cerraron sobre Argus.

Thompson alzó su rifle, cargó su arma, pero no disparó. No podía ver nada, era como zambullirse en tinta.

—Padre, ¿qué ocurre? —preguntó Jerry. Nadie le contestó—. ¿Padre? ¿Qué pasa?

No replicó. Ni gritó. Luces negras y esferas oscuras rodearon al cazador; después, la oscuridad y, al final, nada. Fue devorado por Algo.

—¡Bah! Tu padre se está quedando con nosotros, eso es lo que pasa. ¡No hay tiempo para juegos! —gritó otro de los hombres, pero no parecía que nadie jugase.

Decidido, ignorando a tipejos como Morley o Philmore, Jerry fue a por su padre, internándose en Algo. Los demás esperaron escucharle gritar por su viejo, pero no lo hizo. ¿Ya lo encontró? ¿No necesitaba llamarlo de ninguna manera?

—¿En qué momento creyeron esos dos que estábamos para bromas? —preguntó Morley agitando su bigote de morsa—. Primero me amenazan y ahora intentan asustarnos... ¡Bah, qué tontería! Al infierno con ellos. Volvamos...

Hubo silencio y Algo se agrandó, triplicando el tamaño con el que lo vieron por primera vez.

Entonces, los cazadores huyeron.

Antes de emprender la marcha, uno tras otro, cuatro hombres se desvanecieron en Algo. De ellos solo quedaba un profundo silencio.

—¡NO SÉ QUÉ COÑO ES ESO, PERO ME LARGO! —gritó Philmore saliendo del camino lo más rápido que pudo. Morley, que iba delante, se detuvo, obstaculizándole el camino—. ¡Quita de en medio, gordo!

Philmore dejó atrás a Morley, que corrió un poco hasta cansarse tras un par de pasos y respirar entre tos y tos, fruto de su gordura. Ambos cargaron sus armas, pero solo el obeso disparó. El sonido de la bala se escuchó como si se zambullese en un líquido espeso, más espeso que la sangre. Pero ¿en qué? ¿Qué era Algo?

Para los hombres como Philmore, aquellos que no creían en las cosas raras («tonterías para perder el tiempo»), solo aceptaban estas cuando el deseo de no morir era mayor. Por esa razón, antes de darse cuenta, corría.

Cada vez que giraba el rostro, veía a algún cazador desaparecer.

Y Algo se hacía mayor, pasaba de la niñez a la adolescencia y devoraba para su adultez al tanque de grasa de Morley.

«¡Un poco más! ¡Más y estarás lejos de esto! ¡Lejos!», se quiso convencer Philmore hasta que descubrió que, en sus flancos, la sombra hacía acto de presencia. Provenía de los cercanos pantanos, ya no cabía duda.

¡No podía ser! Philmore se percató de que el cieno de Algo eran dientes y que él estaba dentro de las mandíbulas que iban a triturarle en unos segundos. La negrura apareció sobre él y ante él. Ese siniestro círculo de muerte se cerró hasta que no divisó nada ni sintió nada ni dejó nada tras de sí salvo un esqueleto carbonizado.

Y Algo, el emisario del anochecer, continuó...

* * *

La tropa de Blackmouth se aproximó al camposanto de Hollow Hallows, donde una risa les acompañó. Lord Shaxon estaba contento con lo que veía. No siempre se llega a ser testigo de la batalla final.

—Me hacéis joven de nuevo. ¡Luchad, hijos de Hollow Hallows! —les animó—. ¡Nacisteis para matar y viviréis para cumplir con ese propósito! ¡Sois uno, sois Hollow Hallows!

Sus gritos impidieron que los susurros de la criatura que estaba creando en el interior de su morgue se escuchasen.

Calvin escribía Historia, pero Elmer podía hacer su propia historia, contagiada de la sangre de sus entrañas y la enfermedad de su destino.

* * *

Seth miró a Dawn. ¡Estuvo tan cerca de hallar una respuesta de la joven! Ahora, el puñetero *sheriff* se ponía en pie y les amenazaba. ¿A qué nada podía ser más desafortunado? «Y como me mate y me enteré de que Dawn podía darme la clave para acabar con esto, pero que dejé que ese hijo de puta se levantara y se interpusiera, me volaré la cabeza... Aunque bueno, joder, ya estaré muerto. ¡Qué bien! ¡Una vez muerto, no podré ni suicidarme! ¡Fantástico!». Estaba sufriendo uno de sus dilemas cuando escuchó el sonido de un jarrón desplazándose de su sitio en la cómoda.

Levantándose como pudo, Emily cogió el florero y se abalanzó hacia Caleb Ruth. No quería dejarlo inconsciente, no. Quería aplastarle la cabeza. Quería reducirle los sesos a poco más de una masilla, una pulpa que bailase con un par de trozos de hueso. Quiso matarlo.

Quiso.

No lo consiguió.

El acto de Ruth fue reflejo.

La bala reventó el cuello de Emily.

El cuerpo de la propietaria del Caserón retrocedió hasta encontrarse con el suelo. Gimió, sin poder articular palabra, porque se ahogaba con su propia sangre y por mucha presión que hiciese en la aorta, sus manos no paraban la hemorragia.

Así moría, con un acto inútil, como era su vida ahora que ya no era vida.

Suspiró.

—¿Alguien más se apunta a hacerse el héroe? —preguntó Caleb sonriente, radiante como si hubiera recibido el mayor de los regalos—. ¿Héroe? ¿He dicho «héroe»? Perdón. Quise decir, diana. ¿Alguien? ¡Vamos, venga! ¡Divirtámonos!

Las lágrimas anegaron los ojos de Seth, no tanto por la suerte de la tía de Dawn, sino porque sabía que la compartiría con ella, que moriría de un tiro a manos de Ruth, quizás, incluso de algo peor. Puede que al final, cuando le hiciera lo que le fuera a hacer para matarle, sintiera que un tiro era algo más clemente.

Caroline contempló el charco rojinegro bajo Emily, extendiéndose, como si un bidón de espesa pintura roja se hubiera volcado. Ese pensamiento era muy infantil, eso fue lo que creyó, pero supo que era acertado. «Porque los niños no mienten siempre, porque captan la realidad como es y lo que pasa es que no la falsean... Y porque cosas así solo se te pasan por la cabeza cuando sabes que debes estar a punto de morir».

Garric escuchó el desastre y lo vio tras la barandilla donde se apoyaba. El sufrimiento era demasiado intenso, la pierna donde le disparó Ruth parecía arder en su propio infierno. Y era consciente de que Emily Hownland debía haberse sumergido en esas ascuas mientras moría. Se apiadó de ella, pero se preguntó si alguien se apiadaría de él. Lo que era una certeza es que ese alguien no sería Ruth. «No puede terminar así. No es el final de esta historia. Me niego a que sea el final de esta historia».

Dawn vio morir a su tía sin sentir que era real. Era como una película, pero en el cine no se suele ver a alguien morir entre dolores terribles, sino que lo devoraba una cortinilla negra y pasaba el tiempo. La mayoría de los filmes obviaban que existía gente que moría como su tía, de forma inesperada y atroz, devastando a personas que jamás pensaron que se verían así. Y sabiendo eso, la sobrina aceptó que a lo mejor no debía de echar de menos a alguien como la hermana de su padre, aquella mujer que la crio pese a que no se quisieran ni se soportasen, porque en unos minutos se reuniría con ella. No iba a tener tiempo de echarla de menos. Iba a morir. Todos iban a morir.

—¿Alguien más? —preguntó Caleb Ruth señalando de uno en uno, con su arma, a los presentes—. Alejaos de la puerta o saldréis en pedazos como esa vieja puta, ¿entendéis?

Silencio.

* * *

El pastor Ellis contempló Hollow Hallows desde las alturas del campanario de su iglesia. Gritos y tinieblas se extendían por doquier, pero era parte de lo que estaba destinado a pasar.

«No siempre se supera el fin del mundo, pero somos expertos en eso. El cenagal lo sabe. Cada uno de nosotros lo sabe», dijo para sus adentros, con convicción.

Abajo, la estatua de Alfred Hallington aguardaba sin su cabeza. Ellis la saludó. Un general no debe olvidar la fidelidad a su rey en la guerra.

CAPÍTULO 33

Caleb Ruth lució una mueca de tranquilidad antes de sacar de un estuche de su cinto un pequeño frasco con un líquido que parecía agua con demasiado cloro, un tono pálido que lo alejaba de la normalidad. Al colocarlo delante de su rostro, el vidrio distorsionó su sonrisa, haciéndola aún más grotesca. Enseñó la sustancia a los presentes, incluso al cadáver de Emily.

—Esto es ácido —dijo con la templanza con la que alguien diría: «hola, ¿qué tal?»—. ¿Sabéis lo divertido que es ver cómo el ácido se come la piel y empieza a corroer los huesos? ¿No? Ah, qué pena. Pero puntualicemos: es divertido si no te pasa a ti. —Emitió un pequeño sonido, como una risa—. ¿Queréis probarlo? —Nadie contestó. Nadie lo haría—. Venga, claro que sí. —Caminó hacia los prisioneros—. ¿Tú no, Dagan? ¿Seguro? Tu padre gozó cuando se lo echamos en el vodka aquella noche en que quiso estafarnos. Pobre mago borracho, un corte en el cuello y ácido en la garganta. ¿Cómo sabría tu abuelita que ese adefesio de carne bullente era su hijito? —Disfrutó con el odio, la sorpresa y el tormento en el semblante de Seth Dagan—. Ah, ¿no lo sabías? Vamos, pequeño, toma un poco de ácido. ¡Por los viejos tiempos! —Seth se removió, queriendo hacer algo desconociendo bien el qué—. ¡Eh, no, no, no! No, no te muevas o te lo haré tragar...

Acercó el frasco a la cara de Seth, amenazando con destaparlo. El joven se apartó con violencia y, aunque estaba sentado en el suelo, su cuerpo perdió la poca estabilidad que tenía al encontrarse con las manos atadas y cayó de espalda, dándose un cabezazo contra el suelo. La estampa fue tan patética que Ruth siguió riendo un buen rato, mientras hacía que Caroline terminase de atar a Dawn, luego a Seth, seguido de Garric y, por último, él se ocupó de la muchacha.

—No te atrevas a dejar las ataduras sueltas o te reviento la cara —avisó Ruth a Caroline, que comprobó cada uno de los nudos.

Esta vez no le engañarían, esta vez no.

El policía guardó el frasco y su revólver. Cogió la barra de hierro con la que Seth le dio en la cabeza:

—Forcé con ella la cerradura de la entrada. La tiré al césped —dijo—. Lo reconozco: fui descuidado. No volverá a suceder... Gracias por traérmela. ¿Tropezaste con ella? Por supuesto que sí. Veo que tienes una herida en la pierna, Dagan... ¿Te caíste?

La vara cayó terrible sobre la pierna derecha de Seth. Su grito fue descorazonador. Antes de que pudiera superarlo, Ruth le dio otros dos mazazos.

—¿Herida? —susurró el oficial—. No creo que solo sea una herida, parece más bien una rotura...

El hierro impactó dos veces más en cada pierna hasta que el sonido de la

improvisada arma (el *trin, trin* con su eco vacío) se mezcló con la percusión de los huesos rompiéndose.

—¿Y los brazos? También los brazos. —Más golpes—. ¡Vaya caída, Dagan! ¡Vaya caída te has pegado...! ¿Te llevo al médico o al sepulturero? Bueno, aquí las dos cosas son lo mismo.

Cada frase fue acompañada de varios ataques más. La piel despellejada no mostró los huesos rotos, pero estos se dejaban ver bajo la carne. Ruth solo paró cuando quiso secarse el sudor. Entonces tiró él, pero no muy lejos. «Me hará falta después», juzgó.

—¿Veis? Ya estamos mucho mejor —les dijo.

¿Mucho mejor? Para una mente como la de Ruth, tal vez sí. Seth se asfixiaba en gritos cada vez más duros. En las escaleras, Garric temblaba tras desfallecer por el disparo en su pierna. Caroline no podía escapar de aquel infierno, como ninguno de los presentes. Dawn, con varios hematomas y heridas, deseaba romper sus grilletes y marcharse. El único que permanecía tranquilo (y el cuerpo de Emily no contaba, porque a veces aparentaba moverse con dolor) era John Odell, que... ¿Estaba dormido?

—Ya se me ha ocurrido una cosa —anunció el *sheriff* mirando a Odell fijamente, el chico quería soportarle la mirada, mas las lágrimas se lo impedían—. Dejadme que os muestre qué hace el ácido en los ojos...

Caleb agitó el frasco y lo destapó, mientras esgrimía también su arma de fuego.

—Este ácido de Shaxon siempre ha sido mi pequeño fetiche desde que nos lo enseñó en la escuela de Blackmouth —avisó—. Así se libraba de algunos cadáveres molestos. Qué listo el viejo Shaxon, qué listo el viejo Blackmouth... Un servidor nunca ha dejado de aprender con ellos. —Gozó con el sufrimiento de sus víctimas, tomando los gritos como aplausos—. Esperad, no os impacientéis. En el momento en que os lo enseñe, entenderéis el porqué.

El agente dio una orden a Seth con gesto. Él fingió no entenderlo.

—De rodillas...

Seth no podía obedecer ni aunque quisiese. Ruth no lo entendió o no quiso entenderlo, porque le agarró del cabello y lo levantó entre sollozos hasta colocarlo de rodillas. El joven aulló, porque la tibia de la pierna izquierda estaba partida y la derecha se hallaba aún peor.

—Obedece cuando te hablo y no me hagas gritar...

Los chillidos de Dagan inundaban la casa, pero Ruth le contestaba con calma.

Al no escucharse a sí mismo, el *sheriff* abofeteó a Seth varias veces hasta silenciarlo. Repitió:

—Abre los ojos.

—¡No!

Los ojos de Seth se cerraron. No quería perderlos. No quería nada de lo que estaba pasando.

Ruth suspiró como lo haría un profesor que pierde la paciencia con un alumno. Y

gritó:

—¡Si se te quema el párpado, se fundirá con los globos oculares, y créeme, será mucho más doloroso!

—¡No...!

Dagan no quería dejarse vencer de una forma tan fácil. ¡Maldita sea! Si tuviese su varita podría haber hecho pagar a aquel hijo de perra de una forma tan sencilla... «¡Le reventaría como a la cerda! ¡Le haría pedazos! ¡Le convertiría en nada!», chillaba en su pensamiento. Era imposible.

—¡Me has hartado! —dijo Ruth perdiendo cualquier atisbo de cordura, si es que alguna vez lo tuvo—. ¡Solo voy a quemarte un ojo para que aprendas! ¡Tú me golpeaste en la cabeza! ¡Quedaremos en paz! ¡Compórtate como un hombre y no como el marica de tu padre! ¡Por el dios Hallington! Deberías haber salido a tu madre. Era una *chupapollas* del más alto nivel, pero al menos se largó; tenía más cojones de lo que los Dagan tendréis jamás... Tal vez los tenía en la boca... Bah... ¡Abre los putos ojos!

Seth los cerró con más empeño, con la energía que le quedaba.

—Tú lo has querido...

Un intento suicida: Dawn se movió hacia Ruth y Seth...

Pero no pasó desapercibida para el *sheriff* que la apuntó con el revólver que sujetaba con la mano contraria a la que tenía ocupada con el ácido.

—Eh, tú, quietecita. ¿Quieres que le queme la cara también? Si a alguien se le quema la cara con esto, te juro que no sobrevive. Nada de quedarse desfigurado de cojones, se desangra y deforma hasta un nivel que ni Shaxon podría salvarlo...

—¿Algo así como lo que le pasó a tu hijo?

Dawn lo pronunció con total seguridad. Justo como quería que sonase. Y como tenía previsto, fue lo que hizo que Ruth se apartase de Seth y fuese corriendo hacia ella para quemarla. Ahora, ya no quedaba plan.

«Dawn solo quería distraerle de Seth, ahora solo queda esperar que entonces haya un milagro...», pensó Caroline hasta que se percató de que el agente pasaría a su lado en unos segundos.

La tapa del ácido rodó por el mismo suelo en el que Dawn intentaba agazaparse, el mismo donde Ruth corría para quemarla, el mismo donde Caroline se movió con la premura suficiente para embestir al hombre de la ley de Hollow Halls.

El cabezazo de la descendiente de los Jones en el pecho de Ruth obligó al hombre a verse de bruceas con el piso. No pudo respirar durante unos segundos interminables, notó que el aire que quedaba en sus pulmones ardía.

El frasco del ácido chocó contra la pared, haciéndose trizas. Varias gotas cayeron en el suelo, pero no tantas como en el muro, cuya pintura bulló con el corrosivo. ¿Qué haría con la piel de una persona? Ruth lo sabía, pero nadie más quería descubrirlo y menos en sus propias carnes.

Dawn pudo ponerse en pie apoyándose en otra pared, no en la que parecía arder

sin fuego. Y pese a que lo intentó con toda su alma, no pudo ayudar a Caroline como ella le ayudó.

Ruth consiguió moverse con la agilidad necesaria para erguirse, coger de los pelos a la joven Jones y lanzarla contra el muro, no en el que estaba Dawn, sino el que tenía los restos del ácido.

Si hubiera tenido las manos libres, la hermana de Rahne podría haber frenado su cuerpo, pero las tenía atadas. Caroline frenó con parte de su cara, que se encontró con el candor del ácido, despellejándola en un suspiro, su último suspiro. No pudo hacer nada.

Ruth fue tras la descendiente de los Jones, apretándola contra el ácido, obligando a que parte de un brazo y casi toda la cara de la adolescente ardiese. Dawn fue a por el *sheriff*, pero trastabilló al recibir un manotazo de Ruth.

Entre lamentos, Seth deseó hacer algo, pero su cuerpo era pedazos, no podía moverse. De sus labios brotó un susurro:

—Rah..., ne...

No, no era Rahne. Era Caroline Jones con la carne quemándose, la sangre resbalando ardiente como agua que hierve, los gemidos, el sufrimiento... Era Caroline y la muerte.

Los gritos se oyeron en el Caserón Woods hasta que el sufrimiento fue tan grande como para que la gemela cayese inconsciente, junto al cuerpo sin vida de Emily Hownland.

Seth y Dawn quedaron destrozados, Garric tampoco estaba mucho mejor.

Su amiga..., estaba...

No querían decirlo, pero no podían negarlo.

Caroline Jones estaba muerta.

CAPÍTULO 34

Era la cúspide de la torre de las preguntas, cimentada sobre cientos y cientos de cuestiones que transitaban dentro de Alison Brooke: ¿no era triste pensar que durante tanto tiempo buscaron el Tesoro de Alfred Hallington en el lugar equivocado?

Los hados eran veleidosos, pero la muchacha no se conformaba. ¿Fue acaso una prueba de su dios? ¿Él lo hizo? Porque el *Estrella Eterna* nunca estuvo en el cementerio de barcos, como siempre señalaron familias de eruditos como los Blackmouth, sino a los pies del puente. ¿Cómo no lo encontraron cuando colocaron los pilares? ¿Cómo apareció así? Más preguntas, pero como las demás, sin contestaciones certeras, solo suposiciones.

Sola, porque así lo decretó y nadie quería enemistarse con los Brooke, Allison vagó por la costa hacia el buque y logró una plancha de madera de aquellas que usaron para colocar la dinamita en el puente. La tendió hasta la cubierta del fantasma que regresó de las profundidades.

Ahora, con precaución, tocaba penetrar en ese ser de las aguas, anclado en las rocas que lo acuchillaron. Podía sumergirse de nuevo, como un dios caprichoso, o partirse, como una débil hoja de otoño; tal vez, convertirse en una trampa mortal, como la vida misma, pero la muchacha estaba dispuesta a arriesgarse porque su existencia cobró un nuevo significado en ese preciso instante: descubrir el Tesoro de Alfred Hallington.

El viento hacía crujir el *Estrella* como a un ser achacoso que afrontaba sus últimos días sabiendo que si gritaba y clamaba podía pervivir un poco más; era un leviatán aferrándose a la vida.

Allison deambuló en él como un gusano en un cadáver, buscando algo que alimentase su deseo. Sus pies tocaban la madera, que se deshacía o escupía agua salada, pero fue hacia delante, entre las algas convertidas en un lodo verde oscuro, conchas marinas, piedras, peces y otras criaturas de las negruras marinas.

Fue una tormenta de verano, una de las pocas que ha habido en Hollow Hallows, a finales de julio, ya era casi agosto.

Calvin Blackmouth siempre iniciaba así el relato del naufragio del *Estrella Eterna*.

Allison pensaba en aquella crónica, en cómo su imaginación dibujó la historia hasta que en ese momento, recorriendo el enorme esqueleto, se percataba de que ella, quisiera o no, era ahora parte del relato del barco que fundó Hollow Hallows.

Una brava tormenta hizo que el Estrella Eterna se tambalease como un herido y, pese al coraje de su tripulación, el capitán Alfred Hallington no pudo evitar la tragedia. Ellos, que huían de un mundo pecaminoso, se dieron cuenta de que la naturaleza era traicionera. ¡Pero, pobre naturaleza, no conocía la fuerza de la fe de nuestro señor!

No, no la conocían. No se imaginaban que ese dios entre los mediocres transformaría una tragedia en el mayor de los gozos. Allison podía verlo levantarse ante el timón como un poder innombrable, como un titán dispuesto a vengarse de los que no respetasen su voluntad. La joven se estremeció.

Su bravura y pulcritud no se verían sin recompensa alguna. Aunque un rayo cruzó la cubierta y entregó al barco a las aguas, Hallington y sus hijos sobrevivieron. ¡Sí, sobrevivieron, porque tenían fe y porque llegaron a las costas de una roca en medio del mar!

Esquivando el trinquete roto, observó la gran herida que el rayo hizo, volando los alrededores del palo mayor. La apertura llegaba hasta los interiores de la bodega, donde el agua oscura reflejaba la pálida luz de la mañana. ¿Cómo pasaría por allí para llegar hasta el cofre?

Allison saltó más allá de esas fauces que la madera quemada y los clamores de la tormenta resquebrajaron en el centro del monstruo, como si fuese un hombre abierto en canal. Ella también tenía fe y bravura, era una impoluta hija de Hollow Hallows.

En ese islote fue donde los apóstoles de Hollow Hallows sobrevivirían como náufragos hasta darse cuenta de que ya no lo eran, que vivían con plena comodidad y armonía, pues la sociedad que forjaron era mejor que cualquier otra donde habitaron y los mandatos de Alfred Hallington les habían otorgado la felicidad. ¡Tal era su fortuna!

Sus ojos la engañaron, haciéndola creer que el baúl estaba más cerca de lo previsto, pero llegaría hasta él. No iba a dejarlo ahora.

Para su consuelo, no debía alcanzar el castillo de popa, que se antojaba como una telaraña a punto de quebrarse ante el avance de la decrepitud.

Cuando llegaron los desgraciados que querían rescatarlos (y debemos reírnos, «¡rescataros! Venimos a rescataros», decían los muy ignorantes e insolentes) se dieron cuenta de una cosa: no tenían que salvarles, pues Hallington los salvó en cuerpo y alma y muchos de los recién llegados, contemplando la divinidad, se quedaron en lo que se llamó Hollow Hallows,

nuestra tierra sagrada.

Allison se detuvo. Sus manos tocaron la vela de gavia, derrumbada ante sus pies. Notó en ella el aliento del mar, pero no solo eso. Sentía cada viaje que sus antepasados emprendieron hasta llegar a la tierra prometida. ¿No se decía que, a la par de que el primer Blackmouth era cronista del buque, el primer Brooke llegó a Hollow Hallows siendo vigía?

Levantó la mirada, contemplando los restos del puesto de centinela, en el mástil mayor. ¿Divisó durante un instante al glorioso Amadeo Brooke?

Pero el misterio no nos abandonó... Hijos de Hollow Hallows, la suerte de Hallington se encerró en una verdad: existe un presente, el Tesoro de Alfred Hallington, que se fue con el barco perdido, un Tesoro que desde entonces sabemos que puede salvarnos porque todo lo que pertenece a nuestro dios, nos salva y ese secreto, que tanto cuesta ser descubierto, debe ser porque es la gran arma para salvarnos. Por eso, buscamos ese don, ¿cuál es?

Allison siempre se preguntó por qué Alfred Hallington llevaba un tesoro, el Tesoro, en su barco. ¿Adónde lo conducía? ¿Cuál era su destino? ¿Qué quería hacer? Nunca lo preguntó, porque preguntarlo en voz alta sería dudar y de dios no se duda.

¡El Tesoro se nos desvelará! Se nos mostrará un día y será un día sagrado, porque estaremos salvados y porque nuestro fundador nos dirá de tal manera que aún nos cuida de nosotros, porque sigue vivo en nosotros. Sigue y seguirá. ¡Por siempre jamás!

A cada paso que daba, se adentraba más en los dominios de los fantasmas de los hijos más fieles del fundador. Allí estaba Amadeo Brooke viendo un nuevo mundo, mientras Humbert Shaxon sanaba a los enfermos y Philomeno Ruth masacraba a los amotinados. Se consolaban con el sermón del pastor Brentan Ellis, sellado para la eternidad por los registros históricos de Aldrich Blackmouth, que convertía en uno de los grandes héroes al noble Barksdale Ermsworth. Los primeros hijos permanecían vivos allí y las palabras de Calvin Blackmouth se tambaleaban por la cabeza de Allison. Esa historia, tantas veces escuchada, gritaba en su mente como si fuese su canción favorita.

Cuando sus manos rozaban la madera negra del cofre de Hallington...

* * *

... Un recuerdo divagó por el espíritu de la chica. En ese sueño que una vez fue realidad, era todavía una niña, pero nunca más lo sería, por mucho que tuviese siete años entonces.

Era de noche. No escuchaba a su madre y la luna estaba tan llena que su luz la despertó. Caminó por su casa buscando a su mamá, porque mamá sabía las respuestas y ella solo tenía mucha hambre y miedo a la oscuridad. Al toparse con lo que se topó en el salón, Allison tuvo miedo a otras cosas, miedos más reales y terribles, miedos y pesadillas que provenían de los gritos que escuchó.

Era su madre. Chillaba como si la vida se fuese en ello y quizás eso no fuese solo una metáfora. Gritaba, asfixiándose, gimiendo como si la matarán...

Temerosa, porque podía estar alguien malo haciéndole daño a su madre y porque no quería que esa bestia malvada la viese y le hiciera daño a mamá y a ella, Allison se asomó, ocultándose lo más que podía con el marco de la puerta.

Lo que vislumbró fue algo que no pudo olvidar.

La luz de la luna bañaba la piel pálida de su madre, desnuda, sobre el padre de Allison, aquel hombre del que nunca hablaban, aquel hombre que parecía que nunca existió, aquel hombre que murió esa noche.

Y pese a que era la luna la que iluminaba a la madre y el padre, retorcidos juntos en el piso, lo que encendía el corazón de mamá era un fuego que Allison no conocía y lo que alumbraba la mano era un puñal harto de la sangre del padre.

Pero la madre gritaba y no era de miedo, porque no se iba ni se marchaba, quería seguir, moviendo la pelvis con latidos como espasmos, dejando que sus pechos se mecieran en la gelidez de la madrugada, deseando que su sangre hirviese...

Y el padre de su hija no podía hacer nada, porque estaba muerto y, si no lo hubiese estado, solo podría haber escuchado el susurro de su Margaret diciéndole:

—No..., eres..., digno...

Lo dijo antes de hundir el cuchillo en el rostro del hombre que pregonaba ser un actor teatral convertido en un prisionero. Hundió la hoja, una y otra vez. Lo hizo hasta reducirlo a un charco de sangre irreconocible, como ella misma, salpicada por los restos de la vida del hombre que un día dijo quererla y le mintió, pero nadie miente a la jueza de la verdad y la gobernanta de los corazones de Hollow Halls. Nadie.

Pero lo que más asustó a Allison, por encima del sonido de los huesos al fundirse con los sesos, fue el rostro verde que contemplaba toda la escena desde una cercana mesa, el rostro de un muerto que se antojaba como el público de una grotesca función teatral de una obra llamada: «Mata al mentiroso». Dentro de un gran frasco, la cabeza sin cuerpo juzgaba con placer, deleitándose con los frutos de la Parca. ¿Era el fundador que aparecía en todos los dibujos de la iglesia? Lo era.

La niña lloró, porque nunca más volvería a serlo.

Notando unas lágrimas que no eran las suyas, su madre vio a su hija, pero no se

detuvo hasta poco después de que los gozos sombríos terminasen; el éxtasis es la ambrosia del mortal.

Esa madrugada, cuando el placer culminó, Margaret fue vestida de sangre hasta su hija. Le tendió la mano. Allison retrocedió, pero su madre la atrapó como una araña hambrienta. Cuando el profesor Blackmouth les habló de las viudas negras del bosque, Allison siempre pensó en su madre y en cómo le cruzó la cara con una bofetada esa noche.

—¡No vuelvas a hacer eso! Eres una mujer Brooke, ¿entiendes? No se nos está permitido huir. ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Nos defendemos hasta la muerte!

Margaret obligó a Allison a entrar en la estancia principal. La pequeña no quiso mirar, pero miró y vio a un... ¿Un qué? No parecía humano, el cuerpo...

De los pies al cuello, si tenías imaginación, podía ser una persona, pero la cabeza...

La cabeza era como si a alguien se le hubiese caído una sandía y hubiese estallado en pedazos. No sabía la palabra entonces, pero la descubrió un par de horas después, «muerto».

—Olvida a ese hombre, hija mía. ¿Le ves la cara? No, no la tiene. No es nadie entonces. No es nada. ¡Nunca fue nadie! No obstante, no era de Hollow Hallows. Me equivoqué con él. Qué desgraciada es una mujer cuando se equivoca —masculló Margaret haciendo un gesto con su rostro que hizo que la capa reseca de sangre de su rostro se rompiera—. Pensé que podíamos acogerle, que podíamos arreglarlo, dignificarlo, unirlo al edén, pero los demonios solo aprecian el amor por las llamas del infierno.

»Engañada, obnubilada por el deseo de salvar a alguien, ignoré las sabias enseñanzas de Alfred Hallington y el pastor Ellis, por eso me follé a ese que es nadie, pero solo me dio a ti... Y ni siquiera puedo darle gracias por eso. Quería un varón. No recordarás a tu abuelo, pero era tan poderoso, tan grande, tan majestuoso... Dios, quiero que vuelva, le quiero tanto... Yo solo quería... Solo quería tener un hijo que fuese como él, que diera esplendor de nuevo a este lugar, que evitase su fin... Pero este... Este cadáver que se hacía llamar «tu padre» era un inútil hasta para eso.

¿Ese era su padre? Costaba tanto pensar que aquellos trozos de piel pálida y sangre caliente fuesen alguna vez aquel hombre que esa mañana se despidió de Allison dándole un beso en la frente y diciéndole: «Ali, volveré a por ti y te salvaré de esta locura. Te quiero mucho». ¿Salvarla? Su madre quiso salvar a alguien y fue condenada, a Allison nadie le salvaría, no culparía a nadie de su castigo. Odiaba tanto a su padre ahora...

—Esta mañana, sin que se percatase de ello, le vi cómo hacía una maleta a escondidas. ¡El muy miserable! ¡Quería huir! ¡Abandonarnos! ¡No es digno, no era digno! Pero él... —Se refería a la cara verde del bote de cristal—. Oh, Allison, pequeña, con él la realidad cambia. Alfred Hallington nos ve, nos habla y debemos escucharle. Los Brooke somos sus fieles sirvientes y él nos apoya. Él me dio esta

idea, él me ha dicho incluso cómo deshacernos del inútil con el que te concebí. Alfred Hallington lo es todo... Todo, todo y todo. Y... No debemos temer lo que esté por pasar si le amamos con todo nuestro corazón.

Su madre besó el contenedor con la cabeza del fundador al que llamaban dios. Fue el primer beso de verdad que vio Allison en su vida. También fue el primer día en que ella dio uno. Con siete años, su madre la atrajo hacia el cristal...

—Porque él nos quiere y su amor es infinito. Dile que lo piensas, pero no con palabras, con un acto: dale un beso.

Allison dudó. Estaba tan asustada...

—Dale un beso...

Allison contempló a su madre con los ojos rebosantes de lágrimas.

—Oh, pequeña, no llores, porque esto es simple. O le das un beso o estás muerta. ¿Y a qué no quieres estar muerta?

La pequeña no quería estar como el cuerpo de la cara destrozada. No lo quería, jamás. Acercó sus labios al cristal que guardaba la cabeza de Alfred Hallington, teñida del verde y el horror de la muerte incorrupta.

Desde ese día, para Allison los besos siempre supieron a vidrio y muerte.

Margaret la recompensó volviendo a ser su madre. Le sonrió con ánimo y, todavía cogiéndola de la mano, la condujo hasta el cadáver. Se arrodilló para ponerse a su altura. Moviendo la mano de la cría, la obligó a acariciar los despojos en los que se convirtió la cara del padre (no había nariz, la boca se hundió, el impacto del cuchillo en los ojos los sacó...).

—Esto de aquí no es nada ni nadie...

El tacto... Era como tocar un saco lleno de barro con algunas piedrecillas.

—Hallington nos lo ha dicho, Allison. ¿Le has escuchado? Dime, ¿le has escuchado? ¿Qué te ha dicho sobre cómo olvidarnos de estos despojos? Si es así, di lo primero en lo que pienses, eso es lo que nos ha dicho aunque tú no lo sepas. Vamos, Allison. Di. Sé que nuestro dios te quiere, sé que te ha elegido. Di, sin miedo, habla.

La niña volvía a tener miedo, pero no podía callarse y, bajo la mirada de su madre y la cabeza de Alfred Hallington, dijo:

—Tengo..., hambre.

Margaret juzgó las palabras con una sonrisa. De poco importaba que llevara un día entero sin darle de comer a su hija.

—Oh, Allison, estoy tan orgullosa de ti, ¡le has oído! Y porque le has oído, tendremos un gran banquete en honor a nuestro dios.

Y la madre hundió su mano en la cara aplastada del padre y la acercó al rostro de su hija. Despacio, pero luego con más prisa, lamió mientras Alfred Hallington sonreía, porque él las amaba y no tenían nada que temer.

* * *

Borrando los recuerdos que retocó a lo largo de su adolescencia, Allison sonrió cuando tocó la cerradura del cofre en el presente de su gran amor, incluso por encima de Elliot Ruth.

Sus manos acariciaron las cadenas a las que notó rasposas, como las manos de un amante violento. Antes de que los Hollow Halls se fueran, como les pidió, consiguió de ellos una palanca con la que hizo presión en la tapa del cofre. Con un leve gemido y sorpresa, la tapa cedió aunque estaba hinchada por el agua. Demasiado rápido, pero no menos placentero.

Quería saber lo que era el Tesoro.

Cuando escudriñó su contenido, la confusión y la ignorancia la hicieron prisionera. En su interior, otra caja sin llave. Pudo abrirla. Dentro, una botella. La quebró para sacar un pergamino, que amenazaba con quebrarse. Las letras de estilo gótico eran legibles, como si fuesen frescas. Leyó con atención el título:

EL ADVENIMIENTO DEL FUNDADOR

Y en la primera línea, como si fuera el resumen de una antigua novela:

*DONDE SE NARRA EL RETORNO DE ALFRED HALLINGTON DE LA
MUERTE, LA CUAL TRAERÁ PARA LOS IMPUROS.*

SED AFORTUNADAS LAS CRIATURAS DE BUEN CORAZÓN.

*SED DESGRACIADAS LAS BESTIAS QUE HALLEN FELICIDAD EN EL
MAL.*

*EL TIEMPO AVANZA HACIA LA HORA DEL JUICIO FINAL Y NUESTRO
DIOS JUZGARÁ.*

Allison contuvo el aliento. Un vaho frío recorrió sus labios al mismo tiempo que la boca se hacía agua al recordar el sabor de la carne cruda y la excitación por saber que Alfred Hallington la quería, porque ella le amaba. Era una señal.

CAPÍTULO 35

—Dos menos.

Caleb Ruth recuperó el aire tras el cabezazo recibido de parte de una Caroline que ya era un cadáver más. En cuanto se repuso, pateó el cuerpo de la muchacha, la confabuladora no reaccionó tras la agonía de las quemaduras, solo permaneció quieta, sin respirar, boca abajo, dejando que su cara derretida se mezclase con el suelo y la sangre bajo tía Emily.

El olor a carne podrida provocó arcadas a todos, salvo a Ruth, que se deleitó con él como si estuviese ante el banquete más exquisito de su vida, el festín de la muerte.

—Quedáis vosotros.

John Odell era un maniquí, pero Garric hacía movimientos de vez en cuando para soportar el sufrimiento del tiro. En cambio, Seth estaba paralizado, sin creer aún que Caroline les hubiera dejado. Dawn no apartaba su mirada de Ruth, podía intentar buscar algo con lo que defenderse, pero prefería estar atenta a aquel monstruo, pues era vil y terrible y no podían fiarse de él.

—Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien... —dijo Ruth con algo cercano a la melancolía—. Hay momentos en los que incluso la suerte juega al favor de las buenas personas, como yo. Imaginad que las veces en que os habéis puesto tontos y me habéis golpeado, el frasco del ácido se hubiese estallado encima de mí... ¿Os imagináis? Menos mal que Alfred Hallington me sonrío...

La congoja se apoderó de los rostros de cada uno de los futuros cadáveres, a excepción del impassible John Odell.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Y esas caras tan largas? ¡Tranquilos, pequeños! ¿Por qué os lamentáis por las muertas? ¿Por qué apiadaos? Cuando os haga lo que tengo pensaros haceros, sabréis que ellas serán las que lamentarán y se apiadarán de vosotros porque, en comparación, su muerte ha sido un paseo por el parque. Os lo prometo.

Soltó una carcajada como si hubiera contado un chiste, pero el mensaje no era una broma, era serio, bastante serio. La muerte de Emily no fue agradable ni indolora, mucho menos el adiós de Caroline. ¿Cómo podía atreverse a decir que lo que estaba por llegar al resto era peor? Porque lo sería.

—Me he quedado sin ácido... —Chasqueó la lengua—. Pero tengo más juguetes como esta pistola. ¿Os gusta? A mí me encanta.

La acarició con lentitud, disfrutando de la textura de cada muesca, del leve sonido de cada pieza, engrasada a la perfección. La cargó despacio, dejando que cada movimiento, cada nueva bala, fuese parte de la tortura para sus víctimas.

—Podéis intentar de nuevo cualquier gilipollez... Si digo que os he matado en defensa propia, nadie se quejará de la falta de rituales... Y creedme, los rituales ya me importan poco.

»Lo más seguro es que os mate antes de que lleguen los demás... Y calculo que vendrán pronto. Diría “lo siento”, porque me apetecería jugar un poco más, pero ¿qué le vamos a hacer?

En esos segundos de espera, Seth se quebró y se lamentó por Caroline, cuyo rostro ya no era su rostro. Lloraba porque veía como el líquido nauseabundo corroía la piel de la joven, comiendo el músculo y llegando a las profundidades, rasgando las mejillas, sumergiéndose más allá de la sangre que hacía hervir... Quería ayudarla, pero era imposible y, sabiendo eso, solo sollozaba sintiéndose inútil, impotente, derrotado.

—Oh, pero ¿qué...? ¿Qué pasa, niño? ¡Dagan, no llores! ¡No llores! Ya eres lo suficientemente lamentable. ¿Y sabes? ¡Hay tiempo para nosotros! Hay tiempo de cojones... —Reflexionó sobre lo que acababa de decir—. Sí... Cojones. Tu amiga me los quiso patear, vaya zorra negrucha... No me extraña que esté... Así, pudriéndose como si nada. ¿Sabes lo bueno ahora que lo pienso un poco? Ya no es negra, al fin y al cabo. Es color..., sangre. ¡La hemos arreglado! ¡Deberíais aplaudir y alegraros!

Nadie le obedeció, pero Caleb siguió disfrutando. Colocó su revólver en la frente de Seth.

—He dicho que te alegres —le dijo—. Sonríe o te hago otro agujero en tu carita.

Seth se negó. No iba a seguirle el juego. Tenía algo de dignidad. ¿De qué si no servía lo aprendido de sus héroes favoritos? «Spider-Man no sonreiría ante la muerte de tío Ben ni aunque le obligase el ratero que lo acribilló».

—Sonríe, Dagan, o te mato.

Jamás. Jamás lo haría, porque sabía que iba a morir, pero no le importaba hacerlo siendo por una vez como un héroe. Caroline ya estaba muerta, no se orinaría encima de su tumba. La respetaría, le rendiría homenaje, pese a que fuera con su propia muerte.

—Te haces el valiente ahora, ¿eh? ¡Ahora! De repente, resulta que tienes los cojones que nunca has tenido... ¿No? ¿Así? ¿De pronto? Qué valiente, qué valeroso... No me queda ácido, pero me quedan ideas, muchas ideas. —Hizo presión en la cara de Seth con el cañón del arma—. ¿Qué te parece si empezamos bajándote los pantalones?

Vio el horror apuñalando el rostro del joven. Era curioso ver cómo una persona que es torturada puede adquirir mayores matices de sufrimiento, incluso cuando se piensa que ya no se puede tomar ninguno más.

—Dagan... No te preocupes, es muy normal... Te volaré los huevos de un tiro. Será rápido. Así, quizás, siendo un puto eunuco, sonreirás cuando te lo ordenen y dejes de hacerte el valiente. ¿A qué no está mal?

El heredero de los Dagan no se movió, pero el aliento apestoso de Ruth se acercaba. El *sheriff* ya no le miraba a la cara, sino a su vaquero roto, cubierto de algunas de las hierbas y salpicaduras de barro del camino.

—El día en que mi hijo... —La voz de Ruth titubeó durante un instante—. El día

en que mi hijo... El día en que chocó contra él el... ¿El destino? El destino, sí... VI... Vi sus... Trozos de él... De su entrepierna... Por el suelo, en la sangre y... Nunca he tenido ganas de llorar... Hasta entonces. —La perturbación que cayó sobre el policía desapareció de una manera tan súbita como apareció—. Pero cuando te vuela los huevos, Dagan, te juro que me darás muchas, muchas ganas de reírme... Y no sabes cuántas ganas tengo de poder soltar una carcajada en condiciones... Porque las emociones serán cambiantes y traicioneras para las personas, pero las balas son más leales para el gatillo. Así que ¿a qué esperas? Bájate los pantalones.

Los dedos de Seth temblaron. Los grilletes impedían que las manos se moviesen, pero ni aunque pudiese hubiera cumplido con las órdenes del lunático. «Y haga lo que haga este hijo de puta sé que no es nada con respecto con lo que hará Hollow Hallows sin nos atrapan... Nada».

—¿Es por los grilletes? ¿Por las cadenas?

Seth no respondió. Las ganas de matar a Ruth no se podían ignorar y aumentaban hasta lo indecible. Pensaba en cómo destrozarlo, en cómo reducirlo a nada... Y no podía hacerlo.

«Si tuviese la maldita varita, si no la hubiese arrojado al pantano, pero... Lo hice. Ya está. No me puedo mover. Aprovecharé esto para matarme. Ya está, se ha acabado», reconoció para sí. Las lágrimas cayeron más y más...

—Eh, tú, zorrita —le dijo Caleb a Dawn—. ¿Qué te parece si le bajas tú los pantalones?

Dawn estaba atada.

—No, no, nada de excusas. No, no con las manos. De rodillas. Quítaselos con la boca. ¿No te gusta? A las putas como tú les encanta. Venga, hazlo. ¿No me oyes? ¡Hownland, hazlo!

Dawn jamás serviría a una orden de ese bastardo.

—No... No me tientes, putilla... No me tientes porque siempre me he preguntado qué pasa si disparas a una zorra como tú por el coño. ¿Dónde va a parar la bala? ¿Llega hasta tu cabeza y la revienta? ¿Se queda por el camino? ¿Se la come tu coñito hambriento? No, no, no lo sé. No tengo ni la más remota idea, pero vas, con esa carita de guarra, y me tientes a descubrir la verdad...

Dawn aguardó el final.

Seth contuvo el aliento.

—Vamos allá —dijo el agente.

Un aullido tronó en el Caserón Woods.

Sobresaltado, Ruth se dio la vuelta para ver a través de la ventana más próxima. Solo pudo atisbar una sombra blanquecina que cruzaba la parte de atrás del motel, viniendo desde el jardín y la ciénaga. El brillo de unos colmillos le hizo perderse en ellos. Pertenecían a un lobo.

—¿Qué es...? Ah, es el perro...

Huargo trotó con toda la rapidez de la que era capaz.

—Ah, ¡que venga! ¡QUE VENGA ESE CHUCHO! ¿Os daré de comer a él o haré que paséis tanta hambre que os lo comáis? ¿Y si hago que se coma alguna de vuestras partes o a alguno de vosotros y luego os lo coméis los otros? ¡Ideas, geniales ideas! ¡VEN, PERRO, VEN! ¡TENGO QUE HABLAR CONTIGO!

Huargo saltó, atravesando la ventana, rompiéndola en pedazos que cayeron sobre Ruth, que abrió fuego.

Cristales, ruido, sangre... El mundo fue eso.

El animal fue más raudo y mordió las manos del policía.

El arma de fuego retumbó en el piso, cubriéndose de la sangre y los dedos rebanados de Ruth, que chilló y pateó intentando librarse de Huargo.

—¡HIJO DE...!

Para el momento en que tres dedos fueron cercenados, Caleb pudo lanzar a la pared a Huargo, que quedó tambaleándose, a punto de perder el tino. Cojeaba de una de sus patas, torcida hasta doler el verla. El hombre de la autoridad de Hollow Hallows caminó hasta él, iba a matarlo de una paliza.

—¡MALDITO! ¡TE VOY A...!

Un chillido ensordeció a los presentes.

La sangre en el rostro cegó durante un instante al *sheriff*, que no llegó hasta el perro ni hasta Seth o Dawn. Solo divisó (si es que podía decirse) una confusión donde no existía la luz, ni siquiera el recuerdo de ella. ¿Qué ocurría?

El agente se sumergió en la fosa de las preguntas. ¿Dónde estaba el perro lobo? ¿Dónde estaban los confabuladores? ¿El tartaja y su padre? ¿Los cadáveres? ¿El suelo? ¿La estancia? ¿De dónde surgió la noche? ¿Por qué no podía ver?

Solo vislumbraba una cosa: la noche. Veía la eterna e infinita noche, pero era algo peor que eso.

Algo.

Al abrir los ojos por cuarta vez desde que el alquitrán le tragó, no pudo saber si lo hizo, porque solo existía la negrura. ¿Qué truco era aquel? ¿Qué sucedía? ¿Pudo ser la pérdida de sangre? ¿Los golpes? No sentía su cuerpo, no sabía dónde empezaban y terminaban cada uno de sus miembros. La desesperación comenzó a comerle.

Sus piernas se vinieron hacia delante y se derrumbó de rodillas como la muralla de un castillo avasallado por las catapultas. Con sus manos, resbaladizas por las heridas abiertas, tanteó lo que creyó que era el suelo donde debía estar la pistola. Algo se lo impidió. Algo similar a tentáculos. Algo que desconocía...

Algo.

Voces distorsionadas, más allá de las tinieblas, penetraron en los oídos del agente. ¿Era un...?

—¿Qué es eso?

Los ladridos del perro vagabundo callaron al patético Dagan.

—¡Alejémonos! ¡Alejémonos! ¡Huargo quiere que nos alejemos!

La zorrita gritó aquellas palabras estúpidas.

«¡Oh, cuando los pille...! ¡Los voy a matar! ¡LOS MATARÉ! ¡HARÉ QUE LAMENTEN HABER NACIDO! ¡LO HARÉ! ¡SALDRÉ DE LA OSCURIDAD Y LOS ENVIARÉ A ELLOS! ¡LO HARÉ!».

Sus propios pensamientos sonaron como si viniesen de otro mundo, uno a punto de deshacerse y olvidarse para siempre. Entendía que pudiese pasarle con la voz de los otros, pero ¿y con sus pensamientos? No los pronunciaba en alto, pero era como si... Era incapaz de describirlo.

—Garric, ¡rápido! ¡Ven, ven, maldita sea! ¡Sigue mi voz!

Pasos y movimientos lejanos, fundidos en un mar de confusión para Ruth. ¿Ellos veían? ¿Cómo? ¿Por qué él no?

—¡E-esa os-os-curidad! ¡A-a-a-a... A-avanza! —dijo Garric entre los dolores de sus heridas.

—¡La negrura! ¡Está...! ¡Tiene...! ¡No lo sé! ¡Dawn, un presentimiento! ¡Creo que... Creo que se comerá a Caroline! ¡Me importa una mierda el padre de Odell y menos aún el hijo de la gran puta de Ruth, pero Caroline...!

¡Le querían asustar! ¡Esos niños intentaban asustarle! No había otra posibilidad para Ruth. Por eso dijeron esa porquería y se callaron. Todo era mentira, una estrategia, querían debilitarlo... «Pero no lo van a conseguir. No saben con quién juegan. Ni se lo imaginan».

—¡Confabuladores! —gritó al fin—. ¡VOY A POR VOSOTROS!

Lo chilló hasta hacer sangrar su garganta. Quería que esas ratas podridas le escuchasen, pero ninguna respondió y sus palabras se hundieron como si fuesen un susurro.

Pero alguien le contestó, una joven envuelta en la noche...

—No, soy yo la que va a por ti.

La oscuridad.

Y Algo era la oscuridad y sonaba como una voz de su pasado.

Como una voz y una negrura que le devoraron.

* * *

El Hombre de los Relojes se colocó los guantes de cuero sobre sus manos esqueléticas. Comprobó la hora en cada uno de sus artefactos para contar el tiempo y vislumbró que el plan seguía el recorrido temporal previsto. Qué complicado, qué arduo, pero qué necesario era cumplir con un mapa temporal.

Miró a la zona donde provocó la explosión que atrajo a Argus Thompson y compañía. Fue el momento oportuno, cuando la nube negra se cernía sobre ellos. Ahora aquella oscuridad, Algo, ya estaba sobre el Caserón Woods y para entonces no desconocía el sabor agrio de la carne humana.

Sumido en sus planes, se aproximó a la puerta metálica del jardín. Seguía abierta.

Si Caleb Ruth la hubiese cerrado de alguna manera, él la habría abierto, porque el destino era el que era, pero él podía modelarlo también. Él era un relojero de lo que estaba por pasar.

Ya estaba, pues. Seth y Caroline se reunieron en el Caserón Woods con Dawn, Emily, Garric y los Odell. Huargo llegó poco después, porque era leal y estaba preparado para la batalla.

El Hombre de los Relojes, pese a saber el final de la historia, sintió que una lágrima recorría su mejilla. No le gustaban las historias tristes, pero a veces había que vivirlas, a veces incluso había que escribirlas.

CAPÍTULO 36

—Ella volverá, volverá... Ella no nos dejaría así.

Rahne Jones nació con dos muescas en su alma: una tristeza infinita y una maldición, su apellido. Habitaba en Hollow Hallows y no podía escapar de allí. Lo aceptó poco a poco, a diferencia de algo que nunca pudo ignorar: solo se parecía a su hermana gemela Caroline en su aspecto. Ella era la oscuridad y su hermana era la luz, pero la condena para las dos era la misma: la muerte en Hollow Hallows. El día en que Rahne desapareció, Dawn intentó describirlo con palabras:

—Tú, Rahne, eres Atmosphere de los Joy Division y Caroline es..., es...

—Es un vómito en la bañera —concluyó Seth mientras regresaban a casa tras las clases. Al menos, Caroline no estaba presente—. Parece que suena atractivo y el aspecto puede ser llamativo, pero sigue siendo vómito en la bañera.

—Iba a compararla con una canción, Seth.

—Ah vale, Dawn, ¿nunca has vomitado con tantas ganas que parece que estás cantando black metal? Yo una vez...

—Una canción, Seth, iba a compararla con una canción, no con una de tus pajas mentales...

—Calma, Dawn, calma... ¡Ya sé! Pues di que Caroline es un puñetero éxito de moda musical: puede caerle bien a la peña de ahí fuera, menos al que no sea sordo... Y nosotros, por suerte o por desgracia, escuchamos la mar de bien, escuchamos como jodidos elfos cuyos ojos pueden ver que los Uruk-hai se llevan a los hobbits a Isengard...

—¿Qué tiene que ver escuchar con ver? —preguntó Dawn. Seth se encogió de hombros. Hownland suspiró. Era imposible no cansarse de vez en cuando de su amigo.

Rahne dibujó una sonrisa que no lo era, que era más bien un ligero temblor melancólico, y murmuró:

—Hay gente capaz de escuchar el corazón de otra persona con la mirada.

No dijo nada más. Seth entendió algo más, Rahne era así.

—Vaya mierda más cursi acabas de soltar, Rahne —musitó Dawn haciendo que su largo pelo cubriese parte de su rostro (aún Elliot y compañía no la habían atrapado y rapado)—. Espero que estés orgullosa, Rahne. Estoy por degradarte a alguna canción empalagosa...

Antes de que la sangre llegase al río («o Dawn y Rahne se empiecen a pelear... Cosa que tampoco me importaría si fuese como me lo imagino, más tipo lucha libre femenina y menos sangre por todos lados...»), pensó Seth), el nieto de Ma Dagan cambió de tema:

—Entonces ¿qué, Rahne? ¿Tu hermana no ha movido hoy su culo hasta clase

porque se estaba pintando las uñas o qué?

Siguieron hablando de temas banales, de las constantes discusiones de Caroline con sus padres sobre los deseos de irse, de buscarse la vida en otra ciudad, de ser libre... Pero por diferentes que fueran Rahne y Caroline, las gemelas eran descendientes de confabuladores y no existía otro desenlace distinto para ellas.

—No se puede hablar con ella —dijo Rahne con aflicción—. Por mucho que lo intente, ella siempre habla sobre irse. Es tan... No entiende que somos crías aún, que debemos pensar bien en lo que hacemos y... ¿Qué más da? Al final, ni siquiera nos dirigimos la palabra, pero hay algo que nos conecta, algo que nos permite sentir lo que la otra siente.

No mucho antes, esa misma semana, Caroline lo describió de otra manera:

—Es como saber que a la otra la acuchillan porque te salpica la jodida sangre...

Caroline podía ser muy dulce (o en su falsedad, al menos, parecerlo), pero cuando se refería a su hermana su tono de voz y sus propias palabras se transformaban en hiel.

—¿Estáis conectadas, Rahne? ¿Qué superpoder de mierda es ese? —preguntó Seth riendo sin parar—. ¡Estoy superconectado! ¡Superconectado! ¿Podría sonar más pijo? ¿Y qué me dices sobre ese poder? ¿En qué consiste ese poder? ¿Si una tiene gripe a la otra le duele la nariz de sonarse? ¿Si una come cebolla la otra es capaz de soltar un eructo que provoca el llanto masivo en su víctima?

Rahne negó con la cabeza y continuó caminando, Dawn le dio un codazo a Seth para que se callase y dejase de ser un asqueroso.

* * *

Por mucho que Rahne y Caroline fuesen diferentes, aún así, soportaban la existencia de la otra. Quisieran o no, seguían a sus padres y sus ideas sobre cómo sobrevivir en la guarida del lobo. Rahne se consolaba aún con esa idea cuando regresó ese día a casa y encontró a su hermana en su habitación.

—¿Por qué no has ido a clase, Caroline?

Rahne pilló a su hermana de imprevisto, pero no fue un mero susto. La joven se fijó en que Caroline escondió con rapidez algo debajo de la cama. ¿El qué?

—¿Y a ti qué te importa? ¡Joder, qué susto acabas de darme!

Rahne se inquietó, pero prefirió pasar lo ocurrido por alto.

—Es mi habitación también, deberías estar acostumbrada a verme...

—¡Estar acostumbrados, Rahne! ¿Siempre te conformas con eso, con «estar acostumbrada», como estar acostumbrada a ir a clase? Si a ti te gusta perder el tiempo yendo a ver a un cabrón sádico como Blackmouth, respeta que no tengamos la misma falta de gusto que tú...

—¿«La misma falta de gusto»? Pareces que hablas de tus vestidos...

—No repitas mis palabras si ni siquiera las entiendes, Rahne. No sabes nada.

—¿Tú sí, Caroline? ¿Desde cuando eres tan sabia?

—Desde que no disfruto de esta mierda como disfrutas tú. Parece que lo pasas muy bien con toda esta bazofia, sin quejarte. ¿Amas tanto a Hollow Hallows?

Rahne se mostró ofendida. ¿Cómo podía decirle eso su hermana?

—Odio Hollow Hallows.

—No lo parece, Rahne. ¿Por qué si lo odias tanto no te largas? ¿Por qué no huyes y vives en vez de quedarte y morir? Es lo que haría cualquier persona sensata...

—Nuestros padres...

—¡Oh, Rahne, crece, por favor! ¡A la mierda nuestros padres! ¡Ellos no saben nada! ¡Ellos son un poco más de basura en el estercolero!

—No digas eso, Caroline...

—¡Es la verdad!

—¡No son malos!

—¿Y por qué no se van entonces, Rahne? Puede que no fueran basura una vez, pero llevan tanto tiempo en ella que nadie lo dudaría ya. No se les va la peste, no se les va la roña...

Rahne notó el calor de las lágrimas antes de brotar de sus ojos. Pretendiendo que su voz no se quebrase, dijo:

—Ellos quieren marcharse, Caroline. Nos lo han dicho muchas veces.

Caroline se acercó hasta ella, era como verse en un espejo distorsionado.

—Decir, decir y decir. ¡Nadie vive para siempre de palabras! ¡Vivimos de hechos! Menos decir. Más hacer. Llevan queriendo irse desde antes que nacióramos y aquí siguen. ¿Qué te parece, Rahne? ¿Te parece digno de unos padres que tanto dicen que nos quieren, que están dispuestos a que una maldita noche nos coja toda la turba de este islote y nos arrastren por los pelos hasta una maldita hoguera?

Las lágrimas se derramaron desde los ojos de Rahne. ¿Desde cuándo las discusiones con su hermana no eran sobre temas idiotas como robarse la ropa entre ellas? ¿Desde cuándo hablaban sobre la vida y la muerte?

—¿Una maldita hoguera, Caroline?

—Sí, una maldita hoguera, Rahne —Caroline se mantenía firme. Era una experta en ser fuerte. Al menos, entonces lo era. Habló sin titubear—: ¿No recuerdas acaso como acabó Ezequiel Jones? Quemado. Así acabaremos nosotras... Si no nos marchamos. Piénsalo. Sabes que es la verdad y que la historia se repite y no siempre para bien.

Su hermana calló y se marchó del cuarto. Pese a que no quería hacerlo, pensó como le pidió su hermana. ¿En qué punto fue Caroline tan convincente como para cambiar a su hermana Rahne?

«Lloró, pero ella es así», se dijo Caroline más tarde, al evocar esa charla entre gritos. «¿En qué segundo te rompiste, Rahne? ¿Cuándo te cambié? No lo vi, no me di

cuenta... Maldita Rahne, me vas a meter en un puto lío».

Desconocía que Rahne se marchó tras la conversación y que el «segundo en que se rompió» transcurrió cuando salía de su hogar e iba en dirección a la granja de los Dagan donde pasaba tanto tiempo con Seth. Por ese camino fue donde encontró a los perros de presa: Elliot Ruth, Allison Brooke, Donald y Flint Ellis.

—Pero si es la llorona... ¿Adónde vas, llorona? —preguntó Elliot con un tono cantarín y burlón. Aplaudió con entusiasmo. Rodearon a Rahne—. ¡Agh! ¡Mataría por tener un coche! Te perseguiría hasta el maldito acantilado... Somos tan expertos en nuestro trabajo...

—¿Y si no es lo suficientemente rápida? —preguntó Donald. Era un experto en encontrar los puntos débiles de los planes.

—Es sencillo. Pasaría por encima de ella —contestó Elliot. Era un experto en ser cruel.

—Y créele, asquerosa, no es una broma —le dijo Allison a Rahne. Era una experta en ser una feroz hija de Hollow Hallows.

—Pero aún así podemos hacerla huir —discrepó Flint Ellis sacando algo de su chaqueta. Era una navaja automática—. ¡Podemos hacerla escapar! ¿Qué apostáis?

Mostró el arma blanca a Rahne, que intentó apartarse. Flint lanzó varios navajazos que la joven logró esquivar, pero eso cambió. Donald la cogió de los brazos, impidiendo que se moviera. El siguiente navajazo le dejó un corte en un brazo. La sangre cayó reluciente.

—¿Será capaz de soltarse antes de que la cosa con esta navaja? —dijo Flint observando con placer su arma—. ¿Eh, llorona? ¿Aceptamos apuestas?

Rahne le dio un codazo a Donald, liberándose de sus brazos apestosos, empujó a Allison para abrirse camino y echó a correr.

—¡Maldita zorra inmundada! —insultó Elliot. Los cuatro empezaron a correr detrás de la joven, incluso un Donald asfixiado—. ¡Vamos a por ti! ¡Huye lo que quieras, pero no huirás para siempre! ¡Jamás huirás para siempre! ¡JAMÁS!

«Jamás huirás para siempre... ¿Por qué su voz suena como la de Caroline?», preguntó Rahne confusa. ¿Estaba en lo cierto su hermana? ¿Nunca se iría de Hollow Hallows? ¿Ese era su destino?

Allison estaba furiosa (¿cómo se atrevió la asquerosa a tocarla? ¡Iba a por ella!). Fue la más rápida. Alcanzó a Rahne y la tiró al suelo.

Jones se defendió como lo hacían los que saben que de la batalla depende que sobrevivan un día más, pero la hija de la alcaldesa y jueza de Hollow Hallows, pese a su hermoso rostro y sus gestos gráciles, era también una bestia. Colocó su rodilla sobre el cuello de Rahne. Moviéndose y usando sus uñas para rasguñar el rostro de Allison, Rahne logró en un último momento zafarse y echó a andar. Tambaleante y desorientada, tropezó al pie de un desnivel que no vislumbró hasta que caía por él.

Girando sobre sí, con diversas heridas surgiendo por su cuerpo, Rahne se detuvo en una charca poco profunda, con las aguas de las últimas lluvias del mes de

octubre. Quiso levantarse, pero resbaló.

Su mente se enfangó, se sentía mareada, como si ella ya no fuese ella.

Allison no tardó en llegar hasta su adversaria. Arremetió con una bofetada y le arrastró la cabeza, hundiendo su cara en el agua pestilente, obligándola a beber si no quería asfixiarse. Rahne chilló, pero sus gritos se ahogaban como ella misma.

—¿TE GUSTA ESTO? ¿TE GUSTA, ASQUEROSA CONFABULADORA? —Los gritos de Allison fueron como cuchilladas. Habló más bajo, deleitándose de la calma con la que podía matar a una descendiente—: Tanto huir para esto, ¿te compensa? —Costase lo que costase, no la iba a dejar escapar. Rahne se removía, no quería morir ahogada—. Te prometo que después de lo que te vamos a hacer no solo vas a cogernos miedo a nosotros y a Hollow Hallows, sino que le tendrás miedo incluso al agua. ¿Eh? ¿Te gustaría que te ahogásemos? ¿Qué te parece?

La confusión nubló la conciencia de Rahne.

Agua. Agua infinita. Agua ardiente en los pulmones. Agua dañina en los ojos. Agua amenazando con reventarla si la tomaba como aire. Agua sucia. Agua en la que Rahne se ahogaba... Agua.

—¡Hijos de perra! —gritó alguien. Su voz atravesó la profundidad, llegando enturbiada hasta los oídos de Rahne—. ¿Qué...? ¡Soltadla! ¡No os atreváis a...! ¡Soltadla!

Era Seth.

—¿Quién se cree que es ese mierda? ¡Vamos a por ese cabrón! ¡No nos va a dar órdenes! —gritó Elliot y señaló a Donald y Flint para que fueran tras el muchacho. Acataron la orden.

«No, Seth, no... Te van a matar», pensó Rahne, dispuesta a que tal vez fuera su último pensamiento y que su último pensamiento estuviese dedicado a otra persona y no a sí misma.

El aire se convirtió en un recuerdo, ya no le quedaba más y no podía seguir luchando.

* * *

Rahne escuchó una vez la historia de su tío materno, un tal Monty al que nunca conoció salvo por esa anécdota.

Monty padecía narcolepsia. Necesitaba tomar muchas precauciones para tener una vida normal, dentro de la gravedad de su enfermedad. Caía dormido bajo cualquier circunstancia, quisiese o no.

Un día, se cansó. No quiso vivir más así, pero en vez de cortarse las venas, lanzarse por un puente o ahorcarse, decidió hacer algo mucho más simple para acabar con su agonía: se puso su mejor traje (un esmoquin negro que siempre quiso llevar a alguna boda a la que nunca se le invitó, puede que incluso a la suya que

jamás se celebró), se aseó lo mejor posible y salió de casa pidiendo un taxi hasta el Marconi's, un restaurante de la esquina (empezaba a notar el cansancio, pero no quería dormirse antes de llegar a su destino, incluso prefería aceptar la bronca de un taxista por una carrera de mierda).

Siguiendo su plan, tejido en fantasías, pudo llegar al Marconi's donde pidió entrantes, una sopa de marisco, un solomillo con doble guarnición de patatas fritas, un plato de pasta boloñesa y mousse de chocolate.

Deseaba que no fuese un sueño, se pellizó y lo sintió. Estaba despierto.

Tocó los cubiertos como si tocase puro oro.

Nunca en su vida pudo ir a un sitio de comidas él solo. Ya no tenía a su hermana Esther, con la que iba antes de que se marchase a un estúpido islote. No tenía a nadie de su familia que le vigilase, ¿cómo si nadie le quería? ¿Cómo se puede querer a alguien que solo duerme y hace el ridículo?

Harto de medicaciones imposibles, alegre de huir de la enfermera de turno (una de esas niñas idiotas que podían limpiarle el culo, pero jamás dedicarle una mísera palabra amable), Monty decidió tomar su almuerzo.

No pasó del primer plato.

Secuestrado por la somnolencia súbita, su cabeza cayó sobre la sopa.

Nadie se fijó demasiado en el extraño hasta que le trajeron el segundo plato («que se vaya ya ese tío del traje barato. Me da un mal presentimiento», dijo el encargado, metiendo prisa a sus camareros).

Para entonces, Monty ya no dormía, sino que se había ahogado en la sopa sin que nadie le escuchase gracias a la ópera que imprimaba de un aire regio al restaurante.

Al morirse, Monty escuchaba:

*No! Pagliaccio non son;
se il viso è pallido,
è di vergogna, e smania di vendetta!
L'uom riprende i suoi dritti,
e'l cor che sanguina vuol sangue
a lavar l'onta, o maledetta!
No, Pagliaccio non son!*

Trataba sobre un payaso celoso, no sobre un narcoléptico que se ahoga en su sopa, no sobre un hombre del que después se sabría que murió antes que ahogarse porque era alérgico al marisco, no sobre un hombre que lloró con una canción porque pensaba que trataba sobre él.

Y tampoco trataba sobre su sobrina, Rahne Jones, ahogándose en una charca, pero qué similar era esa historia a la suya...

* * *

Y porque Rahne no quería morir y porque Seth provocó cierto caos, la hija de los Jones lanzó sus dedos a los ojos de Allison, obligándola a liberarla. Antes de que la hija de la alcaldesa contraatacase, Rahne se levantó y, aprovechando la confusión, estando casi ahogada, cogió de su larga cabellera a su enemiga y la arrojó al agua.

Elliot fue a por Rahne, pero la hermana de Caroline cogió barro de su ropa y, sabiendo que su vida dependía de ello, corrió hacia el muchacho y le estampó la basura en la cara; ese montón de tierra mojada dejó a Elliot paralizado. Cegándolo, la gemela echó a correr, saliendo de la bajada y el charco, dejando atrás a los impolutos hijos de Hollow Hallows y mirando hacia delante con temor. ¿Qué pasaría?

Seth no huyó de nuevo a la granja, no la dejó en la estacada. El muchacho corrió en círculos para distraer a Flint y Donald lo suficiente, esperando que Elliot y Allison se sumasen a la persecución y dejasen en paz a Rahne aunque eso supusiera cambiarse por ella y ser él el que terminase muerto.

Seth vio a Rahne salir de la zanja. No le dijo nada, solo sonrió y le hizo un gesto con la cabeza («huye, Rahne, huye y sálvate, ¡huye!»). La dejó de mirar antes de que los Flint se percatasen de lo ocurrido.

La muchacha se marchó, pero no de regreso a su casa, sino a la granja de los Dagan, porque Seth la salvó y le dijo algo en silencio, algo que ya no podía quitarse de la cabeza: «Huye, Rahne, huye y sálvate, ¡huye!». ¿A qué estaba esperando?

* * *

Una hora después, Seth llegó a casa con la compañía de varios moratones y magulladuras. Entró en la granja increpando a los animales porque no podía increpar a las auténticas bestias de Hollow Hallows. Se calló al notar que no estaba solo.

En el porche de su casa, cubierta con una manta y sentada en un banco, estaba Rahne con los ojos iluminados por las lágrimas. A su lado, Ma Dagan.

—Por fin has vuelto... ¡Pensé que habías muerto! —dijo la anciana y movió su cabeza, señalando a la chica—. ¡Pensé que habías salvado a una Jones y habías dejado que los Dagan nos extinguiésemos! ¡Niño idiota!

—¡Ma, no digas eso! —exclamó Seth, no porque la idea de que su familia desapareciese le fuese de un gran sufrimiento, sino porque no quería que Caroline escuchase alguna de las tonterías sobre la importancia de la sangre de su abuela.

—¡Los Jones tienen dos hijas! —gritó Ma—. ¡Dos hijas! ¡Los Dagan solo te tenemos a ti! ¡Es lógica!

—¡Yo valgo por más de uno, Ma! Dame algo de puñetera autoestima, ¿quieres?
—soltó Seth sin saber si estaba haciendo un chiste o no.

Ma emitió un gruñido, uno de los que la acercaban más a algún rumiante que a un ser capaz de hablar. Se apartó tras mostrar su desaprobación y fue al corral donde tenía a las gallinas, dejando a Rahne y Seth.

El chico desconocía qué hacer («no creo que haya un puñetero manual de Cómo hablarle a alguien al que han intentado asesinar, con un capítulo siete especializado en Gente a la que acaban de intentar ahogar una panda de hijos de la gran perra ... Quizás deberíamos escribirlo»). Solo se sentó al lado de la muchacha y musitó:

—Hey, Rahne, vaya chapuzón te has dado, ¿eh?

Y porque esa era una de las típicas tonterías de Seth y cuando las soltaba parecía que el mundo seguía siendo el de siempre, aunque no hiciera ni dos horas que hubieran intentado matarla, Rahne le entregó una breve sonrisa que se convirtió en lágrimas inconsolables.

Seth quiso tocarle el hombro, una ligera muestra de consuelo, pero no se atrevió. Se quedó allí, sentado, junto a la chica y la miró. Verla llorar le partía por dentro.

—Seth... Nos van a matar.

Seth no soportaba verla así, igual que cada toma de aire fue para Rahne un horrible sacrificio tras ahogarse, porque le ardían los pulmones y sentía que se moría y, pese a que el horror pasó, no se sentía mejor.

—Si tienen la oportunidad, nos van a matar, Seth. ¿Cómo podemos quedarnos? ¿Cómo si sabemos que van a matarnos?

Y su amigo, el maldito charlatán que hablaría hasta con los jinetes del apocalipsis con tal de soltar alguna chorrada tranquilizadora, no supo qué decir por primera vez en su vida. Se quedó mirando hacia delante, hacia la vieja vaya que chirriaba con la brisa mortecina de octubre.

Estaba mirándola todavía en el momento en que Rahne le abrazó y, porque sintió que estaba viva y no sabía cuánto tiempo lo estaría, la chica le entregó un breve beso en los labios, una forma de darle las gracias y sentirse conectada a alguien que siguiese respirando. El chico ignoró si debía responder y, aunque sentía que quería que el beso se repitiese y nunca terminase («qué mierda acabas de pensar», se dijo), no hizo nada. Ella se separó.

Estuvieron callados hasta que ella habló, dejando caer las lágrimas sobre la suciedad de su cara.

—¿Te irás alguna vez de Hollow Hallows, Seth? ¿Te irás antes de que te maten?

Y Seth no lo razonó ni un segundo. Contestó:

—Sí. ¿Quién se quedaría en el matadero?

Horas después, Seth acompañó a Rahne a la casa de los Jones, escondiéndose ambos por el camino para evitar que «les pillasen los monstruos» (de dicha forma lo describía el muchacho). El hogar parecía el lugar más seguro y se despidieron con un mero gesto, como si no hubiese pasado nada, sin embargo los dos no podían

olvidar lo sucedido.

* * *

Existía paz en la casa de los Jones, aunque también discutían por las cosas más absurdas, siempre Caroline con su madre y su padre. No me vigiléis, Me vestiré como me dé la gana y No soy como vosotros eran los títulos de las trivialidades que desencadenaban gritos e insultos.

Pero no fue así esa noche, la pelea fue con Rahne.

—¡No le vuelvas a gritar a tu madre de esa manera, jovencita! —gritó Daniel Jones levantándose de la mesa de la cocina donde cenaban.

—¿Jovencita? —repitió Rahne. ¿Por qué el mundo era ahora algo ilógico, sin ningún sentido?—. ¿Gritar de esa manera? Papá, ¿quién coño te crees que eres? ¿Un puto cliché con patas, como ese primer Jones que pisó esta isla para ser el jodido esclavo de Hallington? ¿Con eso te conformas?

Daniel Jones abofeteó a su hija, dejándole la marca de los dedos en la cara.

La joven no retiró la mirada de su padre, pese a que notaba que sus ojos se empañaban en el génesis de un llanto.

Caroline permaneció observando el espectáculo, sin saber qué hacer, porque su hermana nunca se comportó así hasta entonces.

—¿No aceptáis que os lo haya dicho? ¿Es eso? —cuestionó Rahne y, entre las lágrimas, sonrió. No fue una muestra de alegría, estaba muy lejos de eso. Fue..., otra cosa. ¿Reconocer la derrota de una forma extraña, quizás?—. ¿No soportáis que os diga que os encanta morir aquí? ¿Eso os ofende tanto? No debería, porque es la realidad, ¡es la puta verdad!

—¡No soportamos que seas una malagradecida! —gritó su madre, perdiendo los nervios y tirando su plato de comida al suelo—. ¡No soportamos que te creas con derecho a decir lo que tenemos o no tenemos que hacer! ¡Eres una cría y no sabes nada!

Cogió de los brazos a su hija, sus dedos se apretaron, marcándose en la piel.

—¡Sé que preferís convertirnos en la mierda que devoren esos carroñeros antes que largaros de este antro! ¡Eso es lo que sé!

Esther empujó a su hija, golpeándola contra la pared.

—¡Hablábamos sobre ir a la ciudad a vender los productos de los Dagan! ¡Hablábamos de eso! —gritó Esther con todo su ser—. ¿En qué momento decidiste decir: «nos tenemos que marchar para siempre»? ¿En qué momento no aceptaste que te dijera que te callases?

—¡EN EL MOMENTO EN QUE ME DI CUENTA DE QUE NO ERA UNA IDIOTA COMO VOSOTROS DOS!

El chillido de Rahne retumbó por la estancia.

Esther cogió un candelabro sin velas, como si se dispusiera a golpear a su hija con él.

Daniel Jones la detuvo, la apartó y le cruzó la cara otra vez a su hija.

—¡PIDE PERDÓN! —le gritó el padre a su hija.

—¡NO!

Otra bofetada.

—¡QUE PIDAS PERDÓN, MALAGRADECIDA!

—¡NO, NUNCA!

Otra bofetada.

—¡TE VAS A ARREPENTIR!

—¡Pegadme si eso os hace pensar que sois mejores!

Su padre se paró.

—¿Cómo te atreves a...?

—¡Pegadme, pero eso no cambiará la verdad! —dijo Rahne con rabia, con auténtico odio hacia los seres que la engendraron—. Sois como animales del matadero: tan acostumbrados a la muerte que sois incapaces de huir de ella, que procrean y mueren porque huir y vivir les sería incómodo, ¿no? Por eso jamás os habéis ido de Hollow Hallows, por eso nos quedaremos aquí hasta que nos maten, ¿no? Es por eso, sí. Por eso... ¿Por qué no queréis escucharlo? ¿Tanto os duele la verdad?

Daniel Jones le levantó la mano, pero a pocos centímetros de la cara de su hija, se paró, conteniendo su furia. Señaló hacia la escalera.

—Vete a tu cuarto. ¡VETE A TU CUARTO!

—Ojalá mi cuarto estuviera lejos de este maldito infierno en el que nos obligáis a malvivir —se pronunció Rahne antes de marcharse.

El matrimonio Jones pretendió sosegar. Era duro aceptar que su hija supo ver lo que tanto tiempo escondieron, que bajo todas esas mentiras que se contaban a sí mismos sobre que un día se irían, al final solo quedaba la verdad y es que vivirían y morirían en Hollow Hallows al mismo tiempo que suspiraban por un vida lejos de allí, una que nunca tuvieron.

—¿De dónde habrá sacado esa idea? —preguntó Daniel Jones tragando saliva.

Caroline no replicó, pero se levantó y se fue a su cuarto para ver a Rahne. En la mesa quedó su plato intacto de espaguetis con albóndigas y salsa de tomate. No pudo comer, temía que sus padres descubriesen la última conversación que mantuvo con su hermana, la misma que hizo que Rahne se comportase así. «Me la voy a cargar y no es algo que me apetezca. Ni de coña», consideró Caroline, furiosa.

Al entrar en su cuarto, no vio a Rahne por ninguna parte.

Solo encontró una ventana abierta por la que entraba el viento que apartaba la cortina.

Caroline miró a su alrededor. La parte del armario de Rahne, con la puerta abierta, tenía ropa cayendo de ella como si la madera la hubiese vomitado. Faltaban

algunas prendas, como el espantoso suéter que tanto le gustaba a su hermana.

Al dirigir la vista a otro lado, contempló una libreta de clase de su hermana y varias cosas más que Rahne llevaba en su mochila, que no estaba en la silla como siempre. «Rahne siempre ha sido la ordenada. ¿Qué le ha pasado?», preguntó al mismo tiempo asimilaba algo que no podía ignorar, que hizo que su mirada se acercase debajo de su cama. Fue corriendo hasta ella, movió el faldón de una manta y miró debajo y palpó el suelo, no había ni rastro de la bolsa donde guardaba el dinero para escapar de Hollow Hallows. Se percató de que la única que pudo saber su secreto era Rahne, cuando entró esa tarde en la habitación y la vio escondiendo el macuto. La maldijo docenas de veces, porque sus planes estaban rotos: Rahne cogió sus cosas, le robó su dinero y escapó por la ventana, apoyándose en el viejo árbol frente a la casa y decidiendo que ya no quería habitar más en Hollow Hallows.

—¡Maldita idiota! ¡No vas a robarme mi vida! ¡Ni lo sueñes!

Pero Rahne y su ausencia iban a hacer algo más que robarle la vida a Caroline, iban a robárselo todo a los Jones y a los amigos que pudieron tener. Todo.

—**ELLA VOLVERÁ, VOLVERÁ... ELLA NO NOS DEJARÍA ASÍ.**

CAPÍTULO 37

Huyendo en la oscuridad, sabiendo que la podían atrapar, Rahne hizo una parada en el Caserón Woods.

No atravesó la verja, porque la puerta estaba cerrada y escuchó voces en el jardín. Allí estaban Emily y Dawn. «En cuanto su tía se marche, la llamaré, me abrirá y hablaré con ella. Ella puede que quiera irse. Ella tiene a gente ahí fuera, es la hija de un rockero famoso... Ella es quien es. Ella podría ayudarnos».

Pero la tía y la sobrina no hablaban, discutían como si fueran a matarse. Los candiles del jardín las alumbraban, Rahne escuchaba y veía:

—Nunca podrás fiarte de ellos, maldita niña. Nunca podrás, ¿lo sabes? —dijo Emily intentando no golpear a su sobrina—. ¡Vas por ahí con esos niños y piensas que puedes sacar algo de ello, pero es imposible! Los Jones y los Dagan nos robaron todo, nos quitaron la única cosa que podía salvarnos, ¡nos quitaron nuestra vida! ¡Los Hownland podríamos haber hundido este lugar y haber salvado a los que merecieran la pena, pero ellos nos lo arrebataron!

—¡No me importa el pasado! —respondió Dawn, alejándose—. ¡No me importa lo que digas! ¡No me creo tus locuras!

—¡No te importa nada porque eres como tu padre y tu padre acabó muerto por eso! ¡Nunca estuvo loco de la forma que debía estarlo! ¡Yo estoy loca de la forma que me hará sobrevivir, no saltar de una puta azotea!

—¡Para ya esta mierda! ¡Mi padre acabó muerto porque cualquiera que vive acaba de la misma forma!

—Tu padre murió porque ningún descendiente puede vivir fuera de Hollow Hallows hasta que acabe la maldición.

—¿Qué gilipollez es esa? Acabamos muertos porque... ¡No hay otra! ¡No hay final alternativo! ¡Nadie sobrevive hasta el epílogo y vive para siempre!

—¿Epílogo? ¿Eres tan retrasada como tu padre? ¡Esto no es una maldita historia! ¡Esto no es una puta canción de tu padre! ¡Esto es la realidad y desearías que cualquier mierda que te pase en ella fuera pura ficción, pero no lo es! ¡No lo es, Dawn!

La tensión entre ellas iba a estallar, en puñetazos, en bofetadas como las que se llevó Rahne esa noche o incluso en algo peor. La joven Jones tembló, con miedo por su amiga.

—No quiero hablar más contigo —dijo Dawn.

—Ahora a la que no le importa algo es a mí y lo que no me importa es que tú, una puta niñata desagradecida, no quiera hablar conmigo. ¿Entendido? Te guste o no, soy sangre de tu sangre y soy más tu madre de lo que lo fue nunca la puta drogata que se folló a tu padre.

—Para ya.

—¡No voy a parar! No voy a parar hasta que comprendas que lo que tienes es un don que escapa de todo lo que nos hicieron, un don que espera despertar de nuevo, ¡un don que podría hundir Hollow Hallows en algo más profundo que el averno! ¿Por qué no lo aprovechas? ¿Por qué te quieres ir? ¿Por qué no afrontas la deuda de sangre que tienes? ¡Eres hija de los Hownland y los Hownland hemos sufrido lo indecible! ¡Véngales por una maldita vez en tu vida! ¡Acaba con Hollow Hallows, mata a los Jones, mata a los Dagan!

—¡No mataré a...!

—¡Ellos te matarían si pudieran, cría idiota! —dijo Emily con su odio y furia. Cogió de los brazos a su sobrina y la sacudió sin parar, como si intentase que reaccionase—. ¡Ellos te matarán por el don! ¡Te traicionaron una vez! ¡Lo harán otra vez y entonces...!

Emily Hownland calló porque fue testigo de algo que la enmudeció. Su rostro se retorció de furia. Rahne nunca vio a nadie tan enfadada en su vida.

—¡La navaja de tu padre, Dawn!

Dawn la sostenía en su mano.

—La navaja de mi padre, Emily.

—Piensa en lo que estás haciendo...

—Piénsalo tú.

Hubo un forcejeo. Un par de manotazos, alguna patada, arañazos... Y al final solo hubo un cuerpo tambaleándose antes de besar el suelo, con las manos en el vientre y una navaja clavada, empapada en sangre.

Emily Hownland se derrumbó, en silencio, herida o muerta.

Dawn miró hacia la oscuridad de la verja. ¿Alguien estaba allí, observándola? Le dio la impresión de que sí, pero no veía a nadie.

Rahne huyó.

* * *

«¡Seth! ¡Necesito a Seth! ¡Necesito a Caroline! ¡Los dos! Tienen que venir, tienen que ayudarnos a Dawn y a mí», pensaba Rahne mientras corría hacia la granja de los Dagan. «Ellos podrán hacer algo con el cadáver de la tía de Dawn... Ellos, sí. Yo... Dawn está muy nerviosa. Su tía le metía ideas raras en la cabeza. Su tía quería que nos hiciera daño, ¿no? Es eso. Debemos ir, ser amigos, calmarla... Yo sola no puedo, pero con ellos sí. Nos desharemos de ese..., cadáver o... Si los Hollow Hallows quieren un cadáver, le daremos ese cadáver, el cuerpo de una Hownland... Nosotros dejaremos que lo devoren mientras huimos. Les distraeremos así. Y saldremos de aquí y viviremos lejos. ¡Viviremos! Eso es más de lo que se puede decir que haríamos si nos quedásemos en Hollow Hallows».

Eran las doce. Ya era treinta y uno de octubre, Día de la Fundación de Hollow Hallows, cuando se conmemoraba la llegada de Alfred Hallington en el Estrella Eterna tras la tormenta. Enloquecida, Rahne Jones no lo recordó ni supo que los impolutos hijos ya cruzaban en la madrugada los campos para reunirse en torno a la estatua decapitada. Lo lamentaría.

* * *

Avanzando por los campos de cebada, la granja de los Dagan se dibujó en el horizonte. No hizo falta llegar hasta ella para escuchar algunos gritos de la vieja Dagan. «Al final serán ellos, los viejos, los que paguen por algo que no hicieron, pero por lo que merecen pagar», pensó Rahne. «Ellos no cortaron la cabeza de la estatua, ellos solo son sombras de los confabuladores, pero al no haberse marchado, al haber permanecido en este maldito lugar, se han convertido en culpables, se han convertido en parte del problema. Ellos son monstruos. ¿Por qué mis padres nos trajeron a mi hermana y a mí a este lugar? ¿Por qué Emily Hownland trajo a Dawn? ¿Por qué la vieja Dagan trajo a Seth? ¿Por qué renovaron una generación más de sufrimiento con nosotros? ¿Por qué no nos criaron lejos de aquí? Ese es su crimen. Nos han condenado tanto como los Hollow Hallows. Por eso están condenados a morir, porque ya no se les puede salvar».

—¡NO TE MARCHARÁS! ¡NO TE ATREVERÁS A IRTE! —exclamaba Ma Dagan y el corazón de Rahne dio un vuelco. Se escuchaba sin problemas, aunque estaban dentro de la casa.

—Pero Ma...

La voz de Seth se antojaba tan leve como el maullido de un gatito.

—¡ERES UN NIÑO! ¡NO SABES NADA DEL MUNDO REAL! ACASO, ¿LO HAS PENSADO? ¡POR TODOS LOS DIABLOS! ¡ESA NIÑA TE HA METIDO IDEAS! ¡MALDITAS IDEAS! ¡ESA CHIQUILLA DEL DEMONIO TIENE IDEAS COMO LAS GALLINAS CAGAN! ¡IDEAS QUE SON LO MISMO QUE LO QUE HACEN ESAS GALLINAS! ¡NO VAS A MARCHARTE! ¡HOY NO!

—Pero...

—¡HOY SERÉIS EL PRIMER PLATO DE HOLLOW HALLOWS! ¡HOY SERÉIS...!

Seth la frenó con un lamento:

—Ya está, Ma, ya está.

Los gritos de la abuela cesaron de repente, como si ni ella ni nadie más lo esperasen.

Rahne tembló, ¿qué le pasó a Seth? ¿Qué era ese sonido? ¿Una mochila cayendo al suelo? ¿Tendría sus pertenencias? ¿Las dejaba? ¿Se la quitó su abuela? ¿Qué ocurría?

La muchacha avanzó por el sendero, abriendo la valla con la llave escondida bajo la piedra (un secreto que Seth le reveló desde el primer día). Vio que alguien salía al porche y se sentaba en el mismo banco que ella ocupó esa tarde. Era Seth; lloraba inconsolable.

Tras la puerta, se escuchó el cuchicheo de Ma Dagan, pero él no contestaba. Rahne se dirigió hasta su amigo. Le partía el corazón verle así.

—Seth...

El chico levantó el rostro, sobresaltado al darse cuenta de que no estaba solo. Se secó las lágrimas, intentando disimular como podía.

—Eh... Rahne... Eh... ¿Qué pasa? ¿Bien?

Pero no, nada estaba bien. Nunca lo estuvo.

—Seth, ¿qué ha pasado?

Su colega fingió confusión.

—Eh... Hurm... Eh... Nada. ¿Por qué debería pasar algo?

El rostro de Rahne fue claro «sé que pasa algo», él no pudo obviar eso.

—Seth, si necesitas que te ayude con tus cosas...

—No... No te preocupes... Si has escuchado algo, ha sido... Bueno, Ma es así. Eh... Fue por... ¿Recuerdas que nos llegó un periódico de fuera donde había una suscripción para una revista de ordenadores? Pues nada, ahorrando la paga, pedí una de las revistas y... Había una cosa de cómo conectar teléfono y tener algo de Internet y..., bueno, toda es una mierda, una soberana y hedionda mierda. Mi Ma me ha pillado y...

—No mientas, Seth.

La frase de Rahne le congeló. Seth sentía todavía los labios de ella en los suyos, pero sabía que cada cosa que dijese solo la alejaría de él a partir de ese momento.

—Rahne, yo... lo siento tanto...

Rahne negó.

—¡No, Seth! No tienes que obedecerla. No tienes que hacerle caso, Seth. No es egoísmo. ¡Egoísmo es lo que ellos hacen con nosotros! ¡Ellos eligieron hace mucho, Seth! ¡Ellos se condenaron solos y nadie puede salvarlos! ¡Nadie!

Y aunque Seth se mostró dolido, no fue por hacer caso a las palabras de su amiga, fue porque tomó una decisión que no iba a cambiar.

—Lo siento mucho, Rahne...

La hermana de Caroline no daba crédito.

—¿Vas a dejarle que te mate? ¿Vas a dejarle que acabe contigo?

Seth movió sus manos como en un gesto de súplica.

—Es mi abuela. Ella me ha cuidado. Yo tengo que cuidar de ella y...

—¡ERES UN PUTO COBARDE DE MIERDA, SETH! —chilló Rahne y le dio una puntapié en la pierna—. ¡ERES UN PUTO COBARDE! ¡NUNCA VIVIRÁS! ¡NUNCA SERÁS NADIE! ¡NO ERES MÁS QUE UNA MALDITA RATA DANDO VUELTAS EN UNA RUEDA! ¡JAMÁS ESCAPARÁS!

—Rahne, algún día...

—¡NI ALGÚN DÍA NI NUNCA! ¡PORQUE ERES UN COBARDE, PORQUE JAMÁS AFRONTARÁS TU PUTA VIDA Y JAMÁS LA VIVIRÁS! ¡MALGASTARÁS TU TIEMPO VIVIENDO LA VIDA DE OTRO! ¡Y NO HABRÁ MAGIA NI SUEÑOS EN ELLA!

—Rahne, te equivocas...

—¡NO ME EQUIVOCO! ¡CONSUÉLATE EN TUS PUTAS HISTORIAS, SETH, PERO AL FINAL NO TENDRÁS NADA, AL FINAL SOLO TENDRÁS UNA MUERTE QUE TE MERECEERÁS! ¡TE LA MERECEERÁS!

—Rahne, por favor...

—¡TE HE ADVERTIDO! ¡TE LA MERECEERÁS!

Rahne se marchó corriendo. No quiso ver más a Seth. En ese instante, más que a cualquier Hollow Hallows, más que a cualquier otra persona, aquel chico desgarrado era la persona a la que más odiaba, porque significaba algo para ella que él nunca aceptó ser. Ella pensaba que Seth era «ayuda, futuro, mundo», pero solo era sinónimo de «cobardía, muerte, Hollow Hallows». Y lo odió por ello, por lo que pudo ser y jamás sería, porque ella misma erró y no quiso errar en eso.

En la realidad, doliese o no, Seth no era uno de sus héroes de ficción, solo era un despojo más de Hollow Hallows. Ni siquiera le dijo nada sobre lo ocurrido con Dawn y su tía. Ni siquiera le dijo que iría a por Caroline para que se marchasen las dos. Ni siquiera le dijo que lamentaba haberle querido, incluso cuando escuchó lo último que Seth le dijo:

—Lo siento mucho, Rahne.

* * *

La joven se marchó sola, lamentándose por sus errores, pero sabiendo que lo que quería hacer era un acierto; huir para siempre de Hollow Hallows no podía estar mal.

Arreglaría las cosas. Regresaría a casa durante un instante, se reuniría con Caroline, le pediría perdón por huir sin decirle nada, por llevarse el dinero y no pedirle que se fueran juntas. «Ella era la que siempre se quiso ir... ¿Cómo pude ser tan egoísta como para dejarla atrás?», pensaba, pero la verdad es que la confusión le impidió pensar con claridad. Ahora sí lo hacía. «Me reuniré con Caroline. Nos marcharemos. Ayudaremos a Dawn con su tía y nos iremos de Hollow Hallows, aunque sea corriendo por ese maldito puente. No vamos a quedarnos aquí. No. No lo vamos a hacer».

Aprendió algo muy importante: algo es lo que se piensa, otra cosa es lo que se obtiene. Al final solo existe un caos en el que nadie puede ordenar las partes de un final feliz. Lo entendió con facilidad, mientras cruzaba los maizales en dirección a su

casa. Fue con una zancadilla que la hizo caer al suelo.

—Pero si es una confabuladora...

Para cuando la arrastraron del pelo, poniéndola de rodillas, le metieron un trapo sucio de cloroformo en la boca. Después, le colocaron la mordaza y le taparon la cara con una bolsa de basura.

Rahne ya aceptaba quiénes la atacaban y cuál sería su fin...

Y sí, fin era sin duda la palabra más adecuada.

Elliot Ruth, inconfundible, con su sorna y su crueldad preguntó:

—¿Cómo se atreve a salir a la calle el día de Hollow Hallows? ¿Cómo?

Allison, con odio, le lanzó una patada en la espalda a Rahne, que notó como una oleada de calor salvaje la empujaba hacia el océano del sufrimiento.

Donald Ellis estaba exultante. La excitación de la caza le hizo decir:

—¡Mirémoslo por el lado positivo! Llevar la basura de Blackmouth hasta su casa, este montón de botellas de cloroformo, veneno..., nunca nos ha salido tan rentable. ¡Hemos cazado una confabuladora!

—Pero no podemos matarla.

Flint fue el que lo dijo, era la nota discordante. ¿Cómo era posible? El gemelo de Donald siempre fue igual que su hermano, a diferencia de Rahne y Caroline.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Elliot, ofendido—. No tenía la idea de matarla, Flint, solo de darle un buen susto, pero los sustos son mejores si sabes que si se le va la mano a quien te lo da, te puede matar. Además, ¿por qué me pones límites? ¿Por qué no voy a poder matarla?

—Porque por mucho que hoy sea el Día de Hollow Hallows, nuestro padre siempre nos ha dicho que los confabuladores deben ser sometidos a un ritual en su sacrificio —contestó Flint. Donald suspiró y asintió con la cabeza. Era cierto—. No podemos matarla así porque sí.

—¿Cómo es eso de «porque sí»? —cuestionó Allison con rabia—. Por culpa de estos desgraciados, no podemos tener una vida normal. No son inocentes de nada.

—Era una forma de hablar, Allison... Ya me gustaría a mí colgarla del palo más alto de Hollow Hallows, pero...

En la oscuridad Rahne ya no sabía dónde estaba, pero escuchó voces tenues que le enunciaban algo que no le era desconocido.

—De todas formas, tampoco nos volvamos demasiado serios... —dijo Elliot—. Se cargaron a algunos confabuladores sin ningún ritual. Véase al padre de Dagan Mi viejo le cortó el cuello junto a varios Hollow Hallows más, le echaron hasta ácido y...

—Se pasó un año de juicios secretos entre los fundadores y los habitantes de Hollow Hallows —aseguró Allison notando que algo por primera vez en su vida no salía como pensó. Se odiaba a sí misma. Quería matar a la confabuladora, pero el hermano Ellis tenía razón—. Mi madre me lo ha contado. Les costó mantenerlo en secreto. No querían que los confabuladores supieran que los Hollow Hallows

juzgaban a uno de los suyos por matar a una escoria como ellos. Siempre la unidad. Ya lo sabéis...

Elliot desvió la mirada. Apretó sus puños. ¿Por qué no podía hacer lo que le diese la gana? Acaso ¿no era el Día de Hallington? ¿No querría el fundador la muerte de un confabulador para sentirse honrado? Pero claro, lo querrían matar tipos como su padre, la alcaldesa, el padre los gemelos, Blackmouth o Shaxon. «Nada para nosotros. Somos el futuro y nada para nosotros. Queremos algo de sangre que hemos conseguido de una manera justa y nos la quitarán. ¿Qué nos quedará entonces?». Lanzó un puñetazo a Rahne, haciéndola caer de bruces. Sus amigos le miraron en silencio.

—Qué magnífico sería que nadie se enterase de que te matásemos, chica... —dijo—. ¿Cómo nos iban a seguir entonces?

Elliot puso su pie sobre la cabeza de la joven, que no podía luchar. El cloroformo hizo efecto y la pregunta resonó como el sonido de una gota que cae en lo más profundo de una caverna.

* * *

—Una pregunta que se me acaba de ocurrir: ¿por qué alguien debería enterarse de lo que le hagamos? —dijo Allison poco después y sonrió—. No creo que ninguno de nosotros contase algo de esto. Los confabuladores son un peligro para Hollow Hallows y nosotros amamos Hollow Hallows, ¿por qué no evitar que uno de estos monstruos destruya lo que queremos?

—¡Sí! —exclamó Donald—. ¿Sabéis? Y si alguno de nuestros antepasados hubiese pillado así a los confabuladores cuando iban a cortarle la cabeza a nuestro dios, ¿qué hubiera hecho? ¿Rituales o lo hubiera ejecutado? Creo que más lo segundo...

—Nuestros antepasados hubiesen matado a esta escoria —contestó Flint, ilusionándose con la posibilidad—. No hay duda. Los hubiesen colgado, a cada uno de esos malditos confabuladores y nosotros..., nosotros no tendríamos que estar haciendo esto.

—Sí, habrían evitado estos años en los que hemos intentado volver a estar en paz con Hallington tras la afrenta que sufrió sin que sus fieles hijos pudiéramos hacer nada —habló Elliot siguiendo el hilo de la historia—. Y es más, ¿cómo sabemos que esta confabuladora no pretendía hacer algo malo hoy?

—Sí, claro, tiene su lógica —apoyó Allison. Era como escuchar a un montón de lobos aullando al unísono—. Hoy es el Día de la Fundación. ¡Ella iba a hacer algo malo! ¿Por qué si no estaría de madrugada transitando estos caminos?

—¡La hemos pillado! —exclamó Flint, abriendo de par en par los ojos y mirando al cielo nocturno como si se le revelase una verdad innegable—. ¡En serio! ¡Somos

afortunados! ¡Hemos evitado otra acción de estos asquerosos confabuladores! ¡Hemos evitado que nos hagan más daño y condenar a los hijos de nuestros hijos a una persecución eterna!

—Pero esa persecución puede seguir siendo eterna —contestó su hermano—. Nada nos asegura que la vayan a matar nuestros padres, que la hagan pagar por lo que iba a hacer por obra y gracia de sus rituales... Y si lo hacen, no seremos nosotros quienes impartamos justicia, por mucho que nuestro futuro dependa de que basura como esta confabuladora deje de existir...

Los hijos impolutos conservaron el silencio con pesadumbre hasta que Elliot se pronunció:

—Si el Día de la Fundación en que los confabuladores decapitaron la estatua de Alfred Hallington alguien les hubiese pillado y hubiera acabado con su maldita conspiración de un tajo, nosotros no estaríamos corriendo tras la semilla de esos hijos de perra. Nuestras vidas jamás hubieran dependido de ir tras estas ratas por los tiempos de los tiempos... Eso lo sabemos, ¿no? —Allison y los hermanos Ellis afirmaron. Elliot continuó—: Aprecio las tradiciones de Hollow Hallows, aprecio sus rituales y sus costumbres... Pero no quiero seguir sabiendo que el enemigo que puede cortarme la garganta mientras duermo sigue respirando. Quiero que las cosas cambien, que ninguno de nosotros viva con miedo a los confabuladores y que los hijos de mis hijos tampoco lo hagan. Quiero acabar con esto.

Cada una de las cosas que decía el muchacho era parejo a lo que sentía Allison y los Ellis. Lo que añadió también lo fue:

—¿Qué os parece si la matamos? Nadie tiene que saberlo.

Los amigos se colmaron con la emoción de cada una de las palabras de Elliot y aceptaron lo que dijo. La única pregunta que formularon fue:

—¿Y dónde lo haremos para que nadie nos descubra? —dijo Flint Ellis—. ¿Qué sitio? ¿Qué forma? Queremos que sufra, que pague por lo que ha hecho ella y sus antepasados, pero ¿cómo sin que nos descubran? Es difícil...

—¿El antiguo matadero? —preguntó Allison—. Tiene muchas cosas interesantes... Mi madre y yo lo solemos usar para despiezar carne...

—¿La lanzamos al cementerio de barcos y dejamos que suba la marea? —propuso Donald.

Elliot meditó las sugerencias de la misma manera en que lo haría si estuviese eligiendo su próximo almuerzo.

—Me gusta la idea de los juguetes, pero el matadero está muy próximo al cementerio de Shaxon. Lo mismo pasa con el camposanto de barcos, muchas casas cerca... Pero me gusta la idea de jugar con ella y me gusta la idea de ahogarla... ¿Visteis cómo se revolvió esta zorrilla cuando cayó en la zanja? Oh, fue tan hermoso...

—¿Seguro que es la misma zorra? —preguntó Allison mirando la cara ensangrentada de la chica—. No distingo a las gemelas...

—Gracias —masculló Donald Ellis.

—Salvo vosotros, idiotas —murmuró Allison a los Ellis—. Pero ahora que lo pienso... ¿Qué más dará? Es una Jones y si hay una Jones menos, Hollow Hallows es mejor. —Se alegraron con esas palabras—. Ojalá la hubiésemos ahogado ya...

Se deleitaron con la idea de verla asfixiarse en las aguas, de verla flotar convertida en un cadáver...

—Hay un sitio donde el viejo Morley se lleva su ganado —propuso Donald Ellis, haciendo memoria—. Flint y yo le ayudamos un verano. Muchas de sus vacas la palmaron por una epidemia o alguna porquería de esas. ¡Cómo apestaban esos bichos! ¡Fue asqueroso, pero estuvo divertido! Creo que no existen las vidas plenas si en ellas no se ha visto explotar la panza de una jodida vaca... En fin, a lo que iba, hay un camino en el bosque, es una especie de vereda que conecta con el pantano sin atravesar el Caserón Woods... Esa ciénaga es enorme y más grande se hace cuando le das de comer cosas como vacas muertas...

La decisión estaba tomada.

—O como confabuladores —dijo Elliot y sonrió.

Allison agarró de los pelos a una inconsciente Rahne, levantándole la cabeza. Le movió la mandíbula, como si hablase, y dijo por ella:

—Muuuuuuuuuu...

* * *

Rahne dormitaba bajo el dolor de cabeza. Ignoraba que Allison y Elliot corrieron rápido para llevarle las cosas de vuelta a Blackmouth, que si su veneno, que si su ácido... El profesor ni siquiera se quejó de que faltase un poco de cloroformo («está bien que practiquen fuera de clase», opinó).

En cuanto estuvieron libres, la pareja sirvió de centinelas para Donald y Flint, que lograron meter a Rahne en el coche del pastor Ellis, el que conducían los gemelos desde hacía un tiempo.

Avanzaron con el automóvil hasta que el camino se estrechó. Descendieron y cargaron con el cuerpo de Rahne. Fueron raudos al interior del bosque, internándose en la traicionera maleza, pero dando gracias a las luces y linternas que portaban Allison y Elliot. Gracias a ellas, encontraron el sendero hasta el pantano que recordaban los gemelos.

Entonces, Rahne despertó.

—Hey, hey, creo que está consciente —avisó Donald a sus amigos.

Rieron. No podía estar saliendo mejor.

Rahne quiso gritar, decir algo, pero era como si le hubiesen calcinado su garganta. Después, descubrió que tenía un trapo en la boca.

Allison cogió barro de la ciénaga y se lo tiró por encima, disfrutando al ver cómo

gritaba, ahogándose con la mordaza.

—Esto va a estar muy bien...

Flint y Donald soltaron a la joven, cuyo cuerpo cayó contra el suelo húmedo, cubierto de raíces de los sombríos árboles. Ante los impolutos hijos y la Descendiente, el pantano.

Flint cogió a Rahne de la parte de atrás de la cabeza y la tiró hacia delante, hacia el agua negra, comenzando a ahogarla...

—¡No te la cargues tan rápido! ¡Joder! ¡Deja jugar a los demás! —dijo Elliot.

—Solo la estoy asustando. ¡Así es más divertido! —habló Flint con tranquilidad.

—En serio, tenéis que venir a ahogar vacas de vez en cuando —puntualizó Donald para Elliot y Allison—. Ha servido de entrenamiento para esto...

Flint sacó la cabeza de Rahne de las aguas durante ese instante, esperando a que se recuperase para volver a hundirla. Era divertido.

El miedo a ahogarse era demasiado fuerte en la joven. Era antiguo.

* * *

Caroline no pudo ir a la playa el día en que cumplió diez años. «Una de las pocas veces que quiero salir y no puedo», musitó. Tenía paperas. Su madre se quedó cuidándola.

Rahne estaba sana y su padre se la llevó de Hollow Hallows, hasta la playa de la otra orilla. Parecía un buen regalo, como lo fue un par de semanas antes Irv, una cría de pastor alemán.

—¡No quiero que te lleves a Irv! —le gritó Caroline a Rahne.

—Es un regalo de ambas y puede hacer lo mejor para él, que no es quedarse encerrado en una casa, desde luego —dijo Rahne con el tono de sabionda que detestaba Caroline.

Hubo una pequeña pelea entre ellas y Caroline se ganó un bofetón de su madre, mientras que su padre aceptó llevar a Irv, de solo cuatro meses, y a su hija favorita a la playa.

Caroline jamás olvidaría cuando sus padres y su hermana regresaron ese día.

Caroline se pasó toda la tarde deseando que les pasase algo malo, que se rompiese el coche o que empezase a llover. Quería algo malo para ellos, devolverles el bofetón. Pero lo que encontró fue a sus padres intentando consolar a Rahne.

Caroline sabía que su hermana era una mimosa que lloraba para conseguir cualquier cosa, pero en esa ocasión era diferente, sus ojos permanecían bien abiertos, estaban enrojecidos y respiraba con dificultad. ¿Qué susto la convirtió en eso? Porque sí, debió ser un susto. El miedo es lo único que consigue cambios tan fuertes y tan veloces.

Pese a que vio tristeza en el rostro de su familia, lo único que pensó Caroline fue

en su regalo de cumpleaños:

—¿Dónde está Irv?

Su hermana respondió con un ruidoso llanto, mientras que sus padres no le dijeron nada hasta conseguir calmar a Rahne y llevarla a la cama. Fue entonces cuando su madre le contó a su otra hija lo que sucedió.

Irv tenía la costumbre de seguir a Rahne. Su padre la dejó para que conociese la playa de piedras negras. Al principio marchó bien hasta que Rahne entró en el agua. El cachorro se quedó trotando al lado del padre durante unos segundos. Durante unos instantes, la hija pensó en lo doloroso que sería que Irv se perdiese. Por eso le dijo a su padre que lo agarrase. Cuando lo intentó, el perro huyó como hacía cualquier pequeño cargado de energía. Se dirigió directo al agua, para jugar con Rahne.

—Era un perro demasiado pequeño y las olas más grandes —concluyó su madre y Caroline lloró, porque no entendía como la vida de alguien podía resumirse a una frase.

Rahne estuvo a punto de coger a Irv, pero se le escapó en el último momento. El perrito lanzó un terrible llanto antes de que las aguas y la confusión se lo llevaran. Para siempre.

Su padre luchó por recuperar al cachorro, pero fue imposible. Su hija en ese instante se quedó paralizada y empezó a ahogarse. Por suerte, pudo rescatarla a tiempo, antes de que llegase otra desgracia.

Antes de irse padre e hija, una sombra fue dejada en la orilla. Al principio, Rahne pensó en una prenda de ropa perdida que acababa en la costa, ya que parecía algo carente de cualquier vida. Y lo estaba, pero no era ropa. Daniel intentó retenerla, pero Rahne siguió para encontrarse con el pequeño Irv, pero ya no era el pequeño Irv, ni siquiera se movía o saltaba como cuando le bañaban, estaba quieto, con la boca abierta y los ojos en blanco. Rahne se asfixió en lágrimas.

—¡Papá, hazlo vivir, por favor! ¡Papá!

Su padre no pudo.

Consiguió llevar el perro en el maletero del viejo coche para enterrarlo, pero Rahne no reaccionaba. La tuvieron que llevar al hospital, más allá de Hollow Halls, donde le dieron una mascarilla para intentar recuperarse del ataque de asma.

Caroline, al enterarse de la historia, quiso echarle la culpa a Rahne. Si bien Irv le parecía un meón que apuntaba a ser insoportable por su preferencia hacia Rahne, también era su regalo de cumpleaños. Era un pensamiento egoísta sí, pero también sentía que no era ya tan imperfecta y que tenía algo que echar en cara a su hermana. Pero el rostro de su Rahne era tan terrible, tan lleno de pena, que Caroline no dijo nada.

Las semanas siguientes fueron acompañadas de pequeñas crisis y pesadillas. El padre decidió enterrar al perro en el jardín de la casa y que toda la familia asistiese.

Así pensaban que Rahne pasaría página, pero no fue así. Cada cierto tiempo, tenía miedos y terrores nocturnos donde el perro regresaba de la muerte e iba hacia ella, mirándola en la oscuridad con un rostro esquelético y pútrido.

* * *

Elliot detuvo a los hermanos Ellis antes de que zambullesen de nuevo a Rahne. No fue por clemencia.

—¿Qué dice la puta esta? No la escucho...

Rahne masculló algo que les costó entender:

—Vi..., a..., Irv...

—¿Quién coño es Irv? —inquirió Donald. Los demás se encogieron de hombros —. Vale, pues reanudemos el baño...

La agonía era terrible para Rahne, pero darse por vencida significaba morir.

—¡Tiene miedo al agua! Mucho miedo —se regodeó Elliot, feliz.

—¡Seguro que ni se baña! —contestó Allison—. ¡Apesta!

Rahne susurró:

—No..., por..., favor...

Cada queja, cada lamento, era la música más hermosa para los impolutos hijos de Hollow Hallows, que querían seguir gozando del juego hasta el fin del mundo.

—Ah, esto está valiendo la pena. Por mucho que nos eche la bronca luego tu madre, Allison, por llegar tarde a organizar el festival del Día de la Fundación... —dijo Elliot haciendo que Rahne tragase barro hasta provocarle el vómito.

—Sí, es divertido, pero si tardamos nos buscará... —contestó Allison.

—¿Y qué?

—¿Queréis que nos pille haciendo esto? Me gustaría seguir, en serio, como a la que más, pero... ¿Y si nos pilla? No le hará gracia.

—Vaya, qué coñazo son las reglas —dijo Donald Ellis clavándole la rodilla en la espalda a Rahne. Escuchó el sonido de huesos rompiéndose—. ¿Nos tenemos que ir ya? Ni siquiera ha amanecido, pero... Qué pena...

Rahne sacudió su rostro, sembrado de moratones y sangre. Se llevó un buen golpe con la mochila donde llevaba sus cosas y el dinero de su hermana. Sus cosas cayeron al pantano. Los impolutos hijos aplaudieron, disfrutando al ver cómo el pantano se tragaba las pertenencias en un latido de corazón. La felicidad fue tal entre los Hijos que Rahne supo que ella iría a continuación...

Elliot estaba triste por no poder divertirse un poco más, pero tenía que hacer lo que tenía que hacer. Podía matar a alguien, por fin, pero de pronto no sabía cómo hacerlo de la forma más idónea para disfrutarlo.

—Qué pena que solo se pueda matar a alguien una vez —se lamentó y cogió a Rahne de las manos. Allison de los pies. Donald y Flint ayudaron a cada uno.

Empezaron a zarandearla—. A la de una, a la de dos y a la de... ¡Tres!

—¡NO, POR FAVOR!

Lanzaron a Rahne a las aguas.

Agua. Agua infinita. Agua ardiente en los pulmones. Agua dañina en los ojos. Agua amenazando con reventarla si la tomaba como aire. Agua sucia. Agua en la que Rahne se ahogaba... Agua.

Rahne se hundió en la ciénaga como una roca. Pese a que intentó superar su miedo, el agua la cegó y su boca empezó a anegarse. Sus brazos y piernas no respondían. Cuando su rostro sobresalía, encontraba más cieno, porque llovía como si la tormenta fuese a desplomarse sobre ella. Escuchó las voces de los impolutos hijos:

—¡Venga, nada, estúpida! ¡Supera tu miedo! ¡Te estamos ayudando!

Rahne se desvaneció entre las aguas. Cuando ya no la vieron, se marcharon hacia el coche con dirección a la plaza principal de Hollow Hallows.

—En fin, ¿soy el único al que la diversión le abre el apetito? —preguntó Elliot a los demás.

—No, no creo que seas el único —replicó Flint con una sonrisa de oreja a oreja—. Mataría por probar un poco de asado del Día de la Fundación...

—Me parece que ya lo puedo oler desde aquí —dijo Donald, riendo.

Allison fue la única que dijo adiós, mirando atrás y lanzando un beso volado.

* * *

Horas después, Seth fue hasta la casa de los Jones. Encontró a toda la familia desecha, incluso a Caroline. Tardó en captarlo, en entender lo que le decían: Rahne desapareció, no estaba, no la encontraban. Daniel Jones atravesaba Hollow Hallows buscándola en su vehículo y nada. No podían contar con gente como Ruth, ni en broma. Tampoco Ma ayudaría («tenéis dos descendientes... Os sobran», decía siempre). ¿Dónde estaba? Era como si se la hubiese tragado la tierra.

—No te preocupes, seguro que se ha ido a dar un paseo o algo... —dijo Seth intentando calmar a Caroline.

—¿Un paseo? ¿El Día de la Fundación? ¡Seth, no seas idiota! —pidió Caroline.

Varios platos se rompieron en la cocina. Caroline fue corriendo. Encontró a su madre rompiéndolos, uno tras otro. Fue su primer brote psicótico.

—¿DÓNDE ESTÁ? ¿QUÉ LE HABÉIS HECHO A RAHNE? ¿DÓNDE ESTÁ MI HIJA?

* * *

Para cuando Dawn se reunió con Seth y Caroline varias horas después, su amiga no parecía optimista.

—Lo siento, Caroline...

—¿Por qué lo sientes? ¿Cómo la dais por muerta de una forma tan fácil? —preguntó Seth sin admitir lo peor—. Vale, lo confieso. Ella habló conmigo anoche, me dijo de marcharnos, pero yo... Yo no quise y ella se fue... ¡Se fue! ¡Eso es! ¡Se fue!

Seth soltó una carcajada, como si hubiese encontrado la respuesta más obvia. Bajó la voz. Estaban en el porche del Caserón Woods y no querían molestar a la susceptible tía de Dawn, que debía estar dentro.

—No me creo que quisiera irse contigo —dijo Dawn—. Sé que te gustan las historias, pero esta no me la creo...

—¿Por qué no te la vas a creer? —preguntó Seth arqueando una ceja—. ¿Qué hay de raro en que Rahne quisiese largarse conmigo? ¿Qué pasa? ¿Soy un puto zombi de mierda o alguna cosa así? Soy un buen tío...

—Yo le dije que quería irme —contestó Caroline, destrozada—. Creo que se marchó fuera de casa, confundida, pero no me hubiera dejado atrás al final. Ella y yo... en el fondo, somos hermanas. Nos odiamos mucho, alguna vez incluso nos queremos, pero en cuanto a irnos de Hollow Hallows, no creo que ella me hubiese dejado atrás y menos llevándose antes a Seth...

—Vale, tendría que sentirme ofendido por esa gilipollez que acabas de soltar...

—Es la verdad, Seth —añadió Dawn como si no hubiese atisbo de duda, ni siquiera una posibilidad—. Habría venido a por nosotras...

—O quizás se haya largado sin nosotros porque le importamos una mierda bien grande y apestosa... —habló Seth, asintiendo, dándose la razón a sí mismo porque nadie se la daba.

—Me alegraría de ello, Seth —le respondió Dawn—. Porque eso significaría que sigue viva... ¿Qué haces, Seth? ¿Qué miras detrás de mí?

Seth le distrajo mirando algo del Caserón, hacia el ventanal principal. Dawn observó también. Allí, tras el cristal, apareció la imagen de Emily durante un largo instante antes de desvanecerse.

—Déjala, no importa —dijo la sobrina—. Hemos discutido...

—No parecía la misma de siempre...

—¿La misma de siempre? ¿Qué tenía diferente acaso?

—No lo sé, pero...

—¿Vamos a discutir también por esto, Seth? Por favor, madura...

—Es que...

Seth no pudo terminar la frase, no sabía cómo seguirla.

—Decías que estabais conectadas —dijo Dawn a Caroline—. ¿Has sentido algo raro...?

La voz de Caroline se levantó por encima de las otras con una frase que les produjo escalofríos aunque no entendieron bien el motivo:

—Sentí que... Ella volverá, volverá... Ella no nos dejaría así.

* * *

Una semana después, encontraron a Huargo en la entrada del puente de Hollow Hallows. Los impolutos hijos le dieron una paliza, pero Dawn, Seth y Caroline lo salvaron y sintieron que era uno más del grupo.

—Tal vez nos ayude a encontrar a Rahne —susurró Seth. La gemela lloró.

Una semana después, no encontraron el cadáver de Rahne. No lo hicieron hasta mucho tiempo más tarde.

* * *

Un año después, cuando Algo entró en el Caserón Woods, fue esa nube negra la que dejó que Huargo trotase hasta el tablón podrido bajo el que Dawn ocultó los huesos que los Descendientes hallaron en el pantano. El perro se los entregó a Algo. Y la historia se liberó en el alma de todos para concluir con una frase que resonaba como las trompetas del fin del mundo:

—ELLA VOLVERÁ, VOLVERÁ... ELLA NO NOS DEJARÍA ASÍ.

CAPÍTULO 38

Los recuerdos de Rahne se quebraron con un aullido.

Una plomiza luz cegó a Dawn, Garric, Seth y Huargo durante unos instantes que se asemejaron a la eternidad.

La oscuridad les confundió. Su vista ardía ante una claridad inesperada, pero las imágenes y las palabras de Rahne vibraban en el alma de cada uno de ellos, como si fuesen su amiga muerta aunque solo eran testigos de su vida y muerte. Ahora, sabían la verdad.

La negrura envolvió el Caserón Woods como el abrazo de un dios cruel.

* * *

Dentro de las cenizas, Caleb Ruth se pudo erguir, tambaleándose, pero dispuesto a luchar.

Movió la mano con la que utilizaba la pistola, pero ya no tenía más que un muñón sanguinolento y sin revólver.

Con un gesto cercano al susto (pero imposible porque él nunca se asustaba), se quedó helado al ver su piel. Era cetrina, gélida y plagada de úlceras sangrantes, como si hubiese estado vagando durante horas bajo la nieve.

Parpadeó y pasó los restos de su otra mano por los ojos, pretendiendo ver algo que se antojaba absurdo. Ante él, solo una tormenta en la que cualquiera de los presentes se compendiaría en nubarrones deformes.

Cada vez que respiraba, gemía como si su garganta estuviese cubierta de un barro que no dejaba pasar el aire. Era como si se ahogase en medio del mar, pero sin estar envuelto por las aguas. Se convulsionó, golpeándose contra la pared, siendo lanzado por unas manos invisibles. Al descender su rostro, abrió su boca y vomitó tierra ensangrentada.

Quiso recuperar su arma. Mataría a los descendientes, al tartaja y su padre, incluso al perro... Los mataría antes de morir. Nunca su determinación fue tan clara.

—No..., vais..., a..., olvidarme —dijo Ruth con la poca fuerza que albergaba.

Al moverse, una risa terrible, que bien podría haber sido el clamor del juicio final, detuvo al agente de la ley de Hollow Hallows. La carcajada, que brotaba de la caverna más profunda del averno, hizo que los tímpanos de Ruth estallasen e inundó a su alrededor, como el anochecer de Algo.

El policía de Hollow Hallows se desplomó, pero gateó por el piso hasta alcanzar el lugar donde quedó su pistola (tenía que ser esa mancha en el suelo, no podía ser

otra cosa... Por el tacto, lo era). La empuñó con ambas manos, resbalándose en la sangre, pero abrió fuego para cazar a Huargo, Dawn o cualquier desgraciado que se pusiese ante él.

Sintió que el arma ardía, como cada vez que disparaba, pero el calor no desapareció, aumentó hasta ser insoportable y, para cuando pudo darse cuenta, el metal bullía fundiéndose con su mano y, pese a que intentó gritar, solo vomitó más tierra.

Cerró los ojos y los abrió. Ya no se hallaba en el mismo lugar...

* * *

¿Dónde estaba?

Le rodeaba algo espeso, como la sangre... Era barro.

Miró arriba. Desconocía dónde estaba.

Solo divisó una capa de luz gris intentando atravesar la marea que le hundía. ¿Era la luna llena queriendo penetrar la negrura de la ciénaga? ¿Era la ciénaga?

No, ese no era él. Él estaba en el Caserón, pero...

«Tenía que matar al perro y a la Hownland... Son bestias, son los más peligrosos... Cortarles el cuello... No me harán nada si les corto el cuello», pensó con la rabia de alguien que no entiende lo que le sucede.

Caleb Ruth lanzó un manotazo a alguien. Ya no estaba en el mar de la locura...

* * *

Sus manos estaban ardiendo con el acero fundido, pero pensaba que podía herir a alguien con ellas. «Mi arma siempre fue parte de mí... Ahora soy parte de ella... Puedo matar... Voy a matar».

Una mancha borrosa le empujó al suelo. ¿Cómo las víboras consiguieron soltarse de sus ataduras? No lo sabía, pero tampoco le importaba. Iba a cogerles la cara, abrasarla con sus manos de fuego, hacer que sintieran el sufrimiento que él sentía y matarlos, convertirlos en huesos pútridos.

La batalla pareció eterna, pero duró menos de un minuto.

Ruth se abalanzó hacia la que creyó que era Dawn. Agitó sus manos hirviendo hacia la joven. Iba a estrangularla o partirla el cuello, lo que lograra primero. Apretaría, apretaría y apretaría un poco más y habría una confabuladora menos.

Un dolor punzante se desenvolvió desde la pierna derecha, un clavo más en su ataúd. Más allá del tormento, era como si ese ataque fuese con una sierra que se abriese paso a presión por los cartílagos, la carne, la sangre... Era un mordisco y debía ser la bestia, el perro Huargo.

Caleb Ruth peleó hasta marearse una vez más...

* * *

Escuchó un sonido apagado. Era como cuando se bañaba y metía la cabeza bajo el agua, el mundo y su música parecían volverse más graves, más oscuros y a la vez tenues... Y ahora le pasaba lo mismo, como si se ahogase, pero ese no era él, no podía serlo...

¿O lo era?

Caleb Ruth escuchó un grito que surgía y cesaba inesperado. Tardó en entenderlo, pero sonrió al comprenderlo.

Recordó la primera vez que se topó al tartamudo, se prometió que algún día lo vería gritar. No lo olvidaría, era una melodía dulce para él.

Ruth vomitó sus dientes y parte de su lengua, pero su boca no se abrió, como si sus labios se hubiesen cosido.

Para el segundo en que su mirada se tiñó de negro y rojo, supo que era porque las órbitas de sus ojos se perdían en la noche del pantano.

Despertó.

* * *

Los cuadros, los muebles y cualquier parte de la casa temblaron como si un gigante estuviese arrancando el Caserón Woods para arrojarlo por los aires.

Muchas cosas se fueron al suelo, algunos objetos y seres retorciéndose como las flores frescas, marchitándose en un suspiro.

Las ventanas explotaron, arrojando sus cristales hacia dentro, recubriendo la estancia principal de trizas.

La estancia giró sobre ti y los que estaban en ella encontraron el suelo frío como el mármol de una tumba.

El aroma a fangal provocó arcadas a los que allí se encontraban, hasta que descubrían que así no hedía el lodazal, así hedía la muerte.

Y acababa de empezar...

Fue cuando pasó.

Creció el sonido de un tablón moviéndose y un escondite para una bolsa de huesos dejando de ser un escondite, bajo la atenta mirada de Huargo.

A continuación, un chirrido horripilante, como cadenas siendo arrastradas por el largo camino de la desesperación. El olor dulzón se extendió por el Caserón Woods mientras alguien se acercaba a la escalera del piso superior y descendía a la sala principal.

«¿Quién demonios eres?», preguntó Caleb Ruth con su razón embotada.

No creyó lo que vislumbró su imaginación y que supo que, aunque lo negase, era real.

* * *

La negrura formó un vestido en torno al esqueleto. ¿Ocultaba los huesos o ayudaba a que se moviesen y se mantuviesen unidos por obra y gracia de una magia negra?

Los destellos rojizos y azulados alumbraron a la aparición que nunca ninguno de los presentes pudo olvidar.

La dama que fue Algo bajó por los escalones sin que los pies llegasen a rozarlos; más bien como si levitase porque el suelo no fuese digno o hubiese pasado demasiado tiempo bajo él. Por su esbelto cuerpo (¿se le podía describir como «esbelto» o definir como «cuerpo»?), se derritieron gotas de agua negra como la sangre ponzoñosa, brotaron gusanos y emanaron restos del pantano.

La piel de esa persona... ¿Cómo decirlo sin que pareciese una locura? Tal vez, era una locura y por eso no podía decirse de una forma lógica, pues no era piel, sino tiras de algo que una vez pudo serlo o, quizá, solo una luz sucia.

Envuelto por unos cuantos cabellos largos y embarrados, el rostro de la criatura mostraba casi al completo la calavera, a excepción del ojo derecho y la frente, los cuales podían distinguirse aún en una macabra combinación de algo que era muerte sin serlo y algo que solo un loco hubiese catalogado de vida. Era como si la nariz, las mejillas, la boca (o lo que fueran en aquella cosa) se hubiesen desprendido de la cara, mostrando los huesos corruptos que persistían debajo.

La cuenca del ojo izquierdo y lo que parecía ser el derecho comenzaron a brillar con una luz rojiza, sanguinolenta.

No tuvieron que ver más del grotesco espectáculo. Dawn, Seth, Garric e incluso el propio Huargo sabían que eran los huesos de Rahne y que la cara que veían en el tormento fantasmal era el de su amiga fallecida.

Y pese a que Rahne ya no tenía labios, supieron que sonrió de una forma que ningún vivo podía hacer; lo supieron, vaya si lo supieron...

Las últimas palabras de Caleb Ruth se repitieron como si fuese un eco, pero nunca abrió la boca sellada por la soga de la perdición. Fueron seguidas de la risa, la terrible risa venida del infierno de Rahne Jones. Su voz entró en la cabeza de cada uno con el vigor de un machete atravesando un cráneo.

—No..., vais..., a..., olvidarme...

—*Nadie olvida* —dijo la aparición.

Rahne elevó sus manos y un vendaval de garras negras emergieron del abismo, como los tentáculos que la envolvían cuando fue Algo.

Huargo se alejó asustado, yendo tras uno de los muebles desplomados, junto al que se encontraba Seth.

En la escalinata, Garric miró sin pestañear como unas luces rojizas crecían por la estancia a merced de los huesos de Rahne.

Dawn se apartó a tiempo para sorprenderse al ver a Caleb Ruth, moviéndose como una marioneta rota. Se elevó por los aires, estrangulado por la tenebrosidad ignota que le rompió su mandíbula, su nariz, sus ojos y oídos, introduciéndose en él, como la noche en una cueva.

Ruth forcejeó por escapar, como lo haría la víctima de un depredador, pero ya no podía, ahora sabía que estaba bajo los designios de una fuerza todopoderosa y, para su desgracia, no era Alfred Hallington.

¿Y si se volaba la tapa de los sesos con su pistola y se ahorra el sufrimiento? El arma se fundió, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Por qué...?

No pensó más.

Movió uno de sus brazos, la manga y la camisa al completo se marchitaron. La piel hizo lo mismo hasta romperse como restos de un día de tormenta que muere bajo el sol inesperado.

Los ojos de Ruth se derramaron como si fuesen copas desbordadas de sangre en el festín de la muerte. Rogó, angustiado, como un niño que no entiende el mundo y posee a una madre despiadada.

Rahne, convertida en una dama de oscuridad, susurró:

—*La muerte no entiende de súplicas... Lo aprendí hace mucho, lo aprendí el día en que morí... Y tú harás lo mismo.*

La marea de Rahne carcomió la carne y la sangre del *sheriff*, dejando solo unos huesos sanguinolentos que se iluminaron de escarlata y se apagaron al final.

Rahne abrió sus manos como si diese una orden a los tentáculos del color del plumaje de un cuervo. Se clavaron en el interior de Ruth. La piel, carne, huesos y restos del agente se desperdigaron por toda la estancia, reducidos a poco más que miseria. Al suelo cayeron huesos burbujeantes, apestando a azufre, hasta que se redujeron a la nada.

Caleb Ruth, hijo impoluto de Hollow Hallows, fue devorado por la sombra y de la boca esquelética de Rahne brotó una risa de ultratumba, otra vez.

No dejó de reír al contemplar al resto de los confabuladores.

—*No debisteis devolverme a la vida.*

Seth tembló, pero pudo decir algo:

—¿Rah..., ne?

Rahne giró su rostro, no lo hizo con ligereza, no como lo haría cualquiera (la cabeza giró al completo sin mover nada más del cuerpo, «como la maldita niña de *El Exorcista*», valoró Dagan).

El espectro (¿se le debería llamar así?) disfrutó del pánico en el muchacho.

Pero ni Dawn ni Seth sintieron miedo, lo olvidaron como si nunca lo hubiesen

tenido. Lo consiguieron porque los ojos de Rahne se iluminaron de un modo que parecieron los mismos que poseía al estar viva.

—¿Rahne, Seth? Sí, soy Rahne. ¿Quién si no sería, Seth? —preguntó y su voz sonó a la de siempre—. Soy... *Un lamento de muerte que regresa a su esqueleto... Eso es estar vivo o ser lo que soy ahora. Y vosotros, decidme: ¿qué sois?*

CAPÍTULO 39

«Rahne... Has vuelto de la muerte... Soy culpable. Allí... Allá... Donde sea que fueras..., estabas descansando en paz... Tal vez... No lo sé. ¿Esperabas regresar para vengarte? No... Tú no eres así... Pero acaso ¿puede cambiar un muerto? ¿Querías volver? Yo... No lo sé... Pero mi deseo... El deseo de Caroline y mío..., hacia ti... ¿Volver de la muerte para matar a Ruth valía la pena si a cambio te suponía esta condena? Yo... No sé... No sé qué pensar... Esto no ocurre en el mundo real... Oh, Rahne, lo siento tantísimo», se decía Seth con lágrimas, incesantes en sus ojos.

—Lo... Lo siento, Rahne... No quería que... Lo siento por moles... ¿Molestar? —dijo en alto, al fin—. No... No sé ni qué decir... Lo... Lo siento, Rahne. Lo siento por no haberme marchado contigo. Lo siento por haber sido un cobarde. Lo siento por haber deseado que regresases y haya tenido que ser..., así... Lo siento porque te merecías una vida...

—¿Y sientes que haya vuelto y os haya salvado? ¿A qué eso no?

Seth procuró responder, pero se extinguió en el vacío de las palabras ausentes.

—Rahne —nombró Dawn como si fuera el comienzo de algo más, pero no dijo ni una palabra más.

—Dawn —replicó Rahne, pero tampoco dijo nada más.

La moribunda y la muerta se entendieron en el silencio.

Seth se arrastró, apoyándose en la pared, entre los muebles abatidos y los cristales rotos. Se sostuvo en el lateral de la escalera por donde caía la sangre de Garric. Desde allí ambos miraron a Rahne, irradiando su oscuridad sobre sus huesos. Incluso así, al muchacho le pareció hermosa. Y se apenó porque las cosas hubieran sido de una manera tan triste y no comprendiese hasta ese día la historia de la única chica que le quiso. Sofocando el llanto, murmuró:

—No te marches, Rahne.

La fantasma le observó con curiosidad y algo... ¿Enigmático? ¿Se preguntaba por qué se lo decía Seth o por qué tardó tanto en decírselo? No importaba, porque contestó:

—Seth, no estoy en este lugar. Estoy en todos.

Sus tentáculos de oscuridad se alargaron hasta Garric. Seth los siguió con la mirada.

—¿Qué...? ¿Odell? ¿Qué pasa con Odell, Rahne?

¿Qué tenía que ver con aquello un tartamudo ensangrentado, incapaz de moverse, una pálida muestra de lo que era capaz el fin de cada uno?

—Su don cambia el mundo —contestó la dama espectral y su voz hizo vibrar la estancia—. No hay vida ni muerte en lo que escribe. Hay otra cosa. Y moldea su mundo según su mandato. Cada frase es un nuevo mandamiento que no podemos

cambiar.

Seth evocó lo vivido y se acordó del poder de Garric, de lo que les trajo, tanta desgracia y desdicha... ¿Y ahora? ¿No podrían cambiarlo?

—¿Ha jodido el mundo? ¿A eso te refieres? —dijo Seth, sabiendo que su autocontrol hacía tiempo que había ardido en el infierno—. ¿Ha jodido el mundo y no podemos hacer nada?

Rahne le dedicó una mirada compasiva o tan compasiva como la podía tejer una muerta viviente.

—Seth, el viejo mundo muere, el nuevo mundo de Odell nace. ¿Y yo? ¿Qué haré? ¿Me quedaré entre los vivos o vosotros, los vivos, vendréis conmigo, los muertos?

Imaginando lo que estaba por suceder, Seth estaba dispuesto a aceptarlo. ¡Sí, maldita sea! ¡Morir! Estar muerto era algo más seguro que pasar por las penurias y los ataques a los que los someterían los impolutos hijos. En cuanto ellos supieran de la muerte de Ruth, la rabia y el horror caerían sobre ellos, los descendientes. ¿No era mejor morir ya?

—Desconozco una cuestión —dijo Rahne—. No sé qué quedará de mí ante el futuro amanecer, pero algo persistirá. Lo sé.

Esas frases se le antojaban a Seth como un océano de acertijos entrecruzados en olas bravas.

—¿Algo persistirá?

Rahne sonrió como lo hacen aquellos que son omniscientes: de una forma que genera terror en cualquiera que la contempla.

—Tengo algo que hacer.

—¿Te..., te quedarás?

La falsa felicidad de la joven no se desvaneció como la brisa en el verano, sino que incluso aumentó mientras decía.

—¿Podría marcharme? Los vivos pensáis que los muertos nos vamos, pero os equivocáis.

Seth habló, porque temía que Rahne se desvaneciese y no pudiese decirle nada más:

—¿Esto está ocurriendo en el mundo real? ¿Sigo en el mundo real?

Rahne levantó su rostro, aquel velo de luz sobre una calavera, y susurró:

—Todos tenemos un mundo encerrado en nuestro corazón, nuestra mente..., y nuestros huesos. Ellos son nuestra historia y nadie la olvida. Nadie.

Movió su mano derecha y un objeto cayó al suelo, rodando hasta los pies de Seth.

El muchacho tembló, pero al escuchar el ruido, solo eso, supo qué era: la varita que lanzó al pantano. Miró al espectro ansiando una respuesta.

—Te hará falta ante lo que va a ocurrir, mago.

—¿Qué ocurrirá?

—Que todos terminaréis como yo... MUERTA.

Un trueno les dejó sin oír durante casi un minuto. Una fuerza más potente que un

fuego había explotado frente a ellos.

Cuando Seth vislumbró algo de nuevo, Rahne ya no estaba pero alguien se movía en el suelo. Dawn lo señaló con una mano temblorosa.

La sombra, que fue la aparición de Rahne, entró en el cadáver de Caroline y, durante unos segundos, pareció respirar, pero ya no era ella. Vestida de negro y con una máscara que era el cráneo de su hermana, la desfigurada abrió los ojos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Dawn como si se lo dijese a la Parca.

Seth estaba seguro de que no era Caroline.

Y la voz de la que fue Caroline o Rahne respondió:

—La... Dama de... Hueso...

Caroline y Rahne (¿o era la Dama de Hueso?) perdió la breve conciencia adquirida por el fruto de algo más oscuro de lo que podían imaginar.

—¿Quién? —Seth se giró hacia Garric, lo sucedido sonaba como aquel completo tarumba—. ¡Odell, no me estés jodiendo! ¿Quién es la Dama de Hueso?

Garric tragó saliva, ahogando un grito deseoso por ser expulsado, debido al dolor de la pierna. Logró responder tras mucho esfuerzo, pero Seth no se compadeció por él ni un segundo.

—Un-un-un..., per-person-na-naje de..., de..., mi-mi..., no-no-nove-novela...

Un zumbido atrajo las miradas. Una gran mosca negra apareció del interior de la nariz de John Odell, como si alertase de su presencia y lo que estaba por suceder, pero nadie lo entendió. Cuando lo entendiesen, sería demasiado tarde.

Huargo aulló como aúllan los lobos por las almas perdidas bajo la vigilia de la luna llena.

CAPÍTULO 40

Seth movió la varita y formuló el deseo en su cabeza hasta que amenazó con estallarle, pintando con sus sesos la estancia.

¿En qué momento tuvo una idea tan estúpida? ¿Los juegos de rol, los libros de fantasía, sus sueños rotos...?

Se transformó en un ser digno de un cuento, ¿por qué no sacar partido de ello? ¿No era algún tipo de señal?

Arrojó la varita al pantano en su día, una muerta regresó a la vida para traérsela desde las profundidades, ¿por qué negar lo que era ahora?

Estaba al borde del precipicio, decir no a la magia sería como renegar de una cuerda que podía impedirte caer. Y Seth no quería caer y, sin embargo, cayó.

El dolor producido por la paliza de Caleb Ruth le rompía en pedazos.

Pero ya no más.

Un rayo azul se liberó desde la varita y le envolvió, obligándole a gritar como si cada momento de su vida hubiese servido para ese objetivo: chillidos y lamentos.

Garric lo contempló, mezclando horror y fascinación con el temblor que le agitaba. El fulgor celeste cubría la piel ensangrentada de Seth, tejía hilos muertos, colocaba huesos en su lugar... Era como ver a un ser destruirse en una vieja cinta de VHS y rebobinar para contemplar cómo pasaba del cadáver putrefacto al moribundo gimiente. Y solo él era testigo.

¿Y dónde estaba Dawn? ¿A por qué cosa iría al sótano tras lo sucedido? Seth ignoraba el qué, pero tuvo en cuenta el cómo para poder hacer lo que quería antes de que ella regresase y eso que quería era magia. Temía que la chica no se lo permitiese tras lo sucedido la última vez, con el hallazgo de los huesos de Rahne.

Con Seth y Garric solo estaban John, contemplando las moscas en círculo, y Huargo, con su pelaje manchado de sangre, lamentándose. Las cenizas de Caleb Ruth se dispersaban y el cuerpo de Emily Hownland estaba allí, sí, pero se hallaba más ocupado en apestar.

Cuando el resplandor del hechizo menguó, Dagan tomó aire con una dificultad que le hizo toser sangre.

—Es-Es-Es pe-pe-peli-peligroso.

Observó al escritor con desdén. ¿Por qué Odell optaba siempre por ser tan miserable y odioso?

—No si tienes esto —contestó Seth, acariciando la varita. Despacio, se esforzó para ponerse en pie. Cayó un par de veces, pero lo logró. El conjuro obró bien—. ¡Lo he conseguido! ¡Lo logré! ¡Esta varita! ¡Esta basura puede hasta curarme! ¡Ja! ¿Qué límite tiene?

Seth se balanceó. Si bien estaba recuperado, un cansancio súbito se apoderó de él.

Quería dormir, desconectar, alejarse del movimiento de cada una de sus extremidades... Garric le observó como si le dijese: «tiene ese límite, ese precio. Conjura algo demasiado poderoso y te quedarás sin energías y, si te quedas sin toda tu energía, vaya, la palmarás». Eso fue lo que el descendiente de los Dagan captó.

—Es... Es magi-magia... Es... t-t-t-tu i-ima-imagi-imaginación... El lí-lí-lí...

—El límite, sí, sí. Ahora como me digas que ibas a decir «ligamento» en vez de «límite», te pateo el culo... ¿Cómo es eso? ¿Mi límite es mi imaginación? — cuestionó Seth y sonrió, como si escuchase a un gurú *New Age* hablando de alguna tontería ilógica—. Vale, maestro Yoda. Tentar a la suerte y a la Fuerza yo no he.

—Un-Un-Un..., fa-fa-favor...

Esas dos palabras, troceadas como los restos de un animal muerto, salpicaron a Seth.

—¿Qué? ¿Te tengo que hacer un favor? Hazme tú uno a mí: no tientes a la suerte.

—Es-Es-Es... al-al-algo q-q-q-que no... no tie-tie-tienes q-q-q-que... ha-ha-hacer si no... q-q-q-quieres...

—¡Claro que no! ¿Quién te crees que eres? ¿El amo del cotarro? ¡Tú no me mandas! —respondió Seth y estuvo a punto de reírse porque ¿cómo aquel patético forastero se atrevía a decirle esas chorradas? ¿Qué clase de poder creía ese Odell que tenía sobre él y...? Entonces lo recordó—. Vale, vale, ya sé qué «don» posees... Pero, a menos que lo escribas, puedo pasar de ti y, si te pones valiente y lo escribes, entonces acabaré contigo antes de que acabes de poner el último punto. Oh, sí, sí. Lo haré. He visto cosas en estas horas que ya no me harán temblar y esta varita me da poder. No sé cómo, pero lo haré, te destruiré si hace falta y... Joder, ¿por qué me obligas a hablar como el malo de una peli cutre?

—S-S-S-Seth...

Odell renunciaba a las bromas, a las contestaciones ingeniosas, a hacer gala de su poder como escritor y demiurgo, solo tendió una súplica.

—¿Qué quieres? —Garric se agitó y la herida de su pierna emanó pus y sangre—. Joder, qué feo tienes eso... Eh, ¿eso? ¿Es lo que quieres? ¿Que cure tus heridas como he curado las mías, al estilo hechizo molón tipo Doctor Extraño?

Garric negó, melancólico.

Seth se exasperó. «Maldito Odell, siempre consigues sacarme de mis casillas. Primero, con ese tartamudeo que hace que cualquier frase se alargue hasta que desee arrancarme las orejas. Segundo, con esos misterios de escritor demente incluso para pedir papel higiénico. ¿Quién te crees...?».

—Algo q-q-q-q-que... S-S-S-S-Seth...

—¡Venga, vamos ya! ¡Dispara de una vez, cowboy!

El tartamudo asintió, como si escuchar aquel comentario no le doliese, como si estuviese inmunizado ante los insultos, más cuando su pierna ardía como todas las forjas del infierno.

—El fa-fa-fa-favor es q-q-q-que ja-ja-ja-jamás uses la..., ma-ma-magia con-con-

conmigo...

Dagan mostró su extrañeza. ¿Adónde quería ir a parar el pequeño psicópata? ¿Le tendía una trampa que concluiría con un hacha clavada en su cabeza, al estilo Alan Lamke?

—¿Por qué? Tú... Tú hiciste que sea esto —replicó Seth y lo pensó antes de decirlo, porque aún le costaba aceptarlo si es que algo así se podía aceptar—. ¿Un mago? Sí, me convertiste en un mago y luego surgieron ideas como esta: ser capaz de curarme a mí mismo. ¡Y ha funcionado! ¿Por qué no usar esa magia que me diste contigo? ¿Por qué no quieres sacar un beneficio de esto?

—D-D-D-D-Dawn volv-volverá p-p-pron-to-t-to...

«¿Encima me amenazas, pedazo de cabrón tartaja?».

—T-T-T-Tú..., p-p-p-prome-prométemelo...

—No sé si... —Seth suspiró. ¿Le debía algo a aquel tipo? Sentía, aunque no quería reconocerlo, que sí—. Va, vale... Te lo prometo... —Cometía un error, lo supo y se le ocurrió algo—, pero ¡a cambio de una cosa! Ya sé que me has dado estos absurdos poderes y todas esas chorradas, pero ¡prométeme una cosa más, que no escribirás sobre mí! Quiero estar seguro de que si la cago es por obra y arte mía, no tuya. No quiero interferencias del gran dios de mierda, sangre y tinta llamado Garric Odell.

Para inquietud de Seth, Garric se halló contrariado con esa petición.

—Te-Te-Te a..., a-a-ayudé en el..., pa-pa-pa-pasado..., es-es-c-c-c-cribien-do...

—Tú lo has dicho: en el «pa-pa-pa-pasado». Pero de ahora en adelante, promete que no escribirás sobre mí más de lo que ya hayas escrito, olvida a mi personaje en tu novelita y yo te juro que no usaré ninguna magia sobre ti. ¿Buen trato, diablo?

Los dos adelantaron su decisión en el silencio, con sus gestos y su actitud.

—Lo... p-p-prometo...

—Lo prometo.

Seth se encogió de hombros. ¿Y ahora? ¿Qué haría? Caminó por la sala, dubitativo.

—¿M-M-Me con-con-consideras un d-d-d-dios?

—De la mierda, vale, pero eso es equivalente a nada, ¿vale?

—Un-Un-Un d-d-d-dios...

—Cierra el pico, mamón.

Se escucharon unos pasos por la escalera que ascendía desde el sótano. Los dos jóvenes disimularon, mientras Huargo se acercaba a Dawn, que aparecía con una caja en sus manos. La joven dijo, atropellada:

—¿Podemos dejar de matarnos entre nosotros antes de que vengan a matarnos los demás? Es hora de irse.

CAPÍTULO 41

La última Hownland del Caserón Woods rebuscó en el arcón del sótano, rauda, y encontró lo que buscaba. Corrió hacia Garric y le tendió el bastón con el cabezal de ágata.

—N-n-no pue-puedo.

—Para más adelante. Para ahora tengo esto —dijo Dawn mostrando algo que dejó plegado en las escaleras del sótano: una silla de ruedas—. Si te sale alguna cana y te cagas encima, serás como tía Emily decía que era mi bisabuelo.

Garric calló, pero aceptó la ayuda de la joven para llevarlo hasta la silla.

—Podrías ayudar, Seth —musitó Dawn.

—¿Ayudar a Odell? ¡No me jodas!

—Hay q-q-q-que..., res-resp-p-petar al ma-ma-mago...

Dawn dio un manotazo a la pared. Seth prefirió disimular y observó el cadáver de Emily. Dolía verlo, pero no tanto como ver a Caroline, con aquella máscara de cráneo ocultando su cara. Ver los cuerpos inertes de gente valiosa lastimaba aún más si se veía con vida a personas inútiles como John o Garric. «No ayudaré al hijo de perra que le ha hecho esto a Caroline...», pensó y tocó con la punta de su zapato un montón de polvo del suelo.

—¿Prefieres a Ruth? —preguntó Dawn al darse cuenta de que Seth estaba pisoteando las cenizas del policía—. Creo que ya no puedes ayudarlo a menos que sea barriéndolo.

—Dawn, ese hijo de perra de Odell le ha puesto..., esta máscara a Caroline y... —dijo Seth intentando descifrar cómo seguir—. ¿Qué pasa? ¿Caroline es ahora uno de sus personajes? ¿Todos acabaremos siendo alguno de sus personajes? ¿Lo somos ya?

Garric apartó su mirada.

—Si tanto te molesta, devuélvele la varita, pero recuerda la próxima vez lo que cuesta deshacerse de la magia —contestó Dawn vaciando su mochila y cogiendo solo lo necesario para escapar.

—¡Gracias a ese error nos libramos de Ruth! —gritó Seth—. ¡Y hemos descubierto qué le pasó a Rahne!

—Y todo eso lo conseguiste gracias a que Garric te dio esa magia. ¡Se la debes! —dijo Dawn guardando su navaja.

—¿Qué le debo? ¡Desde que vino aquí, esto ha saltado por los aires!

—Seth, madura. Esto iba a pasar sí o sí.

—¿Y por qué si es tan poderoso no ha evitado lo que ha ocurrido con..., con Caroline? —preguntó. Le costaba admitir el destino de su amiga—. Ella no se merecía esto, pero está..., está..., está muerta.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—N-N-No es-es-tá muer-muerta...

Garric consiguió decirlo entre los dolores del disparo recibido. Seth le señaló con la varita, pero Dawn le obligó a bajarla.

—No más problemas, Seth —advirtió—. Tenemos que irnos.

Seth se dirigió a Odell.

—¿Qué has dicho? ¿Qué es eso de que no está muerta? ¡Y ve al grano con tu respuesta! Nada de soliloquios sobre mierdas literarias.

El escritor detuvo sus ojos en Dawn, como si le pidiese que intercediera, que habló con brevedad:

—Te responderé como deba responderte.

Odell se perdió contemplando su sangre, humedeciendo la escalera y la silla. Pese al torniquete de Dawn, la hemorragia continuaba. Buscó un bloc de notas y un bolígrafo, eran sus armas para arreglarlo.

—Mi-mi..., no-no-vela es..., de-de fan-fan-fantasia... Los... cam-cambios tar-dan más-más en..., hacer-hacer-hacerse en la r..., re-re-re-reali-lidad... Y... Caro-roline es..., en..., mi..., histo-historia..., la..., la Dama..., de..., Hue-Hueso... Es una..., fuer-fuerza..., surreal..., cuyo..., des-despertar..., se-se-será..., la-la-la pri-prime-primera se-se-señal de-de..., la co-co-coronación..., del..., nue-nuevo..., rey..., del..., mun-mundo...

La expresión de Seth adelantó lo que estaba a punto de decir:

—Pero ¿de qué mierda estás hablando, pedazo de *friki* de los cojones? ¡No me estás respondiendo!

Dawn se interpuso entre ambos:

—Seth, ¿estás lento o qué te pasa? Es obvio: Caroline se está convirtiendo en su personaje. Garric está modificando la realidad.

El hijo de los Dagan negó y buscó alguna señal a su alrededor de que estaba soñando. No halló ninguna.

—No quiero que me hagas eso a mí —avisó Seth a Garric—. No quiero ser tu personaje.

—¿Y qué crees que es esa puta varita? —preguntó Dawn—. Garric te dio eso.

—Yo... —habló Seth.

Dagan pensó un acto sin vuelta atrás: en partir a la mitad la varita, estuvo a punto de hacerlo, pero recordó la tortura de Caleb Ruth, todo lo sucedido desde que renunció a la varita. No podía jugársela.

Garric movió la silla de ruedas hasta un folio caído en la sala. Dawn lo entendió y le dio un bolígrafo. Escribió, veloz.

—¿Qué está escribiendo, Dawn? —preguntó Seth—. Si este hijo de perra escribe algo en plan..., que me salgan diez ojos o un piojo gigante en la boca..., avisa.

Dawn chistó, incrédula.

—Seth, estás mal de la cabeza —dijo.

El escritor mostró el papel escrito.

—Es-es-es una..., anota-tación..., pa-pa-para la..., no-no-novela...

Seth la cogió y la leyó varias veces.

—Tienes una letra digna de un puto médico... Espero que diga lo que creo que dice.

Las letras y borrones clamaban:

Seth Dagan no está bajo mi poder.

Las promesas son promesas y no se rompen.

—¿Más tranquilo, Seth? —le preguntó Dawn tras leer y resopló—. Y si no lo estás, me importa una mierda.

—Muy amable.

Dawn ignoró a Seth, estaba cansada de Seth y su obra de teatro *No entiendo nada y me dedico a estar jodiendo*. Prefirió centrarse en lo primordial.

—Garric puede ayudar a que encontremos alguna embarcación —dijo Dawn y miró a Seth justo cuando abría la boca para pronunciar algunas de sus tonterías—. Sí, embarcación, Seth. Vamos a huir. ¿Es tan complicado pillarlo?

Seth le pidió que le prestase atención y dijo:

—Pero... Dawn, ¡tiene el poder de hacer realidad todo lo que escribe! ¡Que escriba que les revienta a todos un puto ñu mutante! ¡Puede matarlos, acabar con Hollow Hallows, solo tiene que escribirlo!

Se fijó en Garric y descubrió lo que sucedía: Odell tenía dificultad para respirar, el rostro pálido y parecía cansado, más aún después de escribir y hacer realidad lo escrito sobre Seth. Por eso, ni siquiera podía curarse de sus heridas. Tenía sus límites.

—Le debilita su..., lo que sea, ¿no? —preguntó Seth, acariciando su mentón.

—Si es..., u-una..., fic-fic-fic-ficción p-p-puedo..., aun-q-q-que lleva ti-ti-tiemp-p-po... Si es una no-no-nota sin na-nada artí-ar-artístico me..., me..., me cues-cuesta...

Algo no encajaba para el nieto de Ma y lo expresó de forma abierta:

—¿Y darme poderes no?

Dawn salió a la defensa de Garric, diciendo:

—Se los dio a la varita, eso tuvo que dejarle exhausto, pero cada vez que usas ese poder no parece depender del de Garric, sino de ti.

Seth arqueó una ceja.

—¿Y por qué, Odell, no has escrito que eso de quedarte moribundo tras usar tu poder no te pase?

Una mirada nerviosa devoró el semblante de Garric.

—Porque al escribir sobre algo tan poderoso terminaría muerto por el agotamiento de sus energías antes de lograrlo —contestó Dawn como si fuese evidente. Garric dijo que sí con la cabeza.

Seth suspiró. Se veía huyendo lo más rápido posible, cayendo en alguna trampa, pero, quizás, la suerte les sonriese.

—Tú, Seth, puedes ayudar con los Hollow Hallows que nos ataquen durante el escape —dijo Dawn indicando que la arma fundamental de su amigo sería la varita. Luego, divisó a otro lado—. Pero sobre Caro..., la Dama de Hueso...

Seth no se tomó bien que Dawn llamase a su amiga por su nuevo nombre.

—¿La Dama de Hueso? ¡Es Caroline!

—Cállate, Seth —pidió Dawn, refunfuñando.

—La-La-La Da-Dama se... No-No pue-puede mo-morir... Se-Se pro-pro-tetege...

Seth puso cara de asco e incompreensión, agachándose hacia su amiga. Acercó su mano al rostro oculto con la calavera.

—No sé de qué demonios estáis hablando, pero nos la llevamos y...

Gritó y alejó su mano. Tocar la máscara fue como si hubiese tocado llamas. Contempló sus dedos, temblaban, enrojecidos y sus venas se teñían de un verde sanguinolento. El dolor se adueñó de su cuerpo, como si una ponzoña se liberase en él. Y todo por intentar tocar a Caroline.

—¿QUÉ LE HAS HECHO, ODELL?

La furia de Seth no detuvo a un Garric más preocupado por su propia agonía.

—P-P-P-Pro-Prote-Protegerla.

Seth marchó adelante y cogió del cuello de la camisa a Garric, levantándolo de la silla de ruedas.

—¿QUÉ LE HAS HECHO?

—Des-Des-Despertará con..., el-el-el...

—¿CON QUÉ? ¿EL BESO DE UN PUTO PRÍNCIPE AZUL QUE ERES TÚ, PUÑETERO ENFERMO?

—Seth, suéltale —dijo Dawn. En su mano, la marca de la empuñadura de la navaja de su padre. La había recuperado.

—¿Cómo...? Dawn, ¿cómo dices eso? —preguntó Seth, incapaz de entender la lógica de la joven—. ¡Caroline está ahí! ¡Y Rahne! ¡Este bicho raro de Odell ha hecho que todo se vaya al garete! ¡Que todo el mundo caiga sobre nosotros! ¿Cómo le haces caso?

—¡Porque nos está salvando, puto imbécil! —chilló Dawn empujando a Seth, que soltó a Garric en la silla—. ¡Ha dado a Caroline una segunda oportunidad, cosa que ni tú podías hacer! ¡La ha convertido en uno de sus personajes!

El entusiasmo de Dawn no era compartido por Seth de ninguna manera y dijo:

—A mí también me dio algo de un personaje, ¡magia! ¿Y de qué ha servido? —preguntó caminando sobre sus pasos, yendo y viniendo otra vez.

—Caroline y tú hicisteis que Rahne volviese, incluso al tirar la varita nos salvaste y si lo hiciste fue porque contaste con el poder que te otorgó Garric —contestó Dawn, deteniendo a Seth—. ¿No te das cuenta? ¡Nos ha salvado! Sin Garric todos estaríamos muertos.

El muchacho meditó sobre lo escuchado. Observó los cuerpos caídos de Caroline

y Emily, notó las cenizas de Caleb Ruth en el ambiente, contempló las heridas de Odell (que no le importaron demasiado) y las de Huario y Dawn. ¿Salvarse? ¿A qué precio?

—Han venido a por nosotros por el rayo de luz —reconoció Seth. No lo ocultaba—. Lo lancé sin querer, hice que enfureciesen y...

Dawn le agarró, obligándolo a que la mirara:

—¡Déjate de estupideces, Seth! ¡Hollow Hallows habría acabado viniendo a por nosotros, tarde o temprano! ¡El Día del Fundador se acerca! ¡Habríamos terminado como Rahne!

La versión de Dawn era coherente, pero Seth pensó que su amiga estaba olvidando el detonante de los últimos sucesos:

—Pero... ¡La llegada de Odell!

—¡La llegada de Odell no importa, Seth! ¡Ahora tenemos la mejor oportunidad de huir y acabar con todo esto! —Hizo una pausa, soltó a Seth y respiró con agonía—. Tenemos a Garric, te tenemos a ti. Caroline y su hermana se han sacrificado por nosotros, Huario luchará por nosotros... ¡Ahora o nunca, Seth!

Dagan se mostró nervioso, indeciso. Se liberó de Dawn, caminó un poco y, tras darles la espalda durante un segundo, les preguntó:

—¿Y cómo vamos a proteger a Caroline?

—La-La-La Da-Da-Dama..., se..., se...

—Dawn, háblame tú —pidió Seth sin hacer caso a Garric—. Por muy salvador que sea, Odell, me desespera.

Dawn se calmó o eso quiso hacer, ya que el hecho de que lo consiguiese era otro tema y las ganas de matar a Seth eran, a veces, insoportables (él las hacía insoportables).

—Caroline se protege con la fuerza de su hermana. Es un personaje y Garric la ha escrito. No podrán hacer nada contra ella que no esté escrito.

No comprendía cómo Dawn sabía tanto del poder de Garric, pero Seth quiso profundizar en el tema:

—¿Cómo es eso? ¿Te salva convertirte en un personaje?

—Más o menos, Seth, supongo —contestó Dawn. Garric asintió—. Eso parece, pero tú no estás dispuesto a ser un personaje de Garric más allá del don que te dio.

—Ni de coña dejaré que este me toque —dijo Seth. «Además, tenemos nuestro trato»—. Por tanto, a mí me dio esa magia y punto, puedo vivir o morir sin más porque no soy un personaje del que vaya a escribir más... En cambio, Caroline y Rahne sí, aunque ahora están protegidas con esa..., «magia de Rahne».

Garric dijo sí.

—Huar-Huar-Huario se..., se..., se queda..., quedará... Es..., su gu-guardián en la no-no-novela...

—¿Su guardián? Pero si Huario es un cobardica —susurró Seth lo que provocó que el perro vagabundo aullase—. Vale, saco de pulgas, retiro eso.

—Nos... Nos a-a-ayudará.

La joven esperó una respuesta de Seth, que se inclinó ante el perro y lo acarició.

—Hurgo, maldita sea, eres un jodido héroe y no nos hemos dado cuenta hasta ahora —dijo acariciando al animal, que emitió un lamento. Tenía varias heridas graves, pero halló fuerza para lamer la cara de Seth y se echó en el suelo, delante de donde yacía Caroline o, como la llamaba Odell, la Dama—. Te vamos a echar de menos, chuchó, pero sabemos que la protegerás. Lo sé.

Seth escuchó a Dawn hablando con Garric:

—Hurgo está mal.

—Mi-Mi-Mi pa-pa-pa-padre...

Dagan desvió su mirada hacia John Odell, tumbado en el suelo, observando el techo, sin decir nada, solo..., estando. No se cohibió y lo dijo:

—En serio, ¿ese tipo sigue vivo?

Dawn reprendió con un ademán a Seth que replicó con otro que quería decir «ya me callo, vale».

—Tu padre se quedará, Garric —dijo la chica entendiendo adonde quería llegar Garric.

—Pue-Pue-Puede ayudar a-a-a-a-aq-aquí.

Seth era incrédulo. ¿John Odell? ¿Con su traje sacado de la basura, su cara cayéndose a trozos y su semblante perdido en el horizonte? No iba a acariciarlo como a Hurgo, pero sintió algo de lástima. «Van a venir a por ellos y no creo que puedan salvarse», pensó. «Todo para que nosotros nos salvemos».

—Tu padre no parece muy apegado a nosotros, ¿por qué se quedaría aquí a ayudar a Hurgo y Caroline? —preguntó Dagan a Odell, sin importarle tanto su odio. El misterio era mayor—. A menos que se transforme en pedazos y Hurgo, cuando se muera de hambre, se lo coma después de papearse a la tía de Dawn. —Miró a su amiga—. Sin ofender, es que creo que pasará... Pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué el padre de Odell le iba a hacer caso sin más? ¿No tiene voz ni voto? ¿Lo ha esclavizado con sus palabras o alguna mierda similar? ¿Lo maneja como un títere o algo así?

Seth cayó en la cuenta, Odell apartó la mirada y Dawn solo dijo que sí. Las piezas encajaban. Si Garric escribía que su padre se quedaba, se quedaba y su viejo no podía hacer nada para evitarlo, como si ese escritor psicópata fuese el destino y John un esclavo incapaz de huir de él. John era un personaje más de Garric, uno más que seguía sus pasos. Seth tembló un poco al percatarse de ese hecho. ¿Cómo el tartaja podía tener tanto poder?

—¡Es hora de marcharnos, Seth! —anunció Dawn cogiendo su mochila con un par de pertenencias (muchas las tuvo que dejar) que le podían ser útiles. Entre ellas, una carpeta llena de folios (¿la novela de Odell?) y lo que parecía ser la navaja (¿qué ocurrió con Emily en la noche de la muerte de Rahne? ¿Qué fue exactamente? Seth se lo preguntaba)—. ¡Vámonos ya antes de que caigamos rodeados por esos hijos de

perra!

La muchacha se despidió de Caroline y Huargo con una caricia a los dos, lo más delicado que hizo en años. Caminó moviendo la silla de ruedas de Garric, hacia la puerta. Seth miró atrás varias veces, sintiendo que era como un último adiós.

John no se movió del suelo, más quieto incluso que la desangrada Emily o la durmiente Caroline, unida a la sombra de su hermana Rahne. Huargo se mantuvo, apagado, pero valeroso, como si supiera que, aunque muriera, era un buen perro. «El mejor de los perros, joder», opinó Seth mientras daba un par de pasos. Huargo, todavía respirando, ya estaba muerto. Las lágrimas recorrieron las mejillas del muchacho.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó para disimular.

Dawn solo le respondió:

—El Ford Anglia.

Garric sacó de su bolsillo las llaves del coche.

Seth asintió, pero objetó:

—Estamos en una isla. ¿Y cuándo lleguemos a la costa? ¿Es como el *batmóvil*? ¿Se convierte en lancha o algo?

Garric negó con la cabeza, Seth gesticuló como un «no me digas», pero el escritor le contestó:

—He-He-He-He..., p-p-p-p-prepa-preparado un..., un..., un na-na-navío...

—¿Un navío? ¿De qué estás hablando?

Odell evocó aquellas horas en las que la historia de Hollow Hallows penetró en su memoria hasta no quedar ningún detalle fuera de su control. Fue una forma de vencer a Blackmouth, pero también sirvió para conocer aquel lugar hostil. Respondió a Seth:

—*El Es-Es-tr-tr-trella E-te-te-te-terna* sur-sur-surcará de..., nue-nuevo..., el..., mar...

Ya estaba, Odell se había vuelto majara y solo Seth lo veía así. Por eso dijo:

—Ese barco está hundido, Odell.

Dawn abrió la puerta y salió, pero Garric dejó una frase en la casa, una que fue contra Seth:

—Ya..., ya..., no.

Como siempre, Odell le dio escalofríos, pero el granjero empezó a correr. Estaba convencido de que podría decirles de pasar por la granja antes de irse, de comprobar cómo estaba Ma. Sabía que estuvieron cerca de la muerte, pero un enfrentamiento y el azar los salvó. ¿No podía ocurrir eso con Ma?

Lo que desconocía era lo cerca que estuvo de la muerte. Más de lo que creía, mucho más. No vio a la Parca a la cara, sino que estuvo en sus fauces, fue saboreado y solo se le vomitó en el último momento antes de ser tragado. ¿Por qué ignoraba ese detalle? Porque no vio que en los escalones, donde yació Garric herido, se escribió con sangre:

DAWN HOWNLAND, LA GUERRERA DEL REINO, SE SALVA.

**SETH DAGAN, EL HECHICERO DEL REINO, SE SALVA.
HUARGO, EL GRAN LOBO, SE SALVA.
LA DAMA DUERME, SE SALVA.
EL REY ODELL, PODEROSO Y ENSANGRENTADO, SE SALVA.
EL REINO HA NACIDO, ¿CÓMO NO IBA A SALVARSE?**

CAPÍTULO 42

Seth, Dawn y Garric caminaron hacia el flanco derecho del Caserón Woods. Allí estaba el Ford Anglia, sucio y destartado, esperándoles. La mano de la joven Hownland hizo presión en las llaves. Estaban tan cerca de marcharse...

—¿Sabes conducir? —le preguntó Seth—. Seguro que morir en un accidente de tráfico es mejor que morir por culpa de los cabrones de Hollow Hallows, pero...

Dawn abrió la puerta del piloto y dijo:

—Tranquilo, morir no entra en mis planes.

Un tenue temblor atravesó la cara de Seth, que apostilló:

—Eso ha quedado muy chulo, pero no me calma. —Mientras, Garric se sentaba en el asiento del copiloto con ayuda de Dawn, que luego guardó la silla de ruedas en el maletero—. ¡Hey, no me has dejado ni pedirme ese asiento! ¡Odell, eres un acaparador!

—Seth, sube o te dejo atrás —ordenó Dawn y ajustó el retrovisor. Su amigo obedeció, abriéndose paso como pudo hasta la parte trasera.

—¿Queda muy mal si aprovecho ahora para preguntar de nuevo sobre el tema del don? —dijo Seth entre soplos angustiosos al intentar llegar a su asiento—. En la visión... Rahne te vio discutir con tu tía y...

Dawn sonrió, como si disfrutase al escuchar a Seth rehuendo decir «cómo acuchillaste a tu tía».

—Sospecho lo que puede ser, Seth —replicó.

El corazón de Seth casi estalló como confeti.

—¿Y?

Dawn valoró la reacción del muchacho y solo dijo:

—Y mejor que huyamos ahora para que haya un futuro en el que podamos hablarlo. Imagina que te cuento toda esta mierda y acaban con nosotros antes. Escapar no es tan fácil como parece y las cosas se van a poner muy difíciles, ¿lo pillas?

El coche arrancó con un sonido brusco.

—¿Más difíciles todavía, Dawn?

—Ni te lo imaginas, Seth.

La chica intercambió una mirada con Garric. Si algo aprendió Seth es que no le gustaban aquellas «conversaciones en silencio», como las llamaba, entre su amiga y el monstruo de las letras. No tardó en imaginarse que, quizás, Dawn sabía conducir porque su personaje, en la historia de Garric, sabía hacerlo, era muy sabia, muy hábil o cualquier artimaña estúpida perpetrada por el tartamudo. «A mí me dio magia y a Dawn eso... ¿En serio? Hay que tener cuidado con este cabrón. Más que nunca», juzgó.

El motor estalló en una humareda que hizo temer lo peor («¿demasiado tiempo sin usarse?», fue lo primero que supuso Dawn), pero luego se obró el milagro y, lento, el coche empezó a moverse.

Dawn giró el volante con seguridad, tras que sus pies jugasen con el embrague y el acelerador. Era un modelo antiguo y ella no tenía licencia para conducir, pero Seth reconoció que daba la impresión de que lo hubiese conducido toda la vida.

El automóvil atravesó el jardín. Vibró al golpear algún trozo de estatua o algunos de los cúmulos de malas hierbas. Pronto, aumentó la velocidad de una forma inesperada. Seth ambicionaba hacer algún chiste sobre poner la radio, pero la velocidad le provocó ganas de vomitar.

—¡Espacio! ¡Vas a matarnos! —gritó al irse a un lado tras que Dawn trazase una curva.

—¡Mejor que te mate yo que los otros! —exclamó Dawn golpeando el volante.

—¡No! ¡Mejor es que no me maten ni unos ni otros!

La descendiente de los Hownland encendió las luces, alumbrando algo en el horizonte. Malas noticias: en la verja, varios Hollow Hallows esperaban, alzando armas como rifles. A la cabeza, Calvin Blackmouth dando órdenes.

—¡JODER! ¡CORRE, CORRE! —chilló Seth desesperado.

—¿En qué quedamos?

—¡QUE LO MEJOR SERÁ QUE NO NOS MATEN ESOS! ¡TIENES RAZÓN!

—¡Pues cierra el pico, idiota! —exclamó y le tiró al pecho su mochila.

Los disparos de los cazadores acribillaron la noche. Varias balas alcanzaron el camino del coche, algunos rozaron el armazón negruzco y una quebró la luna, haciendo que los cristales se quebrasen hacia el interior. La bala, en su trayectoria, atravesó la ventana de atrás.

Garric, Dawn y Seth se apartaron, pero algunas de las trizas les llegaron y, durante unos instantes, la conductora solo movió el volante por donde creía que debía hacerlo, lo que dio lugar a que chocase contra una de las estatuas. El Ford giró sobre sí, sembrando de caos la tierra igual que de sangre la cara de la adolescente.

—¿Dawn? ¿Estás bien? —preguntó Seth, asustado.

Su amiga recuperó la noción y volvió a tomar los mandos, acelerando hacia una parte donde los Hollow Hallows aún no se congregaban, pero eran demasiados y pronto la cubrirían, como moscas la basura.

—Estoy —contestó sin más.

Los neumáticos dejaron su marca sobre el césped. Se atascaron en la tierra, pero Dawn pisó el acelerador hasta apartar aquel barro fresco. Estaban perdiendo demasiado tiempo, un tiempo preciado. «Esto hubiese vuelto loca a mi tía, a la mierda su puñetero jardín», masculló para sus adentros Dawn antes de sacudirse el resto de cristales que cayeron sobre ella.

El viento frío entraba por el espacio que quedó del cristal roto, haciéndole casi imposible conducir rápido. Se movía más por intuición que por lo que veía en

realidad.

Quedaron sordos durante casi medio minuto.

Fue cuando unas balas resultaron ser más acertadas que otras y dieron contra la puerta derecha y el capó.

Dawn dio más velocidad, yendo a la verja, aunque significase reventarla para cruzar los campos y alcanzar la costa donde les aguardaba el barco.

—¡Hay algo que pensé desde el principio! —exclamó Seth sintiendo que su mente no le acompañaba y debía hacer algo para sentirse aún allí. Garric pareció prestarle atención—. ¡Este es el modelo de coche de los Weasley en *Harry Potter*!

—Oh, por el amor de todos los dioses —soltó Dawn, golpeando el volante y luego consiguió darle un golpe a Seth—. ¡Tus chistes no ayudan!

—¿No tiene un maldito botón para volar?

—¡Que te calles!

Un ruido.

No, más bien una explosión.

Una bala reventó la rueda posterior derecha. El tapacubos saltó de golpe. La llanta emitió un chirrido salvaje.

—Tenemos que llegar hasta la costa, tenemos que llegar hasta la costa, tenemos que llegar hasta la costa... —repetía Dawn como si rezase.

Varios Hollow Hallows les cercaron. Había un grupo conformado por estudiantes de la escuela, entre ellos Narcisus Pascal, hijo del jefe de la estación eléctrica, y Amelia Harrington, la pequeña de los propietarios de las granjas impolutas donde se abastecían los Hollow Hallows. Se lanzaron como si no hubiese mañana.

—¡Dawn, cuidado! —gritó Seth—. ¡Los vas a atropellar!

Una mirada maligna relampagueó en Dawn.

—¿En serio, Seth? ¿Te preocupa?

La muchacha los arrolló con la rapidez suficiente como para que los cuerpos no entrasen en el coche con la luna rota, sino que volasen por encima del techo. Garric sintió aprensión al escuchar los huesos partiéndose y la sangre salpicando el vehículo negro, un poco llegó hasta él. No entraron, al menos.

Era una carrera de vida o muerte. No existía un término medio.

Seth desconocía si debía creerse afortunado de estar al lado de Dawn, porque no tenía escrúpulos y hacía cosas dudosas, pero por ella seguía respirando. «A veces, hay que hacer cosas malas para seguir vivo, pero solo Dawn se atreve a hacerlas, yo no podría, yo solo ya estaría muerto», pensó.

—¡Joder, Seth! —gritó Dawn pasando con la rueda delante sobre un anciano de Hollow Hallows que les lanzaba piedras. Un guijarro pasó tan raudo y cerca que cortó la mejilla de la joven, sin llegar a darle—. ¡Seth, maldito seas!

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

Una Hollow Hallows, administradora de los depósitos de agua, fue embestida. Su enorme y gordo rostro atravesó el espacio de la luna, sin embargo seguía viva. Agitó

la mano donde portaba un cuchillo.

—¡Oh, joder! —gritó Seth sin saber cómo ayudar.

Garric agarró de la mano a la mujer, forcejeando con ella para que soltase el arma blanca. Dawn dio un volantazo, aportando una presión que ayudó a que el escritor tirase fuera a la mujer, cuya cabeza se partió en dos al tocar el suelo.

—¡Más bien qué no has hecho, Seth! —gritó Dawn—. ¡Tienes una puñetera varita!

Era verdad. Seth la blandió en ese instante. No era un hechicero de nacimiento, estaba nervioso, era posible que se olvidase y...

—¡Seth, joder, haz algo, puto inútil!

Las palabras de Dawn impulsaron al chico adelante, colocándose en medio de Odell y su amiga. Movié la varita pensando en apartar a la muchedumbre que les cerraba el camino. Lo hizo.

Una brisa salió disparada como un cañonazo, impactando y alzando por los aires a todos los Hollow Halls, sembrando con sus cuerpos el jardín. Una gota de sudor cayó por el rostro de Seth, cansado, demasiado cansado, pero debía continuar.

El automóvil hostigó a sus adversarios, aunque al pasar por encima de alguno, perdió velocidad y otro segmento de cazadores se abalanzó sobre él.

Seth se preparó con su magia, mientras circulaban próximos a la cuba de agua de los Hownland, no muy lejos del generador eléctrico. Lanzó una bomba de aire que hizo estallar ambos, electrocutando a los que pilló más cerca. Varios de sus enemigos se desplomaron a un lado, mientras el Ford les dejaba de lado a toda prisa, lleno de abolladuras, sangre y restos de los tiros.

Una docena de Hollow Halls se unió a otra, formando cuatro filas de cinco. Se cogieron de la mano uno y otros. ¿Pensaban que iban a detener el coche con sus propios cuerpos? Aunque perdiese potencia al carecer de una de sus ruedas, el Ford Anglia podría pasar sobre ellos, les retrasarían sí, pero...

—¡Esos hijos de perra, Seth! —exclamó Dawn señalando a la barrera humana.

Marleen Steinvek, una anciana pescadera, portaba una antorcha. Cuando fue golpeada, la lanzó al interior del coche. La luz amenazó con llegar dentro, pero una ráfaga de Seth la rechazó y alcanzó los cabellos de la vieja, que empezó a gritar mientras su cabeza ardía.

Y aún así, esa no era la gran amenaza: el peligro estaba en los Hollow Halls que se agruparon en formación, cogiéndose de la mano, creando una pared.

—¿Qué pasa con esos...? —preguntó Seth lanzando una bocanada de aire al flanco derecho. Miró adelante—. ¿Qué coño hacen esos?

—¡ACABA CON ELLOS!

Seth esgrimió la varita, tomando aire y esperando que todo fuese bien. Ese debía ser el combustible de aquella magia, su pensamiento.

—NO HAY OSCURIDAD...

Las voces de los Hollow Halls crecieron como un rugido nocturno. El grupo

cerró los ojos y se cogió de las manos con más fuerza, como si fuese un muro humano.

—¡Acaba con ellos, Seth!

Dagan proyectó una bocanada de aire y fuego. Fue más débil que las anteriores. El cansancio no le permitía hacer nada mejor.

El dardo se desvaneció casi al completo en su camino. Solo dos se soltaron, cayendo a un lado, pero los otros no, iban a perecer y lo harían juntos.

Seth chilló:

—¡Dawn, atropéllales también! ¡Conmigo no es suficiente!

—¡Ya veo, idiota!

El eco sombrío de los kamikazes de Hollow Hallows voló en una sola voz:

—Y VEMOS LAS ESTRELLAS.

El Ford Anglia se viró a un lado, pero los Hollow Hallows fueron hacia él. El golpe fue grande, destrozando el vehículo al impactar, uno tras otro, los Hollow Hallows contra él. Una explosión de viento lanzó a algunos por los aires, pero Seth no podía más, se quedó paralizado y la visión fue atroz.

—¡N-N-N-Nos q-q-q-quieren..., r-re-re-ret-retra-tra-sar!

Dawn lo pensó, pero Odell fue el primero que lo dijo en alto. La joven pensaba que si no lo decía, quizás se equivocase, pero no importaba que callase o hablase, iba a darse el siguiente paso en la estratagema de sus perseguidores.

El coche, frenado por el impacto, recibió varios disparos desde un escuadrón oculto entre los setos. Fueron certeros. Alcanzaron dos neumáticos, el que quedaba de atrás y el izquierdo de delante. Con una sola rueda, el vehículo se agitó antes de que el capó se levantase y se soltase como resultado de la embestida. Los sacrificados por Hollow Hallows consiguieron ralentizar el coche, pero también permitieron un ataque que lo detuviese.

—Abajo... Abajo... —repitió Dawn abriendo los ojos. Por su frente, brotaba la sangre.

—¿Có-Cómo que..., abajo? —tartamudeó alguien que, por sorpresa, no fue Garric, sino un Seth que notaba que la mirada se le nublaba.

—Abajo... O nos matarán —dijo Dawn, dando un manotazo a la manilla de la puerta. No se abría. Estaba doblada.

Miró al hueco de la luna, ¿podría escapar por ella? Demasiado peligroso si se acuchillaba con alguna triza o caía en el motor hirviendo...

Un estruendo grave: Garric consiguió abrir su puerta con ayuda del bastón que le regaló Dawn. Tendió su mano a su amiga, ayudándola a salir. Atrás, Seth luchaba por moverse y escapar. La muchacha lo agarró para salir.

Fue antes de que Garric fuese empujado y cayese al suelo, perdiendo su báculo.

—¡GARRIC! —exclamó Dawn.

La heredera del Caserón recibió un manotazo que la empujó contra la verja y se derrumbó.

Estuvieron tan cerca de escapar...

Seth se vino abajo al perder su punto de referencia, a Dawn. Entreabrió los ojos, deslumbrados por las luces del coche y las linternas de los Hollow Halls.

Alguien les aplaudió:

—Qué deprisa habéis venido. Me muero por escribirlo.

Calvin Blackmouth ordenó al resto de su destacamento que encadenase a Seth, como lo estaban haciendo ya con Garric y Dawn.

—Este año tendremos un gran Día de la Fundación —dijo Blackmouth con sorna.

Fue lo último que escucharon Dawn, Garric y Seth antes de que sus conciencias se apagasen con la lluvia de golpes de los Hollow Halls.

La caza terminó.

CAPÍTULO 43

La Casa de la Ley estaba en la Plaza Mayor de Hollow Hallows. Desde allí, se vislumbraba la estatua de Alfred Hallington, decapitada por los confabuladores y con su base abollada por los planes de los descendientes. En la Casa se almacenaba el poder frente a la monstruosidad. Alrededor, esa noche, se reunieron los habitantes.

Margaret Brooke, vistiendo su toga negra, compadeció en el balcón. Los vítores y aplausos brotaron como la muerte tras la enfermedad y la mujer se deleitó con ellos, pues, por primera vez en mucho tiempo, podía darles una buena nueva. El pastor Ellis se colocó a su lado, la gobernante saludó:

—¡Hijos de Hollow Hallows, qué noche más hermosa! ¡Hemos visto el fin y hemos tomado una decisión: salvarnos!

Los cánticos de victoria crecieron como los lamentos de los descendientes, aún en las sombras.

Calvin Blackmouth hizo acto de presencia junto a la alcaldesa y el sacerdote; para alguien tan regio, el disfrute de la victoria era superficial, pero necesario. En sus manos, portaba un libro de historia. Dio una señal para que unos estudiantes aparecieran, arrastrando un carro sobre el que había una caja tapada.

—Hay una noticia aciaga que no puedo evitar mencionar —anunció Margaret y fingió dolor. Era convincente—. Hemos conseguido sonsacarles algo a las ratas confabuladoras... Ellos se atrevieron a hacer algo terrible, ¡tal es su maldad! ¡Mataron a Caleb Ruth, guardián de la autoridad de Hollow Hallows!

Se escucharon chillidos de desesperación y llantos de tristeza. Uno de los impolutos hijos había caído, ¿el término de una de las grandes familias?

—No desesperéis, porque su muerte no quedará en vano —anunció Margaret y miró a alguien a su espalda: Max Ginsberg, el carnicero, portando su más afilado cuchillo—. Nuestro veredicto es claro. Vamos a demostrar que no cesaremos en nuestro mayor deseo: detener la amenaza de los confabuladores. ¡Lo haremos con sangre!

Los aullidos se avivaron por la plaza, a Dawn se le antojaron como el equivalente a la horda de pueblerinos que acosaban al monstruo de Frankenstein en la película de la Universal. Cada ser de Hollow Hallows vivió para esa madrugada.

—Y hay buenas nuevas, Hollow Hallows. ¡Grandes nuevas! —continuó la alcaldesa y aparecieron más personas en el balcón. Los guardias de élite levantaron tres bultos que fueron arrastrados hasta allí. Les quitaron las capuchas negras que les tapaban los rostros cubiertos de sangre—. ¡Dos! ¡Los dos últimos descendientes y la sucia sabandija que les ayudó! ¡Dawn de los Hownland, Seth de los Dagan y la pulga de Garric de los Odell! ¡Van a lamentar tanto haber nacido...! ¡Despertad, asquerosos!

Los guardianes abofetearon a cada uno de los presos, que hicieron un esfuerzo por abrir los ojos. Garric, al que le partieron el cabezal del bastón en la cara, hinchándola, le fue casi imposible.

—¡Y hay más buenas noticias! ¡Pese a la oscuridad que hemos soportado, pese a los males, otra buena noticia! ¡Alabados seamos! —exclamó Brooke. Ellis no pareció disfrutar de ese «alabados» y la jueza se serenó un poco («qué aburrido eres cuando quieres, Ellis», pensó)—. Elmer Shaxon, nuestro hijo impoluto, ha salvado a la familia Ruth de la extinción. ¡Qué afortunados somos! ¡Sus habilidades han creado algo mejor! ¡Algo que nos une, algo que es el primer paso de lo que está por venir! ¡La suerte está con nosotros!

Bajo el balcón, las hojas de la puerta principal del palacio se abrieron. Varios vomitaron, trayendo a aquel ser desde el cementerio, pero Elmer Shaxon no. Él sonreía al ver cómo la criatura iba tras él, emergiendo de la negrura de la Casa.

Su creación estaba sentada en un trono creado a partir de los restos del vehículo de los hermanos Ellis. Varios Hollow Hallows tiraron de las cadenas que se unían a la silla, con las ruedas del coche, hasta detenerla para que el resto del islote lo viese. Cada hijo de aquella tierra baldía contuvo el aliento ante la visión.

Esa masa amorfa de cicatriz sobre cicatriz, corte tras corte y herida ahogando herida, era un cuerpo..., o fue un cuerpo humano. El delirio de Elmer Shaxon, entre vísceras y experimentos, se materializó en aquella bestia que bien solo el peor demente podría haber soñado. Chorreaba sangre y miseria, moscas y gusanos escapaban de él, el hedor mortecino crepitaba como una llama, pero sí era conocido. Su rostro principal era el de Elliot Ruth, pero una cabeza a la derecha y otra a la izquierda, cosidas sobre sus hombros, dejaba ver que ahora también era Donald y Flint Ellis. El ser gimió como el monstruo que era, entre cuerda y amputación, alzando manos que bien eran garras.

El enterrador, sepulturero y doctor de Hollow Hallows hizo un milagro, pero un milagro monstruoso.

Los Hollow Hallows enloquecieron de emoción, Lord Shaxon estuvo a punto de llorar por primera vez en su vida. Sus vecinos apreciaban con honor lo que otros calificarían de aberración.

—¡Y hay otra buena nueva! ¡Otra más! ¡Una que os volverá los seres más felices que haya habido, os lo prometo! —gritó Margaret, impetuosa. Su hija, Allison, salió de la negrura, portando en sus manos el pergamino hallado en el buque de Hallington—. Nuestro historiador, Calvin Blackmouth, da fe de que este manuscrito, que mi noble hija ha encontrado, fue escrito de puño y letra por... ¡Alfred Hallington, nuestro fundador, nuestro dios!

En el ágora, algunos perdieron el conocimiento y otros lo poco que les quedaba de cordura. Era como estar en un sueño, quizás demasiado agradable para ser real, al menos para los Hollow Hallows; para los confabuladores era una pesadilla.

—¡Escuchad, oíd la palabra del fundador! «El Advenimiento...». ¡Sí, escucháis

bien! «El Advenimiento del Fundador». Escuchad... ¡Escuchad! «Donde se narra el retorno Alfred Hallington de la muerte, la cual traerá para los impuros. Sed afortunadas las criaturas de buen corazón. Sed desgraciadas las bestias que hallen felicidad en el mal. El tiempo avanza hacia la hora del juicio final y nuestro dios juzgará». ¡SOMOS AFORTUNADOS, HIJOS DE HOLLOW HALLOWS!

Algunos se pusieron de rodillas y empezaron a rezar, varios no supieron hacer nada más que llorar. Las súplicas fueron escuchadas por dios.

El pastor Ellis tocó dos veces el suelo con el báculo y los Hollow Hallows que mantenían a los cautivos lo interpretaron a la perfección: cogieron las cabezas de Garric, Seth y Dawn, manteniéndolas firmes, quisieran o no, perfectas para ser cortadas con un arma afilada, como el cuchillo del carnicero Max.

—No cerréis los ojos —ordenó Ellis a Dawn, Seth y Garric—. Es hora de que veáis lo que habéis hecho.

Los centinelas colocaron ante ellos la caja metálica y se dispusieron a abrirla.

—Vais a ver vuestro futuro, ¿cuántas veces creéis que alguien tiene tanta suerte? —inquirió Blackmouth, sacando un pañuelo y tapándose parte de la cara, debido al pestazo del cofre.

La pestilencia y los alaridos enturbiaron las mentes de los prisioneros, pero su vista, costase lo que costase, pudo horrorizarse con lo que vieron salir del baúl.

Graham Mayers, uno de los escoltas, volcó el contenedor. Hilos de espesa sangre se escurrieron hasta el suelo. Varios trapos caían, sin vida, restos carentes de forma que solo Seth identificó pues no era la primera vez que veía un animal muerto.

Max Ginsberg cogió varios de los despojos. Las plumas y la carne desollada cayeron, pero los mostró ante los reos. Para entonces, Seth y Dawn ya sabían que eran los animales de la granja Dagan. Sacó un cuchillo y abrió a las gallinas muertas en canal, mostrando su interior.

—¿Ma? —susurró Seth, recibiendo una bofetada para que callase.

Garric miró con estupefacción a Dawn, no podía ser cierto.

Ginsberg se acercó a lo último que quedaba en la caja. Era una criatura enorme, como si la gordura se hubiese comido a la vida, y la tiró ante los tres presos. Lo hizo con calma, mientras limpiaba sus cuchillos. Era normal para él, solo una parte más de su labor.

—Ya sabéis lo que va a pasar ¿no? —gruñó y rio como un idiota.

Seth observó cómo el estómago de las gallinas era abierto y caían trozos sin terminar de digerir. Había grano y hierba, pero también algo más extraño, algo que no vio hasta entonces, algo que «cuajaba» pedazos de... ¿Qué era? «¿Es veneno? ¿Las envenenaron antes de matarlas?», se preguntó. Para entonces, Dawn ya sabía lo que ocurrió y sintió lástima por su amigo.

—Hemos matado a tus sucios animales —dijo Margaret Brooke a Seth, haciéndose oír en toda la plaza—. ¿Cuántas enfermedades nos habréis traído? ¡Ya no más! Con ellos hemos sido piadosos, hemos acabado con su sufrimiento... Deberías

haber visto al cerdo... ¡Cómo chillaba! ¡Parece que no le sentó nada bien la última comida!

Seth comprendió que el enorme despojo sacado por el carnicero era el cerdo. Ginsberg rajó de arriba abajo a Sethie, convertido en restos gordos y pútridos que bañaron el interior del depósito con la podredumbre de la putrefacción.

Garric notó las arcadas, trepando por su garganta. El sonido de la piel despedazándose y el interior del cuerpo brotando hacia fuera le hizo sentirse a punto de desfallecer, pero no se atrevía, ¿qué le harían si se desmayaba? No se creyó que lo que vomitaban las entrañas de las gallinas eran dedos. Sí se creyó que el cerdo muerto vertió algo peor. No solo arrojó sangre, también trozos mordisqueados de un cuerpo.

Un cuerpo humano. Mutilado.

Dawn era consciente de que hiciera lo que hiciera, estaría en peligro. Hubiese deseado algo más de poder, algo como la magia de Seth, un don. Miró a su alrededor, pero solo se fijó en un detalle: la varita de Dagan la tenía, usándola como marcalibros, Calvin Blackmouth. Si la tuviese...

Seth quiso levantarse, pero uno de los lacayos de los impolutos le agarró del cuello, impidiendo que se moviese. Notó la asfixia y vomitó algo más que comida y bilis, sangre.

Y eso fue antes de que se lo enseñasen.

—El pobre cochino... Hubo algo que no se pudo comer... Quizás tú sí puedas —dijo Margaret Brooke a Seth antes de ver cómo Adeline Dawson, aquella anciana de terrorífico aspecto, sacaba de una bolsa algo que lanzó a Seth.

—No..., mires..., Seth —susurró Dawn.

Dagan la ignoró.

Y lo lamentó.

Ante él, llena de heridas, pero aún reconocible, la cabeza decapitada de su abuela.

Y la verdad: Ma Dagan estaba muerta, mutilada, reducida en comida para sus animales.

Seth perdió la razón y, cada vez que su alma o su mente se quemaban de dolor (y hubo un incendio calcinando cada parte de su ser), chillaba como si el abismo más negro se abriese ante su corazón.

—Cabeza por cabeza —dijo Elmer Shaxon, gozando de la visión, junto a un atril con el frasco donde se guardaba la cabeza de Alfred Hallington.

Antes de recibir un codazo en la cara, Seth juró ver desde allí una nube negra y un fuego rojizo, donde estaba la granja. Quemaron su casa.

Garric se ahogaba respirando agitadamente, mientras el muchacho de la granja vociferaba y lloraba sin cesar. Dawn bajó la mirada, notando como la sangre de los animales llegaba hasta ellos.

—El Día del Fundador, este treinta y uno de octubre, haremos justicia con los confabuladores, este es solo el principio, os lo prometo —avisó la jueza, levantando

sus manos hasta el firmamento.

Los Hollow Halls exclamaron triunfos finales, inundados de ánimo y alegría. Por fin, tras tanto tiempo, iban a recibir la justicia divina. Alfred Hallington les guiaba bien.

El destino estaba a poca distancia. Sin vuelta atrás.

CAPÍTULO 44

El perro vagabundo Huardo murió con las últimas sombras de la madrugada.

Prestó batalla muchas veces, huyendo de los hijos impolutos y siguiendo a los descendientes, pero la última lucha fue contra Caleb Ruth y ahora sabía que sí, que era la última.

Sus patas se destrozaron, su lomo se hundió, la respiración se hizo pesada y sus ojos se apagaron. Eran las acciones que abrían paso hasta el fin.

Los humanos le encomendaron quedarse para proteger a las hermanas fallecidas, pero, rodeado de muerte, como Emily Hownland y John Odell, e incluso luchando por vivir (porque tenía un cometido), no le quedó otra que extender sus patas delanteras, apoyar su cabeza sobre ellas y dormir para siempre.

* * *

El pozo se abrió en la plaza. Era una cueva pestilente que nunca se utilizó salvo para albergar en su día a los peores enemigos de Hollow Hallows: los confabuladores de Oniros Hownland. Y ahora, la apertura de esa celda, un agujero infrahumano, se vislumbró como un triunfo.

—Así no escapan y honraremos las tradiciones; primero, los confabuladores, ahora, sus descendientes —dijo uno de los custodios a Margaret Brooke.

La alcaldesa afirmó y vio a los tres presos siendo lanzados al agujero. Tuvo ganas de aplaudir.

—Recordadles qué es el dolor —les encomendó a los vigilantes—. Aplicadles la ley que mi puño ejecuta, pero mantenedlos vivos hasta el gran día.

—Sí, nuestra señora.

Y Margaret se marchó, diciéndose a sí misma que Alfred Hallington ya debía haberla convertido en su santa.

* * *

Allison vigiló el lejano Caserón Woods. El resto de los Hollow Hallows lo evitaba, como si ya creyesen que hubieran cumplido su misión por atrapar a los presos y llevarse los cadáveres de los vecinos caídos, pero ella sabía que no era así.

—Ese sitio está maldito —dijo Killian Ginsberg, rascándose su carne sebosa.

Los compañeros de Ginsberg continuaron con sus murmullos sobre fantasmas y

adoradores del diablo.

La hija de la gobernante deseó estrangularlos, pero dejó de lado a aquel idiota supersticioso y su panda de garrapatas. Ella descubrió el mayor regalo que Alfred Hallington les había dejado, ¿por qué los demás no aprendían de su gesto de valor? Debería enseñarles, debería darles un triunfo más que Hollow Hallows no ignorase e hiciese que aprendiese de una vez por todas: tenían que ser dignos, valientes, herederos de Alfred Hallington. La cobardía era lo que les alejaba de dios.

Sus pasos la dirigieron hacia las entrañas del Caserón Woods.

* * *

Esa madrugada, los guardas de Dawn, Garric y Seth arrojaron piedras al interior de la celda. Ninguno de los tres pudo esquivar la lluvia de cántaros y, a la media hora, lucían sangre en su rostro, como Garric, o perdieron el conocimiento, como Seth. Dawn se tambaleó de un lado a otro, buscando un refugio en el agujero, pero ¿lo habría?

—¿Y tú no caes, puta? —le preguntó Albraith, el loco del mercado.

—¡Jamás ante vosotros! —gritó Dawn, malherida—. ¡Jamás!

Albraith y sus camaradas masticaron sonrisas pútridas que se escupieron entre sí para mutarse en la frase del mercader:

—Ya lo veremos.

* * *

Calvin Blackmouth dejó la navaja de Dawn Hownland junto a las otras pertenencias que arrebataron a los descendientes. Una le llamó la atención y la posó en el centro de su mesa: era un enorme montón de folios; acostumbrado a distinguir el volumen de los libros gracias a sus centenares de lecturas de documentos históricos, calculó a simple vista que serían algo más de cuatrocientas hojas.

Leyó varias páginas, aunque no tardó en mostrar su desdén y su asco hacia ese texto firmado por Garric Odell, el absurdo tartamudo que pronto vería muerto. ¡Cuántas ganas sintió de tirarlo a la chimenea, tanto al propio Garric como a aquel montón de basura con el que profanó el arte de la escritura! ¿Cómo existen mediocres capaces de creer que pueden manchar las bondades de la literatura escribiendo basura de fantasía? El cronista se lo preguntaba con auténtica rabia, pero no paraba de leer pasajes como:

El huargo devoró la noche y el día, pues su hambre era insaciable,

interminable como el daño. Solo obedeció a los que tuvieron fe en él, como el soberano, pero ¿obedecer es la palabra? No, era indómito, solo tendía pactos con almas.

Las tierras pudieron extinguirse y los monstruos asfixiar a los inocentes, pero el lobo les salvaguardó como un dios clemente, que chilló a una luna que nunca menguó.

El huargo buscó sangre, sangre de fanático, para saborear la demencia y de dicha forma entregar su locura a un mundo que debía sanar con el primer aullido.

Calvin Blackmouth pasó la página.

Y otra...

Y otra más.

¿Qué maldición era aquella?

* * *

En un mundo más justo Dawn, Garric y Seth hubiesen escapado. Caroline y Rahne también. Hubieran sido felices, un grupo de amigos raros, pero con un futuro más allá de la muerte, vagando en busca de sentido, como su perro Huargo. Ese futuro que nunca ocurrió hubiera sido tan maravilloso...

Pero ahora ya no existía mañana y Dawn se cercioró mientras se desangraba en el suelo, tras que una piedra le abriese la cabeza.

Si el mundo fuese más justo, no sería real, no sería su mundo.

* * *

La abominación comió las cabezas de pescado con avidez. Se hallaba en su jaula, masticando las raspas como si fuesen una parte más de la delicatesen.

Shaxon contempló cómo el hambre del que dotó a los restos de Elliot Ruth y los hermanos Ellis movía al engendro, como si un espíritu feroz gobernase a los tres que eran; un alma que Elmer les forjó con sus habilidades, dignas de Vulcano y los nigromantes.

—Gracias, padre Hallington, por convertirme en tu dador de vida —susurró y oró a los cielos.

En unos días, esa muestra de su grandeza, atisbada más allá del crepúsculo, sembraría Hollow Hallows de la justicia divina. Y él no podía ser más que una cosa: feliz.

* * *

Dawn estuvo inconsciente hasta que los chillidos de Seth la despertaron. Escuchó a Garric maldecirse, porque él lo vio todo.

En algún momento de la noche, los carceleros se aburrieron y levantaron a Seth tirando de sus cadenas. Le cogieron sus manos y le hicieron agarrar los barrotes para no caer al vacío. Le atraparon las uñas de los dedos de sus manos con alicantes y le dejaron suelto. Cuando Seth cayó, las uñas fueron arrancadas de cuajo, sembrando sus dedos de cortes negros y borbotones amargos.

—¡Eso sí es un buen motivo para llorar, asqueroso! —irrumpió Leonard Hayhurst, el patriarca de los leñadores de Hollow Hallows—. ¡Nos hemos cansado de oírte lloriquear por la vieja zorra de tu abuela! ¡Ahora llora por algo de verdad! ¡Y como sigas jodiendo, te cortaremos las manos!

Seth se arremolinó en el suelo, gritando de furia y ensangrentando todo, como el resto de una batalla perdida.

* * *

El pastor Ellis siempre se formuló una cuestión en silencio, una que jamás deseó compartir con nadie que no fuera su conciencia. El interrogante era: ¿cómo seré recordado?

A lo largo de sus décadas como guía de las almas de Hollow Hallows hasta el encuentro con el salvador, aprendió muchas cosas, como que las acciones terribles a veces logran futuros hermosos. Cada acto cuestionable le llevó hasta allí, hasta una victoria aplastante de la que se sentía orgulloso. Perdió a su esposa y sus hijos, parte de su rebaño se entregó a la muerte y la desesperación, pero fueron solo el precio para lo que estaba por llegar.

Desde esa noche, no volvió a hacerse la pregunta nunca más, pues ya conocía la respuesta y ya no temía decirlo en alto:

—Seré recordado como un salvador.

Y lloró, porque supo que era verdad.

* * *

Poco antes del alba, los Hollow Hallows que hacían la ronda amenazaron a Garric con arrancarle la lengua.

—¡No la va a necesitar!

—¡Solo es un tartaja!

—¡Cortémosela!

—¡Tengo un cuchillo!

—¡Guarda ese cuchillo, idiota! ¡Se la cortaremos con este guijarro!

—¡Subidlo, venga! ¡Rápido! ¡Subidlo!

Ascendieron a Garric, accionando las poleas donde se recogía la cadena con la que le mantenían preso. Dawn luchó porque Odell no fuese subido, le cogió y todo, pero los Hollow Hallows eran más fuertes y tuvo que soltarse, cayendo desde varios metros y solo consiguiendo un esguince en su tobillo derecho. No muy lejos, escuchaba los gemidos de dolor de Seth, cuyas manos emanaban más sangre que el corazón de un perdido.

Para cuando consiguieron atrapar la lengua de Odell y se preparaban para cortarla con la piedra, otra patrulla los relevó y tuvieron que irse.

Arrojaron a Garric al vacío.

«No nos hemos salvado», pensó Dawn, horrorizada. «Solo hemos..., retrasado lo inevitable».

No era mentira.

* * *

En el Caserón Woods, el amanecer tejió unas piedras en el suelo. Un anillo diamantino creció y elevó el cuerpo de la Dama de Hueso que alguna vez se llamó Caroline y Rahne. Así, con una especie de magia sin nombre, surgió el lecho, una especie de caparazón.

No sucedió lo mismo con los restos de Emily Hownland, que permanecieron sobre el charco de sangre. Su piel ya no era clara, sino que se terciaba en la tonalidad gris que hace que las puertas del hades se abran de par en par con motivo de la recepción de un nuevo alma.

John Odell ignoró a Emily, pero más aún al féretro de hielo, porque mostraba su reflejo y no le gustaba verse. Desconocía el motivo, pero no le agradaba. Menos cuando vio que una criatura se levantaba tras de él, una que era majestuosa y terrible, como nacida de cien pesadillas de tiempos antiguos. Odell se alejó sin apartar la mirada del depredador que se elevó a sus espaldas, como una divinidad primigenia.

El gran lobo Huego nació con las primeras luces del día.

CAPÍTULO 45

El Ford Anglia de John Odell ardía en el jardín Woods como una luz para guiar a los espíritus. Los habitantes del islote quisieron purificarlo días después de la captura de los descendientes, mientras octubre se acercaba a la fecha de la conmemoración de Alfred Hallington.

Ningún Hollow Hallows entró en el Caserón. Existía la creencia de que el día en que acabasen con los herederos de los confabuladores, la quemarían porque estaba maldita. Acaso, ¿el viejo Woods no perdió la chaveta cuando le dejó aquella mansión a Oniros Hownland? La harían arder, pero, por ahora, prepararían la pira para Dawn, Garric y Seth. Cuestión de tiempo (acaso, ¿no lo era todo?).

El Hombre de los Relojes caminó entre las estatuas rotas, las malas hierbas, los restos de sangre y las marcas de neumáticos. Con menos problemas incluso, esquivó a los guardianes de los hijos impolutos con la gracilidad de la que solo él era capaz.

Aguardaba ansioso contemplar algo que solo imaginó hasta ese instante. ¿Quién puede ver el origen de una historia en la realidad? Muy pocos y él era afortunado.

Comprobó cada uno de los relojes: marcaron la misma hora. Ordenó los fragmentos de los sucesos; el esquema mental que trazó con su vida tenía sentido al fin. Cuando levantó su cabeza, una luz rubí se la bañó hasta que el reloj que tenía pintado en su cara refulgió. Sus ojos negros contemplaron el espectáculo.

Pasó una semana vigilando el despertar de un nuevo mundo, uno del que sabía bastante. Y ya era el momento.

* * *

El Hombre de los Relojes no fue el único que vigiló el Caserón Woods en ese tiempo. Allison Brooke volvió después de haber pasado días entre las estatuas rotas y la huella de la persecución en el jardín.

Saboreó la gloria en aquellos días, ¿por qué no adornar su nueva sala de trofeos con otro? El cadáver de Emily Hownland sería un buen símbolo y el entierro del *sheriff* Caleb Ruth una forma de mantener unidos a los Hijos de Hollow Hallows; además de calmar su sed de sangre hasta finales de octubre. Ahora ella era una líder, ¿por qué no acometer otra acción heroica que añadir a haber recuperado el Tesoro de Hallington y liderar a los jóvenes de Hollow Hallows?

Sin permiso, porque otrora sin permiso demostró su valía, ignoró a los guardias, que comían sin ponerle atención, y entró en el Caserón.

La brisa, que produjo al abrir la puerta rota (que malvivía en los goznes), levantó

un polvo que solo eran las cenizas de Ruth, pero eso ella no lo sabía. Tosió y entrecerró los ojos.

Quería hallar los cuerpos y arrastrarlos fuera, donde sus lacayos (a los que llamaría entonces) se los llevarían. Lo harían si dejaban los nervios causados por los cuchicheos sobre la desaparición de la partida de caza de Argus Thompson y la maldición de los Hownland.

«Nacer siendo digna hija de Hollow Hallows no es suficiente, hay que seguir siéndolo», se repitió. Apenas ahogó sus ideas en las lágrimas, porque mientras vagaba entre los restos de la batalla campal del Caserón Woods, recordaba lo perdido. En una realidad normal, hubiese sido una chica más, pero en Hollow Hallows se convirtió en aquello que necesitaba para sobrevivir y no era algo agradable.

Si los confabuladores no hubiesen decapitado a Alfred Hallington...

Si los confabuladores no hubiesen hecho que Elliot resultase atropellado por los Ellis...

Si los confabuladores hubiesen perecido...

Ella no hubiese sido esa chica que transitaba y se alimentaba de la muerte ni la que encontró un féretro de diamante en la sala principal.

¿Un féretro de diamante?

Sorprendida, apenas dio unos pasos hasta que vio una sombra en el interior del ataúd. ¿Quién o qué era lo que estaba en su interior? ¿Lo que tenía en su cara era...? ¿Una máscara? ¿Una careta que recordaba a un cráneo? O... ¿Quién era? ¿Cómo se las ingeniaron los descendientes para preparar esa «bienvenida»? ¿Contaban con ayuda?

—Es... Es imposible. No puede ser tú... —musitó en alto, contemplando el cadáver del ataúd—. ¿Qué es esto? ¿Una trampa?

Un rugido separó a la joven de la caja de cristal, de una muerta que creía conocida y, a la vez, no.

Miró atrás y encontró, sobre una montaña de muebles destrozados, una figura atroz. El monstruo le mostró unos colmillos con los que le arrancaría cada miembro sin dudar. Había acechado y la dejó avanzar a Allison hasta ese momento, cuando se mostró fue porque sabía que ya era su presa.

En los brillantes ojos de la criatura, la muchacha recordó al perro vagabundo de Hownland, pero... Era mucho más grande, fuerte y peligroso; un monumental lobo salvaje, que le aullaba como si hubiese encontrado comida tras mucho tiempo sin devorar nada. Y era por eso.

Brooke no se echó a correr, porque era una impoluta hija de Hollow Hallows y porque no pudo. Una frase la paralizó:

—Tranquila, solo va a matarte.

Allison se giró hacia la tumba. No era el cadáver, claro que no. Era el cuerpo que había tras él, alguien que no vio hasta ese instante. La reconoció.

¿No la dieron por muerta? ¿No dijeron eso los confabuladores?

¡Los Hollow Hallows cavaban sus propias tumbas con esos errores!

—La muerte es algo que nos llega a todos, así que calma, niñita —dijo Emily Hownland, acariciando su cuello. Su mano se impregnó de un líquido negruzco.

La hija de la jueza buscó algo con lo que defenderse. No había nada que fuese más útil que el cuchillo que llevaba consigo desde niña. Dejaría claro a los confabuladores de qué estaba hecha y de qué estaban hechos ellos; ella, de nervios de acero; ellos, de vísceras.

—Ah, no, no, no —repitió Emily descontenta, con el tono de una madre que no está satisfecha con su hija—. Niñita, respira hondo, expira, respira y relájate. No querrás que Huargo coma tu carne y esté tan tensa, ¿no?

¿Huargo? ¿En serio? ¿El ciclópeo lobo de la sala..., era el perro? Pero... ¿Cómo? Siempre fue una criatura grimosa, más muerta que viva, ¿por qué ahora era un lobo digno de una leyenda nórdica? Allison lo miró de reojo, el hijo de los hijos de Fenrir descendía desde su refugio de maderas rotas. La destrozaría, no dejaría nada de ella. Era indudable.

—No huyas, no seas patética —le aconsejó Emily—. Huargo podría seguir tu alma hasta el infierno para comérsela de nuevo si hace falta.

Allison levantó su cuchillo y murmuró:

—¿Qué creéis que estáis haciendo, sucios confabuladores?

Emily rio.

—Nada que no hayamos hecho ya.

Una distorsión (¿y era esa la palabra?) se abalanzó sobre Allison Brooke. No pudo verlo con claridad hasta que la tiró al suelo. No notó las zarpas de Huargo, solo unas manos frías y pútridas acercándose a su rostro. Forcejeó para zafarse, pero el hombre, sobre ella, vomitó bilis en su carita de niña, como los seres que regurgitan ácido sobre los alimentos para poder comérselos como agrios sorbetes de vísceras. Allison sintió arcadas, ¿cómo no las iba a sentir?

—¡Suéltame! —le chilló a su agresor, golpeándolo, pero este era como una lápida y ella era la difunta.

—Discúlpale por su falta de modales, se le han terminado las ratas —intervino Emily con parsimonia—. John Odell siempre ha sido un tipo muy especial, ¿sabes? Nadie ha sabido lo que es, pese a ser tan..., tan evidente, ¿sabes? Lo que me hizo Ruth antes de morir, me obligó a hacer memoria sobre muchas cosas, como qué era John...

Las uñas podridas de Odell se precipitaron sobre la piel blanca de la muchacha, como en una danza macabra.

—¡Hijo de puta! ¡Suéltame! —le gritó a John, pero este no respondió. Ahorraba saliva para deshacerla con su ácido.

Las manos de Allison arañaron a su rival y, a cambio, docenas de pedazos de la piel de John cayeron como mármol descascarillado. Las hebras amarillentas, con costras de sangre, salpicaron a la joven.

Emily habló como si contemplase una muestra de arte:

—Maravilloso, sí... Solo hay que abrir bien los ojos y lo ves, Allison. Ves qué es a lo que te enfrentas cuando hallas a alguien como Odell... Pero no, no los abras ahora o te los intentará arrancar con la lengua. No es muy agradable. Nunca lo fue.

Allison clavó su cuchillo en la cabeza de John, arrancándole las gafas de sol de cuajo. Se sintió como la noche en que su madre mató a aquel hombre que ambas se comieron, aquel que solo si fuera una estúpida, habría llamado padre. Lo empujó y se colocó sobre él.

Esgrimió su arma una y otra vez, como si fuese el mayor acto de supervivencia de su vida, más que el nacer, llorar y respirar. Sabía que si no lo hacía, no saldría de allí.

Acuchilló la cara de Odell con el frenesí de la muerte.

—¡Eso ha sido menos agradable por tu parte, señorita! —exclamó Emily, consternada, reprendiéndola—. ¡Odell solo quería comerte un poco! ¡Hurgo hubiese hecho lo demás!

El lobo se colocó al lado de Emily. Sus ojos rojizos seguían cada movimiento de Allison, buscando el momento oportuno para entregarla al reino de la muerte a través del pasaje de sus colmillos.

—Los dos están furiosos y hambrientos, sobre todo hambrientos —dijo Emily—. Conmigo eres clemente al dejarme aquí, viéndote... Disfruto de ver morir a mis enemigos y tú estás muriendo, aunque no te hayas dado cuenta. Es como cuando ves cómo una rata se da cuenta de que la estás matando tras pisarle el cuello por primera vez. Es encantador. Pero ¿por qué no tienes clemencia con Odell y Hurgo?

Las manos, el rostro, su pecho... Allison estaba cubierta de la sangre negra y gélida de John Odell, una sangre que no parecía humana, pero estaba dispuesta a pintarse con ella mientras lo mataba y se aseguraba de dejarlo irreconocible, porque...

—¡Porque yo soy una hija impoluta! ¡Soy una hija de Hollow Halls! ¡Y soy digna! ¡Digna! ¡DIGNA!

Emily tocó la tumba de cristal y musitó:

—Ah, sí, claro... Digna.

Allison pateó y luchó hasta que se zafó de Odell, tirándolo a un lado.

La chica se puso de pie, respirando con dolor. Le ardía la zona de las costillas.

El cuerpo del escritor se agitaba en el suelo como una cucaracha muerta que mueve sus patas con la vana ilusión de escapar.

—¿Ya has terminado? Deberías darte una ducha, querida, apestas —dijo Emily Hownland.

Allison se fijó en que la tía de Dawn seguía allí, sin huir, como si no le tuviese miedo.

—¡Te mataré!

Emily negó con la cabeza, como si hubiese escuchado el sinsentido de un chiquillo. Fue agradable de una manera de la que nunca fue capaz. Miró a la tumba.

—Uno de tus muertos regresó del pantano —dijo a Allison, cogiendo un poco de un polvo negro del suelo— y convirtió a Caleb Ruth en algo menos que ceniza. —Se lo arrojó a Allison, que dio un grito aunque no llegó a tocarla. Emily rio—. ¿Cómo Odell y Huargo no iban a enfadarse al quedarse sin un cadáver que devorar? Ahora te tienen a ti. Pareces viva...

Los restos de Odell goteaba desde la cara de Allison. ¿Emily quería hacerle una jugarreta? Brooke le iba a hacer la broma cuando le clavase el cuchillo... Oh, sí, un chiste muy gracioso, para morir de risa.

—¡Te voy a matar, zorra Hownland!

Emily la miró y arqueó una ceja.

—¿Y volveré de la tumba como Rahne?

Brooke avanzó.

—¡Me aseguraré que no! ¡Te mataré! ¿Me oyes? ¡Te mataré!

—Lástima. Llegas tarde para eso.

Huargo se interpuso entre Allison y Emily. La adolescente se detuvo. Maldita sea. ¿Cómo mataría a ese lobo?

—¿QUÉ ERES, BRUJA? —preguntó Allison, exasperada, a su enemiga.

Una carcajada interminable crispó a los ya de por sí desquiciados nervios de la hija de Margaret Brooke.

—¿Qué? ¿Qué soy? —inquirió Emily con la misma teatralidad del «ser o no ser». Ah, es una historia tan divertida que ¿por qué no la vives?

Emily lanzó arena de Ruth a los ojos de Allison. No pudo cerrarlos a tiempo. Esa vez no.

El mundo y su mente se partieron.

Ya no era ella.

* * *

Al día siguiente de la captura de Garric, Dawn y Seth, John Odell tenía hambre, mucha hambre. Inmiscuido en unas tierras que no entendía ni deseaba entender, buscaba algo que llevarse a sus fauces, ya que si existía era por esa ansia de comer y matar. Era su sino.

¿Qué probar? El cuerpo de la que fue Caroline y ahora también Rahne se protegió con una maraña de cristal. Y un tornado de luz transformó a Huargo de un perro moribundo en un guerrero furioso que, de haber tenido la apetencia de Odell, se hubiese comido el mundo. Pero ¿qué más daba esa realidad que le era insignificante a Odell? Lo crucial era: ¿qué llevarse a sus colmillos?

Entonces olió a Emily. Ah, ¡cómo quería a esa mujer! Se la hubiese zampado hasta viva, pero ahora estaba allí, muerta, en el suelo, con medio cuello destrozado.

Aceptó que, una vez se comiese hasta la última raspa de cada uno de los huesos

de la tía de Dawn, guardaría los restos para chuparlos y dormir con ellos el resto de su eternidad.

Babeaba, dejando caer alguno de sus dientes, cuando se acercó a ella y ocurrió.

—No des ni un paso más en la tierra de los muertos.

Emily abrió los ojos.

Pero ¿cómo?

¿No estaba muerta?

Odell rugió con fiereza, ¡otro plan al garete!

Pero no iba a dejar que otra comida se le escapase.

De su boca emergió una nube de insectos que transformarían a Emily en esa papilla de sangre que tanto le gustaba y...

—Eres un mero aficionado.

La mujer abrió la boca. Su lengua se retorció como las columnas que sostienen las puertas del infierno. Su cuerpo vibró como si algo en su interior no fuese bien. Desde su abdomen hasta su pecho, trepó algo, librando una batalla en su garganta, como un gato que vomitase una bola de pelos. Se retorció y regurgitó. Algún diente pareció romperse. Una sombra avanzó por su tráquea y su cuello, buscando escapar.

John Odell vislumbró lo que salía de la boca de Emily Hownland: la cabeza de un ave, de un cuervo, que rompió en un llanto baboso antes de salir y volar por primera vez. Fue la carta de amor de un loco.

Cada batir de las alas flemáticas del cuervo, acompañado por un cántico salvaje, devoró a los insectos liberados desde las profundidades de Odell.

El mudo se quedó perplejo por primera vez en mucho tiempo... Tuvo que alejarse cuando el ave negra le picoteó la cara. Apartó su mirada, en una mezcla de vergüenza y furia. Emily canturreó:

—Drácula tenía la sed por la sangre, Dorian Gray el hambre por la inmortalidad, el hombre lobo las ansias de la calamidad... Y luego estás tú, John Odell, comiendo y vomitando muerte, fruto de un mal don.

El padre de Garric esquivó al cuervo y Huargo, que recibió una caricia de Emily. Era como si Odell, el hombre que fuera una estatua, hubiese revivido y quisiera marcharse, odiando escuchar lo que Emily Hownland le decía. Eran los actos más humanos que tuvo en mucho tiempo, rompiéndose con las palabras de ella:

—Garric tiene el poder, entonces.

El impertérrito escritor odiaba a la casera tanto como para abandonar su constante mutismo, pero solo codiciaba una vía de escape.

—Garric te ha mantenido despierto todo este tiempo. Te ha controlado a través de las palabras. Ha escrito que siguieras con vida, sin perfeccionarlo del todo, forjando una criatura grimosa como tú. ¿Dejó de escribir por lo que te hizo?

John dio un cabezazo a la pared. Tuvo que doler. Pero siguió. Y siguió. Y siguió hasta que la sangre salpicó la pared, pero ¿era su sangre o la de los insectos que lo habitaban, al ser aplastados con cada sacudida?

—Te mató, ¿no, John?

Un chillido, como el rugido de cada muerto de la historia. Odell podía hablar o, al menos, gritar como un matadero.

—Por eso te pudres. Garric dio un paso adelante, pero no lo aceptó y quiso volver atrás, pero con la muerte nunca se dan pasos atrás...

Y la boca del monstruo se abrió, pero no expulsó insectos ni restos de su cuerpo aquella vez, sino que dijo:

—Tú...

Emily Hownland sonrió y le respondió:

—Yo... También.

* * *

Allison Brooke tosió como si fuese a escupir sus propios pulmones más que flemas con restos de cristales. Parpadeó, temiendo haberse quedado ciega, peor que la vez que el rayo cegó Hollow Hallows. Al final pudo ver y lo que encontró fue a una Emily observándola, con su cabeza ladeada, solo atada al cuello por unos finos ligamentos. ¿Cómo...?

—Niñita, le dije a John que no se preocupase —dijo—, porque haríamos guardia sobre los restos de esta jovencita. —Indicó que se refería a la mujer de la máscara de hueso del ataúd—. Y un día, vendría la comida y aquí está, tú eres la comida.

La agonía invadió a Allison, colocando su bandera en su corazón.

—¿POR QUÉ ME CUENTAS ESTAS MENTIRAS? ¿POR QUÉ? ¿QUÉ ME HABÉIS HECHO? ¿ME HABÉIS DROGADO? ¿POR QUÉ...?

—¿Por qué iba a hacerlo si no era para..., distraerte?

El mordisco en la pierna de Allison fue como si un vendaval la cruzase.

Bramó hasta que el grito se cortó por otros colmillos que se aferraron a su cuello.

La sangre brotó de la muchacha salpicando a Emily Hownland, que sonrió.

—Sé testigo, querida.

Allison fue testigo.

Fue testigo de cómo Huargo le extirpó una pierna de cuajo.

Fue testigo de cómo John Odell le rebanó parte del cuello.

Fue testigo de cómo Emily Hownland saboreó su sangre.

Fue testigo de cómo el ataúd le devolvió un reflejo sombrío de su muerte.

Fue testigo incluso de aquello a lo que se refería Emily.

Y se abrió la puerta.

Un hombre entró en la estancia como hubiese entrado en cualquier otra, con completa calma, pero, a la vez, con prisa. Andaba con precaución de no tocar nada, como si siguiese un sendero trazado, pero, al mismo tiempo, necesitase ser raudo.

Allison extendió su mano hacia el desconocido. Nunca pidió socorro hasta ese

día. Tal vez, pensaba que ahorrándose pedir auxilio a lo largo de su vida, conseguía que cuando lo hiciera como aquella vez, todo el mundo acudiría a rescatarla porque sabría que era algo importante y no una tontería. Pero ¿y si los demás creían que ella nunca les pidió que la mantuviesen con vida porque era dura y siempre lo sería? ¿Y si la ignoraban porque consideraban que era un diamante que jamás se rayaría?

El tipo sin nombre no la obvió, pero prefirió fijar su mano esquelética en el ataúd, mientras murmuraba:

—Hora de despertar.

Alejó sus manos, enguantadas, de los restos mortales. Sus huellas brillaban como fuego. Retrocedió, aplaudiendo para celebrar un triunfo que solo él parecía comprender.

—Eureka —murmuró. Luego miró a los presentes—. Emily, John, Huargo. Un placer volver a veros.

Los tres le miraron un instante, pero prefirieron no hablar ante Allison y su:

—A-a...

En ese quedó el «ayuda» que Allison quería pronunciar.

El forastero la observó. Y la joven notó que su corazón se detenía al verlo. ¿Por qué...? No... ¿Llevaba tatuado en su cara un reloj?

La mano con la que suplicó fue arrancada de cuajo por Huargo. John Odell palpaba la pierna que quedaba de la chica, deseoso de probarla. Y la víctima luchó por huir, sin saber que ya no había por qué luchar.

El Hombre de los Relojes se viró hacia la tumba. Relucía. Emily Hownland también lo hizo, aunque el resto de la guardia, John y Huargo, prefirieron seguir comiéndose a Allison.

—Pensé que nunca vendrías —habló Emily al Hombre de los Relojes.

—¿Es lo que pienso entonces? ¿Una vez muertos lo sabéis todo? Sabéis quién soy y qué hago.

—Tú lo sabes sin haber muerto. Qué orgulloso estaría tu padre de ti.

—Mis trucos son mis trucos, señora Hownland.

—Pero tu tiempo no es tu tiempo y el tiempo es lo que se termina para nosotros —replicó Emily Hownland—. Hemos escrito un buen epílogo.

El Hombre de los Relojes afirmó con la cabeza.

—¿Un buen epílogo? —meditó—. No. Odio las historias.

John Odell chilló, ensangrentado, pero no por alguna herida como los cuchillazos en su cara, sino porque sabía que su prórroga concluía y no podía seguir comiendo. Emily se refería a él también, se acababan.

—Es hora de que la Dama despierte —contestó el Hombre de los Relojes acompañado del sonido de los mecanismos del tiempo—. Vuestra energía, como emisarios de la muerte, se precisa.

Allison gimió como si todos los dolores de su vida, desde la caída de la bicicleta por el terraplén con diez años, el vomitar los pedazos del hombre muerto que se

comió de niña o su primer período, solo fuesen caricias en torno a lo que le pasaba en ese instante. El individuo del tatuaje de las horas le dijo una cosa que la ahogó de lágrimas y sangre:

—Allison, siempre quise ver cómo te morías. Ahora, ¿puedes dejar que nazca el nuevo mundo sin soportar tus sollozos, los lamentos del pasado?

La cabeza de Brooke rodó por el suelo, hasta los pies del féretro que fulguró con la claridad de mil amaneceres.

—Gracias —susurró el Hombre de los Relojes.

Mientras el pasado moría, el futuro despertaba en un presente incompleto.

CAPÍTULO 46

Días que fueron una eternidad en un sitio peor que cualquier infierno. Ni las fraguas de cien demonios hubiesen producido las heridas en los cuerpos de Garric, Seth y Dawn, menos aún en sus almas.

Prisioneros de los Hollow Hallows, yacientes en las catacumbas bajo la estatua de Alfred Hallington, esperaban su fin. Sus manos, en grilletes, no escapaban de las poleas con las que se les levantaba hasta el exterior para tratarles de manera inhumana. Era su condena, aún faltaba tiempo para su ejecución.

Las mañanas comenzaban con palizas.

Las tardes continuaban con palizas.

Las noches finalizaban con palizas.

Muchos Hollow Hallows apostaron por el destino de los tres malditos. Ganaban, por un centenar, los que creían que no llegarían al Día del Fundador. Era una apuesta segura.

* * *

—La muerte de Ruth ha sido un doloroso imprevisto, pero nuestros planes no han terminado —dijo Margaret caminando por la plaza, acompañada de Ellis y Shaxon—. Este viernes treinta y uno conmemoraremos el Día del Fundador de la manera que más le hubiese honrado: con el sacrificio de los descendientes. Por ese motivo, no debemos perder la esperanza de que nuestro dios nos escuchará.

Elmer Shaxon pasó su lengua grumosa por sus labios, como si la idea de la muerte de los herederos fuese más valiosa que cualquier otra.

—¿Y dónde está Blackmouth? —preguntó el anciano—. ¡Esta decisión debería formar parte de la historia de Hollow Hallows!

El pastor Ellis intervino tras dar un toque en el suelo con su bastón:

—Blackmouth ha confiscado las pertenencias de los confabuladores, hallando entre ellas un supuesto escrito de cierta relevancia histórica. Se encuentra investigándolo.

Shaxon renegó, como un anciano caprichoso al que no se le conceden todos sus deseos.

—Son días turbulentos —confesó la jueza y alcaldesa—. Mi hija ha estado día y noche organizando a las partidas de Hollow Hallows, ni la he visto. ¿Cómo no íbamos a estar nosotros ocupados?

La respuesta no convenció al enterrador. Estuvo a punto de contarle a Brooke que

si pensaba que Allison estaba reuniendo Hollow Hallows era porque todos los que se lo dijeron temían que si confesaban la verdad (que no sabían dónde estaba desde hacía horas), la cría acabase con ellos cuando apareciese.

—Si necesitas alguna labor en la que ocupar tu mente, Elmer —dijo el pastor—, te ofrezco una: enséñales a los presos las tumbas que has cavado para ellos.

—No habrá tumbas para ellos —gruñó Shaxon.

Margaret intervino, descubriendo por dónde iba el comentario de Ellis:

—Ellos no tienen que saberlo, solo tienen que tener miedo.

Elmer Shaxon movió sus dedos, como patas de araña. Era el viejo más feliz del mundo.

* * *

Seth despertó, asfixiándose con un grito. No quería que le lanzasen más cenizas ardientes, como la última vez.

—¡Restos de tu casa! —le dijeron.

La rabia se apoderó de él, pero el sufrimiento era más poderoso, calcinándolo más que los latigazos y los puñetazos.

Perdió la conciencia tras ser sacado fuera para ser paseado bajo los abusos de los Hollow Hallows. Ahora, de nuevo en el pozo, sus ojos se abrían y seguían sin hallar lo que buscaba, algo que, en realidad, ni siquiera sabía lo que era.

—Están cenando —dijo Dawn—. Hay dos guardias. Vendrán en breve. Dicen que nos quieren marcar. Más aún.

Las frases de la muchacha se volvieron automáticas, desapasionadas, como si se hubiese dado por vencida. Después de tanto tiempo, no sonreía, ni siquiera con aquella falsedad con la que se declaraba enemiga del mundo. La sangre reseca salpicaba su rostro.

A su lado, yacía Garric. Se convulsionaba cada dos por tres debido a las heridas de su pierna. Estaban infectadas hasta el punto de obligarlo a hablar inconsciente y pedir que se la arrancasen.

—¿Sabes ya qué es el don, Dawn?

—Ya te he dicho que creo saberlo, Seth, pero no pienso que sea algo que puede ayudar.

—Pero ¿qué mierda estás diciendo? Estamos bien jodidos, Dawn, no creo que sea el momento para sufrir una crisis de humildad. Sea lo que sea, podría ayudarnos.

Dawn no soportaba la tortura, pero menos aún las exigencias de Dagan.

—¿Para qué si tu familia, los Jones y demás le quitaron el don a los Hownland?

—¡Podemos devolvértelo!

La chica no se mostró convencida.

—No es un objeto, Seth.

—¿No es...? ¿Y qué es? ¿Qué crees que puede ser?

Dawn alejó su atención del chico, que quiso hacerle un gesto para atraerla y que le escuchase, pero era incapaz de mover las manos tras que le arrancasen las uñas.

—Seth, tu abuela odiaba a tu padre por ser un mago ¿no?

—Sí, ¿y? ¿A qué viene eso?

Dawn buscó una respuesta que tardó en llegarle más de lo previsto. Quizás con una metáfora fuese más sencillo:

—Alguien como..., como un pintor, odiaría que su hijo se dedicase a hacer garabatos. O algún gran compositor odiaría que su hijo se dedicase a tocar en una orquesta de pueblo. Algún gran escritor odiaría que su hijo se dedicase a escribir los mensajes de la galleta de la suerte...

—¿Lo del escritor va con segundas? —preguntó Seth señalando a Garric, que hablaba en sueños sobre reyes de fuego y dragones.

—No, Seth. Me refiero a que tu abuela odiaba a tu padre por hacer meros trucos de magia cuando ella o sus antepasados eran capaces de... Capaces de más.

Seth mostró una sorpresa abrupta.

—Pero ¿qué coño me estás diciendo? ¿Que mi abuela era una bruja?

Dawn asintió.

—¡Venga ya! ¡Eso suena a sacada de manga! Vale, un poco hija de perra sí que era, pero nunca la vi cogiendo una escoba y saliendo volando por ahí. ¿De dónde has sacado esa idea tan mierdosa?

Dawn no sonrió, Seth era consciente de que no lo lograría.

—Viejos cuentos que escuché de pequeña. Solo eso.

Seth rechistó como si hubiese escuchado la mayor estupidez de su vida. Pensándolo, porque le pareció una idiotez digna de ser reflexionada (a él le gustaba eso, meditar sobre boberías), llegó a una conclusión. ¿La misma que alcanzó Dawn?

—¿Crees que mis antepasados eran hechiceros y te robaron ese don?

—No he dicho nada, déjalo —replicó, rectificando, como si se arrepintiese de lo que dijo—. No quiero hablar más del tema.

Seth calló durante unos segundos, toda una victoria para un bocazas como él, pero tuvo que perder una vez más.

—Heriste a tu tía aquella noche, cuando Rahne os vio, ¿no? ¿Es cierto?

Dawn observó sus heridas y contestó:

—Lo es.

«Vaya, Odell es un puto psicópata, pero Dawn no se queda atrás. No me extraña que se lleven tan bien. Seguro que se conocieron en *Asesinos en serie anónimos*», pensó Seth aunque no lo comentó, no quería que Dawn le añadiera un par de golpes a los ya recibidos, prefirió seguir por otra vertiente:

—¿Y cómo nunca nos lo contaste?

—¿La confirmación final de que estaba pirada?

—¡Eso es ridículo! Siempre he pensado que estabas pirada, sin confirmación

ninguna.

—En esa época, aún me importaba un poco lo que pensaseis de mí.

Seth evocó la imagen que Rahne compartió con ellos. Sí, fue hacía tiempo, cuando Dawn aún tenía su larga cabellera castaña, antes de que los hijos impolutos se la cortasen, antes del último verano.

—¿Y por qué atacarla si ni siquiera sabías qué era ese don, Dawn?

La muchacha negó con la cabeza.

—No fue solo por eso. Fue por muchas cosas. He vivido demasiados años con mi tía como para no tenérsela guardada por muchas cosas.

Seth se puso en la piel de su amiga. Él vivía con alguien insoportable como Ma, pero tenía cosas como *Doctor Who* para escapar de la realidad y, en el fondo, ahora que sabía que estaba muerta, la echaba de menos. En cambio, Dawn nunca tuvo nada de eso, solo poseía la tristeza infinita de jamás tener unos padres, de solo encontrar a una tía rabiosa y una maldición que le aseguraba estar condenada por un crimen que no cometió.

—¿Y qué haremos ahora, Dawn? ¿Se ha terminado todo esto? ¿Debemos darnos por vencidos? ¿Cruzarnos de brazos y morir?

Dawn desvió sus ojos hacia otro lado, fijándose en las magulladuras de su tobillo.

—Mi tía me contó una vez que Oniros Hownland, mi antepasado que fue parte de los confabuladores, tenía un don que muchos codiciaban y los Hollow Hallows temían.

Los latidos del corazón de Seth se aceleraron.

—El don que los Dagan, los Jones y los otros os arrebatamos, sí...

—Una vez perdido ese don, solo se podría recuperar de una manera, aunque fuese titubeante, pálida, pero una chispa puede incendiar un bosque... Y esa chispa era suficiente.

—¿Y cuál era esa manera, Dawn?

La chica clavó sus ojos en los del joven.

—No lo sé, Seth, pero Emily temía que yo lo descubriese y también qué era el don. ¿Temía? No sé si es lo más correcto. Algunas noches hablaba del don como si fuese una bendición, en otras como si fuese algo que nos abocaría al peor de los destinos. ¿Cómo no odiarla, Seth?

Unos pasos se escucharon sobre ellos. Garric despertó, temeroso.

Los tres miraron arriba, a los barrotes que les impedían escapar de aquel pozo. La oronda figura de Calvin Blackmouth surgió. En sus manos mostró algo que enfureció a Seth: era la varita, se la arrebató días antes.

—Juguetes —musitó Blackmouth con asco y la dejó a un lado. Hizo un gesto y le acercaron algo que mostró: la navaja de Dawn—. Muchos juguetes. —Y la apartó. Mostró varios folios—. Y esto, pero no me parece un juguete, sino más bien..., vuestra única arma.

Garric reconoció aquel montón de hojas escritas a máquina de escribir: era su

novela.

—¡Terminad con esto si tenéis lo que hay que tener y dejáros de tanta mierda y tanto ritual de los cojones! —chilló Seth, desgañitándose.

El contraataque a la insolencia de Dagan provino de uno de los custodios. Arrojó un cubo de agua hacia Seth. Agua hirviendo. El brazo derecho del muchacho se quemó.

—¡Hijos de la gran puta! —gritó Seth, asfixiando por el sufrimiento.

—La próxima vez tenéis permiso para arrancarle los ojos, no considero que los vaya a necesitar —informó Blackmouth a los guardas y se centró en Garric. Agitó el manuscrito—. Tú, Tartamudo, has escrito esto. ¿Una amenaza?

Seth siempre hacía gala de odiar a Garric, pero ¡qué fácil fue hacerlo en ese instante! Blackmouth encontró en el tema de la novela un nuevo motivo para atacarles. Era por culpa de Odell, como todo.

—He estado leyendo esta porquería que has escrito, retrasado del demonio —continuó, agitando su panza con cada paso que daba—. ¡Es bazofia! He visto boñigas con más valor literario que esta sarta de sandeces...

»Qué desilusión. Pensaba hallar en ella alguna pista de vuestros tejemanejes, vuestros planes para hacer cundir el pánico en Hollow Hallows... Nunca se hallaron los papeles del complot de los confabuladores que decapitaron a Alfred Hallington, pensé que yo sí había encontrado los de sus descendientes. ¡Serían documentos históricos incuestionables! Pero no, hallo una novela de..., de... —Y lo dijo con el mayor desprecio del que era posible—: ¡De fantasía!

Podrían haberle dicho muchas cosas a Garric, pero una de las pocas por las que hubiese llorado es porque insultasen su literatura. Pasó tanto tiempo temiendo volver a escribir que, ahora, después de regresar al influjo de las palabras, notaba que cualquier desprecio contra sus escritos era más grave que si le insultasen o le vejasen a él, porque sus palabras costaban sangre y dolor, más que su propio nacimiento o existencia. Garric rompió a llorar.

—¡Rata, contesta! —exigió Blackmouth—. ¿Hemos perdido una parte de ella o está sin acabar?

Dawn se sorprendió al escuchar decir aquello al profesor e historiador, tanto como si les hubiera dicho que les perdonaba y que eran libres. No era normal, no era algo que pudiera imaginarse. Por las caras de Seth y el propio Garric, ellos tampoco.

—N-N-No la he-he t-t-t-terminado.

La confesión de Garric provocó un gruñido de desaprucho en Blackmouth, que le pidió a los Hollow Hallows cercanos que revisasen algunos de los preparativos del sacrificio de los descendientes. Era una excusa para quedarse a solas con los prisioneros.

—Quiero el final de esta novela —le soltó a Garric—. Es tan horrible, tan delirante, tan esperpéntica... Hallo nuevos sentidos en ella a la hora de hablar del asco.

»Sé que yo soy el historiador del viejo mundo que sale en la novela, el que va a ser arrasado por el nuevo rey. Sé quién es el clérigo. Sé quién es el caballero de la ley carbonizado... ¡Sé que has cogido nuestras vidas y las has convertido en ficción!

»Ahora bien, ¡quiero saber el final! Quiero escribir en mis libros de historia sobre tu nivel de locura y desprecio por la literatura y ansío saber qué pasa en el desenlace.

Seth soltó un quejido y preguntó:

—¿Eso es una puta coartada para no confesar que le está gustando como huele tu mierda en tu papel higiénico con formato de novela, Odell?

Blackmouth sacó unas pinzas de su abrigo.

—Tus ojos, Dagan. —Entrechocó los extremos de la herramienta—. Tus ojos...

Seth dio un paso hacia las sombras de la celda, desapareciendo entre la inmundicia. Dawn permaneció al lado de Garric, pero eso no le ayudaba al muchacho, que se entregó a los escalofríos.

—Te facilitaré papel y lápiz, te sacaré cada noche hasta la ejecución para que escribas y, a cambio, haré que las palizas te permitan seguir lo suficientemente entero como para juntar palabras. Llámalo clemencia si quieres, pero, en realidad, solo es una manera de asegurarme, de poder completar mis crónicas. ¿Has escuchado?

Garric se preguntó qué pensaría Dawn, pero terminó diciendo:

—He es-es-escuchado.

Justo cuando los Hollow Halls regresaban, Blackmouth se marchó, murmurando:

—Perfecto.

Pero las cosas no se hallaban así ni en el más remoto de los significados. Ni se hallarían en el futuro.

Media hora después, Elmer Shaxon saludó, arrastrando sus botas cerca de los barrotes de la celda. Mostró los pocos dientes que le quedaban con algo que solo un enfermo habría llamado sonrisa.

CAPÍTULO 47

Los tres prisioneros fueron elevados y llevados hasta Elmer Shaxon. Exigió su presencia con el tono imperativo que le concedía el hecho de ser uno de los habitantes más viejos del islote.

Dos Hollow Hallows escoltaron a los descendientes, tirando de las cadenas que enlazaban a los tres. Quisieran o no, Dawn y los chicos serían llevados ante el enterrador. Shaxon ordenó lo siguiente que pasó: los metieron en una camioneta de los años cincuenta, que apestaba a los años consumidos en ella.

El vehículo se detuvo en el lugar que el anciano citó como perfecto para el encuentro: el cementerio.

—Donde algunos tienen pesadillas y sueños eternos, otros tenemos esperanzas e ilusiones imperecederas —se pronunció Shaxon.

Lord Larvas contempló la cripta a la que se acercaba, acompañado de los guardas encargados de vigilar a Dawn, Garric y Seth. Abrió la puerta de la habitación del sueño imperecedero. Y se dirigió a los carceleros y los reos:

—Podéis dejarles conmigo.

Ni los cautivos ni sus carceleros esperaron esa petición del matasanos.

—Pero señor Shaxon... —dijo uno de los Hollow Hallows, Austin Schreier, el recolector de conchas.

Un rayo de odio sepultó la faz de Shaxon.

—¿Qué vas a decirme, patoso? —preguntó el lord mirando al treintañero con odio—. ¿Que ellos son peligrosos y yo débil? ¿Les has visto bien?

Los cuerpos de Garric, Seth y Dawn, más que se conducidos hasta allí, fueron arrastrados. Se desangraban y no podían ni moverse. Eran despojos.

—Puede que nos hayamos pasado con..., con los castigos —musitó Austin. No quería recibir una reprimenda de Shaxon ni de los otros dirigentes. Era lo menos que quería. Menos que un balazo en la sien—. Y deben resistir... Señor Shaxon, ¿los ha traído hasta aquí para curarlos, para hacer que aguanten un poco más hasta el viernes y no nos manden a la horca a nosotros por acabar con ellos antes de tiempo? Es eso, claro, ¿no?

Elmer apoyó una de sus huesudas manos en los hombros de Austin. A veces, perdía el tiempo con la inteligencia inferior de alimañas como aquel hombre y lo hacía solo por mantener la compostura que se esperaba de alguien de su rango.

—Si eso te deja más tranquilo, sí.

Austin meditó y asintió, ensanchando su sonrisa con nerviosismo. Si Shaxon le decía eso, debía creerlo. ¿Ponerle en duda? No cometería tal pecado. Jamás.

—Aguardaremos en la entrada del cementerio para llevarlos de nuevo al agujero —dijo Schreier, marchándose con sus compañeros—. Volveremos si...

Su voz se perdió con el aullido que escapaba de los cipreses. A nadie pareció importarle, ni siquiera al grupo de Hollow Hallows de Schreier.

Los prisioneros se quedaron en el suelo, luchando no por la libertad, sino por seguir respirando después de las torturas.

Dawn observó el semblante de satisfacción del anciano y lo detestó más que nunca, porque Hollow Hallows consiguió que ella y sus amigos estuviesen tan débiles como para no poder enfrentarse a aquel saco de huesos podridos y como para que este se viera a sí mismo como superior. El enterrador no temía morir a manos de Garric, Seth y Dawn porque ellos estaban más muertos que él.

—Por fin nos han dejado solos esos pesados, ¿eh? —dijo el viejo y escuchó el chirriar de la puerta del mausoleo que abría como si fuera la música de un hermoso coro.

Prendió un farol y accionó algo en el interior del hogar de la muerte. Un estruendo se liberó, mientras el suelo de la cripta se abría a sus pies. Poco a poco, se dio paso a una estancia subterránea, secreta.

Shaxon respiró su hedor con disfrute y miró atrás, a los confabuladores, como si esperase que le dijese algo. Pateó la cadena que los mantenía cautivos.

—¿Os ha comido la lengua el gato o qué?

Señaló al abismo.

—¿Quieres que te sigamos? —preguntó Seth. Le dolieron las marcas en su mejilla derecha, quemada con un candil de uno de los guardas—. ¡HIJO DE PUTA, NO TE SEGUIREMOS A NINGÚN LADO! ¡VIEJO DE MIERDA!

Elmer le dedicó una sonrisa burlona, como arrancada de un crío pequeño, uno travieso al que le preguntan dónde está el gato y responde que no sabe, aunque aún tenga el hedor en sus manos tras abrirlo con un machete. La misma.

—Sigue gritando así y vuestros amigos, los guardias, volverán —alertó Shaxon. Su nariz aguileña se asemejó al pico de un buitre—. Además, sé más ingenioso insultando, Dagan. Me han llamado cosas peores. Tienes la misma poca imaginación que tu padre para intentar ofender, aunque la última vez que lo vi, su gran referencia a mí fue el vómito de su sangre tras que lo dejaran como un guiñapo...

—¡Eres basura, Shaxon! ¡Basura!

Shaxon rio.

—Sigue intentándolo, Dagan, te hace parecer más patético. Intentadlo también vosotros, tartamudo y zorrilla, ¡gritad! ¡Alertad a los perros! Les diré que estoy ofendido. Solo eso. Nada más. Será suficiente para que os arranquen la piel y no estoy exagerando. Les he escuchado hablar de ello, les he visto buscar las herramientas para hacerlo. ¿Os gustaría?

El terror se contagió en el rostro de los tres críos de una manera que hizo que a Elmer Shaxon solo le faltase una corona para sentirse un rey.

—Si morimos... —murmuró Dawn. Su cara estaba inflamada por los puñetazos que le asestaron ese día.

—Ah, te sigo... Hownland, siempre has sido la más inteligente de esta panda... Qué pena me hubiera dado que Ruth te hubiese matado a ti en vez de a esa asquerosa negra de los Jones...

—Si tanta repugnancia te causamos, mátanos, sucio cobarde —le dijo Dawn con tanta furia como Seth.

—No, no caeré en tu trampa. Imaginas lo que yo he imaginado —habló Shaxon y meció su larga barbilla—. Si morís antes del día del fundador, que era lo que querías decir, vuestros asesinos serán juzgados y destruidos. Pensaréis que será un logro morir ya y que matemos a algunos de los nuestros, pero creedme, sabremos resistirnos lo suficiente, Hownland. Solo os haremos sufrir más durante la espera y eso no os gustará.

—Sois el mayor montón de mierda que ha habido —dijo Dawn—, no esperaré de vosotros tanto.

Ruth señaló con sus largos dedos a Dawn.

—Si Caleb Ruth siguiese entre nosotros tras matar a la guarra de los Jones, no le habríamos ejecutado.

—¡Límpiate la boca antes de referirte a Caroline, gilipollas! —dijo Seth con la energía que aún tenía.

Shaxon le dio un puntapié a Dagan, suficiente para tirarlo al suelo.

—Seguiré por donde iba antes que este idiota me interrumpiese... En cualquier caso, no convertiremos a vuestros verdugos en unos nuevos confabuladores; solo serán héroes que no entendieron que el último estoque se daba cuando Alfred Hallington les ordenase. Imagino que Ellis ya estará pensando en llamarlos «mártires». Por tanto, espanta tus ideas, querida Hownland, y vosotros dos, tartaja y subnormal, recordad que no vais a salir de aquí con vida. ¿Debía decirlo en voz alta? ¿No os lo imaginabais aún?

La mano raquítica y arrugada de Shaxon se movió hacia el corto cabello de la muchacha, pero esta se apartó y trastabilló. El anciano rio.

—Sois tan..., dignos de ser confabuladores.

Garric notó el hedor del barro. No podía levantarse del suelo. No sentía las piernas, salvo por un mal que se amplificaba desde ellas hasta su columna. Pero hubiera deseado poder escribir de alguna manera y huir de esa condena. Esperaba que su novela cobrase vida y pudieran marcharse para...

—Venid conmigo —pidió Shaxon.

Los pensamientos de Garric cesaron con esa afirmación.

El soberano de la senectud caminó hacia el interior de la cripta. Descendió un peldaño de la escalera secreta.

—Gatead, arrastraos..., como sea, pero venid.

—¿Y si no nos da la puta gana? —soltó Dawn y notó el gusto de la sangre en su paladar.

Los ojos de Elmer relucieron.

—Llamaré a nuestros amigos de Hollow Halls y os harán cosas tan terribles que desearéis mil veces haber venido conmigo —respondió Shaxon y caminó hacia delante—. No seáis impertinentes. Acaso, ¿ninguno de los tres tiene la leve ilusión de matarme, en completa soledad e impunidad, para luego intentar huir? Es una estupidez, pero ¿a qué solo os podéis afianzar ahora, que todo está perdido, a ese sueño?

Los tres presos estaban atados entre sí. ¿Alguno se negaría? ¿Lucharían entre sí? Shaxon quería gozar de ver a aquellos coyotes masacrándose entre sí.

Sin embargo, segundos después de que empezase a andar, escuchó el tintineo de las cadenas. Los perros le obedecían. Vaya si le obedecían. La idea que les dio de matarlo había funcionado. Nadie se resistía a eso.

CAPÍTULO 48

«Nigromante... Qué palabra más ridícula. Qué profusa en superchería y necesidad. Qué carencia de rigor, realismo... Nigromante. Debería ser borrada de cualquier idioma. Es inútil. Nadie es un maestro de la muerte y lo que hay después. Nadie salvo Alfred Hallington y sus impolutos hijos. Nadie».

Esos eran los pensamientos que tuvo Calvin Blackmouth mientras leía la novela de Garric Odell. Su despacho de la escuela, en la penumbra, era el refugio de los sentimientos que le carcomían cada vez que se zambullía en una de las páginas.

Desde la captura de esos desgraciados, leyó varias veces cada capítulo y ya se acercaba a la última parte. Pronto le reclamaría ese final a cuyas puertas se quedaba la historia. Quería saber hasta qué grado de asco podía llegar aquel crío. Admitió que en una espiral de mal, a veces no detienes al que la causa para saber cuán bajo puede caer.

Y el culpable era Odell. Lo odiaba... Vaya si lo odiaba... Tenía una gran ira almacenada hacia Dagan y Hownland, una ira incrementada a lo largo de años, desde que el primer Blackmouth supo de esos linajes, pero con Odell era diferente, era una rabia más especial (si se la podía definir de esa manera).

Porque los Dagan y los Hownland decapitaron a Alfred Hallington y eso fue una amenaza para todos, un gesto de guerra indudable para Hollow Hallows, al completo. A diferencia de ellos, Odell, aunque recibiese un castigo por colaborar con los descendientes, ofendía solo a alguien con su mayor villanía, su novela, y ese alguien era Blackmouth. El cronista aceptó que solo él podía darse por ofendido con ese manuscrito.

Él amaba las palabras impresas y su significado. Sin palabras, no se construían los imperios. Puedes aniquilar reinos y acometer loables gestas, pero de nada sirve la espada y la estratagema si nadie lo cuenta; puede que tu obra sobreviva a tus actos, pero ¿qué importa si no se queda grabada en la historia?

Y si bien la sangre es buena tinta para las crónicas, la mejor tinta es..., simplemente, la tinta. Si tus actos se guardan por escrito y esos volúmenes se conservan, eres inmortal de una manera que solo alguien que comprende el poder de las palabras puede apreciarlo.

Y Blackmouth apreciaba ese don porque gracias a él conoció a héroes como Hallington o sus antepasados, ¿cómo osaba un desdichado como Odell a insultar todo ese legado, esa tradición?

«Debería matarle. El pastor y la alcaldesa son partidarios de que esperemos al gran día para la ejecución, comparto la misma opinión por la importancia de las tradiciones, pero Odell no es del todo un confabulador. Sí, les ha ayudado y es otro hijo de los mil demonios, como ellos, pero podría matarle antes», sopesó Calvin

Blackmouth, sentado en su silla, que crujía al soportar su elevado peso.

Buscó un libro donde recopilaba la vida y muerte de las otras familias de confabuladores extintas. Vio los árboles genealógicos. La bilis bulló en sus entrañas. Los odiaba a todos, tanto que, como los Hollow Halls, los mató sin esperar el Día del Fundador.

«Entiendo que Dagan y Hownland son los últimos, de ahí el deseo de cumplir con el ritual, pero... Por mucha profecía que haya, no creo que nadie lamentase la pérdida de ese tartamudo».

La vista cansada del historiador se desplomó sobre la novela escrita por Garric Odell. No pudo levantarla. ¡Ah, qué trágico! Era centrarse en alguna palabra y verse obligado a seguir el rastro hasta el siguiente; lo mismo ocurría entre los párrafos y las páginas. Era como si una magia atroz embrujase esa novela, impidiéndole parar. Era tan horrenda que necesitaba saber cómo seguiría degenerando...

«El más longevo del reino era un nigromante maldito. Se decía que con su magia huyó en innumerables ocasiones de la Muerte y por eso era tan viejo. Otros contaban que era tan mezquino que ni la madre de los cementerios quería recogerle.

Pero, viviendo entre los muertos, el Nigromante aprendió sus artes. Solo así fue como logró con unos cadáveres y el cuerpo de un troll el engendro, la Aberración, un monstruo con el que abrir las puertas a la Parca. La Muerte no podría negarse a ir a por él.

Sirviéndose de sus alimañas, llevó al futuro rey, la guerrera y el mago hasta sus catacumbas para mostrarles el horror de sus maquinaciones. Revelando su pasado, el Nigromante creía que la Aberración podría ser eclipsada en cuanto al miedo que generaría, pero eso debían decidirlos los tres malditos.

—He esperado todo este tiempo el apocalipsis y no me lo vais a arrebatarse—dijo el Nigromante a sus cautivos.

El hechicero oscuro los mataría».

Maldita historia, ¡bazofia! Era solo eso. Palabras estúpidas unidas entre sí, como los hilos de una telaraña. Calvin Blackmouth se sentía pegado a ella, incapaz de liberarse y, quizás, la araña ya estuviese cayendo sobre él para devorarlo.

—¡No lo permitiré! —clamó en alto.

La estancia desértica le devolvió el eco de su voz.

Traería a Garric. Haría que terminase la historia y, entonces, una vez leída, si aún no era el Día del Fundador, le mataría con sus propias manos. Los descendientes insultaron a Alfred Hallington, pero Odell, aparte de ofender a dios, deshonoró a los libros y al destino. Blackmouth se vengaría.

CAPÍTULO 49

Elmer se apartó y dejó que los confabuladores tropezasen y rodasen por las escaleras hasta las catacumbas. Eran tan miserables que no dudaba en enseñarles esa cámara secreta que solo los Shaxon conocían. Nadie creería a los descendientes cuando contasen lo que descubrieran en esa oscuridad, si es que lo contaban, y no podían hacer nada contra él, estaban demasiado heridos como para presentar batalla.

—Hoy me he despertado con el deseo de contaros algo sobre el pasado, algo que os hará comprender lo necesarios que sois para forjar un nuevo futuro para Hollow Hallows —dijo.

—¿Y con ganas de soltar inmundicia por esa boca? —susurró Seth. Hasta el final, no rendiría pleitesía.

—Dagan, Dagan... Me pregunto cómo aún a nadie se le ha ido la mano contigo y te ha empalado en la plaza... No dudes de que mi paciencia oscila hacia esos remedios, aunque antes haría que te comieras la cabeza de tu abuelita. ¿Te gustaría eso? Porque sabes que soy capaz. ¿O te la cosería en ese cuello de niña y haría que fueras por ahí con ella? Lo estoy viendo en mi cabeza y estoy deseando verlo en la realidad...

Seth no dijo nada más.

Dawn fue la primera que pudo abrir los ojos mientras el viejo encendía las luces de la sala circular. Lo primero que le llegó fue la pestilencia. No reconocía el hedor, pero era una mezcla de algún producto químico con algo que apestaba como un montón de basura.

Las paredes de la habitación eran estantes rudimentarios, tallados en la roca. Cada uno mantenía docenas de frascos de aguas turbias, dotados de un color entre el gris y el esmeralda. En ese líquido, había algo..., algo por lo que la chica hubiera retrocedido de no ser por los cuerpos de Garric y Seth, atados a ella, paralizados e incapaces de comprender qué vislumbraban. La visión era horripilante, los dos chicos lo sabían, pero no entendían qué era lo que contemplaban, Dawn sí y tuvo ganas de huir, marcharse lejos, desaparecer.

—¿Sabéis que existió un anterior Hollow Hallows? —preguntó Elmer Shaxon. Nadie le contestó, pero vio en ellos la ignorancia. Caminó hasta una esquina de la que sacó un pergamino. Lo abrió, era un mapa del islote, pero diferente a cualquiera que hubiesen visto antes—. ¿Veis el pantano? ¿A qué no? Son solo estas manchas, una especie de pequeños lagos, nada que debería asustar, ¿creéis?

—¿Qué le pasó al anterior Hollow Hallows? —preguntó Dawn. El odio crecía en su interior—. ¿Lo devoró el pantano? ¿Fue eso? ¿Es lo que nos estás diciendo?

Shaxon hubiese aplaudido de no ser porque tenía otros planes y dijo.

—Qué sabia eres, da pena que seas lo que eres. —Prefirió seguir con su discurso

—. Blackmouth se ha esforzado en que no queden mapas ni menciones al primer Hollow Hallows... Ha sido un buen secreto, pero las familias como la Shaxon, la Ruth, la Blackmouth, la Ellis, la Brooke y demás hemos sabido esto desde el principio: que sobrevivimos a un apocalipsis.

Les obligó a mirar el mapa, aunque Garric, pese a temerlo, vio los contenidos de las vasijas de cristal y no pudo apartar su pensamiento de ellas. Comprendía lo que estaba en su interior y la sensación de repulsión trepó por su espíritu hasta coronarlo con garras de hierro.

—¿Qué le pasó a ese Hollow Hallows y por qué debería importarnos? —preguntó Dawn con rabia. Podían partirle la mano, desnudarla, cubrirla de golpes, pasear cuchillas por su cuerpo..., pero no inclinaría la cerviz.

—A ese Hollow Hallows le pasó una cosa: vosotros. ¿Cómo no os iba a importar? Aunque conociéndoos, quizás, lo ignoréis por conveniencia —replicó Elmer y una de sus largas uñas marcó de nuevo la ciénaga—. Poco después de la decapitación de la estatua de Hallington, nuestro dios se vengó e inundó Hollow Hallows. Tuvimos que huir.

La lluvia arrasó con el anterior reino de Hallington, lo transformó en el pantano. Dawn, de pronto, comprendía porque en el Hoyo encontraban a veces objetos antiguos; sospechaba que era basura, pero ahora entendía otra cosa, otra peor.

—¿Un diluvio universal para unos hijos de puta como vosotros? —se preguntó Seth. Le dolía la mandíbula tras ser magullado en el último castigo, pero no se callaría—. Adoraría a vuestro miserable dios por ahogaros a todos en su mierda, pero seguís vivos, así que permíteme decir que ojalá os hubiera matado a todos y...

—Lo que digas poco nos afecta ahora, confabulador —respondió Elmer Shaxon, dándole la orden de que callase—. Poco importa tu verborrea comparada a la historia de cómo los supervivientes perdieron todo en unas aguas que se transformaron en barro.

»Hubo graves enfermedades, derrotas, pesares... ¡Qué desdicha sentimos entonces por vosotros, los confabuladores! ¡Ellos le hicieron ese daño a la estatua, la imagen divina de Alfred Hallington, pero él nos castigó a todos, a vuestros antepasados por provocarlo y a nosotros por no poder impedirselo! ¡Qué horror!

»Pero, pese a la impertinencia del destino, ¡sobrevivimos! ¡Los Hollow Hallows nos mantuvimos firmes y eso fue una señal: Alfred Hallington nos daba tiempo para obrar su venganza hacia vosotros, los confabuladores! Nos llevamos lo que pudimos, como la estatua y, haciendo un pacto de silencio, reconstruimos Hollow Hallows más allá del pantano.

—¿Un pacto de silencio? —cuestionó Dawn. Esa parte no encajaba—. ¿Para qué? ¿Para que nunca se hablase de cómo los confabuladores consiguieron con sus actos que Alfred Hallington estuviese a punto de matar a sus hijos?

Elmer Shaxon escudriñó a Dawn como si pudiese ver su alma.

—Se nota que eres la heredera de una mente adelantada como lo fue la de una

sabandija como Oniros Hownland... Sí. Lo hicimos por eso, pero nuestro odio no se apagó. Ahora, comprenderéis porqué vuestros cadáveres serán lanzados a ese pantano... Quedaremos en paz en la plaza, donde moriréis, el mismo lugar donde decapitasteis la estatua, y quedaremos en paz en la ciénaga, donde recibimos la venganza divina de nuestro fundador.

Dawn negó.

—La gente como vosotros no queda en paz jamás. Solo sois odio, muerte, maldad... Nadie puede acallar eso.

—No se pueden acallar esos sentimientos, porque no hicieron más que aumentar con las décadas que transcurrieron tras vuestro atentado y con una profecía que hablaba sobre gente como este, el Perdido —dijo Elmer, refiriéndose a Odell. Seth tuvo ganas de desmembrar a aquel tartamudo con sus propias manos. Después de todo, ¡por culpa de Odell, como él siempre lo supo!—. «El sol de agosto se apagará por la tormenta en el último año de Hollow Hallows, cuando las barreras estén cerradas y ya no se escuche el llanto de los niños. Llegará entonces el forastero, el Perdido acompañado de la muerte. Cuando el mago descubra su magia, habrá un destello de luz que ciegue a todos. Cuando la desgraciada halle la felicidad, habrá una gran lucha. Cuando la soñadora rompa las cadenas, lamentaremos nuestro destino. Cuando la muerta regrese, el tiempo terminará. Caerán las tinieblas, pues esos son sus dones y elegiré el abatimiento y el fin de Hollow Hallows. Los Seis de Hallington deberán elegir si mueren ante el don o lo utilizan para traer de la muerte a su mentor. ¿Hollow Hallows muere? ¿Hollow Hallows vive?». »

Una antorcha se apagó con una brisa súbita.

—Bonita parrafada, ¿te costó mucho aprendértela? —masculló Seth antes de ser apuñalado con una seña de aversión de Shaxon.

Garric y Dawn fueron los únicos que tomaron esas palabras en serio. Parecían decir tanto, aunque ¿el qué? ¿Qué significaban debajo de todo el misticismo? ¿Existían las profecías?

—¿Entendéis ya porqué necesitamos un segundo apocalipsis que acabe con vosotros y con los que dudan? —les dijo Shaxon como si mostrase algo de clemencia, aunque no para ellos, sino para los suyos—. Porque tras la tragedia y la victoria sobre vuestras débiles mentes, Hollow Hallows será más poderosa que nunca y persistirá. ¿No es un triunfo loable? —No esperó ni obtuvo respuesta—. Lo es, aunque no lo comprendáis, ¿cómo ibais a comprenderlo? Yo sí y he movido las piezas para ello, para evitar vuestro triunfo... La epidemia, al fin y al cabo, fue por vuestra culpa, ¿lo sabéis?

Garric, Seth y Dawn procuraban digerir los descubrimientos, pero seguían sin entender qué fuerza era la que llevaba a Shaxon a liberar esos secretos ante ellos. Era como los supervillanos de los cómics de Seth, capaces de revelar sus trucos y planes antes del final, para que los héroes tomaran cartas en el asunto y evitasen que cumplieran sus maléficas metas. Solo que Shaxon era real e iba a hacerles daño. Solo

revelaría su secreto ante algo como..., algo o, mejor dicho, alguien, que jamás pudiese contarle en el futuro, como un muerto. Puede que fuese por eso: porque ya los consideraba cadáveres.

—Vosotros provocasteis la enfermedad que dejó sin recién nacidos Hollow Hallows, sí —continuó Shaxon. Deseó mucho tiempo tener a los descendientes a su merced. Habló con Dawn—: Tu padre, Hownland, tenía una canción (por llamarla así), titulada *Abortar H.H.* ¡Siempre su impureza! ¡Siempre su orgullo! ¡Siempre su mal gusto! Era un obsceno hijo de mil perras, ¡se refería a nosotros y su deseo se cumplió!

Las palabras de Shaxon, cargadas de melodramatismo, adquirirían cierto grado de convencimiento para el que las pronunciaba, pero solo de locura tras locura para los que las escuchaban.

—Estás loco —dijo Dawn. ¿Cómo podían justificar cualquiera de sus malas decisiones en ellos?

—¡Si estoy loco, todos los Hollow Hallows lo estamos, porque pensamos lo mismo! Crear esa epidemia fue vuestro mayor error junto al hecho de nacer y descender de la escoria de la que descendéis, incluso tú, tartamudo, Perdido, ¡tú también entras en este juego porque serviste a un destino sucio!

Garric negó. ¿Por qué no despertaba de la pesadilla?

La heredera de los Hownland señaló a los frascos:

—¿Nosotros los culpables? ¿Nosotros? ¡Has sido tú, todo este tiempo, tú! ¡Has dado a Hollow Hallows más motivos para odiarnos! ¡Mira la mierda que has hecho, joder! ¡Reconócelo!

—Más motivos para odiaros, pero no más seres que os odien —rectificó Elmer Shaxon y sonrió—. Entendedlo. Estoy demasiado viejo, nunca pude tener hijos y nadie fue digno de llevar mi apellido. ¿Por qué moriría sin ver cómo se erradicaban a esos descendientes por los que tanto luché para contemplar muertos? Mi cadáver no podía caer antes que los vuestros, necesitábamos los rituales, sin duda, pero no quería morir... Así que..., favorecí a los hados para que todo se pusiese de mi lado y poder vivir hasta el nuevo apocalipsis.

Seth levantó la cara del suelo. Se sentía mareado, pero en ese caos, dedicó un gesto de incompreensión al contenido de los botes de formol. Vio lo que eran.

—Pero ¿qué locura es esta?

Más de una pared estaba llena de frascos con fetos y bebés muertos. Muertos, nadaban en el formol con la misma sobriedad del bebé tras el billete de *Nirvana*.

Otro de los muros tenía botes con pequeños restos de piel y esferas pútridas, danzando en la fiesta de la matanza y la podredumbre, como lágrimas heladas.

La parte que quedaba tenía otra imagen grotesca. Cada frasco verdoso como las aguas del hades contenía en su interior un miembro viril seccionado.

Elmer Shaxon abrió sus manos, como una figura mesiánica, y mostró su galería de los horrores. Dijo:

—No han nacido nuevos Hollow Halls desde vuestro nacimiento, un símbolo más del apocalipsis.

—¡Mataste a sus hijos! —chilló Seth. Lo hubiera matado, si hubiese podido—. ¡Les cortaste la polla a sus padres! ¿Y a las madres? ¡También jodiste a las mujeres! ¡Las hiciste abortar si alguna estaba ya preñada! ¡A todos! ¡Creaste esa falsa epidemia! ¡No nacían porque les quitaste la oportunidad de hacerlo! ¡Tú!

Lord Larvas tamborileó sus dedos por los recipientes, pasando de los restos de un útero hasta un bebé muerto y acabar en un pene. Luego puso sus manos en unas tenazas de hierro oxidado.

—A veces, el apocalipsis necesita que le echen una mano y mis hermanos han sido los primeros que han querido creerlo. Gente como Ruth podía contenerse, pero con otros había que ser más..., estricto. ¿Qué he hecho malo?

Garric lloraba, por el horror, por la maldad con la que se encontró en ese tiempo en Hollow Halls. Fue todo lo contrario a lo decidida que se mostró Dawn entonces; consiguió ponerse de rodillas y quiso levantarse, pero no tendría tanta suerte, mas su valor no menguó.

—Eres un monstruo y eso no hay nada que lo cambie, Shaxon —dijo—. Ningún Hollow Halls puede evitar eso. Sois solo una panda de lunáticos.

»¿Cortaron los míos la cabeza de vuestra estatua? ¿Y qué? ¿Eso justifica el dolor, el tormento y la cólera, esos sentimientos que han teñido de sangre y bilis año tras año, descendiente tras descendiente?

»Os habéis alimentado de hiel durante décadas y más décadas, os encanta su sabor, ya no podéis probar nada más. Fuisteis mezquinos y no podéis dejar de serlo. Sois viles, degenerados y decadentes, y eso no lo podréis ignorar aunque nos matéis. Siempre seréis monstruos.

Elmer Shaxon abofeteó a Dawn. El cuerpo de la joven cayó de bruces.

—¡No oses hablarme así!

Seth asestó una patada a las piernas de Shaxon. El enterrador clamó de dolor y lo espantó al pisarle una de las manos. El hijo de los Dagan chilló; el dolor de los huesos rotos y las uñas arrancadas continuaba latente.

—¿Cómo te atreves a tocarme, impuro?

Dawn gateó. Empujó a Shaxon contra una de las repisas; el viejo perdió el equilibrio y la golpeó. Se fue al suelo junto a varios de los botes, que vertieron su pútrido contenido por el piso. Uno de los recipientes, con un feto, le dio en la cabeza. Una brecha sanguinolenta cruzó por su frente.

—¡Hijos de puta! —clamó—. ¡He esperado todo este tiempo el apocalipsis y no me lo vais a arrebatarse!

Garric contuvo el aliento.

—E-e-e-esa fra-frase...

—¿Qué pasa con esa frase, Garric? —preguntó Dawn. ¿Qué quería decirle Odell? El muchacho tembló y susurró:

—Yo..., la... Yo-Yo... La he esc-escr-escrito.

Un estallido cercano les robó las palabras.

Shaxon alzó su rostro, hacia el exterior del mausoleo, él pareció saber qué era.

—Sí, sí... ¡Mis chicos vienen a por vosotros! ¡Saludad a Elliot y los hermanos Ellis! ¡Vienen a por vosotros!

CAPÍTULO 50

Una sombra devoró la luz de la luna y cegó a Shaxon y sus presos. Dawn parpadeó intentando aclarar su mente, pero no era una ilusión, era la realidad: el monstruo, la grotesca creación de Elmer a partir de Elliot y los hermanos Ellis, les aguardaba.

—Pensé que se me había ido la cabeza cuando lo vi por primera vez —confesó Seth con un lamento—. No creía que ese Frankenstein *hulkizado* fuese real.

—Frankenstein era el creador, no el monstruo —corrigió Dawn.

—¡Ya lo sé! Pero permíteme saltarme un poco las normas cuando estamos a punto de palmarla.

—¿*Hulkizado*?

—Le falta ser verde y ya está.

La muchacha suspiró. Hasta el final, Seth iba a ser un idiota.

—Estamos muertos —concluyó Dawn.

—Lo estáis —les dijo Elmer, alegre por ver a su hijo—. ¡Y no es un monstruo! ¡No os ofendáis! Las tradiciones perviven con fuerza en Hollow Hallows y los Flint y Ruth son familias tradicionales, apellidos tradicionales, y debían pervivir con fuerza.

—Que, en resumen, eres un hijo de puta, un degenerado de mierda —le contestó Dawn poniéndose de pie con ayuda de la pared donde apoyó sus manos.

Elmer gruñó.

La aberración movió sus brazos. Eran enormes como trocos de árbol. Sus garras se abrían, como las manos de un bebé que ha descubierto esa capacidad. En gran parte, parecía un recién nacido, pero su corpulencia y altura le convertían en un fenómeno de feria, una especie de eslabón perdido de la humanidad. Quien lo viese podía pensar que era una fantasía, algo irreal, pero sus gestos, su aroma fétido..., confirmaban la realidad. Y más cuando podía asesinarte.

Un bramido del deforme obligó a que Garric y Seth lo mirasen, pero Dawn estaba pendiente de Shaxon.

—Es-Es ma-ma-mayor q-q-q-que la última ve-ve-vez...

—¿Te preocupa si ese bicho está comiendo sus cereales para crecer fuerte y vigoroso? ¿Complejo de mami? —le increpó Seth. Si no le saltó a Odell a la yugular era por lo endeble que se encontraba—. El hijo de puta de Shaxon le estará metiendo algo a esa bestia, alguna mierda tipo estiércol de gusano o algo, para que sea así, de pronto, como un...

—Como un t-t-t-troll —musitó Garric.

Seth mostró su poco convencimiento.

—¿Un troll? ¿En serio? ¿Y tú eres escritor? Vaya metáfora de mierda y...

Elmer Shaxon dio un paso hacia Dawn, ella no le quitaba la mirada de encima.

Estaba asustada, pero no iba a dejar que aquel anciano le hiciera algo. Nunca más.

El sepulturero aprovechó el momento y cogió un bote con un bebé muerto. Lo arrojó contra la pared más próxima a Dawn, que se alejó de un salto, emitiendo un gemido de dolor al hacerlo de forma repentina y poner en el suelo el pie donde tenía el esguince.

—¿Me tienes miedo? ¡Sí, me tienes miedo! ¡Más me vas a tener cuando haga que mis chicos bajen!

Elmer levantó su mano derecha para realizar un aspaviento a su engendro y que bajase. De tal manera se iniciaría la carnicería. No llegó a hacerlo, porque Dawn se agachó y agarró algo del piso: un trozo de cristal del bote roto. Señaló con él a Shaxon.

—¡Dile que se marche!

Garric y Seth reconocieron la determinación en su amiga, pero la determinación no es igual a salvar la vida.

Elmer Shaxon miró a Dawn con detenimiento.

—¿Por qué acabar con este jolgorio tan rápido, Hownland? Si se ha escapado, debe ser porque tiene hambre y vosotros tenéis partes que no necesitáis para seguir viviendo. Pensadlo.

»¡Se me ocurre una cosa! Elliot y los hijos de Ellis estaban muertos cuando los traje aquí..., o casi muertos, y les he hecho seguir viviendo a través de mis dones. ¿Por qué no hacer eso con vosotros? Os imagino, a ti, perra Hownland, con tu cabeza en medio del cuerpo del tartaja y el granjero... Una mezcla que hará que...

—¡No vuelvas a hablarnos! —gritó Dawn y movió hacia delante el cristal, con un corte directo.

Elmer dio un paso atrás y se paró. Tenía una sonrisa dibujada en los labios y una mirada enfermiza en sus turbulentos ojos, pero también algo más que brotaba de debajo de su cabeza. Levantó una mano hacia su cuello justo en el instante en que una línea sanguinolenta aparecía en él.

Dawn le cortó la garganta.

La abominación soltó un gruñido desde lo más profundo de su garganta. Olió la sangre fresca de Shaxon.

Garric y Seth se miraron entre sí y luego a Dawn.

—Creo que eso no se lo esperaba Shaxon —susurró Seth.

—Ni yo —farfulló Dawn.

El cuerpo del anciano se desplomó, de rodillas. La sangre se derramaba por su cuello como si fuese agua en un caldero que bulle con demasiada intensidad. Vivió demasiado tiempo como para esperar algo así.

—No... No... Puedo... Aún puedo... —balbuceó y tragó saliva, aunque en realidad era bilis y ardió en su interior como una llama.

Las manos de Shaxon se agitaron hacia el monstruo, que esperaba fuera. Lo estaba llamando.

Y su creación obedeció, comenzó a bajar por la escalinata.

—¡Bestia de mierda! —chilló Seth a la unión de Elliot y los Ellis, pero estos ni siquiera le prestaron atención. Seth se quedó boquiabierto—. Vaya, Shaxon, qué chapuza, son sordos.

Las manos de la abominación avanzaron; eran tan grandes como una lápida. ¿Cómo era posible que Shaxon hubiese hecho eso? Seth reconoció que lo dicho por Garric no era una estupidez, era mucho mayor que la primera vez que lo vieron (aunque fuese desde el balcón y tras recibir el cariño de los Hollow Hallows). Sin ir muy lejos, el repulsivo hijo de Shaxon podía aplastarle la cabeza si sus zarpas lo atrapaban.

—¡Dawn, retrocede! —gritó Seth a su amiga cuando la criatura llegó a la mitad de la escalinata, tambaleante y torpe.

Garric gateó hacia Dawn y ambos se apartaron hacia una parte de la pared, justo en frente se quedó Seth. En medio, bajaba el monstruo.

—N-N-No nos... ve.

Odell estaba en lo cierto. El demonio prosiguió hasta Elmer, sin percatarse de los demás. ¿Y si no vino por la señal del viejo? ¿Y si vino por el olor de la sangre de su amo?

—Dejadle bajar y nos largamos por las escaleras —propuso Seth a Dawn y Odell—. El cabrón de tres cabezas no nos escucha. No sé cómo hacer esto, cómo huir, no sé si resistiremos, pero prefiero eso a quedarme aquí.

Elliot y los hermanos Ellis se detuvieron ante el enterrador. Shaxon hizo señas para que atendiese a los descendientes y le olvidase a él. Aún pensaba que podía salvarse a sí mismo, pero era incapaz de hablar. El tajo era más profundo y grave de lo esperado.

Seth fue hacia la escalera. Le costaba horrores caminar; debía posar parte de su cuerpo de la pared de la escalinata secreta, pero su deseo de huir era claro. La cadena atada a sus pies y manos se estiró. Miró atrás. ¿Dawn y Garric no venían? Estaban atados entre los tres, pero no contaba con que se negasen. Por suerte, no se echaban para atrás. Solo era que Dawn tenía que ayudar a Garric a andar cuando ella misma cojeaba, pero al menos avanzaban. Si no estuviese Odell, ya sería genial para Dagan, pero no se podía tener todo.

Aprovechando que sus pasos eran más lentos por el contratiempo de Garric, Dawn y Seth miraron atrás, hacia la pestilente malformación que una vez fueron Elliot y los Ellis. Ningún horror de la naturaleza era comparable con aquel «descendiente» del moderno Prometeo.

La mano derecha del engendro se posó en el charco de sangre bajo Shaxon. Fue un ademán similar al de un gran simio. Entonces levantó la mano y la llevó hasta sus tres bocas, aunque solo moviese y se alimentase de la central, la perteneciente al hijo de Caleb Ruth. Le gustó el sabor.

Seth anduvo un poco más, tirando de las cadenas, de Dawn y Garric. No quería

que el ser tricéfalo hiciera lo mismo con ellos, aunque su mirada se clavaba de vez en cuando el troll y en cómo actuaba con su creador. Eso era lo peor de todo: si su vida no hubiese estado en peligro, a Dagan no le hubiese importado quedarse hasta el final para ver cómo aquel enemigo moría. No era un acto heroico, pero no siempre se podía ser un héroe.

—Daos prisa —le pidió a Dawn y Odell.

Dawn le dirigió un mohín de reproche; no podía subir con Garric más rápido. Seth quiso decirle que lo dejara atrás, pero recordó la cadena que los mantenía unidos. Supo que en el futuro lo lamentaría, pero bajó un par de peldaños y ayudó a Odell a avanzar sin acabar de destrozar a Dawn.

—Vamos ya —dijo.

Garric no se creyó que Seth le ayudase. Pensó que no era un acto altruista, Dagan lo hacía para salvarse él. Dawn se sorprendió porque le pareció un acto de madurez que no esperaba en Seth (para ser honesta, nunca esperó un acto de madurez proveniente de Dagan).

Un refunfuño como el de una bestia salvaje.

La mano izquierda del experimento de Shaxon se colocó sobre el rostro de su inventor, que dijo:

—Suel...

Un «suéltame» que se transformó en un grito.

Un grito que acabó en silencio.

Seth recordó a Ma cuando le echaba la bronca por quitar mal las manzanas de los árboles. Las retorció hasta conseguir partir el rabo. Elliot/Ellis hizo lo mismo hasta arrebatar la cabeza de Elmer Shaxon del cuerpo.

—¿Ha hecho lo que creo que acaba de hacer? —masculló. Nunca olvidaría esa atroz imagen.

Una oleada de sangre cálida de Shaxon llegó hasta los tres presos. El descendiente de la locura sacudía la cabeza de Shaxon como victoria, provocando una lluvia escarlata. Abrió sus fauces, como un cepo, y clamó a poderes desconocidos en un bramido que nadie llamaría «idioma».

—¡Fu-Fu-Fuera! —pidió Garric.

—¿Me está dando órdenes un tartamudo?

—¡Seth, fuera! —rogó Dawn.

Nada de bromas. Nada de rencores. Si los había, estarían muertos. Si no los había, puede que también.

Subieron por la escalinata con las energías que les quedaban. La situación se estaba poniendo seria. Era cuestión de segundos que la aberración se fijase en ellos. Y peor aún, los descendientes y Odell eran lentos.

—No vamos a llegar fuera —dijo Seth, yendo en el rumbo contrario al optimismo—. Como se dé cuenta, nos destrozarán antes de que podamos hacer cualquier cosa y...

—¡Que corras, capullo! —habló Dawn dándole un golpe en el brazo—. ¡Podemos accionar la palanca cuando estemos fuera y cerrar esta sala con esa escoria dentro!

Seth hubiese aplaudido a su amiga por la idea, de no tener sus dedos convertidos en muñones sangrientos. Acometió con esfuerzo y ascendió con Odell y la chica. Tenían que salir, era su esperanza. Podían escapar, solo necesitaban algo de suerte...

Garric soltó un leve chillido. Su pie derecho tropezó con el escalón y las heridas de sus piernas, incluyendo la del balazo, vomitaron una sangre negruzca, colmada de pus. Hedió como una bolsa de basura con carne podrida.

Un sonido, el mismo que haría una piedra al chocar contra el suelo tras caer desde las alturas.

Seth miró a los resultados de los delirios de Shaxon, la mezcla de Elliot y los Ellis. La sangre de Odell le atrajo. Iba a por ellos.

CAPÍTULO 51

Dawn desconocía qué nombre otorgarle a la fusión de Ellis y Elliot. Troll no estaba mal. Parecía una locura digna de un macabro cuento de hadas. Lo que no ignoraba es que si ese colosal monstruo les atrapaba, los iba a matar.

—¡Vamos, rápido, santo cielo! —decía Seth. Sufría un ataque de nervios. Cuando sientes el aliento de la muerte en tu cuello, no es raro.

—¡Vamos, Garric! —pidió Dawn, la chica que nunca rogaba nada.

El crujido de docenas de botes al hacerse pedazos fue el sonido que se repitió en la cabeza de cada uno de los prisioneros hasta que empezó a dolerles. Si sufrían esa jaqueca era porque aún tenían una cabeza que no habían perdido y eso ya era un mérito, sabiendo de los gustos de la reencarnación de los descendientes de los Ruth y los Ellis.

Odell tropezó, pero Seth luchó por recogerlo y hacerle seguir. «El peligro de muerte hace extraños amigos», dijo para sí Dagan.

Una de las garras de la bestia se precipitó sobre Garric, pero no llegó a cogerlo de las piernas, sino que lo hizo de las cadenas. Tiró de ellas. Y al atrapar los eslabones de acero, los atrapó a los tres. Era listo, demasiado listo.

—¡Atrofiado por fuera, cerebro de puto genio! —exclamó Seth sobre el troll (como lo llamó Odell). El olor repulsivo hizo que la nariz del muchacho sufriese una hemorragia—. ¡Estamos perdidos, joder!

—¡Eso no ayuda, imbécil! —le replicó Dawn. Notó la cercanía con la nauseabunda bestia.

El troll tiró con más fuerza de la cadena.

—¡So-So-co-corro!

Dawn cogió la mano de Garric.

—¡Muy bonito, pero todos nos vamos a la mierda si sigue tirando así y Odell lo ha hecho posible! —les dijo Seth, furioso.

—¡Si luchamos cada uno por separado, moriremos por separado! —chilló Dawn. Quiso no perder a Garric, pero el troll era poderoso.

—¡Si morimos juntos tampoco creo que la Muerte nos haga un puto vale de descuento por viajar en grupo! —soltó Seth.

«¿Una broma? ¿En serio? ¿Acabo de soltar una broma en este momento? No me jodas», pensó.

La salida estaba tan cerca...

Y la muerte venía tan rápido a por ellos...

Odell se cayó de nuevo sobre los escalones. La aberración jaló con más ímpetu. Dawn y Seth lucharon por no venirse también abajo, pero el troll era un vendaval y ellos un castillo de naipes.

Una idea voló por el instinto de Dawn. Era una oportunidad y tenía que cogerla por el cuello antes de que escapase. Y lo hizo: lanzó un pisotón a la mano del monstruo.

Las garras soltaron la cadena un instante.

Los tres aprovecharon para escapar.

Garric necesitó la ayuda de Dawn y Seth, pero ese era el ansiado momento en que se decidía todo.

Detrás de los amigos, el grito de la abominación y de las cadenas que les ataban, chocando contra los peldaños.

—¡Fuera, vamos fuera y tendremos una posibilidad! ¡Fuera! —gritaba Dawn con tanta confianza que se antojaba como cierto. «Ojalá se haga más cierto que cualquier historia de Odell».

Elliot y los Ellis miraron hacia sus presas con rabia. Un sonido lo atrajo hacia lo que estaba tras él. La sangre a borbotones dejaba de salir del cuello de Elmer Shaxon. Se secaba y era un aroma que atraía al ser. Era tan sabroso el cuajo sobre la sangre...

Cuando volvió a mirar a Dawn, Garric y Seth, los tres escapaban de la escalera y llegaban al exterior de la cripta. Chilló con tres voces (las de Elliot, Donald y Flint), que sonaron como los coros de la devastación.

Seth cayó de rodillas al llegar a la salida del mausoleo. «¡Joder, no! Hoy no», pensó y se levantó. Dawn y Garric salieron detrás de Seth. Al mago le tocaba accionar la polea. Esa palanca ejecutaría el mecanismo para cerrar la habitación secreta. Era la forma de apresar a su enemigo y salvar sus vidas. No renunciaría a ella.

Las manos de Seth no tocaron la palanca.

Una pistola antigua, una reliquia digna de un duelo de siglos pasados, se colocó en su cabeza.

—Haz algo más, solo algo más y te volaré la cara, escoria Dagan —dijo Calvin Blackmouth y mantuvo su revólver.

¿Tanta lucha para caer una vez más? Dawn negaba. No podía ser, el destino no debía ser tan cruel con ellos y, sin embargo, lo era.

—Hazlo —rogó Dawn a Blackmouth—. Termina ya con esto.

—Yo creo que no estoy muy de acuerdo, pero... —dijo Seth antes de recibir el impacto de la culata del arma.

Dawn hubiese deseado no soltar el cristal con el que cortó a Shaxon, pero tuvo que hacerlo para ayudar a Garric. Ahora se enfrentaba a su profesor y sabía que se ensuciaría sus manos si hacía falta.

—Callad los dos —ordenó Blackmouth y habló con Odell—. Tú, ¿qué te crees que estabas haciendo? ¡Teníamos un pacto!

El escritor miró a los dos monstruos: uno, bajo la escalera, chupando la sangre, y al otro ante él, sujetando una pistola. No sabía cuál era peor. Cualquiera de los dos le generaba un terror sin límites.

Blackmouth le habló:

—¿Ibas a dejarte morir sabiendo que tienes un trato conmigo? ¿Qué clase de palabra tiene un tartamudo rastrero como tú? ¡Ninguna!

¿Qué podía ser peor que ese encuentro inesperado?

Después de huir de un ente digno de ser llamado troll, ¿morir ante un cronista seboso que utilizaba un arma primigenia?

Seth rogaba porque la pistola no funcionase, a la vez que Dawn se percataba de que Blackmouth sonaba incluso dolido por lo ocurrido con Garric, «como un amante despechado», opinó con malicia.

—Terminarás tu novela, Tartamudo.

Blackmouth se movió un poco, precavido, y miró hacia el pasadizo secreto. Quería saber qué había pasado abajo, porque Shaxon estuvo a punto de perderlos, pero lo que vio respondió a sus dudas. Se zanjaron con su lamento:

—¡Elmer! ¡Oh, no! ¡Elmer!

Dawn sonrió.

—No creo que te escuche. Tiene la cabeza separada de su cuerpo ahora mismo.

Calvin Blackmouth la apuntó a ella.

—¡Zorra Hownland!

—Seré la zorra Hownland, pero por tus actos sigo viva y tu amigo (si es que conoces esa palabra) está muerto. ¿Cómo te hace sentir eso?

El odio recorrió el semblante del historiador y permaneció en él como si se convirtiese en el nuevo soberano de la inmensa cara.

—¡No ha sido por mis actos, ramera! ¡Fui a por el tartaja para que escribiese el final de la novela! ¡Entonces me dijeron que se lo había llevado Shaxon junto a vosotros!

—¿Y esa preocupación por nosotros? —musitó Dawn. Tenía una idea del porqué, pero quería la confirmación.

—¡No por vosotros, descendientes, sino por este idiota! —dijo sobre Garric—. ¡Temí no llegar antes y que, aunque llegase, Elmer me ignorase! ¡Se le podía ir la mano, podía convertirnos en algo como..., eso! —dijo refiriéndose a la abominación—. Necesitaba a este tartaja en plenas facultades... O en lo que sea, si es que tiene alguna facultad completa, el muy retrasado... —Y, finalmente, confesó—: Lo hice para que acabase su novela.

Seth se sorprendió por muchas cosas en las últimas semanas, pero esa revelación estuvo a punto de coronarlas:

—¿Liberaste a ese asqueroso tricéfalo para matar a Shaxon y salvar a Odell?

—¡Jamás, Dagan! ¿Me acusas de traición? ¿Tú, sucia alimaña? ¡Ningún Hollow Hallows es como vosotros!

—Es lo que imagino entonces —concluyó Seth, sin creer nada del cronista.

—¡Liberé al troll para que Elmer fuese a por él, para distraerlo, y lo llevase de nuevo a su jaula! Mientras, yo me llevaría a vosotros a un lugar donde no os matasen

antes de tiempo. ¡Ese troll no debía asesinar a Elmer!

—¿Troll? —masculló Dagan.

Blackmouth llamó a la aberración de esa forma dos veces, como Garric. ¿Qué se le estaba escapando a Seth? El maestro no era de esos tipos que leyesen libros de fantasía o jugasen al rol. Era lo más antagónico a eso.

—El t-t-t-troll de mi no-no-novela —insistió Garric. Un lamento escapó de su voz cansada.

—¿No podías poner un unicornio en vez de un troll, Odell? —dijo Seth, furioso—. ¿Has incluido tú esa puta persecución por las escaleras?

—N-N-No... Eso es..., l-la r-r-r-realidad... Tar-Tarda en a-amo-amol-amolda-amoldarse a mi no-no-novela...

—Entonces, ¿has enganchado a este cabrón a tu novela? —le echó en cara Seth.

—¡Nada de esto tuvo que pasar! —clamó Blackmouth, fuera de sí. Acabó con la posible respuesta de Garric—. ¡Entonces yo me habría llevado al tartaja lejos de aquí, a terminar su historia! ¡Pero todo ha salido mal! ¡Siempre que estáis vosotros de por medio, todo sale mal!

—A lo mejor es siempre que estáis vosotros y no nosotros —sugirió Dawn.

Una parte de Garric, una que jamás hubiese reconocido ante los demás, se sintió halagado porque un ser como Blackmouth hubiera hecho tal sacrilegio a cambio de que él escribiese.

—¡Esto va a acabar y acabará a mi manera! —chilló Blackmouth—. ¡Vengaré a Elmer, pero antes obtendré esa novela! ¡Diré que os atrapé! ¡Me convertiré en un héroe y nadie tendrá que saber lo que hice esta noche! ¡Todos me perdonarán!

—Sigue gritando así y vendrán los guardias, descubrirán lo ocurrido con Elmer... —dijo Dawn hasta que Blackmouth la interrumpió.

—¡No me harán nada! ¡No van a creerte! ¿Por qué piensas que puedes amenazarme?

—Sé que no te harán nada, que no nos creerán, pero a nosotros nos matarán y te quedarás sin tu historia, ¿serías capaz de aguantar eso? ¿A qué no? ¿Y si empiezo a gritar?

Blackmouth gruñó, cogió con su mano libre la cadena de los reos y tiró de ella, yendo lejos de la cripta.

—¡Vendréis conmigo!

CAPÍTULO 52

Bajo unas estrellas que vieron lo ocurrido, Blackmouth metió a los descendientes en su coche; estaba aparcado en la parte de atrás del cementerio, esperándoles.

Les ató la cadena a las puertas e impidió que pudieran hacer cualquier cosa. En cuanto terminó, subió al asiento del conductor y arrancó aquel automóvil, casi tan antiguo como su revólver, digno de estar en un museo. Se dirigió hacia la escuela.

—Fue culpa de Elmer —masculló Blackmouth. Quería convencerse a sí mismo—. Hizo crecer a esa..., cosa. Convirtió a Ruth y los Ellis en un monstruo... No tuvo que hacerlo, no hacía falta llegar tan lejos... Se puso él solo la soga al cuello...

—Tú solo miraste cómo se ahorcaba —susurró Seth, descreído.

Un gruñido de Blackmouth sonó a advertencia.

—Me hace falta Odell para escribir el final de su novela, no vosotros. ¿Lo entendéis, Dagan, Hownland? Puedo haceros prescindibles.

La frase fue una amenaza enmascarada como una explicación de un profesor. Señaló al asiento del copiloto, estaba ocupado por su arma de la época de la fundación de Hollow Hallows.

—¿Y..., si me nie-nie-niego a esc-esc-es-cribir si les ha-ha-haces al-algo? ¿Y si t-t-te pi-pi-pi-pido que-que-que les suel-suel-suel-tes si qui-qui-quieres el fin-fin-final?

Las palabras de Odell hicieron dudar de él casi tanto como las escritas. Si hubo algún momento para cambiar y confiar más en sus cartas, como estaba demostrando, sin duda, no fue ese momento.

—No tienes tu destino en tus manos —aclaró Blackmouth—, pende de las mías. Y créeme, recoger la crónica de vuestra muerte siendo testigo o causante es algo que me reconforta. Perder tu novela solo sería una nota a pie de página, pero ninguno de los dos desea eso aunque yo deba hacerlo, ¿no? A veces, ocurren cosas en la historia que no se pueden cambiar y yo debo recogerlas, me gusten o no, así que ¿quieres seguir con ese desafío?

Odell calló. Notó que Seth movía un poco sus manos. Pretendía colocar la cadena en torno al cuello del historiador. No le importaba que el ahogarlo provocase que se perdiera el control sobre el volante y acabasen chocando. Pero sus planes se fueron por la alcantarilla, los grilletes no llegaban hasta su adversario. Mala suerte. Otra vez.

Los tres cautivos no hicieron mucho esfuerzo para descubrir que Blackmouth no se creía que Garric pudiese convertir la realidad en su novela, que la criatura de Shaxon se hubiera transformado en el troll. El cronista odiaba la fantasía, una teoría así jamás se le pasaría por la cabeza. «El género fantástico puede salvarte la vida, hijo de puta», increpó en su mente Seth, al mismo tiempo que el vehículo temblaba por el sendero de piedra, dejando atrás el camposanto.

Dawn miró el camino que abandonaban, durante un momento. Vio las luces de las linternas de los Hollow Halls al ir en busca de Elmer Shaxon. En pocos minutos, sabrían del destino del médico y enterrador, del acto atroz cometido por la abominación. También descubrirían que ellos, los descendientes, habían huido. Se volverían locos, más aún. ¿Qué estaría planeando hacer Blackmouth para mantener la situación bajo control?

—¿No te considerarán un traidor cuando sepan todo esto? —preguntó Seth.

Quería mostrarle la verdad que él ya estaba imaginando, causarle algo de miedo a Blackmouth, pero ¿cómo se aterroriza a alguien que es experto en asustar a los demás?

—No tienen que enterarse de nada —contestó Blackmouth sacudiendo el volante—. Algo haré... Siempre se me ocurre algo. ¡Sé mucha historia! ¿Y sabéis qué ventaja me da eso? Esta situación ya ha ocurrido antes, solo que con otros personajes. La recordaré y hallaré la solución.

—¿Tu vida solo es el *remake* de la vida de otras personas? —susurró Dawn con asco.

—¿Eso no es intervenir en la historia que recoges en tus crónicas? —soltó Seth por otro lado.

Calvin Blackmouth estalló como si dentro de sus entrañas hubiese explotado una bomba. Su rostro gordo, de pieles colgantes y ojos furibundos, se giró hacia los presos. No temía que, al no fijarse en el camino que se les abría, tuviesen alguna clase de accidente. Podrían chocar contra un árbol y matarse todos. Se fijó en Seth, al que tenía más próximo en el asiento de atrás.

—¿Quieres que te acuchille como a un cerdo en cuanto llegemos, rata de los Dagan? ¿Y tú, zorra Hownland? Soy capaz. Lo sabéis. Os lo recordaré. ¡Soy capaz!

Seth se calló. Al menos, el plan de Dawn no salió mal. Distrajeron a Blackmouth lo suficiente para que ella pudiera coger algo del asiento de al lado del maestro: la pistola.

—Para el coche —dijo Dawn y apuntó con el arma de fuego.

Blackmouth la observó. Pensó en algo que concluyó con un:

—No pienso detener el coche.

El cronista la miró con desprecio y volvió a pegar sus ojos a la carretera.

—¿Te haces el valiente? —preguntó la chica. Estaba a un segundo de presionar el gatillo—. Eres de los que escribe la historia, no de los que la crea.

—Te equivocas. Otros hacen historia, pero yo soy el encargado de que los recuerden de la manera que se merecen. Soy más importante que los propios personajes.

—¿Y por eso te crees ahora poseedor de tanto coraje como para tener una pistola apuntando a tu cabeza y que sigas conduciendo?

—¿Y tú? ¿Sabes qué es lo que tienes en las manos?

—Sé utilizar una pistola.

—Bien por ti, pero eso no es una pistola —contestó Blackmouth.

—¿Qué es entonces? —preguntó Seth—. ¿Un consolador con carácter?

Blackmouth atizó el volante:

—Asquerosa, desagradable, rata —soltó varios improperios ante la ocurrencia del muchacho.

—Responde —pidió Dawn a Blackmouth.

—Responderé por ver tu cara, no porque..., me amenes —dijo el historiador—. Esa arma no funciona, es solo una réplica de mi colección privada, de mi museo de Hollow Hallows.

—No me lo creo —respondió Dawn.

—Yo no suelo usar pistolas para matar. Prefiero mis manos. Me dan más fuerza a la hora de escribir, me hacen comprender el valor de los sacrificios que se hacen por la paz de este islote.

Dawn recordó la historia que le contó tía Emily sobre el niño al que Blackmouth asesinó. No utilizó ningún arma.

—¿Nos has amenazado con una pistola de juguete? —preguntó Dawn. Golpeó el asiento con odio.

—Sí y ahora estáis a mi merced. Pensadlo mejor la próxima vez. Vamos, niña, suelta el revólver donde estaba —dijo Blackmouth y sacó del interior de su abrigo una navaja que Dawn reconoció a la primera: era la de su padre, la que le quitaron—. Porque esta navaja si es de verdad y la usaré con vosotros si no recupero mi posesión. Puedo hacer una excepción a mi moral de no matar con armas... Me pararé aquí y os cortaré, os cortaré hasta que la agonía sea tan insoportable que me pidáis que os apuñalé en el corazón antes que rogarme que pare u os salve. Lo prometo.

Garric miró a Dawn. Blackmouth iba en serio. La muchacha resopló y dejó caer el arma en el asiento al lado de Blackmouth. El profesor guardó la navaja y siguió conduciendo, pero con una sola mano. La otra la utilizó para coger la pistola. Aprovechando el camino recto, miró atrás de nuevo y apuntó con ella a Dawn.

—Os he mentado.

Disparó al pecho de la joven, dándole de lleno.

—¡DAWN! —chilló Seth salpicado de la sangre de su amiga.

—No-No-No... ¡D-Dawn! —musitó Garric y cogió la mano de la chica.

Dawn se puso pálida, su piel se enfrió y de su pecho no dejó de brotar la sangre. Su cuerpo se retorció como si intentase huir de esa condena y escapar significaba cerrar los ojos, cosa que hizo bajo la peste de la pólvora y en el ardor de la muerte.

—Limpiaréis el coche —murmuró Blackmouth.

—¡Hijo de la gran puta! —insultó Seth. Las lágrimas cayeron por sus ojos.

—¿Quieres seguir a tu amiguita al infierno, Dagan? —preguntó Blackmouth.

El llanto de Odell se levantó como una tormenta. ¿Nunca más volvería a ver a Dawn, su Dawn, aquella por la que fue a un lugar tan maldito como Hollow Hallows? ¿Nunca? A menos que muriese... El vacío que deja alguien que muere puede ser un

abismo donde la caída es inevitable.

Cuando llegaron a la escuela, Blackmouth frenó en seco. Bajó del coche, mirando a los lados, esperando que no hubiese ningún mirón cerca. Entonces, desancló las cadenas de los presos y los arrastró fuera para obligarles a seguirle hasta el interior de la escuela. Seth y Garric lucharon porque Dawn no cayese al suelo y se infectase su herida. ¿Aún creían que podrían curarla? Pero si tenía un agujero en el pecho del tamaño de un puño, pero si la mitad de su corazón se rompió, pero si las arterias se quebraron como hilos de un telar...

—Moveos —ordenó Calvin Blackmouth.

El coleccionista de la historia odiaba que le considerasen débil. Nunca lo fue, pero detestaba a los frágiles, a los que no soportaban nada, a los que eran como los descendientes. Mató a muchos críos por eso. Él era el rey de la cadena alimenticia, gobernaba con brutalidad, recogía el honor de Hollow Hallows en cada libro que escribía sobre su historia... Y haciendo tal cosa, no se dio cuenta nunca de algo importante: pensar como el más débil.

Porque si Blackmouth hubiese pensado como Garric, Seth y Dawn, hubiese sabido que los tres entraron en la academia sin rechistar por un mismo motivo que ni la marcha de Dawn borraría: quizás, dentro de la escuela, más allá de encontrar la muerte, podrían encontrar la varita de Seth.

Y las tornas cambiarían y Calvin Blackmouth lamentaría no solo detestar la fantasía con la que hubiese imaginado el poder de Garric, sino también la carencia de empatía hacia los endebles, que no le permitió ver lo que estaba por pasar en cuanto recobrasen el arma mágica.

Blackmouth parecía más concentrado en otro objetivo, mientras ponía un montón de papel en blanco, el manuscrito de la obra de Odell y una pluma acompañando a varios tinteros. Soltó la cadena de Garric y lo empujó hasta el lugar que le preparó para escribir.

—Quiero que escribas el final.

El muchacho aún lloraba por Dawn. Cogió la pluma, la mojó en tinta. Esperó un poco. Empezó a escribir por donde se quedó. Sus lágrimas y la sangre de Dawn ardían en él. Escribiría algo.

No muy lejos, Seth estaba arrodillado junto al cuerpo de Dawn. La descendiente de los Hownland se desangraba sin remedio. Notó que respiraba o eso quiso, pero lo hizo como hubiese notado que una estrella se apagaba, de una forma inexorable e inmediata.

Recordó las palabras de Blackmouth: «a veces, ocurren cosas en las historia que no se pueden cambiar y yo debo recogerlas, me gusten o no, así que ¿quieres seguir con ese desafío?».

CAPÍTULO 53

Las nuevas no eran halagüeñas aquel martes de la última semana de octubre, de la última semana de Hollow Hallows.

Los pobladores informaron de lo ocurrido en el cementerio. Dos de ellos, entre los cuales estaba Schreier, fueron mutilados y asesinados por los que algunos llamaban la Aberración de Shaxon. Consiguieron atraparlo, pero costó horas, sangre y sufrimientos varios.

La desmoralización era un hecho. Nadie se creía lo que estaba pasando. ¿Cómo se puede luchar tanto por Alfred Hallington y, a cambio, recibir un pago tan destructivo?

—¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo no lo hemos visto venir? —preguntó Margaret.

Brooke conducía su coche hasta el cementerio a tal velocidad que el camino se dispersaba.

A su lado, el pastor Ellis estaba más serio de lo habitual. Razonaba los sucesos más recientes, pero ¿cómo razonar algo así? Halló cierta contestación:

—Es hora de que paguemos por nuestros pecados pasados, presentes o futuros.

Margaret se mordió el labio.

—¿Hemos hecho algo mal? ¿Qué pecados hemos cometido? ¿Hemos ofendido a Alfred Hallington?

El cura se tocó la barbilla un instante, barajando una idea.

—A veces pienso que, con el mero hecho de que nosotros respiremos y él no, le ofendemos.

Margaret rezongó.

—Pero tú has leído el pergamino que trajo mi hija, como yo, y sabes que estamos a punto de arreglar eso, ¿no?

El clérigo mantuvo el silencio en lo que quedó de trayecto.

El automóvil paró en seco, delante de la puerta principal de la necrópolis.

Varios Hollow Hallows esperaban tras la verja. Mostraban rostros pálidos. El terror y las severas heridas por su cuerpo eran la mejor crónica de lo sucedido.

Margaret fue hasta ellos. Se paró al notar algo que le produjo un escalofrío. Pensó que acababa de pisar un charco de lluvia, pero cuando se fijó, comprendió que era sangre.

—¿Qué ha pasado? —dijo—. ¿Dónde está Shaxon? ¡Quiero explicaciones!

La patrulla intercambió frases, con nerviosismo.

—No lo hemos contado todo en el pueblo.

—Solo queríamos que lo supiesen ustedes, señor Ellis, señora Brooke.

—No queríamos que cundiese el pánico.

—Porque, sin duda, si lo contábamos iba a cundir el pánico.

Después de aquel pase de palabras, la conversación llegó a lo que el pastor y la gobernante querían escuchar: la historia de cómo su ilusión de control murió.

Horas antes, los guardias fueron hasta la cripta tras escuchar voces, aunque las describieron como «alaridos». Creyeron que, quizás, a Shaxon no le fuese bien con los presos (aunque eso les hiciese dudar y convertirse en desleales a la fe hacia los hijos impolutos, pero no querían ningún mal para el hijo más longevo del islote).

Cuando llegaron a la cripta donde le dejaron solo (bajo su expresa petición) con los descendientes, descubrieron que la Aberración se liberó de sus ataduras y les esperaba con las manos llenas de restos de las entrañas del enterrador.

—Cuando vinimos hasta aquí..., solo pudimos ver una cosa: el monstruo se comía los últimos miembros de nuestro apreciado lord.

A la vez que narraban la historia, los hijos de Hollow Hallows llevaban al sacerdote y la jueza hasta otro lugar, pero se detuvieron ante el fuego que devoraba el mausoleo del pasadizo secreto. Nadie dijo nada, había secretos que era mejor que siguieran siéndolo. Varios de los habitantes del islote se ocuparían de apagarlo en un rato y dejar que el secreto de la epidemia se transformase en cenizas.

Los recién llegados fueron guiados hasta la casa de Shaxon. Allí atraparon a la Aberración. Les miraba desde el interior, con ojos curiosos. Como un niño que come salsa sin cuidado, su cara estaba manchada, pero de sangre y no era suya, sino del matasanos. Chupaba un hueso cuando encontró a los nuevos visitantes.

El ser era mucho mayor que la última vez que le vieron. Creció como si se hubiese comido medio pueblo. Sus muslos eran del tamaño de toneles. Sus ropas, simples harapos, no podían ocultar su carne gris y pútrida, como un engendro de un cuento de hadas.

—Habéis tenido suerte capturándolo —dijo Margaret a sus hombres—. Buen trabajo.

Los Hollow Hallows intercambiaron susurros y uno le respondió a la jueza:

—Señora, no sabemos si se ha dejado atrapar.

¿Humildad? ¿Sus soldados estaban siendo humildes o decían la verdad?

—¿Para qué se dejaría atrapar?

Los guardianes buscaron una contestación que no irritase a la mujer, pero admitieron que cualquiera la iba a enfurecer. ¿Cómo decirlo?

—Hace frío esta mañana...

—Tal vez quería que le buscásemos un lugar mejor, su señoría.

—¿Me decís que esa..., cosa se preocupa del frío o la lluvia? ¿Come a personas y le da miedo coger un catarro? —La furia invadió a la alcaldesa—. ¿Os acordáis del cargo que ocupó y quién soy? No acepto bromas.

—No bromeamos, mi señora —contestó uno, asustado—. No sabemos qué es, señora, pero a lo mejor solo se ha dejado capturar un rato para estar mejor y se liberará después, cuando tenga de nuevo..., hambre.

—¿Cuándo tenga de nuevo hambre? —inquirió Margaret.

—Come y mata con avidez, señora. Si esa criatura hubiera querido, nadie de nosotros seguiríamos vivos. De ahí nuestras dudas.

Brooke refunfuñó, sopesando las revelaciones, y musitó:

—Traedle algo de comida de vez en cuando. No me interesa que mate más. Todavía no.

La jueza aguardó la ayuda de Ellis, pero lo vio desmoronarse. El pastor sintió que algo se rompía en su interior cuando vio los rostros de sus hijos, bañados en los restos de Shaxon. Pero había algo más: la enorme cabeza de Elliot tenía algo en la boca, algo que mostraba con orgullo: la calavera, aún con restos de piel y carne, de Elmer.

Margaret se emocionó:

—Podríamos usar la cabeza de Shaxon como representación de que su familia sigue con nosotros. Así no deberemos renunciar a él, es un subterfugio como mantener a Harriette, a vuestros hijos así, al de Ruth y...

El pastor Ellis gritó con un dolor que ahogó las palabras de la gobernante. Destrozado, se derrumbó de rodillas sobre el césped, elevando sus manos al cielo, como si pidiese explicaciones a Alfred Hallington. Dejó que su vara besase el suelo al mismo tiempo que chillaba como si la ponzoña corroyese su alma.

—¿Y LOS DESCENDIENTES? —exclamó Margaret fuera de sí. Ver a Jacob Ellis, el sempiterno e incorruptible Jacob Ellis, como una víctima fue algo que no aguantó, algo que le hizo comprender el peligro en el que se encontraban—. ¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁN LOS DESCENDIENTES?

Los guardas se miraron entre sí, ¿quién respondería primero? Fue Auric, el encargado de arreglar cosas y vigilante del bosque de Ylia:

—No... No les hemos encontrado.

Margaret tuvo ganas de abofetear a Auric, pero solo lo empujó y lo lanzó al suelo.

El pastor posó sus manos en la tierra y la apretó hasta que creó dos profundas marcas y dijo:

—¿Cabe la posibilidad de que la creación de Shaxon les haya atacado? ¿De que los haya matado y haya regado con su sangre estos parajes?

El hombre de dios guardaba el deseo de que Dawn, Seth y Garric estuvieran muertos, reducidos a puré, devorados por el demonio, pero las cosas no eran tan fáciles. Nunca lo eran.

—No hemos encontrado rastro de ello —contestó Auric, inseguro—, pero viendo, señores, cómo atacó a Shaxon, puedo decir que ese monstruo deja regueros de sangre bastante grandes. Si los hubiera herido, lo sabríamos. Tendríamos incluso un camino que seguir detrás de sus miembros cortados... Y no hemos hallado ninguno.

Ellis pensó en el posible refugio de los descendientes. ¿Cuál podía ser? Sopesó las posibilidades.

Margaret Brooke tragó saliva y aulló:

—¡ESTÁIS DICIENDO QUE HAN HUIDO!

Auric tembló. Tenía miedo a sus superiores y una verdad que confesar. Asintió,

apretujando su sombrero con sus manos. Fue suficiente.

—¡NO! ¡NO PODEMOS DEJAR QUE SE MARCHEN! —chilló la alcaldesa—. ¡ESE SERÍA NUESTRO GRAN FRACASO! ¡PERDERÍAMOS LA FE! ¡HOLLOW HALLOWS NO PUEDE PERDER LA FE! ¡HALLINGTON NOS CASTIGARÁ!

—Más incluso —susurró Ellis.

Colocó su bastón ante ella, pidiéndole cierta calma. ¿Estaba de broma? ¿Él, que se volvió tarumba un rato, pedía ahora calma? Margaret lo fulminó con sus pequeños ojos, pero él pronunció una frase que la apaciguó de verdad:

—Lo he descubierto. Sé dónde están.

Movió su bastón en otra dirección, a un camino que dirigía a un lugar maldito. La mujer lo comprendió a la perfección.

Era el Caserón Woods.

CAPÍTULO 54

Dawn ya no estaba con Seth, pero él permanecía a su lado como si con ese mero gesto, aún hubiera posibilidades de salvarla. ¿Era una respiración frágil como una gota de lluvia o un estertor como un último lamento lo que agitaba a la joven de vez en cuando? Supuso que se lo estaba imaginando, una ilusión de su mente, una crueldad venida de él mismo. Ponía fantasía en la única cuestión donde parecía que se iba a imponer la realidad: la muerte de Dawn Hownland. No era justo.

El ruido de un puñetazo hizo que Seth mirase hacia el otro extremo de la clase donde se hallaba cautivo. Blackmouth agarró a Garric del cuello y lo tiró al suelo. Le dio varias patadas, haciéndole chocar contra los pupitres. El escritor procuró esconderse bajo las mesas, pero el profesor no se lo permitiría.

—¿A qué viene a cuento esa estupidez de la guerrera herida? —vociferó. Agitaba unos papeles arrugados en sus manos. Arrojó una silla contra Garric—. ¿Qué más me da que se esté muriendo esa guerrera? ¡No me importa ese personaje! ¡Quiero el final y ya está!

Garric habló, se atrevió a farfullar algo:

—Es-Es-Es ne-ne-neces-necesaria.

«¿Solo halla algo de valía cuando habla de novelas?», se preguntó Seth.

Blackmouth cogió una regla de un pizarrón y la agitó en el aire.

—¿La guerrera? ¿Necesaria? ¿Una zorra hedonista donde has puesto todas tus..., fantasías de pervertido? ¡Yo te enseñaré lo que es necesario!

Dejó los papeles a un lado y se dispuso a pegar al muchacho.

—¿De qué me importa que hieran a esa guerrera? —se quejó Blackmouth. «Público exigente», pensó Seth—. ¿Para qué has escrito que sigue viva, aunque finge estar muerta para que nadie lo descubra? ¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Piensas que si pones más estupideces tardarás más tiempo y escribirás más mierda y vivirás más? ¿Es un consuelo por lo que le he hecho a tu amiguita? ¡Maldito enano mental!

Atizó a Garric, que chilló con cada latigazo. Durante un buen rato, el aula se llenó de la música de sus chillidos y Blackmouth era el Mozart de la sinfonía del dolor.

Estaban tan perdidos...

Seth tomó con más nervio la mano de Dawn. Meditaba sobre lo dicho por Blackmouth y el poder de Garric. ¿Seguía viva? ¿Se cumplía de nuevo la historia escrita por Odell? Por primera vez, rezó porque así fuera. Dawn no merecía morir, tenía que vivir, presentar batalla junto a ellos, escapar, vivir...

Cuando Blackmouth se cansó de zarandear a Odell, caminó por la clase, fijando su mirada en Dawn.

—Debería quitaros las esperanzas de que ella viva —dijo—. Las esperanzas solo son cabezazos de un iluso. Duelen más cuando no se cumplen. Si os las arrebató,

consideradlo piedad por mi parte.

Calvin caminó hasta la muchacha. Seth estrechó a Dawn entre sus brazos, no iban a dejar que se la llevaran.

—¡NO! ¡NO TE ACERQUES! —gritó—. ¡DÉJALA EN PAZ!

—Pronto será un cadáver, se pudrirá, hará que todo esto apeste y se llene de bichos —se quejó Blackmouth—. Podría enterrarla debajo de los tablonos con el resto de los miserables, pero ella es una descendiente y se merece otra cosa que no sea que su amiguito Odell, Dagan, intente romper las tablas por la noche para sacarla. Vamos a hacer otra cosa...

—¡NO! ¡NO LE HAGAS NADA! ¡DÉJALA! ¡FUERA!

—Dagan, apila la madera para una buena hoguera —farfulló Blackmouth—. Vamos a quemarla.

—¡NO! —gritó Seth. Notaba la sangre de Dawn secándose en él. Era distinto a notar el escarlata de la cerda que explotó con la varita en su día. Era la sangre de Dawn y significaba el final de su amiga—. ¡DÉJALA EN PAZ! ¡NO LA TOQUES! ¡ELLA NO SE MERECE NADA DE ESTO! ¡PARA DE UNA VEZ, MONSTRUO!

El rencor del maestro brotó como la amargura en sus víctimas.

—¿Me desafías? ¿Me llamas «monstruo»? —inquirió Blackmouth andando raudo hacia ellos. Tiró las mesas más próximas como amenaza—. Ah, aún no me conoces...

Cuando sus pies se detuvieron para descansar su gorda y amorfa masa, un estruendo feroz colmó toda la estancia.

Fue un estallido inesperado y alarmó a los presentes, incluso al maestro, a él más que a todos. Venía del exterior y eso fue lo que hizo que el cronista se agitase. ¿Eran los Hollow Halls? ¿Debían serlo, sin dudar! Blackmouth lo supuso, venían a por él para informarle de lo ocurrido a Elmer. ¿O eran sus estudiantes? Puede...

Tenía que improvisar rápido.

Caminó hasta Seth y lo cogió de los pelos. El muchacho luchó por quedarse donde estaba, pero su lucha fue en vano. Lo arrastró por el piso y abrió la puerta. Dawn quedó atrás, sola, abatida.

—¡Sal ahí fuera y haz que corras! —mandó Blackmouth a Seth—. ¡Venga!

Si los que estaban haciendo esa bulla eran Hollow Halls, el cronista quería fingir que atrapaba a Seth, que no lo tuvo cautivo todo ese tiempo. Sería una buena forma de disimular. Diría que atrapó a Hownland y Odell, que solo faltaba el Dagan. ¿No era una excusa perfecta? No importaba, cuando él lo recogiese en uno de sus volúmenes de historia, la haría real. Garric Odell podía escribir ficción y futuro, Blackmouth podía mentir y hacerlo pasado.

—¡Nadie se creerá que un puto gordo como tú pueda correr detrás de mí y atraparme! —le echó en cara Seth, que adivinó los planes del vejestorio.

Blackmouth lo tiró fuera.

* * *

Garric se arrastró y apoyó sus manos en la silla, detrás del escritorio donde estuvo creando la novela. Haciendo un considerable esfuerzo, consiguió levantarse y sentarse. Miró adelante, tenso, y vio al final de la sala a Dawn, quieta como una estatua. ¿Habría surtido efecto su jugada o ella ya estaría muerta?

No quería convertirla en lo mismo que a su padre, verla vomitar moscas, pudrirse en vida, mientras él la gobernaba con sus vagos poderes, guardándola en el interior de su armario con una soga al cuello. No quería.

—Duerme, aunque debería estar muerta.

Estaba solo, ¿quién dijo eso?

La voz no pertenecía a nadie que conociera. Tenía un toque familiar, pero no lo era.

Garric levantó la mirada por encima de los papeles de su novela y vio al desconocido. ¿Por dónde llegó? ¿Por alguna puerta trasera? No lo percibió hasta ese instante, como si hubiese atravesado las paredes, como si fuera un fantasma.

Era un individuo alto y espigado, vestido con ropajes oscuros, como un abrigo remendado varias veces, pero eso era quedarse en lo superficial. Lo transcendental estaba en sus brazos esqueléticos, malformados, donde llevaba docenas de relojes puestos. Cuando Garric le miró a la cara, notó que la tenía cubierta por el dibujo de un reloj. Sintió un escalofrío. ¿Quién diantres era? Nunca lo había visto.

—¿Q-Q-Q-Q-Quién...?

El Hombre de los Relojes señaló a Odell con una pluma de escribir. La hizo levitar en el aire, sin tocarla. También tenía un don. Garric observó que la punta de la pluma emanó un destello. Si el cara de reloj se la lanzaba a la garganta...

—Acaso ¿hace falta que diga quién soy, Odell? —Sí, para Odell hacía falta. Ese no era uno de sus personajes. El forastero escudriñó sus relojes—. Blackmouth está a punto de volver... Voy al grano. Odell, escúchame: Dawn Hownland no debe despertar.

—¿Q-Q-Qué...?

La respuesta surgió de los labios del Hombre de los Relojes como un grito.

—Si Dawn despierta, el resto del mundo dormirá para siempre. Acaba con Dawn Hownland y salva el mundo. Salva a Dawn Hownland y destruye el mundo. Elige lo primero.

—¿Q-Q-Qué...?

El Hombre de los Relojes gruñó. Estaba perdiendo el control.

* * *

Calvin Blackmouth se volvió sobre sí. Dio algunos pasos hacia adelante, hasta los

campos. Giró alrededor de la escuela. Ni rastro de los causantes del jaleo de antes.

¿Dónde estaban los testigos de su caza sobre Odell, los Hollow Hallows que hicieron el ruido?

No los veía por ningún lado.

¿Estaba perdiendo la razón?

Aprovechó para recuperarla y se desahogó a golpes con Seth. No podía pasarse con el tartaja para que terminase la historia, pero podía abrir un poco más la mano (o cerrarla si era un puño, más allá de una expresión) con Seth, aunque tuviese que mantenerlo hasta el viernes vivo.

—O te mato y digo que huías de mí y fue la única forma de pararte, nauseabundo excremento de los Dagan.

Con nuevos moratones en la cara, pero sabiendo que si moría no quería hacerlo llorando, Seth respondió:

—¡Que te den, cabrón!

* * *

Odell todavía no se creía quién era aquel loco como para aceptar las palabras que le dirigía y más la petición de matar a Dawn.

—Hazme caso, Odell. —No despegaba la mirada de sus relojes—. Tú escribes tu historia, pero yo estoy escribiendo la historia, esa que vivimos todos y que Blackmouth cree que recopila. He estado haciendo que todo esto fluya, que se mueva. Yo fui el que permitió que Caroline y tú entraseis en el Caserón Hownland. Yo fui el que provocó ese ruido ahí fuera para sacar un rato a Blackmouth. Yo desperté a la Dama. Y podría seguir un largo rato, quizás demasiado largo. Así que hazme caso: deja que Dawn muera.

Garric fue incapaz de contestar o hacer algo. El lunático pareció desesperarse ante la carencia de respuestas del autor.

—Si Dawn recupera el don, el mundo estará perdido. Lo sé. Más que perdido... Nadie podrá encontrarlo de perdido que está —soltó. A Garric le recordó, con esa forma de hablar, a otra persona, a alguien por el que no sentía ninguna simpatía: Alan Lamke. ¡Era imposible! No se parecían en nada, uno estaba muerto... No, no podía—. ¡Lo he visto, Odell! Por eso estoy cambiando el pasado, tu presente. ¡Hay partes que no coinciden, algunas son turbulentas o las desconozco, pero voy a hacer que las cosas cambien, que el mundo no esté a merced de un monstruo como ella o como tú!

La cabeza de Garric estuvo a muy poco de estallar tras esa revelación que no era más que una locura. ¿El mundo estaría bajo su control? ¿No era una mísera locura de un chiflado?

—¿Q-Q-Qué? No...

El Hombre de los Relojes asumió la verdad, dejó caer la pluma y se volvió hacia

Dawn.

—No lo vas a hacer, Odell —concluyó—. He intentado intervenir poco para no joder más la realidad, pero voy a tener que pasar a una intensidad mayor. Tendré que hacerlo yo. No queda otra y no hay tiempo. Hay que matarla.

Caminó hacia el cuerpo de Dawn. Se arrodilló ante ella y apoyó su mano en el rostro de la muchacha, para asfixiarla.

—¡N-N-NO! —chilló Garric.

Quería levantarse, pero las heridas en sus piernas eran muy graves.

—Lo siento, Dawn —susurró el Hombre de los Relojes, asfixiándola. Un poco más y todo habría terminado—. No te dolerá. Procuraré que no te duela.

Odell buscó tinta para escribir que aquel desconocido muriese antes de que le hiciese algo a Dawn, pero ¿sería tan rápido? ¿Y el cansancio tras matar a alguien con su poder no lo sumiría en el letargo? Matar a sus compañeros de clase fue por pura casualidad e incluso así le costó, pero ahora debía actuar rápido con una medida desesperada, una que podía destruirle.

Un tintineo sonó sin parar.

El Hombre de los Relojes detuvo la alarma de uno de sus relojes y se levantó.

—¡Joder, no me ha dado tiempo! —maldijo y salió corriendo—. ¿Por qué habré tenido que perderlo contigo, *juntaletas*? ¿Por qué?

Desapareció.

¿Fue real o una ilusión? Garric carecía de una creencia al respecto que no contuviese también dudas. Perdió mucha sangre, estaba muy cansado, ¿y si fue una alucinación?

Blackmouth entró y tiró a Seth a un lado.

—¿Se puede saber qué demonios ha estado pasando, tartaja? ¡Te he escuchado! —dijo Blackmouth a Odell y su pie se tropezó con la pluma caída. Eso le distrajo de los pensamientos de quemar a Dawn—. ¿Has tirando la pluma, Tartamudo? ¿Es otro desafío de una basura como vosotros? ¿Sí? ¿Te niegas a escribir? ¿Quieres seguir cabreándome, retrasado?

Blackmouth posó el objeto en la mesa y empujó el rostro de Garric contra el escritorio, golpeándole.

—¡Nadie juega conmigo! ¿Me escuchas? ¡Nadie! ¡Ahora, gusano, escribe o haré que lo pagues! ¿Entiendes? ¡Haz lo que te dicen!

¿Hacer lo que decía Blackmouth (escribir el final) o hacer lo que el intruso demente le dijo (matar a Dawn)?

Garric cogió la pluma. Quería ser libre, no depender de cuestiones que escapaban de su razón. Estaba a punto de desvanecerse. Lo hizo entre las páginas y las palabras que escribió en ellas.

CAPÍTULO 55

—Les ha llegado la hora a los descendientes —musitó Barton Murray cargando su rifle. Sus compañeros asintieron.

Una treintena de Hollow Hallows acudió al Caserón Woods. Cada uno de los pueblerinos caminaba sobre los pasos de Margaret Brooke y el pastor Ellis. Impartirían justicia, atraparían o matarían si hacía falta a Dawn Hownland, Garric Odell y Seth Dagan. Les obligarían a pagar por huir y permitir que Elmer Shaxon falleciese. Rendirían culto a Alfred Hallington, antes o después de su día.

—¿Crees que habrán venido aquí? ¿En serio? —preguntó la líder al pastor—. ¿No era muy previsible, muy arriesgado?

La duda de la jueza era razonable, pero Ellis llegó a la conclusión antes que ella:

—Margaret, piensa con la sabiduría que te colocó en tu puesto, que no fue solo por tu apellido. ¿Los descendientes tendrían otro lugar al que ir en este islote que no fuese el Caserón Woods?

Ella soltó un bufido, que significó algo así como «puede ser» porque de los herederos de los confabuladores solo se podía esperar lo inesperado. Luego, lo meditó con frialdad. El puente fue destruido, ¿cómo huirían de allí? Era imposible. Solo tenían un lugar donde refugiarse: el Caserón Woods. «Aunque eso incluye los pantanos», reflexionó la alcaldesa y tuvo un escalofrío. No quería acercarse al viejo Hollow Hallows, le recordaba al poder de Hallington, a su ira divina.

Dos patrulleros avanzaron por delante del resto. Ginsberg y uno de sus hijos, el veinteañero marcado por el acné Raymond, apuntaron con sus rifles. Eran los primeros en entrar, asegurarían las posiciones.

Margaret ordenó a los presentes que callasen y esperasen hasta continuar.

—Puede que hayan convertido esto en su maldito fuerte —susurró Adelaida Sprouseger.

La señora Adelaida afiló uno de los garfios con los que abría pescado como si nunca hubiese estado cerrado. Ese día quería abrir a los descendientes.

El escuadrón de Hollow Hallows no deseaba sorpresas de último momento, tenían que cerciorarse de que no era una trampa. Aguardaron.

Se oyeron un par de pasos por el interior de la estancia. Los Ginsberg debían estar revisando bien que todo fuese correcto.

El minuto pasó como una eternidad en el averno. Escucharon los gritos de Belcebú y los lamentos de los antepasados de los descendientes, castigados a las llamas imperecederas del diablo.

La tensión atrapó a los que estaban fuera. Algunos temblaban y sus frentes se perlaban con el sudor. Recordaban las historias de terror en torno al Caserón: la leyenda del viejo Woods, mató a sus siete hijos a machetazos porque se lo predijo su

vidente, Oniros. Por sus cabezas pasaron las imágenes del mismísimo Hownland, surgieron turbulentas como un mar revuelto. Aquel hombre que tenía más de ogro y demonio que de hombre habitó entre esas paredes.

Todos esos cuentos de terror, todos esos fantasmas...

Los Hollow Hallows tenían algo tan humano como el miedo, pero los Hollow Hallows no eran humanos ni debían tener miedo. Eso era algo que el pastor Ellis debía arreglar, tenía que conducir a su rebaño hacia la seguridad de dios.

—Hoy rompemos una maldición, hijos míos —susurró y alzó su báculo—. Y juro que lo hacemos con la gracia de Alfred Hallington, nuestro dios. Si lo hacemos con su don, nada hemos de temer. Nada.

Los creyentes recobraron la confianza. Si huían, eran cobardes; si luchaban, eran valientes y, si morían, dios les recibiría en su gracia. Las palabras de Jacob Ellis fueron reconfortantes. Él era la voz de dios en el mundo de los mortales, ¿por qué dudar de él? ¿Por qué dudar del fundador?

Una voz nació del interior del motel:

—Todo está seguro, podéis venir —dijeron los Ginsberg al unísono.

Los Hollow Hallows gritaron en pleno jolgorio. ¡Alfred Hallington les concedió su gracia! ¡Su maravillosa bendición! ¡No tenían que dudar ni temer! Entraron en el Caserón con el contento de un cazador que halla a su presa y sabe que va a matarla, la misma que nota el depredador cuando saborea ya en sus fauces la carne del cuello que aún no ha estrangulado.

Margaret Brooke fue con ellos, pero sus pasos cesaron cuando se fijó en que el pastor Jacob se mantuvo quieto, mirando al cielo.

—¿Qué pasa? —quiso saber y, cuando quería algo, lo lograba.

El pastor la observó y caminó, ella le acompañó.

—Miraba el firmamento, Margaret.

—Ya me he dado cuenta de eso. ¿Por qué?

—Cuando volvamos a verlo, tal vez ya habremos asesinado a uno de los descendientes o a todos, sin la ceremonia, pero cumpliendo nuestro deber y eso nos cambiará.

Margaret valoró las ideas de Ellis y las admitió con facilidad.

—El fundador nos considerará de una manera distinta, sí. Entiendo.

Ellis observó su reflejo en su bastón.

—Sí, así es. Pasaremos de débiles y temerosos a fuertes y triunfantes, de desgraciados condenados a la derrota a victoriosos abocados al cielo. Es nuestro día.

La alcaldesa dijo sí con la cabeza.

—Para ser un pastor, siempre has sido un romántico.

El sacerdote hizo el símbolo de Hollow Hallows, su imitación degenerada del santiguar, uniendo dos haches invisibles.

Dentro del Caserón ya estaba aquella división de los habitantes del islote. La mayoría observaba la casa como si no fuese real, como si estuviesen prisioneros de

una ilusión. Era igual que el refugio de chocolate y golosinas de la bruja de Hansel y Gretel: una fantasía horripilante, y, pese a que el aspecto hubiese sido corriente para alguien normal, los Hollow Halls no lo eran y encontraban aquel sitio como una muestra de la monstruosidad de los descendientes. No obstante, algunos aprovecharon la fascinación y el pavor para robar objetos como cucharillas de plata; podrían convertirse en reliquias, querían un trofeo tras tantas pérdidas y dar una muestra más de su hegemonía.

Pero algunos Hollow Halls fueron más sensatos. Esperaban hallar a los Ginsberg y cumplir su misión de apresar a los descendientes... Pero los Ginsberg no estaban allí. ¿Dónde se metieron esos oteadores? ¿Por qué no les dieron alguna pista de los descendientes? Primero debían capturarlos o acabar con ellos, después podrían saquear y destruir. ¿Por qué las tornas del plan cambiaron?

Los cuerdos escudriñaron la casa, buscando a los Ginsberg. Sin lograr encontrarlos.

Padre e hijo no aparecían por ninguna parte.

—¡Ginsberg! ¿Dónde te has metido? —preguntó Beattie, el mensajero, con sus piernas largas y su mirada ceñuda. Deambuló en pos de una pista, un hallazgo—. ¿No decías que todo iba bien?

Sonó un estallido.

Algo brilló, algo que ¿cómo no podían haberlo visto hasta entonces? Los Hollow Halls que robaron fueron hasta aquel féretro de diamante. ¿Qué niebla lo ocultó a sus ojos hasta entonces? Y entonces sucedió: la caja reventó y golpeó a la primera línea de Hollow Halls. Cayeron al suelo con varios cristales clavados en la cara. Elizabeth Nadine, la encargada de la depuradora, con su piel siempre pálida por los productos químicos, vio cómo su rostro se bronceaba con el rojinegro de la sangre que brotaba de las heridas de las astillas. Solo fue una de los diez caídos.

—¿QUÉ HA PASADO? —gritó Margaret, furiosa.

Alguno de los presentes abrió fuego hacia el lugar que explotó, hacia algo que vieron un solo instante y les recordó a un sarcófago de cristal. No dieron a nada salvo a la pared, que la sembraron de huecos que serían perfectos para los nidos de las ratas o acrecentarlos hasta convertirlos en sus propias fosas.

—¡Parad! —pidió el pastor Ellis.

Estaban perdiendo los estribos y eso no le gustaba al pastor. Si se ponían nerviosos, no podrían actuar con claridad y eso era lo que necesitaba el pueblo: matar con cordura, no morir fruto de la estupidez.

Un eco avivó la estancia, pero no era de una frase reciente, lo que lo hizo más extraño. Era como si llegase con retraso, en una reverberación siniestra:

—¡Ginsberg! ¿Dónde te has metido? ¿No decías que todo iba bien?

Era Beattie; lo que dijo antes, pero no lo pudo repetir: estaba en el suelo, decidiendo si quitarse o no las astillas que acuchillaron su cuello.

Los Hollow Halls examinaron los alrededores, ¿dónde aguardaba la fuente de

ese horror?

Sarah Margot, la mujer que todos conocían por traer la electricidad hasta Hollow Hallows, lanzó de una patada el tocadiscos más próximo, aunque no tenía disco y ni siquiera funcionaba. ¿Creía que la voz provenía de allí? Solo cuando buscó los plomos de la estancia, dispuesta a acabar con la corriente y con aquella cosa que seguro que venía de una grabadora, se detuvo.

—¿DÓNDE ME HE METIDO? ¿NO DIJE QUE TODO IBA BIEN?

La frase resonó en las almas de cada uno de los pueblerinos.

¿Quién había hablado?

Eran los Ginsberg.

Desde las alturas.

Los Hollow Hallows levantaron las cabezas para verlos.

Los Ginsberg movían las mandíbulas como si hablasen, mas de una manera absurda, como títeres. Sí, el padre y su heredero flotaban, colgaban del aire, atados por el cuello con las cadenas de la lámpara de araña.

Un filo les atravesó el pecho, una especie de tentáculo de oscuridad. Estaban muertos y con su sangre regaron a los Hollow Hallows, como si esperasen que crecieran hacia la muerte.

—¡Trampa! ¡Una maldita trampa! —logró decir Margaret. Se dio la vuelta para largarse por la puerta por donde entró—. ¡Retirada!

Pero la puerta se cerró.

Y eso que estaba rota.

Una barrera de oscuridad se tendió ante la salida y cuando Cornell Harwraight la cruzó profirió un alarido. Regresó al interior del Caserón, arrepentido, pero sin rastro de piel en su cuerpo, solo como hueso y carne ensangrentados. Se desparramó tras dar unos pasos y convertirse en la encarnación de lo nauseabundo.

Los Hollow Hallows fueron emboscados por una verdad: el destino de Cornell era el destino de cada uno de ellos. No iban a volver a salir.

La maldición del Caserón Woods era real.

—¿Qué clase de locura es esta? —preguntó el pastor Ellis a su propia fe—. ¡Dios, escúchame! ¡Soy tu siervo! ¡Detén esto! ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué nos castigas una vez más?

»¡Me arrepiento! ¡Nos arrepentimos de nuestros pecados! ¡De todos! ¡Escúchanos! ¡Nos arrepentimos, dios Hallington! ¡Nos arrepentimos sin dudar! ¿Nos escuchas?

Un aullido fue esa muestra de dios que el hombre de Hallington no quería saber si deseaba. Era un sonido, un cántico de batalla salvaje y feroz, proveniente del piso superior. Un inmenso lobo blanco los vigilaba. Era Huargo.

—Es un castigo merecido para una locura que vosotros habéis concebido —replicó una mujer al lado del lobo, vestida de oscuridad y decadencia.

Su faz estaba oculta tras una calavera como máscara. Si alguna vez imaginaron a

la Muerte, se dieron cuenta de que no era como pensaban sino que poseía el aspecto de aquella mujer colmada de magia oscura que les acechaba. Era la Dama de Hueso.

Vomitó aguas negras de pantano antes de levantar dos calaveras en sus manos. Eran de Emily Hownland y John Odell. Se alimentó de ellas hasta que susurró:

—Os vais a arrepentir de muchas cosas, Hollow Hallows. Os lo prometo, pero no os preocupéis, todo irá bien. Muy bien. Yo lo haré todo, excepto una cosa que vosotros haréis: morir.

Las tinieblas reventaron como la sangre en el agua.

—Nos ha llegado la hora a los Hijos de Hollow Hallows —musitó Barton Murray y se voló la cabeza con su rifle. Sus compañeros chillaron.

CAPÍTULO 56

«A merced de monstruos, no puedes aguardar ser uno más», se dijo Seth. Durante las horas prisionero de Blackmouth, pensó en cada forma posible de matar al viejo. «Acuchillarlo, quemarlo, arrancarle la piel, cegar, clavarlo al suelo, reventarle el corazón, amputarle los brazos, darle veneno hasta que explote su barriga...». Y ninguna de esas maneras era lo suficientemente cruel y ninguna podía llevarla a cabo.

Calvin Blackmouth se mantuvo frente a Garric Odell durante horas en las que intentó saber si aquel sucio forastero se estaría burlando de él. ¿Escribiría el final que la obra necesitaba? ¿Respondería a los enigmas planteados? ¿Daría la victoria al bando del reino maldito, con el historiador a la cabeza? ¿Sería tan iluso como para escribir el retorno del rey, la guerrera, el hechicero y la muerta? Y cualquiera de esas preguntas quedaba resumida a la perfección en: ¿qué pasaría?

En la parte de atrás, Seth tenía a Dawn junto a él, esperando que Odell hubiera conseguido mantenerla viva. ¿Era posible? También buscó con la mirada dónde podía estar la varita. Cuando menos lo esperaba, la halló tirada por el suelo, como si no fuese nada, como si no fuese su arma secreta. Si era rápido, si no hacía ruido, podría recuperarla... ¿Por qué Odell no hacía nada para darle de nuevo la varita o distraer a Blackmouth? Odell... Siempre Odell. Él hacía que el infierno de Hollow Hallows fuese peor.

El escritor respiró con dificultad. A la bala que le atravesó la pierna se sumaba el agotamiento al intentar hacer que Dawn no dejase de respirar a través de sus palabras. Aquella novela le costaría la vida a su autor, pero de poco le importaba si era su obra maestra.

El historiador colocó una botella de agua sobre la mesa. Garric la miró sin comprender. Blackmouth la señaló.

—Bebe.

—¿Q-Q-Q-Q-Qué?

—No quiero que te mueras antes de tiempo.

Seth y Garric se sorprendieron con la oferta, pero solo era por puro egoísmo de Blackmouth: quería el final de la novela, no mataba a Odell por ese motivo. Nada de altruismo, nada de bondad, nada de generosidad. «Y no descarto que sea ácido», murmuró la voz interior de Seth.

—¡Bebe!

Garric cogió el agua y tomó un largo trago. Blackmouth asintió. Se fue hacia un lado, donde estaba una mesa móvil que trajo consigo. Tenía un tazón con gachas. Seth odiaba las gachas, pero se le hizo la boca agua y eso que eran solo para Garric. «Ten cuidado, Odell, no sea que vaya a cebarte para comerte», imaginó Seth, enfadado y hambriento. ¿Por qué no se dedicó a escribir mierda como Odell?

Las horas pasaron con lentitud.

* * *

Seth pretendió recuperar la varita. No una vez, sino varias. Pero el maestro no les dejaba tregua. «El Ojo de Sauron no despeja la mirada», musitó el subconsciente del muchacho y cerró los ojos, así sería, hasta el final con sus referencias a las historias que le gustaban. «Hasta el final... Mi final».

Blackmouth caminaba a un lado y a otro de la clase, fijándose en Odell y Dagan. Sus pasos retumbaban sobre el suelo de madera.

Se paró cuando escuchó un chirrido.

—¿Qué...? —murmuró, extrañado.

Pisó otra vez.

El sonido desapareció.

Pensó que era como..., como si los tablones se estuviesen soltando.

Unos minutos después le volvió a suceder.

Prestó mucha atención. Le pareció escuchar rasguños, pero al final solo silencio.

Se quitó las gafas y pasó sus manos por su rostro; debía ser el cansancio.

Un cuarto de hora después, rasguño, rasguño, rasguño. Algo se dejaba las uñas debajo de la madera.

«Algún animal, alguna rata», se dijo Blackmouth. «Traigo esta basura de Odell y compañía, y las alimañas no tardan en seguirles».

Pero era demasiado grande para ser una rata. Estaba atrapado bajo las tablas. Movía sus garras por debajo, ansioso de escapar.

Blackmouth alzó una ceja, meditabundo, ¿qué diantres...?

—He-He ter-terminado.

El anuncio de Odell recorrió la habitación.

Blackmouth olvidó el piso. La frase fue suficiente para alejarle de cualquier otra idea. Con su oronda panza, el tambaleante maestro acudió hacia el juntaletras.

«Odell, maldito idiota, deberías haberme dado más tiempo para conseguir la puñetera varita... Ni siquiera te has preocupado por eso, tartaja de mierda. Hemos perdido nuestra única oportunidad», pensó Seth, deseoso de apalearlo algo (si era la cara de Odell, mejor).

Garric posó las últimas páginas en la mesa. El profesor se detuvo ante ellas y las cogió con avidez, como un hambriento que recibe la invitación para un banquete, como un ahogado que escapa de los mares y respira.

—Son pocas, pero... —se quejó antes de empezar a leer.

«¿Pocas? Pero si deben ser unas cuarenta», masculló Seth. Era su última oportunidad de hacerse con la varita. Ahora o nunca.

Garric se espantó al ver como algo aparecía en la boca de Blackmouth. ¿Una

sonrisa? Era tan ilógica, tan fuera de lugar en su semblante... Era como ver caer nieve en el Sahara.

En solo diez minutos, el maestro devoró las últimas páginas, unas cincuenta exactas que Garric trazó con una letra vertiginosa y, a veces, incomprensible.

El escritor contuvo el aliento, ¿por el sufrimiento de su cuerpo malherido o por la opinión del profesor?

Odell miró a Seth y ambos se fijaron en la varita. Garric asintió. Debían tener un plan b si todo salía mal (y conociendo su fortuna, todo saldría mal), Seth debía recuperar su magia.

—Pero ¿qué..., es esto? —Blackmouth levantó su mirada en la última página—. ¿QUÉ ES ESTO?

Era tarde. Blackmouth terminó su lectura y todo salió mal.

—E-E-Es el fin-fin-final —replicó Odell con nerviosismo.

Cualquier cosa que dijera el tartamudo no podría aplicar a aquel ser convertido en un buldócer.

—¿TE CREES QUE SOY TONTO? ¿LLAMAS A ESTO ASÍ? ¿FINAL? ¿TE BURLAS DE MÍ?

«Qué mal reaccionan algunos fans con los finales», valoró Seth recordando lo poco que le gustó el desenlace de *El regreso del Caballero Oscuro*.

—¿FINAL? ¡EL HISTORIADOR NO SOBREVIVE AL NUEVO REINO! ¿QUÉ CLASE DE FINAL ES ESE? ¿CÓMO HAS ESCRITO ALGO TAN MALO? ¡TERMINA ASÍ! ¡Y NO PUEDE TERMINAR ASÍ!

Seth reptó por el piso, esperando que la bronca de Blackmouth continuase un largo rato, el suficiente para que él se hiciera con la varita. «Contesta algo a tu fanático, Odell. Hazle perder tiempo, joder», se dijo.

—P-P-P-Puedo in-incluir el desen-desenlace de-de-del rey, la gue-guerr-era y el ma-ma-mago...

Blackmouth levantó una silla y la tiró hasta mellar las tablas de madera sobre las que caminaba.

—¿PODRÍAS INCLUIR? ¿PODRÍAS? ¡DEBES INCLUIRLO! ¿CÓMO TE HAS ATREVIDO A NO RESPONDER A ESO? ¿CREES QUE SOY IDIOTA? ¿CREES ESO?

«Te asombraría conocer la respuesta», contestó Seth en su interior. Rozó con sus dedos la varita. Un poco más, solo un poco más.

Blackmouth arrojó las páginas a un lado.

—¡NO QUIERO ESTE FINAL! ¡ES BASURA! ¡BASURA! ¡BASURA! ¡PURA BASURA! —chilló Blackmouth y calló. Se dio cuenta de lo que estaba diciendo. El desenlace era basura, ¿no lo era todo? ¿Por qué se enfadaba entonces?—. Quiero decir... Más basura..., que lo demás y..., que... ¡ME LA ESTÁS JUGANDO! ¡ES ESO! ¡CÁMBIALO!

Garric mantuvo una calma encomiable. Falsa, pero encomiable.

—Es-Es-Es lo q-q-que exige la historia.

Seth enarcó una ceja. Odell casi ni tartamudeó con esa frase y era la primera vez que lo veía plantar cara de una manera tan directa. ¿Qué se estaba perdiendo?

—¿QUIÉN TE CREEES QUE ERES PARA DEDICARME TAL ARROGANCIA, PEQUEÑO RETRASADO?

Blackmouth caminó de espaldas y el talón de su pie derecho se detuvo a un centímetro de la varita. Al otro lado, Seth. Si el cronista daba un paso atrás más, pisaría la varita y bien la descubriría o la aplastaba con sus doscientos kilos de peso. Quedaba otra posibilidad: si miraba atrás, vería a Seth. Dagan se la estaba jugando y tenía todas las de perder; si Odell no decía nada (y no parecía que fuera a decir algo), las cosas se pondrían muy mal...

—¿QUIÉN TE CREEES QUE ERES? ¡TE LO HE DICHO! ¡RESPONDE!

—El-El-El es-es-escritor.

Garric contestó.

Blackmouth se abalanzó sobre Odell justo cuando Seth cogió la varita y la alzó.

No fue tan fácil, nunca lo era en Hollow Hallows.

El cronista realizó un aspaviento inesperado, cogió una silla para tirársela a Garric y le dio impulso girando sobre sí, como un discóbolo. El asiento impactó a Seth en la cara y la mano donde sostenía la varita.

La pequeña rama mágica voló sin dueño.

Blackmouth ignoró a Dagan, ya acabaría con él después, y se centró en Odell.

Seth gateó por el suelo para coger la varita, que rodaba sin parar hasta que se escurrió por el hueco entre unas tablas podridas del piso. «¡NO, NO, NO!», fue lo único que dijo el muchacho en su cabeza.

—¿QUÉ ERA ESO, TARTAMUDO? ¿TU GRAN PLAN? ¡TRAICIONERA RATA HEDIONDA! —chilló Blackmouth. Cogió a Garric de la cabeza. Lo golpeó contra los tinteros y la pluma, y lo arrojó a un lado. La sangre del escritor se mezcló con la tinta—. ¡VAS A PAGÁRMELAS! ¡NO TENDRÁS SUFICIENTE DOLOR COMO PAGARME POR NO DARMELAS! ¡MI FINAL!

Seth se maldecía mientras conseguía colar algunos de sus dedos en el hueco para recuperar la varita. No podía hacer bajar más su mano. «¡Joder! ¡Qué puta mala suerte!», se lamentaba sin parar. «¿No puede salirnos nada bien a la primera?».

Se esforzó, pero apenas notaba sus dedos, malheridos tras que les arrancasen las uñas del tirón. La agonía era insoportable, la ansiedad más aún.

Seth debía tener la varita de nuevo antes de que las piezas se terciasen, antes de que el historiador acabase con Odell y fuese a por él. Ese sería no el final de la novela, sino el de su historia.

—¡TE VOY A HACER PAGAR POR LO QUE ME HAS HECHO! —chilló Blackmouth y zarandeó a Odell—. ¡TE VOY A MATAR, ESCRITOR!

Garric clavó sus ojos en su enemigo. Muchos rivales a lo largo de su vida le habían insultado de mil formas (tartaja, cobarde, asqueroso, mierda, gilipollas,

subnormal, hijo de puta, cenutrio, llorica, piltrafa, basura, escoria humana...), pero nunca habían usado una palabra por la que se sentía orgulloso.

—Me-Me-Me has lla-llamado..., es-escritor.

Blackmouth gritó en un estallido de furia.

«Venga, por una vez, algo de suerte», pensó Seth y estiró más la mano. Notó algo. ¿La varita? No... Asco. Mucho asco. Algo... La repugnancia grumosa pasó por sus dedos y no fue lo que buscaba. Seth sacó la mano y miró sus dedos, tenía algo en ellos, uniéndolos como una membrana... ¿Baba? Miró a la rendija, a la oscuridad por la que se hundió la varita. Unos ojos le devolvieron la mirada. Retrocedió horrorizado y escuchó una risita infantil que venía del abismo.

—Pero ¿qué...? —soltó en alto, dejando de pasar desapercibido.

La carcajada creció, como si una docena de niños riesen al mismo tiempo, como si un coro infantil encontrase un acto muy gracioso, quizás el acto de respirar.

Al otro lado, Garric fue arrastrado por Blackmouth, que se quitó el cinto para arrearle con él al muchacho, pero se detuvo.

La risa.

Una risa tan grande como su odio.

A Blackmouth se le paralizó el corazón.

—¿DE... DÓNDE...?

Miró al piso.

Las tablas de madera temblaron...

¡CRACK!

Se rompieron.

Una docena de pequeñas manos huesudas emergieron de las profundidades.

Las garras de hueso se clavaron en las piernas de Calvin Blackmouth.

Y tiraron de él.

CAPÍTULO 57

El Caserón Woods era una puerta al infierno, una garganta sedienta, una boca hambrienta, un abismo ansioso, un caos que se abría para recibir, pero nunca para dejar escapar.

La Dama de Hueso y Huargo liberaron su cólera sobre todos los Hollow Hallows que osaron penetrar el motel. Los pueblerinos no tenían refugio; por mucho que rezasen o peleasen, solo hacían una cosa: perecer. Su dios no les guiaba.

Lambert, el encargado del mercado de Hollow Hallows, disparó a Huargo, pero se horrorizó. El lobo se hizo intangible, la esquivó con gran rapidez y la bala lo atravesó sin dejar huella, en cambio la dentada que acometió en la mano de Lambert fue profunda, tanto que el Hollow Hallows aceptó que perdería su mano sin percatarse de que se despediría de algo más: su vida.

—Debería sentir piedad de los que mueren —habló la Dama blandiendo su espada de hueso para cercenar por la mitad a una de sus víctimas—, pero ninguno ofrecisteis piedad a los demás, jamás. ¿Cómo sentir entonces vuestra pérdida?

Varios Hollow Hallows se dispusieron a contraatacar cuando los hilos negros de la Dama crecieron como la hiedra, quebrando el techo. Gran parte se rompió, cayéndoles encima y reduciéndolos a cuerpos gimientes o seres incapaces de volver a respirar. Su adversaria disponía y lo hacía con eficacia.

Uno de los supervivientes, Chad Marleen, abrió fuego contra la Dama, pero Huargo lo atrapó por la cintura y lo arrojó hacia el otro lado de la habitación. Cuando intentó levantarse, vio que ese último esfuerzo le reventó las tripas como si fuera una botella de cristal que choca contra el suelo. El ataque del lobo procuró eso.

Huargo no se detuvo, como sí hacían sus rivales vencidos. Embistió a varios de los adversarios más próximos; saltó sobre ellos, ejecutándolos como el verdugo del juicio final, como lo que quizás era. Su fiera mirada obligó a que los moribundos llorasen antes de que sus corazones se petrificasen.

Esquivando a Huargo, Stella Mayers resbaló con la sangre que anegaba el suelo como una capa de nieve. Levantó el rostro, pidiendo, rogando piedad y una nube oscura le atravesó la cabeza. ¿Esa era la misericordia divina que obtenía? El tentáculo convocado por la Dama de Hueso se alimentó de su sangre hasta que la redujo a un esqueleto humeante. Las demás extensiones de poder de la Dama hicieron lo mismo con docenas de adversarios.

Bradley McKenzie gritó al ver los restos de Mayers (huesos ennegrecidos por una capa líquida oscura, que disipaba un aire cálido como el ácido) y corrió a la puerta. Prefirió atravesar las tinieblas que asediaban la casa a su alrededor que esperar la muerte bajo las zarpas de Huargo o la Dama de Hueso. No volvió a aparecer fuera ni allí..., ni en ningún otro lugar.

Después de contemplar cómo uno de sus Hollow Halls prefería suicidarse en vez de hacer frente a la amenaza, Margaret Brooke evitó uno de los rayos de oscuridad de la Dama. La hechicera le señaló como la Muerte marca al que va a morir.

El relámpago de negrura traspasó a la compañera de huida de Brooke, Adelaida. La elevó por los aires, haciéndola atravesar la apertura del segundo piso y estampándola contra los muros, pintando con sus vísceras. El cuerpo inerte estalló en una lluvia rojiza. Margaret lo observó (porque admitía que era lo único que podía hacer aparte de morir) como si fuese testigo del apocalipsis. Brooke aceptó que debía mostrarse valiente, detener aquella masacre, hacer que Alfred Hallington les escuchase.

—¿Dónde están los descendientes? —gritó la alcaldesa al pastor Ellis.

El cura permanecía en una esquina, anhelando sobrevivir al ataque. La suerte no estaba de su parte. No pudo decirle nada a Margaret. Ambos contemplaban cómo sus súbditos recibían la muerte de la manera más cruel posible. ¿De qué sirvió tanta orden o juicio de Margaret Brooke si ahora morían sin más? ¿De qué sirvió tanto sermón y consejo de Jacob Ellis si ahora eran asesinados sin poder impedirlo? ¿De qué sirvió?

—¡Necesitamos encontrar a los confabuladores! —dijo Margaret, desesperada—. ¡Solo así Hallington nos escuchará! ¿Dónde están los descendientes?

La Dama de Hueso rio.

—Vais a morir, alcaldesa, pastor y resto de escoria —advirtió—. Un día los descendientes estarán muertos. Allí será el único sitio donde os encontraréis, cuando estéis todos muertos. ¿Qué importa cuándo? ¿Qué importa si tenéis que esperar? Podéis esperar una eternidad, ¿no creéis?

La alcaldesa arrebató un revólver a uno de sus sirvientes y apuntó con él. Recordó cada una de las clases de tiro que le impartió su padre de niña. En ninguna de esas tutorías le explicaron cómo hacer frente a que una monstruosidad lúgubre derritiera el arma en su propia mano. Se alejó contemplando cómo la pistola se deshacía en cenizas. Caminó sobre sus pasos, mirando sus manos, sin huellas de esa arma que sería su única defensa, y miró a la Dama. No iba a amilanarse ante aquella fuerza sobrenatural. «Si es una prueba de dios, demostraré que soy una santa digna», susurró en su turbia mente.

—¡Soy la alcaldesa de Hollow Halls! ¡Soy la emisaria de Alfred Hallington! ¡No vas a detenerme! ¡Soy una hija impoluta de Hollow Halls!

La Dama de Hueso contestó con calma:

—Eres mujer muerta.

—¡Nada de lo que hagas podrá dañarme!

—Ah, ¿no? —dijo la Dama y aceptó el reto.

Movió sus manos ante Margaret Brooke. Tejió hilos de negrura ante ella. ¿Qué pretendía? Los cabos sostuvieron una pequeña nube gris. Esa bruma se derritió hasta

mostrar sus entrañas: un objeto negro que giró para mostrar su faz. Era una cabeza cortada.

El corazón de la jueza, si es que se le permitía tener corazón, se ahogó y se acuchilló a sí mismo. Murmuró con un quejido:

—¿Allison?

La Dama volvió a reír, como una confirmación, y Margaret chilló:

—¡Es mentira! ¡Quieres jugar con mi mente, demonio! ¡Sierva de los confabuladores! ¡Un truco de magia más de los descendientes de Oniros Hownland y Lucrecia Dagan! ¡Su fe en Satán es grande, pero más grande es mi fe en Alfred Hallington! ¡Tu superchería es vana! ¡Es una ilusión!

Su adversaria irguió su cabeza. La poca luz de la estancia resbaló por la calavera. Las palabras de Margaret, cargadas de rabia y lamento, fueron como miel para su boca. Musitó:

—Después de todo lo visto, alcaldesa, ¿no crees que sea real?

—¡No creo a ninguna servidora de Belcebú!

La Dama abrió sus garras.

—Hay seres que no servimos a nada ni a nadie salvo a nosotros mismos y nuestros destinos.

Sonó un estallido como un trueno. El mundo vibró a martillazos. Margaret divisó como una treintena de figuras oscuras, liberadas desde el corazón de la Dama, atraparon a los Hollow Halls que resistían. Solo dejó libres al pastor y a ella, la Dama iba a mostrarles algo.

—Deberé ser más persuasiva, alcaldesa.

—¡Haz lo que quieras! ¡Somos Hollow Halls! ¡Aceptamos el sacrificio! ¡Y no creemos en farsas!

La Dama sopesó lo dicho por Brooke.

—¿Farsas? Te salpicaré de sangre para ver si así captas mi concepto de realidad.

Les partió los cuellos a todos sus prisioneros, salvo a Ellis y Brooke. El interior de cada cuerpo se derramó, mientras giraban, como si fueran nubes de tormenta y sus restos fueran la lluvia.

El pastor Ellis se colocó bajo una mesa para que los despojos no le tocasen, aunque ya su sotana más que blanca era roja. Sobre él, podía escuchar el impacto de los corazones, hígados, estómagos..., que se desplomaban por su refugio, como ráfagas de metralla.

La gobernante se detuvo como la estatua de Alfred Hallington. Tripas, corazones, pulmones..., la rozaron como si se ahogara en el tanque de deshechos de una carnicería. Y pese a su gusto por devorar carne humana (tan salada y buena), sintió arcadas al ver cómo la cabeza de su hija rodaba hasta sus pies. La Dama se la devolvió como ofrenda.

—Allison pensó en su madre mientras moría —susurró la Dama con tono melodioso, como si estuviese a punto de cantar.

—¡CALLA!

Una voz fue arrastrada con un viento feroz.

—¿Mamá? Mamá, ¿dónde estás?

Era Allison.

Y lloraba, lloraba como la cría que era.

—¡Por favor, mamá! ¡Ven, por favor! ¡No me dejes sola, mamá!

Unas lágrimas escaparon de los ojos de Margaret Brooke. Las primeras de su vida, las primeras que sentía de verdad, pero la carcajada de la Dama de Hueso las congeló como si fueran estalactitas de la caverna más profunda del tiempo.

—¿Creerías que Allison pensó en algo tan dulce sobre ti? ¿En pedir consuelo y ayuda a su mami? Oh, qué equivocada... Qué equivocada estás.

Las palabras de Allison regresaron a través de gritos de dolor:

—¡NO! ¡NO QUIERO ACABAR ASÍ! ¡NO MEREZCO ESTO! ¡TODO LO QUE HICE, LO HICE POR ELLOS, POR HOLLOW HALLOWS! ¡ELLOS SIGUEN VIVOS Y YO VOY A MORIR! ¡NO ES JUSTO! ¡POR DIOS! ¡ME HAN CONVERTIDO EN UNA MUERTA VIVIENTE! ¡TODO FUE CULPA DE MI MADRE! ¡TODO FUE CULPA DE HOLLOW HALLOWS! ¡NO DEBERÍA MORIR ASÍ! ¡NO!

Margaret se tapó los oídos. ¿Su hija no fue digna ante sus hijos? No quería escucharlo, pero incluso así oyó la voz, resonando en su cabeza como una campana que es acuchillada una y otra vez.

Cuando abrió los ojos, fue como si viera a su hija siendo mutilada.

Quiso tocar al fantasma, pero solo era una aparición perpetrada por su mente.

De su hija solo quedaba una cabeza cortada.

—¡Es mentira! ¡Esos gritos! ¡Son mentira! ¡Ella jamás hubiese pensado eso! ¡Ella era como yo! ¡Nunca hubiera sido débil! ¡Nunca!

La Dama se volvió a otro lado y la miró de reojo.

—¿Lo es, alcaldesa? ¿Lo juzgas así? ¿Lo ordenas así? ¿Lo es?

Margaret vociferó, pero no por mucho tiempo. Algo la asfixió y le robó su garganta. Sus pies se levantaron del suelo. Una bruma la surcó, era uno de los látigos de sombra de la Dama. Cuando se disipó, la jueza se desplomó al lado de Huargo. El lobo la vigiló, mostrando su pelaje blanco manchado por el escarlata de sus adversarios.

La heredera de los Brooke se retorció como si fuese un niño recién nacido que, lejos de ir a parar a la incubadora, es lanzado al cubo de basura en un aborto fuera de tiempo.

El pastor Ellis salió de su escondrijo y fue hasta Margaret. Caminó sobre los órganos arrancados de los cuerpos, no le importó. Quería socorrer a la alcaldesesa, consolarla, demostrarle que aún eran hijos impolutos de Hollow Hallows y eso significaba un triunfo sobre las tinieblas.

—¡Margaret, escucha! —dijo el cura cogiéndole la mano—. ¡Hagan lo que hagan,

no te quitarán lo que eres! ¡Eres descendiente de un excelso linaje, los Brooke!
¡Alfred Hallington escuchará a la hija de los descendientes de Amadeo Brooke! ¡El
dios Hallington no te dejará partir!

Pero la mujer abrió la boca y no lo hizo con fe, sino con miedo. Sus dientes se
caían como gotas de agua condensada. La sangre que emanaba su garganta y su
lengua apenas dejaron escuchar lo que tenía que decir:

—Yo... Debía..., llegar..., al... Día... Debía...

Y sonó como una cuerda de violín rompiéndose. Ellis no vio nada salvo la línea
roja que se trazó a la mitad del cuerpo de Margaret Brooke.

—He juzgado y ordenado —anunció la Dama.

El cuerpo de Margaret se desplomó hacia la derecha, su cabeza a la izquierda. En
medio, Ellis y el charco rojinegro.

El dios Hallington la dejó partir.

Margaret Brooke debía llegar hasta el Día del Fundador, pero no llegó.

Jacob Ellis giró sobre sí y solo vio muerte. Todos los Hollow Hallows murieron
en esa hora terrible, mientras los descendientes huían o se deleitaban con esa tragedia.
Apretó su bastón hasta que notó que su mano palidecía.

Se agachó y recogió la cabeza de Margaret. Hasta hacía un instante, Margaret
hablaba. Ahora ya solo lo hacía con unos ojos tristes. No dio crédito a lo sucedido,
pero debía obrar con sabiduría. Se llevaría lo que quedaba de ella, haría que estuviera
presente en la ejecución de los descendientes, cumpliría con la profecía aunque él
fuese el único vivo de los Seis de Hollow Hallows.

—El dios Hallington es mi guía, su voz me conduce entre las tinieblas —susurró
el pastor una vieja oración—. No permitirá que el peligro me inunde ni me mostrará
cobarde ante el terror que me incumbe. Dios Hallington, plagado de...

Se dirigió hacia la puerta oscura. La negrura devoraba a los que osaban
marcharse. El sacerdote oraba con la cabeza de Margaret en sus manos. Creía que si
era fuerte, que si demostraba su bravura, Hallington no le ignoraría, no le dejaría
atrás. Nunca.

Se quedó a un paso de cruzar el pórtico.

—No tengas prisa por marcharte, pastor Ellis —se pronunció la Dama de Hueso
—. No pongas tu creencia a prueba de una manera tan rauda e insensata. Habrá una
manera mejor. Una que yo te proporcionaré. Es tu turno.

Un rugido de Huargo ensordeció al hombre de la fe de Hallington.

CAPÍTULO 58

Lo que estaba claro, si algo puede estarlo cuando la sombra de la muerte se abate sobre uno, es que Garric Odell escribió un final, pero no el final de su novela, sino el final de Calvin Blackmouth.

—¿QUÉ DIABLOS, TARTAMUDO? —bramó el historiador clavando sus uñas en la madera para no ser arrastrado—. ¿QUÉ ES ESTO, TARTAMUDO?

Aunque Garric Odell le hubiese respondido, Blackmouth y su carencia de fe en cuanto a la fantasía hubiesen hecho que no creyese que los esqueletos de la oscuridad vinieron a por él.

Los pequeños seres movieron sus manos de hueso, agarraron de las piernas al maestro y le empujaron. Luego treparon por su cuerpo, reteniéndolo contra el piso. En ningún momento recordó que así era como él mantenía a los niños inútiles cuando cometían un error, en cambio, sus captores solo podían pensar en ese detalle; fue la manera en la que murieron.

Un espíritu escaló por la espalda del profesor como si fuese a coronar la montaña de sebo. La madera corroída no soportó más y se rompió bajo el historiador, hundiéndolo en las profundidades por mucho que Blackmouth deseara escapar.

Otra de las almas colocó sus manos sobre la cara del cronista. Apoyó sus dedos, meros huesos afilados, en las lentes del profesor. Las rompió sin demasiado esfuerzo y llegó hasta los ojos. El maestro chilló e intentó zafarse de las criaturas, pero lo único de lo que se liberó fue de uno de sus ojos, que quedó colgante entre una fuga de sangre y líquido amarillento.

El sufrimiento del historiador fue insoportable, sin embargo no era nada comparado al de los esqueletos emergidos de las entrañas de la escuela. Algunos murieron de manera terrible, otros fueron enterrados con los demás muertos cuando aún estaban vivos y se pudrieron cuando aún respiraban. Ahora, tenían una manera de devolverle toda esa agonía al hombre que se las causó y tenían muy bien pensado cómo hacer que en ningún momento Blackmouth pensase que sufrió menos o recibió más misericordia de la merecida. No se merecía ninguna.

—¿No me recuerda, profesor? —susurró a su oído el esqueleto de la niña. Era la que le sacó el ojo—. He cambiado mucho desde la última vez que me vio, estoy más pequeña y delgada... Ah, y también muerta (ese es otro enseñanza importante como que dos por dos son cuarenta y que la sangre entra con la letra, ¿o no era así?). Oh, pero me recuerda ¿no? —El maestro negó. Mintió y los muertos no toleraban la mentira. La calavera le devolvió la mirada gracias a los gusanos que se movían en las cuencas de sus ojos como si fuesen pupilas—. ¡Iooooo, ioooo, iooo! ¡Soy una burra! ¿Me recuerda ahora? ¿No? Voy a hacer que me recuerdes.

La voz infantil se terció terrorífica, más aún. Se acompañó de una fina capa de

niebla, que le cubrió el rostro durante unos instantes. Le devolvió la cara que tuvo cuando era viva, mucho tiempo atrás. Era Yocasta Dickson, una de las estudiantes con las que Blackmouth se rindió y empleó la mejor de sus enseñanzas: el sacrificio.

Calvin Blackmouth sintió su fracaso, no por haber cometido con impunidad innumerables crímenes, sino por otra razón: porque los alumnos como Yocasta jamás entendieron que lo mejor para ellos y Hollow Hallows era que murieran. Existían estudiantes que no daban más de sí y que tampoco comprendían lo estúpidos que eran. El día de mañana podía ser una carga para Hollow Hallows. En un futuro donde se decidiría el destino de los hijos de Hallington, no podían tolerar que seres débiles como Yocasta existiesen, errasen y cometieran un error por el que pagasen todos. Cada idiota era una oportunidad para los confabuladores. Por eso, Calvin Blackmouth los mataba, pues tenía el convencimiento de que así estaba ayudando en los días venideros de Hollow Hallows.

Si hubiese sido menos inquebrantable, puede que en esos minutos se hubiera dado cuenta de que cometió un terrible fallo..., uno que ningún profesor podría arreglar ni siquiera él mismo. Jamás admitiría muchas cosas.

Jamás admitiría que la ficción pudiese trascender la fantasía y hacerse realidad.

Jamás admitiría que unos esqueletos de unos críos muertos recobraron vida en su fosa bajo el suelo.

Jamás admitiría que eran los restos de los críos que mató a lo largo de sus años de docencia.

Jamás admitiría que eran los mismos que estaban clavando sus huesos en su carne.

Jamás admitiría que los muertos iban a convertirlo en uno de ellos.

Jamás admitiría que la novela de Garric Odell se había vuelto realidad.

Pero Calvin Blackmouth sí iba a admitir que cualquier cosa que jamás aceptase podía producirse mientras que algo superior si lo aceptase y ese algo era el mundo.

—¿Qué..., está...? —masculló alguien al lado de Seth.

El muchacho dejó de buscar la varita en el hueco entre los tablones y contemplar el grotesco espectáculo de la muerte de Blackmouth. Prefirió parpadear y pellizcarse para saber que no estaba soñando.

—¿Qué está..., pasando? —repitió la voz.

La miró. Estaba abriendo los ojos y farfullando cosas sin sentido.

—¿Dawn? —susurró Seth, aún sin creer que fuese posible.

—¿Quién..., si no? —musitó ella débil y tosió—. ¿Qué está..., pasando?

Seth rio y se encogió de hombros con sorpresa.

—Creo que un milagro.

Los gritos acallaron a Seth. Los espectros arrancaban la piel de Blackmouth, incapaz de huir. Solo vociferaba como si notase que la sangre ardiese y cada fibra de su ser fuese calcinada por ácido. Cuando abrió la boca de nuevo, uno de los niños le cogió la lengua y se la arrancó.

—*Ee ea su astio uando haamos muuho...*

«Ese era su castigo cuando hablábamos mucho», tradujo el pensamiento de Seth las palabras del crío muerto. Tuvo escalofríos.

—Dawn, no sé qué está pasando ni sé si quiero saberlo —susurró—, pero tenemos que irnos. No sé si los chiquillos están de nuestro lado si es que están del lado de alguien. Podrían revirarse o algo. ¡Vamos, Dawn!

La chica quiso moverse, pero le costaba. Seth contempló que cada herida de la joven se cerró. Era una muestra de una maravilla imperecedera, pero Dawn prefería mirar a Garric, al otro lado de la clase, como si quisiera decirle algo.

—¿Odell, en serio? ¿Quieres esperar a Odell? —murmuró Seth—. Pero míralo, ¡si está disfrutando del espectáculo! ¿En serio querrías privarle de la función *Cómo los niños muertos mataron a Calvin Blackmouth entre vísceras, putrefacción y muchas cosas bonitas*?

Odell estaba en silencio. Observó cómo las ánimas mataban a Blackmouth. Sintió que era como si se viera morir a sí mismo, a una versión de él que fue débil, balbuceante y mezquina. Ante todos los que inclinó su voluntad, le devolvieron golpes y actos crueles, pero se enfrentó con Blackmouth y ahora lo veía morir de una manera terrible, pero merecida, muy merecida. Su seguidor número uno se transformaba en un cadáver mientras él permanecía vivo y, aunque muriese, mediante las palabras ya había conseguido un don: la inmortalidad, algo que Calvin jamás lograría pues, mientras sucedía aquello, los niños cogían los viejos libros de historia escritos por Blackmouth y los usaban como armas contra él, aplastándole la cabeza con los tomos. Blackmouth entregó mucha sangre, sudor y esfuerzo por recoger la historia de Hollow Hallows, pero ahora lo hacía de manera literal mientras moría y nada quedaría de él, pues sus restos ensuciarían y romperían los textos que concibió.

Fue entonces cuando Garric Odell se percató de que era superior a Calvin Blackmouth y a los Hollow Hallows. Era escritor, era joven y estaba vivo, pero ya no era el de siempre.

Las dudas de Seth eran más prosaicas. Ayudaba a Dawn a incorporarse, algo que ni él podía hacer. No se fiaba que aquellos esqueletos no fueran contra ellos una vez terminasen con Blackmouth. «Llevan décadas ahí debajo, no creo que se conformen solo con ese gordo», pensó. «Y no me fío de Odell, no me fío de todo ese poder que tiene de repente. No creo que esto pueda terminar bien y...».

Seth lanzó un gritito de niña cuando alguien le tocó por la espalda. Se volvió, espantado, y se encontró con uno de los esqueletos. Lejos de parecer peligroso como los otros, mostraba unos gestos que evocaban a un niño normal, tímido y temeroso, que solo era huesos envueltos en sombras. Tenía algo en las manos, algo que le tendió a Seth.

El muchacho no se movió ni un centímetro. El niño bajó la cabeza, con tristeza por el rechazo.

—Cógela —dijo Dawn.

Seth enarcó una ceja.

—Dawn, sin ofender, es lo último que querría hacer, que sé que estás débil, pero quiero preguntarte: ¿estás loca o qué demonios te pasa? ¿Te acabas de despertar o revivir (o lo que sea), no sabes lo que está pasando con los colegas de Jack Skellington y ya te fías de estos?

—Por algo soy más inteligente que tú —susurró Dawn. Cerca, otro de los espectros escupió un trozo de brazo de Blackmouth que cayó cerca de Seth y Dawn. Los infantes no abandonaron las risas, era como un juego—. ¿Y cómo no fiarme de estos, Seth? ¿Has visto lo que están haciendo? Lo mismo que haría yo. Son una delicia.

Seth obvió el comentario de Dawn. Debía faltarle oxígeno o algo. No sabía cuánto de realidad había en ella o si regresó de la muerte en plan tía *New Age* algo *hippie* que se enrolla con el mundo, porque el mundo se enrolla con ella y desespera a los que tienen una mentalidad más arcaica como era el caso de Seth en sí mismo.

Y sin embargo, cuando miró una vez más a la calavera del niño que le tendía el regalo, Seth vio a un niño pequeño, a punto de llorar desconsolado, y movió su mano hacia él.

El pequeño rio y sacó lo que pareció una lengua. Flotaba en la caverna de su mandíbula y brillaba con la sangre de los dedos de Seth. El hijo de los Dagan contuvo el aliento. Fue ese ser el que le lamió la mano cuando intentó recuperar la varita.

Y entonces vislumbró que el regalo que le ofrecía el fantasma era la varita y la cogió. Un estallido de luz les rodeó. La magia regresaba al hechicero.

Seth esperaba que el renacuajo le atacase o algo por sorpresa, sin embargo el crío escupió una risita nerviosa y se fue con el resto a jugar. La siguiente vez que lo vieron estaba aplastándole la yugular a Blackmouth. Un nombre se vino a la mente de Dawn, uno que le escuchó a su tía muchas veces: Andrew Myerscough, otro de los asesinados, otro de los que se vengaba.

Dagan se lamentó en silencio, porque reconoció que Hollow Hallows lo logró con él: lo transformó en una persona oscura que no sabía de los que podía o no podía fiarse. Le acostumbraron al temor y la suspicacia, no podía esperar nada bueno de ellos, incluso cuando simulasen cierta misericordia, porque en realidad solo era una manera de que él se acercase y sufriese de nuevo. Ahora, sabía que ese mal se extendió por su alma hasta huir de un monstruo que quería ayudarlo. Y su mayor miedo fue que, tal vez, nunca pudiese cambiar eso.

Un estruendo metálico. Seth y Dawn contemplaron sus cadenas. Los eslabones se ennegrecieron y se rompieron como si cientos de años hubiesen caído sobre ellas en un instante. Eran libres, como lo fue Garric cuando Blackmouth lo soltó para que pudiera escribir. Y eso les hizo pensar en si sería otro truco de Odell. Lejos de fantasías, preguntas o mentiras, la verdad es que podían huir por primera vez y no debían desperdiciar esa oportunidad.

—Ahora o nunca, Dawn —dijo Seth.

La chica se quedó un instante más, viendo la sangre de Blackmouth pintando las paredes de rojo. Y asintió con la cabeza.

—Ahora o nunca —replicó.

Seth levantó la varita y deseó que cada una de sus heridas se recuperase. Piel creció sobre carne abierta, huesos se recolocaron, su rostro cambió borrando los hematomas, las manos quedaron sanadas en gran parte... Pero se detuvo cuando se tambaleó. El esfuerzo mágico era suficiente, pero seguía vivo. Qué poder, qué locura y qué fortuna le sonreían ahora, de par en par.

Al otro lado del aula, Garric Odell contemplaba los últimos movimientos del profesor. Blackmouth quería huir como tantos niños quisieron evadirse de su ataque en el pasado, pero ahora parecía bajo el ataque de ellos. Algunos le mordieron hasta derribarlo una y otra vez. Lanzó algún manotazo contra los pequeños, pero solo los convertía en pedazos que volvían a armarse tras soltar una fuerte carcajada. Alargó la mano para coger su pistola, pero esta cayó hacia el abismo bajo las tablas y se desvaneció en la noche pútrida que pernoctaba en las profundidades. Los niños no iban a dejarle.

Si alguna vez Garric Odell necesitó la definición poética y, a la vez, práctica de la justicia, allí la tenía. Lo logró con su novela. ¿Cuántas veces puede un juntaletras hacer justicia divina? Puede cuando es un dios, cuando es un rey y él lo aceptó.

Ya no debía horrorizarse de las palabras, gracias a ellas salvó a sus amigos y se salvó a sí mismo, acabó con un monstruo más y concibió un mundo mejor. Eran triunfos loables, eran victorias que salvaban vidas y eran recompensas de las que glorificarse. ¿Por qué temer? No halló la respuesta. Ya no temía. No temería jamás.

Fue entonces cuando Garric se transformó en lo que quiso ser.

El descendiente de los Dagan mantuvo su varita consigo. Sentía que podía andar sin mucha dificultad. Miró a Dawn.

—¿Te ayudo con tus heridas?

La joven tocó su pecho, cubierto de sangre. Movié el agujero del tiro en su suéter para que Seth viese la herida. No había huella del impacto, la piel cicatrizó bajo la sangre. Era como si no le hubiese pasado nada. Garric la salvó.

—Debemos irnos entonces —dijo Seth a la muchacha, ella señaló hacia Garric—. ¿Odell? ¿Otra vez? Ya te digo que Odell parece más interesado en ver esta *performance* de *La Matanza de Texas*.

—Nos ha salvado —insistió Dawn.

Seth resopló, en parte por el cansancio y el esfuerzo físico realizado y, por otro lado, porque no le apetecía discutir y menos delante de aquel descuartizamiento del que era espectador en primera fila. Odell, maldita sea, siempre Odell.

—Garric —dijo Dawn al escritor.

Hubo una explosión de sombras en torno a los esqueletos, pero la voz de la joven atravesó ese desierto azabache. El muchacho movió la cabeza. ¡Dawn! ¡Allí estaba! ¡Viva! Se maldijo, hasta entonces no vio los frutos de su triunfo, prefirió ver la

muerte de su enemigo sin fijarse en la vida que le devolvió a su mejor amiga, la chica por lo que hizo todo. Una sonrisa recorrió su rostro, le costó dominar las lágrimas y dijo:

—Dawn.

La joven le habló rauda, como si lo sucedido fuese algo normal y corriente:

—¡Tenemos que irnos, Garric! ¡Antes de que el resto de Hollow Hallows venga!

Garric no realizó ningún ademán rápido. Seth valoró la idea de que quizás Odell disfrutase más de ver la muerte de Blackmouth que el huir y salvarse. Pero, contra pronóstico, Odell cogió su manuscrito en una carpeta (Dawn le ayudó a tomar los folios del suelo, se los tendió) y se dispusieron a marcharse.

—¿Necesitas que Seth te cure? —preguntó Dawn a Garric.

Odell negó y contestó:

—No, nada de magia. La historia encontrará la solución por sí misma. Me he asegurado de ello, Dawn.

Dawn y Garric se marcharon hacia la puerta.

Seth se quedó atrás y susurró:

—Odell... No ha tartamudeado.

Tras Dagan, Blackmouth gritó:

—¡NO! ¡MI FINAL! ¡YO DEBO ESCRIBIR...! ¡EL FINAL DE HOLLOW HALLOWS! ¡EL FINAL!

Uno de los esqueletos, el pequeño Andrew, transformó sus manos en cuchillas y penetró en la espalda del profesor a la vez que los otros espectros se alimentaban del cebo del profesor. Cuando el fantasma sacó la mano, lo hizo con parte de la columna vertebral del maestro. Soltó una risita contagiosa.

—Otros ya estamos escribiendo el final —contestó Seth y se marchó.

Atrás, los huesos vivientes se bañaron en la sangre de Blackmouth hasta que con la luz del siguiente amanecer, volvieron a su ataúd bajo las tablas. Durante horas no pudieron volver a dormir, porque uno reía con maldad y era una risa que se pegaba. Cuando lo lograron, soñaron por toda la eternidad.

Clavada en la vieja regla, sostenida por los montones de libros rotos, la cabeza de Blackmouth chillaba sin poder ser escuchada. Jamás lo sería, ni siquiera en una crónica de los tiempos percederos.

CAPÍTULO 59

Harriette Ellis (de apellido de soltera Ermsworth) tuvo ideas estúpidas en sus últimos días. Eran pensamientos que no parecían nacidos de la mujer de cuarenta y cuatro años que llegó a ser. Eran de otra persona, otra que estaba naciendo del interior de la enfermedad que la consumía cada día. Era como si su cuerpo fuese un capullo decrepito del que estuviese surgiendo una larva moribunda que en nada se antojaba a la que fue hasta entonces.

La leucemia la estaba devastando. El cuerpo ya no le respondía como antes, pero su mente tampoco. Sabía que iba a morir si ese era el destino que Alfred Hallington le reservó, por lo que decidió no tratarse ese mal que la corroyó a riesgo de sufrir, pero desconocía que su personalidad iba a cambiar también. Su fe estaba en que dios la hiciera vivir hasta la muerte de los descendientes, pero pronto descubrió que quizás malvivir tanto tiempo fuese una auténtica tortura.

Esos hechos obligaron a que sus labios se moviesen durante las noches, entre los vómitos y los dolores, para farfullar palabras que dejaron a su esposo, Jacob Ellis, y sus hijos, Donald y Flint, con la duda de si ella estaba diciendo de verdad esos disparates. Tardaron en admitir que así era.

—Estamos equivocados... Muy equivocados. Nunca hemos acertado. Nunca... Nunca tuvimos que elegir tanta muerte, tanto odio... Y lo elegimos todo y lo perdimos todo.

El pastor Ellis entró en la habitación. Contempló a su mujer tumbada en la cama de abrir y cerrar. Había arrancado las sábanas y las mantas. Se agitaba ensuciando de sangre y sudor el colchón. Se doblaba y entrecerraba los ojos fruto del delirio. Quiso cogerle la mano para intentar reconfortarla, pero ella se apartó. Le habló con voz suave como hacía siempre para intentar apaciguar su rebaño.

—Somos hijos impolutos de Hollow Hallows, Harriette. Nosotros no elegimos nada. Alfred Hallington eligió por nosotros. Él es omnisciente, entonces pues ¿por qué dudar de lo que hagamos si obramos según lo que desea un ser que lo sabe y conoce todo?

Harriette entreabrió uno de sus ojos. Miró a su marido con desprecio, como si le quisiera decir: «¿crees que soy tan estúpida?» o «¿qué mierda me estás diciendo, hijo de perra?», pero lo único que pronunció (y seguro que fue porque estaba demasiado débil para decir las otras frases, que eran más largas) fue:

—Ya... Ya... —susurró. Un mechón de su pelo cayó sobre la almohada. Odiaba dormir en aquel lecho, sola—. Jacob, dime, por favor...

—Sí, Harriette, te diré.

Él conducía a Hollow Hallows por la piedad y el camino hacia lo que tuviesen que hacer como un solo, ¿cómo no consolar a su propia mujer y sus pecados?

—Eso de que lo hacemos todo por Hallington y lo que acabas de soltar... —Tomó aire y tosió sangre—. Es... ¿Es lo que te repites todas las noches para poder dormir?

El pastor se horrorizó. La leucemia la había cambiado mucho, pero ¿hasta qué punto? Se sintió herido, hubiese deseado cambiarlo todo, impedir que el destino fuese tan cruel con Harriette. «Antes de haber llegado a ese punto debería haber muerto», rogó.

—Harriette, no sé a...

—Yo también me lo decía, Jacob... Pero ya no puedo.

La mujer lloró. No fue fácil, parte del don (por así llamarlo) de la enfermedad era hacer que lo más sencillo se complicase. Las lágrimas fueron débiles y dolorosas, tosió y se asfixió mientras liberaba un gemido de agonía.

Su marido no soportaba verla así, pero lo que más daño le hizo fue escuchar esa frase de su mujer, una frase por la dudaba de sus creencias hacia el fundador, Hollow Hallows y lo que hicieron hasta ese día.

—Estás delirando —concluyó el pastor y se marchó.

* * *

Él no se arrepentiría, él se mantendría fiel a su destino y lo que suponía su vida, su creencia en Hollow Hallows y su fe ciega en Alfred Hallington. Él y solo él.

Los recuerdos de Ellis abandonaron la imagen su mujer, pero no tenía por qué preocuparse. Pronto, muy pronto, se reuniría con ella. Solo debía esperar a que la Dama de Hueso lo hubiese matado. Algo que era cuestión de segundos.

¿Se lamentaría de su vida? Jamás, pero..., a medida que se acercaba el fatal desenlace, se ponía en tela de juicio, porque él era el pastor Jacob Ellis y no quería morir, debía ser el guía de Hollow Hallows ante el apocalipsis, no dejar a su rebaño morir ante unos lobos terribles e incluso literales en el caso de Huargo. Debía vivir y salvarlos, pero era el primero que sabía que lo que se debe muchas veces no se puede pagar.

Los lazos de la Dama de Hueso levantaron al pastor por los aires. El tacto con las sombras fue como hundirse en hielo. Cuatro penumbras se enrollaron en torno a sus dos muñecas y sus dos tobillos, como un juguete en manos de unos niños que peleaban por llevarse su parte aunque significase romperlo. En el aire, las fuerzas de la Dama fueron como una sola.

El pastor no era estúpido. Sabía que no viviría mucho más, que moriría como Harriette, como sus hijos (pese a los experimentos de Shaxon), como el propio enterrador, como Margaret... Moriría y no quedaría nada de él salvo un vago recuerdo y los gritos implorantes de los Hollow Hallows antes de morir, preguntándose por qué su pastor les había abandonado.

El sacrificio de Jacob Ellis en vida parecía inútil ahora, cuando iba a morir como

cualquiera. Ni una gran ceremonia ni un enorme ritual, solo fenecer, como un Hollow Hallows más, sin poder detener a los descendientes y cumplir con el destino de Alfred Hallington.

* * *

Pero los ensueños de Harriette, si es que lo eran, continuaron en las siguientes vigilias y la esposa de Ellis mantuvo ese discurso ajeno. Era como si alguien hubiese matado a la Harriette de siempre, la madre perfecta que preparaba tartas de manzana y enseñaba en la academia, de la que era directora, junto a Blackmouth. Ese asesino desconocido le arrancó la piel y se la puso encima, dotándola de un aspecto enfermizo y un diálogo que no correspondía a ella. Y ahora el parásito moría en una cama que no era suya, gritando que estaban equivocados y que se merecían morir por una vida que nunca vivió, que solo destruyó. Quizás ese figón solo fuese la leucemia.

—¡ESTO ES POR VOSOTROS! ¡VOSOTROS ME LO HABÉIS HECHO! ¡ME HABÉIS INFECTADO! ¡ME HABÉIS DADO ESTA ENFERMEDAD!

Los chillidos de Harriette llegaban hasta la cocina donde los gemelos y su padre comían.

—No aguanto esto más —dijo Flint dejando el plato de comida a un lado. Su padre le frenó.

—No te he dado permiso para que te levantes de la mesa.

Flint se tuvo que sentar otra vez. Cogió el tenedor de nuevo.

—No te he dado permiso para que comas, desagradecido.

Los gritos continuaron en la habitación de al lado.

—¡SOIS UNOS HIJOS DE PUTA! ¡Y OS MERECEÍIS ESTO Y MÁS! ¡NUNCA DEBÍ CASARME CON UN CABRÓN COMO TÚ! ¡Y HUBIERA PREFERIDO PARIR TRIPAS MUERTAS ANTES QUE A VOSOTROS! ¡SOIS ESCORIA! ¡ESCORIA!

* * *

—Espero que hayas tenido una buena vida que recordar, hombre de Hallington —se pronunció la Dama de Hueso con la misma sobriedad con la que se dice «hasta pronto, buen viaje»—. Y si no ha sido así, tampoco me importa ni me incumbe. Cada uno elige lo que hace con sus actos. —Blandió su espada—. Es hora de matar al último hijo impoluto, al último de los Seis.

Los tentáculos tiraron de las piernas y brazos de Ellis, cada uno hacia el lado opuesto, para arrancarlos de cuajo. El tronco desmembrado caería y la Dama volaría hacia delante para decapitarlo en el aire. Sería la danza mortal, el último descenso.

El pastor chilló, asfixiando su garganta en sangre y flema, notando cómo se desgarraba cual cuerda de un violín, como el cuero de un tambor. La tortura, los huesos quebrándose, los tendones a punto de arder, le devolvieron al dolor por la pérdida de su mujer, por la muerte de sus hijos, por lo vivido a lo largo de sus días. Su fe contuvo el temor al fin, pero no fue suficiente.

Explotó la luz. Una presencia como un rayo reencarnado agitó el Caserón y detuvo a la Dama y a Huargo. Pero ¿qué era?

* * *

Harriette nunca titubeó durante sus cuarenta y cuatro años con motivo de la senda que tomó, pero ahora siempre maldecía haber continuado el camino de Hollow Hallows: el odio a los descendientes, la persecución, ser una directora de la academia tal y como quiso Blackmouth y no como quiso ella...

—Cuando muera, no quiero flaquear sobre lo que soy —susurró Donald Ellis a su padre tras ayudar a bañar a su madre.

—Y no flaquearás.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sé, padre? ¿Cómo sé que no me equivocaré en mis últimos días de vida? Mamá nunca vaciló, pero ahora... Ya ves. ¿Cómo sé que no me pasará eso a mí?

Su padre apoyó las manos en los hombros de su hijo. Nunca antes vio a su hijo llorando como hasta entonces. Los Ellis se veían encerrados en una prisión de la que era imposible escapar.

—Reza y cree. No te pasará.

—Mamá rezaba y creía. ¿No lo hizo con suficiente fuerza?

Jacob Ellis meditó lo que quería decir hasta que pudo pronunciarlo en alto con el suficiente convencimiento.

—Lo que importa es lo que hagamos nosotros a partir de ahora. Seremos clementes con tu madre, hijo mío, eso es de buen creyente. Esperaremos que el fundador se apiade de su alma...

—Pero cada día que pasa, se aleja más del fundador. A veces, espero que se muera.

Donald Flint temía una bofetada de su padre por soltar tamaña blasfemia, pero el pastor le dejó y se fue.

La frase se quedó grabada en la mente de Jacob, mas necesitaba a su esposa. Harriette fue su apoyo durante más de una década, era una buena mujer. Quería que volviese a ser la de siempre, aunque por las noches y orando en busca de piedad, suplicaba a dios que muriese lo antes posible. Pero ¿cómo la sustituirían cuando ejecutasen a los descendientes? ¿La profecía entendería la pérdida de uno de los Seis? El pastor no encontraba la respuesta y eso le trastornaba. ¿Dónde estaba el

fundador?

* * *

La bruma negra tras las ventanas se dispersó, incluso la que estaba en la puerta, devorando a cualquiera que saliese como si fuese una araña hambrienta. La Dama de Hueso ansió levantar de nuevo aquella muralla, pero el resplandor la despidió a un lado. ¿Quién se atrevía a tocarla? Huargo rugió, pero el alba no retrocedió. El sol salía como si no quisiera más noche.

Los grilletes que ataban al pastor se rajaron y soltaron. Cayó desde las alturas, de sopetón. Le dolió, pero no tanto como lo que le podría haber hecho la Dama. Miró a la fuerza que le zafó de sus ataduras. Tenía una forma humana, aunque era una sombra surgiendo de la claridad, como si los rayos fuesen el ojo y la pupila esa mota de obscuridad. El pastor murmuró con miedo:

—¿Maestro Hallington? ¿Eres tú?

* * *

Harriette Ellis, nacida Ermsworth, murió una mañana calurosa de verano.

Nadie dijo nada.

Debía seguir viva para que ningún Hollow Hallows perdiese la fe en la profecía. Lo mismo pensó Elmer Shaxon.

—Tengo un truco para mantenerla como si estuviese viva hasta entonces — propuso Shaxon al sacerdote—. No es la primera vez que lo hago y puede ser la clave para planes mayores, pero para esos planes mayores necesito moribundos, no muertos. Y... ¿Me escucha, pastor Ellis?

Shaxon lo que no dijo fue que encontró restos de cianuro durante la autopsia.

Donald Ellis no dijo que mezcló una inyección de su madre con cianuro.

Flint Ellis no dijo que ahogó la garganta de su madre con cianuro.

Jacob Ellis no dijo que le dio a su mujer la dosis de cianuro final.

Nadie supo lo que hicieron los demás, pero todos supieron su destino.

Por las noches, en sus pesadillas, aún escuchaban los lamentos de Harriette Ellis y de lo que significó su final. Ellos oraban por jamás arrepentirse, por nunca echarse atrás. Y esperaban que esos rezos fuesen escuchados por Hallington. Con toda su alma.

* * *

En el pórtico, liberando el sol, el hacedor se mostraba oculto, apartando a Huargo y la Dama del pastor Ellis. ¿Qué poder poseía aquel desconocido para hacer lo que deseaba? ¿Cómo era capaz de retener a la Dama y su lobo y dejar libre al sacerdote?

—¡HUYE, JACOB ELLIS! —le dijo... ¿El fundador?—. ¡TIENES UN COMETIDO QUE CUMPLIR!

La voz era como la que siempre imaginó el pastor Ellis que poseería su dios. O no, pero era la voz que escuchaba, la que imaginó que le consoló durante su vida, en cada oración que creyó en vano después de la muerte de Harriette.

Ahora se sentía en comunión con su señor. Caminó hacia el albor, con las manos abiertas, implorando paz.

—ESCÚCHAME, JACOB ELLIS. ¡SÉ DÓNDE ESTÁN LOS DESCENDIENTES! ¡SIGUE MI LUZ Y ATRÁPALOS!

El sacerdote asintió con tanto fervor que bien podría haberse arrancado la cabeza, pero ese no era su destino. Ignoró que, a su alrededor, la casa se derrumbaba, que las escaleras se plegaban sobre sí, que el suelo sangraba como la herida de una vena aorta, que el legado Woods se transformaba en polvo...

El techo cedió, las paredes se resquebrajaron, los pocos muebles que soportaron la aparición de Rahne ardieron ante la claridad emanada por el desconocido y Huargo y la Dama procuraron presentar batalla. El pastor no podía huir. ¡No podía!

—¡Tu magia blanca no logrará destruirnos! —le chilló la Dama de Hueso al que Ellis llamó Hallington. A su lado, Huargo la protegió, y soportaron la tormenta de rayos.

—NO HE VENIDO A DESTRUIROS, DAMA Y HUARGO, HE VENIDO A SALVARLO.

Y se refería al pastor Ellis.

El sacerdote corrió hacia la luz que disparó Hallington, la que le señalaría el camino hasta los descendientes. Los apresaría y destruiría. Cumpliría con la voluntad de su señor y salvaría Hollow Hallows.

—¡ESCUCHA, ELLIS! ¡NO PERMITAS QUE DAWN HOWNLAND VIVA! ¡POR ENCIMA DE DAGAN, HOWNLAND ES MÁS PELIGROSA! ¡NI TE LO IMAGINAS! ¡NO LO PERMITAS!

—¡No lo permitiré! ¡Por nada del mundo!

La figura que emanaba el resplandor le señaló el coche a Ellis, que corrió hacia él. En ningún momento, el cura se atrevió a mirar el rostro a Hallington, pero cuando vio un leve atisbo, juró que vislumbró algo en su cara... Era un reloj, un reloj del juicio final.

No se detuvo más, fue hasta el coche de Margaret, en pos de la señal lanzada por el hombre de la cara de reloj. Era su estrella. No podía perderla. Subió al vehículo y arrancó. Aceleró detrás de esa estela que prendía la negrura. Comenzó a recitar un poema que escuchó en su niñez:

«What shall I sing to my lord from my window?
What shall I sing, for my lord will not stay?
What shall I sing, for my lord will not listen?
Where shall I go, for my lord is away?
Whom shall I love when the moon is arisen?
Gone is my lord, and the grave is his prison.
What shall I say when my lord comes a-calling?
What shall I say when he knocks on my door?
What shall I say when his feet enter softly,
Leaving the marks of his grave on my floor?
Enter my lord, come from your prison.
Come from your grave, for the moon is arisen»^[4].

* * *

En el Caserón Woods, la Dama de Hueso y Huargo se abalanzaron sobre el atacante, el ser brillante como un universo, el cretino que liberó a Ellis. Su brillo se fue apagando hasta parecer solo un hombre cansado.

—¡Te conozco! —gritó la Dama de Hueso.

—Ayudé a despertarte —replicó el muchacho—. Claro que me conoces.

El Hombre de los Relojes hizo un gesto de evidencia.

La Dama de Hueso convocó uno de sus poderes, pero se deshicieron antes de tocar a su rival.

—¡Haz lo que quieras, pero sé la verdad! —exclamó la hechicera—. ¡Habrás engañado a Ellis, pero no me puedes engañar a mí! ¡No eres el fundador!

Su adversario tenía una melodía tras de sí, el tic, tac de varios relojes. Habló con calma, como el movimiento de uno de los punteros:

—No sé quién soy ya, pero sé que ha valido la pena volver a veros una vez más. Gracias.

El Hombre de los Relojes desapareció.

Y el Caserón Woods se vino abajo.

Hubo un enorme rugido, como si la casa se lamentase de la herida de muerte recibida en esa aciaga hora. Vigas, muros, techo, muebles... La capa de cascotes sepultó a Huargo y la Dama de Hueso.

Pero sus garras escaparon de los escombros y la humareda. Sus gritos clamaron en la noche y contra el enemigo que se enfrentó a ellos.

CAPÍTULO 60

Dentro de la Academia Alfred Hallington, sangre y muerte.

Fuera, una calma, un sosiego, artificial. Era como si algo fuera a suceder, algo inesperado para sus víctimas, pero planeado a conciencia por sus ejecutores.

—El barco —dijo Dawn. No quería más discusiones. Su destino estaba decidido.

Salió del porche de la escuela. Atrás quedaron los ruidos que los muertos hacían con los restos de Blackmouth antes de guardar su sueño eterno.

—¿Es fiable irse en un buque de a saber cuántos siglos y que ha permanecido no sé cuántos más bajo el mar, con la sirenita? —preguntó Seth. Sometía las posibilidades a la lógica, como si importasen—. ¿Podremos acaso tripularlo? Porque, con honestidad (con bastante honestidad), solo somos tres y creo que me salté la clase de *Cómo se navega una mierda de galeón del siglo I*.

—Eres un capullo aguafiestas —le replicó Dawn, hastiada.

—Aguafiestas... Agua... Fiestas... Es preferible lo segundo a lo primero... ¡Es simple! ¡Es tan simple como que no quiero ahogarme!

«Como Rahne», pensó, pero se lo calló.

Garric se consoló al saber que Dawn y Seth se trataban igual, como siempre, no cambiaron su forma de ser aunque ambos hubieran estado muy cerca de la muerte en los últimos días. Eso le calmaba, mientras se decía: «ya he cambiado yo por ellos».

—Entonces, ¿qué hacemos? —dijo Seth yendo al lado de Dawn y Garric—. ¿Alguien tiene el número de Han Solo para que conduzca ese montón de chatarra o...?

—Podremos tripularlo —contestó Odell y zanjó el asunto.

La respuesta del escritor produjo un inmediato «hurm» pensativo en Seth. Pasó su varita de una mano a otra (un tic de nerviosismo del que no podría deshacerse mientras tuviera el artefacto). «No sé qué odiaba más de Odell, si su tartamudeo o que ahora hable en plan héroe de peli de acción de baratillo», se convenció. Optó por cambiar el tema de conversación y centrarse en algo sobre lo que meditaba desde que lo descubrió por casualidad:

—Entonces, Dawn, por todo lo que dijiste antes de que tuviésemos el encontronazo con Shaxon y Blackmouth, ¿mis antepasados eran brujos o te estás quedando conmigo? ¿A qué casa de Hogwarts fueron o eran algo más..., tipo «las putillas de Merlín»?

Dawn entornó los ojos, al menos respiraba la brisa del mar. La costa no estaba muy lejos.

—Era una gilipollez de cuento de mi tía —contestó, sosteniendo los temblorosos pasos de Garric.

—Espera un segundo, tu tía, esa arpía (con todo el respeto del mundo), ¿te contaba cuentos antes de dormir?

La mirada ojerosa de la adolescente se posó, durante un segundo, en él.

—Más bien para lo contrario.

—Eso le pega más —opinó Seth.

—Cuando tenía seis años, Emily decía que si no me dormía, vendría tu tatarabuela (o algo así) y me comería.

Seth asintió como si esa respuesta fuese la más lógica.

—Tu tía era una mujer *supermaja*, que en paz descansa si el demonio no le está dando una paliza... —Reflexionó sobre el descubrimiento hasta encogerse y decir—: Dawn, en fin, ¿cómo acabamos tú y yo siendo amigos? Tu tía te amenazaba con que alguna vieja de mi familia te iba a comer si te dejabas dormir... El hecho de que te hicieras colega mía... Eso tuvo que cabrear a tu tía.

—Precisamente porque la cabreaba nos hicimos amigos.

—Qué bonito —susurró Seth con una sonrisa irónica.

—¿Quieres que te parta la cara, Seth?

—No entra en mis planes.

Dawn lo aceptó, pero pensó sobre lo hablado.

—Me alegro... Pero, bueno, ¿a qué ha venido esa duda sobre tus orígenes? Ni siquiera cuando Caroline y Rahne te decían que Ma te encontró de pequeño en la basura (donde te abandonaron tus padres) tenías tantas dudas sobre tus orígenes.

Recordar a Caroline y Rahne era doloroso, casi tanto como evocar a sus padres o a Ma.

—Porque he estado pensando... —respondió Seth. Dawn simuló sorpresa, como si razonar no fuese algo que pudiera ir acompañado del nombre de Seth Dagan a menos que fuese incluyendo una partícula negativa—. Mira, me he curado con un poco de magia... ¡Sí, con un poco de magia! Suena ridículo, parece que me voy a poner a cantar una canción de Disney, pero es la realidad. Y estaba pensando, si con la magia los míos le arrebataron el don a los Hownland, ¿con mi magia no podría devolvértelo a ti, la heredera? En plan «pacto» o «deuda saldada». Sé que a lo mejor me deja en coma o igual que si hubiera recibido una puñetera tunda, pero ya he resistido varias cosas muy difíciles y creo que es hora de que los Dagan quedemos en paz con nuestros demonios. ¿Lo ves posible, Dawn?

Antes de que la muchacha contestase, habló Garric:

—Tenemos que apresurarnos. —Señaló adelante. El sonido rabioso del mar llegaba hasta ellos y los acantilados surgían en el horizonte con las primeras luces del nuevo amanecer—. Sé dónde está ese navío.

Odell obligó a Dawn a continuar, pero ella miró un par de veces hacia Seth, como si quisiera hablar del tema del don. El descendiente de los Dagan dejó que su amiga se adelantase con el juntaletras.

—No sé cómo me da más escalofríos Odell, si tartamudeando o hablando de

seguido ahora, como un puto psicópata —murmuró a la nada. No se acostumbraba a no tener a Caroline, Huargo o Rahne para decirles ese tipo de cosas. No se acostumbraba a hablar solo.

Pero no estaba solo.

—Lo siento.

Tic, tac...

Tic, tac...

Tic, tac...

Seth se volvió hacia la voz que le acababa de hablar y que se acompañaba de la melodía afligida y monótona de una docena de relojes.

Tic, tac...

Tic, tac...

Tic, tac...

Vio a un hombre detrás de él (¿de dónde apareció?). Era alto, incluso raquítrico; sus huesos se marcaban como si fueran montones de afiladas piedra en una bolsa. Su cara era enjuta, como si hubiese pasado por innumerables penurias, y de su cabeza caían leves trozos de pelo, como si se lo hubiera cortado él mismo en un acto de demencia; eran mechones rojizos. Se fijó en los ojos del extraño, le recordaron a algo o, mejor dicho, a alguien. Dagan le iba a decir algo cuando le miró al rostro: tenía tatuado un reloj. Hubo algo estúpido que hizo que Seth dijera algo más estúpido todavía:

—¿Papá?

El desconocido levantó la mano como si fuese un saludo, pero no lo era. Un rayo impactó en Seth Dagan, dándole de lleno y tirándolo al suelo. Quedó inconsciente.

Cuando el Hombre de los Relojes miró su reloj rojo (que no debía confundir con el dorado ni el gris), irguió la cabeza y oteó el horizonte. Encontró lo que esperaba: a Garric Odell siendo detenido por los Hollow Halls que el pastor Ellis reclutó en un tiempo record. Todos ellos se ocultaron en los campos abandonados junto a la escuela, el tiempo suficiente hasta recibir la señal: la luz que el Hombre de los Relojes arrojó a Dagan. La estrategia funcionaba.

—¡No! ¡No! ¡Esta vez no! —gritó Dawn dejándose la voz.

La muchacha corrió hacia un lado, pero le cerraron el paso. Fue hacia otro, pero más Hollow Halls la retuvieron. El pastor, con varias heridas tras la lucha en el Caserón, se mostró ante ella.

Hownland presentó batalla. Pateó y lanzó puñetazos, tantos como su energía y su rabia le permitieron hasta que los Hollow Halls la superaron en número. El sacerdote le dio con su bastón en la cabeza. Dos Hollow Halls la lanzaron contra el capó del coche que utilizó Ellis, el que perteneció a Margaret Brooke, ahora muerta.

Al menos, Seth no vería todo aquello, no vería cómo sus amigos eran capturados por última vez y enviados a la plaza de Hollow Halls para celebrar el Día del

Fundador y realizarse su sacrificio. No lo vería, pero lo sufriría.

—Vosotros, Hownland, decidisteis hace mucho tiempo —concluyó el sacerdote a los Hollow Hallows. Movi6 su mano por su cara, tenia sangre cubriéndola—. Ahora elegimos nosotros.

Dawn perdi6 el sentido como Seth. Los secuaces de Ellis les pusieron cadenas que no se romperían por nada.

Los Hollow Hallows se movieron alrededor de la academia. Buscaban a Calvin Blackmouth. Los gritos fueron la seña de que solo hallaron su cabeza cortada. Chillaron de horror. Ellis tuvo raz6n cuando les alert6. Algo iba mal.

El único que qued6 despierto era Garric Odell. Lejos de su cobardía habitual, levant6 el semblante con orgullo y le habl6 al Hombre de los Relojes:

—Sabías que no mataría a Dawn.

El Hombre resopl6.

—Te sorprendería saber lo que yo sé.

Odell dio un paso hacia él. Eso inquiet6 a varios Hollow Hallows que lo vigilaban.

—Has usado a los Hollow Hallows para hacer el trabajo sucio.

El Hombre de los Relojes le seña6.

—No sabes lo que he tenido que hacer para evitar lo que está por ocurrir. Los Hollow Hallows son monstruos, han hecho cosas terribles, pero si dejan vivir a Dawn Hownland, estarán dejando vivir al peor monstruo de todos.

Odell neg6.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Justificas todas las barbaridades de los Hollow Hallows, todo lo que nos han hecho? —El Hombre de los Relojes le ignor6. Odell se convenció de que su otra teoría—. Pero... Ja, claro. ¿Cómo he podido estar tan equivocado? Dilo. Solo eres una broma. Solo eres un Hollow Hallows que se ha pintado la cara y se ha puesto ropa extraña para intentar que yo traicionase a Dawn. Solo eras parte del espectáculo, de una broma retorcida en la que no he caído.

El Hombre de los Relojes ríe desganado.

—Cree lo que quieras, juntaletas.

Un Hollow Hallows, Walter Podell, levant6 su puño contra Garric, pero él lo detuvo con la palma de su mano.

—Ni te atrevas —dijo Odell a Walter—. El tiempo de recibir golpes ha terminado.

—¡Eso lo decidimos nosotros, niñato! —clam6 Walter. Sus perdigones de saliva fueron atrapados por su bigote.

Garric lo empuj6 hacia detrás.

El sacerdote Ellis le quit6 el manuscrito al muchacho, pero Podell no pudo llegar a atizarle.

Odell mir6 al Hombre de los Relojes y a Ellis, acompañado de Podell.

—¿Seguirás volcando más sangre en vano en el cáliz o aceptarás tu destino ante

el atrio del sacrificio, Perdido? —preguntó el pastor.

Garric Odell meditó un instante. En su mente, paseó cada frase de la profecía que les reveló Elmer Shaxon en el cementerio poco tiempo atrás. Él era el Perdido, la pieza que faltaba en aquella locura estrambótica. A esa necedad se sumaba la visión de su novela en manos de Ellis, mientras los Hollow Hallows buscaban alrededor como perros de caza y hallaban la varita de Dagan. La esperanza de rompía con el amanecer, pero Garric no retrocedería y dijo:

—Un rey nunca llega tarde a su coronación.

El cura Ellis no lo reconocería, pero cundió el desasosiego en su interior.

Odell entró en el coche, al lado de Seth y Dawn. Nadie le obligó. Caminó él mismo.

Un relampagueo atrajo la mirada del hombre de fe de Hollow Hallows. La estrella que le trajo hasta allí desapareció.

Cuando buscó con la mirada a Alfred Hallington y su faz de reloj, ya no estaba. Debía estar esperando el sacrificio. Al menos, era lo que el pastor y todo Hollow Hallows aguardaban desde hacía muchísimo tiempo. Y la demora iba a concluir.

CAPÍTULO 61

Los días hasta el viernes de la ejecución fueron los peores días de la vida de los descendientes y eso que ya contaron con momentos que hubiesen deseado no sufrir.

Las torturas y agresiones anteriores fueron unas vacaciones en comparación a las que llegaron. Tantos crímenes más que sumar a la lista de la decapitación de la estatua, el rayo de luz o el asesinato de Caleb Ruth... Se añadían las muertes de Elmer Shaxon, Margaret Brooke, Calvin Blackmouth... Los culpables eran bestias para los Hollow Hallows y como bestias serían tratados.

Uno de los peores castigos (y fue por lo que simbolizaba) transcurrió cuando les obligaron a mirar cómo se colocaba el escenario de madera, bajo la estatua de Alfred Hallington. Al principio, no supieron lo que era, porque los constructores se movían con rapidez y halo ceremonial. No lo supieron hasta que allí, con esfuerzo, pero gran ánimo, se colocó la guillotina y la madera para la pira funeraria. En esos segundos, los descendientes reconocieron que su final era inexorable.

—Cabeza por cabeza —musitó el pastor Ellis.

En los momentos en las que se organizó el rito, el clérigo recuperó las cabezas de Shaxon, Brooke y Blackmouth. Para representar a los Ellis, estaba él, a los Ermsworth tenía a sus hijos (y los restos de su esposa), y a los Ruth valía Elliot... Sus hijos y Elliot... El pensamiento de Ellis naufragó en esa forma monstruosa, la Aberración (le suministraría veneno poco después de que todo terminase, en un gesto de compasión digno de un hombre de dios como él. Sería lo que tenía que ser).

—Todos estaremos al final —dijo Ellis. No como esperaba, pero estarían. Las lágrimas cayeron de sus ojos.

* * *

Después del almuerzo, Jacob Ellis indagó en las páginas de la novela de Odell que estuvo analizando Blackmouth. ¿Halló algo en ellas que pudiera serles de ayuda? ¿Por qué no dejaría un mensaje? ¿Había un plan secreto de los descendientes para escapar, encriptado en aquellos párrafos donde se hablaba de hadas, orcos y esqueletos vivientes? ¿Estaba la confabulación escondida, bajo la figura de un dragón que saldría de los mares? Solo parecían sinsentidos, un código que no podía serlo, pero el cura halló datos interesantes.

Todo Hollow Hallows aparecía en la novela, aunque nunca se les denominaba por sus nombres reales. Era obvio que el mago era Dagan, la guerrera Hownland, las hechiceras gemelas que se fundían en una eran las Jones, el perro vagabundo era un

lobo gigante y, en un acto que solo se podía calificar de delirio, Odell se convirtió a sí mismo en rey (qué desfachatez). En el otro «bando», el Nigromante era Shaxon, el cronista Blackmouth, la gobernadora Margaret, el caballero de las armas era Ruth y el fanático..., era él. Lo peor, lo que hizo que Ellis quisiera matar a Odell con sus propias manos, fue cuando leyó sobre un troll de tres cabezas, la caída del Nigromante por culpa de ese troll, el ataque de los muertos sobre el cronista, una caníbal (¿Margaret?) y su hija, ejecutadas por un espectro, y un terror lúgubre en el horizonte.

Lo que le dejó fuera de lugar es que algunos de los hechos que allí se relataban se cumplieron, al menos el que él vivió con más intensidad: la aparición de la Dama de Hueso y Huargo. ¿Cómo lo supo Odell? No lo pudo ver, no estaba en el Caserón de los Woods y, además, no formaba parte de la última parte de la novela, escrita a mano, sino que fue escrito antes, con máquina de escribir, con lo cual, fue creado..., antes de que ocurriese.

Evocó un nombre oscuro en la historia de Hollow Hallows que farfulló con un estallido de odio:

—Lucrecia Dagan.

* * *

Cerca de la noche, tras horas de reflexión, Ellis hizo llamar a Odell, que fue traído a trompicones por los guardas y lanzado a los pies del púlpito. La iglesia les contempló bajo la presión de la fe y las sombras.

—¿La adivinación? —preguntó el pastor al escritor.

Tirado delante de las tergiversadas figuras religiosas de Hollow Hallows, Garric notó lo mismo que si estuviese en una pesadilla. En esa inmensa y fría mole no había imágenes de santos, Jesucristo o la Biblia, sino que estaban representados los hijos impolutos, Alfred Hallington y restos del naufragio y el origen de Hollow Hallows. Si aquel lugar fuese un Grendel herido de muerte, Garric hubiese sido un gusano naufragando en su sangre infecta.

En completa soledad, el silencio fue más imperioso, pero la voluntad del clérigo no se dobló.

—Responde, forastero. ¿Ese es tu don? ¿La adivinación? ¿Has escrito lo que has visto?

«La religión requiere imaginación, abstracción, pero incluso siendo un hombre de fe, es incapaz de descubrir o hacer una hipótesis acertada sobre mi poder», pensó Garric. «Es tan necio y práctico como Blackmouth, solo tiene una visión un poco más disparatada, pero no lo suficiente».

Sonrió y el sacerdote aprendió cómo describir la sonrisa del diablo: melancólica y cruel, bajo la penumbra de la casa de Hallington. Golpeó con su bastón el suelo,

pidiendo orden.

—¿Qué encuentras gracioso en esto..., demonio?

Odell no respondió de inmediato. Contempló los frescos de la iglesia, que mostraban la llegada de Alfred Hallington a las costas del islote donde nació Hollow Hallows; también sus otras acciones divinas, como cuando fundó el pueblo. Era el escenario perfecto para antes del final. Entonces, el escritor habló con la arrogancia que solo un muerto puede permitirse:

—¿Escribí algo que vi antes de que sucediera o escribí algo que hice que sucediera para que todos lo vieran?

Ni un tartamudeo. Eso inquietó al sacerdote (que escuchó a sus espías y personas de fiar como Ruth describir siempre a Odell como un «tartamudo»), pero mantuvo la firmeza antes de llamar a los guardias y pedir que Odell se retirara. No, no lo haría: aún era temprano, todavía tenían cosas de las que discutir.

El cura sacó un montón de papeles antiguos de un archivo. Puso especial ímpetu en un pergamino roído por el tiempo. Se los mostró ante Odell.

—Tu novelita no ha sido mi única lectura, también he analizado el descubrimiento de Allison Brooke —dijo, enseñando el documento sobre el segundo advenimiento de Hallington—. Se habla de muchas cosas para hacer que nuestro fundador regrese. Muchas. Imagina nuestra fortuna. ¡Yo mismo creo haberlo visto, poseyendo un rostro con las horas del juicio final marcadas!

Odell entendió que el pastor pensaba que el Hombre de los Relojes era Alfred Hallington. ¿Lo era? ¿No era un Hollow Hallows disfrazado? Las ansias de Jacob Ellis estaban fijas en que fuera así, Odell dudaba.

—Desde vuestra captura, no le he vuelto a ver como el espíritu sagrado que se me presentó. Y quiero contemplarle de nuevo y mostrarlo a todos los habitantes de este buen pueblo. ¡Quiero que mis ojos se llenen de gracia! ¿Mi misión? Unir una vez más nuestra alma. Vosotros la separasteis... Qué daño causasteis, qué horror, pero ya no más. Aguardo poner fin a vuestra maldad y traer el reino de Hallington a nosotros, un advenimiento tras un apocalipsis.

Odell contempló a aquel señor, fracturado, roto, pero intentando mantenerse entero. Cuánta ilusión vana, cuánto misterio hundido en una realidad insomne... Y descubrió cuál era la estrategia del cura y temió.

—Los deseos no suelen cumplirse, pastor.

Ellis le señaló con el bastón.

—Salvo si son los tuyos, ¿no, escritor?

Un impacto como un puñetazo.

En el gesto de Garric se presentó un atisbo de vacilación. ¿Qué sabía el Jacob Ellis?

El sacerdote indicó de nuevo el pergamino.

—¿Sabes quién redactó este escrito? El antepasado de Blackmouth, pero incluye una anotación en la que dice: «transcripción de las palabras de Nadie».

Odell deseó no delatar sus funestos pensamientos y dijo:

—Bonito nombre.

Ellis descendió su rostro hacia los papeles.

—¿Entiendes que es un nombre?

—Lo entiendo.

—¿Sabes quién era Nadie?

Garric recordó aquellas horas en las que aprendió toda la historia de Hollow Hallows para no ser víctima de Blackmouth y sus preguntas inquisitoriales. Ordenó fragmentos y halló una huella, pero no la pronunció en alto. Ellis sí.

—Es como nos referíamos a Lucrecia Dagan, la bruja y adivina. Antes de quemarla, dijo muchas cosas, como lo que está en ese texto. Se cree que podía ver el futuro. Siempre me pareció una locura, pero ahora...

—Ahora menos —completó Odell. Ladeó la cabeza—. Estáis más locos y sois más partidarios de creer en las locuras... Seguíis ejecutando a la gente que no piensa como vosotros.

El clérigo se mostró disconforme.

—¿Crees que son gente? ¿Crees que los confabuladores son gente? ¿Personas?

Negó, decepcionado. Considerar eso era como pensar que un animal siente, como creer que una mujer puede ser libre... Estupideces para Ellis.

—¿Aparezco en ese tratado? ¿Es eso? —preguntó Odell, atando cabos.

El cura le observó con interés.

—Se habla del Perdido de la profecía. ¿La conoces?

—Shaxon nos la recitó antes de morir.

Jacob levantó su bastón para golpear a Odell, pero se detuvo a un centímetro de su cara. «Quiere provocarme, quiere que le mate, quiere librarse de su destino... No, no, no... No defraudaré al fundador», se dijo Ellis.

—En ese documento se dice que el poder del Perdido es heredero del don de los Hownland. Y el don del Perdido es..., hacer realidad lo que escriba.

Garric Odell mantuvo el mutismo. Esa fue la contestación que Ellis necesitaba. Lo comprendió entonces y repitió las palabras que el joven le dedicó poco antes:

—¿Escribí algo que vi antes de que sucediera o escribí algo que hice que sucediera para que todos lo vieran? Ya lo entiendo, Odell.

Caminó hasta un cofre sobre el que tenía la urna que guardaba la auténtica cabeza de Alfred Hallington, la reliquia que tanto tiempo conservó Margaret, por la que los Seis de Hollow Hallows dieron tanto... Y le dijo como si pudiera escucharle:

—Ya está, mi dios. Ya tengo la llave para abrirte la puerta al reino de los vivos de nuevo. Escúchame, pues pronto estarás entre nosotros.

Dio un par de palmadas, la señal para que sus guardianes aparecieran.

—Llevaos a este confabulador —les ordenó Ellis.

—No vas a obtener nada de mí —contestó Odell.

El pastor le ignoró como si fuese un gusano.

—Lleváoslo, hijos, ya sé todo lo que quería saber de él.

—¡Absolutamente nada! —elevó la voz Garric.

Los guardas cogieron al escritor de los brazos y lo arrastraron fuera de la iglesia.

—Ha hablado, como la rata traicionera que es —mintió Jacob—. Lleváoslo. No quiero verlo hasta el Día del Fundador.

Los custodios acataron la orden y se llevaron a Garric.

—¡NO VAS A TENER NADA DE MÍ, ELLIS! ¡NUNCA! —gritó Odell y le pusieron una mordaza.

Jacob Ellis tenía una expresión de seguridad en el rostro, como quien dice que por la mañana sale el sol o quien es infiel a Hallington muere. Era un gesto que significaba que su triunfo era inevitable, que sacaría lo que quisiera a Odell y traería de nuevo a Hallington.

Pese a sus heridas, la pierna de Odell estaba sanando, como si sirviese a un propósito secreto, pero el golpe que se llevó al salir por las escaleras, no ayudó. Lanzó un grito.

En ese simple acto, el cura vio algo más. Releyó una página:

El rey sanó en las últimas horas antes de la batalla de su coronación. No podía caer en vano.

En el ambiente sagrado de la iglesia encontró una respuesta que lo rompió.

—Hay que hacerlo pues... —dijo Jacob Ellis para su dios—. Vamos a cambiar el final y provocar el advenimiento.

En la oscuridad, sin que nadie lo viera, detrás de las formas sagradas, el Hombre de los Relojes lo confirmó. Cambiar el final era lo que quiso desde el principio.

CAPÍTULO 62

Hollow Hallows, muchos años antes...

Una frágil capa de lluvia envolvía el Caserón Woods. El aire frío congeló los árboles y un sonido repetitivo se liberó sobre el suelo embarrado.

Lucrecia Dagan se apeó del coche de caballos. Sujetó bien la amplia falda de su vestido y miró atrás. Nadie que valiese ser visto... Varios confabuladores hubo, pero de ese grupo, solo ella y el esclavo Ezequiel Jones vinieron al Caserón esa noche. Eso decía bastante de la situación.

Lucrecia y Ezequiel tomaron rumbo hacia la mansión. Era increíble que el loco de Woods hubiera dejado en su testamento aquella majestuosa posesión a Oniros Hownland, pero ¿a quién si no se la hubiese dejado? ¿Hijos? ¿Esposa? Eso era un chiste. No obstante, Oniros solo era su consejero, nada más. Y no pronunció ninguna palabra sabia que evitase que a Woods se le fuese la cabeza y matase a sus hijos, su esposa y el resto de su familia con veneno y hachazos. Algunos decían que fue un plan de Hownland para quedarse con las pertenencias de Woods, pero Oniros no era más que un soñador, no un traidor. Lucrecia y Jones desconocían a ciencia cierta qué pensar.

En cuanto Jones tocó la campanilla de la verja de la entrada, un sirviente salió con un candil de su pequeña cabaña, casi de juguete. Los alumbró e identificó, permitiéndoles pasar.

—Buenas noches, señora Dagan. Buenas noches, señor Jones —dijo el hombre que aparentaba haber jugado a la petanca con Matusalén.

Levantó su linterna y otras luces respondieron en la noche, comunicándose a lo largo del jardín. La red de mayordomos abrió las puertas y prepararon la entrada para los visitantes.

—El esclavo también puede acceder al hogar Hownland —dijo el anciano.

Jones inclinó la cabeza y siguió a Lucrecia. Ninguno de los dos quiso mirar a las estatuas de los ángeles que plagaban el jardín, como piezas de un ajedrez sin reglas. Producían escalofríos con sus ojos vacíos y su piel gris, con sus expresiones de tristeza y sus gestos amenazantes. Los ángeles veían a los vivos y lo peor: los juzgaban.

Lucrecia Dagan y su siervo fueron recibidos en la sala principal tras ser merecedores de todos los honores. Pese al frío y el desasosiego, se negaron a tomar las copas y refrigerios que les ofrecieron los sirvientes; puede que el amo de la residencia lo juzgase como una afrenta, pero Oniros hizo acto de presencia, abriendo los brazos como bienvenida y saludó con candidez:

—Mis camaradas, ¿qué motivo me ha hecho digno de esta visita?

Los ojos del dueño escudriñaron a los presentes, del pobre Jones hasta la

envejecida Lucrecia. Su mirada era hábil, podría atravesar las almas con ella, como un soldado las líneas enemigas. Era capaz de leer las almas humanas como los libros de su majestuosa biblioteca, con la claridad de un Dickens y la pasión de un Dumas. Se acarició la perilla de su mentón al estilo Descartes, aunque algunos consideraban que evocaba a su ancestro: el demonio. Después, cuidando de su lustroso abrigo negro, les indicó el camino hasta su despacho privado, donde se sentó y ofreció sitio a Lucrecia y Jones.

La estancia era oscura, a duras penas alumbrada por las lámparas de aceite. Los muebles, como las estanterías y las mesas, eran auténticas reliquias conservadas con una gracia metódica. Alrededor, los libros formaban montañas coronadas por los primeros ejemplares *The New Atlantis* o *La metamorfosis* de Ovidio; eran acompañados por instrumentos como un astrolabio y pequeñas cajas con sustancias recogidas en otros mundos. Era lo que se esperaba: una sala lujosa e impregnada de riqueza y maravilla. No obstante, ¿allí se produjo un asesinato? ¿Y allí se volvió loco un hombre? No había huella del legado de Woods, todo era a imagen y semejanza del nuevo señor, Oniros Hownland.

—No mostréis tamaña timidez —habló de nuevo Oniros—. Decidme, pues, ¿qué os ha traído hasta mi humilde hogar?

Lucrecia le clavó sus ojos. La sola visión de aquel nuevo príncipe la asustaba.

—Hollow Hallows —dijo al fin.

Oniros sonrió con ingente complacencia.

—Sé a lo que te refieres —habló y nadie hubiese dudado del hecho de que sí, sabía a lo que se refería Lucrecia. Lo sabía todo—. Este islote se halla habitado por seres desalmados, brutales, inhumanos... La execrable huella de Hallington está en cada uno de ellos. Hay que extirparla antes de que ese odio germine. ¿Imaginas cómo serán estos incultos dentro de un par de décadas, cuando esa rabia y ese desdén crezcan como raíces de un árbol enorme? No quieras saberlo. No deseo que mis hijos lo sufran ni que los sufran los vuestros.

El esclavo pensó en sus pequeños. Los imaginó dañados por aquel destino aciago del que hablaba Oniros, el que empezaba a hostigarles a ellos. No lo merecían. No lo querían. ¿Podrían salvarse si iban tras Oniros? ¿O estaba la..., otra solución?

—¿Cómo está la pequeña Greta, Jones? —preguntó Oniros al esclavo—. ¿La atendieron los médicos de más allá del puente con las monedas que te di?

Sintiendo remordimientos, el esclavo solo pudo murmurar:

—Sí, señor Hownland. Está mejor. Era gripe. Gracias.

Oniros lo celebró con una expresión plagada de júbilo y dicha. Muchos sabían de su lema: «haz feliz a los demás y serás feliz tú». Se dirigió a Lucrecia.

—¿Y qué tal se encuentra tu aquelarre, Lucrecia?

La mujer puso cara de disgusto.

—Esa palabra tiene connotaciones muy oscuras, Oniros...

—Disculpadme, Lucrecia —dijo, aunque sonó con tono jocoso—. Me refería a

vuestra familia. Les dije a mis sirvientes que les ayudasen debido a lo mal que os ha ido la última cosecha, aunque tú ya lo sabías. Sé que mi don te sirve aún, ves más que lo demás, y ves que yo soy un buen amigo de los Dagan.

Lucrecia le dio la razón. Oniros Hownland era un hombre generoso, pero eso era en fachada. Él daba mucho a los demás, lo hacía con infinita paciencia y piedad, pero para algunos de los receptores de esa bondad, era como ponerse unas cadenas y tenderlas a su dueño, Hownland. ¿Cómo le negarían algo que les propusiera después de lo que hizo por ellos? «¡Tiraos por ese puente!», podía ordenar (y era capaz). Si te negabas tras recibir su socorro, te replicaría con melancolía: «Acaso, ¿no os di un hogar a ti y a los tuyos? ¿No cuidé de los vuestros? ¿Y me lo pagáis así? ¿Con traición?». Lucrecia lo creía así al menos, aunque Oniros nunca se lo hizo, pero ella podía verlo, ¿con el don o sin él?

—Mis hijos, sus esposas y mis nietos están bien —replicó Lucrecia, escueta.

Para la dama Dagan, era violento hablar de sus seres queridos con alguien como Hownland. No quería meterlos en aquel mundo en el que no sabía si ella misma quería estar.

Oniros se contentó de escuchar la respuesta, al menos engrandeció su sonrisa por su afilado rostro.

—Me complace saberlo, amigos —dijo.

Fuera se escucharon unos pasos raudos y el intento de detenerlos, pero la puerta se abrió. El corazón de Lucrecia se detuvo un instante. Era demasiado temprano para interrupciones...

Pero advirtieron la presencia de alguien inesperado, como si en medio de una melodía de ópera sonase una cajita de música: era una niña. Su cara angelical se vio por la esquina entreabierta de la entrada, aunque su madre intentó pararla. La pequeña la rehuyó y entró. Miró con una perspicacia inesperada para alguien de tan solo seis años y luego rio como la cría que era mientras corría hacia su padre.

—Oh, Zaria, pequeña —dijo Oniros y realizó un ademán para atraerla hasta él.

La niña obedeció, yendo a los brazos de su progenitor. Observó a los extraños durante un segundo y ocultó su rostro tras sus largos cabellos castaños.

—Son amigos, Zaria, ¿por qué no saludas? —preguntó Oniros, acariciándole el pelo—. ¿Te asustan?

La hija observó de nuevo a Lucrecia y Jones, como si ya tuviese la habilidad de escudriñar las almas al igual que su padre, pero volvió a taparse.

—Lo siento, querido, no he podido impedir que entrase —dijo la esposa de Oniros: Alba, una mujer a la que llamaron la Joya del Mediterráneo durante años. Su piel morena y sus ojos oscuros eran los más hermosos que se vieron en aquella fría parte del mundo—. Al fin y al cabo, nada puede impedir que una hija se una a sus padres. —Se dirigió a Lucrecia y Jones—. Mis disculpas por interrumpir este concilio.

Los visitantes no respondieron, como si se sintiesen avergonzados, pero Oniros

rio, despreocupado.

—No debéis pedir perdón, mi joya. Vosotras nunca —dijo Oniros y besó en la mejilla a su hija—. ¿Qué me has traído en ese cesto, Zaria? ¿A por qué plantas habéis ido?

—Espino blanco... Melisa... Lúpulo... —replicó la niña señalando cada flor. Indicó dos más y miró a su madre, pidiendo ayuda.

—Lavanda y valeriana —añadió la señora Hownland dándole la respuesta.

—Lavanda y valeriana —respondió Zaria.

—¿Te sabes los nombres más complicados y no los más fáciles? —preguntó Oniros haciéndole un mohín en la nariz.

Zaria hizo una mueca como la que realiza un pequeño que halla lo obvio en lo extraño:

—Son nombres más bonitos.

Oniros estuvo a punto de reír.

—Ah, claro... Lo más bonito se aprende siempre, lo más feo prefiere ignorarse. Pero a ver, ¿cómo va a ser eso? ¿Espino blanco es más bonito que lavanda? ¿Y lúpulo que valeriana? ¿Y melisa? Bueno, melisa suena bien, pero vamos a tener que despedir a tu tutora.

Alba contuvo una risa.

—¿Me despedirás? —dijo, pues ella era la tutora.

Oniros soltó una carcajada con la despreocupación que otorga un puesto alto. Abrazó a su hija y la llevó con su madre, pasando por delante de Lucrecia y Jones. El esclavo retuvo las lágrimas.

—Querida mía, siempre me ha caracterizado por mi necedad —dijo y besó a su esposa en la frente, al igual que su hija—, pero nunca por mi estupidez.

—Motivo que me congratula —respondió su esposa y se despidió con un gesto de los presentes, mientras cogía a su hija de la mano y ella zarandeaba su cesto.

Zaria miró atrás un instante.

—Papá —dijo mientras se iba.

—Hija mía —respondió Oniros, feliz.

La estancia volvió a quedar sin la vida que le otorgó la madre y la hija con la fugacidad de una estrella desvaída. Oniros volvió a su trono.

—Perdonad la timidez de Zaria, no la toméis como una ofensa a vuestras personas —comentó—. Mi esposa Alba y mi pequeña Zaria... Lo son todo para mi desdichado corazón. Ellas me han regalado esperanza. Alba reconforta mi sentido y cuida de mí. Zaria es pura luz, tiene seis años, ya le he enseñado a leer... Deberíais ver su cara cuando duerme y sueña, es por una imagen así por la que vale luchar. Son más valiosas que cualquier tesoro o riqueza. Y es que si nuestros hijos vivieran en paz y todos los Hollow Halls perecieran, este mundo sería mejor.

Jones agitó el rostro. Qué convencido parecía Hownland, podría guiar a un hombre que se quema hasta el infierno, a un herido hasta la batalla, a un imbécil

hasta un concilio de sabios... Su habilidad con la persuasión era la clave.

—Queremos terminar con esto, Oniros —se pronunció Lucrecia con firmeza. No quería hablar de Alba y Zaria, no quería ni recordarlas.

Oniros aplaudió como un caballero. Sus ojos negros refulgieron como las brasas de la chimenea que tenía a sus espaldas.

—¡Por fin os movéis! —clamó y se levantó de su sitio—. ¡El odio de los Hollow Hallows nunca terminará, solo crecerá y crecerá! ¡Lo he visto! —Señaló algo en sus manos: el anillo que tenía en el dedo índice de la mano derecha. Mostraba una serpiente devorando a otra—. El uróboros, el ciclo, el infinito. Los Hollow Hallows saben lo que es eso, Lucrecia. Ellos lo saben, pero nosotros vamos a ponerle fin. Recuerda mis palabras, que las rememoren mis herederos y los tuyos, ¡vamos a aliarnos en la batalla que limpiará este sitio para siempre!

Lucrecia y Jones no siguieron el discurso de Oniros. El nuevo aristócrata se dirigió hasta un cuadro que representaba el uróboros.

—Aquí estuvo el cuadro de los Woods, caídos en desgracia. Aquí está el cuadro del uróboros, sellando nuestro futuro. Y aquí debajo está...

Quitó la pintura de la pared y mostró lo que había debajo.

—El mapa de Hollow Hallows —completó—. ¿Preparados para confabular, camaradas? Sé qué hay que envenenar, a quienes matar y cómo transformar este mundo utilizando nuestros dones. Haremos que los Hollow Hallows se aniquilen entre sí y daremos nuevos días que vivir a nuestros herederos. Haremos que...

—No, Oniros.

Lucrecia se atrevió a interrumpir y, pese a ser una dama valiente que ya pintaba tragedias en su lienzo, tembló cuando Oniros Hownland se giró hacia ella.

—¿Qué has dicho, Lucrecia?

No fue un «¿qué has dicho? No te he oído», fue un «¿qué has dicho? Te doy la oportunidad de que cambies esa idiotez antes de que sea demasiado tarde».

—Esto debe terminar, Oniros —dijo Lucrecia—, pero de otro modo, un modo que concluya con esta locura, con esta sinrazón.

Una sombra se apoderó del rostro de Oniros cuando anunció:

—Mi modo es el único que existe para tal fin.

E hizo un aspaviento que significó «callad. Callad ahora, porque de continuar no podréis volver atrás y cuando deis ese paso adelante, desearéis jamás haberlo dado, y ya será demasiado tarde. Callad». Dijo todo eso con solo un aspaviento.

—Considero que no —dijo Lucrecia.

Dio el paso adelante.

Oniros Hownland chocó las palmas de sus manos con la mesa, provocando un temblor lo que estaba sobre ella. Señaló a la mujer.

—¡Yo te otorgué tu don, Lucrecia!

—Y lo agradezco, pero...

La imagen del propietario del Caserón cambió. Su afabilidad de hacía un

instante dio paso a una furia desatada.

—Pero ¿qué? ¿Lo agradecéis convirtiendo ese don en una meretriz del diablo? ¿Ya lo has prostituido lo suficiente haciendo profecías para intentar quedar en paz con la basura de Hollow Hallows?

Jones y Dagan se mostraron heridos, porque hicieran lo que hicieran y tuvieran el convencimiento que tuviesen, se lamentaban por lo que estaba por acontecer.

—Reconocemos que te debemos mucho —confesó Ezequiel.

—Pero no queremos que esto siga —continuó Lucrecia.

Oniros permaneció en silencio un momento antes de decir con el tono con el que Dios expulsó a Lucifer del cielo:

—Mi don será lo único que puede salvaros.

Lucrecia desvió la mirada.

—Lo sabemos, pero no como tú crees. No lo usaremos para destruir Hollow Hallows...

—¡TRAIDORES!

Un crujido. Las manos de Lucrecia se iluminaron. Las luces del Caserón se apagaron con un vendaval. La vida se paralizó ante las fuerzas conjuradas por la hechicera.

—¡HE VISTO LO QUE ESTÁ POR VENIR! —exclamó Oniros Hownland, pero los rayos de Lucrecia cruzaron la estancia, abatiéndolo.

—¡Si lo has visto, debes de haber visto un mundo oscuro! —dijo Lucrecia quedándose sin fuerzas—. ¡Comprenderás que haga esto para salvarnos!

Los resplandores fulminaron a Oniros. Los cabellos de Lucrecia se tiñeron de plata y el malestar cubrió cada parte de su rostro, arrugándolo y estropeándolo como un retrato que se moja, como una fábula que se vuelve un relato de terror.

—¡TU MAGIA NO SERVIRÁ PARA ELIMINAR EL DESTINO DE LOS HOWNLAND!

—¡No me detendré!

—¡Bruja!

La tormenta estalló y años y años cayeron sobre Jones, Lucrecia y Oniros cuando liberaron un poder infernal.

Oniros Hownland buscó algo para poner su poder a salvo, pero terminó cayendo. Un último aullido y el mundo tembló, como si se desvaneciese.

Lucrecia vomitó sangre en los brazos de Jones.

—¿Qué ocurre, madame? —preguntó el esclavo.

—Le he..., quitado el don..., y el mío se ha..., consumido.

Los ojos de Jones pasaban de un lado a otro, nerviosos.

—¿Y ahora? ¿Pediremos perdón a los Hijos de Hallington? ¿Conseguiremos la paz?

Oniros Hownland, aún inconsciente, rio como si fuera el demonio. Se consumió cuando se escuchó un llanto en la sala contigua.

La puerta del aposento se abrió de nuevo, aunque no fue por las pequeñas manos de Zaria, sino por un portazo acometido por un fornido hombre que en sus manos estrangulaba a dos mujeres: Alba y su hija. Wilmer Ruth, sheriff de Hollow Hallows, mostró a las dos ante Oniros, cuyo rostro se estremeció en deseos de venganza.

—¡Le hemos arrebatado el don! —clamó Lucrecia a Wilmer, desesperada—. ¡No les hagáis daño! ¡Esto ha concluido!

Wilmer rio y su larga barba negra se balanceó como la que poseía Odín, nido de sus cuervos. Sus prisioneras quisieron gritar, pero no tenían aire. Oniros luchó por levantarse y defenderlas, pero el hechizo de Lucrecia lo debilitó. Tendió una mano hacia su cría.

—No estáis en condiciones de juzgar qué empieza y qué termina, malas pulgas —dijo Wilmer a Lucrecia y habló con Oniros—: Hownland, rendíos por ellas, por vuestra furcia y vuestro retoño, o morirán. Hownland, no hago bromas, no soy un bufón, sé sensato y entrégate.

Una docena de Hollow Hallows llegó con sus mosquetes, apuntando a Oniros. Fuera, varios custodiaban a los sirvientes del Caserón, apresados.

—Dijiste que venían a cubrirnos, señora Dagan —le habló Jones a la dama sobre los Hollow Hallows—. ¿Por qué hacen esto?

La culata de un rifle acribilló la cara a Jones, tirándole al suelo.

—Lo hacemos porque podemos, somos Hollow Hallows —replicó uno de los guardas.

Zaria alargó su mano hacia la de su padre, para tocarla, pero aunque él la mantuvo en alto, pese a que sus huesos ardían y sus músculos se consumían, la cría no pudo. La hija perdió la conciencia.

—¿La dejarás morir por tus pecados? —preguntó Wilmer. Alba lloró, ahogada.

—¡ME ENTREGO! —gritó Oniros. Wilmer sonrió.

Dos hombres le cogieron y revisaron que no tuviese armas escondidas. Le quitaron una daga escondida en la manga.

Wilmer no soltó a Alba, tampoco a Zaria.

—¡SUÉLTALAS, MALDITO! —chilló Oniros.

—Reconoce que eres un confabulador, reconoce a las familias que estuvisteis en el complot, como los Dagan y los Jones... Decid que fuisteis vosotros los que decapitasteis la estatua de nuestro dios.

Alba temblaba, Zaria apenas se movía y, por desgracia para Oniros, Jones y Lucrecia sí seguían vivos. Fue por eso, en parte, por lo que dijo:

—Lo reconozco.

Wilmer tiró a madre y a la hija al suelo, dejándolas libres. Hizo un ademán para que se llevasen a Oniros y capturasen a Lucrecia y Jones.

—¡Le quitamos el don! —gritó Lucrecia como si no entendiese qué pasaba—. ¡Ya no es una amenaza! ¡Otorgadnos el perdón!

El hombre de la autoridad cesó y fue hasta la mujer. La cogió del rostro para que

no dejase de mirarlo.

—Con don o sin don, nunca habéis sido una amenaza que nos diera miedo. Y no otorgamos el perdón a los traidores. Jamás. Es el final.

Y le clavó las uñas en las mejillas antes de darse la vuelta y marchar con su partida.

* * *

El treinta y uno de octubre de aquel año, Lucrecia Dagan, Jones y Oniros Hownland fueron llevados ante el escenario de la ejecución.

—¿Papá? —susurró una niña con un velo negro, entre la muchedumbre que contempló el monstruoso espectáculo.

Alguien la escuchó y le golpeó, haciendo que el velo mostrase su rostro. Una mujer quiso defenderla y le quitaron el pañuelo que portaba. Pese a que intentaron ocultarse, los morados y cicatrices de sus caras las delataban, eran Alba y Zaria Hownland. Los insultos llegaron como pedradas.

—¡Hija mía! —gritó Oniros mientras el verdugo colocaba su cabeza en el ojo de la guillotina.

La cuchilla cayó y le decapitó.

Zaria lloró inconsolable, en los brazos de su madre.

Lucrecia Dagan, Jones y Oniros Hownland murieron ese día. Se les cortó la cabeza bajo la estatua de Alfred Hallington, en la plaza mayor de Hollow Hallows. Luego, se quemaron sus restos en una hoguera. Muchos festejaron porque era señal de un nuevo tiempo.

—¿Y por qué no les cortamos las cabezas a los demás confabuladores? —dijo Wilmer a Ernest Ellis, el nuevo pastor. Las otras familias confabuladoras seguían libres.

—Necesitaremos descendientes de esta mala ralea que nos unan durante mucho tiempo, tanto como hasta ahora —contestó el cura—. Al menos hasta que encontremos la forma de que retorne nuestro fundador.

—¿De qué retorne? ¿De la muerte, Ernest?

—¿Lo dudas, Wilmer? Hay un tesoro escondido en las aguas, una magia que espera ser descubierta.

Wilmer silbó con impresión.

—¿Y qué haremos entonces?

El sacerdote alzó la cabeza al cielo.

—Unirnos con la sangre del monstruo. Así como de dios surge el diablo, de su hermanamiento surgirá un nuevo mesías.

Wilmer rascó su barba, incrédulo.

—¿Unirlo a uno de esos monstruos?

—Solo el diablo abriría la puerta a dios para un último enfrentamiento. Nadie más es poderoso ni digno.

—¿Y quién sería?

El pastor miró al interior de la plaza y señaló con su báculo. Eran las únicas familiares de los ejecutados que vinieron al oscuro ritual. Llorando mientras eran maltratadas, una mujer y una niña. La madre procuraba cubrir a su hija, pero los Hollow Halls no cesaban su odio. Querían recuperar la cabeza de Oniros, su esposo, su padre. El pueblo no lo deseaba. Los cuervos llegaron antes a la cesta donde quedó la testa, adornada de lavanda, melisa y flores que un día dieron el sueño efímero y ahora daban el sueño eterno. Wilmer sonrió.

—Los Hownland —murmuró.

Ernest Ellis replicó:

—Los demonios.

* * *

El pastor Ellis despertó.

Miró sobre la mesa. El último texto que leyó le provocó aquella pesadilla (¿o aquella visión?), donde rememoró la caída de los Hownland. Quiso serenarse, pero ¿cómo? Ya era el día.

Rio cuando estalló la tormenta del día treinta y uno de octubre de 2008, el Día del Fundador, el día de la ejecución de los últimos descendientes y el día del advenimiento de Alfred Hallington.

CAPÍTULO 63

Viernes treinta y uno de octubre de 2008, Día del Fundador, día de la ejecución de los descendientes.

Amaneció sin sol, con una tormenta salvaje que derramó lágrimas por un desenlace funesto, zarandeando el mundo con sus lamentos de viento. El temporal fue como el mismo que hubo aquel día de verano en que Garric y John Odell llegaron a Hollow Hallows. Cuántas cosas cambiaron desde entonces...

El escenario estaba preparado, engalanado con banderas y símbolos del islote, y los actores estaban preparados para encarnar a sus personajes y comenzar su función. La guillotina ocupaba el mejor puesto del guñol. Su cuchilla brillaba tras ser limpiada con esmero. Muchos se reflejaban en ella, pero solo los confabuladores morirían bajo su caricia feroz. Los habitantes del islote verían tan claro el corte... Podrían sentir la sangre de los descendientes cayendo, notar el último estertor de cada uno de ellos, escuchar sus cuellos cortándose... Era un motivo para sentirse más que dichosos.

En atrios, en torno al instrumento de la pena de muerte, se colocaron con un ritual de velas negras y esperanzas interminables las cabezas de Elmer Shaxon, Margaret Brooke, Harriette Ermsworth y Calvin Blackmouth. Un simbolismo oculto se conservaba en ese acto, pero era uno necesario según las agrias palabras del pastor Ellis.

—Debe ser así y así será.

Poco después, se trajo en una jaula con ruedas a la abominación que eran Elliot y los Ellis (diez Hollow Hallows cayeron apresando a esa especie de troll, pero lo consiguieron).

Junto a cada uno de los Seis se colocó la piedra y los objetos que les representaban, pero solo uno pudo sostener sus reliquias en sus manos, el único que siguió vivo hasta el final: el sacerdote Jacob Ellis. Apareció ataviado con su sotana blanca a excepción de los dibujos de las dos haches que significaban Hollow Hallows y eran su alternativa a la cruz cristiana.

—Los Seis —dijo al verse a sí mismo y a los restos de los linajes santificados por Alfred Hallington.

Los Hollow Hallows lloraron por los caídos mientras se reunían en la plaza como almas en pena que vagaban en la noche de los muertos. Todos fueron allí, daba igual que estuviesen malheridos o fueran ancianos, su espíritu pertenecía al fundador y a él debían rendir culto. Ninguno quedó en sus casas. Querían ser testigos del fin de su mundo.

Al ver al pastor, muchos se serenaron. Hubo sacrificios, pérdidas inconcebibles por el camino, pero un guerrero les conduciría hasta el final y se llamaba Jacob Ellis.

De dicho modo, tenían un guardián, un heredero de un hombre en el que Alfred Hallington confió su legado, y eso era un presente inestimable cuando la crónica llegaba a su término.

Faltaba una hora y las campanas doblaron.

* * *

Los descendientes fueron llevados desde el agujero bajo la plazoleta a una celda detrás de la estatua de Alfred Hallington. Allí, aguardaron su final.

El sonido de los tambores era interminable. Era la última melodía que escucharían en sus vidas y cada una de las partes de esa sintonía maquinal encharcó y ahogó los corazones de los presentes.

—Pésima música, un olor horrible, heridas por doquier, unos fanáticos teniendo un orgasmo y una guillotina esperándonos —valoró Seth levantando la vista de sus grilletes—. Así termina todo.

Garric no dijo nada, permaneció esperando un milagro que a saber si llegaría a tiempo.

—Si quieres añadirle tus lágrimas y grititos, Seth —dijo Dawn—, podría ser aún más patético.

—Me lo pensaré seriamente.

—Hazlo, pero rápido —indicó Dawn, siguiéndole aquel aborto de broma—. No creo que esto dure mucho más.

Seth hizo un mohín sin entender del todo.

—¿Esto? —inquirió.

—Nuestras vidas.

Dawn y Seth se miraron. Hubiesen sonreído de no ser porque la cercanía del fin era una sombra que pesaba sobre ellos.

—Siempre agradeceré haber podido soltar todas mis mierdas sin que Rahne, Huargo, Caroline o tú os volvierais locos (o no del todo, al menos) —dijo Seth y sonó a despedida—. Es genial poder ser uno mismo con alguien. Morir sería más triste si yo nunca hubiera podido serlo.

Dawn arqueó una ceja.

—¿Eso incluye ser un cursi de mierda?

Seth se encogió de hombros.

Los guardias fueron a por ellos, intentaron coger a Garric, pero este hizo un aspaviento.

—No necesito que nadie me empuje —aclaró.

Uno de los custodios lanzó una patada a las piernas heridas de Odell, tirándolo de bruces. Le cogieron del cuello y lo arrastraron hasta la zona de la ejecución. Miró atrás un instante.

—Adiós, Garric —se despidió Dawn.

Seth farfulló:

—A él sí que no le echaré de menos... ¿No podían ejecutarlo a él por nosotros y ya?

Dos Hollow Hallows más llegaron. Agarraron a Dawn por los brazos y se la condujeron al patíbulo. La chica murmuró:

—Adiós, Seth.

El descendiente no reaccionó. No venía preparado para saber cómo sentirse cuando su última amiga emprendía el camino a la muerte. La sangre de Odell y Dawn empaparía la hoja de la guillotina, volviéndola cálida para cuando cayese sobre su cuello Dagan. Lloró.

Dos verdugos vinieron a por él y ya no quedaba nadie a quien decirle adiós.

* * *

Unas voces plagadas de falso esplendor compusieron la banda sonora al inicio del ritual. El coro de la iglesia cantó sobre naufragios y paraísos. Era el himno de Hollow Hallows y las voces fúnebres concluyeron con un:

—¡HAY OSCURIDAD Y VEMOS LAS ESTRELLAS!

El saludo fue recibido por el clérigo. Levantó su bastón hacia el cielo tormentoso, bajo una lluvia cada vez más dañina, pero que a nadie parecía importarle ante el hecho histórico que los Hollow Hallows estaban a punto de vivir.

En el improvisado púlpito, aguardaba la cabeza de Alfred Hallington dentro de su urna, presidiendo el horror mientras era condenado a un sueño eterno.

Jacob elevó su voz como ambicionaba que lo hiciera su alma:

—¡Bienvenidos al fin del viejo y al génesis de un nuevo Hollow Hallows! ¡Sentíos benditos, porque lo sois!

Los pueblerinos obedecieron. Vivían las últimas horas de un mundo que cesaba con el tañido de las campanas y el estruendo de sus corazones. Algunos pensaron que no se podría superar esa emoción, pero admitieron su equívoco cuando surgieron los descendientes, cubiertos de nuevos hematomas y muestras de su tormento. Ya escuchaban en su imaginación el sonido de la cuchilla decapitándoles. ¿Podía ser más hermoso?

El pastor retomó la palabra:

—En representación de los Seis de Hollow Hallows. —Señaló las cabezas cortadas—. En representación del sagrado consejo y como portavoz de Hollow Hallows. —Indicó que mirasen a la cabeza de Hallington—. En honor a mis derechos y deberes, juzgaré a los prisioneros de la manera que se merecen.

Antes de decretarse el veredicto (si es que importaba algo dentro de esa pantomima), los cautivos fueron trasladados hacia la antesala de la guillotina. No

existía otro lugar para ellos.

—Seth de los Dagan —dijo Ellis—, por sus crímenes y los crímenes de sus ancestros contra Hollow Hallows, decreto su ejecución.

La masa enfervorecida alabó la decisión, a la vez que el joven caía de rodillas y su cabeza era colocada en el ojo de la guillotina. El artefacto mortal poseía tres aperturas para tres prisioneros, morirían a la vez. Seth no supo si considerarlo un privilegio.

—Dawn de los Hownland, por sus crímenes y los crímenes de sus ancestros contra Hollow Hallows, decreto su ejecución.

La chica fue recibida con improperios de los Hollow Hallows. No hubo ni un momento de piedad como tampoco lo hubo por Oniros Hownland en su día. Querían verla muerta y que la cuchilla que pendía sobre su cuello, le cortase la cabeza con un tajo terrible.

—Garric de los Odell, por sus crímenes con los descendientes, en confabulación contra Hollow Hallows, decreto su ejecución.

El mencionado quiso ir solo hasta la guillotina, pero no podía ponerse en pie. Los Hollow Hallows se mofaron de él mientras lo empujaban a patadas. Al final, acabó junto a Dawn y Garric a la espera de que el fin se produjese.

Ya estaba: Seth Dagan, Dawn Hownland y Garric Odell, condenados a muerte.

—Largo tiempo hemos aguardado este día —se pronunció el pastor Ellis—. Mis compañeros han caído en batalla para permitirlo. Caleb Ruth, Elmer Shaxon, Margaret Brooke, Calvin Blackmouth, Harriette Ermsworth... Han sacrificado sus existencias por el amor que sentían hacia Hollow Hallows, pero antes de que vuestros corazones se enojen y vuestras mentes vaguen hacia las costas de la locura, he de decir que no ha sido un sacrificio en vano.

»Nuestro dios, Alfred Hallington, encontró paz y esplendor en este islote, su grandeza nos iluminó durante centurias, compartió su sabiduría y nos mostró un mundo mejor. Eso lo celebramos hoy, en su fundación. Hollow Hallows fue su mayor regalo y los Seis, el consejo, protegimos este presente incluso cuando alimañas como los descendientes lo han puesto en riesgo.

»Cuando cortaron la cabeza de la estatua, sentimos que una maldición caía sobre nosotros, un mal que nos quitó a nuestros hijos, que nos entregó a la rabia, que nos convirtió en sombras de lo que fuimos... Pero hoy les cortaremos las cabezas a los herederos de los culpables, que tanto drama nos han traído en los últimos días, asesinando a nuestros amigos y protectores.

»Escuchadme, hermanos míos, en el Día del Fundador termina un mal, empieza una bendición. Hollow Hallows ha afrontado el apocalipsis y ha resistido... Y resistirá. No podría sentirme más dichoso y bendecido por decir esto ni vosotros por escucharme.

»Y ahora...

¿Cortadles la cabeza?

Era lo que tenía que decir.

Pero no fue lo que dijo.

El sacerdote concedió permiso: un Hollow Hallows, Abel Marwright, trajo unos folios y un tintero que posó delante de Odell. Seth no se lo podía creer.

—Hoy Alfred Hallington regresa de los muertos para alumbrar nuestro camino hacia nuestro nuevo reino —anunció el pastor. En sus manos tenía, junto a su cayado, el texto del advenimiento.

Las muecas de emoción se contagiaron entre los Hollow Hallows como la peste. Muchos escucharon hablar sobre el Tesoro, perteneciente al fundador, y su secreto, pero solo unos pocos consideraban que fuera real lo que decía, pero su guía, el flamante Ellis, lo daba por bueno, debía haber un gran motivo para ello.

Jacob se acercó a Garric Odell. Le murmuró:

—Escribe que se cumple el texto del segundo advenimiento.

Garric hizo memoria. Se refería al pergamino hallado por Allison Brooke en el barco de Alfred Hallington. ¿Esa era la clave para el retorno del fundador, que él, Garric Odell, escritor, juntaletas, rey de un mundo que florecía en la realidad, escribiese que se cumplía ese manuscrito? ¿Esa era la gran estratagema de Ellis?

Odell negó.

—Me amenazáis con matarme, ¿qué tengo que perder si no lo hago?

El hombre de fe puso su mano derecha sobre la frente del escritor, apartando los mechones del pelo y trazando un símbolo invisible de la bendición de Hollow Hallows. Susurró y solo los presos escucharon:

—Si lo haces, diré que por tus nobles servicios, quedas exento de la pena de muerte, pero no de un exilio más allá de Hollow Hallows. Lo considero un buen trato.

Seth tuvo ganas de chillarle algo a Odell, pero solo Dawn habló en voz alta:

—Tú nunca has pertenecido a este lugar, Garric. Acaba con esto como solo tú sabes.

Dagan ahora tenía ganas de chillarle algo a Odell y algo a Dawn, pero los eventos se precipitaron hacia su final.

El anciano Abe llevó las manos de Garric hasta la pluma. Al principio, Odell se resistió, pero el olor de la tinta era tan penetrante, tan sugestivo, tan delicioso...

El escritor mojó la pluma y la dejó pendiente del papel.

Una gota de tinta cayó sobre la página en blanco.

El murmullo de los Hollow Hallows creció.

—El advenimiento, hermanos —anunció Ellis y contempló el cielo. Cada gota de agua era una muestra de la llegada de Hallington.

No dejaría que el bullicio terminase hasta que viese cómo Garric lo escribía. El muchacho miró a Seth, que lo odiaba a más no poder, y a Dawn, que se compadecía de él. Apartó la vista y la centró en el papel que aguardaba el abrazo de la tinta.

Y escribió.

El segundo advenimiento se cumplió

Truenos.

La tormenta los vomitó como si fuese lo que siempre esperó desde que surgió en los cielos negros y en los mares infernales. Era como si el firmamento se estuviese rompiendo, como una cúpula que se agrieta por el paso de los milenios.

Su resplandor rojizo deslumbró a los presentes, recordándoles que lo que verían cambiaría sus vidas para siempre. Sus ojos abrazaron la gloria que se cernía sobre ellos, aunque ¿era la gloria u otra cosa? ¿Sabrían la diferencia? Las centellas les acribillaron.

Un rugido atrajo las miradas. Provenía de la tribuna. Algunos oraron cuando el líquido que envolvía la cabeza de Hallington comenzó a bullir como si hirviese. ¿Qué le pasaba? ¿Era un símbolo de hecatombe?

Y entonces ocurrió: los ojos del fundador se abrieron.

Un rayo cayó sobre la plaza y atravesó a algo o alguien. Nadie lo apreció bien, una columna de humo flotó como las esperanzas de los habitantes de Hollow Hallows.

Impactó en la jaula del troll. ¿Lo fulminó? ¿Lo mató con una estocada? ¿Fue un gesto de piedad de dios?

El ciclópeo ser gimió por sus tres cabezas y se derrumbó tras el impacto. No hacia detrás, sino hacia la puerta de su celda, que se quebró como papel. Con su caída, quedó tendido ante el recipiente que contenía la cabeza de Hallington. El pastor dio un paso hacia ellos, pero ni uno más.

Hubo varios resplandores en torno a la bestia y lo último que quedaba de Hallington, como si docenas de estrellas cayesen, creando una esfera sobre ellos. Sonó como el eco del apocalipsis, la urna con la cabeza explotó en añicos.

La cabeza del fundador se abatió sobre las tres del troll. Algunos aguardaron que sucediese una tragedia, que el engendro despertase y aplastase el resto sagrado de Hallington. O se lo comiese. Pero ocurrió al revés.

—¿Qué está pasando? —preguntó uno de los Hollow Hallows.

—¡Es dios! ¡Dios está volviendo! —contestó otro.

—¡Es el día! ¡El día del regreso de nuestro maestro! ¡El día!

Como un parásito, la cabeza cortada extendió unos tendones que bien podrían haber sido patas de una horripilante araña; el hueso y la sangre reseca revivieron como tentáculos. Los rostros de los gemelos Ellis y Elliot Ruth fueron tragados por aquel torbellino de locura, formando parte de un solo rostro de aura oscura, regia y maligna: el rostro de Alfred Hallington. El fundador coronó aquella montaña de la desesperación y tragedia en su nuevo y terrible cuerpo. Lanzó un rugido.

—¡Dios! ¡Has vuelto! —clamó el cura con lágrimas en los ojos.

La abominación dio un paso, pero se tambaleó. Nadie se percató de ello salvo el pastor, pero ya tenía trazada su estrategia para que su señor se alzase sin vacilar.

Señaló a Dawn Hownland.

—¡Escuchadme, dios! —le clamó—. ¡Sé una verdad! ¡He seguido tus pistas y sé la tarea que me has encomendado! ¡Y he hallado la forma! Si los descendientes han sobrevivido este tiempo y han puesto en peligro tu reino, maestro Hallington, aliméntate del poder para escapar de estos descendientes y destrúyelos. ¡Toma su fuerza y vive!

La criatura clamó con el poder con el que los seres mueren y odian.

—¡Necesitamos tu esplendor, maestro! —gritó Ellis como el hombre de creencia e inmisericordia que era—. ¡Danos un mesías al que seguir en el nuevo mundo, uno que enlace tu esplendor con el poder maligno! ¡Dawn Hownland morirá, pero antes nos dará algo tuyo, maestro! —Y entonces lo dijo—: ¡Si Hownland tiene el viejo don en su sangre, haz que de las entrañas de esa diablesa salga tu hijo y mezcla tu poder con tu enemigo para darnos un bien superior, un regalo hegemónico, una gloria divina! ¡Hazlo, dios, hazlo! ¡Obraremos según tu voluntad!

Entonces, cada gota de lluvia fue como una cuchillada. Fue peor que la inundación que se llevó el viejo Hollow Hallows.

La reencarnación de Alfred Hallington caminó hacia Dawn. De sus labios mohosos brotó saliva rojinegra.

CAPÍTULO 64

Cuando el monstruo de Alfred Hallington dio un paso más, los descendientes aceptaron que su fin ya no estaba cerca, sino que se encontraban ante él, a pocos segundos de convertirse en un vano recuerdo, fulminados por la gracia del destino.

Hasta entonces, ninguno vio a Hallington más allá de los dibujos y pinturas, pero en aquella criatura poco quedaba de lo que pudo ser humano muchos siglos atrás. Era más bien una caricatura lóbrega del mal, pero adorada por los Hollow Hallows.

La bestia abrió los brazos y nuevas ondas de energía brotaron de la nada. Como si fuesen cruzados por una electricidad cercana a lo invisible, los atrios que sostenían las cabezas de los consejeros muertos se doblegaron y liberaron los restos, que flotaron hacia el engendro. Era como si un agujero negro los absorbiese a todos con un hambre imparable, con una ansiedad que jamás cesaría.

Los rostros de los hijos impolutos muertos se mezclaron con la piel de la abominación, como si fuesen arcilla y estuviesen sido maleados por unas manos invisibles. La cara de Elmer Shaxon se aunó, a su vez, con la de Blackmouth, unificando sebo y arrugas, hasta formar una pústula que tenía rasgos de Margaret Brooke y Harriette Ellis. Cada uno tuvo su breve representación, al igual que los hijos caídos como Allison, Elliot o los gemelos Ellis. Si Hollow Hallows debía tener un nuevo símbolo, era aquella creación venida de los páramos de la locura y nadie podía negarlo.

Tras la nueva metamorfosis de un ser bestial a un ser aún más terrible, como si la mente de mil locos del peor de los infiernos lo hubiese imaginado, los andares ogrescos de Hallington sacudieron el suelo como si fuese un seísmo a pequeña escala.

«Nos va... Nos va a matar», aventuró Seth, prisionero de la máquina de ejecución. Notaba cómo la guillotina crujía con el andar de Hallington. «El monstruo o la cuchilla. No sé qué prefiero».

Las centellas se reunieron en los ojos de Hallington, que refulgían en escarlata. Y pese a todo, el espectáculo no hizo más que comenzar, porque encontró lo que buscaba: a Dawn. Estaba dispuesto a hacer lo que el pastor Ellis le rogó: engendrar un mesías a partir de la sangre maldita, pero superviviente de los Hownland. Si conseguía el don de esa estirpe, la nueva criatura sería un digno hijo de dios y Hollow Hallows, nacido del infierno de los descendientes.

La adolescente temblaba. Nunca se quiso asustar ante nadie, pero lo que realmente asusta, a menudo no se elige; nadie había sido nunca como aquella cosa que dirigía ya sus manos tentaculares hacia su cara. Era como si la piel del troll no pudiese mantenerse, sino que cada ápice luchase y se mezclase, como si fueran olas. Le recordó a la parte de *The Trial*, de la película que más le atemorizó de pequeña: *The Wall*. Tía Emily la puso para traumatizarla y lo consiguió; desde entonces no

podía escuchar una canción de Pink Floyd sin sufrir un estado de pánico casi total. Ahora, ante Hallington, tenía pánico, pero no casi total, sino más allá de lo total. «Emily profetizó cómo va a acabar esto», se dijo. «Conmigo ante el último juicio».

—No —susurró al monstruo. Al ver que este se regodeaba en su dolor, chilló—: ¡NO! ¡FUERA! ¡DÉJAME! ¡NO TE ATREVAS A TOCARME SI QUIERA...!

Hallington no le hizo ningún caso. Esgrimió un sonido tronador que bien un sátiro podría haber juzgado de risotada. Sacó su lengua entre los colmillos retorcidos de sus fauces y la paseó por sus labios, humedeciéndolos con infecta sangre.

Dawn tuvo arcadas. No quería lo que Ellis planeaba: que ella almacenase la enfermedad, la vida de ese demonio engendrado por la muerte gracias a Shaxon y los hechizos de Odell, basados en la fe de Hollow Halls. Antes, moriría, pero ¿qué locura harían con ella? «Podrían hacer que tenga ese bebé, incluso muerta. ¡Garric podría escribirlo!», imaginó con temor. Tragó saliva.

El pestazo, merecedor de una ciénaga de cadáveres, enturbió su cerebro. Hallington ya estaba muy próximo, dirigiéndole una mirada entre lo horrendo y lo lascivo. ¿Por qué su amigo, Odell, no evitó aquello? ¿Por qué ella misma no pudo escapar?

—¡NO! ¡FUERA! ¡NO! —chillaba, pero sentía (y no lo quería admitir) que era en vano—. ¡FUERA!

El pastor trazó algo que podría haber sido considerado una sonrisa y preguntó:

—¿A qué es horripilante ese momento de congoja y desesperación en que ni siquiera hallas palabras para suplicar por tu vida, al saber que ya no puedes hacer nada por ella?

La aberración profirió un grito de placer antes de consumir un nuevo acto de villanía. Imaginaba el sabor de la joven en su boca babosa.

—¡Ahora, el destino! —contestó el pastor, displicente. ¿Por qué tardaban tanto en sonar las trompetas del juicio final?

Un nuevo movimiento de la aberración, un nuevo seísmo.

Fue cuando cayó rodando por el escenario, pero solo Seth pareció prestarle atención. Todos tenían los ojos sobre Alfred Hallington.

Era la varita.

Ellis la perdió.

La rama encantada giró y giró...

Hasta terminar debajo de la cabeza de Seth, que dio un bufido. «No me jodas... ¿Ahora? ¿Un poco de suerte ahora? Joder, podría ayudar a Dawn, acabar con esta mierda... Si tuviera las manos libres, pero va a ser que...».

Solo si se liberaba, la cogería, pero tenía unos pesados grilletes y la cabeza atrapada en el agujero de la guillotina. Así, solo la cogería cuando fuese decapitado y su testa cayese junto a la varita. «Y no creo que entonces esté en disposición de recuperar ninguna varita, básicamente porque ya no tendré brazos, que también... Si tuviera algo de fortuna, tendría la varita, mataría al troll, salvaría a Dawn, me salvaría

yo..., incluso en un acto heroico tipo *Harry Potter* o *Doctor Who* salvaría a Odell para cumplir con mi cupo de buenas acciones... Joder, ¿de qué me sirve imaginar esto?».

Pero Alfred Hallington, avivado sobre la carne muerta de los hijos, por los restos considerados sagrados del consejo, hablaba en una lengua muerta sobre Dawn Hownland y el mesías que engendraría, uno nacido de su luz y la sombra de ella.

—¡Jamás! —respondió Dawn.

La joven luchó por huir, pero era retenida por los guardas y la guillotina. ¿Qué podía hacer? Combatir, aunque no sirviese para nada. Combatiría hasta el final. Si la cuchilla no separaba aún su cabeza de su cuerpo, haría cualquier otra cosa con tal de que aquel troll no pusiera sus pútridas garras sobre ella. El hedor, el calor que desprendía, la maldad que le movía como una máquina... Dawn no quería que aquel ser la tocara, no quería ni siquiera que existiera... Tenía miedo y lo tenía porque, por primera vez en su vida, sabía que no podía hacer nada contra ese mal. Estaba prisionera y algo peor que el fin iba a por ella.

Recordó la historia de Zaria Hownland. Emily contaba que aquella antepasada huyó. Los Hollow Hallows quisieron violarla, pero huyó. La cercaron en los acantilados, frente al cementerio de barcos. Y entre quedarse y sufrir, Zaria eligió otra opción: se arrojó al vacío, pues más valía un instante de agonía y muerte provocadas por las propias manos, que recibir un tormento eterno y la muerte o la muerte en vida a manos de otro.

Y Dawn mordió su lengua. La sangre inundó su boca. Un poco más fuerte y se ahogaría en su escarlata, se desangraría, moriría, pero no a merced del dios de Hollow Hallows, sino de ella misma.

—¡MALDITA! —chilló el sacerdote y habló a Hallington—. ¡HAZLO YA, MAESTRO! ¡DOBLÉGALA, QUE SE ENTREGUE A TI! —Y miró a Odell—. ¡ESCRIBE ESO, JUNTALETRAS! ¡ESCRIBE COMO MI DIOS CONSUMA SU ADVENIMIENTO! ¡HAZLO!

—¡No! —gritó Odell siendo golpeado, pero no le importó, porque más le lastimó ver a Dawn a merced de la hedionda creación—. No, Dawn, no...

La chica le dedicó una mirada confusa. La sangre se derramaba por su barbilla. ¿Cómo podía hacerle eso Odell? ¿Qué otro remedio existía que se hubiera escapado de una manera tan tenebrosa?

Alfred Hallington llevó su mano hasta la heredera de los Hownland. No le importaba que se estuviera muriendo, es más, lo consideraba incluso mejor. La sangre le atraía...

—¡Cuidado con el prisionero! —clamó el pastor Ellis.

No se refería a Seth y su deseo de recuperar la varita.

Se refería a Odell.

El juntaletras no dejó la pluma y la esgrimió como arma. Clavó la punta en la mano de Abe, que se apartó con un chillido, llevándosela en su carne como un clavo

de la crucifixión. El escritor no la necesitaba para escribir. Lo hubiese hecho incluso con el escarlata de sus venas.

La guillotina no es una celda

La frase hizo efecto: el artilugio se estremeció y crujió como los huesos asustados por el juicio del hades. Varias grietas atravesaron la madera reseca como si se hubiesen sembrado por una divinidad salvaje. Alfred Hallington se detuvo al ver cómo la máquina temblaba ante él. ¡Qué milagro! ¿El dios pensaba que daba miedo a la guillotina? Se quedó con la vista clavada en su reflejo en la cuchilla. ¡Qué hermosura!

El clérigo gritó varias órdenes a los verdugos y los guardianes próximos a los prisioneros.

—¡NO LES DEJÉIS ESCAPAR! ¡CORTADLES LA CABEZA SI HACE FALTA! ¡SI SE LIBERAN...!

Seth rezó porque eso pasase, no que le cortasen la cabeza, sino que se liberase. Empujó su cuerpo hacia detrás, pero estaba bien atrapado en aquel agujero. Se maldijo mientras notaba los cortes de la madera. Quería recuperar la varita, aprovechar esa oportunidad que no se les volvería a presentar y...

Odell movió sus dedos sobre el papel, donde ya una segunda frase había sido escrita:

Y el rey alzó su poder.

Un aullido feroz.

—¿Qué es eso? —preguntó un Hollow Hallows temeroso.

Después, su cuerpo se partió a la mitad, estallando en sangre como la bolsa de una transfusión.

El bramido atravesó el islote como un disparo. Los habitantes gritaron, echándose a un lado o siendo cercenados por unas fauces del invierno encarnado.

Huargo llegó trotando al inicio de la batalla final.

En su lomo, montada como una amazona, portando su yelmo de cráneo y blandiendo una espada de hueso, la Dama gritó:

—¡El reino ha llegado!

Alfred Hallington se detuvo y tronó como el ser infrahumano que era. Amenazó al lobo y la Dama, bajo las nubes negras y la lluvia sanguinolenta.

Muchos (guerreros, valientes, estúpidos, suicidas, el pastor Ellis, los descendientes, los Hollow Hallows...) hubiesen dado un paso atrás, huyendo de la nueva forma del fundador de Hollow Hallows, pero dos criaturas no lo hicieron: la Dama y Huargo. Continuaron hacia delante, convirtiendo la plaza en las tierras de la

muerte.

Afrentado por los recién llegados, deseoso de desatar su pérfido deseo sobre la Hownland, Hallington se enfureció y saltó con sus grotescos pies. Cuando tocó de nuevo la madera, los tablones se rompieron como el último eco de una ópera maldita.

La guillotina se vino a un lado.

Los soportes de las cabezas se abrieron un instante.

La cuchilla cayó.

Seth, Dawn y Garric se echaron para atrás.

Justo a tiempo.

La heredera de los Hownland tenía los ojos rayados, las lágrimas iban a salir de ellos, pero las contuvo para poder ver, porque aún no estaba a salvo. Pero ¿cómo pudo sobrevivir? Dio gracias en silencio, no supo a quién, pero las dio, mientras Seth se arrastraba por el suelo, señalando a Garric:

—¡Ya te vale! —se quejó, furioso—. ¡Podrías haberme dado la varita en vez de ponerte tan rápido a traer refuerzos!

Odell se encogió de hombros.

—No se puede confiar en ti, siempre pierdes la varita.

«¿Y ese corte que me acabas de dar? ¿Y ese rechazazo? Qué cabrón», pensó Seth y abrió la boca para decirlo, pero resumió en un:

—¡Serás capullo!

Y cogió la varita.

Odell le señaló el papel. Tenía una frase escrita con más claridad de la esperada y el descendiente de los Dagan, aún en el caos, pudo leerla.

El mago recuperó su varita

—¡Bah! ¡Cállate, Odell! ¡A la mierda! ¡No te quedes con el mérito!

Garric negó, nunca sería buen amigo de aquel chico ni ante lo que estaba por venir.

Una explosión de tablones rotos los alejó durante un momento. Les recordó a la muerte de Blackmouth, pero abajo no esperaban esqueletos de niños que les ayudasen, sino solo la oscuridad abierta por la demoníaca forma de Hallington.

Seth ayudó a Dawn a escapar de los trozos de madera y los nubarrones de serrín que volaban a su alrededor como metralla perdida en una guerra. Sin que se lo pidiera, curó las heridas de la joven con un resplandor azulado.

—Quizás te estoy sanando para que te hieran de nuevo y luego tener que sanarte de nuevo, lo que significará que me cansaré más y que esa magia quizás sea malgastada —dijo Seth—, pero ¿sabes qué? No soporto verte con tanta sangre, rollo emo, encima. Mereces algo mejor.

La muchacha lo agradeció con un gesto de su cabeza.

Los dos corrieron a un lado, yendo hacia Garric, al mismo tiempo que el suelo

que dejaban atrás se colapsaba. Una ligera capa de astillas ascendió como una predicción.

—Has pensado que algo podría pasar luego —musitó Dawn, reflexionando sobre lo dicho por su amigo—. ¿Habrán un luego?

Sonó sincera, no como una broma.

—Dawn, habrá un luego —aseguró el chico, recuperando la vitalidad tras el conjuro—. Ve pensando en qué será lo primero que haremos cuando nos vayamos de Hollow Hallows... Yo ya lo tengo decidido... —Mentía, por lo que tuvo que improvisar—. Yo... Eh... Pues... Yo creo que... ¡Sí! ¡Ya sé! Nos iremos a tomar un batido de chocolate o algo, ¿qué te parece?

El troll agarró varios segmentos del escenario y los tiró hacia la Dama y Huego, como cañonazos. La que una vez fue Caroline y Rahne los rechazó con su espada. Los cachos volaron de vuelta, pero Hallington los apartó e impactaron cerca de Dawn y Seth. Los jóvenes los esquivaron y los pedazos chocaron contra la base de la estatua del fundador. Eso ofendió al auténtico Hallington como si fuese una herida personal.

—¿Puede ser un *whisky*? —susurró Dawn a la propuesta de Dagan.

—Hurm... Puede —contestó sin saber qué decir—. No sé cómo será ese luego para nosotros, pero lo habrá.

Seth cogió la mano de su amiga y la apretó como si quisiera transmitirle algo de fuerza, pero no servía.

—Lo habrá —se entrometió Odell—. Lo prometo.

Seth le dedicó una mirada de desdén, pero en su interior agradeció la seguridad de aquel bicho raro. Ojalá tuviese razón, ojalá llegasen al amanecer.

El troll gritaba a la noche, con su tormenta de rojo sobre ellos, a la vez que Huego y la Dama mataban como un rayo de ira más que divina. El pastor Ellis retrocedió temeroso.

La confusión conquistó aquel islote en el día del fundador.

Seth sostuvo la varita, Dawn se irguió una mirada desafiante y Garric empuñó el papel con sus manos ensangrentadas como tinta.

—¿Y ahora? —preguntó Dagan, desesperado—. ¿Qué viene ahora en tu historia, Odell?

Garric, mareado por el uso de su don, se serenó. Su respiración era lenta y su vista se emborronaba, pero lo que tenía que ver valía la pena. Contempló a los Hollow Hallows huyendo del lobo y su guerrera. Qué imagen tan poderosa, tan imborrable...

La Dama se abría paso por los pobladores como si lo hiciera entre un montón de ramas secas. Huego, liderando la matanza, marcaba el único rumbo que su ama y él seguían: la montaña de madera de Alfred Hallington. El fundador, bajo la estatua de su forma humana, clamaba con palabras oscuras por su futuro. En ese momento de lucha, el cura llamó con su bastón y chilló:

—¡Armaos, Hollow Hallows! ¡Armaos por la fe, por el apocalipsis, por el fin del mundo!

Odell puso sus ojos sobre Dawn y Seth, respondiendo a la pregunta del hechicero:
—¿Qué viene ahora en mi historia? Seth, Dawn, está claro. Ahora viene la batalla final.

CAPÍTULO 65

Los hijos de Hollow Hallows consiguieron armas de fuego, hachas, picas y cuchillos, lo que no consiguieron fue resistir el avance de la Dama de Hueso y Huargo. O bien morían bajo los colmillos del lobo o perecían atravesados por los mandobles de la espada de la hechicera. Los que resistieron, oraron a Alfred Hallington o se escondieron a un lado donde dar una última y desesperada dentada a una vida que se escurría entre sus manos.

«Los Hollow Hallows saben ser crueles con nosotros, porque somos humanos... Pero no saben qué hacer cuando se enfrentan a algo sobrenatural, no saben hacer otra cosa que no sea morir», pensó Seth a la vez que un brazo amputado de un Hollow Hallows le salpicaba. «Ahora prueban su propia medicina, ahora todos son tratados por el destino como si fueran descendientes, ahora ellos son solo humanos y nosotros... Nosotros, en realidad, ya no lo somos. Ya no somos humanos. Y me siento feliz de ello».

Sus pensamientos temblaron como las manos de un enfermo de Parkinson cuando Alfred Hallington se levantó de nuevo, construyendo su imperio de masa y piel muerta. Bramó hacia Huargo y la Dama de Hueso con el cántico de la matanza, como si fuera un lamento proveniente del averno más profundo. Parte del escenario que resistía su paso, no lo hizo más y se derrumbó; Seth y Dawn saltaron a un lado para evitar la caída.

—Que Hallington se distraiga con el lobo y la mujer mientras nosotros huimos —murmuró Seth, pero luego se detuvo—. Dawn, ¿crees que ese lobo..., y esa jinete...?

—Huargo y Caroline/Rahne —contestó Dawn, completando lo que Seth no se atrevió a pronunciar.

—¿No bromeas?

—¿Crees que estamos para bromas?

El chico se lo pensó y se sinceró.

—Creo que todo momento es oportuno para las bromas.

Una pierna cortada se retorció cerca de ellos y Dawn lo señaló con la cabeza.

—Créeme, este no es un momento oportuno para bromas.

Seth vio cómo la Dama clavaba su espada en el brazo del troll. La hoja de hueso penetró la piel putrefacta, pero no la llegó a soltar. El monstruo levantó el brazo y con él a la Dama, que no dejó su arma. Huargo corrió libre a atacarlo.

—Pero ¿cómo Odell ha vuelto Rahne y Caroline así? ¿Y Huargo?

Dawn tocó en el hombro a Seth, pidiéndole que pusiera más madera en la caldera de su cerebro.

—Seth, creí que te debía quedar claro: el poder de Odell.

El engendro volvió a hablar, tosco, en esa lengua que solo él entendía, por lo que

solo alguien muy osado lo hubiera tildado de «idioma». Se dirigió, balanceo tras balanceo y rugido tras rugido, contra la Dama de Hueso y su montura. Eran su mayor amenaza, en cuanto los eliminase podría hacer lo que deseara.

—¡Podemos marcharnos, Dawn! —propuso Seth, pero dio un paso y se paró—. Aunque sería una putada dejar a Huargo y a Carol... Rahne..., a quien sea ahora, a merced de Hallington... Pero sería un caos y una posibilidad de distraer al montón de mierda con ínfulas de Hallington. Podríamos escapar, una oportunidad que no sabemos si se va a repetir...

Se escucharon unos estoques secos contra la madera, el pastor Ellis procuraba atizar a Garric. Su víctima escapaba de él, gateando por el suelo, pero se acercaban demasiado a la hoja de la guillotina. ¿Era lo que quería Ellis? ¿Espantar a Odell hasta que cayese en la cuchilla?

—¡Seth, detén a Ellis! —rogó Dawn mirando la varita mágica.

El muchacho no le hizo caso, sino que dio la vuelta y lanzó una bomba de aire contra el troll Hallington.

—¿Qué haces, Seth? —dijo Dawn, incrédula.

La abominación se estremeció y se volvió a mirar a su atacante. Fue hasta él. ¿Dagan lo hizo con un verdadero deseo de detenerlo y ayudar a la Dama y Huargo o lo hizo para no tener que socorrer a Odell? Lo que era seguro es que consiguió que el resucitado fuese contra él.

—¡Eres una rata, Dagan! —gritó Dawn, furiosa, y corrió hacia otra parte de la plaza, porque el troll impactó su puño al suelo que pisaba hasta hacía un instante.

—¡No lo soy! —contestó Seth.

El fundador lo contempló y dirigió sus mazas, que llamaba manos, contra él. Era como si fuera una montaña capaz de andar.

—¡No iba a dejar a Huargo y la Dama enfrentarse solos a ese cabrón gigante! —se justificó Seth ante Dawn antes de que los cascotes del piso volasen hasta él. Hallington se los arrojaba—. Aunque quizás no ha sido una buena idea...

Dawn no se creía esa mentira y cogió del brazo a su amigo en cuanto lo tuvo cerca.

—¡Lo has hecho para no ayudar a Garric!

Seth se zafó y, mientras trotaba para quitarse del camino de la reencarnación de Alfred Hallington, clamó:

—¡Aghs, piensa, maldita sea! ¡Dawn, sé sincera! ¿Crees que alguien tan poderoso como Garric, un psicópata como él, debería persistir tras esta noche?

La pregunta se grabó a fuego lento en la razón de Dawn. ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo? ¿Por qué su amigo se comportaba así? ¿Y si lo que decía de Garric era cierto? ¿O Dagan se había transformado en escoria, como los Hollow Halls? ¿No quedaba ni una gota de lealtad de Seth hacia Odell por salvarlo y darle los poderes? Las cuestiones crucificaron el espíritu de la joven, pero si no hizo más fue porque corrió en sentido contrario a Seth y fue hasta el pastor Ellis. Garric estaba acorralado

entre el cura y la cuchilla.

Seth se quedó solo y caminó sin perder de vista a la criatura en la que mutó Hallington y los restos del consejo. Eso le hizo andar de espaldas hasta que tropezó con algo; miró atrás, era el pedestal de la estatua.

El gigantesco rostro del fundador le dedicó una sonrisa, porque lo tenía atrapado; fue como la apertura de una caverna hacia el inframundo, dientes pútridos y un hedor nauseabundo treparon desde el interior de la bestia.

Los brazos, los dos robles deformes que podríamos llamar brazos, de Hallington le cerraron el camino de huida. Se terminó el juego.

—Oh, joder —dijo Seth y creyó que esas eran las últimas palabras de su vida, por lo que añadió otras que consideró más «dignas»: Ya veo porqué decapitaron a la estatua... ¡Eras feísimo!

Hallington aulló y mordió el aire antes de alcanzar al joven. Lo hizo sin percatarse de que Seth solo le distraía. El brujo lanzó una llamarada con su varita. Un fuego abrasador recorrió el aire como una flecha que dio en el blanco de Hallington. Acto seguido, el mago se derrumbó, sin energías que le mantuviesen en pie. Miró hacia delante, deseando un milagro.

—Muere, muere, muere, muere, muere —repetía Seth, herido.

El fundador no murió, no fue abatido, no se convirtió en un cadáver en llamas. Surgió tras la cortina de humo y las ascuas como si solo le hubiesen lanzado un par de gotas de agua encima.

—¿Por qué no mueres? —preguntó Seth aunque no creía que Hallington le fuese a responder—. ¿Eres como Hollow Halls? ¿Eres el mal y, por eso, no mueres?

Lo que el troll no esquivó con la misma facilidad que el lazo de fuego fue la espada que se le hundió por su espalda. La hoja fue tan profunda como lo fue en su brazo. Hallington así lo hizo suponer al levantar su cabeza hacia el cielo. Se tambaleó y se desplomó.

Tras él, la Dama de Hueso, montada en Huargo. El lobo rugió a la bestia y su ama recuperó su espada.

Hallington pronunció una palabra, la primera que no venía de un imperio muerto ni de un reino de penumbra donde su alma (si es que alguna vez tuvo) habitó hasta entonces. Sonó a algo que pudieron entender todos, a una orden indeclinable del comandante del ejército del apocalipsis:

—MORID.

Pero la Dama de Hueso no acató la orden y rio, siniestra, como ríe Caronte cuando no halla dracmas en los ojos de los muertos. ¿Morid, dijo Hallington? ¿Morid? Siguió riéndose, pues morir era algo que ya hizo en su día Huargo y las hermanas Jones, y no estaban dispuestos a repetirlo.

Alfred Hallington se irguió y proyectó un manotazo contra Huargo. Logró impactarle en el lomo, tirándolo contra Seth, que no pudo irse a un lado, sino que recibió el impacto de lleno. Ambos volaron contra la efigie de bronce del fundador.

El muchacho notó cómo un calor quejumbroso se extendía por su espalda al chocar con la base de la estatua.

La Dama de Hueso brincó y atacó con sus tentáculos de oscuridad al troll, pero este mostró sus fauces y unos actos desesperados. Cualquier criatura que sabe que va a morir, puede luchar por no hacerlo. Pensaba comérsela.

La batalla entre la Dama, Huargo, Hallington y Seth llamó la atención del resto de los involucrados en esa guerra sin cuartel que pondría fin a muchos hechos.

—¡Dios! —exclamó el pastor Ellis, ignorando a Garric—. ¡Hollow Hallows, ayuda a dios! ¡Es la prueba! ¡Es la prueba que hemos estado esperando para salvarnos!

Los supervivientes se precipitaron a socorrer a su dios tras la orden de Jacob Ellis, disparando y acuchillando, aguardando alcanzar a la Dama de Hueso, Huargo o Seth. Fue como el estallido de un vendaval en el que la lluvia sería el final de todos los guerreros.

Dawn llegó hasta donde Odell combatía a Ellis, pero antes contempló el conflicto, horrorizada.

—¡Mientes para que hagan lo que tú quieras! —chilló Dawn a Jacob Ellis—. ¡Siempre ha sido así! ¡Das una orden, la adornas lo suficiente y mandas a algún iluso a morir! ¡Sobre esas mentiras se ha cimentado Hollow Hallows!

Dos adolescentes que acudían a la Academia con los descendientes fueron desintegrados por las sombras de la Dama, esparciéndolos como cenizas hacia Hallington, pero alcanzando también al pastor.

—¿Qué sabrás tú, niña? —replicó Ellis con otra pregunta. La intentó coger del cuello, pero Dawn se apartó—. ¡Necia! ¡Solo eres una descendiente y hoy es el día del fundador y del segundo advenimiento! ¡Hoy engendras a un mesías!

—¡Jamás!

A su alrededor, los cadáveres de los Hollow Hallows se asemejaban a semillas en un campo de hierba sobre el que germinaría el bosque de la Parca. La sangre los regaba y la decadencia les alimentaba con los rayos de un sol imperecedero. Era la antesala de la muerte.

—¡Y hoy mueres! —chilló Ellis a Dawn.

—¡No seré la única!

El cura respondió a la amenaza con un bastonazo a Dawn. No la alcanzó la primera vez, pero sí la segunda. Le dio en la espalda, tirándola de rodillas a la tierra.

La joven levantó, aunque notaba que el trastazo se extendía por su cuerpo, pero no iba a dejarse vencer de un modo tan fácil.

—¡Soy un hombre de dios! ¿Cómo crees que ibas a vencerme? —dijo Ellis, encolerizado—. ¡No puedes vencer a alguien que ha caminado con dios!

Garric Odell avanzó y le dio un cabezazo a la espalda del cura, que maldijo aún delante de su divinidad.

—¡Tu dios no existe! —gritó Odell.

—¡Tus palabras no existen! ¡Mi dios sí! —replicó el cura, dolido.

—¿Seguro? —contestó Odell y esgrimió una sonrisa misteriosa.

—¡Maldito seas! ¿No lo ves? ¡Las puertas del reino sagrado de Alfred Hallington me protegen! —volvió a hablar Ellis, como si las palabras también fuesen hachazos.

El escritor volvió a desplomarse tras el esfuerzo, pero Dawn contraatacó. El pastor la espantó con una bofetada.

—¡Soy digno y no temo morir! ¡Lucho con todas mis fuerzas y cuento con el poder divino!

El pastor procuró atrapar a Dawn. No lo logró, pero la empujó y se tiró sobre ella. Colocó su bastón sobre la garganta de la chica, le partiría el cuello con él si no quedaba otro remedio.

—¡Te doblegaré, furcia de los Hownland! —chilló Jacob Ellis. Su rostro no era el de siempre, sino que líneas terribles lo surcaban, convirtiéndolo en otro, en un entregado a la muerte y el delirio. Las gotas de sangre caídas del cielo le transformaban en una imagen similar a Azazel—. ¡Entregaré tu cadáver a dios, blasfema! ¡Te fornicará y engendrará vida en tus entrañas muertas! ¡Tu amigo escritor lo hará posible! ¡Y Hollow Hallows persistirá! ¡Lo hará!

Dawn le rasguñó la cara. Quería soltarse, pero la vara le impedía respirar si quiera.

—No... —susurró. La asfixiaba avanzaba.

Ellis la fulminó con sus gélidos ojos.

—¿No crees que te mate?

La chica dio una bofetada, pero él se mantuvo sobre ella.

—¡No! —gritó Dawn.

Estaba malherida y todavía así soltaba un «no». El sacerdote hubiera apreciado la voluntad de Hownland de no haber sido su enemiga.

—¡Durante todo este tiempo, los descendientes habéis ensuciado Hollow Hallows! ¡Nos habéis convertido en diablos!

—Siempre..., lo fuis-fuisteis...

La voz y el cuerpo de la chica se quebraban por la asfixia.

—¡Nunca más lo seremos! ¡Nos redimiremos con vuestro asesinato! ¡Hoy, esto se acaba! ¡Por el poder divino que Alfred Hallington me ha otorgado! ¡Hoy seréis sacrificados!

Unas manos cogieron el pescuezo al pastor Ellis.

—¡No cantes victoria! —gritó Garric a su espalda.

Odell tiró del pastor, alejándolo de Dawn, y obligándole a soltar el bastón, que quedó sobre la muchacha. Las garras de Ellis se agitaron, queriendo recuperarlo, pero tuvo que forcejear con Garric debido al contraataque. No iba a permitir que el Perdido se saliera con la suya. Sin embargo, el juntaletas no se soltaba.

Ellis le introdujo sus dedos en las heridas de las piernas. Garric gritó más que en toda su vida. Ensangrentado por su rival, el sacerdote lo lanzó arrojó el otro lado de la

base de la estatua, donde Seth se protegía de la lucha entre el fundador, la Dama y Huargo.

Las dos batallas se hicieron una.

—¡Tú no escaparás, traidor! ¡Depravado juntaletras! —clamó el cura y fue a recobrar su báculo, pero Dawn se lo había quitado—. ¡Suelta esa reliquia! ¡Es un arma divina!

Dawn respiró con problemas, pero levantó el cayado y dijo:

—¿Un arma divina? No veo que te haya servido de mucho.

Ellis se proyectó hacia Dawn, cogiendo el bastón, pero la Hownland no lo soltó. Ambos tiraron cada uno para su lado. Los dos lo querían. El sacerdote dio patadas y manotazos para que la chica lo soltase.

—¡No me lo quitarás, Hownland!

Ella estaba disconforme con esa opinión.

—¿Cuánto apuestas?

El hombre de fe hizo fuerza, toda lo que pudo, agotando sus energías, encomendándose a un dios que peleaba contra las dentadas de un lobo.

Dawn se vino hacia delante varias veces, no aguantaría mucho más y...

Soltó el báculo.

—¡No lo quiero! —gritó.

Ellis sonrió, había ganado.

—¡No desafíes a dios! —consiguió decir.

Pero perdió el equilibrio.

El cura tropezó con las piernas de Seth, tirado a su lado.

—¡No lo he desafiado, solo he hecho justicia con un loco y su falso ídolo! —gritó Dawn.

Ellis pudo frenarse y siguió en su ruta hacia la caída de espaldas. No debía ser un trastazo muy grave, debía levantarse y volver a la batalla, pero...

La cuchilla suelta de la guillotina estaba clavada en el piso, justo a la mitad de la cintura de Ellis.

Al precipitarse sobre ella, el filo partió a la mitad al último de los Seis.

—Ya está —susurró Odell—. Ya.

Y fueron las palabras pronunciadas tan irreales como sus escritos, aunque acaso ¿sus novelas no se hacían realidad?

Se abatió el silencio al menos durante unos segundos o eso creyeron Garric y Dawn, reuniéndose tras el duelo.

Miraron a las piernas, aun retorciéndose por un lado, y al torso con los brazos extendidos de Ellis. Los ojos del cura estaban abiertos, con su boca pareció que intentó decir algo, pero no lo hizo. El charco de sangre lo envolvió en un aura divina, casi de un santo.

—Está muerto —dijo Garric, pasando su mano por el sudor que caía por su frente—. El pastor Ellis está muerto.

Dawn afirmó. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras escaparon en otra dirección. De pronto, las acciones valían más que las cosas que pudiera decir.

—No me lo puedo creer —juzgó Seth, a la vez que Hallington regresaba para arremeter a pocos metros. Dama y Huargo lo cercaron—. No puedo...

Seth se calló. Incluso eso parecía un milagro. Los tres amigos permanecieron unidos durante un momento...

Pero entonces fue cuando pasó.

—Ah, sí claro... No puedes fiarte de nadie para que haga que la historia tenga un poco de sentido —dijo una voz en la oscuridad—. Ni de un escritor que cambia la realidad ni de un clérigo que piensa que puede profetizarla. Al final, tienes que hacer tú mismo que todo encaje. Y voy a hacerlo.

La chica miró hacia el desconocido. Garric quiso impedirlo, porque ya lo conocía.

—¡No le hagas caso, Dawn! —gritó Odell—. ¡Es una trampa de los Hollow Hallows!

Ella le obvió y se centró en el forastero.

Seth abrió bien los ojos para discernir a esa figura sombría que se detuvo ante su amiga. ¿De qué le sonaba?

—¿Quién eres? —preguntó la descendiente al forastero.

El hombre, de rostro raquítico, murmuró:

—Dawn, ¿no vas a decir si soy tu padre? —Dawn le fulminó con la vista—. Esa confusión sería muy bonita.

El tic, tac de los relojes del hombre acompañó a la respuesta de Dawn.

—Mi padre está muerto.

—Qué bien —dijo—. Tú también.

Era el Hombre de los Relojes y tenía un arma en la mano que soltaba un poderoso destello.

—¿Quién soy? —continuó—. Eso no importa. Dawn, algún día comprenderás que voy a matarte por el bien del mundo, porque haya un mañana, y si no lo entiendes, es algo que el resto de las personas sí. Lo siento.

Hollow Hallows se desangró.

CAPÍTULO 66

El contraataque de Alfred Hallington separó a los descendientes. Garric y Dawn quedaron a merced del Hombre de los Relojes, mientras Seth observaba cómo la Dama y Huargo plantaban cara al fundador. Ninguna de las dos batallas parecía apetecible, ninguna de ellas se antojaba con un resultado distinto a la muerte.

Los tentáculos que proliferaban del corazón oscuro de la Dama de Hueso fueron absorbidos por las garras de Hallington. El fundador se alimentó de ellos, de su magia negra y su poder sobrenatural, como si no fuesen los causantes de la desgracia de más de una veintena de Hollow Hallows durante esa noche. Los embrujos que servían con los humanos, no funcionaban con una criatura surgida de la muerte y un don.

—EL MIEDO ES MÍO —gritó el engendro.

La lóbrega voz obligó a que Seth deseara estar sordo, pero mantuvo controlada su mente y procuró calmar sus nervios. Si se perdía, podía darse por vencido. Si hacía alguna estupidez teniendo la varita, quizás acabase mal. «Los Seis están muertos, ¡muertos! ¡Aunque parezca broma, esto es lo más cercano que he tenido nunca a una posible libertad! No puedo perderla. Solo queda uno, el más difícil...», se dijo.

Decidió, esgrimiendo su magia, arrojar la lluvia sanguinolenta contra el monstruo. Huargo aprovechó los segundos de caos para morder una de las piernas del fundador, que chilló y dio un puntapié al lobo para quitárselo de encima.

—LA CAÍDA ES VUESTRA.

La Dama de Hierro no estuvo de acuerdo. Blandió su espada contra el pecho del troll. Hallington tuvo buenos reflejos y sus garras, del tamaño de la cabeza de un elefante, detuvieron la hoja. No la soltó, sino que asiéndola, levantó a la mujer, dejándola en una posición vulnerable. La Dama brincó al suelo para planificar otra estrategia que le permitiese recobrar su arma de hueso y acabar con lo que era ahora Hallington. Antes de que llegase a tomar alguna decisión, el gigantón lanzó la espada contra ella, pero no en un gesto de cortesía de un duelista, sino haciéndola que girase y que cortase el aire y cualquier cosa que se encontrase por el camino. Eso le ocurrió al brazo derecho de la Dama; fue sesgado como el trigo.

La hechicera se desplomó, contemplando como el muñón se teñía de una sangre negra como el agua del pantano. El arma cayó tras ella. Hallington rio.

Seth caminó hacia un lado, acechando a Huargo y la Dama. ¿Vencidos? ¿Estaban vencidos? ¿Sus máximos valedores, regresados de la muerte, cayeron ante Hallington? «Pero ese asqueroso también ha vuelto de la muerte, también es poderoso y vil... Es el único que podría parar a la Dama y Huargo y, maldita sea, los ha parado», pensó, angustiado.

Hallington miró fijo a Seth y amenazó:

—NADA TE QUEDA POR HACER SIN LOS HERALDOS DE LA MUERTE,

DESCENDIENTE.

Seth permanecía carente de cualquier línea de defensa salvo su magia. Respiró, notó el cansancio; sabía que si hacía lo que estaba planeado podía ser como firmar su sentencia de muerte, pero lo hizo.

—Me queda algo por hacer, créeme.

Y gritó, liberando sus energías concentradas en su magia y convocó una estaca de hielo, creciente con cada gota de lluvia y cada ola de viento. Y lo logró: atravesó el pecho del troll.

Ahora tenía que venir la Muerte.

A por Hallington.

O a por Seth.

O a por los dos.

El fundador se llevó la mano al pecho. Vio el hielo extenderse por su interior. Era como haber liberado un cruel invierno de mil centurias dentro de su cadáver.

Seth aguardaba que fuera el golpe de gracia. Él caería sin vida como resultado del cansancio, pero la abominación no sería menos. «Si esto termina así, no será un mal final. Rahne, Caroline, Huargo, Ma... Todos se han sacrificado. Si mi sacrificio vale la pena, no estará mal».

La sangre espesa y azulada del dios bañó el hielo que le cruzaba como una lanza... Sin embargo, siguió moviéndose, con vida o algo similar a ella.

Las esperanzas del mago se hicieron añicos como la pica de hielo que utilizó para reducir a la aberración.

—MI ALMA NO MUERE CON TU DON DE SEGUNDA, CONFABULADOR.

El troll anduvo hacia su víctima.

—Un don —murmuró Seth.

«¿Insinúa este cabrón que un don de verdad si funcionaría? ¿Un don? ¿Como el de Dawn, tal vez?», pensó. «¡Los Hownland tenían un don y puede que no fuera un don de segunda! ¡Se lo puedo devolver! ¡Podría acabar con Hallington de una vez por todas! ¡Dawn!... Pero ¿dónde estás, Dawn?».

* * *

Las manos del Hombre de los Relojes se abrieron. Garric salió volando por los aires y cayó, rodando. Una conexión invisible existió entre ambos sucesos.

—Uno menos —susurró el cara de reloj y se dirigió a Dawn—. Ya te tengo a ti.

Tendió unos hilos invisibles hacia la chica, como si unos grilletes invisibles rodeasen sus pies y manos. ¿Era magia?

—¡Suéltame! —gritó.

—¿Consideras que puedes darme órdenes? —preguntó el Hombre, indiferente—. No soy tu antiguo amigo imaginario ni soy un estúpido capaz de creer en tus

mentiras, ¿por qué crees que iba a obedecerte?

Ella quiso librarse de aquel poder que no entendía, pero era imposible.

—Obedéceme —dijo el Hombre de los Relojes—. No te resistas. Será más fácil. Nunca te convertirás en nuestra ama.

Garric escuchó esas palabras. Su sangre hirvió, pero notó que un resplandor le mantenía consciente. ¿El brillo de...? Aquello era...

Gateó por el suelo y fue hasta lo que vio: la espada de hueso perdida de la Dama. Se arrastró más y más por la tierra, como un endeble gusano. Podría utilizar el arma contra el Hombre de los Relojes.

Antes de que sus dedos la alcanzasen, una onda expansiva lo arrojó hacia las tablas caídas del escenario. Una estuvo a punto de atravesarle.

—Odell, acabaré contigo de forma definitiva. Serás el siguiente —anunció el Hombre de los Relojes tras usar su poder. Había visto a Garric aproximarse demasiado a la espada—. No seas ansioso.

Varias astillas se clavaron por las manos del muchacho y la espada volvía a estar lejos. Tomó aire con esfuerzo. ¿Por qué sentía que había perdido la guerra?

—No necesitamos a un rey —continuó el músico del tic, tac—. Jamás lo hemos necesitado y no me sirves de nada, Odell. Siempre has sido un estorbo.

Dawn movió su puño hacia la cara del extraño, pero los lazos la ataron con más vigor. Ella chilló al notar cómo esos cables rasgaban su piel. Era como si docenas de hierros se fundieran sus muñecas y tobillos.

—Y eso va también por ti, Dawn —dijo el Hombre y les habló a los dos—. El mundo necesita algo mejor que nosotros.

Una daga apareció en sus manos. ¿O era aquel fragmento de hielo o diamante que utilizaba para convocar su poder?

Dawn quiso protegerse, pero los cabos la mantuvieron retenida, lejos de su propósito.

El Hombre de los Relojes esgrimió su arma...

—¡DAWN, TU DON!

El grito provino de Seth. Apareció por una esquina del pedestal de la estatua. Sacudió la varita.

Iba a hacerlo, iba a devolverle su don...

El resplandor mágico de Dagan voló hacia Dawn. Si la alcanzaba, recuperaría su poder. Al fin.

Y entonces sucedió: el momento, un solo momento, en que fueron muchas cosas.

Fue el momento en que Alfred Hallington tomó por los pies a Seth, elevándolo para lanzarlo contra el suelo y devorarlo. El chico no pudo ver más de la batalla ni supo si Dawn consiguió el don. Hizo todo lo que pudo.

Fue el momento en que Dawn rezó porque la luz de la varita le llegase y recuperase la habilidad perdida de su familia.

Fue el momento en que Garric Odell se puso de pie y clamó un:

—¡NO!

Pero ¿hacia qué? ¿Hacia lo que estaba por pasar? ¿Hacia que Dawn recuperase su don?

Fue el momento en que el Hombre de los Relojes recibió un empujón de Odell y, sin pretenderlo, escuchó a Dawn.

—¡Maldito seas, Odell! —exclamó el Hombre de los Relojes.

Recibió el impacto del rayo.

Al no lograr su objetivo, la magia crepitó y la luz prendió el pecho del caballero del tic, tac.

—No, por favor —susurró.

Comenzó a arder como una antorcha. Su daga, aquella especie de estoque de hielo, se derritió. Debajo, un trozo de madera también se incineró. Ni su poder resistía el último lance de Seth.

—¡No! ¡Puedo cambiarlo! —gritó el Hombre de los Relojes.

Levantó la mano, haciendo que la espada de hueso volase hasta él. La empuñó contra Dawn. La tenía prisionera. Un segundo más y la tendría muerta.

—¡No lo vas a lograr, Dawn! —chilló y el filo se dirigió al cuello de su rival.

Y entonces, el impacto.

El Hombre de los Relojes se fue hacia un lado como si un coche lo hubiese arrollado.

Dawn cayó al suelo, libre de las ataduras y miró adelante. Procuró comprender lo que sucedía: Huargo devoraba las piernas del Hombre de los Relojes, sin importarle las llamas. Los alaridos de cara de reloj demostraron que el dolor le cegaba. Combatió por liberarse del cepo en el que se transformó la mandíbula de Huargo.

Quizás lo podría haber conseguido...

Entonces la Dama de Hueso acabó sobre él. Su brazo cercenado volvió a crecer, como raíces alimentadas de un poder innombrable, y lo hizo con otra espada de hueso en su nueva mano.

—Eres tú, mi asesina —le dijo el Hombre de los Relojes como si entendiera una ironía que nadie más captaba—. La mejor asesina que podría tener. Me libero así de mis culpas y...

No terminó la frase. La hoja de hueso atravesó el pecho del Hombre de los Relojes.

La melodía del tic, tac se detuvo con cada reloj. Incluso el minuterero de su faz pareció llegar a la medianoche.

Hubo una explosión de luz. Era como si el sol estuviera en su cenit, aunque la tormenta no menguó. Incluso así, los resplandores bailaron como si miles de aquelarres de seres del hades hubiesen decidido entregar su alma a una melodía funesta que cambió el mundo.

La espada de la Dama absorbió la vida del Hombre de los Relojes hasta que quedó reducido a un esqueleto humeante en cuyas manos sujetaba una espada que se

transformaba en ceniza. Se quemó hasta ser nada. Una de las botas de la hechicera aplastó el cráneo con aspecto de reloj carbonizado que quedó tras su ataque.

Dawn tomó aire. Su pensamiento vacilaba, iba y volvía sin encontrar nada claro. Entreabrió los ojos. La Dama y Huargo aullaron. Cerró los ojos de nuevo, quiso serenarse. Los abrió. Garric se acercaba a ella, pidiendo perdón, pero ella le rechazó.

—¿Empujaste a ese tipo para matarlo o para impedir que recuperase el don? —preguntó Dawn, furibunda.

Odell no contestó.

—MUERTE.

La voz de Hallington.

Dawn podía ver cómo el fundador sacudía a Seth para matarlo.

—No sé quién demonios era ese tipo con los relojes —dijo—, pero sí sé quién es ese monstruo de Hallington y sé que voy a matarlo.

La Dama de Hueso cogió de los restos de la pira su espada fundida y con un destello hizo que se volviese un arma aún más espléndida. La otra que tenía se la tendió a la única presente que vio capaz de esgrimirla, a Dawn. La heredera de los Hownland tomó el presente como lo hacía la propia Dama. Al verlas, Huargo se colocó a su lado, dispuesto a ir a la última lucha.

Garric Odell los vigiló. Era testigo de cómo la historia estaba a punto de escribirse ante sus ojos.

—Cuando alguien muere, se suele decir que se reúne con su dios —habló Dawn observando los restos del Hombre de los Relojes, el pastor Ellis y los otros Hollow Halls. Después, miró hacia Alfred Hallington, con Seth en sus manos—, pero en este caso, vamos a reunir al dios con sus creyentes caídos. Y no vamos a fracasar. —Alzó la espada—. ¡Hoy el día del fundador se convierte en la noche de los confabuladores!

Dawn, la Dama y Huargo arremetieron contra Alfred Hallington, con Seth aún cautivo. Odell se quedó atrás, mirando los restos de un reloj fundido. Nadie se preguntó durante un rato quién fue el Hombre de los Relojes. Ninguno supo que ya lo sabían.

Había una guerra por concluir.

CAPÍTULO 67

Alfred Hallington sacudía a Seth como un muñeco de trapo. Iba a arrancarle cada extremidad. Sería lento, cruel, doloroso... Lo haría hasta que su víctima sintiera cada pedazo de sí haciéndose trizas. Y luego, proseguiría mientras le escuchaba suplicar que le matará.

El sufrimiento era tal que hizo que el chico abriese los ojos.

—¡Hallington! —gritó. Sabiéndose cerca de la muerte, no quiso mantener la boca cerrada—. ¡No decepcionas! ¡Eres tan hijo de puta como siempre esperé que serías!

Se calló al marearse. El mundo daba vueltas, arriba era abajo y todo parecía en medio de un tornado. Rezó, esperando no soltar la papilla. «Morir vomitando... Siempre supe que mi muerte sería así».

Hallington movió uno de sus dedos hasta el cuello del adolescente. Su uña negra, como tallada en ébano, estaba tan afilada que bien podría servir como cuchillo. El muchacho no lo aguantó y dijo:

—¿Acabamos con esto? —murmuró a su adversario.

Y fue inteligente. O, al menos, él se consideró inteligente, porque tomó medidas. Cuando el fundador le atrapó, guardó su varita apretada a su cinturón, así no la perdería. Por el agotamiento del uso de la magia y el enfrentamiento, él sabía que iba a quedarse inconsciente, pero no iba a perder su as de la manga; se aferró a él. Muchas veces se lo habían quitado, lo dejó atrás o renunció a él; eso ocurrió en el camino hasta allí, pero era el momento de no soltarlo. Nunca más.

Su padre, Ma, Rahne, Caroline, los Jones, Huargo, sus antepasados, el resto de los confabuladores... Tantos muertos a los que vengar que bien podría llenar más de un cementerio con ellos... ¡Maldita sea! ¡Tenía un motivo loable para salvar el mundo! ¡Debía ser como el maldito Batman! ¡Debía ser como el Doctor! ¡Tenía que salvar el mundo! ¡Ser un héroe! Y debería serlo hasta el final.

Hallington acercó su rostro al de Seth, abriendo la caverna que podría calificarse, con cierto riesgo, de «boca». El aliento era nauseabundo como de mil animales muertos y descompuestos en un vertedero.

—¿Todo esto por cortarle la cabeza a esa mierda de estatua? —preguntó Seth, enfurecido—. ¿En serio? ¿No podían forjar otra o...?

El fundador rugió, expulsando perdigonazos de saliva que empaparon a Seth mucho más que la sangre que llovía del cielo. Habló como el muchacho se imaginaba que hablaría el diablo:

—¡HEREJE! GUARDA SILENCIO. UN GUSANO MENTAL COMO TÚ JAMÁS LO ENTENDERÍA...

—¿Jamás entendería el qué? ¿Que puteabas a la gente y la gente decidió vengarse? No pudieron contigo, pero fueron a por esa estatua. Me alegro de los

confabuladores, me alegro de ser su descendiente...

—NO SABES NADA.

El hedor de la bestia embotonaba los sentidos de Seth, aunque no quería parar su verborrea nerviosa:

—No sé quién fue. Dímelo. ¿Fue Lucrecia? ¿Fue Oniros? ¿Jones? ¿Quién? ¿Quién tuvo el valor de decapitar tu patética imagen?

Cabrearle no era buena idea, no obstante era el único modo de pararle los pies por unos minutos.

—¿QUIÉN DECAPITÓ MI ESTATUA? YO LO SÉ Y HE VUELTO. POCO IMPORTA, HOLLOW HALLOWS SE HA MANTENIDO UNIDA BAJO VUESTRO MIEDO.

Seth levantó una ceja. Una idea retumbó por su pensamiento.

—¿No sería una forma que tuvisteis de encontrar unidad? ¡Tras tu muerte! ¡Decapitar la estatua, echarle la culpa a los odiados, convertirlos en monstruos que todos temerían, crear así de nuevo unidad! ¿Fue eso?

Hallington se cansó de escuchar a su presa, porque lo dejó caer hasta el suelo, haciendo que se golpeará, y después lo arrastró por las piernas.

—NO, NO, NO... AHORA ZANJARÉ ESE TERROR. AHORA PIENSO SALVAR HOLLOW HALLOWS.

«¿Eres capaz de pensar? ¿En serio?». Seth deseó decirlo, pero su garganta estaba reseca y se hallaba mareado tras el último impacto.

Boca abajo, colgado de las manos del monstruo, lanzó un rayo hacia el rostro de Hallington que solo hizo una cosa: darle más poder.

La criatura rio de la misma forma que lo hace el viento que mueve las damas raquílicas de los árboles de una ciénaga.

—LA MUERTE ES VUESTRA.

Seth respiró, buscando una forma de relajarse antes de que la marea turbulenta le tragase, pero naufragó y desfalleció. El poder le consumió y quedó sin energías. Lo intentó, no lo consiguió, pero al menos lo intentó. ¿Cuántos podrían decir algo así de una batalla contra Alfred Hallington?

—No, la muerte no es nuestra —dijo alguien.

Hallington desvió la mirada.

Era la Dama de Hueso, regresando a lomos de Huargo.

—Hoy es tu día, fundador, hoy todo es tuyo. Incluida la muerte y la derrota.

Blandió su espada hacia el cielo, el lobo profirió un aullido que hizo que todos temblasen. Pasaron raudos por el flanco derecho de Hallington. Le hicieron un profundo corte en el brazo. El monstruo vociferó, dejando caer a Seth al suelo, como un juguete que ya no le interesaba. El granjero retrocedió antes de ser aplastado por los gigantescos pies del ser.

La reencarnación de Hallington movió sus dedos en torno a los restos del pastor Ellis. Los trozos del sacerdote se removieron, como si hubiese revivido. Una serie

tentacular de venas, tendones y huesos reunieron al súbdito con su emperador. El cuerpo del troll se agitó, una bola recorrió bajo cada centímetro de su piel, hallando un nuevo lugar en el que permanecer. Y aspiró aire como una máquina infernal. Tenía más energías, más fuerzas.

—Acudes a tus siervos muertos para hallar vida sin saber que no hay nada de vida en ellos —dijo la Dama.

—HABRÁ LO QUE YO QUIERA QUE HAYA.

Abrió las manos hacia la Dama de Hueso y estas dispararon unos proyectiles que la hechicera detuvo con ágiles movimientos de esgrima. En el suelo, quedaron las balas perdidas: un rubí, una turmalina, un zafiro, una esmeralda, una piedra de luna y un ópalo de fuego. Eran las piedras que representaban a los Ellis, los Blackmouth, los Ruth, los Brooke, los Shaxon y los Ermsworth. La bruja las marcó con su espada, trazando un círculo invisible, y ardieron bajo sus lazos de fuego. El fundador gritó.

—De nada importa tu legado, Hallington —se pronunció la Dama—, frente a lo que está por venir.

El troll sacó de su propia carne un mazo con el que pretendió derribar a la Dama de Hueso. Le perteneció al juez Amadeo Brooke, era la reliquia de esa familia, y fue partido a la mitad al tocar el yelmo de esqueleto de la paladina.

—Hace falta algo más que eso para detenerme.

La abominación ya tenía en sus manos la pala de Humbert Shaxon. Cortó el aire con ella, esperando caer sobre Huargo, pero este saltó a otro lado y lo embistió.

Cuando Hallington estuvo aturdido, la Dama le arrebató la pala y le atizó la cabeza con ella.

—Así será más fácil enterrarte, aunque no mereces un agujero en esta tierra condenada... Ni lo vas a tener.

La criatura se lanzó hacia delante y le quitó la pala, partiéndola a la mitad. Si no era su arma, no sería de nadie. La Dama pareció reír. Era sencillo manipular a aquel idiota, por mucho que ahora le tirase los libros de historia de Aldrich Blackmouth como si fueran pesadas piedras arrojadas desde una catapulta. Ninguno llegó a su objetivo, pero el troll consiguió tiempo para conjurar en una mano la espada de Philomeno Ruth y el bastón del pastor Brentan Ellis.

La Dama se apeó de Huargo. El lobo avanzó y Hallington fue hacia él, pero Huargo se paró y la que actuó, siguiendo una astucia trazada entre el animal y su amazona, fue la Dama que le quitó con uno de sus tentáculos el bastón, el cual lanzó hasta el otro lado de la plaza.

—Conjura todas tus viejas armas si quieres, este ya no es tu tiempo.

—ESTE ES MI ADVENIMIENTO. ESTE ES MI TIEMPO.

El fundador y la Dama chocaron sus espadas. Fue un duelo rápido. Los movimientos eran coléricos e inmisericordes. Deseaban terminar el uno con el otro; era una guerra sin cuartel.

—No puedes.

—PUEDO.

Hallington apretó la espada hasta que la destrozó con sus manos y mordió al aire donde debía estar la cara de la Dama. Su ira no hacía más que aumentar, como el brillo del anillo que formaba ahora parte de sus manos, como dos cicatrices, con la «B.E.» de Barksdale Ermsworth.

—No has podido —concluyó la Dama.

Acuchilló la mano con el símbolo de Ermsworth. Utilizando sus poderes, luego la vara y la espada caída ardieron. El padre de Hollow Hallows retrocedió sabiendo que el poder de las antiguas familias se doblegaba ante él.

—¿Cuál es tu nuevo ardid?

—ESPERA Y LO VERÁS.

El fundador se retorció cuando sus huesos ardieron por dentro. Algo innombrable se estaba forjando en sus huesos, cambiando la estructura ósea por una armadura reluciente, la que poseyó en vida. Ahora era parte de su esqueleto.

—Sigues pensando que el pasado va a salvarte —dijo la Dama.

—NO VOY A PERECER AHORA NI NUNCA.

—Ya lo hiciste.

—AHORA NI NUNCA.

Hallington realizó una serie de movimientos fugaces. Cuando Huargo estuvo a tiro, le dio una patada y después guio sus manos hacia la Dama, empujándola a otro lado. Sus golpazos ahora eran más duros, más certeros, provistos de una ira incesable.

—ME HA ENCANTADO VERTE CAER EN MI TRAMPA —dijo—. ME CONGRATULA VER TU PODER, AHORA PUEDO MATARTE.

—Has dejado que te hiciera todo esto para ver mi poder.

—¿OSABAS PENSAR QUE ME VENCERÍAS ASÍ? ¿TE HAS CREÍDO QUE PODÍAS VENCERME? TU DON ME HACE REÍR, ARPÍA. NO ES NADA COMPARADO AL DON PERDIDO DE LOS HOWNLAND.

El dios abrió la boca y tragó un humo negro que le hizo crecer y envalentonarse. Eran las almas de los muertos de Hollow Hallows.

—HE VUELTO DE LA MUERTE. Y NO REGRESARÉ.

El islote se removió como si un poder atávico despertase en cada una de las rocas que se hallaban en él. Las fuerzas de Hallington se entregaban a su troll, a aquel engendro en el que se reencarnó como la noche da paso a un amanecer sangriento.

—LA MUERTE ES VUESTRA.

Las palabras resonaron por Hollow Hallows, desde la plaza hasta el pantano, desde los bosques hasta las casas, desde los campos abandonados hasta el cementerio.

—¿La muerte es nuestra, Hallington? —dijo alguien que no fue la Dama de Hueso.

El creador de Hollow Hallows la buscó. ¿Dónde estaba? Ni rastro. ¿Qué...?

—¡No queremos la muerte! —gritó la misma voz—. ¡Te la devolvemos!

Dawn estaba en el cuello de la estatua decapitada, trepó hasta allí sin que el

fundador la viese hasta ese instante. Y entonces saltó. Y cayó hacia Hallington.

El fundador abrió sus fauces para devorarla. No se percató de que la joven portaba la otra espada de hueso en sus manos.

La hoja se clavó en la cabeza de Hallington, cruzando el cráneo pútrido como una estrella fugaz lo hace con el cielo y liberando un océano de tinieblas sanguinolentas, como si sus ideas terribles escapasen de su celda.

—¡CONFABULADORA!

—¡Y a mucha honra!

Dawn se soltó mientras el ser se tambaleaba.

—¡TE ARREBATARON EL DON! ¡NO PUEDES HACERME NADA!
¡PROVENGO DE UN DON! ¡SOLO ALGUIEN CON UN DON PODRÍA
DETENERME! ¡Y TÚ NO LO TIENES! ¡NO QUEDA NADA DE ÉL EN TI!
¡PIENSO ENGENDRAR MUERTE EN TI SOLO PARA DISFRUTAR DE VER
CÓMO TU VIDA SE EXTINGUE! ¡NO POSEES UN DON!

La muchacha rodó por el suelo, a un lado, frente al monstruo. Frenó y se quedó de rodillas, diciendo:

—Pero ella tiene un don, acaso ¿no ha vuelto de la muerte?

—¿ELLA?

Antes de que Alfred Hallington pudiera contraatacar, un hilo surgió en su garganta tras varios golpes que fueron como hachazos contra el tronco de un árbol.

La Dama de Hueso lo decapitó por la espalda.

—Al fin y al cabo, no es la primera vez que te cortamos la cabeza, ¿no? —dijo Dawn.

Los brazos y piernas de Alfred Hallington se retorcieron sobre sí, arrugándose como papel. Una marea sepulcral recorrió el cuerpo del fundador. Los restos de los gemelos Ellis, Elliot y Allison explotaron como bolsas de pus. Los despojos de Elmer, Harriette, Margaret, Calvin y Jacob se envolvieron en costras negruzcas que explotaron en sangre azul oscura. La piel se cubrió de heridas como una piedra mellada por los martillazos de un ser sin piedad.

A su lado, la cabeza se agitaba como una cesta plagada de serpientes. Nubes negras fueron vomitadas por cada una de las hendiduras, a la vez que los huesos se retorcían saliendo de su refugio y fundiéndose en unas llamas negras.

El engendro, sin cabeza, procuró moverse para un último ataque, pero Seth abrió los ojos.

—No, otra vez no, capullo.

Y lanzó un rayo antes de volver a quedar casi inconsciente. La electricidad surcó el cadáver del ogro hasta que ardió como una pira y se desintegró bajo la sombra de su estatua, como un manuscrito quemado, como una piedra mellada por la corriente, como un pasado que es reescrito.

Sobre la tierra que osó fundar, el conquistador, el hombre que naufragó, el hombre que forjó Hollow Halls bajo el fuego del odio, el hombre que retornó de

los muertos, desapareció como solo algo que no se podría llamar hombre, sino más bien aberración podría haber hecho. Su espíritu oscuro se liberó con una descarga de aire que proyectó a Dawn, la Dama, Huargo y Seth al suelo.

Garric Odell se mantuvo en pie. En sus manos, tenía un trozo de papel y su sangre fue su propia tinta. Asintió y la oscuridad se lo llevó por delante, como a todo el islote.

Un chillido que nadie supo de dónde vino hizo que la lluvia inundase la plaza. El suelo se quebró, grieta sobre grieta, se dibujó un horizonte en el que todo se vino abajo. Las campanas doblaron sin cesar. Y los sobrevivientes de Hollow Hallows se unieron en un llanto lastimero.

Un grito.

Un grito que hizo que las nubes se volvieran más negras que las alas de los cuervos.

Un grito que agitó el suelo tanto como el corazón de los Hollow Hallows.

Un grito que cesaba el segundo advenimiento.

Un grito que sonó a miles.

Un grito.

Alfred Hallington había muerto.

Y Hollow Hallows también.

CAPÍTULO 68

La Dama de Hueso se mantuvo firme como su espada cuando el cuerpo de su enemigo cayó abatido. Alfred Hallington se desvaneció tras un último estallido que repartió sus cenizas hirvientes, las cuales dibujaron una calavera antes de desaparecer. Solo quedó un pedazo de su cráneo sobre la tierra quemada.

La oscuridad flotaba alrededor de Huargo, como si la noche lo convirtiera en un guerrero deseoso de hallar una próxima batalla, pero se dejó acariciar por Dawn. La adolescente ignoraba qué hacer, solo buscaba algún contacto con alguien, sentir que las mareas del mundo no la llevaban al abismo, que persistía en la realidad.

—Ha... No... Ha... ¿Ha terminado? —farfulló Seth, en el piso. Esperó. Estaba nervioso y tartamudeaba como Odell..., como Odell antes. La varita continuaba en sus manos, no quería que aquella escoria del fundador diese un movimiento final digno del jefe final de un videojuego—. No me lo he inventado, ¿no? Hallington ha... ¿Ha muerto? ¿Hallington ha caído?

Dawn perdió el equilibrio, pero Huargo la ayudó a quedarse en pie. Lo miró a los ojos y sintió que aún era el perro vagabundo que pasaba las horas muertas con sus amigos y ella en el Hoyo de la ciénaga.

—Seth —dijo Dawn—, lo importante es que Hallington no vuelva a levantarse. —Contempló algo que se movía con el viento. Era un papel mojado. Atrapó un pedazo. Lo miró. Era el pergamino del segundo advenimiento de Hallington. Lo destrozó—. Que no vuelva a levantarse —repitió—. Nunca más.

Seth sí se levantó, con cuidado, y aplastó los fragmentos de pergamino con sus zapatos.

—Estoy de acuerdo. Jodidamente de acuerdo... ¡A la mierda, Alfred Hallington! ¡A la mierda, Hollow Hallows! —Resopló largo tiempo. Procuraba poner en orden lo ocurrido esa madrugada. De ahí nació su duda—: Dawn, ¿os hizo algo aquel tío?

—¿Qué tío? —dijo Dawn.

Sabía a quién se refería Seth, pero quería ganar tiempo y buscar una respuesta que no fuese solo la verdad. Durante la batalla, Seth demostró que no era el de siempre en cuanto a lealtad. Acaso, ¿no ignoró a Odell a sabiendas?

—Ya sabes... ¿Pudisteis acabar con el Hollow Hallows raro, el del tatuaje del reloj? ¡Vaya aspecto se gastaba, el muy cabrón!

Dawn llegó a una coartada que no consideró desafortunada. «Espero que no recuerde demasiado a la muerte de Lamke...».

—Mientras atacaba a la Dama, se hirió a sí mismo con una especie de cuchillo que llevaba y Hallington lo derribó, aplastándole la cabeza.

No era verdad, porque la realidad no estaba hecha para Seth. «Si piensa que Garric es peligroso por su poder, pensará que la Dama, Huargo y yo misma lo somos

por acabar con ese hijo de la gran perra de los relojes».

Ya fuese por cansancio u otro motivo, Seth se tragó el anzuelo, pagó la cuenta y dejó una buena propina.

—¡Genial! Era traumático, digno de un cómic... Creo que lo vi antes, cuando salimos de la escuela, pero no estoy seguro.

Dawn no quería hablar de ese tema, no solo por lo ocurrido, sino porque no se encontraba con ánimo.

—Han sido días muy complicados, Seth...

El chico le dio la razón con un gesto, no obstante continuó:

—¿Sabes qué es lo más gracioso?

—Ni idea.

—Ja, te vas a reír. ¿Sabes quién creí que era cuando lo vi? Pensé que era mi padre, ¡una puta ilusión o algo! En fin, ¿quién coño era?

Dawn meneó la cabeza, absorta.

—No tengo ni la más remota idea.

Seth no halló nada extraño, pero observó a la Dama y Dawn.

—Si ella ha matado a Hallington porque tiene el don y tú solo fuiste parte de la treta, supongo que es porque mi hechizo no funcionó, no has recuperado tu don.

—Supones bien, por desgracia.

El muchacho le puso en el hombro una de sus manos, malheridas por los impactos que acometió Hallington contra él.

—Cuando descanse, te lo devolveré, Dawn. Los Dagan y los Hownland quedaremos en paz.

Dawn afirmó.

—Creo que vamos a necesitarlo.

—¿El don o la paz?

—Las dos cosas.

La chica miró a todos lados, para ver a los Hollow Hallows que quedaban con vida tras ser testigos de cómo su dios era destruido junto al resto del consejo. Estaban asustados y desesperados, como si su mundo hubiese fallecido, como si hubiera perdido su razón de ser.

—¿Y ese aire tan pesimista, Dawn? ¿Por qué? ¿Nada de «final feliz»? —dijo Seth a Dawn—. ¿Nada de fundido a negro? ¿No podemos tener un desenlace estilo cuento de hadas a lo *El retorno del jedi*, con los *ewoks* dando la brasa? ¿Tiene que ser un final traumático, como los de *Doctor Who*? ¿Ni siquiera un poco estilo *Harry Potter*, pasamos a un epílogo dentro de diez años y todos tenemos mil hijos con nombres tipo Rahne Caroline o Emily Ma? ¿Nada? ¿En serio? —Ni un atisbo de sonrisa en la descendiente de Oniros Hownland. Permanecía seria, como si la guerra no hubiese concluido—. Dawn, ¿por qué? ¿Qué has visto? ¿Qué viene ahora?

La contestación se limitó a la chica señalando a su entorno.

El heredero de los Dagan colocó sus ojos sobre los habitantes de Hollow Hallows.

¿De Hollow Halls? Ya no quedaba nada, ya no tenían su hogar. Varios asistían a sus muertos o heridos. Algunos maldecían enloquecidos, llegando incluso a cortarse el cuello con sus cuchillos. Pero muchos, la mayoría, observaban a los descendientes que tanto odiaron. Seguían vivos y Alfred Hallington y su consejo no. Hasta el viento pareció amenazar con derribar la estatua sin cabeza.

—¿Qué sucederá con ellos ahora? —dijo Seth a Dawn—. ¿Crees que se pondrán a jodernos si intentamos irnos? Me importa una mierda que practiquen el suicidio en grupo si tanto se asustan de reconstruir esto o irse de la isla... Aunque ¿cómo se irán de la isla? Ni siquiera saben nadar o usar un puñetero barco. Ya no hay puente... Bah, da igual, ¿por qué mostrar indulgencia con estos tipos? Que se suiciden me parece lo más normal y merecido, pero quiero saber si van a jodernos, si van a intentar cazarnos.

—No sé lo que pasará ahora, Seth —contestó Dawn y se repitió para sí misma—: No lo sé.

Antes de que los habitantes dijeran algo, la Dama agarró un trozo de la cabeza de Hallington y caminó hacia delante, Huargo la escoltó. Dawn y Seth los vigilaron con suma atención.

—Caro... Rah... Dama de Hueso, Huargo, ¿no vais a celebrar la victoria ni nada? —dijo Seth al final. La guerrera siguió de largo—. ¿Adónde se piran, Dawn? ¿Qué van a hacer? ¿Es todo eso parte de un ardid? ¿Habéis hecho honor al mote de los confabuladores y habéis confabulado algo?

Una sombra de inquietud se posó como un cuervo en el alma de Dawn.

—Confabulamos el fin de Alfred Hallington, su segunda muerte a manos de alguien con el don, pero no sé qué están haciendo ahora con la cabeza.

—Nada bueno, imagino... —pensó Seth en alto.

Los Hollow Halls escudriñaron con terror la estampa. Sobre los restos de la plaza, los muertos y los charcos de sangre de la tormenta, la oscuridad encarnada en la Dama de Hueso se liberaba a su alrededor y solo se detuvo ante Garric Odell. Tanto Huargo como mostraron un semblante orgulloso cuando caminando sobre los escombros. La hechicera levantó la cabeza decapitada de Hallington, mostrándolas a todos los presentes. El llanto y el dolor se contagiaron como un virus entre los pueblerinos.

La amazona y su montura se pararon ante Garric. Fue entonces cuando el escritor se arrodilló.

—Aquí tenéis —dijo la Dama a Garric.

La cabeza de Alfred Hallington ardió, consumiéndose en un tiempo precoz. Unas garras invisibles forjaron una calavera negra. La mandíbula se derritió, mas no se derramó, sino que se levantó formando unos picos que recordaron al interior de las teclas de una máquina de escribir. La transformación continuó hasta que el frío al que dio paso la lluvia de sangre la congeló. Un leve humo se alzó unos segundos antes de quedar trazada como si fuera en una piedra preciosa negra.

—Vuestra corona —continuó la Dama.

Seth lo percibió con temor, con auténtico temor. Sus manos se movían inquietas. Como pudo, señaló a la Dama y el lobo.

—¿Qué está pasando, Dawn? ¿Qué demonios está pasando con la princesa Mononoke?

Unos ruidos en el ambiente no le calmaron, era como si el mundo se estuviese preparando para cambiar.

Garric Odell mantuvo su cabeza gacha y le respondió a la Dama:

—Acepto mi corona.

Su súbdita, porque eso era ahora, posó la corona sobre la cabeza de Garric Odell.

Los Hollow Halls, sin líder ni horizonte, supervivientes de una batalla que les marcó, lloraron al reconocer que la serpiente estaba decapitada, ¿qué haría el resto del cuerpo? ¿Perecer o sobrevivir? ¿Se matarían a sí mismos, se dejarían aniquilar o harían lo peor, algo que muchos ni querrían reconocer: cambiar de amo?

La Dama gritó con esplendor:

—¡Que los hados salven al rey Odell y su reino de Utopía!

Y como las cucarachas siempre buscan sobrevivir, los sobrevivientes se inclinaron ante la nueva luz en sus existencias: el soberano Odell.

Hubo un seísmo corto, pero tan grave como para que todos lo notasen. ¿Qué pasaba más allá de la plaza, entre las nubes oscuras que se dispersaban? Seth y Dawn pusieron la vista al fondo, hacia el pantano. Era como si algo estuviera saliendo de él. ¿Una especie de torre? No podía ser, no era posible. ¿En serio?

—¿Qué está pasando? —repitió Seth. Algo iba mal, muy mal.

Dawn le miró, pesarosa.

—Puedes ver con tus propios ojos lo que está pasando, Seth.

Garric Odell se levantó mostrando su corona y abrió sus brazos.

—Bienafortunados seáis, siervos míos —dijo.

Hollow Halls, ahora llamado Utopía, tenía un nuevo señor.

CAPÍTULO 69

—Utopía será un reino cimentado sobre el esplendor, la maravilla y la libertad — aseguró el rey Odell a sus súbditos, poco después del fin de Hollow Hallows.

Dawn y Seth contemplaron durante un largo rato a Garric, que disponía de los presentes como si poseyera el alma de cada uno. Nada quedaba en el monarca de aquel chico de voz temblorosa, que llegó durante el verano para acabar con Hollow Hallows, porque ya nada quedaba tampoco de aquel lugar maldito. Sus gestos eran seguros y sus palabras confiadas, como si se hubiese transformado tanto a sí mismo como su propio mundo, como si fuese parte de su novela. El antiguo Garric conocía y temía su poder, el rey Odell creía y mostraba su don.

—Qué asco tener que aguantar discursitos después de todo, ¿eh? —susurró Seth y se sentó en las ruinas de la plaza.

Dawn se puso a su lado. Estaban lo suficientemente lejos como para que Odell, la Dama, Huargo o los pobladores de Utopía no les escuchasen. Tenerse el uno al otro valía bastante.

—Creo que ahora somos los únicos que tenemos cerebros en esta isla —dijo Dawn pasando una mano por el rostro, cansada.

—¿Estás diciendo que soy listo? Has dicho que tengo cerebro.

—No te crezcas. Ni te ilusiones. Estamos rodeados de zombis.

Y el razonamiento de Dawn no se antojaba como erróneo. Los desertores del viejo régimen clamaban por una piedad que Odell no disponía.

—¿Sabes, Dawn? No estoy preparado para esto.

—¿Y quién lo está? Nadie está preparado para cambiar la realidad y forjar un reino en un par de minutos, Seth.

—No me refiero a las gilipolleces de Odell, a eso nunca me acostumbraré. Me refiero a otra cosa. —Hizo una pausa, ordenando sus sentimientos—. He de decirte... Te confieso, más bien, que... Nunca imaginé que venciéramos a los Seis ni a Hallington, nunca. —Sus ojos se rayaron—. Siempre luchábamos, incluso cuando nos mataban (y a algunos de forma literal, como es tu caso), pero yo pensaba que íbamos a morir. Sin más, que no habría un momento tras la batalla, tras Hollow Hallows.

Su amiga movió sus manos, como si dibujase con ellas el horizonte que se destripaba ante ellos.

—Y ahora eso ha cambiado. Hollow Hallows ha muerto y nosotros seguimos vivos.

—Contra todo pronóstico.

—Sí, eso sin duda, Seth.

—¿No te sientes...? ¿Vacía? No sé...

Dawn se encogió e improvisó:

—Me siento como una soñadora a la que se le acaba el sueño y no sabe qué más hacer.

—Eh, ah, vale, sí, muy poético, pero... Más bien es como... Es como si algo que hubiese llenado tu existencia hubiese desaparecido... No volvería a las torturas o la locura de Hollow Hallows, pero es que... Nunca esperé superarlo.

—Sí, Seth. Te entiendo. Yo también me pregunto qué viene ahora. Nunca pensé en nada que no fuese huir. ¿Qué hace un moribundo cuando no muere?

El joven le dio la razón para luego centrarse en Odell que seguía hablando con los supervivientes.

—¿Vivir? —dijo Seth sin mucha seguridad.

Los restos de Hollow Hallows gritaban, porque sus cuerpos se convulsionaban en una danza quimérica, como si algo les prendiese fuego y les helase al mismo tiempo.

—¿Les castiga? —preguntó Seth—. ¿Les tortura?

Dawn negó.

—Les convierte.

Seth abrió bien sus ojos.

—¿En qué? ¿En sus lacayos?

La muchacha volvió a negar.

—En sus personajes.

Seth asintió, entendiendo al fin.

—En sus lacayos, pues. Terrorífico.

Las carnes de los Hollow Hallows se revolvían como si algo les agitase desde su interior, como si fueran crisálidas abriéndose ante lo que se escondía en su interior. El soberano les decía para sosegarlos:

—Es el cambio. El cambio es necesario.

Y esas palabras, tan simples y tópicas, apaciguaban a los que ahora eran sus sirvientes. Pero era imposible. Si a alguien le cortan un brazo y le dicen: «es necesario», no se calmará. Si le sacan los ojos con un punzón ardiente, un «es solo un cambio» no hará que la bilis no escape de las cuencas. Si le desuellan vivo, una caricia no colmará su semblante de solaz.

—No te preocupes, Dawn. Creo que Odell va a darnos motivos para seguir queriendo huir.

La interpelada guardó silencio, pero las palabras de Seth eran un peso en su alma.

—No obstante —continuó Seth—, creo que va a crear su propio mundo aquí. ¿Y sabes cuál es mi consuelo?

La heredera de los Hownland halló una respuesta en un aspaviento perdido de su compañero, uno que se dirigió a la costa.

—¿Que si es su mundo no tiene por qué ser el tuyo y puedes irte?

Seth aplaudió.

—¡Exacto! —dijo.

—Propones marcharnos...

Algo desencajó la seguridad de Seth.

—Eh, ¿por qué lo dices con tanto pesimismo? ¿Crees que podremos irnos de esta fantasía onanista de ese marrano? Adiós, Utopía, adiós, Odell, a la mierda todo... ¿Crees?

Dawn se rascó la mejilla, pensando y concluyendo con un:

—¿Por qué no?

Un par de habitantes se retorcieron en el suelo. Sus rostros fueron velados por cicatrices y ojos, siendo ahora alguna de las criaturas del libro de Odell. Eso provocó que Seth se horrorizase y soltase un inquieto:

—No lo sé.

Los Hollow Halls se ampararon, postrados ante Odell. Se acercó a la primera línea de ellos, tendiéndoles la mano como un santo que se rodea por los más graves leprosos antes de obrar el milagro.

—La única novela que mi padre vendió a una editorial se titulaba *All hail the King* —dijo en alto—. Espero que esté donde esté, mi padre comprenda el homenaje que le he hecho en mi novela con este acto. No obstante, mi novela, sin duda, será más exitosa.

Seth le hizo un ademán a Dawn para que se diera cuenta de que le iba a decir algo:

—¿Esto de «todos dándole la razón» lo ha planeado él en su librito? ¿Y solo era un puto guiño a la novelita de su papi? Es decir, ¿ahora es el punto dictador de esta mierda de piedra porque cree que es una manera de rendir culto a su padre y seguir con su subnormalidad? Sé que hay más mierda en el váter, pero eso es la que veo que está rebosando.

Dawn tomó aire. Seguir viva era su contestación.

Odell continuó hablando con los refugiados:

—Al fin y al cabo, soy lo que mi padre y el mundo hicieron de mí. Ahora es el momento de que el mundo sea lo que yo haga de él.

Se escuchó un rezo entre los habitantes del islote.

—No hay oscuridad y vemos las estrellas, no hay oscuridad y vemos las estrellas, no hay oscuridad...

Esas oraciones en vano dibujaron una sonrisa melancólica en Garric Odell:

—Habrá y veréis lo que yo deseé que haya y veáis —contestó.

El susurro terminó.

Huargo y la Dama escoltaron al monarca.

—¿Estáis seguro, mi señor? —dijo la Dama a Odell—. Estas viles criaturas no merecen vivir. Son hijos de un mundo decadente.

El rey escritor valoró el consejo de su protectora.

—Un mundo decadente que yo he destruido —contestó—. No merecen vivir, tal y como son, pero sí por lo que va a convertirse.

Una nueva tormenta empezó sobre sus cabezas y esparció su amargo fruto sobre las caras de los Hollow Halls, abrasándolos, carcomiéndoles la carne y haciendo surgir nuevas formas bajo la niebla.

—¿Qué le estás haciendo a Hollow Halls? —preguntó Seth a Odell. Ya no aguantaba más aquel sinsentido.

Dawn se percató de que su amigo ya sabía lo que Odell estaba haciendo, pero quería escucharlo de su propia boca para que así ella también lo escuchase. Dagan no ignoraba que ella albergaba dudas.

—¿Hollow Halls, amigo hechicero? —preguntó Garric—. Hollow Halls ya no existe.

La tierra rugió como si mil océanos hubiesen liberado de su interior el deseo de desbandarse.

—Existe mi reino y se hará lo que ordene —agregó Odell—. Está escrito.

Desde la ciénaga, iniciándose en el refugio de los descendientes (el Hoyo), creció un muro de dura piedra con almenas de oro y torres de centinela que refulgía en la noche. En su interior, la calzada creció como un charco, siendo cada gota de lluvia una nueva piedra del camino. A su vez, los gloriosos edificios, poseedores de la belleza de un arte que más que medieval era fantástico, nacieron como si tuviesen raíces debajo de la tierra y fuesen árboles deseando alcanzar el cielo. Solo fue el principio.

La nueva urbe devoró escombros del Caserón Woods, tragando los campos de trigo abandonados para forjar un nuevo mundo. Los restos de la calcinada granja Dagan, el abandonado hogar de los Jones, el cementerio y cualquier atisbo de lo arcaico desapareció, puente tras puente, torre tras torre, palacio tras palacio, efigie tras efigie... Era como si nada fuera ya lo que era, como si un majestuoso y mágico escenario se tendiese ahora ante ellos y nadie pudiese renunciar a él.

—Pero ¿qué...? —dijo Seth, sorprendido. No disimuló la mezcla de pánico y fascinación que se hizo con él—. ¿Cómo lo ha hecho sin perder toda su energía?

Dawn dio una vuelta para vislumbrar más de aquel génesis.

—Estoy pensando en ello, Seth, pero no estoy segura...

Seth señaló una estatua de Odell que surgió ante él, tallada en bronce, oscureciendo la que tuvo Hallington.

—¿Y esto? ¡De pronto está en plan Doctor Manhattan, creando su palacio de Marte! ¿Qué me he perdido, Dawn?

—Debe ser... Creo que... —Dawn dudó—. Ha usado algún truco en su novela —contestó, más el sentido era demasiado veloz para ella—. Debe haber tomado más poder de forma gradual, no súbita. Ha llegado hasta el momento en que quería, donde los Seis y Hallington han caído y él se ha impuesto... Una trampa le ha dotado de este poder...

Trazando giros imposibles, una torre estuvo a punto de separarlos mientras avanzaba hacia el firmamento. Seth la tocó y dijo:

—¿Soportarás que el hijo de puta de Garric cambie el mundo, Dawn?

La chica se obnubiló al notar cómo la Casa de la Ley y las antiguas residencias de los Seis mutaban en fastuosos recovecos de Utopía.

—No es el mundo de mis sueños —dijo.

Un terremoto sacudió las calles de Hollow Hallows y una descarga de relámpagos lo cubrió como el manto con el que una madre asfixia a su hijo deforme en una noche de ira. La lluvia de sangre se convirtió en agua, pero no un agua clara y cristalina de un arroyo, sino nociva, que borró a los Hollow Hallows tal y como eran, igual que su viejo mundo.

El campanario se derrumbó, convirtiéndose en un alto torreón de un estilo medieval, mientras que la campana tomaba el aspecto de un enorme diamante. Cada casa e incluso cada elemento como el mercado, el depósito de agua, la pequeña central eléctrica o las casas mutaron en la fantasía de Odell.

—¿Son cosas más o esto se está convirtiendo en un reino enorme tipo *El Señor de los Anillos*? ¿Estamos en Minas Tirith? —preguntó Seth, retrocediendo. Pensó guarecerse bajo un portal, pero este se disipó, cediendo su lugar a parte de la muralla —. Dawn, ¡nos está atrapando!

Creyó que la adolescente diría algo para defender a Odell, como de costumbre, quitándole hierro al asunto, pero no dijo nada.

Los Hollow Hallows chillaban de horror. Sus pensamientos se descolgaban y se olvidaban para forjar lo que eran ahora, sus vidas anteriores evolucionaban en las vidas escritas por Odell.

Algunos que fueron vendedores del mercado, ahora sabían que siempre fueron habitantes aterrorizados por el dragón.

Algunos que fueron fieles a la iglesia de Hallington, descubrieron que siempre fueron fieles a las órdenes del rey retornado.

Algunos que fueron cazadores de Hollow Hallows, ahora sabían que siempre fueron soldados y escoltas de Utopía.

Algunos que fueron dignos hijos de aquel islote, ahora sabían que siempre fueron amorosos hijos de Utopía.

Cuando algunos vieron reflejados sus rostros, los encontraron terriblemente deformes, pero no se asustaron, pues creyeron que siempre fueron los que poseyeron. Otros vieron crecer alas de insecto en sus espaldas. Algunos vomitaron gemelos muertos que se abalanzaron sobre sus rostros... Ninguno fue el mismo y pronto se expusieron como criaturas mitológicas soñadas por una mente enferma, soñadas por la mente de Odell, desde pequeñas hadas caníbales hasta hombres lobo con los rostros reducidos a cueros colgantes.

La pesadilla de cualquiera era el sueño del soberano, porque él y solo él gobernaba sobre el mundo de los monstruos.

Sonó un crujido oculto por el tintineo de una lluvia y un viento que dibujaban sobre las cenizas del antiguo Hollow Hallows. Altas columnas de nácar brotaron con

banderas con una imagen de un libro, el símbolo de Odell. Sostuvieron las cúpulas de hermosos pináculos y bóvedas ornamentadas de riqueza, que germinaban como si fueran frutos de una locura incesante.

Era como ver el nacimiento de una ciudad a cámara rápida, pero no era una metrópolis sin más, era un reino de reinos, era la cima del poder hegemónico de Odell: su palacio, su mundo, su fantasía. Dawn se perdió en esa vorágine. Seth no por lo que dijo:

—Que ponga más gárgolas y catedrales, cuadras para hipogrifos y tiendas de magia, pero no cambiaré la esencia de Hollow Hallows. Este lugar está maldito. Siempre lo ha estado... Tenemos que huir.

Seth cogió a Dawn del brazo para ir hacia una puerta próxima.

—Dawn, ¿crees lo que yo creo? ¿Crees que Odell es ahora nuestro enemigo?

La muchacha meditó las palabras antes de pronunciarlas. Detrás de la puerta, caía un puente levadizo para un foso que se comenzaba a abrir alrededor del reino, como un anillo ígneo.

—No creo que sea nuestro amigo.

Seth se encogió de hombros y se dio más prisa.

—¡Genial! Si te sirve de consuelo, el mío nunca lo fue.

Estaban a un suspiro de la salida cuando la puerta ciclópea se cerró.

La muralla quedó ciega.

Y Seth y Dawn atrapados en Utopía.

CAPÍTULO 70

Tras la tormenta y la oscuridad, un sol radiante encendió Utopía con el albor de un nuevo día, de un nuevo tiempo.

Los seres se marcharon hacia sus nuevos hogares después de que la Dama lo ordenase con un movimiento de su espada. Pronto, las calles, que se antojaban como construidas desde hacía siglos, se quedaron vacías a excepción del rey, Seth y Dawn.

El autonombado soberano se aproximó a sus amigos luciendo una sonrisa. Su indumentaria cambió; portaba una larga y pesada capa como hecha de gruesos folios mil veces escritos y que envolvía unos ropajes antiguos, surgidos de una fantasía medieval. Se apoyaba en un bastón que Dawn reconoció apresurada: era el que cogió de los viejos objetos de su casa para el muchacho.

—¿*Cosplay*? ¿En serio? —masculló Seth, asqueado.

Cuando Seth y Dawn se miraron, sus ropas tampoco eran las que fueron rotas por las diferentes palizas. El descendiente de los Dagan volvía a llevar su viejo abrigo estilo *Doctor Who* («¿me está escribiendo? ¿Se está saltando el trato?», pensó); Dawn lucía unos ropajes de cuero bajo los que había una ligera cota de malla.

—*El mago y la guerrera* —murmuró Seth, desanimado—. Deberían hacer una serie de televisión patética sobre nosotros.

Dawn no llegó a contestar, porque Odell les alcanzó y les dijo con tono tranquilo:

—¿Os gusta el cambio? Considero que es a mejor.

Seth pensó en un chiste malo que soltar sobre la falta de humildad de Odell, sin embargo Dawn fue la que habló y no con ninguna broma:

—No nos hemos acostumbrado a verte a ti cambiado como para acostumbrarnos a lo que le has hecho a Hollow Hallows...

Garric gruñó.

—¿Hollow Hallows? —replicó Garric como si nunca antes hubiera escuchado ese nombre—. Dawn, por favor, piensa un poco. Deberíamos olvidar ese..., ese término. A ciencia cierta, sé que cuando mi historia termine de establecerse, nadie recordará ese..., nombre, pero ¿por qué no empezamos ya? Hagamos desaparecer este sitio incluso de nuestra memoria. Todo será más fácil.

«Todo será más fácil», repitió Seth en su cabeza. Sonó espantoso. Más de lo habitual.

Garric caminó hacia un lado para pensar y estirar las piernas (Dawn y Seth se fijaron en que se había recuperado. Se tambaleaba y le costaba andar sí, pero ni rastro de las magulladuras, los disparos, los huesos rotos...).

—Pensaba que el plan era distinto —dijo Dawn a Odell.

El joven renegó, como si escuchase la idea estúpida de alguien demasiado joven para conocer la verdad de la vida, verdad que él sí conocía.

—Dawn, escapar era el primer plan, pero, por suerte, mi novela y poder han surtido efecto —respondió. Acercó su mano a la muchacha. Ella retrocedió para disgusto de Odell—. Bien, entonces... ¿Qué sucede? —Nadie le replicó—. ¿Albergabais algún aprecio hacia Hollow Hallows y yo no me había dado cuenta? ¿De ahí esas caras tan largas? —Seth chistó, pero no dijo nada—. ¡Hollow Hallows ha terminado! —Entrecerró los ojos y pasó los dedos de su mano derecha por sus labios, como si los hubiese tocado el ácido—. Ah... Hollow Hallows... Me da asco hasta decirlo... Pero es la verdad, ha terminado. Aceptadlo. Se inicia un nuevo tiempo. ¿No es lo que queríais? —Dawn quería que Odell se callase, Seth quería partirle la cara a Odell—. He luchado por volver a escribir, vosotros me ayudasteis, me lo pedisteis, hemos sobrevivido gracias a ello. ¿Cuál es el pero? ¿Cuál es el inconveniente?

Seth miró a Dawn.

—¿Le hablas tú, Dawn, o empiezo a soltar mi mierda deprimente adornada con alguna bromilla mala o alguna referencia *nerd*?

Odell levantó la mano haciendo una petición. Dawn no estaba para formalismos, pero le concedió la palabra al rey.

—Si algo he aprendido de mi labor como escritor es que no siempre se puede captar la magnificencia desde el lugar más bajo, a veces lo hay que hacer desde el corazón.

Seth inclinó la cabeza, ¿iba a tener que soportar mucho tiempo más esas chorradas? «¿Ahora empezamos a soltar poesía o qué? Tengo que empezar a ver si encuentro palabras que rimen con hijo de puta...».

—Hablemos en el castillo —prosiguió Odell contemplando sus engalanados ropajes—. Desde allí comprenderéis mejor la situación y las nuevas oportunidades que se nos presentan.

Caminó hacia delante, esperando que Dawn y Seth fuesen tras él, pero ninguno dio ni un solo paso.

—¿Y si no queremos ir?

Para sorpresa de Garric, no lo dijo Seth, lo dijo Dawn.

—¿Por qué no querías? —preguntó el escritor sin hallar ninguna respuesta posible.

Dawn dio un paso y otro, y otro más..., tras Odell.

Hubiese jurado que no quería, pero lo hizo.

Seth la siguió y le murmuró al oído:

—¿No piensas a veces en si hacemos las cosas realmente porque queremos o porque las ha escrito él?

Ella respondió en tono bajo:

—Lo llevo pensando desde hace tiempo.

La travesía se sumergió en las nuevas calles, que solo confirmaron lo que ya suponían: estaban en medio de un mundo inspirado en la fantasía épica, la espada y la

brujería e incluso los cuentos de hadas. Las influencias de Garric Odell formaron olas en su mente que chocaron contra el espigón de su escritura y cada palabra tejió aquel reino de Utopía. *El Señor de los Anillos, Las Crónicas de Narnia, El Rey Arturo*, los mitos nórdicos y grecolatinos, los cuentos de los hermanos Grimm... Lo irreal que tanto amaba Odell brotaba allí en todo su esplendor.

Seth no estaba muy contento. Por mucho que amase el género fantástico, nada le acostumbró a aquello. Menos al ver a algún orco espiando desde las alcantarillas o pequeñas hadas esqueléticas, de ojos de camaleón, sobrevolando las construcciones. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se sentía como en una inmensa partida de rol?

—Mi estratagema fue escribir poco a poco el proceso de transformación —les reveló Garric Odell mientras marcaba el rumbo—. Como habréis supuesto, la fantasía tarda en devorar a la realidad y hacerlo de golpe me hubiese matado al dejarme sin energía.

—Una pena, sin duda —susurró Seth.

—Por suerte —siguió Odell, obviando a Seth—, aproveché la posibilidad de que el surgimiento de un don como el renacimiento de las gemelas Jones supusiera un posible punto de inflexión donde la realidad se tambalease y yo pudiera transformarme en monarca.

Seth se encogió de hombros. Devoró mucha ciencia ficción en sus horas libres, pero nadie le dejó listo para escuchar en voz alta esos datos sin que le diese algún signo de fatiga.

—Si añadimos que a todo eso se sumó la aparición de Alfred Hallington y demás, la ruptura de la realidad estaba más que servida y mi ascenso..., bueno, ya veis cómo he ascendido.

Una risita de Odell crispó los nervios de Seth.

—Cuidado con subir muy rápido —increpó—, se puede caer más rápido aún.

Garric Odell soltó una risa más forzada. El tartamudo que conocieron hasta hacía unos días hubiera sido incapaz de hacer un acto de tamaña arrogancia y prepotencia.

—¿Qué sabrás tú de caer, Seth? —dijo—. Yo llevo toda mi vida cayendo. Lo suficiente como para saber mucho sobre lo que se sufre cuando uno se viene abajo y cuando uno choca contra el piso. Y presta atención, lo más importante que he aprendido es lo siguiente: no volver a caer. Nunca jamás.

—Nunca jamás —repitió Seth sin tomarse en serio a Odell—. Eso, aparte de mucho tiempo, es muy de cuento de hadas.

El escritor señaló hacia delante, a lo que había tras el puente de piedras preciosas, adornado con imágenes de hipogrifos, un fénix y varios guerreros: un esplendoroso castillo.

—¿Y qué no es digno del nunca jamás de los cuentos de hadas si estamos en Utopía? —contestó el monarca.

Las palabras impactaron contra el horizonte, como la luz de la mañana. El palacio del rey Odell era fastuoso y colosal, construido para ser similar a un libro gigantesco,

uno que solo podría leer un titán (pero, acaso, ¿Odell no lo era?). Esa muestra de autoridad era una mole más alta y larga que muchos cerros, coronada por una docena de pulcras torres como plumas en un tintero. Una especie de estacas eran las solapas de diversos libros antiguos, uniéndose en una cólera sinfín de una biblioteca donde habitar. Los muros blanquecinos simulaban páginas por escribir de una historia imborrable. Toda la fortaleza brillaba en la luz del amanecer con el resplandor del firmamento.

—Ahora estás montado en el dólar, ¿no? —le escupió Seth a Odell—. Ahora ya no vas ni a escribir la lista de la compra.

Odell no sonrió esta vez, sino que se mostró altivo.

—Tengo una novela que terminar.

Seth masculló:

—Sí, ya, claro...

Garric indicó que avanzaran hacia los puentes de esmeralda y las otras formas de riqueza sin parangón de las que ostentaba. Había varias armaduras escoltando el camino, con armas como mazas y arcos con flechas, inertes centinelas de la eternidad. La mirada de Dawn se fijó en la ballesta de uno de ellos. Tuvo un escalofrío.

—¿Recordáis este lugar? —preguntó Garric. Seth se cuestionó que hubiese estado allí antes, Dawn no—. Era el Hoyo.

Contemplando las columnas de plata y los adornos de oro, Seth evocó el barro y la basura de otrora y comentó:

—Prefería como estaba antes.

—Tú y tus chistes infantiles, Seth...

Garric le dejó de lado, deleitándose con su creación.

—¿Quién ha dicho que fuera un chiste? —musitó Seth. Dawn le pidió silencio—. ¿Y esas armaduras? ¿De qué vas a protegerte si tú los gobiernas? ¿Temes que tus mascotas se reviren?

Garric le miró sombrío.

—Nunca se sabe.

Y el rey se adelantó.

La Dama de Hueso les aguardaba. Abría las puertas a su paso sin tener que tocarlas, solo deseándolo. «Es una hechicera y parece más fuerte que yo», dijo Seth para sí. «No creo que deba soliviantarla... ¿Soliviantarla? ¿Estoy usando esas palabras raras ahora? ¿O será una palabra que ese cabrón de Odell me ha metido en la cabeza?». El chico quiso reorganizar sus ideas cuando vio que Huargo trotaba al lado de su amiga.

—Eh, Huargo, vaya estirón has pegado —le dijo Dawn al lobo.

Huargo no se detuvo; siguió de largo. La muchacha sintió cierta tristeza.

—Se le debe haber subido a la cabeza todo esto —susurró Seth. «¿A quién no?»—. Aunque ha cambiado, como todos... Es una puta mierda, Dawn, pero... Tal

vez hay que admitirlo, nuestro Huargo murió.

Garric Odell les escuchó.

—Vuestro Huargo sigue vivo en el nuevo —dijo—. ¿Qué iba a cambiarle a él? Él siempre fue bondadoso y valiente. Solo le di poder y más vida, pero su alma es la misma... —Titubeó, como si buscara una respuesta mejor—. Casi toda, al menos. Solo está aceptando su nueva condición. —Y zanjó el tema con un—: Huargo... Ya se..., arreglará.

—¿Se arreglará? —remedó Seth—. Es un ser vivo, no un objeto. Las cosas se arreglan, los seres vivos no.

Odell tomó aire, como si se estuviese hartando y quisiera disimularlo sin conseguirlo.

—¿Curarse o arreglarse? Sé la diferencia, pero ¿qué más dará? —dijo—. Sé el valor de las palabras, pero...

—¿O lo escribirás tú para arreglarlo? —le interrumpió Dawn, abortando el inicio del monólogo sobre literatura del autor.

Odell se dirigió a ella, con calma.

—Si hace falta, ¿por qué no?

La adolescente puso la misma cara que mostró Seth, un gesto de desaprobación e incredulidad, aunque él refunfuñó. No les gustaba la actitud de Odell mientras paseaban por aquellos pasajes claros, donde la falsa realeza se volvía imperante.

—La muerte de mi padre ha servido para darles vida —dijo el rey sobre Huargo y la Dama—. Queda ahora que esa energía se convierta en una propia. Es un proceso, una catarsis. Comprended que no todo puede ser perfecto... Aún no.

—¿Perfecto? —cuestionó Seth y rio—. ¿Quieres que esto sea perfecto? ¡Perfecto! ¡Vas mal, tío! ¡La perfección no existe!

Garric Odell se paró ante unas magníficas hojas de una puerta, talladas con símbolos antiguos, y que comenzaron a abrirse tras la orden de la Dama. Miró atrás un segundo, mientras el resplandor del oro, la plata y las gemas preciosas cegaba a Seth y Dawn.

—¿No existe la perfección o es que los mediocres aún no la han alcanzado e ignoran su magnificencia? —preguntó y pasó adelante—. Porque decidí una cosa mientras veía morir a enemigos como Blackmouth y es que yo jamás sería como ellos, nunca sería un monstruo, jamás sería mediocre. Acaso, ¿veis mediocridad aquí?

La cámara del trono estaba bendecida por un candor conformado por docenas de libros que envolvían todas las paredes; eran refulgentes como el amanecer o las montañas de oro de la guarida de un dragón. Al final se hallaba el trono, donde Garric Odell se sentó mientras surgían dos asientos más delante de él, para Seth y Dawn. La Dama y Huargo permanecieron custodiando la entrada.

—Hemos aquí, tras la gran batalla y la poderosa tormenta, decidiendo qué será de nuestro mundo —dijo Odell.

Dawn no se mostró tan solemne.

—¿No vas a quitarte esa corona, Garric?

—¿Por qué debería, Dawn?

Dawn y Garric se enfrentaron en silencio. Seth fue el que lo hizo en alto:

—Venga, Odell. Esa corona debe pesar, podría aplastarte las pocas neuronas que tienes y, para ser sincero, tampoco te queda muy bien... Te hace más cabezón de lo que ya eres.

Garric evadió a Dagan, solo tenía ojos para Dawn, que dijo:

—Pensé que la corona y demás solo eran un juego, Garric.

—¿Un juego? Nada es un juego.

—Un juego para que los demás creyesen en tu historia —contestó la joven—. No pensaba que necesitases atrezo para hablar con nosotros.

Garric se ladeó sobre su asiento, meditabundo.

—Creo que Dawn se refiere a que te podrías haber ahorrado el *cosplay* —bromeó Seth, burlón.

Odell no se rio, Seth tampoco tenía el deseo de que lo hiciera.

—Mi mundo, mis reglas, mis formas —respondió el monarca, zanjando esa parte de la conversación. Su voz sonó segura y cándida. ¿Dónde estaba el tartamudo que era hasta hacía unas horas?—. Os he traído porque os valoro. Os necesito para gobernar este mundo.

La sorpresa poseyó tanto a Dawn como a Seth. ¿Cómo quería Odell que ellos contribuyesen al destino de Utopía?

—¿Este mundo? —cuestionó Seth mirando a través de un ventanal—. Espero que te refieras solo a esta isla, porque como le hayas hecho esto a todo el mundo...

—Este islote es nuestro mundo —corrigió Garric.

Seth suspiró, aliviado. Aquel lunático no tenía poderes más allá de esa piedra flotante donde estaban. «El resto del mundo será normal, que se quede con su Azkaban, con su isla del Dr. Moreau... Podremos irnos... Si nos deja», pensó.

—El problema siempre fue que para algunos, Hollow Hallows era su mundo y nosotros no queremos eso —contestó Dawn—. Queríamos huir, ahora ¿por qué querríamos permanecer aquí?

Garric profirió un bufido, como si lo dicho por su amiga de la infancia fuese una sandez.

—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? ¿Es tan complicado verlo? —dijo—. ¿Por qué huir si ahora podemos quedarnos en un sitio mejor que Hollow Hallows? ¡Espabilad! Toda nuestra vida hemos sido personajes corriendo sin sentido de los mayores miedos posibles. Ahora, hemos destruido esos terrores, ya no tenemos por qué huir, ¿por qué marcharnos y no disfrutar de nuestra justa recompensa?

Se cumplían los peores presagios. Seth se acomodó y meció su barbilla, reflexivo. Miraba a Odell y Dawn, como si los juzgase. Se percató de que aquella conexión entre ellos, aquella relación sin palabras que mostraban a veces y a él le ponía nervioso, se estaba destruyendo, «porque Odell ya no es Odell y no creo que se

acostumbre a ser el que era, ahora que tiene el poder. No será como Huego... Ni creo si quiera que Huego vuelva a ser el de antes».

—He sido piadoso —se justificó Garric Odell—. Siempre. No quise escribir por temor a hacer daño a los demás. Luego, cambié de actitud para salvaros. He procurado lo mejor para vosotros. Podría haber matado a los sobrevivientes de Hollow Hallows, pero les he dado una nueva oportunidad. ¿Por qué no me la dais a mí? ¿Tan mal gobernante soy?

La pregunta hizo eco por la sala del trono hasta que Seth respondió:

—Quizás el problema es que quieres ser el gobernante. Y has tejido un mundo a tu imagen y semejanza.

—No sé qué hay de malo en eso...

Seth rio y soltó:

—¡Por los dioses! ¿No te das cuenta? Piénsalo. Mientras veníamos, he visto a una de las viejas del mercado convertida en una especie de ninfa raquíca, oculta bajo unos harapos. ¡Son los personajes de tu historia! ¡Puñeteros personajes de ficción!

La última afirmación de Seth hirió el orgullo de Odell, que murmuró:

—No son de ficción, son reales.

Seth realizó un ademán con una mano, uno que significaba «me da igual».

—Vale, ¿y qué me importa? ¿Queda algo de quienes fueron o son solo un apéndice más tuyo?

Odell sorteó el disparo.

—¿Valía la pena que quedase algo de lo que fueron, Seth? ¿Te gustaría que viniesen por la noche a asesinarte, que lo único que hubieran cambiado fuera su aspecto y no su mente?

—No me importa si están vivos o muertos, incluso preferiría que estuvieran muertos en vez de..., transformados —contestó Seth—. Son Hollow Hallows. Me dan igual.

—¿Preferirías que todos hubiesen muerto? —cuestionó Garric señalándolo. Seth se encogió de hombros—. ¿Qué te hubiera diferenciado entonces de ellos? ¿No te convertiría esa postura en un genocida? Ellos te hubiesen matado si podían, tú los hubieses matado a ellos. ¿Y tú eras el que me llamaba a mí, psicópata?

Odell era todo un embaucador para Seth, era como enfrentarse al maestro de los sofistas. Caló raudo al rey, estaba jugando con él, iba a noquearlo si seguía esa espiral. Debía detenerlo, pero solo alcanzó a farfullar:

—No compares...

—¿Por qué no debo comparar, Odell? —preguntó Garric. Era el amo de las palabras e iba a demostrárselo a Dawn y Seth—. ¿Y tú eras el que siempre quería ser un héroe? ¿El que quería ser como Spider-Man, Superman o el Doctor? ¿Tú?

Seth hizo un amago de querer hablar, mas se frenó cuando cayó en la cuenta de algo.

—¿Cómo sabes eso, Odell?

—¿A qué te refieres, Seth? —dijo Odell.

Dawn los miró a ambos.

—Mis héroes, el Doctor... —prosiguió Seth y miró con rabia a Odell—. ¡Eso es algo que yo he pensado! ¡No es algo que yo haya dicho en alto!

Dawn prestó interés a lo que replicase Garric, que tardó unos instantes más de lo esperado.

—Es simple... Te leo como un libro abierto.

Seth no se lo creyó ni por asomo.

—¿Esa es tu excusa de mierda?

Odell se serenó.

—¿Cómo crees que lo sé?

El muchacho tenía una respuesta preparada, una que esperaba que no fuese cierta:

—¡Temo que te estés metiendo en la cabeza de todos con tal de hacer a tus personajes más realistas!

Odell negó y agarró con fuerza los reposabrazos de su trono.

—No soy así. Y es fácil saberlo. Yo soy más de los que prefiere preguntarse otras cosas como: ¿matar o salvar vidas de los Hollow Halls? Acabamos con los que tuvimos que acabar, pero yo elijo salvar al que se pueda. El fenómeno de la vida no debería infravalorarse. Puede servir para soportar objetivos mayores. Soy misericordioso.

Seth soltó una larga carcajada, como si le hubiesen contado el mejor chascarrillo de la historia.

—¿Tú? ¿Misericordioso? ¿Salvarlos? ¡Me muero de la risa!

—No deberías...

—¡Los has convertido en tus personajes!

—Los he convertido en lo que deben ser.

—¡Eso, eso que has dicho, se debería llamar «onanismo de escritor»!

—¿Cómo osas...?

—¡Odell! ¡Solo eres un ególatra con un superpoder! ¡Nada más!

Garric golpeó su trono con el puño.

—Cuidado con tus palabras...

—¡Cuidado tú con las tuyas! —respondió Seth. Ya estaba perdido, ¿por qué no perderse un poco más?—. ¡Tú eres el que puede destruir el mundo con ellas! Ah, no, es cierto, que dices que eres un tipo muy misericordioso... Ja, sí, claro... Si fueras misericordioso, te podrías poner en nuestro lugar y pensar: ¿cómo se sentirá alguien como Dawn o Seth, que no han caído del todo bajo mi influjo, mientras piensan si habrán caído y son incapaces de saberlo? ¿Y si ya han caído y no lo saben?

Odell le escudriñó de hito en hito.

—Eso es paranoia. Acaso, ¿desconfías de mí, Seth?

No es que lo dudase, es que quería saber si no se echaba para atrás.

—Nunca me he fiado.

Garric Odell aguantó el estoque, pero Seth no estaba habituado a lidiar aquellas batallas. El tartamudo nunca solía responder a las agresiones habladas con esa verborrea.

Seth retomó la palabra, rascándose una ceja mientras se apaciguaba. No quería más sangre, solo quería hacer lo que deseaba y no creía que Odell se lo impidiese («aunque es un psicópata... Quizás solo quiera matarme»).

—Odell, lo que digo es que tú quieres gobernarlos, ¿quieres ser feliz con ellos? Pues perfecto. El problema es otro. Tú quieres revolcarte en la mierda (perfecto), pero yo por lo menos no.

Garric mostró odio en su cara, como si Seth le pareciera el ser más despreciable de la creación.

—¿Renuncias al mundo que has ayudado a crear, Seth Dagan?

—¡Pues claro que sí, Odell! ¿Hay todavía alguna parte del mundo que no estés jodiendo con tu novelita? —replicó e hizo un gesto de falta de interés—. Si lo hay, prefiero vivir en él; gobierna esta isla de Utopía, yo me largaré... Si lo hay, claro...

—Lo hay...

—Genial. Espero que te vaya bien, Doctor Muerte. Protege bien tu Latveria.

Odell apaleó el aire, mientras Seth se ponía de pie para marcharse. Miró hacia la Dama de Hueso, que se mantuvo ante la puerta, impidiéndole salir hasta que Odell le rogó que se apartará. Seth se detuvo y observó a Garric.

—¿Ves? —dijo Dagan—. A eso me refiero. Controlas el mundo, pero quieres hacernos pensar que tenemos a nuestros seres queridos ante nosotros. —Señaló a la Dama y a Huargo. Se le rayaron los ojos—. Nuestros seres queridos están muertos. Solo has fabricado juguetes que nos recuerdan a ellos, pero no lo son. Has creado marionetas con sus cadáveres para intentar contentarnos y convencernos de que nosotros no somos marionetas también... Pero no me lo trago. Ellos no son lo que eran. Jamás lo serán. No hay don que permita eso.

Odell se fijó en Dawn.

—Dawn, nos quedamos sin Dagan. Entiendo que es un cobarde, pero tú no, que tú ayudarás a forjar un lugar mejor, uno que nos merezcamos y que...

—Me marchó.

Seth se paralizó ante la salida al escuchar la respuesta de Dawn. ¿Se marchaba? ¿Bromeaba? Odell tampoco se lo creía.

—Pero... ¿Qué... Qué estás diciendo Dawn? ¿Cómo puedes ni siquiera decirlo? ¿Cómo puedes hacerme esto?

Dawn se irguió y dio un par de pasos hasta Seth.

—Así —contestó.

Odell se levantó, quiso hablar y decir muchas cosas, pero solo logró un grito furibundo:

—¡No te marcharás!

La muchacha le miró.

—¿Me obligarás?

Garric se sintió herido por esa pregunta. ¿Por qué Dawn Hownland le estaba haciendo eso?

—¿Crees que sería capaz de obligarte? ¿Después de todo lo que he hecho por ti, Dawn? ¿Crees que soy así? ¡Podría haber escrito que Seth y tú os uníais a mí sin más y ahora me estáis dando la espalda! ¿No te hace tener eso un poco más de fe en mí? ¡Os he dejado ser libres! ¿Y me pagáis así?

Dawn echó un vistazo al suelo un momento, luego contempló a la puerta y Seth, por último a Garric y el trono.

—Durante la batalla, Seth me intentó devolver el don —habló Dawn—. El extraño Hollow Hallows, el tipo del reloj en la cara, quiso matarme y evitarlo. No quería que recuperase el don de los Hownland. Tú tampoco. Gritaste, no ayudaste... ¿Por qué, Garric?

Seth asintió desde la distancia.

—Buena pregunta.

Odell tomó aire para decir:

—Seth no tenía tanto poder como para no matarse a sí mismo mientras te devolvía el don que sus antepasados te arrebataron.

Seth carraspeó:

—Eso ha sonado muy bonito, muy «me preocupo por ti», pero no es creíble y tú, que eres escritor, deberías saber lo que es creíble y no lo es (aunque, para ti, eso de la realidad como que te da igual, ¿no?) No quiero quedar heroico ni nada de eso, pero... ¿Y... Y qué más da lo que me pasase si le daba su don a Dawn? Íbamos a morir a manos de Hallington, ¿qué pasa si moría dándole a Dawn su poder? No me importaba morir... Para nada... Hurm, vaya, eso ha sonado muy heroico, ¿no?

Dawn sopesó las palabras de Seth, era la misma conclusión a la que ella llegó en ese tiempo.

—No quieres que recupere mi don, Garric —dijo la joven—. Cuando me salvaste del disparo, podrías haberme dado también el don de los Hownland.

Garric desvió la mirada.

—Dawn...

—¡Detén ya tus excusas, Garric!

—Yo... Tú no...

—¡Temes que sea demasiado poderosa!

—No...

—¡Temes que no puedas gobernarme!

—Yo...

—¡Temes aquello en lo que pueda convertirme!

Odell chilló con furia:

—¡VINE AQUÍ A POR TI, DAWN!

Pero Dawn no se calló y replicó:

—¡PERO NO SOY TUYA, GARRIC! ¡Y JAMÁS LO SERÉ! ¡TIENES MIEDO Y VAS A QUEDARTE SOLO, TE LO ASEGURO!

Dawn se encaminó hacia la salida. Seth se largó con ella. La Dama y Huargo los custodiaron hasta las afueras del solitario palacio.

El rey se quedó solo.

CAPÍTULO 71

Garric Odell prometió no volver a llorar una vez tuvo la corona sobre su cabeza y no lo hizo tras lo sucedido con Seth y Dawn, pero no fue porque las ganas le faltasen sino por el valor que quería darle a su juramento. Es más, convirtió esas ansias de llorar en otros sentimientos, en odio, en rabia, en crueldad... Si Utopía hubiese sido solo un manuscrito, lo hubiese cogido entre sus manos y lo hubiese roto hasta convertirlo en añicos. Tuvo ganas de hacerlo con el reino, pero no le iban a arrebatar ese mundo que había creado. Nadie se lo quitaría.

Cuántos sacrificios hizo por Dawn Hownland para ahora recibir esa pobre recompensa. Cuántas lágrimas, dolores, sufrimientos, pérdidas..., para ahora ocupar un trono, pero sentirse el hombre más miserable del mundo.

Y solo por querer protegerla. No quería verla morir, bastante fue ser testigo del disparo que le dio Blackmouth. ¿Por qué devolverle un don que acabaría destruyéndola? ¿No fue eso lo que quiso evitar el supuesto hombre del futuro, el tipo de los relojes? Ese lunático quería matar a Dawn para que no llegase a convertirse en un monstruo. Si Dawn carecía del don, jamás lo sería y todos podrían ser felices, vivir en esa paz que tanto desearon. La estaba salvando y ella ni se lo agradecía, solo se iba y le dejaba atrás, como si fuese escoria que más valía la pena olvidar.

Si al menos le pudiese contar eso..., pero Dawn se había ido.

La pluma que sostenía en su mano se hundió en un papel, como un cuchillo en la carne, hasta atravesarlo.

—Rey Odell —dijo la Dama de Hueso.

El soberano se percató de la llegada de su valedora, entrando en la estancia como una gota de sangre que resbala por la piel blanquecina. Huargo la acompañaba.

—¿Qué quieres?

Arrojó la pluma y el papel. Su amabilidad, si es que una vez existió más allá de una mera fachada, se disolvió como la piel bajo el ácido que quemó a Caroline.

—Dawn Hownland y Seth Dagan se han marchado.

El soberano asintió, pero entrecerró los ojos y los puños; quería contener un veneno que se liberaba por cada gota de sangre de su cuerpo.

—Lo sé... Por desgracia, lo sé.

El monarca se levantó de su sitial. Con pasos serenos, se dirigió hacia un atril donde una burbuja de cristal protegía su bien más preciado: su novela inacabada. Acarició la protección como un amante lo haría con su amor perdido.

Huargo tocó con su hocico la mano de la Dama, esperando las palabras que su ama pronunció con rigurosa serenidad:

—¿Iniciamos el plan que había para acontecimientos de esta índole, mi señor?

Odell permaneció ante su libro, vigilando cada palabra de cada página, como si

fuese dios y estuviese custodiando el mundo. Al final murmuró, con voz queda:

—Sí.

La Dama realizó una seña y Huargo salió trotando de la estancia. Cuando ella se disponía a irse, el soberano le habló:

—Y traedme tinta.

—Sí, señor.

—Ya sé cuál es el final.

Unas lágrimas serpentearon por las mejillas del hombre que juró que nunca volvería a llorar.

* * *

Dawn y Seth aún caminaban por los extensos jardines. Cuando llegaron, eran más cortos. ¿Crecieron durante su estancia en el palacio? ¿Era una trampa? Seth lo desconocía, pero no que quería marcharse, dejar atrás las enredaderas, las hiedras, los árboles de frutos de oro y las estatuas de libros, lápices...

—¿Y ahora qué nos toca, Dawn? —preguntó Seth.

—Largarnos.

No estaba muy habladora, sin embargo Seth necesitaba parlotear o comenzaría a pensar en lo que estaba sucediendo y perdería la poca cordura que le quedaba.

—¿Así de simple? ¡Venga ya, Dawn! Me imagino que a Odell no le hará mucha gracia todo esto.

—Me da igual lo que le importe a Garric.

La seguridad de Dawn en su amigo se transformó en pura hiel y desconfianza; no le cabía duda a Seth.

—¿Y ya está? No, no va a ser tan fácil... Es que... Me veo en un futuro perseguido... Sí, perseguido por... ¡Por robots gigantes de Odell! ¿Sabes?

—¿Robots gigantes?

—¡Sí, colega! Al estilo *Días del futuro pasado*, ¿te acuerdas la portada de ese cómic? Ahí, Logan y Kitty Pryde acorralados, delante de los carteles de los mutantes cazados y... Yo por supuesto me pillo ser Logan, aunque por carácter quizás te pegue más a ti y...

Seth se calló. Fue la primera vez en su vida que vio a Dawn al borde de la lágrima.

—Vámonos —dijo—. Solo..., vámonos.

—Sí, vámonos —contestó Seth, impresionado. Se guardó su humor para otro momento. «Si es que hay otro momento», meditó—. Imagino que tendremos ese barco esperando... ¡Ya sé! Desearé que la magia nos lleve lejos de aquí y ya está. Se habrá terminado.

Dawn se paró y miró atrás, hacia el palacio. Lo hizo bajo un pórtico de una

estatua próxima a la salida; simulaba las inmensas fauces de un gato sonriente. A Seth se le antojó que era una imagen terrorífica como un monumento a un cepo.

La muchacha no pudo despegar sus pies del suelo. No estaba bien. Se sacudió, incómoda, de unas ataduras invisibles. Luchaba por respirar, como si una garra se hubiese colocado en torno a su cuello. Seth estuvo a su lado.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Estás pensando en dar marcha atrás tú, la chica que siempre sigue adelante?

—Seth... —murmuró ella con inseguridad.

—¿Vas a doblegarte ante ese capullo? Es un psicópata, siempre lo ha sido.

—Garric... —farfulló. Era incapaz de hablar dos palabras seguidas, movía los labios, pero la angustia no conseguía que dijese nada.

—¿Qué necesitas para confirmarlo? —preguntó Seth. Estaba reventado. Mucho tiempo intentando convencer a Caroline, Huargo y Dawn de quién era Odell como para hacerlo una vez más. ¿Por qué no creían lo ocurrido? ¿Por qué no tendría a Lamke cerca?—. ¡Debería estar vivo! ¡Ese tal Lamke al que se cargó Odell! ¡Estaría genial! ¡Créeme! ¡Lo convocaría! ¡Lo haría aparecer y...! —Una tontería se tergiversó en una certeza—. Espera... Espera, Dawn. ¡Tengo magia! Puedo hacerlo, quizás no pueda dar ni paso más después, pero tampoco creo que vaya a darlo ahora si tú no puedes. ¿Quieres que llame a algún fantasma de los tipos que mató para que te confirme quién es Odell?

Dawn tembló como si fuese testigo de un ejército de fantasmas, como si viese a su padre morir tras saltar, a su madre vibrando por la última sobredosis, a tía Emily desangrándose en el suelo del Caserón Hownland... La muerte se posó en su espíritu. Seth nunca la vio tan insegura, tan afectada.

—Seth, no sé qué hacer.

No, no lo era. Esa no era su Dawn.

—¿Está escribiéndote? —Dawn cerró los ojos—. ¡Garric está escribiéndote!

Las manos se la chica se agitaron como mecidas por un vendaval.

—Yo... Algo cambia en mí y...

Seth la cogió de los hombros.

—¿Dawn? ¿Te está volviendo..., así, un animalillo asustado?

El rostro de Dawn estaba convulsionado por la congoja.

—Seth...

Pronunció el nombre de su amigo como un rezo.

—Oh, joder, Dawn... ¿Qué hago? ¿Crees que mi magia podría impedir que te tocase? ¿Mi poder podría con el suyo? Oh, joder, maldita sea... ¿Cómo lo paro? ¡Eres su personaje!

Dawn abrió la boca, se ahogó luchando por articular unas palabras que emergieron temblorosas:

—Seth, ayuda...

Su amigo nunca entendió una expresión que leyó cientos de veces: «su corazón se

encogió»... Hasta entonces, hasta que divisó cómo su Dawn se hacía pedazos y notó cómo su alma se retorcía, unos nervios plagaban su pecho y un frío le quemaba las entrañas.

—Si está convirtiendo a tu personaje en alguien inseguro, ¿cómo cambiaré yo eso, Dawn? Debe mantener una coherencia y... —Una idea. Una maldita idea le atropelló—. ¿Y si me adelanto, Dawn? ¿Y si antes de que te cambie te doy un par de motivos para que no pueda transformarte? ¡Si va a querer convertirte, va a tenerlo jodido y va a gastar más energía! ¿Y si juego mi turno antes que él y hago que lo que quiera hacer contigo sea tan incoherente que tardes mucho tiempo en transformarte y para entonces ya estamos lejos de aquí y él con sus poderes diezmados? —Dawn no pudo responder, pero sus ojos se iluminaron como si viese el resplandor de la última esperanza—. ¡Sí, eso es! ¡Si te hace daño, te curaré cuando llegemos fuera! ¡Te daré tu don incluso! ¡Voy a acabar con eso!

—¿Cómo?

—Eres una chica dura, Dawn, tú resistirás. Voy a hacer justamente lo que te acabo de decir. Voy a hacer que tú misma te salves.

Seth sacudió la varita desde arriba hasta abajo. Hubo un zumbido y la realidad se quebró, como si el arco de la sonrisa felina riese. El mago guardó la varita, como precaución, porque fue como si una grieta hubiese roto la pared del mundo y nunca se sabe quién puede venir del vacío, pero, en realidad, fue una puerta y tras ella aguardaba un visitante. Liberando una figura brillante, ígnea, el ser luego tomó un aspecto traslúcido y malsano.

—Oh, vaya, ¿quién ha pedido un fantasma? Marchando... —dijo. Dawn se quedó petrificada. Era un joven con la cabeza partida a la mitad por un hacha, gran parte de su cuerpo estaba quemado... Se presentó con un gesto teatral—. Alan Lamke, uno de los asesinados por Garric Odell, a vuestro servicio. Más o menos. Tampoco me tratéis como a vuestro sirviente, ¿vale?

»¿En qué puedo ayudaros? ¡Ah, sí, ya veo, una revelación! Ah, eso sí, espero que podáis pagarme, porque si no voy a coger esta hacha y haré una montañita de carne con vosotros. Sin malos rollos. ¿Qué os parece? —Dawn y Seth no respondieron, solo temblaron—. Ah, sí, así me gusta. Vamos, cerrad los ojos, tengo una historia de terror que contaros, la historia de Garric Odell.

CAPÍTULO 72

Es curioso. Solo la muerte puede igualarte con un escritor que conoce su propia historia o un lector que ya la ha leído. Los escritores pueden hacerlo en vida, los otros tienen que esperar a perecer para ser esos lectores que descubran la verdad. Bonita diferencia ¿o más bien complicada? Sea como sea, cuando has cruzado la última puerta, de pronto, no hay secretos. Lo sabes todo y, a veces, agradecerías desconocer algo. Os lo prometo. En mi caso, no me importa saber cómo caí en una trampa, ya que ahora yo le estoy dando el estoque final al que me sumergió en esta nada. Y persisto con esa razón.

Sí, vamos al pasado...

El hijo de John Odell asistía a Saint Thomas, una rancia academia donde te enviaban si se suponía que en el mañana serías algo. Yo, Alan Lamke, debía ser algo, pero alguien que no estaba dispuesto a serlo decidió por mí. Ese alguien fue Garric Odell. Siempre se preguntaba: «¿quiero realmente ser alguien? ¿Bolsa de basura o gusano en un cadáver? ¿Escoria en un trabajo o porquería en una tumba?». ¿Por qué elegir?

John pensó que quizás así su hijo tuviese algún futuro (o saldría tarumba, como su madre) y no tuviese que acabar siendo un escritor (saldría gilipollas, como su padre). Su viejo odiaba muchas cosas: la cara de estúpido de su hijo, los ataques depresivos de su esposa, una vida llena de lujos que no deseaba y carente de los que sí, haber matado sus propios sueños y, sobre todo, haber terminado siendo aquello que era: un juntaletras que escribía para sobrevivir, pero no aquello que le gustaba (lo que colmaba su corazón de esperanza), sino auténtica porquería para un idiota que le pagaba lo justo para no tener ni para una pistola y una bala con la que suicidarse. Pobre John Odell, era su modo de prostitución y era una puta barata a la que los clientes siempre le cortaban la cara cuando no querían nada más de ella.

Si John conseguía que su hijo terminase trabajando en alguna empresa, siendo enchufado por algún compañero de clase que hubiese heredado el puesto de su padre, sería un futuro mejor. Más valía perderse entre números sin vida y entre paquetes que entregar a su hora que lo que hacía él, escribirle los chistes a aquel capullo de gafas de pasta que vomitaba chistes malos cada noche en la tele, pensando que era superior por esnifar tantas rayas de coca como líneas hay en la autopista.

En el fondo, es bonito. El mierdas de John consideraba que su mosca, Garric, merecía algo mejor. No sabía que lo estaba enviando a un infierno. Y eso que siempre rezaba lo mismo:

—Ser escritor es la peor profesión del mundo. Nunca lo olvides.

John Odell siempre fue un tío muy inspirador.

Por tanto, el internado Saint Thomas era el cuadro perfecto de la sociedad. Si algún pintor ha intentado captar alguna vez el vertedero de la modernidad, ese artista ha sido Dios creando ese lugar.

Para Garric nunca hubo demasiada belleza ni bondad en el mundo, en la academia no había ninguna. Los niños ricos eran críos que no se educaban con sus padres salvo en las artes de la maldad. Nunca veían a sus progenitores, siempre ocupados en sus trabajos, en vacaciones para descansar de una familia que no tenían y jugar al pádel los fines de semana. Sus viejos solo los veían para ser testigos de cómo vejaban a quienes les rodeaban. Eso significaba que su educación iba bien.

Ah, debéis entenderlo... Yo era uno de esos críos y sé lo que estoy diciendo, no estoy soltando un mensaje anarquista estúpido, al estilo de El hombre que fue jueves. No, aquí va la verdad: los ricos tienen el martillo del dinero, capaz de doblegar a cualquiera por el peso de un fajo de billetes y tratar a todos como desperdicios. Los niños interiorizaban cada una de esas acciones, poniéndolas en práctica en la escuela, donde primaba, y voy a joderos de nuevo con este tema, la educación (por así llamarla) a través de la competitividad.

La vida, alrededor y dentro de aquellas aulas, el patio y la riqueza enfermiza, se convirtió en una tortura de mil demonios para Garric. Sin duda, nuestro querido (esperad que me ría) escritor, venía ya preparado de serie para aguantar Hollow Halls, ¿no? Si John Odell quiso una vida mejor para su hijito, antes su monstruito debía pasar por aquel inframundo. Ahí aprendería cómo era la existencia. Pero lo que podía aprender, puede que no fuese algo que le gustase.

En Saint Thomas, los conocimientos exactos poseían gran importancia. El vómito de datos en cada examen era la única forma de progresar que se conocía. Los vejstorios que impartían clase eran como esqueletos resucitados por un dios bromista; hablaban de la historia porque la vivieron de forma desapasionada, los expertos en números gritaban sobre cómo el capitalismo salvó el mundo porque ellos estuvieron cuando se violó a los pobres, los biólogos mostraban al último perro que atropellaron para enseñar un cerebro con la marca de un neumático... Eso no era demasiado crucial para Garric, pero le marcó. Y eso que no tenía la mente para esas cosas. Seguro que por culpa de su infancia, veía en la literatura y en la ficción la válvula de escape necesaria para seguir respirando.

Y mientras el mundo se desintegraba en olas de sangre y declive, los cascotes del día a día se avecinaban sobre su cabeza y su alma se hacía nada, él podía usar la puerta de emergencia y viajar a cualquier otro lugar. ¿Un profesor se ríe de tu intento de resolver una ecuación? J.R.R. Tolkien te conduce por la Tierra Media. ¿Si un idiota se burla de tu forma de ser? H.P. Lovecraft te susurra al oído sobre primigenios. ¿Si un profesor te humilla por no hallar la incógnita? Stephen King te cuenta cómo unos niños se enfrentan a un monstruo que vive en las alcantarillas. ¿Y si intentan convertirte en la misma clase de degradación que son los otros? J.K. Rowling te señala el camino a Hogwarts. ¿Y si nada parece que tiene sentido? La

literatura fantástica que tanto ama tu padre te ayuda a que no te ahogues en el abismo.

Pero el mundo suele ocuparse más del todo que de solo un aspecto y por mucho que desees estar sin nadie, a veces no es suficiente, a veces la vida tiene otros planes. Mientras que todos a su alrededor querían ser lobos, Garric no quería ser nada de eso, quería ser libre. Eso le convertía en un cordero y los corderos duran poco en medio de una jauría.

—Su hijo desatiende los deberes —dijo al padre de Garric uno de los esqueletos que le daba clase, uno de esos viejos que lanzaban la carne nueva que eran sus estudiantes a la trituradora de la vida—. Le hemos detectado (y perdone que lo diga) ¡escribiendo! ¡Sí, sí, escribiendo! ¡Qué horrible acción! Escribiendo si es que esa palabra no mengua y degenera al aplicarla a lo que hacía su hijo. Y si bien siempre hemos reconocido la nobleza de las artes dentro de su determinado punto, su hijo escribe algo horrible, señor Odell, algo que no se puede considerar ni siquiera literatura para onanistas... Es peor: escribe fantasía.

Su padre le prohibió que escribiese, ya fuera fantasía o cualquier tipo de historia, pero Garric se saltó aquella prohibición porque de lo contrario se moriría. Usando las libretas de clase, juntaba letras para escapar como lo haces tú, Seth Dagan, al ver y leer toda esa ficción; como lo haces tú, Dawn, cuando imaginas el futuro que se dibuja ante ti; como lo hago yo, Alan, cuando soy convocado.

Oh, pobre Garric, qué sabio es... Cada insulto era un relato, cada paliza un nuevo capítulo de la novela... En las letras encontró una paz, un mundo que él podía gobernar, un lugar donde alejarse de la realidad para buscar la suya propia. ¿Si alguien metía tu cabeza en el retrete y tiraba de la cisterna? ¡Ese alguien era el dios torbellino al que tu héroe mitológico destruía con extraordinario poder en el siguiente episodio de su novela! ¿Si aquella víbora te escupía en la comida mientras te sonreía? Solo era una arpía que venía a atormentarte y todas las de su impúdica ralea terminan decapitadas, con sus cabezas en altas picas en las almenas de las murallas para que ninguna de sus hermanas venga jamás a atacar. ¿Y si aquel imbécil te empujaba en el pasillo? Solo era un ogro acomplejado porque ninguna ogresa quería reproducirse con él. ¡Cualquier cosa de la vida real puede convertirse en algo distinto si tienes la suficiente imaginación! Y Odell lo sabía, vaya si lo sabía...

Así que, mientras que otros de sus compañeros preferían el fútbol, él acababa en un rincón rumiando una nueva historia. Leer le salvó la vida, escribir aún más. Y lo agradecía con todo el esparcimiento de su espíritu. Era su credo: las ideas de cada libro y cada experiencia se transfiguraban en su imaginación y debía soltarlas en el papel. Y rezaba, rezaba a cada minuto de su vida. A medida que pasaba el tiempo, confirmaba que las ideas que penetraban en su cabeza se desangraban en la tinta. Necesitaba contar cosas para escapar del silencio autoimpuesto, porque nadie le hablaba y todos hacían el vacío a aquel chico de mirada distraída y andares torpes.

Pero su mutismo (y es irónico, muy irónico) comenzó a hacer ruido, una melodía que el profesor de Literatura no dejó de lado cuando se sumergió en algunas de sus redacciones. Maldito Odell, era bueno, tanto que le propusieron participar en el nuevo y pequeño club de debate donde ese maestro planeaba deleitarse con unos conocimientos banales que le recordaban a su juventud, cuando aún una mujer se detenía ante él por deseo y no por un gesto de piedad al ver a un anciano.

¡Sí, Odell en un club de debate! ¿Lo imagináis? ¿Tan tartaja como era? ¿Podría comunicarse de una manera que no fuese con cartelitos? ¿Sí? Ja... Garric Odell no era tar-tar-tar-tartamudo en esos días. ¿Qué? ¿Cómo os deja esa revelación?

Garric se negó a unirse al grupito, no quería ser más extraño y solo quería escribir, le daba igual compartir o no lo que hiciese y la ficción era más valiosa que la miserable vida que le esperaba lejos de las palabras en tinta, porque al menos por entonces eran dos mundos diferentes. Repito: por entonces.

Y la vida se volvió imposible. Un poco más, porque el profesor de Literatura lo vio como un agravio y Odell ya no hallaba sentido a su habilidad. ¿Podía cambiar la realidad en el papel, pero no en lo más importante a veces: en la propia realidad? ¿Qué mierda detestable era esa?

No tenía nada bueno para él. No supo adaptarse, no le dejaron adaptarse o no quiso. ¿Por qué debía ser como el resto de la panda de idiotas? ¿Por qué la joya más brillante es rodeada por el carbón y, para no destacar, debe ensuciarse?

Quizás, es más simple. Odell no quería encajar. Y cuando los estudiantes eran terribles y contemplaban a aquel chico que nunca recurría a la burla o la crueldad, ellos sentían que debían dejarle las cosas claras. Ellos eligieron el mal, ¿por qué aquel tipo no? ¿Quién pensaba que era para ir siempre por ahí, con esos libros, esa libretita..., ese halo intelectual? ¿Se creía mejor?

Garric Odell apestaba a diferencia y las diferencias se aplastaban en esa condenada escuela.

Debían detenerle, demostrarle que el mal es el único bien que lo posee todo. Por ello decidieron que abusar de Garric Odell le sembraría de odio, de deseos de venganza... Ya no destacaría por bondad o tranquilidad, sería como el resto. Pero no tanto..., eso iría creciendo con las palizas, los insultos, las burlas, las bromas para morir (y no de risa)... Era su forma de convertir a todos en bestias iguales, los mediocres quieren ensombrecer a los brillantes. Siempre había sido así. Adaptarse o morir.

Ninguno de ellos se daba cuenta de que Garric no se creía superior, lo era. Al menos desde que aprendió a leer, lo consideraba con toda su alma: era superior, aunque decidiese esconderlo.

Y he aquí la mayúscula verdad, coged el lápiz y apuntadla (si no tenéis, rajaros la piel como sea para grabarla en vuestra carne hasta de que lo haga él): Odell no mataba porque no pudiera, sino porque sentía que era un abusón y en la masacre no hallaría gloria. Pensaba que no daba ni una oportunidad a sus víctimas y Odell era

el gran depredador y todos los demás éramos sus presas. Lo hacía por compasión, no por temor. Yo no aprendí eso hasta que fue tarde.

Y es que por esos días en los que yo todavía respiraba, ignoraba que las personas piensan que la magia es un poder de luces brillantes y transformaciones absurdas (sí, sobre todo tú, jodido Dagan). Eso es reducir demasiado, es ver la magia como efectos especiales, como meros espejismos y fuegos artificiales, como brujería de cuentos de hadas y alquimia de tiempos inmemoriales. No, la magia era algo que cambió al ser humano mucho antes. El padre de Odell lo sabía, por eso era escritor. ¿Qué era? Ah, sí... ¡La jodida magia de la palabra! La palabra y el lenguaje crearon lo que eran ahora, lo escrito comenzó la historia. Pero había algo mucho más antiguo. Una frase, una palabra..., podía hacer que el mundo girase de una forma distinta. Si una persona decía «te quiero» podía convocar una ola de cariño o un océano de desdén. La realidad, estática hasta entonces, cambiaba. ¡Voilà! ¡A la basura todo! Conseguías a ese idiota que te gustaba o se iba al veredero, os uníais u os separabais, teníais hijos o herpes... ¡La realidad cambiaba con dos puñeteras palabras! ¡Dos!

Todo el mundo hacía magia cuando hablaba, algunos podían protegerse mejor del hechizo de una palabra, otros podían conjugar grandes cosas con el uso acertado del lenguaje... Pero los juglares, escritores... Ellos eran chamanes de una nueva magia, ellos creaban imágenes ficticias en las mentes de los que leían y generaban emociones reales, ¡eso era magia!

¿Sabéis cuando lo aprendió nuestro juntaletras? Hagamos un poco de memoria...

Garric lo vio cuando una vez su padre le dijo a su madre:

—Te quiero.

Y la respuesta de su madre fue un llanto y un:

—¿Y por qué me haces esto?

Y hubo un acto de hechicería que se quebró cuando su padre le contestó:

—Ojalá la muerte te llevase antes que esta enfermedad.

¿Habéis visto alguna vez un punzón rompiendo el hielo? Fue igual, pero sustituid el punzón por las palabras y el hielo por el corazón de su madre. Es más triste que ver cómo la ceniza consume un cigarrillo... Ah, si pudiera ahora fumarme un Blackest Sun...

Pero esa congoja, esa agonía, fue algo que Garric se guardó para siempre. Desde ese día se esforzó por conjugar aquella felicidad y aquel caos mediante la escritura. Si alguien tan mezquino como su padre lo consiguió, él podría. Por eso renunció a años de ser socialmente aceptado en Saint Thomas a cambio de convertirse en algo semejante a un mago. Corría por sus venas, pero no sangre, sino tinta. Y Garric quería el poder. Lo ansiaba con toda su alma y no se conformaría con el mero poder de los niñitos del Saint Thomas durante un par de cursos, quería un poder de verdad, uno que los doblegase a todos para siempre.

Pasaron los años...

Durante los cursos, Garric fingía ser malo en todas las asignaturas; la que más le costaba y dolía era la Literatura y la Lengua, pero tenía que hacerlo. La última vez que destacó, como resultado casi había perdido un ojo de un puñetazo de uno de los matones de turno (ese lo considero uno de mis mejores días, hay que ver qué sarcástica es la vida...).

En ese tiempo, el carácter de su padre se agrió, amargado por la falta de dulzor del whisky y la búsqueda de chistes estúpidos para un mequetrefe. Su madre fue cayendo en los estragos del cáncer. Él sobrevivía a aquel pozo en el que se hundía, porque la literatura era su único consuelo.

Mientras escribía, el dolor disminuía en plena purificación, los males eran una trasfusión a las páginas e, incluso, a veces, se sentía en paz. Microrrelatos, poemas, cuentos, novelas, obras de teatro... Si se podía escribir, él quería probarlo, encontrar en cada una de aquellas fórmulas de hechicería una manera de ser él sin saber que quería estar muerto, que nadie le quería y que el mundo seguiría girando cuando él se fuera. Si era un buen mago, Garric sería recordado tras su muerte. ¿Eso no era acaso un gran conjuro? Nada de patas de rana o humo y centellas, solo palabras. Siempre palabras.

Todo cambió. Al final, todo cambia.

Los estudiantes de Saint Thomas iban a realizar una excursión a Stratford-upon-Avon, el sitio que supuestamente vio nacer al supuesto William Shakespeare que todos conocemos, aunque nunca hayamos sabido si ese hombre era un simple ladrón de mitos, un actor encarnando a un dramaturgo o un hombre que hizo un pacto con el dios de los sueños. Pero allí iba el Saint Thomas, como noble institución, a supuestamente rendir culto a alguien tan famoso y tan muerto que no tenía por qué sufrir los desaires hacia el arte que la escuela ostentaba siempre que podía para los artistas poco conocidos y peor: vivos.

El colegio se propuso buscar un abanderado que presentase sus respetos ante el gran dramaturgo con un distinguido discurso. Por primera vez no parecía festejarse el deporte más vacío o lo pueril, sino la literatura y ya Garric era un maestro de las palabras para entonces. Y ante Shakespeare, él haría todo, porque era más valioso que no relucir o que entrar en un club de debates.

No le costó demasiado ganar el certamen de poemas para elegir al representante del Saint Thomas (nadie más se presentó) y Garric Odell destacaba por primera vez. En los periódicos apareció que un servidor se presentó también, pero solo fue porque mi padre hizo una buena donación ese mes y yo pensaba que aquellos cuentos tímidos que escribía solo eran una carta de presentación para el averno.

Odell, qué imbécil... No pudo ocultar la felicidad. ¡Por primera vez no tenía que traicionarse a sí mismo, acabar con su coartada de timidez! Amaba a la literatura, adoraba a Shakespeare y no haberse ocultado le había salvado aquella vez. Tal vez, no debería esconderse más, podría ser él mismo y...

Cuando escribía en ese recreo después del anuncio de que sería él quien daría el

discurso, la clase le rodeó y no, no me refiero al aula, aunque los alumnos formaron lo que bien podrían haber sido muros para atrapar a su prisionero. Diez se situaron en un círculo para que nadie viese lo que iba a pasar, no al menos los profesores aunque alguno lo vio y lo consideró cosas de niños (aparte de muy divertido). Otros diez estudiantes se quedaron dentro del círculo junto a Garric.

Uno de ellos cogió la libreta del muchacho, que les rogó que no, que no lo hiciera. Mientras pasaron las páginas, los agresores encontraron una sorpresa terrible: sus nombres en el papel. Ese bicho raro había escrito una historia sobre ellos. Gran error.

Condenado Odell, qué bueno eras... Nos retratabas tan bien, de una forma tan perfecta, que no hallamos ningún otro modo de rebatirle que no fuera la violencia. Si esas páginas se publicaban, el público los recordaría para siempre como fracasados, estúpidos, idiotas... ¡Eran tan buenas que se harían inmortales e incluso las mentes huecas de ellos podían entenderlo! Cada palabra era tan excelente que sentían que les apuñalaba con cada palabra. Ni siquiera el mejor hechizo podría funcionar, Garric sabía que ellos se entregaron a la más pura violencia.

—No lo hagáis —suplicó.

Pero lo hicieron.

Rompieron cada una de las páginas y eso pareció dolerle mucho más que cuando retorcieron las páginas y se las introdujeron en la boca, dispuestos a asfixiarle.

Cuando comenzó a ahogarse y uno de los papeles sobresalía, alguien que tenía un mechero le prendió fuego. Agradeció vomitar antes de quemarse...

Entonces vinieron más golpes, cachetadas, escupitajos...

Aquel día, al noble representante de Saint Thomas le recordaron lo que significaba la institución con patadas y tortas, sudor y lágrimas, dolor y sangre.

Desde esa aciaga mañana, Garric no pudo volver a decir nada sin tartamudear.

Cuando acabaron con él, los profesores de Saint Thomas llegaron a una conclusión: no podían tener a un seleccionado así. Los cardenales y moratones regaron su cuerpo, pero no era solo la imagen que darían al enviar a alguien que tenía el rostro como un aprendiz de Hombre Elefante, sino por algo más simple: recibió todos los golpes y no los devolvió. Nadie se preocupó por quienes destrozaron a Garric, solo se preocuparon por la debilidad de Odell y cómo está podía transmitirse al Saint Thomas.

Garric no volvió al día siguiente a clase. Ni el que vino después. Ni fue el que pronunció el discurso hacia el bardo, ese tenía que ser yo. Tampoco fue a la visita al lugar que dio a luz a Shakespeare.

Pero si le sirvió de consuelo, tampoco lo hizo su clase.

No fue que un profesor se tomase algo de justicia por lo ocurrido a Garric y los castigase (¿qué mierda sería esa?), fue más bien la fortuna, aunque la fortuna es la mejor maestra de todos.

El autobús en el que iban se fue por una curva. El vehículo dio las suficientes

vueltas de campana como para matar a la mitad a base de roturas de cuello o asfixia por huesos atravesando pulmones, la otra mitad murió cuando el fuego envolvió todo.

¡Boom!

Solo uno de los alumnos del Saint Thomas sobrevivió.

Y ese era nada más y nada menos que yo: Alan Lamke, el mismo que le prendió fuego a las páginas del libro en las bocas de Odell, el mismo que tras un mes sedado y en coma, con varios injertos de piel, lo primero que dijo fue quién era el culpable del accidente del autobús: Garric Odell, el puñetero Garric Odell.

¿Por qué? ¿Por qué estaba tan jodidamente seguro? ¿No sería un puto delirio del coma?

No, era más fácil. Odell lo tenía escrito en su novela, la que también era la única prueba del supuesto crimen, la misma que rompimos. Nadie podría dar crédito a mi historia, yo debía estar traumatizado.

Pero Garric Odell en aquellos días en los que regresó a la academia y era el único alumno de cada clase, se sentía feliz después de mucho tiempo, pero eso no se lo contó a nadie.

Pero yo sí lo supe.

En cuanto me recuperé, cogí un hacha porque... ¡Joder! Todo el mundo consideraba que yo estaba loco y que no era creíble eso de que Odell había escrito el crimen antes de cometerlo. ¡Fue un puto accidente para ellos! Pero yo sabía la verdad y no creía en las coincidencias. El hacha tampoco.

Ah, qué hermoso es, a veces, hacer memoria...

Y es interesante ver cómo algunos recuerdos se tergiversan y pueden ser alegres y a la vez tristes, los mejores y a la vez los peores...

Fui a la casa de los Odell y atacé como un puto demente en el que me convirtieron. ¿Recordáis a Jack Nicholson en *El resplandor*? Pues igual, pero en loco. Más aún.

Atravesé las puertas, atacé a mami y luego fui a por esa escoria de juntaletras. Qué pena que acabásemos enfrentándonos al borde del vacío, qué pena que yo cayese, qué pena que esta hacha acabase en mi cabeza, en mi locura... Qué pena que Odell ya hubiese escrito todo eso y solo me lo mostrase antes de caer.

No sobreviví al accidente de tráfico por casualidad.

No fui considerado un loco porque sí.

No fui a su casa a vengarme por un acto de suerte.

No hice nada por libre albedrío.

Lo hice porque él lo escribió, porque él quiso.

Luego pude seguir suscrito a esta historia aunque ya estuviese muerto. Aquí viene otra parte más de la historia... En la nada que habito ahora, pude ver cómo la madre de Odell moría en un gesto de piedad de su marido, ¿o fue un gesto para liberarse de cargas? ¿Y sabéis quién más lo vio? ¡Sí, claro que lo sabéis! ¡Nuestro

puñetero Odell!

Qué gracioso. Su peor enemigo se va bajo tierra gracias a sus palabras, pero estas no sirven para salvar a su mami porque no tiene la suficiente fuerza. Aprende algo fácil: matar es sencillo, hacer vivir es complicado. Y más cuando tienes a alguien cerca como John Odell.

Tuvo que ser ahí, justo ahí, cuando llorando por su madre, su padre halló sus cuadernos y le dio una paliza, quitándose el cinturón y clavándoselo en la piel a Garric.

—¡Te he dicho que no escribas! ¡NO ESCRIBAS!

—¡Padre!

—¡NO ESCRIBAS! —chilló John Odell con rabia. Puede que fueran sus últimas palabras, porque después de aquello enmudeció—. ¡NO ERES UN ESCRITOR! ¡NO ERES UN ESCRITOR DE VERDAD COMO YO! ¡NUNCA CONSEGUIRÁS NADA, NUNCA SERÁS NADA! ¡NO ERES UN ESCRITOR!

Fue en ese momento cuando Garric sufrió la crisis, sus emociones evolucionaron y su odio creció, rompiendo las puertas al desconocido pórtico que daba acceso a la cámara donde guardaba todo su poder.

Y una vez adquirió ese don que, hasta entonces escudriñó con dificultad y simpleza, desde la inocencia y la humildad, no le fue tan difícil cumplir con la idea que surgió en las últimas semanas, la idea para un relato titulado: *Cómo maté a mi padre*. Muy bueno, por cierto, muy realista.

Garric empujó a su padre contra el escritorio y chillando porque su don recorría sus venas, abrasándolas, cogió la pluma de su padre y la clavó en su corazón.

Luego, tomó el libro de su padre, aquel que le costó diez años de escritura, *All hail to the King*. Era grande, unas mil páginas en tapa dura. Lo estampó contra la cabeza hasta que su padre perdió la conciencia.

Después, le hizo tragar tinta, aquella tinta especial a partir de insectos venidos de muy lejos, una que germinaría en su cuerpo roto...

Y para entonces Garric ya se arrepintió de lo que hizo y temió, porque en los ojos muertos de su padre supo que eso le esperaba a cualquiera que odiase y, en esos días, odiaba a todo el mundo. ¿Cómo no temerse? ¿Cómo no dudar?

Y escribió que su padre siguiese vivo, aunque eso supusiera su propia muerte.

Pero sus energías no se fueron, no le abandonaron y se derrumbó abatido, porque por meros trucos, John Odell pareció vivo y le siguió a un lado y otro. Valía que se pudriera, que no pudiese hablar y que bichos y muerte habitaban su interior, pero acaso ¿así no concluía el relato *Cómo maté a mi padre*?

No obstante, algo que descubrió Garric es que las historias nunca terminan y que si ese odio seguía creciendo en su interior, sería peor. Necesitaba volver al único tiempo en que no sintió esa rabia, esa cólera salvaje y eso fue muchísimos años atrás, cuando él era aún un niño que confiaba en que el mundo no le acuchillase en cada instante, un niño que tenía una amiga que le permitía soñar, una amiga cuyo

nombre nunca olvidó y aquella noche en que mató y resucitó a su padre fue la primera vez que lo pronunció en alto tras tanto tiempo:

—Dawn Hownland.

Y los lazos de su reino se alargaron hasta Hollow Hallows, como estrangularon el destino de los miserables del Saint Thomas, de un servidor, de la madre, del padre, de vosotros, de él mismo.

Y el resto de la historia ya la conocéis.

Ahora solo quiero que me mostréis el final que quiero: ahora matad a ese hijo de perra. Estaremos en paz, ¿no creéis? Yo sí lo creo.

CAPÍTULO 73

La niebla se disipó delante de Dawn y Seth. Abandonaron el pasado de Garric Odell y regresaron al jardín del palacio de Utopía, bajo el arco con forma de gato sonriente.

La muchacha se tambaleó como si fuese a desmayarse.

—¡Hey, hey, Dawn! ¡Eso está bien! —clamó Seth, sorprendido—. Al menos, puedes moverte.

La chica seguía con una emoción que Seth desconocía en ella: el terror. Murmuraba:

—¿Será suficiente, Seth? ¿Suficiente para escapar de su lazo?

Seth trató de encontrar una manera de consolarla, pero solo le salió un:

—Algunos nudos pueden desatarse, pero todos pueden romperse.

Un carraspeo les sacó de su escena. Alan Lamke tocaba el suelo con sus pies traslúcidos, oscilando a un lado y otro, como si se aburriese tras concluir la historia del monarca.

—Ejem, ¿podemos hablar de algo que me incumba o voy a tener que clavarme esta hacha en la cabeza hasta hacerla picadillo para no tener que seguir siendo espectador de este conmovedor momento entre amiguitos? Así no tendré que soportar vuestros debates ñoños... Aunque si no miento, podría haceros añicos a vosotros con mi hacha y así tampoco os aguantaría..., conmigo el hacha no haría nada, pero con vosotros...

Se quedó mirándoles durante un rato, como si disfrutase de la reacción de aquellos mortales.

—No me extraña que acabases con un hacha en la cabeza, charlatán —le soltó Seth con la seguridad de los que saben que quizás no escapen.

El espectro se rio un rato y luego se estiró como si estuviese recién levantado.

—¿Puedo irme ya o acabaré contigo, Seth?

Seth cabeceó.

—¿Vas a matarme? ¿Ahora vamos a tener que pelear contigo? —preguntó y negó—. ¡Estoy cansado de huir y siempre terminar jodido! ¿Escapamos de Odell y ahora nos atacas tú, Lamke?

Lamke se arrancó el hacha de la cabeza. La balanceó en el aire, como si fuese parte de unos juegos malabares y señaló con ella al joven que le convocó. Y rio, rio de nuevo hasta que se dobló y tuvo que parar.

—¿Por qué iba a mataros? ¡Sois la única forma de acabar con Odell! Aunque viendo lo idiotas que sois, no sé si eso es un alivio o una broma pesada del destino...

Seth buscó una mirada cómplice de Dawn, que intentaba moverse, pero ella tampoco captaba lo que quería decir el fantasma.

—Entonces, Lamke, ¿a qué te referías a que acabarías conmigo?

Seth tuvo que parar tras decir esa frase. Pensaba hacer alguna referencia a los cómics, pero se ahogó. Cerró los ojos, un calor trepaba por sus sienes y el mundo se oscureció un segundo. Estaba mareado, como si todo a su alrededor se marchase corriendo, su cuerpo no fuese su cuerpo y sus sentidos cosquilleasen. Respiró como pudo, aunque se asfixió varias veces.

—¡Me refiero a eso! —dijo Lamke tras dar una palmada y señalarle—. ¡Estás haciendo un gran esfuerzo teniéndome aquí, hechicero!

Dagan no podía dejar de notar cierta fascinación por el rostro horripilante del muchacho, dividido por el hachazo y las quemaduras, pero sus energías menguaban, haciendo que notase su cuerpo como si hubiese estado corriendo un largo maratón. Debía ir al grano.

—¿Fue él, Odell, el que te mató entonces? —preguntó—. ¿No fue nada de un accidente? ¿Has dicho la verdad? ¿Te clavó esa hacha o te empujó y dejó que te cayese en la cabeza?

Lamke acarició el mango del hacha.

—Caí y me la clavé.

Esa revelación descolocó a Seth, pero Lamke la disfrutó. El heredero de los Dagan no desconocía que debía tener cuidado con el fantasma. Era ladino y peligroso.

—¿Odell dijo la verdad, Lamke?

Lamke permaneció en silencio hasta que estalló:

—¡No, idiota! El culpable fue él y no lo fue.

La contestación enervó a Seth.

—¿Fue él y no lo fue? ¿A la vez?

Lamke sacudió el hacha como si le desesperase la falta de brillantez de Seth.

—¡Lo escribí! ¡Se cumplió! ¡Luego lo quemó! —explicó Lamke como si hablase con un ignorante—. ¡Un crimen perfecto! Ya te lo he contado, ya os he dicho cómo convirtió a su padre en un muñeco...

Lamke escudriñó a los mortales, divertido.

El mago aceptó el lugar de esos fragmentos del jarrón roto que era Odell, pero tenía pedazos cuyo lugar no hallaba todavía.

—Siempre me pregunto muchas mierdas, Lamke...

—No me digas, idiota... —susurró Lamke, pero Dagan lo obvió.

—Y lo de su padre aún se me escapa —hilvanó Seth—. ¿Se lo cargó y lo resucitó? ¿Cómo consiguió que sus poderes no se agotasen y acabase él tan cadáver como su padre?

Lamke resopló y profirió un bufido, como si un fantasma pudiese respirar o tener poco tiempo que perder cuando se está condenado toda la eternidad a ser lo que es.

—Antes de matarlo, ya llevaba escribiendo sobre su padre muerto desde hacía seis meses.

La verdad cortó el pensamiento de Seth, que concluyó:

—Fue premeditado.

Lamke agitó su hacha y dijo:

—Más bien fue una metamorfosis progresiva y sus efectos no eran tan gloriosos como cabía esperar.

Seth aguardó que Dawn recuperase las fuerzas sobre sí misma con esa nueva información, pero la contempló y lo supo: seguía luchando contra el influjo de Odell.

—Vamos, Dawn, ya sabes cómo es Garric...

Su amiga no pudo ni responder.

—La muerte del padre y su falsa vida fueron un buen entrenamiento para la creación de Utopía —continuó Lamke—, pero John Odell ni siquiera podía hablar, se pudría, ni siquiera vivía...

Una idea exasperó a Seth tanto que tuvo que decirla:

—Fue un primer experimento... Sin lo que aprendió Odell de lo que le hizo a su padre, nada de esto se hubiese levantado, Utopía sería una suma de errores...

Lamke movió sus manos en torno a la hoja del hacha, como si quisiera decir: «ya ves».

—El rey de la escoria siempre aprende —dijo—. ¿Consideras que John Odell era un tipo muy vivaz? No lo era... Garric era incapaz de aceptar lo que hizo en ese brote de locura. Escribió una vez más, convirtiendo a su padre en ese personaje que era casi un zombi; justo antes de que la prohibición cayese sobre él con todas las de la ley y el miedo hiciera que no volviera a escribir.

—¿Es lo que pienso? Hizo que su padre siguiera vivo, como una marioneta...

—Sí, Seth, pero el poder de Garric era tan débil... Le faltaba tanta práctica, que no tardó en empezar a pudrirse o mostrarse como el muerto en vida que conocisteis. Ni siquiera hablaba por eso, porque Garric no tenía tanto poder.

Seth había visto muchas cosas raras, pero esa le superaba.

—No me jodas, ¿en serio era su marioneta?

—¡Que sí, imbécil! ¡Estás hablando con un fantasma! ¿Es tan difícil creer el problema de Garric con el autocontrol? ¿Cabe otra explicación?

»En este momento, Odell ha consumido la vida de John para traer a la vida a la Dama y parte de su ilusión. Al fin, ya no es el Garric asustado que tomó la última orden de su padre como un mandamiento. Ahora es un rey.

Seth meneó la cabeza con disgusto. Esperó la respuesta de Dawn, pero su amiga se llevó las manos a la cabeza. Estaba angustiada, la agonía la colmaba como el mar hundiría los pulmones de un ahogado. Debía ocuparse de ella y terminar con su invocación.

—Una última cosa, Lamke.

El espíritu gesticuló con su rostro difuminado y quebrado por el hacha, como si quisiera decir a Seth: «¿Me vas a preguntar algo más? ¿Qué diantres he hecho para merecerme esta tortura?».

—Tú mandas que para algo te estás debilitando, hechicero... —dijo sin demasiadas ganas.

No sabía si Lamke iba en serio o no, si su carácter mordaz era solo una muestra de crueldad, pero Seth tampoco tenía tiempo para hallar respuestas solo.

—Lamke, ¿quién dejó la carta con tu nombre en mi casa?

Alan Lamke asintió varias veces con la cabeza, como si fuera la pregunta que esperase desde el comienzo de ese interrogatorio. Sonrió y tocó el mango del hacha. Se clavó el arma de nuevo en su cabeza, como si fuera el depósito perfecto. Miró a Seth y luego a Dawn. Hizo un ademán de estar meditando cómo contestar a esa pregunta.

—Creo que es un buen misterio, Dagan —dijo Lamke.

No era lo que Seth esperaba.

—No me jodas... Veo por dónde vas y no me gusta.

Lamke rio como los árboles rugen bajo un temporal.

—He aprendido a apreciar más las historias desde que me mató un puñetero escritor con una de ellas —insistió Lamke, obviando la petición del mago.

—No quiero que esto sea una historia —contestó Seth.

La mirada misteriosa de Lamke confundió al joven cuando le respondió:

—Ahora lo es, Dagan.

Seth le ignoró y siguió:

—Ahora ni nunca.

Lamke gruñó.

—Lo que no quieres es que sea la historia de Garric, pero a saber... Quizás, esta solo es una historia escrita por ti en el futuro o por algún tipo que cree que todo esto es ficción y alguien nos lee en este momento y...

Seth le hizo un ademán para que se detuviera.

—Me estás dando dolor de cabeza, Lamke.

Lamke hizo un mohín, moviendo un poco el hacha cuando dijo:

—Soy experto en dolores de cabeza...

Seth enfureció.

—¡Quiero que respondas!

Lamke liberó una carcajada desde el pozo negro de su corazón ausente.

—Seth, tú ya sabes quién te dejó la carta.

El muchacho vomitó unas buenas dosis de ignorancia:

—¿Cómo?

Lamke disfrutó cuando añadió:

—O lo sabrás.

—¿A qué te refieres? Si no me lo dices, no lo sabré...

Sus músculos ardieron. Percibió que estaba perdiendo la conciencia. Convocar a Lamke lo estaba destruyendo, pero necesitaba saber el origen de ese misterio.

—Los fantasmas vivimos en el pasado, el presente y el futuro... —dijo Lamke—.

A veces, me confundo, pero lo sabrás por ti mismo.

—Ahora no me vengas con más misterios, Lamke. Primero, queréis que jodiéramos a Odell y ahora ¿me pones reservas para saber cómo supe de ti?

—Que jodas a Odell es mi prioridad, que jodas al que se chivó... ¿Quién sabe? —replicó Lamke con maldad—. Creo que estamos ante una nueva era, una que merecerá la pena vivir aunque seas un muerto... Y no me gustaría eclipsar tal amanecer.

Seth renegó de Lamke.

—Estás mal de la cabeza.

—¿Lo dices por el hacha?

—Eh, bueno, sí... Entre otras cosas.

Lamke se quedó un instante más, aunque se empezaba a hacer cada vez más intangible, como la niebla vespertina.

—¿Y si te digo algo más valioso antes de irme, Dagan?

Seth resopló. Tendría que ser lo que el fantasma quisiera.

—Dispara, Lamke.

El fantasma sonrió y replicó:

—Garric Odell ha mandado a sus perros a buscaros. Buena suerte.

El corazón de Seth amenazó con pararse.

Lamke se desvaneció, Dawn y Seth se quedaron solos. Un murmullo les rodeó desde los árboles y estatuas, como si tomaran vida y se dispusieran a atraparlos.

—Vaya, Dawn, reconozco que si no fuera porque está muerto, me cargaría a ese Lamke —dijo Seth dando un par de pasos hacia la costa, aunque la muralla se elevaba a pocos metros—. Tendremos que irnos.

Dawn no movió ni un pie. Seth la cogió de la mano y la obligó a andar, aunque él estaba exhausto tras convocar al fantasma de Lamke.

—No te quedarás atrás, Dawn, ni de coña. —Seth cogió las manos de su compañera—. ¡Odell siempre fue un maldito lunático! ¡Y no vamos a dejar que nos pille ese chiflado...!

Un hilo de voz escapó de los labios de Dawn.

—Tú siempre lo supiste.

Seth resopló y dijo:

—Lo sé, Dawn, no quería decirte «te lo dije», pero si te quedas más tranquila, te lo digo...

Dawn se apartó.

—Seth, tengo...

—¿Miedo?

La joven no lo admitió, solo murmuró:

—No sé si lo que estoy haciendo lo estoy haciendo por mí o lo hago porque él lo está escribiendo.

Seth se quedó pensando y supo lo que ocurría.

—Podría bloquearle, hacer que no pudiese escribir sobre ti, pero tal vez sea algo muy poderoso y acabe muerto... Puede que lo más sensato sea devolverte tu don en cuanto me mejore, en cuanto tenga las pilas bien cargadas...

El sufrimiento habló por Dawn:

—No podemos esperar tanto.

Seth asintió y dijo:

—No, desde luego. Dawn, vamos a buscar el maldito barco que reflató ese loco...

Vayámonos.

Dawn no respondió.

—Creo que...

—Dawn, dudas porque te está escribiendo.

La joven estuvo a punto de empezar a llorar a mares.

—¿Qué hago, Seth?

Seth respiró y asintió.

¡BUM, BUM, BUM!

Tambores, como surgidos de un ejército.

BUM, BUM, BUM.

Tambores.

El estruendo hizo que Seth diera un brinco y exclamase:

—¡Correr! ¡Eso es lo que debemos hacer! ¡Rápido, Dawn! ¡Ven conmigo!

Los dos jóvenes corrieron.

No tardaron mucho en tener que esquivar un grupo de pequeños seres envueltos en sudarios, con rostros que recordaban a sapos. Saltaban sobre ellos, lanzando veneno con sus lenguas bífidas.

—EL REY OSSSSS RECLAMA —dijeron con voz de serpiente.

La persecución había empezado.

CAPÍTULO 74

No sabían lo que eran ni querían, pero las criaturas de las pieles colgantes volaron sobre ellos.

Dawn y Seth se apresuraron mientras el suelo temblaba. El pavimento, tan joven y a la vez de aspecto tan viejo, se quebraba tras ellos, liberando unas figuras horribles: unos gusanos del tamaño de un gran danés.

—¡Si no salimos de esta, tengo que arreglármelas para partirle la cara a Odell! — espetó Seth, salvándose de la dentada de una de las aberraciones—. Y sé que tú opinas lo mismo, Dawn, pero ese cabrón no te deja decirlo en alto, pero lo sé...

De las sombras, bajo un arco, unas manos raquílicas se alargaron como ramas, lanzándose hacia los dos jóvenes. Eran los engendros que solo una mente enferma como la de Odell y sus pesadillas podían producir.

—¡No! —les gritó Seth a los seres—. ¡Esta vez no nos pillaréis!

El viento onduló desde la varita de Seth, arrollando a los gusanos gigantes y a los esqueletos inhumanos que se movían como árboles. Varias abominaciones más que les seguían, fueron golpeados por estos.

El muchacho recuperó el aliento y arrastró a Dawn con él, llegando hasta la puerta de la muralla.

Pero no hubo suerte.

—Y está cerrada. ¿Cómo no? —farfulló Seth pateando una piedra a sus pies.

Golpeó la puerta con sus puños.

Un murmullo horrendo cubrió el camino a sus espaldas.

Atrás se acercaban una especie de seres deformes que se apoyaban en sus largos brazos al andar. Sus rostros se dividían entre los de una araña y un quemado.

—EL REY OS RECLAMA —dijeron.

Seth volvió a intentar abrir la puerta, sacudiendo el gran picaporte, que parecía fundido a la pared, incapaz de moverse ni un ápice.

—¡No podían ahorrarse la puñetera muralla, no! —se quejó.

Escuchó un sonido chirriante. Elevó la cabeza. Unos especímenes ignotos, con hábiles arcos, les apuntaban desde la cima de la muralla.

—Oh, sí, claro... ¡No podía meterse por el culo a todos sus guardias de los cojones, no! —Seth reventó y no se contuvo más—: ¡Odell, no podíamos pasar por unos helechos mal puestos, una empalizada o lo que fuera, y largarnos de una puta vez, no! ¡La suerte tiene que seguir jodiéndonos! ¡Jodiéndonos hasta el final!

Las criaturas de las almenas, parecidos a humanos con armaduras, se mostraron serenos, aunque sus cabezas eran globos oculares gigantes y no había expresión en ellos. Eran vigías, nunca mejor dicho. Algunos elevaron unas picas, los otros se prepararon para disparar sus arcos y ballestas, he ahí su serenidad.

—EL REY OS RECLAMA —dijeron.

Seth buscó alguna forma de escapar, pero solo halló más sombras. Eran las que faltaban... El hedor llegó antes que ellas, pero no se quedarían rezagadas. Avanzaban con rapidez, arrastrando trozos de piedra encadenados a sus espaldas. Esos fragmentos de roca debían ser lápidas y, por la manera en la que sus huesos se fundían en la carne pútrida, provenían del cementerio.

—EL REY OS RECLAMA —dijeron.

Sus voces tirotearon el pensamiento de Dawn y Seth, que no supieron qué contestar.

—¿Por qué nunca nos toca nada fácil? —gimoteó una vez más Seth.

—Seth, sus bocas —dijo Dawn al ver a los seres del camposanto—. Mira sus bocas.

—Dawn, no quiero ser dentista.

—¡Seth, mira!

Los rostros encapuchados solo enseñaban carne infecta en vez de una cara colmada por una gigantesca boca, plagada de colmillos babeantes. Ni ojos ni nariz, solo una boca.

—No creo que sean colegas —juzgó Seth elevando su varita.

Las criaturas susurraron con voces que sonaban como el cántico de un entierro:

—EL REY OS RECLAMA.

Seth dio golpes junto a Dawn contra la puerta de la muralla. La sacudieron, pero seguía cerrada y los vigías no pensaban abrirla.

—¡Seth, tenemos que luchar con esos tipos! —dijo Dawn.

—Eso intentaremos, pero ¿y cuándo les vencamos? ¿Vendrán más? ¿Nos dejarán salir los cabrones de la almena, almenara o cómo demonios se diga?

La voz triste de Dawn resonó en sus mentes:

—¿Crees que vamos a vencer?

Seth tragó saliva.

—A veces me caracterizo por un optimismo que roza lo ridículo.

El muchacho apuntó con la varita hacia la horda de enemigos. La veintena continuaba sin armas, sus bocas del tamaño de un rostro debían ser sus armas. Seth profirió un rayo.

Dio de lleno a las fauces de uno de los monstruos.

Pero la bestia la abrió y...

Se tragó la magia.

Acto seguido, ese adversario hambriento tembló y lo hizo hasta que sus huesos salieron de su carne y esta volvió a cubrirlos como si la piel fuese guijarros de la avalancha de una montaña. Lo hizo hasta duplicar su tamaño, creciéndole dos brazos y dos cabezas más.

—Eh... Bien, ¿qué cojones es eso? —soltó Seth abriendo los ojos de par en par.

—Tu magia... Se ha comido tu magia —susurró Dawn.

Seth estuvo a punto de chillar... Y lo hizo:

—¡Odell dijo que no iba a joder mi magia!

Dawn negó con la cabeza y dijo:

—Pero no dijo nada de que sus bichejos no lo hicieran.

Su amigo cayó en la cuenta y espetó:

—¡Maldito cabrón!

Un muerto viviente bicéfalo despidió adelante sus garras, señalando el camino a sus compañeros, varios se unieron a él sin dudar. Iban a atacar movidos por el apetito y las órdenes de su señor, el rey Odell.

—Si Odell quiere que volvamos, no creo que nos hagan daño —susurró el chico, nervioso.

Dawn giró su rostro con lentitud hacia Seth y preguntó:

—A mí puede que no me hagan daño... Pero ¿para qué te querrían a ti, Seth?

La pregunta dejó indispuerto al chico.

—Eh... Vale... Joder, eso me ha dañado la autoestima, pero parece que tiene sentido...

Hubo un remolino entre los monstruos más próximos. Uno de los seres que el muchacho llamaría zombis arrancó la cabeza de uno de sus camaradas.

—¿Y eso? ¿Se atacan entre sí? —preguntó Seth.

—¿Se disputan el primer plato o el postre?

—¿Dónde ves comida, Dawn?

—Nosotros somos su comida.

—Joder.

La abominación lanzó la testa que sesgó, como si fuera una bola de cañón; lo hizo con sus propias manos. La cabeza giró en el aire, cayendo a los pies de Dawn y Seth. Los muchachos no supieron por qué hasta que vieron que las fauces se abrían, preparadas para morderles.

Dawn le dio una patada, automática, sin pensar, lanzándola al aire. Fue directa a la cara de Seth, pero el chico contraatacó de manera instintiva y un haz de luz rugiente reventó el «proyector». Los sesos cayeron entre los dos.

—Qué jodido asco —dijo Seth tras expulsar un *puaj*—. Pero le voy cogiendo el tranquillo a la magia...

—Sea lo que sea, no creo que sean nuestros amigos —habló Dawn.

—¿Amigos? ¿Desde cuándo tenemos de eso?

Seth no pudo continuar con uno de sus comentarios estúpidos, porque los muertos hablaron detrás de ellos:

—EL REY OS RECLAMA.

Sobre Seth y Dawn estaban los guardias de la muralla y no iban a abrir la puerta. Repitieron:

—EL REY OS RECLAMA.

Y la salida se mantuvo cerrada.

—EL REY OS RECLAMA.

Por los flancos, avanzaban los seres de las grandes bocas, cabalgando gusanos.

—EL REY OS RECLAMA.

Ninguna solución, ninguna salvación.

Y una voz llegó de la nada.

—Deteneos, siervos de Utopía. Y abrid el paso.

¿Qué? ¿Qué sucedía? Dawn y Seth estaban nerviosos, pero los seres rebajaron sus gruñidos, incluso el que devoró la magia y mutó a una versión *berserker*. Les había hablado su líder, ante la cual se arrodillaron; era la Dama de Hueso, con Huargo como montura.

—EL REY LOS RECLAMA —dijeron los monstruos.

Las palabras de la Dama no apaciguaron a Seth ni Dawn. Bien podría haber venido la hechicera para poner orden en el ataque de sus buitres y ser ella la que los matase. Lamke podía ser un vil fantasma, pero no creían que hubiese mentido sobre las intenciones de Odell. Y visto lo visto en los últimos días, las esperanzas de tener algo de suerte no es que valieran para colmar ni una copa.

Y aconteció un hecho inesperado.

—Abridles la puerta —mandó la Dama de Hueso a los custodios ciclopes de las almenas.

Los ojos movieron sus manos, que eran cuchillos entrelazados en la carne, y accionaron las poleas para accionar el mecanismo de la entrada.

¿Se equivocaba Lamke? ¿Quería Garric que se fueran? ¿Por qué los utópicos (por llamarlos de alguna manera) decían que les reclamaba el rey si iban a recibir aquel trato? ¿Era una traición de la Dama hacia Garric? Esas preguntas rebotaron en las mentes de Seth y Dawn a la vez que se abrían las hojas de la puerta.

—EL REY LES RECLAMA —dijeron los seres una vez más a la Dama.

Su ama les pidió silencio con un ademán hecho con la misma mano con la que señaló la salida a Dawn y Seth.

La entrada quedó abierta.

Poco a poco, los dos jóvenes vieron la costa, olieron el mar y encontraron el camino de huida. Al fin.

—Esta puerta no fue creada por casualidad, tiene una función: expulsar a los ingratos —hilvanó la Dama de Hueso y les hizo un ademán a Seth y Dawn para que se fueran—. Si la seguís, hallaréis el barco que recuperó el rey para vosotros.

Seth tragó saliva, movió los labios como si quisiera decir algo, pero las palabras se ahogaron en su alma. Asintió y se fue hacia la costa.

Dawn se entrecruzó de brazos, pero ella también trotó hacia la salida. Se detuvo varias veces, pero intentó imponer su voluntad sobre todas las dubitaciones que debían surgir de algún truco de Odell.

Seth permaneció un segundo más antes de desaparecer y pudo decirle algo a la Dama:

—¿Quién habla? ¿Caroline y Rahne o la Dama?

La Dama gesticuló con indiferencia. No le contestó.

El muchacho lo tomó como una respuesta y se marchó junto a Dawn, bajo la vigilancia de los utópicos, tan incrédulos como ellos mismos.

Dejaron atrás el gran reino y, en la lejanía, contemplaron *el Estrella Eterna* esperando. Dawn pidió a la fortuna que la magia de Seth fuera lo suficiente para tripular aquel navío y llegar a un lugar seguro donde olvidar Hollow Hallows y Utopía. Para siempre.

—Vamos, Dawn, aprovechemos el golpe de suerte —pidió Seth cuando cruzaron el puente levadizo.

Los dos amigos lo vieron con más calma, entre los restos donde una vez estuvo el puente de Hollow Hallows: el *Estrella Eterna*, el barco que trajo a Alfred Hallington hasta aquel islote. Parecía casi poético que ellos, los descendientes que destruyeron Hollow Hallows, el consejo, Alfred Hallington y tantas cosas, ahora se salvaran y abandonaran utilizando el mismo buque con el que llegó el creador.

—Tiene un aire a viejo monstruo marino —dijo Seth. Cada cabo y vela, eran los tentáculos de un *kraken* para él—. Un jodido monstruo.

Dawn tomó aire y confesó:

—Ya me he cansado de monstruos por una temporada... —Escudriñó el navío—. Pero es la única posibilidad que tenemos, ¿no?

Seth y Dawn reanudaron el paso entre los guijarros y los restos de la costa. La construcción de Utopía no había llegado hasta aquel límite, hasta esa parte que ya no era segura.

Mientras continuaban su periplo, ambos vislumbraron con cierta tristeza un trozo de hierro que identificaron como parte del coche de los padres de las gemelas Jones. Daba la impresión de que había transcurrido tanto tiempo...

Bajo la mirada de los hijos de Utopía, con la Dama y Huargo a la cabeza, situados en la muralla, los dos últimos confabuladores encontraron una vereda que descendía por el acantilado hasta el barco. Era estrecha y peligrosa, podían resbalar en cualquier momento y solo hallarían el vacío en aquel descenso hacia la costa, pero lo que tenían atrás no era mejor. Y eso que el mar y el violento de vez en cuando les lanzaban una ola, deseosa de verlos morir... Pero era la única opción.

—Ahora vendría bien comentar que tengo vértigo y no sé nadar, ¿no? —musitó Seth queriendo mantener los nervios. Guardó su varita.

—Bonitas y patéticas últimas palabras —replicó Dawn.

—Eres la alegría de...

Una ola les hizo callar cuando les alcanzó. Por suerte, no fueron arrastrados al mar.

Apoyaron sus manos en la pared de roca, esperando no caer al vacío («sería el colmo», susurró Seth). En algún momento, perdieron pie, elevando leves cortinas de piedra y estando a punto de venirse abajo, pero consiguieron mantenerse.

Faltaba menos de la mitad del descenso cuando se escuchó la voz:

—Seth, recuerdo que una vez dijiste una cosa sobre la historia que esperabas que contase.

Era Garric Odell.

Las palabras crisparon los nervios tanto de Dawn como de Seth, pero sobre todo del muchacho al ser él al que se refería.

—¡Odell! ¿Dónde demonios estás? —dijo furioso. El muchacho miró hacia arriba. No había nadie.

—Soy la voz de mi reino.

El soberano dejó que la brisa llevase, como si de lluvia se tratase, una risa cruel.

Dawn cerró los ojos, parándose. Sus manos se agarraban al muro de roca, pero era incapaz de dar otro paso. Se volvía a bloquear, por mucho que Seth la ayudase.

—¡Dawn, tenemos que...!

—Pero Seth, yo no...

Una nueva ola fue contra ellos, callándoles. La chica se soltó, se iría hacia las aguas...

Seth consiguió cogerla antes de perderla. Pudieron respirar de nuevo cuando el mar retrocedió.

Estaban empapados y cansados, pero el chico temía que su amiga estuviese algo más: controlada por el rey.

—¿Estás bien, Dawn?

La joven guardó silencio. Seth enfureció.

—Ah, claro, es un puñetero truco, Odell. Quieres distraernos para poder ganar tiempo y controlar a Dawn.

El monarca obvió el comentario y prosiguió con su discurso.

—Seth, recuerdo que asentiste y dijiste una cosa.

Las olas se acallaron cuando unas palabras acribillaron el viento. Dagan las escuchó: eran suyas, pero venía del pasado al que se refería Odell.

—Espero al menos que haya un dragón en esa historia. Me gustan los malditos dragones...

El recuerdo de Seth y Dawn divagó en el tiempo, sumergiéndose varios días antes, cuando Caroline estaba aún viva, cuando los Hollow Halls no habían ido a por ellos... Seth recordó haber pronunciado esa frase.

Un sonido...

En el mar...

No como olas, no como la caricia del cielo en la capa de las aguas...

No, era otra cosa.

En las aguas, justo debajo del barco, algo..., bullía.

Dawn miró a las profundidades. Y lo vio: una sombra de una criatura del tamaño de una ballena cruzó la costa.

Algo se revolvía debajo del mar, como un estruendo.

Seth siguió descendiendo sin entender a qué venía aquella nueva estratagema de Odell.

—Nos está declarando la guerra, Dawn, pero me la suda bastante —dijo el muchacho—. ¡Vamos, sigue bajando! Antes de que te controle al completo, ya nos estaremos largando en ese barco... Te ataré si hace falta para que no te tires al mar siguiendo al rey capullo y...

Dawn se paró e hizo fuerza para que su compañero también lo hiciera.

—¡Seth! ¡Gilipollas! ¡Detente!

Dagan se paró, pero quiso reanudar la marcha.

—¡Dawn, no le hagas caso! ¡Escapa de las cadenas de sus palabras! ¡Ven!

—¡SETH, PARA!

Dawn cogió la mano de su amigo hasta pararle de nuevo y obligarle a ver lo que pasaba debajo de ellos.

En el mar se estaba formando un anillo, devorado por otro mayor, asesinado por otro aún más grande... Era un remolino, cada vez más y más grande.

Seth recordó cuando era pequeño y cogía un cubo de agua para ahogar a sus muñecos, cuando metía la mano dentro y la hacía girar para crear una fuerza destructora y sin piedad hasta que venía Ma y ella era más destructora e inmisericorde y le daba una torta por estar desperdiciando los limitados recursos de la granja.

Era curioso, pero aún al borde de la muerte, Dawn también se ahogó en sus memorias, porque acaso ¿no decían que aquel que muere ve toda su vida ante sus ojos antes de sucumbir en el reino de la Parca? Porque la mente de la chica la condujo hasta aquellos días en que robó un libro de mitología griega en el Caserón Woods. Varios mitos le gustaban, como las desventuras de Odiseo o la guerra de Troya, pero había uno que le daba escalofríos. Ante la imperante magia de los mitos y la escasa cordura de la realidad en ellos, podía imaginar un inmenso océano donde aparecía un poder casi divino, hijo de Poseidón: Caribdis, el gran remolino que tantas vidas se llevó, la criatura condenada por los dioses, el monstruo que devoraba cuando no lo hacía su vecina, Escila. Le provocó escalofríos en su niñez y se los volvió a provocar ahora.

Un hijo de Caribdis se adueñó de la costa, justo a pocos metros de los pies de Dawn y Seth.

La bestia revolvía furiosa el lecho marino como si una cúpula le impidiese salir... O estuviese tomando forma con los restos que había en el mar.

La escena era asombrosa para un espectador ajeno, terrible para alguien que la viese en directo. Era como si una batalla entre divinidades se librara en el fondo del mar, en cavernas que nunca vieron la luz, en los naufragios mil veces vividos.

Apareció el ojo de aquel remolino, pero pronto se mostró como algo distinto, como una mandíbula de colmillos de diamante. Se abrieron debajo del *Estrella Eterna*.

—¡No puede ser! ¡No! —chilló Seth sintiendo que su última esperanza se ahogaba.

El barco no pudo escapar de lo inevitable y la criatura de las profundidades se lo tragó.

—¡No, por favor! —suplicó el granjero a fuerzas que no le obedecían.

El galeón de Alfred Hallington se hundió sin dejar ni rastro... Pero aquello que lo tragó empezó a escupir como si fuese un géiser. Esa fuente de mal ascendió hasta el cielo como si fuese el asalto de las criaturas marinas hacia las hijas del firmamento.

Y entonces, la propia bestia empezó a brotar de las aguas con pujanza, como si el alimento la hubiese dotado de más vida. Proyectó olas y rocas por doquier, yendo directos contra Seth y Dawn.

—¡Sujétate, Seth! —exclamó Dawn.

Los dos se afianzaron contra la pared.

Una ola, otra.

Piedras, muchas piedras.

Todas contra ellos, todas deseosas de matarlos o entregarlos a su señor.

El caos.

El mar fue a por ellos, como latigazos de un dueño cruel. Cuando pudieron mirar atrás, vieron su pesadilla.

—No puede ser —balbuceó Seth, boquiabierto.

El leviatán tomó vuelo desde las corrientes acuáticas, gracias a cuatro enormes alas de murciélago, tejidas con las velas del barco. Bajo él, las aguas quedaron revueltas, oscurecidas como si un veneno negro las hubiese emponzoñado, pero Seth y Dawn las ignoraron, porque sus ojos estaban pegados en el hijo del mar que se tragó el aire con cada batir de sus alas. Eclipsó la costa con su imponente cuerpo, una mezcla de reptil y monstruo marino, con escamas y branquias, con delirios y locuras, con una abominación gestada entre el cielo y el océano.

—¿Por qué no deseaste alguna chorrada como una hada? ¿Por qué tuviste que decir eso, bocazas? —preguntó Dawn a Seth o al destino, temblando.

Un rugido, la madre, padre y cualquier familiar cercano o lejano de todos los rugidos.

La bestia reventó el agua y el aire a lo largo de su camino. Sus dientes relucieron, sus lenguas bífidas vibraron y sus escamas azules relucieron. Sus seis ojos, furiosos, se fijaron en Seth y Dawn como si los buscara, como si desde su nacimiento los hubiese aguardado y, odiándose por existir, supiera que ellos en los culpables de tamaña bajeza.

Dawn contempló el cuerpo del reptil, más grande que muchos rascacielos. El ser respiró emitiendo un gruñido feroz. En realidad no era solo orgánico, sino que fue creado a partir de rocas marinas, restos del puente destruido y el barco. Ese fue el ardid de Odell, no lo concibió desde cero, sino que transformó los restos del mar y el puente de Hollow Hallows en esa criatura.

El ser conservó sus alas alzadas, creando un impresionante vendaval con ellas. Convirtió la roca en arena y las dudas en terrores.

El dragón había llegado.

—Os he dado todo, ¿por qué iros? —preguntó Garric Odell y sus palabras se acompañaron de una risotada—. Y ahora decidme, ¿os siguen gustando los dragones?

El dragón se abalanzó sobre Dawn y Seth.

CAPÍTULO 75

El huracán provocado por el dragón arrojó a Dawn y Seth desde la pared del acantilado hasta un pequeño saliente. Lograron sujetarse en las afiladas rocas y llegar hasta una minúscula cueva que no resistiría una embestida de su homérico adversario. Muchas otras piedras caían hacia las aguas turbulentas, donde el barco fue tragado por el demonio.

La serpiente marina se alzó con sus alas, irguiendo la mole que lo formaba a partir de rocas, trozos de madera y cemento. Rugió.

—¡En cualquier otro momento, esto de ver un dragón en la vida real me hubiese encantado! ¡Pero ahora me doy cuenta de que los dragones no son precisamente seres agradables! —exclamó Seth con una risa nerviosa—. Y sí, si he de morir, moriré diciendo chorradas. Esa será la frase de mi lápida.

Las zarpas del gran gusano cayeron sobre el muro de piedra, reduciendo a añicos y guijarros sueltos aquel enemigo pedregoso.

—No creo que vayamos a tener lápidas ni tumbas —susurró Dawn, sombría. ¿Podía decirlo de otra manera? ¿Estar de otra forma?

Otro nuevo impacto. Era como si varias bombas estallasen sobre ellos. Fruto de ellas, se destrozó parte del refugio de los desertores.

A pocos metros, la base perdía fracciones cada vez mayores. No era una buena idea desafiar a un dragón rabioso. El sendero que bajaba hasta la costa fue sepultado por el desprendimiento.

—¡Hemos perdido la única oportunidad de huir! —gritó Seth, angustiado.

—Algo había intuido... —habló Dawn viendo cómo sus manos se ensangrentaba por el contacto con los pedruscos.

El gran reptil voló sobre ellos, sin perderlos de vista, como un ave de presa que marca a su futura víctima antes de caer para atraparla.

—¿Cómo acabamos con ese monstruo? —preguntó Seth. La consideró una pregunta tan estúpida que tuvo ganas de pegarse a sí mismo—. ¿Y cómo estoy diciendo eso? En serio, ¿hay una parte de mí que cree que podemos acabar con ese bicharraco?

Una de las manos de Dawn fue hacia las hendiduras que había encima de ella. Estaba dispuesta a trepar en vez de bajar. Seth la apartó.

—¿Quieres volver? —le soltó Seth. ¿Más dudas para Dawn?—. ¿Tan fuerte está siendo Odell sobre ti?

—No lo... No lo sé.

Seth se hubiese dado un cabezazo, fruto de la ira, pero se mantuvo paralizado.

—Es Odell. Maldita sea. ¡Es Odell!

Dawn aseveró con un gesto.

—Sí, es él... Odell está usando su poder contra nosotros.

—¡Ese hijo de puta me prometió que no escribiría sobre mí! —gritó Seth furioso, aunque no tanto como el dragón—. ¡El pacto era claro! ¡Yo no usaría mi magia contra él y él no escribiría de mí!

La cola del leviatán, forjada de los cables y vigas del puente, chocó contra el acantilado. El resto de los cimientos de piedra sobre los que se cimentaba el cubil de los dos jóvenes explotó con el bullicio de la hueste del fin del mundo. No podían descender.

—Solo queda un camino, Seth.

Solo podían volver.

—¡Yo no voy a regresar, Dawn, por mucho que me escriba ese cabrón!

La chica le pidió calma con una expresión de su rostro.

—Puede que solo esté escribiendo sobre mí —dijo.

—No importa. No volverás.

La mirada de la joven era trágica. Era la mirada de alguien derrotado.

—¿Y qué harás si no, Seth? ¿Te tirarás al vacío?

Su tono era distinto al de siempre, más indeciso, como si no fuese suyo. Seth lo notó a la legua, supo que Dawn se veía sola a sí misma.

—Pero Dawn... ¿De dónde sacas eso de que no me escribe?

Dawn lo miró, fija, sin preocuparse por caer.

—No lo sé...

—Lo has dicho con mucha seguridad.

La muchacha agitó la cara, como si esperase que la brisa marina le trajese lo que quería decir, pero al final solo vomitó una frase:

—Yo... Oh, Seth, joder... Yo...

—Dilo, Dawn.

La descendiente de Oniros Hownland luchó contra sí misma, como si la batalla más espantosa se estuviese librando en su cabeza y bien pudo ser así. Balbuceó a trompicones:

—Creo que esa frase, esa sensación... Creo que Odell lo acaba de escribir para que lo diga.

Seth recibió esa respuesta como una cuchillada. Le costó no ascender él también e ir a por Odell, para aplastarlo. Solo la visión del poder de aquel escritor y sus propias ansias de huir, le hacían permanecer en la guarida.

—¡Te está usando, el muy cabrón!

Un bramido del dragón ensordeció a los dos. El siervo de la bestia retornó con hambre.

Dawn miró arriba. Su pie se enganchó en la piedra, perdió el apoyo un segundo, pero concentrándose, siguió adelante y trepó. Volvía a Utopía.

—¡No, Dawn! —gritó Seth a su amiga, pero le dolió. Él podía irse si Odell no le escribía, podía hacer lo que le diera la gana, pero Dawn no... Él sí. Tuvo una idea—.

¡Si te está escribiendo a ti y no a mí, si aún mantiene su promesa, yo puedo hacer todavía lo que se me ocurra!

Dawn miró abajo un momento, a Seth, y negó como si la simple idea se le antojase como algo que no deseaba vivir.

—Seth, es peligroso.

—¡Un dragón nos está acosando! ¡Sé lo que es peligroso y lo que es necesario!

—No lo entiendes...

—¿Qué no entiendo? Mi amiga va a sacrificarse y quiere que yo huya mientras ella queda a merced de un hijo de perra. ¡Mi amiga! ¡Amiga! ¿Cómo podría considerarte eso y marcharme? ¿Qué debo entender?

—La verdad, Seth, la verdad... —repitió Dawn y subió un poco más. Seth no se marchaba y eso la obligó a hablar de nuevo—. Garric hizo ese pacto contigo para llegado este momento.

Una sombra pasó por el gesto anonadado de Dagan. ¿Sucumbió a una trampa del rey sin saberlo?

—No tiene lógica... ¿Hizo ese pacto para que yo te ayudase, Dawn?

La chica dijo que no otra vez. Era un movimiento ya innato en ella.

—No, Seth, para que yo me sintiese sola al saber que tú eras libre y tú podrías sobrevivir, para que yo supiera que tú merecías vivir y yo no.

Una idea se desplomó en el cerebro de Seth.

—¿A qué te refieres? ¿A eso? Yo... Eh... No puede...

Y sí, podía ser así. Seth lo admitía, aunque era tan iluso como para creer que, si no lo decía en alto, no tenía por qué ser de esa forma.

—Garric quiere que te marches y que yo me entregue —le confirmó Dawn—. Si vienes conmigo, morirás. Si te marchas, porque puedes hacerlo al escapar de su influencia, gracias a tu magia, podrías vivir.

Era lo mismo que estaba considerando Seth y, al escucharlo en la voz de Dawn, ya no dudo más.

—¡Hijo de puta! ¡Lo tenía todo pensado! —Quiso golpear algo, pero se conformaba con no caerse—. ¡Dawn, no pienso dejarte! ¡Ni en broma!

Dawn realizó un ademán para que el muchacho lo reconsiderase.

—Seth, aunque seas libre, te matará sin escribirte. Sin sus palabras, pero sí con sus monstruos. Acabará contigo...

—Ya querría...

La mirada de Dawn se apagó y pronunció una despedida:

—Seth, eres libre... Aprovéchalo.

El joven le dio la razón moviendo las manos hacia la costa, hacia más allá de Hollow Hallows. Desconocía cómo volverían a la civilización, lejos del reino de Odell, pero lo haría.

—Lo aprovecharé, claro, pero Dawn, ¿qué crees que voy a hacer?

La joven cerró los ojos y se lo suplicó:

—Seth, márchate.

—¿QUÉ?

El monstruo perdió su escaso control y fue hacia delante, como si fuera el rayo de una tormenta. La cabeza del dragón chocó contra el pie del acantilado. La roca voló en guijarros como proyectiles; se acrecentaron una monumental polvareda.

Garric y Dawn tosieron, sus cuerpos perdieron el equilibrio, el mar se abría bajo ellos, junto a la gran boca del dragón...

—¡Seth, esto se ha terminado!

El batir de las alas de la criatura sonó al punto y final de una máquina de escribir.

—¡Dawn, no digas eso!

La cola del dragón resquebrajó otra parte del abismo, sumiéndoles en las tinieblas de la tierra.

—¡Tú nos advertiste muchas veces, Seth! —recordó Dawn, desesperada, tosiendo—. ¡Nunca te hicimos caso! ¡Eres libre de sufrir esto! ¡Has hecho lo que has podido! ¡Márchate!

No se escucharon, el sonido del derrumbe era demasiado potente.

—Dawn, ¡Odell te está escribiendo! ¡Tú no eres así!

Los ojos de color zafiro de la abominación les deslumbró como si fueran dos focos.

—¡Te lo has ganado, Seth! ¡Tienes tu magia! ¡Úsala! ¡Vete!

Una de las zarpas del dragón fue hacia ellos. Iba a jugar, iba a obligarles a soltar la piedra, a caer, para que su boca infernal fuese el suelo donde recibirlos.

—¿Y tú, Dawn?

El grito llegó hasta los oídos de Dawn justo cuando se esforzó por subir.

—Yo ya he... —Espantó la tinta que oscurecía su mente y dijo algo que sonó a la de siempre—: Ya me han obligado a elegir.

Dawn escaló.

Pronto, su delicado cuerpo se hallaría cerca de la tierra que antecedió a las murallas de Utopía.

Seth la miraba desde abajo. Él podía desear convertirse en algo que sobreviviera a la caída. Podía usar los trucos de magia y convocar algún resto del barco para largarse. Se debilitaría, pero ya improvisaría algo. Dawn le dio carta blanca. Era libre de marcharse.

El dragón tomó altura y persiguió a Dawn, haciendo caso omiso a Seth. Las suposiciones eran ciertas: Odell solo quería a Dawn, de Seth solo deseaba que huyera y les dejase en su sueño.

Silencio.

Un silencio glorioso como el que hay tras la tormenta.

Después de la furia devastadora que acaba con todo, el silencio imperó tras el fin del mundo.

Seth continuó colgado de la roca.

—Puedo irme... Por primera vez, puedo irme —repitió sin creerlo.

Pero Dawn...

Seth se sentía culpable. Empatizaba tanto con la pena de su amiga. Ni siquiera los descubrimientos sobre Lamke impedían que Odell pudiera controlarla. Al menos, esas revelaciones harían que fuese un proceso más lento donde el escritor perdiese más energía, pero ¿sería suficiente?

Como señaló Dawn, Garric fijaba su don en ella, porque el dragón dejó de abalanzarse contra el acantilado y prefirió seguirla.

El muchacho se quedó solo, lleno de tierra, ante una costa convertida en un horror. Todo temblaba, el suelo amenazaba con desprenderse, él con morir...

Pero Dawn marchaba sola hacia un destino que era peor.

Seth recordó que Caroline, Rahne, Dawn, Huargo y él se convirtieron en amigos porque eran odiados por Hollow Hallows. Ahora Hollow Hallows ya no existía, pero había un ser como Odell que les detestaba, que castigaba a Dawn y transformó a Rahne, Caroline y Huargo. Utopía era Hollow Hallows, pero no a imagen y semejanza de Alfred Hallington sino de Garric Odell.

«Como descendientes, luchamos e incluso algunos dieron su vida para que Dawn y yo llegásemos hasta aquí. Rahne, Caroline, Huargo... Ellos cayeron. ¿Y ahora? Dawn se sacrifica y yo me marchó. ¿Tan poco he aprendido? ¿Tan poco valgo?», se dijo el adolescente. Pensó en Ma, en Emily, en los padres de Caroline... Muertos, por culpa de su sangre. ¿Dejaría que Dawn sufriera el mismo destino atroz?

Dagan se quedó allí, al borde de la muerte. ¿No sería más clemente dejarse caer, suicidarse antes que huir y vivir la vida de un cobarde, o volver y morir ante los poderes de Odell?

¿Qué podía hacer?

Mucho tiempo atrás tomó la decisión de ser más como sus héroes. Ser un Luke Skywalker, un Superman o un Doctor. Sobre todo le gustaría haber sido el Doctor, llamaría a la TARDIS y viajaría con ella hasta Dawn, la salvaría y acabarían con Odell. Sería algo genial. «Añadiría un par de daleks que exterminasen a Odell, eso sí. Y viajaría por el tiempo... Sería... Maravilloso».

Pero no, no era el Doctor, solo era un mago aficionado, un hechicero por casualidad, pero tenía una idea desesperada y en momentos así, una idea es lo más valioso del mundo y también lo más peligroso.

—¡Maldita sea! —dijo al llegar a la conclusión—, si debo morir, moriré. No hay más. No lo haré como un cobarde.

Seth comenzó a escalar, yendo tras Dawn.

El ascenso fue complicado y la pared de piedra oscilaba, advirtiendo de su inminente derrumbe. Se acordó de la parte de *La Princesa Prometida*, cuando los personajes del gigante con la princesa cautiva y el pirata tenían la carrera subiendo por el acantilado. No importaba. Era su camino, era lo que tenía que hacer.

En tierra firme, Dawn se quedó de rodillas ante la muralla.

Los utópicos la miraban y reían, viendo a la chica doblegada por el poder de su señor. El dragón tampoco la perdía de vista, desde los cielos. La Dama y Huargo la aguardaban en el portón.

La joven dejó caer su rostro hacia el suelo. No escuchó los pasos rápidos que llegaban tras ella. El batir de las alas del dragón era lo único que escuchaba.

—¡Anímate, Dawn!

Seth se tiró a su lado y le dijo aquello con nerviosismo.

—Pero ¿qué? ¿Eres idiota? ¿Por qué no te has ido? ¿Qué haces, desgraciado?

—Venga, Dawn, alégrate. ¡Vamos a morir juntos!

El chico cogió su varita.

—¡Seth, debías salvarte!

—Salvarse está sobrevalorado, ¿para qué cuando podemos morir juntos?

El dragón escupió una llamarada a las nubes, pero nació como agua hirviendo para luego transformarse en lluvia. El cielo ardió durante unos largos segundos. El reptil no estaba satisfecho con la decisión de Seth.

—Nosotros aquí, ante Smaug el Terrible, y Odell escribiendo su mierda —murmuró Seth—. ¿Y el karma? No comprendo el concepto de justicia del mundo.

—¿La hay?

Dawn se levantó y caminó de regreso a Utopía. Seth fue detrás. El dragón los contemplaba con fiereza. Descendió para soltar su aliento cálido sobre ella, como una tortura.

—¡Dawn ya vuelve a ti, Odell! —chilló Seth mirando al dragón, pero era como si viese a Odell—. ¡Hijo de puta! ¡Ve a amenazar a otros! ¡Ya vuelve! ¡Manda tu serpiente alada a otro lado! ¡Puñetero Odell!

—Odell —murmuró Dawn y Seth puso atención—. Será una pena que le interrumpamos mientras escribe...

Seth puso cara de confusión, pero vio que en Dawn surgía su sonrisa de superioridad. ¿Por qué? ¿Había roto las ataduras de Odell durante un segundo? ¿Cuál era su plan? El joven se rascó el mentón y se le ocurrió una posibilidad, algo que tenía que ver con la novela.

El dragón voló sobre sus pasos, como la voz, sombría y desganada que brotó del viento, la voz de Garric Odell:

—Al fin vuelves, Dawn... Será más complicado regresar —dijo el monarca—. Solo volvéis por temor, no por ansias. Así que os pondré un par de pruebas por el camino. Solo si las superáis, sabré que venís para reencontraros conmigo y no por temor.

Seth respondió:

—¡Odell! ¡Eres un gilipollas!

Los dos hijos pródigos se detuvieron.

La imagen les petrificó como si fuera un encuentro con la gorgona.

La Dama y Huargo no estaba solos: una horda de más de un centenar de bestias,

desde los seres con fauces en vez de cara hasta los gigantes gusanos pasando por una especie de querubines con piel de barro, les aguardaban.

No iba a ser sencillo volver.

Para nada.

—Vaya con la bienvenida —se quejó Seth.

Las criaturas profirieron gritos bélicos.

—Hora de luchar —aceptó Dawn.

Los dos tomaron aire, ansiando que no fuese el final.

—¿Una última vez, Dawn?

—Una última vez, Seth.

Odell les acalló con una palabra que precedió a la lucha:

—Comencemos.

CAPÍTULO 76

El dragón les perseguía desde las alturas como un halcón a su presa. Y puede que fuera la metáfora más apropiada porque no iba a mostrar ni un mínimo de clemencia; fue concebido por un don oscuro y los dones oscuros no comprenden de piedad.

La Dama de Hueso dio una orden y los devoradores, como llamaba Seth a los seres de las fauces, se lanzaron contra ellos. No corrían ni trotaban, sino que se dispersaban en el aire como figuras lúgubres que volvían a surgir mucho más cerca de ellos.

—Y más trucos... No se cansan —murmuró el muchacho, desanimado.

Dawn tiró de él para esquivar la dentada que les dedicó uno de los salvajes. Seth respondió con varias sacudidas de su varita, consiguiendo empujar lejos de su camino a sus adversarios. Siguieron adelante, hacia la entrada de Utopía.

Los dos fugitivos levantaron sus rostros. Se fijaron en que los vigías de un solo ojo mantenían la puerta abierta. Sí, Odell quería probarles, pero también les dejaba la entrada sin sellar, como si aquello fuera solo parte de un juego que superarían de todas formas.

Pero era un error.

No sería tan sencillo.

Huargo y la Dama les cerraron el camino y no estaban dispuestos a abrirlo. La hechicera movió su espada hacia la distancia con sus víctimas, el lobo aulló hambriento.

—Tu jefe quiere que volvamos —les dijo Seth a la Dama y Huargo.

La Dama negó, haciendo que su máscara de cráneo cortase el viento.

—Quiere que ella vuelva.

Se refería a Dawn. Odell siempre se refería a Dawn.

—Ups —replicó Seth—, ¿debería sentirme poco querido por esa afirmación?

La Dama no reaccionó, sino que siguió blandiendo el arma con dotada destreza. Seth no podría pasar a menos que utilizase su magia. Los dos se quedaron quietos, buscando un método menos arduo, más simple.

Un batir de tierra les inquietó. A su alrededor, surgían los magnos gusanos, mostrando un anillo de dientes enfermizos y lenguas venenosas. Se arrojaron como sanguijuelas, pero Seth los paraba con varios estallidos de magia. Funcionó con los gusanos, pero no con los devoradores, que regresaban tras la primera estocada. Dagan temía que pudieran absorber su magia.

Dawn y su amigo se hallaban en una encrucijada. Sobre ellos, el dragón. A sus espaldas y sus flancos, los gusanos y las fauces. Delante, la Dama y Huargo. ¿Qué decidirían para escapar de ese callejón sin salida?

—Seth —le dijo Dawn a su amigo.

—No me gusta cuando dices mi nombre de esa manera. Siempre se te ocurre alguna locura...

—Seth...

El chico leyó sus intenciones en la expresión de Dawn.

—No, no, no te atrevas a decirlo...

Ella no le tuvo en cuenta.

—Odell quiere que yo vuelva.

Lo dijo.

—Y no que vuelva yo... —susurró Seth—. ¿Y qué hago, Dawn? ¿Dejo que ese cabrón te esclavice sin hacer nada? ¡No puedo hacer eso!

Dawn cabeceó hacia los devoradores.

—Haga lo que haga, encuentre lo que me encuentre, Garric no dejará que yo caiga. ¿Lo entiendes?

Un pensamiento loco brotó en la mente de Seth, uno que ya recorrió la cabeza de su compañera.

—Dawn... Eh... ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Eso mismo.

El corazón de Seth iba a estallar.

—¡Dawn, es peligroso!

—Es lo que debemos hacer. Todo es peligroso ahora.

Y lo hicieron.

Dawn intentó dar un paso hacia los devoradores, pero no pudo por culpa de las palabras que tejía Odell. Pidió ayuda a Seth. Él se mostró abatido, pero cogió a su amiga de los brazos y tiró de ella, lanzándola hacia los seres de inhumanas bocas.

—¿CÓMO TE ATREVES? —clamó la Dama de Hueso—. ¿LA TRAICIONAS?

Seth no replicó, sino que corrió hacia delante, entrando en Utopía gracias al hueco dejado por Huargo y la Dama cuando se abalanzaron sobre los devoradores para proteger a Dawn. La muchacha debía llegar hasta el rey, no se podía quedar por el camino y la hechicera y el lobo debía cerciorarse de tal hecho. Ella lo supo, Seth también. Fue una buena trampa de los descendientes.

Huargo y la Dama acribillaron a los devoradores, guiados por la sed de la sangre, pero de nada valió cuando vieron que Dawn se escabulló. La joven puso rumbo hacia el interior de Utopía, reencontrándose con Seth. La estratagema había surtido efecto.

El dragón despidió una llamada, encaminada hacia Utopía, calcinando las almenas donde los centinelas disparaban sus flechas contra Seth. Ardieron como burdos muñecos de paja antes de alcanzar a su enemigo.

La Dama y su lobo tragaron parte del camino bajo la sombra del dragón. Por mucho que el reptil fuese una creación de Odell, la bestia seguía siendo una bestia y podía llegar a destruir un mundo que había tardado mucho en germinar y que tardaría también mucho en curar sus heridas.

—¡No recuerdo el camino hacia esa mierda de palacio! —gritó Seth en cuanto

salieron de la humareda causada por el dragón.

Se detuvo para intentar hallar el sendero, pero todas las calles parecían escapadas de cuentos de hadas, con el emporio de la venta de calabazas que se convierten en carrozas o los puestos de encantadores de bestias que ceban niños para cenar... No eran lugares del mundo real. ¿Cómo orientarse en un mundo mágico? Los enclaves fantásticos existen para ser contados, para ser guiados por un escritor o narrador, cuando eres el protagonista no tienes esa ayuda.

Pero Dawn prosiguió.

—¡Yo tampoco lo sé, Seth!

—¿Y por qué sigues andando?

—¡Algo hace que me mueva!

Dagan descubrió el motivo por el que Dawn no se paraba:

—¡Odell te está llevando hasta él! —Persiguió a su amiga por lo que una vez fue la plaza de Hallington—. ¡Nunca pensé que corriese hacia el corazón de Hollow Hallows!

—Lo sigues llamando Hollow Hallows para cabrearle.

—Por supuesto.

—Me parece bien.

Seth sonrió.

No durante mucho tiempo.

El bramido fue como un seísmo que apostaba contra el destino y clamaba que derrumbaría las casas de los árboles y los hogares cimentados sobre magia. El mundo vibró, obligando a que sus pies perdiesen contacto con el suelo durante un breve instante. La sombra del dragón se abatió sobre los prófugos.

El reptil abrió su boca, que bien podía ser una cueva hacia el inframundo, dispuesto a desatar una bocanada que convirtiese la urbe en un infierno. Seth y Dawn buscaron un refugio antes de que estallase el incendio.

—¡El rey no te permite esto!

Aquella voz... La voz de la Dama se escuchó mientras el rugido de Huargo se volvía salvaje. Aparecieron entre el humo que devoraba parte de la muralla y se dirigían al dragón, que no parecía dispuesto a obedecerles.

—Los perros de caza de Odell pelean entre ellos —musitó Seth.

A Dawn se le ocurrió una teoría que explicaba lo que estaba sucediendo:

—Garric creó al dragón, pero no lo puede gobernar...

Seth siguió las cavilaciones de su amiga:

—Puede hacer que Caroline, Rahne y Huargo se comporten como eso que ha escrito, pero no algo como el dragón, que parte desde cero y es un ser feroz, sin ninguna lógica, eso le cuesta más.

La muchacha aseveró sin parar.

—Apenas podía gobernar a su padre porque lo hizo partir casi de cero, estaba muerto y lo resucitó, ¿recuerdas?

—Como para olvidar su pestazo —musitó Seth y gritó—: ¡Dawn, es nuestra oportunidad! ¡Corre, mientras se matan entre ellos! ¡Vamos!

Los dos confabuladores progresaron por los anillos de la ciudad, a la mayor velocidad posible, esquivando un séquito de pequeños seres con aspecto de lechuzas que sobrevolaban a nivel bajo, buscando muertos que comer. No les hostigaron, esos seres aguardaron al dragón.

La criatura voladora obvió al lobo y su amazona y se precipitó de nuevo hacia Seth y Dawn tras calcinar a los seres mitad lechuza. Antes de acercarse a su victoria, resultó frenado por unos tentáculos de oscuridad venidos de la Dama de Hueso. No iba a dejar que el escupecueños se escapará. El dragón se revolvió en sus amarres y batalló contra la protectora del reino de Odell y su fiel lobo.

—¡Cuando tus enemigos luchan entre ellos, solo hay un ganador y eres tú! —dijo Seth tomando aire.

Un edificio se colapsó a medio kilómetro, derramando una capa asfixiante de cascotes y tierra.

—Seth, ¿eso que has dicho...? ¿Era una frase de Batman?

Dawn se agachó cuando parte de una fachada se desmoronó al recibir un impacto que era Huargo, apaleado por el dragón.

—¡No! ¡Es mía! ¡Esa frase es mía! —repetía Seth a su lado—. ¿Por qué de Batman?

La chica tardó en decir algo, por el cansancio, la tierra en el aire y el dolor que abrasaba su cuerpo.

—Estás cambiando, Seth... —dijo Dawn. El chico no dio crédito a lo dicho por Dawn—. ¿No te estará escribiendo Odell?

El muchacho rio como si le pareciese absurdo. Luego, intentó quitarse el polvo que amenazaba con entrarle a los ojos.

—Ya querría ese gilipollas. Sería su mejor personaje... Eh... Entonces, ¿estoy madurando?

Resbaló con un charco de agua de una fuente rota por la lucha entre la Dama y su adversario flamígero. Dawn le ayudó a levantarse.

—Déjalo, Seth. Eso es imposible. ¡Vamos! ¡Camino abierto, no lo rechazamos!

Seth estuvo de acuerdo.

Pero la vía se cerró.

Un estruendo les hizo apartarse cuando vieron que, en medio de la plaza, un cadáver de Hollow Hallows escapaba de las ruinas y tomaba vida.

—Oh, no —dijo Seth.

—No, no, no —repitió Dawn, horrorizada.

Los dos abrieron bien los ojos. El ser maquinal, casi un autómatas, fue hacia ellos. Su estruendo chirriaba en los oídos como si una espada candente pasease por ellos. Gritaba sin boca, porque no tenía cabeza, y sonaba como el abismo. Era la estatua decapitada de Alfred Hallington.

—Mucho mundo nuevo y mucha mierda... —susurró Seth.

—Pero Garric no se libró de algo que sabía que podía utilizar contra nosotros y asustarnos —masculló Dawn completando los pensamientos de Dagan—. Ahí está, el último resto de Hollow Hallows.

La estatua convirtió sus puños en mazas. Las expulsó contra ellos. Lograron sortearlas, pero la pared en las que impactaron se redujo a ruinas. Podían dejar atrás al dragón, la bruja guerrera y el lobo durante un rato, pero no podrían hacerlo para siempre y menos si, por el camino, se enfrentaban a ese golem que era la imagen de Hallington.

—¡Iba a en serio con lo de las pruebas, el muy cabrón de Odell! —soltó Seth, desesperado.

Y, de repente, el monstruo de hierro no se movió.

Dawn descubrió el motivo: no quería dejarles llegar al puente situado tras él, la pasarela que antecedió al castillo de Odell.

Los dos corrieron al palacio. Notaban que les faltaba el aire, pero detenerse era rendirse y rendirse era perder.

La estatua, incluso sin cabeza, parecía saber cuál era el sendero que elegían. Una energía atroz lo impulsaba a mover sus manos, que chocaban contra el suelo. Era un arma secreta y un arma secreta que no contenía ninguna discreción. Era los cañonazos, no la daga en la oscuridad.

—¿Crees que la Dama y Huargo te ayudarán a que ese Hallington de bronce no acabe contigo, Dawn? —preguntó Seth, asfixiado por el esfuerzo.

Hubo un estallido sobre ellos. Una espesa bruma se esparció por el firmamento, ensuciándolo.

Un grito feroz y una bocanada de hielo se hizo trizas cuando los látigos de oscuridad la acribillaron. La Dama y Huargo combarían al dragón, no zanjaban su disputa, como si fueran una recreación imperfecta de la lucha de San Jorge. Levantaron una onda de niebla y sobras que llovió sobre Utopía.

—¡Me temo que esos dos están bastante liados ahora con el dragón! —replicó Dawn a la pregunta de Seth.

El dragón se vino abajo. Su cuerpo demolió uno de los palacios de la metrópolis, que se convirtió en cenizas tras un terremoto que se sintió en todo el reino e hizo que el avance de Seth, Dawn y el monstruo de bronce se frenase durante un instante.

Dawn no pudo continuar.

—¿Pasa algo? —preguntó Seth.

La chica entrecerró los ojos, con cierto malestar.

—Seth, es como..., es como si hubiera cesado...

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Odell? ¿Ha cesado? ¿Ha dejado de escribirte y...?

Pero Dawn empezó a andar de nuevo.

—Ha vuelto... —Su rostro cambió, en una mezcla de horror y sorpresa—. ¡Durante un segundo ha cesado, Seth!

—¡Durante el derrumbe!

El sonido del dragón alzándose inundó Utopía. Los cascos cayeron al revelar sus alas, cubriéndolo todo de oscuridad.

—Dawn —dijo Seth, apenas viéndola y tosiendo por la nube de residuos—. Tengo una idea muy absurda.

—¿Crees que es el momento o vas a aprovechar para meter alguna referencia a *Star Trek* o algo así?

Seth movió su cabeza, como si aquella vez quisiera dejar claro que iría en serio.

—No, Dawn, no... Creo que no, al menos, Dawn —matizó—. Pienso que Garric no ha terminado su novela.

—¿Qué? ¿A qué te refieres, Seth?

—Debe estar intentándola para controlarte, pero mientras tanto, toda su creación pende de un hilo —contestó y se detuvo un momento. Notaba cierto agotamiento, en parte también a la tierra que entraba hacia sus pulmones y los hacía arder. Deseó que el asma menguase—. Puede haber escrito sobre este reino, pero tal vez no ha escrito sobre su final o su destino, pero ¿qué pasaría si la realidad se metiese de por medio en su ficción?

—Te refieres a...

—Me refiero a... ¿Qué pasaría si algo que se escapa de su imaginación destruye esa fantasía que está creando, que está conectada a él? Garric da su poder a este mundo, pero si este mundo cae, ¿eso no podría llegar a él?

La imagen del fundador les buscaba tanteando el aire, sin su cabeza, tirando piedras por todas partes, como una excavadora con brazos.

—Seth, quieres decir que si la ciudad cae antes de que su novela se acabe, caerá. Y si la novela es destruida, su reino jamás se completará y podrá venirse abajo, destruyéndole a él en un efecto rebote.

Seth dijo que sí con la cabeza.

—No me lo habría explicado mejor... —dijo, pero Dawn hizo algo inesperado—. Eh, ¿dónde estás?

Dawn desapareció en la niebla de piedras. Seth intentó toparse con su amiga, pero era imposible. Lo que sí vio fue una sombra de varios metros llegar hasta él. Era la estatua de Hallington e inició un nuevo caos. Seth se echó a un lado, pero el guerrero fue a por él.

«Odell, quieres dejarme fuera de juego. Tus pruebas no son para que Dawn se enfrente a ellas, sino para acabar conmigo», pensó Seth. Las manos metálicas del monstruo estuvieron a punto de tocarlo.

Levantó la varita. ¿Qué hechizo podía lanzar sin que le costase todo su vigor? Ya se hizo esa pregunta con el dragón, la Dama y Huargo. ¿Cómo les vencería sin caer él? Con Dama y Huargo, la solución fue el dragón. ¿Qué haría con la estatua?

El muchacho rodó por el suelo, evadiendo los puñetazos de la efigie, que fulminó la superficie donde segundos antes estaba el chico. Debía llegar a una solución y

debía hacerlo rápido.

«¿Y si no me invento nada? ¿Y si tiro de nuevo de los viejos trucos?» se dijo Seth en su mente.

La corriente de aire le obligó a que viese algo entre la tormenta de escombros. Escuchó a Dawn toser, no muy lejos, entre unos hierros doblados. Era un lugar perfecto para cubrirse.

—Hallington, ¿estás loco o has perdido la cabeza? —soltó Seth. La estatua fue a por él—. Vale, parece que no te gustan los chistes malos... Como imaginaba.

Fue un buen ardid: el monstruo caía sobre él. Ahora quedaba vencerle.

Seth tomó la varita con las dos manos y deseó con toda su alma. Un rayo de energía brotó chocando contra la estatua, envolviéndola en un brillo que dio lugar a las llamas... Pero Hallington, incluso incendiándose, continuó caminando como si no hubiese pasado nada.

—¿Ese era el as en la manga? —musitó Dawn—. ¿Convertirlo en una bestia de fuego?

—¡DAWN, CORRE! ¡ESTÁS EN PELIGRO! ¡ESTA ESTATUA DE MIERDA TE VA A MATAR! ¡CORRE, DAWN, CORRE!

Hizo una seña a la chica para que se mantuviese donde estaba, yendo en contra de su grito. La estratagema continuó.

El joven se lanzó al suelo y rodó hasta Dawn, escondiéndose tras los guijarros. La retuvo para que no se moviera, ¿por qué dijo lo otro entonces?

La estatua en llamas, fundiéndose, fue hasta ellos. Los mataría antes de deshacerse.

Silencio salvo por el crepitar del fuego.

La batalla entre el dragón, la Dama y Huargo cesó de forma inesperada.

Seth miró hacia arriba. La nube de destrucción se dispersó con el avance del trote de Huargo, capitaneado por la Dama de Hueso que acuchilló a la estatua de Hallington, arrojándola al suelo en pedazos. Los restos de la imagen quedaron reducidos a un charco burbujeante.

«Si los Hollow Halls nos persiguieron todo este tiempo por lo que nuestros antepasados le hicieron a la estatua, que fue “solo” cortarle la cabeza, no sé qué nos harían ahora», meditó Dawn.

El ardid de Seth fue bueno: con su grito, atrajo a la Dama y Huargo, encargados de proteger a Dawn, y así se libró de la estatua que amenazaba con matarlo.

La Dama de Hueso rebuscó junto a Huargo. Y fueron veloces: encontraron a Seth y a Dawn.

—El rey se está impacientando —anunció la espadachina.

Sonó un estallido detrás.

Provenía de la parte de la ciudad que la Dama y Huargo dejaron para llegar hasta allí y destruir al Hallington de metal.

La hechicera gritó. Sus ataduras mágicas se quebraron y el dragón volvía a volar,

dirigiéndose hacia la hechicera y un Huargo colérico.

—Mal jugado —musitó Dawn.

Los dejó atrás y se echó a caminar, Seth hizo lo mismo. Al fondo, Huargo y la Dama se preparaban para un nuevo asalto contra el dragón.

Antes de que pudiesen mencionar algo sobre lo sucedido, Dawn recorrió el puente.

—¿Dónde estarán las armaduras y todas aquellas cosas que custodiaban este sitio? —preguntó Dawn.

Seth se encogió de hombros.

—¿Estarán consolando al rey llorón?

Se detuvieron ante la colosal puerta del castillo.

—Toca ver al mago de Oz —dijo Seth y miró a Dawn—. ¡Dorothy, desea volver a casa! ¿Vale?

—Y tú tener un cerebro.

—Prefiero desear conservar la vida —contestó. El dragón colisionó contra otro refugio cercano y la Dama voló por los aires—. Visto lo visto, creo que no sería un mal deseo...

Dawn miró a su reloj.

—¿Te preocupa la hora? —preguntó Seth.

La respuesta de Dawn fue algo meditabunda, incluso misteriosa.

—¿Has escuchado la expresión «hasta que llegó su hora»? Seth, creo que ha llegado mi hora y me gustaría saber exactamente cuál es.

El rugido del dragón y el duelo mágico a pocos metros les asaltó.

Las puertas del palacio se abrieron.

—Allá vamos —dijo Dawn.

Los dos jóvenes se internaron en las sombras.

Por última vez.

CAPÍTULO 77

Las puertas del palacio del rey Odell se cerraron tras Seth y Dawn. El joven mantenía la varita en sus manos. La chica permanecía vigilante, mirando a los lados, esperando encontrarse con algún imprevisto, alguna trampa. No podía ser tan fácil...

Pero no había nadie. Ni siquiera se escuchaba lo que había fuera.

Las entradas del extenso corredor se abrían solas y se cerraban en cuanto ellos las atravesaban. Los pasillos y escaleras desaparecían, marcando el camino hasta el lugar que les aguardaba. Solo ellos, ni el sonido se atrevía a acompañarles. Garric les marcaba un sendero del que no debían desviarse.

El rey no les recibió en la sala de trono.

El escritor les recibió en una habitación más pequeña. Solo tenía una mesa, una silla y una máquina de escribir. Y a él. Garric escribía como si las musas le hubiesen poseído: feroz e imparable, golpeando cada tecla como si fuera el cráneo de un rival. Alzó la mirada para observarlos; lo hizo sin dejar del pulsar las letras.

—Entráis en la sala más íntima de un escritor —dijo, sin parar de escribir su obra—. Deberíais sentirlos satisfechos y agradecidos.

Seth jadeó. No tenía ganas de debates sesudos con aquel individuo.

—Hemos vuelto, ¿puedes parar ya con tu rabieta de niño mimado, con ese rollo del dragón y demás?

Garric chistó, con asco y malicia.

—El dragón es libre ahora, camarada. No puedo controlarlo todo... Aún no.

Seth gruñó.

—Pues podrías controlarte a ti mismo e irte a la mirada. Y no soy tu camarada, jodido psicópata. Nunca lo he sido ni lo seré, Odell.

El rey clavó su fría mirada en su contrincante.

—Confieso que no esperaba verte de nuevo, Dagan.

—Claro ¡y tanto! ¡Ibas a matarme! —echó en cara Seth.

—Podrías haberte marchado, Dagan.

—¡Y tú podrías haberme matado, Odell, pero aquí estoy, he sobrevivido a toda tu mierda y me queda fuerza para terminar contigo! Porque ¿sabes qué? Me he dado cuenta de que nos persigues, nos jodes y te crees superior a nosotros. Eso te convierte en algo...

—No oses decirlo.

Seth osó:

—Eso te convierte en el último Hollow Hallows. —El odio acuchilló la faz de Odell—. No de nacimiento o sangre, pero sí representas esa basura y ahora eso se acaba. Soy un descendiente, soy un confabulador y hoy no saldrás de aquí a menos que acabes con tus grilletes sobre Dawn.

Odell, sin ninguna simpatía ni aprecio, le murmuró:

—Ah, qué rencoroso eres, Dagan...

La falsa cordialidad de Odell crispó a Seth:

—Qué hijo de la gran puta eres, Odell.

Dawn renegó de ambos.

—Parecéis dos niños pequeños... —se quejó—. Después de todo este tiempo parece que no habéis aprendido nada. Vencimos sobre Hollow Halls ¿para qué? ¿Para ahora enfrentarnos entre nosotros?

Seth renegó de lo dicho y habló:

—¡No me incluyas! Si fuera por mí, ya estaría lejos de aquí y no tendría que verle el careto a este tipo.

Ladeó la cabeza hacia el escritor, como si no quedase claro a quién se refería.

—Garric —le dijo Dawn a su viejo amigo—, ¿qué estás haciendo?

El monarca liberó una breve risotada:

—Soy escritor, ¿qué iba a hacer? —La música que sonó fue el de cada letra del teclado al ser empujado hacia el abismo de la negrura de tinta—. ¡Escribo!

El sonido de la máquina sumergió la cámara en una monotonía exacerbadamente.

—¿Y por qué no intentas comprender, Garric? —preguntó Dawn—. Intenta entender que esto ha acabado.

El muchacho de la corona de hueso dijo que no con un aspaviento.

—No, todavía no. No he escrito la palabra fin.

Seth miró a Dawn, ella asintió al escuchar esa confirmación.

—¿Para qué me quieres? —dijo Dawn—. ¿Por qué no me dejas marchar? He sido más piadosa contigo que con nadie, ¿así me lo pagas?

Odell pulsó con más energía el teclado.

—¿Echas cosas en cara ahora, Dawn? No es de tu estilo. No te preocupes. Te arreglaré. Solo necesito un par de párrafos más.

Garric sonrió y persistió, escribiendo con cada fragmento de su ser. No paró ni un instante, solo para sacar el folio, ponerlo a un lado, y continuar con el siguiente.

—No te atrevas a teclear ni una sola palabra más sobre mí, Garric.

Odell emitió un quejido, como si la frase de la chica se tradujese en un golpe en su estómago.

—¿Cómo haría eso, Dawn? Eres la chica fuerte de esta historia —dijo—. No te pega ser la víctima. Los lectores han asumido que eres la guerrera, has vencido a los Hollow Halls, has regresado de la muerte... No vas a restregarte por el suelo por cómo me estoy comportando.

Dawn apretó los puños.

—No sabes nada de mí.

Odell dio un pequeño brinco de emoción, pero siguió escribiendo:

—¡Ahí te equivocas! ¡Ahí tú deberías hacer el esfuerzo de comprender y no yo! ¿Ves? Te entiendo. Como a los personajes.

—¿Qué dices? —cuestionó Dawn, sin darle ninguna credibilidad.

—Ahí viene otro de sus discursitos de mierda —advirtió Seth sobre Garric.

—Cuando escribes —habló Odell, levantado la voz para que el murmullo de Seth no se oyera—, debes entender a los personajes. Solo así llega el momento en que actúan por ellos mismos, en que cobran vida... En serio. En esos momentos, soy cronista más que escritor.

Dawn le ignoró, pidiendo la palabra.

—Acaba con esto, Odell —le pidió y avisó—: Garric, es tu última oportunidad.

El rey la señaló mientras tecleaba con una sola mano e hizo un gesto que acompañó de una sola palabra:

—No.

Dawn estaba contrariada, más al escuchar esa respuesta. Al menos, lo intentó. Ahora, ¿cómo podría conseguir que el delirio de Garric cesase antes de que fuera demasiado tarde? De ninguna manera, pero...

—Recuerdo cuando éramos críos y te conocí, Garric.

Odell rio de un modo escalofriante.

—¿Te vas a poner sentimental ahora? Vaya, Dawn, ¿estoy haciéndolo tan mal al reescribirte o me pretendes sorprender?

Seth se contuvo, aunque tanteó la varita. Sería tan fácil volarle la cabeza a Odell como a la cerda de su granja... Tan fácil... Pero tenían un plan... Más efectivo, más arriesgado, pero también su última esperanza. Acabar con el rey, destruir el reino...

—Busco decirte que el hecho de conocerte fue para mí, visto ahora, lo mismo que haber contraído una enfermedad terminal —explicó Dawn al monarca—. Me contagiaste, pareciste dejarme cuando me fui, creí haberme curado y al final volviste para matarme. Solo has sido una broma pesada que lamento cada vez que respiro. No guardo ningún aprecio en eso, jamás podría. Eres un cáncer.

Garric dejó un dedo en el aire antes de presionar una tecla. Por un momento, suspendió su atención en lo que contaba en el papel, como si las palabras de Dawn le hubiesen hecho dudar.

—No sabes nada, Dawn, nada —dijo Odell, irascible.

Seth reventó y encumbró la varita.

—¡Bien, terminemos con tanta charlatanería! —espetó, sin perder la firmeza—. Dawn, Odell te odia porque no te doblegas; Odell, Dawn te odia porque, joder, ¿quién no te odiaría? Todo claro, no hace falta que nos digamos nada más. ¡Acabemos con esto!

Seth apuntó hacia el montón de folios de Odell. El escritor levantó la vista por primera vez desde el comienzo de la conversación.

—No te atrevas —advirtió el rey.

—Ponme a prueba, gilipollas —contestó el mago.

Fue entonces cuando hubo un zumbido metálico, como si un taladro entrase en sus cabezas. Seth lo soportó de mala manera, pero Dawn no. La joven se desplomó.

—¿Dawn? —farfulló Seth bajando la varita. Se agachó junto a su amiga. Estaba inconsciente, pero respiraba—. ¿Qué... Qué te ha pasado? ¿Qué...? ¿Qué te ha hecho ese cabrón? ¿Qué pasa...?

—Le he pasado yo —respondió el soberano y prosiguió con la escritura de la novela.

—¡Tú! ¡Claro que le has pasado tú!

Seth, enfurecido, esgrimió la varita. Quería destruirlo, ya lo deseaba sin dejar ningún margen a la duda. Sin embargo, Odell no perdió la confianza, la cogió del cuello y la mantuvo junto a él.

—Dagan, te he podido matar varias veces sin tener que recurrir a nuestro pacto, pero si no lo he hecho, ha sido por otro motivo —dijo con aire enigmático—. Te he recibido aquí y no en la sala del trono porque deseaba hablar contigo sin el peso de los lujos y el exceso. No te sentaron bien la última vez...

Seth quería destrozarlo, reducirlo a miseria y muerte.

—¿Estás loco? ¡El problema no son los lujos o los excesos, eres tú!

Odell valoró las palabras con encono.

—Tendrás que aprender a soportarlo... —contestó y tecleó. A poca distancia, Seth le tomó el pulso a su amiga—. Está bien, Dagan, pero no quiero que Dawn nos escuche... He de contarte una verdad...

¿Una verdad? ¿La verdad? Seth ya conocía toda la verdad que necesitaba.

—¿Que eres un puto retrasado que te gusta joder? Eso es una verdad, pero no me lo tienes que contar, ¡lo estoy viendo ahora!

Odell le observó un instante, como si pretendiera ser la referencia gráfica del término «animadversión».

—Seth, por favor, madura. Tu falta de educación es un chiste que no hace gracia a nadie —dijo. Seth quiso aplastar aquella pedantería de Odell—. ¿Quieres hacer el favor de escucharme? Todo depende de ello. ¿Sabes que si le devuelves a Dawn el don de los Hownland destruirás el mundo?

Seth se regañó, como si hubiese escuchado mal.

—¿Qué mierda me acabas de soltar, Odell?

Garric escribió un poco más sin contestar hasta que halló algo que decir:

—¿Recuerdas al hombre con cara de reloj?

—¿Es de *Alicia en el País de las Maravillas*?

Los ojos de Odell centellearon.

—No finjas ser más idiota de lo que ya aparentas y eres, Dagan.

—Sí, lo recuerdo, subnormal.

Garric afirmó como si se diera por satisfecho.

—¿Qué me dirías si te contase lo que me dijo?

—¿Lo que te dijo un puto Hollow Hallows?

El rey hizo un amago de empezar a reír, pero lo abortó.

—No era un Hollow Hallows. Era alguien que sabía lo que estaba por pasar,

alguien con un don, como Dawn, como yo... —replicó. Ya estaba, había captado la atención de Odell—. Has comenzado a leer esta historia por la mitad Seth, te faltan capítulos del principio. Crees conocer a Dawn, pero eres un ignorante y yo, en vuestra ausencia, he aprendido.

Seth notó cómo la desesperación y el odio afloraban en su alma.

—¿Intentas convertirla en mi enemiga? ¿Crees que soy tan fácil de manipular? ¡No soy uno de tus personajes! ¡Jamás lo seré!

El eco de las teclas fue la única contestación por un rato.

—Creo que amas a los héroes, Seth. Siempre lo has demostrado con tu amor por las historias. Adoras las series de televisión, las películas, las novelas, los cómics... Y adoras a los héroes.

—No juegues con mi cabeza, tío...

—Siempre has querido ser uno y si un héroe existe en este mundo, no puede permitir que Dawn sea lo que realmente es.

Seth no lo ignoraba: Odell ambicionaba enredarlo en su telaraña. Después de todo lo sucedido, ¿pensaba que iba a conseguirlo? «Asesinaste a Lamke, a tu padre, usaste tus palabras todo este tiempo, le has hecho esto a Dawn, nos han perseguido tus monstruos... ¿Por qué iba a creerte ahora?», pensó.

—Termina ya con esto, Odell —advirtió Seth.

—Termina ya con esto tú, Dagan. Te permití marcharte para que fuese más sencillo para ti, para ahorrarte los terribles descubrimientos en cuando a nuestra amiga, pero has sido incapaz de aceptar que tu papel en la función ha concluido.

—¡Ni siquiera lo intentes, Odell! ¡No vas a convencerme de nada! ¡De nada! ¡Ibas a retorcer a Dawn, a convertirla en tu esclava y no voy a consentirlo!

Odell dio un manotazo en la mesa.

—¿Permitirás que Dawn, si juego con ella, deje en paz a todos o acabarás conmigo y harás que ella juegue con todos y no deje en paz a nadie?

Seth pateó el suelo.

—¡Guárdate tus trabalenguas, hijo de puta!

—¡Si he querido evitar que recuperase el don es para que el mundo no quede a su merced! ¡Su poder es demasiado fuerte, Seth!

—¡NO ERES EL SALVADOR DEL MUNDO, ODELL!

El chillido de Seth resonó por la estancia, retornando como un eco. Odell no estaba preparado para que nadie le gritase y profanase su lugar sagrado de escritura y replicó llevado por la ira:

—¡EL MUNDO NECESITA QUE LO SALVEN!

—¡ES TU PODER! ¡ESE ES EL MAL! ¡SIEMPRE HA SIDO TU PODER! ¿NO SERÁ QUE TEMES QUE TE DEPONGA, QUE ELLA OCUPE TU TRONO?

Garric se mantuvo en una calma artificial. No deseaba seguir gritando. Meditó y trazó un par de frases más en el papel.

—Si Dawn ocupa mi trono, que los dioses nos cojan confesados.

Seth dio un paso adelante, hacia la novela de Odell. La señaló con la varita. Un ascua sería suficiente para tirar abajo aquel castillo, Utopía y su sangriento rey.

—El Hombre de los Relojes codiciaba que yo matase a Dawn y pude hacerlo — confesó Garric Odell—, pero tuve confianza en que ella se quedara, se salvase y estuviese conmigo en este mundo que he creado para ella.

La falsedad de Odell desgarraba a Seth con cada nueva excusa y eso le hizo gritar:

—¡Este mundo lo has creado para ti, Odell! ¡No mientas!

Odell fingió calma.

—Era un mundo perfecto para que ella no amenazase el resto, Lucrecia Dagan lo sabía —dijo y Seth estuvo a punto de atacarle al escuchar la mención a su antepasada —, pero Dawn es incapaz de aceptar dominar solo una isla imaginaria. Ella necesita todo este planeta... —Suspiró, tragó saliva y admitió—: Dagan, me equivoqué, me equivoqué al dejarla vivir, pero voy a arreglarlo, la reescribiré, haré que se convierta en quien debe ser.

Lo dicho por Odell provocó que la sangre de Seth hirviese.

—¡Eres un egoísta! ¡Un mentiroso!

Odell entornó sus palabras como si de un monólogo clásico se tratase:

—¿Cómo? ¿Cómo puedo ser eso que dices? Porque... Siento amor.

—¿Amor? ¿Hacia qué? ¿Hacia ti?

—Hacia Dawn.

—¿Y le haces esto?

—La mujer que amo va a destruir el mundo, lo sé y, sin embargo, la salvo. ¿Eso no es una muestra de amor?

Seth rio con arrebatos.

—Desde luego, lo que no es una prueba de amor es que la intentes cambiar con lo que estás escribiendo sobre ella.

El monarca respiró con pesadez, como si ya estuviera hastiado de esa charla.

—Seth, piensa un poco y acéptalo: es la única forma de que siga viva sin que los demás tengamos que morir.

Otra patraña más. Seth suplicaba en silencio que concluyesen. Ya no soportaba ninguna más.

—Garric, solo eres un puto colgado que se inventa justificaciones para hacer que todo salga según tú quieras.

—Sigues sin...

—¿Y sabes qué? —interrumpió Seth al rey—. ¡Esto se ha terminado!

La varita de Seth lanzó un rayo directo a la novela de Odell.

Y el mundo pendió de un hilo a punto de quebrarse en torno a la telaraña de Garric Odell, la mente de Dawn Hownland y la varita de Seth Dagan.

CAPÍTULO 78

El destello emanado por Seth no llegó a Odell ni siquiera a las páginas de su novela. La oscuridad de la Dama, surgiendo de la nada, lo interceptó mientras su ama mostraba un gesto de desapruebo.

—No sabes nada de la magia —escupió la bruja. Levantó la mano y, sin tocarlo, al propio Seth. Un huracán lo tiró por los aires—. Absolutamente nada.

El muchacho rodó por el piso hasta detenerse en la puerta. Su plan no marchaba bien. Nada bien.

Se abrió la entrada, pero no para dar paso a un aliado. Seth lo rehuyó en cuanto lo vio.

Huargo le rugió a la cara, deslumbrándolo con unos colmillos que bien hubieran sido envidia para Fenrir. El lobo estaba dispuesto a arrancarle la cabeza de una dentada.

Seth se arrastró como un soldado en la trinchera, esquivando los embistes del animal. Cuando lo veía, aceptaba, con inconmensurable tristeza, que nada quedaba ya de perro vagabundo en su antiguo amigo.

—¡Has hecho muchas putadas, Odell! —gritó Seth cuando pudo levantarse—. ¡Pero convertir a mis amigos en tus lacayos es la peor de todas!

Escapó de Huargo, pero sucumbió ante las garras de la Dama, que lo detuvo. El rey Odell se deleitó con la imagen y habló:

—Créeme, Dagan: en cuanto al tema de las peores cosas que puedo hacerte, aún puedo superarme. Mucho.

Los látigos de penumbra de la hechicera se apretaron en torno a Seth, como una boa constrictor. Era como si varias serpientes recorriesen su cuerpo para asfixiarlo. Se ahogó mientras abría la boca para hablar.

—Acaso, Dagan, ¿eres tan egoísta y corto de miras que hubieras preferido que tus amigos, Caroline, Rahne y Huargo, hubiesen muerto de forma definitiva en vez de ser salvados por medio de mi don?

Seth quiso articular palabra, pero le hirió. Un sufrimiento punzante recorría su cuerpo, haciendo que ese calor latente, fruto de la agonía, obligase a que cada instante fuera más insoportable que el anterior.

El monarca dio la orden a la Dama de que debilitase sus nexos con su prisionero, pues le quería escuchar hablar y así regodearse en la tortura.

—¿Esto que..., les has hecho..., a mis amigos..., se les puede considerar..., estar vivos? —preguntó Seth con una violencia solo equiparable a su angustia.

La atadura a la que le sometió la Dama se comprimió de nuevo en torno al cuello de Seth, asfixiándolo, cortándole el paso del aire con la eficacia de un garrote vil.

—Pronto —dijo el rey y continuó escribiendo, si es que alguna vez cesó—, muy

pronto, tú envidiarás cualquier cosa que signifique estar vivo.

El mago movió su varita para soltarse, pero su adversaria absorbió la magia que convocaba Seth con sus pocas energías.

—¿Crees que puedes matar a alguien que ha vuelto de la muerte? —preguntó la Dama a su presa.

—No... Solo... Quiero..., soltarme...

La Dama aceptó la respuesta y lo hizo con sorna.

—No quieres algo que vayas a obtener.

Hurgo aguardó para comerse el cuerpo de Seth Dagan en cuanto la Dama lo destruyese. Odell escudriñó la escena como si fuese una maravillosa obra de teatro.

—Qué hastío —se quejó Odell—. Aguardo terminar con este acto... El clímax se está excediendo, perjudicando a la resolución —dijo con el juicio de un escritor—. De lo contrario, el espectador dirá que no tenéis a un rey que se manche las manos ni uno que sepa cuando aplicar la palabra «fin».

«¿Te preocupa eso? Pero ¡si puedes reescribir lo que piensen de ti, hijo de puta! Vas a matarme porque quieres, porque eres un cabrón cruel», pensó Seth. El odio latía por su cuerpo con cada pinchazo de padecimiento. Lo hubiese dicho en alto, pero le faltaba el oxígeno.

Fue lanzado al suelo de rodillas, haciendo que un chillido escapase de su alma, pero tosió y notó sangre en su paladar.

—Serás ejecutado, traidor de la paz de Utopía —anunció la Dama. Blandió su espada.

La hoja brilló en el cuello de Seth.

El joven procuró contener el aliento, cerrar los ojos y dejar que pasase lo que estaba por pasar.

—Un momento, mis verdugos —pidió Odell a la Dama y Hurgo.

Seth abrió un ojo y luego el otro. ¿Cuánto tiempo más duraría aquel juego de esperanzas que se desvanecía intermitente? ¿No era mayor tortura que cualquier otra?

Hurgo y la Dama parecían tan patidifusos como el mismo Seth por la petición de Odell.

Garric se levantó por primera vez del asiento tras el escritorio y fue hasta su preso. Tenía que regodearse un poco más. Se agachó y le mostró algo que la última vez que vieron fue en la escuela de Blackmouth: la navaja de Dawn.

—Es hora de que acabemos con esto, pero no de una manera burda o atroz —dijo—. Lo he pensado, he buscado el significado más poético...

»Si algo he aprendido a apreciar de la literatura es que los verdaderos personajes necesitan una muerte espectacular, casi un ritual, pero lejos de la necedad de los..., antiguos habitantes de este lugar.

»Así que, Seth Dagan, voy a concederte la muerte que te mereces, pues has sido un gran personaje. Adiós, Seth Dagan, que...

Seth miró hacia Dawn un instante. ¿Qué hubiese dicho su amiga si hubiera visto

aquello?

No la vio.

Odell iba a hundir la navaja en el pecho de su antagonista cuando fue empujado al otro lado de la habitación y un torbellino de golpes se descargó sobre él. Perdió la navaja, pero no a Dawn, que se había levantado rápido tras recobrar el sentido y le zarandeaba como si aquella lucha fuese lo que era en realidad: el duelo definitivo.

—¡Tú mereces más aún una muerte! —le gritó Dawn dándole un puñetazo a Garric que le reventó la nariz en una oleada de sangre—. ¡Una muerte horrible! ¡Como tú!

La Dama y Huargo se precipitaron hacia la muchacha, pero Seth tomó la varita y les apuntó.

—Estoy malherido... Y soy un idiota... Yo también soy un..., peligro —murmuró Seth inclinado hacia delante, pugnando por algo de aire.

Les distraería mientras Dawn acababa con aquel rey que se removía como un niño desamparado.

—¡Dawn! ¡Siempre te has creído que podías hacer lo que quisieras! —gritó Odell con una cólera que hubiese hecho arder los infinitos hornos del infierno.

—¡Porque puedo!

La muchacha soltó otro puñetazo en la cara a Odell.

Seth emitió una explosión de aire contra la Dama y Huargo, pero la hechicera se la devolvió y el joven cayó por los suelos.

Los poderes de la Dama se centraron en Dawn, liberando sus tentáculos, pero antes de alcanzarla, se paró por lo que divisó: la chica consiguió su navaja y la puso en el cuello de Odell.

—Haz algo, lo que sea, y os dejo sin rey —advirtió Dawn a la Dama.

—¿Crees que te harán caso? —preguntó Odell, notando el frío acero en su cuello.

—Rezo porque no me lo hagan y tener una excusa más para matarte —contestó Dawn—. Sabes que soy capaz. ¿Recuerdas? Una noche ya estuve a punto de hacerlo...

La sangre chorreó por la parte baja de la cara del monarca cuando dijo:

—Dawn... Lo siento.

Odell le dio un codazo a Dawn. Casi logró zafarse indemne hasta que Dawn le clavó en la mano la navaja. El chico profirió un grito y su sangre roció las blancas baldosas.

La chica arremetió contra él, pero los poderes de la Dama le envolvieron los pies, haciéndola caer de bruces.

Odell se apartó con la mano ensangrentada. Veía como los hilos de escarlata resbalaban por su palma y su muñeca con la facilidad con la que un hielo se derrite en el desierto.

—¡Dawn! ¿Por qué me haces esto? —inquirió Odell, cerrando la mano herida, convirtiéndola en una rosa de sangre—. ¡He hecho todo por ti! ¡Y me hieres! ¡Y me

quieres matar!

Dawn se asqueó por Odell, pero antes de pensar en cómo evitar un nuevo mazazo, alguien más se unió a la trifulca, rehuyendo a la Dama y Huargo.

—No eres una víctima de una tragedia, Odell —soltó Seth—. Pero vas a terminar como el personaje de una.

Duró poco.

La respuesta de Odell fue un zarpazo de Huargo a la espalda de Seth. La gabardina, la camisa y la piel se hicieron girones y reventó en sangre. La amargura colmó cada una de las partes de su cuerpo. Se derrumbó, llorando de dolor. Huargo probó su sangre. Pareció sediento.

—¿Qué decías, Dagan? —inquirió Odell con perversidad—. No te he oído bien, Seth... Demasiados gritos... Dime, ¿qué decías?

Dawn quiso contraatacar tras ver lo sucedido a Seth, pero los amarres de la Dama eran inquebrantables.

Garric Odell, con una expresión más de cansancio y decepción que de odio, se quitó su capa y envolvió su mano herida por el navajazo. La sangre ennegreció la tela.

—¡Eráis mis amigos! ¡Mis únicos amigos! ¡Os quería! ¡Siempre quise lo mejor para vosotros! ¡Construí este mundo por vosotros! —se pronunció con exasperación—. ¿Creéis que esto me está gustando? Quise daros libertad para ser los nuevos regentes de un mundo que nos merecíamos, pero os negáis y ahora sufriréis las consecuencias de semejante afrenta.

Dawn movió la navaja. La Dama alzó a la prisionera y la tiró contra el suelo. Una vez. Y otra. Y otra. Hasta que Dawn soltó la arma blanca que perteneció a su padre.

Odell clavó sus ojos tristes en la heredera de los Hownland.

—Dawn, terminaré de reescribirte.

Un chillido.

Seth gritó cuando notó que la brisa atravesaba su gabán y su camisa rota, llegando hasta la herida de la espalda, la marca de Huargo. Elevó la varita, tembloroso, pero Huargo le aulló y tembló tanto que se le cayó. Cuando quiso cogerla, el lobo le advirtió con una mirada. Si lo hacía, le rebanaría la mano de un mordisco.

—Seth, tú..., tú no quieres recibir la gloria y no te obligaré... El mundo está lleno de malagradecidos como tú —se pronunció Odell—. Has cometido delitos contra mi corona. Serás sentenciado a muerte. Procuraré que sea rápida e indolora. No soy un... —Y dijo con asco, porque no quería pronunciarlo, pero no le quedaba otra—. Hollow Hallows.

La Dama se volvió a Seth y tendió una soga al cuello del muchacho. Tanto Hownland como el heredero de los Dagan estaban atrapados, a merced del monarca. Alrededor, Huargo vigilaba, hambriento.

El rey contempló la funesta imagen, captando cada matiz y realizando en su pensamiento cada metáfora permitente. Fue hasta su mesa, con las plumas y la

máquina de escribir. Abrió la mano herida, pero una gota de sangre manchó la página en blanco. Se maldijo en silencio.

—¿A qué esperamos? —preguntó el rey a la Dama y Huargo.

La ejecución de Seth Dagan dio comienzo, mientras Odell se sentaba para reescribir a Dawn («esa será tu condena», musitó el escritor).

Los látigos aprisionaron más todavía a Dawn y Seth. La Dama esgrimió su espada hacia el cuello del chico y...

Pero no pasó nada.

La Dama y Huargo se detuvieron y observaron algo tras el ventanal de la estancia, tras el propio Odell, una sombra negra como las alas de la mismísima muerte, creciendo como una enfermedad mortal. El rey se giró para ver también.

—¿Qué miráis? —preguntó.

No obtuvo respuesta, tampoco la necesitó.

Una lobreguez alada se dirigió contra ellos.

—¿POR QUÉ SIGUE CON VIDA? —chilló el monarca a la Dama, señalando a la criatura segundos antes del impacto contra el ventanal.

—Vinimos en cuanto advertimos del peligro, soberano —respondió la Dama—. No lo habíamos vencido... Lo dejamos asediado por los duendes de hollín del mercado.

El rasguño en los oídos, el crujido del cristal rompiéndose...

El dragón destrozó la vidriera y escupió una calavera calcinada de un duende. Tenía hambre y sabía cuál iba a ser su comida. Su rugido masacró la estancia.

CAPÍTULO 79

Los cristales despedazados no hicieron daño al monarca, aunque resultaron ser una metáfora de su conciencia. Su mente se resquebrajó como cada filamento y planeó con sagacidad y prisa tras que la idea impactase en él como el dragón en la vidriera.

—¡Dragón, te desafío! —exclamó la Dama, subida a Huego.

La criatura bramó una vez y otra, como hojarasca bajo las pisadas de un gigante. Una luz brilló entre las escamas que cubrían su pecho como si una caldera se calentase en sus entrañas.

El soberano se apartó del combate. No obstante, ya era víctima de sus primeras horas de reinado en su mundo. Concebir el dragón creyó que fue una buena manera de acabar con Seth y detener la huida de Dawn, consiguiendo así más tiempo para reescribirla. Era su arma secreta, pero aprendió que las armas secretas además de escondidas y eficaces, deben ser otra cosa: capaces de ser controladas. Tender cabos ahora para dominarlo le era imposible, ¿cómo escribir cuando un monstruo escapado de una novela de fantasía aparece a tu alrededor, sediento de venganza?

Ah, maldita sea... Fue más factible construir las personalidades de dos seres preexistentes como Huego y la Dama, pero el ser alado, ya fuera por su tamaño, poder o inexistencia anterior (más allá de los objetos del fondo del mar) era un adversario terrible, uno que ni siquiera él sabía si podía detener.

Tomó la medida más sensata. Cogió un archivador y empezó a guardar su manuscrito con sumo cuidado, pese a que el apocalipsis se libraba a su lado. Mientras, la Dama y Huego iban contra su enemigo escupefuego.

El rey no se quedó a presenciar la contienda entre sus fieles. Se disponía a batirse en retirada. Ya hallaría otro cubil en Utopía o, si los acontecimientos empeoraban, ya escribiría otro. Pensó en una biblioteca inmensa que al mismo Borges le recordase al paraíso.

—Dawn —dijo el monarca y ella levantó el rostro sin desearlo—. Ven.

En un gesto de claridad, admitió que se llevaría a Dawn con él y dejaría que Seth muriese en el tormento que se iba a desatar en el palacio. Era un destino casi loable. Chasqueó los dedos, como una orden, y la joven Hownland se levantó tras él, sin pretenderlo, sin poder remediarlo. La novela volvía a cambiar la realidad y devorar la voluntad embotada de la muchacha.

—¿Adónde vas, Dawn? —preguntó Seth, tirándose a un lado cuando los amarres de la Dama se rompieron y una de las cuatro alas del dragón se movió por encima de él.

—No... No lo sé —replicó Dawn entre lágrimas.

El chico tendió su mano hacia la joven, pero seguía marchándose.

—¡Dame la mano, Dawn!

Ella ansió coger la mano de su amigo, pero algo la retuvo y la hizo andar hasta Odell.

—¡No te vayas! ¡Dame la mano!

El monarca trazó una sonrisa en su severo rostro.

—Seth Dagan, ha sido un placer —se pronunció Garric a modo de despedida. Agarró con su mano ensangrentada a Dawn y fueron hacia la puerta.

Seth les persiguió saltando sobre una de las garras del dragón, que absorbía los tentáculos de la Dama y empujaba a Huargo fuera de su vista. El muchacho corrió y corrió. Si Dawn salía del palacio con Odell, todo habría terminado y no de la mejor manera.

El joven se detuvo. Se vio interceptado por los latigazos que daba el dragón con su cola, tirando abajo varias columnas. Cuando quiso reanudar la marcha, el rey ya solo era una sombra y el camino entre ellos estaba siendo el nuevo campo de batalla del reptil, la hechicera y el lobo.

—Lástima, Seth Dagan —decía el rey—, que no pueda quedarme a verte morir.

Seth quiso contraatacar. Saltó... Aceptó que podía ser el final, que debía atravesar la guerra entre sus enemigos solo para llegar hasta su amiga y que podía quedarse por el camino por mucha magia que poseyese.

Pero justo cuando dio un paso, unas cuerdas se ataron en torno a él y un escalofrío danzó por cada parte de su cuerpo. El mar del anochecer de la Dama volvía a mantenerlo atrapado.

—¡No, joder! ¡No! ¡Suéltame! —gritaba Seth.

El dragón dejó caer su cabeza sobre la Dama, provocando un gran esfuerzo mágico para la bruja. Las manos de la mujer de la máscara de hueso temblaron por primera vez. No podía mantener su hechizo dividido en tantas partes, fortaleciendo su escudo, su espada y las ataduras de Seth.

El granjero cayó al suelo, liberado. La Dama prefería ahorrar su energía con él y utilizarla contra el dragón.

—Eh, ¿gracias? —masculló Seth.

Corrió antes de que su tiempo pasara, vio a Huargo lanzando dentelladas junto a la Dama, que vomitaba mandobles con su arma. Consiguió cruzar la lucha, pero ya no atisbaba a Odell o a Dawn.

—¡Maldito seas, Odell! ¡Maldito sea el día en que pusiste un pie en este islote! —gritó hasta que notó la cal entrando en su boca y callándole.

No pudo asegurarlo, quizás fue fruto de su imaginación, pero algo se iluminó en el horizonte y creyó saber que eran los ojos de Garric. Le miró una última vez y susurró:

—Maldice a lo que te dé la gana, hechicero. Con un rey como yo, los sortilegios no sirven de nada y menos si eres un mago muerto. Adiós.

Las alas de la bestia se abrieron en ese instante. La apertura supuso la destrucción

de los ventanales y las columnas que quedaban y rodeaban la sala, mezclando ornamentación y utilidad.

Seth quiso moverse, pero notó unas púas invisibles que se clavaban cada vez que daba un paso. La Dama lo tenía vigilado. La observó a pocos metros, enfrentándose al dragón.

El reptil se movió con agilidad y premura, convirtiendo las baldosas en enormes socavones. Era como ver avanzar un terremoto encarnado, pero este se preparaba para escupir su mortífero aliento sobre los presentes; ya giraba la testa como una mano que lanza alimento a las palomas, su alimento sería la muerte para sus víctimas. Era muerte y rabia. Qué odio destilaba aquel engendro perpetrado por la locura de Odell... Era un escupefuegos que guardaba rencor hacia sus primeras víctimas huidas (Seth y Dawn), hacia sus enemigos más hábiles (Huego y la Dama) y hacia el ser que lo creó y quiso gobernar (el rey Odell). Los quería matar a todos. Quería matar el mundo.

Seth divisó la entrada. No había nadie.

—¡Dawn! —chilló y lo hizo con más fuerza, para que la oyera—. ¡Dawn! ¡Escúchame! ¡Iré tras vosotros! ¡Saldré de esta! ¡Te ayudaré! ¡No estás sola! ¡Iré tras...!

La frase quedó inconclusa. El escándalo de una viga lo silenció.

El cúmulo de cemento, piedra y madera se transformó en cenizas ante el pórtico. La puerta quedó cerrada para siempre.

No podría perseguirlos, no podría escapar...

—No puede terminar así, no puede —renegó Seth dando una patada a una piedra que se interpuso en su camino.

Otro fragmento de la cúpula estalló delante de él tras sucumbir desde las alturas. Si hubiera dado un par de pasos más antes, su cabeza se hubiese reducido a menos que vómito. «Y ahora se viene esto abajo y conmigo aquí... Perfecto...», pensó.

Tosió cuando la polvareda le zambulló como una ola que alcanza a alguien aturdido. La asfixia dio paso a sus pensamientos más oscuros. «He penetrado en la lista de la gente con la peor suerte del mundo. He penetrado una y otra vez, la he dejado embarazada en múltiples ocasiones y estoy tan dentro que soy parte de ella como una enfermedad venérea... Y ah, sí... Voy a morir».

—¡Dragón, tu tiempo ha concluido, ya no eres necesario en esta historia! —clamó la Dama y emanó una ráfaga de relámpagos negros que impactaron contra el rostro de serpiente de la criatura—. ¡Muere ahora!

Seth reconoció que la bruja resucitada tenía poder, pero, sobre todo, mucho valor, pero ¿sería suficiente de lo primero? ¿O sus dones no podrían combatir contra aquel leviatán?

La aberración con alas de murciélago arrojó su cola contra la Dama para azotarla con sus púas venenosas, pero Huego se lanzó contra él y la desgarró de un mordisco. La extremidad del reptil se zarandeó hacia un lado y otro, intentando liberarse del

lobo, pero este no se soltaba, sino que afianzaba más su mordisco. El heredero de los grandes reptiles del firmamento se agitó como una lagartija a punto de perder la cola.

Los colmillos del lobo serraron la carne de la serpiente de fuego, que aulló haciendo temblar el mundo. Fue suficiente para que uno de los arcos se tambalease y se viniera abajo, como un beodo, y con él otra zona del techo. Era una tormenta estallando en la habitación, pero en vez de lluvia, ruinas y muerte.

Las grietas surcaron un amplio muro como de arrugas el rostro de un anciano. Explotó y se derruyó sobre la Dama. La hechicera estuvo presta, porque levantó sus manos y un escudo de negrura la envolvió, evitando que los cascotes la alcanzasen. Y pese a su poder, que la hizo retornar del mundo de los muertos, el esfuerzo fue titánico. Más cuando una de las patas delanteras del dragón quiso aplastarla, rompiendo la protección mágica.

Fue en ese instante cuando Seth notó que sus grilletes mágicos, colocados por la hechicera, se debilitaban. Se agitó y los rompió. Consiguiendo levantarse en un acto de pura suerte y haciéndose con su varita. Las energías escaseaban, aunque Dawn le necesitaba y Odell no podía salir triunfante.

Huargo brincó hacia la cabeza del dragón. Sus enérgicas patas se apoyaron en el hocico antes de mover sus garras delanteras hacia la vanguardia.

Hubo un mar de sangre babosa desde las alturas.

El lobo había acuchillado con sus zarpas varios de los ojos del monstruo.

El gran gusano, berreando por el sufrimiento de perder la vista en varios de sus ojos, embistió con la testa al lobo. Dio de lleno.

Huargo impactó contra la montaña de escombros que ocultaban la salida.

Seth sintió lástima de su camarada, aunque nada quedase de su perro. Fue justo cuando el joven tomó la varita y se dispuso a canalizar todas sus energías.

—¡DRAGÓN, HOY CAES!

La Dama dio aquel grito y blandió su espada de hueso contra su adversario. Lo siguiente fue como ser testigo del choque de dos trenes, una hecatombe terrible y sin igual, pero fascinante al verse de lejos.

El dragón abrió las cavernas con las que devoraba todo y escupió aquella mezcla de agua y fuego, un ácido burbujeante que se dirigió contra la Dama. Un segmento del líquido cruzó el escudo mágico de la hechicera y abrasó parte de sus brazos y su atuendo, mas no era suficiente para detenerla.

La hechicera replicó, sin palabras, solo con actos. Liberó su magia completa, como si una docena de lanceros arrojasen sus armas contra el dragón. Sus lazos de oscuridad acribillaron al enemigo como unos arponeros aniquilan a una ballena. Como esperó, la criatura levantó la cabeza hacia el cielo que se abrió al terminar de caer el techo. La bruja se vislumbró, con su máscara de calavera y su espada, en las escamas del largo pescuezo del demonio. Era lo que quería.

La Dama corrió con una velocidad que la acercaba a la de un gran cazador animal. Dio un salto y liberó su espada con un mandoble. Iba a decapitar al dragón de

un tajo. Se bañaría en su sangre...

Pero el dragón dejó caer su cabeza en el instante preciso y atrapó con sus colmillos a la Dama. Cerró la cueva con sus dientes y la hechicera desapareció en el averno de la boca del monstruo.

—No... —susurró Seth levantando la mano hacia la que una vez fuera las hermanas Jones.

Y es que fue como si pensará que Rahne y Caroline estaban aún allí en vez de aquella súbdita del rey Odell, pero aun sabiendo del destino de las hermanas, sintió de nuevo su muerte. Y creyó que, quizás, por eso era mejor morir una sola vez, porque el sufrimiento de los seres queridos del muerto no tiene por qué repetirse cada vez que sucumba ante la negra sombra.

Huargo temblaba en una esquina, deseoso de levantarse, pero malherido.

Seth cerró los ojos y blandió la varita poniendo todas sus fuerzas en ella.

Era el gran ataque.

Contuvo las lágrimas.

CAPÍTULO 80

Seth se quedó solo en el campo de batalla contra el dragón, la Dama y Huargo. Su mundo se estremeció como un corazón que palpita por última vez y Dawn dejó de verle.

La muchacha notó cómo su alma se cuarteaba por perder a otro amigo, por perderse a ella misma. Nada podía hacer contra el que consideró un camarada en los peores tiempos: Garric Odell. Los Hollow Hallows eran monstruos, pero siempre aguardó de ellos la crueldad y la maldad, en cambio, Odell la sorprendió con sus actos y entendió el error que había cometido al permitir que se transformase en el rey.

Odell se detuvo un momento. Se antojaba muy desmejorado. Sus ojos eran perlas naufragando en el océano oscuro que eran sus ojeras. Se golpeó el pecho, como si su corazón fuese una televisión que no captaba las señales y tuviese que arreglarla a manotazos. Una agonía punzante le traslucía como si su piel fuese el fulgor de un fantasma.

—¡Debería haber terminado mi novela! —chilló Odell, conteniendo un estertor de dolor—. ¡Mi novela lo era todo! ¡Siempre lo fue!

Al verlo tan hundido, los hechos se organizaron en la cabeza de Dawn hasta que una hipótesis nació en su cabeza: la conexión del don entre Odell y los acontecimientos no se había roto. Si hubiese concluido su historia, podría haberse liberado, pero como quedaba un final por ser escrito, la Utopía de Odell dependía de su autor y este, al estar unido a ella, dependía a su vez del reino y lo que le sucediese. Si alguna parte como el castillo caía, él lo sentía. Por eso ahora se debilitaba, por eso ahora Dawn sentía que escapaba un poco de su yugo. Si la cámara que dejaban atrás se derrumbaba (que era lo más probable), Odell sufriría lo suficiente como para que ella pudiese evadirse.

—¡Es culpa tuya, Dawn! —acusó Odell notando como una gota de sangre resbalaba desde el orificio izquierdo de su nariz—. ¡Te has acostumbrado a la tortura! ¡Hollow Hallows te acostumbró al mal y no puedes vivir sin él! —gritó, secándose la sangre con su capa, ya manchada por su mano herida.

—¿Te estás muriendo? —preguntó Dawn y no disimuló que formuló esa cuestión con su completa malicia.

Odell empujó a la joven para que continuase.

—¡No podéis vivir en paz! ¡Negáis mi reino, porque negáis una vida feliz! —gritó, agitando sus manos—. ¡Te encerraré y acabaré la novela! ¡Entonces, te enseñaré a vivir en paz, a ser feliz! ¡No me cansaré de enseñártelo!

Dawn le escupió a la cara y le dijo:

—Antes moriré que convertirme en tu mascota.

Odell atrapó con su mano ensangrentada el rostro de Dawn. Pasó sus dedos,

impregnándola de escarlata, como pago por el gargajo. Habló sin vacilar:

—Dawn, siempre pensé que yo sería incapaz de matarte y convertirte en algo como mi padre. Lo pensaba hasta..., hace un instante... Después de todo lo que me has hecho en los últimos minutos, deberías saber que ya no creo que me importe. Haré que me obedezcas, viva o muerta, y eso es lo único que te queda.

Dawn se fijó en la otra mano de Garric, llevaba en ella la carpeta con el manuscrito y la navaja que le robó, la que perteneció a su padre Spike Brent. Contuvo el aliento, porque significaba tanto... Odell le quitó la navaja, le arrebató el control de sus sentimientos, le arrancó su vida...

—No vas a quitarme nada más —prometió Dawn cerrando sus manos—. Nunca más.

—¡Tú me lo has arrebatado todo desde que te conocí, maldita! ¡Tú has impedido que tenga la vida feliz que merecía! ¡Tú y tu mero recuerdo!

Dawn ignoró la respuesta de Garric, como si solo fuese la brisa sacudiendo un ciprés del cementerio.

—Nunca más —dijo ella.

El bramido del dragón en la sala contigua distrajo a Odell, que profirió un chillido cuando parte de la cúpula de la estancia donde estaba el monstruo se vino abajo. Sus lazos sobre Dawn trepidaron y tuvo que combatir para no desmayarse.

—¡Maldigo la hora en que creí que podías ser feliz sin necesitar de mis palabras! —gritó el rey percatándose de que el peso de la corona era cada vez mayor.

La muchacha asestó un cabezazo en el pecho a Odell.

El monarca retrocedió, atolondrado. Le faltaba la respiración y se tambaleó como una ficha de dominó.

Y ocurrió: la corona cayó de su cabeza y rodó por el suelo, moviéndose en giros cada vez más pequeños hasta que quedó en el suelo, como una moneda extraviada. Resonó como una campana que se suicida desde su torre.

—¡Bah! —dijo Odell moviéndose como un torbellino—. ¡No necesito la corona, soy un escritor! ¡Cada palabra es una corona sobre mí!

Dawn espantó las manos de Garric; quería atraparla.

—¡Qué pena que ese montón de palabras no te aplasten la cabeza. Odell!

La adolescente le empujó una vez más, pero esta vez con toda la vitalidad que almacenaba en su frágil estado. Lo logró, lo tiró al suelo. Le pisó la mano herida. Odell chilló.

—Lo haremos por las buenas o por las malas —le amenazó Dawn—. Dame la novela o muere.

—¡Jamás te la daré! ¡No está terminada! ¡Es sagrada! ¡No te la voy a dar! ¡No voy...!

—Respuesta equivocada.

La chica reposó todo su peso en la mano de Odell, colocando luego uno de sus pies sobre la garganta.

El rey procuró mantener la carpeta con el manuscrito. No lo consiguió.

Las columnas de la habitación donde el dragón combatía se derrumbaron y con ellas parte de la hegemonía del juntaletas.

Dawn lo vio al fin: el archivador del manuscrito resbalaba por el suelo, lejos de Odell. La navaja quedó al otro lado. ¿Qué elegiría coger primero?

—¡No lo harás! —gritó Odell leyendo sus pensamientos como si fueran parte de un libro que lo enfurecía.

Se zarandeó y la tiró al suelo, mas la chica se arrastró sobre las piedras. Debía elegir: ¿a por la navaja o el manuscrito?

Odell la agarró de una pierna aunque sus manos estaban casi tan inútiles como las de Seth cuando le arrancaron las uñas.

—¡Has herido mis manos, pero no me quitarás el don de escribir! —berreó Garric pensando en morder la pierna de Dawn a la que se aferró.

La descendiente de Oniros Hownland hizo gala del sacrificio de su estirpe. Herida, cansada y vencida, pero siempre adelante, hasta que terminase con la locura desencadenada sobre lo que una vez fue Hollow Hallows.

—¡No! ¡No! —masculló Odell clavándole sus garras—. ¡No vas a traicionarme! ¡No vas a convertirme en tu lacayo! ¡No vas a hacer que lamente hacer todo lo que he hecho! ¡Soy un escritor! ¡Forjo el mundo con mis palabras!

Dawn estaba dispuesta. Palpó el manuscrito y le susurró a Garric:

—No eres más que un monstruo. No eres nada.

Garric se echó para detrás.

—¡LEE AL MENOS LO ÚLTIMO QUE HE ESCRITO! ¡LO CINFIESO! ¡TE LO CONFIESO TODO MÁS ALLÁ DE ESTE TEATRO! ¡LEE! ¿LO VES? ¡TE SOY FIEL! ¡LEAL! ¡SOY TU SIERVO!

La carpeta se abrió y ella llegó hasta el último folio, escrito hasta la mitad, aún falto de concluir. Sus ojos pasaron por el último párrafo. Una sonrisa torcida asomó en sus labios.

Luego, rompió la página en pedazos.

—¡NO, DAWN!

Los añicos flotaron hasta el suelo, como las flores de un almendro.

—¿QUÉ HAS HECHO?

—Lo que debo hacer.

La contestación fue como una puñalada traperera que excavó en lo más profundo del soberano.

—¡NO! ¡ERES MI PERSONAJE!

Ella le miró de reajo y musitó:

—Aún no. Y nunca.

Dawn se removi6 y alcanzó la navaja. Se volvió sobre sí.

—¡ERES MI PEOR PERSONAJE!

Y ella dijo:

—¡Y tú el peor escritor, porque yo te creé a ti! ¡Soy un mal personaje y tú eres un mal sueño!

Odell la soltó para esquivar el navajazo. Ella le ignoró y fue hasta su objetivo: el manuscrito. Iba a terminar de destrozarlo.

—¡No te atrevas, Dawn! ¡No des un paso más! ¡No te muevas! ¡No! ¡No! — Dawn ignoró al rey—. ¡Tú lo has querido! ¡Guardias, guardias!

Una algarabía recorrió el pasillo: los guardias.

Dawn vislumbró que algo se acercaba: una horda de armaduras animadas por Odell, las mismas que custodiaban el puente hacia el palacio. Tuvo un escalofrío.

—¡Garric Odell, cobarde de mierda! ¡Eres incapaz de matarme y utilizas a tus lacayos! —incurrió Dawn furiosa mientras colocaba el montón de folios para acabar con cada uno de ellos de golpe, como si fuera una trituradora.

—¡Te lo has ganado! —gritó Odell abatiéndose sobre ella, pero la chica lo mantuvo a raya, cortando el aire con la navaja a poca distancia de él.

Un manotazo del soberano no rebasó a Dawn, pero volcó varias de sus páginas por los aires. Chilló de una manera que ni un demonio hubiese considerado humana.

Las hojas flotaron con la brisa. El juntaletras intentó recuperarlas, no obstante muchas estaban manchadas por la sangre que resbalaba del rostro de Dawn. No se podían ni leer.

—¿Cómo te has atrevido a hacer esta maldad? —gritó Odell, sollozando como un niño que se despierta de madrugada rogando por su madre y solo encuentra su cadáver—. ¿Cómo? ¡Eras Dawn, mi Dawn! ¡Mi Dawn!

El desfile de armaduras no cesó. Algunas llegaron bastante cerca de la chica. La atraparían, pondrían fin a esa demencia.

—No soy de nadie salvo de mí misma.

Y entonces Dawn Howland blandió su daga, miró las pocas páginas, leyó unos pocos párrafos previos al final y una lágrima corrió por su mejilla.

—Ya está —susurró.

Dejó caer la navaja...

Y atravesó los restos del manuscrito.

—¡NO! —gritó el rey escritor.

Y ocurrió todo.

¿Cómo describir el fin del mundo cuando no se ha vivido uno a través de la sensación de que un inmenso punto y final cae sobre ti? ¿Cómo captar la desesperación y la incertidumbre? Quizás es como llegar al final de un libro que ya es una esencia de tu alma.

La voz de Odell sonó desgarradora cuando se percató de que el telón sobre su sueño se cerraba, mientras su historia se rompía en pedazos. Todo por lo que luchó, toda su realidad, era añicos en las manos de la chica que le hizo viajar hasta el inframundo, hasta Hollow Hallows.

—Pero Dawn... Tenía que terminar mi novela, tenía que acabarla... —susurraba

y lloró.

Al final, lo que más le dolía era no haberla podido concluir. Solo era un escritor.

Utopía lloró como Odell, su reino se vendría abajo y con él su futuro. Un tormento imposible le consumió, cada ladrillo caído lo haría al completo.

—¡MI NOVELA! ¡MI REINO! ¿CÓMO ME HAS HECHO ESTO, DAWN? ¿CÓMO TE HAS ATREVIDO? ¿CÓMO?

Las armaduras empuñaron sus armas.

—Porque he podido —contestó Dawn, poniéndose de rodillas para levantarse.

Los dos se miraron de la misma manera en que lo hicieron cuando eran críos que jugaban perdidos, de la misma manera en que lo hicieron cuando él llegó a Hollow Hallows tras tanto tiempo.

Ninguno vio cómo una de las armaduras levantó su ballesta y disparó.

Garric sí vio la flecha cuando surcaba el espacio entre él y Dawn.

No alcanzó a ninguno.

La segunda flecha fue más acertada...

—¡No, Dawn!

... Atravesó el corazón de Dawn, tirándola sobre los folios.

El rey vociferó con tamaño odio que las armaduras se deshicieron, transformándose en montones de chatarra, pero eso no sirvió para nada.

—Mi Dawn, mi Dawn —murmuraba Odell tirándose al suelo—. No te marches, no te vayas, por favor...

La tinta del manuscrito se embadurnó con la sangre derramada por la chica que lo destruyó. Era poético: la historia y Dawn morían juntas.

—¡Dawn! —clamó Odell.

Nadie respondió.

CAPÍTULO 81

El dragón caminó moviendo sus gruesas patas. Sus zarpas estallaron las baldosas a cada paso. Sacudió sus alas despacio, como si su estómago, una caverna infernal, aún estuviese digiriendo a la Dama y se le hiciera más complicado ejercitar sus deformados músculos, apoyados en los trozos de madera y mar que lo formaban. Era como si su vigor hubiese cesado, aunque no su hambre. Agitó su cabeza, arremetiendo contra el viento y moviendo su cuello de serpiente.

A todas estas, Seth quitaba piedras con sus manos para salir de la habitación. Lo intentó con la varita, pero notó un agarrotamiento instantáneo en su cuerpo. La magia le consumía. Debía ser más práctico. ¿Aunque cuándo debía usar ese poder? ¿Esperar y morir? ¿Liberar la magia y caer? ¿Utilizar un poco de su poder y quedarse sin fuerza para volver a tomarlo cuando lo necesitase más adelante? Suspiró mientras lanzaba las rocas que le cerraban el camino, al menos el dragón iba más despacio y él tenía costumbre en trabajos manuales así, segando la cosecha con Ma.

El dragón emitió un cántico que sonó a un «vuelvo a tener hambre». Emanó humo con la forma de un hongo por sus orificios nasales. «Mentiría si alguna vez dijera que pensaba morir así», pensó Seth. Se apuró porque el delirio alado de Odell se acercó.

Huargo se adelantó al chico, como una especie de escudo y fue hacia el escupefuegos tras lanzar un aullido de guerra. Dagan retrocedió con una duda: ¿el lobo lo hizo para vengarse de la muerte de la Dama o para ayudarlo? ¿Por ambas?

—¿Huargo? —preguntó Seth.

¿Se rompió el hechizo de Odell sobre el perro durante un instante? ¿El lobo que fue un perro quiso socorrerlo? ¿Era eso? Huargo le dirigió una mirada. Seth se reflejó en las cristalinas pupilas del animal y lo supo.

—Eres tú —murmuró.

El lobo salió disparado otra vez, como una bala directa a la cabeza del dragón. La frente, reinada por las protuberancias del engendro, recibió el impacto de las patas del animal.

El dragón lo apartó con su testa, clavando unos filamentos que brotaron de su frente como unos cuernos y lo envió al suelo. Luego, asestándole un golpe con su pata y abriendo su boca para devorarlo como a la Dama, se dio por triunfante.

El lobo permaneció en el suelo, queriendo levantarse, pero temblaba. El lomo tenía una serie de profundas heridas de las que florecía una sangre cenicienta. Incluso así, Huargo aulló.

—¡Huargo! —clamó Seth cuando intuyó que el final no sería el que deseaba. Nunca lo desearía.

Por mucho que el lobo le hubiese perseguido en las últimas horas, comportándose como alguien a quien no conocía, Seth sintió una pena increíble por su viejo amigo.

El dragón se alejó del lobo y realizó un sonido como el de un carro rompiéndose, con un crujido salvaje. ¿Era una risa? Eso era una duda, lo que sí parecía una certeza era que quería comerse al lobo más tarde. Ahora le tocaba Seth.

El chico abandonó la tarea de retirar piedras casi de manera instintiva y fue hasta su amigo caído, observándolo como si su alma se rompiera con él. Puso sus manos en el lobo, notando el calor de la sangre y la frialdad de la carne. Tenía parte de la barriga reventada; uno de los cuernos retráctiles del dragón se quedó en su interior, ahogándolo en ponzoña. Tembló y el pelaje blanco se manchó de rojo. Solo movió la cabeza un instante, para ver a Seth, luego la dejó caer de nuevo. Miró adelante, asumiendo que todo terminaba y aceptando que eran los últimos segundos. Huargo no sobreviviría.

—Tranquilo, Huargo, tranquilo —masculló Seth, llorando porque era tan duro ver morir a alguien... Más cuando moría una segunda vez—. Tranquilo, chico. Ya está, ya está...

Fue lo único que pudo decir.

Un animal tan noble y valeroso no merecía morir así.

El monstruo avanzó, rompiendo la habitación, lanzando por los aires el escritorio que voló hasta el muchacho y el lobo moribundo. Era maligno; podía ser una bestia sin raciocinio, pero no, era maléfico, quería verles sufrir, torturarlos antes del final.

Como el reptil alado, la propia habitación rugió. Estremeciéndose, se derrumbaba como las últimas horas del día. El esqueleto de la cúpula se llenó de nuevas grietas, cada vez más profundas, como heridas en la carne y huesos mellados. Llovió polvo y destrucción que lo oscureció todo con una brisa mortecina. Esa ala del palacio se iba a desplomar y heriría el poder de Garric, pero no lo suficiente, el homenaje a Smaug seguiría allí.

Seth miró atrás. No podía escapar. El acceso se anegó de nuevo en ruinas. Ante él, el cuerpo de Huargo. Un poco más adelante, el dragón que abrió las membranas de su cabeza, coronándole, como un lagarto de gorguera. Era el nuevo rey del caos. Se elevó, encabritándose, como un último desafío antes de devorar a Seth y Huargo.

—Hazlo, miserable lagartija —dijo Seth y cerró los ojos.

Y entonces, el cuello del reptil, como de una iguana, estalló.

No fue una expresión poética, no. Estalló como el mejor ejemplo de esa palabra, volando la carne pálida y escamosa, salpicando sangre espesa y verdosa que roció las ruinas. Los trozos de piedra se derritieron al entrar en contacto con el líquido, emanando un humo apestoso, y pronto esa sangre se transformó en agua de mar.

Pero Seth solo tenía ojos para la raja que quebró a su rival. El pescuezo del dragón se partió y su chillido enmudeció. Se abrió en dos, en vertical, como si fuese el telón de un teatro y la artista invitada era... La Dama de Hueso.

La hechicera que fue tragada por el dragón brotó del interior de la bestia portando su espada, como si fuera un segundo nacimiento. No estaba muerta, ni siquiera la pudo morder ni devorar.

Saltó afuera y el dragón se balanceó.

Los ojos del reptil se entrecerraron con sospecha, queriendo comprender lo que le pasaba. Su sangre se vertió sobre la Dama, calcinando sus ropajes de niebla, pero antes de caer, la hechicera que estuvo dentro del espécimen como Jonás dentro de la ballena, esgrimió su espada hacia la cabeza de su adversario.

El filo del arma atravesó el rostro del dragón, entregándolo a un dolor supremo, al rey de todos los tormentos. Después, se lanzó debajo del cráneo del monstruo y lo decapitó de varios golpes que fueron como hachazos en un árbol caído. Pese a perder la cabeza, el cuerpo y las alas se agitaron un poco más hasta comprender que estaba muerto.

La lluvia de cascotes no menguó, sino que aumentó. Seth seguía paralizado, observando a la Dama, pero un lamento de Huargo hizo que volviese a él.

—Oh, Huargo, chico, tranquilo —murmuró Seth, pero la sensación de ser un estúpido le atrapó.

¿Cómo le dices a alguien que se está muriendo «tranquilo»? «Hey, tranquilo, te estás muriendo, se acabaron tus días, no volverás a respirar ni ser feliz, pero ¡hey, tranquilo! Podría ser peor. Podrías morirte y... Ah, no, que es lo peor. Pero tranquilo, no quiero que me estés jodiendo mientras te mueres. ¿Vale?».

La Dama se arrastró, dañada, hasta ambos. Le costaba caminar, algunas rocas le alcanzaron y le hicieron sangre. Volvió de la muerte y era imposible que volviese a morir, pero no parecía que fuera a detenerse. Mataría a Seth, pero antes el chico, que sabía que moriría entre los escombros, acarició a Huargo en un acto de amor y piedad, porque si iba a morir, quería hacerlo como había vivido. El animal soltó otro aullido, qué terrible era su sufrimiento... Seth no podía soportarlo.

—Huargo, no lo retiro —dijo Seth. La varita pesaba tanto en su mano...—. Siempre has sido un héroe y te mereces una muerte más dulce. Eres un héroe.

La varita emanó una luz verdosa que se ciñó al lobo, acallando su tormento, causando que cerrase los ojos y durmiera para siempre.

Dagan lloró inconsolable, notando que algo en su interior había muerto con ese conjuro. Tuvo que sacrificarlo por la agonía. Huargo se marchó para siempre.

—¿Clemencia, Seth? —dijo la Dama, pero no sonó como la Dama—. ¿Después de todo?

Seth levantó la cabeza. Sabía que la Dama le pondría la espada en el cuello y se lo cortaría, así terminaría todo y no le importaba.

Los cascotes caían por todas partes, algunas lajas le llegaron, pero supo que seguro que Garric estaría sufriendo también por su conexión sin acabar con el reino mientras que él, el pobre Seth Dagan, moriría a manos de la Dama y sería mejor que acabar aplastado o atrapado en las ruinas.

—Ya está, Dama. Ya se ha acabado. Mátame.

Pero la guerrera no le puso el arma de hueso en el pescuezo. El chico tragó saliva.

—Ni el mejor escritor puede hacer que sus personajes no sean lo que realmente

son cuando todo acaba y más cuando le flaquean las fuerzas del juntaletras —dijo la Dama, pero era diferente. Su voz...

—¿Rahne?

—Y también yo.

Seth lloró con más ganas.

—¿Caroline?

Al final, allí estaban ellas, de nuevo.

—Se supone que si aceptamos ser la Dama, sobreviviremos como la Dama —dijo Rahne.

—Se supone que deberíamos ser el perro guardián del rey para siempre, Seth —contestó Caroline.

—Pero él está débil y somos conscientes —habló Rahne—. Y no queremos seguir en Hollow Halls, ni siquiera sobre sus cenizas. Ya hemos pasado demasiado tiempo en ella.

Una gran roca impactó entre Seth y las gemelas como un recordatorio del final.

—¡Tened cuidado! —pidió Seth, preocupado—. Esto se está cayendo.

Ambas rieron de una forma escalofriante por la inocencia del pobre Dagan.

—Ya lo vemos, Seth —habló Caroline. El estruendo de otra mitad al techo al caer fue ensordecedor—. Algo habíamos notado.

—¡Me refiero a que Garric estará débil un buen rato! —dijo Seth—. Vosotras seréis vosotras durante ese rato, hasta que se recupere y vuelva a tender cabos...

—Y si sobrevivimos, Garric recuperará el control sobre la Dama y te mataremos —contestaron las dos al unísono.

—Entonces no sé si prefiero morir en el derrumbe.

—No, Seth —respondió Caroline—. Ese es nuestro destino. Mejor morir ahora nosotras, que vivir postradas y si vivimos postradas como la Dama, no será sabiendo que te dejamos morir.

Seth continuó derramando las lágrimas. La mujer que era las hermanas gemelas se acercó. Le tocó en el hombro.

—Seth, te consideré un cobarde en su día, cuando hui y morí —recordó Rahne—. No lo eres. Me equivocaba. Solo querías el bien. Y ahora lo has conseguido. ¿Y sabes qué? Este mundo ha visto muchos villanos, ha visto Hollow Halls, ha visto a Odell y ahora necesita ver un auténtico héroe. Seth Dagan, eres un héroe.

Una viga se desplomó sobre el muchacho.

Antes de que lo aplastase, un rayo lo iluminó y luego ennegreció, transformando la madera en cenizas y el joven sintió como si una mano gigante lo atrapase. A su alrededor, el mundo se volvió turbio y peligroso. ¿Le salvaron las gemelas?

El armazón de la cúpula se rompió, el suelo estalló y la habitación se vino abajo.

—Seth, abre los ojos —dijo Caroline—. ¿Ahora te vas a dormir sin más? ¿En serio?

Seth notó un contacto con sus labios, una sensación fría que le devolvió la

respiración y le evocó aquel beso perdido de Rahne hacía tanto tiempo atrás. Abrió los ojos.

—Seth, el reloj marca tu hora —susurró Rahne—. Eres un héroe.

No había nadie a su alrededor. Estaba a varios metros de la estancia donde Odell escribía. Vio los restos, las ruinas prendiéndose fuego... Hubo algo más, una sombra: las hermanas Jones, las vio, separadas y, después, desaparecieron, para siempre.

Le salvaron.

Su alma se rompió. Se llevó las manos a la cara, para taparse las lágrimas, pero tenía algo en ellas: su varita. Ahora era blanca, como si a la madera se hubiese sumado el hueso, como el de la espada de la Dama, como el cráneo de Rahne, como el alma de Caroline. La levantó y miró hacia delante. Perdió a su padre, Ma, Huargo, Caroline, Rahne... Pero ya no más. Tenía que ayudar a Dawn, ella era la única que quedaba, el símbolo de los confabuladores, la única manera de hacer que los Dagan no fuesen unos traidores a los Hownland, la que merecía algo más que un destino junto a Garric Odell.

Seth corrió, blandiendo su varita contra las sombras que veía en el horizonte.

Era un héroe.

Era su hora.

Era el final.

CAPÍTULO 82

—Su hijo tiene algunos problemas a la hora de relacionarse, señor Odell —dijo el profesor de preescolar. Poseía una cara regordeta marcada por las huellas de un acné atroz; a John Odell le pareció un niño más escapado de la guardería—. Creo que debería fomentarse el diálogo y...

John, de pie, miraba a través de la ventana del despacho de aquel trasgo. Sacó del bolsillo delantero de su americana un paquete de cigarrillos Blackest Sun y buscó su mechero.

—Eh... Disculpe... Aquí no se puede fumar, señor Odell —dijo el crío con ínfulas de maestro.

Odell colocó el cigarrillo en sus labios, mirando de reojo a aquel gordo sin edad de dar órdenes. Moviendo su boca, pasó su cigarro de una comisura a otra.

—Con lo que pago por este sitio, podría sacarme la polla y dibujar arte abstracto en cada pared de este puñetero colegio sin que me dijerais otra cosa que no fuera: «enhorabuena, señor. Es usted un artista».

Y por eso conocían a John Odell como el mudo, porque prefería no hablar. Cuando lo hacía, era más que desagradable. Le gustaba más escribir.

—¡Señor Odell! No permitimos ese vocabulario en...

—Cállate, gordo —interrumpió John Odell. Encontró su mechero. Encendió su cigarrillo. Lo saboreó—. Crees que sabes mucho del mundo para haberte pasado tus veinte años junto a niños que solo babea... No sé de quién eres familia para que te haya tocado tu puesto, pero yo sí sé algo de la vida y lo que tengo lo he tenido que conseguir luchando.

—No creo que...

—Que te calles, he dicho. Tengo derecho a decir lo que me dé la gana..., a decir y hacer. No solo porque te pago tu sueldo, sino porque me estás jodiendo, cabrón, y ahora me toca joderte a ti. ¿Me sacas de la escritura de mi nueva novela, una novela que pretendo vender para seguir pagando esta mierda de escuela, para decirme que mi hijo está en problemas y encuentro esto tras la ventana?

Hizo un gesto, el maestro se reponía del ataque y le ignoró, pero John continuó punteando el cristal con sus dedos hasta que el maestro se acercó. Era parte de atender a los padres, seguirles en sus ideas raras como esa de mirar fuera. Solo esperaba que el señor Odell no le apagase su cigarro en un ojo.

El profesor se acercó, despacio, atemorizado, hasta que John Odell suspiró. Lo cogió por la espalda con una mano y lo empujó adelante, hasta que pudiera ver a través del ventanal. Era un gesto amistoso que no tenía nada de amistoso. Odell abrió la ventana y se sentó en el alféizar dejando que el humo se disipara con la brisa.

En el patio, un niño de seis años sacudía un libro llamado All hail to the King . No entendía nada, pero le gustaba tenerlo en sus manos. Una niña se acercó a él mientras salía el sol, una niña que le sonrió.

—Vaya, señor Odell...

—¿Qué, gordo?

—Qué curioso, Garric...

—Mi hijo ¿qué?

—Acaba de hacer una amiga —respondió el maestro y forzó una sonrisa.

Nada tuvo que ver que estuviesen en un tercer piso y que John Odell no le hubiese soltado la espalda, sino que insistiese para tirarlo por ella si no decía lo que quería escuchar.

—Bien, mierdoso —dijo Odell—. Un consejo: replantea tus ideas la próxima vez que le quieras tocar los cojones a alguien. ¿Entendido? Y por Dios, baja un poco de peso o acabarás dándote a la pederastia, adefesio. Nunca dude de que haré todo por mi familia, de que daré todo por mi hijo.

John se marchó de la clase vacía dando un portazo. Odiaba que le molestasen. Llegaba tarde a uno de los ensayos del programa de televisión que escribía.

La vida tenía mejores respuestas que un tipo que estudió pedagogía infantil o un juntaletras que malvivía escribiendo monólogos en la tele.

** * **

La niña tiró del columpio donde estaba sentado su nuevo amigo.

—¡Más alto! —gritó Garric.

—Todo lo alto que puedas llegar —respondió la cría.

Cuando se cansaron y dejaron de reír, se sentaron sobre el césped.

—¿Por qué no me has pegado? —preguntó el niño. Se atrevió después de intentarlo toda la mañana.

La pequeña se lo pensó y, al final, contestó:

—Es temprano todavía. —Tendió su mano como hacían los adultos—. Dawn Hownland. Ese es mi nombre.

—Garric... Garric Odell. Ese es mi nombre.

Estrecharon sus manos.

—Somos amigos, Garric.

Esa simple frase sobresaltó al niño.

—¿Por qué somos amigos? Nadie es mi amigo...

Dawn sonrió, dando un saltito.

—Por eso, Garric, porque nadie es tu amigo.

Dawn corrió hasta un tobogán.

—¿Y ya está, Dawn?

La pequeña trepó por las escaleras hasta la cima del área de juego. Saludó desde allí a un público invisible.

—Y ya está... —dijo, eclipsada por el sol. Y luego añadió unas palabras que Garric nunca olvidó—: Ah, y por otra cosa. —Los ojos de Garric brillaron—. Creo que he soñado contigo.

** * **

Garric se quedó tendido en el suelo como si le hubiesen apuñalado. Los niños formaron un corro a su alrededor y los profesores corrieron hasta él.

—¡Fue sin querer! —gritó uno de los niños mayores.

—¡Lo hiciste adrede! —le recriminó Dawn.

Era encomiable ver a una renacuaja tan pequeña enfrentarse a un grandullón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de los docentes que vigilaba el patio (cuando en realidad se dedicaba a enviar mensajes con amenazas a una exmujer que nunca fue ni siquiera su mujer).

Los niños habían estado jugando al tren. Se quitaban las chaquetas del chándal obligatorio, cogían las mangas y pasaban la otra parte por la cintura del compañero que iba delante, así hasta entrelazarse. Luego, corrían unidos unos a otros, como un ciempiés. Aquel gordinflón de seis años le propuso a Garric ir de segundo de abordó, Garric aceptó pensando que quizás fuese divertido. Lo que no contaba es que el «maquinista» no avisaría de la piedra que iba a saltar en plena carrera y con la que Garric tropezó cayendo de bruces, rompiéndose la camisa y ensangrentándose.

El profesor suspiró al escuchar la historia, como si se dijera: «¿por qué le molestaban con esas gilipolleces?».

—Ten más cuidado —le dijo al piloto del tren y luego se dirigió a Garric—. Y tú también. Quizás no estás hecho para jugar a esto.

Garric se pasó el resto del recreo sentado en unas gradas del patio. Llorando. Los niños que se acercaban le gritaban que se callara, que parecía una niña y que como lo pillasen después, le darían más motivos para llorar.

—¡Callaos vosotros! —decía siempre Dawn frenando a los abusones.

Al final, Dawn consiguió que les dejarán en paz, incluso pudo calmar a Garric pasándole un pañuelo para secarse las lágrimas.

—No estés triste —le dijo Dawn—. Yo te cuido.

—¿Me cuidas?

—No... En realidad, prefiero jugar, pero es una tontería que siempre te dicen, que te cuidarán. Mi padre me la dijo muchas veces y...

Garric rompió a llorar de nuevo, con más desanimo si cabe.

—No me van a dejar jugar nunca más.

Dawn resopló, sentándose a su lado y dándole un golpecillo en el hombro para

que le prestase atención.

—Si no nos dejan jugar a sus juegos, inventemos un juego propio.

El niño abrió los ojos de par en par.

—¿Cuál?

Ella se encogió de hombros.

—No sé... Es... ¿Y si nos inventamos algo?

Garric se quedó solo con una palabra.

—¿Inventar? ¿Un cuento?

—¿Por qué no?

La emoción del lloriqueo dio paso a otra en Garric.

—¡Mi padre inventa cuentos!

Dawn rio un poco.

—Sí, un cuento...

Garric estuvo a punto de ponerse a aplaudir.

—¿Y de qué va el cuento?

Dawn levantó la mano y señaló hacia el resto de los críos:

—De cómo matar a todos los que nos han hecho daño.

Garric tuvo algo de miedo, pero media hora después, ya habían asesinado a medio colegio. Su modus operandi fue inventar cómo sería y creerlo. Fue un buen día.

* * *

—Mi padre inventa más cosas que nosotros —le dijo Garric a Dawn en otra ocasión, mientras esperaban que sus padres (o, mejor dicho, los sirvientes de sus padres) vinieran a buscarlos—. Muchas, muchas cosas.

Dawn, sentada en un pequeño muro, miraba sus pies balanceándose. Entonces dijo:

—Más razones para que muera..., porque se lo coma un libro.

Seguía con el juego de inventarse cómo matar a la gente.

—¡Los libros no se comen a la gente! —se quejó Garric.

Dawn le miró a los ojos.

—Eso es lo que quieren que creamos.

Garric se enfadó con esa repuesta.

—¿Ah sí? Pues, pues...

Se cruzó de brazos.

Estuvieron callados un rato hasta que Garric lo preguntó:

—¿Y qué hace el tuyo, Dawn?

La niña soltó un bufido como si intentase pronunciar la contestación perfecta. Al final solo dijo:

—Creo que está muerto.

Garric sintió pena por muchas cosas, pero dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Y cómo te inventas el modo en que muere alguien que ya está muerto?

Dawn se encogió de hombros.

—Le olvidas, supongo.

* * *

Esa tarde, el mayordomo de la madre de Dawn llegó tarde a recogerla. Y con los puños morados; dijo que fue por cambiar una rueda. No dijo nada del hombre con la cámara que le intentó sacar fotos a Dawn ni de cómo le rompió la Nikon a golpes. Y es que las ratas de la prensa siempre saben lo bien que se venden las fotos de la hija de una suicida estrella del rock...

* * *

—¡Dawn!

La niña entreabrió los ojos.

—¿Qué pasa, Garric? —preguntó. Estaba tumbada sobre una de las gradas y no hacía más que bostezar.

—Te has dejado dormir...

—Sí, Garric...

—Ya...

Ella no encontró motivo para excusarse, pero dijo:

—Los amigos de mi madre vinieron anoche e hicieron mucho ruido. No pude dormir.

—Ah, vaya...

Dawn cerró los ojos.

—Echo de menos soñar —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Garric—. Una vez dijiste que me viste en tus sueños, pero no me conocías, ¿no? ¿Cómo es eso?

Dawn bostezó una vez más.

—Sueños... No hay nada imposible en los sueños. Todos nos vemos en ellos.

Garric asintió.

—Me gustan los sueños. Me ayudan a inventar. Me gusta soñar que nunca dejo de inventar...

Dawn sonrió.

—A mí me gusta soñar que no muero nunca.

Garric se emocionó con la suposición que hizo.

—¿Para no poder perder en el juego de inventarnos como matar a los demás?

Dawn sonrió.

—Para no perder en el juego de la vida. Y sí, para ver a los demás perder y yo no.

** * **

La amistad de Garric Odell y Dawn Hownland duró muy poco tiempo, entre juegos como el escondite e historias como «formas de matar a los profesores». Fue divertido e imborrable, sobre todo para Odell. Desde esos días, recordar a su amiga Dawn fue como recordar un remanso de paz, algo que le hacía feliz cuando estaba triste.

Y Dawn siempre estaba feliz, aunque su madre se olvidase de ir a buscarla, aunque a veces no le pusieran ropa limpia, aunque a veces todo a su alrededor pareciese obligarla a llorar.

Garric era tan feliz...

Hasta que un día Dawn dijo:

—Me voy a marchar.

Garric se enfadó. ¿Era un juego de inventar cosas y Dawn no le había avisado? No, era posible. Y no le gustó.

—Pues vete —dijo Garric, ofuscado. Dawn se quedó sentada a su lado, callada. No la hirió—. ¿Adónde? ¿Adónde te vas?

Dawn no levantó la cabeza, sino que se quedó vigilando las baldosas del suelo.

—Con mi tía.

Ah, claro, Dawn iba a ver a un familiar... Qué alarmista era Dawn... Garric también visitaba a familiares, como aquella abuela que olía a gato o aquel tío al que no dejaban que se acercara demasiado porque sus hijos salieron con traumas hacia quien los tocara. Él tampoco aguantaba las visitas familiares, siempre deseaba escaparse y esconderse debajo de una cama. Entendió a Dawn y quiso consolarla. No tendría que soportar mucho a su tía.

—¿Y cuándo vuelves?

Dawn alzó sus ojos oscuros y se encontró con los de Garric.

—No creo que vuelva.

Fue como recibir los insultos, las bofetadas y todo lo que los otros niños le dedicaron en cada momento. Garric sintió muchas ganas de llorar, pero se acordó a los otros llamándole cobardica y contuvo las lágrimas, pero qué doloroso fue, cómo le costó que su labio dejase de temblar...

—Está... Bien —susurró. Cerró los ojos.

—No, no lo está —contestó Dawn.

—¡NO, NO LO ESTÁ! —chilló Garric, levantándose y poniéndose delante de ella—. ¡Quédate! ¡No te marches! ¡No te vayas a ningún lado! ¡Te esconderé en el sótano de mi casa!

—Garric...

—¿Con quién inventaré historias? ¿Quién me aguantará sin que me tenga que pegar? ¿Qué haré cuando me sienta solo? ¿Qué pasará, Dawn? ¿Qué?

Ella no contestó a esas preguntas o, quizás, sí, pero no como Garric hubiese querido:

—Tengo que irme.

—Quédate.

—No puedo.

—¡QUÉDATE! —gritó Garric enfadado. Iba a llorar. ¿Por qué el mundo no podía hacer lo que él quería?

Dawn le tocó una mano para tranquilizarlo.

—No seas egoísta —le dijo a Garric—. La vida consiste en perder.

—Yo no quiero vivir si solo voy a perder.

Durante los siguientes cinco minutos, el niño que inventaba historias sollozó como si acabase de nacer.

—Hollow Hallows —dijo Dawn.

—¿Qué?

—Así se llama el sitio al que voy, Garric. —Se miraron—. ¿Vendrás algún día a verme?

Garric se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

En realidad no es que no supiera si iría a verla, es que quería irse con ella ya, no quería dejar de verla nunca.

—Está bien —replicó Dawn—. Pues juguemos. Por última vez.

* * *

Los dos amigos siguieron inventando historias, pero al final de la tarde, cuando se dijeron adiós, Garric dijo una cosa más al saber que era el último adiós:

—¿Te irás para siempre?

Dawn dijo que sí y añadió:

—¿Te preocupas que no pueda defenderte de los abusones?

Garric aseveró.

Dawn se acercó y le susurró al oído:

—Inventa historias. La última vez funcionó.

Garric volvía a llorar, como si en su vida no hubiera podido hacer otra cosa.

—¿Y si no funciona, Dawn? ¿Qué haré entonces?

Dawn murmuró:

—Ven a verme, aunque sea en sueños.

Garric le dio un beso en la mejilla a Dawn, uno de esos besos que mamá le obligaba a dar a la gente, pero que en aquel momento dio con auténticas ganas, porque sentía que realmente Dawn era buena, era especial y la iba a echar de menos. Y ella se fue.

* * *

El rey Odell abrió los ojos y apartó sus memorias como si fueran un velo que ocultase el portal a la realidad.

Arrodillado en el suelo, sostenía en sus brazos el cuerpo de Dawn. No la pudo ayudar como ella le ayudó a él. Ni siquiera un poco. Nada. Fracasó.

Dawn luchó muchas batallas por él. Fue su única amiga, fue la única que le quiso asistir cuando lloraba, fue la única con la que inventar historias, fue la única que le dio más amigos como Caroline Jones, Huargo e incluso (con sus reservas) Seth Dagan... Le dio tantas cosas... Le descubrió el poder de las historias, cómo la fantasía te saca de un mundo que odias, creando otro. Ese fue el mayor regalo de todos.

Si no hubiese sido egoísta, si no la hubiese querido escribir, si la hubiese dejado marchar, Dawn seguiría viva, pero ahora solo era un cadáver en sus brazos. Se supo decepcionado de sí mismo y lloró aún más cuando notó la sangre cálida del cadáver de su amiga.

Cuando ella se fue de Hollow Hallows, pudo ir a verla. Ahora, adonde se iba, era un sitio que no podía seguirla. Podía escribir con su propia sangre sobre el suelo ruinoso, pero solo la resucitaría como lo hizo con su padre y Dawn no merecía aquello, no merecía más egoísmo ni más dolor. Dawn era mejor.

Sollozando, le dio un beso en la mejilla. Dawn era buena, era especial y la iba a echar mucho de menos.

Y ella se fue.

CAPÍTULO 83

Las luces del exterior rutilaban a través de cada grieta que se abría en las paredes del palacio. Un muro tras otro, la claridad cruzaba la bruma que resurgía con las ruinas desplomadas. Y con menos calma que la luz, Seth corrió a toda prisa para escapar de la destrucción.

Llegó hasta el final del pasaje donde escuchó el sonido metálico de algo derrumbándose sin vida. Miró al suelo y espantó la humareda con las manos. Fue entonces cuando consiguió escudriñarlo y lo entendió: eran las armaduras que vio en el puente del palacio, las que Odell quería para protegerle. Con un escalofrío, evocó aquel primer viaje que concluyó con el último de ellos. Ahora, las armaduras se transformaron en trozos inertes, como el adelanto de un vertedero. Los guanteletes, los yelmos, sus espadas..., las figuras murieron, pero ¿cómo, si nunca tuvieron vida?

Caminó entre los fragmentos de hierro oxidado y vio que una especie de semillas flotaba en el aire. ¿Qué serían? No, desde luego no eran semillas, pero...

¿Debía empezar a gritar ya por Dawn o era el sonido que le delataría y haría que Odell le pillase? «El maldito Odell piensa que estoy muerto... Puedo cogerlo por sorpresa... Es mi última oportunidad», pensó aunque sus ojos se centraron más en esos trozos que danzaban en el aire.

Eran pedazos de papel.

Cogió uno y leyó:

La guerrera y el rey ya n

Terminaba en una palabra sin completar. La hoja estaba rota, pero Seth lo supo, ¡por fin! ¡Dawn lo consiguió!

Retuvo un grito de júbilo hasta que pareciera imperceptible la emoción que se desencadenaba en su interior. ¡El manuscrito de la novela de Odell era historia, ahora Utopía se desmoronaba, el poder del rey menguaba y podría escapar junto a Dawn! Combatió consigo mismo para no desesperarse y enloquecer.

Quiso felicitar a su amiga, darle las gracias por lograrlo, por ser tan fuerte, por ser su compañera, por ser una digna confabuladora, por haber sobrevivido a Hollow Hallows y a Utopía, pero lo que vio fue distinto a lo que quiso.

La capa de arenisca se deshizo, poco a poco. Seth anduvo un par de pasos más hasta que pudo averiguar, con claridad, qué era aquel algo que desterró su alegría. Ya no contuvo la emoción, sino las lágrimas. Lo que vio al final del pasillo, ante la puerta que llevaba a la escalera por la que se salía al *hall* principal y luego al exterior del palacio, era Odell y no estaba solo: Garric lloraba, arrodillado en el suelo;

abrazaba el cuerpo sin vida de Dawn.

La sangre resbalaba por el pecho de la joven, formando un charco escarlata bajo ambos, llegó hasta los zapatos de Seth.

—¡HIJO DE PERRA! —chilló Seth, furioso—. ¿QUÉ LE HAS HECHO?

Odell levantó la cabeza para observar a Seth, con los ojos enrojecidos por el llanto, con una mirada turbada. Su piel estaba manchada del escarlata de su víctima, de Dawn. No tuvo miedo a Seth, casi suplicó que lo matasen pues un mundo sin ella no era valioso y carecía de cualquier significado.

—Acaba conmigo si así lo deseas —dijo el escritor.

Lo deseaba con cada atisbo de su ser, pero lo que hizo fue gritar:

—¡ERES UN MONSTRUO! —Le señaló con su varita. Lo haría, lo mataría—. ¡ERES UN MONSTRUO PEOR QUE CUALQUIER HOLLOW HALLOWS!

Odell no negó ninguna de las acusaciones de Seth. Musitó, apenado:

—Lo... Lo sé...

Garric estrechó entre sus brazos a Dawn con más fuerza. Ese ademán de supuesto cariño causó que Seth buscase alguna piedra con la que romper el cráneo Odell, aunque cesó. El rey merecía morir de una manera más cruel.

—¿TE DAS CUENTA DE TODO LO QUE NOS HAS QUITADO? ¡PODÍAMOS TENER UN BUEN FINAL! ¡PERO NO! ¡CLARO QUE NO! ¡TÚ ERES EL ESCRITOR MELODRAMÁTICO! ¡TÚ HAS DECIDIDO QUE ESTO SEA UNA TRAGEDIA!

—Nunca confiaste en mí...

—¡Y ESTUVE EN LO CIERTO!

Seth quiso matarlo con sus propias manos, no con la magia. Quería estrangularlo, acuchillarlo, arrancarle la piel... Hacerle sufrir todo lo que le hacía sufrir a él con sus actos.

—No, yo... Me he... Me he equivocado...

—¡HAS MATADO A MI MEJOR AMIGA! ¿ESO ES UN SIMPLE EQUIVOCO? ¿QUÉ CLASE DE FALLO ES ESE? ¡SIEMPRE FUISTE UN EGOÍSTA, UNA BESTIA, Y HAZ HECHO QUE TODO TERMINE DE ESTA FORMA! ¿QUÉ ES ESTE FINAL SINO UNA REPRESENTACIÓN MÁS DE LO QUE ERES, HIJO DE PERRA? ¡ES UN DRAMA, UN HORROR Y NO MERECIAMOS ESTO! ¡NINGUNO, DAWN NO LO MERECE! ¡NO, NO HAS ERRADO! ¡LO HAS HECHO ADREDE!

Garric renegó y Seth se contuvo para no saltar y acabar con él de una vez por todas. A su alrededor, llovían restos del pasillo y el suelo se movía como si sus pilares bailasen hasta su final, pero había algo más que hacía que Seth no se fiase del todo y esperase un poco más para trazar un plan del que Odell no pudiera escapar. Se lo debía, en memoria de todos sus amigos: Odell no podía marcharse.

—Yo también la he perdido... He perdido a la mujer que quería... La he perdido... La he matado... No la quería perder y le he hecho esto... No... No...

La respuesta del monarca destronado hirvió las venas de Seth, cuya cordura se marchaba tan lejos como su esperanza.

—¿La mujer? ¿Te refieres a Dawn o a tu novela, puto egocéntrico de mierda? —dijo Seth apuntándole a la cabeza con su varita, como si fuera una pistola.

Odell le dedicó una mirada melancólica, como si Seth fuera un niño incapaz de entender el mundo, y le respondió con voz monótona:

—Una novela, una mujer a la que amas... ¿No son ambas lo mismo?

Seth levantó su arma, cargándola de energía.

El rey debía morir.

Si era enviado a algún tipo de prisión o similar, tarde o temprano, por mucho que odiase ahora escribir, volvería a hacerlo como volvió a hacerlo en Hollow Halls. La historia se repetiría. Al próximo lugar maldito iría sin John Odell, pero le acompañaría el cadáver de Dawn, pudriéndose en una burda imitación de la vida. Poco a poco, el juntaletras haría del mundo una nueva novela. Los escritores no pueden evitar serlo, deben escribir, deben contar historias... Y Seth lo sabía. Solo existía una solución.

El joven Dagan admitió que algunos salvadores se forjaban en la muerte. «En la muerte de sus enemigos», pensó.

—He decidido ser un héroe —dijo el mago—. Pero no siempre se puede hacer el bien sin manchar tus propias manos.

Pensó en un rayo, uno que calcinase a Odell, uno que lo entregase al olvido y...

—Admito mi condena —se pronunció Garric con un tono distinguido que sonó teatral, como el de un personaje—. He sido un buen escritor, un magnánimo rey y he fallado. Moriré y me juntaré con Dawn, le rogaré perdón y todo será como yo siempre quise que fuera. Utopía muere hoy, otra nace en un sueño de tinta y...

El aire se cargó de la extraña electricidad que conjuraba el pequeño cetro de poder de Seth. Iba a romper la promesa de no utilizar su magia contra Odell, pero sería un juramento que valía la pena quebrar.

—Soy la última palabra —culminó Odell—. Y parto en busca de mi final.

Seth se preparó y...

—Te..., equivocas...

Esa voz.

¡Esa voz!

¿Era...?

Era.

—¡Tú! —gritó Odell, dolido, pero no fue a Seth—. ¡Me prometiste otra historia!

La voz, ¡esa voz!

—Hay historias que..., nunca se pueden... prometer. Tú..., deberías saberlo..., escritor.

Las palabras de la chica se acompañaron de un movimiento rápido e inesperado. Una hoja afilada se despidió del suelo, cortó el aire y...

—¿D-D-D-Dawn? —murmuró Garric Odell al cuerpo de la muchacha. ¿Le acababa de hablar?

Y ese nombre, ese tartamudeo, fueron las últimas palabras de Garric Odell. No dijo ninguna más. Era el final del juntaletras.

El filo de la navaja de Spike Brent se hundió en el pecho de escritor otra vez... Y otra... Y otra más... Luego, le cruzó la garganta. Cuando intentó evitarlo, se ahogó en la mano de Odell, la que aún no tenía herida. Ambas manos lloraron sangre como estigmas. Las puñaladas fueron suficiente y lo arrojaron a un lado con un ruido sordo. De su garganta brotó la muerte.

—Odell —murmuró Seth y se llevó las manos a la cabeza—. ¡Odell! ¡Tu final! ¡Ahí tienes tu final!

El rey se vino abajo y el reino vibró. Su sangre rojinegra inundó un mar de páginas que había bajo él.

Dawn dejó caer la mano con la que sostenía la navaja y quedó tendida en el piso. Seth corrió hasta ella.

—¡Dawn! —chilló el joven, arrodillándose a su lado—. ¡Dawn, por Dios! ¡Me alegro tanto de verte viva!

Sintió ganas de estrujarla entre sus brazos, en hacerle comprender la inmensa satisfacción que le desbordaba, pero no lo hizo. Dawn tenía la piel gris y temblaba.

—¿Dawn?

Retuvo cualquier muestra de festejo que quería realizar o darle a su compañera. Ella no parecía alegre, ni siquiera parecía viva. Sus ojos estaban acuosos, magullados. Ni cuando recibió el disparo pareció tan..., tan..., Seth no se atrevió a decirlo en alto.

—Seth...

La voz de Dawn era un goteo en lo más profundo de una caverna.

—¡Dawn, voy a curarte! —gritó Seth, decidido. No daría marcha atrás—. ¡Voy a devolverte el don! ¡Vamos a salir de aquí y...!

La chica masculló:

—Tu..., magia...

Las cristaleras que amparaban el pasillo volaron al azar, sembrando todo de cristales. Seth cubrió a su amiga para que no resultase más herida. El palacio no soportaría mucho más tiempo.

—¡Mi magia nos salvará!

Dawn cerró los ojos un instante. Un lado oscuro en Seth pensó que no los volvería a ver abiertos. Temió. La cogió con fuerza de las manos.

—Seth...

Ella le miró, aunque sus párpados se mantenían casi cerrados.

—El reino... Se acaba...

El chico la interrumpió, aunque una parte de él dijo que si lo hacía, quizás dejaría a Dawn sin sus últimas palabras y solo pensar en algo tan oscuro le redujo al tormento.

—Sí, lo sé, pero eso no importa, Dawn, lo que importa es que estamos vivos y que...

Dawn se ahogó un instante y después, con una expresión de gran dolor, dijo:

—Tu magia también lo hará... Se acabará —hilvanó Dawn—. Por favor... Guárdala.

Seth tomó con más ímpetu la mano de su camarada de siempre.

—Dawn, no. No te voy a dejar.

Aferró su varita y expulsó una aura azul sobre la chica.

—No, Seth...

El mago se asfixió y tosió como si hubiese tragado un vaso lleno de cristales. El cuerpo de Dawn se retorció, la sangre retrocedió un segundo, pero la mente de Seth divagó en las sombras, sin poder impedirlo, y cuando volvió a ver la luz, las heridas y la sangre de la chica brotaron como si fuesen una bolsa de transfusión reventada.

—No, Dawn... ¡No!

Aquel instante se alargó como la eternidad. El mundo se hundía, pero ella debía vivir y Seth no podía salvarla. Demasiado exhausto, demasiado frágil... La magia no salvaría a la chica que derrocó al rey.

—Dawn, no, por favor, no... —Miró al suelo, donde vio su reflejo sobre la sangre oscura—. Dawn, lo siento... Dawn...

El muchacho se detuvo. La luz de los candelabros temblaba. Volvía y desaparecía hasta que se apagó.

Seth volvió a intentar su hechizo, la estancia quedó suspendida en la niebla como si el cemento desprendido les rodease, pero tosió y lo que tosió fue saliva rojiza.

Miró a su amiga, la herida de su pecho continuaba presa de una severa hemorragia y su pulso se debilitaba.

El joven estuvo a punto de quedar inconsciente, pero un leve toque en su mano le hizo despertar. Era Dawn, quería hablar con él.

—No te dejes..., dormir —dijo Dawn—. No..., no es..., oportuno... Y roncas un..., montón...

Seth lloraba, sin embargo una risa sorda emergió de él por culpa de la estúpida broma que le soltó Dawn en sus últimos momentos, tan similares a las que él decía. La echaría tanto de menos.

—Quiero decirte algo, Seth...

—Dawn... ¿A quién si no se lo ibas a decir? Somos confabuladores, confabulamos. Ya no quedamos muchos, pero... —Guardó la referencia a los Jedi extintos que estuvo a punto de hacer. La magia se terminó y no pudo salvarla. Solo podía escucharla—. Dime.

La joven tardó un poco en hablar. Su cuerpo se elevó, tomando algo de aire con mucha dificultad, como si tragase agua sin poder abrir la boca. Emitió un ruido ahogado y dijo:

—Gracias... Seth... Gracias por..., todo.

Las paredes se desvencijaron, el piso se abrió como una boca hambrienta... El chico sostuvo a Dawn, pero ella le hizo un gesto para que parase.

—No..., tienes energías... Cumpliste, Seth... Distrajiste al..., dragón y a..., la Dama y a Huargo... Y yo me encargué de Odell...

Una idea entró en la mente de Seth hasta que se convirtió en soberana.

—¿Todo lo tenías pensado, Dawn? ¿Todo? ¿Incluso este sacrificio? ¿Por qué, Dawn? ¿Por qué?

Ella le dedicó su sonrisa, aquella declaración de intenciones, su forma de mostrarse poderosa aunque el mundo se terminase y ahora el apocalipsis no era una metáfora.

—¿Lo ibas a pensar tú..., idiota?

Y Seth sonrió y, a la vez, por extraño que sonase, lloró con más padecimiento, porque le dolía tanto decir adiós para siempre a Dawn Hownland...

—Te llevaré fuera... Te salvaré fuera, Dawn... Has vivido cosas peores y...

—De aquí..., solo te llevarás..., mi cadáver —dijo. Él negó, pero ella farfulló con melancolía—: Seth... ya está. Ha..., terminado.

Ese reconocimiento recorrió el espíritu de Dagan como fuego.

—¡No, Dawn! ¡No voy a dejarte atrás! ¡Has hecho mucho por mí y no quiero que te mueras! ¡No, Dawn!

Dawn murmuró con voz muy baja:

—Yo me muero..., moriré. Estás vivo..., vive. Por Rahne... Por Caroline... Por Huargo... Por mí... Por los confabuladores... Vive.

Seth la abrazó y notó la calidez de la herida de Dawn.

—Era la hora de que fuese el héroe, Dawn. Era esa hora...

Ella le dijo al oído:

—No, Seth, es la hora de dormir...

—Dawn...

Dawn Hownland cerró los ojos.

—No me dejes, no... —le pidió Seth.

Pero ella ya no le escuchaba.

Y así fue. Entre páginas ensangrentadas, la descendiente de Oniros Hownland murió junto al rey abatido y la utopía quebrada, sobre las cenizas de un islote maldito, bajo la mirada de un mago sin magia, un héroe sin victoria y un final por decir adiós como lo dijo ella.

CAPÍTULO 84

Seth olvidó muchas cosas de aquel día.

Olvidó el palacio abatiéndose como el destino, el aldabón de la puerta principal que se quedó en sus manos, los edificios de plata fundiéndose, las calles ardiendo en cenizas, los seres pereciendo bajo tal debacle, el suelo tiritando y desgarrándose en segundos del olvido...

Escapó de las murallas, malherido. La sangre huía de sus heridas, sus contusiones eran oscuras y su cuerpo estaba dispuesto a caer como cayeron Rahne, Caroline, Huargo, Dawn... Pero fue por ellos por los que corrió hasta la costa. Si ellos hubieran podido elegir, hubiesen vivido. Él podía vivir, ¿cómo iba a sacrificar tal milagro?

Los terremotos surcaron el islote como un relámpago el firmamento. Era como estar sobre un cuerpo trémulo por su última respiración. Qué terrorífico fue ver cómo el mundo se devastaba con algo más atroz que la inundación del primer Hollow Hallows o la transformación de aquella isla en Utopía... Grietas rasgaron la tierra como magulladuras destripan la carne que incapaz de cerrarse. El agua trepaba furiosa, como si los dioses se hubieran mostrado díscolos con el destino de ese islote en medio del mar. El desconcierto bullía como una canción que alcanza su final. Garric Odell amenazó a fuerzas superiores que ahora les aplastaban con delectación. «Como la Atlántida», imaginó Seth. «No quedará nada de Hollow Hallows. Nada».

El muchacho miró hacia las olas, que resurgían como saliva y espuma en la boca de un epiléptico en crisis. Más adelante, un bramido de las profundidades: el acantilado se vino abajo poco antes de que el joven lo alcanzase. ¿Qué haría ahora?

Tardó casi un minuto. En cuanto la cortina de escoria se asentó, se convirtió en una bajada irregular y traicionera hasta las aguas. Desoyó su pánico. Era una oportunidad.

Caminó sobre las inmensas rocas, notando que, cuando sus zapatos tocaban la arenisca negra o los filos de alguna piedra, se emanaba sangre, pero no de él, sino la tierra, en una estampa digna del apocalipsis. «Y su tierra derramará sangre por toda su ignominia», pensó Seth con la voz de Ma rondando sus cabeza. Estaba perdiendo el juicio.

Rocas del reino eran en ese momento los miembros de monstruos como ogros o querubines descabezados... Todos muertos, excepto él. Por eso observó el mar y escuchó su violenta sinfonía. ¿Así cantaba su única esperanza? Cantaba como una seductora sirena que lo llamaba para atraerlo hasta las profundidades. Por esa voz, Seth se sumergía hasta la gruta más insondable del océano. Y cuando notase el ardor en sus pulmones, la sirena le besaría y le llevaría más y más abajo, para terminar de ahogarlo con el recuerdo del más dulce y letal de los besos. Era la locura de una melancolía infinita.

Tanteó la varita en sus manos. Pese a sus deseos y el cansancio, ya no notaba el poder en el artefacto, ni siquiera parecía la que tuvo todo ese tiempo... Estaba terminado, pero la sacudió. «Una forma de marcharme, una forma de marcharme...», deseó.

Una ola enorme le derribó.

Dagan escapó a un lado y la claridad ambarina de la varita se apagó «para siempre», se dijo.

Cuando volvió a ver algo más allá de sí mismo, fue cuando algo llegó a la costa. Se estremeció como fruto de un miedo desconocido. No eran huesos, como los que halló en el pantano junto a Caroline, aunque pensó en ellos. Era otra cosa, lo que parecía un fragmento.

—¡Es una balsa! —gritó en voz alta.

Y lo era, una barca de escape de algún barco perdido en el cementerio naval de Hollow Hallows.

¡El hechizo! ¡Surtió efecto!

No perdió tiempo. El sonido de los truenos era largo y ensordecedor, la lluvia crepitaba como en una tormenta de verano, pero saltó y se subió a la balsa. Se balanceó tanto que temió que volcara, pero recuperó la serenidad y dejó su forma de escape quieta.

Tomando impulso y usando una pequeña madera de remo, aguardó que la ola de escombros que caía detrás de él no le alcanzase.

Le alcanzó una ola...

Pero no de ruinas, sino de agua.

La marea arrastró la pequeña embarcación lejos de aquella tierra moribunda.

Delante, un destino incierto que desconocía si obtendría.

Atrás, la explosión de la isla, sucumbiendo a tamaño debacle. Una nube negra la envolvía.

Y Seth Dagan nunca más volvió a ver Hollow Hallows.

* * *

Pasaron diez minutos hasta que Seth se halló en medio del mar embravecido.

Buscó entonces en el interior del bote. Tenía mucha sed y hambre después de lo vivido, pero no encontró ni una mísera cantimplora o un trozo de cecina. Era horripilante morir de sed y estar rodeado de agua salada.

«El último deseo no fue tan bueno», susurró para sí y temió que más bien hubiera sido una condena. Dawn y los demás debían estar riéndose de él. Él mismo soltó una risita. Qué ironía...

¿Cuánto tiempo estaría en el océano sin agua ni comida? ¿No sería peor morir tras tanta lucha de esa manera tan terrible? Tembló un poco, aunque quizás fuese de

frío.

Cuando el oleaje se volvió más calmado, se permitió soltar los remos para descansar los brazos y dejarse caer sobre la barca, donde durmió un poco.

Pero no fue un sueño reparador, sino que la risa de una mujer le despertó.

Cuando abrió los ojos, Seth seguía en la barca. Sufrió el terror de que todo hubiese sido un sueño, pero no, allí estaba, teniendo pesadillas con la risa de una desconocida.

Continuó rebuscando en el «botín» de la balsa. Solo halló algas, animales como un cangrejo muerto y un bulto oscuro cubierto de suciedad. Lo limpió pensando que solo sería una roca. Notó aquella mugre verde y viscosa, como la delicada capa que cubre algunos moluscos. La quitó con sus manos, que se quedaron apestando, pero lo que había debajo, aquella..., cosa, le llamaba demasiado la atención. No era una piedra, era algo de cobre y estaba tallado... Siguió limpiando. Tenía una forma tan curiosa. ¿Qué sería? Era interesante, pero ¿sus ojos le mentían? Parecía una cara...

Cuando sacó las algas y la mugre que enturbiaban aquella masa rígida, una risa amarga escapó de él. Una sensación malévola tragó cada parte de su ser, convirtiéndolo en algo cercano a un monstruo. Tanto sufrimiento por culpa de aquel objeto...

—Tú, al final tú —susurró entre lágrimas.

* * *

Seth Dagan reía todavía cuando llegó a la costa más allá de Hollow Hallows. Había pasado un día desde su partida.

Fue encontrado por unos pescadores que se preparaban para zarpar. Le hallaron inconsciente dentro de la barca, atraída por la corriente hasta la playa.

—Pero ¿cómo es posible? —se preguntó uno de los hombres, el regordete Richmond. Miró a su jefe de la cofradía, a Stevenson, esperando una explicación.

El viejo Stevenson cambió la pipa de lado en su boca, saboreando la hierba que fumaba con el mismo deleite con el que sentía su abrigado suéter gris en las mañanas de frío como aquella.

—No sé quién es —respondió mientras traían agua al joven—, nunca le había visto en estas aguas, pero lo que sí sé es que ha tenido mucha suerte.

Los hombres del mar fueron asistidos desde los establecimientos cercanos al puerto, como la pequeña tienda de Simonson. Se les abasteció de varias botellas de agua, una manta y más cuidados para el naufrago.

El muchacho mantenía los ojos cerrados, pero farfullaba frases sin aparente sentido. Stevenson le escuchó con calma, esperando alguna pista mientras hacía anillos de humo.

—Dawn, habrá un luego... Ve pensando en qué será lo primero que haremos

cuando nos vayamos de Hollow Hallows... Yo ya lo tengo decidido... Yo... Eh... Pues... Yo creo que... ¡Sí! ¡Ya sé! Nos iremos a tomar un batido de chocolate o algo, ¿qué te parece?

El marinero recordó a un tipo similar a aquel que llegó a la costa cuando él era un niño. El desconocido decía que quería oler a una mujer. Y hasta que no olió a la vieja Wilhelmina Brown, podrida por la edad, no abrió los ojos y empezó a contar la historia de cómo se cayó por la borda de su catamarán.

Simonson siguió la orden del líder de los pescadores y trajeron una botella de batido de chocolate para el joven. Cuando le pusieron la pajita en los labios, Seth abrió los ojos, como si hubiera resucitado. Cogió la bebida y se la tomó de un solo y extenso trago que hizo a Stevenson sonreír.

Y al terminar, tras limpiarse la boca con la mano, Seth pidió al evocar a una amiga perdida:

—Y un *whisky*.

Stevenson levantó una ceja, soltó el humo y dijo:

—Vaya, vaya, vaya...

Seth lloró. Se ahogaba en su memoria. «No sé cómo será ese luego para nosotros, pero lo habrá», le prometió a Dawn. Odell respondió: «Lo habrá. Lo prometo».

Empezó a hundirse en su congoja.

Su varita se cayó, siendo cubierta por la arena arrastrada por la brisa marina.

Sonaron las sirenas. Llegó la ambulancia y le llevaron hasta el hospital.

* * *

Seth estuvo ingresado dos semanas en cuidados intensivos. Sufría insolación, deshidratación, desnutrición y varias heridas graves, entre otros largos y extensos términos y frases que colmaban su cuadro médico. Fue tratado con mucha medida hasta que despertó una mañana de mediados de noviembre.

En la habitación, el doctor, un tipo de brillante pelo blanco y sonrisa tan falsa como la nieve de caucho, le dio la mano y le habló de su extraordinaria hazaña.

—Soy el doctor Karl Lanyon —se presentó, encabezando a su equipo conformado por miradas nerviosas y aduladores hambrientos—. Y usted es un náufrago que ha sobrevivido tanto tiempo, padeciendo sufrimientos tan graves, que es un milagro. —Apeataba a puros y sacudía su bata blanca como si fuese una placa de policía—. Y bien, muchacho, has tenido a toda la prensa loca... Para ser sinceros, a todo el mundo. No hemos encontrado tu nombre y hemos estado poniendo carteles con tu cara por todos sitios, incluso en la tele. Te llaman el Chico Sin Nombre, pero ahora esperamos algo más. Y seguro que nos lo darás antes de que tenga que llamar a Guest... —Si Lanyon quiso que ese comentario sobre Guest no sonase amenazador, no lo logró. Para ser exactos, tampoco parecía que pretendiera que sonase

apaciguador—. Así que, y bien, ¿cuál es tu nombre y qué te ocurrió, joven?

Seth tardó en responder. Notaba su garganta cortante y no tenía ganas de atender a interrogatorios de nadie. ¿Por qué todo el mundo le parecía ahora tan innecesario, tan estúpido? Vivió en un lugar condenado y se enfrentó a una fantasía hecha realidad, vio cosas increíbles y estuvo con gente que trascendía cualquier límite para bien o para mal. Ahora, el resto se le antojaba frágil, estúpido, endeble.

—Soy Seth Dagan y vengo de Hollow Hallows.

El médico asintió con la cabeza. Varios miembros de su equipo se marcharon de la habitación de Seth para buscar información. Lanyon se quedó un instante más para comentarle.

—Hollow Hallows... Es curioso —dijo Lanyon, meditabundo—. Nunca había escuchado ese nombre.

* * *

Todo el equipo administrativo del hospital, además de la policía y la prensa (a la que se filtró la información), buscó cualquier pista sobre ese tal Seth Dagan en todas las bases de datos disponibles.

—Nada, absolutamente nada —dijo el doctor al muchacho—. Ni de tu padre ni de tu madre ni siquiera de esa abuela que mencionaste. Seth Dagan no existe.

Seth negó con la cabeza.

—¿Por qué nos has mentido? —preguntó Lanyon mostrando afección por haber sido engañado.

—No miento.

Lanyon levantó una ceja.

—Sí, claro... Hollow Hallows tampoco existe. ¿Casualidad? Permítame dudar...

* * *

El caso de Seth Dagan pasó a la detective Marisa Hyde. Era una mujer de unos treinta años que se alejaba de la típica imagen de las policías de las películas. Ni mondadientes o cigarrillo en la boca, tampoco frases prefabricadas ni pinta de haber sido creada por un vendedor de clichés. Era solo Marisa Hyde y ser detective y dar respuesta era su trabajo, un trabajo que le encantaba, incluso hasta entonces.

Interrogaron (aunque preferían el término «entrevistar») a Seth varias veces más, en presencia de psiquiatras como Ignatius Guest, que al joven le recordaba demasiado a una especie de Freud depravado o al psiquiatra lunático de los cómics de Batman llamado Hugo Strange.

Seth inventó lo necesario (no mencionó nada del mundo de Odell), pero sí habló

de otras cosas:

—Hubo un terremoto y la isla se hundió, ¿cómo no se han podido enterar de eso? —preguntó Seth, desesperado, al ver que Lanyon, Hyde y Guest parecían desconcertados.

Marisa Hyde tosió, como si nada le resultase extraordinario. El doctor Lanyon miró a otro lado, mientras que Guest movió con las puntas de sus dedos su pluma.

—¿Qué pasa? ¿No me creen? —inquirió Seth. La angustia le aprisionaba su alma. El resto del equipo intercambió una mirada poco halagüeña. Seth no pudo ignorarlo.

Marisa Hyde carraspeó y tomó la palabra para referirse a Seth:

—Hemos ordenado algunas de las piezas. Gracias por su amabilidad, como siempre.

Seth resopló y soltó:

—Créame, ya me estoy cansando de ser tan amable.

Guest escribió algo en su cuaderno de psiquiatra. ¿Un síntoma? ¿Otro posible trastorno? ¿Qué? Eso enfadó a Seth.

—Queríamos saber muchas cosas más, entre ellas... —dijo Hyde, queriendo suavizar el discurso—. Entre ellas, dígame, señor... Dagan o como se llame —Seth tuvo ganas de arrancarle la yugular—, ¿puedes darnos el nombre de esos amigos que ha mencionado?

Lanyon suspiró, como si la idea de la detective se le antojase estúpida y descerebrada. Guest no entró en valoraciones o, al menos, lo disimuló mejor.

Tras pensarlo, Seth asintió. Esperaba que eso sirviera para que le creyeran y le dejaran marchar de una vez por todas. Empezaba a hartarse de que lo trataran como un loco.

—Caroline y Rahne Jones, Dawn Hownland.

Los agentes que acompañaron a Marisa Hyde afirmaron con la cabeza tras apuntar los nombres y dijeron que buscarían información sobre esas amigas del sujeto.

Marisa no tuvo un buen presentimiento.

Seth tampoco.

* * *

Esa noche, después de una comida compuesta de un puré de patatas que sabía a cartón aguado y una pechuga de algún ave que nadie se atrevió a llamar pollo, Seth preguntó al doctor Lanyon:

—¿Cuándo podré largarme de este antro? Estoy cansado de esta comida sin sabor y ver esa tele de mierda donde solo dan gilipolleces. —Lanyon sonrió mientras cortaba un puro—. Quiero marcharme. Exijo que me den el alta, si se puede. ¿«Si se

puede», he dicho? Si no se puede, también. —El doctor sonrió con más empeño—. Ya estoy bien.

La enfermera que se llevaba la bandeja vacía de la cena miró al galero, acaso ¿discrepaba? ¿No veía que las quemaduras de su piel, junto a cualquier otra herida, habían desaparecido? ¿Y qué decir de cómo había engordado? Completamente curado, sano y salvo, no debía quedarse ni una hora más allí.

El doctor hizo su tic: enarcó una ceja.

—Eres nuestro paciente más querido —dijo y añadió con un ademán sombrío—, tan querido que quizás no te dejemos salir de aquí.

* * *

Una semana después, la raquítica mano de Ignatius Guest se posó en el hombro de Seth después de una nueva sesión. De forma casi instantánea, el muchacho se sacudió para quitársela de encima. El psiquiatra retrocedió con un gesto repulsivo.

—No estás hecho para el afecto...

—Vete a la mierda... —respondió Seth, furioso—. ¡Si sigo aquí, me vais a volver loco! ¡Dadme el puñetero alta!

La rabia de Seth no pareció afectar ni lo más mínimo a Guest que se sentó en su butacón y habló:

—Señor Seth Dagan (si es que ese es tu nombre y tu apellido), no te irás hasta que sepamos quién eres de verdad.

Seth deseó partirle la cara a aquel loquero, pero los de seguridad estaban vigilando y solo daría un motivo más para que retrasasen su «puesta en libertad».

—¿Qué? —susurró Dagan al ver algo que hacía Guest: movía las manos, indicando que lo que pasaba era algo esperable.

—Piénselo como nosotros, si puede —dijo y tomó aire. Hizo memoria, dejando caer sus gafas de media luna por su nariz aguileña—. Aparece en nuestras costas, casi muerto, nadie le ha buscado, nadie sabe quién es, ¿y le soltaríamos? ¿Y si es un loco o un asesino? ¿Pondríamos en peligro al resto de ciudadanos por usted? Piénselo, ¿usted qué haría? ¿A qué haría lo mismo que nosotros?

No pudo evitarlo: Seth pegó un golpe contra el asiento donde se hallaba.

—¡SUÉLTENME! ¡SUÉLTENME!

Los chicos de seguridad se encargaron. Guest se marchó y de la penumbra, como una fuerza de la oscuridad, apareció el doctor Lanyon que chasqueó la lengua como diciendo «no, no, no».

Seth no gritó mucho más.

Los tranquilizantes le durmieron.

* * *

Esa semana no hubo buenas noticias.

Los agentes de policía encargados de la investigación sobre Seth se encontraron con él y los médicos en la sala de reuniones del hospital.

El joven estaba atado a su silla de ruedas, donde le llevaban de un lado a otro; era recomendación del señor Guest pues el paciente se había vuelto, según el psiquiatra, «inestable y peligroso» en los últimos días.

—¿En serio? ¿Tan peligroso es? ¿Hace falta la silla de ruedas? —preguntó Marisa Hyde al doctor Lanyon en un susurro.

—Está alterado. Últimamente se ha mostrado muy poco... ¿Cómo decirlo? Muy poco colaborativo. ¿No ha leído los informes de Guest?

Marisa Hyde gruñó. No le gustaba demasiado aquello.

—¿De ahí las cadenas?

Lanyon contempló las cadenas y negó.

—Las correas de contención, sí. No tanto para que dañe a los demás, sino para que no se dañe a sí mismo.

Hyde contempló al chico. Se recuperó de las horas a la intemperie, en medio del mar, pero ahora parecía haber menguado de nuevo, no tanto física, sino mentalmente. Pero «estos siempre te pueden sorprender. ¿Te acuerdas de Jacobi? Parecía cansado de todo e incapaz de joder a nadie y le arrancó la cara a aquel idiota con un mordisco», pensó. Al final Marisa solo dijo:

—Bien.

Pese a los murmullos y susurros, Seth lo escuchó todo y estuvo a punto de gritar si no fuese porque sabía que aquella reunión concluiría con él marchándose de allí libre y que un acto como ese chillido le condenaría a más horas de dar explicaciones. Se había comportado bien, había fingido, colaborado... No podrían retenerle mucho más. Algo encontrarían de sus amigos, de su pasado, algo que le abriría las puertas de par en par...

—Seth, decías que las hermanas gemelas que eran tus amigas se llamaban Caroline y Rahne Jones —dijo la detective Hyde revisando los documentos—. ¿Es correcto?

—Lo es —replicó Seth, llorando sin poder evitarlo. ¿Adónde quería llegar? Recordar a sus amigas le afectó tanto... ¿Cómo dudaban de ellas?

La señora Hyde pasó una línea de bolígrafo sobre los nombres, tachándolos. ¿Y ese gesto sombrío? ¿Qué significaba?

—Señor Dagan, hemos revisado partidas de nacimiento, hemos buscado información de colegios, sobre padres...

Hizo una pausa que quemó los nervios de Seth.

—¿Y?

Hyde le miró a los ojos.

—Según lo que nos has dicho... Nada, Seth. —Primera puñalada—. No hay nada de las gemelas Jones.

Y retorció el puñal.

—¡SE EQUIVOCAN! ¡RAHNE Y CAROLINE EXISTIERON!

Seth procuró levantarse, varios seguritas se acercaron para detenerlo, pero él mismo lo hizo porque estuvo a punto de caer por culpa de las ataduras.

—¡ERAN MIS AMIGAS! ¡ESTÁN MUERTAS! ¡PERO EXISTIERON!

Lanyon sonrió un poco, al igual que Guest. Solo a Hyde parecía que no le hacía gracia ese caso.

—¡SOIS UNOS PUTOS INÚTILES DE MIERDA! ¡UNOS PUTOS INÚTILES!

Lanyon se puso de pie y habló con dos celadores próximos:

—Por favor, llevaros al paciente. Se está alterando en demasía y eso no le conviene.

Los enfermeros fueron hasta Seth, pero el muchacho se preparó para luchar. No llegó a hacerlo, porque la detective Hyde levantó una mano y detuvo a los mandados.

—No tan rápido —intervino Marisa Hyde.

Seth solo se calmó al escuchar esas tres palabras. ¿Había una buena noticia? ¿Se excedió antes de tiempo? Lidió por recuperar el aire y el sosiego. Si aparentaba un poco más su serenidad, podría huir. Había sobrevivido a Hollow Hallows, Utopía y muchos terrores más, debía hacerlo a aquello.

—Hablaste también de Dawn Hownland.

El muchacho asintió. ¡Dawn! ¡Sí, Dawn! ¡Desde el más allá le iba a salvar de nuevo! ¡Una vez más!

El doctor Lanyon chistó como si le pareciese ridículo.

La agente de policía no se mostró entusiasmada.

«La hija de puta debe de haber reconocido que yo tenía razón, que no estaba mintiendo. ¡Se van a joder y van a tener que soltarme!», reflexionó Seth, siendo ese tipo de pensamientos su combustible para mantener esa artificial fachada de paz. Debía contener un poco más la bilis.

—¿Otra fantasía? —preguntó Guest a Hyde.

La bilis se desbordó.

—¡No es una fantasía, puto loquero! —le increpó. De poco le sirvió su deseo de relajarse.

Los enfermeros amenazaron a Seth con sedarlo y se calló.

La policía intervino con un comentario que los significó todo:

—Dawn Hownland no es una fantasía.

—¡Sí, joder, sí! —chilló Seth luchando por aplaudir, cosa que hubiera hecho de no haber estado atado.

Hyde esperó el silencio del paciente para proseguir.

—Gracias —le dijo y continuó—. Dawn Hownland era la hija de dos elementos: Joan *Ántrax* Anne, una artista (por así llamarla) que hacía *performance* (o exhibicionismo, si lo definimos bien) entre otros trabajitos, y Robert *Bobby* Hownland, más conocido como Spike Brent, el vocalista de un grupo de *rock* llamado *Dead Irony*.

¡Oh, maldita sea! Seth veía los cielos abrirse con la misma celeridad de un amanecer que no soporta más la tormenta.

—¡Esa es! —gritó—. ¡Exactamente ella! ¡Dawn! ¡Sí, Dawn!

Se emocionó. Notaba ya el aire fresco en su cara, la libertad tras los barrotes. En cuanto pusiera un pie fuera, sería libre. Viviría la vida que todos sus amigos no pudieron, aunque antes escupiría al hijo de puta del doctor Lanyon. Y a Guest. Y a Hyde para que no se sintiera discriminada. Tenía escupitajos para todos.

—¿Es eso posible? ¿Existe? —preguntó el doctor Lanyon, inquieto.

Seth disfrutó de verlo angustiado.

La agente asintió, haciendo que Seth, irónicamente, perdiera los cabales, pero se retuviera para no demostrarlo.

—He leído los historiales y he estado a punto de no dormir esta pasada noche —confesó Marisa Hyde sacudiendo los expedientes. Los miembros de aquel tribunal de caza de brujas buscaron las copias entre sus dosieres—. Joan y Bobby eran dos tipos muy conocidos por la policía. Dos yonquis de alto nivel. Si les pillabas podías llevarte una remesa de droga para llenar el depósito de la comisaría... Luego hacían promesas, iban a rehabilitación, daban alguna charlita de «no a las drogas» a los adolescentes, pagaban la multa, sus abogados fundían al estado y a la puta calle...

Lanyon siguió la historia como si ya la hubiese escuchado antes, Guest prefería sacar posibles trastornos a los padres de Dawn. Seth notó la rabia por ahora tener que escuchar cómo criticaban a los padres de su amiga. La pena le embargó por ella; era como si le faltasen a su memoria, aunque fuese con verdades. En fin... ¿Cuánto tardarían en dejarle libre?

—¿Tuvieron una hija entonces? —dijo Lanyon—. ¿Esa tal...?

El doctor no recordaba el nombre.

—¡DAWN! ¡DAWN HOWNLAND! ¡MALDITA SEA!

Lanyon sonrió.

—Ah, sí. Dawn Hownland, sí.

«Oh, muy listo, hijo de puta... Has fingido no acordarte para sacarme de quicio. Serás cabrón», replicó en su mente Seth.

—Dawn Hownland —repitió Marisa Hyde, confirmándolo tocando el nombre dentro del informe. Seth empezó a reír, ¡lo había logrado!—. En 1991, Bobby y Joan tuvieron a su única hija, Dawn. Desde que nació, los servicios sociales estuvieron detrás de los Hownland para retirarles la custodia. Por ejemplo, y esto es muy duro, es jodidamente duro (y perdonen el taco), los médicos diagnosticaron que la cría había nacido con el síndrome de abstinencia de su madre, era una drogadicta sin tener

un día de vida...

La consternación recorrió a los presentes. Seth desconocía aquel dato sobre Dawn y le dolió, porque era su compañera, se sacrificó por él y el descubrimiento solo hacía que profesase más tristeza por ella, por cómo nació y por cómo vivió, sin poder disfrutar nunca de algo de paz.

—¿Y pudieron llevársela a algún familiar que la cuidase, que se hiciera cargo de ella los servicios sociales o similar? —preguntó Guest consultando el informe que le facilitó el policía—. Leo algo aquí de que Brent..., tenía una hermana... ¿Emily?

Marisa Hyde dio la razón una vez más. Seth suspiró, su juicio llegaba hasta el final e iba a salir libre. ¡Libre al fin!

—No la encontraron cuando quisieron dársela, ¿no? —habló de nuevo el psiquiatra.

Las esperanzas y los deseos de Seth chocaron a toda velocidad, uno contra otro, como trenes de mercancías.

—Se equivocan —murmuró Seth, angustiado—. No sabéis ni leer... Poli —le dijo a Hyde—, demuéstrales la verdad.

Una mirada inquisitorial de la detective silenció a Seth y continuó hablando:

—No se sabe nada de Emily Hownland desde abril de 1990. Se cree que se prostituía y pudo haber sido asesinada. Es una de las teorías del tipo que llevó el caso... No saqué mucho más.

Seth estalló.

—¿QUÉ? ¡ESO ES UN ERROR! ¡ES IMPOSIBLE!

Los médicos y los policías ignoraron a Seth.

—¿Qué pasó con la niña? —preguntó el doctor Lanyon avanzando por el informe hasta que llegó a la respuesta—. Ah, aquí... Eh... —Leyó con avidez, como un sediento tomaría agua—. ¡Oh, Dios! ¡Qué tragedia!

—Como leen —replicó Marisa Hyde.

Pero ¿qué leyeron? Seth miró desesperado, quería saber qué mentira estaban devorando, ¡quería verla para corregirla y para hacer que todos se dieran cuenta de que él no se equivocó!

—¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Qué? —soltó como una ametralladora.

El doctor Lanyon les habló a todos, moviendo el informe:

—Entonces esto confirma mi idea.

Otro de los especialistas le dio la razón.

—¡Es imposible! ¡Tu idea es una puta mierda! —gritó Seth con odio, haciendo fuerza para soltarse.

Hyde habló con Lanyon:

—Es lo más plausible.

El doctor dio la señal para que se llevasen a Seth, esa vez los policías no lo evitaron.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa con Dawn?

Guest se felicitó por sus indagaciones en voz alta:

—Ah, qué gran rompecabezas, amigos...

—¡Yo sí que te romperé la cabeza, cabronazo! —le increpó Seth.

Guest continuó y Seth no pudo decir nada porque alguien le aumentó la dosis de sedante en el gotero.

—El paciente debe haber sido algún fanático del grupo de ese *rockero* —teorizó Guest—. Su desorden psicológico es tan fuerte que arraigó ideas reales sobre las vidas de esos artistas hasta convertirlas en propias. Convirtió su vida en ficción y ahora lo cree.

—¡Hijo de puta! —chilló Seth y estuvo a punto de morder a uno de los enfermeros—. ¡Dawn! ¡Dawn era mi amiga! ¡Dawn estuvo viva hasta el desastre del islote! ¡Era mi amiga!

Los presentes se tomaron esa afirmación con cierto disgusto, al joven se le escapó el porqué, quizás ellos no supieran qué era la amistad.

Marisa Hyde medió:

—¿Cómo iba a ser tu amiga Dawn Hownland si su cadáver fue encontrado dos semanas después de nacer?

Una ráfaga de balazos reencarnados en palabras acribillaron a Seth a quemarropa.

—Sus padres se dieron un buen chute y se olvidaron de ella —continuó Hyde rememorando el caso—. Cuando vinieron los servicios sociales, estaba muerta en el piso. Aquí dice y cito textualmente aunque me parece muy cruel «en estado de putrefacción». Su madre murió de la sobredosis y Brent al ver la escena decidió dar el salto del ángel desde la azotea, aunque parece que antes quiso ahorcarse en un ventilador de la cocina... Vaya... Esa es la única verdad.

—¡No, no, no! ¡No lo es! ¡Es una conspiración! ¡Es culpa de los Hollow Halls! ¡Es culpa de Odell! ¡Es culpa de todos vosotros!

No iba a dejar que conspirasen contra él. Todo era una trampa. Debían ser amigos de los Hollow Halls. ¡Era una nueva condena que no recibiría de buen grado!

—Está sufriendo una crisis, llévenselo de aquí —pidió Lanyon. Guest y Hyde estuvieron de acuerdo.

El paciente fue conducido al área de psiquiatría e internado en su nueva habitación de paredes acolchadas, especiales para que no se hiciera daño en sus delirios.

* * *

Seth se alimentó por medio de sueros durante una semana en que los especialistas deliberaron que sufrió varios brotes psicóticos. Recordaba a sus amigos, amigos que nunca existieron.

Le interrogaron una vez más en una mañana gris y lluviosa. El muchacho miraba

a un lado, hacia la ventana, con el semblante triste. El psiquiatra preguntaba, bajo la atención del doctor y la agente de policía.

—¿Y Hollow Hallows? —preguntó Guest a Seth—. ¿Qué es eso? ¿Existe algo con ese nombre?

Seth les acuchilló con un ademán de dolor. La camisa de fuerza apenas le dejaba moverse.

—¿Son idiotas o qué? ¿No recuerdan una isla que se hundió en medio del mar?

El rostro afable del doctor Lanyon (falsamente afable) mutó a uno más cruel.

—¿Te inventas todo esto para ser un poco más famoso? ¿Qué? ¿Qué quieres? ¿Algo de reconocimiento? ¿Hacernos perder el tiempo? Dinos la verdad de una vez.

Seth no soportó más esa estupidez de Lanyon.

—¡Vengo de Hollow Hallows!

Lanyon replicó con acritud.

—¡Hollow Hallows no existe!

¿Cómo le podían decir aquello con tamaña y osada seguridad? Seth aún notaba el tacto de la barca en la que llegó, de los restos que encontró, del dolor que sufrió, de la... La prueba.

—¡En la barca en la que vine! —gritó.

—¿Qué pasa con la barca? —preguntó Hyde. Era la única que parecía seguir dándole una posibilidad a Seth.

—¡En la maldita barca estaba la prueba! ¡De quién soy y del lugar del que provengo!

Marisa Hyde emitió un gruñido, Lanyon y Guest no dieron crédito a lo que se propuso la policía: creer a Seth.

* * *

Esa tarde, se sacó a Seth del hospital. La prensa esperaba realizando preguntas y haciendo fotos. El caso del misterioso naufrago llamó la atención de todo el público. No respondió a ninguna pregunta formulada por los buitres.

Cuando llegaron ante la barca, seguía tal y como la encontraron los pescadores de Stevenson. Eso aseguró el patrón de los pescadores.

—No hemos movido nada —dijo el jefe. Encendió su pipa tras preparar el tabaco.

—Doy fe —contestó uno de los policías que acudió cuando se llamó a la ambulancia en la que trasladaron a Seth hasta el hospital—. Aquí tenemos las fotos que hicimos en cuanto nos avisaron. Las posesiones de la barca están iguales.

Seth removió el contenido del bote. Lanzó cabos por los aires, buscó entre la madera, en la suciedad... ¿Qué locura era aquella? ¡No había ni rastro de la prueba!

—¡Falta algo! ¡Me lo habéis quitado! ¡FALTA ALGO! ¡ME ESTÁIS QUERIENDO HACER PASAR POR UN LOCO! ¡EN EL BOTE ESTABA LA

PRUEBA DE HOLLOW HALLOWS!

Lanyon pidió que se calmará, pero fue imposible.

—No hemos quitado nada, ¿ese chiflado nos está llamando mentirosos? —dijo otro de los pescadores de Stevenson.

El gobernante de la cofradía le avisó:

—Calma, McDonough, vas a liarla...

Seth se abalanzó sobre el orondo McDonough, pero dos policías lo evitaron tras un forcejeo.

—¡Cálmate, muchacho, o acabarás mal! —dijo la detective Hyde. Tardaron casi un minuto en reducirlo.

—No sé por qué seguimos con este paripé —musitó Lanyon.

Seth se quedó en el suelo. Recibió un pinchazo de sedante. El mundo se derritió ante sus ojos. Los colores menguaron. Los rostros de Hyde, Guest, Lanyon, Stevenson, el tipo de la tienda, los pescadores... Mutaron, volviéndose formas fantasmagóricas.

Marisa Hyde le habló con la voz del todo:

—En caso de que se hubiera perdido algo (cosa que no creo, pero vaya, voy a darte el valor de la duda), ¿qué sería esa prueba irrefutable de que existió ese lugar llamado... Eh... Hollow Hallows? Era así, ¿Hollow Hallows?

La duda de Hyde dejó a Seth fuera de sus casillas, incluso más. ¿Por qué dudaban de algo que era verdad?

—¡MI PRUEBA ERA LA CABEZA DECAPITADA DE LA ESTATUA DE ALFRED HALLINGTON! ¡SU CABEZA DECAPITADA! ¡DE LAS AGUAS! ¡EN LA BARCA!

Los presentes se miraron entre sí. Nadie reaccionó hasta que lo hizo Stevenson: estalló en una risa.

La carcajada fue interminable, ya que contagió al resto de los presentes, incluso a Marisa Hyde e Ignatius Guest (que la disimuló tapándose la con la mano).

Seth chilló, pero los otros siguieron riendo, salvo Lanyon que dio la señal al enfermero que les acompañaba: le inyectó más calmante a Seth y, para el sobreviviente, el mundo giró con unas luces monstruosas mientras su conciencia se apagaba.

* * *

Seth luchó al despertarse. ¿Era su pesadilla? Quiso levantarse de la cama. Se fijó en que esa mañana, con el desayuno, le trajeron unas correas para amarrarlo a la cama.

—Es una pesadilla, es una pesadilla —repetía, ido.

Solo guardó silencio cuando escuchó algo. Eran rumores del pasado, frases dichas

por sus amigos, desde Dawn hasta Rahne, pasando por Caroline. Era como revivir el pasado, pero al final comprendió que solo era el sonido de un gran reloj en la pared. Observó, entre la bruma de sus ojos, el minuterero. Si pudiera dar marcha atrás...

—Sigue así si quieres —le dijo el doctor Lanyon—. Invéntate lo que quieras. Continúa con tu mentira. Si no nos dices la verdad y no te encuentran, te enviarán al psiquiátrico y, créeme, eso será peor que aquí. Mucho peor.

Y ocurrió lo peor.

* * *

Hollow Hallows fue olvidada el sábado uno de noviembre de 2008. Y solo una persona ha vuelto a hablar de ella, Seth Dagan, que fue enviado al psiquiátrico Saint Simeon el veinticuatro de diciembre del mismo año.

Estuvo allí ocho años, bajo medicamentos fuertes y tratamientos experimentales como el darle una hoja en blanco y esperar que escribiese con aquel bolígrafo preparado para no usarlo como arma blanca. Lo único que contó lo hizo por escrito:

Olvidamos todo.

No recuerdo la primera vez que respiré, pero sí cuando estuve a punto de dejar de hacerlo. No recuerdo a la última persona a la que mentí ni a la última que le dije un atisbo de verdad. No recuerdo a nadie que significase algo para mí. No recuerdo los sueños esperanzadores ni las pesadillas desoladoras. No recuerdo las veces que he llorado y mucho menos las que he reído. No recuerdo cuándo las cosas dejaron de tener sentido ni si alguna vez lo tuvieron. No recuerdo nada de lo que ocurrió tras aquellos días de 2008.

Solo hay algo que nunca podré olvidar: Hollow Hallows, el lugar que desapareció.

Nadie lo recuerda ya. Yo sí y esta es su historia.

Nadie comprendió lo que quiso decir.

Y Seth Dagan fue olvidado como Hollow Hallows.

Hasta ocho años después, cuando recibió una visita...

CAPÍTULO 85

23 de diciembre de 2015

Makenna Lynn era la jefa de enfermeras del hospital psiquiátrico Saint Simeon. Siempre llevaba una sonrisa en su rubicundo rostro al igual que, en aquellas semanas, en sus manos, una bandeja de galletas con adornos navideños para todos sus compañeros de trabajo. Aquella mujer negra era siempre una discípula de su única ley: la felicidad, incluso hacia aquel trabajo, como si fuera su vocación o una bendición. Iba de un lado a otro, zarandeando su enorme cuerpo, y diciendo que el mundo era mejor si nadie perdía un poco más la razón «y eso se consigue con una sonrisa». Todo el mundo le tenía un gran cariño, incluso el inquilino de la habitación dieciséis (él solo la quería matar de seis puñaladas; al resto de cien para arriba).

—Es un buen muchacho, solo está algo..., desubicado —dijo Makenna, dejando pasar a la visitante—. ¡Cuánto me alegro de que usted le haya encontrado! ¡A su primo! ¡Después de tanto tiempo! —Iba a reventar de efusividad—. ¡Pensábamos que nunca sabríamos el nombre del dieciséis, señorita...! ¿Ara? ¿Asa? Disculpe, me he vuelto a olvidar de cómo se pronunciaba su nombre...

—Aušra.

—Aus... ¿Ra? Es... Es muy especial, muy bonito. No se escucha mucho, como le dije antes...

La visitante le dedicó una sonrisa sincera. Makenna se la devolvió. La prima del dieciséis aparentaba ser una buena chica, simpática, aunque algo nerviosa y apesadumbrada. La enfermera sintió unas ganas increíbles de abrazarla, como si fuera un cachorro abandonado. Le ofreció una piruleta de Navidad, pero Aušra se negó amablemente. Sus dientes blancos no parecían haber probado nunca el azúcar, parecían nieve. Makenna asintió. Esa joven de nombre raro era un encanto.

—Fue una gran tragedia perderle en su día —musitó Aušra refiriéndose a su primo. Su voz era melodiosa, como si estuviese a punto de romper a cantar—, pero al final le hemos recuperado. La búsqueda no ha sido en vano, como se suele decir... Cuando huyó y desapareció, pensé que jamás volveríamos a verle.

Makenna pensó seriamente en adoptar a aquella veinteañera de piel pálida, larga melena oscura y andares gráciles. «Ha salido mejor que mis otros hijos», pensó.

Entre frases y cumplidos, ambas se dirigieron a la habitación dieciséis.

—Es una lástima —opinó Makenna Lynn—. El muchacho nunca encontró los recuerdos que debía atesorar, al menos recuerdos de verdad. —Hizo una pausa. En ocasiones, era muy difícil hablar del paciente de la dieciséis—. Dio varias respuestas, pero nunca ciertas. Nada de lo que decía tenía sentido. Se le llegó a dar por perdido. Se pensó que estaba huyendo o había sufrido algún trauma. Muchos psiquiatras le

han visto desde entonces, el doctor Guest solo fue el primero...

Aušra se paró como si se hubiese mareado. Colocó una de sus manos delante de sus labios, sorprendida. Su mirada, fija en el infinito, pasó a la enfermera.

—¿Es algún tipo de trastorno psicológico muy grave?

Makenna murmuró un ruido de madre, una variedad de gruñido y pena, como cuando veía a uno de sus nietos caerse de culo tras ponerse a bailotear en el jardín. Aušra le inspiraba tanta pena...

—Es algo más...

—¿Algo más, señora Lynn? ¿El qué?

—Más complejo de explicar, me refiero, pero no es violento...

No quería asustar a la joven. El dieciséis alguna vez se había vuelto más inestable (esa oreja que casi le arrancó a Todd), pero en los últimos meses, con la nueva medicación y gracias a las recompensas, se había calmado.

—Me refiero a que el paciente cree que vivió una realidad que no es cierta, una fantasía, pero con un asombroso grado de detalle.

Aušra movió los dedos, inquieta.

—¿Se ha inventado su propio mundo?

—Más o menos... Le explico para que se haga a la idea: es como si estuviera viviendo dos realidades a la vez, pero él no entiende la nuestra y nosotros no entendemos la suya.

—Oh, qué... —dijo Aušra con los ojos rayados—. Qué pena.

—Sí, sin duda —contestó la enfermera y apoyó su mano en uno de los hombros de la joven—. Debe ser un inmenso dolor para él. Sus delirios eran muy realistas hasta que, de pronto, se desesperó y empezó a contar más cosas ilógicas: vecinos que eran fanáticos y sádicos, un muchacho al que odiaba y que era capaz de cambiar la realidad con lo que escribía, un lobo gigante... ¡Una locura!

—Sí, sin duda...

—Imagínese que, a veces, me olvidaba alguna de mis novelillas románticas, esa porquería que leo para perder el tiempo, y me ponía a escucharle y, vaya, no podía dormir dos días seguidos mínimo sin una maldita pesadilla... Era como los libros de vampiros de ese tal Dorian (¿o era Duncan? Algo así) Rowlands que lee mi hija... ¡Era terrorífico!

—Me lo puedo imaginar —admitió Aušra, cruzando sus brazos. Desvió la mirada para evitar llorar.

—Ahora solo recuerda la historia de ese lugar. —Aušra puso cara de ignorar a qué se refería Lynn, así que ella continuó—. El lugar que nunca existió: Hollow Hallows.

La muchacha estuvo a punto de llorar.

Makenna la abrazó.

—Oh, querida, lo siento mucho, pero no te des por vencida...

Aušra se derrumbó en el inmenso hombro de la enfermera.

—Siento que le he fallado...

—¡No, no digas eso, jovencita! ¡Le has encontrado! ¡No le has fallado! — Makenna lo repitió hasta que Aušra pareció creérselo—. ¡El tiempo es importante! ¡El que se pierde, pero más aún el que se gana! ¡No le has fallado!

La soltó y movió sus manotas, marcando el camino por el blanco pasillo.

—Venga, acompáñeme, su primo se muere por verla.

Las luces navideñas que decoraban una de las salas de espera acuchillaron el pulcro pasaje con sus tonos dorados, rojizos y acules. Aušra se perdió en ese balanceo de luz, pero empezó a caminar. Sus botas oscuras taconearon sobre las claras baldosas del camino hasta la habitación dieciséis. Makenna rio.

—¡Muy bien, querida! —dijo la enfermera—. Sé que no se aceptan regalos, pero diré que no he visto ese paquete que le traes escondido debajo de tu chaqueta.

Aušra se sorprendió. Era cierto. Se quitó el gabán y lo llevaba sobre su brazo derecho, bajo el que ocultaba el paquete. Makenna Lynn le guiñó un ojo:

—Se lo agradezco tanto, señora Lynn...

—No, te lo agradecemos nosotros a ti y tu primo más que ninguno —dijo la señora Lynn—. Este muchacho necesita una visita... Alfred, perdón. Alfred necesita una visita. Disculpa que me refiera a él como muchacho, paciente o similar, es que no me acostumbro a saber su nombre real, a que ya no sea el chico que decía llamarse Seth... Mucho menos me hago a la idea incluso de que sepa su apellido... ¿Cómo era? ¿Hallington?

—Sí. Hallington, Alfred Hallington —corrigió Aušra enjuagando sus lágrimas y sonriendo para demostrar que ya estaba bien.

—Vaya nombre... Debéis tener mucho dinero o un importante legado, ser de alcurnia...

—Tenemos un enorme legado, eso es algo que nadie nos puede quitar, salvo el dinero o el olvido —musitó Aušra—. De todas formas, él es Hallington por parte de padre. Nosotros somos primos maternos. Yo no soy una Hallington.

—Ah bien, pero oye, muy sabio, sí, eso del legado y el dinero —replicó Makenna riendo, aunque no terminó de entender a la invitada.

Se detuvieron delante de la puerta metálica. Tenía una placa con el número dieciséis. Aušra respiró profundamente.

—Es un buen chico, ya le digo —la volvió a aplacar Makenna—. Alfie (¿le gustará que le llamen Alfie? Bueno, lo siento si no le gusta) está obsesionado un poco con la ciencia ficción, se pasa todo el día leyendo cosas como *La máquina del tiempo*, pero mi hijo pequeño, Stephen, lo está aún más así que eso tampoco es raro. El doctor le procura algunas dosis de ficción, como si fuera terapéutico. Vaya, algo muy nuevo lo que hace este doctor... Así que se pasa todo el día leyendo esos cómics, ¿se lo puede creer? Tiene una gran imaginación y es algo insoportable, pero... Oiga, con esto último me refiero a mi hijo, no a su primo... O a los dos tal vez.

Soltó su risa contagiosa. Aušra mostró cierta alegría, aunque estaba triste mientras

la señora Lynn abría la puerta de la habitación, que rechinó indecisa.

—Aparte de eso solo tiene una obsesión grave, que es escuchar todo el santo día los discos de ese grupo deprimente, *Dead* no sé qué... En fin, que ahora al ruido lo llaman música, ya sabe...

La habitación quedó abierta y una voz desgarradora brotó junto al sonido de una guitarra eléctrica, que escoltaba a una batería, rompedora de la monotonía a base de latigazos.

*Todo ese sueño
algún día no será de nadie.
Todo lo viejo,
algún día será de la calle.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

La voz de Spike Brent, el cantante maldito, resonó por la clara estancia. Por otro lado, resonaba la televisión, donde estaba comenzando un capítulo de *Doctor Who* titulado *Gira a la izquierda*.

—Es un adicto a la ficción —murmuró Makenna—. Necesita cada vez más. Escuchar música, ver una serie o dos en los dos televisores que tiene, leer un libro y un cómic... No sé cómo lo aguanta, pero bueno, Alfie no es mal chico.

Invitó a pasar a Aušra, para mirar al paciente, sentado en el suelo, mientras jugaba a armar algo que las dos mujeres apreciaron aunque la prima no supo cómo.

—Su otro *hobby* —aclaró la enfermera—. Es...

—Siempre lo fue —corrigió Aušra.

Makenna se sorprendió.

—Ah, ¿sí? Ah, claro... Fue por eso como le encontré, ¿no?

—El reportaje de la televisión que le dedicaron tanto tiempo después, lo mencionaron.

Alfred... ¿O era Seth?... El paciente de la dieciséis continuó armando las clavijas de un reloj minúsculo.

—Hay que ver cómo los relojes nos salvan más de una vez —reflexionó la sanitaria. Al ver que interrumpía el reencuentro y se sentía ajena, dijo—: En fin, les dejo ya un rato a solas. En cinco minutos volveré... —Y añadió fingiendo un susurro—: Bueno, en realidad en quince o más, porque he traído ponche y algo me dice que le han echado un poco (o un mucho) de bebida de verdad, ya me entiende, señorita. Cualquier cosa, me avisa.

Le dio un pequeño codazo a Aušra, como gesto de broma, y se marchó con una sonrisita.

En cuanto salió Makenna, la prima del paciente cerró la puerta del cuarto aunque no fuese aconsejable.

Se acercó al enfermo, que movía las pinzas con la que construía algo pequeño, minúsculo.

—Bonito reloj —apreció la muchacha.

—Gracias —replicó el dieciséis. Y repuso—. No esperaba verte tan pronto, Dawn.

La muchacha a la que Makenna Lynn llamó Aušra sonrió.

—¿Dawn? ¿Quién es Dawn? ¿No te acuerdas de tu prima Aušra?

El muchacho resopló.

—Déjate de estupideces. Llevo pensando desde hace mucho y he encontrado la doble lectura de lo que vivimos. Sé cuál es tu juego. Lo he descubierto. He tenido mucho tiempo para resolver todo, Dawn. Todo.

La chica rio un poco.

—No te enfades, Alfred... Perdón, ¿Seth? ¿O eres el último Hollow Hallows? No sé qué decir. —La mirada sombría de Seth fue clara—. ¿Ves? Eso era otra broma —dijo Aušra ¿o era Dawn?—. De ti aprendí a siempre soltar una broma. Es que... —Y renegó como si buscara la manera de decirlo—. ¡Dawn! Dawn... —Degustó el nombre con gran empeño—. ¡Hace tanto tiempo que no escuchaba ese nombre! Dawn, Dawn, Dawn... Es como un mote infantil que tenías y crees haber olvidado, pero alguien te llama por él y, vaya, regresa a tu cabeza de una forma...

El huésped dejó el reloj sobre una pequeña mesa plegable, como de desayuno en cama. La tarea de arreglarlo (o construirlo) ya no parecía de su agrado.

—Has cambiado, Dawn —dijo él.

Se acercó a su cama, sacando de debajo una caja.

—Has cambiado, Seth —repitió ella.

El joven era varios años mayor; había pasado el tiempo, solo ocho años, pero ese tiempo consumió el cuerpo del muchacho. Estaba más delgado, debajo de aquella camisa blanca y aquel pantalón de pijama tan blanco como los mocasines. Su piel tenía un tono amarillento, enfermizo. Pero sobre todo se notaba en la cara escuálida, con los pómulos marcados, los ojos escondidos y la barba de tres días. Las greñas pelirrojas caían por su cabeza como si fueran un último adorno, aunque se arrancó varios mechones en algún brote. Sus ojos resistían apagados, no tan vivarachos como antaño. Dawn supo el motivo. Había visto muchas cosas y había sufrido bastante.

—Tú has cambiado mucho más —apuntó Seth—. Acaso, ¿no deberías ser ahora un cadáver?

Dawn (¿o Aušra?) sonrió como una niña. Pese a esa acción, era más alta y su cuerpo ya no era el de una cría. Su piel brillaba con sus ojos colmados de historias. Su cabello ya no era corto, fruto del último acto malicia de los Hollow Hallows, ahora era una larga melena castaña oscura, que le llegaba hasta el nacimiento de la espalda («como un símbolo de lo que es ahora», valoró Seth). El suéter negro y los vaqueros esculpían una figura radiante, llamativa para cualquiera que supiera ver más allá de una excesiva exuberancia o una carencia completa de gracia; era distinta, una

persona que solo revela su belleza tras un enigma, pero acaso, ¿Dawn no era un acertijo?

Seth abrió su caja, como un niño que se muere de ganas de enseñar algún secreto a otra persona, un juguete encontrado en el bosque, una piedra con una forma extraña o un cráneo de un animal muerto. Sacó de ella un papel cerrado sobre sí, como una guía de viajes. Se agachó y lo descubrió en el suelo, en un gesto compulsivo. Obtuvo también varias notas de colores, rotuladores, chinchetas... Fue señalando varias cosas dentro de aquellas hojas pegadas entre sí.

—¿Son las manualidades que os mandan a hacer en alguna de esas clases para que no os volváis locos? —preguntó Dawn.

Seth negó y señaló:

—No. Es una guía de lo bruja que eres.

Dawn soltó una carcajada.

—Buen golpe.

Seth heló cualquier atisbo de felicidad.

—No es un chiste. Es la realidad —replicó sin ansias de hacer una broma. Señaló al papel—. Es un mapa temporal. He ordenado piezas y he descubierto cosas. —Señaló hacia el escritorio, donde había un montón de folios—. Me porto bien y me dan privilegios así, auspiciados por alguien que está pagando mi estancia en esta clínica desde hace tiempo, alguna alma cándida de la beneficencia o alguna mierda así.

La chica dejó escapar una risita.

—Yo —admitió la chica a la que Seth llamó Dawn—. Yo soy la que lo pago como anónimo...

—Tú... Claro —replicó Seth con desgana—. Dawn Hownland... Dicen que estás muerta, que llevas muerta desde que eras un bebé, pero aquí estás, riéndote de mí, de todos.

—Pero, sobre todo, de ti. —Seth abrió la boca, pero la muchacha le pidió un instante para decir algo que se moría por decir—: Seth, un consejo: sueña con quien quieras ser, podrías llegar a serlo. —Se señaló—. Yo cumplí mis sueños.

Esa frase entregó a Seth a un hilo de la memoria que le condujo hasta un pensamiento que colgaba en el abismo. Lo rescató diciéndolo en alto:

—Dawn, una vez me dijiste: «Me siento como una soñadora a la que se le acaba el sueño y no sabe qué más hacer».

—Claro que sí, ¡buena memoria! —respondió Dawn. Pareció que se alegró de verdad—. Al fin y al cabo, mi don puede ser más errático, pero no me cansa ni me postra como tu patética magia o el poder de Garric.

Seth volvió a señalar el montón de folios.

—¿Sabes que he invertido todas esas páginas para escribir lo que sucedió?

—¿Has incluido todo? —dijo Dawn contemplando el manuscrito—. Increíble, ¿sabes? Yo rompí uno como este.

Posó su mano sobre la primera página, Seth se tiró hacia delante para detenerla temiendo que lo convirtiese en añicos, pero ella se lo tomó como una broma más.

—Calma, Seth, calma... Estás muy alterado —dijo la chica. El muchacho tomó aire. Si hacía algún ruido, ella se iría por culpa de los enfermeros y no obtendría más respuestas—. Me imagino que habrás insistido en que Garric destruyó Hollow Hallows y que cuando su reino cayó, no hubo nada que dejar atrás y la realidad lo eliminó.

—Sí. Más o menos. He inventado alguna cosa.

—Extraordinario —dijo con burla.

—Ha sido difícil —se justificó—. Ya nadie me llama por mi nombre, ya no me creo ni siquiera que yo fuese Seth... He hablado de él como si fuese otro...

—Qué triste...

—Las drogas, Dawn. Las malditas drogas. Las drogas están destrozando mi mente. Por eso no me las tomo.

Seth sacudió la cajita y sonó como el contenido de una maraca. ¿Allí escondía las pastillas que no tomaba? ¿Era los fragmentos que parecían tiza que usaba ahora para marcar el camino en su mapa temporal?

Ignoró a Dawn y se fijó en la televisión. Una mujer pelirroja contemplaba como se llevaban un cadáver, el cadáver del que debía ser su mejor amigo, al que ni siquiera recordaba por culpa de una realidad paralela.

Luego, Seth cogió un libro al azar y leyó un párrafo antes de soltarlo; quedó abierto por la primera página de un relato *El zorro y el bosque* de Ray Bradbury.

—¿Sabes qué, Dawn? Lo has conseguido. Ahora odio las historias.

La joven no dejó de sonreír.

La canción de *Dead Irony* empezó de nuevo y continuó como banda sonora del encuentro.

*Cuando era un crío,
soñaba que mi madre era buena,
que mi hermana no me quería tirar al río,
que mi padre se abrió sus venas.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

Seth se estrujó la mente. Recordó tanto en ese tiempo, armó tantas piezas insignificantes, el padecimiento fue tan duro que le hizo naufragar por tantos caminos, que recitó:

—«El sol de agosto se apagará por la tormenta en el último año de Hollow Hallows, cuando las barreras estén cerradas y ya no se escuche el llanto de los niños. Llegará entonces el forastero, el Perdido acompañado de la muerte. Cuando el mago descubra su magia, habrá un destello de luz que ciegue a todos. Cuando la

desgraciada halle la felicidad, habrá una gran lucha. Cuando la soñadora rompa las cadenas, lamentaremos nuestro destino. Cuando la muerta regrese, el tiempo terminará. Caerán las tinieblas, pues esos son sus dones y elegiré el abatimiento y el fin de Hollow Hallows. Los Seis de Hallington deberán elegir si mueren ante el don o lo utilizan para traer de la muerte a su mentor. ¿Hollow Hallows muere? ¿Hollow Hallows vive?».

Dawn aplaudió como si hubiese escuchado un monólogo teatral de William Shakespeare.

—¿Y ahora puedes soltarme algún monólogo de *El Señor de los Anillos*? Sé que te encantaba el discurso de Aragorn en...

Seth lanzó una patada a la caja. Estaba perdiendo el control.

Dawn calló para luego volver a la profecía.

—Todo encaja en las palabras de la vieja Lucrecia, ¿eh?

Seth le dio la razón.

—Todo encaja... —dijo, aunque la señaló—. O casi todo.

—¿Qué dudas? —preguntó Dawn sintiendo curiosidad—. ¿Sabes ese momento en que el villano tiene atrapado al héroe y revela todo su plan maligno en vez de llevarlo a cabo? ¿Sí? ¿Sí? —Esperó a que Seth le diese la razón para seguir—. Pues ¡venga! Soy la gran villana y quiero darte explicaciones. Ha llegado ese momento en la historia.

Seth hubiera preferido guardar silencio y dejar fuera de juego a su visitante, pero al final habló en alto:

—Dime, Dawn. Solo tengo una duda...

—Oh, vaya, esperaba más de una.

—Mi duda es...

—Dispara.

—¿Quién te devolvió el don de los Hownland? ¿Odell o yo?

Dawn aceptó la pregunta.

—¡Qué pregunta! Nada de preliminares. Tú vas directo al grano.

—No tengo tiempo de dar rodeos —contestó Seth—. Ya he dado demasiados.

—Tú y tu concepto del tiempo... —masculló Dawn. Al final, aceptó responder—. En realidad, fueron muchas cosas, Seth. Tu antepasada, Lucrecia Dagan, era una cerda que fue capaz de quitarnos el don a los Hownland, pero no se puede arrebatarlo lo que es parte de uno, no del todo al menos. Puedes quitar la bondad, pero una marca queda, aunque sea de la ausencia. Lo mismo ocurre con el don, algo de él queda pese a que sea su vacío. Míralo así: puedes arrancar un dedo, pero permanece el muñón y el dolor fantasma... Algunos de esos restos del don quedaron en mí.

—¿Me has hecho esto para vengar a Oniros Hownland? —preguntó Seth sin considerarlo verosímil.

—Eh, solo has hecho una pregunta y no te he terminado de responder, así que te

esperas. Sigo...

»Cuando solté la pistola de Blackmouth y me disparó (a veces siento que fue ayer), me arriesgué. Sabía que estaba cargada y que Blackmouth me dispararía. Y sabía que era la única forma de que Garric escribiese que me curara y al curarme también me sanó de la pérdida de mi don. ¡Seth, deberías haber leído las últimas páginas que escribió Garric antes de morir! ¿Sabes qué decían?

—¿Reconocía que era un gilipollas por haber creído en ti?

—No, Seth, algo más divertido —replicó Dawn y agrandó su mueca de contento—. Garric (u Odell, como tú le llamabas) escribió que..., se moría.

La sorpresa de Seth fue mayúscula. ¿Cómo era eso posible? ¿Dawn le estaba engañando una vez más?

—¿Qué? ¿Se moría? ¿Estás loca?

—No soy yo la que está en un psiquiátrico...

Seth no prestó atención a ese comentario hiriente.

—Él quería ser el rey de su utopía y...

Dawn lo confirmó, pero quiso añadir algo más:

—Se debilitó demasiado al salvarme y al imponer Utopía. Estaba demasiado frágil... Lo que teníamos delante no era un hombre que fuera a sobrevivir décadas. Era alguien a punto de consumir las últimas horas que le quedaban, pero no supiste verlo...

—¿Y tú sí?

—Mi capacidad para ver es lo que me ha traído hasta aquí.

Seth se irguió y fue de un lado a otro de la estancia, pensando como lo hacían los detectives de las películas cuando resolvían un caso.

—¿Para qué te quería Odell entonces? —preguntó.

Dawn asimiló la pregunta, intuyendo la desesperación de Seth.

—Es fácil. Él me quería para que gobernase su mundo sin mi terrible don, que podía poner en peligro su creación y el mundo de los demás. Era un escritor y quería darnos un final feliz, quería salvarnos a todos, ese era su defecto.

Seth tocó los mecanismos del reloj con el que se entretenía antes de la llegada de Dawn. Dijo:

—Una vez te pregunté si soportarías que el hijo de puta de Odell cambiase el mundo.

—Sí... ¿Y qué te respondí?

—Respondiste: «No es el mundo de mis sueños».

—Bravo.

La mente de Seth rememoró los días bajo la sombra de Odell. Qué odio, qué rabia... Si él nunca hubiese llegado hasta Hollow Hallows en aquella tormenta de verano...

—¿Y qué escribió Odell al final, Dawn?

La joven paseó su mano por la mesa de Seth.

—¿Te lo cuento?

—Responde.

Ella se deleitó con el juego, como un depredador que vacila a su presa.

—¿Debería contártelo?

—¡Que respondas!

La muchacha consiguió enfurecerlo, tal y como se propuso. Eso fue algo que a Seth no se le escapó. «Me está poniendo a prueba. Quiere dejarme claro lo fácil que puede jugar conmigo». Ella le contestó:

—Odell escribió que yo ya tenía ese don surgiendo y que esperaba que fuese lo suficiente buena persona como para saber qué mantener y qué sacrificar.

Seth gruñó. Nada más lejos de la realidad... Era increíble, pero ella le había engañado tan bien...

—Siempre me tuvo en muy alta estima —añadió Dawn y, sin darle importancia, murmuró—: Yo rompí esas páginas.

Otra revelación que encajaba en el rompecabezas. Seth tomó un papel violeta, garabateó algo con un rotulador (no podía usar nada con punta afilada por miedo a que se hiriera con ello) y lo puso dentro de su mapa temporal.

—Luego, cuando el castillo se vino abajo, tú intentaste salvarme y darme mi don —prosiguió Dawn—, y pese a que solo fue un espectáculo bochornoso, salvaste una gran parte de mí, la suficiente para que, en cuanto te largases, yo también lo hiciera. Solo me bastó con cerrar los ojos y dormir.

La canción tronó, Dawn la tataró:

*Quando era un adolescente,
soñaba que mi madre no vivía,
que mi hermana no era decadente,
que la pistola de mi cabeza no pervivía.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

—Esa canción —dijo Seth.

—Es muy bonita, ¿no lo crees? Me atrevería a decir que incluso profética...

—Es una mierda lamentable, eso es —opinó Seth, resentido—, pero lo que quería decir es que tu padre sabía del don de los Hownland. Él también tenía restos de él.

Dawn valoró las palabras e hizo un ademán de «¿para qué voy a mentirte? Venga, voy a contártelo».

—Pero según mi tía no podía usar esas chispas salvo cuando se daba un buen chute o bebía bastante. Era un gran hombre, sin duda.

Seth meditó.

—Es cierto, pues —concluyó—. Tu don tiene que ver con los sueños. He unido las piezas y todas dicen eso.

Dawn aplaudió.

—¡Premio para el señor Seth Dagan! —canturreó con sorna—. Tráiganle su galardón: doble dosis de medicación. —Y añadió con perversidad—: Seth, ¿cuál era el poder de Odell? Recuérdamelo, sabio Seth.

—Lo que escribía se hacía realidad.

Dawn rio. Era divertido ver a Seth convertido en su lacayo. El chico se dio cuenta de ello y se maldijo en voz baja.

—¿Cuál es uno de los padres del arte, Seth? ¿Qué es eso que sospechas que poseo?

—Los sueños —contestó—. El don de los sueños. Oniros Hownland... Oniros... Suena como... ¿Onírico?

Dawn levantó las manos y dijo:

—¡Aleluya! ¡Por fin alguien se da cuenta! ¡Sí, suena y se vive como «onírico»! ¡Bravo! —La reacción de Seth no fue de contento, solo de pesadumbre al aceptar que su teoría era correcta—. Algunos dicen que Oniros era un dios, otros que eran mil formas bajo la sombra de Hipnos... Pero eso no es crucial, lo que sí lo es, es: ¿qué pasaría si yo fuera capaz de hacer realidad aquello que sueño?

Seth dijo no con la cabeza, pero al final suspiró y se lamentó:

—Pasaría lo que está pasando.

Dawn le hubiera chocado los cinco.

—¡Exacto! ¡Eres brillante! ¡No sé qué haces en un manicomio! Bueno, sí lo sé, pero ya sabes, una forma de hablar.

Otra forma de mofa que Seth ignoró rumiando:

—Los sueños. Los malditos sueños...

Dawn disfrutó al escuchar «sueños».

—¡Los sueños y las pesadillas! —clamó—. Un don que corre por las venas de los Hownland desde hace siglos por mucho que Lucrecia y el resto de la escoria de Hollow Hallows desease quitárselo para pactar con gente como Ellis. Sois ratas traicioneras y habéis pagado por ello. ¿Por qué crees que mi tía Emily os odiaba tanto?

Los pensamientos de Seth le condujeron a las memorias de Rahne, por un extraño motivo: fue la primera vez que se compadeció por la tía de Dawn.

—Emily... —susurró.

—¿La recuerdas?

Seth continuó:

—Entonces, Dawn, ¿por qué la mataste la noche en que Rahne te vio?

—¡Eh, cuidado, Seth! No remuevas tanto los viejos fantasmas... Piensa que aunque dos personas amen a otra, no tienen por qué llevarse bien. Imagina cuando dos personas odian al resto de Hollow Hallows, pero se odian entre sí...

—La mataste.

Ella acarició el aire con sus labios como si aceptase lo inevitable.

—No lo soporté, Seth... Pero fue imprevisto. La maté con la navaja aquella noche de Halloween. ¿Y sabes qué? Tuve pesadillas toda la madrugada y una chispa de mi don se encendió, algo del antiguo poder, algo que hizo que Emily estuviese viva al día siguiente.

—¿La reviviste?

A Seth aquella historia de la tía de Dawn le recordaba demasiado a otra que tenía que ver con un escritor mudo...

—Más o menos —soltó. Pero se contentó con la fe de Seth—. ¿A qué lo parecía? Fue un buen truco, pero no pude volver a repetirlo, pero ¿te imaginas, Seth? Porque no hace falta que lo imagines. Tú lo viviste. Lo que hizo Garric con su padre John fue lo mismo, aunque su poder siempre fue más frágil y más burdo que el mío. Nos parecíamos sí, pero él ahora está muerto y yo... Bueno, yo soy la reina del mundo.

Seth meditó.

—¿Fue uno de esos chispazos de tu don los que le dieron su poder a Garric? —preguntó el muchacho.

Dawn reconoció que su antiguo amigo era rápido, muy rápido. Había resuelto parte del misterio él solo.

—Lo fue y gasté mucha de esa chispa con él, me quedé sin ella... Cuando éramos críos le di un poder que él no comprendía, pero que podía devolverme el mío en plenitud; solo necesitaba marcarle de una manera que hiciera que volviese a por mí, de una manera que hiciera que se convirtiese en mi perro, de una manera que hiciera que un día me devolviera mi don y os hiciera pagar la deuda que contrajisteis con los Hownland...

—Un seguro a largo plazo.

La falsa prima odió aquella respuesta de Seth. Le hubiera pegado de tenerlo más cerca.

—Sé algo más poético, ¿quieres? Esta historia no es fría, está llena de odio, venganza, amor, maldad... ¡Es humana! Ah, eso, esa humanidad... Garric la conocía. Él descubrió su poder desde la niñez y luego me marché, dejándolo tirado como una colilla, pero mi marca seguía impregnada en él. Cuando mató a sus compañeros y a su padre, vino hasta aquí lloriqueando, esperando que yo le consolase, que le ayudase con su poder...

—Lo hiciste siendo una cría, le diste su don entonces...

Los ojos de Dawn brillaron.

—Una cría inteligente y con planes.

—Pero tú tenías otros planes con Odell, Dawn.

—¡Claro que sí, Seth! ¡Soy la maldita Dawn Hownland! Recuerdo la noche en que me lo contó todo. Puse mi navaja en su cuello, encontré el cadáver de su padre y cantó todo.

—Preciosa noche...

—Déjate de intentos de hacer una elipsis... Entonces llegamos a un pacto: yo le

ayudaría con su poder siempre que siguiese mis ideas para formular el mejor final posible.

Seth sacó una nueva hipótesis:

—Pero no tenías tu don y querías recuperarlo.

—¡Por supuesto! —clamó Dawn con la boca abierta, como si quisiera reír. Miraba hacia el techo como si viese el cielo—. Quería recuperarlo, pero él no quería dármelo usando excusas como que se debilitaba o como que yo terminaría haciendo del mundo algo a mi imagen y semejanza. —Tomó aire y miró a Seth—. Garric está mejor muerto, sin duda.

—En cuanto a lo segundo, lo de cambiar el mundo, no temió mal —confesó Seth.

—¿Y le sirvió de algo? —replicó—. Le odiabas. Deja de defenderlo. ¿Quieres?

—Lo mataste.

—Se mató al salvarme... ¿No es hermoso? Fue una buena obra de teatro.

Seth se quedó hundido, pero formuló otra pregunta:

—¿Solo soñaste que le dabas un poder o soñaste todo lo demás?

—¿Todo lo demás? ¿A qué te refieres? —Seth movió su cabeza hacia el mapa, como si lo que quisiera decir estuviese en él—. ¿Soñaste Hollow Hallows? ¿Tu poder creó esa pesadilla? ¿Tu propio don creó a Oniros, que te dio a la vez ese poder? ¿Te creaste a ti misma?

La paranoia de Seth divirtió a Dawn, que rio un rato hasta que se calmó.

—Oh, Seth, ¡qué divertido eres! ¿Qué quieres que te responda?

—La verdad —pidió Seth bajando el volumen. Si se alteraba, los enfermeros vendrían y se llevarían a Dawn, y quería respuestas.

Dawn suspiró, como si al escuchar la palabra «verdad» no pudiese evitar divagar.

—¿Has tenido alguna vez un sueño que parece claro, pero olvidas algunos detalles que creías recordar tras tenerlo? —preguntó—. Yo siento que me desperté de un sueño cuando era pequeña en la que aquel niño nervioso tenía un poder para hacer real esas historias que escribía, pero no sé si soñé algo más. ¿Quién sabe? Tal vez me creé a mí misma o a Hollow Hallows... O a ti, como una serpiente uróboros. ¿Sabes qué es? Mi antepasado se lo explicó a tu Lucrecia. Lo soñé una vez... Deberías saberlo, si no estás de todos modos a punto de aprenderlo, de la peor forma posible.

*Cuando crecí,
soñaba que no soñaba,
pues ¿de qué sirven los sueños que sufrí
si siempre conseguí lo que anhelaba?
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

Seth luchó por comprender los últimos descubrimientos que habían sido revelados ante él. Su mano tocó el papel. Su ánimo se apagó aún más. Dawn no

deseaba verlo así.

—Seth, ¿sientes piedad por Odell? ¿Es eso?

El muchacho se mostró contrariado.

—Lo odio... Pero tengo el mismo miedo que tenía hacia él, solo que hacia ti... Yo temía que él me escribiese y yo no lo supiera. Ahora temo que tú me hayas soñado y no lo sepa.

La veinteañera se rascó el mentón.

—Seth, ten cuidado. Si sigues tan paranoico, te vas a volver loco... Aunque no creo que eso te importe mucho ahora.

—Guárdate esos comentarios.

—Vale, lo haré... Solo te diré... Míralo por el lado positivo, ¡alguna vez te manipulé cuando ni siquiera tenía el don!

La palabra «manipular» quemó la sangre de Seth. ¿Era cierto? ¿Fue una piltrafa en manos de Dawn sin saberlo?

—¿A qué te refieres?

—A muchas cosas, Seth. ¿Quieres ejemplos? Por ejemplo, yo le di la idea a Garric para escribir y que eso sirviera para muchas cosas, entre ellas una muy importante: darte tu magia. Pero también hice cosas más simples. Garric podía ganar mucho poder y necesitaba a alguien que le contrarrestase, que le detuviera cuando hacía falta y ese eras tú. Eras una medida de seguridad, solo que más divertido. ¿Te acuerdas de aquella mierda que me soltaste? «Cuando tus enemigos luchan entre ellos, solo hay un ganador y eres tú». Qué patético... Y qué acertado.

El descubrimiento fue para el paciente de la dieciséis como tragar gasolina y tomar de postre una cerilla encendida.

—¿Qué me... Qué me hiciste?

La chica silbó como si intentase darle más tensión a su respuesta.

—¿Recuerdas la carta que apareció en tu casa con el nombre de Alan Lamke?

—¡Tú!

Dawn se alegró.

—Yo.

Los ojos de Seth se iluminaron como si viese a la aparición de Lamke que conjuró en su día para ayudar a Dawn. Qué idiota había sido... Pero se acordó de que el espectro le dijo que había aprendido a apreciar las historias de misterio desde que le mató un escritor, que por eso no le contestaría a quién dejó la carta con su nombre.

—*No quiero que esto sea una historia —contestó Seth.*

La mirada misteriosa de Lamke confundió al joven cuando le respondió:

—*Ahora lo es, Dagan.*

Seth le ignoró y siguió:

—*Ahora ni nunca.*

Lamke gruñó.

—Lo que no quieres es que sea la historia de Garric, pero a saber... Quizás, esta solo es una historia escrita por ti en el futuro o por algún tipo que cree que todo esto es ficción y alguien nos lee en este momento y...

Eso fue la réplica. Lamke lo sabía todo. Por eso le dijo:

—Seth, tú ya sabes quién te dejó la carta... O lo sabrás... Los fantasmas vivimos en el pasado, el presente y el futuro... —dijo Lamke—. A veces, me confundo, pero lo sabrás por ti mismo.

*Lo tuve todo,
¿qué deseo puedo tomar?
Cuando me revuelque en el lodo,
¿recordaré lo que era soñar?
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

Unas lágrimas se derramaron desde los ojos de Seth, que susurró:

—¿Por qué lo hiciste, Dawn? ¿Por qué fuimos tus amigos si nos odiabas tanto?

La interpelada se deleitó con la llorera del joven.

—¿Mis amigos? ¿Amigos? Esa es una palabra muy importante para lo que sois... Solo os convertisteis en lo que yo quise que os convirtierais. Eráis mentira y yo una buena actriz, ¿no fueron igual de falsos o más vuestros antepasados con Oniros Hownland? Él les dio tantos poderes, le dio a tu Lucrecia la magia que yo te di a ti... Aunque reconozco que solo echo de menos a uno de vosotros: a Huargo, pobre perro. No se merecía lo que le pasó.

Seth se derrumbó, quería entenderlo todo y esa parte de la historia seguía sin una revelación clara.

—¿Por qué?

La mujer chistó, molesta.

—Le arrebatasteis el don a los Hownland. Los Jones, los Dagan... Sois monstruos y habéis pagado por ello pues sois escoria de Hollow Hallows y los Hownland juramos destruir ese lugar. Ahora tú eres lo único que queda de ese maldito sitio.

El joven lo consideró una respuesta vaga y turbia.

—Después de todo ese tiempo, nos hiciste pagar por algo que cometieron mis antepasados, como los Hollow Hallows. Ellos querían matarnos por decapitar la estatua, tú porque te arrebataran tu don.

Dawn se serenó, por primera vez no quiso bromear ni que Seth considerase que sus actos fueron fruto de un mero capricho.

—¿Qué es una reliquia si olvidamos su valor? ¿Qué es un don si no lo poseemos? Las reliquias ausentes, los dones vacíos... Tanta amargura, tanto dolor, Seth, ¿cómo no querer vengarme? Era imposible. Y no te hagas la víctima. Los traidores fuisteis el resto de los descendientes. Os merecíais pagar, aunque antes podría castigaros y jugar de verdad con vosotros.

Seth no se frenó, continuó embalado aunque no sabía adónde.

—Con tus actos, con tus sueños, con tus manipulaciones... Mataste a las gemelas, a sus padres, a mi abuela, a tu tía... ¿Por qué me has dejado a mí vivo?

Irguió la cabeza, con dignidad, y contestó:

—¿Por qué crees que he venido?

El rostro de Garric fue de terror.

Dawn rompió en una risotada cruel.

—No, tú castigo será peor. Fue Lucrecia la que consiguió vencer a Oniros, te lo recuerdo.

*Ahora tengo una bella dama,
ahora tengo un recuerdo de mi hermana,
ahora tengo una hija que es mi ama,
ahora tengo una atalaya que una fantasía emana.
¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

Seth estaba roto. La aparente impavidez se transfiguró en un creciente sinsentido. Pegaba su cabeza con los nudillos, como si quisiera detener el dolor u ordenar las ideas con sus propias manos.

—El error siempre fue vuestro al pensar que yo era una heroína —confesó Dawn a Seth—. Pero cuando tienes mi poder y has sufrido tanto, ¿por qué no eliges ser otra cosa? Al fin y al cabo, las heroínas son las que se preocupan de los demás, las villanas las que se preocupan de una misma, ¿no?

El joven recitó una parte de la profecía que le escuchó en su día a Elmer Shaxon:

—«Cuando la soñadora rompa las cadenas, lamentaremos nuestro destino».

—La pregunta fundamental ahora no es si lo lamentas, la pregunta es si te haces a la idea de lo mucho que lo vas a lamentar.

*No será increíble descubrir
que cuando salte,
no tendré una pena que ceñir,
pues ya no tendré más sueños en balde.*

*¡Soy el devorador de sueños,
impongo mi imperio de Morfeo!*

Seth se alejó. Cualquiera que viera esa escena, debía pensar que era Aušra la que debía asustarse de un lunático como aquel, pero era al revés. El paciente de la dieciséis estaba a punto de entrar en pánico.

—Has recuperado tu poder... Puedes hacer todo lo que desees.

—Y deseo muchas cosas. Te lo prometo.

El muchacho retiró la mirada. Vio que en la televisión flotaba una nave espacial azul, con forma de cabina de teléfono. La TARDIS con la que el Doctor viajaba en el espacio y el tiempo.

—Si pudiera viajar al pasado...

—Me matarías antes de ser tan poderosa... ¿Has visto demasiado *Doctor Who*? ¿*Terminator*? ¿O leído *Días del Futuro Pasado*? Son muy de tu gusto...

«¿De mi gusto? ¿Lo son? ¿O tú soñaste que lo fueran?». La paranoia retenía a Seth, dejándole sin otra cosa que hacer que llorar.

—Sí —contestó, evocando todas esas historias.

Dawn hizo amago de tocarle la cara, pero él corrió lejos, como una gacela asustada de un cazador.

—Yo prefería verte a ti, quería verte una última vez —comentó Dawn—. Quería saber si, como en mi caso, tú tenías una chispa de un viejo don a punto de quemar el mundo. Lucrecia perdió parte de su magia al embrujar a Oniros, fue el pago por su deslealtad, ella también sacrificó su don, pero ¿quedaba algo de él en ti?

Seth se impresionó por ese nuevo secreto revelado.

—¿Crees que tengo algo de magia en mí? Qué graciosa. Ni siquiera tengo ya la varita...

Dawn apartó la chaqueta que traía consigo, dejó la caja que llevaba escondida ante Seth. La abrió y el muchacho se alejó. Tenía un estuche que le arrojó.

—Perdóname por no habértelo podido traer envuelto en papel de regalo, pero si te sirve, es tu regalo de Navidad...

Las manos de Seth, temblorosas, se hicieron con el contenido. No se lo pudo creer. Tuvo que restregarse los ojos. Era... La varita. Después de todo ese tiempo.

—¿Cómo...?

—No fue difícil de conseguir, Seth. Solo tuve que dormir un poco.

—Y soñar.

—Ahora siempre sueño.

Seth pasó la varita de una mano a otra y escudriñó a Dawn. ¿Qué pretendía? Algo debía querer sacar ella de todo aquello.

—¿Qué quieres con mi último suspiro de magia, si es que lo tengo? ¿Que te ayude?

Dawn se desternilló, con ganas.

—¿Qué ayuda podría obtener de alguien tan patético como tú, Seth? Ya no necesito ayuda. Me he blindado lo suficiente. He soñado que muero y resucito, por ejemplo. He aprendido a controlar mi poder. Haz cualquier cosa contra mí, pero no obtendrás nada. Absolutamente nada.

Seth sacudió la varita.

No sucedió nada.

Dawn le dedicó un ademán de comprensión y lamento.

—Me equivocaba entonces —dijo—. Nada de magia.

Seth se echó a llorar.

—¡No es justo! ¡Debía funcionar! ¡Debía hacer algo! ¡No puede terminar así! ¡No pueden ganar los malos, soy un héroe! ¡Soy un héroe!

Dawn caminó hacia la puerta. Miró un momento atrás.

—Te diré algo que aprendí hace tiempo: los héroes escriben la historia, los soñadores la crean y los villanos no siempre pierden porque la gobiernan.

*Cuando mi sangre alcance la nieve,
cuando mi cuerpo se rompa como una vasija,
cuando mi alma calle y no resuene,
mis sueños serán de mi hija.
¡Soy el cadáver de los sueños,
alimento mi imperio de gusanos por Morfeo!*

Dawn movió el picaporte, abrió la puerta.

—Hasta la próxima, Seth...

¿Habría una próxima? Esa despedida pareció almacenar un mensaje oscuro que el chico no pudo descifrar.

Seth se quedó solo.

Y secó sus lágrimas.

Calculó bien, sucedió lo que creía que sucedería y su actuación funcionó. Dawn se lo tragó. Ahora era su turno.

Sin que nadie lo viese, sacó una maleta de debajo de su cama. Estaba llena de lo mismo, aunque era cada uno distinto: relojes. Docenas de relojes.

Una vez, Dawn le dijo:

—¿Has escuchado la expresión «hasta que llegó su hora»? Seth, creo que ha llegado mi hora y me gustaría saber exactamente cuál es.

Seth estaba de acuerdo.

Colocó uno con una hora aproximada en cada uno de los eventos del mapa que

creó.

—Seth, el reloj marca tu hora —dijo para sí—. Eres un héroe.

Lo hizo: repitió la última frase que Rahne le dijo.

Cerró los ojos mientras se ponía cada uno de los relojes hasta parecer un lunático. Cuando terminó, memorizó el mapa. Luego, lo destrozó. Se pasó los pedazos por su cara sudorosa.

Se miró en el espejo.

Él sabía la hora, él debía marcarla, como un reloj.

Recordó Hollow Hallows, su última noche, las visiones de aquel hombre que le recordó a su padre, el Hombre de los Relojes. Le rendiría homenaje.

Acercó la varita a su rostro y una luz le iluminó. Sus facciones cambiaron, sus brazos se debilitaron, pero era su último suspiro, su última llama. Volvió a pronunciar la última frase que le dijo a Dawn antes de que la diera por muerta tanto tiempo atrás:

—Era la hora de que fuese el héroe, Dawn. Era esa hora...

Ella le contestó en ese momento del pasado:

—*No, Seth, es la hora de dormir...*

Pero ahora no iba a dormir. La sangre se derramó por su cara. Era un esfuerzo que podía terminar con él, pero iba a volver sobre sus pasos, iba a cambiar el pasado como el Doctor, iba a ser un héroe a través de la magia como Harry Potter y el giratiempo, iba a ser un superhéroe como Spider-Man...

Deseó con todas sus fuerzas, usando la poca magia que le quedaba y la fuerza que fue tomando durante esos años encerrado. Si todo iba bien, seguiría vivo cuando llegase al pasado.

El poder se liberó de sus cadenas, deslumbrándolo. Grietas brotaron en las paredes, las bombillas de la lámpara superior y el flexo del escritorio reventaron, los papeles de su manuscrito se levantaron una brisa invisible y flotaron libres, la habitación vibró como si una corriente eléctrica la surcase...

Y la habitación estalló, no de una manera metafórica o elegante, sino como si una tormenta se hubiese desatado en ella. La televisión explotó. Los papeles ardieron. La cama se transformó en un géiser... Destrucción, pura y total.

Seth emprendía un viaje. Cambiaría esa historia que había llegado a odiar, tenía magia, tenía memoria y tenía un plan.

Su cara se tiñó con la imagen de un reloj, ya tenía máscara y ya tenía un buen nombre de héroe. Habló para sí:

—Soy... El Hombre de los Relojes.

* * *

Dawn esperó por fuera de la habitación dieciséis hasta que lo vio. Sonrió. Su sueño se hizo realidad. ¿Cómo no? ¿Sabría Seth el destino del Hombre de los Relojes

en la última noche de Hollow Hallows? ¿Sabría que moriría sin evitar cambiar el pasado, sin conseguir matarla? Y el Seth adolescente volvería hasta ese psiquiátrico, donde volvería a ser el Hombre de los Relojes y viajaría de nuevo al pasado para morir, mientras que el siguiente Seth adolescente acabaría en el psiquiátrico para... ¿Hacía falta repetirlo? Ya lo repetiría él para siempre en su bucle infinito.

Dawn tocó el anillo con el que soñó mucho tiempo atrás y que, cuando despertó, halló en sus manos. Lo llevaba en el dedo índice de su mano derecha, una serpiente devorando a otra. Susurró una palabra para retratar ese bucle:

—Uróboros.

Infinito, para siempre. Un buen castigo para el último confabulador, para el último Hollow Hallows, el heredero de Lucrecia Dagan, la mujer que desafió a los Hownland. Un final infinito.

Aušra se marchó, canturreando la última estrofa de una canción que resonó en la estancia hasta que la minicadena explotó y sonaron las alarmas de incendio.

*Y al final para siempre dormiré,
y ya no habrá nada más que desee,
porque para entonces muerto ya estaré,
y las larvas serán los que me besen y sueñen.
¡Soy todo ese sueño,
que algún día no será de Morfeo!*

Cuando Makenna Lynn llegó al pasillo, vio las primeras llamas que devoraron el Saint Simeon. Desde ese día, recordó pocas cosas y una siempre le vino en Navidad. Una conversación fugaz que tuvo a primera hora.

—Dígame su nombre de nuevo y la inscribiré para visitar al paciente. Es Navidad, pero nos tomamos esto en serio. Se llamaba... Aus-Aus...

—Aušra... ¿No podría visitarlo?

—Es complicado...

—Es Navidad...

Makenna amaba la Navidad, aquella chica sabía dónde golpear para sacar lo que quería.

—Me lo pensaré, señorita. Aus... Sí, eh, por curiosidad, ¿qué significa su nombre? —le preguntó a la alegre visitante.

—«Amanecer», en lituano.

—¡Qué bonito!

—Viene por una de mis antepasadas. Zaria, se llamaba. Como su madre, Alba. O mi antepasada Dawn... Las tres tienen que ver con el amanecer...

—El amanecer. Me gusta el amanecer.

—¿A quién no? —respondió Aušra—. Marca el devenir de nuevos tiempos.

Makenna se lo pensó.

—El devenir de nuevos tiempos... ¡Qué bonito! Me gusta su actitud, ¡me ha animado el día! —dijo, pero le dolió sentirse tan satisfecha y dejar a aquella conversadora de lado—. ¿Sabe qué? ¡Es Navidad! Haré una excepción... Venga conmigo a ver al paciente de la dieciséis. Si es su primo, se morirá por verla. No hace nada, salvo pasar las horas muertas.

Makenna no volvió a sonreír en mucho tiempo, igual que el paciente de la sala dieciséis, dado por muerto.

El amanecer marcó el devenir de un nuevo tiempo.

EPÍLOGO

Dawn Hownland, o la que una vez se llamó así, caminó por las calles, alejándose del Saint Simeon y de su pasado.

Miró hacia el horizonte, a la costa impecable. Nunca hubo un puente allí que conectase aquellas tierras con un islote, nunca hubo un pueblo maldito más allá, nunca hubo nada de lo que ella vivió. E incluso así, siendo otra persona, llamándose Aušra, lo recordaba. Se acordaba de algo que nunca pasó, pero sería cuestión de tiempo. Lo olvidaría.

Ocho años cambian muchas cosas. Ocho años fueron necesarios para reconstruir una vida. No nació como hija de unos *rockeros*, no fue llevada a Hollow Hallows, no fue una descendiente... Y aunque cada día que pasaba, aquellos hechos parecían más ficción y era Aušra Howl, huérfana, criada en los márgenes de la ciudad, siendo una chica con una gran imaginación, no pudo obviar que la realidad aún tenía grietas y que hay historias que no se pueden enterrar con facilidad.

Y todo lo que se entierra acaba en el mismo lugar. Sus pasos la condujeron hasta el antiguo cementerio de la ciudad. No estaba a mucha distancia. La muerte nunca se aleja demasiado.

Entró por la puerta, protegida con la verja de barrotes negros, que culminaban en picas donde los cuervos graznaban y observaban a los recién llegados con inmensa curiosidad.

Caminó entre los muertos, como una metáfora de su propia vida. La vía de piedra, dispersada por las áreas de infinitas lápidas, no llegaba hasta la zona a la que se dirigía. Era la parte más oscura y abandonada, la más antigua, la que pocos conocían, donde se escuchaban lamentos de seres que existieron sin jamás ser recordados en ninguna oración. «Donde se guarda el pasado», le dijo una vez la enterradora, una mujer llamada Angelina.

En esa tierra oscura, se erigía un mausoleo gris, un pequeño palacio de augustas columnas, que se alzaban con severidad hacia un cielo que no le esperaba. Cada detalle de su fachada parecía trazado para hacer que el visitante olvidase el paso del tiempo fijándose en cada línea y detalle de su pórtico.

El castillo de los que se fueron se sumergía en una colina sobre la que crecían cipreses que cimbrecaban con la brisa. Su tejado a dos aguas poseía pequeñas imágenes de ángeles con capuchas que tapaban sus rostros y alas coronadas por magnos ojos que vigilaban a los que llegasen hasta allí.

En los laterales, dos estatuas más. Ya estuvieran hechas en mármol o en otro material, se antojaban humanas con pliegues en sus ropajes o con perfectos bucles de sus largos cabellos. Tenían un pie adelantado en el escalón más alto y otro en el bajo, como si estuvieran avanzando sin llegar nunca a su hogar. La de la derecha,

representaba a un hombre augusto, que intentaba abrir la puerta, portando un candil. Al otro lado, la hermosa figura de una mujer de mirada perdida, apesadumbrada, con grandes alas de ángel. Defendía a la niña llorosa que sostenía con su otro brazo. Sus caras, heladas en la eternidad, mantenían los ojos cerrados, no como si estuvieran muertas, sino como si durmiesen o aceptasen sin reservas su destino: permanecer toda la eternidad allí, bajo las sombras de los árboles. En la escalinata, jarrones para las flores y ofrendas.

Las manos de la joven tocaron la puerta. La gelidez de la muerte la impregnaba. Estaba cerrada, pero ¿la muerte no estaba abierta para todos?

Levantó la mirada, ansiando una respuesta.

El dintel era recorrido por dos figuras que se unían, una serpiente devorando a otra, en un ciclo interminable.

—Nuestra hija —susurraron los muertos.

Se inclinó y posó su cabeza en la entrada de la cripta, notando el olor de la hiedra húmeda y las cenizas de los que se fueron. Era como una ciénaga, pero ¿qué hálito tenían los pantanos si nunca estuvo en uno? Al menos, en esa realidad.

Murmuró con voz triste:

—Una Hownland no deja de ser una Hownland, aunque el mundo cambie y muera. —Y añadió con melancolía, porque hiciera lo que hiciera, habría cosas que jamás podría evitar—: No se os olvida.

Se percató de que tenía algo en sus manos, llevaba en ellas un ramo de lavandas. Disfrutó su aroma y después, con respeto, las colocó en los jarrones de las estatuas.

—Para que sigáis durmiendo —dijo.

La placa del dintel, con el apellido de la familia, relució: Hownland. La hache tallada le recordó a uno de los símbolos del lugar más maldito del mundo.

El silencio se marchitó.

Una risita.

La que en la necrópolis prefería llamarse Dawn observó de reojo hacia una de las tumbas situadas a su espalda. Alguien corrió hasta ocultarse tras ella.

La muchacha se acercó despacio. ¿Qué hallaría tras la lápida?

Una niña la tocó y salió corriendo.

—Me pillaste —dijo Dawn—. Ahora me toca a mí.

La cría estaba jugando al escondite, danzando sobre las tumbas. Desapareció bajo la luz para reaparecer entre las sombras. Sus profundos ojos oscuros alumbraban como antorchas.

En su mano, Dawn notó algo frío como el hielo. ¿De dónde salió? Era una llave herrumbrosa con una hache tallada en la guarda. La descendió hasta la puerta del mausoleo. ¿Era la llave de esa entrada? ¿Qué significaba? Era como vagar en un sueño y buscar sentido, de eso ella sabía mucho.

La niña se marchó, corriendo presurosa otra vez. ¿La habían llamado? Sobre la colina, al lado de los cipreses, un hombre la esperaba a lo lejos, acompañado de una

mujer, ambos con porte señorial; debían ser los padres. Los tres se reunieron sobre la colina, como las estatuas de la cripta. La madre rio mientras su hija se ocultaba en su regazo, con timidez. El varón levantó la cabeza a modo de saludo y acarició el anillo que portaba en una de sus manos, tenía el símbolo: uróboros.

—Los *oniromantes* nunca duermen —susurraron los tres—. Sus muertos sí.
Y se desvanecieron la brisa de la mañana.

Aušra se marchó del camposanto y se encaminó por la avenida.

* * *

En un parque cercano se proyectaba una película como parte de una exposición sobre cine en blanco y negro. Dawn miró las imágenes acompañadas de una lúgubre voz, *La jetée*. Trataba de un viajero del tiempo que intentaba evitar el fin del mundo. Era un drama de ciencia ficción, pero ahora a ella le hacía gracia como una comedia.

Su sonrisa era la misma que poseería alguien que sabe que va a morir, pero no va a llorar o suplicar ante su ejecutor. Nunca cambiaría, porque el mundo se mostraba a su alrededor sin darse cuenta de que ella era su dueña y tenía ideas, muchas ideas, pero ya no como una niña vengativa, sino como una mujer que veía más que el resto. Curaría, salvaría, destruiría, doblegaría... Todos dependerían de sus sueños y el destino de los descendientes de Oniros Hownland.

Mientras echaba un ojo a la película de vez en cuando, se sentó y escribió algo en una pequeña hoja de papel, algo que ansiaba dejar atrás de una vez por todas. Nadie quedó hasta el final de la historia para escribirla, salvo ella. Su deber era acabarla.

Adiós, Rahne.

Adiós, Caroline.

Adiós, Huargo.

Adiós, Garric.

Adiós, Seth.

Adiós, confabuladores.

Adiós, hijos impolutos.

Adiós, Dawn Hownland. Ella no era como ellos, por eso seguía respirando.

Adiós Hollow Halls. Es hora de dormir.

Se levantó y dejó la nota en el banco donde estaba sentada. Una nota que quizás encontrase alguien. Una nota que quizás se fuera con el viento. Una nota que quizás desapareciera para siempre.

Comenzaba con algo que creyó que nunca nadie antes hubiera escrito, algo que diría por última vez:

Olvidamos todo.

No recuerdo la primera vez que respiré, pero sí cuando estuve a punto de

dejar de hacerlo. No recuerdo a la última persona a la que mentí ni a la última que le dije un atisbo de verdad. No recuerdo a nadie que significase algo para mí. No recuerdo los sueños esperanzadores ni las pesadillas desoladoras. No recuerdo las veces que he llorado y mucho menos las que he reído. No recuerdo cuándo las cosas dejaron de tener sentido ni si alguna vez lo tuvieron. No recuerdo nada de lo que ocurrió tras aquellos días de 2008.

Solo hay algo que nunca podré olvidar: Hollow Hallows, el lugar que desapareció.

Nadie lo recuerda ya. Yo sí y esta es su historia.

FIN

Looking upward, I saw through a sudden rift in the clouds Aldebaran and the Hyades! In all this there was a hint of night — the lynx, the man with the torch, the owl. Yet I saw — I saw even the stars in absence of darkness. I saw, but was apparently not seen nor heard. Under what awful spell did I exist?

AMBROSE G. BIERCE,

An Inhabitant of Carcosa^[5].

*And then she sleeps. The tale will need an end,
but now it melts to dreams inside her head.*

NEIL GAIMAN,

Inventing Aladdin^[6].

MAPA

Estimado lector,

Por la compra de la edición especial de Hollow Hallows usted puede acceder a uno de los pocos textos que sobrevivieron a la hecatombe que borró aquel lugar de la existencia.

Al principio pudo ver el mapa de Hollow Hallows elaborado a mano por Calvin Blackmouth, prestigioso historiador del islote.

Muchas gracias por su interés a la hora de recordar los horrores del enclave más maldito del mundo.

Atentamente,

RELATO EXCLUSIVO

URÓBOROS. Persiguiendo humo

I

1970.

La gelidez del último aliento y el abandono de cualquier recuerdo cálido de un sentimiento que alguien pudo considerar amor. Ahora soy prisionero de ese terror.

Escribo sobre una mesa prestada que es mi memoria, con una máquina de escribir que nunca fue mía, mientras acepto que solo soy dueño de una cosa, de mi pánico y de lo que está pasando. Qué lejanos quedan los días en que pude apaciguar mis preguntas descubriendo misterios... Qué oscuro permanece todo en este tiempo del que ya no puedo escapar...

Si pudiera viajar al pasado, regresaría al último día que estuve en mi Providence natal. Espantaría mis deseos de descubrir mis raíces, ataría mis manos y mis piernas con tal de no cruzar el mar, borraría de mi mente cualquier ansia de mellar allende de las tierras en las que me encontraba...

Si pudiera viajar al pasado... Pero no puedo. ¿Cómo fui tan estúpido de cometer semejante error?

Mentiría si dijera que no lo supiese.

Todo comenzó cuando encontré al ser más vil y decrépito con el que me crucé en mi vida: mi padre.

II

Darleth Denholm era un buen detective. Lo suficiente como para no ser parte de la policía.

Alrededor de los últimos diez años, Denholm se había encumbrado gracias a trabajos como la persecución de la mafia, el descubrimiento del ladrón del Anillo de Ariadna, la resolución del caso del Asesino de la Tríada y otros sucesos igualmente asombrosos. Y consiguió ser una sombra durante todo ese tiempo, pese a los chivatazos en la prensa y las conversaciones entre policías. Era una leyenda urbana, un detective asesor que cobraba a los que les salvaba el pellejo sin más, un tipo al que muchos creían tan irreal como Santa Claus.

Luego llegó el caso de los herederos de Fawcett y algunas de las ratas de los periódicos consiguieron sacarle el verdadero testimonio al viejo Farraday y así el nombre de Darleth Denholm fue impreso en la primera página. Se convirtió en

alguien a quien seguir, a quien hacer fotos y a quien convertir en la primera plana de la mayoría de los diarios. Y el detective perdió el interés por seguir su carrera.

Pero solo Darleth Denholm sabía qué le impulsaba a involucrarse en las guerras familiares de la mafia, yendo tras la huella de una antigua reliquia perdida y acabando esa parte del viaje revelando quién era el hombre que respondía al nombre de Tríada. Fawcett y los suyos solo fueron la confirmación de toda una escala de ignominias y delitos, una montaña cruel cimentada sobre el dolor humano. Alrededor de cada crimen, una historia. Y una leve conexión, apenas una hebra de una telaraña, que Denholm era capaz de atisbar con una claridad insospechada.

Y nunca quiso ser detective, solo fue alguien que quería hallar la verdad y tenía el suficiente empeño como para ir detrás de ella sin quedarse por el camino. Si hubiera decidido ser médico, hubiese curado los casos más extraordinarios. Si hubiese optado por ser científico, hubiera resuelto el misterio de la vida. Si hubiese optado por la filosofía, habría encontrado el sentido de la vida. Pero él no quería descubrir la verdad absoluta, solo quería descubrir una que cercaba su camino a cada paso que daba desde que era un niño. Darleth deseaba saber quién era y de dónde venía. ¿Qué tierras le vieron nacer? ¿Qué mares le perdieron en la vigilia? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Por qué le abandonaron en un orfanato de Providence?

Darleth desconocía en esa época que las contestaciones a esos enigmas le conducirían por un mundo oscuro y turbio, envuelto en el submundo del hampa, el espiritismo y el asesinato, en las tierras de las artes oscuras. Pero el deseo de escudriñar la claridad era lo que le hacía andar un paso tras otro, en la negrura más densa. Y fue la que le llevó hasta el anciano Fawcett y descubrir una verdad mediatunda en aquel hombre.

Darleth Denholm sabía aquello y yo lo sé porque soy Darleth Denholm.

III

Filipo Fawcett se ganó el aprecio de la ciudad donando dinero durante la Gran Depresión y convirtiéndose en un ser semejante a un santo en un enclave donde no había ángeles. Fue uno de los pocos empresarios que resistió la crisis y todos sabían que lo hizo de una manera poco ortodoxa, pero eran tiempos poco ortodoxos. Explotó a trabajadores, se alimentó de la sangre de los negocios, aniquiló enemigos y siguió adelante. Y si lo consiguió fue gracias a los generosos pagos al alcalde, la policía y la propia gente que habitaba alrededor de la Cocina del Infierno. Fawcett era un psicópata, de eso no cabía duda, pero también era muy generoso compartiendo su riqueza, de eso tampoco se dudaba. Al fin y al cabo, en el podio de la mejor lealtad, la medalla de bronce la obtiene el que utiliza el miedo, la plata la logra el que usa el dinero y el oro es para el que dispone de las otras dos medallas, compra al tribunal y se carga a los contrarios. Es el campeonato de la vida y Fawcett era un ganador.

Pero cualquier buen jugador de póquer sabe que toda partida tiene un final. Filippo Fawcett murió en el incendio de su caserón en Providence a mediados de octubre de 1970. No quedó más que una dentadura y la marca de un sufrimiento que se convalidó por un buen seguro de vida que quizás cobrarían sus hijos... O algo así. Nunca me ha interesado bien cómo funciona esa mierda y menos cuando sabía que Fawcett seguía vivo y solo había intentado pillarnos por los huevos.

¿Por qué hay gente que cree que puede hacerse pasar por muerto con tamaño estupidez como quemar una casa? ¿Por qué hay idiotas que piensan que pueden fiarse de cualquier imbécil que les ayude, sin percatarse de que ese imbécil cantará en cuanto un detective como yo le encuentre y le amenace con arrojarlo de un décimo piso? ¿Por qué el mundo es tan frágil?

Encontré a Fawcett en una mansión de las afueras de Providence. El hogar perteneció a un pirata desaparecido, un tal Hallington, y desde entonces se conservaba casi derruido. Lo conocía de mis escauceos por la metrópolis. Era un inmueble demasiado ostentoso para alguien como el «difunto» Fawcett, que quería hacerse pasar por muerto, pero fue inteligente porque también era una casa victoriana reducida a la ruina, abandonada en medio de la ciudad. ¿Quién prestaría suficiente atención?

Ver aquel hogar, engullido por la ciudad, me devolvió la sensación de que el futuro siempre avanza y no le importa a quien se trague. Grandes edificios surgen a tu alrededor, los críos se hacen viejos y dan paso a más gusanos que les suceden en su trono de la decadencia... Y el presente solo es el pasado de un futuro con sabor a antiguo antes de que se sirva como segundo plato.

Y ahí estaba, esa casa de cuento de terror, habitada por un esqueleto pellejudo que una vez tuvo la Cocina del Infierno a su disposición. Y cuando lo hallé, descubierto por la luz que penetraba por el tejado roto, sentado en el gran butacón de la sala principal, Fawcett ni siquiera pareció sorprenderse de verme. Qué decepción... Pero había poesía, Fawcett también era una decepción, acaso ¿no se aburrió de su destino en la gran ciudad y decidió marcharse a Providence a morir, como una canción que se aleja lo suficiente pero sin riesgo de ser olvidada? Era un buen final para alguien como él, le retraba a la perfección.

Le contemplé. Su rostro era una sábana arrugada por los delirios de la fiebre. Sus ojos empequeñecidos se entreabrieron, estremecidos por una emoción que les corroía. Sus labios temblaron mientras su cara se astillaba y en él encontré la fiel pintura de la vejez y la muerte. He visto a muchos morir y sé que algunos llevan a la Parca en su cara incluso antes de que exhalen su último aliento. Es como una sombra, como un abrazo gélido, como una confirmación agónica de un final inminente... Y qué demonios, Fawcett ya era hombre muerto incluso antes de que yo entrase en aquella habitación.

—Has elegido una casa abandonada en un lugar aburrido de una ciudad antigua —le dije—. Casi podría considerarse que has buscado un buen escenario para

continuar con tu obra de teatro, pero, dime, Filipino, ¿por qué huye un hombre que ya está muerto?

Caminé formando un círculo en torno a mi sospechoso. Le observé de reojo, con una emoción de asco y maldad, pero también porque quería asegurarme de que aquello no fuera ninguna farsa, ninguna trampa secreta, ningún hombretón de Fawcett en la sombra, ningún elemento del que sospechar... Solo estábamos él y yo, un moribundo sobre un butacón hediondo y un detective que escucha como las palomas intrusas toman vuelo y escapan del tejado derrumbado.

Y fue entonces cuando abrió su boca, apenas tallada como la de una marioneta de madera, y me susurró dos palabras:

—Hollow... Hallows...

Y murió. Esas dos ruidos, apenas un quejido, apenas audibles, fueron sus últimas palabras.

Y yo solo respondí:

—¿Por qué me hiciste esto, padre?

Pero Fawcett nunca me llamó hijo, solo me abandonó en Providence, solo me entregó a una gran red por la que perseguí la verdad noche y día. Desde aquellos quince años en los que vagué entre los astilleros buscando al señor M del que hablaba la partida de nacimiento con la que me recogieron las monjas, siempre corrí detrás de su sombra y ahora me encontraba tragado por ella, en aquel torreón queapestaba a muerte.

Atrás, la muerte y el pasado; delante, solo el fin. Y solo Fawcett conocía su secreto: el hijo recién nacido que envió a aquellas calles de Providence, siendo encontrado en el pórtico del viejo orfanato, era yo.

Desconsolado, un nombre derruía una campana en mi alma, diciendo:

—Hollow Hallows.

IV

¿Qué era Hollow Hallows? Nunca había escuchado hablar de nada llamado así. ¿Era un código? ¿Una corrección de una palabra mal pronunciada (quería decir una de las dos y su lengua se trabó antes de expirar)? ¿Qué había en ese acertijo que no me atrevía a responderlo sin un escalofrío?

Fui adonde siempre encontraba respuestas: al bar, donde me bebí lo suficiente como para dejar de ser considerado humano y empezar a ser descrito como un enorme barril de *whisky*.

Después, cuando mi cabeza amenazaba con estallar, mis pantalones hedían a orín y mi alma se desgarraba con la luz de la mañana, fui al rancio agujero en la pared donde dormía y solo cuando estuve algo más sereno, encontré una marca escrita en mi brazo con un cuchillo. Decía:

Hollow Hallows

Y decidí resolver el último misterio, quise saber qué era Hollow Hallows.

En ocasiones, necesitamos empujones y bien pueden ser una patada en el culo o un brazo lleno de cortes. Que cada uno elija.

V

Conseguí una muda lo suficientemente limpia y empleé alguno de mis fondos para adquirir un sombrero y una chaqueta que me dieran un aspecto más respetable. Odio que el mundo se mueva por la falsedad del oropel. Entrar en una habitación y ves a un tipo con esmoquin y parece que ese pingüino tiene algún derecho sobre ti, como si se convirtiese en tu amo y tú en su esclavo. Y no debe ser así. Por mucho que lleve un buen abrigo, una levita y tenga cara de estreñimiento crónico, ese hijo de puta es tan endeble como tú, llorará si le amenazas con arrancarle la piel, vomitará cuando le cortes, clamará al cielo por algo de piedad cuando eches sal en sus heridas... Morirá como tú, como yo, como todos, y si recordamos ese destino por encima de las añejas normas de etiqueta, te percatas de que esa igualdad del mundo resume la realidad a que todos somos la misma escoria girando en el mismo váter con destino las alcantarillas donde heredemos y nos pudriremos hasta desaparecer. No hay poder, no hay esperanza, pero sí, a veces, tienes que disfrazarte para poder encontrar en qué lugar puedes apestar mejor.

Así que vestido como una buena rata, pude acceder a la biblioteca de Providence, pero no a la biblioteca donde van los ciudadanos de bien, sino a la que se esconde en las sombras. La mayoría desconoce qué hay en la oscuridad que tanto puede revelar sobre nosotros mismos, por eso ponen tantas luces a sus existencias (algunas ficticias), no es para poder ver, sino para poder huir de lo que son. Pero yo no huyo, siempre he ido detrás de mi origen.

Cuando encontré al bibliotecario, a Pinkerton, estuve a punto de darle un abrazo, pero rechacé esa locura. Me dejaría apestando a colonia barata el resto del día y esa cucaracha no merece mi confianza ni la de nadie.

A Pinkerton lo conocí mucho tiempo atrás, mientras me encontraba resolviendo un caso sobre el robo de vasijas de una antigua dinastía china. Pinkerton era un cabrón entonces. Y era un cabrón cuando me lo volví a encontrar. Y siempre lo sería. Pero Pinkerton sabía cosas. No ocurría nada en Providence sin que ese cabrón se enterase, así que es uno de esos cabrones a los que se les cogía cierto aprecio (o utilidad) en mi profesión. Por algo, los que nos movíamos en las sombras sabíamos que Pinkerton era una buena rata: bajito, gordo, medio calvo, con los ojos oscuros, la piel roída... Elementos sin orden como él mismo, pero poseedor de un cerebro que era un vertedero de toda la suciedad del país y una suciedad entre las que algunos nadábamos cada maldito día para encontrar el sentido del mundo.

Era curioso que a Pinkerton siempre lo relacionase con un elemento de mi infancia. No voy a ponerme a recordar, ni siquiera me voy a poner tierno, solo voy a ordenar unos pensamientos... De pequeño, a los otros niños perdidos y a mí nos obligaban a leer y no sé hasta qué punto el hecho de leer libros grandes me ayudó a poder leer otros libros más enanos que podía esconder dentro de los enormes. Es decir, el libro de *Buenos hábitos de higiene en la Gran Guerra* por D. W. Zaragzag de unas dos mil páginas servía para camuflar un relato tipo *10.000 A.D. La invasión de los morg* de D. Yorke de unas cinco páginas. Los mierdas del hospicio querían que leyésemos libros de verdad, grandes y serios, sobre guerras que no le importaban a nadie y personajes históricos que nunca seríamos nosotros, pero a veces podías meter dentro alguna copia de una biblia de Tijuana o un relato *pulp*. Por esa época, de casualidad, encontré los relatos de Sherlock Holmes en una horrible edición llena de fallos ortográficos (que me contagiaron como la tizna y que me hicieron escribir mal hasta que los profesores me golpeaban tanto como un saco de boxeo). Lo que aquellos maestros del orfanato no me sacaron fue el cariño por las historias de Holmes y por sus personajes. Descubrí el misterio del sabueso, me quedé impactado con el cambio de registro de la segunda mitad de *Estudio en escarlata*, sufrí un paro cardíaco cuando descubrí los talentos de Irene Adler y divagué por esos párrafos que puede que fueran los culpables de que me convirtiese en detective. Y tampoco he olvidado el Club Diógenes del hermano de Holmes, el grupo social conformado para el silencio absoluto, el gozo de la carencia de palabras, una idea que siempre me gustó aunque no encontré bien el motivo, pero era lo que Pinkerton siempre había querido hacer. Por eso lo relacionaba con aquellos relatos de Holmes que devoré en mi infancia. Por mucho que aquel gordo adefesio se moviese por el lado oscuro de la ciudad, siempre hablaba de la tranquilidad y el silencio como los mayores placeres que puede obtener un hombre. Podías traerle una buena pipa de opio y una fulana capaz de hacerte cosas indecibles, pero no eran nada para Pinkerton, él prefería la tranquilidad y el silencio.

—¿Sigues buscando tu lugar tranquilo, Pinkerton? —le pregunté para saludarlo. Me fijé en que tenía una cubertería de dibujos chinos en la pared, junto a unos jarrones. El cabrón tenía un buen sueldo y mejores contactos.

Me miro con gesto sombrío y respondió:

—Nunca he dejado de buscarlo, incluso cuando creo que lo he hallado.

—Qué ambición.

—¿Hay otra cosa que nos mueva?

Sonreí y miré la biblioteca. Era su pequeño local, un bar lo suficientemente asqueroso para que lo peor de lo peor acabase en él cuando no querían ostentar lo mejor o ni siquiera podían, un tugurio lo suficientemente apartado para descubrir las verdades a cambio de un buen pago. Ah, si hubiera sido más listo, hubiera ido a emborracharme el día anterior allí y quizás habría descubierto la verdad, pero, ahora que lo pienso, soy tan listo que no me arriesgaba a perder el maldito riñón por obra y

gracia de esas bebidas de Pinkerton (destiladas por algún ruso exiliado que conoce las claves para convertir el detergente o alguna porquería similar en vodka). Al menos aquel día seguía vivo para atrapar a ese hortera de Pinkerton y decirle:

—Hollow Hallows.

No hubo más entre nosotros. No hubo saludos. No hubo chistes. No hubo nada que llenase la página en blanco salvo su mirada turbia por el humo de su puro y, a la vez, deslumbrada por los anillos y las baratijas de sus gordos dedos. Fue ahí donde me contó algo que me pudo ser útil:

—¿Hollow Hallows? Eso... Eso creo que es un sitio.

—Tú no crees nada, tú sabes.

—Sé sobre los lugares donde hay gente de mi nivel social, pero, por desgracia, Den, no es ese el caso. Ese sitio está dentro de mi lista sin influencia.

—¿Y cómo es eso posible?

—No puedo...

—¿Y si...?

Amenazo con tirarle toda la cubertería china, hacerla pedazos, formar un buen escándalo que haga enloquecer a Pinkerton de golpe. Adiós su falso Club Diógenes...

—La basura no siempre se desborda igual... —musitó, asustándose—. Algunos de mis hombres han intentado sacar algo, pero nunca hay nada lo suficientemente importante en esa piedra... Ni siquiera es un buen lugar para contrabando, los míos dicen que tiene un enorme cementerio de barcos... Imagínate... Así que no sé qué caso te habrá llevado hasta allí, pero descartaría que tus sospechosos estén en ese punto. Y si lo están, créeme, ese sitio está lo suficientemente limpio como para que se mueran de hambre o del pisotón de alguno de sus santos...

Decidí utilizar una técnica amistosa y cogí a Pinkerton por el cuello de su camisa, levantándolo del suelo lo suficiente como para que su pestazo me golpease la cara. Le arranqué el puro de los labios y le amenacé con quemarle la cara con él. Fue todo muy amistoso. La amistad es muy curiosa en Providence.

—Lo que yo quiera hallar en Hollow Hallows es asunto mío, Pinkerton, así que no intentes adivinar lo que pienso, no intentes jugar conmigo, no intentes salirte con la tuya, ¿quieres? —Le zarandeeé un poco, para que me tomase en serio—. Así que antes de que volvamos a discutirnos como un matrimonio de viejas, dime cómo puedo llegar a Hollow Hallows y no vuelvas a intentar venderme vodka destilado por tus pulgas, ¿está claro?

Estaba claro.

Ahora, tras recordarlo, más.

VI

Me llevó una semana encontrar pesquisas, pero fue una semana interesante.

Confieso que si Hollow Hallows fuese un sospechoso, sería uno bastante escurridizo. ¿Cómo un lugar se puede ocultar así? No se puede mover, no puede cambiarse de nombre, no puede hacer que todos guarden silencio con respecto a él... Pero Hollow Hallows lo conseguía.

Seguí las pistas como las sigue alguien que no le queda otra esperanza, como la rata que palpa en un ligero temblor la zozobra inminente del barco donde se ha escondido todo ese tiempo. Empecé mi cometido sabiendo que quien no tiene nada, no tienes nada que perder. Eso era lo único que me quedaba.

Por medio de los incorregibles de cierta ciudad costera a la que me condujo Pinkerton, sorteando la última odisea de chavales que envenenaron su mente con el aroma turbio del movimiento *hippie*, pude saber de la existencia de un chaval que conocía Hollow Hallows. Era un muchacho de unos veinte años, piel negra como la noche, voz profunda y aspecto solitario. Cuando le hablé, me mandó a la mierda. De modo irremediable, aquel chaval me cayó bien.

Esa noche hubo una tormenta, uno de esos temporales de octubre que anuncian lo que está por venir desde ese otoño hasta finales del invierno, un pájaro de malagüero con alas de viento y graznidos de lluvia, así podría describirlo, pero también podría describirlo como mi oportunidad, ya que amparándome en el Oldowl Bar encontré una presencia que me era familiar: era aquel muchacho que sabía algo de Hollow Hallows.

Le invité a un café caliente mientras su mirada se perdía de vez en cuando en la camarera, una joven de mirada brillante que respondía al nombre de Esther. Rompí el hielo con aquel chico diciéndole algo que él quería escuchar:

—Le interesas a esa chica, desgraciado.

Si algo había aprendido de mis búsquedas, es que los confidentes te cuentan la verdad cuando escuchan antes una mentira que significa algo para ellos. Si quieres saber quién coño está traficando con opio y se lo preguntas al hijo de perra que conduce los camiones con doble fondo donde lo llevan, te mandará a tomar por saco y tendrás que darle un par de buenos golpes para que cante, pero no siempre quieres ensuciarte las manos. Si en cambio le coges del cuello y le dices que sus jefes están planeando quitarlo de en medio porque lo consideran un traidor o un estorbo, entonces (si eres convincente) el confidente se cabreará, pondrá los oídos y soltará toda la mierda que pueda, como un váter que rebosa después de un día de banquetes orgiásticos. Así que hablando de Esther, llegué a conocer a aquel muchacho.

—Es una porquería, ¿sabes? —me dijo—. Puedes querer a alguien, eso es fácil. Lo complicado es que ese alguien te quiera.

A veces, preferimos ponernos pretensiosos o filosóficos en una taberna antes que cogernos una buena cogerza. Yo siempre he preferido lo segundo y estaba a punto de hacerlo si aquel idiota se ponía a cantar algún himno por la paz y el amor y en contra de Vietnam y todas esas gilipolleces, pero aguardé un poco más.

—Y lo que ocurre al final es que aunque esa persona te quiera, a veces eso no

vale para nada si el mundo está en tu contra —dijo el aprendiz descarriado de Sócrates—. Si dos personas se aman, pero una está condenada a sufrir y morir por algo que no hizo, ¿de qué sirve ese amor? ¿De qué sirve la vida de la persona amada si solo se le traerá dolor y pérdida?

Degusté un buen trozo de bocadillo antes de soltar una buena patraña. Algo bueno de ser detective es que se conoce a muchos mentirosos, algunos muy buenos. Todos ellos te enseñan al final a contar ficciones con la claridad con la que se cuentan las horas en un reloj.

—¿De qué valdría la vida del maldito que ama —dije— si ni siquiera en esa vida aciaga ha conocido algo como el amor y la piedad? —Llamen a los cabrones del Nobel, me merezco uno—. Más vale una cucharada de miel antes que tomarse un tonel de cicuta.

Sonrió. ¡Ahí cayó! ¡Se rindió! ¡Le convencí! Sus ojos relampaguearon. Fue entonces cuando siguió hablando de Esther y le comenté que podría decirle que la amaba, marcharse con ella, ser felices allá donde fueran... Y es entonces cuando habló de lo que denominó «maldición». Perfecto.

—Vengo de un sitio maldito... Un antepasado... Un antepasado mío hizo algo que enfureció a todo ese islote. Fue ejecutado junto a los otros culpables. Aun así, todos los habitantes de la isla han ido contra nosotros desde entonces. Y nadie, casi ninguno de los descendientes de la conspiración ha conseguido escapar...

Recuerdo que sonreí porque noté el pecho abultado de la victoria a merced de mi mano, pero antes de manosearla quería escuchar algo de los labios de aquel tipo:

—Hollow Hallows, el lugar más maldito del mundo —dijo—. Y si se pregunta qué hago aquí, es porque transporto algunas cosas a la ciudad, pero siempre termino volviendo.

Y sin darse cuenta, me tendió la mano, su garganta y cualquier parte de su cuerpo por la que podía matarle en un solo instante. Pronto me contó que debía volver en una hora a Hollow Hallows o tendría problemas, que el crimen que cometió su antepasado fue decapitar la estatua del fundador y que desde entonces era perseguido a la espera de ser sacrificado bajo un ritual.

—¿Por qué no escapas, muchacho? —le pregunté.

—Nadie escapa para siempre —me respondió.

Contuve la risa, porque siempre era interesante cruzarse con un loco y entonces le dije:

—Amigo, trabajo de detective. ¿Qué le parece si le ayudo a resolver este viejo crimen? ¿Y si descubro quién decapitó la estatua de ese tal Alfred y consigo así una vida para usted mejor que la que ha tenido?

Me contestó que era imposible, que fue hacía muchos, muchos años, y que las mentes de los habitantes del islote eran dignas del peor fanático, que no cesarían en su empeño de destruirle. Y mientras farfullaba todas esas incoherencias, supe que los delirios de un paranoico eran divertidos de escuchar, pero complicados de escuchar

sin que tú mismo empieces a reírte. Al final me dijo que se llamaba Daniel Jones y supe que me llevaría a Hollow Hallows consigo.

Lo había conseguido.

VII

Esa noche tuve una pesadilla en la que me caía al vacío y mil manos me atrapaban para arrancarme la piel, la carne y los huesos.

Siempre he temido venirme abajo sin saber quién me había empujado. Siempre, en esos sueños (que sé que son muy frecuentes para todo el mundo), a mí nunca me ha importado el hecho de caer. Lo que me ha preocupado es no saber quién es mi enemigo y peor: quiénes son los dueños de las manos que intentan atraparme.

Esas garras... ¿Intentan salvarme? Lo dudo, solo quieren matarme más despacio y lo temo con cada latido de mi corazón, porque me obligan a cuestionarme una siniestra verdad: que no sé nada, que puede que se muevan por algo que jamás conoceré y ese es un mal que puede quemarme en la vida real. Lo traduzco como puedo: a lo mejor tengo las pistas sobre mi asesino por el camino y puede que no me dé cuenta hasta la última puñalada... ¿Qué pasará? Por eso, por el cumplimiento de mi mala profecía, me da igual caer, lo que sí me inquieta es saber que alguien será quien me lance y destruya, no yo mismo, alguien. Pero ¿quién? ¿O quiénes? Esa es la pesadilla.

Cuando desperté, estaba en el asiento del copiloto del vehículo de Daniel Jones y acabábamos de pasar un largo puente.

Hollow Hallows apareció ante mis ojos como lo hace una pesadilla, entre la niebla de la irrealidad y la sensación angustiada de que no se podrá escapar de ella.

Unas palabras se grabaron en mi mente al leer un antiguo lema polvoriento: «No hay oscuridad y vemos las estrellas».

Era bienvenido, sin duda.

VIII

Hollow Hallows me aguardaba el treinta de octubre para ser descubierto como el último enigma de mi carrera. Era una isla rodeada por un mar embravecido y pintoresco, que dibujaba la silueta de rocas peligrosas donde docenas de barcos impactaron hasta hundirse. Más allá, había un cementerio e incluso un pantano, pero esa zona me resultó más siniestra que las pequeñas casas, las granjas, los depósitos de agua, la iglesia y demás edificaciones que rodeaban el corazón de Hollow Hallows y que recibían el nombre de «impoluto». Desconocía a qué hacían relación, pero sonreía al pensar en una granja impoluta... ¿Qué era eso? ¿Una granja donde las

vacas van al baño y tiran de la cadena? Vaya educación, preferiría cruzarme más con esas vacas en mi vida que con muchos de los guarros que se han topado en mi camino...

Por su parte, los habitantes no parecían tan dispuestos a cruzarse conmigo. Como en alguna de aquellas estúpidas películas de miedo que veía cuando escapaba del orfanato, los lugareños cerraban las ventanas a mi paso o espiaban detrás de las cortinas. Algunos me miraban fijamente y después desaparecían, como fantasmas vergonzosos. Y yo seguía adelante, mientras aquel tal Daniel conducía diciéndome que me llevaría al único motel de la isla.

Mientras dejábamos atrás el camposanto, vi a un a una momia en vida, que nos crucificó con su mirada, digna de haber contemplado a Matusalén. Era un anciano que cavaba una tumba hasta que nos vio aparecer.

—Shaxon... —nombró Jones mientras aceleraba—. Médico, sepulturero... Pero a los descendientes de los confabuladores no nos importa. Nuestros cuerpos nunca yacerán en tierra consagrada...

—¿Ninguno?

—Ni siquiera las familias extintas.

—¿Hay familias de confabuladores extintas?

—Sí, las hay. Algunas no han resistido en Hollow Halls.

Pensé en si no estaba acompañado de un demente, cuando oí a humo. Jones siguió mis gestos y me explicó:

—Shaxon anuncia con sus señales de humo que hay un forastero en el islote.

Me eché a reír y musité:

—Buen código.

Jones no se rio. Solo se encogió de hombros.

—Tuvo que inventarlo él. Es viejísimo. Estaba aquí antes que mis abuelos y siento que seguirá aquí después de mí, como el sol, como las estrellas —contestó.

Me guardé otra carcajada y respondí:

—Estás hecho un poeta, amigo.

No le pregunté mucho más a Jones. Daniel era de ese tipo de mendrugo que siempre se calla la boca, pero una vez que consigues que suelten algo, empiezan a soltar y soltar hasta que te inundan en sus chorradas. Lo único que me dijo a lo que presté cierta atención fue a lo que significaban los banderines negros y el escenario que se estaba armando en la plazoleta principal:

—Mañana es el Día del Fundador. No sabemos qué tipo de festejo están preparando, pero no creemos que nos gustase.

Me dieron ganas de soltar alguna broma, pero me aguanté.

—¿No os han invitado? —pregunté.

Daniel negó con la cabeza.

—Ojalá que no.

Oí a humo. Miré al cielo. Una estela ocre recorrió el firmamento. Shaxon y sus

señales...

IX

Tras un buen trecho por un bosque, el coche se detuvo fuera de la puerta principal de un caserón victoriano que esperaba detrás de una verja. Daniel me dijo que ese era el motel, que tocase la campana y que aguardase. En cuanto me bajé con mi mochila, Daniel arrancó el motor.

—Los Jones y los Hownland no nos llevamos bien —murmuró antes de tragar aire—. Ese es nuestro destino, queramos o no... Todos acabamos volviendo a Hollow Hallows, pero no importa de quién sea nuestra lealtad.

Antes de que empezase con otras de sus largas charlas, le hice un gesto de despedida casi militar y le dije:

—Dale un buen beso a esa Esther cuando vuelvas a verla, ¿quieres? Será mi mejor pago para ti.

Jones sonrió un poco (pedazo de capullo) y estuve a punto de ir al Vaticano para que certificasen que he estado ante un milagro con esa falsa carcajada de aquel trozo de piedra. Después de su marcha, respiré aliviado bajo las luces del amanecer y el aroma fétido de un lodazal cercano. Entonces me giré y contemplé el jardín del hotel. En la niebla cobriza, mientras tocaba la campana, me pareció ver varias estatuas de ángeles. Las muy hijas de perra me provocaron un escalofrío y fue entonces cuando escuché la risa de un niño. Y cantó:

*—Te estábamos esperando,
maldito desgraciado,
vas a morir,
vas a morir,
maldito desgraciado,
te estábamos esperando.*

—Vaya mierda de canción —le respondí de manera inmediata. Siempre fui muy sincero.

Me di la vuelta y miré a mi alrededor. ¿Dónde cojones estaba? ¿Era real o...? No, ningún fantasma de mi pasado sonaba así. Ni siquiera aquel niño al que mataron en el tiroteo de las afueras de San Francisco. Nadie. Ninguno, pero...

Levanté la cabeza y lo vi colgando de una rama de un árbol tras la verja. Era un chiquillo de pelo largo, rubio oscuro, cara de pillo y ropa que le quedaba demasiado grande. No debía tener más de seis años.

—Ya podrías abrir en vez de ponerte a cantar —me quejé.

—Ya podrías dejar de dar órdenes en una casa que no es tuya —protestó el niño.

Me dieron ganas de darle una bofetada para ponerle firme. ¿Qué clase de retrasado mental habla así con un adulto?

Y entonces, en la oscuridad, vi la imagen de un pequeño ángel emergiendo de entre las estatuas. Vestía de blanco, sus cabellos pálidos se iluminaron con la leve luz de un sol aun naciendo y en su rostro recibió el brillo de la muerte y el fin del mundo. En sus manos, un candil oscilaba, provocando sombras fantasmagóricas. ¿Cómo una estatua podía tomar vida? Me habló con una voz cantarina, que escapaba de algo que no puede ser piedra y me percaté del parecido de esa niña de doce años con el crío que me hablaba desde el árbol. La escuché ensimismado.

—Si es usted un forastero y ha encontrado este motel, antes de entrar debe aceptar lo que nos pide nuestro abuelo que acepten todos los desconocidos: que usted tiene mala suerte y que usted es responsable de su destino.

Rompí a reír.

El pequeño saltó delante de su hermana, los dos niños se miraron y entonces abrieron la puerta.

X

Pude alquilar una pequeña habitación del llamado Caserón Woods, aunque desconocía si no hubiera sido mejor dormir bajo cualquier portal de aquel islote.

El niño pequeño, Bobby, se dedicó a canturrearme la historia de aquel siniestro lugar. Al principio, pensé que todo era fruto de una imaginación desbocada, pero pronto supe que aquel granuja solo se dedicaba a repetir una historia que ya había escuchado en el pasado. Su cántico trataba sobre el viejo Woods, el propietario de aquella mansión hacía mucho, mucho tiempo. El dueño tenía una gran familia, una hermosa casa y mucho poder en Hollow Hallows, nada hacía presagiar que hiciera demasiado caso a Oniros Hownland, un tipo extraño que terminaría, contra pronóstico, convirtiéndose en su consejero (algunos decían que incluso un vidente, hay que joderse...). Ya fuese Oniros Hownland un mal o buen consejero, la verdad fue que Woods cogió veneno y un hacha y acabó con toda su familia antes de suicidarse. En el testamento, las pertenencias de Woods pasaron a Oniros Hownland, que más tarde sería el líder de los llamados confabuladores, aquellos que decapitaron la estatua del fundador. Bonita historia, digna de escuchar todas las noches antes de irse a dormir.

Daba igual, allí estaba yo ante los sobrevivientes de los Hownland, aquella familia compuesta por los dos nietos y el abuelo Hownland, digna herencia de aquel tal Oniros. El anciano apenas podía andar y tenía que recurrir a un bastón antiguo con un cabezal de serpiente que siempre se le desenroscaba mientras él murmuraba algo así como «uróboros, uróboros». Nunca aceptaba la necesaria ayuda de su nieta, la adolescente apenas atisbada que respondía (cuando no con una mirada indómita o un

mal comentario) al nombre de Emily. En cambio el chiquillo, que era un auténtico cabroncete, nunca prestaba ayuda a su abuelo y yo solía pillarlo remedando mientras salía de la casa a romper algo (que parecía ser su juego, afición o deporte favorito).

Así que el abuelo Hownland, más muerto que vivo, había criado a aquellos dos niños desde la muerte de los padres de estos, hecho del que no dijo nada salvo aquella palabra que parecía emplear siempre para ese tipo de momentos: «uróboros, uróboros». Olvidando su débil presencia, sus cabellos blanquecinos que aunaban su pelo y su barba, envolviendo un rostro con ojos casi ciegos, decidí apuntar esa palabra en mi bloc de notas.

—¿Por qué ha venido a Hollow Hallows? —me preguntó Emily antes de que yo hablase con su abuelo por primera vez.

—He venido a resolver un gran misterio —contesté. No me veía mintiendo a aquella niña, debía ser un pecado o algo así.

—Es idiota, pero ¿cuánto lo es? ¡Ese es el misterio! —replicó Bobby y salió corriendo hasta la sala principal. Algún día cogería a aquel niño a solas y le enseñaría modales aunque fuera a golpes de cinturón...

Emily clavó su mirada en mí durante esos instantes en que nos internábamos en los oscuros pasillos del Caserón, pero continuó callada. Quizás interpretó que el hecho de mirarme ya era decir algo que apenas supe entender.

Encontré al abuelo Hownland esperando en el salón, donde bebía de una taza descascarillada algo que olía a té. En el platito vi un par de pétalos de una flor que me recordó a la lavanda. No dije nada mientras observaba a aquel hombre, sumergido por las sombras como si fueran su manto.

—Ha venido al final —me dijo con una voz que procedía de una caverna—. Todos acaban volviendo a Hollow Hallows.

Levanté una ceja. El niño también había soltado una chorrada así. Vaya, ¿ya empezábamos con las trampas? Me serené. Sabía lo que estaba ocurriendo. Recordé el caso del Fantasma del Empire Cinema de Monroeville. Muchos decían que había un auténtico adivino que les advertía de un fantasma y solo era un charlatán expulsado de un estudio de cine en bancarrota que quería atemorizarles para luego comprarles el cine por un par de pavos... Trucos banales, el mundo está lleno de ellos y quizás esa fuese la obra de teatro que siempre interpretasen los nietos y su abuelo, titulada *Le estaba esperando, sabía que iba a venir y, mientras le decimos eso, señor forastero, podemos notar la forma tan patética que tiene de cagarse encima*. Una gran obra de teatro, muy modernista, en el *Blackest Sun Digest* le pondrían diez estrellas o cinco..., o cincuenta. A saber.

—Lo siento por usted, pero le acogeré como los míos siempre han acogido a los antiguos amigos —dijo el anciano Hownland antes de añadir—: El destino es siempre así. Todo es un ciclo infinito. El reloj parpadea, los dioses aguardan y la serpiente se come a sí misma, para morir y nacer. Siempre... Uróboros.

¿Qué demonios significaba ese término? Tenía que investigarlo. Lo antes posible.

XI

Pude alquilar una pequeña habitación del llamado Caserón Woods, aunque desconocía si no hubiera sido mejor dormir bajo cualquier portal de aquel islote.

El niño pequeño, Bobby, se dedicó a canturrearme la historia de aquel siniestro lugar. Al principio, pensé que todo era fruto de una imaginación desbocada, pero pronto supe que aquel granuja solo se dedicaba a repetir una historia que ya había escuchado en el pasado. Su cántico trataba sobre el viejo Woods, el propietario de aquella mansión hacía mucho, mucho tiempo. El dueño tenía una gran familia, una hermosa casa y mucho poder en Hollow Hallows, nada hacía presagiar que hiciera demasiado caso a Oniros Hownland, un tipo extraño que terminaría, contra pronóstico, convirtiéndose en su consejero (algunos decían que incluso un vidente, hay que joderse...). Ya fuese Oniros Hownland un mal o buen consejero, la verdad fue que Woods cogió veneno y un hacha y acabó con toda su familia antes de suicidarse. En el testamento, las pertenencias de Woods pasaron a Oniros Hownland, que más tarde sería el líder de los llamados confabuladores, aquellos que decapitaron la estatua del fundador. Bonita historia, digna de escuchar todas las noches antes de irse a dormir.

Daba igual, allí estaba yo ante los sobrevivientes de los Hownland, aquella familia compuesta por los dos nietos y el abuelo Hownland, digna herencia de aquel tal Oniros. El anciano apenas podía andar y tenía que recurrir a un bastón antiguo con un cabezal de serpiente que siempre se le desenroscaba mientras él murmuraba algo así como «uróboros, uróboros». Nunca aceptaba la necesaria ayuda de su nieta, la adolescente apenas atisbada que respondía (cuando no con una mirada indómita o un mal comentario) al nombre de Emily. En cambio el chiquillo, que era un auténtico cabroncete, nunca prestaba ayuda a su abuelo y yo solía pillarlo remedando mientras salía de la casa a romper algo (que parecía ser su juego, afición o deporte favorito). Así que el abuelo Hownland, más muerto que vivo, había criado a aquellos dos niños desde la muerte de los padres de estos, hecho del que no dijo nada salvo aquella palabra que parecía emplear siempre para ese tipo de momentos: «uróboros, uróboros». Olvidando su débil presencia, sus cabellos blanquecinos que aunaban su pelo y su barba, envolviendo un rostro con ojos casi ciegos, decidí apuntar esa palabra en mi bloc de notas.

—¿Por qué ha venido a Hollow Hallows? —me preguntó Emily antes de que yo hablase con su abuelo por primera vez.

—He venido a resolver un gran misterio —contesté. No me veía mintiendo a aquella niña, debía ser un pecado o algo así.

—Es idiota, pero ¿cuánto lo es? ¡Ese es el misterio! —replicó Bobby y salió corriendo hasta la sala principal. Algún día cogería a aquel niño a solas y le enseñaría modales aunque fuera a golpes de cinturón...

Emily clavó su mirada en mí durante esos instantes en que nos internábamos en los oscuros pasillos del Caserón, pero continuó callada. Quizás interpretó que el hecho de mirarme ya era decir algo que apenas supe entender.

Encontré al abuelo Hownland esperando en el salón, donde bebía de una taza descascarillada algo que olía a té. En el platito vi un par de pétalos de una flor que me recordó a la lavanda. No dije nada mientras observaba a aquel hombre, sumergido por las sombras como si fueran su manto.

—Ha venido al final —me dijo con una voz que procedía de una caverna—. Todos acaban volviendo a Hollow Hallows.

Levanté una ceja. El niño también había soltado una chorrada así. Vaya, ¿ya empezábamos con las trampas? Me serené. Sabía lo que estaba ocurriendo. Recordé el caso del Fantasma del Empire Cinema de Monroeville. Muchos decían que había un auténtico adivino que les advertía de un fantasma y solo era un charlatán expulsado de un estudio de cine en bancarrota que quería atemorizarles para luego comprarles el cine por un par de pavos... Trucos banales, el mundo está lleno de ellos y quizás esa fuese la obra de teatro que siempre interpretasen los nietos y su abuelo, titulada Le estaba esperando, sabía que iba a venir y, mientras le decimos eso, señor forastero, podemos notar la forma tan patética que tiene de cagarse encima. Una gran obra de teatro, muy modernista, en el Blackest Sun Digest le pondrían diez estrellas o cinco..., o cincuenta. A saber.

—Lo siento por usted, pero le acogeré como los míos siempre han acogido a los antiguos amigos —dijo el anciano Hownland antes de añadir—: El destino es siempre así. Todo es un ciclo infinito. El reloj parpadea, los dioses aguardan y la serpiente se come a sí misma, para morir y nacer. Siempre... Uróboros.

¿Qué demonios significaba ese término? Tenía que investigarlo. Lo antes posible.

XII

¿Has atravesado alguna vez un callejón inundado de humo? ¿Has sentido alguna vez el último aliento de las llamas, ese que te envuelve y sumerge haciéndote dudar de si alguna vez saldrás de él? Yo puedo decir que sí y puedo decir también que es la misma manera en la que evoco aquella inexorable tiniebla que forjaba las imágenes de las horas siguientes de aquel día.

Colin Brooke se tomó la molestia de acompañarme hasta el museo de Hollow Hallows, situado en la escuela del islote. Era un día festivo y no había ni rastro de chiquillos, pero nos recibió una mujer muy vieja y gorda que tomaba limonada mientras su hijo (demasiado mayor, pero tratado como un crío) limpiaba un vehículo que debía ser el primero que salió de una cadena de montaje.

—Cordelia Blackmouth y su retoño, Calvin —me los presentó el alcalde y juez—. Si tiene alguna duda sobre Hollow Hallows o quiere saber algo sobre su historia,

los Blackmouth tienen la respuesta. La familia Blackmouth no son solo maestros y custodios de nuestro legado, sino que también son historiadores y saben todo lo que ha pasado en estas tierras. Podrían ayudarle en su caso.

Brooke dio un paso atrás, se marchó y me dejó hablar con aquella mujer que escupía sebo. La mujer se mecía en una vieja silla en el porche de la escuela y, cada vez que se sacudía, se escuchaba un estruendo que me hacía pensar que la silla se haría pedazos al siguiente instante. Tenía un abanico con el que aireaba sus pesadas carnes, ya fuera por el canalillo o la parte baja de su vestido. Una capa de sudor recubría su faz y solía enjuagarla con un pañuelo que sumergía cada dos por tres en el cubo con hielos y agua donde mantenía fría su limonada.

En cuanto Brooke les habló de mí y les relató mi cometido tanto a la señora Blackmouth como a su niño de treinta años, Cordelia me empezó a hablar y, si bien yo quería que lo hiciera sobre los confabuladores, a menudo prefirió dejar volar su imaginación y su recuerdo, hablándome de pasajes de la vida de los Blackmouth.

—Hemos guardado toda la historia de Hollow Hallows y la seguiremos guardando —habló—. Mi hijo, Calvin, ya es todo un maestro. No es tan digno como su padre ni tan hábil..., ni siquiera es tan hombre —vi un destello de odio en los ojos del hijo—, pero sabe escribir, sabe qué es ser Hollow Hallows y sabe la importancia de defender a los hijos impolutos.

Aproveché la mención de los hijos impolutos y el trago que dio aquella mujer a la limonada para reconducir la conversación y centrarme en el pasado de aquel islote.

—Querría saber más de los impolutos, el consejo...

Cordelia pareció seguirme la jugada:

—Los hijos impolutos descienden de los consejeros más leales del fundador Alfred Hallington, que nuestro dios y amo les bendiga a todos... Hemos protegido Hollow Hallows todo este tiempo y hemos impartido justicia con los confabuladores y sus descendientes desde el pecado que cometieron.

—Sí, no dudo de vuestra labor, pero ¿qué se le ha hecho a los confabuladores y porque si defendéis con tanto fervor al fundador siguen existiendo los confabuladores?

La mujer me acuchilló y me abrió en canal con la mirada. Vi una gota de sudor escurrirse por el vello que cubría su labio superior.

—¿Por qué duda de que no hayamos destruido algunas de las familias de confabuladores? —preguntó y dio una palmada—. Calvin, tráele más limonada a tu madre... Hoy no aguanto los tobillos... Sé bueno, Calvin, y te dejaré que vayas a escribir una de tus crónicas.

Calvin Blackmouth, aquella figura oronda, con la cabeza siempre gacha, le susurró a su madre:

—Sí, señora.

Y desapareció. Se había dedicado a espiarnos durante toda la charla y no dudé de que siguiera haciéndolo desde donde fuese a por la limonada. Me pregunté si

Cordelia lo había alejado para decirme algo que solo yo pudiese escuchar. No lo supe. Proseguí atento a sus desvaríos.

—Algunas familias de confabuladores han desaparecido, entonces —concluí. Me acordé de las tonterías de Daniel Jones.

—Sí, por supuesto. Nunca cesaríamos en nuestro cometido sagrado —habló Cordelia.

Me rasqué la cabeza. Sabía que había mucho falso ornamento en las palabras de aquella dama, pero le presté cierta atención a aquello que me dijo.

—¿Y en qué consiste el cometido sagrado? En hostigarlos hasta que se marchan, imagino —dije.

La mujer me miró fija, mientras se abanicaba. Luego, prefirió mirar el collar de huesos colgado del techo del porche. Con la ligera brisa, hacía una melodía armoniosa y tranquila, como la paz que los confabuladores les robaron a los hijos impolutos. Sí, fue en ese instante cuando pasó. Me di cuenta de que estaba entre viudas y huérfanos de Alfred Hallington, el dolor fue demasiado grande y jamás consiguieron escapar de aquello. Esos seres, como Cordelia y su hijo, hallaron un paraíso en la tierra, pero luego lo perdieron. ¿Cómo se puede vivir tras perder lo que más se ama? ¿Cómo se puede seguir pisando el suelo cubierto de cenizas de aquello que se quiso, cuando antes se ha dormido sobre el verde prado del reino del buen corazón? No se puede. Entendí entonces la melancolía de aquella gorda dama, de su hijo, del alcalde, de todo Hollow Hallows, de mi padre, la mía... Mi propia tristeza debía ser heredera de aquel lugar. No había otra opción.

A continuación, Cordelia Blackmouth me habló largo tiempo sobre la importancia de las tradiciones de Hollow Hallows y cómo estas marcaban su camino. De ahí vino otra importante pista en su mensaje:

—Los descendientes de los confabuladores no abandonan este sitio porque no tienen otro lugar al que ir, están malditos y no sabrían vivir en otro mundo que no fuese este, en el que han causado tanto sufrimiento.

Me acordé de Freddie. Era un auténtico hijo de perra que nos acosaba en el hospicio. Cuando cumplió dieciséis años, le dieron carta blanca para marcharse. La mayoría de los críos soñamos con aquel día más que con que nos adoptasen, nos tocara un millón de dólares o nos viniese a visitar a la cama alguna de aquellas actrices de las películas de serie B. Estábamos cansados de sus palizas, de sus quemaduras de cigarrillo, de sus puñetazos... Apostamos que aquella mole se dedicaría a trabajar para la mafia, ser policía o hacer algo así allí fuera. Ninguno se imaginó que un mes después descubriríamos que se había ahorcado en un albergue. Ninguno le encontró mucho sentido a aquella noticia, que es algo que he visto desde entonces mil veces, como un relato que se lee siempre, hasta el fin del mundo. Yo ahora sé lo que le pasó a aquel gilipollas: Freddie no soportó vivir fuera del orfanato, no soportó tener que ser el gallo de otro corral, no quiso tener que empezar de nuevo fuera... Y solo tuvo fuerza para mangarse una cuerda, atarla a una viga y quedarse sin

palabras y sin vida. Maldito Freddie, eras una lección de vida con patas y no pude evitar pensar en ti cuando supe de aquellos descendientes de los confabuladores. Ellos se quedaban allí por eso, porque si salieran de ese islote, se ahorcarían. Eso es lo que no podía afirmar el tal Daniel Jones, pero era lo que ahora yo veía con una claridad que calcinaba mi alma.

—No son personas —dije y la mujer se quedó escuchándome atentamente—. Si esos confabuladores fuesen personas, se habrían marchado, corriendo o aullando, pero se habrían marchado... No sé cómo, pero lo hubiesen hecho. A las personas les importa algo su vida, a ellos no, ellos se han quedado. Y solo aquel al que le importa algo la vida se merece algo de piedad.

—Una familia huyó, pero no se merecía la piedad —dijo la anciana—. Hubo un barco pesquero que encalló y se llevó a uno que...

Antes de que pudiese preguntar algo más, Calvin Blackmouth volvió. Y empezó a agitarse como loco, llevándose a su madre al interior, porque decía que aquella era la hora en la que el sol daba más fuerte y que ya él se encargaría de resolver mis dudas. Mientras desaparecían entre aspavientos, gritos y palabras perdidas, yo me quedé mirando al cielo. Estaba cubierto de nubes de tormenta y me pareció escuchar, aunque no sé si fue al hijo o a la madre, decir:

—Al final todos volvemos a Hollow Hallows.

XIII

En cuando la señora Blackmouth fue llevada a su casa, cercana a la escuela, Blackmouth regresó a por mí mientras miraba su reloj. Me dedicó cierta mirada de asco que no entendí bien por qué, aunque imaginé que era porque sabía que yo me valía por mí mismo desde que era un crío y que no era como él (que aún teniendo la edad suficiente, seguía llamando a su madre para que le limpiase después de ir al baño). Aquel bebé gordo, con décadas en cada uno de sus kilos, me habló con rapidez:

—Nunca se ha sabido más de la confabulación de la decapitación de lo que puede que ya usted sepa, señor Denholm —me dijo mientras me invitaba a pasar al interior de una sala aledaña a la academia.

Cuando entré, respiré el aire cargado a antigüedad. No era polvo, no era calor del tiempo, era otra sensación, como si los años me sepultasen en un cerrar y abrir de ojos. En aquella cámara oscura, alumbrada por lámparas de araña, me topé con varias vitrinas que contenían libros, objetos como anillos y demás reliquias de Hollow Hallows. Sí, era un museo, aunque bien podría haber sido una galería de los horrores, gracias al comportamiento estúpido de su custodio, o un cementerio por el cúmulo de antigüedades. Pero ¿los museos no son los camposantos de las civilizaciones? Dejé de hacerme preguntas tan melodramáticas y me centré en el caso.

—Puede leer ese libro —ofreció el sapo, sacando una obra y dejándola en un atrio. Me dio unos guantes y unas pinzas—. Pero con sumo cuidado. —Aquel bastardo debía pensar que estaba ciego o no pillaba las indirectas demasiado directas—. Ahí, en esas páginas, están todas las teorías que se barajaron sobre la decapitación de la efigie. Léalas si le sirve de algo, aunque..., es demasiado tarde para mí...

—¿Demasiado tarde para qué?

Era la una del mediodía. Aquel gordo se estaba quedando conmigo.

—Para escucharle.

Sin duda, estaba quedándose conmigo el muy cabrón.

Me pasé la siguiente hora desentrañando la oscura letra del Blackmouth que escribió aquellas páginas quebradizas. Noté las tapas cubiertas de cuero y el olor a tinta, pero me embarqué en las posibilidades que se me presentaban más allá del aura dramática de aquel punto de mi historia. Detrás, como una gárgola, Calvin Blackmouth no despegaba la mirada ni se iba a marchar de allí, como si fuera un guardián.

Y allí seguía yo, leyendo. No era un gran libro. No me refiero tanto a calidad (no entré a valorar esas cosas), sino a extensión. Unas cincuenta páginas si hubiese tenido una letra menos grande y más clara, pero en la realidad eran un centenar, cubierto de garabatos, en el que encontré algo que bien podían ser delirios.

La teoría más larga trataba sobre cómo Oniros Hownland organizó a un grupo de rebeldes (los confabuladores, por supuesto) para decapitar la estatua y enfrentarse al orden de Alfred Hallington.

Otra de las hipótesis decía que fue el demonio bajo la forma de Oniros y un séquito de súcubos.

Otra más corta decía que fue la mano ejecutora fue alguno de los confabuladores, pero siempre bajo el consejo de Oniros.

Y así hasta formar unas veinte teorías en las que siempre se repetía el nombre de Oniros Hownland. Pero no era el único, también estaba el esclavo Ezequiel Jones (el antepasado del puñetero Daniel), la señora de la granja Dagan (una tal Lucrecia) y otros que me resultaron interesantes como el psicópata Jebediah Moore, la traidora sirvienta Wilhelnia Ogden o el estratega Holden Martston. Identifiqué y apunté mentalmente otros apellidos que no había escuchado hasta la fecha, viejos conspiradores de los que podría investigar algo. Al final, sin darme cuenta, musité algunas actas en voz baja:

—«El custodio Diggory Middleton, el aguacil Alby Ruth, el testigo Ernestus Ellis...».

Una tos me interrumpió y miré a Blackmouth, ¿tenía algo que apostillar?

—Ernest Ellis. No «Ernestus».

Vaya, qué gran ofensa. Compadecí a cualquier alumno que tuviese que soportar a aquella bola de sebo como profesor, pero asentí.

Repasé el misterio. Ernest Ellis había sido un sacerdote que se había encarado con

los confabuladores durante el juicio en el que se les acusó de su «herejía», pues fue el único que les interrogó bajo las escuchas de la familia de policías, los Ruth. Apliqué uno de mis métodos: supuse que habría una historia secreta... Seguramente alguno de los herederos de Ellis hubiese llegado a esa época y quizás tendría historias familiares sobre aquellos hechos... Tenía su lógica, al menos para mí.

Mi pensamiento me trajo el recuerdo de Lucy... La pequeña y simpática Lucy. Era una buena chica y fue la primera chica con la que me acosté. Yo era tan joven en esa época que no me importó que, un par de meses después de desvirgarla, ella me llevase a casa de sus padres, para presentarme. Trabajaba cosiendo en una mercería y se gastó todas sus pagas de un mes para poder comprarme una buena chaqueta con la que yo no luciese como alguno de los herederos de la calle que era. Durante esas semanas, Lucy me estuvo contando, mientras posaba su cabeza sobre mi pecho desnudo y yo jugaba con los tirabuzones de su cabello, que su padre era piloto, que había estado en la guerra y que siempre hablaba de cómo su hermano Brian, el tío de Lucy, consiguió un par de medallas en el campo de batalla al atravesar a un cruz de hierro. Lucy relataba perfectamente la escena oficial que estaba en el papel, pero solo a mí me dijo la otra versión, la que su padre les contaba alguna vez, cuando estaba aburrido o muy bebido: que su tío Brian se había vomitado encima cuando atravesó con la cuchilla perdida de una bayoneta a aquel alemán y que durante el resto de sus días tuvo unas buenas pesadillas que lo convirtieron en un tipo tan endeble que nadie se creía que tuviera medallas. Me gustó mucho esa historia y creo que refleja bien lo que queremos ser y lo que realmente somos (y que atravesar a un jodido alemán sin que te den ganas de vomitar es muy complicado). Es lo más útil que guardó de aquel día en que conocí al padre de Lucy y me echó de una patada de su casa, porque yo era escoria de la calle y eso ni una buena chaqueta me lo podía tapar. Lucy lloró mucho y no la vi durante mucho tiempo, hasta que ocupó el asiento de atrás de un coche que se la llevó lejos de la ciudad... Imagino que a alguna academia de señoritas, a alguna casa de una vieja tía que la enseñaría a ser una arpía o simplemente para dársela a algún cabrón con tanto dinero como para que el próximo aborto que sufriera no tuviera que ir acompañada de su pálido y tembloroso novio, a los suburbios de la ciudad, donde con un perchero se podían hacer milagros... A veces, echo de menos a Lucy y, a veces, su historia vuelve a mí y lo hizo en ese momento, cuando le dije a Blackmouth:

—¿Podría hablar con algún heredero de Ernest Ellis?

—Podría —musitó Blackmouth, sin mucho convencimiento. Quería ponerse a escribir y olvidarse de mí.

Confiaba en que los Ellis también tuviesen una historia sobre los confabuladores que fuese algo como el vómito de un crío en un nazi ensartado como un cerdo. Quizás eso me ayudase a resolver el caso, algo que ni siquiera la pluma y la tinta de un Blackmouth hubiese llegado a encerrar en las páginas oficiales de la historia.

Cerré el libro tras una segunda lectura rápida y, en cuanto lo hice, las manos

enguantadas de Calvin Blackmouth me arrebataron el ejemplar y se lo llevó a una vitrina. Me miró ceñudo y me dijo:

—Y bien, ¿ya ha resuelto el caso?

Y como era un buen día para reírme de un niño grande, le contesté:

—Sí, pero aún es demasiado tarde para que usted me escuché.

Antes de que aquella morsa con piernas reaccionase, un niño se asomó por la puerta. Era un adolescente tembloroso como un grano de arena cerca de una apisonadora. Le vi sus botas, llenas de barro; debía trabajar en el campo. Tenía la cara pecosa y le caía su pelo rojizo. Era un blanco perfecto para una paliza.

—¡Tú, escoria, te había castigado a las once! ¡Hace una hora! —bramó Blackmouth y caminó bamboleante hacia el niño. Pensé que se lo iba a comer. Y no, esto no es una exageración; juro por Dios que lo pensé—. Llevarás a este hombre hasta los Ellis y luego vendrás aquí. ¿Entendido?

El muchacho me miró con miedo, como si pensara que yo era un verdugo venido de fuera y que iba a someterle a algún castigo especial por el camino, que solo era un ayudante de Blackmouth. Imaginé que aquel chaval bien podía ser uno de los descendientes de los confabuladores.

—¿Entendido, Dagan? —clamó el profesor al muchacho.

¡Un Dagan! Qué casualidad... Había allí un descendiente de la víbora conocida como Lucrecia Dagan. Evoqué la historia de los manuscritos (¿una bruja? ¿En serio? No me jodas...) y asentí con satisfacción mientras el crío indicaba que sí, que me llevaría y volvería para recibir las lecciones de Blackmouth. Sonreí. La educación era muy importante en Hollow Hallows.

XIV

Harry Dagan era un adolescente de catorce años, algo patético, que no podía dar ni dos pasos sin tropezarse. Siempre que lo hacía, que se iba a besar el suelo, comprobaba que un reloj que llevaba en su bolsillo continuase intacto. Me dieron ganas de regalarle una silla de ruedas... Al final, cuando ya estábamos lejos de la escuela, se dio un buen leñazo con la raíz de un árbol y se le cayó su reloj. Se lo recogí, pero él ya más que estremecerse de miedo, se sacudía como si tuviese convulsiones.

—Tranquilo, muchacho, no voy a hacerte nada —le dije.

Harry no estaba muy convencido y sus piernas temblaban más que todo él (y eso ya era grave). Tendió su mano hacia el reloj, pero lo alejé. Me gusta ver a las criaturas más lamentables reconociendo lo débiles que son. Esa tradición proviene de mis días torturando animales en las calles junto a mis compañeros de infancia.

—¡Deme ese reloj, por favor, es de mi padre!

Me gritó y puse cara de que eso no me gustaba. En seguida, Harry lo interpretó y

musitó con la servidumbre de un débil:

—Si mi madre se entera, hará que mis hermanos me den una buena tunda...

Continué con la trampa (qué fácil era engañar a los desgraciados como Harry Dagan):

—Y entiendo que no quieres recibir ninguna tunda, ¿eh, Dagan?

Por su expresión, Dagan prefería ser desollado antes que recibir una tunda de sus hermanos.

—No, señor —masculló.

Escudriñé el reloj. Era una porquería. Ni el más desgraciado de los tipos de las tiendas de empeños cambiaría aquel reloj por algo. Ni un sibarita manirroto como Pinkerton querría aquella mierda. Solo era hierro pintado de dorado, yo había visto cagarros de perro con más valor. Era chatarra, nada más. Y era un truco. Mis años en la calle me enseñaron la importancia de los trucos. Puedes darle un buen maletín de billetes a la mafia china que te persigue, pero si ellos descubren que ese montón de billetes solo son papeles de colores, que los has falsificado, entonces date por muerto. Yo lo he visto con gente como aquel Murray, el que intentó jugársela a la mafia, y también vi sus pedazos esparcidos por el East River. Los trucos no funcionan con nadie, salvo si eres un buen mago y quieres calmar a un estúpido, acaso ¿no fue lo que me enseñaron para cuando quisiera interrogar a un crío? «Gánatelo primero, revientalo después. Llévate bien con los niños es como llevarte bien con una mujer: imposible, pero se les puede engañar». Will Sin Dedos era un gran maestro, estaba lleno de lecciones como esa (¿cómo no me percaté antes de que él estuvo tras la desaparición de aquellas niñas en el verano del sesenta y ocho?).

Antes pararme a pensar en lo que estaba haciendo, ayudé a levantarse a aquella patética criatura y saqué un pañuelo.

—Harry, gana algo de convencimiento, ¿quieres? Es entendible ser débil y frágil, es incomprendible que tengas que mostrarlo con tanta facilidad —le dije las mismas palabras que me repetí tantas veces a mí mismo—. Yo soy un buen tipo. Solo quiero ver a los Ellis para resolver un caso. ¿Por qué tienes que estar tan nervioso? ¿Crees acaso que voy a tenderte alguna trampa o algo? Por favor... Necio, mira bien este pañuelo, mira bien este reloj y verás algo de magia. La magia solo sirve para demostrarles a los demás que pueden ser engañados y que el misterio puede servir a altos fines. Lo importante es descubrir el engaño y saber cómo ganar a los demás antes de que te engañen a ti.

Seguí con aquellos juegos que aprendí en el Noctem Palace e hice desaparecer el reloj ante la mirada impactada de aquel crío. Luego le lancé el reloj a la cara y se quedó anonadado un buen rato. Tardó, pero al final lo hizo. Me preguntó por el truco y conseguí terciar la conversación hasta descubrir la historia de Harry, de sus seis hermanos, su madre a la que llamaba Ma, su padre que ardió el año pasado por aquellas fechas y muchas cosas más que solo me hicieron confirmar una cosa: ya me había ganado la confianza de aquel pobre bastardo de Dagan.

—Y ahí está la casa de los Ellis —dijo Harry Dagan, quedándose quieto.

Contemplé el horizonte, quedaba un buen trecho de camino hasta la valla de la pequeña casita, cercana al campanario de lo que supuse que era la iglesia.

—¿No me acompañarás más allá, Harry? ¿Desobedecerás a Blackmouth?

Escuchar la segunda pregunta lo entregó a unos temblores que bien podían ser similares a los de alguien enfermo de una fiebre mortal. La mera idea de ir contra Blackmouth mostró a Harry como la alimaña que era, como la débil sangre de confabulador que corría por sus venas.

—Los con-con-confabuladores —tartamudeó—, los confabuladores no podemos pisar la tierra de los hogares impolutos. Está prohibido, ¡prohibido!

Le cogí por el hombro intentando serenarlo, pero fue como coger una coctelera. Se movía más que un tipo con pulgas. Era como ver a un estúpido perro que te cruzas de noche en medio de la carretera, uno de esos al que le das con las luces largas y en vez de salir corriendo antes de que lo abras con tus ruedas, lo que hace es quedarse mirándote, con pena, sin entender que lo vas a reducir a un potaje de sesos y sangre. ¿Por qué aquel Harry no se marchaba de Hollow Hallows antes de convertirse en nada, en extinguirse como se extinguieron el resto de familias?

—Dime, Harry, ¿cómo alguien tan débil como tú puede descender de unos tipos que envenenaron este lugar? ¿Cómo puedes ser descendiente de los confabuladores? —pregunté. Mis arranques de sinceridad eran así—. ¿Cómo sabiendo que eres tan débil continuas aquí en vez de marcharte? ¿Por qué no intentas asumir el truco de tu vida y dejar este lugar atrás? ¿Por qué no te marchas fuera y vives en vez de quedarte y morir? Me han dicho que una de las familias consiguió escapar...

Harry tragó saliva, hizo un gesto y señaló hacia la casa. Aprovechando que yo estaba mirando hacia donde me indicó, se zafó y salió corriendo.

Y en esa acción, obtuve mi respuesta: algunos no necesitan que se les enseñe a huir, ya son maestros de ese arte.

Mientras me acercaba a la casa, intenté coger el pañuelo con el que le hice el truco a Harry (el que tenía grabadas mis iniciales, regalo de Lucy), quería secarme el sudor que perlaba mi frente, pero no lo encontré. Aquel niño debía habérmelo rateado. Bueno, eso era un gran truco. Me había engañado. Al final, hay gente a la que crees que les enseñas algo cuando en realidad ellos podrían enseñarte a ti.

XV

Para cuando llegué hasta el hogar de los Ellis, una mujer de cabellos grises me esperaba a la puerta. En su semblante existía la sobriedad de un tiempo incierto, como las mujeres retratadas en esos cuadros antiguos que no puedes dejar de observar, a la par que imaginas su alta alcurnia, su voz, su deseo, su sueño, su muerte.

Ottiline Ellis era la viuda del antiguo pastor y la madre del futuro, un joven de

mirada seria que la acompañaba a todas partes (aunque no era tan lamentable como Blackmouth). Los dos me dieron la bienvenida con saludos educados y corteses. La mujer me invitó a pasar dentro de la casa, le contesté que ella fuera primero (debido a que se apoyaba en un bastón antiguo, casi un cayado, y porque era una dama), pero ella se negó y dijo:

—Hay que conservar las tradiciones, los invitados primero. —La obedecí. No quería que me dieran un bastonazo tan rápido—. El señor Brooke nos avisó de que seguramente nos visitaría.

—Muy sagaz el señor Brooke —aprecié.

—Por eso es nuestro alcalde y juez —contestó el hijo, Jacob.

—Era imaginable —dijo la mujer—. Los Ellis somos parte del consejo, descendientes de los hijos impolutos y fieles defensores de la histórica figura de Alfred Hallington.

La casa estaba plagada de recuerdos de otro tiempo, desde escrituras hasta cálices cubiertos en ornamentos claros, que los conservaban mejor que el museo de Blackmouth. El hijo fue explicando varios de ellos, desde el bastón consagrado por Hallington que portaba su madre, hasta un juego de copas del primer consejo del islote. Si Blackmouth, madre e hijo, eran dos sepultureros, los Ellis eran fantasmas.

—Los símbolos nos recuerdan quiénes hemos sido y qué debemos ser. No podemos olvidarnos —dijo Jacob. Sonaba mayor de lo que era.

Era una respuesta banal, pero no lo era para mí. Con aquella frase comprendí la importancia de la estatua de Alfred Hallington, la cual ya imaginaba desde hacía rato. Para los Hollow Hallows nunca fue una imagen de bronce en medio de la plaza. Fue una guía. Hallington les trajo entre la tormenta y les otorgó un sueño de paz; cuando murió, los Hollow Hallows debieron quedar desconsolados, pero en medio de las tinieblas tenían esa estatua, ese faro en la tormenta, esa esperanza que les obligara a seguir adelante, conservar la obra de su mentor... Pero cuando los confabuladores la decapitaron, les quitaron todos sus sueños, sus deseos, y les entregaron al pasado. Los Hollow Hallows no podían avanzar sin descubrir quién fue el culpable de semejante sacrilegio. ¿Cómo seguirías adelante tras que maten a tu ser más querido? Los Hollow Hallows se sentían así, por eso se entregaron a las tradiciones, por eso se cebaron con los confabuladores y percibí que había cierta justicia en ello. Los descendientes de los confabuladores se merecían aquel destino, porque les quitaron todo a los Hollow Hallows y les negaron el futuro que podrían haber tenido. ¿Qué pretendían esos confabuladores con su maldad si no era pagarlo para siempre? Noté en esa situación cierta empatía por los abandonados de Hollow Hallows, ellos solo eran huérfanos de Alfred Hallington y yo sabía lo que era ser huérfano. Lo sabía demasiado bien.

Durante la siguiente hora, a la vez que tomaba un té acompañado de la conversación de la madre y su hijo, escuché historias sobre cómo Hallington llegó al islote, cómo fundó Hollow Hallows, sus milagros para los más leales, su deseo de

acabar con infieles como los Hownland, los Martston, los Jones, los Dagan y demás familias. Por encima de todo, me hablaron de tradiciones y su creencia de salvación a través de la lucha por el legado.

—Alfred Hallington nos regaló un paraíso por el que valía la pena luchar —sostuvo la señora Ottiline—. No podemos sacrificarlo, debemos defenderlo... Fuera, el mundo es lóbrego; aquí, hay paz. ¿Cómo perderlo?

Era emocionante ver a una figura espectral como la de aquella dama marchita defendiendo así su tumba. Verla era como imaginar a una de las funestas damiselas de Edgar Allan Poe: demasiado orgullosa para morir, demasiado muerta como para no sentir orgullo. Era una mujer imposible.

Reconozco que sentí envidia por el fervor con el que aquella mujer hablaba de su hogar. ¿Llegaría yo a tener alguna vez ese sentimiento por un sitio, por un hogar? Y la pregunta que nació como una larva voraz en mi cerebro... ¿Podía ser Hollow Hallows? Mi padre, el viejo Fawcett, tras años de tenerme en el olvido, ¿podía haberse acordado de mí en ese último día y entregarme Hollow Hallows como lugar donde yacer y encontrar la calma que siempre ansié? De pronto, me concebía a mí mismo como un Hollow Hallows.

—Mi labor es descubrir quién decapitó a la estatua de Alfred Hallington —les dije a los Ellis, madre e hijo—. Si se resuelve ese misterio, este lugar podría volver a ser lo que era: un remanso de paz tras aplicar justicia con su memoria e incluso con los descendientes de los culpables. He reunido información de los papeles de Blackmouth, de mis encuentros con ustedes, tengo algunos sospechosos...

El hijo fue el que habló con una voz asombrosamente áspera y grave:

—Es una noble labor y la agradecemos —dijo—, pero ¿qué quiere de nosotros que no sepa ya?

Tomé un sorbo de té y dije:

—Una historia familiar, una anécdota que no figure en las crónicas con respecto a los interrogatorios que los Ellis realizaron a los presos, algo tan nimio como para no figurar en la historia de Hollow Hallows, pero sí en la de su familia.

Madre e hijo intercambiaron una mirada, el hijo pareció estar a punto de decir que no, que no conocía ninguna anécdota y que no sabía qué podía ser aquello a lo que me refería, pero la madre sí dijo algo diferente:

—Hay una anécdota estúpida, algo necia, que no figura en la historia. Se habla de muchas cosas, pero poco del único confabulador al que no pudimos interrogar: Holden Martston. Murió antes de que le hiciéramos la primera pregunta y sus descendientes siempre fueron muy escurridizos.

Quería saber que estaba con ellos y afirmé haciendo memoria de lo hablado con mis otras fuentes de Hollow Hallows:

—Escuché que uno escapó en un barco pesquero.

Los Ellis se encogieron de hombros.

—Un simple rumor. No lo creemos posible. Nuestro dios no lo permitiría —dijo

el joven Ellis y noté completa fe en sus palabras—. La historia a la que hace referencia a mi madre es que antes de que los confabuladores capturados revelasen al resto de familias, Ernest Ellis confesó a Martston y solo le dijo...

—«Pensé que hacía lo correcto, pensé que hacía lo correcto... Pero me equivoqué, y he ofendido a Hallington, he ofendido a los Ermsworth, he ofendido a todos, me he ofendido a mí mismo...» —recitó la dama como si fuese una obra de teatro—. Luego, se apuñaló y murió en la iglesia. Nuestro antepasado y el maestro Ermsworth fueron los primeros que lo encontraron.

Mecí mi barbilla. La figura de Martston era la que faltaba en mi rompecabezas. Ahora solo quedaba ordenarla. Conocía a la mayoría de los hijos impolutos, pero me faltaba saber algo más de todo aquello, resolver alguno de los enigmas recopilados y que quizás alguien con fe y cultura como los Ellis supieran responder.

—Tenía una duda importante que he apuntado dentro de mis notas y hace un rato hablamos sobre los símbolos y creo que es uno —dije—. He escuchado el término «uróboros», ¿qué significa?

Una sombra se posó sobre los Ellis como si no esperasen escuchar aquella palabra. La mujer se llegó a tapar los oídos, como si no quisiera haberlo escuchado. El gesto de Ellis tembló antes de solidificarse en aquella máscara de severidad que escondía su rostro de veinte años.

—No creo que deba contarle, está maldito —dijo el joven.

—Este hombre ha venido porque todos acabamos volviendo a Hollow Hallows —intercedió su madre—. Jacob, por favor, cuéntaselo.

—Pero madre...

—Debe saber.

La madre miraba a su hijo con expresión suplicante y eso me hacía sentir culpable, como si fuera el pintor de una escena que realmente lamentaba pese a que estuviese consiguiendo lo que deseaba. El hijo aseveró con la cabeza y me miró, con más piedad que odio.

—Es un símbolo maldito —dijo—. Oniros Hownland lo trajo a Hollow Hallows y con él trajo su maldición. Poseía un anillo corrupto y antiguo, con una imagen: una serpiente que se devora su propia cola, un símbolo del infinito, del ciclo eterno. Esa serpiente se comerá a sí misma para siempre, para volver a nacer y morir, para ser y dejar de ser, para consagrarse a la eternidad. Es el triunfo y el fracaso supremo de la humanidad. Vivirás y vencerás, morirás y fracasarás, pero ¿y si vivir es el error y morir es la victoria al confirmarse el regreso? ¿Me entiende, señor Denholm?

»El uróboros acaba con la posibilidad de una muerte donde descansar en paz. Siempre volveremos, siempre repetiremos, nunca cesaremos. ¿Me entiende? Es una maldición. No se puede evitar la inevitabilidad de la naturaleza, según el uróboros. Al final, todos triunfamos contra la muerte y todos fracasamos en la vida, ¿o es al revés? ¿Hay alguna diferencia? Es un ciclo y es un ciclo interminable. Cada uno debe elegir cómo verse al final, si como un ganador o como un perdedor, pero nosotros no

creemos en esa mentira. Nosotros creemos en nuestro dios, nuestro apocalipsis y nuestra justicia, no en ciclos infinitos, no en tiempos sin acabar, no en días y noches eternos...

Las palabras del muchacho me conmovieron. No sé cómo lo hizo, pero lo logró. Tenía algo... Una especie de don que lo convertía en el sacerdote más prometedor de toda su promoción, generación o lo que quiera. Ese hombre podría llegar a ser el guía de toda una fe. O quizás es que aquel ambiente empezaba a afectarme. El hecho de viajar a aquel lugar digno del hostigamiento de una bestia me hacía tragar aquellas tradiciones como agua tras cruzar el desierto.

—Y llegados a este punto, señor Denholm —habló la señora Ellis—, usted sabe qué creemos nosotros sobre el uróboros, los confabuladores, los hijos impolutos, los símbolos, nuestro fundador... ¿Puede decirnos qué piensa usted sobre todo esto?

No me vi dispuesto a decir todo lo que sentía. No porque no lo supiese, sino por vergüenza. Pasas demasiado tiempo en un mundo cruel, guardando tus emociones, como para revelarlas a la primera de cambio... Llevas tanto tiempo ocultando quien eres, que ya no recuerdas cómo mostrarlo cuando lo necesitas.

Mi mirada se perdió en las paredes de la sala, donde había un tapiz con la larga estirpe de los Ellis y noté que yo era pequeño ante ellos. Cada Ellis de la historia formaría un ejército que aplastaría mi mera sombra, un Denholm solitario, sin padre, hijos, tíos, primos... Solo.

Los Ellis fueron padres e hijos desde muchas generaciones, conservando historias como las de Holden el confabulador, ¿qué era yo salvo un hombre perdido? ¿Qué podía decir que no fuera rogar que me aceptasen, que me dejaran ser un Hollow Hallows, que me dieran un cobijo?

Al final, entre toses, pude responder:

—Pienso que... Yo... Seguiré investigando.

Madre e hijo me dijeron que sí con la cabeza.

XVI

El futuro pastor Ellis me condujo hasta la casa de Olivier Ermsworth, situada a pocos metros de la suya. Olivier era el único maestro de Hollow Hallows aparte de Blackmouth y, debido a tal motivo, tenía cierto halo reverenciable. O eso parecía, porque cuando se asomó por la puerta, cualquier transeúnte que pasaba por la calle en ese momento le saludaba con una leve reverencia a la que Olivier respondía con un gesto similar. Detrás de él, aguardaba su esposa y una niña pequeña, ambas llamadas Harriette (la pequeña estaba aprendiendo a leer por las cuartillas que llevaba consigo, era el detalle que faltaba para sembrar de normalidad aquella estampa). El hombre me dijo que entrase en su casa tras que me despidiera del pastor Ellis, que prometió que volveríamos a encontrarnos. Por un par de gestos entre ellos, determiné que

Ermsworth y Ellis eran grandes amigos.

Olivier Ermsworth tenía un rostro cansado, pero sus inmensos ojos brillaban como si le diera vida al resto de la maquinaria que era su cuerpo. Vestía con atuendos oscuros como sus cabellos repeinados y poseía un porte sereno, como si conociese todas las respuestas. Me pidió que me sentase y así hice. Me sonrió mientras me preguntaba a qué debía el placer. Le contesté a esas cuestiones y pronto nos sumimos en una charla sobre Hollow Hallows y el destino de lo que teníamos por aprender.

—Hemos aprendido del acto de los confabuladores —se pronunció con seguridad—. Muchos hubiesen caminado sobre sus pasos y se hubiesen lamentado de tal desgracia, pero nosotros... —Prendió su pipa y empezó a fumar—. Nosotros nos hemos apenado, sí, pero ¿sabe qué, señor Denholm? Hemos aprendido de esas circunstancias terribles. Hemos aprendido a mantenernos unidos, hemos aprendido a hacer frente a nuestros rivales, hemos aprendido a seguir adelante cuando todo nos pedía que nos hundiéramos, hemos aprendido a ser más de lo que queríamos ser, hemos aprendido a ser dignos hijos de Hollow Hallows y de nuestra tradición podremos escudriñar nuestro destino y descubrir qué somos y qué seremos.

Estuve a punto de aplaudir aquel monólogo hasta que pensé en cuántas veces lo habría ensayado aquel maestro y me pregunté por qué lo habría aprendido. ¿A quién tenía que contarle aquella patraña sensiblera? Tal vez, a sí mismo, cada día, cuando se levantaba de la cama. Me compadecí de él.

Y continuamos conversando. Hablar con Olivier Ermsworth era sumergirse en respuestas, mientras el fuego de su pipa menguaba. Me apasionaba su manera de explicar cada cosa, como si estuviese impartiendo una clase magistral. Yo, que en mi vida me había encontrado con profesores horripilantes, me sentí cautivado por la forma de explicar que tenía aquel hombre, desde por qué los gusanos de su jardín podían ser la clave para salvar parte de aquellas tierras a por qué la estatua de Hallington significaba tanto o por qué solo los dignos podían hallar el mensaje del fundador. Dos cosas eran importantes, la otra un leve detalle, pero Ermsworth continuaba como un libro abierto.

—Y es por eso por lo que los caminos de Hallington solo pueden recorrerlos aquellos que ven con claridad, ¿sabe usted? —consultó antes de darle un bocado a una pasta y tomar algo de café—. Cuando un Hollow Hallows escucha esa melodía, nunca la abandona. La sigue hasta su muerte. Mi padre, por ejemplo, tenía una enfermedad que pudo ser tratada fuera, pero prefirió pasar sus últimos días aquí. ¿Por qué sufrir y vivir ahí fuera cuando se puede complacer el alma y morir aquí? Algunos no lo entienden, otros sí.

Mi corazón se sacudió con aquella historia, era simple y bobalicona, en otras circunstancias no me habría dicho nada, pero tras lo vivido significaba tanto que tenía que continuar el hilo de ese relato.

—¿Y alguien que no ha nacido aquí puede ser un Hollow Hallows con el tiempo? —pregunté.

Ermsworth se tomó su tiempo y dudé sobre si le habría ofendido de alguna manera que escapaba a mi razón, pero al final dejó a un lado su pipa apagada y me respondió:

—Muchos decimos que los Hollow Hallows siempre acabamos volviendo —dijo—. Ahí fuera, más allá de esa ventana, de esa costa, hay gente pulcra ahogada en el vertedero del mundo. Si hallan el camino hacia nosotros y creen en nuestro potencial como lugar santo, si tenemos nosotros esa dicha y ellos esa oportunidad, esos hijos pródigos siempre habrán sido Hollow Hallows para nosotros.

Como si fuera una quinceañera enana mental, apenas pude contener la sonrisa que apareció en mi rostro. ¿Cómo caí tan bajo? ¿Qué quedaba del detective que desmoronó la falsa caja de la familia Falcone? ¿Qué quedaba del detective que se emborrachaba y se liaba con la primera furcia que se topaba en su camino? ¿Qué quedaba de aquel cínico que pisó Hollow Hallows? No lo sabía, pero admitía que no quería irme de allí.

Y al mismo tiempo que eso ocurría, Ermsworth me dijo que almorzase con su familia y eso hicimos en la cocina. Comimos sopa, estofado, flan y pan de centeno, pero también hablamos de las circunstancias que rodearon la muerte del confabulador que más me inquietaba por la manera en que se le describía: «el estratega», aquel tal Holden Martston.

—A la historia no pasó su arrepentimiento, pero tampoco considero que sea demasiado creíble —dijo Ermsworth partiendo un poco de pan para su hija—. Martston era ducho en las artes de la guerra, muchos asumen que tuvo formación militar aunque bien pudo ser un pirata. Colaboró con Hownland y los suyos elaborando el plan para destruirnos. Quizás su arrepentimiento solo fue una trampa...

—¿Una trampa que concluye con su suicidio? —pregunté—. Vaya trampa, ¿no?

Ermsworth estrechó sus manos como si fuese a rezar. Nunca sabía si le había molestado o no. En aquella ocasión, tampoco me lo reveló. Retomó su discurso:

—Puede que el suicidio de Martston fuese propiciado por un jefe que no estaba demasiado de acuerdo en que nos rindiésemos o nos hiciera otra trampa que solo él conocía.

Esa hipótesis me apartó de mis fantasías y me centró de nuevo en el misterio.

—¿Insinúa que Martston fue asesinado o le obligaron a suicidarse porque él estaba conspirando contra los confabuladores?

Ermsworth tomó algo de agua y aseveró:

—No creo que deba decirle quién creo que era ese jefe de Martston... De todas formas, esa siempre fue la teoría que tuvieron los Ruth sobre la muerte de Martston y los acontecimientos que vinieron después. Seguro que Wallace Ruth y su hijo Caleb pueden contarle algo más sobre este tema.

Apunté los dos nombres y rememoré lo que había leído sobre los Ruth. Era un linaje conocido por ser los agentes de la autoridad de Hollow Hallows desde que se fundó. Mientras ordenaba aquellas piezas, pensaba en lo simple que era ahora el

misterio de quién decapitó la estatua. Me faltaba ajustar un poco más las piezas y tendría la respuesta que convencería a mis conciudadanos. Sería un buen regalo para el Día del Fundador que se conmemoraría en unas horas. Imaginaba que me lo agradecerían hasta la indecible, que me convertiría en su héroe y que me permitiría quedarme entre ellos. Sería una buena jubilación para mí, el gran descanso del guerrero, pero también recordé que quería saber quién era y el nombre de Fawcett vino a mi boca.

—Usted, señor Ermsworth, se le da bien explicar cosas y sabe mucho. —El interpelado hizo un gesto para que le quitase importancia—. Me gustaría saber si usted tiene información sobre un nombre. Puede que sea una pregunta mejor para Blackmouth, que es el historiador, pero creo que usted también podría responderme. —Tenía la atención del profesor en mí—. La primera persona a la que escuché hablar de este lugar se llamaba Filipino Fawcett. —Para Ermsworth, fue como si le hubiese dicho nada—. ¿Le conoce?

La Harriette mayor le pidió a la pequeña que le acompañase hasta la cocina para servir el postre. Fue para dejarnos a su esposo y a mí solos, para hablar sobre Fawcett, de un modo similar al que la señora Blackmouth usó para apartar a su hijo. Me imaginaba ya una respuesta grandilocuente del patriarca Ermsworth cuando solo me dijo:

—No conozco a ningún Filipino Fawcett... ¿Debería tener el placer?

Suspiré y me acomodé en la silla. Había preguntas que no tendrían siempre la contestación deseada (con mi profesión, debía tener eso siempre claro) y esa duda podía ser una de ellas. La cuestión fundamental ahora era: ¿podría vivir feliz con la armonía de Hollow Hallows sin saber quién era mi padre o viviría siempre atormentado por jamás descubrir mis orígenes? ¿Podría alguna vez vivir el presente y el futuro?

XVII

Tras el almuerzo, Olivier Ermsworth me señaló el camino hasta la Casa de la Ley donde se encontraba Wallace Ruth y su hijo Caleb, los encargados de mantener el orden de Hollow Hallows. Me despedí del profesor y su familia, luego me dispuse a caminar hasta la residencia de los Ruth, cosa que me agradó porque me sentía algo lleno tras el copioso almuerzo y pensé que así se aliviaría mi malestar. No presté atención al coche que se detuvo a mi lado ni a la puerta del copiloto de la que se bajó la mujer.

—¡Es usted una bestia! —escuché gritar a alguien que me tiró un pañuelo. Tenía unas iniciales. Lucy. Mi pañuelo.

Me giré y me encontré con un rostro severo y arrugado. Era una mujer de cabellos blanquecinos, ropajes negros, más gorda y deforme que otra cosa, que amenazó con

pegarme. ¿Quién demonios era? Identifiqué a quien se encontraba tras ella, el que descendió del asiento de piloto, intentando retenerla y hacerla volver al vehículo donde vinieron, era Daniel Jones.

—¡Ma, tranquila, vámonos! ¡Vámonos! —pedía Daniel Jones atemorizado.

—¡Le ha enseñado un truco de magia a mi estúpido Harry! —gritó la tal Ma y me acordé del niño patético. Maldita sea, todo por culpa de ese canijo—. ¡Mi hijo siempre ha sido un subnormal, solo le faltaba ahora que alguien le incentivase sus ganas de ser más estúpido y este idiota lo ha hecho!

Por «idiota» se refería a mí, sin dudar, y la madre quería pegarme. Estuvo a punto de hacerlo hasta que alguna puerta se abrió y hubo algún movimiento tras las ventanas de las casas que hizo que Ma cediera y montase en el coche de Daniel Jones, el que la trajo hasta allí. Recordé que el crío, ese tal Harry me había dicho que los confabuladores tenían prohibido acercarse a aquella zona, la zona impoluta o algo así. La mujer continuó amenazándome antes de desaparecer cuando Jones arrancó el coche. La última frase que dijo se me quedó grabada:

—Váyase antes de que sea tarde, ¡váyase! No todos tienen que volver a Hollow Hallows, ¡no todos!

Tragué saliva mientras se desvanecían. Escuché a Jones pedirme perdón. Supuse que la tal Ma le pidió que la llevase y él lo hizo sin pensar que acabaría como el rosario de la aurora.

Ma Dagan... Vaya asquerosa... Incluso tuve algo parecido a la lástima por el muchacho, aquel tal Harry. Iba a tener una adolescencia complicada bajo la batuta de aquella vieja bruja. Luego recordé que era un confabulador y se me antojó merecido. Ojalá Harry y toda su familia sufriese mucho.

¿Y cómo se atrevió aquella repelente a decirme que me marchase antes de que fuera tarde? ¿De que fuera tarde para qué? ¿Me estaba amenazando? Maldita loca, malditos confabuladores, ¿quiénes se creían que eran para quitarme lo único que he tenido parecido a un hogar en mi vida?

Miré a mi alrededor. Ya no había ni rastro del altercado que tuve hacía un minuto. Las casas permanecían en paz, todos debían estar comiendo a esa hora y los gritos de la vieja fueron acallados por el cántico del nido de cuervos posado en el campanario. No quedaba otra.

Mi mirada se dirigió hacia la sombra de la estatua decapitada e imaginando que era como un augurio, sentí que debía vengarme de aquellos que cortaron la cabeza del padre que nunca conocí: Alfred Hallington. Siempre fue él, no Fawcett.

Y me repetía aquello a la vez que mis pasos me dirigieron hasta la Casa de la Ley de Hollow Hallows, donde imaginé que me esperaría la figura heroica de Wallace Ruth y su hijo Caleb. Iba a ayudarles a resolver el caso de la estatua, iba a hacer que comenzase un nuevo tiempo e iba a descubrirme a mí mismo.

XVIII

Un muchacho con la sombra de un bigote me esperaba en la escalinata de aquella comisaría con ínfulas que imaginé que también se usaría de tribunal. Respiré profundamente al notar el aire clásico victoriano que imperaba en aquel pequeño palacio. Saludé con un gesto al joven.

—Supongo que eres Caleb Ruth —dije.

Caleb ni siquiera me miró bajo las gafas de sol. Se limitó a escupir una hoja de tabaco. Me obligó a pensar que me había topado con el tipo más desagradable de Hollow Hallows. Y al final, recibí su respuesta:

—Y tú el heredero de Holden Martston.

La contestación me dejó frío.

—¿Qué? —musité.

Un golpe por la espalda me envió al suelo.

Antes de perder la conciencia, vi una figura neblinosa tras de mí. Debía ser Wallace Ruth y no tenía el aspecto heroico que imaginé.

Me desvanecí pensando en lo estúpido que era, ¿cuándo consiguieron atacarme por la espalda sin que me diese cuenta? Nunca antes, por eso había sobrevivido.

Hasta ese día.

XIX

La comodidad y el acogimiento que recibí en Hollow Hallows era historia. Desperté dentro de una prisión de la comisaría. Me costó enfocar la mirada y pronto encontré a aquel hombre barbudo y corpulento, Wallace Ruth, diciéndome:

—Al final has vuelto. Todos vuelven a Hollow Hallows al final.

Estaba harto de aquella frase. ¡Me la habían dicho tantas veces! Pero me mantuve calmado para evitar algún choque que hiciera que esa situación se alargase más de lo debido.

—Soy Darleth Denholm, detective. He venido a resolver el caso de la decapitación de la estatua del fundador Alfred Hallington. Ha debido haber un equívoco...

Recordé a los hombres de Orville, que era un policía que formó un escuadrón de agentes con los que se quitaba la placa por las noches para ir tras las manzanas podridas del cuerpo. No duraron mucho sus pretensiones de orden. Organizó a su escuadrón de una manera tan secreta que a algunos de ellos no los conocía y cuando fueron a encontrarse en la madrugada en Park Avenue, ninguno supo diferenciar quién era leal y quién no, todos vestían de negro y todos tenían cara de pocos amigos. Se liaron a tiros y se mataron entre ellos. Algunos corruptos disfrutaron del caso y se echaron unas risas a costa del viejo Orville. Yo también me he reído muchas veces de

él, pero en aquel instante pensé que Ruth era como Orville y me atacaban por error, al no saber que yo les era fiel.

—Conozco al alcalde y juez Brooke, también a los Blackmouth, a los Ellis, a los Ermsworth... —Sonaba como si estuviera rezando—. Ellos pueden hablar por mí, pueden dejarles claro que yo no soy ese tal Holden —dije. Notaba la herida punzante en la cabeza, fruto del culatazo que me dio Wallace.

El hijo de Wallace Ruth carraspeó. No dijeron nada, pero algo pasó entre padre e hijo y lo percibí con claridad. Caleb habló con su padre, pero sin palabras, solo a través de una mirada. Le trajo un cinturón donde llevaba el estuche del revólver. Su padre lo cogió, lo cargó y abrió fuego. Antes de que pudiese echarme a un lado, el disparo me atravesó el hombro.

Chillé al notar el calor abrasador del disparo.

El *sheriff* abrió la jaula y se acercó a mí.

¿De dónde nacía aquel sortilegio que me transformó en su engaño? ¿Cómo era posible? ¿Fue una patraña organizada por los confabuladores? ¡Eran ellos! ¡Siempre eran ellos los culpables!

—¡No sé quién es Holden! —grité—. ¡Solo he leído sobre él! ¡No le conozco! ¡No soy su descendiente!

Ruth metió sus dedos en la herida del disparo y chillé de dolor mientras usaba mi sangre como tinta y escribía en la pared:

DENHOLM

Y debajo escribió:

HOLDEN

¿Un anagrama? Una eme quedó perdida antes de recibir el golpe de una culata que me dejó viendo las estrellas.

—La eme de «muerto» te la puedes guardar, hijo de puta.

La negrura me masticó.

XX

Lo primero que dije cuando recuperé la conciencia se quedó grabado en mi alma:

—¡No soy familia de Holden Martston! ¡No... No lo soy!

Estaba en un agujero que me recordó a un pozo. Desde arriba me observaba Colin Brooke, Calvin y Cordelia Blackmouth, las dos Harriette y su marido Olivier Ermsworth, el decrepito Elmer Shaxon, la madre del pastor Ellis y el propio clérigo, escoltados por el jefe Ruth y su descendiente. Me miraban con curiosidad y conformaban en un círculo perfecto y terrible.

—Porque Martston se cambiase el nombre cuando huyó no quiere decir que su sangre haya dejado de ser tu sangre —dijo Colin Brooke.

Había un error. Los confabuladores habían concebido aquella trampa y me habían

hecho caer ante las únicas personas que aprendí a apreciar casi como familia. Quise corregir el error, hacerles entender:

—Mi... Mi padre se llamaba Fawcett... Filipino Fawcett...

—Curioso —apreció Olivier Ermsworth. ¿Por qué noté con tanta facilidad que el hombre de bondad se desvaneció?—. ¿Cuál era el nombre del barco pesquero en el que huyó el hijo de los hijos de Martston?

Ermsworth, que siempre respondía a las preguntas, había formulado una que me dejó paralizado. La sangre reseca impidió que mi cara mostrase toda la agonía que sentía.

Blackmouth hizo gala de su memoria enciclopédica, la misma que me hubiese gustado aplastar con mis propias manos.

—Aquel barco de alimañas se llamaba *Filipo Fawcett* en honor a su patrón, que falleció en estas costas cuando se encalló el buque —dijo Blackmouth—. El heredero de Martston huyó con aquellos desafortunados náufragos. Qué bonito que recogiese ese nombre pensando que nosotros no sabíamos cómo se llamaba el barco...

Era un relato ficticio, sin duda. ¿Quién pudo contarles esa mentira? Busqué las posibilidades y... ¡Ya está! ¡Ya lo sabía! ¡El abuelo de los niños Hownland! Aquel anciano postrado en un bastón, él tenía esa mirada oscura, esa mirada que tienen los que han soñado con historias malévolas que confiarles a los otros. Era el narrador que conducía hacia la locura a los viajeros del opio. Había engañado a los Hollow Hallows...

—Fue gracias a ese nombre, Filipino Fawcett, como lo encontramos ahí fuera —contó Wallace Ruth.

—El muy idiota pensaba que ese homenaje le mantendría en paz con sus demonios —apoyó el hijo, Caleb Ruth—. Si se hubiera imaginado que nosotros sabíamos más de aquel barco de lo que él creía...

Me quedé tambaleándome en la última frase de Wallace, pero lo que escupí lo hice de manera casi automática:

—¿Encontrar? —dije sin terminar de entender algo que se revelaba poco a poco y de forma siniestra ante mí.

Wallace trazó una sonrisa bajo su barba.

—Acaso, ¿crees que hace un mes Fawcett huyó de su mansión para morir sin más en otro lado? —dijo Cordelia Blackmouth—. Una de nuestras cartas fue suficiente para que huyese de sus lujos y se hiciera pasar por muerto.

El caso de Fawcett se reabrió en mi mente. Siempre pensé que mi padre huyó por algún motivo más irrisorio, como jugar con algún delito fiscal o fruto de la chochez. No imaginaba que huía de los Hollow Hallows, no imaginaba que era para encontrarse conmigo.

—Y gracias a un agente de campo pudimos dejarlo en la mansión donde un día nació Alfred Hallington —dijo el profesor Ermsworth, como si diera una clase magistral.

Esa revelación me cogió por sorpresa. ¿Qué había contra mí? ¿Una conspiración? ¿Desde antes que pisase el islote? ¿Cómo los confabuladores habían podido hacerme todo ese daño incluso antes de llegar? A menos que los confabuladores... ¿No tuviesen nada que ver?

—¿Un agente de campo? —pregunté, desesperado.

Una sombra apareció entre los otros rostros, una presencia que hasta entonces estuvo escuchando en otro lugar. Me miró y le miré. No di crédito. Ninguno... ¿Cómo podía estar allí? ¿CÓMO? ¡NO ERA POSIBLE! ¡DEBÍA SER UNA BROMA!

—¡Pinkerton! —grité su nombre como si fuera la peor de las condenas.

El bibliotecario de los suburbios asintió y susurró:

—Me han prometido que un día podré vivir con ellos.

Pinkerton, el maldito Pinkerton. Siempre buscó un lugar tranquilo, un maldito lugar tranquilo, como él, como su deseado Club Diógenes. Siempre quiso un Hollow Hallows.

Vi una sonrisa en Olivier Ermsworth, una sonrisa que el bibliotecario ignoró, pero yo no, una que significaba que Pinkerton había sido engañado, que jamás vivirá allí, que solo moriría. Allí solo había muerte.

Pretendí aceptar todo lo ocurrido, tramar algo para escapar, pero necesité saber algo más del que bien puede ser mi último caso:

—¿Llevasteis a mi padre hasta esa mansión donde lo encontré? ¿Para qué? —pregunté. Me resultó raro decir en alto la palabra «padre», nunca la había usado antes.

Los presentes se miraron entre sí, como si se turnasen quién iba a responderme, pero al final fue el alcalde en el que recayó ese peso.

—Porque era una buena forma de cerrar el círculo y habíamos averiguado que tú existías gracias a tu búsqueda de Fawcett, solo tuvimos que atar cabos —dijo Colin Brooke—. Y queríamos que este Día del Fundador fuese recordado de una forma espléndida, ¿por qué no traerte? ¿Por qué no devolverte a este lugar donde poner punto y final a la historia de esa familia que tanto tiempo buscaste? Fue tan gracioso saber que decías venir a resolver el crimen de la estatua...

Lo dijo con el convencimiento de alguien que no iba a cambiar su veredicto y eso me asustó.

No podía terminar así.

—¡Vine a por eso! ¡Os equivocáis! ¡Vine a por eso solo! ¡No soy un Martston! ¡No soy...!

Chillé con fuerza. El dolor me quemó.

Me arrojaron un cubo de agua hirviendo que me hizo gritar durante insufribles horas.

—¡No nos mientas! —dijeron todos.

Sonó al alarido de la muerte.

Y yo grité más alto:

—¡Sé quién decapitó la estatua! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Os lo diré! ¡Dejadme suelto y os lo diré! ¡Por favor! ¡Os lo diré!

Pero para entonces, yo estaba solo en mi agujero y ya nadie quería escucharme.

La tarde se desvanecía y la noche se adelantaba para acercarnos al Día del Fundador.

Me maldije a mí mismo, ¿no me habían maldecido ya demasiado los demás?

XXI

A los detectives se les suele tender trampas. Tu eficacia dentro del negocio funciona tanto tiempo como aguantas en la cresta de la ola sin caer en ninguna farsa. Algunas trampas pueden acabar con tu vida, otras destruirlas, algunas te alejan para siempre del oficio o te dan la suficiente mala fama como para que el hecho de dar el salto del ángel sea lo más satisfactorio de todo. Sí, a los detectives se les suele tender trampas, pero si soy honesto, a todos, seamos detectives o no, se nos suelen tender en esta vida. Los detectives debemos aprender a ponerlas aprovechando la experiencia, haciendo que el criminal tropiece de bruces, pero a veces, nada es tan fácil como debería ser, a veces la vida no es fácil, simple, sencilla.

¿Cómo no descubrí que todo este tiempo había sido engañado, que ningún paso que di hacia Hollow Hallows fue voluntario?

Acepto con pesar que mi padre moribundo no me dijo el nombre de Hollow Hallows para que fuese a ese lugar, tal y como interpreté, sino que lo hizo para que nunca fuese. Emocionado por el final del viaje entre los misterios, no atendí a cuál era auténticamente el final, solo atendí al final de mi vida. De nada servía descubrir quién era yo, si solo era descubrir que era hombre muerto.

Imagino ahora que mi padre se marchó de Hollow Hallows con una mujer embarazada, con un niño que daría en adopción, con una vida que preferiría dejar de lado, antes de hacerlo sufridor de un posible destino: que el mal de Hollow Hallows le siguiese a su esposa, su crío y a él. Puede que incluso mi madre hubiese muerto a manos de Hollow Hallows. ¿Quién sabe si el último golpe de mi padre, el golpe de gracia, lo recibió de algún Hollow Hallows? ¿Y cómo yo fui tan estúpido de perseguir el humo de un pasado que nunca me perteneció? ¿Cómo corrí desnudo hacia las cuchillas y el fuego? ¿Cómo me he maldecido así a mí mismo?

XXII

Sueño que caigo en el vacío. Es la pesadilla de siempre. La misma que tuve cuando llegué a Hollow Hallows, la misma salvo que esta vez no hay manos para agarrarme, solo sierras... Y rezo porque no me toquen, porque no me corten la

cabeza.

Y despierto sobresaltado. Durante un instante creo que lo haré sobre la destartalada cama de mi apartamento, pero lo hago sobre la piedra fría del agujero donde me han encerrado en Hollow Hallows. Y tengo algo demasiado humano, algo que pensaba que había eliminado de mi ser: tengo miedo.

Y las horas pasan y me ahogo en todo lo vivido... Recuerdo todo esto con claridad, como un relato que se pierde en mis entrañas.

Y vuelvo al presente y obtengo la respuesta, clara y cristalina, de quién decapitó la estatua de Alfred Hallington y con la ilusión de un desesperado creo que quizás esa información pueda salvarme. No es un farol, ¡lo sé!

¿Podría llegar a un pacto con los hijos impolutos? ¿Podría darles el culpable? ¿Expiaría los pecados de mi familia y podría marcharme? Maldigo la hora en vine a este lugar y me sometí a todas estas cuestiones que ahora calcinan cada fragmento de mi ser.

XXIII

Mi última oportunidad se inicia con el alba del treinta y uno de octubre. Cuando me cogen y me sacan del hoyo, antes de recibir los primeros golpes y amenazas de que me arrojarán al pantano. Empiezo a chillar lo que he descubierto esa noche.

—¡Sé quién decapitó la estatua de Alfred Hallington! ¡Soltadme! ¡Sé el culpable! ¡Lo sé! ¡Escuchadme!

Soy arrastrado por el suelo, acepto que aunque lo dijese a pleno grito nadie me escuchará, jamás lo hará, porque a ellos solo les importa que un hijo impoluto perdido ha vuelto y van a ejecutarlo. El culpable podría ser todos, podría ser ninguno, pero yo, la presa, no escaparía. Y grito porque soy inútil ante el peso de la muerte.

Toso mucho por la sangre y el olor a humo hasta que me enseñan una pira que se alza no muy lejos de mí.

—No te preocupes, solo es el señor Pinkerton —dice Olivier Ermsworth, como si estuviera en medio de una de sus lecciones magistrales—. No era digno.

Y rompo a llorar por primera vez en veinte años y no sé si lloro por el maldito desgraciado de Pinkerton, porque es mi último caso, porque ya sé qué clase de persona soy o, por la más posible, porque estoy a punto de morir.

XIV

Como tantas cosas, no supe el motivo de aquel festejo hasta que fue demasiado tarde. Se construyó un escenario en la plaza principal de Hollow Hallows. Lo había visto desde mis primeras horas en aquellas tierras, pero lo que no vi, lo que ni

siquiera supe, es que aquello era otra cosa, que no era un mero teatrillo, sino que era el escenario donde se me ejecutaría.

—Queríamos erradicar a la familia pródiga, al confabulador que escapó —musita una voz gutural. Era Ermsworth—. Me alegro de que así vaya a ser finalmente.

Ya la pira empieza a calentarse antes de que me lleven hasta el poste donde me atarán. La idea de arder me horroriza aún más que la idea de morir.

¿Cómo no me di cuenta de que todo fue una trampa? ¿Cómo no me di cuenta de que la gran celebración de este año me tendría a mí como invitado y como sacrificio especial? ¿Cómo? ¿CÓMO?

Y un eco fúnebre me acompaña, el rezo de cientos de voces que repiten un cántico fúnebre:

—NO HAY OSCURIDAD Y VEMOS LAS ESTRELLAS, NO HAY OSCURIDAD Y VEMOS LAS ESTRELLAS, NO HAY OSCURIDAD Y VEMOS LAS ESTRELLAS...

XXV

Me he equivocado y he errado. He pasado tanto tiempo en la penumbra que apenas he atisbado quién era el verdadero enemigo. Nunca he sido un Hollow Hallows, nunca me he merecido ser un confabulador.

¿Quién decapitó a Alfred Hallington?

Pudo ser Oniros Hownland para comenzar su revolución.

Pudo ser Ezequiel Jones para vengarse de su antiguo amo.

Pudo ser Lucrecia Dagan para demostrar que no debían inclinar la cerviz.

Pudo ser cualquiera de ellos, cualquiera de sus familias...

Incluso pudo ser Ellis, Ermsworth o alguno de ellos para mantener unido este lugar por el odio a los confabuladores.

Puede que jamás tuviera cabeza.

Puede que le cayese un rayo.

Puede que todo hubiera sido un chiste sin gracia...

Puede ser muchas cosas, cosas que arden y se convierten en humo que asciende al cielo y me dan ganas de reírme porque he sido como un crío que corre detrás de las ascuas, como un niño que persigue el humo. El viento es poderoso e inmisericorde. No guarda ninguna lealtad a nadie y menos a un niño. El viento se llevará el humo y lo deshará para siempre bajo las corrientes de otoño. Al final, el niño solo correrá tras un fantasma condenado a marcharse para siempre.

Y en esa hora, funesta como la última hora de una vida, acepté la verdad, acepté que he estado todo este tiempo haciendo solo una cosa: persiguiendo humo.

He ido detrás del que cortó la cabeza de Alfred Hallington. He intentado saber quién era, pensando que esa contestación venía determinada por mis padres, por mi

origen, y no por cómo me comportase o cómo fuera. Todo eso ahora es humo, de nada sirve en la recta final.

Y alzo la cabeza antes de arder y veo cómo el humo asciende. Noto el fuego... Y sé que voy a morir y antes de que empiece a chillar, dejaré que mi alma persiga el humo y desaparezca para siempre bajo un cielo azul que nadie recuerde.

Es un ciclo, como el uróboros, como esa serpiente se comerá a sí misma para siempre, para volver a nacer y morir, para ser y dejar de ser, para consagrarse a la eternidad. Es el triunfo y el fracaso supremo de la humanidad. Vivirás y vencerás, morirás y fracasarás, pero ¿y si vivir es el error y morir es la victoria al confirmarse el regreso?

El uróboros acaba con la posibilidad de una muerte donde descansar en paz. Siempre volveremos, siempre repetiremos, nunca cesaremos. Es una maldición. No se puede evitar la inevitabilidad de la naturaleza, según el uróboros. Al final, todos triunfamos contra la muerte y todos fracasamos en la vida, ¿o es al revés? ¿Hay alguna diferencia?

Es cierto. Todos acabamos volviendo a Hollow Hallows.

Uróboros.

FIN

ASÍ SE ESCRIBIÓ HOLLOW HALLOWS

Preludio

Hay ocasiones en que los escritores buscamos historias y, en otros casos, hay historias que encuentran a los escritores. *Hollow Hallows* es una mezcla de ambos fenómenos.

Agradezco haber escrito esta especie de *making of*. Escribir este apéndice me ha permitido liberar lo que llevaba dentro, contarlo y explicarlo todo... O casi todo (me gustan los misterios, creo que lo habréis imaginado).

Basta decir que he creado este bloque de palabras casi sin parar, recordando, uno tras otro, hechos que me gustaría que formasen parte de esta despedida de *Hollow Hallows*.

Pero antes de decir adiós, hay que decir hola y lo que hay entre ambos es el relato, la crónica de cómo escribí *Hollow Hallows* y ahora es vuestra.

La fundación de Hollow Hallows

A mediados de 2014, escribía una novela de fantasía urbana con la que me encontraba plenamente satisfecho.

Poco tiempo después, dejé de estarlo y sufrí una crisis de autor.

Suele pasar. El arte (y, sobre todo, el artista) es voluble. En serio, si quieres tener una crisis, tanto personal como económica, hazte escritor, adelante. Serlo puede conllevar muchas cosas, algunas poco o nada divertidas (a menos que las veas con la lejanía del tiempo transcurrido, quizás entonces te rías, aunque no te prometo nada).

Mis editores de esa época no estaban satisfechos con mis relatos, lo que, acompañado a mi falta de madurez y mis sentimientos de ese instante, me provocó cierto bloqueo que me llevó a abandonar la corrección que empecé de una novela de principios de 2013 y la novela de fantasía urbana de la que os hablaba al principio.

Si soy sincero, podría decir que me quedé sin historias. Y eso es algo que oxida y corroe al autor. No sé si sabéis cuánto.

Por suerte, los *juntaletras* no estamos solos. ¿Recordáis esa frase de: «el demonio está en los detalles»? Necesitamos a alguien para hacerle frente (al demonio y a los detalles, ambos si no son lo mismo). Ese alguien puede ser tu editor, pero también tu *beta reader*, a veces tu amigo de toda la vida, un familiar... Es ese que, cuando ardes y te quemas por dentro, te sosiega diciéndote: «eres un fénix, renacerás y...».

No, eso es muy cursi.

Quizás es esa gente que si ardes pone una nube de azúcar a tu alrededor para

comérsela o te tira una manta encima para apagar el fuego... O te deja brillar... O hace que las metáforas sean raras.

Lo que quiero decir es que tengo a una persona que me ayuda, desde hace mucho tiempo, y es mi pareja. Ha conseguido no solo leer la mayoría de mis trabajos literarios (merece un premio por esto), sino que también me apoya en momentos de crisis. Y ha habido varios y ella ha estado allí.

Si rebobinamos, ya a principios de 2013 pensé en abandonar la literatura por motivos personales y por la ausencia de lectores, sobre todo por el segundo motivo. Pienso que un contador de historias puede sufrir lo indecible, pero si encuentra alguna manera de contarlo o escribirlo, sobrevive a través de la catarsis artística; en cambio, cuando un escritor duda por la falta de lectores... Ahí estamos en un auténtico problema. Un escritor necesita compartir sus obras y saber que alguien le escucha. De lo contrario, es como gritar al vacío y solo escuchar tu eco, y creedme: a veces, no quieres oír tu propia voz, quieres escuchar a los demás.

Por suerte, en aquel 2013, ella me ayudó y me motivó a seguir escribiendo. Y lo hice. Tuve que enamorarme otra vez de la profesión en esas fechas y fue duro, porque acababa de terminar mis estudios universitarios, sentía que mi vida no iba a ningún lugar y necesitaba reenfocar mis sentimientos hacia todo. El arte me ayudó.

Cuando sufrí ese tormento literario en 2014, motivado por mi falta de entereza (que me arrebató dos novelas), ella también estuvo a mi lado y me propuso que buscara una nueva novela que escribir. Pero ¿qué novela? De verdad, a veces, queremos hallar historias... Y las historias nos hallan a nosotros. Acaso, ¿no todos somos una?

Ella y yo tenemos la costumbre de dar largos paseos nocturnos en coche, lo que más tarde haría que la película *Solo los amantes sobreviven* nos gustase tanto (los protagonistas, aparte de vampiros, también hacen esos viajes mientras filosofan). Fruto de esos trayectos, han surgido varios proyectos, sin ir muy lejos esa novela de fantasía urbana que abandoné entonces.

En ese 2014, dábamos otro paseo para hallar una nueva historia...

Pero no salió nada en claro.

Y al final...

Esa madrugada apunté en un documento de texto algunas cosas sobre las que me gustaría escribir y creo que consistía en:

- Fantasía
- Dos hermano ¿gemelos?
- Dragón
- Elementos vacuos de los que, quizás, podría sacar algo. Si ya habéis leído *Hollow Halls*, sabréis que algo hay de todo esto en la novela, ¿no?
- Por otra parte, esa noche emitieron en la tele *Corazón de tinta*, la película basada en la famosa novela de Cornelia Funke. Dejando de lado la mayoría de la trama

y elementos, me quedé con un solo detalle: un hombre que hiciera realidad todo lo que leía. Siempre me ha llamado la atención (también la de mi pareja, así somos).

- Esa misma noche, buscando un relato, mi pareja tendría un sueño.
- Un sueño que más tarde yo convertiría en una pesadilla.
- Al día siguiente, ella me contó su sueño. Leed: trataba sobre dos amigos, un chico y una chica, en una pequeña y típica ciudad. Uno de ellos tiene el poder de hacer realidad todo lo que escribe. Empieza a cambiar la realidad. Y ese poder vuelve loco a su poseedor, haciendo que persiga a la chica con querubines y que él se transforme en un ser gigante que recuerda al escritor Alan Moore (*From Hell*, *Watchmen*, *V de Vendetta*... Uno de mis héroes personales). La joven escapa con ayuda de una especie de Doctor al estilo *Doctor Who* (con algo de *Harry Potter*), hecho que les lleva a recorrer su instituto que recuerda ahora a un castillo.
- Y ya está.
- ¿A qué es una locura?
- Adoro sus sueños. En la mayoría de los casos, los míos son aburridos (voy al estreno de una película que quiero ver, tengo un examen, me encuentro con alguien a quien odio...), pero ella puede soñar con distopías, fantasías, dragones, dinosaurios, seres gigantes que recuerdan a Alan Moore... Brillante.
- Hubo algo en esa trama, no sé muy bien el qué, que me gustó. Si ya en 2011 había escrito sobre un grupo de escritores con el poder de hacer realidad lo que escribían, la premisa de esos dos amigos afrontando calamidades en un mundo real que se vuelve fantástico me llamó la atención especialmente y si algo te llama la atención como autor, considero que debes escribirlo para poder relatar historias que cautiven a tu público.
- Más tarde, el sueño se transformó en una pesadilla.

Hollow Halls, un personaje más

No sé en qué momento exacto fue, pero en esa representación onírica encontré terror, miedo, maldad, oscuridad, degeneración, muerte...

Mi pareja y yo hablamos y llegamos a la conclusión de que esa pequeña ciudad tendría ideas muy viejas y rancias, donde nada mágico podría pasar, por lo que se contraponía directamente a lo que iba a suceder. Fuimos armando las piezas y recordé el cierto fanatismo religioso que vi en la película *Hermosas criaturas*, basado en otro *best seller* juvenil y del que me quedaron un par de detalles.

Poco a poco, el esbozo de un escenario importante cobró mucho sentido. Me

fascinó cuando en la niñez vi el cómo se hizo de *El Señor de los Anillos*. Sus hacedores consideraban que la Tierra Media era otro personaje más y no solo un trasfondo, con lo cual le dieron entidad. Debido a ese motivo, a que me gusta crearme lo que hay tras las historias y que estudié algunas cosas interesantes que me podían ayudar, decidí que el tablero de juego de esta nueva obra que escribiría debía ser crucial, determinante.

Recordé entonces que, en la mayoría de mis novelas y relatos, los lugares no importan tanto, suelen ser «cualquier lugar» para que el lector se los pueda imaginar sin tener que ceñirse a un nombre propio (real o inventado). Mis ciudades (salvo algunas excepciones) ni siquiera tienen nombre. Eso iba a cambiar con esa nueva novela, porque, desde el principio, quería saber si era capaz de escribir una novela con la que cambiaría mi forma usual crear. Quería probar cosas nuevas en el menú, para no quejarme de que siempre comía lo mismo y dejarlo a la mitad.

Buscando ese enclave donde transcurría la historia, a mi soñadora y a mí se nos ocurrió una isla porque ambos vivimos en una, Tenerife (una roca en medio del océano Atlántico que vive del turismo y de los sueños, un lugar al que cariñosamente suelo llamar Azkaban). Tanto mi pareja como yo sabemos la importancia de vivir en una isla y lo extraño que se nos podría llegar a hacer no ver el mar.

Bien, ahí había un elemento.

Luego, viene la depresión.

Otra.

Fruto de mi crisis literaria y personal (2014 no fue el mejor de los años), empecé a sentirme solo y vacío. No salía mucho de casa. Dormía mucho. No encontraba sentido a lo que hacía. Veía cine, leía cómics y libros por inercia, no disfrutaba de nada... Y, en serio, lo peor que os puede pasar es no atisbar el rumbo.

Por esa época, leí que, a veces, para la depresión (aunque sea no diagnosticada), viene bien salir de casa y tomar algo de sol. Tal acción es algo que no me gusta demasiado (más bien me gusta tanto como ser apedreado por la multitud de *La vida de Brian*), pero decidí tomarme aquel intento de no ahogarme en serio y salí a pasear a mi vieja perra, un chuchó (mestizo, prefiere la veterinaria) llamada Perry (por Perry Mason, según mi hermana) y que, aunque no sea el Huargo de la novela, puede que tenga algo que ver con él en su comportamiento entre cariñoso, defensivo y, también, hosco cuando quiere. Así son los animales, son sinceros, no tienen por qué mentir.

En esos largos paseos por una vereda que hoy se halla cerrada (y por la que se entraba a través de un pequeño sendero pedregoso, donde crecían las malas hierbas y en primavera las abejas formaban sus peligrosas orgías), empecé a vislumbrar imágenes de lo que sería parte de mi novela, porque ser escritor consiste, a veces, en pensar y dejar que la imaginación desborde esas sensaciones que naufragan por tu pensamiento. ¿A qué suena bohemio? No lo sé, solo sé que pasa así. O me pasa así a mí.

Regresando a esa senda, ocurrió que, durante una procesión, escuché tambores.

¡Bum, bum, bum! Saqué a mi perro a última hora de la tarde y, perdidos en aquel gran descampado sin nadie a la redonda salvo un extenso campo de malas hierbas (en cuyo centro había un círculo con sillas formadas con palés de madera, que servirían para imaginar la ciénaga y el Hoyo), mi cerebro empezó a jugar conmigo. En la mayoría de los casos, los escritores imaginan sin venir demasiado a cuento, armamos historias a partir de hechos que no parecen guardar un enorme significado (y os habla —u os escribe— uno que se dedicaba a inventarse historias de la gente que veía esperando el tranvía en la estación), pero aquel día fue distinto.

Mientras escuchaba esos tambores en completa soledad, salvo por mi perro y los escombros, mi mente se embriagó del sentimiento de horror cósmico de un autor que estaba leyendo en esa época: H.P. Lovecraft (a través de las adaptaciones a cómic del gran Richard Corben). De ahí surgió una idea turbia que dibujaba algo así: los vecinos de aquel pequeño barrio estaban, con aquellos tambores, dando comienzo a una ceremonia que culminaría con mi sacrificio. ¿Los motivos? Unos pecados que ni yo mismo conocía.

Una locura, ¿eh?

Pero cuando los pensamientos oscuros te arrastran y no encuentras esperanza, la ficción te conduce por vías inimaginables y aquí os hablo de una de sus demostraciones más fuertes para mi carrera, porque fruto de ese oscuro pensamiento nacería, junto a la idea de la pequeña ciudad y el islote, un lugar llamado... Hollow Hallows, el escenario de esta novela, otro personaje más. Y el rumbo quedaría fijado.

Trazada la idea de ese lugar rancio, mi pareja y yo hablamos de ese nuevo descubrimiento y surgieron anécdotas. Recordé un capítulo de *Los Simpson* (*The Telltale Head*) en el que Bart decapita la estatua de Jedediah Springfield, el fundador de su ciudad natal. Ese episodio me encantaba y de él emergió la idea de que la protagonista fuese odiada por ser descendiente de alguien que decapitó una vieja estatua del fundador. Y así, del humor de *Los Simpson* se pasaba al terror de aquella novela que solo era una maraña de intenciones en ese momento.

Luego llegó el nombre: *Hollow Hallows*. No sé por qué vino a mi cabeza, puede que por muchos motivos. *Hallows* me recuerda a *Deathly Hallows*, que es el subtítulo de la última novela de *Harry Potter*. Y sí, confieso que pertenezco a la generación de lectores que esperamos con fervor esa saga y su desenlace. Siempre he agradecido a J.K. Rowling que me diese el inmenso regalo del amor a la literatura a través de *La Piedra Filosofal*, el primer libro «serio» (que aquí significa: «sin dibujos») que leí y disfruté. A su vez, «Hallows» significa «reliquias» y me recordaba a otra palabra: «Hollow».

«Hallow» me evocaba también a Halloween, una de mis fiestas favoritas desde la niñez debido a mi consumo exponencial de televisión y a mis lecturas desenfrenadas. En el terror y la fantasía del treinta y uno de octubre siempre hallé consuelo, desde mi infancia, y eso que eran los noventa y, en Tenerife, no se celebraba Halloween (o al menos no se celebraría hasta mucho tiempo después; fue a finales de la primera

década de este siglo cuando empecé a ver a críos disfrazados pidiendo caramelos, niños ataviados de vampiros que se tropezaban con la capa mientras corrían detrás de la guagua...). Amante de ese tipo de cuentos y películas (como *Pesadilla antes de Navidad*), Halloween siempre guardó cierta magia para mí. Muchos critican esta festividad por no ser española (deben ser los mismos que no celebran Navidad, que es una fiesta venida de muy lejos) y otros por banalizar la muerte (no creo que capten el mensaje), pero yo la adoro y la reminiscencia a la noche de difuntos me trajo un pensamiento que desarrollaría por escrito.

Más tarde, se presentó «Hollow» (que significa «vacío»), pero ¿sabéis que me pegaba con «Hallows» por otra cosa más? Sí, era por *Sleepy Hollow*, una de mis leyendas favoritas desde que la viese por primera vez en formato de dibujos animados y luego en la película de Tim Burton (basándose en el clásico de Washington Irving, por cierto).

Si unía las dos palabras, usando una peculiaridad del inglés que hablarían los personajes y continuando añejas tradiciones, pensé en «Hollow Hallows». Y me pareció un buen nombre. A mi compañera de crímenes y a mí se nos antojó como un gran título, sonaba bien, era pegadizo, daba la sensación de guardar una historia...

Poco después, llegarían todas las haches más, como en apellidos del estilo Hallington o Hownland (dos caras contrapuestas de la misma moneda), pero ahí estaba ya el mensaje: «Hollow Hallows», «reliquias vacías» o «reliquias ausentes». ¿No suena a algo antiguo, algo misterioso, algo enigmático? Yo creo que sí. Por ejemplo, la palabra «reliquia» me recuerda también a «don» y, como sabéis (o estaréis a punto de saber si estáis leyendo esto antes que la novela), los dones, sobre todo los ausentes, son muy importantes en esta aventura.

(Y sí, debería incluir un cartel por aquí de «peligro, escritor divagando»).

Y de todo esto surgió la idea y el escenario, pero ¿de dónde proceden los personajes y la trama?

Una noche de escritura febril y una nueva crisis literaria me darían la respuesta.

Confabuladores, hijos impolutos y otros monstruos

Ahora os hablaré un poco de los personajes que surgieron en la escritura del primer borrador, en gran parte. Para mí, los personajes son elementos muy importantes en las obras. Hay grandes historias, pero lo son porque tienen grandes personajes a los que amamos, odiamos, con los que nos identificamos, soñamos... Eso es genial. No creo equivocarme al decir que el reparto es uno de mis pilares a la hora de concebir mis mundos.

Aunque muchos consideren que es una idea demasiado bohemia, afirmo que si conozco bien a mis personajes, estos acaban tomando vida y toman decisiones por su propia voluntad. ¡En serio! En esos instantes, no soy un escritor, soy más bien un

reportero o un cronista que recoge lo que ellos hacen o se dicen entre sí. Es entonces cuando considero que los personajes están vivos y el argumento fluye sin ataduras. El director de *Guardianes de la Galaxia*, James Gunn, habló de ese tema en su día y de una forma muy similar, así que si no me hacéis caso a mí (lo entiendo), hacédselo a él.

En cambio, como curiosidad, podéis cruzaros con otros autores como Patrick Rothfuss (*El nombre del viento*), que opinan que los personajes deben hacer lo que el autor quiera y no lo que ellos deseen. Podríamos decir, de forma un poco simplista, que estos escritores convierten directamente a sus actores en seres artificiales a merced del argumento y no en simulacros de vida. Al menos, eso he leído en algunas entrevistas a autores como el ya citado, pero ese no es mi estilo (aunque reconozco que puede ser que no termine de asimilar la forma con la que Rothfuss ve la literatura).

Insisto: yo necesito que mis personajes respiren por cuenta propia y me descubran sus vidas a lo largo de las páginas. Confieso que, antes de escribir, suelo imaginar y trazar un poco la trama, pero no me gusta cerrarla hasta el punto de convertirla en algo escrito en piedra, algo que no se puede modificar. Hay riesgos en este asunto, eso sí: me ha ocurrido más de una vez que los personajes toman caminos que yo no esperaba y eso permite que la historia evolucione y me sorprenda tanto como para hacer que la siga escribiendo hasta el final (o se me vaya de las manos, que también). Un ejemplo de ello es que en uno de los primeros esquemas de *Hollow Halls*, planifiqué que los hijos impolutos fueran muriendo uno por uno y no supiéramos quién era el asesino (y eso provocase que todos los habitantes fueran contra los descendientes). No es mala idea, pero no era la idea que me gustaba explorar y ¿sabéis qué? A mis personajes tampoco les gustó esa trama y la cambiaron. Son así.

No todo es tan bonito siempre (o sí, según como se mire): mis actores, a veces, me han roto los planes. La muestra más clara de todo ello es cuando Seth descubrió la varita y creó el rayo de luz que cegó a parte del pueblo. Vaya, Seth, para amar las historias, ahí destrozaste todo lo que tenía planeado con la tuya... ¿Por qué? Porque no esperé que ese destello dejase sin visión a la mayoría de Hollow Halls ni se provocase el accidente que postrase a los gemelos Ellis y Elliot Ruth, frente a una Allison demacrada ante la estatua de Hallington. Ese momento surgió de improviso y me cambió una considerable parte de la novela. Pero ¿y entonces? Visto a distancia me alegro, porque creo que os sorprendí y me sorprendí a mí mismo. Por tanto, de vez en cuando, los esquemas, los mapas y las reglas están hechos para romperse.

Siguiendo esta línea, en esa especie de biografía, ensayo y manual que es *Mientras escribo* (el cual os recomiendo a todos) de Stephen King, el autor de *It* comentaba que se atascó con la escritura de *Apocalipsis* (*The Stand*). Si habéis leído esa novela o la habéis visto en una estantería, podréis daros cuenta de que *Apocalipsis* es una «señora novela», un tocho lo suficientemente grande como para ser usado como proyectil arrojado en catapulta sin ningún problema, pero lo importante es

que es también una de las novelas con mejores notas de Stephen King y es una de las que más empeño requirió de su autor. ¿Y para qué sirvió? Lo consagró como rey (su apellido es muy literal) del género del terror y la fantasía; baste decir que la mayor parte de las conexiones de su universo literario provienen de ahí, o si no fijaros en quién es el malo de *Apocalipsis* (¿malo? Quizás sea algo vulgar esa palabra) y quién es uno de los villanos de *La Torre Oscura* (esos guiños y elementos de conexión los usa en otras novelas, como en *El cuerpo*, la que inspiró la película *Cuenta conmigo*, donde se menciona a Cujo, el perro diabólico de otra de sus novelas).

Sea como sea, volviendo al tema de *Apocalipsis*, Stephen King se quedó bloqueado con cientos y cientos de páginas mientras escribía y ¿qué podía hacer? ¿Resignarse y tirar todo ese bosque al basurero de reciclaje? ¿Tener un pisapapeles — hecho irónicamente de papel— gigantesco, al igual que su fracaso?

No. Stephen King no hizo eso.

¿Qué hizo entonces?

La idea le vino de improviso: puso una bomba.

¡¡¡BOOOM!!!

Y toda la situación voló por los aires (literal y metafóricamente). Los dedos se precipitaron sobre el teclado y los eventos sobre el papel hasta llevarlo al final de su manuscrito. Por eso, creo que es importante dejar que tus personajes sean libres y ese expresen por sí mismos.

Otro ejemplo de esa vida estaría en los diálogos. Cuando los escribo, creo escucharlos en mi mente. Garric tiene una voz tosca, Dawn una fuerte, Seth un tono que antecede siempre al chiste, Caroline un modo de hablar desvalido... Y todos ellos hablan en mi cabeza y dicen lo que piensan, responden lo que desean... Es entonces cuando siento que los personajes viven y cuando la novela toma auténticamente sentido. De lo contrario, percibo que es mentira y el arte es una mentira sí, pero debe conmovernos y decir cosas sobre la verdad que no se puedan decir de otra manera (o no con la misma fuerza o efecto).

Aparte de este tema, desarrollé un trasfondo para cada uno de los personajes de *Hollow Hallows*, pero pocas veces aparece en la historia principal debido a que tampoco quería desviar el foco sobre lo importante, pero ¿entonces por qué forjé un pasado para cada uno de ellos? ¿Mucho tiempo libre? ¿Masoquismo? Debo decir que por algo muy simple, porque así les conocía más y sabía cómo hablarían, qué pensarían... En las breves notas que os daré a continuación, puede que os dé alguna referencia a este tema.

Ahora toca ir punto por punto, conociendo a esta panda de inadaptados sociales, es decir, voy a hablar de los descendientes de los confabuladores y demás.

Si quería enamorarme otra vez de narrar (si es que alguna vez dejé de estar enamorado, tal vez solo estuve confundido), me centré en que debía hacer cosas diferentes. La mayoría de mis personajes protagonistas suelen ser masculinos, por ejemplo. Y aunque en la novela de fantasía urbana de la que os hablé las

protagonistas son dos chicas (como el «las» que acompaña a «protagonistas» habrá delatado), quería que el personaje principal de *Hollow Hallows* fuese una chica y fuese esa que soñó mi pareja (aunque nunca hice ascos a la idea de un reparto coral).

No obstante, quería convertir a esa protagonista en una chica distinta a cualquier otra que hubiese escrito. Debía ser una adolescente dura, fuerte, vengativa... No debía ser una chica torpe, estúpida y sin personalidad, como las que suelo leer o ver en otras obras populares. Quería una chica autodestructiva, una que quemase el mundo con una sonrisa antes de verse ella inmolada por pecados del pasado. Y a esa ansia sumé el toque de que fuera una hija de una estrella del *rock* suicida... Y, de pronto, empezó a configurarse su triste historia. Y, desde la primera vez que la escribí, se transformó en uno de mis personajes favoritos a la hora de darle vida.

Siguiendo este camino de las explicaciones, la llamé Dawn para mantener una tradición: la mayoría de mis protagonistas poseen un nombre que empieza por la «D». Es algo que me ha traído cierta suerte y es algo así como un estúpido amuleto que uso por ahora (pero vaya, ya sabéis una curiosidad más).

En algunas ocasiones, me complace explorar a las personas sobre las que escribo poco a poco. En otras situaciones, un mero concepto me hace naufragar en un mar de tramas. De ahí lo que ya os decía antes: la idea de que fuese una hija de una estrella del *rock* me impulsó a juntar en mi mente docenas de cosas diferentes: una madre drogadicta, una tía que no la quiere, un antiguo compañero de su padre que en algún momento le ha escrito, los pensamientos destructivos, la vida deprimente... Eran pequeños destellos iluminando el mismo firmamento y quería retratar esa constelación en mi obra, por cursi o melodramático que suene.

Si hablo de Dawn, necesito hablar de Seth. Este chaval hizo acto de presencia en el papel como una combinación entre la idea del Doctor de *Doctor Who* y el hechicero tipo *Harry Potter*, pero sin ser ningún brujo alienígena ni nada así (aunque la idea hubiera sido interesante, ¿no?). Eran los dos puntos que soñó mi pareja y son dos de mis obras de ficción favoritas, las cuales me han influenciado hasta lo indecible a la hora de crear. No obstante, Seth solo era un chico normal, aficionado a la fantasía y amante de todo ese tipo de literatura y cine fantástico. Ah, y le gustaban los dragones... Y los relojes... Y fue otro de mis personajes favoritos, porque me sentía identificado con él en algunos momentos de *Hollow Hallows*. Muchos me habéis dicho que tiene un final muy cruel, que no se merecía ese ciclo sin término al que se ve condenado; en ese punto solo me queda responder que algunos autores somos perversos con nuestros hijos de tinta, que existe un mal en el mundo que me gusta retratar en mi obra y que las tragedias son siempre un género digno de escribir. En *Hollow Hallows* no quería finales felices, no quería finales justos; la vida no funciona así, la vida, a veces, ni siquiera funciona, por mucho que creas en la fantasía o en los sueños.

Acto seguido llegaron Caroline y Rahne; ambas siempre me resultaron dos personajes muy dramáticos. Quería una subtrama muy trágica y la obtuve con ellas,

porque ambicionaba reflejar lo funesto que puede ser el mundo. Solemos pensar que la existencia debe ser justa, que hay un karma, pero Caroline y Rahne descubren que no, que al final solo perseveran los dioses oscuros que juegan con las vidas para luego destruirlas (y considero que en las reflexiones de Caroline tras la muerte de sus padres hay cierto toque de la visión sobre el mundo que tenían autores de terror del estilo de Lovecraft). Me gustó mucho escribir a estas hermanas, porque con ellas liberaba todo el veneno que corría por mi cabeza. La idea de esa oscuridad en el pasado de cada una estaba desde aquellas primeras notas de las que os hablé, también de aquellas conversaciones en coche... Y la historia de Rahne tomó pronto forma; es más, su muerte, el *flashback* de lo que ocurrió en el pantano, en realidad fue lo primero que escribí de *Hollow Hallows* y solo le añadí algunos cambios a medida que seguía tecleando.

Y al comentar el origen de las gemelas Jones, no puedo obviar a su valiente defensor: Huargo. Nació de mi deseo de que el otro compañero de la aventura no fuese humano, sino que fuese un animal, ya que consideraba que era diferente a lo que había escrito y que podía aportar algo fuera de lo común a mi obra. Que fuera callejero y con aspecto de lobo fueron dos conceptos que nacieron porque siempre tuve la intención de transformar al perro en un inmenso lobo. Un apunte: aunque muchos me han comentado que el nombre es un guiño a *Canción de fuego y hielo*, en realidad es un guiño a *El Señor de los Anillos*, donde los orcos cabalgan a los huargos.

Más o menos, la partida de ajedrez estaba en pie en las páginas, pero faltaba Garric. Él sería una de las últimas piezas en colocarse dentro del puzle, aunque también era el detonante de *Hollow Hallows*. Sabía que iba a haber un escritor y sabía que sería fundamental para desencadenar toda la fantasía. Pero ¿cómo hacerlo? Se me ocurrió que fuera un personaje traumatizado y de aspecto débil. Pensé que dándole un pasado oscuro y un exterior frágil contrastaría de forma drástica con aquello en lo que se transformaría después: en un rey poderoso y terrible. De ese modo, me gustó explorar todo lo que hay detrás de él. Otro dato: sobre convertirlo en tartamudo, esa imagen provino en realidad de muchos lados y de ninguno solo. Como ya he comentado, la lectura de *Harry Potter y la Piedra Filosofal* hizo que me volviese un aficionado a la literatura desde que tenía once años; recuerdo que una de las partes que más me impactaron fue el final. *Posible spoiler*: al final, todos esperamos que Harry se encuentre con Snape, el hombre que pretende robar la Piedra Filosofal para traer de nuevo a Voldemort, sin embargo nos encontramos al tartamudo profesor Quirrell y descubrimos que ni siquiera era «ta-ta-tartamudo» y eso fue algo que me marcó; recuerdo que me tuve que alejar del libro y pensé que estaba mal, que la copia era errónea y que no podía ser. Después, J.K. Rowling consiguió que las piezas encajasen y me quité el sombrero (el sombrero metafórico y no seleccionador, a mí no me quedan bien los sombreros, pero estoy divagando...). Otro personaje tartamudo que me influyó aparece en la película *El Laberinto del Fauno* de

Guillermo del Toro. Y mientras escribía y publicaba *Hollow Hallows*, la escritora Ana Nieto me comentó que un escritor que conocí en mi adolescencia, Jordi Sierra i Fabra, era tartamudo y me recomendó una conferencia. Aparte de aprender mucho de esa charla, Fabra hablaba de la tartamudez y me mostró la manera en que esa parte podía encajar perfectamente con Garric.

Como detalle sobre los confabuladores, en los primeros borradores, consideré que las gemelas fuesen gemelos, pero no me convenció la idea y al final siento que acerté, y pensé en incluir a un personaje en silla de ruedas, pero al final ese apunte fue reciclado y quedó para los capítulos en los que la bala de Ruth atraviesa una de las piernas de Garric.

Ahora toca escribir sobre los herederos del consejo de hijos impolutos: Elliot Ruth, Allison Brooke y los gemelos Ellis.

La creación de esta pandilla fue una clara contraposición al grupo de Dawn. Lo sabemos desde la primera vez que nos topamos con Dawn y compañía y marchan para quemar la efigie que representa a Elliot, Allison y los gemelos. Recalco que es un punto clave para conocer a ambos grupos y de saber su devenir, convirtiéndose en un solo, incluso.

Elliot es un digno hijo de su padre, nunca mejor dicho. Es un auténtico psicópata, aunque quise también darle cierto matiz en escenas como en las que está frente a la estatua de Alfred Hallington antes del accidente con el coche de los gemelos. Tanto Allison como él saben que de no haber nacido allí, tal vez podrían haber tenido una oportunidad de ser felices, pero no, han nacido en Hollow Hallows y están prisioneros. De esa forma, también son víctimas de su destino atroz...

Y que lo une a los gemelos Ellis, que son la clara contraposición a las gemelas Jones, y son los encargados de buscar el Tesoro de Alfred Hallington hasta que este se presenta de la manera más insospechada, para cuando ellos ya han muerto. A Donald y Flint los conocemos por medio de un *flashback* en gran parte y descubrimos lo que le hicieron a Rahne Jones. Desde un principio, sabía que ambos eran iguales, incluso en la maldad, y que Shaxon obligaría a la unión con Elliot tras el accidente, forjando un monstruo que al final reencarnaría todo el mal de Hallington.

Pero, sin duda, el personaje de esta parte que pienso que más exploré fue el de Allison Brooke. Lo hice porque superó cualquier cliché que tuviera pensado. Debido a su aspecto angelical, temí que pudiera quedarse en el estereotipo de chica guapa, pija odiosa sin más. No fue así. Me propuse explorarla, hacerla monstruosa, pero también humana. Su rabia hacia el mundo está inculcada por varios motivos. Y Hollow Hallows pide la cabeza de los confabuladores y ella tiene que conseguirlo, no importa lo que piense o desee, es lo que tiene que hacer y punto. Y, por otra parte, también está el odio que hizo que vea a su padre como un monstruo y que recuerde la carne humana con cierto placer. Por esto, el personaje empezó a huir de los clichés y me di cuenta de que era otra víctima, pero en este caso de las obligaciones, unas que la conducirían hacia un último pasaje en la oscuridad más profunda.

Ahora tocan los hijos impolutos del consejo:

El pastor Ellis. Siempre me empeñé en que siendo del bando que muchos lectores asimilarían como los «villanos» (aunque tienen sus motivos, asquerosos, pero lo tienen), Jacob Ellis pareciese un ser severo, un héroe y guía entre los suyos y no tanto un malvado del tres al cuarto; insistí en que pudiera parecer «bueno», desde un punto de vista distinguido. Reconozco que en sus comienzos, lo imaginé bastante como Lord Summerisle, el personaje de Christopher Lee en la película *El Hombre de Mimbre*: aristocrático y serio, pero también (tal vez) bueno y, al final, perverso. Si os sirve como curiosidad, al principio imaginé acercarlo más a Garric cuando llegó al pueblo y que él aceptase ir a la iglesia incluso, donde descubriría que lejos de seguir la fe cristiana o alguna similar, los Hollow Hallows crearon su propia religión en torno a Hallington. Al final, las cosas se movieron y tomaron otra forma, pero sigo considerado que Ellis es uno de los actores más interesantes a la hora de ser escritos.

Y ahora me toca hablar de otro monstruo: Elmer Shaxon. Cada vez que lo escribo puedo verlo a la perfección como ese anciano delgaducho, de cuerpo inclinado, casi jorobado, cara llena de arrugas, ojos sagaces... Un engendro que proviene de mi fascinación por la parte más siniestra del ser humano. Un punto interesante (y fruto de no querer poner más personajes de aquellos en los que pudiera centrarme) es que Shaxon fuera enterrador, sepulturero y médico de Hollow Hallows. Opino que le da un toque aún más siniestro y más cuando conocemos sus orígenes y los de su familia. Su mente es oscura, está obsesionado con la profecía de Lucrecia Dagan y cree en el apocalipsis, además de ocupar un puesto importante dentro del consejo y ser uno de los miembros más respetados. Creedme, fue difícil incluir la idea de la abominación que creaba Shaxon en torno los Ellis y Elliot Ruth; reflexioné mucho, quizás me estuviera alejando del género de la obra, pero sabiendo de la vieja y enferma mente de Shaxon y de lo que estaba por pasar, la inclusión de ese monstruo como una especie de bestia de Frankenstein bien podía ser un punto de inflexión más que necesario para comprender a este ser.

Shaxon es una abominación, pero sus bases fueron asentadas con el saludo de Caleb Ruth a los lectores. Fue el primer hijo impoluto que presenté en *Hollow Hallows*, también fue el primer habitante de Hollow Hallows que mostré en las páginas y fue el que me permitió retratar para el lector no solo cómo era Ruth, sino el comportamiento de todo el islote. Introducirlo (cuando ve llegar a John y Garric Odell), dibujó bien la senda que seguiría la novela en el resto de sus páginas. A través de estas páginas, Ruth representa la autoridad y el orden, pero no deja de ser una criatura enfermiza que suele obedecer a sus más bajos instintos. Escribirlo era, en ciertas situaciones, complicado debido a la oscuridad de su personaje, pero al final comprendí sus motivaciones. Y lo ocurrido con Elliot hacía que se moviese en torno a unas decisiones que dieron lugar a que la obra avanzase hasta su final. Y sí, yo también temí que Ruth cometiera alguna locura en el Caserón Woods y la hizo, matando a un personaje que yo no esperaba que matase tan rápido y que me dejó en

jaque, pero que me permitió contar la historia que quería... ¡Y de qué manera! Por tanto, Ruth es un hijo de perra, pero fue el hijo de perra que dio paso al principio y el final de *Hollow Hallows*, todo hay que decirlo.

Otra representación del gobierno de puño de hierro está en la jueza y alcaldesa Margaret Brooke. Siempre me resultó muy misteriosa, aunque pronto capté que su espíritu era más enrevesado y que había un pasado siniestro detrás de la mujer que guardaba la cabeza real de Alfred Hallington en un frasco. Fue en ese momento, con ella y esa reliquia en la oscuridad, cuando me abordaron los fantasmas de la imaginación y decidí que, en esa negrura, el tormento había entrado en ella y la había hermanado con una bestia. De ahí, el relato de la noche en que asesinó a su marido, cuando este quiso escapar con su hija Allison; de ahí, la consabida escena en la que Margaret lo mata mientras practica sexo con él, muerto, ante la mirada de su hija pequeña. Es una subtrama macabra (y en *Hollow Hallows* hay unas cuantas), pero es la que Brooke necesitaba y demuestra lo pervertido que puede ser el poder, lo degenerado, lo maligno... Y también lo puede ser el humano de a pie, incluso tras la más pulcra de las sonrisas.

Siguiendo con las mujeres, Harriette Ermsworth es una de las hijas impolutas más ocultas. ¿Por qué está muerta desde el principio? Reconozco que preferí al personaje así, porque le daba un aire más siniestro al consejo y se recalca la idea de que los miembros, incluso después de la muerte, formarían parte de ese concilio con tal de cumplir la profecía, algo importante para provocar el nacimiento de la abominación y muchas cosas más del tercio final. Considero que una de las imágenes más potentes de *Hollow Hallows* fue el «ver» arder los ojos de Harriette, disecada y oscura, convertida en un demonio. Además, me resultó muy esclarecedor narrar cómo se arrepintió en sus últimas horas debido a su grave enfermedad y cómo sus seres queridos decidieron apagarla antes de que los consumiera a todos. Muchos os preguntaréis por qué la madre de Garric y la madre de los gemelos Ellis fallecen de una forma similar; no hablaré mucho del tema, pero os comentaré que una de las moralejas de *Hollow Hallows* es la siguiente: nadie es bueno y malo, todos somos enemigos y todos, por muy diferentes que queramos creernos con respecto a nuestros adversarios, no siempre lo logramos. Por último, sobre Harriette, cuando la recuerdo ahora, mientras escribo sobre ella, siento un leve escalofrío y sigo viendo su rostro arder. Curioso, ¿no?

Y hablando sobre terror, tengo que mencionar a Calvin Blackmouth. Es otro de esos monstruos que imagino a la perfección; veo sus ropas negras, su panza oronda y su cara rubicunda como la de un bulldog. Me gustaba la idea de que el historiador, cronista y profesor fuese la contraposición perfecta para Garric. No lo tenía planeado al principio, pero a medida que *Hollow Hallows* iba tomando forma, me di cuenta de lo crucial que era todo este experimento en el que Blackmouth era un fiel seguidor de la escritura de la realidad y Garric era un leal señor de la escritura de ficción, y me gustaba que Blackmouth mutase, sin pretenderlo, en algo así como un fan de la obra

de Odell (aunque en realidad fuese por medio del odio)... Suena raro al explicarlo, pero entiendo que deja la puerta abierta a lo que significa todo el tercio final de *Hollow Hallows*.

¿Y de dónde provino la idea de que los monstruos dejasen vivo al *juntaletras* para disfrutar de su historia, como si Garric fuese una especie de Sherezade? Provino de algo más simple: al principio, deseaba que fuese todo el pueblo el que se sintiera atraído y enganchado a la novela de Odell, pero en la parte final, decidí deshacerme de esa premisa del borrador y tratarla de otra manera. A su vez, muchas veces he leído (y sufrido en persona) a gente que detesta la fantasía, que la aborrece y lo peor es que quiere que los demás pensemos igual; son «realistas» que codician que todo el mundo lo sea también para no sentirse tan incapacitados para soñar... Y yo, que amo la fantasía, no puedo soportarlo.

Regresando al personaje del maestro, en cuanto a los dudosos métodos «pedagógicos» de Blackmouth, poseen su origen en los peores profesores que he tenido (aunque nunca han llegado al tema de estrangular alumnos... Creo) y a una anécdota que me solía contar mi madre: «en mis tiempos, si alguien se portaba mal, el profesor sacaba su regla y les pegaba»; fue una historieta que me contó las suficientes veces de pequeño como para que mi mente la vomitase durante la creación de *Hollow Hallows* (y me obligó a portarme bien, dentro de lo que cabe, en el colegio, instituto e incluso en la universidad). Siguiendo este tema, la venganza de sus muertos contra Blackmouth fue una de las que más satisfacción me produjo escribir.

Otros personajes importantes circulan por *Hollow Hallows* y merecen algunas palabras:

Ma Dagan me parece una dama fuerte y me complacía escribirla por lo dura que era frente a cualquier tipo de tormento o adversidad. Ha pasado por mucho (como la muerte de varios de sus hijos), ha sufrido muchas cosas (la pobreza, el odio, los estigmas del pasado...) y siente que tiene que imponerse a todo (luchar aunque vengan a por ti tus enemigos). Me encanta por su capacidad para ser una anciana terrible, pero también una mujer que sabe el secreto de los Dagan y lo que supone. Tiene un desenlace muy triste, pero era el mejor que podía tener dadas las circunstancias de la trama y, por sangriento y macabro que parezca, pude verlo en mi cabeza mientras lo escribía.

Y hablando de finales siniestros, tenemos a los padres de Caroline y Rahne: Esther y Daniel Jones. Qué difícil era escribir sobre ellos sin deprimirme... Es más, *Hollow Hallows* fue una novela capaz de deprimirme muchas más veces de lo previsto, desde que inicié las primeras páginas hasta que me embarqué en las últimas correcciones. Los Jones fueron los causantes en muchos casos. Y es que las familias desestructuradas..., como si las hubiera de algún otro tipo, pensaba Neil Gaiman sobre los Eternos y lo pienso yo también sobre las familias en general. Por suerte o por desgracia, comprendo el horror de una pérdida, la locura y la muerte y sé que estos padres debían recorrer ese marchito camino que me llevó a que solo cuando

Caroline pudiera ser algo feliz, hacerle que lo perdiese todo de una manera inmisericorde. La vida es así.

Y hablando de los Dagan y los Jones, me veo también obligado a hablar sobre Emily Hownland. Es uno de los seres más enérgicos y más divertidos que he escrito, aunque muchos pensaréis que no era para nada «divertida». Me refiero, sobre todo, a darle voz y presencia... ¡Me fascina su carácter! Es terrible, lo sé, pero era genial representarla como una mujer que machacaba a todo el mundo con sus palabras, que soltaba siempre lo que pensaba y que sabía lo que era deambular por el lado oscuro. No quería que fuese la típica tía de la protagonista que no aporta nada o incluso que es buena y simpática; no, quería una mujer de verdad que guardase rencor a todo Hollow Halls por lo que le han hecho durante su vida, pero también que odiase a Dawn porque era la representación de Bobby, su hermano, y él pudo huir de Hollow Halls, cosa que ella no. Los demonios del pasado se funden en ella y sé que muchos vieron en Emily una figura que recordaba a la del padre de Garric hasta cierto punto... No os equivocasteis.

Y si escribo sobre Emily, cuyo destino conoceréis, os acordaréis (puede) del que acabo de mencionar: John Odell. Qué personaje más insólito, ¿no? Es un escritor mudo que nunca consiguió el éxito salvo (y de forma pormenorizada) con una novela titulada *All hail the King*. Escribía para un programa nocturno presentado por un imbécil drogadicto con ínfulas de monologuista y tenía una esposa que se perdió en la enfermedad (como Harriette) y un hijo que quería seguir su camino por las letras, un camino del que John se arrepentía. Yo mismo, como *juntaletras*, he visto y he probado el veneno de la literatura y no creo que muchos estén preparados para sufrirlo a menos que tengan sincero empeño en internarse en el viaje de las letras. Muchos pueden incluso amargarse como el propio John Odell y quería representar a los escritores de un modo distinto, alejándonos de la parte más luminosa que solemos ver (o querer ver).

Sobre su naturaleza cuando llega a Hollow Halls, fue uno de los grandes misterios de la novela, incluso cuando metí escenas como las del ahorcamiento de John al principio. Siempre supe lo que era, pero lo mantuve en secreto hasta que hallé la mejor forma de revelarlo. Sé que muchos quisisteis adivinarlo, pero solo Garric y yo lo sabíamos. Terrorífico podrirse en «vida», ¿no?

Y eso debe saberlo Alan Lamke, porque este muchacho sabe muchas cosas (es uno de los convenientes de estar muerto, ¿no?). Desde que Seth encontró la carta con el nombre de Lamke, yo mismo sabía que había ahí un importante personaje. Y aunque era al principio un escritor sin más, luego indagué en él y encontré algo más complejo, capaz de dar respuestas casi como un oráculo al final de *Hollow Halls*, pero también protagonizando uno de mis capítulos favoritos: cuando aparece en la fantasía de Garric, junto a los padres del muchacho. Me encantó imaginarme su rostro partido por el hacha y medio calcinado, porque es una presencia muy fuerte y evocadora, acorde con su comportamiento entre lo maligno y lo bromista de una

manera que no había escrito antes. Lamke es un personaje que adoré escribir.

Y aunque no llegué a escribirlo en vida y ni siquiera protagoniza un *flashback* (pese a que solo lo conocíamos por la canción y las referencias a otros personajes como Emily) Bobby Hownland, el padre de Dawn, y su vida con su esposa, Joan Anne, y con su grupo, *Dead Irony*, siempre fue de mis favoritas a la hora de crearla. Existen muchas estrellas del *rock* con pasados tormentosos y destinos oscuros, Spike Brent es uno más, pero quería acercarme al mito como una persona, quería que lejos de que apareciera como una enorme estrella que se suicidó, también fuese un padre que dejó a una cría atrás y que se comportó como un cobarde. Era Spike, el mito, y era Bobby, el chaval que huyó. Y esas dualidades son las que presentan desafíos a la hora de imaginarlas y me encanta poder desarrollarlas.

Al mencionar a Bobby Hownland recuerdo a su antepasado Oniros, que es uno de esos personajes que aparece poco (se le menciona sobre todo), pero creo que puedo decir algunas palabras sobre él. ¿Debería? Me gusta que le envuelva tanto misterio, ¿debería romperlo? Lo haré, porque quizás solo tenga esta oportunidad...

Antes, me gustaría mencionar que Lucrecia Dagan me parece una buena antecesora de Ma y que es toda una matriarca dispuesta a luchar por los suyos (incluso después de conseguir la magia), sin embargo el odio de los demás hacia ella enturbió su mente y más cuando osó desafiar a Oniros, siendo la principal causante del desenlace de *Hollow Hallows*.

En cuanto a Ezequiel Jones, lo imaginé como un esclavo que consiguió la libertad, pero seguía siendo tratado como un criado por mucho que intentase huir de las convenciones de su tiempo y colaborar con los confabuladores. Ahí vagamos a un punto más llamativo: ¿existieron realmente los confabuladores? Sí, sí, sabemos que hubo varias familias involucradas y que se decapitó una estatua, pero ¿fue cierto? ¿Fue quizás una argucia de algún hijo impoluto para mantener unidos por medio del odio a los habitantes del islote? No lo sé, pero es algo que me llama la atención desde que empecé a juntar palabras y lo consideré fundamental a la hora de escribir la obra... En realidad, sí lo sé, pero no os lo voy a decir tajantemente.

Aunque sí os diré que ahora regreso a Oniros. Era un personaje que revelaba su naturaleza desde el nombre, ¿no lo creéis? Los *oniromantes* eran los magos que usaban los sueños para saber el futuro, pero en mi obra tenían un don más tenebroso que me permití guardar aunque aparecieran menciones, desde las canciones de Spike Brent pasando por las flores que se mencionan en la cesta de la hija de Oniros (como la lavanda) o las obras que hay en el despacho del antepasado de Dawn. Oniros es un ser poderoso, me inspiraba respeto escribirlo y, si queréis saberlo, os confieso que nunca pensé desarrollarlo más allá de las menciones que hice, pero al acabar el primer borrador de *Hollow Hallows*, la parte en la que le arrebatan su poder fue una de las últimas que incorporé para hacer más comprensible el misterio y porque sentía que necesitaba conocer a este antepasado de Dawn, un hombre digno discípulo de Morfeo. No lo lamento.

Volviendo al terror

Escribir *Hollow Hallows* significó para mí algo importante: enamorarme de nuevo del acto de escribir, como habréis descubierto a lo largo de este cómo se hizo o este ensayo donde os cuento cómo fue mi camino. Otro motivo por el que *Hollow Hallows* adquirió ese halo crucial para mí es porque me permitió hermanar mi carrera. Os cuento.

Comencé escribiendo novelas de fantasía épica. Era profunda en mí la huella de *El Señor de los Anillos*, *Harry Potter*, *Star Wars*... Así me pasé de los nueve a los catorce años.

Seguí con novelas ciertamente realistas (pero no, siempre había un elemento fantástico). Esos fueron mis quince y mis dieciséis, aunque, como os decía, siempre cometía algún escaqueo con la parte mágica.

Pasé a obras marcadas por la oscuridad y el terror. De los diecisiete a los veinte considero que estuve metido en ese mundo.

Serían tres campos importantes y más o menos diferentes, pero tras escribir varias obras de otro calado, regresé a la oscuridad y el terror para hermanarlo con ciertas dosis realistas que derivarían incluso en fantasía. Es decir, en *Hollow Hallows* está todo eso y es algo que me ha animado a probar nuevos enfoques y aventuras a lo largo de la escritura.

Y ya que estoy explicando mis neuras, os puedo comentar que mi proceso de escritura consistió muchas veces en ir añadiendo hechos que podrían marcar al lector, aunque solía describirlos como «elementos traumatizantes»; desde lo que hizo Dawn, Seth, Caroline y Huargo con el muñeco que representaba a los Impolutos pasando por el encontronazo nocturno de Dawn con Garric, sin dejar atrás la revelación de lo que había debajo del suelo de la escuela o el descubrimiento de algún villano caníbal inesperado, entre otras cosas. Siempre busqué el terror, porque esta era una obra de terror.

Confieso que *Hollow Hallows* consiguió algo más por mí: desató mi propósito de buscar la completa libertad a la hora de escribir mis obras. A veces, me he sentido cortado a la hora de hablar de ciertos temas, pero en *Hollow Hallows* una voz siempre me decía: «hazlo», incluso en las partes más escabrosas. Conocer esa libertad ha hecho mejor *Hollow Hallows* y me ha hecho mejor de lo que era escribiendo.

Necesitamos volver al terror, aunque el terror no nos abandone nunca.

Referencias

A medida que concebía *Hollow Hallows*, vagué por muchos mundos que podían aportar algo a mi novela. Esas referencias (ya fuesen en formato de libro, cómic,

película, serie, música...) me ayudaron a visualizar mi fantasía, porque considero que el arte está vivo y hace nacer más arte.

Algunas obras que ayudaron a *Hollow Hallows* las conocía de antes y otras las añadí a mis influencias mientras escribía. Ahora, os señalaré algunas de ellas; espero no haberme dejado ninguna en el tintero y os animo a que las disfrutéis.

Eso sí, en algunos casos, me diréis que no entendéis la referencia, pero si os dejáis llevar quizás la captéis. O a lo mejor soy un maldito retorcido que no tiene explicación, así que preguntadme y os responderé sin falta. No obstante, añadiré al lado de cada obra una explicación breve de por qué me influyó (ya que esta es la edición especial de *Hollow Hallows*, habéis pagado y no quiero que sintáis que me estoy guardando cosas... Y porque me lo pasaré bien haciéndolo, por supuesto). Allá vamos.

Algunos libros y cómics

- **El amnios natal de Alan Moore y Eddie Campbell:** es un cómic experimental basado en una *performance* donde nos embarcamos en una historia sobre nuestra propia vida. El carácter poético y casi mágico me asistió con algunos de los pasajes de *Hollow Hallows*.
- **El príncipe de la niebla de Carlos Ruiz Zafón:** leí este libro siendo muy joven y me marcó. Trata sobre un ser capaz de conceder deseos, un reloj, un naufragio y un joven intentando resolver un misterio. Hay algo de su espíritu en *Hollow Hallows*, ¿no creéis?
- **El Señor de los Anillos de J.R.R. Tolkien:** Garric es un gran amante de la fantasía y casi todos los elementos de este tipo que aparecen en *Hollow Hallows* están basados en esta obra inmortal que provocó que empezase a escribir sobre castillos, dragones y monstruos. Catorce o quince años después de que lo leyera, ahí sigo.
- **From Hell de Alan Moore y Eddie Campbell:** mi cómic favorito de todos los tiempos. Me marcó. Recuerdo cuando terminé de leerlo en su día, verano de 2008. Tuve que alejarme un instante y tomar aire, porque sabía que me había transformado y no podía ignorar que ese era el arte que quería crear. En *From Hell*, sus autores se embarcan en la autopsia del comienzo del siglo xx y la naturaleza del ser humano, todo ello a través de los crímenes de Jack el Destripador. Simplemente, en mi opinión, uno de los mejores cómics de todos los tiempos.
- **Harry Potter de J.K. Rowling:** no me gusta entrar en el campo de las ucronías (sí, sí me gusta, pero por escrito), así que no sé qué hubiera pasado si no hubiese leído esa saga (no me lo quiero ni imaginar), pero fue la serie que me animó a

escribir y soñar cuando tenía once años. *Hollow Hallows* tiene algo de esa magia, algo oscura, que se albergaba en los pasajes de la obra de Rowling. El propio Seth se llega a comparar con Harry y el tema de la varita mágica es heredera de este campo. Como diría el Doctor encarnado por David Tennant: «Gracias, J.K.».

- **La obra de Edgar Allan Poe:** en 2007 me sumí por primera vez en la lectura de los relatos del escritor estadounidense. Obras como *El gato negro*, *Morella*, *El barril de amontillado* y muchos más se transformaron en mis favoritos. La elegancia de su prosa y la oscuridad de sus tramas se me grabaron de una manera que hicieron imposible que pudiera escribir sin tener vínculos con el autor del hermoso poema de *El Cuervo*. Y creo que se nota en diversos pasajes sombríos de *Hollow Hallows* (o eso quiero creer).
- **La obra de Stephen King:** a lo largo de los años, he leído diversas novelas y cuentos de este rey del terror y he visto varias de sus adaptaciones a otros medios. Muchos pensaréis que *Hollow Hallows* bebe de algunas de sus historias más conocidas, pero en realidad no. Salvando muchos detalles, en gran parte lo que me atrae de King es su estilo y adoro *La Torre Oscura* que poco tiene que ver con *Hollow Hallows* (ni siquiera en Utopía, creo). Me he quedado con las divagaciones, la introspección, el estilo... Creo que ahí, hay algo en *Hollow Hallows*, aunque sea muy tenue, pero Stephen King es un gran amante de las historias y son sus obras las que me hacen escribir en muchos casos. Aprovecho para repetiros que, mientras forjaba este libro, volví a releer el ensayo biográfico de Stephen King titulado *Mientras escribo*. Es una obra estupenda e inspiradora que os recomiendo con todo mi corazón, tanto si queréis ser escritores como si sois lectores apasionados por el proceso creativo.
- **Locke and Key de Joe Hill y Gabriel Rodriguez:** leí los primeros números de estos cómics y hallé un argumento lúgubre que me influyó en *Hollow Hallows*. ¿Un ejemplo? Adolescentes solitarios afrontando unas misteriosas llaves, mientras surgen fantasmas del presente y del pasado. Me conocéis bien, estas cosas me encantan.
- **Los relatos de H.P. Lovecraft ilustrados por Richard Corben:** me acerqué al hechicero del terror de Providence a través del genio del dibujo Richard Corben. El proceso de lectura fue interesante: leía uno de los cuentos y luego su adaptación a cómic y, vaya, pocas veces me he sentido más atraído e iluminado por las tinieblas. Si queréis conjugar imágenes y palabras, aquí tenéis la combinación perfecta. Por cierto, a los monstruos los imagino como la dupla de Lovecraft y Corben, a los dioses oscuros los imagino como solo sus tramas han conseguido y en *Hollow Hallows* hay mucho de ese horror del que jamás escaparemos.

- **Watchmen de Alan Moore y Dave Gibbons:** la estructura del cómic y algunos de sus dilemas me tocaron profundamente y aparecen a lo largo de mi *Hollow Hallows*, por muy alejada que parezca estar el género de mi obra y este tebeo. Los personajes de Moore y Gibbons son profundos y eso lo deseaba con mis hijos de tinta (o eso pretendía), sus dramas son complejos y eso lo quería con *Hollow Hallows*... Pero, sobre todo, lo más importante está en los dilemas del mundo creado por Odell; esos hechos beben del mundo creado por cierto dios en *Watchmen*. Y lo complicado sobre las decisiones que toma Garric sobre escribir o no, me llevaron a acordarme de esa magia de la que Moore nos iba dejando caer y que extendería en obras como *Promethea*. Las palabras son mágicas, relatos como *Hollow Hallows* no podían evitar defender esa teoría con Odell.
- **El traje del muerto de Joe Hill:** un *rockero* recibe un traje como regalo, pero también un fantasma. Esta vieja estrella deberá librarse de él, pero durante ese viaje le acompañarán una serie de monstruos dispuestos a desgarrarle el alma ante el lector. Evoco los días en los que leí este libro con cierta sonrisa (ahí, regresando de la facultad en autobús) y considero que posee algo de su espíritu en los días en los que escribí *Hollow Hallows*.
- **La Cosa del Pantano de Alan Moore, Tom Yeates, John Totleben, Stephen Bissette:** uno de mis escritores favoritos reinventando el terror y los monstruos para luego embarcarse en la ciencia ficción y en la fantasía de una manera envidiable. Permitidme que se lo agradezca y lo tenga bien presente, desde la forma de ver a las criaturas de la oscuridad hasta los monólogos, pasando por la importancia del sutil cambio de género de su periplo con la Cosa del Pantano.
- **El océano al final del camino de Neil Gaiman:** el sentimiento de pérdida y la dureza de la infancia frente a la oscuridad, junto al estilo del autor de *The Sandman* (otra obra que me inspiró en cuanto al terror). ¿Qué más puedo pedir? Estos hechos me acompañaron al comienzo de *Hollow Hallows* y les estoy en deuda por iluminarme con ese libro y con los relatos de *Objetos frágiles*, que me rasgó la conciencia a la hora de concebir ciertos pasajes.
- **El Hombre Ilustrado y Crónicas marcianas de Ray Bradbury:** dos colecciones de relatos llenos de fantasía, oscuridad, héroes, villanos, monstruos, dilemas... Adoro estos temas, adoro el estilo de su autor y adoro a Ray Bradbury desde que le leí por primera vez (con *Fahrenheit 451*) y no creo que sea algo que cambie. Existe en el último capítulo un guiño a uno de mis cuentos favoritos (leedlo y sabréis el porqué).

Algunas películas y series que me influenciaron:

- **Stoker de Chan-Wook Park:** una chica descubriéndose a sí misma, el asesinato como metáfora del sexo, la muerte como salvación, el crimen como expiación de los fantasmas de un pasado que codicia volver... Y la fantástica música de Clint Mansell, que para mí era la banda sonora de *Hollow Hallows* cuando pensaba en ella. Y todo ello con un director, Chan-Wook Park, que hace de lo horroroso algo bello.
- **En la casa de François Ozon:** el juego del escritor como monstruo y la pasión de un profesor convertido en lector ansioso de saber el final de la historia. Me enloquece. Hay algo de todo eso en la relación de Garric Odell con Calvin Blackmouth.
- **Psicosis de Alfred Hitchcock:** hay inspiraciones que no son previstas. Y de esta se dio cuenta un lector, no yo. Cuando coloqué un caserón que se alquilaba como motel cerca de una ciénaga, lo hice porque así Dawn tendría un panorama tétrico donde haberse criado. Un lector me recordó que el motel Bates tenía una geografía similar. *Touché*.
- **True Detective. Temporada uno:** ya fuese por la fotografía, la dirección, el guion o los actores, *True Detective* se volvió con facilidad una de mis series favoritas, sobre todo cuando ahondaba más en el terror de esas iglesias abandonadas y esos reinos olvidados en medio de Nueva Orleans. Quería transmitir eso en *Hollow Hallows*, escribir sobre lugares terroríficos que pueden existir sin que lo sepamos a nuestro alrededor.
- **Doctor Who:** adoro esta serie demasiado y Seth también. Opino que la importancia de esta obra dentro de *Hollow Hallows* es parte de la justificación de la trama del Hombre de los Relojes. Mi pareja soñó con una especie de Doctor, yo convertí a Seth en ese muchacho intentando ser un héroe como este famoso Señor del Tiempo y Dagan cayó en una trampa insalvable. La vida y el tiempo son así.
- **La semilla del diablo y El quimérico inquilino de Roman Polanski:** dos auténticas joyas del director polaco y ambas tratan sobre la degeneración de los protagonistas en torno a miedos superiores, provocados tal vez por los vecinos, tal vez por ellos mismos. Quise transmitir esa desazón en algunas partes y, si no lo conseguí, al menos aquí tenéis dos grandes filmes que ver si no los conocéis.
- **Are you afraid of the dark? / Goosebumps:** si sois de mi generación, tal vez recordéis estas dos series. *El Club de Medianoche (Are you afraid of the dark?)* trataba sobre unos amigos que se reunían para contar relatos de terror en torno a una hoguera (creo que de ahí bebe un poco la idea del Hoyo de los descendientes, ahora que lo pienso). *Pesadillas (Goosebumps)* eran capítulos de terror en torno a ciertos miedos que relataba R.L. Stine en sus novelas. Cuando ves ambas series de crío, es inevitable que surjan las fantasías o las pesadillas...

O ambas cosas.

- **The innocents de Jack Clayton:** conocí esta película por casualidad mientras me documentaba sobre películas de terror que ver en la época en la que empecé a concebir esta historia. Deseoso de darle un poco de ese ambiente a mi *Hollow Hallows*, me zambullí en sus tinieblas. Y se volvió una de mis favoritas. Contiene algunas de las escenas más perturbadoras del cine de terror. Y también de las más hermosas, como el poema que recita el niño y que lo recita también el pastor Ellis en el libro (está extraído de esta película). Por cierto, *The innocents* está basada en un libro corto de Henry James titulado *Una vuelta de tuerca* y cuyo don es el siguiente: hacer de la ambigüedad su principal logro, ¿hay fantasmas en la casa o solo en la mente de la cuidadora de los niños? Buena pregunta. Os dejo que seáis vosotros los que respondáis.
- **La mejor oferta de Giuseppe Tornatore:** es un hermoso cuento gótico con factura «actual», pero ahí está la mansión, la chica fantasmal y la historia de engaños y amor por medio de la falsificación. Existe una emoción en esta cinta que me evoca al espíritu que deseaba para el tercio final y la revelación en torno a Seth y Dawn Hownland en el Saint Simeon.
- **Carrie de Brian De Palma, El resplandor de Stanley Kubrick y Misery de Rob Reiner:** adoro estas tres adaptaciones audiovisuales de Stephen King. Creo que *Carrie*, pese a estar muy embaucada por su época, es una trama que supera todo y nos da lo que desea: una forma de explicar la adolescencia y el abuso hacia el ser humano por medio de la fe, ya sea en un dios o en la negrura de nosotros mismos. *El resplandor* no creo que necesite presentación, deseaba la ambición milimétrica a la hora de crear cierto terror y degeneración en los personajes, mientras que *Misery* trata sobre un escritor intentando concebir una historia tal vez demasiado grande para su fan número uno. Revisé las tres cuando comencé a escribir *Hollow Hallows*.
- **American Horror Story:** hay un conjunto de aspectos en esta serie que me gustan. Los personajes suelen ser su punto fuerte, la sordidez de sus tramas y algunos monstruos también. Me gustaba ver a veces a Dawn como una deudora de Violet y Tate, pero al final creo que es algo que solo quedó para mí y, bueno, ahora para vosotros.
- **El Hombre de Mimbres (1973) de Robin Hardy:** una de las obras cinematográficas más tétricas que he visto. Si conseguís introducirlos en su mundo sombrío y retorcido (que me recuerda al mundo de Lovecraft) y captáis el juego que nos proponen sus creadores, hallaréis parte de un alma quebradiza que arde hasta inundar también *Hollow Hallows*, porque la locura de sus habitantes parece provenir en parte de un lugar tan oscuro como el de esta isla. Su final es majestuoso.

Otras referencias

También existen guiños u homenajes que se escapan a los dos bloques de los que os he hablado. ¿A qué me refiero? A que esos guiños son toques que conectan *Hollow Hallows* con otras de mis historias. ¿Cuáles? En el futuro, los señalaré punto por punto porque aún no se han publicado, así que esos nexos los iréis conociendo a medida que vayan apareciendo publicadas.

Si algún nombre os parece raro o hay algún momento que no parecéis pillar, seguramente es porque es de otra de mis historias. Debo decir que la mayoría de mis obras transcurren en un mismo multiverso (la culpa de esto es de Terry Pratchett), pero solo tenéis que poner atención para seguir esas pistas en cuanto aparezcan otras de mis historias.

Algún día, prometo que os revelaré varias de estas sorpresas, pero hasta entonces... Sigamos con los misterios.

Playlist de Hollow Hallows

Siempre escucho música mientras escribo porque me ayuda a seguir tecleando y a transmitir sentimientos con las palabras.

Durante la escritura de *Hollow Hallows* necesité dejar calar en mi cerebro mucha música y aquí tenéis una lista de ochenta y seis canciones que os podrían acompañar a lo largo de este viaje y, tal vez, haceros sentir como yo me sentí a la hora de crear este mundo. No tienen ningún orden riguroso, simplemente, disfrutadlas.

1. ABOUT A GIRL – Nirvana
2. AFRAID OF EVERYONE - The National
3. ALL APOLOGIES - Nirvana
4. LULLABY - The Cure
5. ALL I WANT IS NOTHING — frnkiero andthe cellabration
6. ALONE - Depeche Mode
7. ANOTHER YEAR: A SHORT HISTORY OF ALMOST SOMETHING - Amanda Palmer
8. ANYONE'S GHOST - The National
9. ASHES TO ASHES - David Bowie
10. ASTRONAUT A SHORT HISTORY OF NEARLY NOTHING - Amanda Palmer
11. ATMOSPHERE - Joy Division
12. BECOMES THE COLOR - Emily Wells
13. THE BIRD AND THE WORM - The Used

14. BLOSSOMING - Clint Mansell
15. BORN AGAIN - Marilyn Manson
16. BRICK BY BORING BRICK - Paramore
17. BURIED MYSELF ALIVE - The Used
18. THE CHILD INSIDE - Depeche Mode
19. CIRCLE - Slipknot
20. CLOD NINE - Evanescence
21. COME AS YOU ARE - Nirvana
22. CONVERSATION 16 - The National
23. DARK DAYS - The Used
24. DARK LIGHT - HIM
25. THE DEATH SONG - Marilyn Manson
26. DESERT SONG - My Chemical Romance
27. DEVIL BESIDE YOU - The Used
28. DISPONSABLE TEENS - Marilyn Manson
29. DROWNING LESSONS - My Chemical Romance
30. EARLY SUNSETS OVER MONROEVILLE - My Chemical Romance
31. ENGLAND - The National
32. FAREWELL TO DOBBY - Alexandre Desplat
33. GETTING AWAY WITH MURDER - Papa Roach
34. GODEATGOD - Marilyn Manson
35. GOING UNDER - Evanescence
36. HAPPY BIRTHDAY (A DEATH IN THE FAMILY) — Clint Mansell
37. HAUNTED - Evanescence
38. HEART-SHAPED BOX - Nirvana
39. HEAVEN HELP US - My Chemical Romance
40. THE HUNTER AND THE GAME - Clint Mansell
41. I'M SET FREE - The Velvet Underground
42. IN BLOOM - Nirvana
43. IN FULL BLOOM - Clint Mansell
44. LEEDS UNITED - Amanda Palmer
45. LIFE ON MARS? — David Bowie
46. LIKE YOU - Evanescence
47. LITHIUM - Nirvana
48. LOSE CONTROL - Evanescence
49. LOVE WILL TEAR US APART - Joy Division
50. WAIT - M83
51. MAMA - My Chemical Romance
52. THE MAN WHO SOLD THE WORLD - David Bowie

53. MISSED ME - The Dresden Dolls
54. MY HEART - Paramore
55. MY LAST BREATH - Evanescence
56. NEVERENDERS — frnkiero andthe cellabration
57. THE NOBODIES - Marilyn Manson
58. A PLACE IN THE DIRT - Marilyn Manson
59. RUNNING UP THAT HILL - Placebo
60. RUNS IN THE FAMILY - Amanda Palmer
61. SECRET TO THE END - Depeche Mode
62. SEVEN DEVILS - Florence + The Machine
63. SHADOWPLAY - Joy Division
64. SHE'S LOST CONTROL - Joy Division
65. SMELLS LIKE TEEN SPIRIT - Tori Amos (*Nirvana cover*)
66. SOOTHE MY SOUL - Depeche Mode
67. SORROW - David Bowie
68. ST. JUDE - Florence + The Machine
69. THE STARS (ARE OUT TONIGHT) — David Bowie
70. TERRIBLE LOVE - The National
71. LONG WAY DOWN - Tom Odell
72. THE TRIAL - Pink Floyd
73. VALENTINE'S DAY - David Bowie
74. VERMILLION PT. 2 - Slipknot
75. WEIGHT OF THE WORLD - Evanescence
76. WEIGHTED — frnkiero andthe cellabration
77. WHERE ARE WE NOW? — David Bowie
78. WICH WITCH - Florence + The Machine
79. YOU FEEL SO LONELY YOU COULD DIE - David Bowie
80. YOUR STAR - Evanescence
81. SMILE (PICTURES OR IT DIDN'T HAPPEN) — Amanda Palmer
82. THE KILLING TYPE - Amanda Palmer
83. WANT IT BACK - Amanda Palmer
84. NO LIGHT, NO LIGHT - Florence + The Machine
85. THE BED SONG - Amanda Palmer
86. TWO HEARTED SPIDERS – The National

¿Por qué Wattpad?

¿Os acordáis de que al principio os hablaba de una crisis literaria y de lo mucho

que me sirvió *Hollow Hallows* para superarla? Bien, habréis pensado que me puse a escribir como loco y, de pronto, todos mis males y mis tormentos se curaron.

No.

La verdad es que tecleé las primeras páginas de *Hollow Hallows* sin mucha seguridad y paré poco después de que Dawn se encuentre con Seth, Huargo y Caroline por fuera del Caserón. Sí, casi al comienzo. ¿Por qué? Sentía que era ajeno a ese relato.

Pero a la vez no solo me sentía así, sino que también me sentía tan solo, tan devastado, tan perdido, que me refugié donde me cobijo siempre: en las palabras. Las historias son mi forma de sobrevivir y en ellas terminé encontrando una conexión con un mundo real en el que cada vez me percibía más como un extraño.

Fue entonces cuando emergió la propuesta de compartir mi historia con el mundo y saber si llegaba al público o no.

Pero ¿por qué?

Rebobinemos, otra vez.

[Insertar ruido de cinta VHS rebobinándose, por favor. Gracias].

Imaginad el principio de los tiempos.

No, eh, no...

Un poco más adelante del *Big Bang*.

Sí... Eh...

Dejad a los dinosaurios (a todo el mundo le gustan los dinosaurios, pero este no es el caso).

Venga, un poco más adelante.

Sí, mirad, otro meteorito...

Tapaos los oídos...

El sonido va a doler...

Blablablá.

Y...

Ahí, una cueva con un tipo que cuenta una historia.

¡Un tipo que cuenta una historia!

Qué simple y qué complejo al mismo tiempo, ¿no?

El público le rodea, le escucha, le pregunta, le felicita, se queja... Las reacciones son impagables: hay un acto de relación mágico entre los que leen y los que escuchan; es esa magia la que nos ha llevado durante eras a contar leyendas, novelas, relatos... Es el hechizo que hace que imaginemos y sigamos existiendo.

Si viajamos en el tiempo hacia delante y terminamos en la actualidad, irónicamente, apreciaremos cómo el contador de leyendas, el artista, ha intentado huir y convertirse en un dios en muchos casos, pero yo no quería eso: yo quería volver a la cueva, quería alejarme del ruido del mundillo literario, quería rehuir las dudas que te carcomen cuando peor estás... En definitiva, yo quería escucharos a vosotros.

Y Wattpad era la herramienta.

Pese a la fama que tiene Wattpad de ser un lugar para adolescentes donde solo hay *fan fics* de mala calidad (también hay buenas obras, ya sean *fan fics* o no), pensaba que era la mejor manera de pasar la mañana sabiendo que había alguien que me leía mientras escribía, de notar un contacto con mis lectores que añoraba, que echaba de menos con toda mi alma.

Y que no me era ajeno.

Desde 2007 comparto historias. Las primeras eran de vampiros que colgaba todos los días de aquel verano (el tiempo oportuno para los chupasangre) en mi *space* de MSN (dioses, ¿alguien recuerda eso?). En 2008, inauguré mi blog (que sigue en activo y os animo a visitar) *El Antro de los Vampiros y Otros Monstruos*. Allí compartí otra historia de vampiros y así seguí durante años: cedí guiones, novelas cortas, microrrelatos, relatos... Luego me publicarían y demás en revistas literarias, antologías..., pero ya tenía experiencia entregando al público mi obra y conocía algo gratificante para el *juntaletras*: saber que tus lectores te seguían intrigados, comentando, soñando, emocionándose... ¡Ese es el regalo! ¡Ese es el contacto! Por encima de contratos millonarios, elogios vacuos u otras ínfulas, lo importante es sentir que tu arte conmueve a alguien.

Al final es tan fácil...

Y tan difícil...

Al ocaso, eres tú dejando de creerte un dios, sentándote en la cueva, hablando, sabiendo que te escuchan y escuchando lo que te dicen. Eso es: hermanamiento, arte, magia, vida.

Bueno, extraed alguna moraleja de esta fábula de la caverna y sigamos adelante.

Entonces, ¿por qué tuve esa crisis al comenzar a escribir *Hollow Hallows*? ¿Por qué pensaba que nadie me leía?

Porque mis historias no recibían ningún tipo de reconocimiento.

Y no, no me refiero a cosas como premios, a mí eso no me importa (o no tanto). Lo que sentía es que no llegaba a mi público y le necesitaba. Quería contar mi historia y llegar a la gente. Y me decidí por Wattpad.

¿Y *colorín colorado*, este cuento se ha acabado?

No.

El comienzo de *Hollow Hallows* en Wattpad no fue un buen comienzo.

Una vez me decidí, la colgué con seudónimo y estuve a punto de abandonarla un par de horas después de abrirme la cuenta y subir el inicio. Me atacaban mis propios fantasmas. Consideraba que no iba a ningún lado, que nadie me escucharía, que todo era un asco, que más valía dedicarme a otra cosa...

Pero entonces, me escucharon.

Y doy gracias a que tanto usuario me haya comentado, votado, compartido, dado una estrellita..., desde entonces. En serio, gracias.

Es un método nuevo de contar historias, pero es, sin duda, una manera lícita y

oportuna para regresar a la cueva y para no sentirnos solos, tanto como si sois lectores solamente o también creadores. Lo que necesitamos todos los que nos dedicamos a esto es conmover y ser conmovidos. Y, en ocasiones, es muy arduo, pero lo vale todo.

¿Por qué Amazon?

Carlos Ruiz Zafón, autor de *La Sombra del Viento*, decía en una entrevista algo así como que el mundillo literario tenía un 99% de mundillo y un 1% de literario. Estoy de acuerdo. Y esto no viene a cuento de que haya querido repetir sin más una cita que me gusta, viene a que cada vez estoy más cansado de los rumores, las discusiones y demás estupideces de esa parte del «mundillo». Y uno de esos temas de eterna (y vacua) disputa es el siguiente: los escritores que publican en Amazon lo hacen porque sus libros no valen la pena.

Eso es mentira. Y lo veremos con los años si es que estamos tan ciegos como para no verlo ahora.

Entendedme. No quiero decir que todo lo que se publique por alternativas como Amazon sea bueno, que sean joyas dignas de ser consideradas obras maestras, pero lo que sí quiero decir es que no todo lo que se publica en papel es bueno, que sean joyas dignas de ser consideradas obras maestras. ¿Me entendéis?

En Amazon o en la librería que tienes más cerca hay libros buenos, malos, regulares... ¿Veis? Y si me pongo a pensar en mi época de estudiante de Historia del Arte y vago por el nihilismo, incluso es difícil para mí definir qué es bueno y qué es malo. Hay libros muy bien escritos que disgustan a algunos lectores; por ejemplo hay muchos lectores que no tragan *El guardián entre el centeno* y es uno de mis libros favoritos. Y hay obras que están escritas de una forma atroz, pero que venden cientos de ejemplares cuando son una moda (seguro que vosotros podéis poner algunos ejemplos). Pero ¿por qué estoy escribiendo esto? Lo escribo porque el paradigma está cambiando. Antes no disponíamos de tantas oportunidades para ver nuestras historias publicadas y para alcanzar al público. El mundo editorial está transformándose, mutando, y nadie sabrá lo que vendrá después. Y es una época de cambios y es la época que nos ha tocado vivir; es un poco como diría Charles Dickens, es el mejor de los tiempos, es el peor de los tiempos. Y opino que es emocionante a la par que difícil saber adaptarse.

Debo añadir que siempre he sentido fascinación por el personaje de Ozymandias del cómic de *Watchmen* por un detalle que quizás mucho lector no recuerda: él reveló su identidad secreta al público pronosticando que en un par de años los superhéroes se prohibirían. ¡Qué genio! A mí me gustaría ser como Ozymandias y prever lo que está por venir, qué tipo de transmisión cultural será la más acertada (o el número que saldrá en la próxima lotería), pero el oráculo de Delfos o Alan Lamke no me susurran

lo que está por llegar y solo sé que deseo cambiar mis propios convencionalismos y arriesgarme; probar esta forma de publicación *online* era una.

Pero todo tiene sus riesgos.

Al publicar Wattpad, en línea y gratis, me arriesgaba a que ninguna editorial quisiera publicar más adelante *Hollow Hallows*, lo cual me condujo a la idea de intentarlo vía Amazon y en eso estoy ahora mismo, que leéis este mensaje.

Probaré suerte y me arriesgaré. Quiero contaros la tragedia de *Hollow Hallows* ¿y por qué quiero hacerlo en Amazon con cierta remuneración a cambio de una serie de extras, una nueva corrección...? No creo que deba justificarme (y espero que esto no suene a una justificación), pero considero que ser escritor es un trabajo y que es legítimo recibir cierto beneficio para que pueda seguir escribiendo. No, no voy a comprarme una mansión con lo que saque, pero quiero saber que tendré algún ahorro para poder seguir escribiendo historias. Si bien sé que, a veces, el pago no es solo con dinero. Eso está claro.

¿Y si has pirateado *Hollow Hallows*?

He estado un rato barajando cómo hacer que este epígrafe no os sonase tan terrible o tan áspero como podría sonar. No deseo que sea una bronca, porque no lo es.

Quiero darte las gracias por interesarte en mi obra y por leerla, incluso en esta parte donde os suelto todo esto. Muchas gracias. Espero contar contigo para la próxima historia que publique (a poder ser, que la compres o la saques de la biblioteca, pero..., cada uno tiene una vida).

No os preocupéis. Como decía más arriba, no siempre se paga con dinero.

Solo quiero pedir os una cosa: si tenéis algún blog, haced una reseña. Si tenéis alguna red social, recomendad el libro. Si tenéis Goodreads (estoy enamorado de Goodreads), añadid mi libro, una nota o una reseña. Lo que queráis, eso también es un pago.

La cantante Amanda Palmer decía que mucha gente tras algunos conciertos venía y le daba un par de billetes y le decía: «lo siento, pero me descargué tu disco y sé que odias a tu discográfica, así que toma esta pasta, aquí tienes tu pago». Si vosotros me venís y me decís: «lo siento, pero me descargué tu libro. Aquí tienes» y me dais una reseña, una crítica, un comentario o algo, estáis perdonados. Si me dais dinero, también (tengo una mansión con una batcueva que construir).

Espero que me sigáis leyendo. Gracias.

¿Y si has comprado *Hollow Hallows*?

¡AAAAAAAAAAAAAAH!

No, debo serenarme. Tengo que mantener la imagen de escritor serio que se enfrenta a la oscuridad de su propia alma como si un cuervo de oscuro plumaje le susurrara: «nunca más».

Lo que quería decir con este prelude es que lo agradezco infinitamente. ¡Muchas gracias! Me habéis dado vida para seguir contando historias y habéis hecho que *Hollow Hallows* haya llegado muy lejos.

En este tiempo, he tenido la oportunidad de conocer a algunos de mis lectores y no puedo dejar de daros las gracias, porque sois fantásticos, sin excepción. Sois entregados, simpáticos, vitales, inteligentes... Si yo fuera la mitad de lo que sois vosotros, ya habría conquistado el mundo dos veces como Victor Von Doom.

En serio, voy a seguir fardando de vosotros como un padre que farda de que su hijo sepa trepar el Everest con la nariz. No sé qué pasará con el resto de escritores del mundo, pero mis lectores (aunque por ahora no son muchos), los que conozco, resulta que son personas inteligentes, soñadoras y hambrientas de fantasías, capaces de seguirme por cientos y cientos de páginas y solo puedo daros las gracias (otra vez más, qué pesado) por soportarme, por escuchar *Hollow Hallows* y por esta ahí.

Esta edición especial es la que os merecáis, aunque siempre siento que podría tener algo más. Me hubiera gustado contar con ilustraciones, algún detalle más... Pero es la edición que tenemos por el momento y nunca se sabe. ¿Os imagináis una edición aniversario allá por 2024 o 2025? Os la daría (y con descuento) por ser unos soñadores tan estupendos. A saber.

En fin, tanto si llegáis por Wattpad como si andabais por Amazon y habéis decidido leerla, mi agradecimiento de todo corazón porque ya sois parte de las sombras de *Hollow Hallows* y habéis sido los mejores compañeros de viaje con los que podía soñar este *juntalettras*. Nos volveremos a ver en las páginas de tinta. Lo prometo.

Un año hasta terminar *Hollow Hallows*

Siempre lo digo antes de empezar a escribir un libro (y siempre me río de mí mismo cuando lo hago): «esta será una novela corta». La primera vez que lo dije, allá por 2009, esa novela se transformó en un monstruo inédito de más de mil páginas. La segunda vez que lo dije, en 2014, esa novela se transformó en *Hollow Hallows* y ha llevado tiempo armar el puzle, pero espero que la imagen conformada haya valido la pena.

Desde el principio, supe el final, pero por el camino cambiaron muchas cosas, agregué otras... Ya sabéis, en un viaje siempre surgen imprevistos. Por ejemplo, en la mayoría del tiempo tenía una idea sobre lo que iría un capítulo. Lo escribía, agregaba

o cambiaba cosas...

Y luego lo corregía.

Y lo volvía a corregir antes de publicado.

Y después de publicado lo corregía otra vez.

Al principio mi idea era publicar un capítulo y tener siempre cinco capítulos más escritos e ir así por delante, pero cometí un grave error cuando las fechas se me vinieron encima y tuve que ir completando sobre la marcha.

Entre 2014 y 2015 han pasado muchas cosas y no siempre buenas. He dicho adiós a un ser querido y he comprendido la importancia de esa persona para mí. Sé el valor de los cambios y sé lo mucho que se puede echar de menos a alguien. Agradezco a esa persona que me diera el mayor regalo que se le puede dar a alguien: la libertad para ser quien quisiera ser y he sido lo que he querido ser mientras (y después) de escribir esta novela.

Y os doy las gracias también a vosotros (una vez más) por haber tenido paciencia. Como sabéis, a partir del verano de 2015, tras terminar la novela *urban fantasy* que dejé en la estacada en su día (y porque una editorial estaba buscando novelas de este género y se la envié), me propuse concluir *Hollow Hallows* y es lo que hice: un capítulo cada día durante algo más de un mes.

Más tarde, llegó la devastación cuando la finalicé y ya no supe qué hacer con mi vida. Escribía por la tarde y noche, corregía por la mañana... Sin esos elementos, mi vida se tambaleaba...

Así que fue ganando peso otro propósito: la idea de hacer la edición especial. Era muy importante y en eso he estado hasta unos días antes de subir esta obra a Amazon para su publicación. Me ha llevado varias semanas y espero que os haya gustado. He luchado porque fuera lo mejor posible aunque mi vida siempre esté dando bandazos. Y que sepáis que si pilláis alguna errata o tenéis alguna duda, podéis hacérmela llegar mediante la sección de contacto de mi blog y lo subsanaré en futuras ediciones (que sepáis que estas erratas las pusieron las hadas carnívoras creadas por Odell y no han sido culpa mía... Y espero que esto cuele).

Por el camino hasta el fin de *Hollow Hallows*, se me ha roto un ordenador, he leído mucho, he escrito mucho, he soñado, he contado historias, he escuchado cuentos y he conjurado las sombras en torno al lugar más maldito del mundo. Este año (y un poco más) ha sido inolvidable.

Despedida Hollow Hallows

Y ya está. Los actores representan el clímax de la obra. Un personaje solitario lee su soliloquio final. Sube la música. Silencio. Se cierra el telón. Fin.

Hollow Hallows ha terminado.

Pero no está muerta.

Mientras alguien lea, comente o recuerde esta novela, seguirá existiendo y nadie la olvidará (tampoco lo harán Seth Dagan ni Dawn Howland). Nadie. Eso opino.

Hollow Hallows empezó a publicarse en verano de 2014 y concluyó el 14 de agosto de 2015, durante una inusual tormenta de verano en Tenerife. Escribir un libro sobre un escritor que consigue hacer realidad sus palabras y que en tu vida real comience a llover en agosto como lo hace en tu propia historias es, cuanto menos, mágico. Nunca me había pasado, pero me dejó con una anécdota más que narrar sobre *Hollow Hallows*.

Este es el desenlace, aunque quizá, solo es el principio. Uróboros.

Gracias por acompañarme por este viaje hacia las tinieblas de *Hollow Hallows*. No lo olvidaremos.

Carlos J. Eguren,
biblioteca de Santa Cruz de Tenerife,
28 de agosto de 2015.

AGRADECIMIENTOS

Aquí viene la parte del libro en la que quizás hable de gente que no conocéis o de vosotros (¿no os encanta el suspense?). Cuantas más personas nombre, más se repartirá la culpa, así que allá vamos.

Gracias a Tatiana por haberme ayudado a encontrar la idea, leer cada capítulo, ser mi correctora, apoyarme, charlar y hallar sentido a Hollow Hallows. No siempre se consigue todo eso sin que acaben poniéndote una orden de alejamiento. Gracias.

Gracias a mi hermano y mi hermana por haberme ayudado durante todo este tiempo, incluyendo las semanas previas al lanzamiento de Hollow Hallows. No sabéis cuánto agradezco no haberme encontrado solo en estos momentos.

Gracias a mi padre, porque me enseñó algo muy valioso y es que el gran acto de amor que puede haber es darle la libertad a los otros para que sean lo que ellos quieran. Aquí también debo dar gracias a mi madre y todos aquellos que me han mostrado su afecto, incluso cuando son o no familia.

Gracias a todos los lectores, los que estuvieron desde el principio y los que estarán más allá de la hora de cierre, los que comentarán, compartirán, les gustará... Amáis las historias, igual que lo hace Seth. Sois la sangre que ha dado vida a este monstruo durante todo este tiempo.

Gracias a todos los que han dado algo que ha hecho posible Hollow Hallows y que no han permitido que se quede en el cajón. Algunos habéis demostrado ser familia, puede que no de sangre, pero eso es algo que alguien como Garric podría arreglar...

Y gracias a Dawn Hownland por haber dejado aquella nota en el banco.

Gracias.

Notas

[1] Referencia a la serie británica *Doctor Who*. <<

[2] Guiño al villano de Marvel Comics, sobre todo de *Los Cuatro Fantásticos*. <<

[3] Se refiere a «tenazas». <<

[4] Poema extraído de la película *The innocents* (Jack Clayton, 1961):

«¿Qué puedo cantarle a mi señor desde mi ventana? / ¿Qué puedo cantarle si mi señor no está? / ¿Qué puedo cantar si mi señor no va a escucharme? / ¿Adónde iré si mi señor se ha ido? / ¿A quién voy a adorar cuando salga la luna? / Mi señor se ha ido y la tumba es su prisión. / ¿Qué puedo decir si mi señor me llama?/¿Qué puedo decir cuando llame a mi puerta?/¿Qué puedo decir cuando sus pies entren despacio, / dejando las huellas de su tumba en mi suelo?/Entonces cantaré y mi señor podrá escucharme./Entonces cantaré y mi señor no se irá./¡Entra, mi señor! ¡Ven desde tu prisión! / ¡Ven desde tu tumba, que la luna ya ha salido!». <<

[5] Mirando hacia arriba, en un insólito abismo abierto en las nubes, ¡se me aparecieron Aldebarán y las Híadas! Y todo me sugería la noche —el lince, el hombre de la antorcha, la lechuza—. No había oscuridad y yo veía las estrellas. ¿De qué atroz sortilegio era víctima? <<

[6] Y al rato se duerme. Su cuento necesita un desenlace, pero ahora los sueños se han adueñado de su mente. <<